

13
Enero
1918

PACIFICO

PRECIO:
UN PESO

MAGAZINE





EL.—Este te es digno de su paladar, y si no me equivoco... es el U. K.

ELLA.—Si, es el mismo. ¿Lo ha conocido Ud. por su pureza?



En un encuentro de la niña con un moisalvete de la ciudad...



Tíos de España y tíos de Indias

(Primera Parte)

Por _____

JOAQUIN DIAZ GARCES

8933

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

De las dos mujeres que conversaban en el ocutorio de las monjas clarisas en la luminosa y fresca mañana de septiembre de 1780, una era anciana, algo encorvada, enjuta de carnes y de grandes ojos negros que todavía centelleaban como si la vida del convento no hubiera logrado con la abundante ceniza de los sesenta y seis años apagar la brasa de pasión que bajo de ellos ardió, seguramente, mucho tiempo. La otra era una jovencita, y esta vez, como otras, la freseura de la adolescencia y el resplandor sereno de la belleza no lograban interesar tanto como la rugosa, agrietada y tosca majestad de la vieja. Mónica, la madre Mónica como diríamos ahora, no era una bruja ni una Celestina como aparecería a los ojos del artista si se hubieran conservado los rasgos vigorosos de su fisonomía en una colección de estampas buriladas por Goya.

Religiosa, desde los dieciséis años, formada en el claustro por la fuerza, vaciada con bárbaro despotismo en el molde de la monja criolla del siglo XVII, Mónica había llegado a los sesenta y seis, venerada y temida; venerada por la fama de santidad y otros misterios que por su cuenta corrían en el pueblo y temida por la rigidez de sus ideas ya entonces calificadas de antiguas y absurdas. Su padre había venido de Navarra

antes de comenzar el siglo, cuando no cumplía dos decenios, enviado tal vez por una familia montañesa empobrecida que allá, bajo los agrietados techos de los escombros solariegos, sufría el miraje del oro de América y soñaba el engrandecimiento con la fortuna del mozo. Debió ser el primero de los Urra llegado a Chile, hombre sin miedo y sin escrúpulos, porque de lo primero no llevaba huella cuando niño y sin experiencia, caído en manos de pirata, esclavo aquí y comerciante allá, arribó a la costa austral de América sin mendigar de nadie una moneda ni un destino. Y de lo segundo, ¿para que mentarlos? Formar una fortuna sin tener padrinos, dotado de brutal carácter y lidiando tierras en que el débil debía ceder el puesto al fuerte, significaba privarse del reposo, del alimento y de la piedad, ahogar el latido de esa máquina incómoda que un conquistador paralizó de golpe atravesándose con la lanza para castigar sus protestas ante un amor imposible y una gloria fugitiva. A los treinta años, dice después de su llegada a Santiago, don Baltasar de Urra, que firmaba con una cruz y apenas sabía algo más que el Pater Noster, dueño ya de una fortuna, casaba con la rica encomendera doña María de Miranda, descendiente de conquistadores.

Era la primera alianza del emigrante

navarro o vizcaíno con la nobleza del país que marcaba el nacimiento de la segunda y más duradera nobleza de esta tierra. La balanza y la espada formarían el escudo de armas más exacto de los abolengos creados entre el encomendero castellano y el comerciante vasco en las tierras vírgenes de Chile. De este matrimonio habían nacido dos hijas: Mónica y Ursula, espaciadas por nueve meses y pocos días y en seguida tres hombres, Cristóbal, el **corregidor**, por la fecha de esta historia, y Andrés y Jaime muertos en Arauco. Cuando las dos niñas, llamadas a brillar en la prosperidad naciente de Santiago, llegaban a ser mujeres y a excitar codiciosos proyectos de enlace, sobrevino el terremoto del 8 de agosto del año 30.

De las ruinas de la aldea en que cayeron iglesias y claustros se levantó un pueblo penitente y sombrío. Un monje recorrió los caminos predicando la restitución y el que guardaba dinero ajeno lo llevó silenciosamente a la improvisada choza de la más cercana portería conventual. Secretos, vergüenzas, mancebias, adulterios, incestos, fueron purificados y lavados al pie del confesionario o bien en el altar cuando era posible el matrimonio. Hubo quien sacó al corral un lujoso lecho y colocándolo en una fogata dejó que las llamas consumieran en breve tiempo ese testimonio vergonzante de quién sabe qué desórdenes que mancharon la obscuridad de las lóbregas noches santiaguinas. Don Baltasar debía reprocharse gruesos pecados, pues hizo solemne voto de entregar sus dos hijas a Dios y al primer rayo de sol que alumbró la ciudad en duelo cruzó adusto los montones de escombros y dejó a Ursula en las Agustinas y a Mónica en las Clarías. Moría en este claustro y en esos precisos momentos una de las pocas víctimas del terremoto, una vieja monja sucesora de aquellas que en Osorno habían fundado el convento. Las clarías consideraron milagrosa la llegada de la niña atribuyeron sus llantos a justa emoción y la atiborraron con dulces de almíbar, ya que la despensa había resistido incólume, gracias a sus gruesas murallas, el azote de Dios.

Lo que fueron los primeros meses del retiro de Mónica sólo Dios lo sabe y también los pontífices que más tarde han aflojado el nudo de los votos solemnes. De los primeros momentos de desesperación, al resignado silen-

cio y de éste a la ambición ascética y de perfeccionamiento hasta ser bañada por el rocío de la gracia, algunos años habían pasado. Pero,—no se podía dudar, aunque entonces a nadie extrañara tal estado,—la virtud adquirida por Mónica no era amable ni humilde ni calurosa como la de esa santa bohemia—su patrona y fundadora,—que llenó los caminos de Siena con sus lágrimas y pobló el aire con sus alegres himnos a Dios y sembró la fecunda tierra con sus dádivas. Tampoco tenía nada de común con la sublime madre del obispo de Hipona. Era ruda de espíritu y había bebido en su casa la frialdad de los Urra con la altivez enfermiza de la Miranda, orgullo de linaje y preocupación de abolengos. Una vez que los años quemaron la gracia y la frescura de su juventud, este esqueleto espiritual se mostró desnudo. Los hermanos, que la habían olvidado como a pobre víctima del despotismo paterno, acudieron forzados a pedirle ayuda y consejo porque se vieron al mismo tiempo amenazados y protegidos por la fuerza de un indómito carácter. La vieja monja era el núcleo de una familia que pudo desorganizarse. Desde la reja del locutorio intervino en el testamento del padre, impuso condiciones a la débil y vanidosa encomendera y casó a su hermano Cristóbal con una limeña de apellido Flores de la Oliva, pariente lejana de Santa Rosa. Y lo admirable de esta energía en el pensamiento y en la resolución es que la limeña era rica y rodeada de pretendientes, y Mónica, sin saber dar una plumada, arregló negocios y ceremonias como consumada casamentera a pura correspondencia que dictaba y sin comunicar a Cristóbal sus planes sino cuando la Flores había dado el sí.

Las dos mujeres que conversaban en el locutorio, mientras escuchaba pegado a la reja el **corregidor**,—ya entrado en años, como que tenía sólo seis menos que la clarisa,—eran tía y sobrina. La jovencita alojaba en el claustro para que bebiere santidad y señorío de la anciana, pues las ambiciones de don Cristóbal la destinaban al mundo y a hacer en la misma ciudad de los virreyes el más lucido matrimonio del país. Porque si eran grandes por sangre, como lo había asegurado siempre el viejo don Baltasar y también la encomendera que bien sabía de sangres y fa-

milias, y tenían gran casa solariega en España, donde había alojado una noche entera el Rey y poseían en Chile muchas tierras y ganados y hasta minas, y, además, Inés era bella como el sol y educada cuando era dable, bajo la tutela de la más aristocrática y santa de las religiosas, no podía dudarse del alto destino a que la destinaba el cielo.

El corregidor don Cristóbal de Urrea era, en realidad, lo más hinchado que podía encontrarse en todo el reino de Chile en materia de méritos y de sangre. Le faltaban las glorias militares que entonces coronaban toda gran reputación; pero se atribuía la de sus infortunados hermanos, Jaime y Andrés, de tal manera que cuando hablar de estas cosas solía en círculo de comerciantes o de otra gente inferior, decía con toda naturalidad: "Nuestra familia que ha sido de soldados aguerridos", y todavía por extensión: "los que hemos servido también a Su Majestad con las armas". No admitía en Chile nada superior en linaje, pues discutía los dos o tres auténticos y no comprados títulos que todo el mundo acataba. El más extremo desprecio le merecía todo español,—cualquiera que fuera su calidad y mérito,—que hubiera llegado después de su padre a Chile y mucho más si no había nacido en el país. Por una curiosa transformación mental, a pesar de su apego a la península y de su teórica desafección por lo americano y criollo, el recién llegado era para el corregidor un inmigrante, un vagabundo, un expulsado, un hambiento; mientras que haber nacido en Chile y ya en la opulencia como él y otros, le reconstruía sólo una nobleza que echaba raíces hacia atrás y se enredaba allí en un rincón de montañas de Guipúzcoa o Navarra al solar de los abuelos. Respecto de las familias de los conquistadores y primeros encomenderos, no le inquietaban; mezcladas con indios, decaídos en su fortuna o segadas en sus miembros varones que amaban todavía la guerra, solamente ofrecían uno que otro vástago bueno para matrimonio o convento. Y por otra parte, ¿no tenía él mismo la sangre de una Miranda, cuyos abuelos habían acompañado a Pizarro en el Perú y descubierto a Chile?

Había despertado con el alba y oído su misa para solicitar una entrevista con la madre Mónica, a la cual era preciso que asistiera Inés. ¿Qué había ocurrido de preciso en un encuentro de la niña con un mozalbeta de la ciudad? El rumor le había llegado por cier-

ta beata pastoriza, como llamaban todavía a las asiladas de las Rosas en recuerdo del beaterio que las hicieron desalojar años antes a viva fuerza. Una hermana de su mujer, llamada Laura Rosa, había llegado veinticinco años antes a regir la fundación ya regularizada y allí tenía vara alta don Cristóbal. De portería a portería y de torno a torno se supo que la niña Inés, cuidada como una piedra preciosa, había conversado en plena calle con don Diego Eehasoneta, el hijo del comerciante. Corrió la beata, sin desayunar, a dar el disgusto al corregidor, quien sufrió una fatiga y hubo de reponerse con vino de misa antes de marcharse al convento de las Clarisas. La monja juntó sus mandíbulas desdentadas con calofríos de terror y compareció la niña, sacada con grandes supiros de angosto y duro lecho de novicia, donde conservaba sábanas de Holanda y jabones de olor como si fuera la hija del rey. No ignoraba la causa de tan matinal ceremonia, pues ni el pensamiento más oculto dejaba de saberse en Santiago y si el secreto de confesión subsistía era por intervención especialísima y misericordiosa de Dios.

Inés era una hermosa niña, nacida en tiempos más felices y prósperos que los que rodearon la cuna de su severa guardiana. El año 62 la ciudad, reparadas sus ruinas, sonreía de nuevo preocupada apenas por averías o epidemias que no perturbaban el apogeo viril del corregidor. Desde entonces habían transcurrido dieciocho años sin otro gran dolor que la muerte de la limeña doña María Flores. Relajadas, en la tierra abundante y templada, las cepas navarras, trasegada la sangre en venas que tenían otros residuos, la pequeña uva rugosa y tostada de Elizondo se había redondeado y era más jugosa y tierna. Inés mostraba curvas líneas y modeladas mejillas al lado de los angulosos y largos rostros del padre y de la tía y un talle más esbelto ante las figuras,—aunque delgadas,—macizas y bajas, de sus deudos. En vano Mónica la había enseñado a bajar los párpados para velar esa escandalosa luz que emanaban sus pupilas dilatadas, porque al levantarlos era más violento el resplandor; en vano le había hecho apretarse su torso del busto el justillo para oprimir esa impropia ostentación de madurez lozana de su pecho, porque los petos estallaban al menor ejercicio y entonces el desagrado de cuantos la miraban tenía que ser mayor; en vano le alargaban el

faldellín para que cayera sobre el empeine excesivamente encorvado porque el piececito asomaba juguetón y era imposible no mirarlo tan pequeño como los de toda limeña, tan ágiles y ligeros y hasta decidores como los de toda muchacha. La pobre Mónica no podía comprender por qué permitía Dios tal exceso de perfección, provocadora del pecado y tampoco transigía con la torpe idea de que el diablo hubiera agregado nada, pues solamente le concedía ser autor de murciélagos y serpientes venenosas... y eso, con la voluntad de Dios "que no había querido mancharse las manos al hacerlos". Pero armonizaba sus escrúpulos de conciencia con sus preocupaciones nobiliarias diciéndose que, seguramente, Dios se había recreado en formar a su sobrina porque la destinaba a un trono.

Don Cristóbal ardía de indignación y así, apenas apareció la hija y tomó, como de costumbre, el lujoso bordado de un ornamento, quiso hacer la pregunta del caso.

—¿No se ceba un mate, hermano?—interrumpió Mónica.

—Me siento mal. Quiero saber pronto lo que haya de este desacato.

—¿Es verdad, Inés, que un desconocido te ha hablado en la calle al lado del arroyo?

—No es verdad, padre.

—¿Cómo! A mí me consta...

—Y si le consta a su merced, ¿para qué me lo pregunta?

La madre Mónica levantó las manos al cielo y se santificó. Estaba anonadada. La sangre de la Flores bullía en el pecho de esa chica que jamás había osado levantar los ojos delante del corregidor. Este comenzó a ver mal las cosas y adivinó la lucha que tenía por delante. Pues bien, a un Urra y Miranda no podía ganarle el pleito una peruanita, aunque llevara la mitad de esa sangre. "La meteré aquí mismo al claustro", pensó don Cristóbal.

—Quería saber si una hija mía era capaz de mentir.

La niña levantó el rostro serio y abrió los ojos cuanto pudo.

—Yo no miento.

—¿Y cómo...?

—No era un desconocido... Don Diego Echasoneta es el nombre de ese caballero y lo conoce tanto su merced como yo...

—¿Y ha osado ese...?

—¿Un Echasoneta hablarte!—agregó la monja.

Don Cristóbal quería mantener su serenidad aparente y buscaba la injuria con precaución.

—¿Y ha osado ese ganapán, hijo de un buhonero, prestamista, vendedor de sebos, decirte algo... algo? Con seguridad te han sentido humillada; tú, hija de tu padre y nieta de tus abuelos, al oír las insolencias de un ruin sin familia, sin nombre, sin...

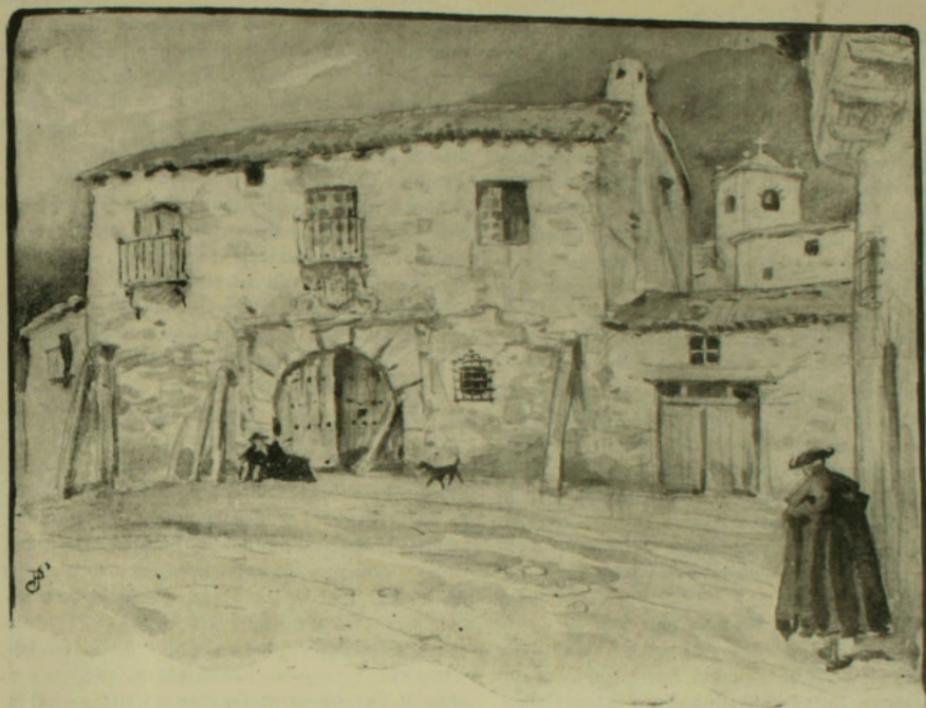
—No me ha faltado;—murmuró Inés,—a cabeza descubierta me ayudó a pasar la calle. Me recordó los paseos a caballo en Ñuñoa. Me dijo algo más que no era una insolencia y que puede decir un caballero...

—No es un caballero.

—Todo menos eso—agregó Mónica.—De padre a hijos los Echasonetas han sido usureros y menesterosos. Ahora han comprado en pocos reales en la venta de los jesuitas esa tierra de Ñuñoa. Es la primera vez que han podido conocer personas finas. Son seberos. Ese de la tienda mide él mismo la bayeta.

—Escucha, Inés,—agregó con solemnidad el corregidor,—jamás se ha visto que un padre discuta o explique sus órdenes y pensamientos a un hijo, menos a una hija, ya que la condición de mujer como inferior supone más acatamiento. No tengo para qué decir la injuria que significa a mis ojos y a los de tu santa tía y a los de nuestros mayores el que un hijo de aventureros expulsado de su pueblo, un descendiente de villanos, un rascaboñigas cualquiera te haya detenido en el arroyo para hablarte de sentimientos. ¡Qué sentimientos de bestia y de jumentos! Si un mal nacido, un descartado no sabe de estas cosas. Tampoco quiero decirte que la nobleza de nuestra sangre no es igualada en toda América y que si no tenemos condados o ducados es porque la hidalguía de los Urra consistió siempre en serlo y tan soberbios fueron que si el Rey no hubiera golpeado a sus puertas en noche de tempestad allí se le dejara plantado por la inoportunidad de la visita. Toda la nobleza navarra emparentada con la nuestra, grita contra este insulto cobarde de un perdido, de un ganán, de un hediondo, hijo de...

Mónica se había tapado los oídos para no oír aquello que deseaba fuera dicho como remate de la rabiosa tirada de su hermano. En cuanto a Inés, comprendía bien que había herido a su padre y tan débil como enamorada, dejó caer sus brazos en gesto desesperado y rompió a llorar sin consuelo.



La iglesia no era ni alta ni suntuosa como le había contado don Francisco

—Jamás se ha visto, he dicho, que un padre explique lo que hace o piense hacer. Pero, entendámonos, de aquí no sales sin orden mía expresa. Y si por medios ruines y vedados, has podido comunicarte con ese miserable házle saber que ni la vida tendrá segura y que al corregidor no le levanta la voz ni el capitán general.

Mónica, tratando de endulzar la suya, pero con el más avinagrado gesto, quería agregar también algo:

—Dios no te ha creado así como eres para que te recoja un marrano. ¡El prójimo! Ese no es prójimo para una noble, salvo que quiera recibir limosna porque nuestra santa religión nos manda dársela. Esos aventureros que están llegando cada día de España, y no faltan también malos religiosos, hablan de que Nuestro Señor fué hijo de un carpintero. Su capacidad no es mayor que la de las tablas que cepillaba San José. Jesueristo quiso descender de linaje de reyes para demostrarnos que lo primero es saber de dónde viene un hombre... Casi no hay santo de quien no se diga que sus padres eran nobles y ricos. La

santidad no puede hermanarse con la ordinariez.

Afuera, en el jardín, cantaban los pájaros entre naranjos y jazmines. Una fuentecita dejaba caer al medio un débil chorro, uno de los primeros que venían por su propia fuerza desde las nieves de la cordillera a saciar la sed de la reseca ciudad; pero en ese recinto, en que el olor de la humedad de los ladrillos se mezclaba con residuos de la alucema quemada la noche anterior y de la azúcar tostada en las brasas, el aire pesado y la frialdad de esas dos almas dieron de pronto a la niña la sensación de estar en la antesala del infierno.

Pasaron algunos meses en que la vigilancia sobre Inés arreció sobremanera. Un incidente conventual que fué comentado en la ciudad y llegó hasta Lima en cartas, vino a servir a la joven. La monja clarisa tenía reputación de santa y la consultaban especialmente sobre la intervención de los demonios que entonces era más frecuente o más visible

que ahora. Contaban las compañeras de Mónica que los diablos la incomodaban sobre manera. Una mañana le apagaron todas las velas del altar que acababa de encender; otra vez, exasperados por las penitencias de la religiosa tomaron la forma de un gato negro y la arañaron. Cierta tarde le pusieron las sillas del coro unas sobre otras. Nunca ha faltado una novicia víctima de las indignas jarguetas del espíritu maligno; pero, cuando el turno toca a una anciana, vieja luchadora y, seguramente, victoriosa en estas lides desiguales, el convento entero se alarma. Sin embargo, para Mónica, cuyos conocimientos religiosos se limitaban a mal narradas vidas de santos sacadas de la Leyenda Dorada, entonces muy en boga, era gran consuelo toparse con demonios y difuntos, salvo cuando aquellos no la acometían en forma material como había ocurrido una sola vez. En el fondo del huerto, como era costumbre, sobre la acequia que corría a tajo abierto, estaba erigido ese inevitable andamiaje que la humana miseria engalana, mejora, disimula más o menos; pero no logra suprimir. Las clarisas le habían dado el nombre de una ciudad que para ellas era el centro de toda abominación e inmundicia y decían simplemente cuando se alejaban para el corto viaje: "Vamos a París". La frase había sido aprobada en otros conventos.

Pues bien, al través de las aguas cenagosas e inmundas llegaba el mensajero de don Diego, un indio fielísimo como perro, y entregaba o recibía a horas determinadas en las cartas anteriores, las comunicaciones de los amantes. Una tarde llegó Mónica a tiempo que el navegante braceaba desesperado dentro del canal; la religiosa, juzgándolo el diablo en carne y hueso, le ordenó sepultarse de nuevo en la vil materia de que era formado y la sombra se sumergió dejando olor a azufre. De aquí vino ese rumor, que fué creciendo, sobre el poder de Mónica sobre los demonios y con mucha injusticia se atribuyó más tarde a un clérigo haber metido el primero al diablo en un excusado.

La idea de que el demonio había quedado allí alejó a las pobladoras del claustro de ese rincón del huerto y pudo la sirvienta de Inés comunicar más a menudo con el indio y manifestar en detalle el horrible desprecio que merecía al corregidor la familia Echasoneta.

Don Francisco, el padre de Diego, tenía la edad del linajudo y autoritario caballero y había venido de su pueblo de Elizondo a los

quince años, escapado de las pobreza de la familia con un viejo capitán que pasaba para embarearse en Bilbao. Nada sabía de noblezas; pero, sí, mucho de lo que es el hombre y de cuánto cuesta ganar con honradez una fortuna. Asistente del soldado, arriero en los caminos de Colchagua y al través de las cordilleras, navegante a Lima en busca de algunas mercaderías para revender, asociado más tarde con un comerciante griego, dueño en seguida de un fondo de experiencia y de crédito, abrió su tienda en la ciudad más como descanso de tan largos afanes que por codicia. Había pensado liquidar sus dineros y marcharse; pero los piratas que atrasaron un embarque, el terremoto que destruyó su casa, y, en fin, su matrimonio con la hija de otro colega, el comerciante Teleña, lo habían arraigado a la tierra con la cual comenzaba a encariñarse. La desocupación de algunos fondos lo habían inducido a darles en préstamo y como no deseaba enriquecerse a costa de la miseria de los otros, prefería hacerlo con muy pocos y seguros clientes. De ahí la enemistad de poderosos vecinos de la ciudad y tal vez del mismo corregidor que, en su afán de acaparar tierras en Quillota, había querido tomar la totalidad de sus fondos. Echasoneta era un hombronazo rudo, fuerte, cuadrado, de cabeza dura, por la cual entraba y salía poco; pero honrado y leal. Su abierta sonrisa revelaba una bondad inmensa, disciplinada por precaución en las luchas de los negocios difíciles del antepasado siglo. Nueve años atrás la venta en pública subasta de las ricas haciendas de los jesuitas expulsados le había permitido, sirviendo un censo sobre trece mil pesos para el Hospital de San Borja, hacerse dueño de las ricas y espaciaosas tierras de Ñuñoa a las puertas de Santiago. Entonces conoció por primera vez el reposo y dió a su hijo Diego el medio de convertirse en rumboso hacendado y en el más diestro y mejor montado caballero.

Don Francisco procedía con afable trato y podría agregarse con humildes maneras, ya que, a las condiciones de pobreza de sus ascendientes y a sus propias privaciones, debía agregar en desventaja de toda altanería de su parte, la condición de comerciante no bien mirada por los señores de su tierra ni por los de Chile. Se descubría completamente para dar los buenos días al vecindario acudado, a los religiosos, a los militares y a las autoridades y hablaba siempre de pie a los

clientes que entraban aún a la trastienda a imponerse de los precios del sebo, del charqui, de los garbanzos que eran sus especialidades.

Don Diego que había mejorado, es decir afinado la raza, tanto como Inés la de sus padres, era un buen mozo no discutido. En guarda-ropa y joyas le ganaban algunos jóvenes de su edad; pero ni en caballos y arreos lo sobrepasaba nadie. Valiente, discreto, galante y hasta algo poeta, rasgueaba la guitarra, cantaba coplas de amor, defendía a los débiles y era casi provocador con tanto tiranuelo como el régimen de la propiedad y las costumbres alentaban en cada puerta. No se había preocupado de si era hidalgo; sabía por su padre las torturas de su horrible miseria juvenil y jamás oyó en sus labios un recuerdo a los parientes de España, que eran mentados con soberbia por casi todos sus compañeros. ¿No los tenía él acaso? ¿Eran ruines, villanos, como decía el corregidor? ¿Tal vez alguna mancha, el presidio, se atravesaban en el limpio linaje de los aldeanos de Elizondo? Respetuoso de la inmaculada honradez de don Francisco, había guardado en silencio sus penas. Mientras consideró posible vencer las dificultades se mordió; cuando las últimas cartas de Inés le hablaban del peligro del monje para ella o de una alevosa muerte para él, don Diego miró las cosas con más serenidad y pidió consejos al mejor de sus amigos.

Era éste un capitán andaluz de nombre Almanzor, seguramente descendiente de moros; su nombre mismo lo indicaba con elocuencia: Al Manzur. Tenorio impenitente, salta-murallas, herido por las indias, noblote y educado, tenía cierta burla para el señorío falso de los Urra y defendía la legítima prosapia americana de los extremeños y castellanos de la conquista que habían ganado nobleza espada en mano como sus no menos admirables antepasados de la conquista de Granada.—“Vosotros, vizcaínos, decía, probadme lo que sois fuera de medidores de bayeta, pesadores de sebo o acaparadores de las encomenderas bien aviadas. Sois hidalgos por vizcaínia como yo cantor y enamorado por Andalucía, es decir, sois hijos de vuestra tierra y de vuestras obras. Reconozco entre vosotros al viejo marqués que trajo su título en las venas; pero no al que lo encontró aquí debajo de su cofre. Ese es como yo y como el otro”. Y don Diego que sufría de ahí mismo, simpatizó con Almanzor y lo llevaba a menudo a la casa de

Suñosa metida como una gran ehoza bajo el gran olivar plantado por los jesuitas con civilizador ejemplo.

Almanzor había corrido la vida en Madrid, vecino de la Corte y sabía algo de linajes. Siempre decía en broma, aludiendo a las calaveradas de sus abuelos: “Yo no soy de sangre real; pero me temo que el Rey tenga sangre de Almanzor”. Cuando escuchó el relato de los amores de su amigo hizo algunas inocentes bromas sobre Mónica y su última aventura con el diablo.—“Es allí donde hay que meter al corregidor,—agregaba,—para que medite sobre la igualdad de los linajes en ciertos casos.” Pero, luego, tomando con ardor la causa del compañero meditó y discutió con esa viveza meridional que no se fatiga de mirar las cosas por todos sus aspectos.—¿Y por qué no averigua don Diego de dónde vienen estos Urras parientes de Nuestro Señor y tiranos con el demonio? Y luego, cuando hay onzas, ¿por qué no cruzar el arroyo (así llamaba el mar) y llegarse a la misma casa solariega? Y perdone su merecd, ¿los Echasoneta no tienen en Navarra un mal cortijo ni un medio ciento de castaños?

—¿Yo qué sé?—reponía desesperado don Diego.—Me temo que no seamos nada y menos que nada. Mi padre piensa como un hidalgo, eso sí; y obra como tal. Me figuro que un duque ha de tener mejor figura que la suya; pero no sus sentimientos.

—¿Cá! Perdone su merecd; pero un duque de mi tierra no se diferencia de otro que no es, sino porque cuando roba no lo azotan. Lo primero que yo haría era meterme de narices en los papeles y ver quién era el don Baltasar...

Una señal de desaliento era la única respuesta de don Diego.

—¡Vaya alguien a saber quién es quién en esta tierra! Nadie ha traído papeles ni sabían leerlos. En Navarra cuando llega un indiano le preguntan: “¿Traes oro?” Aquí debían preguntarle al español: “¿Traes hombría de bien?” y esto debería bastar.

—Pero no don Diego. Allí, en vuestras montañas como en mis aldeas, se sueña en el tío de indias y se lo tiran a la cara al pretendiente, aunque lo que pretenda sea una andrajosa; aquí, lo que tiran es al tío de España. Pues, para mí, ambos tíos dan cada desengaño que pone miedo. Lo dicho: hay un camino. Converse su merecd con su señor padre y pueda ser que de tales arreglos provenga una

vuelta por las montañas del norte y sepamos si los Urras están cerca del Rey o del sitio en que la santa de la familia metió al demonio.

El consejo era bueno y el joven lo siguió sin vacilaciones. Fué para don Diego una sorpresa la forma en que don Francisco recibió la relación de todo lo ocurrido. Sus bondadosos ojos, metidos bajo las enormes cejas, centelleaban de indignación. Sus manos crispadas, manos largas y curtidas de comerciante, se apretaban a las mejillas y se tomaban el encanecido e hirsuto pelo. Preguntó los menores detalles, aprobó la elección del joven y en seguida se quedó largo tiempo pensativo.

—“Te daría buen consejo de comerciante al pedirte que olvidaras a esta dama colocada tan alto sobre nuestra familia. Te daría un consejo provechoso que tal vez no seguirías porque a tu edad estos negocios son de vida o muerte; pero no es eso lo que vas a oír de mis labios y te sorprenderás. Sí, como me dices, crees que doña Inés es dechado de virtudes y encantos y que Dios mismo la ha puesto en tu camino, no retrocedas. Y como no retroceder significa ganar el pleito, cuenta con la voluntad y los medios de que disponga este viejo fatigado de luchas. Te confieso, como si fuera ésta mi última hora, que jamás había pensado en abolengos de mi nombre. Salí muy niño de la tierra: recuerdo de mi pueblo las montañas altas que lo rodean y acortan el día y una iglesia grande con una torre muy alta. Muchas veces pensando en mis padres y en el hermano Bernardo, se me ha venido a la mente la imagen de una casa vieja metida entre murallas apuntaladas, pobre todo y polvoriento y abandonado. Había allí un corral donde pastaban unos asnos y un caballo. ¿Era todo eso nuestro bien o mis padres administraban un solar ajeno? Vestían todos como los demás habitantes de Elizondo, como todos sus coetérreos en fin. Años después de mi llegada a La Serena, cuando por la santa intervención del franciscano Cardenillo aprendí a escribir, me hice al cura del lugar. En pocas líneas me dió a entender que la familia no existía: muerto el viejo, ni de la madre ni del hermano sabía nadie. Tú ves, como pobreza y humildad esto es elocuente, porque

si de noble tuviéramos una migaja el nombre existiría y el cura me habría podido indicar algo más. Esto por lo que a mí toca. En cuanto a los Urra, mientras más cavilo, más me parece exagerada su idea de un preclaro linaje. Yo creo que don Baltasar de Urra salió precisamente de mi pueblo y lo digo porque hace treinta años, estando en Lima me dijo un paisano que vió la firma del viejo en negocios con la mía:—“¡Qué pequeño es el mundo, don Francisco, a tan larga distancia cómo se encuentran dos hombres del mismo pueblo, casi del mismo cortijo!” Anda tú a saber ahora si quedan recuerdos de Echasonetas y Urras en Elizondo como no sea en los libros parroquiales. Escucha tranquilamente mi plan; me parecería conveniente para más tarde que yo recibiera del corregidor la confirmación de sus desdenes y ofensas; pero tal vez perdemos tiempo y tranquilidad. Dejemos las fórmulas; lo que tú sabes por sabido me lo tengo. En una palabra: quiero que substituyas a Echagüe, mi comitente, en su forzoso viaje á Cádiz. Era necesario para arreglar nuestros negocios, desordenados desde la muerte de su hermano, que ocurrió en ese puerto, que Echagüe partiera sin tardanza. El viaje no le conviene a él como no me conviene a mí mismo, porque nadie puede substituir el conocimiento de éste en el mercado de Lima y en los créditos pendientes. Por otra parte, debo confesarte que me inquietan dos cosas: tu conducta ha sido un poco ligera y tu educación descuidada; sin creer que el aire de mar moralice o instruya pienso que un viaje largo impone privaciones y hace ver mejor las cosas desde lejos y ahonda los cariños y la veneración que ya tienes por tus padres, también me inquieta que, cuando ya puedo decir que he formado una fortuna y una familia, dé el ejemplo pernicioso de no ocuparme de la mía. He aquí, cómo me propongo ayudarte en provecho para todos. Irás encargado de la comisión de Echagüe, llevarás el dinero necesario para ir ante la Corte y cumplirás ante los míos los deberes que por escrito voy a encargarte. Al mismo tiempo, sabrás quiénes somos y quiénes son los que te han insultado.”

El largo discurso de don Francisco lleno de citas, digresiones y episodios, que es natural omitir en esta relación, levantó extraordinariamente el ánimo del joven. Cuando avanzó en el conocimiento de los negocios que iban a ocuparlo se tornó grave y melancólico. Avisó

a Inés que partía a Lima para esperar el barco que lo llevaría a Cádiz y le envió un juramento hecho al pie del altar, después de recibir la sagrada forma, por la cual se mantendría leal y firme en sus compromisos. En cambio, hidalgamente, dejaba a la niña en plena libertad para obedecer a sus padres o seguir la posible mudanza de sus inspiraciones. Su carta, llena de nobilísima omor exaltado aún más por el despotismo indomable de don Cristóbal había sido escrita con su propia sangre, romántico rasgo que no olvidaban

hombrecillo pálido, fino, de ojos profundos, cuya peluca cuidada y maneras cortesanias contrastaban con la pobreza de su frac verdoso y raído. Mientras don Diego depositaba su cortísimo equipaje y repasaba en compañía de los comerciantes sus encargos fundamentales, oyó que dos italianos de la tripulación lo llamaban el **signor Giovanni**. Fué utilísimo consejero para el peregrino chileno hasta su llegada a Lima y extendió su benéfico y ya profundo conocimiento del mundo y de los hombres dando útiles cartas para Cádiz, Madrid



Las dos mujeres que conversaban en el locutorio mientras escuchaba pegado a la reja el Corregidor

los amantes de ese tiempo y que hoy suplirían con los adelantos de la química a mantenerse la costumbre.

Un viaje de la costa meridional del Pacífico hasta Cádiz era todavía, por esa fecha, una aventura peligrosa. Despidiéronse padre e hijo en forma solemne y acompañándose y consolándose mutuamente llegaron juntos a Valparaíso donde Echagüe los aguardaba para instalar al joven en el velero que partía para Lima. Junto con él ponía pie en la cubierta un

y Santander sitios precisos donde el joven debía experimentar sus dotes para la lucha. Una tarde desplegó a su vista el plano de una vasta construcción para la ciudad colonial. Toesca llevaba en consulta al virrey más de cien hojas y pergaminos que contenían su proyecto de la Casa de Moneda. Don Diego que emprendía ese largo viaje para ver si los puntales de dos casas solariegas de Elizondo resistían todavía la ruina de los muros agrietados, para buscar a su familia del porvenir un sostén en el pasado y una defensa en el futuro, ignoraba que ese arquitecto, de manos finas y penetrante mirada melancólica, era

el constructor de una casa solariega más grande, abolengo de una República de la cual sus mismos hijos iban a ser fundadores y por la cual iban a combatir contra la tierra de su padre.

Había dos rutas: la que seguían los navegantes franceses por el Cabo de Hornos o el Estrecho de Magallanes o aquella en que se empeñaban todavía los españoles, el camino de los galeones históricos hasta Panamá, que había aecchado el pirata durante dos siglos, donde los viajeros y mercaderías de los dos océanos se juntaban bajo el sol de los trópicos y la influencia pestilente de los pantanos en lo que se llamó la feria de Portobello. Convenía más a don Diego seguir la última, a pesar de las incomodidades, peligros y mayor costo de la navegación. No cabe en el límite de esta historia el episodio intensamente dramático del encuentro del oro y el grano que iban del Pacífico, con las mercaderías que venían de Europa, en medio de la codicia y de la fiebre, bajo el asalto del indio o del pirata. Cuando el joven Echasoneta cruzó el istmo aquello iba en declinación rápida a morir en breve. Una nueva potencia surgía en el norte con los primeros rayos de un sol naciente: los Estados Unidos de América.

Una mañana inolvidable, antes de que el sol africano hiciera resultar en toda su brutal coloración el mar, el cielo y las fachadas blancas de cal, del puerto gaditano antesala de América, don Diego saltó al malecón y besó la tierra española. ¡Qué deseo de vivir le inspiraba esa luz—semejante, sin embargo, a la de Chile,—y ese intenso azul de lapizlázuli no comparable al cielo algo pálido de la lejana patria! En pocos días de inmovilidad forzada en el puerto, después de visitar las huertas y viñas, de recordar aquí un rineón de Chile y de preferirle acá otras bellezas, don Diego comenzó a sentir inquietud de espíritu, languidez física, temor indefinido, en una palabra, ese estado incierto del que ve transformarse sus ideas. Un médico de nuestros tiempos habría diagnosticado un caso de neurastenia. El doctor Alvarez, consultado por Echasoneta, dijo tratarse de una enfermedad común en los indios, correspondientes de las tercianas y otras perturbaciones que los europeos sufrían al poner pie en América y de la cual en esta tierra se decía que era "pagar la chapetonada" porque el peninsular usaba chape era llamado **chapetón** y eran chapetonadas todas sus equivocaciones por inexpe-

riencia. El doctor sonrió ante la varonil y fresca belleza de don Diego y le aconsejó ir a la romería de la Virgen, apurar cañas de manzanilla y bailar con las mozas.

Ni el alegre facultativo gaditano estaba en la razón, ni lo estaría un médico del día. Don Diego sufría desvanecimientos como el hombre que encerrado en una bodega sin luz ni aire es sacado violentamente al sol y al aire puro. Venía a España con resistencias de criollo y España lo cautivaba. La imagen del vizcaíno adusto transplantado a la lucha sin piedad de América para hacer dinero a todo trance; la del fraile omnipotente ante el cual no había puertas cerradas y cuyos deseos eran mejor complacidos que acatadas las órdenes y mandatos del gobernador; la del despotismo doméstico que disponía de las hijas para ofrendarlas a Dios contra su voluntad en la reclusión de un convento; la de miserias e injusticias con el funcionario meritorio o el militar valeroso, era todo lo español que él conocía y no amaba, y Cádiz de un golpe le daba aire oxigenado para respirar a plenos pulmones y una nueva luz para descubrir la dicha de vivir, el amor sin peligro al través de la reja, la canción alegre en los labios, la franqueza ruda en la palabra y la mirada abierta, confiada, dirigida de frente y no saeteada oblicuamente. Se extrañaba don Diego de ver grupos de mozos y mozas hablándose sin rubor ni ceremonias, de ver pasar un religioso sin que se arrodillara la plebe para besarle las sandalias o acudieran las mujeres a tomarle la mano o las cuentas del rosario, y, en fin, su sorpresa fué ilimitada cuando vió por la calle a dos religiosas, una joven, derecha, de alegres ojos negros y otra viejecita vivaracha, que hablaban ambas sin bajar los párpados ni reparar en nadie y reían como reía todo al borde de ese mar tan azul.

Sin esperar la romería, cuando hubo frecuentado las oficinas abiertas de cara al puerto y arreglado los negocios de su padre con un nuevo agente, don Diego tomó rumbo al norte resuelto a pasar por alto a Sevilla y Madrid, para salvar así aquello que aún le quedaba de amor al suelo natal en un resquicio de su corazón. Las primeras montañas reprimieron con severidad sus desvíos. Trepano unas en silla de posta, descendiendo de otras por escarpados senderos a lomo de vigorosos burros, llegó a una venta aislada a buscar reposo y alimento. Los mozos de ser-

vicio que lo acompañaban contaron al ventero que su amo era indiano y venía del Perú y Chile y el ventero dió esta nueva a otro cliente que iba a partir. Era un viejo Elizalde de Santiago, que había hecho en Chile mediana fortuna y regresado después a su tierra. Reconoció a Echasoneta y le echó los brazos al cuello. Era amigo y cliente de su padre.

La liquidación de los negocios de Elizalde había causado cierta sensación en la aldea santiaguina porque tenía hermanos y hermanas bien colocados en la ciudad, y, sin embargo, seguía inexorablemente el camino del español; a quien llama su tierra y rompe los vínculos nuevos por fuertes que sean para volver a ella. En dos palabras impuso a don Diego de su reciente resolución de volver a Chile. Venía ya de vuelta, descendiendo de sus montañas de Navarra, por las cuales tanto había suspirado cuando miraba los Andes en medio de sus trabajosas faenas de minero en San Pedro Nolascó. Ahora quería perderlas de vista para siempre. "Había visto morir al hombre,—decíale tristemente a don Diego,—y hasta había visto morir una colectividad entera de hombres, la colmena misma, allá en minas empobrecidas del Alto Perú; pero no creía que pudiera morir la patria. Por ella, pensando en ella, me quité el pan de la boca, dormí sobre las breñas y sufrí la nieve. Ahora he venido a sus brazos y no me reconoce. Mi pueblo ya no es mi pueblo sino el de otros. Nadie recordaba a ningún Elizalde. Las viejas tías estaban sepultadas sin losa alguna en el cementerio de los pobres. Los amigos de la familia también habían muerto. La suntuosa iglesia y su enorme torre, no son ni ricas ni grandes; mis ojos de niño me engañaban; el templo es un barracón y el campanario un palomar. No condene, señor don Diego, a su padre, mi amigo venerado, porque no se ha dado prisa en volver. Quien parte demasiado temprano regresa siempre demasiado tarde. Los hermanos de España pasan un tiempo esperanzados en los de América y éstos enorgullecidos con aquellos que guardan un nombre y una tradición; pero los años pasan y cuando éstos se enriquecen aquéllos han muerto y también ha muerto la patria, la tierra ruda y pobre que da a sus hijos pobre salario por incansable faena."

Elizalde continuaba su viaje al amanecer y los amigos se despidieron hasta Chile. Don

Diego quedóse profundamente conmovido con las palabras del español. Acababa de sentir en sus entrañas al nuevo amor a la tierra de su padre y ya temía que el desencanto lo ahogara en la cuna. ¡Iba a ser su visita a Elisondo un vano ritual para salvar pergaminos abandonados, como el del peregrino que va a un cementerio a recoger siemprevivas sobre la tumba del sér querido, o se trataba de la reconstitución de una patria y una familia uniendo la fortuna de unos a la tradición respetuosamente conservada por los otros?

A medida que don Diego iba entrando por las breñas de la tierra de sus antepasados, su admiración crecía y crecía. Toda la liviana alegría del sur, todos los colores, toda la imaginativa creación de los hombres se amenguaba. se recogía, se ensombrecía. Los mozos de servicios, relevados en el camino, eran cada vez más silenciosos y graves. Las mismas bestias enjaezadas, amaestradas y ágiles habían sido substituidas por otras más vigorosas, si se quiere; pero más flacas y pobres. Su pelaje era opaco, sus ojos unían al reflejo de la aridez de las montañas, una especie de resignación interior. Sus últimos guías, navarros como su padre, junto con presentarse al amanecer: al albergue que marcaba la postrera jornada del largo viaje, provocaron violentos latidos de su corazón. Hablaban con pausa y dignidad, procedían con lentitud, eran nobles y serios, rara vez reían, ni una sola frase pintoresca salía de sus labios habituados a permanecer juntos. "¿Habrà algún deudo mío entre estos vaqueros?", se preguntaba con inquietud. "¿Cómo han ido los viscaínos tan naturalmente a buscar en todo el confin del nuevo mundo un rincón tan semejante al suyo, como es Chile? ¡Pero si fuera de la india, de mulatos y mestizos muy teñidos, esta gente me parece haberla conocido desde que nací!—exclamaba don Diego. O será tal vez una vaga herencia recibida en la sangre la que me finge en este rincón un pedazo de mi tierra y en aquel grupo de caballerizos un puñado de sirvientes de mi hacienda con excepción de los puntiaguados bonetes de allá y de las coloreanadas mantas abiertas por el centro". Y así iba pensando el peregrino mientras las herradas patas de la caballería resbalaban al descender por el sendero abierto en la roca viva. De pronto el que hacía de capataz, teñió el brazo, y señalando hacia abajo, exclamó:

—Vea el señor allá en el fondo; ese case-
rio, pues es la cabeza del lugar, el Municipiu,
vamos, Elisondo.

La mágica palabra sonó como un estam-
pido; toda la fatiga del cuerpo había des-
aparecido en un instante; le quedaba, sí, una
debilidad profunda en el alma. Habría dese-
ado volverse. Lo que veía en el fondo no
podía, sin embargo, revelarle nada del futuro:
una llanura verdeante, muchos árboles, aquí y
allá techos sumidos en el follaje, algunos edi-
ficios de viejos ladrillos diseminados al lado
de un riachuelo, y más lejos una torrecilla
y una agrupación de casas más o menos ter-
rosas. Habriase dicho de esa iglesia con su
campanario, y sus casuchas en torno, que
era una gallina rodeada de polluelos que lle-
gaban hasta meterse bajo sus alas. En ese in-
stante pensó que ya podía ir recorriendo un
velo al misterio del futuro porque bastaría
preguntar al capataz que acababa de decir
que Elisondo era su pueblo, si había Echasonetas
en el vecindario. Pero don Diego tuvo
miedo miró al mozo su ruda faz, sus ojos
francos, sus cejas espesas y se calló. "Allá
veremos, nunca llega tarde el desengaño".

Los mozos se detuvieron a la entrada del
lugar en una fonda rodeada de pocos casta-
ños, donde había mulas y caballos atados a
diversos postes. También creyó Echasoneta
que había visto alguna vez este mismo lugar
y no le extrañó que el fondero viniera, som-
brero en mano, a indicarle que descendiera y
que sería acogido con lo que hubiera. Echó
pie a tierra el caballero, ajustó la última etapa
del camino y fué largo en la propina, tanto
que los mozos vinieron poco después a dese-
arles grata permanencia y buenos negocios, pues
allí no llegaba forastero que no fuera por
cuestiones de harinas o de granos. Antes de
echar su vista al albergue, lo que indudable-
mente esperaba el patrón, de pie a su lado
y sin decir palabra, pidió don Diego un vaso
de vino y se dejó caer en un escaño de madera
sin labrar que corría en la fachada a ambos
lados de la puerta. Se repetía para sí que
estaba en el pueblo de sus mayores, que allí
había nacido en una de esas casas que comen-
zaban a correr ascendiendo hasta el pórtico
de la iglesia su padre y el abuelo de Inés y
cerrando los ojos se trasladó de tal manera a
Santiago y a la calle que corría tras el huerto
de las Clarisas, que creyendo el posadero que
se había dormido le tocó levemente el brazo
y lo invitó a reposarse en el lecho, en un le-

cho que acababa de usar el alcalde del pueblo
del lado en su visita a la romería del Car-
men.

De su conversación con el posadero dedujo
don Diego que convenía para el éxito de su
misión dirigirse al mismo Municipio o a la pa-
rroquia donde, según sus palabras, no se es-
capaba nombre ni apellido de las seiscientas
personas del poblacho. Y el viajero a medias
desprendido de las pesadas botas y otros ad-
erezos del viaje comprados en Cádiz y dema-
siados vistosos para el lugar, alquiló una nue-
vo cabalgadura y se puso en marcha lenta-
mente, como retardando la hora de las reve-
laciones o de los fatales sucesos que tal vez
darían extraño rumbo a su existencia. La
iglesia no era ni alta ni suntuosa como le
había contado don Francisco, no podía com-
pararse ni con la Catedral de Santiago ni con el
templo de los dominicos aún no concluido. La
torrecilla se veía esbelta y espigada por la
altura; pero al llegar al frente mismo del
templo bajaba mucho y se achataba sobre el
tejado donde muchas palomas se arrullaban
con melancolía.

El señor cura, un viejo que parecía tallado
con hacha en madera, tan rectangular era su
fisonomía, sus hombros, su cuerpo, sus pies
mismos metidos en un calzado de montañés
primitivo, lo recibió en la sacristía donde
despedía un bautizo con francotes gestos de
cordialidad. Se caló unas gafas gruesas, le-
vantó la cabeza y sorprendido de no conocer
al recién llegado, frunció el ceño con aire de
desconfianza. Impuesto luego de que el joven
deseaba saber informaciones de una familia
del lugar, se sintió halagado y lo invitó a se-
guirlo al través de un corralito estrecho don-
de muchas gallinas picoteaban libremente jun-
to con las palomas que descendían desde los
aleros de la iglesia. Entrados a una pieza blan-
queada a la cal, invitó al visitante a sentarse
en un sillón de vaqueta, se colocó él mismo
tras de la mesa y escuchó. "Era cura desde
hacia dos meses; una desgracia, porque poco
sabía del pasado. Venía del curato de Vigo,
donde había ayudado muchos años al párro-
co que había resuelto finalmente partir para
las Américas. ¡Ah! Esa era la desgracia de
los montañeses pobres; el miraje del oro. El
viejo no creía en tales leyendas; en realidad
de indios enriquecidos, en veinte o treinta

leguas a la redonda podía contarlos con los dedos de una mano y sobran dedos; y, por otra parte, ¡cómo venían destruidos y cambiados, muchos sin religión, enfermos todos!" Tenía extrañas ideas sobre la misión de convertir a los pueblos infieles. Creía que antes de buscar nuevos cristianos había que fortalecer a los que ya estaban en la fe. Soplaban vienteceillos de desobediencia; de Francia venían brisillas malignas. En fin, después de observar mucho al visitante y de habérselo hablado todo, le preguntó:

—¿Cómo van las cosas en Méjico?

Don Diego explicó que nada sabía de aquellas regiones; pero era superior a la inteligencia de aquel anciano darse cuenta de que hubiera algo más que Méjico y el Perú en las Américas. La palabra Chile no le había llegado jamás a sus oídos y oyó con aire de incredulidad hablar del clima benigno y de las tierras de labranza. Un santo obispo le había contado en sus mocedades en el Seminario de Santander que buenas como las tierras más pobres de España

no había ninguna en el nuevo mundo y que el sol no alcanzaba allí a madurar el trigo, por lo cual y como las papas de oro no nutrían, los españoles se morían de hambre.

Llegados al punto, don Diego preguntó a don Pelayo, que así se llamaba el cura, si conocía algún vecino de su nombre. El clérigo sorbió una narigada y exclamó: "¡También este vicio nos viene de allá! Pero ese nombre, vamos me parece del pueblo. Echa... Echa... zarreta si que conozco a un concejal. Pero no; dice vuestra merced que es soneta; también me parece... Vea el señor: de Echa, como base te-

nemos en toda la región de Navarra y aún de Guipúzcoa muchos apellidos, Sí; me parece que un hombrón, un poco soberbio, que pasa encerrado en una casona que se cae de vieja allá al fin de la calle, saliendo media legua del caserío. En todo caso le daré al señor un buen guía; nada como enterarse con sus ojos, ¿eh?" Y saliendo a la puerta comenzó a dar gritos: "Laseu, Laseu, corre aquí, bendito de Dios, que vamos a emplearte". Y luego, alu-

diendo a un gigante harapiento que tapó la luz de la puerta, agregó: "Aquí lo tiene el señor; es bruto como pocos, es Nolasco el sacristán, el campanero y el barbero". El hombre se sacó un pañuelo que llevaba atado a la cabeza y dijo: "Y con perdón, también el sereno, aunque el Municipio no pague los cuartos. Para servir a vuesa merced". Salí con él don Diego no sin pedir al señor cura toda la reserva posible, ya que no quería que nadie fuera del curato se enterase de sus afanes. Así lo prometió y se separaron con pocas palabras sobre lo que ya habían conversado.



El largo discurso de don Francisco, lleno de citas, digresiones y episodios...

Una vez en la calle y montado don Diego, repitió al gigante lo que deseaba. Este, que marchaba al lado, a pie, y que ya se había envuelto de nuevo la cabeza, buscó un resquicio en la envoltura para rascarse. "Sí; pues había Echasonetas; ¡vaya si los había! Y ojalá no los hubiera; como testarudos y de corazón endurecido no los superaba nadie." El hombre iba acortando sus pasos a medida que llegaban al rincón del camino donde desde cien varas había ya señalado unos muros como el cortijo del hombre que buscaban y de pronto, no pudiendo ya marchar con más lentitud, se

plantó firme y mirando a don Diego, le dijo: "Pues nada; que no voy más allá; siga vuesa merced siempre derecho hasta el castañar y pasado él encontrará una portalada y en ella un portón que se cae solo y unas murallas con horcones hacia afuera y un molino más adelante con la rueda parada, y una vez allí, golpea en el portón si lo quiere o bien se espera allí dos días que lo mismo da, porque no le abrirá nadie." Y como don Diego le rogara acompañarlo el hombre movió la cabeza con resolución y dijo: "Nada; que yo no puedo, estamos reñidos, cuestiones de familia." Y dando vueltas se puso a desandar rápidamente lo andado. El joven estaba confundido; sus parientes no debían de gozar de muchas simpatías; además; ¿ese animal era uno de ellos? No se podía dudar: "cuestiones de familia" había dicho y bien claro. Quien venía desde el fin del mundo, no podía retroceder cuando ya divisaba la construcción ruinosa y polvorienta, de dos pisos bajos, metida entre murallas a medio caer y otras apuntaladas en demasía. Uno de sus mozos de servicio que regresaba por el mismo camino y lo reconoció instó, sin embargo, a llamar con confianza. Un aldabón de hierro,—allí no había cobres como en Chile,—colgaba tan polvoriento que realmente revelaba no haber sido levantado en mucho tiempo. Don Diego golpeó con él fuertemente y allá, muy lejos, ladró un perro. Después reinó el silencio más completo; el de a caballo se despidió y perdióse de vista; un carro tirado por mulas venía hacia el pueblo con cubas tal vez llenas de agua. El mayoral saludó llevándose la mano al sombrero: "Es inútil golpear, forastero,—dijo al pasar,—aquí no abren ni al Santísimo cuando alguien esté en las agonías." Y rechinando las ruedas desvencijadas y saltando dentro de las cubas el agua, pasó el carromato y todo volvió a morir. Nuevos golpes vigorosos y continuados dió el aldabón contra los tablonces que crujieron en señal de protesta; esta vez el perro ladró de nuevo; pero don Diego creyó percibir una voz cautelosa, pero imperativa que lo hacía callar. Entonces los golpes arreciaron y algunos pasos leves, el crujido de unas botas, un cuchicheo cercano le revelaron que venían a atisbar por las grietas y hendiduras vecinas a los goznes.

El joven, desmontado ya, resolvió dejarse examinar por los invisibles ojos sin manifestar gran impaciencia. Pero, como al poco tiempo no percibió ningún otro signo de vida, se

aferró de nuevo al aldabón y dió con él una media docena de golpes espaciados y resueltos. Entonces una voz masculina dijo desde adentro:

—Perdone su merced que el señor don Bernardo está ausente.

A lo que don Diego replicó:

—Vengo de muy lejanas tierras a traer al señor un saludo; no puedo marcharme sin dejarlo personalmente a algún miembro de su familia.

Nuevo y largo silencio sucedió a estas palabras y el eco de su voz quedó vibrante en el zaguán vacío. Ya parecía cosa de encantamiento que con tanta facilidad se hubiera desvanecido el hombre que hablaba y se movía tras el portón. Un nuevo aldabonazo pareció molestar al de adentro, porque repuso entonces:

—Se habrá equivocado el señor. ¿A quién busca?

Aquí de los apuros y del temor cerval del chileno, porque realmente ahora temía que ni esa misera mansión perteneciera a los suyos y que no fueran de Echasonetas las ánimas en pena que cuchicheaban al otro lado:

—Entiendo que esta es la casa del señor Echasoneta,—agregó.

La lentitud de esa gente era desesperante y ante demoraban en contestar que el joven agregó alzando la voz:

—Si no se abre esta puerta esperaré la noche y dormiré aquí como un perro; no he pasado estas montañas y dos mares para volverme ante esta falta de confianza en un caballero.

De nuevo escuchó los pasos; pero esta vez se alejaban, haciendo ruido leve sobre la arena del piso.

Unos cinco minutos más tarde la planta ruda de un Labrador topó con la hoja del portón y movió ruidosamente los cerrojos. Una figura de campesino asustadizo que no se atrevía a mirar de frente y que parecía haber recibido una reprimenda se cuadró en el espacio abierto como para impedir la entrada al visitante. Sus ojos parecían suplicar:

—Esta es la casa de don Bernardo de Echasoneta, señor; pero no tiene comercio con nadie y a nadie recibe. Está en el huerto y no sé si el señor porfiará todavía por verle o preferirá decirme a mí mismo ese saludo.

—No, buen hombre, amigo mío; no hay por qué desconfiar; soy un caballero que viene de lejos y pide ser recibido. Si es necesario

aguado que el señor don Bernardó vuelva.
¿No hay un hijo?

El hombre enrojeció y después de dar vueltas las pupilas azules dentro de sus órbitas grandes, muy semejantes a las de don Francisco, lo que desazonó al mozo, dijo en voz baja:

—Este servidor; sí, señor, soy el hijo.

—Pues bien, ¿alguna vez ha oído usted hablar de un don Francisco que se fué a América?

—Sí; mi tío; ha muerto.

—No, que no ha muerto; vive y goza de salud; manda conmigo un saludo a su hermano y tengo cartas...

La sorpresa del campesino era grande; su inteligencia parecía mediocre y no sabía cómo salir del paso.

—¿Acaso el señor es también el hijo?...

—Sí lo soy, primo, venga esa mano.

El hombre miró la suya, callosa y ennegrecida y la retiró; en seguida dió vuelta la cabeza y, sin poder contenerse, escapó dejando abierto el portón. El viento que soplabá desde el corral hacia la calle levantaba el polvo y telarañas acumuladas en el zaguán húmedo cubierto con abovedado techo lleno de grietas y muros realmente desplomados; pero no era una casa de aldeano sino la vieja propiedad transmitida de padre a hijo. Sin embargo, la miseria estaba a la vista, esa miseria vergonzante a puerta cerrada, sin maneras, desconfiada, hostil a fuerza de susceptibilidad.

Del corral volvía apresuradamente el mismo hombre con la cabeza baja y repitiendo entre dientes algo. Cuando se hubo acercado descubrióse esta vez como con lección aprendida, tendió la mano al forastero y le dijo:

—Sígame su merced; tendrá que aguardar un tiempo porque mi padre está en las labores.

Y luego torció por una ranura estrecha abierta en la pared en el mismo pasadizo y comenzó a subir por una escalera de piedra de peldaños anchos y bajos. Apenas podía verse algo y las lastras pulidas se movían en forma inquietante. Al salir al piso alto pudo don Diego notar más al desnudo la destrucción avanzada del enmaderado del techo. Las puertas no tenían postigos o quedaban de ellos la mitad en unas y en otras la astilla pegada a las alcajatas de hierro. El primo abrió una que parecía iba caer entera y penetró precisamente a una sala larga, muy larga, para abrir un resqueño a la luz, en el ventanal asegu-

rado con fierros que debía dar sobre el camino.

—Somos muy pobres, señor primo, dijo el campesino; todo esto se cae; el padre y la madre están muy viejos y enfermos y este pedazo de tierra con los prados de allá arriba se los llevarán otros.

Hablaba lentamente, y ahora miraba más tranquilo al visitante que se había quedado de pie meditabundo, lleno de emoción al ver la morada de donde salió adolescente su padre para luchar en una tierra desconocida. En seguida movió un sillón de vaqueta, lo arrastró sobre los ladrillos desnudos y acercándolo a un sitio más alto le dijo:

—Con perdón, yo me ausento. Aguarde, señor, que venga el padre...

La sala era baja, larga, angosta, pintada a la cal y el piso de pequeños ladrillos cocidos, muchos de ellos quebrados y movedizos. En los muros desnudos, había manchas que correspondían tal vez a algún espejo, a consolas o adornos que habrían sido vendidos. No tuvo mucho tiempo de mirar el visitante porque escuchó el golpe de un bastón afuera que marcaba el paso pesado e impedido de un viejo. La puerta se abrió de nuevo y don Diego pudo ver al frente a su mismo padre más viejo, tan exacto, que casi lanzó un grito. Era su misma talla, su cabeza, sus ojos, sus cejas; más arrogancia en la mirada; pero menos suavidad en las maneras.

Don Diego avanzó inclinándose profundamente, tomó la mano del viejo y la quiso llevar a sus labios.

—Soy Diego Echasoneta, hijo de Francisco Echasoneta e Iturgoyen, que vive en Chile y me envía a saludar a su hermano. Presento mis respetos al tío...

El caballero callaba y clavaba la más penetrante mirada en el joven. Era un silencio que parecía eterno. Don Bernardo, en fin, abrió sus brazos y exclamó:

—¡Ven, hijo mío! Bienvenido seas en tu familia. No sabía nada de Francisco, no creía en su existencia; todo me indicaba que habría muerto allá entre los salvajes. ¿Por qué no se ha enterado nunca de su familia? ¿Cuál es ahora su oficio? Tú ves la pobreza en que vivimos, ¿también él es pobre? ¿Necesita ahora de su hermana? Aquí hay corazón y es lo único que nos va quedando. Esos ojos tuyos son también los de mis hijos. ¿Cómo es tu nombre, decías? ¿Tienes otros hermanos? De-

bo parecerme a Francisco; tu mirada y tu emoción me han revelado la verdad de tus palabras.

Y cada vez más conmovido, el viejo acunulaba preguntas y reflexiones; tomaba al joven del brazo y apoyándose en el bastón lo conducía al sitio donde él mismo se colocó, ofreciendo el sillón a don Diego.

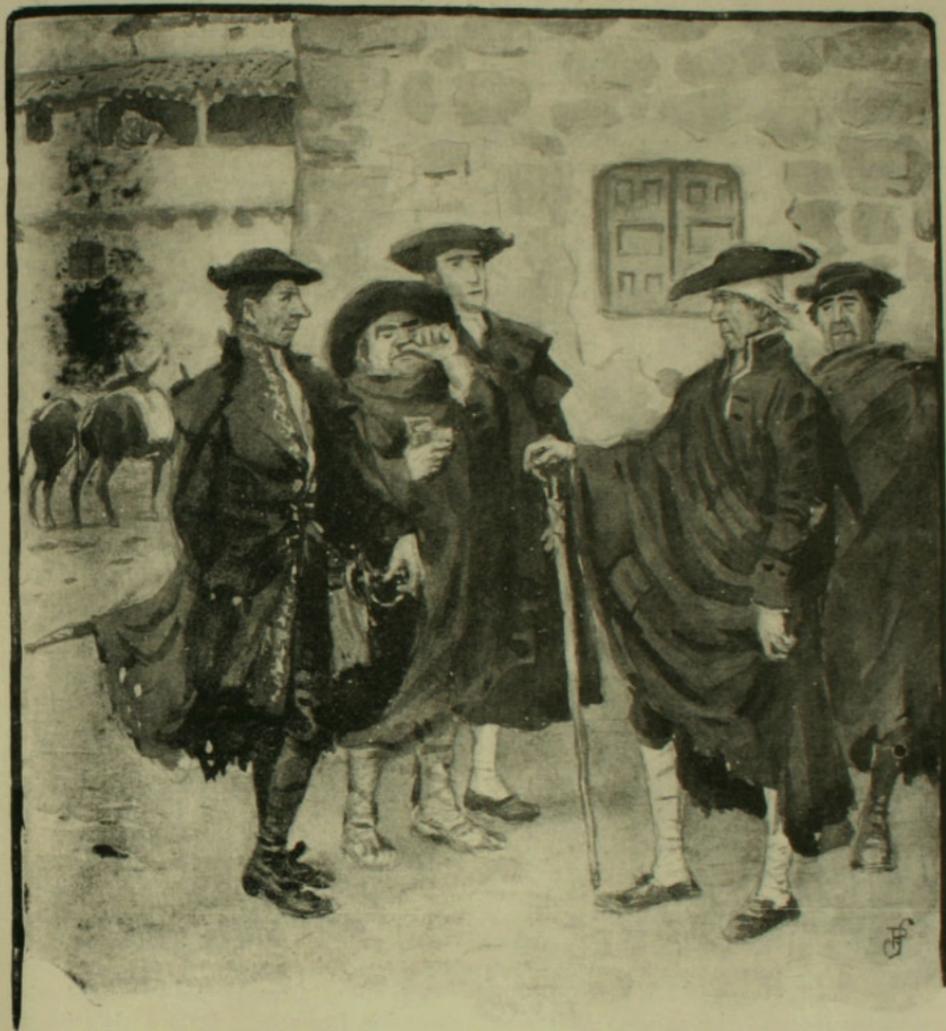
Entonces el chileno, tratando de serenarse, comenzó a contar lo que había sido la lucha de su padre, sus primeras erradas informaciones sobre su familia, el olvido más tarde, las penalidades y sufrimientos, las condiciones de las tierras lejanas, la navegación tormentosa, el peligro de los piratas y las enfermedades del trópico. De pronto vió que don Bernardo lloraba. No era, pues, el momento de mostrarle la carta que llevaba para el jefe sobreviviente de la familia, si había alguna. Porque el Viejo golpeó con su bastón en tierra mientras miraba impaciente hacia la puerta por la cual esperaba, seguramente, a alguien. Realmente aparecieron luego una mujer anciana de cabello blanco y de porte señorial acompañada de otra moza robusta y alta. Don Bernardo presentó al sobrino don Diego de Echasoneta y Teleña a la señora doña Pelagia, su mujer y a Agueda de Echasoneta y de la Arraigada, su hija.

—El mozo que has visto, es Pedro, el mayor.

Todos tomaron asiento ansiosos de oír las novedades, y mientras los ojos vivaces y escurtadores de las dos mujeres analizaban las maneras y vestimenta del pariente, la relación de éste continuaba ardiente y tierna, conmovedora y evocativa, en esa atmósfera del nuevo hogar que ampliaba para sus afectos los límites antes estrechos de la familia. La noche retiró sucesivamente por el ventanal los pocos fulgores que iban quedando y luego la sombra borró en las fisonomías las afebradas pupilas hermanas que se humedecían a cada instante y todavía don Diego hablaba como si no hubiera comenzado.

Mientras el joven insistía en volver a albergue prometiendo trasladar, desde el día siguiente, sus bagajes a la casa de los tíos, éstos llegaban, conducidos por Pedro y un espolone, a lomo de mula. El albergador, que algo había adivinado sobre los medios del forastero, venía también en persona a saludarlo.

La casa vieja era muy oscura de noche; pero bajaron a la gran cocina y allí, a la lumbrera de enormes tizones, el viejo hidalgo dió a conocer a su sobrino, mientras corrían algunos antecedentes de la familia. Había sido ésta más afortunada, aunque nunca rica, en pasados tiempos en que el abuelo cobraba ciertos derechos de pontazgo y pesca en los riachuelos de la comarca y aún antes era un hidalgo de la casa el que percibía la **fonsadera**, es decir, el tributo que se pagaba para atender a los gastos de la guerra, las **martiniegas**, contribución obligatoria para el día de San Martín y los **yantares**, primitivo derecho para dar alimentación al rey cuando entraba a la región. Su abuelo había sido regidor perpetuo de la comarca y tenía su tumba erigida a costa del pueblo en el presbiterio de la iglesia dedicada al apóstol Santiago en su nombre. La familia había gozado del privilegio de mantener sitaliaes cerca del altar para oír la misa; pero los demás favores habían ido decayendo o caducando, y con esta merma las rentas quedaron reducidas a las que daba la tierra. A juicio de don Bernardo no había hidalgo en muchas leguas a la redonda de más reconocida nobleza que su padre. Desgraciadamente recibió la herencia en malas condiciones para soportar los gastos de la casa, pues era ostentoso y magnífico y se vió precisado a vender algunas fincas, una de las cuales formaba parte de las mejores tierras del vecindario. Este hidalgo era generoso; pero autoritario, justiciero y muy tenaz en sus sentimientos, y esa la causa de que,—cuando se vió pobre,—se amuralló en su casa y se dejó morir desentendiado todos sus bienes, antes que recibir favor de nadie. La miseria que había hecho partir a un hijo a América había amargado también la juventud de don Bernardo, el cual, trabajando, vendiendo algunas reliquias y juntando a su haber los pocos pesos de la noble gallega “de la Arraigada”, reconstituyó un pedazo de tierra bastante mezquino, sin embargo, para lograr mantener las construcciones que los inviernos venían concluyendo de desmoronar. Había quedado en la familia la costumbre de no visitar a nadie, de no recibir a nadie; había pocos hidalgos en la vecindad y la gente del pueblo no respetaba ni recordaba para nada los viejos nombres ni sus servicios. El cura, los concejales, todo el mundo era hostil a la nobleza de la tierra y ésta como pobre y orgullosa había desaparecido sin chis-



Detenidos cerca de la portalada de la casa a una media docena de hombres...

tar y, en realidad, sus miembros eran muertos para el mundo.

Don Diego contempló entonces esa su familia, compuesta de dos partes como ciertos árboles en los viejos bosques; un tronco carcomido que amenaza muerte con ramas raquíticas y cortas y de pronto un retoño que erce al pie, robusto y lozano. Recordaba haber visto en su tierra de Ñuñoa un sauce viejo, uza de cuyas ramas había tocado un codo en tierra arraigado en el contacto y era ahora

esa rama el tronco de una nueva planta. He ahí lo que había ocurrido con don Francisco al echar en tierra virgen la semilla de los Echasonetas que se morían en Elizondo.

Del trato con su nueva familia el chileno descubrió tesoros de bondad y de alta distinción que se ocultaban en esas figuras recias y soberbias. El aislamiento del mundo no había introducido dureza alguna en sus corazones rectos. Don Robustiano sufría tal vez al pasar por las calles erguido, llevándose apenas la

mano al borde del tricorno cuando las autoridades o los vecinos principales le saludaban con respeto. Pero no podía librarse de las imposiciones de una tradición de orgullosa hidalgía que solamente podía vivir ahora separándose del mundo. Doña Pelagia aparecía educada, y algo más inteligente; Agueda, en cambio, apenas conocía las letras; era la madre delgada y nerviosa, y la niña una campesina bella, de luminosos colores y de franca sonrisa. Don Diego miró en la anciana a la madre tierna que le faltaba y en Agueda a la hermana encantadora que oía embelesada sus narraciones y lo admiraba como a un príncipe.

Cuando los tizones eran ya brasas y la luz faltaba en la cocina, el viejo dijo a doña Pelagia que era providencial la llegada del sobrino. Sentía que la tierra lo llamaba, y su mujer agregó que su mal era también profundo. Agueda necesitaría pronto la protección del tío ausente. Era necesario ocuparse en familia de muchas cosas.

—Dame esos papeles,—dijo al fin don Bernardo, tomando los que el chileno tenía en su mano y había anunciado desde su llegada.

Esa noche, cuando Diego ocupó el lecho desvencijado de madera de castaño, con columnas y techo labrados, bajo una colcha de damasco amarillo zurcida y remendada en todas partes, dió gracias a Dios por los beneficios recibidos y se durmió en paz acariciado por la esperanza. Varias veces despertó, sin embargo, creyendo escuchar la voz de la prima recién conocida, sentir el contacto de sus mejillas rosadas y carnosas y la frescura de su enorme cabellera rubia. Tenía ya una hermana con quien correr por los campos y a quien confiar sus amores y sus penas.

Muy de mañana resonó en el corral la voz robusta de Pedro que cantaba. Desde su ventana le dió Diego los buenos días y pronto también se unió a la suya la voz hospitalaria de todos los habitantes ya despiertos. Don Bernardo había leído la carta de su hermano y estaba en la cocina comentándola con doña Pelagia y Agueda cuando entró el joven. El viejo había llorado a lágrima viva ante ese papel que escrito al acaso para un

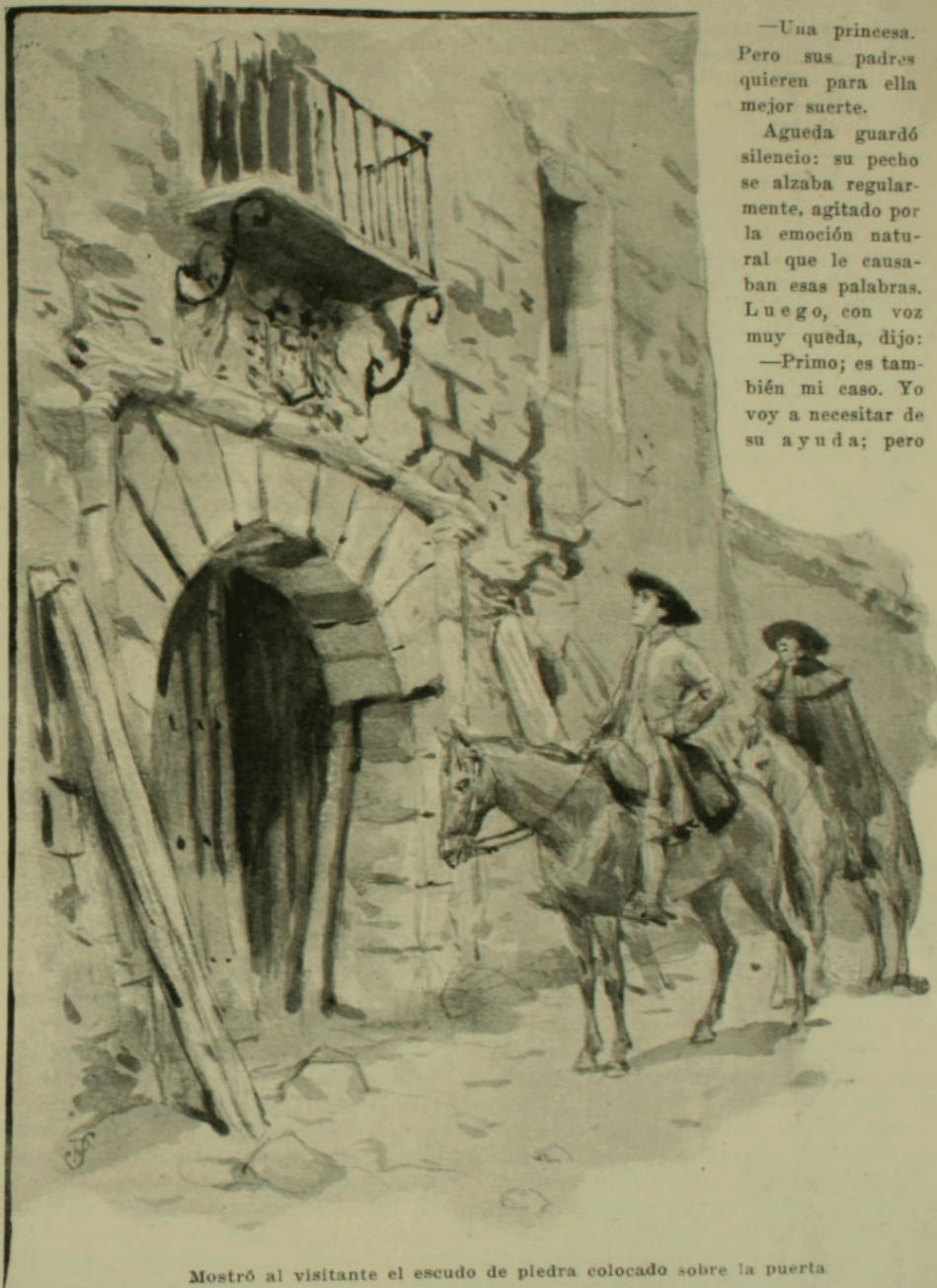
jefe de la familia y que llegaba en lo que él llamaba el "último aliento de su vida", había removido tan profundamente su alma. Sí; el viejo aceptaba la ayuda pecuniaria que generosamente le ofrecía el hermano; pero no toda, sino hasta lo suficiente para enderezar la casa y redondear el límite de los cortas terrenos adyacentes. No tenía una sola deuda esa familia, a pesar de que el año anterior se habían perdido las alubias y todo había bajado. Don Diego traía instrucciones precisas y así las manifestó. Las dos mujeres escuchaban con la cabeza inclinada, enrojecidas y lagrimeando ante ese tardío socorro que venía a librarlas de muchas escaseces pero también estimaban que las sumas de que hablaba el sobrino era crecidas para gentes sin necesidad.

Después de vaciar las grandes tazas de chocolate humeante que habían colocado en la mesa de encina sin pulir ni barnizar, junto con trozos de pan, higos secos, nueces, queso y unos sorbos de vino, don Diego pidió a Agueda lo acompañara a visitar las tierras mientras los tíos pensaban en sus negocios para hablar con más calma y decidir sin pérdida de tiempo. La niña quedó un momento confusa; pero el vigoroso asentimiento de los viejos la movió a ponerse de pie con franco júbilo. Agueda era mayor que Diego, mostraba tener no menos de veinticinco años; pero era una real mujer para un hombre de campo. Debía ser su salud la más vigorosa y sus fuerzas las de un mozo de labor. Apenas se encontraron fuera del corral, la niña,—como habituada a no hablar delante de sus padres,—manifestó la novedad que se producía en su vida al poder salir acompañada de un joven porque Pedro era arisco como don Bernardo y fuera de la misa que oían con la madre en un rincón, la pobre muchacha no podía mostrarse en la calle. ¡Ay! ¡Y qué terrible era don Bernardo si alguien del vecindario la miraba! Y luego, orgullosa de su acompañante, deseosa de provocar por primera vez una declaración sobre su propia belleza, Agueda, ruborizándose mucho, agregó:

—En cuanto a usted, primo, ¿cómo va a alborotar a las mozas de la vecindad!

No faltaban algunas muy bonitas, aunque don Bernardo decía que eran hijas de taberneros y de perdidos.

—No, prima,—repuso don Diego,—yo no me acercaré a nadie y no por orgullo, que no le



Mostró al visitante el escudo de piedra colocado sobre la puerta

—Una princesa. Pero sus padres quieren para ella mejor suerte.

Agueda guardó silencio: su pecho se alzaba regularmente, agitado por la emoción natural que le causaban esas palabras. Luego, con voz muy queda, dijo:

—Primo; es también mi caso. Yo voy a necesitar de su ayuda; pero

conozco, sino porque tengo el corazón muy ocupado. Dejé en mi tierra una novia.

—¿Y es bonita?

va a costar mucho sacarme del pantano.

Don Diego le dijo, con palabras tiernas, que la quería como a su única hermana; que

tuviera confianza en él; que si algún día los viejos le faltaban, su propio techo en la tierra lejana pero hospitalaria recibiría a la hermosa prima con su marido y con sus hijos. Agueda rompió a llorar perdidamente. Su historia era simple; pero se parecía mucho a la de Diego. Don Bernardo no aceptaba como pretendiente sino a un hidalgo y había rechazado a un molinero del lugar porque la fortuna del padre no era del todo bonrosa.

Había formado lo que tenía en cierta taberna de un puerto del norte, después pasó a Santander, donde también embriagaba a los marineros y una vez llegado al pueblo de sus mayores compró tierras, las trabajó con constancia y educó a su hijo para señorito. Era éste un mozo bueno como el pan, decía la niña, y ella lo amaba.

—Yo quiero que lo conozca, primo, para que pueda, llegado el caso, enternecer al padre, aunque realmente ya desespero de todo.

Don Diego pagó la confianza de la prima contando sus luchas con el viejo orgulloso de Santiago, cuyo nombre ocultó y con la hermana religiosa cuyo carácter hizo extraordinaria impresión en la niña.

La vuelta a la estrecha finca terminó pronto y los jóvenes encontraron a Pedro ocupado de las labores. Con él regresaron cuando el sol ya estaba alto, tomados de la mano y contentos de vivir.

Ese mismo día don Bernardo, tocando detalles de la familia, habló a la ligera del capricho de Agueda y Diego se insinuó con prudencia en el ánimo del viejo. Lo encontró reservado y severo. Era el mozo hijo de antiguos sirvientes de la familia, ingratos y olvidadizos; el padre había hecho fortuna causando lágrimas en los hogares, el pretendiente no parecía malo en su persona; pero no aceptaría jamás ese partido para Agueda. Prefería verla soltera.

Eran tan semejantes las expresiones usadas por su tío a aquellas que don Cristóbal decía a su respecto, que el joven tomó con más calor la defensa del pretendiente. Pero don Bernardo lo detuvo con firmeza:

—Basta que te agregue: una tía del mozalbete es bruja, la odia el pueblo entero; uno de sus tíos es sirviente del cura don Peláyc...

—¿Lascu?

—Ese; ¿y cómo lo conoces?

—Porque me guió hasta cerca de esta puerta cuando buscaba la casa y se retiró a medio camino diciendo que tenía cuestiones de familia con sus habitantes.

—¿De familia? Ya lo ves. ¿Prestarme yo a que esa ralea se emparente con sus amos de ayer? Permitir que un Urra...

—¿Urra? ¿Acaso se llaman Urra?

—Pues, sí, señor; Urra como Baltasar su abuelo, que abotonaba las botas al tuyo.

—¡No!—gritó más que habló don Diego;—no puede ser... ¿Y dónde está ese Baltasar?

—¡Qué sé yo ni nadie ni a quien le importa, hijo! Dicen ellos que en América y en presidio digo yo.

—¿Tío! en Santiago, en mi tierra, hay unos Urra que nos desprecian a nosotros y he sabido que son descendientes de un Baltasar, y mi padre cree que alguien le dijo un día que eran de Elizondo.

—Cuéntame eso.

Pero Diego había quedado pálido y paralizado. ¿Cómo! ¿Era posible? Allí, los Urra, antiguos sirvientes de los Echasoneta, despreciaban a un hijo de éstos que pretendía casarse con su hija; y acá los echasoneta, antiguos amos de los Urra, arrojaban a uno de estos que osaba pedir a uno de sus retoños. Allí la vieja Urra era religiosa que hacía huir a los demonios y acá era bruja que hacía mal de ojo y arruinaba a quien quería mal. ¿Era todo eso un sueño o una burla? Cuando Diego se repuso contó al viejo, palabra por palabra, todo lo que había ocurrido en Santiago con el incidente de su desgraciado amor; sin confesar, por cierto, que era ello la causa principal de su viaje a la tierra de los mayores.

Don Bernardo se indignó sobremanera de que el joven hubiera pensado en una mujer de apellido Urra por ennoblecida, enriquecida y bella que fuese. Baltasar era un sirviente, como habían sido todos los antepasados, de padres a hijos, ocupados, alimentados, pagados y colmados de beneficios por los Echasoneta desde tiempo inmemorial. Para aquel era discolo y bebía con malas compañías en el pueblo y se metió en intrigas contra sus patrones y terminó por matarles una criada allí mismo, al salir de la casa, manchando así el suelo que debía besar con veneración. Escapó luego y unos decían que había partido a las Américas y otros que estaba en un presidio cerca de Madrid. Debe ser ese Cristóbal hijo

de este Baltasar, no lo dudes. Extraña cosa es todo ésto; pero olvida a ese descendiente de una mala raza.

Y don Diego, espantado todavía de las consecuencias, no sabía si felices o funestas, que estas revelaciones podían tener en su vida, pensaba, sin embargo, que su historia iba a obrar posiblemente en favor de la prima. ¡Si todo aquello parecía urdido para que no se opusiera dificultad entre los dos Urra y los dos Echasoneta, ya que las faltas de Baltasar habían sido purgadas y la nobleza de Francisco no iba a ser discutida!

Entretanto iba pasando el tiempo, y el viajero apretaba, para que se decidieran las reparaciones de la casa y la adquisición de las tierras vecinas. Las instrucciones de don Francisco eran terminantes: dejar la casa solariega,—si existía,—en situación de desafiar los años y decorosa y digna; redimir la propiedad perdida, hasta cierta suma de que se podía disponer libremente; atender a los deudos más próximos y en mayor pobreza sea pagando sus compromisos apremiantes, sea dándole en dinero lo que don Diego creyera conveniente. Desde el primer momento el chileno pidió el nombre de éstos: había dos parientes Iturgoyen, dos Echasoneta y una viejita, toda gente miserable que no sabía ni leer ni escribir. “buenos hombres, como decía don Bernardo, pero a los cuales la pobreza había secado los sesos”. Fueron invitados por Pedro para conocer al sobrino que venía de América; pero éste quiso que fuera don Bernardo personalmente el distribuidor de los favores.

En la mañana de unos días grises que comenzaron a amenazar ese rincón montañoso, don Diego, salido muy de alba a oír su misa para recordar al padre y a la amada ausentes, encontró detenidos cerca de la portalada de la casa a una media docena de hombres metidos en sus capas que le parecieron alguaciles o algo así. Hablaban animadamente y sorbían rapé, luego sacaban los enormes pañuelos a cuadros para sonarse las narices pálidas con estruendo sin igual y dirigían a hurtadillas curiosas miradas para examinarlo. Que es; que no es; que parece un francés; que qué ha de ser de Francia ese guapo mozo; que se parece a Bernardo, que anda con garbo, y muchos otros comentarios llegaron a sus oídos y así comprendió Diego que eran los parientes. ¡Qué tipos de infelices rústicos

y bonachones con sus trajes raídos y el calzado y las medias rotas! Todos entraron, después de los más desatinados saludos, al salón de la casa donde don Bernardo ocupó el sitio y colocó cerca de sí al sobrino, dejando a los visitantes de pie para dar más solemnidad a la ceremonia y también porque no había otras sillas hospitalarias y no se atrevió nadie a ocupar dos que tenían forro de brocado muy manchado y deshilado. Se hizo la presentación, se recordó a Francisco, a quien todos aseguraron no haber echado en olvido, por lo cual el viejo sonreía socarronamente. Uno que parecía más listo se rascaba la cabeza sin cesar, avergonzado de la mentira, y otro sorbía rapé hasta ponerse rojo a estornudos. ¡Y éstos eran los tíos de España y Diego no se habría atrevido a cruzar con ellos la plaza de Santiago! Don Bernardo les leyó la parte pertinente de la carta y conociendo muy bien las dificultades de cada cual fijó allí mismo, sin tomarles parecer, y sólo con una señal de asentimiento de Diego, la suma con que debían contar por una sola vez. Aunque al joven le parecía exigua cada cifra, ellos la agradecieron casi lagrimeando y cada uno dijo allí mismo cómo la emplearían, quien arreglando la casa, quien enviando al hijo al Seminario de Santander, quien moviendo de nuevo un molinillo destruído. Era una fortuna, y no una limosna, para cada uno de los parientes. Ofrecieron sus casas y sus esposas que estaban todas enfermas,—es decir, y ésto no lo confesaban,—sin trapos para presentarse ante el señor. Según dijo Agueda en seguida, a pesar de las andrajosas vestimentas, muchas de las piezas habían sido prestadas por amigos o vecinos.

Cuando los parientes fueron despedidos, don Bernardo salió con el sobrino hasta la calle por la puerta central, tal vez por la primera vez después del nacimiento de Agueda, pues siempre escapaba por el molino, y mostró al visitante el escudo de piedra colocado sobre la puerta y ya limpio de barro y telarañas. No lo había advertido antes el joven y su primera impresión fué que acababa de ser embutido; pero no, allí estaba desde que la casa fué levantada, es decir, sin época fija. Don Bernardo abrió los brazos para indicar la cantidad de tiempo que había pasado sobre ese ornamento y sus poseedores.

Cuando Diego se recogió a su cuarto en la

Una noche encontró sobre la mesa una lámpara de aceite y un gran fajo de papeles amarillentos. Allí estaban los certificados de bautismo, las concesiones reales, cartas de abuelos, cuentas, testamentos. En muchos pliegos saltaba el nombre de *Urta* repetido hasta el cansancio: a Diego *Urta* y Encarnación *Urta*, una vaca; por el matrimonio de Nicolás *Urta*, obsequio de las arras de oro; por el nacimiento de Baltasar, dos cerdos y aumento de los gajes; a la madre de éste, a causa de la desgracia, condonación de lo que adeudaba y los gajes del año más una vaca. Aquí terminaban las relaciones con domésticos infieles. Había una carta especialmente marcada por don Bernardo, en que su padre don Gaspar le narraba a su mujer ausente todos los detalles del crimen de Baltasar *Urta*, personaje verdaderamente odioso y de alma muy negra.

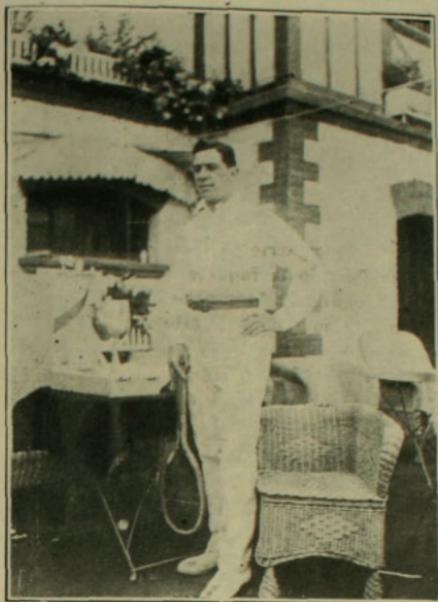
Por una parte Diego sonreía con amargura ante este desmoronamiento del linaje de *Urta*, que lo colocaba en tan superior condi-

ción ante don Cristóbal y su hermana Mónica; pero, por otra, sufría de que la delicada y hermosa niña tuviera esa sangre dura y cruel y esa ascendencia deprimida. "No importa,—exclamaba,—los pecados de los padres no deben pagarlos los hijos. Además, hay familias que suben como otras descenden. ¡Quién sabe qué habría sido en Elizondo de los Echasonetas en treinta años más a no haber acudido mi padre!" También la sangre de Inés estaba mezclada con una más pura, con la de una santa venerada en los altares. Rosa de Lima, ¿intercedería por el pecador introducido en su familia y haría en la nueva tierra, donde floreció su castidad, la fusión de los amos y servidores de Elizondo en las dos ramas navarra y chilena?

J. DIAZ GARCES.

(La continuación de "Tíos de España y Tíos de Indias", será publicada en el número próximo de febrero).





Señor Luis Harnecker, campeón de Chile



Señorita Primitiva Prieto Concha, campeón de Chile

Sobre el Lawn Tennis

A proposito del Campeonato de Chile

Con fotografias

Hasta hace poco el juego del lawn tennis era practicado entre nosotros casi exclusivamente por los extranjeros; pero desde hace dos o tres años ha tomado considerable desarrollo, no sólo entre la juventud masculina, sino también entre las damas, que lo han hecho su deporte favorito. Los clubs existentes se hicieron estrechos para los aficionados, y en todas partes se formaron nuevas asociaciones. Hasta se construyeron canchas de arriendo, que tienen para sus propietarios el éxito más lisonjero; para conseguirlas por una hora hay que pedir las con varios días de anticipación.

Debemos felicitarnos por este entusiasmo. No se trata solamente de un deporte al aire libre, saludable como todos los de su especie

y propicio al crecimiento de la raza. Tiene condiciones que lo hacen privilegiado. Bien aprendido, es de singular elegancia; los movimientos son rítmicos como una danza griega, y alguien ha dicho que las actitudes son dignas del friso del Partenón. Hipérboles a un lado, no puede negarse que es muy distinguido y que recrea la vista, sobre todo si lo practica, como suele verse, una muchacha bonita. Además, la calidad de la lucha, esforzada, pero sin las brutalidades que afean a veces esta clase de juegos, hace que ella sea caballerosa y que tenga una influencia educadora en los caracteres. Así en los clubs, salvo excepciones contadísimas, si se oye que alguien protesta y discute, se puede asegurar que es un propiciante.



Señor Aurelio Lizana, administrador del Club Santiago, y el mejor jugador profesional de Chile

Ha contribuido al desarrollo de este gusto el **Santiago Lawn Tennis Club**, que con sus veinte o más torneos anuales mantiene siempre encendido el entusiasmo. La circunstancia de que gran parte de estos premios sean para damas coadyuva a ese resultado, y da también al Club una fisonomía especial. Ubicado en un rincón del Parque Cousiño, que él mismo ha hermoñado con espléndidos jardines y un lindo **chalet**, tiene tanto de club social como de asociación deportiva. Pertenecen a él todos los diplomáticos aficionados al lawn-tennis y gran número de familias distinguidas. En las tardes, después del juego y del baño, que es complemento indispensable, señoras y caballeros, niñas y jóvenes charlan, tocan, bailan y se divierten. Hay una exquisita confianza; nada del fúnebre estiramiento que caracteriza casi todos nuestros paseos. Allí florece la amistad en medio de un alegre triunfo del feminismo. Y de cuando en cuando, se organizan almuerzos y comidas, que se verifican en invierno, hasta en días de lluvia, dentro del **chalet**, y en verano bajo los árboles; y hay brindis en prosa y versos en los que se manifiesta el enorme orgullo de

los tennistas por su institución y el cariño apasionado que le profesan, en los que se habla "del tennis, que en el triste Santiago que dormita es lo único que ríe, que vibra y que se agita". Ni paran aquí las actividades del Club. Hay otras más amplias y más hermosas. Cuando se acerca la Pasea o el Año Nuevo, se hacen colectas para festejar a los niños desvalidos del barrio; en las mañanas de esos días, cambiando la raqueta y los otros arreos por el delantal y los utensilios del caso, se dedican las jugadoras a fabricar golosinas; en las tardes se abren las puertas a largas filas de chiquillos, que pasan, con las sucias caras sonrientes, de las manos de sus madres, que miran desde fuera, a las de estas niñas caritativas que los obsequian. Y salen entonces a relucir espadas, gritan las muñecas, suenan trompas y tambores, corren los coches y reinan en el Club la más bulliciosa algarrabía y el más pintoresco desorden.

Este mismo Club acaba de instituir el Campeonato de Chile, que se jugó por primera vez en los días 25 y 26 de diciembre último. Hay un premio para caballeros y otro para damas, regalados este año, el primero por el directorio y el segundo por don Gonzalo He-



Señor Müller, de Valparaíso, cuyo juego despertó tanto entusiasmo



Una comida bajo los árboles del Club de Lawn Tennis Santiago

rros. En lo sucesivo tendrá lugar este torneo durante las fiestas patrias. Pueden participar en él todos los jugadores que se encuentren en Chile, radicados o de paso.

Este año, a pesar del empeño de los organizadores, sólo concurren campeones de Santiago y Valparaíso. Es de esperar que, pasados los rigores de la crisis, puedan venir también de otras ciudades de la República y hasta del extranjero. Con todo, la calidad de los inscriptos suplió por el número y el campeonato resultó interesantísimo. Abundante y variada concurrencia rodeaba las canchas y llenaba los jardines en esos días esplendurosos.

En el torneo de damas, después de una serie de matches reñidos y apasionados, llegaron al encuentro final dos socias del Club Santiago, las señoritas doña Primitiva Prieto Concha y doña Victoria Edwards Ariztía. La primera, de un juego tranquilo e inteligente, que busca a cada momento los puntos débiles del adversario, venció después de una larga lucha y obtuvo el primer premio y el Campeonato de Chile. La señorita Edwards, cuyo estilo es elegantísimo, alcanzó el segundo premio. Entre las jugadoras de otros Clubs se distinguieron principalmente las señoritas Schlegel y Johow.

En el torneo para caballeros, también llevó la mejor parte el Club Santiago, a dos de cuyos socios correspondieron los primeros lugares: a don Luis Harnecker, el Campeonato de Chile, y a don Lucio Villegas el segundo premio. El **match** final entre ambos fué brillante, y el vencedor corrió por momentos el riesgo de ser vencido. Sin embargo, no fué éste el encuentro que despertó mayor interés;

desde hace cinco años los mismos dos jugadores se disputan, con éxito alternativo, la primacía del Club Santiago, de manera que ya se han visto muchas veces las caras delante de los aficionados. En cambio, entre los campeones venidos desde Valparaíso, había uno, el señor Müller, de elevada estatura y atlética conformación, que llegaba precedido de gran renombre. En el primer **match** eliminatorio, en que derrotó fácilmente a su adversario, demostró tener, además de una formidable ofensiva, un estilo correcto y elegante como pocas veces se había visto en Santiago. Por eso el 25 en la mañana, día en que el señor Müller debía batirse con el señor Villegas, el Club estuvo más concurrido que nunca. En el primer **set** venció el señor Müller; en el segundo, el señor Villegas, lo mismo que en el tercero, en el cual, falto de resistencia, el señor Müller se defendió débilmente. El atento silencio en que resonaban los secos golpes de las raquetas era interrumpido a cada instante por salvas de aplausos que saludaban jugadas admirables.

Ojalá estos torneos aviven el entusiasmo por los deportes, y sobre todo por los que, como el tennis, acompañan hasta más allá de la juventud. Harto lo necesita nuestra gente ciudadana, que a los veinticinco años se hace sedentaria.

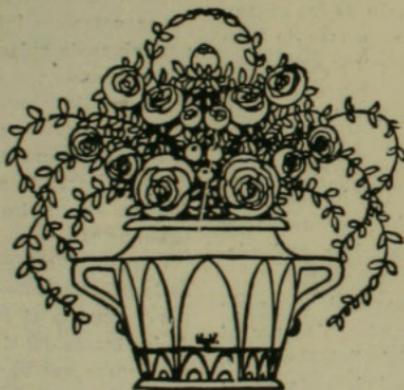
Cuando el cable nos cuenta que en medio de lo más agrio de las dificultades con Alemania y Austria el Presidente Wilson descansa de las tareas del Gobierno jugando al golf, se nos ocurre que nuestros políticos no se atre-



Grupo de chicas, tomando helados en la fiesta con que el Club Santiago obsequió a los niños pobres

verían a hacer otro tanto de miedo de perder su gravedad. Sin embargo, en el Club Santiago, donde se dedican al tennis Embajadores y Ministros diplomáticos, donde el Excmo. señor Fletcher, que es uno de los más hábiles jugadores, tiene instituída una copa anual para nacidos en Chile, hemos podido desengañarnos: no sólo figuran en la lista de socios varios diputados, sino que una mañana tuvi-

mos ocasión de ver a don Guillermo Suberca-seaux jugando en traje de carácter; y se nos ocurrió que tal vez esta falta de gravedad aparente ha permitido al simpático estadistz ver lo que hay de hueco y falso en los graves ideales de nuestros partidos, y buscar una orientación política, más modesta si se quiere, ya que atiende a lo terreno y no a lo divino, pero mucho más práctica y provechosa.



El Misterio de la Cisterna

Por _____

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

I

No he hablado hasta ahora de las doctrinas sociales de Román Calvo, y la verdad es que este es un punto que merecería capítulo aparte. Las doctrinas de Román no forman un sistema, pero no por eso dejan de ser interesantes y originales.

Sus estudios sobre historia natural han desarrollado en su espíritu una especie de positivismo sui-generis, que le lleva a considerar a las instituciones sociales en la misma forma que los órganos de un animal o de una planta, y a comparar el desarrollo de la historia humana a una especie de proceso fisiológico.

—Los órganos, me decía una cierta vez, se adaptan a las necesidades y al medio ambiente. La sociedad humana como los animales y las plantas, tiene que defenderse de sus enemigos, y adopta su estructura a esta función primordial. La naturaleza no produce nada inútil, y si el “caballo del diablo”, por ejemplo, parece una brizna de hierba, ello tiene por objeto engañar a los probables enemigos de la especie, que serían los animales carnívoros. Estos lo toman por un vegetal y no lo atacan... En la América tropical existe una mariposa inofensiva que a primera vista puede confundirse con una avispa sumamente venenosa que vive en las mismas regiones. La pobre bestiecita no ha encontrado mejor medio de introducir entre sus enemigos un terror saludable, que el de disfrazarse de avispa.

Lo mismo hace la sociedad. Viste de paños a algunos pobres diablos, y con ello hace

creer a todo el mundo que posee un formidable medio de defensa, pero en realidad no hay tal cosa...

—¿No crees, entonces, le pregunté, en la eficacia de la policía?

—Mucho, muchísimo, me contestó, pero por lo menos entre nosotros, ella obra más bien por temor reverencial. Y no hablo de nuestros detectives titulados... Este órgano administrativo, es rudimentario en Chile, como que está adaptado al feliz atraso intelectual que domina entre los malhechores del país. Difícilmente podrían descubrir a un criminal medianamente refinado. Se comete un robo, y van a buscar a las casas de agencia el objeto robado... No se les ocurre otra cosa... Por eso se explica, aunque no se disculpa, que para arrancar confesiones a los reos acudan al tormento, o a las apariciones sobrenaturales, como en Europa en la Edad Media.

Los criminales listos, como Dubois, o imaginativos e ilustrados como Becker, sólo son descubiertos por casualidad. Cuando prendieron a Dubois, hubo de ponerse en libertad a tres infelices condenados a muerte, y confesos ya de haber cometido uno de los asesinatos de aquella serie... Becker, con la sencilla precaución de ponerse sus patillas postizas, la noche en que fué identificado por Isaacovich, habría quedado impune... y cosa curiosa, tanto Dubois como Becker, eran extranjeros... Francés el uno y alemán el otro... Davis e Isaacovich, los que los descubrieron, extranjeros eran también...

—Tenemos, sin embargo, un Román Calvo. le dije sonriendo.

—Muy aburrido de su oficio, me repuso.

Ahora solo trabajo por accidente... Me gustan más los Coleópteros.

II

Cierta mañana del último otoño, me preparaba a salir de casa, cuando me anunciaron la visita de una persona quien no conocía. "Felipe Cabezas", decía su tarjeta.

Un poco extrañado le hice pasar a mi escritorio.

—Soy inspector de policía, me dijo, y vengo a suplicarle que me dé ciertos datos sobre don Romualdo Araya.

Al oír a aquel hombre, no pude menos de recordar a Román Calvo... Es, en efecto, muy raro que en Chile la policía se dirija a persona de cierta posición en busca de datos.

—¿Qué le pasa a Romualdo Araya? le pregunté.

—Ha sido encontrado muerto anoche en su casa, contestó el agente.

—¿Un asesinato! exclamé...

—Es lo que no sabemos... La cosa presenta todos los caracteres de un suicidio.

—Esto es muy raro, observé... De cuantas personas conozco, Araya sería la última capaz de suicidarse... ¿Por qué habría adoptado tan terrible determinación?... ¿Algún desfalco en la Tesorería Fiscal?...

Romualdo Araya era tesorero fiscal de San Bernardo.

—La Dirección de Contabilidad hace practicar en este momento un arqueo en la oficina, contestó el agente. Pero si hay desfalco, tiene que ser insignificante. Según los estados de ayer tarde, debía haber en las cajas poco más de dos mil pesos en dinero, y apenas cinco mil en especies. El resto de los fondos de la Tesorería están depositados en el Banco, y hemos comprobado que se encuentran intactos.

—Me confirmo en mi opinión, dije... No puede tratarse de un suicidio... Conozco demasiado a Romualdo Araya... ¡Imposible!

—Falta el móvil, en efecto, asintió el agente.

—Sí... el móvil, y el temperamento, y los antecedentes... Romualdo Araya era un hombre frío, flemático, tranquilo, y bueno como el pan... No se le conocen vicios ni deudas, ni le creo capaz siquiera de albergar pasiones. Sus costumbres eran las de un cenobita,

y después de medio siglo de una vida tranquila, uniforme, nadie se dispara un tiro a los cincuenta y pico de edad.

—Eso mismo repiten todos, volvió a insistir mi interlocutor, pero hay algo parecido a un comprobante: el difunto ha dejado un papel en que dice que se mata porque está aburrido de la vida. Lo sospechoso es que el papel está escrito a máquina y no tiene firma...

—Muy sospechoso, en efecto... Pero cuéntenme Ud. cómo ha sido eso.

—Es verdad... Pues mire Ud., el señor Araya vivía en una modesta quintita de la población La Cisterna, en el camino de Santiago a San Bernardo. No tenía sino un sirviente... José Ortiz, que hacía también de cocinero

—¿José Ortiz!... le conozco... Famoso por sus empanadas.

—Justo... Y esta habilidad de Ortiz es la que ha sido fatal a don Romualdo. Anoche, después de comer, el infeliz tesorero envió a su criado a la chaera "Santa Adriana", de don Eduardo Mujica, a fin de que preparara las dichas empanadas, para un almuerzo que este caballero debía ofrecer hoy a sus amigos. El encargo no llamó la atención a Ortiz, porque recibía con frecuencia otros de la misma naturaleza, y ellos le valían siempre una buena gratificación.

—La hora si que no parece la más apropiada, observé... Escoger la noche para preparar unas empanadas.

—Yo me hice la misma reflexión, pero la cosa se explicaba perfectamente. Ortiz es hombre muy ocupado durante el día, porque no sólo hace todos los menesteres en la casa de don Romualdo, sino que sirve a la vez el cargo de portero en la Tesorería Fiscal de San Bernardo. Así es que cuando sale afuera a preparar sus empanadas casi siempre lo hace de noche. Se trata sólo de dejarlas armadas, como dicen los cocineros, y al día siguiente sólo es preciso ponerlas al horno, operación sencillísima que no requiere ninguna habilidad especial.

—Adelante, siga Ud. su historia... Me va pareciendo muy interesante.

—A las nueve de anoche, Ortiz montó en el único caballo que hay en la quinta de don Romualdo, y se dirigió sin darse mucha prisa a la chaera de Santa Adriana, que está a dos leguas de La Cisterna, en el camino de

Santa Rosa. Al llegar, no fué poca su extrañeza al notar que no lo esperaban como en otras ocasiones. Las casas del fundo estaban a oscuras, y con sus puertas y ventanas herméticamente cerradas. Ortiz golpeó inútilmente por largo rato, sin atreverse a bajar del caballo por miedo a los perros del señor Mujica, que lo recibieron en forma nada ami-

gible. Al fin apareció un criado a medio vestir en una de las ventanas de los altos... Ni el señor Mujica ni su familia estaban en el fundo, sino en Santiago. Ningún recado había dejado sobre empanadas, ni almuerzo al día siguiente... Lo mismo le dijeron a Ortiz en la casa del administrador...

Bastante inquieto, nuestro hombre regresó a La Cisterna, donde llegó ya cerca de media noche. Subió al dormitorio de don Romualdo, con una vela en la mano, y allí se encontró frente a un espectáculo horrible.

El cadáver de su amo, completamente vestido, yacía a los pies de un sofá. Tenía la sien derecha atravesada por un balazo: junto al cuerpo estaba botado el instrumento de la desgracia... Un revólver Colt de 9 milímetros, casi nuevo, y con una de sus tiros recién descargado...

—¿Se ha podido comprobar, si el revólver aquel pertenecía a don Romualdo?

—Ortiz lo ha reconocido... A pesar de lo pacífico en sus hábitos el pobre caballero, como vivía en el campo y en una casa aislada, parece que manejaba esa arma en el cajón de su mesa de noche.

—Y ¿qué dicen los médicos en lo referente a la forma de la herida? ¿Hace pensar en un asesinato, en un suicidio o en un accidente?...

—El tiro ha sido disparado, no sólo a boca de jarro, sino que teniendo el cañón del revólver aplicado contra la sien... Su dirección muy certera... la de un suicida que sabe suicidarse... Por eso no sabemos qué pensar.

—Es un caso para Román Calvo, murmuró...

El rostro del agente se iluminó al oír estas palabras.

—Tiene Ud. razón, exclamó con entusiasmo. ¿Me haría Ud. el servicio de conseguir que me ayudara su célebre amigo?...

—Lo procuraré al menos, le contesté... Vámonos allá.

III

Román Calvo vive en la calle de San Ignacio, más allá de la Avenida Matta, frente al Parque Cousiño.

Encontramos a nuestro héroe rodeado de libros y papeles viejos.

—¿Te has dedicado a la historia?, le pregunté.

—Algo hay de eso... Quiero dilucidar toda la verdad en lo referente a la batalla de Rancagua. Es una comisión que he recibido de un nieto de don José Miguel Carrera... Un verdadero juego de niños, agregé, cerrando con cierto desdén un volumen de los Historiadores y Documentos de la Independencia.

Le expusimos el objeto de nuestra misión.

—Me servirá para dar un paseo por el cam-



Ortiz golpeó inútilmente por largo rato, sin atreverse a bajar del caballo.

pe, dijo, poniéndose el sombrero, y sin formular ninguna de las observaciones que le eran habituales en casos semejantes.

Mientras rodábamos en un Ford, camino de La Cisterna, el agente Cabezas puso a Román al corriente de todos los detalles del luctuoso suceso.

Román no contestó una palabra, ni hizo la menor pregunta. Sonreía con su gesto casi infantil de buen muchacho.

Llegamos a la quinta de don Romualdo.

Consistía ésta en un sitio de treinta metros de frente por ochenta más o menos de fondo, rodeado por atrás y por los costados de una muralla de adobes sin enlucir. El frente al camino lo cubría una verja de madera, bastante ordinaria y pintada de verde.

A dos o tres metros por detrás de esta verja se alzaba un pequeño pabellón de dos pisos, que era la habitación del infeliz tesorero. La estructura de la casita era muy sencilla. Dos piezas en los bajos y dos en los altos con vistas al camino. En la parte posterior la escalera y la cocina, en los bajos, y en los altos la pieza del criado.

Era más de lo que necesitaba don Romualdo. De las dos piezas de la planta baja, la de la izquierda servía de comedor y la otra de sala de recibo. Encima del comedor estaba el dormitorio del tesorero y sobre la sala de recibo una pieza de baño y de toilette. Un corredor de dos metros de ancho rodeaba la planta baja.

El sitio estaba recién plantado, con árboles frutales que apenas comenzaban a desarrollarse, y cubierto principalmente de malezas. Un camino húmedo y fangoso atravesaba longitudinalmente la propiedad desde la casa hasta el fondo...

El único adorno de esa quintita modesta e incipiente, era un magnífico sauce llorón, plantado seguramente en la época en que toda la población pertenecía al antiguo fundo de "La Cisterna". Allí, bajo un verdadero cortinaie de ramas pendientes sobre el suelo cuidadosamente apisonado, don Romualdo había construido una mesa rústica, rodeada de toscas banquetas de madera. Ese sauce era el lujo del pobre tesorero, y allí, bajo su sombra, solía dar a sus amigos, en los meses de verano, unos almuerzos a la chilena, cuyo principal atractivo eran las famosas empanadas de Ortiz.

Al apearse del auto, Román Calvo hizo un

gesto de desagrado... Rebolledo, el imprescindible fotógrafo del "Zig-Zag", acababa de dirigirle su vistoso aparato para sacarle una instantánea.

—Haga Ud. policía fina, en este país! dijo. Vean Uds.: Si el criminal ha dejado huellas, las ha borrado toda esa gente... Yo querría ver a Sherlock Holmes trabajar con tales procedimientos.

Y, en efecto, no sólo por el patio de la casa sino por el sitio entero, pululaba el público habitual de los espectáculos macabros: oficiales y soldados de policía, agentes de seguridad, repórters y fotógrafos de los diarios y de las revistas ilustradas.

Sólo a Román Calvo quisieron ponerle inconveniente para entrar al sitio del siniestro.

—Vengo en representación del "Pacífico Magazine", dijo el célebre detective.

Y sólo en virtud de esta declaración, no del todo desprovista de verdad, le franquearon la puerta.

IV

Román comenzó su visita por la alcoba, teatro del crimen. El cadáver de don Romualdo había sido colocado ya sobre su lecho. El mayor orden reinaba en la pieza.

—¿Dice Ud. que no ha habido robo? preguntó Román al agente Cabezas.

—Ni el menor vestigio, contestó éste. La policía ha encontrado sobre el cadáver todos los efectos que le pertenecieron en vida: su cartera con más de doscientos pesos, su talonario de cheques, algunas cartas sin importancia, sus llaves, su reloj de oro... en fin, todo... Si quiere Ud. podemos examinar esos objetos.

Román Calvo asintió con un movimiento de cabeza.

Sólo se detuvo en el examen de las cartas. Eran tres, y ninguna de ellas contenía nada digno de mencionarse.

—¿Y dónde está la otra carta? preguntó Román.

—¿Cuál? repuso extrañado el agente... No había sino éstas.

Román Calvo se encogió de hombros.

—Veamos la caja de hierro, dijo. Supongo que Uds. le han examinado.

El mueble a que Román aludía era pequeño y bastante viejo. Ocupaba un rincón del

escritorio, sobre una mesa de rauli barnizado.

El agente Cabezas se apresuró a satisfacer la curiosidad del detective.

—Todo lo encontramos en orden dentro de la caja, dijo. Seguramente, el señor Araya merecía su reputación de hombre metódico.

—¿Y qué había en la caja?...

—Aquí tiene Ud. la lista, contestó el agente, sacando un papel del bolsillo.

Román la leyó en voz alta... La caja con-

so el agente. En él hace la enumeración de sus bienes, con la minuciosidad que le era característica... Menciona hasta los muebles de la casa... Son los mismos bienes, cuyos resguardos aparecen en la lista que acabo de leer... Constituye heredera universal a su anciana madre y deja un sólo legado: quinientos pesos para la Liga de Estudiantes Pobres, como antiguo protegido y actual secretario de esa benéfica institución.

—Querría ver ahora, dijo Román Calvo, el



El cadáver de su amo, completamente vestido, yacía a los pies de un sofá.

tenía lo que era de esperar: los títulos de la propiedad de "La Cisterna", un certificado de bonos en custodia, por \$ 7,500 nominales; ochenta y cinco acciones de la Tierra del Fuego, y siete de la Compañía de Gas de Santiago; una libreta de depósitos del Banco de Chile en San Bernardo, varios talonarios de cheques usados, la partida de bautismo del difunto y su testamento...

—Quisiera ver ese testamento, dijo Román.

—Tampoco tiene nada de particular, repu-

papel de que Ud. ha hablado... el misterioso escrito a máquina en que el infeliz tesorero declara que va a poner fin a sus días.

—Se lo ha llevado el juez, con las demás piezas importantes, contestó el agente. Debo sí prevenirle que hemos confrontado con mucho cuidado ese documento y puede asegurarse que ha sido escrito con esa máquina que está allí encima de la mesa... Es un aparato muy gastado ya, y su escritura presenta ciertos rasgos característicos.

—Van Ud. aprendiendo un poco su oficio,

observó Román con expresión algo equívoca. Veamos el cadáver.

Nos acercamos todos al cuerpo de don Romualdo.

—No hay señales de resistencia, ni de lucha, dijo el agente.

Román examinó la herida...

—Sea él u otro quien ha disparado ese balazo, dijo, sabía perfectamente lo que hacía... Eligió el punto más vulnerable de las sienas y el tiro partió derecho... muy derecho... diría aún... demasiado derecho... Eso es tener sangre fría en exceso para un hombre que va matarse.

El agente y yo nos miramos.

Antes de salir de la habitación, la vista de Román Calvo se fijó en un pequeño objeto, colocado encima de la mesa junto a la máquina de escribir.

Era un pequeño cenicero de cristal, de forma cuadrangular, en el cual yacían en revuelta confusión, muchos de esos objetos manuales, clasificados entre los artículos de escritorio: alfileres, plumas de acero, goma de borrar, broches archivadores, y una docena de sellos usados de correo.

—¡Sellos! exclamó mi amigo, el señor Romualdo era, por lo visto, filatélico.

—Lo fué, y muy entusiasta en otro tiempo, le dije, pero hace años que vendió su colección.

—Pero conservaba la costumbre de guardar los sellos de las cartas que recibía, como lo prueban estos ejemplares, dijo Román. Es una observación muy curiosa, agregó, y no es primera vez que la hago... Siempre le quedan al filatélico vestigios de su inocente manía. Conozco a un senador de la República, que coleccionó sellos en infancia, y todavía suele soñar por las noches con que le han regalado algún ejemplar raro y estupendo.

Al decir estas palabras, Román examinó distraidamente una a una las estampillas del cenicero.

—Sólo guardaba los sellos de valores altos, agregó. Se conoce que no era ignorante en filatelia, y sabía que los de 4 y 10 centavos, por ejemplo, son demasiado comunes y no pagan el trabajo de juntarlos... Vamos a ver las otras piezas de la casa...

—Sólo en el corredor había algo de interés, dijo el agente.

—¿Qué cosa? preguntó Román.

—Allí estuvo el pobre don Romualdo pocos

momentos antes de su muerte, y se bebió dos copas de whisky con agua, posiblemente para darse valor...

—Y ¿cómo sabe Ud. que fueron dos copas?

—La botella estaba recién abierta y pudimos averiguar por el líquido consumido, que equivalía a dos copas, aunque, como es natural, solo empleó una sola para beberlas.

—Si digo que Uds. progresan, observó riendo el gran detective. ¿Dónde están esa botella y esa copa?

—También las llevó el juez...

—Después que las hubo manoseado todo el mundo. ¿No es así?... Haga Ud... haga Ud. policía fina en este país. Veamos con todo el comedor.

El examen de esta sala ocupó a nuestro hombre por un buen cuarto de hora. El agente y yo no podíamos explicarnos tanta minuciosidad, tanto respeto por cada objeto... Parece que tenía miedo de tocarlos hasta con el aliento. Pronto tuvimos la explicación de este hecho.

—Veo, dijo Román, que la policía ha tenido el buen acuerdo de no examinar esta sala... Así no lo han echado todo a perder... Es una fortuna... Ahora, señor agente, voy a suplicarle una cosa... No permita que nadie, ni la sombra de nadie, entre a este comedor hasta que vuelva yo a él con el juez... ¿Me lo promete Ud?...

La mirada de Román, centelleaba como en los momentos de sus grandes éxitos.

—Se lo prometo, dijo el agente, fascinado por la expresión y el gesto de mi amigo.

—Antes de partir quiero ver las otras habitaciones de la casa... agregó Román.

—Nada tienen de particular.

—Por lo mismo, repuso el detective con acento enigmático.

Sin embargo, solo dió una ojeada a la sala de recibo y al gabinete de toilette. Pero esa mirada pareció dejarlo muy satisfecho. Frotándose las manos se dirigió al jardín, seguido por nosotros.

La pared del fondo le preocupó un instante.

—No hay señales de escalamiento, dijo el agente, como para ayudarlo en su trabajo.

—No es eso lo que busco, señor Cabezas, repuso secamente Román... Vamos ahora a San Bernardo: necesito hablar con el juez.

Ya en el auto, mi amigo me hizo algunas preguntas sobre el occiso, sus hábitos y sus

relaciones. A primera vista eran preguntas sin importancia, pero yo conocía a Román demasiado, y estaba seguro de que el hombre corría ya tras de una pista.

—Espérame un momento, me dijo, al llegar frente al juzgado.

Diez minutos después se me reunió... A pesar de la solemnidad del momento, la risa le retozaba por todo el cuerpo.

V

Fuimos exactos a la cita. Román estaba en sus glorias.

—No me ha sido en esta ocasión tan difícil dar con el criminal, como con la prueba de su crimen, dijo sin más exordio.

—¿Pero se trata de un crimen?...

—Nunca tuve de ello la menor duda, repuso



Esa es 'a copa, añadió.

—Borra, me dijo, todo cuanto en la vida te he dicho sobre los criminales hábiles... Prefiero los torpes... Estos dejan a lo más un rastro, y aquellos otros, los dejan a docenas... El exceso de precauciones perjudica... Un golpe brutal y sin muchos preparativos, es más difícil de pesquisar...

—¿Tienes ya a tu hombre? le pregunté para atajar aquel diluvio de palabras.

—Si le tengo... Hoy, a las tres, nos reunimos con el juez en el lugar del suceso... Vas a ver lo sencillo que es ésto.

Román... ¿Qué significaba ese mensaje embustero para alejar al criado?

—El suicida pudo querer encontrarse solo...

—No veo el objeto... Pero adelante... Supongamos que don Romualdo hubiera tenido esa idea singular... Confiesen Uds. que necesitan suponer algo bien extraordinario en un suicida, pero que no lo es, por cierto, en un criminal.

—No es imposible, sin embargo, objetó el juez.

—No digo eso... Estoy hablando, por ahora, de simples probabilidades... ¿Y el hecho de escribir a máquina y no firmar la declaración de su suicidio? ¿Conciben Uds. a un hombre que va a matarse, y se sienta a escribir a su máquina, teniendo a la mano pluma, tinta y papel?... ¿Se concilia ésto con el estado de ánimo del que va a pegarse un tiro?... Al mismo señor agente le parecía ésto sospechoso.

—Sospechoso, dijo Cabezas, esa era la palabra, sospechoso.

—Pero nada más, dijo el juez... También es ello posible... Además que el papel ha sido escrito con la propia máquina del señor Araya... ¿Podría imaginar el criminal que iba a encontrarse con esa facilidad!

Román se sonrió.

—Por cierto, si conocía la casa... Por eso usó también el propio revólver de la víctima.

—Y lo aplicó tranquilamente a la frente de ésta, sin que hiciera la menor resistencia... Señor don Román, ello es demasiado fuerte, dijo el juez.

—Aguarde Ud. un poco... Nos encontramos delante de un criminal sumamente hábil... demasiado hábil quizás... ¿Me querrá decir Ud. por qué esta pieza en que se cometió el crimen y el comedor han sido barridas y sacudidas con tanta escrupulosidad?

Nos riramos sorprendidos.

—No comprendo la pregunta, objetó el juez.

—Voy a explicársela. Es cierto que don Romualdo era un hombre muy limpio y ordenado... pero tenía que luchar con el polvo infernal de este camino que pasa por el frente de su quinta. Antes de la lluvia de anoche, llevábamos veinte días de sequía y el asco de cada mañana no bastaba para impedir que ya en la tarde los muebles de esta pieza que dan al camino, tuviesen ya su buena capa de polvo... Examine Ud. el salón y el gabinete de toilette, señor juez, y verá que es demasiado visible lo que he dicho... En cambio el dormitorio y el comedor, el doble teatro del crimen, no tienen un grano de polvo... Me he fijado bien.

—¿Y qué deduce Ud. de esa circunstancia?

—Que el habilísimo autor del asesinato ha sacudido los muebles de ambas habitaciones... La literatura criminal es muy leída.

señor juez, y ese badulaque ha aprendido que el polvo de los muebles suele dejar huellas delatoras... Esto es lo que ha querido evitar, sacudiéndolos.

—Preciso es confesar, señor Calvo, que sus suposiciones son excesivamente sutiles.

—¿Eso le parece a Ud.?... Pues, adelante entonces. He visto hoy, porque Ud. me lo ha mostrado, el papel en que don Romualdo anuncia su suicidio... ¿Lo tiene Ud. ahí?...

El juez llevó la mano al bolsillo y sacó un papel que puso en las manos del detective.

—Si en Chile hubiera policía, dijo éste, le habría bastado leer la última frase de este papel para estar seguro de que no había sido escrito por don Romualdo Araya... Vea lo que dice: "Que Dios y mi madre me perdonen"...

—¿Acaso no creía don Romualdo en Dios?

—No es eso, pero usaba la ortografía de Bello, y esa y es más griega que la Venus de Milo. Al momento de morir muchos cambian de opinión, en materias religiosas, pero no en las ortográficas, señor juez.

Fué un golpe de teatro. El juez, el agente y yo nos levantamos de nuestros asientos para estrechar la mano de Román. Este se la dejó tomar entre irónico y satisfecho.

—Pero, el móvil del crimen ¿cuál pudo ser? balbuceó el juez muy agitado.

—¿El móvil del crimen?... ¡Ah! con que ya se confiesa que hay un crimen... Por algo hay que comenzar, dijo Román. ¿Nada significa ahora, la no resistencia de la víctima y las demás circunstancias que Uds. enumeraban hace poco?... Pues bien, yo les refiriré primero, cómo se cometió... Soy esclavo del orden... del método...

El autor conocía esta casa, las costumbres de su propietario, y hasta la habilidad del criado Ortiz para guisar empanadas... No es necesario ser muy lince para descubrir ésto... Sabía también la existencia del revólver Colt... y acaso la de la máquina de escribir...

Nuestros rostros eran otros tantos puntos de interrogación.

—Por lo que respecta al revólver, continuó Román, ninguno de los habituales convidados de los almuerzos domingeros de don Romualdo pudo dejar de conocerlo y aún de usarlo, como que con frecuencia se divertían en tirar al blanco aquí en la quinta. La pared del fondo está literalmente acribillada de plomo...

y las balas allí embutidas son de un Colt de 9 milímetros... Esta mañana pude comprobarlo... ¿Lo recuerda Ud., señor Cabezas?

El agente asintió con la cabeza. Comenzaba a sentirse humillado.

—Una vez que nuestro hombre se hubo convencido de que su estratagema de las empuñadas había surtido efecto, y que su víctima quedaba sola, llamó tranquilamente a la puerta de la casa y allí fué recibido como un amigo.

—Pero, ¿con qué pretexto pudo presentarse a semejantes horas? preguntó el juez.

—Suponga Ud. uno cualquiera, repuso desdenosamente Román... El otro no tenía por qué imaginarse que estaba delante de un asesino, y le invitó, como era su costumbre, a beber whisky con agua... Es posible y hasta probable que esta invitación no fuera del todo espontánea, sino insinuada por el visitante... El miserable había tomado todas las precauciones, y aunque dispuesto probablemente a todo, prefirió obrar en la forma más segura... Por eso llevaba un narcótico, y encontró oportunidad para propinarlo a su víctima...

—Pero, ¿cómo sabe Ud. eso del narcótico? preguntó el juez.

—Porque de otra manera, no habría podido el criminal ultimar a su víctima, sin que ésta opusiera resistencia alguna... Además tengo pruebas materiales y Ud. lo verá muy luego.

La dosis debió de ser fuerte. Los narcóticos solo se usan con prudencia, cuando se tiene interés en que la víctima despierte. No era éste el caso. Adormecido el infeliz tesorero, el criminal pudo dedicarse tranquilamente a consumir su obra. Disponía, a lo menos de una hora, y de seguro que no necesitó, ni de la mitad de este tiempo... Comenzó por buscar lo que necesitaba... el móvil del crimen...

Nuestros rostros volvieron a interrogar ansiosos al gran detective... El hizo como si no comprendiera nuestra actitud.

—Ello no podía estar sino en un sitio... en la caja de fierro, continuó Román. El criminal tomó las llaves, de los bolsillos de la víctima, subió al dormitorio, y, seguramente, no le fué muy difícil encontrar la cosa... Puso de nuevo todo en su sitio, cogió el revólver, y bajó a buscar al dormido, al cual subió arrastrándolo por la escalera... Eso no es difícil para un hombre de mediano vigor, y la distancia por recorrer no era muy larga.

En seguida se dedicó con calma verdaderamente especial a borrar las huellas del próximo crimen, para que se creyera en un suicidio... Puso las llaves en su sitio, escribió el papel éonsabido en la máquina, limpió el polvo del dormitorio, del comedor y de la escalera; lavó el vaso usado por el infeliz tesorero, y lo colocó limpio y seco ya sobre el aparador.

—Pero, ¿por qué no limpió los dos vasos? preguntó.

—Por una razón muy sencilla... Porque destapada la botella de whisky, era muy difícil que alguien conocieran que alguien había bebido... En ésto anduvo muy hábil... Era natural que todos creyeran, como sucedió en efecto, que don Romualdo había bebido para cobrar valor... y si yo no vengo aquí, así se había escrito esta historia.

Después de tal lujo de precauciones, sólo le quedaba lo más horrible, pero también lo más sencillo... Subió nuevamente al dormitorio, y con mano harto segura, destapó los sesos del infeliz tesorero... con un pistoletazo de su propio revólver...

—Pero, ¿sabe Ud. quién es el criminal? preguntó el juez.

Todos quedamos pendientes de los labios de Román.

—Sí, afirmó éste con entera convicción... Sé quién es el criminal, y cuál fué el móvil de su crimen...

VI

La declaración anterior, impresionó mucho más al juez y al agente de policía que a mí. Román Calvo me tiene acostumbrado a no asombrarme de nada.

Román, después de gozar un momento, con el efecto producido, continuó tranquilamente.

—El móvil del crimen era el gran misterio en este caso, dijo... No podía tratarse de un robo vulgar... La escasa fortuna de la víctima, la circunstancia de encontrarse intacto los valores que poseía, y la de ser su heredera su propia madre... todo ello reducía mucho el campo de las congeturas.

¡Una venganza!... Tampoco parecía posible. Se trataba de un hombre bueno, tranquilo, al que no se le conocía cuestiones, ni disgustos, con alma viviente... Los caracteres del crimen no eran tampoco los de una venganza... Suponían larga premeditación, una

inteligencia fría y serena... un fin muy importante que alcanzar...

Cierto detalle insignificante al parecer iluminó mi espíritu, perdido en un mar de congeturas.

¿Recuerdan Uds. unos sellos de correo usados, que vimos en un cenicero, sobre la mesa del escritorio?... ¡Calla, pues, si ahí están todavía! Vean Uds. éste, y díganme ¿qué les parece?

El agente de policía tomó el sello que le presentaba Calvo.

—Es indudable, dijo, que don Romualdo ha recibido una carta de los Estados Unidos, porque esta estampilla lo demuestra de un modo indudable. Desgraciadamente no puede adivinarse la ciudad de que proviene... Sólo se percibe el contrasello, la fecha, y la sílaba *la*, de seguro la final del nombre del pueblo.

El pobre agente había pronunciado estas palabras en el tono solemne del que descubre cosas estupendas. Román Calvo se sonrió.

—Muchos reciben, dijo, cartas de los Estados Unidos, tengan o nó negocios o relaciones en aquel país... Los abogados reciben catálogos de máquinas trilladoras, y los ingenieros recomendaciones de píldoras o jarabes curativos... Así suele ser el réclame de los yankees... ¿Qué le parece a Ud.?... ¿Se trataría en esa carta, recibida por don Romualdo, de trilladoras o de píldoras?

A la simple vista Román se burlaba del agente.

El aludido se encogió de hombros.

—¿No lo sabe Ud.? continuó Román... Pues yo le voy a ayudar a Ud... Ni de una ni de otra cosa... Esa estampilla es de 40 centavos, lo que equivale a \$ 2.00 de nuestra moneda por lo menos... Si ella no ha franqueado una encomienda postal, ha sido una carta voluminosa y posiblemente certificada... De seguro es este el caso... Vea Ud. el revés del sello: conserva vestigios de haber estado contra un papel azul, contra un sobre fuerte de tela... que con toda posibilidad ha contenido papeles de importancia...

Dice Ud. que la sílaba, *la* del contra sello es la final del nombre del pueblo en que la carta fué despachada... Nó, señor... no es eso... Los americanos no escriben jamás el nombre de una localidad sin agregarle una abreviatura convencional, que indica el Estado a que la localidad pertenece. Esta sílaba *la* corresponde a dicha abreviatura, pues

to que está colocada al final, como es fácil verlo...

Dos Estados tienen abreviaturas terminadas en *la*... Luisiana que se expresa por *La* y Florida por *Fla*... Aquí se trata de la última... por que la *l* es minúscula... La carta vino, pues, de Florida.

Supongo que Uds. habrán caído en la cuenta... y saben ya de quién es esa carta.

Nos miramos mutuamente las caras. En verdad no habíamos caído en cuenta.

—¿Pero entonces no han leído los diarios esta mañana? preguntó Román, sinceramente escandalizado con nuestra torpe fantasía. ¿No han visto que ayer ha fallecido en Cedar Weys, Florida, nuestro opulento compatriota don Fernando Mayer?...

Algo comencé a vislumbrar de la verdad... En verdad que el nombre de don Fernando Mayer evocaba demasiadas cosas. Pero ¿qué relación podría tener aquel excéntrico millonario con don Romualdo Araya y su trágica muerte?... ¿Por qué había de ser suya la carta del sobre azul, franqueada con cuarenta centavos oro americano?

La voz fría y enigmática de Román Calvo vino a ayudarme en mis cavilaciones.

—La fortuna de don Fernando Mayer es una de las más grandes de Chile... ¿Quién no la ha oído ponderar alguna vez. Pero ese hombre no es únicamente célebre por sus millones... La historia de sus enormes éxitos financieros es menos extraordinaria que la de sus rarezas... Hijo de padres muy pobres, de origen obscuro, lo ha debido todo a sus propios esfuerzos... Soltero, de carácter agrio y reconcentrado, parece no haber vivido sino para sí. Tiene parientes, pero apenas se ha ocupado de ellos, acaso más por principios que por egoísmo... No concibe que alguien reciba al nacer o por gracia de otro, lo que él supo ganarse por sí sólo... Así es que el problema de su herencia ha preocupado tanto a ciertos círculos, como la de don Federico Varela... Muerto éste, Mayer, hombre de ideas avanzadas, era la esperanza de los radicales.

ideas avanzadas, era la esperanza de los radicales. Este misterio de sus últimas voluntades. El caso no es único, y tiene una explicación psicológica bastante sencilla. Hombres como Mayer, odian a sus herederos... experimentan respecto de ellos algo parecido a los celos. Se decía vagamente que hace algunos



Mayer vió que su amigo recibía de los Estados Unidos un grueso sobre certificado.

años, antes de marcharse definitivamente al extranjero, hizo un testamento cerrado, pero nadie ha podido decir a punto fijo, dónde y cuándo, ni ante qué testigos...

¿Qué dispone ese testamento hipotético? Según algunos, la creación de un instituto laico de educación anti-católica; según otros, el establecimiento de un fondo electoral para los radicales... Quienes dan como su heredera a la Sociedad de Instrucción Primaria... y, por último, no pocos, afirman que la misma fortuna de Mayer está destinada a hacer de la Liga de Estudiantes Pobres, la más poderosa institución privada del país... Habría un antecedente poderoso en favor de esta última hipótesis... Nadie ayudó a Mayer en sus primeros pasos en la vida... nadie... salvo la Liga de Estudiantes Pobres... Fué protegido de ella desde el Instituto hasta que recibió el título de ingeniero...

Ahora tenemos otro antecedente... Romualdo Araya, su amigo de la niñez, su condiscípulo, su correligionario político, secretario también de la Liga de Estudiantes Pobres, recibe de la Florida un documento misterioso por carta certificada... en circunstancias en que el opulento señor siente cercano el fin de sus días...

Ese pliego estaba hace veintidos días en poder de don Romualdo, como pude comprobarlo en la oficina de correos de San Bernardo. Sin embargo, su contenido y hasta su existencia, eran un misterio para todo el mundo, y para el propio destinatario. Los directores de la Liga de Estudiantes Pobres nada sabían... Ello se explica perfectamente dentro del carácter de Mayer... Ha querido mantener el enigma hasta el último momento...

Alguien supo, sin embargo, dónde estaba aquel testamento, y a ese hombre acuso de haber asesinado a don Romualdo Araya, para hacerlo desaparecer, junto con la noción misma de su existencia.

Nada más dijo Calvo... Harto había dicho, sin embargo, porque un nombre, se escapó de todos nuestros labios...

—¡Ricardo Mayer!... exclamaron.

—Sí, afirmó Román... Ricardo Mayer...

Único sobrino carnal de don Fernando, y su único heredero ab-intestato.

Siguió un silencio sepulcral. El juez fué el primero en romperlo.

—¿Cómo ha podido saber Ricardo Mayer,

preguntó, la existencia y el sitio en que se encontraba ese testamento?...

Román comprendió que acababa de tocarse la dificultad más honda del pavoroso problema.

—Probablemente, no se sabrá jamás la verdad entera acerca de esto, dijo... Voy a formular, sin embargo, una hipótesis, no sólo verosímil sino probable...

No pudieron ser mayores las precauciones adoptadas por don Fernando Mayer, para mantener, hasta su último instante, el secreto de su testamento... Se lo envía a un hombre que no residía en Santiago, de una reserva absoluta, con escasas relaciones en la capital... La suerte se encargó de burlar sus medidas... Ignoraba don Fernando que hace muy pocos meses, Ricardo Mayer, su detestado sobrino, después de rodar de aquí para allá, sin oficio ni beneficio, había sido nombrado inspector de escuelas del departamento de La Victoria...

Allí lo ha podido ver el señor juez, holgazaneando tarde y mañana en la plaza de San Bernardo, sin atender debidamente a su empleo, tomando copas en el mesón del hotel, y enredándose en charlas con cuantos transita por aquel sitio... El bondadoso y accesible tesoro fiscal era uno de sus compañeros habituales... Casi todos los días, se les veía juntos por las mañanas, precisamente a la hora en que don Romualdo iba a buscar su correspondencia... Se jugaban un cacho antes del correo, y otro después... Muchos testigos, y acaso el propio señor juez, pueden atestiguarlo... La empleada del correo lo recuerda perfectamente...

Un día... Mayer vió que su amigo recibía de los Estados Unidos un grueso sobre certificado, que acaso fué abierto en su presencia... No necesitó más para comprenderlo todo. Nada hay más perspicaz que el posible heredero de muchos millones... El pensamiento entero de Ricardo Mayer debía estar fijo en ese tío opulento, seguir, seguramente, el menor de sus pasos, se formulaba acerca de su suerte y de su herencia todas las hipótesis imaginables.

Terrible es una idea fija y este caso lo prueba. Ricardo Mayer no podía ignorar que su tío residía en los Estados Unidos, ni sus sentimientos en favor de la Liga de Estudiantes Pobres, ni su antigua amistad con don Ro-

mueldo, ni la circunstancia de ser éste secretario de la Liga, ni la enfermedad mortal que afigía al opulento millonario.

¿Quizás hizo alguna pregunta!... Seguramente no obtuvo respuesta... notó que su amigo se turbaba y comprendió que se trataba de un secreto... Me limito a suponer... La verdad, lo repito, no la sabremos nunca...

Entonces concibió el crimen que iba a transformar su suerte... ¡Horrible tentación!... Sin el crimen continuaría siendo un pobre diablo, despreciado y sin esperanza... Con el crimen, sería el primer millonario de Chile... Ricardo Mayer no supo resistir a tamaña tentación.

Fácil, demasiado fácil era, por desgracia, el golpe contra aquel solterón que vivía sólo, en una quinta aislada donde él penetraba como amigo. Fácil era también encontrar un pretexto para alejar al único criado... y Mayer, que conocía las costumbres de la casa, supo hallar ese pretexto.

Lo importante era elegir bien el momento. Si el golpe era prematuro, si la muerte de don Romualdo llegaba a oídos de don Fernando, en vida, todo el trabajo era inútil. Otro testamento reemplazaría el perdido... Si esperaba la muerte del millonario para obrar, don Romualdo seguramente haría antes público el misterioso testamento...

Anteayer publicaron los diarios que la enfermedad de don Fernando Mayer tocaba ya a su desenlace fatal... la vida del millonario era cuestión de horas. Había llegado el momento de obrar. En efecto... hoy mismo se ha sabido la noticia de la esperada muerte... Una noche más, y la presa se le había escapado a Ricardo Mayer...

VII

El juez, el agente y yo, habíamos escuchado el dramático relato de Román, con religioso silencio.

—Magnífico sistema es el de Ud., dijo el magistrado, una vez que hubo concluido de hablar el gran detective... Pero, permítame Ud. que se lo diga. Falta algo a sus promesas... Estamos delante de formidables presunciones morales... Falta lo que Ud. había ofrecido... La prueba material de la culpabilidad de Ricardo Mayer.

—He dicho que la tengo, repuso Román con

sencillez majestuosa... Vamos al comedor y yo le daré a Ud.... Supongo, agregó, dirigiéndose al agente, que mis instrucciones han sido cumplidas, y que nadie ha tocado nada allí desde esta mañana.

El agente hizo un signo afirmativo.

Los cuatro penetramos en el aposento mencionado.

—Recordarán Uds., dijo Román, que el asesino, a fin de borrar del todo las huellas de su presencia en esta casa, lavó y secó perfectamente la copa en que bebió su víctima el fatal narcótico... Esa es la copa, añadió, señalando una de las muchas que había encima del aparador.

—¿Por qué esa? preguntó el juez.

—Porque Mayer al sacudir los muebles, creyó inoficioso hacer lo mismo con el interior de las copas, y todas ellas conservan en su fondo vestigios de polvo, todas, menos ésa... que limpia y lavada cuidadosamente por el asesino, quedó allí con la huella patente del crimen... Vean a su alrededor la seña grisienta de sus dedos sudorosos de asesino... El exceso de precauciones lo ha perdido... Dejé limpio aquel cristal, para que fueran en él más visibles, hasta los menores detalles de esa fotografía que de sí mismos suelen dejar los malhechores, y que sirve para confrontarlos dentro de los procedimientos de la policía moderna. Las estrias de los dedos de un hombre son inconfundibles con las de ninguno de sus semejantes. ¡Dios lo ha querido así! Comparen Uds. esas huellas con los dedos de Mayer.

—¿Y si fueran las de los dedos del criado Ortiz?, objetó el agente Cabezas, con expresión dubitativa.

—No... no lo son... Ya lo he comprobado... Ortiz ha dejado también las huellas de sus dedos, en algunas de las otras copas... y no se parecen en nada a las de nuestro hombre.

.....

Ricardo Mayer fué condenado a la pena de muerte, que le fué conmutada por el Consejo de Estado en la de prisión perpetua.

Por desgracia, nunca pudo ser encontrado el menor vestigio del testamento de don Fernando... El criminal se obstinó en negar su existencia, y toda participación en su desaparición, y aunque quedó probado que, en realidad, la víctima había recibido una carta certificada de los Estados Unidos, enviada por

el millonario difunto, los Tribunales no estimaron que era ésta una prueba suficiente en derecho civil, para declarar que Ricardo Mayer se había hecho indigno de heredar a su tío, en virtud de lo dispuesto en el núm. 5.º del artículo 968 del Código Civil, que impone la pena de perder todo derecho a una herencia

el que dolosamente ha detenido u ocultado el testamento del difunto.

Mayer pasará, pues, en presidio el resto de sus días, sin poder gozar de los millones que su crimen le ha procurado.

—El suplicio del Tántalo, ha dicho Román Calvo.



Don Abdón Cifuentes

Por

ARMANDO DONOSO

Con ilustraciones fotográficas

Al hablar de don Abdón Cifuentes, una palabra espontánea brota a flor de labios: apóstol. Apóstol por todo lo que hay en su vida de abnegación, de voluntad de sacrificio, de religioso convencimiento. Su causa ha sido para él una causa única: en la prensa, en la cátedra, en el foro, en los negocios humanos y en la total realización de su existencia. Ha vivido sus dieciséis lustros con los ojos siempre fijos en el Crucificado y ese su altísimo convencimiento le ha dado una bella unidad a su vida, unidad que no han quebrantado ni los halagos fáciles, ni las claudicaciones frecuentes ni los vanos honores humanos, ni las crudas vorágines de la política. Su vida está orientada en una sola dirección desde sus días de estudiante y a pesar de haberse formado en los bancos de un colegio laico, el Instituto Nacional, la llena una sola idea directriz: su credo religioso. Es conservador porque en el seno de este partido estará más cerca de Dios. Escribe con asombrosa fecundidad en los periódicos; funda diarios donde quiera que pueda germinar una idea; dilucida las cuestiones más difíciles en el Congreso; habla en las asambleas católicas; se acerca a los jóvenes, protege a los pobres, anima a los dudosos, escucha a los caídos, enseña a los niños, combate a los soberbios y su verba cálida es un aliento de fuego cuando impugna a un enemigo como aliento suave si le habla a los arrepentidos.

Apóstol porque ha dado su vida entera a la lucha de su causa espiritual poniendo a su servicio todas sus energías, sin desfallecer nunca. ¿Qué ha sido implacable? ¿Qué ha sido cruel? ¿Qué ha sido el más obstinado de los tesoneros cuando se trató de un adversario también obstinado? Ello es lógico y ello es una virtud en un apóstol; pero no penséis que este apóstol fué de una sola pieza porque no conoció más ideas que sus ideas. Por la inversa, pocas veces como en el caso suyo se puso una cultura más variada y limpia al servicio de un credo: la disciplina de sus cátedras de historia, sus viajes frecuentes, su amor al estudio, su vida activa en el periodismo y la política, le dieron al mismo tiempo que el tesoro de la experiencia humana el sereno olor de la sabiduría. Como el pensador Alejandro podría decir, al declinar el suave otoño de su vida: "Lo que he estudiado ha constituido mi segunda existencia".

La vida apostólica de don Abdón Cifuentes ha sido la vida del soldado que siempre luchó bajo la sombra de su bandera: le vieron los días animado siempre, fuerte de entereza moral, lleno con el santo orgullo del que rife por una buena causa. Ni de niño conoció los deslices fáciles que abundan en la juventud, ni de mozo se entregó a los perturbadores arran-

ques de la vida inquieta que siempre dejan la sombra de más de un arrepentimiento.

Nacido en hogar modesto, comprendió con anticipación que cuando se tiene una inteligencia clara, una decidida voluntad de acción y una conducta moral recta, todos los triunfos son fáciles y todas las ambiciones justificadas.

Actualmente y ya en el ocaso de su vida, retirado de las luchas políticas, sólo vive para su hogar, en medio de la tranquilidad que le brindan los suyos. Bien ganado su reposo después de más de sesenta años de luchas constantes y de esfuerzos no desmentidos.

Hemos llegado hasta él con el sereno propósito de repasar sus recuerdos: vidas como la saya, espejo de honradez y de laboriosidad, son un incentivo de energía.

Fuimos a turbar su tranquilidad arrancándole a la amable compañía de sus libros, para inquirir en la formación de su vida la historia de un carácter y de un apostolado; y hemos encontrado su corazón abierto de par en par ante el empeño impertinente de nuestra curiosidad.

—¿Qué recuerdos—le hemos preguntado— conserva de sus días de niñez, de sus padres, de su familia y de su pueblo natal?

Al hablar de sus padres la voz franca del anciano es incierta y temblorosa: ¡con cuánta dulzura filial recuerda aquellos buenos y dorados días de antaño.

—Ellos me enseñaron—nos dice—las primeras letras y las primeras nociones del catolicismo y a los nueve o diez años me colocaron en el liceo de San Felipe, único embranché de colegio que existía en la ciudad y a dónde iban no sólo los hijos de las familias acomodadas, sino los hijos de los más pobres obreros, cuyas malas costumbres y hábitos groseros perjudicaban no poco a la moralidad del establecimiento.

—¿Cuándo y en qué circunstancias se vino a Santiago a estudiar al Instituto Nacional?

—Cavilla un instante don Abdón y luego nos replica:

—Como entonces no había ferrocarriles, ni líneas de coches para pasajeros, como las hubo muchos años después, ni había buenos caminos, las comunicaciones de las provincias con la capital eran tan escasas y difíciles que recuerdo que en nuestro viaje a Santiago decíamos: **Vamos a Chile**. Tal era la ignorancia de nuestra geografía. Hacíamos nuestros viajes a caballo al través de la cuesta de Chacabuco y de los portezuelos de Collina y Pan

de Arúcar. Al norte de este último cerro, que no dista más de 3 leguas de Santiago, había que por eso se llamaba el Algarroal y por donde atravesaba forzosamente el camino público, tortuoso y lleno de encrucijadas, zanjadas profundas y malos pasos. La Cuesta de Chacabuco y el Algarroal de Colina han quedado célebres en las leyendas populares; porque, como los cerrillos de Teno cerca de Curicó, eran guardias de salteadores que hacían peligrosísimo el tránsito por esos lugares, por lo cual los viajeros procuraban viajar en caravanas y bien apercebidos. Como nuestros padres nos enviaban mozos y cabalgaduras para ir a San Felipe a pasar nuestras vacaciones de verano y del mes de septiembre, tuvimos que hacer esos viajes a caballo más de 30 veces y en algunos de ellos nos vimos en graves riesgos de caer en manos de los bandidos.

—De sus primeros años de estudio en el Instituto, ¿conserva recuerdos agradables?

—Estaba nuestra casa a diez cuadras del Instituto y el horario de las clases había colocado la de catecismo a las doce del día. Salíamos de las clases matinales a las 11, corríamos a almorzar a nuestra casa y yo volvía de carrera a clase de catecismo. Resultado: que la digestión se perturbaba diariamente y muy pocas veces alcanzaba a dar un repaso a la lección, por lo cual el profesor, don Joaquín Larraín Gandarillas, me castigó muchas veces hasta el punto de mandarme al encierro por lo que se llamaba mi flojera incorregible, pero que no era sino el resultado de la hora imprudente de la clase.

—¿Muchas veces fué enviado a los encierros?

—Muchas, pero me escapé de entrar a ellos. Va a ver usted la razón. Mis hermanos iban con frecuencia por la noche a casa de sus condiscípulos a estudiar algunas de las lecciones en común y entretanto me dejaban a mí encargado al portero del Instituto, que era un empleado antiguo del colegio, el buen Pedro, como le llamábamos. Alto, grueso y de un natural tan honrado y bondadoso que no había quien no lo quisiera. En esas noches en que yo esperaba a mis hermanos (mi camarita me llamaba Pedro porque era muy rubio) Pedro me ocupaba en leerle algunos libros. Le leía: "Los Doce Pares de Francia", "El Bertoldo" y otros librazos que él tenía y que le encantaban, por lo cual me tomó un cariño de abuelo. Y aquí estaba mis desquite de mis torturas del catecismo. Cuando el señor Larraín llamaba al portero y me mandaba al encierro, mi buen Pedro, acongojado, me escurría por un pasillo oscuro que daba a la calle en vez de encerrarme en los calabozos oscuros y húmedos del antiguo Instituto, vetusto edificio que había servido un siglo atrás a los jesuitas y en cuyo sitio se construyó después el actual Congreso Nacional. Pedro, repito, me dejaba escapar libre con la promesa de guardarle el secreto. Influencias del amor que me profesaba y que era el premio de mis lecturas nocturnas.

—¿Qué podría recordarnos del sistema de estudios que estaba entonces en vigencia en el Instituto: de los profesores, de los ramos, de la manera cómo se hacían las clases?

—Durante mis estudios de humanidades lo primero que me llamó la atención fué el sistema de rotación y de universalidad a que estaban sujetos los profesores. Fuera de los ramos de retórica y filosofía, que tenían profesores especiales, los demás enseñaban todos los ramos del curso en cada año. Así, el profesor del primer año de humanidades enseñaba latín, castellano, aritmética y geografía; al año siguiente continuaba enseñando a los mismos alumnos latín, castellano, álgebra, historia antigua y griega, etc. Y así continuaba con los mismos alumnos hasta el quinto año, enseñándoles idiomas latino y patrio, historia universal, matemáticas elementales, geografía, cosmografía, etc. Concluido el quinto año, volvía al primero a tomar alumnos nuevos y así sucesivamente. Se

quería que los profesores fuesen universales y lo que se conseguía era la más deplorable superficialidad. Siendo yo profesor de historia en el colegio de San Luis, logré que en él se estableciese el sistema de las especialidades y cuando en mayo de 1862 fui nombrado profesor del Instituto, me empeñé con su rector don Diego Barros Arana, para que abandonase el sistema de la universalidad y plantearse el de las especialidades, como lo hizo; pero sin establecer el sistema de la rotación dentro de los ramos afines.

—¿Qué recuerdos conserva de don Ramón Briseño?

—Nuestro profesor don Ramón Briseño era un hombre sin tacha, dotado de una calma inalterable, no se permitía jamás un desentono, ni una represión áspera o alterada. Sabíamos nosotros que en su casa tenía un sirviente excesivamente flojo, a quien tenía que ir él a despertar todos las mañanas y por toda reprensión me decía:—"Repe, tu duermes mucho". A los alumnos reincidentes en no saber sus lecciones se limitaba a decirles con suavidad:—"Usted olvida que su primer deber es aprender la lección. Era un moralista práctico, que inspiraba todo el respeto que se debe a la virtud, a una vida sin manilla; pero que estaba lejos de satisfacer las exigencias de su ramo. No discutía ni resolvía nuestras dudas, ni daba solución a nuestras objeciones. Arguyendo nosotros que los animales tenían alma, si más imperfecta o limitada que la del hombre, pero que tenían entendimiento, memoria y voluntad, demostrándolo con varios hechos que se observan en ellos, se limitó a decir:—"No, los brutos no tienen alma.

Uno de mis compañeros le replicó, diciendo:—"Yo tengo en mi casa un perro regaló que ha dado en la manía de acostarse en mi cama con las patas embarradas, me la pone miserable. El otro día lo azote de lo lindo para que no volviese a hacerlo, y efectivamente mientras yo estoy en casa no se sube a mi cama; pero apenas me ve salir a la calle se trepa a ella y al oír mi voz cuando vuelvo en el acto salta de la cama y echa a correr. Luego tiene memoria de los azotes, y entiendo como los niños. Solución del profesor:—"No, mal inclinado el perro; eso es todo... Amenicemos un poco las áridas reflexiones sobre la enseñanza del Instituto, con alguna anécdota. En aquellos días en que yo recién era profesor del Instituto el cuerpo de profesores ofreció un banquete a su rector don Santiago Prado en la Quinta Normal; el señor Briseño, como profesor de filosofía, tuvo la graciosa ocurrencia de brindar en silogismo y dijo:—"Los maestros de la juventud son bienhechores de la humanidad; es así que el señor Prado se ha consagrado a la enseñanza de la juventud; luego es un bienhechor de la humanidad. "Brindemos por él". Grandes aplausos.—"El silogismo no es verdadero", gritó uno de los comensales, de entre los jóvenes:—"Distingo la mayor; si el maestro enseña lo bueno será bienhechor; pero si enseña lo malo será malhechor". Nuevos aplausos. Al punto me trepé sobre una silla y grité:—"Alcanzo a mi amado maestro con un sorites tan verdadero como el silogismo.—Bravo, digeron muchas voces:—"Al sorites, al sorites", clamaron varias voces. Se hace el silencio y digo:

"El que bebe se alegra,
el que se alegra no peca,
el que no peca se salva;
y si con beber nos alegramos
y con alegrarnos no pecamos
y con no pecar nos salvamos
¿bebamos?"

—"Sí, bebamos", contestaron todos alzando las copas y aplaudiendo aquellos barbarismos. Recuerda en seguida don Abdón como, sintiendo él y algunos compañeros de estudios vivísimos deseos de ahondar más en sus es-



Don Abdón Cifuentes rodeado de toda su descendencia, tres generaciones, cuando la celebración de sus bodas de oro.

tudios de filosofía, fueron a solicitar de don Ventura Marín le diera algunas lecciones y de cómo el ilustre sabio se prestó gustoso a complacer los deseos de quienes no siendo más que imberbes escolares preferían el reposo de las austeras disciplinas del entendimiento a los solaces de la ociosidad tan frecuentes en la juventud:

—Era en realidad un sabio por su gran talento—nos dice don Abdón—y por su inmensa erudición que a una vasta ciencia unía el tesoro de grandes virtudes cristianas, pero vivía retirado del mundo y consagrado exclusivamente a obras silenciosas de caridad. Después que dimos examen continué cultivando su amistad con gran fruto para mis estudios. Un día me pidió lo acompañase a una escuela

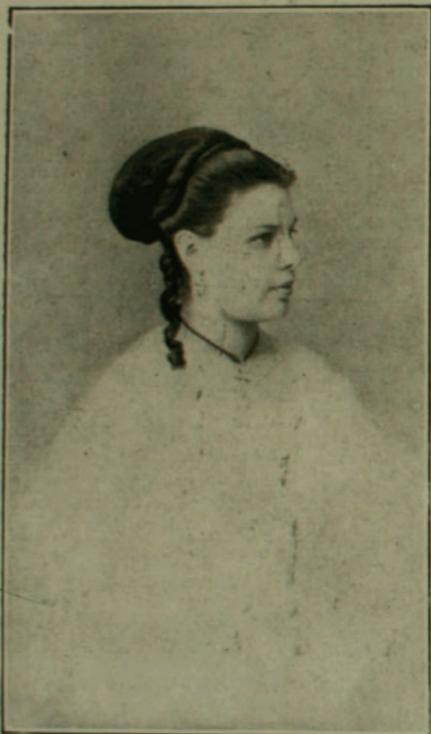
ve a colocarse cerca de nosotros, muellemente reclinado en un amplio sillón de cuero. Entonces le preguntamos:

—¿Cuáles fueron los incidentes que provocaron la ruptura del Presidente Montt con los conservadores?

Cavila un momento don Abdón, como haciendo memoria de aquellos lejanos días y luego nos responde:

—En 1857 se produjo en Santiago una gran agitación política y social. La expulsión de un sacristán de la Catedral había producido en el Cabildo Eclesiástico una agría disensión que obligó al arzobispo, doctor don R. Valentín Valdivieso, a tomar algunas medidas a las cuales no quisieron someterse los de los canónigos, don Juan Francisco Meneses y don Pascual N. Solís de Ovando. En pena de su desobediencia y rebellón el arzobispo los suspendió a **divinis**, los privó de la misa y del cortejonario. Los canónigos entablaron ante la Corte Suprema un recurso de fuerza, arma odiosa, tiránica, anti cristiana, introducida por los regalistas españoles para encadenar a la Iglesia y sujetarla a su absoluta jurisdicción aún en materias espirituales. Los recursos de fuerza como el **exequáter** o el **pase**, jamás reconocidos y siempre protestados y condenados por la Iglesia, eran una extensión abusiva y arbitraria del patronato concedido por los Papas a los reyes, una antigüalla de los peores tiempos de la Colonia y que siempre eran causa de ruidosas discordias entre la Iglesia y el Estado... La Corte condenó al arzobispo a que rebocase su decreto de suspensión a **divinis** dictado contra los canónigos rebeldes. El arzobispo contestó que la facultad de decir misa y perdonar los pecados en el tribunal de la penitencia otorgada a los sacerdotes era una atribución exclusiva de su jurisdicción espiritual y que nadie podía obligarlo a otorgar esa facultad a quien no lo creyese conveniente. La Corte insistió en su resolución bajo pena de destierro. El arzobispo contestó que estaba pronto a sufrir persecución por la justicia y a soportar el destierro en defensa de la libertad de la Iglesia. Con este motivo el Gobierno de don Manuel Montt, regalista empeinado, y apadrinado de los sacerdotes rebeldes, que eran muy gobiernistas, entabló con el arzobispo una larga controversia que no condujo a nada y el arzobispo comenzó a hacer sus maletas para tomar el camino del destierro... El señor Montt había sido llevado a la presidencia por el partido conservador o católico el cual recibió entonces un rudo golpe con esta audaz atentación de los derechos espirituales de la Iglesia que acarreó al gobierno la enemistad de los creyentes. La sociedad de Santiago, en general tan piadosa, profundamente alarmada con el destierro de su pastor se agolpaba a su alrededor para rendirle el homenaje de su cariño al mismo tiempo que el de su indignación por semejante atropello. Por su parte el partido liberal, que había combatido la candidatura de don Manuel Montt y que había sido vencido en la sangrienta batalla de Loncomilla en 1851, atisbaba la ocasión de volver a levantar la cabeza y aprovechó el destierro del arzobispo para unirse a los nuevos descontentos en sus protestas de adhesión al prelado. Yo recuerdo haber visto a sus principales caudillos en esas ruidosas manifestaciones en que parecían que toda la ciudad de Santiago se trasladaba en constante romería a la casa del arzobispo... Parece que aquella conmoción popular alarmó vivamente al gobierno el cual, según se dijo entonces, indujo a los canónigos a presentarse a la Corte, renunciando al recurso o pidiendo que la sentencia quedase sin efecto, como se hizo quedando sin efecto el destierro. Desde entonces comenzó a germinar en el partido conservador una sorda oposición al gobierno que luego tuvo grandes manifestaciones en el Senado de la República.

—A pesar de ser usted muy joven en ese entonces, ¿tuvo alguna participación en su



Señora Luz Gómez de Cifuentes, retrato de hace cincuenta años

de niños pobres que regentaba una virtuosa mujer, doña María Jesús Espinola donde deseaba el señor Marín que yo la ayudara haciendo una clase. Allí serví la de aritmética hasta la muerte de aquella mujer ejemplar. El señor Marín auxiliaba la escuela en cuanto podía hasta llegar a fabricarle sus bancos, pues don Ventura había aprendido el oficio de carpintero como remedio que le habían prescrito los médicos para curarlo de una neurastenia aguda.

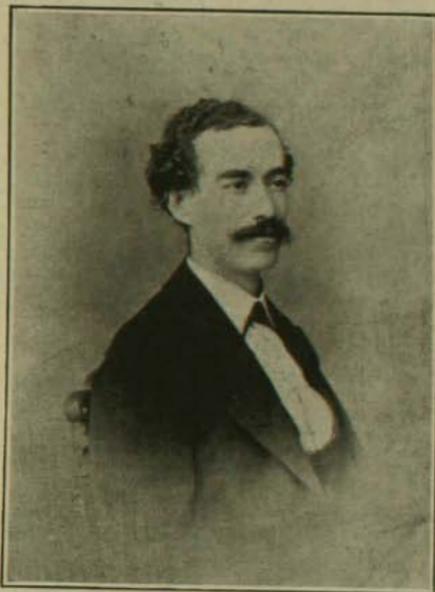
Se alza de su asiento don Abdón; se acerca a los cristales de la ventana y se queda un instante mirando hacia el horizonte. Afuera el cielo está anubarrado y llueve a cántaros: las flechas transparentes del aguacero vienen a deshacerse contra la ventana. Una penumbra suave, discreta, ha invadido la vasta sala de la biblioteca; don Abdón vuel-

partido o cerca del gobierno en tales sucesos?

—En medio de la agitación que producía el recurso de los canónigos el prebitero don José Manuel Orrego, rector del colegio de San Luis, fundó, bajo la advocación de Santo Tomás de Cantorbery una sociedad de clérigos en que estos se comprometían, bajo juramento, a no entablar jamás recursos de fuerza contra las autoridades civiles y a trabajar por la libertad de la iglesia. Esta sociedad a la que se adhirió la mayor parte del clero y que sus adversarios bautizaron con el nombre de **Cantorberiana** fué durante largo tiempo el blanco de los odios más violentos de los gobiernistas porque ella era una protesta permanente contra el absolutismo regalista del gobierno. La prensa palaciega se cebaba constantemente contra los cantorberianos. En 1858 entré a estudiar práctica forense y era de ley que los alumnos escogiesen un abogado en cuyo estudio pudiesen practicar los dos años que duraba el curso. Aunque yo vivía muy alejado de la política por mi edad y mis abrumadores estudios estaba cansado de oír que el Presidente Montt era un tirano ayudado por su *alter ego* don Antonio Varas, que había sido su Ministro del Interior desde 1851 hasta septiembre de 1856 y a quien había oído pintar con los más negros colores. En el "Círculo de amigos de las Letras", que se reunía en casa de don José Victorino Lastarria y a donde concurrían muchos escritores afamados como Miguel Luis y Gregorio V. Amunátegui, Alberto, Joaquín y Guillermo Blest, Guillermo Matta y muchos otros y a donde me había llevado un amigo boliviano René Moreno; allí, repito, sólo había oído hablar pestes de don Antonio Varas. En el Colegio de San Luis tomaban de noche lecciones de Inglés don J. Manuel Orrego, don Domingo Santa María y don Francisco Vargas Fontecilla. Yo asistía con frecuencia de oyente a esas lecciones que daba Mr. Richard. Santa María estaba en una constante diatriba contra Varas a quien suponía peor que Montt. Pero yo notaba que el señor Orrego, que trataba siempre de moderar aquellas críticas, salía con frecuencia a la defensa del señor Varas.

El señor Orrego era la única persona a quien había oído hablar bien de ese Ministro omnipotente y como yo tenía profunda estimación por el señor Orrego me entró la curiosidad de tratar de cerca y por mi mismo al señor Varas, a ese Barrabás a quien no conocía ni de vista pero que no sería tan malo ya que el señor Orrego lo defendía... Para ello me valí de mi derecho de elegir abogado para practicar y sin consultar a nadie presenté mi escrito designando al señor Varas, que desde que salió del Ministerio había vuelto a abrir su estudio. Recuerdo que mi hermano mayor, Esperidión, que era muy gobiernista y otros dos amigos que frecuentaban la casa del señor Varas tuvieron muy a mal que hubiera hecho esa designación sin previa autorización del señor Varas que podría despacharme con viento fresco. Yo vi en ello un síntoma de la especie de terror que inspiraba el personaje lo que picó más mi deseo de tratarlo y les contesté:—"Si yo tengo el derecho para escoger mi abogado supongo que éste tendrá la obligación de aceptarme y no creo que sea tan mal educado que me despidiera porque sí. Yo tengo otra idea de él por lo que he oído al señor Orrego". E insistí en mi propósito yendo pocos días después al estudio del señor Varas, presentándole mi nombramiento... El ya estaba impuesto de mi intención por alguien que quiso ponerme mal como tuve alguna noticia después. Dijéronle que yo era profesor de San Luis, regentado por el jefe de los cantorberianos señor Orrego y que sin duda yo era un espía mandado por ellos. A esta idea sin duda obedecieron las primeras preguntas que me dirigí, paseándose de un extremo a otro de la pieza, después de indicarme que

me sentara.—"¿Qué ha tenido usted en mira, señor, al elegirme como abogado?" me preguntó bruscamente. Yo no me atreví a revelarle netamente el objeto que me llevaba ni la causa de mi curiosidad y esquivé la respuesta diciendo que el objeto que se había propuesto la ley al imponer a los estudiantes la asistencia al estudio de un abogado, sería sin duda el que puedan estudiar allí los expedientes o comenzar a practicar realmente la aplicación de las leyes en los escritos y en sus providencias...—"Convenido, me replicó con cierto tono imperioso. Pero cuál ha sido su objeto al elegirme a mí?...—"Como usted, señor, es un abogado de tanta reputación, contesté, me perdonará que me haya atrevido a tener la vanidad de practicar con usted"... Como él insistiese en su pregunta acerada y yo continuase divagando sobre el objeto de esta práctica, concluyó diciéndome:—"Está bien; puede usted



Retrato de don Abdón Cifuentes de la época en que contrajo matrimonio

venir tales días a tales horas"...—Pasaron muchos días en que yo llegaba al estudio, me entregaba algunos expedientes para que los revisase y una que otra vez solía preguntarme el concepto que me había formado de ellos. Al cabo de algún tiempo y como él había sido profesor del Instituto, me preguntó un día mi opinión sobre los estudios de este establecimiento. Yo aproveché la ocasión para vaciarle todo el arsenal de crítica que me sugerían su plan de estudios, su sistema de profesores universales, sus textos y sus malos métodos de enseñanza. Sobre estos temas trabamos muchas veces largas y animadas discusiones en las cuales pude estimar sus vastos y variados conocimientos, su distinguida inteligencia y su acertado criterio. No era un hombre vulgar. El encontraba fundadas muchas de mis observaciones; pero cuando discutía sobre ellas solíamos establecer porfiada controversia en la que me llamó mucho la atención un rasgo de su carácter. Al oír mis réplicas solía enfadarse, se paseaba apresuradamente y manifestaba su desagrado porque yo no asen-



Don Abdón Cifuentes y su amigo Cañas, con quien realizó un viaje por Europa

tía a su parecer... Yo solía pensar que este era un defecto que le habían creado sus admiradores y amigos demasiado complacientes, porque pude observar después en él otro rasgo de un hombre superior cual fué que mi firmeza para defender mis convicciones lejos de conducirlo a menospreciarme lo indujo a darme pruebas de su estimación.

Su hijo don Miguel deseaba tal vez adelantar algunos cursos... don Antonio me pidió que le hiciese clase de esos ramos; así lo hice hasta hacerlo rendir satisfactoriamente sus exámenes. Estaba después muy descontento con su hijo siguiente don Carlos, actual Ministro de la Corte Suprema, que había perdido un año de estudios por el mal resultado de sus exámenes. Me consultó en qué colegio podría ponerlo pero con la condición de que yo lo vigilase y ayudase. Yo le contesté que si quería confiarlo a mi cuidado en ninguna parte podría estar mejor que en el Colegio de San Luis donde yo era profesor y donde yo vivía, lo que me había de permitir atenderlo y ayudarlo con eficacia. Guardé silencio por algún rato y por fin me respondió:—"Lo pensaré y le contestaré"... Es que yo había tocado, sin saberlo, la cuerda sensible. Por una conversación que oíó un amigo mío supe después que en la familia del señor Varas se había discutido el punto de que al principio se me había tomado por alguno de los comensales espía de los cantorberianos y que poner al niño en San Luis era ponerlo en la boca del lobo. Supe que también el señor Varas rechazaba ya esa idea como absurda y que me creía digno de su confianza. El hecho fué que al cabo de algunos días me dijo:—"Ya he pensado, señor, el asunto de Carlos y se le entrego para que

lo coloque en San Luis".—"Yo me esmeré en atender a mi pupilo de manera que ese año salió muy bien en todos sus exámenes y pudo incorporarse de nuevo en el Instituto. Pídióme la cuenta de mi honorario por los servicios que había prestado a sus hijos idea que yo rechacé perentoriamente. A los pocos días recibía de él el obsequio de varias obras importantes con una carta muy satisfactoria... Concluida mi práctica de dos años, el señor Varas me dió el informe satisfactorio del caso para mi recepción de licenciado en leyes y me retiré del estudio a donde no volví sino muy rara vez porque el año 60 el señor Varas volvió al Ministerio del Interior en el que permaneció hasta el 18 de septiembre de 1861 lo que me impidió seguir cultivando su amistad o su trato en el cual encontré siempre algo que aprender sobre todo en su modesta, austera y ejemplar vida privada.

—Estaba usted en San Felipe cuando estalló la revolución del 59?

—Sí; fui testigo presencial de todos esos acontecimientos, pues como San Felipe es mi pueblo natal allí estaba pasando las vacaciones en febrero de ese año, cuando estalló el movimiento. Recuerdo que en diciembre del 58 se había declarado en estado de sitio a las provincias de Santiago, Valparaiso y Aconcagua. El intendente de esta última prohibió las reuniones que se verificaban en un club a donde concurrían los partidarios más caracterizados de la oposición a la política del gobierno. Sin embargo, a pesar de la prohibición siguieron las reuniones hasta que en la noche del 19 de enero veinte de los jefes opositores fueron sacados de sus casas y arrastrados a la cárcel. Se les acusaba de que tramaban una conspiración a fin de apresar al intendente. Mas, como no se les pudo probar nada, se les puso en libertad dándoseles por cárcel sus casas. Por esos días llegó la noticia de las sublevaciones de Talca y Copiapó y la natural alarma que esto produjo se aumentó con la medida adoptada por el intendente de sacar a los presidiarios de las cárceles de San Felipe, Putaendo y Los Andes para enrolarlos en el ejército. Claro está que esto produjo una pésima impresión, pues si el gobierno recurría a estas medidas extremas harto pobre de fuerzas que lo apoyaran debía estar; por lo menos así pensaba yo en aquel entonces... El 12 de febrero, día en que se celebraba el aniversario de la batalla de Chacabuco, a las 10.30 de la mañana la campana de la iglesia matriz tocaba arebato: la gente corría en todas direcciones y el comercio cerraba sus puertas. Doce conjurados, reunidos en la casa de don Joaquín Oliva la noche anterior, habían preparado todo el movimiento. Don Baldomero Lara, acompañado de un joven Vidal, se apoderó de la cárcel; mientras el primero le ponía un revólver al pecho al centinela, el segundo les repartía plata menuda a los soldados restantes gritando: "Viva la oposición". Los soldados, sorprendidos, aceptaron el dón, secundaron el viva y entregaron la guardia. En el cuartel cívico había sucedido otro tanto, mientras el de policía, tras una breve resistencia, hubo también de entregarse, pues temían sus defensores les fuesen a poner fuego al edificio. Entretanto los demás conjurados se apoderaban del intendente, que estaba desprevenido. Un oficial Sarmiento, de Putaendo, quiso poner resistencia; pero uno de los conjurados le disparó un balazo precisamente al tiempo que la señorita Luz Arteaga, cuñada del intendente, acudiendo a su socorro, pasaba por entre ambos. La bala la hirió casualmente y murió a los tres días... ¿Para qué recordar todos los incidentes de ese movimiento que terminó con la llegada de las tropas gobiernistas y con el saqueo general del pueblo? Recuerdo que don Domingo Figueroa, comerciante pacífico y por añadidura gobiernista, que tenía su casa en la misma plaza, se libró de que lo mataran por una casualidad, debido a la intersección de un ofi-

cial. Los soldados que habían invadido su casa manifestaron que tenían hambre y él por complacerlos les hizo servir jamón y pan lo que rechazaron con indignación alegando que se les quería envenenar. Conversando con un soldado yo le oí decir: "Ud. se queja del saqueo; pues sepa que tenemos orden de reducir a potrero a San Felipe". Hubo casas donde el vandalaje duró dos días, como ser en la de don Joaquín Oliva, donde hacharon hasta los árboles y las parras, derramaron el licor que no pudieron llevarse, quebraron las vasijas de la bodega, hicieron astillas el piano, desenterraron seis barriles en que la familia había escondido su ropa y hasta subieron a los entablados del techo para despedazarlos. No olvidó que a un joven Acuña, director de un colegio, que tuvo que salir a la calle por una diligencia, le alcanzó un soldado y después de registrarle todos los bolsillos, le dió un balazo dejándolo moribundo. Desde ese día viernes hasta el domingo los soldados instalaron baratillos en los cuarteles con las cosas robadas y vendían a vil precio y a vista y paciencia de sus dueños toda clase de objetos y mercaderías. El parte oficial del jefe Sotomayor Valdés, decía tres días después del suceso: "Los soldados se han portado heroicamente. Después de habernos apoderado de la plaza, ocupé a la tropa en impedir a los revolucionarios el saqueo a que se habían entregado después del combate".

Fatigado con el hablar interrumpido calla don Abdón. En ese instante penetra a la sala su hijo José María y, bien pronto, la charla se reanuda. Afuera continúa lloviendo sin descanso: la tempestad de verano ha refrescado la atmósfera y un friecillo molesto comienza a colarse por todas partes. El son metálico de una campana distante llega hasta nosotros con isocronicas vibraciones.

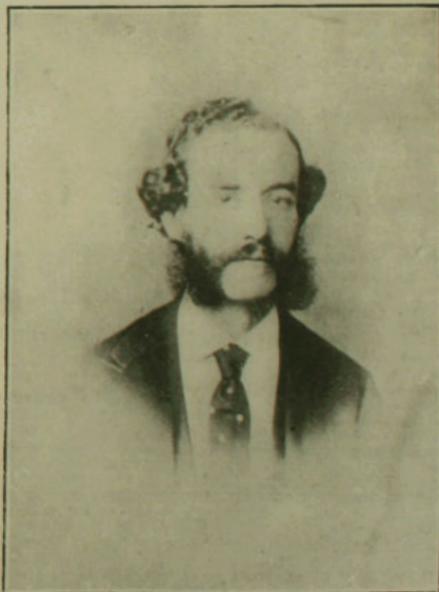
—¿Conoció usted de cerca al Presidente Pérez?—le decimos a don Abdón—¿Qué recuerdos conserva de ese entonces?

Y él nos responde inmediatamente:

—Mucho he admirado y mucho conocí a don José Joaquín Pérez. Después del gobierno de Montt el país necesitaba un gobierno más conciliable con las libertades públicas. El señor Pérez comprendió que era indispensable aflojar los resortes gubernativos y conciliarse la voluntad popular. Fué, sin duda, uno de los más hábiles gobernantes que ha tenido Chile... El señor Montt había vivido siempre en el palacio de gobierno rodeado de bayonetas. Pérez no quiso habitar la Moneda; continuó viviendo en su casa como simple particular. Montt salía con su edecán y con su escolta de caballería. Pérez salía a pasear por las calles, a los paseos públicos enteramente solo, hasta sin edecán. En varias ocasiones le ví en la Alameda solo en medio de una muchedumbre del bajo pueblo que lo acompañaba, estrechaba y vitoreaba, gozoso de verlo tan accesible y tan confiado en medio de ellos. También lo ví solo en la Alameda comprando frutas o dulces que comía sobre andando lo que causaba la admiración de los transeúntes. Estos hábitos sencillos y democráticos, que formaban tan gran contraste con su antecesor, le granjearon pronto una gran popularidad... La oposición procuró atraérselo por medio de ruidosas manifestaciones. En las primeras vacaciones en que el gobierno se trasladó como de costumbre a veranear en Valparaíso, liberales y conservadores le prepararon un viaje triunfal. En todos los pueblos del tránsito, como en Valparaíso, era recibido con arcos triunfales, discursos y aclamaciones entusiastas que no dejarian de influir en su ánimo. El partido montt-varista comenzó a alarmarse temeroso de perder su ascendiente sobre su hijado. Su prensa fué más lejos enderezándole conceptos ofensivos y en un soneto sarcástico llegó a llamarle:

Héroe por fuerza, pasajero
bajo de horcas caudinas liberales.

El hecho fué que la antigua oposición comenzó a ganar terreno en los consejos de gobierno y que el partido montt-varista continuó acentuando su oposición. En julio de 1862 entraba como jefe del gabinete don Manuel Antonio Tocornal, en compañía de otro conservador don Miguel María Güeme y de uno de los caudillos más prestigiosos del liberalismo, don José Victorino Lastarria, grande enemigo del montt-varismo. Era aquella una especie de coalición anti montt-varista. Este partido abrió una ruda campaña en el Congreso contra el Ministerio; "El Ferrocarril", diario montt-varista consumado, ayudaba con sus fuegos a la oposición del Congreso, donde el señor Tocornal se defendía con prodigios de habilidad y elocuencia... A mediados de 1863 don Manuel José Irrazábal, que hacía poco había llegado de un largo viaje por América, Europa y el Oriente y que era muy amigo del señor Tocornal, se propuso fundar a su costa un periódico para defender al Ministerio. Así nació "El Bien Público" y sus redactores principales eran don Joaquín Larraín Gandarillas y don José Manuel Orrego, presbítero, que a toda costa querían guardar su incógnito. Los acompañaba el joven don Zorobabel Rodríguez que comenzó a publicar en el periódico "La Cueva del loco Eustaquio", novela que tuvo el honor de ser traducida al italiano. A Rodríguez le daban por sus artículos sesenta pesos de sueldo mensuales. El señor Larraín me ofreció igual cantidad para que yo les acompañase también en la redacción del periódico. Resistí decididamente porque esto me venía a interrumpir en mis trabajos que había empezado a fin de escribir una "Historia Jeneral de Chile" para la que llevaba ya mucho leído, extrayendo folletos y libros, aprendiendo araucano, visitando todas las bibliotecas públicas y las de los conventos, revisando todos los manuscritos que trajo de Europa don Manuel José Irrazábal y los que había recopilado el señor Eyzaguirre. En resumen había trabajado no menos de cinco años constantes; desgraciadamente el periodismo me absorbió todo entero y al cabo de algunos años re-partí lo que había recopilado entre algunos



Don Abdón Cifuentes en 1870

amigos como Rodríguez y Enrique del Solar, pues claramente comprendí que jamás habría de tener tiempo para dedicarme por entero a tal obra... Recuerdo que para todo lo que tocaba de cerca a "El Bien Público" nos reuníamos de noche en la antecasa de la casa de doña Juana Larraín, situada en la esquina sur-oriente de la calle de Huérfanos cruzada con la calle de Ahumada. Como Rodríguez y yo éramos principiantes en el oficio, los señores Larraín y Orrego nos leían sus artículos y nos hacían leer los nuestros a fin, decían, de no ponernos en contradicción unos con otros, delicada manera que

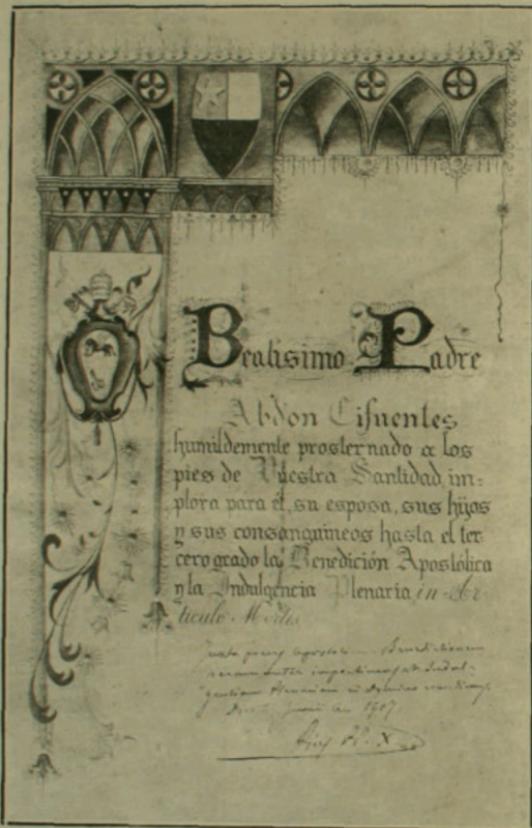
usaban para revisar los nuestros sin herir nuestro amor propio. Asistían también a nuestras reuniones a puerta cerrada don Manuel Puerta de Vera y don Manuel José Irarrázaval, que costaba todos los gastos del periódico y muchas veces daba tema para los artículos.... Como "El Bien Público" era el único periódico que contradecía valientemente a "El Ferrocarril" y atacaba la oposición parlamentaria montt-varista de que era víctima el Ministro Tocornal, los montt-varistas cobraron gran zaña por nuestro periódico y trabajaban por averiguar quiénes eran sus redactores. Debo mencionar otra circunstancia que fué causa de un suceso que me afectó personalmente y que le referiré luego. Don Diego Barros Arana, que había sido partidario de Montt, había cultivado con esmero en el último tiempo la amistad del rector del Seminario don Joaquín Larraín Gandarillas dando muestras de un catolicismo

acendrado como el más perfecto conservador. Tan persuadido estaba el señor Larraín de las creencias religiosas que le había manifestado el señor Barros que se empeñó con el Ministro conservador de Instrucción Pública, don Miguel María Güemes, para que lo nombrase rector del Instituto Nacional, en reemplazo de don Santiago Prado, como sucedió. Yo no conocía al señor Barros más que por sus obras pero me alegré mucho de su nombramiento, pues allí había de tener ocasión de tratarle y él me tría a servir como nadie para mí proyectada historia de Chile. Desgraciadamente dispáronse bien pronto mis esperanzas. La mayoría de los empleados del Instituto eran hechuras del gobierno anterior y por lo tanto montt-varistas. El señor Ba-

rros no hizo misterio de la antipatía que le inspiraba ese partido y a menudo se expresaba mal de él, cuentos que le eran llevados a los dirigentes montt-varistas quienes explotaban la ocasión de jugarle alguna mala pasada... Sucedió que había llegado al país un tal don Pablo Treutler, sabio alemán que "El Ferrocarril" elogiaba casi a diario y que se decía príncipe y hombre de ciencia tudesco que realizaba por América un viaje de estudio. Treutler anunciaba publicar pronto una obra sobre las provincias australes de Chile y para ello comenzó a solicitar del público suscripciones anticipadas. El hecho es que

ayudado por otro alemán había conseguido reunir más de quinientos mil pesos. Pero el tiempo pasaba y el libro no aparecía lo cual comenzó a inquietar a los suscriptores. Recuerdo que hablando un día con don Antonio Varas sobre Treutler me dijo que estando él de Ministro del Interior, solicitó Treutler una audiencia a fin de explicarle que se proponía como geólogo y naturalista recorrer la Araucanía y esperaba que el gobierno lo auxiliara para su expedición. Don Antonio le respondió que el gobierno no tenía el honor de conocerlo y como el Erario se hallaba muy pobre no podía hacer ningún desembolso; pero que podía asegurarle que los caminos de las tierras que iba a explorar eran seguros y estaban espedidos. Fallidas que vió sus esperanzas Treutler le respondió al Ministro: "Todavía no he encontrado mi Isabel que gaste sus joyas en mí". ¡El sabio no se quedaba corto comparándose con Colón...!

Al cabo de algún tiempo apareció el primer volumen de la obra: era un libro de 244 páginas de las cuales 16 estaban en blanco; 12 eran introducción, consagradas a la biografía del autor; 8 destinadas a copiar unas páginas de Molina y de Gay y 36 a una lista de los suscriptores. Quedaba el libro reducido a 172 páginas, que eran una calamidad, un tejido de errores y de plagios. Como aquello tenía el carácter de una estafa y además un diputado, don Eugenio Vergara patrocinaba ante el Congreso una solicitud de Treutler en que pedía seis mil pesos para publicar el segundo volumen, resolví escribir una serie de artículos en "El Bien Público" a fin de ilustrar a la opinión sobre el particular. Aduje en los artículos abundante acopio de erudición y ello fué causa de que los



Bendición otorgada por Pío X, a don Abdón Cifuentes

tiempo apareció el primer volumen de la obra: era un libro de 244 páginas de las cuales 16 estaban en blanco; 12 eran introducción, consagradas a la biografía del autor; 8 destinadas a copiar unas páginas de Molina y de Gay y 36 a una lista de los suscriptores. Quedaba el libro reducido a 172 páginas, que eran una calamidad, un tejido de errores y de plagios. Como aquello tenía el carácter de una estafa y además un diputado, don Eugenio Vergara patrocinaba ante el Congreso una solicitud de Treutler en que pedía seis mil pesos para publicar el segundo volumen, resolví escribir una serie de artículos en "El Bien Público" a fin de ilustrar a la opinión sobre el particular. Aduje en los artículos abundante acopio de erudición y ello fué causa de que los

enemigos políticos del señor Barros Arana creyeran que él y no otro era el autor. Viéron la ocasión propicia para hacer que se le condenara a seis meses de cárcel y a una multa de 600 pesos y no vacilaron en inducir a Treutler para que se presentara acusando al juzgado del crimen dichos artículos como difamatorios... Larga, larguísima fué la historia de este proceso y debo decirle que pocas veces en mi vida he pasado angustias más crueles; pues me encontraba enfermo de una grave disentería y pensaba en lo que sería de mí si, además de encarcelarme, me obligaban a pagar una multa que no tenía. Felizmente tras largas incidencias y después de alegar tres horas consecutivas ante los jurados, que fueron don Gerónimo Urmeneta, D. José Manuel Bañacada, D. José Francisco de la Cerda, don Silvestre Ochagavía, don Victorino Garrido, don Santiago Pérez Larraín, don Miguel Cruchaga Montt, fui absuelto por unanimidad y hasta recibí una

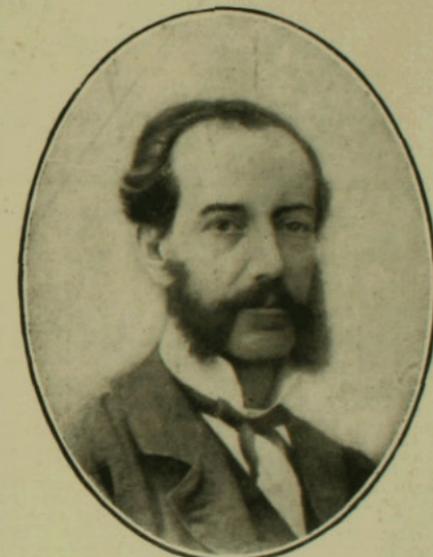
me dijeron que venían a pedirme que reprímese o corrigiese a esos clerigos de la Revista que estaban escribiendo disparates hasta el punto de decir que la iglesia era independiente del Estado. Y soñando una de esas caricajadas homéricas que solía tener el señor Valdivieso, agregé: "¡Y el autor de esos disparates era yo! Calcule usted la ciencia lógica y el regalismo de este par de sacerdotes. Respecto de "El Independiente" debo decirle que ad áfia siguiente del incendio de la iglesia de la Compañía toda la prensa de Santiago se ensañó contra don Juan Ugarte rector de la Iglesia, culpándolo del desastre y contra todo el clero que consentía las iluminaciones en los templos. "El Ferrocarril", liberal montt-varlista y "La Voz de Chile", radical, se distinguieron en esa campaña difamatoria. "El Bien Público", que sólo salía dos veces por semana, era insuficiente para contrarrestar esa campaña. Entonces, en nuestras reuniones de redacción, los señores

Larraín e Irarrázabal manifestaron la necesidad que había de fundar un gran diario católico. Se acordó reunir entre los correccionarios ochenta mil pesos, de los cuales suscribió el señor Irarrázabal veinte mil que debía pagar por cuatro partes, con cinco mil pesos cada año. El resto de la cantidad se acordó que fuera reunido por el señor Larraín y yo, lo cual conseguimos tras muchos tragines. Pero las mayores dificultades estribaron en encontrar sus redactores: el señor Irarrázabal no encontró en Santiago a un periodista católico que se hiciera cargo de la redacción y escribió a Buenos Aires a don Félix Frías, notable escritor católico, que fué después Ministro de la República Argentina en Chile. El señor Frías rehusó. ¿Qué hacer entonces? El señor Irarrázabal era amigo de los señores Miguel Luis y Gregorio Víctor

—¿Qué recuerdos conserva de la fundación de "La Revista Católica" y de "El Independiente"?

—De "La Revista Católica" recuerdo haberle oído referir a don Rafael Valentín Valdivieso cuáles habían sido los comienzos de esa publicación: "Nuestra oficina de redacción—me decía—fué una piecinita o altílo que existe todavía sobre el zaguán de la casa de doña Juana Larraín Gandarillas. Allí nos reuníamos a redactar nuestros artículos don José Hipólito Salas, yo y don Joaquín Larraín Gandarillas, que al principio sólo corría con la impresión y corrección de pruebas del periódico.

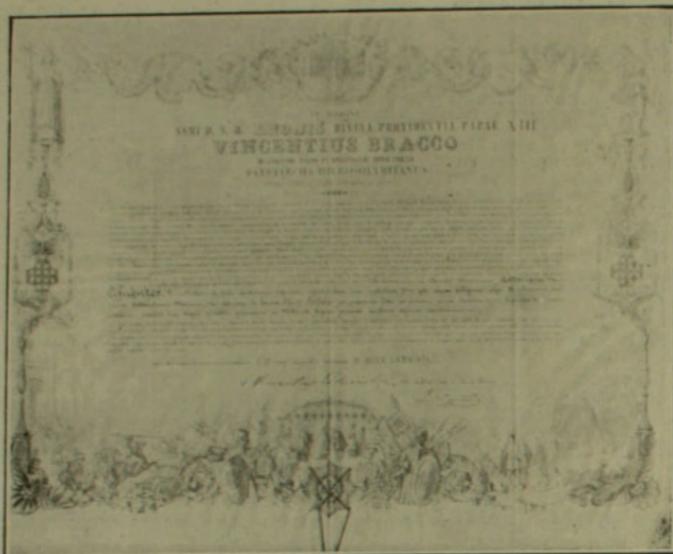
Nosotros costeábamos la revista, pues por falta de costumbre de escribir los colaboradores eran muy escasos y los suscriptores también... Sin embargo, poco a poco los colaboradores fueron aumentando y tomando parte en la redacción muchos sacerdotes que han llegado a ser ilustres escritores y distinguidos prelados de nuestro clero, como don Miguel Arístegui, don Ignacio Víctor Eyzaguirre, don Justo Donoso, el P. Aracena, don Manuel Orrego, don José Ramón Saavedra, don Mariano Casanova, don Domingo Benigno Cruz, don Rafael Fernández Concha, don Crescente Errázuriz y otros... Ah!—me decía en cierta ocasión el señor Valdivieso.—Ud. ha alcanzado tiempos más ilustrados y felices que nosotros; yo voy a darle una prueba. Después de mi consagración episcopal, como yo atribuía mucha importancia al sostenimiento de la Revista Católica, continué escribiendo en ella. Publiqué una serie de artículos sobre el dogma de la independencia de la iglesia. Pues, señor, un día vinieron a visitarme un canónigo y un presbítero y en el curso de la conversación



Retrato de don Abdón Cifuentes hecho por uno de sus hijos cuando pequeño.

les estaban unidos en un "montt-varismo", de modo que los Amunátegui podían defender al Ministro Tocornal con el mismo celo que lo estaban haciendo en "El Bien Público" y en cuanto a los principios religiosos creían que no tendrían inconveniente en defender los principios fundamentales del catolicismo contra las injurias de la prensa hostil, tanto más desde que estábamos aliados en una causa común.

Refiérenos en seguida don Abdón, cómo don Zorobabel Rodríguez y él quedaron formando parte del cuerpo de redacción del diario, en puestos secundarios, como traductores de folletines, como cronistas o para hacer revistas de la prensa, y cómo los señores Amunátegui pusieron por condición, al hacerse cargo de "El Independiente", que debía acompañarlos don Alberto Blest Gana para que escribiese revistas de la semana en su estilo festivo característico. Recuerda luego la aparición del primer número el 1.º de marzo de 1864 que comenzó a hacer una campaña ruda en favor del gobierno y en contra de la oposición montt-varlista.



El presente documento acredita el nombramiento de don Abdón de Caballero del Santo Sepulcro propuesto a S. S. el Papa por el Gran Maestre de Jerusalén

—A mi me ocupaban en escribir artículos de crónica y en hacer una revista de los editoriales y artículos más notables de los otros diarios. Ahí solía trenzarme con ellos, rebatiendo sus ataques antirreligiosos. Cada vez que eso sucedía, don Miguel Luis Amunátegui, que era el redactor en jefe, me iba a la mano diciéndome: —“Limítense a dar cuenta de lo que dicen los otros diarios, porque de otra manera van a decir que el diario es **pechoño**. Como casi todos los subscriptores del diario eran católicos vinieron a quejarse de que “El Independiente” no publicaba la crónica religiosa, es decir, las noticias de las horas de misa que se decían en los templos y de las funciones religiosas que se celebraban en ella, crónica que publicaban los otros diarios para atraer subscriptores o satisfacer a todos los gustos. Hicimos presente el reclamo al señor Amunátegui; el cual nos respondió:—“No, pues, hombre; van a decir que el diario es **pechoño**”—“Pero si “El Ferrocarril” es anti**pechoño** y publica esa crónica”, le observamos.—“¡Claro!” contestó. —“El Ferrocarril” la publica porque no hay miedo de que lo llamen **pechoño**; pero a nosotros nos echarían el samborito en el acto. Conviene no teñir mucho el diario”. El señor Amunátegui llevó más lejos su miedo. El Ilmo. señor Salas, obispo de la Concepción, que había celebrado mucho la fundación de un diario católico y aún había ayudado a su fundación con mil pesos anuales envió una pastoral suya para que se la publicaran en el diario y el señor Amunátegui se negó a ello con diversos pretextos, excusándose unas veces con la abundancia de materiales y por fin con que había pasado la oportunidad... De esta manera comenzó a levantarse, entre los accionistas y subscriptores, de “El Independiente”, un coro de protestas y de reclamaciones contra su redacción lo que obligó al fin al señor Irarrázabal a cambiarle; más, antes de proceder, nos propuso a Rodríguez y a mí que nos hicéramos cargo de ella. Tuvimos nosotros que excusarnos con nuestra inexperiencia y entonces logró que el señor don Pío Varas acep-

tase la redacción en jefe, entrando a desempeñarla el 21 de junio de 1864, día en que se retiraron los señores Amunátegui. El señor Varas dió rumbo al diario viendo modo de complacer los sentimientos religiosos de sus sostenedores; pero una grave enfermedad no le permitió permanecer al frente de la redacción sino hasta fines de octubre. Ya no nos fué posible excusarnos de tomar la redacción. Ante tan premiosa necesidad aceptamos y comenzamos nuestra tarea el 1.º de noviembre de 1864, con cien pesos de sueldo mensual cada uno.

—De sus campañas periodísticas, de los bienes realizados desde las columnas del diario, ¿no recuerda Ud. con especial dilección algún hecho que haya redundado en beneficios generales?

—Sí; recuerdo algo que mucho me regocija por el bien que conseguí realizar. En marzo del 65 me llegó a la imprenta un folleto de París sobre el Eucaliptus Glóbulus, árbol del cual se contaban allí

maravillas, como ser su rápido crecimiento, su altura colosal, que servía para mástiles de buques, su variedad de especies, su aroma balsámico, sus virtudes medicinales, que me propuse traducir el folleto y escribir un artículo interesando a nuestros agricultores. D. Manuel José Irarrázabal y D. Francisco de Paula Figueroa, que eran directores del diario, leyeron mi publicación, se interesaron por el árbol, fueron a todos los jardines en su busca y como no lo encontraron el señor Irarrázabal pidió a vuelta de correo semillas a París y luego le participó al señor Figueroa quien plantó dos al frente del cenador que tenía en su casa de la calle Huérfanos. El señor Irarrázabal los plantó en su hacienda de Pullali, en la Ligua, primero en maceteros y luego trasplantó como doscientos al parque de las casas. Don Patricio y don Francisco de Borja Larraín los multiplicaron también en sus fundos. Tal fué el origen e introducción en Chile del eucaliptus. Vieña Mackenna dice en una de sus obras que el introductor en Chile fué el jardinero Cazoreti, incurriendo en un error, pues cuando fué el señor Irarrázabal al jardín de este caballero a ver si tenía el árbol, Cazoreti no lo conocía ni de nombre.

—Usted ha expresado que la causa del nacimiento de “El Independiente” fué la campaña que la prensa liberal montt-varista y radical inició contra el rector de la iglesia de la Compañía, después de su incendio...

—Exacto, nos corrobora don Abdón.

—¿Estuvo usted presente en el incendio?

—No, cuando comenzó, pues llegué un poco después...

—¿Podría referirnos sus recuerdos de esa noche trágica; las reminiscencias que usted conserva de la catástrofe?...

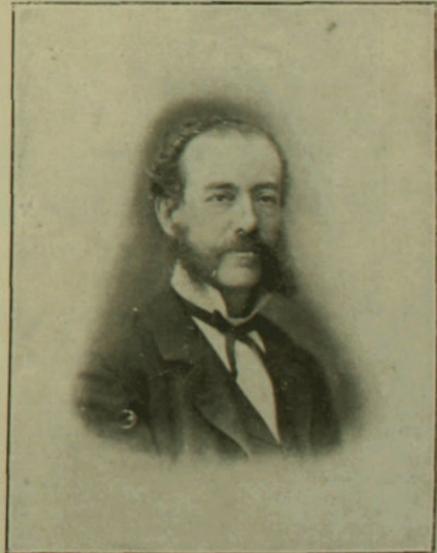
—El 8 de diciembre por la mañana más de tres mil personas habían recibido la Santa Comunión y el regente de la Iglesia de la Compañía había invitado a los fieles para que volvieran en la noche, a la última clausura del mes de María. Yo me había quedado en la casa leyendo tranquilamente cuando llegó a mis oídos un confuso vocerío que me hizo salir a la calle. Bien pronto pude saber lo

que ocurría y sin más pensar tomé mi sombrero y eché a correr hacia la Iglesia. ¡Ah, qué de horrores no presencié! A falta de bombas, esta catástrofe las creó, algunas personas arrojaban baldes de agua sobre aquella masa de cuerpos que ardían; otras les arrojaban cuerdas o quebraban los árboles de la plazuela para arrojárselos a fin de que las infelices víctimas se asieran a sus ramas y pudiesen ser sacadas. Como yo iba en busca de mis hermanos, que no había podido encontrar en la puerta del centro, corrí a la puerta del costado que daba a la sacristía del antiguo edificio del Instituto Nacional. Por esa puerta vi salir a un condiscípulo mío que a fuerza de puñetazos y patadas para desprenderse de las mujeres que se asían a él y saltando por sobre ellas, logró salir al fin medio fijado. Allí vi también a una señorita Orella que luchando con otras en cuyas manos dejó todos sus vestidos, llegó al umbral de la puerta en camisa y al encontrar allí tantos hombres el pudor la hizo retroceder en vez de salir al aire libre. Dos de los jóvenes que estaban más cerca se precipitaron sobre ella y tomándola de los brazos la arrastraron hacia afuera, cubriéndola con ropas de hombre a falta de otra cosa... La puerta del costado oriental de la Iglesia ofrecía el mismo horripilante espectáculo. Debajo de los arcos de la nave lateral, que quedaban cerca de la puerta, se veían murallas como de metro y medio de altura de cadáveres carbonizados. Un poco más al norte algunos caballeros habían arrancado la reja de la ventana de la sacristía que estaba bastante alta y allí ayudaban a bajarse a algunas mujeres que se descolgaban por ese escape. Entre ellas conocí a una señorita Castillo que vivía en el colegio de las señoras Acosta y que había ido acompañando a la directora principal, doña Natividad Acosta. La señorita Castillo salvaba en camisa y sin otra prenda de vestir que el corsé; vestido enaguas y crinolina habían sucumbido en la lucha por la vida con sus compañeras de infortunio. Un caballero anciano la cubrió con su capa y con varios otros la acompañó al colegio a donde también fuimos nosotros. Allí supe que la señorita, después de sacarle el corsé, tenía la espalda medio quemada, y refirió que la señora Natividad había dado pruebas de una serenidad y presencia de ánimo admirables; que gritaba sin cesar: "¡Calma! No se atropellen. Todas podemos salir si guardamos orden. Con desorden perecemos todas. ¡No se precipiten!"... Volvimos luego al lugar del sacrificio. En todas las veredas de la plazuela había cadáveres tendidos; lo mismo se veía en los corredores del Palacio de los Tribunales. Entre estos cadáveres reconocí el de una señorita Lecaros, célebre por su hermosura. Muchos caballeros, con faroles, andaban buscando a los suyos, deshechos en lágrimas. El aire estaba saturado de olor a carne asada.

—Aunque interrumpimos en parte el hilo de sus recuerdos en lo que toca a su directa acción en la propaganda de sus ideas, quisiéramos conocer los recuerdos que usted conserva de la guerra con España.

—Mucho podría referirle sobre el particular pero sólo me voy a atener a recordarle algunas de las cosas sobresalientes que despertaron mi atención en ese entonces. Por ejemplo, no oído que con la medida dictada por el Gobierno de suprimir los derechos aduaneros. El comercio de importación continuó como antes y el país encontró en la baratura del libre cambio una compensación a las dificultades que le creaba la guerra. Además, los ciudadanos dieron el más noble ejemplo de patriotismo: los empleados públicos sugirieron al gobierno la idea de disminuir sus sueldos y el gobierno lo aceptó decretando que los sueldos menores de mil pesos sufrieran una disminución de diez por ciento y los mayores de mil una disminución de diez por ciento en esa suma y de cincuenta por ciento en el resto, pero con la obligación que contraía el Fisco de reintegrar esa dis-

minución a los empleados una vez terminada la guerra. En casi todas las empresas particulares se hizo rebaja de sueldos. Recuerdo que los empleados de "El Independiente" ofrecimos a nuestro directorio una rebaja de treinta por ciento de nuestros sueldos quedando así los que teníamos cien pesos mensuales con sesenta y seis pesos y centavos... Pareja había prometido a su gobierno abatir nuestra soberbia e imponernos la paz "en un cuarto de hora"; pero llevábamos ya dos meses de guerra y la cosa iba para largo. El gobierno había enviado soldados a todos los puertos a fin de impedir cualquier intento de desembarco y, entretanto, se le dificultaba de todos modos su aprovisionamiento a la escuadra española. El 26 de noviembre del 65 la nave española "La Covadonga" venía de Coquimbo para Valparaíso y nuestro buque "La Esmeralda", que se encontraba en Papudo, al mando de William Rebolledo, le salió al encuentro y después de media hora de combate "La Covadonga" se rindió con toda su tripulación, quedando en nuestro poder la correspondencia de Pareja, el código de señales y la bandera que enarbolaba. "La Esmeralda" no tuvo ni un muerto, ni un herido. Dos días después, el 28 de noviembre, uno de los cónsules extranjeros residentes en Valparaíso fué a bordo de "La Viena de Madrid", buque insignia de la escuadra española, a conferenciar con Pareja acerca de un reclamo concerniente a su nación. Como Pareja le preguntase si había alguna novedad, el consul le respondió:—"Después de la captura de "La Covadonga" no ha ocurrido nada, sino los regocijos populares en tierra". Esa noticia le cayó como un rayo al almirante Pareja. Y, cosa curiosa, un detalle que no olvidaré nunca. Dos días antes de la captura de "La Covadonga" llegó un martillero a "El Independiente" a poner un aviso de remate y a fin de que este resultase más llamativo, le puso por título en letras gordas: **Se ahorcá Pareja**. Este aviso comenzó a publicarse en "El Independiente" el 25 de noviembre, la víspera del combate. Pues bien, el 19 de noviembre solo supo nuestro gobierno que el almirante había muerto de alguna enfermedad, según se decía. En el acto el intendente de Valparaíso, don José Ramón Lira, pasó al



Retrato de don Abdón el año 72

comandante en jefe de la escuadra española una nota de condolencia a nombre del gobierno ofreciéndole para el almirante una sepultura honrosa en tierra hasta que su gobierno o su familia dispusiesen otra cosa. El comandante de "La Blanca", don Juan Topete, que después desempeñó un papel tan importante en España en la revolución que destronó a Isabel segunda, contestó el mismo día agradeciendo calurosamente el ofrecimiento y diciendo que el almirante había sido ya sepultado en las aguas del Pacífico y que en poco tiempo llegaría su sucesor en el mando, el brigadier don Casto Méndez

guardada. En cuanto al revólver se ocupaba en probarlo. Lobo se retiró tranquilo. Oyéronse después varios tiros; el almirante se entretenía en probar sus armas disparando al mar. Después cesó todo ruido...

Eran más de las nueve de la noche y el almirante no salía sobre cubierta ni a recorrer la nave, como tenía costumbre de hacerlo. Lobo volvió a su cámara y la encontró vacía. Se acercó al camarote y encontró al almirante tendido y con su traje de gala. Acercóse más y vio entonces que Pareja conservaba en la mano su revólver; la sangre le corría por sobre la cabeza y las medallas de honor; una bala le había atravesado la cabeza desde la mandíbula inferior hasta la parte superior del cráneo...

Los restantes incidentes de la guerra son conocidos pero le voy a referir en cambio un recuerdo curioso que le toca a dos amigos que mucho quise: Carlos Walker Martínez y Javier Larraín Urriola. Pues, es el caso que un día de fines de octubre, estaba ya declarada la guerra, se me aparecieron estos dos amigos en mi oficina de redacción de "El Independiente" y Walker me dijo:

—¡Carísimo! vengo a decirle adiós.

—¡Cómo es eso! ¿A dónde bueno?

—Nos vamos a Estados Unidos.

—¿Y a qué?

—Vamos a hacer el curso contra España.

—¿Y sus estudios y sus exámenes? Walker estudiaba leyes y Larraín ingeniería).

—¡Qué estudios ni qué calabazas! ¡Cuando la patria está en peligro no hay estudios que se tengan! En esta guerra injusta y cobarde que nos hace la escuadra española, porque no tenemos sino un cascarón que oponerle y no podemos hacerle daño desde tierra, es preciso hostilizar al enemigo en el mar y por eso vamos de corsarios. Y entonando un aire marcial dijo: Ya me parece que canto aquella estrofa:

Con diez cañones por banda
Viento en popa a toda vela
No corta el mar, sino vuela
Mi velero bergantín!

—Pero, hombres,—le respondí,—ustedes se han vuelto locos! Yo sé que el Gobierno está resuelto a no dar patentes de corso. ¿De dónde van a sacar dinero, barcos, cañones y tripulantes?

—En el Ministerio nos han asegurado que se han dado a nuestro Ministro en Washington las órdenes del caso y que allá lo encontraremos todo. Con que ¡adiós!... Y se fueron. Dos días después se embarcaban para Panamá hacia Estados Unidos. Transcurrieron meses y meses y ya me suponía a Walker y Larraín persiguiendo el comercio español en las Antillas cuando estando en Papudo llegó un vapor del sur y el ansia de inquirir noticias me llevó a bordo y lo primero que vi fué a Carlos Walker, quien me refirió luego la historia de sus peripecias: cómo habiendo desembarcado en el Callao se encontraron con el Ministro chileno allí don Domingo Santa María quien les disuadió de su viaje y les indujo a quedarse, pues él esperaba que la escuadra peruana marchase contra la española y en esos buques ellos podían servir a las mil maravillas, que se trataba de una empresa arriesgada. Se embarcaron en efecto y llegaron en los buques



Don Abdón Cifuentes, último retrato

Núñez. ¿Por qué se había sepultado a Pareja en las aguas del mar? Después se descifró el misterio y se conoció el drama: después de recibir el 28 la noticia de la pérdida de "La Covadonga", Pareja aparentó una calma estoica. Hizo extender para su gobierno una nota en la que le comunicaba este suceso y el 29 escribió muchas cartas para el gobierno y para su familia. Poco antes de anochecer de ese día se sintió un disparo de pistola en la cámara del almirante. El comandante Lobo, extrañado del ruido, se dirigió a ella y encontró a Pareja vestido de gran parada y con su revólver en la mano. Preguntóle la causa de hallarlo de aquella manera a lo que Pareja contestó que se había puesto aquel traje porque estaba registrando en su cámara hacía tiempo que estaba

a Chiloé donde pasaron a "La Esmeralda", donde Walker no tardó en captarse la confianza de la tripulación.

Hace una pausa don Abdón y en ese breve intervalo, le decimos:

—¿Datan de la experiencia funesta de esa guerra las primeras tentativas suyas cerca del gobierno para que se procurase adquirir dos buques blindados? ¿O sólo son posteriores esas gestiones, de cuando entró U. C. de oncial mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores?

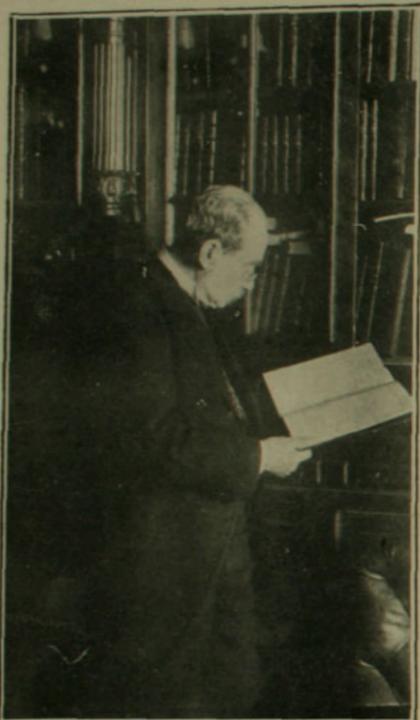
—Esas gestiones eran muy antiguas. Databan del año 64. va a verio usted, en Mayo del citado año 64, don Alvaro Cobarruvias había reemplazado a don Manuel Antonio Tocornal en el Ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores; y don Federico Errázuriz había reemplazado a don Miguel María Güemes en la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública, como también don Alejandro Reyes había reemplazado a don Domingo Santa María en el Ministerio de Hacienda. Con frecuencia solían reunirse por la noche, en casa del señor Irarrázabal, el señor Tocornal y los Ministros Errázuriz y Reyes. El señor Irarrázabal emprendió con los Ministros una verdadera campaña para que nuestro gobierno comprase dos monitores o buques blindados aprovechando la paz en que estábamos, sosteniendo con muchas razones las siniestras intenciones de España, la muy probable guerra en que nos podía envolver y que la manera cierta de asegurar la paz y la manera más barata de evitar los perjuicios y calamidades de una guerra era tener dos blindados que pudieran imponer respeto a la escuadra española. Los Ministros alegaban que dos blindados importarían dos millones de pesos, gasto que no podría soportar la pobreza de nuestro erario. Nuestro presupuesto de gastos públicos era entonces de diez millones de pesos. El señor Irarrázabal argüía que si venía la guerra los perjuicios del Fisco y del país excedería más de diez veces al importe de los blindados e instaba porque se les comprase. Los Ministros quedaron de consultar al Presidente y a sus colegas. Su respuesta fué negativa, no se atrevían a hacer ese gasto. Además, habría que contratar un empréstito en el extranjero, operación que sería difícil. Esta discusión la renovaba constantemente el señor Irarrázabal, quien en un momento de entusiasmo patriótico y de las dificultades que encontraban para el empréstito, dijo:— "Pues bien, yo le presto al gobierno los dos millones de pesos". Su fortuna por entonces no daba para tanto y como tratasen de comprarlo, agregó: "Yo me obligo a juntar los dos millones con mis parientes y amigos antes que el gobierno necesite pagar los blindados. ¿Qué más quieren? Fíjense que si el gobierno desperdicia la ocasión y la guerra viene, la culpa y responsabilidad del gobierno serán imperdonables". Cuando, más tarde, fueron ocupadas las islas Chinchu, el señor Irarrázabal que había previsto el conflicto con España, volvió, una vez más a la carga. Los dos blindados podían comprarse aún a pesar de nuestra beligerancia. Ecuador y Bolivia estaban en paz con España y ardían en entusiasmo por nuestra causa, tanto que tres meses después hacían alianza con nosotros y se declaraban en guerra contra España. Los gobiernos podían comprar aparentemente para ellos los blindados. Si no era posible contratar un empréstito en el extranjero por dos millones de pesos, no era obra de romanos contratarlo en el interior; y, todavía, podía apelarse al recurso de una contribución interior para ese objeto. Dado el patriotismo del pueblo, no habría habido chileno que la hubiera rehusado. Pero, no se hizo nada. Tal situación, entretanto, era desesperante y la prensa clamaba porque se armase al país de los elementos necesarios. "El Independiente", que era el único diario que apoyaba al gobierno, rompió al fin lanzas en el mismo sentido y después del bombardeo dirigió amargas censu-

ras al gobierno por su imprevisión, llegando a pedir enérgicamente por lo menos el cambio de los Ministros de la Guerra y de Hacienda. Esta fué la primera causa de disgusto del Ministerio contra los redactores del diario, es decir, contra mí y Rodríguez... En muchas ocasiones y aprovechando mi cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y que podía ver con frecuencia al Presidente Pérez, le hablé de la necesidad urgente de adquirir dos blindados, pero siempre mis fundados temores se encontraron con el optimismo del Presidente. Recuerdo que después de una nota recibida del Perú, que nos enviaba nuestro Ministro, don Adolfo Ibáñez, acerca de los rumores que circulaban en Lima sobre la probabilidad de un conflicto entre Chile y Bolivia, aproveché la ocasión para hacer ante el señor Pérez una última tentativa de mandar construir dos blindados; pero el Presidente me contestó:— "Siempre don Abdón con sus temores. ¡Los

El Independiente.

Fascículo de "El Independiente"

peruanos conocen bien el valor de nuestro pueblo"... Pero, en septiembre de 1871 entré a desempeñar la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública; a los pocos días celebré su primera sesión el Consejo de Estado y mi primera palabra fué para presentar dos proyectos de ley: uno para crear un Ministro especial de Relaciones Exteriores; que ya se hacía indispensable por el excesivo trabajo de ese Ministerio y el otro solicitando del Congreso dos millones de pesos para aumentar nuestra escuadra con dos blindados y doscientos mil pesos más para otra nave destinada al servicio de la colonia de Magallanes. La exposición que hice de los antecedentes relativos a los conflictos frecuentes habidos con el Perú y demás, hizo que los dos proyectos fueran aprobados sobre tabla, por unanimidad el primero y con un voto en contra el segundo, el voto de don José Joaquín Pérez, que junto con descender de la presidencia fué nombrado consejero de Estado por su sucesor don Federico Errázuriz. Los dos proyectos fueron igualmente aprobados por el Congreso y se promulgaron



Don Abdón Cifuentes en su biblioteca

como leyes de la República el 2 de diciembre de 1871 y el 4 de enero de 1872, respectivamente. Tal es el origen del "Blanco" y del "Cochrane" que se encargaron en el acto y que nos dieron la victoria de 1879.

Como la hora es ya muy avanzada nos retiramos para volver al día siguiente. Afuera la noche ha cerrado. Lluve sin intermitencia y un frío inesperado nos azota el rostro. La calle de Dieciocho está totalmente iluminada y como el suelo ha sido bañado por la lluvia las luces de los focos se multiplican sobre el pavimento de la calzada. Este día de pleno verano se ha transformado, por un cambio atmosférico brusco, en una anticipación del invierno, que no dejamos de alabar. Bienvenida sea esta lluvia refrescante que ha lavado las sucias hojas de los árboles y nos ha hecho sentir un instante el placido recogimiento del otoño, propicio a las meditaciones.

Don Abdón nos recibe con un gesto bondadoso. Lía un pitillo y luego le preguntamos:

—¿Su viaje a Europa obedeció a un simple deseo de viajar, una necesidad periodística o a alguna comisión que le encomendó el gobierno?

—No; tuvo por razón una causa particular. En 1869 cuatro obispos se preparaban para ir a Roma al concilio ecuménico del Vaticano, a que los había convocado Pío IX. A causa del mucho trabajo, mi profesorado, mi cargo en el Ministerio de Relaciones Ex-

teriores, la defensa de una que otra causa en los Tribunales, habían quebrantado gravemente mi salud. Al verme tan flaco y extenuado don Miguel Luis Amunátegui, que era mi Ministro, me dijo un día:—"¿Por qué no hace un viaje a Europa? La navegación y el descanso le sentarían bien". A lo cual le respondí que era un remedio muy caro y yo no tenía cómo adquirirlo. Dos días después vinieron a visitarme el presbítero don Joaquín Larraín Gandarillas y don Manuel José Irarrázabal, quienes me ofrecieron diez mil pesos, reunidos entre ellos y algunos amigos, a fin de que pudiera realizar mi viaje a Europa, aprovechando la ocasión de ir en compañía de los señores obispos. Partimos no sin que antes fuera objeto yo de una hermosa manifestación que me ofrecieron los socios de los "Amigos del país", sociedad política que yo había fundado para ejercitar a los jóvenes en el arte de hablar y de escribir y al que asistieron y brindaron don Federico Errázuriz, don Miguel Luis Amunátegui, don Alvaro Cobarruvias, don Enrique Tocornal, don Zorobabel Rodríguez, don Máximo R. Lira, don Francisco Vargas Fontecilla, don José Tocornal, don Ciriaco Valenzuela, don Angel Ossa, don Miguel Ramos Morán, don Ignacio Domeyko, don Carlos Morla Vicuña... De mis recuerdos de Europa conservo tantas impresiones que sería cosa larga consignarlas todas.

—¿Conoció a monseñor Dupanloup?

—Sí; nos detuvimos en Orleans con ese solo objeto. Le hicimos a su célebre obispo una larga visita. Tenía 67 años de edad, pero se conservaba tan ágil como un niño. Sus cabellos blancos hacían contraste con su cutis terso como el de un joven y su rostro rubicundo. No veía nada por un ojo y tenía perder el otro. Se levantaba a las cinco de la mañana y trabajaba hasta las diez de la noche. No escribía, dictaba. Todos los días, a las 10 A. M., hacía indefectiblemente en visita al hospital. No usaba nunca fuego y estaba con sus ventanas abiertas, a pesar de que nevaba y hacía frío. Sus encendidas mejillas anunciaban que tenían mucho fuego en sí mismo y su carácter batallador habría bastado a demostrarlo. Admirado del numeroso catálogo de sus folletos no acertaba a explicarme cómo le dejaban tiempo para ellos las tareas episcopales que entre nosotros no dejaban tiempo para nada a nuestros activos prelados.

—¿Tuvo ocasión de estar cerca de Luis Veñillot?

—Estuve en la redacción de "L'Univers" apenas llegué a París. Luis Veñillot había publicado, traducidos al francés, los dos discursos míos pronunciados en la Cámara en defensa de un proyecto que le asignaba a los obispos que iban al Concilio la cantidad de veinte mil pesos. Además, me dió Veñillot una comida, cuyos recuerdos no olvidaré nunca. Recuerdo que una de sus hijas me preguntó: "¿Usted es chileno?" Y, como yo asentí ella me dijo:—"Pero los chilenos no son cobreros? Probablemente habrían oído hablar de los araucanos y de los pieles rojas. No olvido que en la mesa se sentó a mi izquierda un profesor de filosofía de la Sorbona, con quien trabé conversación, respondiendo a sus preguntas y dándole noticias de la paz octaviana de que disfrutábamos. Pero, de pronto, él me interrumpió: "¿Y cómo pueden ustedes mantenerse en paz con vecinos tan revoltosos? Entonces yo le pregunté: ¿Qué vecinos?"

—¿De París se trasladaron a Roma?

—Marchamos a Roma cruzando el sur de Francia. En Marsella recuerdo que un obispo francés nos presentó a la reina de Batavia y a dos de sus damas de honor, que también iban a Roma con ocasión del Concilio. El obispo había convertido a la reina y a su corte e iban desde cuatro mil leguas de distancia, como nosotros, a rendir su homenaje al Vicario de Cristo. La reina y sus dos damas eran negras, de pequeña esta-

tura y vestían de negro, sencillamente, sin ninguno de esos adornos que deseen a conocer su regia estirpe.

—En Roma, ¿qué personalidades conoció, entre los políticos, sacerdotes, hombres de ciencia y escritores?

—Conocí y traté a César Cantú, al padre Perrone, acaso el teólogo más notable de esa época, al famoso padre jesuita Sechl, director del Observatorio Astronómico del Colegio Romano, quien nos mostró sus máquinas inventadas por él, para observar las manchas del sol y otra para observar los fenómenos meteorológicos que fueron premiadas en la Exposición Universal de París; al cardenal Antonelli, secretario de Estado S. S., con quien pude tener una entrevista de más de media hora, a título de ser yo en Chile sub-secretario de Relaciones Exteriores. Me dijo que el Plenipotenciario de Chile don Ramón L. Irarrázabal, había pretendido que la Santa Sede reconociese el patronato del gobierno de Chile como un derecho de la soberanía nacional, lo cual impidió la celebración de un concordato, aunque el Papa estaba dispuesto a otorgarlo como una concesión.

—¿Le concedió alguna audiencia particular Pío IX?

—Tuve ocasión de conocer de cerca a Su Santidad Pío IX, primero en una audiencia que dió como a veinte personas, después del 18 de enero en que recibí la sagrada comunión de sus manos en su oratorio privado, junto con unas ocho personas más; y, finalmente, el 25 de enero de 1870, en una audiencia privada que se dignó concederme y que duró unos cuantos minutos, en la cual pude apreciar la prodigiosa memoria de S. S. Preguntéme si yo era de La Serena, porque había conocido a unos Cifuentes allá; si todavía en Santiago se usaba el mate, que las monjas capuchinas, donde iba a decir misa todas las mañanas, porque vivía en la casa de esquina que da frente a la puerta principal de la iglesia, le obsequiaban todos los días después de la misa. Me preguntó por la familia de don Francisco Ruiz Tagle y por muchas otras con quienes había cultivado relaciones el año de 1824. A pesar de sus 78 años parecía que conservaba frescos los recuerdos más insignificantes de su estadía en este apartado rincón del mundo.

Bruscamente, por una lejana asociación de ideas, asalta el recuerdo de haber leído en uno de los volúmenes de las memorias de Emilio Oliviver un elogio sin reservas para un obispo americano que tuvo una actuación brillante en el Concilio Vaticano. Alguien ha dicho que esta referencia es para don José Hipólito Salas, quien en el debate sobre la infalibilidad pontificia, había pronunciado una arenga brillante cuyo buen éxito fué unánime. Tal recuerdo nos induce a preguntarle a don Abdón:

—¿Es cierto que la actuación del obispo de la Concepción, monseñor Salas, fué en el Concilio honrosa para Chile, pues significó una bellísima sorpresa dada por un prelado americano?

—En efecto, tuve ocasión de saber por algunos obispos que en el debate sobre la oportunidad de definir la infalibilidad pontificia, debate que duró dos meses en el seno del Concilio, había tocado a nuestro obispo, don José Hipólito Salas, pronunciar una de las más elocuentes arengas que se oyeron en esa asamblea en favor de la declaración inmediata de la infalibilidad. Dije que había comenzado su discurso declarándose como chileno, republicano y demócrata, lo que había provocado a la asamblea señaladas muestras de desaprobación. Pero al entrar al fondo del asunto habló con tan abrumadores razonamientos, con tan enérgica valentía, con tal elocuencia, que al concluir su discurso

la asamblea estalló en calurosos aplausos; la sesión se suspendió en obsequio del orador y fué llevado como en triunfo a la sala de descanso, donde se le prodigaron entusiastas elogios. Felicítandole yo después por su noble triunfo, el señor Salas me contestó: "También yo he blandido en el concilio mi lanza araucana y bendigo a Dios porque ha querido que el nombre de mi amado Chile y de mi amada diócesis hayan sido honrados en tan augusta asamblea".

Minuciosamente nos refiere en seguida don Abdón las incidencias de su viaje en el resto de Europa; su estadía en España y sus curiosas impresiones de Calatayud, donde le sorprendió una vida primitiva digna del siglo décimo; su segundo viaje a Francia donde estuvo sometido a un constante tratamiento hidroterápico en el sanatorio del doctor Fleury y donde un día conoció al secretario de Estado de Napoleón III. Este señor le reveló que el viaje de Orelle para fundar el reino de Araucanía había sido aconsejado por el gobierno de Napoleón y que cuando en Chile se le llevó a la casa de Orates en Consejo de Estado se trató en Francia sobre la posible necesidad de enviar una expedición a Chile, que si no se realizó fué debido felizmente a la intervención de los Estados Unidos en México. También recuerda de esa época las desagradables incidencias de haber sido tomado por espía en más de una ocasión, cuando se declaró la guerra de 1870; luego su viaje a Inglaterra y, por fin, a Estados Unidos donde le deslumbró el vertiginoso progreso alcanzado por la enorme república yanqui, la aptitud de su espíritu de tolerancia y el verdadero respeto de toda libertad.

Regresó a Chile don Abdón a fines de febrero de 1871, habiéndose embarcado en Nueva York para Colón, pasando por Jamaica. En Colón tomó el ferrocarril a Panamá donde estuvo un día esperando la salida del vapor que debía conducirlo a Valparaíso, haciendo escala en Guayaquil un día y tres en el Callao, lo cual le permitió ir a Lima y recorrer la vetusta y hermosa ciudad de los virreyes.

Vuelto a Santiago reasumió su puesto de profesor en el Instituto Nacional y su cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, del cual ya no era Ministro don Miguel Luis Amunátegui sino don Belisario Prat. Poco después de llegar a Santiago comenzó a agitarse extraordinariamente el asunto de la elección presidencial, pues don José Joaquín Pérez terminaba su período el 18 de septiembre de ese año de 1871. El partido liberal, que antes había estado indeciso entre don Alvaro Covarrubias y don Federico Errázuriz, se decidió por



Otro retrato de don Abdón en su biblioteca

Errázuriz. El partido montt-varista presentaba como candidato al acaudalado señor don José Tomás Urmeneta, apoyado también por los radicales. El partido conservador se había decidido por Errázuriz.

—Que circunstancias presidieron cuando entraba al Ministerio de Justicia e Instrucción?

—En vísperas de abrirse el Congreso el 1.º de junio, el señor Prat, Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, me pidió, a nombre de S. E. el señor Presidente, que yo redactase el Mensaje con que el Presidente acostumbra inaugurar las sesiones del Congreso. En él traté de sintetizar la hábil y liberal política con que el señor Pérez había sabido ananzar la paz de la República y la estabilidad de nuestras instituciones constitucionales, sin menoscabo de las libertades de los ciudadanos, sin haber pedido nunca facultades extraordinarias. Cuando el señor Pérez leyó el Mensaje, me dijo: "Le agradezco estos pasajes en que usted juzga al país y a mi gobierno. En pocas palabras pinta usted con mucha exactitud la verdadera norma de mi política". Desde que en 1867 logré atajar la reforma atropellada de la Constitución de 1833, el señor Pérez me dispensó su confianza y en vísperas de dejar la Presidencia, estando ya elegido don Federico Errázuriz, el señor Pérez le aconsejó, como vine a saberlo mucho tiempo después, que me nombrase Ministro. Efectivamente, en los primeros días de septiembre del 71, el señor Errázuriz vino a mi oficina a ofrecermelo el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública... Puesto que rehusé varias veces y que al fin acepté salvo el caso que el gobierno se resolviese a aceptar en el país la libertad de la enseñanza idea que el señor Errázuriz aprobó mostrándose resuelto a ello. Pasadas las fiestas patrias, el 20 de septiembre, el Presidente nos llamó al primer Consejo de Ministros y luego se trató de proveer muchos destinos: gobernaciones, secretarías de legación, oficiales mayores de Ministerios, secretarías de Intendencia, etc. El Presidente pidió que se indicaran algunos jóvenes que pudieran desempeñar tales puestos. Mis colegas mencionaron algunos. Yo me acerqué a la mesa de escritorio y comencé a escribir los nombres de los jóvenes más distinguidos que conocía, como Zorobabel Rodríguez, Carlos Walker, Ventura Blanco, Francisco González Errázuriz, Enrique del Solar, Máximo R. Lira, Rafael B. Gumucio, Raimundo Larraín, etc. Altamirano, liberal de toda confianza del Presidente, se acercó a la mesa, recorrió la lista y dijo: "Pero esos no pueden ser nombrados!"

—¿Cómo! ¿Por qué no pueden ser nombrados? ¿Por qué? —Porque son socios del amigo del país, me respondió. —¿Porque no son Amigos del País? ¿Sabe que me gusta! Entonces yo no debo estar aquí, porque soy fundador y presidente de esa sociedad. Tampoco debe estar aquí el señor Presidente, porque también es Amigo del País!

—¿Cierto, señor, que usted es Amigo del País? —preguntó Altamirano al señor Errázuriz.

A lo que el Presidente contestó con un sí tan embarazoso, como si mi imprudente revelación lo hubiera desconcertado ante los liberales Altamirano y Cobo y ante el escéptico Pinto... Desde entonces comprendí que no debía contar en el Ministro del Interior un auxillar y un amigo, sino un contradictor que, seguramente, contaría con el apoyo de los otros Ministros y que yo me encontraría aislado. En aquellos días en que yo conversaba con uno de mis amigos conservadores sobre esto, me dijo: "Yo pregunté a Federico por qué había nombrado tres Ministros liberales y un sólo conservador, cuando lo justo habría sido nombrar dos de cada partido." El contestó: "—¿Para qué quieren

más si ustedes me tienen a mí, que valgo por dos. Conmigo y Cluientes tienen los conservadores tres".

—Respecto del proyecto de la supresión de los exámenes anuales, en el que usted procuró impedir el monopolio del Estado sobre dichos exámenes, ¿qué recuerdos conserva?

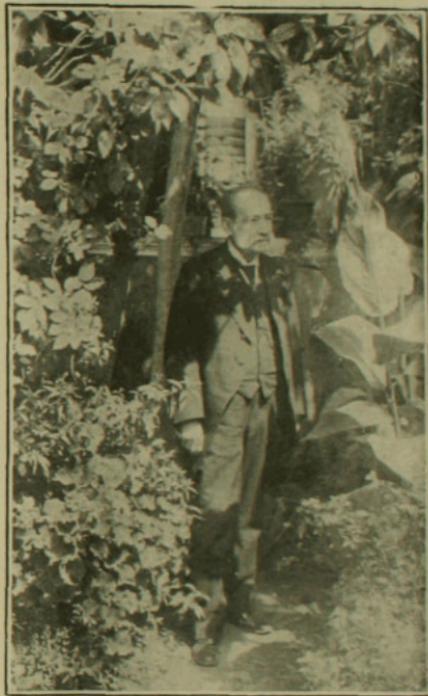
—Después de conseguir que se iniciaran algunos proyectos que había elaborado en los primeros meses de mi Ministerio y cuando tenía listo el proyecto sobre exámenes de que usted me había, indiqué al Presidente la necesidad de presentarlo. El señor Errázuriz me contestó que "como esa reforma iba a chocar con la costumbre establecida desde tantos años era probable que despertase mucha oposición y, por lo tanto, valía la pena aguardar que se cerrase el Congreso. El Congreso se cerró a fines de diciembre y conforme a lo que me había pedido S. E., le supliqué que tratásemos de la libertad de enseñanza particular, a lo que accedí llevando yo mi proyecto al Consejo de Ministros. La ley de 29 de noviembre de 1842, que organizó la Universidad oficial de Chile y le otorgó por el artículo 16 el monopolio de los grados universitarios de bachiller y licenciados indispensables para el ejercicio de las profesiones liberales, disponía por el artículo 15 que los exámenes anuales de cada ramo, tanto de los colegios nacionales como particulares serían presenciados por una comisión de la Facultad respectiva nombrada por ella. En virtud de esta disposición, el mismo año 42 las diversas facultades de la Universidad nombraron a algún miembro de ellas que fuese a presenciar exámenes del Instituto Nacional, del Seminario o de otros colegios y pasasen informes acerca de ellos. Pero en octubre de 1843 el Rector de la Universidad consultó al Ministro de Instrucción, don Manuel Montt, acerca de la verdadera inteligencia del artículo 15 de la ley; y el Ministro contestó la nota de 27 de octubre, a nombre del Presidente de la República: "Que los exámenes que deben dar los alumnos de los establecimientos de esta capital para pasar de un curso a otro, así en los estudios científicos como en los literarios, no necesitan ser presenciados por comisiones de las Facultades de la Universidad, bastando para su validez que sigan rindiéndose, como hasta ahora, ante el rector y profesores del Instituto Nacional. Luego, a juicio del Gobierno y de la Universidad, el artículo no se refería a los exámenes de cada ramo que los alumnos rendían en cada colegio para pasar de un curso a otro, puesto que el artículo 15 dispone que esos exámenes debían ser presenciados por una comisión de la Facultad respectiva, y el Gobierno, interpretando ese artículo, declaraba que los exámenes de cada ramo no necesitaban ser presenciados por comisiones universitarias. Así, pues, a juicio del Gobierno, la ley del 42 había dejado libres esos exámenes... Yo propuse que, en conformidad con la ley, los colegios del Estado quedasen eximidos de recibir los exámenes de los colegios libres, y que dichos exámenes de unos y otros colegios se rindiesen en sus respectivos establecimientos, es decir, fuesen condición del régimen interno de cada colegio, reservando el monopolio de la Universidad del Estado a los grados de bachiller y licenciados. Mis razonamientos parecieron inútiles: la libertad de los estudios tomaba muy de nuevo a mis colegas liberales, quienes manifestaron mucho miedo a lo desconocido y excesivo apego a la costumbre en que habían vivido. El 13 de enero del 72 quedó redactado el decreto con algunas modificaciones y el día 15 se lo llevé para la firma al señor Errázuriz, con la intención de publicarlo al día siguiente. Pero el Presidente me dijo: "No lo publique mañana; porque el mismo día se van de veraneo los Amunátegui y Barros Arana y si

ven el decreto en los diarios de la mañana son capaces de quedarse y venir a molestar la paciencia y formar grande alboroto. Publíquelo el 17, cuando ellos estén fuera de Santiago". Así lo hice. Por de pronto no me explique este temor del señor Errázuriz, desde que, como me lo dijo cuando fué a ofrecerme el Ministerio, hacía tiempo que había ofrecido a los caudillos conservadores suprimir el monopolio del Instituto de los exámenes anuales y, aún más, separar a Barros Arana de ese establecimiento, compromiso de que yo lo había libertado. Más tarde me lo explicaron varios amigos de Barros y de Amunátegui, entre ellos uno de mis propios colegas de Gabinete. Ellos me aseguraron que Errázuriz les había prometido, como gaje de su íntima amistad, no tomar medida alguna relativa al Instituto sin su previo conocimiento y consentimiento. Estas dos y contradictorias promesas me explicaron sus vacilaciones durante la discusión del decreto y sus temores de que éste se publicara el día 15. El 17 de enero hice publicar en "El Independiente" el decreto al pie de un editorial mío, en el cual lo juzgaba muy fríamente, tachándolo de tímido y mezquino. Aplaudía en el editorial que en él se hubiese restablecido la igualdad entre los colegios nacionales y particulares, ordenada por la ley del 42; pero deplorable que las condiciones y requisitos minuciosos confiados a la Universidad para la validez de los exámenes, en el artículo 1.º importaba trasladar a la Universidad la tutela que antes ejercía el Instituto. Esta fué la estratagemas de que me valí para ver si "El Ferrocarril" aplaudía lo que el "Independiente" censuraba. Dicho y hecho: "El Ferrocarril" aplaudió y luego "El Mercurio" y "La Patria" de Valparaíso aplaudieron igualmente el decreto. Al día siguiente, apenas llegué al Ministerio, el señor Presidente me hizo llamar a su despacho. Estaba contentísimo: "—Venga usted, me dijo, a leer los editoriales de "El Ferrocarril", de "El Mercurio" y "La Patria". Toda la prensa aplaude nuestro decreto del 15; solo "El Independiente" aprueba de mala gana, pero aprueba"; y se puso a leer los artículos de los diarios.

—¿Esa fué la causa de la gran sublevación en el Instituto Nacional, que trajo como consecuencia la separación de don Diego Barros Arana?

—Esta y, además, otro decreto, el de 30 de enero del 72, que concedía derecho a los jóvenes para que estudiaran ramos sueltos de leyes, pudiendo matricularse y rendir sus exámenes en cualquiera de las clases del curso universitario... Todas estas medidas promovieron en el señor Barros Arana y en todos los perjudicados de la enseñanza universitaria una violenta animadversión contra el Ministro de Instrucción. El señor Barros convirtió al Instituto en un campamento de resistencia y, como era natural, la disciplina comenzó a relajarse rápidamente. Los alumnos internos se sublevaron dos veces, asaltando el establecimiento so pretextos fútiles. Estos escándalos públicos obligaron al Gobierno a nombrar una comisión compuesta por algunos miembros de la Universidad y de algunos senadores y diputados para que informasen sobre el estado del Instituto e investigase las causas de los desórdenes. Esta comisión evacuó un largo informe que yo puse a la disposición de los diputados para su privada información. Los cargos que se desprendían del informe eran algunos sumamente graves y probaban que el establecimiento estaba profundamente desmoronado y que la disciplina no existía; de lo cual se desprendía que era necesaria una medida radical y desde luego el cambio del rector. Opiné, pues, por la separación del señor Barros, pero en vista de la oposición de mis colegas de Gabinete y de la actitud con-

ciadora del Presidente, se dictó un decreto que entregaba la dirección del establecimiento a dos personas, siendo una el señor Barros y la otra el señor Camilo Cobo, muy amigo del señor Barros Arana. Pero bien pronto renacieron las dificultades y la falta de disciplina del colegio llegó a su colmo; también se suscitaron graves dificultades entre el señor Barros y el señor Cobo, lo que dió origen al decreto de 27 de febrero del 73, en que se limitaban más aún las facultades del señor Barros Arana. Esto indignó al señor Barros, quien atizó entre los alumnos la rebelión contra Cobo, hasta que éste presentó la dimisión de su cargo. La situación se hacía imposible ya y dió origen al decreto



En el fondo de su huerto

de 12 de marzo, que decía así: "Suprimase el cargo de delegado en las dos secciones del Instituto Nacional. En adelante la sección universitaria correrá a cargo del Rector de la Universidad, quien asumirá las funciones de delegado universitario, y la sección de instrucción secundaria correrá como antes exclusivamente a cargo del rector del establecimiento". Se separaba a Barros después de once años de la dominación absoluta que había ejercido en el Instituto, gracias a que había podido disponer del Ministerio de Instrucción, ocupado casi siempre por sus más complacientes amigos. Como yo lo preveía, se produjeron en el Instituto violentos desórdenes hasta que el Presidente mandó que se cerrase el establecimiento hasta que se tomaran todas las medidas necesarias. Entre tanto, durante toda la semana que transcurrió entre el 9 y el 15 recibí, por diversos conductos, noticia de que se preparaba un ataque contra mi casa y que los asaltantes

se preparaban para incendiarla y si era posible asesinarla. Df parte de estos denuncios al comandante de policía. En la noche conversaba con don Maximiano Errázuriz, cuando una partida armada penetró hasta el zaguán de mi casa, arrojando piedras contra los cristales de las ventanas; uno de los guardianes afuera había sido gravemente herido y el otro había huido a pedir auxilio al cuartel de cazadores cercano. Entre tanto salí yo, revólver en mano, al zaguán de donde fui arrastrado hacia adentro de la casa por mi mujer y por el señor Errázuriz, en el preciso instante en que llegaban los cazadores y dispersaban a los manifestantes. En la asonada hubo algunos heridos. Como a las diez de la noche me dirigí a casa de S. E., le expuse brevemente lo ocurrido y le hice renuncia verbal de mi puesto. Lo del suceso, que ya conocía por otros conductos, no le causó la menor extrañeza, no me dijo una sola palabra que revelase sentimiento o enojo, sino que, con la mayor frialdad, me dijo, respecto de mi renuncia, que lo pensase un poco más, que no resolviera bajo la impresión del momento, y me retiré.

Calla un instante don Abdón como abrumado por el peso de aquellos recuerdos tan poco gratos; pero, bien pronto el luchador que hay siempre despierto en él se sobrepone y olvida la nube de amargura del instante.

—¿Cuál el motivo que determinó la ruptura de los conservadores con el señor Errázuriz?

El señor Cifuentes reflexiona algunos momentos y, como habra dicho Campoamor:

Pasa una larga historia por su frente.

Después me contesta:

—Tengo mucho aprecio, verdadero cariño por varios de los parientes del señor Errázuriz y quiero hacer a su amistad el homenaje de mi silencio.

—¿Qué recuerdos conserva de las violentas disensiones promovidas durante el Gobierno de Santa María con motivo de la elección de Arzobispo y con motivo de la ley de cementerios?

—¡Ah! qué días tan terribles fueron aquellos. Para qué repetir todos los incidentes dolorosos, todos los recuerdos nefastos. No olvido que yo estaba en Valparaíso aprovechando las vacaciones para restablecer mi salud cuando recibí la noticia de la insolente expulsión del Delegado de Su Santidad, lo cual produjo en mi espíritu un estallido de indignación. Recuerdo que por suscripción se preparó un tren especial que fuese a encontrar al Delegado en Llay-Llay y lo acompañase hasta Santa Rosa de los Andes. En el trayecto se nos fueron agregando muchos otros caballeros de Quilpué, Limache y Quillota, de modo que al llegar a Los Andes el acompañamiento del Delegado era tan enorme como distinguido. En el camino fuimos a parar a un almuerzo que resultó un gran banquete, al cual fueron invitados muchos de su comitiva. Tocóme a mí hablar en esa manifestación, pronunciando un brindis de despedida. El Vicario Capitular, don Joaquín Larraín Gandarillas, que era uno de los acompañantes del Delegado, me dijo: "Es coincidencia singular que su señora haya sido la que dirigió la palabra de despedida al señor Delegado en la madrugada de hoy en Santiago y la haya tocado a usted despedirlo más tarde en Los Andes"... Yo no lo había sospechado porque estaba y venía de Valparaíso.

—Y los incidentes que produjo la ley de cementerios?

—Cuando le fué prohibido a los católicos enterrar a sus muertos en los pocos cementerios católicos o parroquiales, obligándolos a enterrarlos en los cementerios execrados,

entonces se comenzaron a ver obligados a llevar los cadáveres de sus deudos en busca de alguna tierra bendita, escondidos, a las altas horas de la noche. Advertido de ello el Gobierno, hizo cercar de tropas los cementerios católicos. En el Cementerio Católico, que hacía poco se había comenzado a construir, en Santiago, se mantuvo su entrada y a sus alrededores una verdadera guarnición. Duraron largas temporadas hubo allí día y noche cientos de soldados del regimiento Cazadores para impedir que se llevase a él resueltamente algún cadáver. Entonces comenzó la caza de cadáveres porque la piedad cristiana se indignaba de mil maneras y arbitraaba disfraces diversos para burlar la vigilancia de los tiranos, como ocultar en las casas que hubiese un enfermo grave, para despistar a la policía, la cual, donde se sospechaba que hubiese un enfermo grave, en el acto custodiaban la casa y rodeaban la manzana para impedir que los deudos pudiesen llevarse el cadáver al través de las casas vecinas. Pero la piedad filial inventaba también mil estratagemas para burlar a los sayones. Recuerdo que don Manuel G. Balbontín, nuestro secretario del consejo general de La Unión Católica, después de ocultar rigurosamente la enfermedad y muerte de su señora madre, fingió la mudanza de una sirvienta de su casa, que se llevaba su cama y sus trastos en una carretela, como se ve con frecuencia en nuestras calles, y para poder envolver el cadáver en las ropas de la falsa cama, se vió en la terrible necesidad de quebrar las piernas a su madre y así disfrazada la manióbra, la carretela salió de Santiago seguida de lejos por el hijo procurando llegar de noche a un cementerio católico del campo, donde pudo dar entierro cristiano a su madre. Pero nada de ésto era comparable con las escenas salvajes que solían producirse en las calles de las ciudades y en los caminos de los campos cuando las policías olfateaban algunos de estos cargamentos, de cadáveres fúgitivos y se lanzaban, bala en boca y sable en mano, a detener a los conductores y a arrebatar a los deudos su triste carga para conducirla a la fosa común del cementerio laico. ¡Qué de escenas de violencia escandalosa de los unos; de protestas, de lágrimas, de sollozos de los otros; de maridos que defendían el cadáver de su esposa, de hijos que defendían el de su madre!

—¿Qué relaciones mantuvo usted con don José Manuel Balmaceda antes de la revolución del 91?

—Casi no las tuve con él de ninguna especie. Como católico no podía yo mirar con buenos ojos su actuación durante el Gobierno de Santa María. Además, recuerdo que cuando realicé mi viaje por el sur del país, fundando la Unión Católica, un diputado radical interpelló al Ministro Balmaceda preguntando qué medidas había tomado el Gobierno contra esos fanáticos que andaban alborotando al pueblo. A lo que Balmaceda respondió con el más altanero desprecio: "Dejadlos que se defiendan con sus oraciones y la práctica de las virtudes celestiales".

Como dolido por el recuerdo súbito que ésto le evoca, don Abdón dice:

—Y pensar que luego fuera a acabar tan mal más tarde!

Dice y se queda pensando largamente, mirando sin mirar, a través de los cristales de la ventana que enciende un sol moribundo en un incendio rojo.

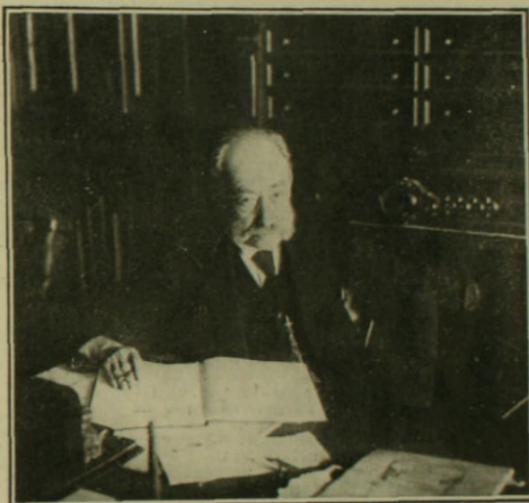
—Desearíamos oír de sus labios—le declamos—la historia minuciosa que presentó en la redacción del acta de deposición del Presidente Balmaceda; su redacción, las copias que de ella se hicieron, la ceremonia de la firma por la Junta constitucionalista que, según hemos oído referir, fué un acto solemne, con cierto carácter grandioso.

Al oír ésto, don Abdón se sonríe un instante y luego exclama:

—Así fué, pues. Hubo en esa conspiración algo de solemne y de teatral. Va usted a verlo. La Junta que se llamó constitucional, o de resistencia constitucional y que otros llamaron revolucionaria, se compuso al principio, esto pasaba en el mes de octubre, de los cinco miembros que formaban la Junta del partido radical; don Eduardo Matte, por los liberales; y don Isidro Errázuriz, por los mochetones o los sueltos. Estos manifestaron que siendo los conservadores cinco debían ser ellos también cinco, a lo que los conservadores contestaron que entre ellos cuatro eligiesen un quinto y eligieron a don Belisario Prat. De esta manera la Junta quedó compuesta de diez... Cuando ya se traspren-

taba la resolución de Balmaceda de ir a la dictadura, se resolvió encomendar al señor don Enrique Mac-Iver y a don Demetrio Lastarria la redacción de un documento que justificase la deposición del Presidente y que pudiese estar firmado por todos los congresales de la oposición para el caso que el señor Balmaceda asumiese la dictadura. Quedó comisionado el señor don Isidoro Errázuriz para encomendar este trabajo a los señores Mac-Iver y Lastarria. En el curso de los meses de noviembre y principios de diciembre se interrogó varias veces al señor Errázuriz sobre la redacción de este documento que la Junta deseaba conocer. El señor Errázuriz contestó que el señor Mac-Iver tenía redactado ese documento pero nunca pudo traerlo a la Junta. Considerando ésta que el tiempo urgía, el señor Prat ofreció redactarlo él y trajo un borrador que no llenó los deseos de la Junta, por lo cual se insistió en pedir el que se decía que había redactado el señor Mac-Iver. El hecho fué que en la noche del sábado 27 de diciembre de 1890, estando yo tomando el té en casa del señor Irarrázabal con don Ventura Blanco, a eso de las 11 de la noche, se aparecieron don Carlos y don Joaquín Walker Martínez y dijeron que venían de la casa de don Eduardo Matte, donde estaban reunidos los otros miembros de la Junta, ninguno de los cuales quería firmar el acta de deposición de Balmaceda redactada por el señor Mac-Iver; en razón de que no justificaba debidamente el acto y que iban a pedir al señor Irarrázabal que la redactase él. Tanto éste como el señor don Ventura Blanco se negaron en absoluto a hacerse cargo de ella y trataron de imponerme a mí esa tarea. Como, según los deseos de la Junta, ese documento debía estar redactado y firmado por los congresales antes del 1.º de enero próximo, yo también me excusé de la redacción de ese serio documento pedido con tanto apremio. Pero, como era tan indispensable y me rogaban que debía formularlo para el domingo siguiente, a las 2 de la tarde, al fin cedí a ello, aunque no tuve ocasión de conocer el acta redactada por el señor Mac-Iver. Quedaron los miembros de la Junta de ir al día siguiente, domingo 28, a mi casa, situada en la calle de Vergara, en donde irían en orden disperso para despistar a la policía, que nos espiaba con mucho ahínco. En efecto, al día siguiente estuvieron en mi casa, les leí el borrador del acta. Los colegas aprobaron y me encargaron sacase dos ejemplares, que debía llevar a la reunión que a las ocho de esa noche debía tener lugar en casa del señor Ira-

rázabal. En efecto, a esa misma hora estuve con mis dos ejemplares, que la Junta aprobó nuevamente. Pero uno de sus miembros hizo presente que antes de firmarla creía conveniente se la pudiese en conocimiento del general Baquedano, que había convenido en ser el jefe de la revolución en tierra! Se comisionó al señor Irarrázabal para que se hiciese esta consulta al general en la mañana del lunes 29 de diciembre, a fin de tener su contestación en la nueva reunión que debíamos celebrar el día lunes, a las 4 de la tarde. En esa reunión el señor Irarrázabal dio cuenta de su comisión, dijo que había mostrado el acta al general, el cual llamó a don Máximo Lira para que la conociese y le diera su opinión. Este encontró el acta perfectamente, a lo que Baquedano contestó que no le parecía bien, porque al final de ella se le hacía aparecer mencionándolo, lo que él no aceptaba de ninguna manera: "Por ahí pueden pillarme; nó, el nombre en blanco, en



Don Abdón Cifuentes en su sala de trabajo

blanco". Era el caso que al final yo le había agregado un cogollo en honor del general, que decía más o menos: "Y vos, general, que habéis conquistado tantas glorias para la patria, coronad vuestra vida restableciendo el imperio de la Constitución y de las leyes". Este cogollo, que lo descubría, fué lo que rechazó perentoriamente el general y fué menester suprimirlo escribiendo de nuevo los dos ejemplares. Se me encomendó esta escritura que debía estar pronta para nuestra reunión de las ocho de la noche por razón de la urgencia del tiempo; pero como a mí se me había encargado otra comisión más importante, que era la de ir a mendigar algunos fondos para la sublevación del Ejército, el señor Irarrázabal se encargó de hacer las dos copias que no pudo terminar sino a las ocho y media de la noche, hora en que estaba reunida toda la Junta, con excepción del señor Errázuriz, que se encontraba en Valparaíso. Esta fué la razón por qué el acta quedó escrita con letra del señor Irarrázabal y que tanto la escritura como la redacción fueron tan precipitada, que no debe extrañarse el desaliño con que aparece la redacción del documento... En seguida pro-

cedieron todos los miembros de la Junta, que eran congresales, a firmarla; una vez firmada, el señor don Manuel Recabáren advirtió a sus colegas que esta acta podía costarles la cabeza y que no habían tomado precaución alguna para guardar el debido sigilo acerca de ella. El señor don Eduardo Matte, ponderó el peligro que corrían y que era indispensable tomar alguna precaución. El señor Recabáren propuso que todos ellos jurasen no revelar quiénes suscribían el documento mientras corriese algún riesgo sus cabezas. Aceptada la idea, yo que no pertenecía al Congreso y que estaba haciendo de secretario, me presté para tomarles el juramento. Todos ellos, puestos de pie, prestaron el juramento mencionado... En seguida don Eduardo Matte manifestó que como todos los congresales de la oposición y que muchos de ellos no ofrecían la suficiente confianza o garantía para guardar el sigilo, era preciso discurrir algún medio para conjurar el peligro, a lo cual el señor don José Besa contestó proponiendo que como todos ellos eran jefes de sus respectivos partidos, propusiesen a sus amigos que concurriesen a casa del señor Irarrázabal a firmar el acta sin leerla y sin que conociesen qué clase de documento era, como un acto de confianza que se necesitaba para los efectos de la revolución. Y así sucedió. Todos los congresales fueron poco a poco concurriendo a la casa del señor Irarrázabal y firmando el acta en barbecho. No hubo más que uno que se resistió a firmar sin conocer el documento, diciendo que o se tenía confianza en él y se le dejaba leer o no se tenía, y en ese caso su firma nada valía. Fué el señor don José Clemente Fabres, a quien el señor Irarrázabal consintió, en fin, y le dejó leer el acta. Al concluir su lectura el señor Fabres exclamó: "No sólo una sino cien firmas sí es preciso." De esta manera y con dos mil precauciones se logró que el acta quedase firmada por diputados y senadores de la oposición el 1.º de enero, enviándose un ejemplar al señor don Jorge Montt, que debía ser el jefe de la escuadra y el otro al general, que debía ser el jefe de el movimiento de tierra.

—¿Apenas comenzó el movimiento revolucionario se ausentó de Santiago? ¿Corrió muchos riesgos y sufrió muchas persecuciones de parte de los gobiernistas?

—El alzamiento de la escuadra, acordado para el 3 de enero, no se verificó; el mismo día 3 yo partí a los baños de Chillán, con dos de mis hijos, al menor de los cuales los médicos enviaban a los baños. Allí supimos el 9 de enero la sublevación de la escuadra, que se había verificado el 7 del mismo mes. Permanecí hasta el 14 y al regresar a Chillán el coche se nos volcó en una ladera, quedando todos bastante maltratados. Después de muchas penitencias llegamos a Chillán, donde nos hicieron las primeras curaciones. Al día siguiente partimos para Concepción y de ahí a Lota, para tomar el vapor que debía conducirnos a Valdivia, a donde los médicos mandaban también a mi hijo enfermo. Apenas había llegado a Lota un oficial me redujo a prisión por orden del comandante de las fuerzas que allí estaban destacadas. Se me puso preso por opositor conocido, y como yo le arguyese que ese delito no existía en nuestros Códigos y le exigiese la orden de arresto que exigen nuestras leyes, me contestó que allí no había leyes ni cosas que lo valiese y que marchase sin dilación, como lo hice. Como yo llevase una carta de recomendación del administrador del establecimiento de Lota, señor Esquella, para que se me alojase en él y se me atendiese debidamente porque iba con un hijo enfermo en dirección a Valdivia, encargué a la oficina del establecimiento para que se me dispensase alguna protección. Ahí mi hijo

encontró al gobernador del departamento, señor Sánchez, quien había puesto mi prisión en conocimiento del Intendente de Concepción, señor Sanfuentes, el cual le dió por telégrafo la orden de darme cien palos por de pronto. Al leer el señor gobernador este telegrama en presencia de mi hijo Luis Eduardo, aquel le dijo: "—No tema usted que se le toque a su señor padre mientras yo esté aquí de gobernador, porque su padre fué mi profesor en el Instituto Nacional y conservo de él un cariñoso recuerdo..." Habiendo prevenido yo a mi hijo que viese al juez para que me tomase bajo su protección y me iniciase el correspondiente proceso, el juez llegó a poco con mi hijo a la prisión y por la ventana de ella, que daba a la calle, me dijo el señor juez: "—Siento mucho, señor, no poder ampararlo porque aquí nadie me hace caso. Aquí no impera ni la Constitución ni las leyes, no se conoce aquí más que la fuerza bruta." A eso de las 12 del día el Intendente Sanfuentes llegó a Lota en un tren expreso y reconviniendo en el hotel al gobernador porque no me había aplicado los cien palos, éste le mostró la carta del señor Esquella que comprobaba mi inocencia, puesto que yo me dirigía a Valdivia con un hijo enfermo. Entre el gobernador y una señorita Formas, que había interpuesto a mi favor la influencia que tenía sobre Sanfuentes, de quien era, al parecer, muy amiga, el Intendente convino al fin en dejarme libre, ofreciéndome el mismo tren en que él había venido para regresar a Concepción... La verdadera causa de mi prisión había sido motivada por lo siguiente: había yo convenido con mi señora de que todas sus cartas me las dirigiese con el seudónimo de Manuel Olivares, y fué el caso que una de las cartas de mi señora, en que me hablaba de los sucesos de la revolución, llegó a Lota con el sobre escrito para Manuel Olivares, que era el nombre del comandante de las fuerzas residente en Lota. La carta le fué llevada a él y en el interior mi señora incurrió en la inadvertencia de dirigirla a Abdón Cifuentes, razón por la cual el tal Manuel Olivares creyó que en ello había gato encerrado y expió el momento de mi llegada a Lota para llevarme preso... Al volver a Concepción, el señor Obispo Labarca, que había sido discípulo en el Colegio de San Luis, fué a verme y al encontrarme todo entrapado por las heridas que había recibido en mi accidente de las laderas de Chillán suplicó al Intendente que me dejase libre para curarme en su propia casa, a lo que el Intendente accedió. Pero en la noche un señor Navarro, que también había sido mi alumno y que vivía en casa del Intendente, vino a decirme que procurase escaparme si era posible esa misma noche, porque el Intendente estaba arrepentido de haberme dejado en libertad y pensaba prenderme de nuevo al día siguiente... El señor Obispo, con una gran comitiva de sacerdotes, pensaba dirigirse al día siguiente a unas grandes fiestas que se celebran todos los años en honor de San Sebastián, en Yumbel, y yo pretesté ir en su compañía. En la mañana siguiente iba yo con toda la comitiva para tomar el tren a Yumbel y encontramos en la estación al señor Intendente acompañado del comandante de policía. El Intendente me preguntó: "—¿A dónde se dirige usted, señor?" "—Voy a acompañar al señor Obispo a las fiestas de San Sebastián, fiestas que he oído celebrar mucho y que no conozco". El Intendente guardó silencio por un momento, diciendo al fin: "—Bueno, señor, pero usted volverá a Concepción." "—Es natural", contesté, y me dejó partir.

Pero yo, que conocía su orden de aplicarme cien palos, y que sabía que había hecho azotar a muchos otros caballeros de Concepción, me dirigí a Talca en vez de Yumbel, donde había pensado esconderme; pero no pudiendo

realizarlo por varios inconvenientes, alojé esa noche en casa del párroco, de quien era muy amigo, y al día siguiente me dirigí a Santiago con la determinación no de llegar a esta ciudad sin detenerme en Buin e ir a pedirle hospitalidad a don Domingo Fernández en el fundo de Santa Rita, como hice en efecto, encargándole a un amigo que viajaba en el mismo tren que me hiciese el favor de venir a mi casa y anunciar a mi señora que yo quedaba en Santa Rita... Cuando yo regresé de Lota a Concepción ordené a mi hijo Luis Eduardo que tomase el expreso de la mañana, viniese a Santiago y dijera a mi señora que yo quedaba en Concepción en casa del señor Obispo. Mi hijo lo hizo así, pero mi mujer no se satisfizo con las explicaciones de mi hijo y se resolvió ir ella sola al día siguiente, en el expreso, a Concepción para traerme. Apenas llegó a Concepción, se dirigió en el acto a casa del señor Obispo, donde le dijeron que en la mañana me había ido a Yumbel, lo que fué para ella una contrariedad inesperada. En seguida marchó entonces a casa de un señor Risopatrón, donde yo había dormido la noche precedente, y allí se le dijo, secretamente, que yo no había ido a Yumbel sino que había ido a esconderme en Talca, en el fundo de una sobrina mía. Al día siguiente mi señora, muy de madrugada, tomaba el expreso para Talca creyéndose encontrar en casa del párroco, que era nuestro amigo. Este estaba ausente y le reemplazaba otro sacerdote, a quien mi señora preguntó por mí. El sacerdote la tomó por espía y en vez de darle noticias ninguna de mí, le dijo que ese caballero residía en Santiago y que extrañaba que lo buscara en Talca. Como a todas las preguntas de mi señora el sacerdote respondiese con evasivas, mi señora le dijo: "—Comprendo, señor, que usted me está tomando por espía, pero yo sé que el cura don José Luis Espinoza tiene aquí una sirvienta antigua, y me conoce mucho. Tenga la bondad de llamarla para que ella certifique quién soy yo". Así lo hizo y la sirvienta, al reconocerla, muy cariñosamente, dispuso las preveniciones del sacerdote, el cual, entonces, la invitó a descansar por aquella noche, diciéndole que en la mañana me había dirigido a Santiago, cosa que mi señora deploraba profundamente, porque temía que en Santiago me tomasen preso. Al día siguiente ella regresó a Santiago en mi busca y en mi casa supo que yo estaba en Santa Rita... En ese asilo estuve más de dos meses y allí pude ver cómo los labradores pasaban escondidos en los cerros huyendo de las tropas que los perseguía y los cazaba como animales para enrolarlos en el Ejército del Gobierno; pude ver cómo los soldados los detenían por la fuerza en los caminos y cómo los sacaban violentamente de sus viviendas, los amarraban y los conducían así al pueblo de Buin para traerlo por la fuerza a los cuarteles de Santiago. Estas cacerías de hombres en los campos me inspiraron horror. Daba compasión ver algunos labriegos escapar con sus mujeres y sus hijos para esconderse en los bosques y entre los cerros, a donde el se-

ñor don Domingo Fernández, en su inagotable caridad, les hacía llevar alimentos y abrigo. Son incontables las tragedias domésticas que padecían esos campesinos... La familia del señor Fernández y de su hermano don Pedro regresaron a Santiago pasadas las vacaciones, quedando yo solo con el señor don Domingo. Un buen día del mes de abril, en que llovía torrencialmente, estábamos almorzando como a las 11 de la mañana y se nos apareció de repente mi señora, bastante empapada por la lluvia; iba desolada a avisarnos que tarde de la noche precedente una señora Aldunate de Wuag había ido a mi casa de Santiago a decirle: "Acabo de ver en la Intendencia la orden dada a Ciriaco Contreras para que con veinticinco hombres vaya a tomar preso a su marido, don Abdón Cifuentes, en Santa Rita". En consecuencia, mi mujer tomó el primer tren para Buin, en el cual iba efectivamente la tropa, la que, al bajar el tren, se dirigió a la casa del gobernador y mi mujer, en un coche a mata caballos, se dirigía a Santa Rita, a darnos el aviso. Por supuesto que mi mujer volvió a Santiago por el mismo camino que había llegado y yo con el señor Fernández nos pusimos en salvo por otro camino.

La hora avanza; afuera se ha oscurecido casi completamente. El cielo aún conserva los últimos reflejos del crepúsculo. La voz de don Abdón ha callado. Antes de despedirnos, le hacemos nuestra última pregunta:

—¿Qué periódicos ha fundado y en cuáles ha colaborado?

—He colaborado y he contribuido a la fundación de "La Revista Católica", "El Conservador", "El Bien Público", "El Independiente", "El 12 de Febrero", de San Felipe; "El Amigo del País", de Copiapó; la revista "La Estrella de Chile", "El Artesano", de Talca. "El Carlos Walker", de Rancagua; "El Conservador", de Linares; "La Libertad Católica", de Concepción; "El Llanquihue", de Puerto Montt; "La Unión", de Valparaíso.

—¿Y sociedades?

—Siendo estudiante de filosofía fundé la "Sociedad Literaria de San Luis" y fui su presidente; después fundé la "Sociedad Literaria" y la Biblioteca de San Felipe; el año 67 fundé la "Sociedad de Amigos del País"; el año 83 la "Unión Católica", por orden del Obispo señor Larraín, de la cual fui presidente cuatro años y que dió origen a muchos círculos católicos para la juventud y para los obreros; la "Sociedad del Independiente"; la Universidad Católica de Santiago, fundada en 1888... Pero, más que todo esto, puedo felicitar-me de mis campañas en favor de la libertad de enseñanza, de la libertad de asociación, de las libertades municipales y de otras libertades públicas que me han sido muy caras. Mis primeros artículos, publicados el año 64, fueron dedicados a la libertad de enseñanza. Y a los diez años de haber comenzado mi campaña, conseguí que en la Constitución se consignasen estas dos libertades: la libertad de asociación sin permiso previo y la libertad de enseñanza.



El Eco Vengador

Ilustraciones de A. Bustos.

Cual un verdadero rey, el señor de Pomerolles tenía en su castillo feudal toda la servidumbre propia de un monarca; criados innumerables, escuderos y guerreros de noble cuna. Los muros almenados de los altos torreones se veían en el llano desde una gran distancia, imponiendo terror tanto al tímido aldeano, como al aguerrido enemigo.

Ante la fachada principal de la señorial residencia se extendía amplia explanada de añosos tilos; a la entrada del bosque de acacias, alzábase la halconería y los talleres de herrería y fundición donde se forjaban las armaduras y donde se derretía el bronce para las bombardas que cincuenta años antes habían reemplazado a las antiguas catapultas.

El señor de Pomerolles se estaba preparando para la guerra; en la cual esperaba la protección de Dios, y, para obtenerla había pedido piadoso consejo al venerable abad del famoso monasterio que se erguía en la cima de un cerro cercano.

El abad habíale ofrecido llevar preces al Altísimo pudiendo por el señor de Pomerolles, y éste había prometido, jurando sobre la empuñadura cruciforme de su espada, dotar a la iglesia de una campana tan grande como el bordón de la Catedral de San Hilario. Y como por entonces le había nacido una hija, a la que se había puesto el nombre de Rosamunda, se acordó la obra del fundidor de campanas se llamase lo mismo que la niña.

El señor de Pomerolles volvió a su castillo y dió orden terminante de suspender toda fabricación de armas, para ocuparse exclusivamente de la fundición de la prometida campana.

Mas, para la perfecta realización de semejante empresa, los obreros del castillo no tenían bastante arte. Se necesitaba un obrero experto en todas las dificultades de esta clase de trabajo: un hombre capaz de calcular exactamente y de combinar las proporciones

de cobre y estaño necesarias para obtener mayor volumen de sonido; un operario hábil para llevar a la práctica otros mil detalles sólo adquiridos por la experiencia y transmitidos de generación en generación por los gremios de fundidores.

El señor de Pomerolles envió emisarios a la gran ciudad en busca de dos obreros famosos; y al poco tiempo llegaban al castillo Juan y Matías. Ambos eran jóvenes y vigorosos, acostumbrados a fabricar finas espadas, a martillar cadenciosamente las resplandecientes hojas ante el fuego llameante de las fraguas; a guardar fielmente los secretos de los antiguos maestros fundidores y a gobernar con perfecto conocimiento de su oficio, el paso del terrible metal líquido desde las calderas al pozo de fundición.

Por orden del señor del castillo, Juan fué nombrado maestro de la fundición y jefe de los antiguos obreros, con Matías al frente como primer ayudante.

Cuando habían dado comienzo los trabajos preparatorios vino un incidente a turbar las buenas relaciones que siempre habían existido entre los dos jefes.

Una mujer se había interpuesto entre ambos, y esta mujer era Anita, la hija del primer sumiller; una doncella pura y reposada que daba vueltas al torno de hilar en la puerta de la casa de sus padres, cantando una antigua canción que Juan y Matías habían aprendido oyéndola constantemente entre el ruido de sus martillos al forjar el hierro chispeante sobre las bigornias.

Juan, musculoso y de elevada estatura, abrió sus grandes y sombríos ojos negros coronados por pobladas cejas que casi se juntaban, y miró a Matías que estaba pesando lingotes de metal en una balanza. Pero le miró con odio, y sin cuidarse de disimularlo. Aborrecía a su compañero, porque le había visto hablar con Anita, y a ésta escucharle con la boca entreabierta por la risa y dejando al descubierto dos hileras de dientes de marfil. ¡Conseguiría

aquel compañero de ojos azules y lengua barba rubia, conquistar el amor de la doncella.

El había hablado a Anita, y ella había acogido sus palabras con grata sonrisa, pero acaso no le había mirado más que como a un forastero venido de lejana ciudad, una ciudad que conocía vagamente por lo que le habían contado de ella, como una de las ma-

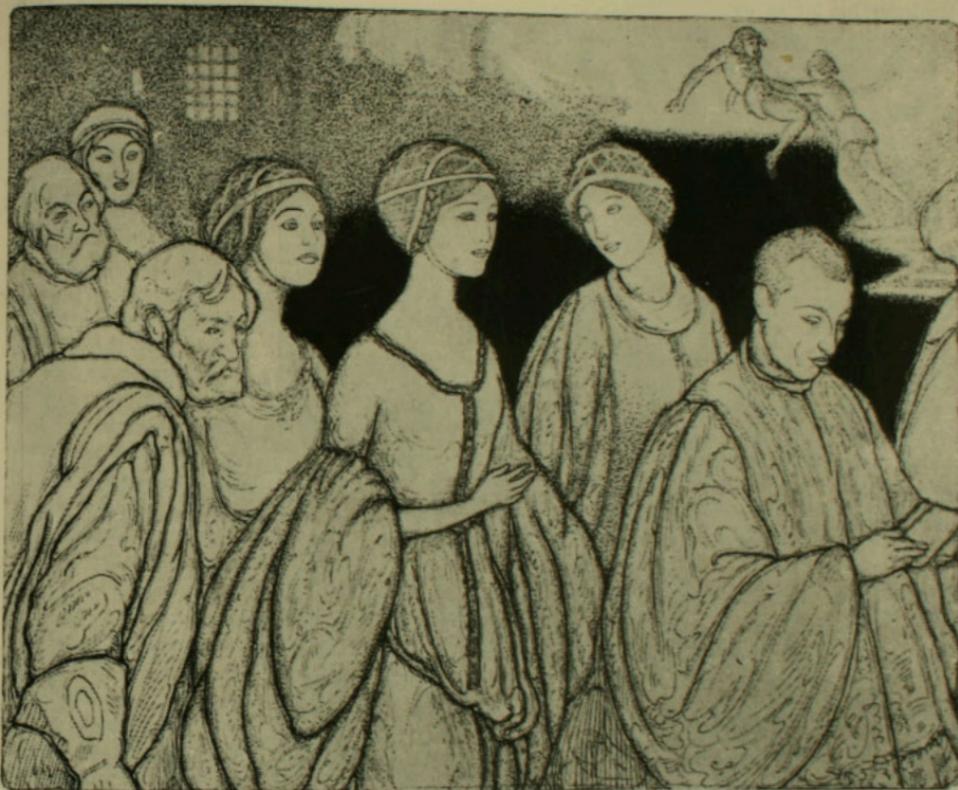
—¡Es cierto que amas a Anita!

Matías se ruborizó al pronto sorprendido de la pregunta, y luego, mirando frente a frente a Juan, respondió sin titubear:

—Lo que dices es verdad. ¿Cómo los has sabido?

—Lo sospechaba.

—¡Maestro, la amo más que a mi vida! La



ravillas del mundo, llena de palacios gigantes y de templos cuyas agujas atraviesan el cielo.

Mientras trabajaba, Juan se preguntaba a sí mismo, si le sería posible soportar la vida lejos de la mujer que tan de improviso se le había atravesado en su camino, y pensaba que la amaría hasta la muerte.

Un día que se hallaba con Matías amasando la arcilla y la tierra que habían de servir para hacer el molde de la campana, levantó Juan bruscamente la cabeza y dijo:

—¡Matías!

—¿Qué queréis, maestro?

adoro como si fuera una santa que hubiera descendido a la tierra...

Juan se puso horriblemente pálido, y Matías al verle sintió pena y le echó una mirada compasiva.

Por entonces no hablaron más. Solos en el pozo, donde más tarde había de precipitarse el metal derretido; solos en aquel hoyo que parecía cubrirlo un trozo azul del cielo, se miraban uno a otro como dos fieras.

Matías había comprendido que su compañero era su rival.

—¿La amas tú también? preguntó.

—Sí, replicó Juan; la amamos los dos.

Y volvieron a quedarse en silencio.

En aquel instante sonaron sobre sus cabezas las argentinas notas de la canción de la doncella, pero al oírlas esta vez, los dos compañeros sintieron un estremecimiento de dolor.

—¡A trabajar! exclamó Juan ásperamente.

Y ambos reanudaron su labor, y acabaron la tarea sin volver a desplegar los labios en todo el día.

Por fin llegó el tiempo señalado por el señor de Pomerolles y el abad para fundir la "Rosamunda". Al amanecer sería transformado el ardiente metal.

Toda la noche anterior estuvieron ardiendo los enrojecidos hornos, y elevando al cielo negras nubes de humo. Solos ante el vórtice, Juan y Matías cuidaban del metal en fusión.

Se acercaba el momento de que la hirviente catarata se precipitase en el pozo moldeado para recibirla.

Al romper el día, sonarían las trompetas en la plaza de armas del castillo, y ante el señor de Pomerolles y sus vasallos, con los atavíos de fiesta, ante los monjes entonando cánticos y el abad elevando plegarias al

cielo, la corriente de lava incandescente seguiría el curso trazado y quedaría hecha la "Rosamunda".

Veinte mil libras de metal bullían en la caldera y sobre aquel volcán se detuvo Matías observando silenciosamente el color que tomaba el estaño y el cobre bajo la acción permanente del fuego de turba y de leña, constantemente renovado.

Cerca de él se hallaba Juan, el cual se detuvo a su vez, para examinar el líquido metal.

En aquel momento Matías silbó una canción.

Juan se volvió hacia él con los ojos centelleantes de furor.

Su compañero silbaba la canción de Anita.

En el mismo instante perdió Juan toda la conciencia de la realidad, se extendió un velo ante su vista, le mordieron el corazón celos horribles, y cogiendo a su compañero por el cuerpo lo arrojó al cráter que se abría a sus pies.

Matías no tuvo tiempo de defenderse, ni de darse cuenta siquiera de la agresión. Sólo pudo gritar:

—¡Socorro! ¡Juan!

Y desapareció en el metal derretido. Sólo una llamarada azul que brotó del centro del terrible volcán, indicó el sitio donde se había disuelto en aquel instante su cuerpo.

Algunos meses después, honrado y recompensado por la perfecta fundición de la "Rosamunda", Juan se casaba con Anita, y el señor de Pomerolles le hacía quedarse en el castillo como maestro fundidor. Juan era feliz en su nuevo estado, porque su corazón henchido de amor, no se veía asaltado por los remordi-

mientos. Nadie había sospechado el fin de Matías. Su desaparición inexplicable en un tiempo habíase olvidado.

Pasaron algunos meses, y ante el abad y el señor de Pomerolles, fué puesta la "Rosamunda" en el campanario de la abadía, con grandes pompas y ceremonias religiosas.

Entre los asistentes al solemne acto, se hallaba Juan contemplando su trabajo. La enorme campana relucía destacándose sobre ella las inscripciones latinas y el Redentor crucificado. Juan entonces se acordó de Ma-



tias. ¡Todo lo que había sido su compañero dormía allí, aprisionado eternamente en aquella armadura de bronce!

Juan cerró los ojos, tratando de apartar de su mente los recuerdos, y estrechó entre sus brazos a Anita, la cual le devolvió tierna-

Juan bajaron del cerro para dirigirse a un pequeño bosque próximo al castillo y sentarse a la sombra de los árboles junto a un lago en el que se mecían muchos cisnes blancos como la nieve, propiedad del señor de Pemerolles.



mente el abrazo, porque había comprendido todo el amor que aquel hombre sentía por ella, y también empezaba a amarle, a pesar de sus toscos modales y de su rudeza.

Perdidos entre la multitud de aldeanos que se agolpaba en torno de la abadía, Anita y

Y aquella tarde luminosa, cuando el sol proyectaba sus rayos sobre el suave césped atravesando trabajosamente las temblorosas hojas de los árboles, Juan dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Anita y empezó a dormir, mientras su esposa se entretenía

arrancando florecillas silvestres que tenía al alcance de la mano, tarareando su canción. De repente retumbó en los valles el sonido más extraño y armónico que jamás había agitado los aires de aquella parte del país; el monasterio hacía escuchar al pueblo los primeros toques de su nueva campana. Anita hizo piadosamente la señal de la cruz; pero Juan se puso de pie bruscamente con los ojos extraviados, abierta la boca y en el semblante pintado el más indecible terror.

Mezcladas con las sonoras notas del metal, oía la voz de Matías que repetía:

—¡Socorro! ¡Juan!

Toda la tarde repicó la campana en señal de júbilo y toda la tarde estuvo sonando en los oídos de Juan el grito supremo de su compañero:

—¡Socorro! ¡Juan!

Cada día que pasaba era un nuevo martirio para Juan. Las primeras campanadas del alba repetían las palabras de Matías, haciendo saltar del lecho a su compañero. A la hora de la consagración, Juan se tapaba los oídos, porque siempre el sonido de la "Rosamunda" repetía de un modo lúgubre, implacable, el grito desesperado:

—¡Socorro! ¡Juan!

En vano intentaba hallar el olvido fundiendo culebrinas y bombardas para el señor de Pomerolles o forjando el hierro chispeante sobre el yunque; la voz de la "Rosamunda" resonaba constantemente en sus oídos.

¡La vida era imposible en aquella situación! Juan debía desterrarse, abandonar aquel país, volverse a la gran ciudad, huir de la siniestra voz de la muerte.

¡Y sin embargo, todo era una alucinación! Matías no podía hablar!

Juan era valiente! Siempre había sido

audaz. Desafiaria a aquella campana que lo mortificaba.

Una noche el señor de Pomerolles tuvo la desgracia de perder el más pequeño de sus hijos, y todos los vasallos se cubrieron de luto.

El clamoreo sepulcral sonaba lentamente.

—¡Socorro! ¡Juan! sollozaba la campana.

Con la cabeza descubierta, el paso incierto, y como arrastrado por una fuerza invisible, Juan subió al cerro y llegó al monasterio, pidiendo al padre campanero que le permitiese subir al campanario, en lo alto del cual se balanceaba lentamente la campana.

El padre campanero, estupefacto, le vió subir, pálido como un espectro, por la alta escalera.

—¡Por qué te escondes? ¡Dónde estás! gritó Juan queriendo dominar el atronador sonido de la "Rosamunda".

¡No te tengo miedo! ¡Asómate, asómate si te atreves!

Juan seguía subiendo mientras la campana doblaba incesantemente, haciendo oscilar de un lado a otro el negro badajo semejante a una inmensa lágrima.

Al llegar a la altura de la "Rosamunda", se inclinó hacia ella, gesticulando y amenazándola con el puño cerrado... inconsciente de lo que hacía... loco...

De repente, el monje vió el peligro, pero no pudo contener el vuelo de la colosal "Rosamunda".

—¡Cuidado! gritó.

Era demasiado tarde.

En su locura, deseando ver si era realmente o no la voz de Matías la que llegaba a sus oídos, Juan había adelantado la cabeza para escuchar, y el monstruo de bronce le había destrozado el cráneo.



Recordemos "Santiago Antiguo"

Por

FERNANDO BRUNER PRIETO

Ha venido a nuestras manos, por fin, el álbum de "Santiago Antiguo".

Seis meses y algunos días han pasado desde que esas escenas tuvieron vida y nos preocuparon de verdad. Esos retratos reunidos eran una promesa, y los esperábamos, porque venían a inmortalizar una ilusión desvanecida.

Saltemos hacia atrás seis meses y algunos días y... recordemos. Recordemos, sí, y conveengamos que no todo se ha borrado; que aún pueden volver esas escenas y presentarse bajo las mismas imágenes, no con esa fluidez original que a todos nos conmovió, pero sí como un rumor lejano asociado a cosas bellas, buenas y magníficas. ¡Es tan agradable recordar!

Como la música es un alambre transmisor de los recuerdos, pensemos en el Andante de Haydn seguido de su minueto y estaremos a no dudarlo en el "Estrado".

Fijemos la vista en la abuelita, esa auténtica abuelita afable y arrebujaada en terciopelos y encajes, ocupando con derecho gran parte de la tarima. Llegan los invitados, y Anita del Campo de Larraín, con distinción y soltura inimitables, los recibe y agasaja. Se diría una reencarnación de la Colonia.

Pasar en revista a invitantes e invitados sería objeto de una crónica. Bástenos recordar a Teresa García Huidobro, Raquel Besa Montt, Paulina Castillo, etc., lujosas y desenvueltas como todas y en pleno siglo XVIII. Hace su entrada Victoria Echenique produciendo hilaridad en su gracioso rol de huasa esquiva y desconfiada. El "Estrado" está completo y las visitas han llegado haciendo inclinaciones solemnes y pausadas. Todo tiene vida y colorido.

El mate y las mistelas pasan de mano en

mano, y María Montes que hace de criada, vestida de percal, con sus cabellos trenzados, brinda una bandeja de plata colmada de coronillas.

Sigamos recordando esas escenas de bastidores, ese pintoresco desorden en que alternaban damas y caballeros de tres épocas distantes. Y ese camarín-museo, despensa y ropero a la vez, cuartel general donde todos acudían sin ser llamados y cuya clausura fué un mito. Conversaciones ingeniosas, carnavalesco delicioso, emociones extrañas que nunca volveréis...

Julio Reyes empuña su vigorosa batuta y la sinfonía de Mozart llena el teatro. Y



con esto el "Tajamar", feria admirable con su farándula de vendedores y su clásica ramada. Y allá arriba, en constante ir y venir, las damas con diminutas sombrillas, sosteniendo sus tocados con elevadas peinetas; y los estrados caballeros con sombreros hebillados y pecheras historiadas. ¡Qué riqueza de colores y de trajes!

Un birlocho hace su entrada y Emilianita Concha descende radiante y atrayendo las miradas. Otro conduce a Sofía Barceló, y a Carmen Subereaseaux, y a Olga Edwards etc., en medio del asombro de los huasos con vistosas mantas y sus espuelas de plata.

Las cuecas no se hacen esperar, y Carlos

Ossa Prieto hace la alegría general por su gracia y su disfraz.

Las damas empiezan a retirarse poco a poco y la escena toma ese sabor criollo que retrata a nuestro pueblo.

En la ramada están Delfina Montt, Rosita Subercaseaux, Marta Grez, Marta Balmaceda y tantas otras que con acento triste y sonoro cantan "no verte y quererte tanto"... Y con el crepúsculo el **Angelus**, y con el **Angelus** cuatro o seis beatas disparadas que ni siquiera oyen el último lamnento de las cantoras: "no verte y quererte tanto, es para mí un gran tormento."

Pasa el sereno, e invocando a la Virgen nos dice que son las nueve; y luego un tortillero, tortillero de verdad, se impone con su grito, y el eco lejano de su canto, mantiene al teatro en un silencio profundo hasta que cae el telón.

¿No es verdad que hojeando el álbum de "Zig-Zag" recordaremos todo esto con cariño?

El "Sarao" fué la fiesta de la danza, de la distinción y de la luz. Parecía una corte del Imperio.

El minuet de don Juan, inicia el baile con su danza noble y reposada; luego Dardanus de Rameau, en su Rigaudon con reminiscencias de fuga, nos guía diez apuestas parejas que hacen sin dificultad complicadas figuras. Termina el "Sarao" con la

gavotte de Lully, danza delicada y de música sentimental, interpretada con finura y elegancia. Nombrar parejas sería nombrarlas todas, pues todas olvidaron los bruscos movimientos del baile moderno, para encarnar en los antiguos la moderación y señoría que les son peculiares.

"Santiago Antiguo" nos recordará también a una dama distinguida, dueña casi del torneo, la señora Mercedes Correa de Echeñique, en cuya casa nació y tuvo forma—por su gran corazón y actividad—la más completa y lucida fiesta social de piedad cristiana.

Otras damas y otros caballeros tuvieron actuación importante en la parte artística y organizadora, pero, ¿a quién se le vió en todo y por todo, solícito y abnegado, como a Marcos García Huidobro a que todo lo veía y dirigía?

"Santiago Antiguo" pasó como pasan todas las cosas... La Empresa "Zig-Zag" nos lo recordará en su Album que todo lo ha anotado, y estas descoloridas líneas sólo serán como un último saludo a esa fiesta retrospectiva, social e histórica que nos habló del pasado santiaguino. Para los que actuaron, el Album será la imagen de una época sin encarnación de personas; para los que vengan, será el recuerdo de sus padres y abuelos que allí se conocieron, que allí están retratados, y que tal vez allí comprendieron sus destinos en la vida...



California y su pasado

Por

ERNESTO MONTENEGRO

(Especial para "Pacífico Magazine")

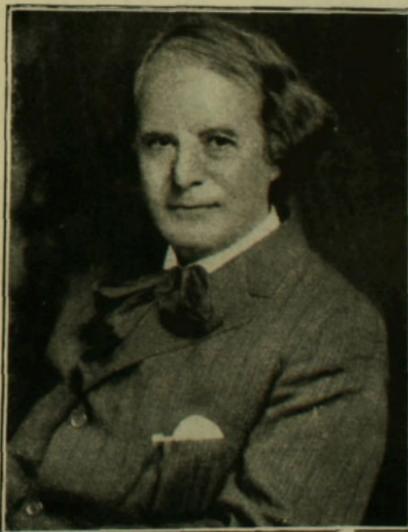
Con ilustraciones fotográficas

Río arriba—o río adentro, diré más bien, pues éste en nada se parece a nuestro correntoso Aconcagua—me voy a ver la California del Sacramento y del San Joaquín, donde Marshall descubrió el oro, adonde acudieron como tantos otros los aventureros chilenos del año 50: allí donde Bret-Harte creó sus personajes, rudos y sensitivos a la vez, y donde Pérez-Rosales vivió uno de los más azarosos tiempos de su vida. He dejado ver mi secreto; confesaré ahora que mi deseo de conocer estas tierras, tenía poco que ver con la Exposición y sus flamantes maravillas. Con una aspiración que sólo comprenderán a aquellos que se hayan sentido emocionados al tocar la piedra roída de los viejos monumentos, yo quería pisar las huellas de los buscadores de oro y seguir por los caminos de la sierra que fueron testigos de sus aventuras, a los héroes igualmente animados de la historia y de la leyenda.

La ilusión románti-

ca, que no es una expresión inventada en 1830, sino un sentimiento tan antiguo como el mundo, fué causa de que prefiriera el vapor al tren a pesar de su lentitud. Pero así fué cómo nuestro aventurero californés (don Vicente) ganó las orillas del Sacramento a la altura de Sutterville, después de días y noches de bregar con las corrientes y los remolinos, en un lanchón a la vela, con el capitán borracho, y tan estrechos de espacio que iban peores que sardinas—"porque siquiera las sardinas van acostadas"—como él observa.

Con el fresco de la mañana nuestro vapor de rueda navega bahía adentro; antes de medio día hemos cruzado la ensenada de San Pablo, ancha y quieta como una laguna, y pasamos el canal que comunica con el seno donde se juntan definitivamente los dos grandes ríos. Un ferry-boat cruza llevando un tren con locomotora y todo, mientras los cables de un andarivel hacen resbalar de las alturas de



El conocido escritor Elbert Hublart

una a otra orilla la carga de las bodegas que bordean las márgenes.

A lo largo de toda la ruta sigue esta mezcla de detalles de la naturaleza y de la industria, que hablan de un paisaje irremediablemente conquistado por el hombre moderno. Las costas bajas se disimulan entre matorrales que el oleaje de la marcha remece furiosamente; en los campos perducos comienza la cosecha, y resaltan aquí y allá *lomajes dorados* con el barbecho de los trigales.

Entramos por uno de los canales de la de-



Diana moderna

recha del río, para comenzar en seguida una navegación indecisa, en que el cauce parece emprender la vuelta hacia su origen, o rompiendo las tierras de sus márgenes extiende uno de sus brazos en dirección a su confluente, como un mensaje que se anticipa al abrazo de la unión definitiva. Al llegar la noche avistamos las luces de Sacramento. El sol ha comenzado a ocultarse a proa de la embarcación, pero a una rápida contorsión del río, los vemos hundirse a popa, evocando en sus últimos momentos a flor de agua todo el pasado de esta tierra: oro y sangre que tiembla a reta-

zos en la corriente lívida y pronto se diluye en la obscuridad. Los auces y los álamos de la orilla, recortándose en la luz vespéral, me recuerdan otros viajes; un crepúsculo como éste en el río Cruces, navegando de regreso a Valdivia, después de una fiesta medio religiosa y medio pagana en el pueblecito de Puna-capa. Las lanchas pasaban cerca de nosotros, repletas de borrachos que cantaban desafinadamente. Y la serenidad de esta hora sufría con los ecos destemplados que iban a herir el seno de la montaña salvaje.

Aquí también venimos a sentir el silbato de los trenes, que después de los alambres telegráficos que cruzan las landas y de las bombas que sorben el agua del río, acaban de ahuyentar los recuerdos de otros viajes por el Sacramento. (¿Qué sentirá el lector de "Las mil y una noche" que al desembarcar en las tierras de Oriente, oiga la voz del moderno muezzin que grita: "Los viajeros para Bagdad y Samarcanda, al tren!").

Sacramento y Fuerte Sutter.—Es la capital de California, vieja de sesenta y seis años justos, que luce ahora con todo el esplendor de una iluminación eléctrica ostentosa para nuestro criterio de sud-americanos. Las calles son anchas, bulevares bordeados de pinos y acacias, bajo los cuales los vecinos pasean a esta hora para desquitarse del calor del día. De la población improvisada por los proveedores y tahures del Descubrimiento, no queda nada, absolutamente nada—salvo los chirros. Con ellos se eterniza el aspecto repelente del barrio nor-este: las casuchas tras cuyos tabiques se siente el llamado de las fichas de juego; los pasadizos en rampa que tal vez conducen a un fumadero de opio subterráneo, o a una de esas posadas nocturnas donde se amontonan los huéspedes bastante ricos para pagar los cinco centavos del camastro; y pasamos, por último, frente a esas tiendecillas no más anchas que un closset, donde lucen las baratijas menos vendibles y los manjares de aspecto más repugnante.

Queda, además, la Catedral católica, una construcción enorme y desierta. El visitante considera la situación de estos monumentos de pasado, erigidos por la generosidad de las familias mexicanas que poseyeron el territorio californés. Mientras los herederos de esas fortunas se han dispersado o las han perdido en la lucha con el intruso, no ha ido quedando sino una que otra devota, como estas tres o cuatro que ahora se arrodillan bajo la nave in-

mensa, más bien meditando en los tiempos idos que en sus deberes religiosos. A la media luz de los altos ventanales, descubro una Virgen de Rafael. "Fece a' monaci neri di San Sisto in Piacenza, la tavola dello altar maggiore, dentrovi, la nostra Donna con San Sisto e Santa Bárbara, cosa veramente rarissima e singolare"—como dice el crítico Vasari.

Antes de salir de la ciudad voy a visitar el Capitolio, por consejo de un funcionario del Estado. Y mientras subo los ascensores que llevan hasta la cúpula, no puedo menos que preguntarme con alarma, ¿qué va a ser de los Estados Unidos y sus colonias, si cada capital de sus Estados se cree en el deber de imitar a Capitolio de Washington? Con los que ya conozco de cerca o de lejos, me figuro que hay una regular colección en todos los tamaños y materiales, como en las tiendas de curiosidades.

Una familia tan numerosa como una tribu sube al mismo tiempo que yo. Las niñas están seguras de sufrir vahidos al mirar desde tanta altura... y por lo mismo se apresuran a llegar arriba. La escalera sube en líneas quebradas por la pared interior de la cúpula, y ya cerca de la torrecilla trepa en vertiginosa espiral. Las intrépidas americanas se asoman con precaución a la ventana, y se desahogan en un suspiro de satisfacción. El vientre monstruoso de la cúpula detiene la mirada e impide apreciar la distancia vertical hasta el suelo. Y como un efecto inevitable de la marcha por las escaleras en espiral, hemos perdido enteramente la distancia.

—¿Dónde está el río? pregunta una.—¿Y el hotel? propone otra.

Los árboles en grupos o aislados se reparten la ciudad y sus contornos. El sol está sobre nuestra cabeza, y del río no se ve sino un recodo de agua inmóvil, que bien podría ser un estanque. En el parque del Capitolio hay gentes tendidas en los prados y jóvenes que repasan sus lecciones a la sombra de los árboles tropicales. Toda la ciudad parece un parque poblado de pabellones. Pero allí donde las casas se detienen, comienza la llanura vacía, rasa y amarillenta bajo el sol.

Los socios.—En el extremo oriente de la ciudad, el Fuerte Sutter aparece remozado por el tardío reconocimiento de los ciudadanos. ¡Extraña suerte la de aquel hombre! Destino contradictorio y sarcástico. Después de formar al indio y al suelo californés, iba a ser derrotado por el esplendor yanqui; y debía

contribuir al descubrimiento de un tesoro que marcaría el comienzo de su ruina. Juan Sutter, suizo de origen, oficial mercenario en Francia hasta la revolución de julio y más tarde colono en el Missouri, emigró a California en 1837 y obtuvo aquí un feudo por gracia del Gobierno mexicano.

Al año siguiente Sutter había edificado este fuerte, cerca de la confluencia del río Americano y del Sacramento. Tal como ha sido reconstruido, pudo resitir muy bien las rebe-



El conquistador

licnes de los indios, con su muro de adobe, los bastiones defendidos por culebrinas y la puerta flanqueada por cureñas. Veo el escritorio de Sutter ahora convertido en museo, y esto deja la impresión de una existencia patriarcal, aunque ruda y azarosa. De la pared cuelga un reloj de caja incrustada conchas de colores, como entre los aldeanos suizos o de la Selva Negra. La mesa es de robusto armazón, y debió servir de mostrador, escritorio y tribunal. Recorro la destilería, el almacén y otras dependencias. Al abrigo de un galpón se conservan dos diligencias de la época. La caja se

apoya sobre recios sostenes de cuero; y se piensa con cierta conmiseración en el zangoloteo de los viajeros y en los gritos de horror de las damas de aventura, mientras Yuba-Bill desgarraba sus juramentos y sus fustazos al borde de los torrentes invadibles.

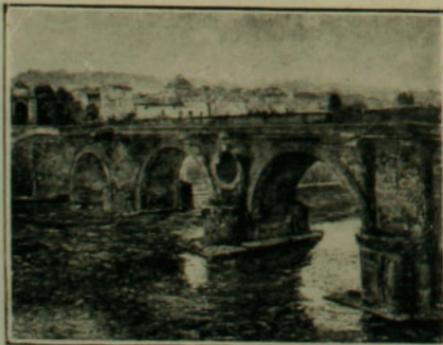


La procesión en la laguna

Aquí fué donde una mañana de enero de 1848, se presentó el asociado de Sutter, Marshall, solicitando ver a solas a su patrón. Ambos habían convenido en establecer un aserradero en Coloma, y de allá venía el socio después de recorrer a revienta cinchas las 45 millas que lo separaban de su principal. Nervioso, irritable y con todas las trazas de no haber dormido en mucho tiempo, cierra las puertas tras de sí, y se vuelve a interrogar: —¿Estamos solos?— Ciertamente.— Bueno; primero quiero dos vasos de agua. Los bebe uno tras otro.—Ahora deme un trozo de lienzo, alambre y un pedazo de tabla.—¿Para qué todo eso? — Para hacer una balanza.

Siempre calmoso, Sutter espera sin inquietarse. Cuando Marshall tuvo todo listo, sacó del cinturón un envoltorio, y después de gran que hacer con nudos y ataduras, un terrón dorado y macizo.—Me parece que ésto es oro —siguió diciendo atropelladamente;—pero en la barraca no me han creído. Después de algunos días de indecisión, resolví venir a consultar con usted.

Sutter es persona de estudio tanto como de acción. Recuerda que tiene en su escritorio una Enciclopedia, y se instruye en las características del metal precioso; su densidad, su maleabilidad. Ponen el terrón misterioso en la balanza, le dan por contrapeso igual volumen en plata, y anotan la diferencia.



El puente de Sixto en Roma

Por último le aplican el agua regia. ¡No hay duda! Es oro. El análisis ha sido ejecutado en el mayor silencio. Al fin Marshall exclama: —¡Me parece que ésto es oro fino!

Sutter calla obstinadamente. Parece que un desagradable presentimiento le impide acompañar á su socio en su regocijo. Siempre pensativo,

promete una visita a Coloma y exige del gárrulo Marshall la promesa de guardar el secreto del descubrimiento. Sin acordarse de la comida, bajo la lluvia helada de ese día de invierno, Marshall vuelve a Coloma inmediatamente.

El plan de Sutter fracasa por culpa de la indiscreción de un tercero. ¿Quién fué ella? La cocinera de la barraca, que contó el secreto a su proveedor. Luego desertan los peones del aserradero y de la hacienda. La voz sonora salva las distancias como un chasquido eléctrico. Y aquel colonizador que soñaba con un feudo pastoril y bucólico, vió desiertos sus campos y fracasado el plan de la ciudad de Sutterville ante la competencia de la improvisada fractoría de Sacramento. Sus reclamos se estrellan en la ley de hierro de la California de aquellos tiempos, y reemigrado al Este para apoyar sus reclamos, murió de miserias y de quebrantos en 1875.

Mientras tanto, el alerta había llegado a San Francisco, corría por todo el litoral, y antes que ningún correo pudiera llevar la buena nueva, repetía en las praderas del Missouri, en los muelles de Europa, y circulaba como una leyenda hecha realidad hasta en las pláticas de nuestros mineros, en torno de las fogatas de la merienda.

Al primer rumor, el editor del "Monte-rey Californian" es-

cribió un sesudo artículo en que probaba con multitud de razones el absurdo de la fe en un descubrimiento que había escapado a la posesión de los españoles, dueños de esta tierra por espacio de dos siglos. Pero cuando los tipógrafos se fueron a las minas después de componer aquella discreta admonición, el editor creyó lo más natural seguir las huellas de los recalitrantes.

Los buques llegados a San Francisco en número de más de trescientos en el primer año, quedaban pudriéndose en la playa, abandonados por su tripulación. Y la caravana caminaba sin descanso en dirección a las sierras: delante iba el oregonés armado como un cazador y dispuesto a la violencia siempre que tuviera probabilidades de vencer; seguía el mexicano, indolente, envuelto en su sarape, y detrás el chino, con sus sacos de arroz balanceándose de los extremos de un palo.

Placerville, 3 de septiembre

Molido por la excursión de esta mañana, pero con la cabeza llena de las imágenes del día, escribo estas líneas en una pequeña habitación de la Ohio-house—el Wolf-Astaria del pueblecito. Mi peregrinación profana se ha realizado en compañía de un periodista americano que viaja por la California romántica para el beneficio de un Magazine de Nueva York. Le ví por primera vez esta madrugada a la puerta del hotel, enfundado en sus polainas y en la cazadora, como un paraguas de doble mango. Rojizo, de barbilla recia y en punta, remeda a don Quijote disfrazado de Mefisto.

Nuestra breve camaradería nació de la coincidencia de ser ambos los únicos viajeros que deseaban un carruaje cualquiera "para visitar el punto donde se descubrió la primera pepita". Apenas subimos al auto, saca un plano, lo extiende sobre el respaldo del asiento delantero y se pone a estudiar la región en el mapa. Así ha recorrido casi toda California, desde Trinidad hasta San Diego. Pero no hay que engañarse; después de



El arco de los pueblos de occidente

asegurarse de la corrección topográfica, saca un libro, "En el país de Bret-Harte", y comprueba esta otra verdad: que no queda absolutamente nada del pasado. Dos generaciones de hombres sin miedo y sin escrúpulos, sus trabajos, sus viviendas; las camisas rojas y las barbas hirsutas, las caravanas vagabundas, todo, todo se ha ido!

Es cierto, aún que algo queda: la sierra.

Su belleza agreste, peinada a trechos por el cultivo, se extiende como un manto de esmeralda caprichosamente abullonado, de la cordillera al llano. El camino sigue por cuevas y barrancas, bordea aquí una viña, atraviesa poco más allá el lecho de un torrente, seco ahora. Quintas con chalets de ese estilo transportable y estrechos como cubiles, pueblan los lomajes de unas suaves pendientes. Las arpillas brincan a nuestro paso, echándose a la espalda la pesada cola de su traje de recepción. Un calor de hornilla se refracta desde los cerros y reseca el aire encerrado en esta profunda garganta, por cuyo fondo corre el South Fork. (Ah, la sonrisa cínica de John Hamlin y las proezas de Jovital) Sólo allí donde la vegetación es más espesa, nos alcanza el soplo de las hondonadas, fresco y spacible como el aliento de un niño dormido.

Al borde del camino aparecen los primeros rastros de la caza del oro. Son los pisados, aquellos *pockets* de donde uno sacaba una fortuna, y donde otro venía a enterrar la suya, al ahondar inútilmente en busca del alcance. El agua del riego corre ahora por los acueductos del antiguo lavadero.

Hemos tardado una hora en recorrer las ocho millas del trayecto, cuando avistamos el monumento de Marshall en la cabecera de una colina que mira al río. El Juan Godoy de California, que, como el otro, murió de abandono propio y ajeno, tiene una estatua que no ha ocasionado ninguna revolución en el arte, pero que cuesta buenos miles de pesos. La figura demasiado pequeña para tan eminente pedestal, muestra en una mano su hallazgo y con la otra señala el sitio en que lo descubrió. Un jardín rodea el monumento, y un viejo minero y un perro cuidan de él.

Nuestro guía nos lleva al extremo de la colina e indica con el dedo el punto preciso donde Marshall tropezó con el tesoro. Y como mi compañero no distingue nada, a causa de sus lentes, de seguro, lo conduce junto a una cruz que apunta con su trasvesaño hacia la orilla del agua, allí donde una bandera blanca se bate entre los matorrales. Del otro lado del río, no hay faldeo que no esté picado, arañado, removido hasta las entrañas, por la arsiosa rebusca del oro que siguió al descubrimiento. Una calma de siesta flota sobre los campos.

Es éste el sitio, pero no el momento, que

Joaquín Miller describe en su oda "Joaquín Murieta, el bandido mexicano":

Y loof, along each gaping gorge
y hear a thousand sounding strokes,
like gianto rending giant oaks,
or brawny Vulcan his forge."

El viejo guardián descansa tranquilamente a la sombra del monumento, y nos habla del héroe, a quien conoció, según dice:—Nunca fué el pobre hombre muy juicioso. Aunque tenía habilidad en muchos oficios, no aprovechaba en ninguno por su carácter inestable y su ánimo tornadizo. Nunca se ha tenido por muy segura la fecha del descubrimiento, pues Marshall tardó algunos días en darse cuenta de la realidad, y cada vez que se le pagaba algunas copas porque contara su caso, había de corregir o añadir algún detalle. Al comienzo de la explotación, pudo cobrar algunas contribuciones de los intrusos quien invadieron su campo; después se alejó de Coloma y se dedicó a cuidar una viña, por la cual sentía constante predilección. El año 79 reaparece en las poblaciones mineras dando conferencias sobre el descubrimiento, y gasta el producto de la entrada con su corte de parásitos. Del 72 al 76 el Estado pagó una pensión, que al último suspendió con grandes protestas de los taberneros del distrito.

—La verdad es que el *old-boy* (el viejo aññado, como se diría en Chile) tenía poco respeto de sí mismo, agrega. Y con estas palabras, a manera de responso, el cuidador del monumento termina el capítulo de la vida del héroe. Más de una vez, en el curso de la narración, yo miraba la estatua de reojo, por temor a verla precipitarse sobre el panegirista.

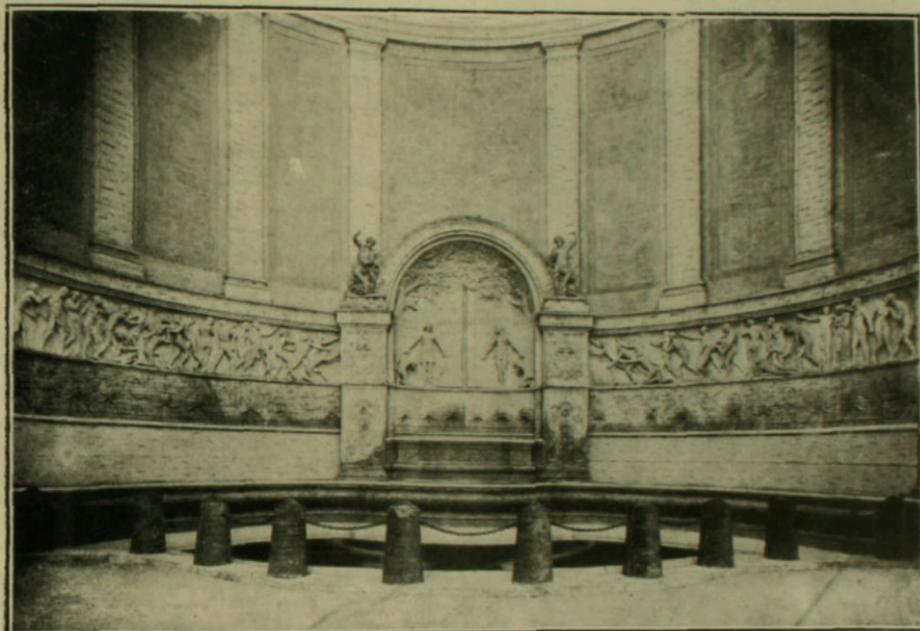
Bajando a Coloma, nos detenemos frente a la casucha de Marshall. Espaciosa, blanca queda con cal, ha sido encerrada en otra cubierta de zinc para preservarla de la intemperie. ¡Pobre viejo bohemio! Aquí lo hallaron muerto una mañana, vestido del sombrero a las botas, como en los preparativos de un viaje. El, como ciertos descubridores de genio, estaba condenado a señalar el camino de la fortuna para que se enriquecieran los más audaces y los duros de corazón.

En el camino hasta el antiguo aserradero, vamos descubriendo algunas casas ruinosas, otras de que no quedan mas que cimientos, y hasta una fachada de piedra pulida, que de-

bió pertenecer a la mansión de un potentado de la época. Para llegar a la banderola que señala el punto mismo del hallazgo, hay que pasar por encima de montones de piedra removida, vuelto a repasar y examinada de nuevo por los que llegaron demasiado tarde. Una culebra que se desentume sobre los guijarros caldeados, me hace recordar la frase de la conseja que se refiere a los monstruos, guardianes de tesoros: "Si están con los ojos cerrados, están despiertos; si tienen los ojos abiertos, están durmiendo!"

del río Yuba al Stanisland fueron estableciéndose los campamentos de aquella cruzada universal, llegada a redimir a nuestro señor el Oro de uno de sus más espléndidos cautiverios.

Pero fué aquí donde comenzó la rústica epopeya. A unas sesenta millas de San Francisco, un río de engañoso caudal, el Americano, se vacía en el Sacramento, en el punto preciso en que éste, viniendo del norte, tuerce resueltamente hacia el poniente y el mar. Hasta allá, las costas son bajas y pantanosas



La fuente de El Dorado

—Y ahora, confesará usted, Mr. Grame, que nosotros también hemos **prospectado** con la punta de un palo, entre la engañosa chisperia del cuarzo del río Americano?... Pero más afortunados que otros, pudimos volvernos sin hallar nada, ni pensar tampoco en un recíproco asesinato.

La iliada rústica

El oro de Coloma fué como la explosión de un incendio. Los más ambiciosos acudieron pronto a otros puntos, donde la fortuna era más duradera. Así fué cómo

y la llanura desierta. Sólo en este sitio comienzan las ondulaciones del terreno que alcanzan más adentro las serranías encajonadas y profundas. Aquí se hace patente la descripción del minero, y cualquiera podría identificar el sitio por sus palabras: "Es un congeñado rincón donde, de octubre a febrero, el sol se niega a bajar hasta el campamento".

Viven bajo carpas, otros se guarnecen en ramadas y muchos duermen en los túneles de sus minas. El oro entresacado de las arenas o de los bancos pedregosos, es purificado en las bateas labradas con los pinos de la montaña. Se duerme con la colecta del día

dentro del cinturón ceñido al cuerpo. Los revólvers y puñales son tan estimados como la herramienta, y hasta en las charlas de sociedad se les acaricia significativamente. Una democracia despreocupada, con todas sus generosidades y apasionamientos de una hora, surge del contacto de tantos individuos conscientes de su fuerza. Uno de aquellos aventureros, Samuel Clemens, conocido más tarde en las letras por el pseudónimo de

la injusticia. Su casta y su raza se aseguran privilegios que excluyen a otros menos fuertes en número, pero "honrados y valientes" como decía Aagazzio en la defensa de nuestros compatriotas.

Sin embargo, su espíritu igualitario se desquita en otras manifestaciones, y así, por ejemplo, se ve el caso de un candidato que pierde la elección porque se le ha visto con camisa de seda y cuello almidonado.

El interés o el capricho de una mayoría, es la ley. Y la ley que gobierna es la de Lynch.—Propongo que es ahorque al acusado sin forma de proceso, dice un ciudadano en cierta ocasión.—Yo pido que se le tome declaración, grita otro.—Bueno, que le tome declaración y que se le ahorque en seguida, dice un tercero en discordia.

En otras circunstancias, la rivalidad lucraña va a decidir de la suerte de un pobre diablo de cuatrero. Como los jueces no se deciden a condenarlo por no estar bastante comprobada la culpabilidad, un patriota, lleno de amor cívico, los decide con estas palabras:—Adviertan que Sonora, un pueblo que no vale lo que el nuestro, ha ahoreado ya a dos bribones, y que nosotros no nos hemos resuelto a lynchar a ninguno todavía!

Nadie esperó conocer los rudimentos de la profesión del minero para lanzarse a la aventura. Es de creer que en todo individuo hay aficiones de cateador. Devaneos de poeta, arranques de la imaginación y sorpresas del azar, todas las emociones fuertes del juego y de la caza, se resumen en el ojeo de la serranía avara de sus tesoros. Es minero de raza el que va mas allá de la ganancia mezquina pero segura, el que arriesga su media pasar por una decisión entre la riqueza o la miseria. Y hasta es posible que algunos mineros prefieran en su profesión las sensaciones de la rebusca al hallazgo de la riqueza misma.

El jugador es el minero degenerado; pero, infortunadamente, con frecuencia están ambos dentro de un mismo individuo. De ahí aquellos caracteres de ambición insaciable y de nervios de acero, que de día recogían oro y de noche lo jugaban en los salones del campamento. Revólvers y puñales mostraban guardia al lado de la pila. En torno a la mesa del pocker, a la bancarrota o al faro, se sentaban nobles arruinados de Europa, abogados que eran cocineros, y catedráticos que lavaban la loza de la posada. Los chinos de larga co-



El filósofo (escultura)

Mark-Twain, describe así a sus contemporáneos:

"Era aquella una resuelta, vigorosa, infatigable población. Era la única población que jamás haya visto el mundo marchar reunida, y como no ha de ver otra vez. Porque, adviértase, era una masa de 200,000 hombres jóvenes; pero no enguantados sietemesinos, sino vigorosa, indomable juventud, rebosante de audacia y energía, y realmente dotada de todo lo que hace florecer una magnífica virilidad".

En la jactancia de su fuerza, pasan fácilmente el débil lindero que separa lo justo de

leta retorcida y de ojos impasibles de ídolo, desplegaban sus dotes maestros en el juego, hurtando a la mirada de todos aquellos hombres ávidos de oro y de violencia, los triunfos que se deslizaban por sus anchas mangas de lustrina.

Por estos mismos valles en un constante ir y venir de buscadores de oro. Unos subían con toda la ansiedad y las indecisiones del recién llegado, mientras que los otros, de paso mas tardío, e irritables en su desaliento, no se dignaban responder a las preguntas de los novicios. En las alturas de la sierra el metal solía abundar más; pero qué erudos inviernos y qué privaciones no se pasaban a veces, teniendo como por sarcasmo un saeco de polvo de oro!

Para otros, la inmensa, la incontable mayoría de los fracasados, la fortuna no llega nunca. La familia muere o se dispersa allí lejos esperando a su salvador, que acá mendiga un salario cualquiera y que ya no vuelve jamás. Sólo los prudentes vuelven, sin más tesoro que el de su experiencia. Y los demás van cayendo al borde del camino:

"Yea Y remember! The still tear
that o'er uncoffined faces fell,
the final, si lent, sad farewell.
God! these are with me all the year!"

La leyenda

Desde los tiempos en que Cortés extendió la conquista hasta el desierto americano, persiguiendo el fantasma de las Siete Ciudades, esta tierra de California irradiaba cierto prestigio legendario. Hay quienes aseguran que los franciscanos conocieron el secreto de sus ríos; pero debió intimidarlos la idea de una avalancha de aventureros sin Dios ni ley, cayendo sobre sus colonias pastoriles. Lo cierto es que los indios que habitaban las tierras ribereñas recogían las arenas de oro de los Dos Ríos y comerciaban con ellas.

Pero la leyenda que mejor cuadra con estas evocaciones románticas, es la que nos pinta a un Descubridor Incógnito que por los cien mil obstáculos que la fortuna pone ante los que no son sus elegidos, muere sin poder llegar hasta ella. Estamos en París, en una noche más o menos tempestuosa. Alguien golpea a la puerta del señor Le Carpentier, pacífico coleccionista de antigüedades y hombre de ciencia. Una especie de mendigo o marinero desertor solicita hablar al burgués, quien lo recibe aconsejado por no sé qué pre-

sentimiento. El solicitante le pasa un trozo de cuarzo que chispea a la luz, y le dice: —Es oro, señor; examinadlo y veréis que digo verdad. Temo que me prendan si voy a cambiarlo al comercio, y os pido que lo toméis por un poco de dinero.

El señor Carpentier le da un napoleón y se guarda el trozo de mineral, hasta el otro día en que comprueba su rica ley. Pero el misterioso vendedor no vuelve a presentarse.

Cuando ha pasado un número suficiente de años, otro desconocido se presenta con un paquete que contiene otros pedazos de cuarzo aurífero. Entre ellos, un papel escrito con



La segadora

pulso temblón, que dice: "Sintiéndome a la muerte, le confío mi secreto, como a la única persona digna de saberlo por la generosidad de su corazón: el país en que hallé este oro, se llama California."

La leyenda sobreviene al descubrimiento y lo agranda hasta proporciones absurdas, que por algún tiempo hacen pensar a los ilusos en la desvalorización del oro. Pero el oro no es nunca tanto como para satisfacer a todos los que lo buscan, y cinco años más tarde, la explotación ha caído en poder de la industria. Hoy lo buscan las dragas, zabullendo sus cubos de acero en el fango de los ríos. Los due-

ños del oro californés trabajan ahora desde sus oficinas de San Francisco o Nueva York, dando las órdenes por teléfono.

Ciertamente que no queda nada: "All is go on!" como decía mi compañero de viaje a cada revuelta del camino. Todo se ha ido! No todo, sin embargo, mientras quede un libro, las narraciones de Bret-Hart.

Los Argonautas

En las montañas del distrito de Calavers, al oriente de Stockton, se conservan los restos de la choza de Jackass-hill, donde un tiempo vivieron juntos Francisco Bret-Harte,

Samuel Clemens y Joaquín Miller. Los tres habían vagado por el país del oro, con la vaga esperanza de despertar un día de millonarios. Pasaron hambre, frío y sufrieron además el cansancio y la rudeza de una labor que no respondía a sus aptitudes. Y sólo cuando se vieron con las manos vacías, comprendieron que el destino no les había enviado a California a juntar un poco de oro, sino a trazar la historia de su época en el lenguaje del arte.

¿Conocéis la rana saltadora del condado

de Calaveras? Es una historia del tiempo de Heródoto. Mark-Twain la oyó en un campamento de California y le dió nueva vida. El jugador que cae en la maula de apostar con todo lo que pilla, y el tramposo que atosiga la rana con municiones para ganar la apuesta, están naturalizados en este país.

De Joaquín Miller no conocemos nada en latino-América. Su poesía ruda y exaltada, como su generosa juventud errante por todos los extremos del mundo, queda en sus poemas y en sus narraciones.

Francisco Bret-Harte era preceptor en Riverside, el Pocker-Flat de 1853. Las minas de los distritos del sur no le han dado más

que esa vaga inquietud de quien, habiendo visto mucho, siente en su alma de artista la necesidad de dar espresión a sus observaciones. Entonces escribe "La suerte de Roaring Camp". Comienza una ruda y obscura brega por el éxito como editor, y aborda al fin San Francisco. Con una pretensión de elegancia en el traje, reservado en su trato y profundamente penetrado del sentido del humour, no debió hallar muy abierto su camino en aquella sociedad precipitada en la busca de la riqueza y reducida a lo elemental en la civilización.

Su pluma se impuso, sin embargo. Sea por lo imprevisto de su arte, que como la varilla

mágica sacaba armonías inesperadas del fiero entrechocar de pasiones en aquella sociedad de aventureros convictos y mujeres infamadas; sea por la inefable melancolía con que su corazón bueno, que todo lo perdona porque todo lo comprende, difunde sobre el agreste escenario de sus tragedias, es lo cierto que la reputación del narrador californés pasó luego las fronteras con el anuncio de un nuevo hallazgo, esta vez para la literatura.

Así fueron apareciendo en el mundo como criaturas vivien-

tes la ingenua Miss, la muchacha apasionada y sincera; Miggles, que se sacrifica sin alarde porque, verdadera mujer, siente la abnegación imperativa como una voz de sus entrañas; el estoico John Oakhurst, que da expresión a su heroísmo en su jerga habitual de taurino; el sentimiento casi animal de la amistad en el socio de Tennessee, y la conquista de todo un campamento de temibles mineros, por el hijo huérfano de una desgraciada. Los pastores que encubren su sequedad espiritual con citas del evangelio, los periodistas lugareños de ampulosa fraseología y todo aquel pequeño mundo con sus fuertes pasiones y sus generosidades grus-

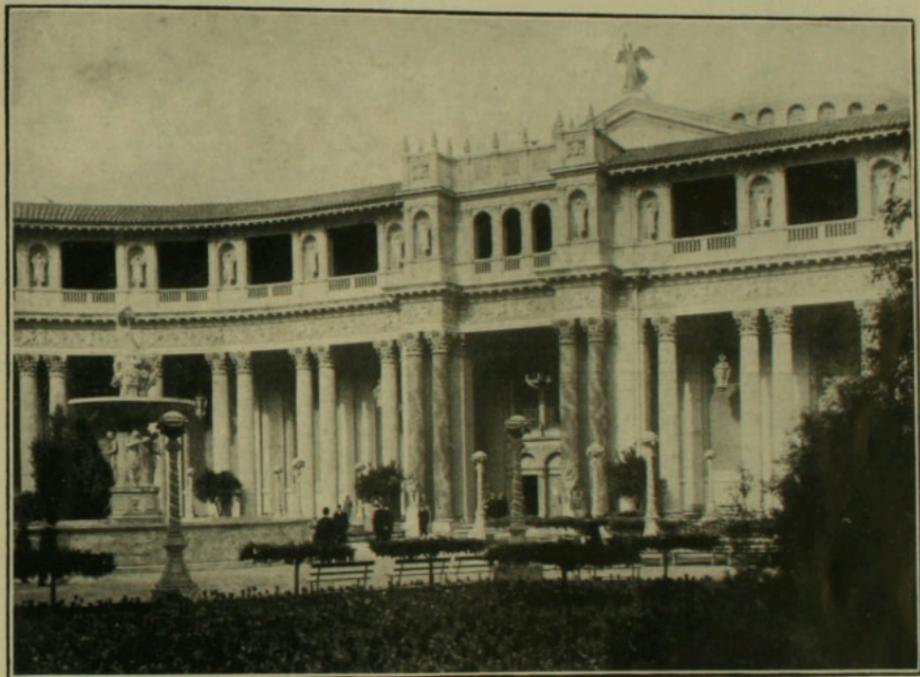


Sático y Vacante

cas como sus instintos, quedó para la vida permanente del arte mientras todo lo que hacía el orgullo y la fuerza de aquellas gentes iba cediendo al progreso y a la rutina.

En vano se busca en la montaña, boscosa como entonces y en el río, turbulento como siempre: no queda nada aquí tampoco. No queda más que esta feble casucha, junto al puente de hierro de una obra moderna. Y en torno de esta choza han debido agitarse las primeras visiones de aquella caravana de

¿Dónde está el monumento dedicado a Bret-Harte? Nadie podría decírmelo. Muchos ignoran quién fué ese mister. Ah, la verdad es que el californés no guarda una memoria grata de él. Los estadísticos y los geógrafos se echan en cara que desfiguró la realidad. Así le ocurre siempre a todo el que interpreta la realidad a su manera, es decir, a quien hace obra de arte, allí donde no hay más que artesanos y funcionarios públicos. Sin negarse a ver lo que hay de artificioso y de convencio-



El patio de las flores

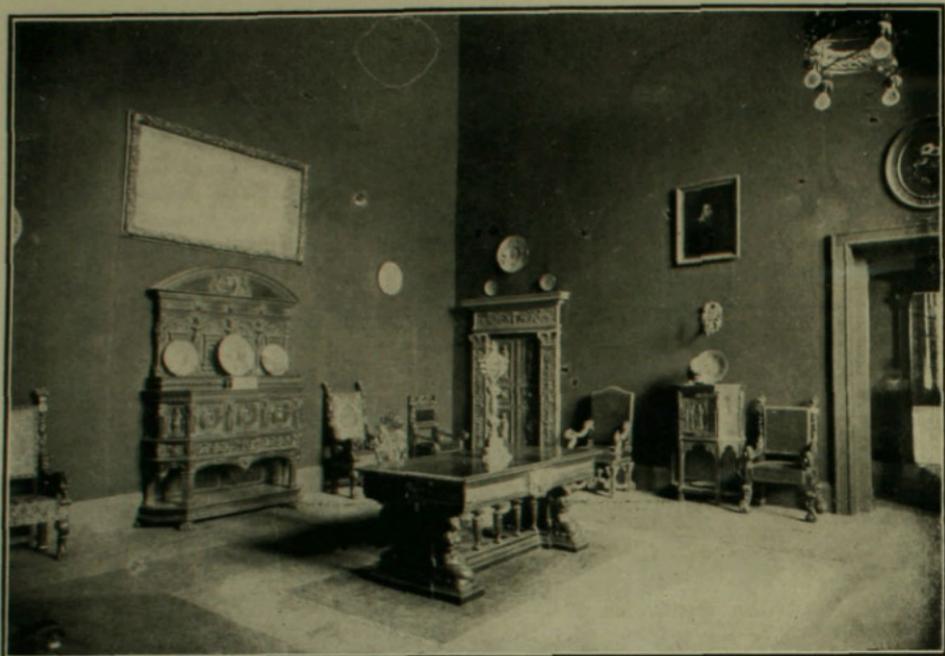
hombres, mujeres y niños que pasan a lo largo de las páginas de un libro diciendo sus secretas ansias de bien, sus ocultas generosidades en un lenguaje cordial y patético.

La vida, que suele penar las vocaciones con la esclavitud de una obligación, amarró a Bret-Harte en el banco de la galera, como escritor de costumbres. Y aquel admirable cuentista de las narraciones, el sentido poeta de las tradiciones coloniales, envejece en una labor de novelista en que se diluyen sus grandes cualidades, la intensidad y la sutileza de su análisis, en una forzada imitación de sí mismo.

nal en las "Narraciones Californesas", puede afirmarse que ellas son documentos del pasado, de un pasado que permanece más viviente en ellas que en la tierra misma!

Gascones en América

Todavía un recuerdo de Placerville. Antes de salir del pueblo, vamos el periodista americano y yo a recorrer el barrio alto. Aburridos de no hallar nada, entramos al salón de exposiciones de la localidad. Entonces los malos humores, las bilis de muchos días de un viajero en California, despoja por boca de



Una sala

él.—;Qué gentes! dice, tomando un frasco y volviendo a dejarlo con violencia sobre la mesa. Ya conoce usted sus caminos, magníficos en los grabados de sus prospectos; aquí tiene usted sus productos, descomunales a través del vidrio cóncavo de un frasco.

Yo lo creía un admirador de California, en la forma ditirámica que por aquí se usa. Pero debo recordar que este señor ha vivido un poco en Londres, en Berlín y en Budapest, y que no puede decir de todo ésto que es **the best in the world**. Para eso, el californés legítimo o postizo. Unos por ignorancia de lo extranjero, otro por malicia de negociantes, parecen convencidos de que viven en el departamento reservado del Universo, y dentro del tesoro común, cada lugarejo de California se proclama el primero en una excelencia cualquiera. Mientras uno asegura que la cabecera de su distrito va a convertirse en una ciudad de sky-crappers, otro declara que no habiendo en el suyo ninguna aglomeración urbana, no hay tampoco el inconveniente de la centralización y de las altas contribuciones. Cierta boletín oficial establece que, hace diez años, 20 Estados de la Unión aventajaban a

California en habitantes; pero que actualmente sólo doce **tienen ese honor**. Y en las crónicas de los temporales de cada invierno, no falta un periódico lugareño que diga con melancólico orgullo: "una región más extensa que el Estado de Massachusetts se halla cubierta por la inundación."

Grande y hermosa eres, oh California de los azahares y las palmeras, pero afortunadamente en toda la redondez de la tierra hay muchos países a los que puede dedicárseles la romanza de Mignon!

A la hora de la comida, mi compañero recobra su buen humor. La sopa lo hace sonreír un poquito y el asado lo pone francamente comunicativo. Y yo que había comenzado a sentir la nostalgia de la patria por culpa de los grisotes de la cocina yanqui, me dejo contagiar por el elogio a boca llena que hace de sus platos sanos y suculentos, este comensal de un hotel campestre...

El pueblecito se ha dormido recostado en el seno tibio de la sierra, en este silencio musical de los campos, mientras yo sigo extrayendo mis impresiones fugitivas del dorso de las tarjetas postales y de los prospectos de

viaje. De madrugada, el retintín de una fragua viene a acompañar mi desvalada tarea, trayéndome la reflexión de que las frases que yo voy forjando con menos despreocupación de espíritu que mi camarada el herrero, serán talvez menos duraderas y sin duda menos útiles que su obra.

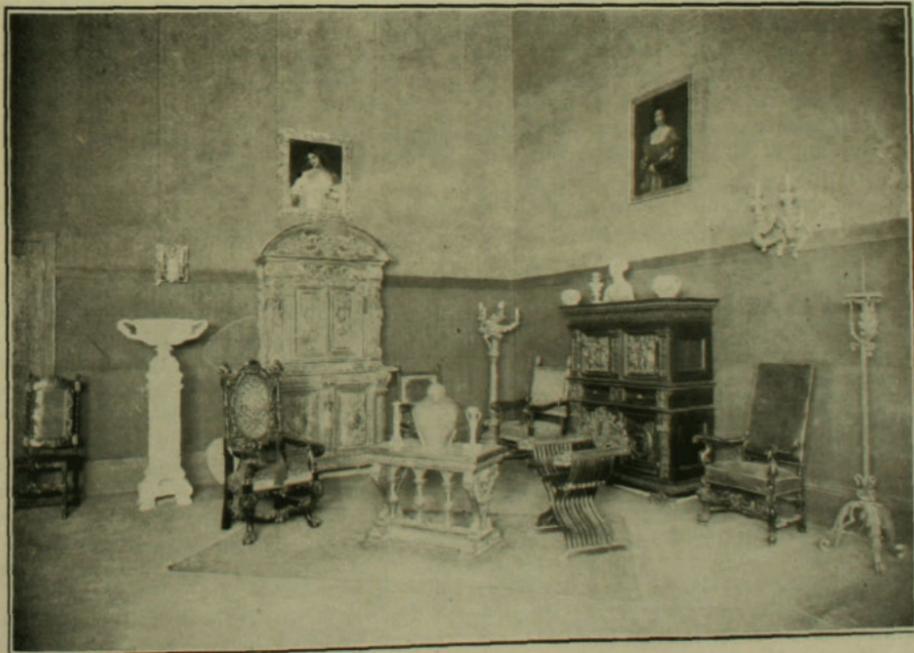
El valle del San Joaquín

Para venir de Sacramento a Stockton he preferido el automóvil, por economía. En la pebreza capuchina en que me han dejado mis fantasías románticas, debo renunciar al tren y contentarme con este lujo Winton-6, que tarda más pero que cobra menos. ¿Y por qué no ha de permitirse uno el placer de derrochar algo, aunque no sea más que el tiempo? El llano que cruzamos se tiende hasta perderse en la bruma del horizonte, sin una arruga, como un mar en calma. A ambos lados del camino, campos desiertos, que no anima el retazo del ganado ni la humareda de las chozas campesinas. Es una riqueza que no sale a flor de tierra, pero que está latente en estas llanuras inmensas.

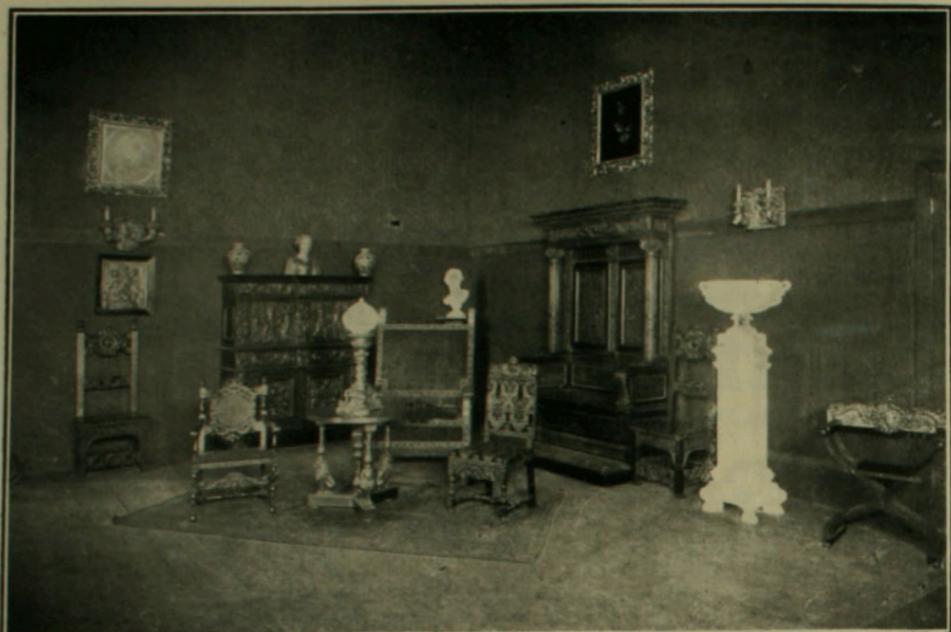
Pasamos cerca de una escuela; ¿y dónde está la población que la surte de niños? California está medio despoblada todavía. De este retazo del valle se dice que puede alimentar a un millón de habitantes, que hay que ir a buscar con la fantasía en los campos de Europa devastados hoy por la guerra, y en las ciudades congestionadas del Este.

Antes de medio día llegamos a Stockton, una ciudad que ya tiene el orgullo de contar con más chimeneas de fábricas que árboles. El estilo pretencioso, hinchado, de estas poblaciones, se salva por su tendencia al desahogo y la limpieza. El río que la rodea forma un codo al tocar la ciudad, y en este remanso atraen los vaporcitos que hacen el tráfico a San Francisco. A medida que se avanza por el San Joaquín, se ve al río romper con más frecuencia sus orillas, extender sus brazos por los campos uniformes y recogerse de nuevo para ir a cortar la ribera ojeada. En partes vemos un vaporcito que parece arar la banda en sentido opuesto a nuestra marcha, y es que navega del otro lado de un largo islote no más ancho que un muro de tierra en las crecientes.

He bajado a conocer uno de los sembrados



Objeto de lujo



Muebles de arte

de la colonia japonesa. En toda la extensión de las islas no se ve sino tres o cuatro edificios de madera, y el resto un campo perduco, en que se secan los vástagos de los papales. La tierra es fofa y casi negra. El humus fermenta en sus entrañas, dándole ese aspecto de *cosa viva*, que decía el viejo Berthelot.

Los peones viven en colonias, agrupados por nacionalidad. Los hindúes comen aparte, rebañando las cacerolas en que humea la salsa vegetal de sus frugales comidas. Los mexicanos colman su plato de ají y se tienden a puntar sus bandurrias. En cambio los chinos tienen un aspecto de puleritud y de descendencia que sorprende nuestras ideas adquiridas. Sus camas están rodeadas con cortinas perfectamente limpias y flota en derredor, en el ambiente de aquel cuarto donde duermen tal vez veinte trabajadores, un perfume vago de oriente, de ninguna manera desagradable. De la pared cuelgan sombreros en forma de plato y de aquí y allá quedaron dispersas sus finas babuchas de seda. Aún he visto en un velador libros impresos con su florida tipografía, frascos de esencias y un Buda, con uno de sus pies cogido entre las manos, en

una actitud de abandono o de indiferencia soberana!

De vuelta del campo de la cosecha, el chino que me atrae en su carro me dice en su inglés infantil:

—Amelica, ilusión! John gana dinelo, John lo gasta todo. sabe?

El camino real

A través de San Diego, de Los Angeles y de San Francisco, llevan esta inscripción: el Camino Real. Por espacio de doscientas leguas es el mismo camino, pavimentado ahora con asfalto, boreado de quintas, de fábricas y líneas férreas, pero conservando siempre aquel signo de la hospitalidad de los tiempos misionales: un poste de fierro en forma de bordón de peregrino, y colgada del arco una campana. Voces que podía llamar por el que cae rendido por las privaciones o el cansancio, esas campanas del camino recuerdan días y costumbres para siempre idos!

Recorrer el Camino Real, leyendo los nombres de pueblos y lugares, es como recitar el santoral: San Juan Capristano, San Luis Rey.

San Gabriel, Santa Bárbara—los nombres de las misiones se eslabonan a lo largo de California. Hace siglo y medio, una patrulla de soldados y misioneros recorrió por primera vez estas tierras. Un hombre de fe militante y de corazón generoso, los guiaba, el franciscano fray Junípero Serra. Después de dejar consagrada la mísera casucha de ramaje, que fué la primera misión de San Diego, se alejan del mar y llegan al pie de las montañas, donde fundan la misión de San Gabriel, que permanece en pie todavía.

La iglesia no es más grande que una capilla en las haciendas de Chile. Edificada de costado a la calle, termina en un murallón de mojinete, de cuyos ventanales cuelgan las campanas. Una rampa exterior que asciende de la calle, lleve al coro. Las encendidas flores de los cardenales se asoman al interior de la iglesia, resaltando mas vivamente en la oscura tosquedad de la muralla. Las gruesas vigas del techo, los recios bancos apenas desbastados, la reja del altar, que parece labrada a hachazos, recuerdan una religión simple, incorruptible y severa como la vida de un asceta.

Los turistas que han entrado conmigo, después de ver la representación de las misiones que se da en el teatro del frente, hurgan sin pasión en los estantes de la sacristía y apuntan con sus quitasoles a las grietas del techo. De la vata clausura de otro tiempo no queda mas que el esqueleto de los corredores. Cuando ésto era una próspera comunidad en que los frailes guiaban cantando la yunta del arado, como San Francisco en el cuadro de Chantran, cuando los indios trabajaban a su

lado devotos y sumisos, el caminante podía golpear a la portería y preguntar por el cuarto y la mesa del forastero, seguro de ser recibido con servicial voluntad. Por la mañana lo despertaba el toque de coro, que le invitaba a misa como el único tributo obligado del hospedaje; al despedirse podía contar con bestias de refresco si así lo exigía la premura o el tiempo de su viaje.

Luego volvía a seguir el Camino Real que le guiaba por tierras de cristianos. Los ganados pastaban libremente. Una agricultura virgiliana dejaba el árbol y la espiga al cuidado del sol. Los indios trabajaban en los sembrados, y cuando llegaba el invierno, se recogían al convento, a tejer el mimbre o la lana, a confeccionar sus tientos de greda, o a dedicarse a las prácticas devotas. Más tarde, muerto el fundador, la codicia hizo presa en algunos de sus sucesores, la esclavitud fué un hecho, y el fraile y el soldado fueron a veces enemigos confabulados contra el indio. Luego el conquistador, el misionero y el indio han desaparecido.

La casa de Ramona

Mi excursión va a terminar en San Diego. A algunas millas al oriente de la ciudad se extiende el valle Santa Clara, un huerto y un jardín de varias leguas de largo en que florecen los limoneros y se doran los naranjales. Allí permanece en pie la casa patrimonial donde vivió Ramona, la heroína de un libro que es para la causa del indio lo que *La Cabaña del Tío Tom* para la emancipación



Mármoles y bronce

del negro. Probablemente *Ramona* no ha existido tal como la conocemos en el libro; pero son muchos los que vienen aquí por comprobar sus imaginaciones con la realidad que le ofrecen estos testigos callados, la casa, la huerta, los campos en derredor. Y en presencia de la exactitud de las descripciones de la novela, nadie duda ya que la autora copiara con igual fidelidad la historia de sus personajes.

Yo diría que *Ramona* se parece demasiado a un librito célebre en su época, *Pablo y Virginia*. La novela de la señora Jackson es el alegato más elocuente que yo conozca en pró de los derechos del indio, propietario natural de la tierra, desposeído por la audacia de leguleyos y comerciantes. A la tragedia de ese pueblo errante, que termina por refugiarse en lo más profundo de la montaña para escapar al acoso de sus perseguidores, la novelista ha mezclado los episodios de amor entre su heroína, mestiza, y un indio de pura raza. Con un sentimiento elegíaco de la realidad, nos describe los conflictos que suscita una pasión de esta naturaleza en un medio intransigente y orgulloso, como el hogar de unos hacendados de sangre mexicana. El indio es un héroe y un mártir. Es inútil que arranque a su prometida de la casa paterna; inútil que trabaje para ella y sus hijos en un

rincón de la montaña. El odio del blanco lo sigue y lo va espulsando de todas partes. Su primogénito muere en uno de estos éxodos, y cuando él huye a la montaña, con la razón ya perturbada por tanta tragedia, toma un caballo ajeno por el propio, y su dueño lo persigue y lo mata en presencia de *Ramona*.

El mérito del libro está principalmente en la uncién con que analiza el alma indiana, casta sus virtudes y llora sus desgracias. Hé aquí, por último, estos mismos sitios como lo describe la novelista. La casa es de adobe, baja, con un ancho corredor en tres de los costados del primer patio y uno más ancho a través de todo el frente, el cual mira al sur. La mayor parte de la vida familiar transcurría allí; nadie estaba adentro, a menos de tenerlo por necesidad. Todas faenas de la cocina eran hechas allí, frente a la puerta del fégón. Los chiquillos jugaban, eran lavados y acostados allí en el corredor; las mujeres decían ahí sus rezos, descabezaban sus sientas y repasaban sus costuras. La vieja Juanita pelaba allí sus legumbres, tirando al suelo las cáscaras, hasta que la tarde la rodeaban casi a la altura de los hombros. Los campañistas y pastores fumaban y reposaban allí, y allí adiestraban a sus perros. Allí los jóvenes enamoraban y los viejos dormitaban.



UN GENIO FANTASTICO DEL SIGLO XIX

Por

RAQUEL COO WILSON

Con ilustraciones fotográficas

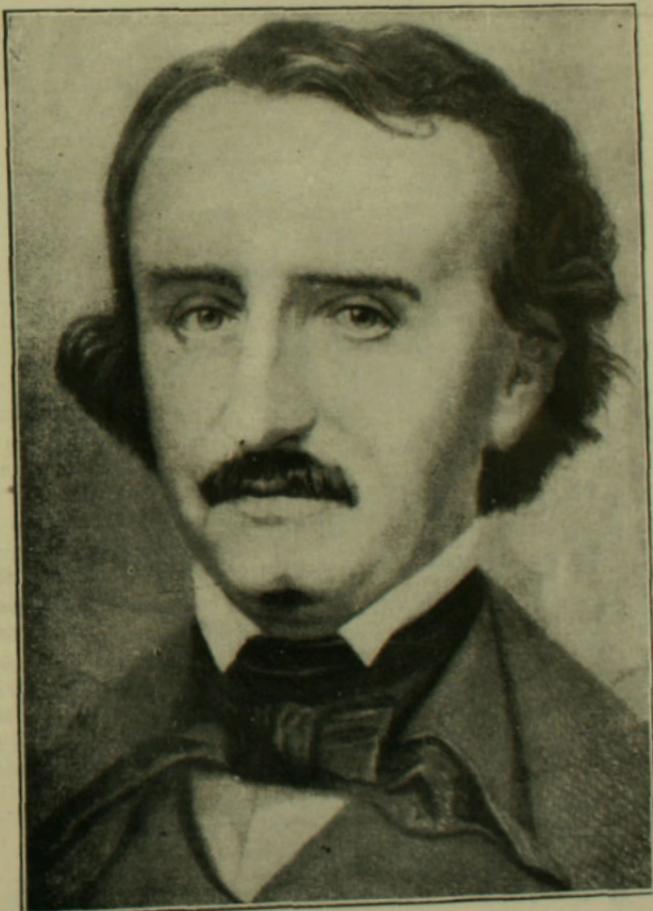
Los desengaños y las miserias hacen al hombre meditar y comprender la vida.

Si Edgar Allan Poe no hubiera sido arrastrado por una vida llena de contratiempos y tristezas desde sus primeros años, tal vez no había dado al mundo tan soberbios versos: brotados desde el fondo de su corazón y sentidos hondamente.

El gran poeta de "El Cuervo" fué un taciturno melancólico y solitario. Huía del bullicio y temía las amistades. Lo que influyó mucho en su carácter huraño y tímido fueron las humillaciones que recibió constante mente en la escuela. ¡Qué injusto es el mundo y qué cruel! ¡Con qué indiferencia hiere un corazón débil que necesita protección! ¡Con cuánta maldad se le echa en cara su origen al que lo tiene humilde!

Los padres de Edgar Poe eran artistas de teatro y sólo por esto, al pobre muchacho huérfano y sin afectos se le apocaba en la escuela y se le hacía sufrir. ¡Cómo si los hijos tuvieran la culpa de las faltas de sus padres! Infelices criaturas que vienen al mundo llenos de dulzura y el destino cruel los espera con una corona de espinas! Todavía no han vivido y ya se han dado cuenta de lo

que es el dolor. Sus primeros versos escritos en la plenitud de su vida, pues sólo contaba quince años, no son alegres: son los gritos de un corazón lacerado, de un corazón abandonado en sus primeros años que, para consolarse recurría a la pluma y trazaba en el



Retrato de Poe

papel sus lágrimas y desventuras que no podían seguir ocultas en su interior. Escribía para desahogarse y calmar sus nervios. Eu medio de sus ratos de desesperación exclamaba: "Daría un mundo por expresar la mitad de las ideas que vagan en mi cerebro".

Poe necesitaba afecciones y por esto se avenía con el primero que le tendiera la mano en su triste vida. En "To Helen" podemos ver el cariño que manifiesta a la madre de el único compañero de colegio que lo defendía, y el dolor que demuestra al ver que no la verá más, pues la terrible para le ha tronchado la vida. Y como un homenaje a esta alma hermosa que le protegiera, le dedica este hermoso poema, yendo además diariamente a visitar su tumba.

Las almas que han sufrido agradecen el más insignificante favor; no así las agraciadas de la felicidad, quienes se creen con derecho a todos los beneficios que se les prodigue.

Como Longfellow y Nataniel Hawthorne, cantó el amor sublime: ese amor profundo que une dos almas en una; a quienes los sufrimientos, ni las borrascas de la vida, ni aún la muerte son capaces de separar. Pues parece que hasta después de esta horrible separación, el alma hermana flota al lado de la que ha quedado. Así lo demuestra Poe en las estrofas de "Annabel Lee" de quien la muerte lo separó materialmente.

"For the moon never beams, without bringing
me dreams
of the beautiful Annabel Lee;
And the stars never, but I feel the bright
[eyes
of the beautiful Annabel Lee;
And so, all the night-tide, lie down by the side
of my darling-my darling- my life and my
[bride,
in the sepulcher there by the sea,
in her tomb by the sounding sea.

De todas las biografías que he leído de grandes genios la más triste, la que me ha conmovido muy de veras ha sido la de este extraño poeta americano Edgar Poe.

Si su vida es triste su muerte lo es horriblemente cruel.

Este gran americano nació el 19 de enero de 1809, siendo su abuelo un oficial revolucionario de Baltimore cuyo hijo se casó con una linda artista Isabel Arnold Hopkins, quien lo cautivó, tanto por su hermosa como por su despierta inteligencia. Siguieron la ingrata vida de artistas, y debido a las

imprudencias y desarreglos que le imponía su carrera contrajeron tuberculosis; muriendo ambos en 1811.

A su muerte dejaron tres pequeñuelos sin fortuna y sin recursos de ninguna especie. El segundo que era Edgar y quien sólo contaba tres años, fué adoptado por un caritativo comerciante de tabaco, Mr. John Allan, quien lo educó como si fuera su hijo, proporcionándole gran lujo y toda clase de comodidades. A la edad de seis años fué llevado al Viejo Mundo, donde empezó su educación en un espléndido colegio de Inglaterra.

Al regresar a Richmond, en 1820, su tutor le buscó profesores privados preparando su instrucción para poder entrar a la Universidad de Virginia, donde pudo hacerlo en 1826.

Si en este tiempo pudo ser feliz no lo fué por su torpeza. Hay seres que se labran su propia desgracia por no reflexionar un instante antes de obrar; atreviéndose después a quejarse y a maldecir su destino, sin ver que el destino no está escrito, pues somos nosotros quienes lo anotamos diariamente por medio de nuestras obras y pensamientos.

Edgar Poe buscó su ruina al contraer por este tiempo grandes deudas que exacerbaron a su tutor, y rehusando darle más dinero lo obligó a emplearse en un almacén para ganarse la vida.

Esto molestó mucho al muchacho de cara pálida y triste que acostumbraba llevar una vida desordenada conforme a sus caprichos pueriles.

Abandonó Richmond volviendo los ojos hacia Boston donde publicó su primer libro "Tamerlane and Other Poems".

Se cree que Poe en su adolescencia tuvo una novia que su corazón adorara, pues en los poemas escritos en su temprana edad nombra con frecuencia a una Leonora a quien dirige sus palabras más tiernas y dulces. Leonora parece haber muerto muy niña por lo que podemos ver en las estrofas de "Leonora" publicado en 1831. Asimismo en "El Cuervo" le pregunta al tormentoso pájaro: "...

Dile a esta alma adolorida,
presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles
[Leonora!
Dijo, el cuervo: "¡Nunca más!"

A esta misma novia que tal vez sólo existió en la imaginación del poeta, dedica gran parte de sus trabajos líricos, pero siempre aparece separada de él en este mundo. Quién sabe fué sólo una visión que se forjó en la mente y que no dejó de ser un sueño, pero en todo caso un sueño que lo inspiró y que lo hizo gozar en sus noches solitarias.

Existen hombres que necesitan un guía que esté constantemente pendiente de ellos para dirigir sus actos por un camino recto; otros, encontrándose solos en la vida consiguen formarse un carácter enérgico, para vencer todas las tentaciones y dejarse man-

pocos rayos de alegría que habían penetrado en su alma habían sido durante los años de su matrimonio con su adorada esposa Virginia.

Pero no por tener en este tiempo un hogar apacible donde pasar sus días tranquilamente, abandonó su antigua vida bohemia, pues siguió siendo siempre un vagabundo, un taciturno de ojos brillantes que buscaba un algo más alto en medio de sus ideas.

La vida tranquila no le atraía; buseaba cambios, emociones y aventuras, viajaba continuamente de Baltimore a Filadelfia y Nueva York. Aquí pasó el resto de su vida.



Las creaciones de Poe

dar por su propio criterio. Edgar Poe era de los primeros: si se le hubiera vigilado no habría sido esclavo de la bebida. Pero fué abandonado en los momentos que más necesitaba de una persona que le indicara el bien. "A una edad en que los niños hablan—dice—no tuve más guía que mi voluntad y llegué a ser en todo, el señor de mis propias acciones".

El extravagante poeta no carecía de buen corazón y nobles sentimientos como lo demuestra el inmenso amor que tenía por su joven esposa, Virginia Clemm con quien contrajo matrimonio en 1836, cuando ella sólo contaba 14 años. El mismo lo dijo que los

El maldito vicio del alcohol que lo aprisionaba entre sus garras no le permitía desempeñar los empleos que las redacciones de los diarios "The Evening Mirror" y "The Broadway Journal" le ofrecieran; teniendo así a su esposa en la miseria más triste.

Poe era de un temperamento despreocupado y egoísta; mientras él ganaba fama en 1844 con su inmortal composición poética "El Cuervo", Virginia Clemm extenuada y en medio de la pobreza más completa abandonaba este mundo a causa de una tisis que la consumía.

El escritor de los cuentos fantásticos y horripilantes se entrega después del desa-

parecimiento de su dulce compañera a la vida más despreocupada y despreciable. La obscura nube del pesimismo invade su cerebro, su vida para él ya no tiene objeto, y ahora bebe, bebe sin medida para olvidarse de todo lo que le rodea y aún de él mismo. Bajo la influencia del alcohol escribe los cuentos más raros y fantásticos que jamás escritor alguno haya imaginado. Ni en Maupassant ni en Hoffmam encontramos estas invenciones horribles y misterios indecifrables que brotan del tétrico espíritu del majestuoso poeta al escribir: "El asesinato en la calle Morgue", "El chinche de oro", "La máscara de la muerte", "William Wilson", etc., etc.

Inflamado su cerebro por el licor y el delirio nacen en él ideas aterradoras que crisan los nervios al leerlas. Si bien estos cuentos no encierran ningún pensamiento ni instruyen, gusta leerlos porque nos conmueve y nos hace pasar por sensaciones extrañas, transportándonos a una vida horrenda llena de escenas terroríficas.

Dos años habían pasado de la muerte de Virginia Clemm cuando se compromete a casarse con Mrs. Shelton cuando se compromete a casarse con Mrs. Shelton una antigua amiga que conservaba desde su niñez.

Este matrimonio pudo haberlo salvado induciéndolo a llevar una vida más ordenada, pero como fuera a Baltimore a hacer los preparativos de su matrimonio se encontró con antiguos amigos que lo invitaron a beber: resultado que fué encontrado algunos días más tarde tendido en el suelo como una bestia. Su vida termina así, en 1849, tan trágicamente, tal como se la forjara en sus fantasías, ni siquiera con la gloria de morir con su honor limpio y su cabeza sana.

Por esto Griswold al siguiente día de esta muerte tan inhumanamente cruel le declaró, "un monstruo y escándalo del mundo literario". Woodberry le juzga; "En imaginación como en acción corrompido".

Quando no se comprende una persona se le debe perdonar mucho. "Perdonar es comprender" como dijo una célebre escritora. Y aquí antes de juzgarlo tan severamente debemos perdonar al genio que desde su nacimiento sólo vió miserias y sufrió miserias y como dice Rubén Darío, pasó por "dolores y angustias que sufren los cristos

que vienen al mundo de víctimas trágicas".

Quando no tenía qué comer bebía hasta embriagarse y así estar inconsciente algunas horas.

Aunque se le acuse de inmoral y degenerado no se le puede negar los sentimientos nobles y buenos que escondía en el fondo de su alma. En el poema "A mi madre" que es dedicado a su suegra, quien fué su segunda madre, le dedica palabras de cariño y gratitud, considerándola más que su propia madre, puesto que es la madre de quien él ama tan tiernamente.

Quien tiene afectos no puede ser del todo malo; y Poe aún en medio de su gesto sar

cástico y toda su corrupción, mantenía una parte de su corazón que estaba joven, que estaba tierno, que no estaba agusanado todavía: era el amor hacia quien lo socorriera y lástima y compasión al desgraciado.

Pero los hombres son injustos muchas veces. Después de su muerte se esparció una tapa de olvido sobre su tumba; los críticos sólo le nombraban para juzgarlo severamente y maldecir su comportamiento.

Quando los años habían disipado un poco el mal efecto que dejara sus acciones en el corazón de los americanos, se erige a su memoria una piedra en Baltimore donde se puso por primera vez su nombre.

En 1885 se colocó una placa en el museo de artes de Nueva York cuya inscripción es la siguiente: "Su genio fué grande, su vida infeliz, su muerte miserable, pero su fama es inmortal".



Busto de Poe

Por que el mar es salado

Historia noruega para niños, ilustrada por Heath
Robinson. Traducción de Ramondriag.

Con ilustraciones

Había una vez dos
hermanos, de los cua-
les uno era rico y
otro pobre, que no
tenía para comer
más que un mendru-
go de pan, se fué a
su hermano, pidién-
dole por Dios que le
diese una limosna.
No era la primera
vez que el hermano



pobre acudía con
tal motivo al rico,
y no era por tanto
mucho el agrado
con que éste le re-

cibía. Así que al verle esta vez, antes
de que llegase donde él, le gritó a
alguna distancia:—Si me prometes hacer lo que
te pida, te daré uno de los permies más grandes
que tengo colgados en la chimenea.

—Te lo prometo, dijo el hermano pobre.

—Muy bien, Aquí tienes el jamón. Ahora, ve-
te y no vuelvas más a pedir aquí!

El hermano se fué con su jamón al hombro.
Caminó mucho durante todo el día y a la caída
de la tarde encontróse con un anciano que tenía
una larga barba blanca. — Buenas
tardes, le dijo el pobre caminante.

—Buenas tardes, contestó el hom-
bre de las barbas. ¿A dónde vas con
eso?



—A mi casa, donde me espera mi mujer.

—Antes de ir a casa vete un poquito más allá, dijo el viejo, y llegarás a un castillo encantado. Tan pronto como entres en él, los duendes, sus moradores, se apresurarán a rodearte, deseosos de comprarte el jamón que llevas a la espalda, porque entre los espíritus encantados es éste un alimento raro y codiciado. Pero ten presente esto: *no le vendas por dinero*; pide en cambio un viejo molinillo de café que verás junto a la puerta. Cuando le hayas adquirido, vuelve aquí y yo te enseñaré lo que has de hacer con él. El portador del pernil dió las gracias al bondadoso anciano por su bondadoso consejo y se encaminó hacia el castillo. Golpeó a la puerta y le hicieron pasar. Una vez dentro, todo pasó tal como se



lo había dicho que sucedería.

Los duendes le rodearon al punto, suplicándole que les vendiese el jamón.

—Yo pretendía, dijo el hombre, comérmelo en mi casa en esta Noche Buena en compañía de mi mujer; pero ya que ustedes de-

muestran tan grande interés en que se lo deje, se los daré a ustedes y, sólo pido en cambio ese viejo molinillo de café que hay ahí junto a la puerta..

Al principio los dueños se opusieron a que se llevase el molinillo, y comenzaron a persuadirle con toda clase de argumentos; pero el hombre no quiso trato ninguno sino bajo esta condición y al fin consiguió aquel viejo utensilio.

De regreso encontró de nuevo al viejo de lenguas barbas, quien le enseñó el modo de usar el molinillo. Para hacerle funcionar no había sencillamente más que decirle lo que se deseaba; pero para que parase era necesario ponerle en posición determinada.

El pobre, después de agradecer efusivamente al anciano sus bondades se dirigió a

marido, porque he tenido mucho, mucho que andar. Pero mira lo que te he traído.

Puso el molinillo en la mesa, pidió una comica y giró el manubrio. Al momento cubrió la mesa rico mantel, y aparecieron luces, viandas y bebidas.



Era aquella una cena de Navidad opípara

Cuanto se le ordenó hacer al molinillo, fué ejecutado en el acto. La mujer miraba el aparato aquel con extrañeza y asombro, haciendo repetidas veces la señal de la cruz. Entonees preguntó de dónde había salido aquello; pero su marido se negó a satisfacer su curiosidad.

—No te calientes la cabeza por eso le dijo. Conténtate con disfrutar lo bueno que el aparato te proporciona.

Y comenzaron a comer y a beber.

Tres días después de Navidad dió el matrimonio una gran comida, a la que invitaron a todos sus amigos.

El hermano rico que asistía al banquete estaba tan intrigado que llegaba a sudar ante la violencia de su curiosidad y de su envidia.

—Pero, dime le preguntaba, ¿cómo es esto que hace tres días, la víspera de Navi-

su casa y a pesar de que apresuró el paso todo cuanto pudo era ya noche cerrada cuando llegó a ella.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? le preguntó su mujer. Hace horas que te estaba esperando y no tengo más que un puñado de harina para hacerte una torta de Navidad.

—No he podido venir antes, replicó el



Por fin su hermano consintió en vendérselo por trescientas libras bajo condición de que quedaría en su poder hasta la época de la recolección.

—Para entonces, decía el hermano pobre a sí mismo, puedo haber acumulado tesoros suficientes para to-

dad, estabas tan pobre que tuviste que ir a pedirme una limosna y ahora nos da un banquete digno de un rey o de un duque? Dónde has podido conseguir una riqueza tan extraordinaria como improvisada?

—La encontré detrás de la puerta, fué todo lo que contestó el otro, que no quería revelar su secreto.

Otra noche, sin embargo, no pudo reprimir su lengua por más tiempo y reveló a su hermano la historia del molinillo. Desde aquel momento el hermano rico puso todo su empeño en poseer aquel maravilloso artefacto.

do el resto de mi vida, y no necesitaré el molinillo.

Y ya comprenderéis cómo invertiría la mayor parte de su tiempo, y que no llegaría a oxidarse el molinillo en ese lapso de tiempo por falta de uso. Cuando llegó la época de la cosecha, se lo dió, pero no le dijo a su hermano cómo se hacía parar, y éste, según creo, no se le ocurrió tampoco preguntarlo.

Era ya de noche cuando el hombre rico llegó con el molinillo a su casa. Al día siguiente mandó a su esposa al campo con los segadores mientras él se quedaba en casa preparando el almuerzo. A la hora de almorzar puso el molinillo sobre la mesa y dió una orden.

—Sírvenos arenques y sopa de leche, dijo.

Y el molinillo comenzó a llenar todas las tazas, fuentes, cacerolas y demás utensilios de cocina, arenques y de sopa. Entonces hizo girar el manubrio a un lado y luego al otro. Pero en balde. El molinillo no paraba. Pronto la inundación de leche alcanzó tal altura que el hombre estuvo en peligro de ahogarse. Abrió la puerta del cuarto. A poco se habían inundado los pasillos, cuando con no poca dificultad logró llegar hasta la puerta de entrada y la abrió, precipitose hasta el jardín un torrente de sopas de leche en que flotaban a miles los arenques.

En tanto su esposa en las faenas del campo sentía el hambre y se extrañaba de que su marido no la llamase a comer. Volvámolos a casa ya, les dijo a los segadores. Con seguridad que mi marido no ha podido tener listo el almuerzo; tendré que ir a ayudarle.

Encamináronse todos a casa y viéronse sorprendidos en el camino por un arroyo de sopas de leche y arenques. Por esta corriente, cada momento más caudalosa, iba vadeando el hermano rico.

—Quisiera, dijo al verlos, que cada uno de vosotros tuviese cien gargantas. Tened cuidado no os vayá a anegar esta comida!

Entonces echó a correr como alma que lleva el diablo, a casa de su hermano rogándole y suplicándole que volviese a recuperar su molinillo.

Si sigue así una hora más, exclamó el

hermano rico, va a inundarse todo el pueblo y a desaparecer entre el torrente de sopas de leche y arenques.

El hermano pobre consintió en recuperar el molinillo pero exigió trescientas libras por ello. El rico estaba completamente a merced suya; no le quedaba otro recurso que pagar ese dinero y hacer así detenerse al terrible instrumento.

Con este dinero y algo más proporcionado por el molinillo el hermano antes pobre se construyó un palacio. Sus paredes estaban revestidas de oro y como estaba junto al mar, se reflejaba en las aguas su fachada reluciente. El palacio podía verse desde lejos y la fama de su afortunado propietario llegó hasta otros países. De todas partes y algunos de muy remotas tierras acudían a visitarle.

Entre estos hubo un capitán de un barco que acertó a pasar por allí, y que quiso ver el molinillo. Preguntó si éste podía producir sal, y cuando se le dijo que sí, se propuso adquirirlo a cualquier precio.—Porque cuando yo tenga este molinillo, pensó el capitán, no tendré ya que atravesar el mar para proporcionarme cargamentos de sal; me haré rico sin peligros ni fatigas, vendiendo simplemente la sal producida por el molinillo.

Tras largo suplicar del capitán para que le vendiesen el molinillo, su antes pobre, pero ahora rico poseedor consintió al fin en venderse-lo por una suma fabulosa. Tan pronto como el capitán se vió dueño de él huyó presuroso, (pues temía que el vendedor se arrepintiese) sin tomarse el cuidado de preguntar nada sobre el modo de usar el aparato. Lo llevó a bordo de su barco y cuando estuvo en alta mar lo colocó sobre cubierta y le dijo: Tráeme sal!

Y la sal llegó al momento. Y el barco se llenó completamente. El capitán trató entonces de detener el manubrio, pero por por más que lo hacía girar en todos sentidos, el molinillo no paraba y la sal continuaba amontonándose. El barco se abrió ante el enorme peso y se hundió rápidamente. Y el molinillo cayó al fondo del mar donde aún está girando sin cesar. He aquí por qué el agua del mar se hizo salada.



EL MUNDO NUEVO

Obtuvo este poema el primer premio en el certamen de la Unión Ibero-Americana.

De Atlántida famosa,
perdida en las ignotas soledades
del tiempo y del oceano,
guardaban las edades
primitiva leyenda misteriosa
de muerta realidad o sueño vano.

Hasta que, en alas de visión potente,
Colón esclarecido
traspone andaz el límite que cierra
el mundo en occidente;
y, deshechas las sombras y el misterio
del ocaso temido,

un nuevo oriente reveló a la tierra
otra tierra, otro mar y otro hemisferio.

¡Esa gloria, jamás imaginada
por sabios o poetas peregrinos,
de alcanzar a la Atlántida soñada,
quiso el hado que sólo
fuese del genio y del valor latinos!

Y a los ojos del mundo alborozado
surgió de polo a polo,
por las salobres ondas circundado,
de América el inmenso continente...

Vano será que intente
ponderar voz humana
la hermosura y riqueza

que pródiga brindó Naturaleza
donde más opulenta y soberana
ostenta su poder:—Con seculares
selvas inexploradas

por múltiples regiones dilatadas;
con ríos que son mares

y como mares fértiles llanuras,
de nueva, ingente vida
en breve porvenir prendas seguras;

y con ancha, imponente cordillera
como atalaya, junto al mar erguida,
que a los siglos espera...

y que, a remotas lindes extendida
bajo un diáfano azul, deslumbradora
y de poder emblema,
cual del orbe señora,

alza de niveas cumbres su diadema.

¡Salve, gigante España, hogar fecundo
de hazañas cuya gloria
será la eterna admiración del mundo!

En tus preclaros hechos consagrada
ve la raza latina su victoria.

Grandeza a tu grandeza comparada.
no contarán los fastos de la Historia.

Si en tres siglos de cruenta y laboriosa
formación de naciones,
América te diera portentosa
ocasión de mostrar de tu pujanza
las ínelitas acciones,
en tanto que en Europa tus legiones
tu bandera ostentaron vencedora,
ya tu proeza alcanza
el galardón más alto y duradero
y la mayor victoria conseguida.
Pues tus hijos ahora
te ciñen la corona merecida
como Reina de un Mundo conquistado
por tu sangre, primero,
después por tu recuerdo venerado.

Alza, España, la frente
y en la obra de tus hijos tu obra mira.
América ya siente
de su viril edad la fe que inspira
el esfuerzo potente,
y, ardiendo a los ímpetus guerreros,
vela sus armas, de imitarte ansiosa
como a noble y gloriosa
madre de los hidalgos caballeros.

Pero, al tomar su puesto en el combate,
su corazón no late

a los impulsos de ambiciones crueles,
ni lleva a la matanza fratricida
el pabellón de Marte.

Sólo aspira a los prósperos laureles
de la Industria y del Arte,
que son las dulces glorias de la vida.

.....
Hoy que la Europa sufre los rigores
del azote espantoso de la guerra
más cruel y despiadada;

hoy que, de ruinas, lágrimas y horrores,
su estrago extiende la discordia impía,
sobre el haz de la tierra,

como huracán de muerte, desatada:
dé América el ejemplo
de paz y de armonía,

siendo de la Concordia vivo templo
donde reine el derecho obedecido
y tenga igual derecho cada hermano.

Y, por las leyes del amor regido,
como Colón del seno del oceano,
de entre las sombras del dolor humano
haga surgir la Paz un Mundo Nuevo.

CLAUDIO BARROS.

FALSO MARIDO

Novela de Jack Steele. Versión castellana de Ramondriag

Alentados por el franco éxito de nuestro último folletín "El Valle del Terror", y deseosos siempre de dar a nuestros lectores lo más sensacional e interesante entre las novelas publicadas, empezamos hoy la publicación de la hermosísima novela inglesa de Jack Steele "Falso Marido", cuya traducción se debe también a la pluma de nuestro traductor Ramondriag; "Falso Marido" es una novela superior en interés y realismo a la última que publicamos del ilustre Conan Doyle. Se vive en ella una aventura extraordinaria y se disfruta el inmenso placer de romper en alas de la imaginación la monotonía de la existencia. Desde las primeras líneas de esta novela véese uno colocado en situación extraña y lanzado de lleno al mundo del misterio. Con un ingenio y habilidad extraordinarios, mantiene sin cesar nuestro interés el autor, y lo que da a esta historia un sabor incomparable, es que en medio del cuadro trágico de los acontecimientos, aparece una mujer de belleza arrebatadora y que la novela de aventuras termina en romance de amor.

Con ilustraciones

CAPITULO I

En el despacho de un criminalista

De pie, en la ventana de su oficina de perito criminalista, que acababa de instalar en Londres, en pleno centro comercial, Jerold Garrison contemplaba la amplia extensión de edificios de la enorme ciudad. Con un sentimiento de orgullo y de poder espaciaba el joven su mirada ante las comerciales y populosas calles que se extendían a sus pies.

Hacía apenas un año que saliera de las aulas universitarias y había ya conseguido establecerse en Londres. ¡Por fin! Hallábase aún, sin duda alguna, aislado y desconocido, pero dotado de una energía extraordinaria prometíase vencer todos los obstáculos. Le apasionaban los problemas de la criminalología científica. ¿Se podría, en un crimen cualquiera, descubrir al autor no por azar y guiándose de investigaciones empíricas, sino siguiendo un método seguro y procediendo por deducciones lógicas?

Indudablemente, afirmaba Jerold, y por eso, merced a estudios concienzudos en la materia, llegó a ser un maestro en su ciencia predilecta.

Casi un niño aún, cuando vacilaba en la elección de una carrera profesional y no era más que un simple *amateur* criminalista.

un abogado amigo de su familia, Donald Lochlan, conocedor de sus peculiares aptitudes, encargóle poner en claro un asunto embrolladísimo: el robo de un testamento. A pesar de las mil dificultades y misterios que el asunto aparecía envuelto, Garrison descubrió al ladrón con una seguridad pasmosa. Este hecho decidió el rumbo de su vida y obedeciendo a los consejos del abogado Lochlan abrió su despacho de criminalista.

Cierto que en los ocho días que llevaba instalado ningún cliente había venido a consultarle y no había por tanto ningún negocio en perspectiva, pero él confiaba en el porvenir y en sus esfuerzos y jovialmente mostraba su puño a la gran ciudad, como diciéndole: "Allá nos veremos".

Dejó la ventana, atravesó el estudio y echó en el otro extremo una mirada a través del cristal de la mampara en que aparecía grabado su nombre y profesión en grandes caracteres.

En aquel mismo momento dibujóse por la parte de afuera en el vidrio esmerilado la confusa silueta de una persona. Durante breves momentos la silueta permaneció inmóvil, como si el recién llegado vacilase a entrar en la oficina, después dió vuelta al pestillo y apareció en el umbral de la puerta una joven extraordinariamente hermosa, de grandes ojos negros, sencilla y elegante-

mente vestida, y cuyo rostro acusaba violenta emoción.

Indecidiendo y sonrojándose alternativamente, esforzándose sobre manera para aparecer tranquila, la joven sugirió a Garrison la idea de que iba a consultarle algún caso de excepcional interés. Al entrar cerró la puerta tras de sí, y quedóse un instante parada como queriendo cobrar alientos, y fijó en Garrison su penetrante mirada.

El examinado era todo un real mozo, a no dudar; buen tipo, ojos grises, pelo negro. Estaba completamente afeitado y sus formas tan atléticas como distinguidas le prestaban un atractivo particular. Completaba el encanto de toda su persona una mirada franca y atrayente.

Durante unos momentos permanecieron mirándose uno a otro. Garrison con mirada de entusiasta admiración a su visitante, ésta con mirada escrutadora, un tanto inquieta.

Ella fué la primera en hablar.

—¿Es Ud. el señor Jerold Garrison?

—A sus órdenes, señora. Pero tenga Ud. la bondad de sentarse.

La joven se sentó junto a la mesa y continuó mirando atentamente a Jerold, como tratando de vencer un resto de desconfianza.

—Vengo a solicitar, replicó bruscamente, sus servicios para un asunto sumamente particular. Lo que yo deseo de Ud. no entra precisamente en las atribuciones de un hombre como Ud., pero opino que no faltarán a Ud. conocimientos mil en Londres, sobre todo entre el elemento joven.

—Diré a Ud., respondió Jerold; hace sólo un año que salí de la Universidad y no son muchas mis relaciones todavía.

—Yo creía que pudiera Ud. conocer a alguna persona honorable... Mire Ud., es un asunto muy delicado el que aquí me trae, añadió irresoluta, como si tuviese necesidad de infundirse valor... Antes de venir aquí he acudido a varios detectives particulares, pero ninguno me ha inspirado confianza... Pero el nombre de Ud., Jerold, me ha decidido a confiarme. Me contraría sobre manera el que carezca Ud. de relaciones, porque la cosa es importante.

—Quizás, al conocer exactamente su asunto, pueda aconsejar a Ud. Por otra parte, yo no he de tardar en extender mis relaciones.

La joven permanecía callada, con los ojos bajos; luchaba evidentemente por vencer su indecisión.

Garrison la contemplaba entusiasmado.

Parecía no haber visto nunca mujer más hermosa. En su espíritu brotó una esperanza extraña, loca; que aquella joven llegaría a ser su cliente, tal vez su amiga.

En cuanto a ésta dejaba traslucir la incertidumbre con que batallaba, por la movilidad de su expresión, y a cada cambio de su fisonomía se veía en ella un nuevo encanto.

—Bueno, exclamó por fin, creo que podrá Ud. hacerme este servicio.

—Al menos será para mí un placer el intentarlo.

Calló aún la joven unos momentos; después, haciendo un esfuerzo de valor dijo medio confusa:

—He venido para que me busque Ud. un marido.

Garrison abrió los ojos espantado. Sin duda no había entendido bien.

Ella añadió:

—Pero no un marido verdadero, sino una persona honorable... un joven bien educado que concienta en pasar por tal durante un tiempo. Bien entendido, que aquí se trata de un negocio puramente mercantil y que el día en que yo desee prescindir de sus servicios, ha de desaparecer éste de escena al punto y por completo. Todo lo que yo necesito de Ud. es que me busque una persona de estas condiciones. En cuanto a honorarios acepto los que Ud. designe, siempre que sea un precio razonable.

Mientras la joven hablaba, habíase retratado en su rostro una expresión tal de angustia que Garrison sin darse cuenta se había vivamente impresionado.

—Creo entender perfectamente lo que Ud. desea, pero me será muy difícil hallar una persona capaz de llenar cumplidamente esa misión.

—¿De verdad, no conoce Ud. a nadie de estas condiciones... un estudiante, por ejemplo, que busque ocupación en Londres, alguno a quien no viniera mal el ganarse... supongamos dos mil quinientos pesos?

—Así es, no conozco ninguno. Crea Ud. que esto me desespera.

La visitante fijó en él una mirada en la que brilló una nueva idea.

—¿De modo que no conoce Ud. a nadie? ¿Ni uno siquiera? dijo con acento significativo. ¿Ni uno que acabe de salir de la Universidad?

No adivinando el pensamiento de su interlocutora, el joven repitió:

—Ni uno solo.

Entonces con una breve resolución en el semblante, preguntóle la joven:

—¿Ud. es casado?

—No, señora.

—¿Y por qué no se encarga Ud. mismo del asunto?

Estas palabras causaron a Garrison la más honda estupefacción. Un rayo caído a sus pies no le habría producido mayor efecto.

—¿Ud. me propone que me haga pasar por su marido? dijo pausadamente. ¿No es esto lo que Ud. desea?

—Eso mismo, contestó ella con resolución. ¿Por qué no? Ud. necesita dinero, yo necesito este servicio. Puede Ud. darse cuenta exacta de lo que quiero. No es más que un negocio lo que le propongo y Ud. es hombre de negocios.

Garrison se levantó, atravesó a grandes zancos su escritorio, miró por la ventana, volvió en esguída a su mesa y se sentó. Estaba profundamente impresionado por la belleza de su visitante, y el estado de inexplicable angustia en que ésta se encontraba. La tentación de aceptar un papel que necesariamente había de acercarle a ella era irresistible; pero comprendió la necesidad de obrar con prudencia.

—Pero yo necesitaría saber lo que debo hacer.

—Muy sencillo. No tiene Ud. más que dejarse tratar como un marido auténtico, transitoriamente, replíeó ella.

—Dejarme tratar... ¿Por quién? ¿Sin duda por sus parientes y amigos?

—No tengo padres ni hermanos. Todo se reduce, pues, a pasar por tal ante algunos parientes lejanos y tal vez ante mi notario. Vaya, ¿quedamos de acuerdo? ¿Cuánto quiere Ud. por este servicio? ¿Le convienen los 2,500 francos?

El sin responder siguió cruzando el estudio a grandes pasos; después, deteniéndose de pronto delante de su cliente, le preguntó con tono de severidad:

—Y si siquiera me ha dicho Ud. su nombre.

Ella le presentó su tarjeta en la que leyó: "Mrs. Jerold Fairfax".

—¿Esta tarjeta es la de Ud.? Ud. com-

prenderá que para llenar mi cometido ha de imponerme de todo. ¿No tiene Ud. otro nombre bajo el cual convendría que yo la conociera?

—¿Otro nombre? Caso de que acepte Ud. puede Ud. llamarme Dorotea. Mi nombre de soltera es Dorotea Booth. Es todo lo que le puedo decir.

Quedaron un momento en silencio. Él, pensando las responsabilidades, ella, esperando con visible ansiedad.

Sorprendióles un golpe dado a la puerta. El cartero entró y dejó dos cartas sobre la



—Vengo a solicitar, replicó bruscamente, sus servicios para un asunto sumamente particular.

mesa. Luego se oyeron sus pasos que se perdieron a lo largo del corredor.

Garrison tomó las cartas. La primera era una de las circulares que él había mandado a los profesionales y gente de leyes participándoles la apertura de su bufete de criminalista y ofreciendo sus servicios para todo asunto complicado. Aquella había ido dirigida a un notario y era devuelta con la nota "Desconocido".

La segunda llevaba su dirección escrita a máquina. Estaba demasiado preocupado para rasgar el sobre; dejola sobre la mesa junto a la circular.

—Desde luego, continuó después, para

encargarme yo de este asunto necesito algunos datos. ¿Cuándo se supone que nos casemos?

—El diez del mes pasado.

—No es viejo el matrimonio. Y, ¿cómo probaríamos esto en caso necesario?

—Con el certificado de matrimonio.

—¿Luego Ud. es realmente casada hace un mes?

—Tengo el certificado. ¿No es bastante?

—Bien; supongamos que basta para el caso. Claro está que en ese certificado figurará un nombre de varón. Supongo yo que tendré necesidad de figurar con ese nombre.

—Naturalmente. ¿No dije a Ud. al entrar que me alentaba el tener Ud. el nombre de Jerold?

Siguió paseándose presuroso por su escritorio. Mrs. Fairfax no le quitaba la vista de encima.

De pronto pareció decidirse y se detuvo.

—Yo desearía vivamente prestar a Ud. este servicio, señorita Booth... señora Fairfax; pero soy a Ud. franco, no me gusta la forma en que se presenta. No sé si es Ud. realmente casada o soltera, y al parecer Ud. no tiene muchos deseos de que yo lo sepa. ¿Podría Ud. decirme al menos por qué desea que yo pase por su marido?

—Es este un punto que prefiero no tocar por ahora. Propongo a Ud. un negocio que debe durar un mes o dos a lo sumo; después todo habrá concluido.

Una nueva arruga surcó la frente de Garrison.

—Yo comprendo que todo esto ha de parecer a Ud. muy extraño. Yo misma apenas si me doy cuenta de lo que pasa. Pero no tengo a nadie de quien valerme.

Indudablemente Garrison se conmovió. La joven le inspiraba una profunda simpatía. Tuvo entonces un gesto repentino de resolución.

—La suerte está echada. Acepto. ¿En qué parará esto? Bah, allá lo veremos. ¿Cuánto quiere Ud. que dé principio a mi misión?

En el rostro de Mrs. Fairfax pintóse un júbilo extraordinario.

—Antes de nada es preciso que yo prevenga a mi notario, dijo ella; porque ha de extrañarle el que yo no le haya puesto antes al corriente.

—Es decir, Ud. quiere que desde luego entre ya en funciones. ¿Cómo se llama su notario?

—Mr. Stephen Throwbridge.

El nombre hizo saltar a Garrison. Cogió el sobre que el correo acababa de devolverle. ¡Extraña coincidencia! Era precisamente

el dirigido a Stephen Throwbridge. El joven presentó el sobre a Mrs. Fairfax.

—¿No es este su notario?

—El mismo. ¿Querría Ud. saber su dirección?

—Claro. Voy a pasar el sobre por el vapor para abrirlo sin rasgarlo. Yo retiro la circular y en su lugar ponemos una carta escrita por Ud. con fecha anterior y en la que Ud. le participa su efectuado enlace. La ponemos al correo con la nueva dirección y llegará a su destino, sin que el notario, merced a esta estratagemata, pueda ya extrañarse del retardo en recibir noticia tan importante.

Garrison ofreció una pluma a su cliente que escribió la carta al punto.

Levantóse después y como jugando con el guante bajó la vista y miró a la mesa.

—¿Me permite Ud. pagarle a cuenta mil francos?

—Como Ud. guste.

En silencio, contó la suma, que sacó del maletín.

—Si necesita Ud. más, no tiene más que avisarme. Si yo le necesitare a Ud. le telegrafiaré.

Cerró el portamonedas y friamente añadió:

—Hasta la vista.

—Hasta la vista, contestó Garrison.

Abrió la puerta y saludó con una inclinación a la joven que se alejó apresuradamente.

Otro negocio

Cuando la joven hubo desaparecido, él cogió lentamente los billetes e hizo un rollo que mantuvo en su mano abierta como pesándolos. Púsose después a recordar hasta en sus más mínimos detalles su conversación con Mrs. Fairfax. Nunca había estado tan intrigado. A no tener en su mano los billetes hubiérase creído víctima de una alucinación. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Para qué buscaría un pseudo marido?

Misterio. ¿Sería realmente casada? Pero eso de contar con dos maridos parecía cosa engorrosa. Entonces, ¿qué fin perseguía y qué consecuencias tendría todo aquello? Una sola cosa había de cierto; la joven le había conquistado y habíase encargado del asunto con una alegría indecible.

Metió los billetes en su cartera y fijó la vista en la otra carta que le había traído el cartero. Pausadamente, con el pensamiento muy lejos, rasgó el sobre. Desdoblaba aún

la carta cuando llamaron a la puerta. Levantóse y abrió.

Presentóse un hombre de pequeña estatura, facciones angulosas, rostro afeitado, mirada penetrante y solapada. La boca desmesuradamente grande contraíase en una sonrisa grotesca.

—¿Garrison? dijo con vivacidad. Wicks, soy Wicks.

—¿Wicks? ¿Qué Wicks?

—El de la carta, dijo, señalando el papel que el joven tenía en sus manos. Lea Ud. esa carta y hablemos.

Garrison obedeció dócilmente y leyó. La carta llevaba como membrete "*La Inmutable*" compañía inglesa de seguros sobre la vida. —Muy señor mío: Por especial recomendación de nuestro abogado Donald Lochlan deseamos pedir a Ud. el concurso de su talento profesional. Nuestro agente, Mr. Wicks pasará esta tarde por su casa y explicará a Ud. qué clase de servicio necesitamos y estipulará las condiciones.

Sírvase aceptar el testimonio de nuestra consideración más distinguida.—*John Stephens*".

Servicio de informaciones particulares

A la lectura de esta carta, Garrison sintió que una oleada de júbilo inundaba todo su sér. En el espacio de una hora eran ya dos los clientes que se habían presentado en su estudio. Aquella coincidencia lo llenaba de gozo. Fijó entonces en el hombrecito una mirada de interés.

—Me felicito de ver a Ud., Mr. Wicks. ¿Quiere Ud. tener la bondad de tomar asiento? Estoy enteramente a sus órdenes.

Mr. Wicks tomó bruscamente una silla y se sentó; todo con una violencia que contrastaba notablemente con la horrible sonrisa que no dejaba jamás.

Quitóse el sombrero, pasóse con un movimiento brusco y nervioso la mano por la cabeza echando a la izquierda el único mechón de pelos que adornaba su reluciente calva y lanzó a Garrison una mirada casi feroz.

—Obscuro, ¿no? preguntó.

—¿Qué es lo que es obscuro, dijo Garrison que no entendía palabra del lenguaje raro y elíptico de su nuevo visitante.

Mr. Wicks se inclinó de repente hacia adelante y puso su índice casi en las narices del joven.

—¿Bueno para el asesinato? preguntó.

Garrison balbuceó estupefacto:

—¿Ud. me cree a mi capaz de un asesinato?

—¿De descubrirlo! Descubrir un asesinato, gritó el visitante irritado.

—Me gusta. Es mi especialidad. Si Ud. desea ocuparme para descubrir un asesinato me esmeraré en cumplir lo mejor posible.

—Pues encárguese del asunto. Mil doscientos cincuenta francos al mes mientras duren las pesquisas. Dos mil quinientos de prima si descubre Ud. al asesino. ¿Acepta Ud. las condiciones?

—Bien, tomaré el asunto. Pero yo quisiera saber...

Mr. Wicks se llevó violentamente al otro lado el mechón de pelos que había puesto la izquierda, después sacó un papel de su cartera y se lo alargó a Garrison.

—Exposición del caso. *Leed*.

Garrison tomó el papel, la desdobló y leyó:

Asunto: El caso de Mr. Hardy.

Nombre: John Handy.

Edad: Cincuenta y siete años.

Profesión: Contratista de obras públicas. (Retirado).

Residencia: Variable con frecuencia. La última fué Hertford, dos días, pensión burguesa.

Familia: Sólo sobrinos y sobrinas lejanos.

Seguros: En ninguna otra compañía.

Seguro en la nuestra: Cien mil francos.

Nombre del beneficiario: Charles Scott.

Residencia de este último: Hertford.

Ocupación: Inventor.

Fecha en que murió Hardy: 27 de Mayo.

Lugar en que murió: Aldea de Benges, (junto a Hertford).

Dictamen oficial: Muerte natural. Ruptura de un aneurisma o apoplejía.

Cadáver identificado por: Paul Durgin, sobrino.

Enterrado en: Bournemouth.

Circunstancias sospechosas: El beneficiario había ya recibido de la compañía una suma igual y consta que la muerte del asegurado ha sido repentina e inexplicable.

Nota: El cuerpo fué hallado en el portal de una casa deshabitada, que algunos vecinos supersticiosos suponen habitada. Aparecía sentado, apoyado contra el montante de la puerta. No se notaban en él señales de violencia, fuera de una mancha verde en la rodilla. No se ven junto a la casa señales de haber habido lucha. Todos estos detalles los ha proporcionado una suziana, Mrs. Weber, cuyo hijo descubrió el

cadáver. Nuestra compañía no tuvo representación en esta pesquisa, pues la muerte sólo nos fué comunicada el 31 del corriente.

—Esto es todo lo que hay.

—¿Debo, pues, enderezar mis pesquisas en el sentido de suponer culpabilidad en Scott? preguntó Garrison. ¿Es eso lo que desea su compañía?

—Ud. suponga culpable al que lo sea, replicó agresivamente Mr. Wicks. No siendo Scott, nosotros pagaremos la póliza. Bien puede ser que no haya, después de todo, asesinado.

—Naturalmente, dijo Garrison. ¿Quién ha redactado este informe?

—Yo mismo. Conozco a Scott hace tiempo. Si Ud. quiere informes completos lo mejor será que ésta misma tarde parta Ud. para Hertford. Ingéniese de modo que pueda Ud. verse con nuestro hombre y comuníqueme al punto el resultado. Por de pronto puede Ud. presentarse en la oficina de la compañía con esta tarjeta mía y se le dará un anticipo a cuenta de sus honorarios y además las instrucciones del caso. Tengo el honor de saludar a Ud.

Encasquetóse el sombrero, atravesó el estudio a grandes pasos, abrió la puerta, salió y cerró tras de sí, todo como movido por un resorte.

Poco después Garrison corría en un auto en dirección a las oficinas de la compañía. A las cinco y media estaba de regreso llevando en su cartera 1,250 francos más. Iba a dejar su estudio para dirigirse a su domicilio particular situado en la plaza Russet, antes de marchar a Hertford, cuando llegó un mozo con un telegrama.

Garrison lo abrió y leyó: "Telegráfeme Ud. que acaba de llegar de improviso y que estará aquí a las 8. Le espero.—Dorothea Fairfax".

Dos encuentros

A las 8 en punto llegaba Garrison a la calle Albert en Kensington, donde vivía la misteriosa Dorothea Fairfax. Los números de las casas ya muy borrados, apenas podían distinguirse. Tras un breve examen juzgó que su cliente debía vivir en una de las casas de ladrillo obscuro.

Guiado al azar llamó a una de las puertas. El ayudo de cámara que le abrió pareció sorprenderse un poco al verle, pero le hizo entrar sin embargo, excediéndose en cumplidos y ceremonias.

—¿A quién debo anunciar?

—Mr. Jerold.

El mozo abrió una segunda puerta; un coro de voces frescas y alegres saludaron al recién llegado y de una habitación contigua acudieron al punto varias jóvenes enmascaradas que lucían ricos trajes de fantasía; Garrison estaba en pleno baile de máscaras.

Al momento reconoció su error, saludó sin proferir una sola palabra y se retiró entre las risotadas de todos, pero no sin haberse antes fijado y haberle llamado la atención una joven, espléndidamente vestida, de un escote soberbio y que llevaba al cuello dos collares magníficos uno de brillantes y otro de perlas; junto a la joven estaba un hombre, disfrazado de Mefistófeles, todo de rojo, de pies a cabeza, y que tomaba gran parte en la alegría general.

Divertido más bien que contrariado por la equivocación, Garrison subió las escaleras de la casa vecina. Un viejo de delgados labios, marcadamente bizco apareció en el umbral de la puerta y le miró con aire de mal humor sin invitarle a pasar.

—Mi mujer debe estar en casa, dijo dando un paso hacia adelante, porque le he telegrafado mi llegada.

—¡Jerold! gritó una voz; y Dorothea bajando apresuradamente la escalera corrió hacia él.

Para representar debidamente su papel de marido, él la estrechó entre sus brazos; ella por su parte, siguiendo la comedia, le abrazó con todo el calor de una recién casada.

—¡Querido Jerold! ¡Qué contenta estoy de verte! Pero, ¿y por qué es indispensable que te marches a las nueve?

La indicación no podía ser más clara.

—Mientras dure este negocio tan importante como tú sabes, querida mía, no habrá otro remedio que resignarse con estas separaciones tan crueles.

El había estrechado con naturalidad a la joven por la cintura. Con un gesto muy natural también se desprendió ella de aquel brazo y corrió hacia la puerta por donde entraba el viejo bizco.

—Jerold, te presento a mi tío William, Mr. Robinson. Ha venido con la tía Jill a visitarme.

Dorothea parecía un tanto pálida por la emoción, pero su disimulo era perfecto.

Garrison se volvió hacia el viejo bizco, que le miraba de un modo sombrío.

—Tanto gusto en conocerle, le dijo tendiéndole la mano.

Robinson la rehusó y con tono acre replicó:

—Luego, ¿es Ud. el hombre que Dorothea

escogió por marido y que en el mismo día de la boda la abandonó? ¡Bonita luna de miel la que ha dado Ud. a mi sobrina, señor Fairfax!

Haciéndose cargo de la indignación de Garrison ante una acogida tan poco cordial intervino al punto, y rogó a su pseudo marido que pasase al salón del primer piso. En el vestíbulo antes de entrar le susurró al oído:

—Sea Ud. prudente, se lo suplico. Unos parientes míos han llegado esta tarde de improviso y por eso le telegraficé a Ud. Le recomiendo que se vaya cuanto antes, a las nueve, como le insinué hace un momento.

En el salón encontraron a una señora de pelo blanco, con una especie de barba hipotética, que no era otra que la señora Robinson, la tía Jill.

—Aquí está la tía Jill, exclamó Dorotea. Títa, le presento a mi marido Jerold.

La tía Jill miró a Garrison con una mirada de rencor y no parecía mejor dispuesta que el tío. Garrison comprendió al punto que el matrimonio de Dorotea no había sido del agrado de los viejos tíos. Para justificarse, pues, a los ojos de ellos, les dijo:

—Me felicito de conocer a ustedes y desearé que se persuadan ustedes que Dorotea me ha escogido por esposo por su propia voluntad e inclinación.

—Sentémonos, dijo Mrs. Robinson más amable, y tratemos de conocernos mejor. Estoy segura que terminaremos por ser buenos amigos.

—Buenos amigos, recaló el tío sin disponer por eso su actitud hostil.

Al momento comenzó un interrogatorio en regla.

No había duda de que el tío y la tía desconfiaban; aquel casamiento de Dorotea con un desconocido, sin consultarles para nada y en circunstancias que parecían un tanto misteriosas no les merecía mucha fe. Acosaron a Jerold a preguntas. ¿Cómo había conocido a Dorotea? ¿Qué ocupación tenía? ¿Por qué había dejado sola a su mujer apenas celebrado el enlace?

Garrison sorprendido por aquel diluvio de preguntas, estaba en grave aprieto; su situación era propiamente la de un hombre obligado a caminar en la más negra obscuridad, y que va a tientas y tropezones. Era tan poco lo que él sabía! ¡Había sido con él Dorotea tan pareca en explicaciones! Supo sin embargo barajarse con maña y salir airoso de aquel trance difícil. De vez en cuando para cobrar ánimos, clavaba sus ojos en Dorotea.

Allí en aquel salón de tan viva claridad, resplandecía la belleza de la joven en todo su esplendor y cada vez que Jerold fijaba en ella sus miradas se sentía más animoso para afrontar los interrogatorios de los Robinson. En cuanto a su profesión confesó que se ocupaba en negocios de seguros y que éstos le obligaban a salir de Londres con frecuencia.

—Pero supongo al menos, que tratará Ud. de que cese esta situación anómala, dijo Robinson con tono incisivo y socarrón.

—Tal espero, confirmó ingenuamente Jerold.

Aquello fué prender fuego a la pólvora.

—Ya me lo imaginaba yo, gritó enfurecido el viejo. No hay como casarse con una mujer rica para mandar el trabajo al diablo y darse buena vida.

—Por favor, tío, replicó Dorotea. Su sorpresa y su dolor eran indudablemente sinceros.

Garrison comprendió que estaba tocando un punto misterioso de los de aquel asunto, uno de los puntos sobre los que Dorotea había sido tan poco explícita. Hubiérase desde luego embrollado en aquel laberinto, si un natural sentimiento de indignación no se hubiese apoderado de Garrison ante las ofensivas palabras del viejo.

—Sepa Ud. señor Robinson, que soy un hombre incapaz de hacer una boda de interés. Vuelvo a repetir que Dorotea me ha elegido en completa libertad.

Mrs. Robinson creyó prudente intervenir.

—No empeemos con recriminaciones; nadie ha querido ofender a Ud. Mr. Fairfax. Sí, añadió., (porque más perspicaz que su marido había comprendido que nada conseguiría de Garrison por la imposición), hemos de ser buenos amigos. Si como Ud. afirma, no se casó con Dorotea por el dinero...

—Sí, ya sabemos lo que son estos matrimonios por amor, dijo burlescamente el tío. De dónde cree Ud. que tiene esta casa Dorotea?

—¡La casa! Aquello le hizo pensar a Garrison. Era indudable que la propiedad del inmueble en que se hallaban, estaba en litigio. La observación de Mr. Robinson le hizo suponer que el marido de Dorotea o Dorotea misma serían al fin sus propietarios, aunque algún acontecimiento hubiese retardado su posesión.

—Nunca vine a esta casa hasta ahora, replicó Garrison y no sé qué derechos pueda tener sobre ella Dorotea.

—¡Ah, ah! exclamó Robinson. ¡Y el testamento nos querrá Ud. decir también que no le conoce?

Garrison empezó a vislumbrar la verdad. ¿Cuáles eran los proyectos e intenciones de Dorotea? ¿Quién sabe! El sólo sabía que aquella tarde en su rostro se pintaba la angustia y que él estaba dispuesto a todo por ayudarla.

—Es la verdad, interrumpió Dorotea. ¿Nunca le he hablado del testamento!

—No lo creo, respondió el tío. Y de una vez por todas quiero decirle lo siguiente: He de trabajar en todo momento porque se anule ese testamento antes que consentir que la fortuna de mi hermano pase a manos de un intrigante y un descorrido!

Fuese como fuese, Garrison sintió la necesidad de que se le diesen algunas explicaciones. No podía en justicia exigirle seguir caminando entre tinieblas. Consultó entonces su reloj.

—No esperaba encontrarme aquí con una acogida semejante, dijo. De todos modos, añadió con firmeza, necesito estar a solas un momento con Dorotea. ¿Querrían ustedes retirarse un instante?

Robinson le lanzó una mirada de odio y desesperación; se levantó y salió.

—Ven, querida, dijo a su mujer; comienzan las hostilidades.

Y ambos desaparecieron.

Rivalidad sorda

Garrison atravesó el salón apresuradamente y cerró la puerta con cuidado.

—Ya ha visto Ud. por experiencia que es preciso que yo esté un poco más al corriente de todo, dijo a Dorotea, que se había puesto pálida de emoción.

—Nada ha hecho Ud. fuera de propósito, contestó ésta en voz baja. Al verlos llegar no supe qué hacer. Cuando ellos me aseguraron que yo no estaba casada tuve que mandarle venir.

—Algo de eso conjeturé yo. ¿Pero qué piensan de mí cuando me insultan de ese modo?

Dorotea parecía recelar que hasta las paredes oyeran y traicionaran su secreto.

—Les basta pensar que es Ud. mi marido, susurró ella. Ya habrá Ud. adivinado que ellos se consideran despojados de esta casa y otros bienes legados por un pariente en testamento.

—¿Despojados a causa del matrimonio de Ud.?

La joven hizo un gesto afirmativo.

—No me atrevo a dar a Ud. detalles completos mientras mis tíos estén aquí en la

casa, dijo ella; pero yo le suplico que no me juzgue mal y no me abandone.

—Pero, ¿y ese testamento? ¿Cuándo será ejecutado? ¿Cuándo entrará en vigor?

—No lo sé.

—¿Cuándo llega su verdadero marido? preguntó aún.

En rigor la joven no había declarado que tuviese marido. Se sonrojó y trató de esquivar la mirada del joven.

—¿Le he dicho yo a Ud. que tal persona existe?

—Ciertamente que no. Quizás sea este uno de tantos misterios de los que yo no debo conocer.

—Quizás...

La joven vaciló un momento y añadió:

—Si es que Ud. prefiere no continuar...

En aquel momento resonó el timbre de una campanilla. Dorotea miró a Jerold con el terror retratado en el semblante.

—¿Han llamado? dijo. Quién puede ser a estas horas.

Corrió hacia la puerta, la entreabrió y escuchó atentamente. Garrison escuchaba también. Se abrió la puerta de la calle y cerróse después. La criada había dado paso al visitante.

—Caramba, hombre, dijo una voz masculina. Voy a tener la curiosidad de verlo. ¿Dónde está? ¿Arriba?

Dorotea se volvió hacia Garrison, pálida de repente como la cera.

—¿Qué fatalidad! ¿Por qué no se iría Ud. antes?

Dejóse oír en la escalera un ruido de pasos y al momento empujó la puerta un hombre de alta estatura y buena presencia. Iba con el sombrero puesto y a pesar del calor de la estación llevaba su sobretodo extraordinariamente largo, que le llegaba hasta los pies, y abotonado hasta la barba.

—¡Hola, Dot! dijo familiarmente atravesando el salón. Supongo que no tratarás de escaparte con tu Jerold.

—Nada de eso, murmuró la joven. Teodoro, ¿tú no conocías a Mr. Fairfax Jerold? Mi primo Teodoro Robinson.

—¿Cómo está Ud.? preguntó Garrison haciendo un saludo un poco tieso, pues ninguno de los miembros de la familia Robinson le había caído en gracia.

—Bien, ¿y Ud.? respondió el primo de Dorotea con aire poco amable. Y tú, ¿cómo estás, mi querida prima? añadió con aquella desenvoltura que comunica la intimidad. ¿Qué? ¿Ya no abrazas a tu primo?

Dorotea que mostraba en su actitud el temor y el odio, parecía como petrificada. El

pasó su brazo por el tallo de la joven y la abrazó dos veces.

Garrison, que apenas si podía contenerse vió que ella trataba de esquivar su contacto.

—¿De qué te asustas? dijo el joven Robinson pretendiendo abrazarla de nuevo y riendo con risa insolente. ¿Pues qué, no estabas acostumbrada a esto hasta ahora?

Garrison interrumpió al momento, diciéndole:

—Puede ser que ese tiempo haya pasado.

—¿Con celos ya? exclamó furioso el joven. Si piensa Ud. que yo voy a renunciar a mis derechos de primo, se equivoca Ud. de medio a medio.

Garrison se contuvo a duras penas para no abofetearle.

—¿Y qué derechos son los suyos? si Ud. me permite.

—Oiga Ud. y juzgue, replicó Robinson. en un tiempo Dot estuvo loca por mí. ¿No es así, Dot?

—Lo pasado, pasado está; ahora las cosas han cambiado mucho.

—¿De veras? preguntó Teodoro. Puede ser que más tarde se aperciba Ud. de que no todo ha terminado.

—Vaya, ¿para qué tomar las cosas por la tremenda? dijo Dorotea. ¿No es preferible intentar ser buenos amigos?

—Sea, dijo el primo de pronto con un cambio de actitud, que no logró convencer a Garrison, y le alargó la mano.

Garrison estrechó con frialdad la mano que se le tendía.

Teodoro se marchó riendo estrepitosamente; al movimiento que hizo para despedirse, entreabrió su largo sobretodo, dejando ver un traje de malla todo rojo. Un recuerdo acudió de pronto a la mente de Garrison; aquella risa... Aquel traje... Indudablemente que aquel hombre no era otro que el que momentos antes había visto en la casa de al lado, vestido de Mefistófeles.

El descubrimiento dejó a Garrison estupefacto, tanto más cuando Mr. Garrison y su esposa que llegaban, le preguntaron por qué iba con aquel abrigo tan poco en armonía con la estación.

—Porque quiero, sencillamente, contestó.

Garrison se preguntaba en qué líos se había metido. ¿Por qué Teodoro ocultaba a sus padres que asistía en la casa vecina a un baile de fantasía en traje de Mefistófeles? Pero el tiempo pasaba. Eran más de las ocho y media y por más que él se hallaba encantado al lado de Dorotea y veía que ésta necesitaba de su protección, había que marcharse. Aquella misma noche tenía que

tomar el tren para Hertford y comenzar sus pesquisas en el asunto Hardy.

Al saber que Jerold se disponía a retirarse, Teodoro Robinson se mostró un tanto impresionado.

—Voy abajo a telefonar para que me envíen mi maleta, dijo y desapareció instantáneamente.

Dejando a los tíos Robinson con sus resentimientos Dorotea y Garrison se acercaron al piano. Ciertamente el espíritu de la joven no estaba para música; dejó sin embargo sus dedos deslizarse por el teclado y tocó un fragmento de una canción húngara.

—¿Hay algo más que pueda hacer en obsequio suyo antes de marcharme? le preguntó Garrison a favor del piano, que le tragaba la voz. ¿Cree Ud. que habrá de necesitarlo?

—No sé; creo que no, contestó ella disimuladamente. ¿Tiene Ud. realmente precisión de salir de Londres?

—Sí; me propusieron un negocio minutos después de salir Ud. de mi estudio, y yo acepté.

Pulsó aún más fuerte el piano y preguntó:

—¿Dónde va Ud.?

—A Benges y a Hertford.

Dorotea se interrumpió de repente, le miró rápidamente y volvió en seguida a seguir tocando con una precipitación nerviosa.

—Pero no será en su carácter de criminalista.

—Se trata de un negocio de seguros.

Aquello pareció tranquilizarla.

Garrison sacó el reloj y dijo bastante alto para que lo oyesen los Robinson:

—Bueno, ya es hora de que me vaya.

—Un momento, mi querido Jerold, haz el favor.

Y Dorotea, como acometida de una idea repentina, salió del salón corriendo como una chiquilla.

A los pocos momentos volvió.

—¿Te acompañó hasta la puerta? dijo.

Garrison saludó a los dos viejos, que contestaron secamente.

Ya abajo de la escalera, volvióse hacia él Dorotea, completamente pálida y le dijo entregándole un paquetito que sacó del corsé-lete.

—Ya le he manifestado que tengo en Ud. una confianza sin límites; hágame el favor de guardar este paquetito.

—Si me necesita Ud., dijo Garrison recibiendo el paquete, escriba o telegráfeme. Y ahora, buenas noches.

—Buenas noches, contestó ella y añadió

en voz muy baja clavando en él una mirada preñada de tristera.

—Estoy a Ud. reconocidísima, tenga la seguridad.

Tendióle su mano y la mano de Garrison tembló al estrecharla.

Momentos después estaba en la calle, experimentando una sensación extraña de placer de la que apenas sabía darse cuenta.

Al mismo tiempo, del otro lado de la calle destacóse de entre las sombras una forma humana, que se puso en seguimiento de Garrison hasta su casa.

Dentro ya de ella, sacó de su bolsillo el paquete que le había entregado Dorotea. No estaba cerrado y creyó prudente conocer su contenido.

Era una cajita de madera larga y estrecha. La abrió y lanzó una exclamación de sorpresa. Contenía dos collares, uno de diamantes y otro de perlas, ambos de una belleza extraordinaria. Una idea cruzó de pronto, como un relámpago, por su imaginación.

El conocía aquellos dos collares tan magníficos. Eran los de la joven enmascarada con quien se encontró en el baile. No cabía duda. Y en el mismo momento acudió a su memoria la imagen de Teodoro Robinson y su disfraz de Mefistófeles.

¿En qué aventura se había metido? Toda una novela fraguó al punto su imaginación. Teodoro había robado a la joven sus collares y después dejando el baile, ocultó el disfraz bajo el inmenso sobretodo y había ido a casa de Dorotea con el botín. So pretexto de telegrafiar se ocultó en una pieza contigua y en el momento en que él, Garrison, se retiraba, la joven se vió con él, él la dió los collares y Dorotea con aquel su aire de inocencia, había convertido en enebro a su pseudo marido, que no era sino un pobre instrumento de la más hábil de las intrigas. De aquel modo ella y su cómplice se ponían a cubierto en caso de averiguaciones. La cosa estaba bien tramada y él había cándidamente caído en el lazo tendido por Dorotea. La gran cómica había rayado a una altura colosal en aquella comedia de enredo.

Y, sin embargo, cuando se representaba a la joven tan encantadora, suplicándole que no la abandonase, no podía resignarse a juzgarla culpable. A pesar de la abrumadora realidad, estaba seguro de que ella aclararía el misterio y se justificaría a sus ojos.

La sombra que seguía a Garrison

El hecho era que por el pronto, él se hallaba en posesión de dos collares, cuyo valor

no bajaría de veinticinco mil francos por lo menos.

¿Qué haría con aquellas alhajas? Tenía que salir de Londres cuanto antes por precisión y a aquellas horas no era posible encontrar sitio seguro dónde depositarlas.

Dejarlas en su casa en su ausencia era peligroso; no había más que una solución: llevarselas consigo.

Por fortuna tenía un maletín de un modelo especial inventado por él mismo y que a su modo de ver pondría, dado el caso, a buena prueba la habilidad profesional de los ratas de hotel. El maletín forrado de cuero era como todos los otros al parecer, pero en realidad era un prodigio de astucia. No sólo poseía un doble fondo absolutamente invisible, sino que el forro y el interior estaban a ambos lados unidos por trozos de cuero que semejaban aletas. Aquellas piezas de cuero parecían no tener otra misión que la de impedir al forro de cuero desprenderse cuando se abría el maletín. Pero ocultos en estas aletas se hallaban unos poderosos resortes de metal que producían, al abrirse, un ruido seco como el de un tiro de fusil. Al introducir la mano en la valija abierta, los resortes al menor contacto funcionaban y la mano indiscreta quedaba aprisionada entre los bordes metálicos de la boca, mientras un timbre de alarma resonaba sin cesar.

El doble fondo de aquella valija era lo más indicado para ocultar las alhajas.

Ya puestas allí Garrison llenó los otros compartimentos de ropa y maleta en mano, salió de su casa y se dirigió a pie a la próxima estación de King's Cross. En la calle le esperaba el hombre que le había seguido desde la casa de Dorotea, oculto en el quicio de una puerta. Al salir Garrison, dejó su escondite y sin que aquel se apercebera le siguió los pasos.

A las diez menos cuarto Garrison subía al tren de Hertford. El espía montó en el mismo vagón y tomó asiento en el departamento de al lado. Cincuenta minutos más tarde se apeó Garrison en Hertford, seguido siempre del espía como de una sombra. Dirigióse a un hotel junto a la estación y tomó un cuarto en el entresuelo con ventana a la calle. Momentos después otro viajero tomaba la pieza del lado del criminalista.

Dejando completamente abierto el maletín (era el mejor medio de defender el contenido contra curiosos y ladrones), Garrison a quien los acontecimientos de todo aquel día tenían grandemente enervado salió a dar un paseo antes de acostarse. Es-

tuvo fuera cuestión de veinte minutos. Ya de regreso, atravesaba el vestíbulo cuando un ruido lejano como de algún timbre sonó distintamente a su oído.

—Mi timbre de alarma está funcionando, se dijo, y de un salto subió la escalera.

Al llegar a la puerta de su habitación sintió el ruido como de alguien que lucha. Entró y vió su maletín suspendido en la ventana. El ladrón había ya saltado a tierra, aunque sus dedos permanecían cogidos entre el cierre de la valija. Al llegar a la ventana Garrison vió caer la maleta al suelo; el caco había conseguido desasirse por fin, huyendo en seguida a favor de la obscuridad por la calle desierta.

Inclinándose en el antepecho aún pudo distinguir Garrison la sombra del hombre que huía a todo correr. Perseguirle era inútil. Dar la alarma, imprudente.

Vivamente contrariado Garrison cogió su maleta, la puso sobre la mesa, la abrió y alojó cuidadosamente los resortes. Entre los dientes del cierre habían quedado adheridos tres trozos de piel de los dedos del saltador.

La casa del magistrado

Los acontecimientos de la noche hicieron dormir a Garrison inquieto y preocupado. ¿Qué significaba aquello? ¿Pretendían quitarle las alhajas? Pero, ¿quién más que Dorothea sabía que estaban en poder de él los collares?

A la mañana siguiente, temprano, se dirigió a Benges, a kilómetro y medio de Hertford, para dar comienzo a sus pesquisas. Su primer cuidado fué ver a Mr. Weber, quien le condujo al sitio en que fué hallado el cadáver de Jonh Hardy. Era un soportalito bajo, que daba acceso a una casa deshabitada. Una vez allí y ya solo al retirarse la anciana, el criminalista examinó atentamente el terreno.

En el suelo había un pedazo de loza, un coche, una tapadera de olla, un cigarro, pedazos de vidrio y alambre. Entre toda aquella infinidad de cosas sólo el cigarro llamó la atención de Garrison; lo cogió y lo examinó detenidamente. No había sido prendido. La punta estaba aplastada como si lo hubieran pisado, pero la sortija, una fajita

laque de papel fino, rodeaba el centro del cigarro.

La otra punta del cigarro había sido mordida con los dientes.

Ocurriósele a Garrison que el cigarro podía haberlo dejado allí uno cualquiera; guardóle sin embargo en el bolsillo. Después juzgó indispensable una visita al juez de la localidad.



Entró y vió su maletín suspendido en la ventana.

Garrison se presentó simplemente como detective particular, en representación de una compañía de seguros y explicó el móvil de su visita.

—Estoy a sus órdenes, dijo el magistrado doctor Pike, que se mostró en extremo amable y servicial. ¿Qué es lo que Ud. desea saber?

—Quiero saber qué objetos se han encontrado encima al interfecto.

—Nada de importancia; un manojo de

llaves, una pluma-fuente y creo que unos veinte francos.

—¿No tenía cigarras? preguntó Garrison.

—Sí, tres; dos de ellos con su correspondiente sortija aún. Tocó está bajo llave. según órdenes de la policía, respondió el magistrado.

—¿Habrá entre los que descubrieron el cuerpo o ayudaron a transportarlo alguno que tirase un cigarro entero sin encender?

—Creo que no.

—¿Sabe Ud. de dónde venía el difunto y qué hacía en este pueblo?

—El vivía en Hertford, en casa de Mrs. Wilson, dijo Pike. Tenía allí un amigo, Charles Scott, un inventor que se ocupa en la construcción de un aeroplano. Este Scott me ha hecho varias veces demandas de dinero para cubrir los gastos de su invento, pero yo me he negado siempre a prestarle.

Garrison tomó mentalmente nota de que Scott necesitaba dinero.

—¿Qué me dice Ud. del aspecto que presentaba la víctima? ¿Tenía trazas de haber sufrido?

—Nada en absoluto.

—¿No había en el cuerpo señal alguna sospechosa?

—Una mancha verde en una rodilla y un poco de negro en tres dedos de la mano izquierda y uno de la derecha, manchas difíciles de quitar, hechas con una substancia grasa y penetrante.

—¿Cree Ud. que él hubiera pretendido quitárselas?

—Sí, debió de lavárselas, pero el negro no desapareció del todo.

No dió Garrison mucha importancia a este detalle; recordó, sin embargo, las diversas especies de negro que no se quitan tan luego, la tinta de imprenta, los ácidos, la grasa de máquinas, el hollín y el negro de humo.

Después pensó en otra cosa.

—Y, respecto a los parientes del difunto, ¿no descubrió Ud. nada? El sobrino que vino a identificar el cadáver...

—... Ese es un hombre de negocios; sus respuestas han sido satisfactorias, dijo el magistrado; por otra parte, fué sólo sometido a un interrogatorio insignificante.

—Se incantó Ud. en Hertford de cuanto había en la habitación del interfecto, ¿de su pertenencia?

—Sí, respondió Pike. Media docena de cueillos, unos calcetines, cartas viejas y una caja de cigarras casi llena.

—Si tiene Ud. aquí esos objetos me gustaría, dijo Garrison levantándose, examinarlos un poco...

El doctor Pike se levantó y se dirigió a un estante uno de cuyos cajones abrió. Los tres cigarras estaban junto a un montoncito de plata. Garrison observó al momento que la faja que tenían dos de ellos era exactamente la misma que la del cigarro despuntado que él tenía en el bolsillo. Los de la caja eran iguales también. Faltaban en ella cinco y de los cinco ya conocía Garrison cuatro. El otro debió de fumarlo sin duda el interfecto. Dentro de la caja había una tarjeta escrita con lápiz y decía: "Con motivo de su santo, cariñosos saludos".

Garrison cerró la caja. Estaba como el magistrado realmente en la convicción de que John Hardy, había muerto de un aneurisma o una apoplejía en el momento de ir a fumar su cigarro.

Hizo aún algunas preguntas al magistrado y tomó la resolución de ir a visitar a Charles Scott y a Mrs. Wilson a Hertford.

Descubrimiento sensacional

Regresó a pie a Hertford e indagó el domicilio del inventor Scott. Este estaba en su taller, situado detrás de su casa. Era un individuo flaco, encorvado, canoso, arrugado como una pasa, y que trascendía a tabaco.

El criminalista se presentó como un sportsman, entusiasta por la aviación y gracias a este ardor captóse al punto las simpatías de Scott. Con mucha habilidad tomó informes de sus trabajos, de las gruesas sumas que necesitaría para sus experimentos y así llegó hasta la cuestión de los cien mil francos que había de recibir de "La Inmutable" por muerte de su amigo Hardy. Después de este interrogatorio disimulado pensó Garrison que aquel buen hombre no estaba muy en sus cabales y que la "conquista del aire" le había trastornado por completo la cabeza. De todos modos aún suponiendo que allí hubiera un caso de asesinato, cosa que no podía probarse, parecía difícil si no imposible acusar al inventor.

Garrison se despidió de éste y se retiró. No sabía qué rumbo tomar ahora. Maquinalmente sacó de su bolsillo el cigarro que Hardy había indudablemente dejado caer en el momento de morir y se puso a examinar la punta mordida.

¡Demonios! gritó. En los repliegues del tabaco, en un pequeño hueco, precisamente en el sitio donde había mordido el diente, aparecía incrustada una materia polvorosa, de particulitas oscuras, como cristal pulverizado. Saltábale el corazón, acereó el ci-

garro a la nariz y aspiró, pero no pudo percibir más que el olor fuerte del tabaco. Pero aquel polvo debía de ser un veneno.

Como él sabía que sólo el cianuro de potasio podía en tal forma causar una muerte tan instantánea, juzgó prudente que el farmacéutico de la localidad analizase la materia.

Sumamente nervioso tomó su cortaplumas, quitó con toda precaución todo el polvo del hueco, envolviólo en un paqueto y llevólo al químico.

Momentos después el joven químico del pueblo, inteligente y servicial, echaba en una probeta de vidrio el polvo aquel para disolverlo.

—Si es lo que Ud. supone, dijo el químico, una pequeña adición de una sal de hierro dará a esta solución un color azul de Prusia.

Hizo la mezcla, la agitó y al momento la solución tomó el color indicado.

Garrison observaba emocionadísimo.

—No cabe duda alguna, exclamó el químico con aire de triunfo. ¿Dónde halló Ud. este veneno?

—En un pedazo de carne, respondió Garrison ingeniosamente; trataban de envenenar a mi perro.

Salió Garrison de la farmacia y anduvo errando por las calles con la cabeza como un horno y presa de la mayor excitación nerviosa.

El caso que en un principio parecióle sencillamente casual, tomaba de pronto un aspecto de lo más trágico.

Sintió la necesidad de hacer luz en el asunto, mucha luz, y al punto trasladóse a casa de Mrs. Wilson, donde Hardy se había hospedado durante su estancia de Hertford. Era innegable que el cigarro envenenado provenía de la caja regalada al difunto el día de su natalicio. Había, pues, que conocer el nombre del obsequiante; Mrs. Wilson debía de estar al cabo de muchos pormenores.

Ya en presencia de la señora, Garrison tuvo que inventar otra nueva excusa para justificar su visita y su curiosidad.

—Pasaba por aquí y he querido imponerme de algunos pequeños detalles respecto al asunto de Mr. Hardy, indispensables para que la compañía pague su póliza. Quisiera saber qué personas visitaron a Mr. Hardy durante su estancia en Hertford.

—Al siguiente día de llegar el pobre señor, vino a verle en la noche Mr. Scott. Sus maneras me extrañaron sobremanera. Se retiró como a las nueve. Poco después al ir yo a acostarme, vi salir a Mr. Hardy, que

iría a dar un paseo antes de acostarse. Mientras el señor andaba fuera volvió Mr. Scott y entró en la habitación de Mr. Hardy que había quedado sin llave.

—¿Y se retiró antes de que volviese Mr. Hardy? preguntó Garrison en el colmo de la sorpresa, pues en su imaginación había descartado al inventor en el asunto.

—Sí, señor, cuando vi entrar a Mr. Har-



...lo cogió y lo examinó detenidamente. No había sido prendido.

dy hacía un rato que Mr. Scott se había marchado ya.

Garrison se fué derecho al asunto.

—¿Quién le mandó de regalo el día de su santo una caja de puros?

—Su sobrina, el primer día que él llegó; una joven de lo más hermoso que yo he visto.

—¿Y le trajo ella misma el regalo?

—Ella misma. ¡Jesús! Qué criatura más hermosa! El la acompañó después a la estación, al tren.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Hardy tenía una

sobrina, dijo Garrison como tratando de recordar. Pero no me acuerdo cómo se llamaba.

—Dot, dijo Mrs. Wilson; se llama Dot.

—Eso no es un nombre, objetó Garrison.

—Claro, ella se llamaba Dorotea Booth antes de casarse; ahora su nombre ha cambiado, naturalmente.

Garrison quedóse de repente pálido como la cera. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para aparecer tranquilo y conservar su sangre fría.

—¿Y no sabe Ud. su actual nombre de casada?

—Hay cosas que nunca se olvidan, afirmó Mrs. Wilson. Su nombre de casada es señora de Fairfax.

Garrison quedó aterrado al oír pronunciar el nombre de señora de Fairfax. Parecióle que todo daba vueltas a su alrededor. Acordóse entonces de la expresión de angustia que había demostrado Dorotea, cuando sentada delante del piano en el salón de la casa de Kensington, supo que él salía para Hertford.

Con la mayor ansiedad preguntó de nuevo a Mrs. Wilson:

—Durante la corta permanencia de Mr. Hardy en casa de Ud. ¿le comunicó algo de sus asuntos de familia? ¿Parecía contento con el matrimonio de su sobrina?

—Después de marcharse Mrs. Fairfax, respondió Mrs. Wilson como patrona que goza refiriendo las interioridades de sus arrendatarios, vino Mr. Hardy a charlar conmigo aquí a este mismo salón en que ahora estamos. Estaba de muy buen humor y en extremo comunicativo. Su sobrina, me contó, era hija de una hermana suya, fallecida algunos años atrás; además, dijo el señor, que tenía un médico hermano, de más edad que él, nacido en el primer matrimonio de su madre, un tal Mr. Robinson, a quien aborrecía. Bajo ningún pretexto hubiera querido que su fortuna fuese a parar a manos de ese Robinson o a las del bribón de su hijo Teodoro. Así, pues, toda vez que Dorotea se había casado estaba resuelto a dejarle todos sus bienes, incluso su casa de Kensington. Todavía me dijo más. Creo que me dijo que ya había hecho testamento en este sentido.

Estas palabras de Mrs. Wilson revelaron parte del misterio. Ahora comprendía Garrison el por qué de la antipatía con que los Robinson se habían acogido en su primera entrevista, y se explicaba también las alusiones del tío Robinson al testamento y a la casa.

Quiso seguir adelante sus indagaciones.

—¿Conocía Mr. Hardy a Mr. Fairfax?

—No, no le vió nunca, pero iba a conocerle dentro de un mes. Le había dicho su sobrina que estaba sumamente ocupado Mr. Fairfax en sus negocios y que por el momento le era imposible dejarlos y venir a conocer a su nuevo tío.

El misterio quedaba, por tanto, en pie con respecto al señor Fairfax. Lo mismo también en Hertford nadie había visto a aquel famoso marido, desconocido de los Robinson y cuyas veces debía hacer él, Jerold.

¿Existía en realidad el tal Fairfax, o era una invención de Dorotea? Imposible averiguarlo por lo pronto.

—¿Cuál fué la habitación que ocupó Mr. Hardy? ¿Tendría Ud. la bondad de enseñármela? dijo Garrison.

—Con mucho gusto, contestó Mrs. Wilson. Y le condujo al primer piso, a una habitación bastante amplia, muy sencillamente amoblada.

Jerold echó una mirada sobre las dos ventanas de la pieza, que daba a un patiecito, y bajo las cuales se veía un gran gallinero.

Instintivamente, por ese hábito del criminalista a quien ningún detalle se le escapa, observó que las ventanas carecían de postigos y llamó sobre ello la atención de la anciana.

—¿Oh! repuso ella, eso nada le importaba a Mr. Hardy. Era tan amigo de la luz y el aire que jamás cerraba ni los vidrios.

Garrison examinó rápidamente el cuarto, los muebles, pero nada notó que le pudiera ayudar con sus pesquisas; por otra parte todos los objetos que pertenecían a Mr. Hardy habían sido llevados por el magistrado.

Terminada la inspección, dió las gracias a la señora Wilson y se despidió.

Llamado urgente

Una vez solo absorbióse Jerold en sus pensamientos y se representó la situación con una evidencia abrumadora.

Todo acusaba a Dorotea. No era ella la que tenía interés en la muerte de su tío, puesto que de él heredaba? Acordábase Garrison de la intranquilidad y recelo de la joven cuando fué a verle a su estudio de la Cité. Ahora que sabía el misterio que envolvía se explicaba sus reticencias. A más había aquella rara y oscura historia del collar, que aún permanecía inexplicable, pero que bastaba para demostrar hasta qué punto lle-

gaban la astucia, la perfidia y la hipocresía de Dorotea. En fin. ¿quién mejor que ella podía conocer los gustos y costumbres de su tío y saber que acostumbraba a cortar las puntas de los cigarros no con un cortaplumas como lo hace la generalidad, sino con los dientes?

¿Con qué sagacidad había ideado el plan su diabólica imaginación! Ante todo hace creer a su tío que acaba de casarse; éste feliz al verla ya establecida, hace testamento en su favor. Entonces con una astucia criminal, y obrando como una sobrina cariñosa le lleva a su tío el fatal regalo. Por último, muere Hardy y acude a Garrison para que pase por marido, como es indispensable, y para percibir ella la herencia. Verdaderamente, el plan era de una perfección diabólica.

Y, sin embargo, a pesar de tan abrumadores cargos, no podía Garrison creer criminal a Dorotea. Cada palabra suya, cada mirada de sus ojos, ¿no eran una prueba palmaria de su inocencia? No. No era posible que una mujer tan hermosa tuviera un alma tan negra y abominable.

Pero, ¿y quién entonces había envenenado a Hardy? ¿Carlos Scott? Este hombre tenía interés en que la víctima desapareciera, ya que su muerte le proporcionaba una suma de cien mil francos, que había de pagarle como prima de la compañía de seguros.

El inventor, según testimonio de Mrs. Hardy, había vuelto a la habitación de Mr. Hardy una noche cuando estaba ausente; ¿quién le había impedido abrir la caja regalada la víspera por Dorotea, sacar uno o más cigarros, introducirles el veneno y dejar las cosas como estaban? Sin embargo, Scott le había producido la impresión de un buen hombre, aunque algo desequilibrado, y no podía avenirse a considerarlo como un asesino a aquel maniático que no pensaba más que en el motor y el fuselaje.

En tan dolorosa incertidumbre, juzgó indispensable un nuevo examen de los objetos recogidos por el magistrado. Apresuró el paso y momentos antes de las once llegaba al pueblecito.

El doctor Pike salía de su casa cuando Garrison se le acercó.

—Buenos días, doctor, aquí estoy de vuelta. Tengo casi terminada mi investigación sobre el asunto Hardy y quisiera echar de nuevo un vistazo sobre esas menudencias que Ud. guarda en su poder.

—Nada más fácil, dijo el doctor Pike. Entre Ud. Tengo una diligencia urgente que hacer, cuestión de un cuarto de hora, pero

creo que puedo dejar a Ud. aquí con entera confianza.

Tuvo una amable sonrisa, abrió el cajón en que estaban los objetos y se retiró al momento.

Garrison acercó una silla.

En aquel momento se presentó brusca-mente en la puerta un mozo del hotel donde se alojaba en Hertford.

—Un telegrama para Ud. Mr. Garrison, dijo el criado. Se le vió a Ud. en Hertford venir a Benges, y yo tomé mi bicicleta para traerle el telegrama. Alcancé a ver a Ud. en el momento que entraba Ud. aquí.

Garrison cogió el telegrama, lo abrió y leyó:

—“Venga cuanto antes. Importante. Dorotea”.

—¿A qué hora pasa por Hertford el tren para Londres?

—A las 12.35, respondió el mozo.

—Bueno, pues, vuélvase al momento en su bicicleta al hotel y lleve mi maleta a la estación.

Cuando se fué el mozo, puso manos a la obra y comenzó su nueva pesquisa. Leyó algunas cartas que se habían encontrado a Mr. Hardy. Una sola tenía algún interés; era de Dorotea, de tres semanas atrás y estaba fechada en Bournemouth. Comenzaba así: “Querido tío John”. Dorotea le informaba de que acababa de casarse con un joven llamado Fairfax, del que hacía un brillante retrato. Añadía que salían en viaje de novios, pero que su ausencia sería corta y que deseaba el momento de ir a verle. Falta el sobre; nada indicaba el sitio en que se encontraba Hardy cuando recibió aquella carta.

Jerold examinó en segunda los tres cigarros hallados sobre el cadáver, y lo hizo con toda atención. Ninguno tenía señales sospechosas; las puntas estaban intactas. Evidentemente aquellos no estaban envenenados. Acto continuo abrió la caja de puros. De los 12 cigarros de la hilera superior faltaban cinco: uno ya fumado, por lo visto, los otros cuatro eran el cigarro asesino y los tres encontrados en el bolsillo de la víctima. El joven miró detentadamente los siete que quedaban en la fila. Seis de ellos estaban completamente intactos, no habían sufrido ninguna manipulación criminal. Sólo el último de la fila, el que pegaba a la izquierda con la pared de la caja presentaba un aspecto anormal.

Garrison lo examinó detenidamente a la luz. Indudablemente una punta aparecía manoseada; la hoja entera del cigarro se notaba

decolorida y arrugada, y toscamente enrollada en la punta. Los otros doce cigarros de la capa inferior tampoco habían sido tocados.

Para avanzar más en sus pesquisas, necesitaba Garrison aquel cigarro sospechoso. Y para que el doctor Pike no se apercibiese de su desaparición reemplazólo por otro de la fila de abajo. Después envolvió cuidadosamente el cigarro envenenado y lo guardó en el bolsillo. Examinó entonces la parte exterior de la caja. Con gran satisfacción apercebióse de una etiqueta en que se leía el nombre y dirección de un conocido comerciante Isaac Baun, que tenía cigarrería en Londres en la calle de Oxford. Anotó aquellas señas en su librito de apuntes, así como la marca de los cigarros y cuando iba ya a cerrar el cajón, llegó el magistrado.

—Tengo que salir inmediatamente para Londres, dijo Garrison. Doy a Ud. un millón de gracias.

Estrechó la mano del doctor y a grandes pasos se encaminó a Hertford, llegando a la estación en el momento que el tren se detenía. Apenas si tuvo tiempo de saltar a un vagón; no pudo fijarse en su "sombra" que le esperaba en la estación y se metió, al verle, en el vagón del lado.

Menos de una hora después, mientras Garrison al salir de la estación de King's Cross, se dirigía a su domicilio particular de la Plaza Russel, el misterioso individuo tomaba presuroso la dirección de Kensington.

Una complicación

A las dos y cuarto Garrison que había almorzado apuradísimo se dirigió a casa de Dorotea, calle Albert, preguntándose qué le ocurriría a la joven que le llamaba tan urgente.

Le abrió la puerta Teodoro Robinson.

—Hola, ¿qué tal primo Jerold? le dijo éste tendiéndole afectuosamente la mano. Entre Ud. Cuánto gusto en verlo por aquí.

Garrison esperaba una acogida completamente distinta.

—He venido porque Dorotea...

El otro se estremeció.

—¿No quiere Ud. subir al salón? interrumpió Teodoro.

Garrison subió tranquilamente, esperando que Dorotea le saliese al encuentro. Llegado

al primer piso se volvió hacia Teodoro, quien le hizo seña de que entrase al salón.

Desagradable fué su sorpresa al no encontrar allí dentro más que al viejo Robinson. al que como único saludo preguntó:

—¿No está Dorotea en casa?

—No, respondió el tío, sin saludar también. ¿Quiére Ud. hacer el favor de sentarse?

—¿Volverá pronto? insistió Garrison.

—Podemos pasarnos muy bien sin ella.

Yo tengo precisión de hablar a solas con Ud. Y antes de nada para mayor claridad, confiésenos su verdadero nombre.

Garrison se mordió los labios; no le agradaba que los Robinson supiesen quién era él.

—Permítame que le diga de una vez por todas que no reconozco a Ud. ningún derecho para meterse en mis asuntos ni someterme a averiguaciones de ningún género.

—Es decir que rehusa Ud. contestar! repuso agriamente Robinson. Pues bien. Sabemos ya que Ud. no se llama Fairfax... Su nombre es Garrison... Ya lo ve Ud., estamos enterados de todo, mi querido señor. Hemos hecho vigilar a Ud. y ya sabemos quién es... Es una imprudencia, créame Ud. llevar en la maleta papeles en los que puede verse su nombre, dirección, profesión... Es una imprudencia.

El tono irónico del viejo y la sonrisa burlesca del joven que escuchaba la conversación exasperaban a Garrison.

—De modo que, gritó éste, adivinando que el desconocido que le registró el maletín en Hertford era alguno pagado por los Robinson, ¡ustedes no retroceden ni ante el latrocinio! Esto es demasiado, señor mío, y...

—No tuvo tiempo de acabar la frase, porque en aquel momento entró Dorotea deslumbrante de belleza.

—Ud. aquí, Jerold, exclamó ella. ¿Qué sorpresa! ¿Cuándo llegó Ud.? No sabía que estaba Ud. en Londres.

Corrió a él y con la mayor naturalidad le abrazó cariñosamente.

—Me sorprende Ud. Dorotea. ¿No me telegrafió Ud.?

La estupefacción se pintó en el rostro de la joven.

—No, yo no.

—Es inútil seguir más tiempo la comedia, dijo el tío Robinson, trasluciendo en su voz el odio contra Garrison.

(Continuará).

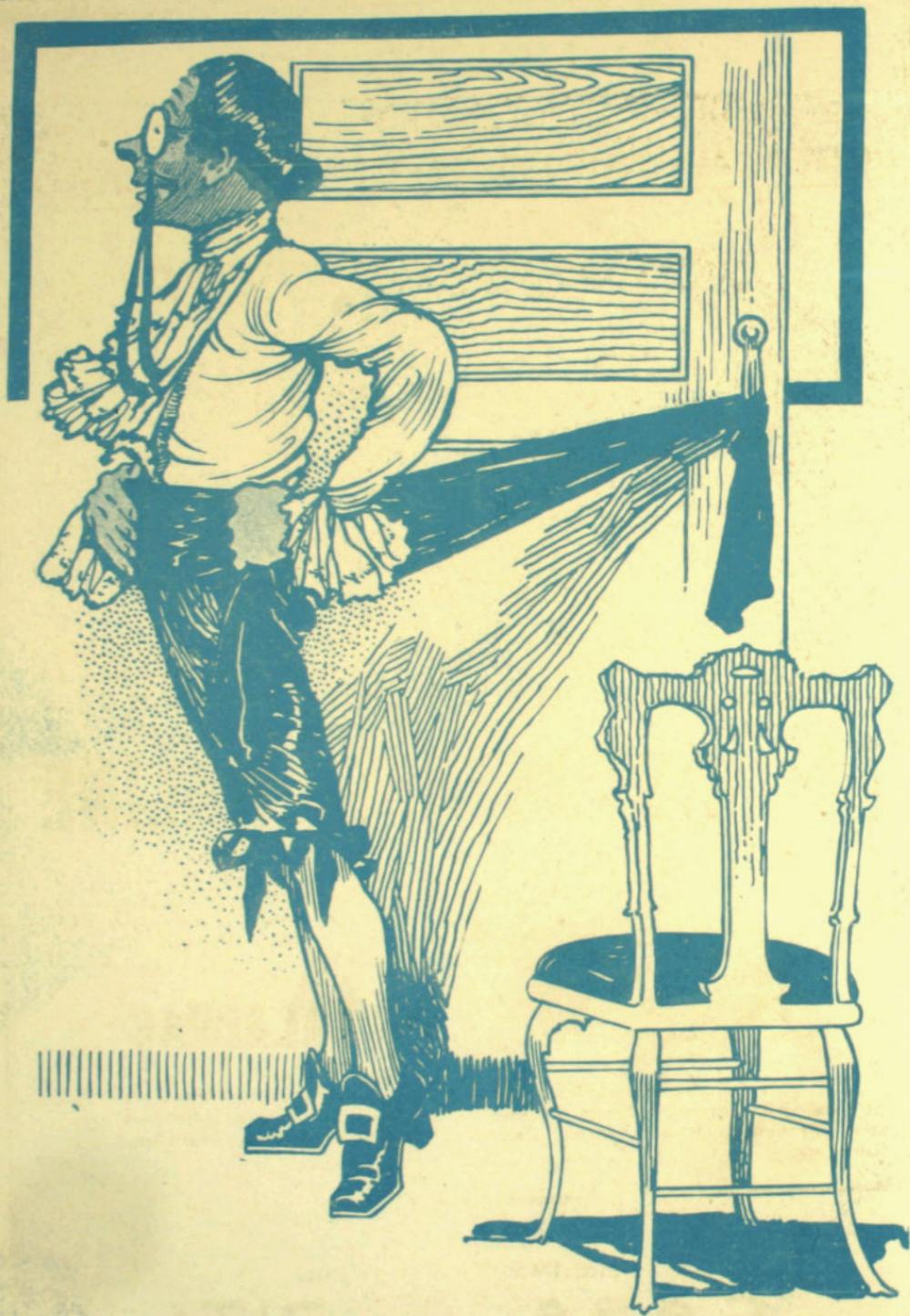
Fbró.
1916

PACIFICO

PRECIO
UN PESO

MAGAZINE





Todo está listo: mi corbatin, mi faja, mi peluca y sólo me falta mi taza de TE U. K.



Lanchón construído en los astilleros que será despachado después a algún puerto nortino.



PACIFICO

MAGAZINE



— Que ayer

Vol. VII.—Santiago de Chile, febrero de 1916.—Núm. 38.

— Que mañana

Una excursión por Santiago Antiquo

El Martín Rivas de Blest Gana y la sociedad chilena en 1850

Por —————

ALBERTO EDWARDS

Con ilustraciones fotográficas

Leí hace bastante años y siendo todavía un muchacho las antiguas novelas de Blest Gana, particularmente sus dos obras clásicas: el "Ideal de un calavera" y "Martín Rivas". Recuerdo con exactitud la impresión que esa lectura me produjo. Encontré en esos libros la pintura de la sociedad en que yo mismo vivía, de sus ideas, sentimientos y costumbres, apenas modificados en el cuarto de siglo que había transcurrido entonces desde su publicación.

Hace pocos días cayó nuevamente en mis manos el "Martín Rivas" y ¡oh! sorpresa!, lo que treinta años atrás era todavía una novela de costumbres contemporáneas, tenía ahora todo el sabor de una evocación histórica, de un verdadero monumento arqueológico.

Seguramente don Alberto Blest Gana no pudo prever ni imaginar que íbamos a poder leer sus libros en vida de su autor, con interés análogo al que nos inspiraría una novela a estilo de Walter Scott, "escrita por un contemporáneo de los sucesos".

¡Tan rápidas y radicales son las transfor-

maciones que experimentan estas sociedades nuevas, al contacto de las ideas y costumbres europeas!... Desgraciadamente no siempre se gana en el cambio, porque con mas facilidad imitamos los vicios y las superficialidades, que la cultura profunda y las verdaderas tradiciones sociales de Europa.

Cuando Blest Gana escribió sus primeras novelas, la transformación había comenzado a producirse, no sin encontrar resistencias en nuestra sociedad, una de las mas conservadoras y nacionalistas de la América. A lo menos en literatura, escaparon entonces del contagio exótico, muchos de los mejores ingenios de la época. Jotabeche, Blest Gana y Vicuña Mackenna fueron ante todo chilenos, se inspiraron en la sociedad en que vivían, y por eso sus libros conservan una frescura y un encanto que no alcanzarán jamás los artificiosos imitadores de los maestros extranjeros, que pretenden asimilarse un ambiente que no les pertenece ni han penetrado.

¡Qué joven, que sencillo, que patriarcal, aparece Chile en las antiguas novelas de Blest Gana! Eso tampoco se lo imaginó el autor al

escribirlas. El quiso, corregir deleitando, y estuvo muy lejos de su ánimo el presentarnos con colores risueños e idílicos los hombres y las cosas de su tiempo. Al contrario, él creía en un porvenir mejor y más feliz; su intento es mostrarnos los defectos y las miserias sociales en la esperanza de que el día de mañana las iba a corregir.

¡Bendita fel... Ella es una de las buenas cosas que hemos perdido.

Veo que estoy filosofando y no se trata de eso. Vamos al asunto.

Martín Rivas es un joven perfecto o casi perfecto. La moderna literatura realista no

cina, minero enriquecido, que ocupa la espectral situación, que entonces como ahora, y aquí como en Jauja, dan las talegas. Martín es un muchacho de rígidos principios morales, bueno como el pan, de corazón fresco y sensible, un poco soberbio y con sus puntillos de impertinencia medianamente cursi. Con tales cualidades, es claro que estaba hecho para que las mujeres pudieran enamorarse francamente de él.

Su futuro protetor, don Dámaso, es un buen hombre como son hoy los chapados a la antigua; excelente padre de familia, honrado, incapaz de hacer daño a nadie. Sin embargo,

Blest Gana no es muy indulgente con este personaje, que sólo, a pesar del autor, aparece simpático...

Es que don Dámaso tiene dos defectos graves, para la joven imaginación del novelista. Es práctico, apegado a lo positivo de la vida, y carece de convicciones políticas definidas.

Es cierto que en aquellos tiempos lo último era imperdonable. No había sino dos partidos, y como ninguno tenía escrito programa alguno, eran perfectamente netos en sus aspiraciones. Se era conservador o liberal, go-

biernista u opositor. Los unos, satisfechos del orden existente, querían conservarlo; en cambio, el programa de los otros comprendía todo el vasto campo de las ilusiones humanas.

Esto ha variado por completo: no hay en el día partido que se atreva a declararse conservador de lo existente, lo que no es precisamente honroso para nuestro progreso político; y en cuanto a gobiernistas, hace mucho tiempo que ni siquiera se les oye nombrar. Es cierto que tampoco hay gobierno.

Es lo que no puedo perdonarle ni a Martín Rivas ni a sus amigos y correligionarios de entonces, que con la mejor fé del mundo, trabajaban ya hace más de sesenta años en proporcionarnos la actual merienda de negros,



La posada de Santo Domingo en su estado actual

consiente tipos así. Hoy día es preciso que al leer un libro experimentemos sensaciones análogas a las del que anda por la calle, trata de un negocio, o se encuentra preocupado por hendedos problemas. No sé cuándo quiere esta gente que pasemos un buen rato.

Pero no es esto sólo: con tanto análisis psicológico y tanta palabra rara, les ponen a los muchachos y a las mujeres la cabeza hecha una olla de grillos, y contribuyen así a despojar el ambiente social de esa armoniosa sencillez, que tan romántica se nos aparece ahora en el libro que recordamos.

Pero, ¿quién es Martín Rivas? Un pobre muchacho de Copiapó que viene a Santiago a terminar sus estudios de leyes. Su padre moribundo, le ha recomendado a don Dámaso En-



Antigua casa de Santiago según un dibujo de la época

y en combatir a don Manuel Montt, que, más previsor que ellos, quería evitarla.

Pero dejemos a un lado la política y sigamos a Martín Rivas, que se detiene frente a la puerta de don Dámaso... Viene pobremente vestido, ha viajado orgullosamente sobre la cubierta del vapor, por falta de medios, y tiene su equipaje en la Posada de Santo Domingo, cuyo vetusto edificio colonial existe todavía frente a aquel hermoso templo.

Me imagino... es decir... estoy viendo la casa de don Dámaso, con su ancho portal y sus habitaciones simétricamente alineadas, alrededor de los tres patios de ordenanza. Hace veinticinco años todavía eran así casi todas las casas de Santiago.

Hoy día hay que buscar como una curiosidad esas habitaciones solariegas y patriarcales, viva imagen del tiempo que se fué.

Aquella cuya fotografía publicamos, conserva casi del todo su antiguo aspecto, como lo comprueba un dibujo de 1840, que de ella hemos podido procurarnos. Construyó esa casa, en 1815, el famoso "chillanejo" Rodríguez Aldea, Ministro de Marcó del Pont y de O'Higgins, y la habitaba, en 1850, un caballero, que si mis datos no están equivocados, sino era don Dámaso Encina se le parecía mucho.

Allí nació nuestro gran poeta don Luis Rodríguez Velasco, hijo de aquel célebre político de los últimos años de la colonia y de los primeros de la República, que joven todavía, rozagante, recién casado, pasea su luna de miel por los países de la Europa.

En 1865, don Luis Rodríguez Velasco, visitó, después de largos años de ausencia, esos muros, envejecidos ya entonces, y ellos le inspiraron una de sus composiciones más sentidas:

"Es un panteón de memorias.
recuerdo de otras historias
de santa felicidad:

de pérdidas alegrías,
de otros venturosos días
de paz y tranquilidad".

Todo está del mismo modo,
pero parece que a todo
cubre un velo funeral.
A veces creo que suena
la voz de ternura llena
de mi madre angelical.

Padres, hermanos queridos,
en estos sitios perdidos
hoy os quisiera encontrar.
Los que no estáis en el cielo
venid, en mi desconsuelo
acompañadme a llorar.

¡Todo calla y muere en torno,
no hay otro en el contorno
más que el eco que hay en mí!
¡Ay! las pantas y las flores
son los solos moradores
que viven fieles aquí!

También vive fiel a los poéticos recuerdos del pasado, el actual propietario de este histórico edificio, mi distinguido amigo don Osvaldo Velasco, que ha tenido el buen gusto de conservar a su casa solariega el aspecto de antaño. Traspasa uno aquellos umbrales y ya no está en 1916, sino muchos años atrás. Su padre compró aquella casa a doña Ignacia Quiroga viuda de Solar en 1865. Por una coincidencia singular, la casa ha vuelto a la familia de su primer propietario.

En 1850, Santiago ya tenía edificios particulares más suntuosos y modernos. Reproducimos la fachada de uno construido en 1842 por don Samuel Haviland, arquitecto también, veinte años, de la casa de Edwards, en La Serena, destruida en la revolución de 1851.

Pero volvamos a nuestro cuento. Don Dámaso Encina recibe afectuosamente al joven provinciano, y le hospeda en los altos de su casa. Aquí comienza el enredo de la novela, que se desarrolla en una serie encantadora de patriarcales escenas de la vida de familia de entonces.

Los caracteres son simples y sobriamente descritos. Ya conocemos a don Dámaso. Su preocupación única es la de sentarse en el Sernado, y dedica una buena parte de su tiem-



La misma casa, en su estado actual



Patio de una antigua casa de Santiago

po a leer los periódicos de uno y otro partido, a fin de husmear el lado de donde podía soplar el viento. Se levantaba gobiernista y se acostaba opositor o vice versa. Actualmente una senaduría no cuesta tantos cálculos y afares, pero muchísimo más dinero. En eso consisten los progresos de nuestra democracia.

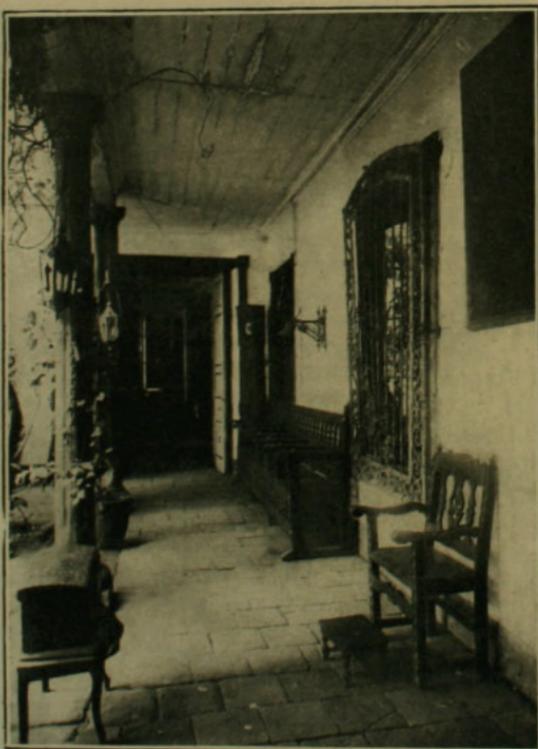
Doña Engracia, la esposa de don Dámaso, es una alma de Dios. No figura en la novela sino para decir amén a todo el mundo.

Agustín, el primogénito del matrimonio, "ha estado en Europa". Esto bastaba entonces para caracterizar a un personaje. Recuerdo haber visto en un periódico de la época, "El Correo Literario", la caricatura de un sujeto muy a la dernière, con ese sólo epigrafe: "Ha estado en Europa". Pocos habían gozado entonces de tal privilegio, y Agustín no habla de otra cosa que de París, en un lenguaje salpicado de divertidos galicismos, con que pretendía darse tono. Ahora mismo, aunque los viajes a Europa se han hecho vulgares, no fal-

tan ejemplares de cursis, de ese estilo. Por otra parte, el hijo de don Dámaso es un excelente muchacho, un poco sin sustancia, pero bueno como el pan.

Es este optimismo el que da a la novela de que nos ocupamos su encanto especial.

Leonora, la niña de la casa, linda, el idolo de la familia, mimada por la sociedad, solicitada por los mejores partidos de la capital, es el carácter más complejo de la novela. Corazoncito de oro, sensible al amor, pero con más soberbia que don Rodrigo en la horca, se va enamorando poco a poco, sin darse cuenta ella misma, del simpático provinciano que su señor padre ha tenido la imprudencia de acoger en su propio domicilio. Por él desprecia a sus demás pretendientes, y muy en especial a los dos de más bulto. Un señor Valencia, riquísimo capitalista pipiolo, y Emilio Mendoza, miembro de una familia conservadora de gran influencia política, que, gracias a ello, goza de un sueldo fiscal de tres mil pesos de 48 peniques al año. Eran, pues, ambos dos buenos partidos.



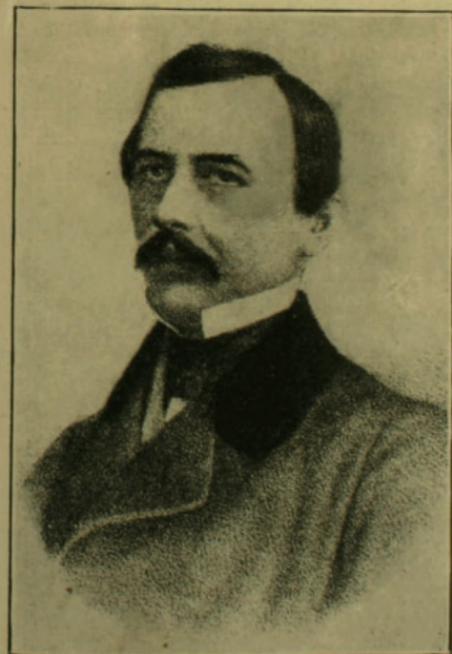
El corredor de una antigua casa de Santiago

En la Universidad Martín Rivas se hace íntimo amigo de un joven, algo mayor que él, tipo de esos futuros "santos laicos", que tanto prestigio alcanzaron años después. Liberal, llena la cabeza de generosos ideales, Rafael San Luis aparece revestido, además, del prestigio de la desgracia. Ha perdido su fortuna y con este motivo le han despachado de la casa de su novia, la señorita Matilde, hija de un hacendado positivo e ignorante, don Fidel Elías, y de una dama romántica, "intelectual", como diríamos ahora, hermana de don Dámaso Encina. Dicen que don Alberto Blest, al describir estos últimos personajes, tomó sus modelos de la vida real, y he oído que el de la madre de Matilde, fué nuestra ilustre poetisa doña Mercedes Marín y el de don Fidel, su esposo, don José María Solar. Todavía no se han olvidado en Santiago los mil cuentos que corrían por aquellos años, sobre el divertido contraste que hacía aquel buen señor, nada ilustrado, con su esposa literata.

También me han asegurado que don Ma-



La casa particular más lujosa de Santiago en 1850



Don Pedro Ugarte

nuel Recabárren sirvió de original a Martín Rivas. Me permito dudarle, y me parece que el distinguido político radical se parecía muchísimo más a Rafael San Luis. Estamos haciendo historia, podemos ser algo indiscretos y recordar que don Manuel Recabárren casó con la que es hoy su viuda, la venerable matrona doña Carolina Solar, hija de don José María Solar y de doña Mercedes Marín.

Rafael San Luis y Martín Rivas, que se ha enamorado, loca pero calladamente, de la señorita Leonor, procuran distraerse, el uno del fracaso de su proyectado matrimonio y el otro de su cariño sin esperanza, por la que juzga para él más alta que un arcángel del cielo, visitando ambos cierta familia "de medio pelo", compuesta de una madre viuda, un hijo, Amador, modelo del siútico de antaño, todo relumbrones y bajos instintos, y dos chicas preciosas: Adelaida y Edelmira.

He aquí un rasgo de nuestras costumbres que se fué para no volver: la tertulia de medio pelo con su mistela, su bailoteo y su manito de monte. El negocio tenía sus encantos, pero también sus peligros, y Rafael San Luis pudo después comprobarlo, muy a costa suya. Se había enredado con la hermosa Adelaida en forma asás pecaminosa, sin que, por supuesto, de ello tuviera la menor noticia misiá Bernarda, que así se llamaba la madre de esos querubines.

¡Sencillez idílica! Las misiás Bernardas de ahora, si las hubiera, se preguntarían a sí mismas... ¿Qué vienen a hacer a casa estos futuros?, y para evitar averías, les cerrarían la puerta. Pero entonces la señora esa soñaba nada menos que en casar a las niñas dentro de la aristocracia.

Reanúdanse, entre tanto, y gracias a Mar-



"Ha estado en Europa".—Antigua caricatura de "El Correo Literario"

tín Rivas y a la señorita Leonor, las relaciones de Rafael San Luis con su antigua prenda, la hija de don Fidel Elías. El caballero consiente en recibir nuevamente en su casa al antes desairado galán, merced a que un tío de éste promete prorrogarle por nueve años más el arrendamiento de un fundo, en el que don Fidel pensaba redondear pingües negocios. Y no se equivocaba el calculador personaje. Comenzaban entonces los famosos años de California, de tanta prosperidad para nuestra agricultura.

La reconciliación de Matilde y Rafael tiene lugar, como no podía menos de ser, en la Alameda. La tímida Matilde sale a medio día acompañada de Leonor y de su hermano, y allá, en el histórico paseo, "se juntan" con Rafael... ¡No es éste un rasgo archisantiaguino!

Lo que sí va no es santiaguino, es la Alameda, o la Cañada, como se decía entonces. Se ha convertido en el "Paseo de las Delicias", y a fé que apenas es posible imaginar

un nombre más despegado y más siútico; y en lugar de los característicos álamos, con sus "cuncunas" y todo, han plantado árboles "de estilo europeo", como para imitar toscamente los Campos Eliseos de París, o cualquiera otra avenida de ultramar.

Apenas va quedando en Santiago otra cosa criolla que la mugre.

No son mucho más hondos ni más intrincados los demás enredillos de la novela. Es como el medio que describe:

Aquellas familias son chilenas, como lo era la arquitectura de las casas, el lenguaje y las ideas de las gentes, la estructura de la sociedad, el sistema de gobierno, los hombres y las cosas... Y el alma al par que se recrea contemplando ese cuadro tan consecuente en todas sus partes tan clásicamente armonioso, siente "voces de dolor, al contemplar tan confuso lo presente".

La indolencia, la ignorancia y hasta la mugre del coloniaje, codeándose con los modernos vicios de París; las ideas y las costumbres de todo lo descubierta de la tierra; falta de rumbos y de fijeza en las aspiraciones de cada cual, e indecisión acerca del sitio que debe ocuparse en el mundo. Hay todavía caballeros y señoras chilenas, pero suelen olvidarse de ese título que debía enorgulleclos cuando van a Europa, y se convierten allá en "internacionales".

El romanticismo de la época que nos describe Blest Gana, consiste precisamente en



Doña Mercedes Marín de Solar



Cómo pudo ser la casa de las señoritas Molina.

que no tiene nada de ese internacionalismo. Aún en Agustín Encina, a pesar de sus donosos galicismo, descubrimos al criollo, al hijo de América inocente, al chileno que no ha dejado de serlo, a pesar de la fascinación que París ha producido en su ánimo.

Sería calumniar al presente, decir que los hombres de ahora carecemos de principios, en política por ejemplo; pero, los de ahora, son también principales internacionales. No tratan ahora nuestros partidos del sistema con que hemos de dirigir al país e impulsar su progreso, sino de la defensa de ideas religiosas y filosóficas, de carácter universal, y tan chilenas como francesas o austriacas.

El mal viene de lejos, y sin ofender a nadie, creo que debemos buscar su origen allá por los años de 1853 o 1854. Entonces se establecieron en Santiago los Jesuitas, buenos educadores y varones virtuosísi-

mos, pero extranjeros, o mejor dicho, internacionales. Ellos formaron generaciones conservadoras más instruidas y filosóficas que las de antaño, pero muchísimo menos chilenas... Por espíritu de reacción, el librepensamiento internacional ha concluído también por devorar al liberalismo nacional y antiguo.

Así es que ahora no se grita "Viva la patria" con el optimismo ingenuo y entusiasta de esos tiempos. Hay algo que no es la patria mezclado a nuestras luchas cívicas...

Pero pasemos por sobre ello, para no entristecernos.

Lo que no ha variado desde entonces a acá es el amor. Blest Gana nos lo pinta con el fuego y la verdad del que siente y no analiza. Así se quería entonces, y así se sigue queriendo, mal que les pese a los artificios pedantescos de la literatura nueva. El cientificismo y la



Antigua Alameda: de una fotografía de la época



La Alameda en los primeros tiempos de la administración Bulnes.—De un dibujo de la época (1841)

psicología, no habían invadido todavía en ese tiempo, el sagrado de las bellas artes. Los autores delietaban con lo que en la vida deleita, con los afectos puros y espontáneos, tan viejos como el mundo; y ¡caramba! sabían lo que estaban haciendo. Con sesenta y cinco años de fecha los libros de Blest Gana se venden más que las producciones modernísimas, con que nos atosigan de día en día. Las almas de los jóvenes y de los viejos continúan vibrando como entonces... En vano pretenden falsificarlas, algunos escritores gastados antes de tiempo, por los refinamientos intelectuales y por las seducciones de la falsa ciencia.

Edelmira, esa encantadora chinita que concibe por Martín Rivas un amor romántico y desinteresado, es un tipo eterno. No hay en Chile otra cosa que niñas así, sobre todo en la clase media. Solemos juzgar a las "siú-ticas" por sus afeites y el mal gusto de sus vestidos pero hay almas bajo esas apariencias vulgares que nos hacen sonreír. En la niña de la alta sociedad, los triunfos y las rivalidades del lujo y del orgullo, apagan en parte el fuego sagrado del amor... Pero para aquellas pobrecitas, no hay más mundo, ni más vida que el querer.

En Adelaida, la hermana de Edelmira, hay más sangre india, más vanidad y ambición que cariño verdadero, y, por sobre todo, un bajo deseo de vengaza. Burlada por San Luis, todo su empeño consiste en impedir el matrimonio del seductor con la linda hija de don Fidel Elías.

Leonor es un tipo femenino de muy diverso género. Sus conversaciones con Rivas mientras toca el piano, y él da vuelta las hojas del libro de música, ocupan muchas páginas de la novela. Blest Gana ha tenido el talento de dar variedad y encanto a esas escenas familiares, de poética sencillez. La niña lucha con su orgullo y con su amor. En cuanto al pobre provinciano la ha colocado como un ídolo en un altar. Por soberbia coquetea ella, y por soberbia también se calla él. La escena no tiene mucha variedad, ni artificio, pero ese es precisamente su mérito. Es hu-

mana, es verdadera; esas luchas, esos temores y esperanzas, esas medias palabras, son la trama de la novela que llevan dentro de sí mismos los corazones jóvenes y sanos... Por eso, al menos en Chile, todos hemos suspirado con Martín y con Leonor, y ahora cuando ya peinamos canas, nos gusta también evocar aquel salón del viejo Chile, con sus señores graves discutiendo de política en su rincón, con su mesa de te, su brasero, sus chismes, sus galanes, todo en el ambiente sosegado y tranquilo de los tiempos que fueron.

Pero de estas escenas Blest Gana tiene el privilegio. Nadie sabría penetrarlas como él. La visita de doña Bernarda en casa de don Fidel Elías no hay con qué pagarla.

Maldita vieja! Cómo descompone el idilio del romántico Rafael San Luis, y de su tímida y apasionada novia. ¡Eso es maravillosamente chileno! La interesada despreocupación de don Fidel; el candoroso desengaño de la niña;



¡Viva Chile!—La pampa el 19 de septiembre en los antiguos tiempos

las teorías de la señora intelectual; el murmullo que se viene encima del desventurado galán, el rompimiento del matrimonio. Todo pudo ser en su tiempo, fatídica tragedia; pero qué aroma de sencilla hidalguía se desprende de esa escena, que quiso ser realista, y es de un alto interés romántico... Después de eso, uno cree en la Edad Media, de los libros de caballería.

También Martín Rivas hace de Amadis de Gaula y se constituye en el campeón de Edelmira, a quien su mamá quiere casar a la fuerza con el inevitable oficial de policía. Este último tipo social ha desaparecido de Santiago, como el militar antiguo, mal vestido, sudoroso e ignorante, frecuentador de tabernas y chinganas de ínfima categoría. El cambio se produjo después de la revolución de 1891.

Martín acompaña a Edelmira hasta Renca, donde encuentra ella refugio en casa de una tía. No sé hasta qué punto pueda ser real aquella escena, y las cartas llenas de delicado sentimentalismo que se cambian entre la enamorada niña y su caballeresco y desinteresado paladín. Pero uno está tentado para creer mucho bueno de esos jóvenes que pasaban las noches enseñando al pueblo en la Sociedad de la Igualdad, y sabían batirse a tiros por causas malas, pero que ellos creían buenas con toda sinceridad.

El escándalo que se produce en la casa de don Dámaso cuando llega a saberse aquella especie de raptó, está magistralmente descrito por Blest Gana. Por supuesto, nadie cree la verdadera historia y todos los de la familia, incluso Leonor, quedan convencidos de que se trata pura y simplemente de una calaverada.

La entrada de Martín al comedor de la fa-



El coronel Urriola

milia en medio del grave y estudiado silencio de todos los circunstantes; el embarazo con que don Dámaso dirige al culpable algunas frases banales, durante la comida; el diálogo lleno de verdad, entre el dueño de casa y el pobre alojado... Cada uno cree haber vivido esa escena.

El lenguaje de los personajes de Blest Gana es notablemente propio. Nuestro genial novelista no prodiga los barbarismos, y, sin embargo, sabe caracterizar a sus personajes en forma que se les creería de carne y hueso.

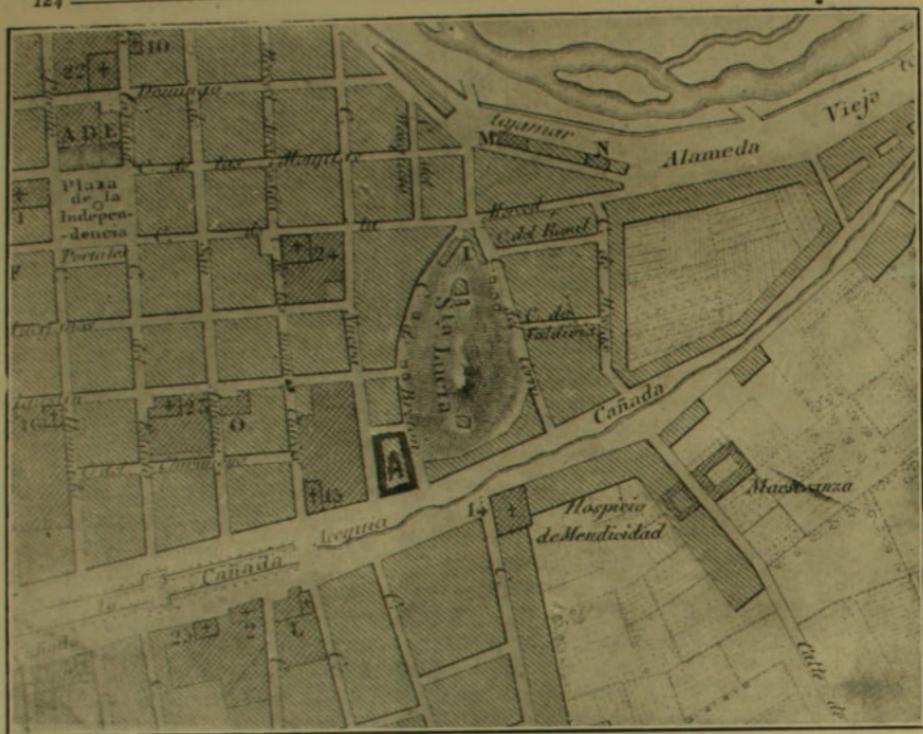
El señor rico, grave y práctico; la madre de familia, los galanes y las damas, los siú-ticos y los rotos, sus personajes todos "hacen maravillosamente su papel". Porque no ensayó Blest Gana, ese difícil género literario de la alta comedia, en que tan pocos han tenido éxito en Chile? Es una lástima, porque, para expresarnos en la jerga técnica, el hombre "sabe mover sus muñecas".

El incidente a que nos hemos referido trae por resultado que Rivas sale de casa de don Dámaso y en circunstancias en que tiene ya concebidas esperanzas muy fundadas de ser correspondido por Leonor.

Rafael San Luis lo mete entonces en política. Ambos pala-



Una tertulia de confianza en la época de Bulnes. (De un grabado de la época).



Plano de los barrios centrales de Santiago, en la época de Búlnes

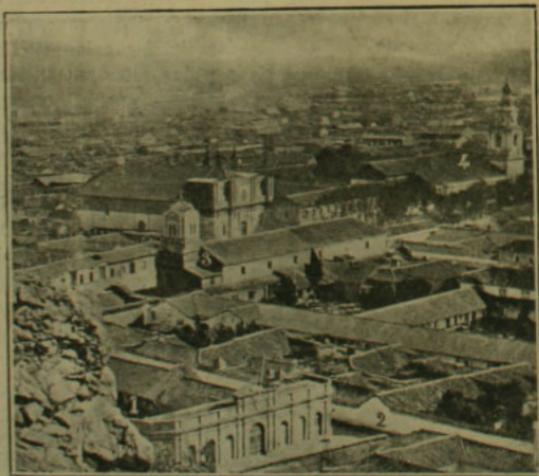
dines, junto con muchos otros mozos alborotados, quieren librar al país de la opresión de esos hombres que habían realizado el prodigio de convertir la más convulsionada República de Sud-América en la nación más ordenada y feliz del continente. No puede negarse que aquella tontería está muy en el carácter de la época.

Nuestros políticos liberales se empapaban entonces en los Girondinos de Lamartine. Hasta en eso eran románticos y poe-

tas. Habíanse apropiado el papel de héroes de la Revolución francesa. La Moneda era la Bastilla; los pelucones los tiranos del pueblo:

Bulnes, Montt y Varas, el antiguo regimen con todos sus horrores; ellos los redentores del porvenir. ¡Pobres niños! ¡Cuánto daño nos hicieron con la mejor fe del mundo!

El motín del 20 de abril degües bajarlos de sus ilusiones. El proyectado levantamiento a la parisiense, resultó una sargentada de puro esti-



El Cuartel de Artillería y el Monasterio de las Claras, desde el cerro de Santa Lucia

lo americano, que el pueblo de Santiago miró pasar con la boca abierta. Sólo se batieron al lado de Urriola algunos fuertes, pero los artesanos, discípulos de la Sociedad La Igualdad, al primer toque de llamada, corrieron a los cuarteles cívicos, a combatir por el Gobierno y por la candidatura de don Manuel Montt. La Bastilla, a Dios gracias, no fué tomada.

“Blest Gana, dice Vicuña Mackenna, describe en esa interesante novela, con lucida fantasía, algunos de los cuadros del 20 de abril, mezclando el amor con la guerra, el miedo con la baratería y el logrerismo político”.

Así es, en realidad. Aquella célebre revuelta aparece pintada en “Martín Rivas” por tres de sus aspectos: la lucha en la calle, las emociones personales de dos de los héroes de la jornada y el efecto del combate en el tran-



Un trozo de la Alameda de Santiago en 1851

quilo y timorato hogar de don Dámaso Encina.

Martín acaba de regresar de Copiapó y vive ahora con su amigo Rafael San Luis. Entre tanto, todos los miembros de la familia de don Dámaso están deseosos de traerlo de nuevo a la casa. El caballero lo echa de me-

nos, como inteligente colaborador de sus negocios; Agustín como buen compañero; y la encantadora Leonor, por su parte, se siente enamorada, a pesar suyo, y no cuida de disimularlo demasiado.

Agustín va en busca de Martín a casa de Rafael San Luis. El tímido amante de Leonor siente deseos locos de volver a la querencia. Rafael lo disuade; sus quebrantos le han hecho excéptico. Por otra parte, cuenta con su amigo para la jornada revolucionaria. Le ha armado caballero de la libertad.

Para conciliar el amor con el patriotismo,



El Regimiento 2 de línea en 1851.—De un daguerrotipo de la época



Don Marcos Maturana

los dos amigos encuentran un expediente viejo como el mundo. Martín, antes de partir al combate, escribe a Leonor una carta en que le declara su amor con hidalga sencillez. El galán sabía hacer ésto: aunque provinciano y pobre, era un cumplido caballero, muy bien criado.

Todo el toque de las revoluciones en la época del pipiolaje, antes de 1830, consistía en tomarse el cuartel de artillería. No se faltó a esta tradición en 1851. El coronel Urriola salió de su cuartel antes del alba con el batallón sublevado y se fué a situarse a la Plaza de Armas, confiado en que el resto de la guarnición y el pueblo entero iban a secundar el movimiento.

Esta esperanza lo perdió. El Gobierno tuvo tiempo para organizar la defensa, asegurarse la fidelidad del Chacabuco y reunir a los civiles.

Ya entrado el día, Urriola se dirigió a la artillería, resuelto a combatir, pues ya era necesario. El cuartel de artillería, demolido hace

pocos años, se encontraba en el punto marcado con la letra A en el plano de Santiago antiguo, que acompañamos.

Urriola, al frente de su bizarro regimiento, se situó en la Alameda, al costado del monasterio de las Claras. Las dos fotografías adjuntas dan una idea muy exacta del teatro de los sucesos, tal como existía en esa época. En la primera, tomada desde el cerro, el número 1 indica el cuartel de artillería y el número 2 el monasterio de las Claras con su larga pared blanca a la calle de las Recogidas (hoy de las Claras). La otra vista representa a la Alameda de esos años. Allí se vé en primer término el costado de la iglesia de las Claras, y más allá de la boca-calle, la oscura fachada del cuartel de artillería.

Fuó junto a los muros blancos de la iglesia donde se estacionó Urriola, al frente del Valdivia. Tenemos la suerte de poder presentar a nuestros lectores un retrato de aquel célebre regimiento, tomado en daguerrotipo, por ese mismo tiempo. El vetusto edificio que aparece en la vista, es el propio cuartel de artillería.

Junto a la iglesia de las Claras, Urriola dejó transcurrir largas horas con el arma al brazo, esperando siempre vencer sin necesidad de combatir. Esta actitud tenía locos de ira a los jefes civiles del pronunciamiento, en particular el más sanguíneo de todos, don Pedro Ugarte, que al decir de los historiadores, pasó toda aquella mañana en la botica de Vásquez (al lado de las Claras), tomando goma líquida para calmar su bilis en ebullición.



Carretas y birlochos en el camino de Santiago a Valparaíso

La batalla se empenó por fin. La artillería fué valientemente defendida por el bizarro coronel don Marcos Maturana. Urriola murió de un balazo en la calle de las Claras y el motín fué vencido.

Blest Gana nos hace seguir a sus dos héroes, San Luis y Rivas, que se batan como leones. Verdad es que Vicuña Mackenna nos dice que en ésto hay algo de novela, y que los futres no brillaron por su valor en la jornada del 20 de abril, y que el tipo de Rafael San Luis, "que tantos se han apropiado", no abundó aquel día.

No sólo no abundó, sino que en realidad ningún civil fué víctima de su arrojo en ese combate de las calles de Santiago. La muerte heroica de Rafael San Luis, es por consiguiente un episodio de simple fantasía.

La escena en la casa de don Dámaso, mientras se desarrollan los sucesos de la revolución, es quizás la mejor que ha escrito Blest Gana en toda su vida.

El miedo, la confusión, las vacilaciones políticas del dueño de casa, todo ello tiene un movimiento, una vida de extraordinario relieve. Don Dámaso, al levantarse no puede atinar con sus prendas de vestir. La señora recorre al dormitorio mal cubierta con lo primero que halla a mano... "Revolución, papá"... grita Agustín... La perrita de doña Engracia ladra. Se reza el rosario en familia. Llega don Fidel Elías con su mujer y su hija. Y aquí de los comentarios, de las noticias contradictorias que llegan del teatro de la lucha.

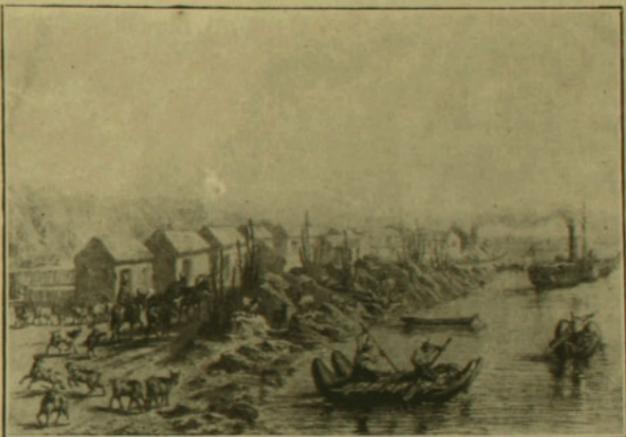
Leonor ha conservado su serenidad, que pierda al recibir la carta de su adorado. Se lo imagina preso, prescripto, herido, muerto quizás. Entonces se desploman los últimos baluartes de su orgullo, y acongojada y llorosa sube a los altos de la casa, y asomada al balcón ve venir por la calle al propio Martín Rivas, prófugo después de la derrota de los su-

yos. Le abre la puerta, lo lleva a su propio cuarto, y allí ambos amantes se juran un amor eterno.

Pero los vencedores entran a registrar la casa. Alguien ha visto que se ha refugiado en ella uno de los revolucionarios. Martín es preso después de heroica resistencia.

Don Dámaso, que ha recobrado la tranquilidad y convertídose en gobiernista acérrimo, después de la victoria del Gobierno, lo recomienda a sus captores.

—Espero, dice que se tratará a ese joven con miramiento y generosidad: yo, como partidario de la administración, añade enfática-



El vapor de la carrera entre Valparaíso y el Callao

mente, intercederé por él con el señor Presidente.

Y aquí es donde arde Troya, porque la niña, que no se para en barras, insiste en que su papá comience desde luego sus gestiones en favor del prisionero. El caballero, que en unión de otros como él, ha ido a la Moneda a pedir fusilamientos y medidas enérgicas, creyendo recomendarse así a los vencedores, le contesta que es prudente dejar pasar algunos días.

—Iré yo entonces a verme con la mujer del Ministro, exclama Leonor exasperada con la indiferencia de su padre.

—¡Qué interés tan vivo tienes por Martín! dice en tono de reconvencción el caballero.

—Más que interés: le amo, replica Leonor.

Estas palabras caen como una bomba en esa familia, buena y sencilla después de todo. El hecho es que nadie se atreve a contradecir a Leonor, y después de un corto debate, el excelente don Dámaso sale en campaña para conseguir el indulto de Martín.

—“Cuando más conseguiré que lo manden desterrado, se dice, y una vez fuera del país, Leonor lo olvidará y se casará con otro.”

Pero no sucede así, y Numa se casa con Pompilio como era de esperarse.

El feliz amante, preso en la cárcel, es puesto al fin en capilla. Lo van a fusilar, lo que es otra inexactitud histórica, porque después del 20 de abril ni se pensó siquiera en ejecutar ninguna sentencia de muerte en la persona de los civiles comprometidos. Sólo subió al patíbulo un sargento que había disparado contra su oficial.

Pero “si non e vero, e ben trovato”.

Martín en la cárcel, entabla tierna correspondencia con la que ya es su novia, y tiene

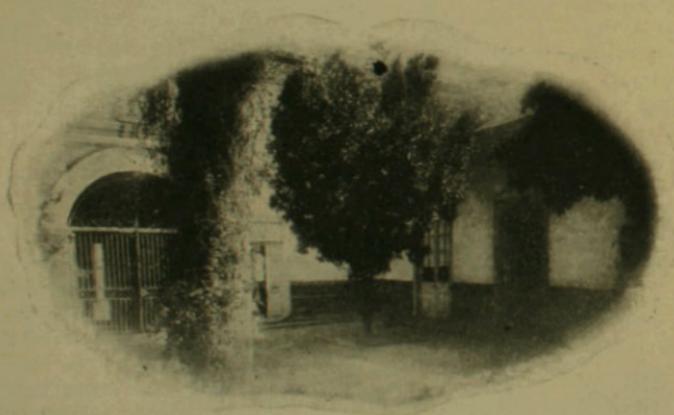
después la dicha de verla en su propia celda, acompañada por el complaciente Agustín.

Entonces viene el rasgo más romántico de la novela. La enamorada Edelmira se sacrifica por la vida y la felicidad de su adorado Martín, y consiente en casarse con el recordado oficial de policía, a condición de que éste facilite la fuga de Rivas.

Es ésta, puede decirse, la última escena de la novela. Martín se fuga, con facilidad extraordinaria para un reo de muerte, y Leonor y Agustín lo acompañan hasta el birlocho que lo debe conducir a Valparaíso, donde se embarca secretamente para el Perú.

Sigamos con la imaginación al venturoso mancebo por el viejo y romántico camino de Valparaíso, y luego en el barco de vapor que lo lleva por pocos meses al extranjero.

Don Dámaso no tarda en conseguir su completo indulto, pero no dice la historia si llegó o nó a sentarse en el Senado.



Aristocracias en Chile

Para "Pacífico Magazine"

"Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores".

Don Quijote, I parte, cap. XXI.

Por

CARLOS SILVA VILDOSOLA

Entre las enfermedades del alma chilena— ¡oh! una bien pequeña y más digna de burla que de severa censura—podría un buen médico de las dolencias sociales describir y diagnosticar el afán de creerse aristocráticos y de hacerse pasar por tales que trabaja a algunos de nuestros compatriotas.

Un siglo de República y la conciencia bien clara de que no es posible que nuestro remoto país, colonia pobrísima, fuera poblado principalmente por grandes de España, no han logrado desvanecer esta prestigiosa ilusión en que tantas gentes viven en Chile de que descenden de nobles y llevan en el solo hecho de su origen, en el de llamarse Tales o Cuales, un título a la consideración pública y una razón de superioridad sobre los demás seres que pueblan la tierra.

Enfermedad es ésta heredada de España, país monárquico, donde aún hoy, a pesar de revoluciones y evoluciones, todavía las gentes, al menos muchas gentes, se deslumbran con los títulos nobiliarios y creen que las es-tropeadas, decaídas y rotas aristocracias de este siglo XX, tienen un valor y una fuerza social semejante a la que tuvieron en el pasado.

Ni es exclusiva de nuestra naciente y mal definida democracia, porque sus síntomas aparecen aún más claros que entre nosotros en diversos países de la América Española y mucho más aún en los Estados Unidos,

donde no son raros los reyes del acero, del petróleo, de las salchichas o del fierro galvanizado que se procuran entronques con familias inglesas, nobles unas veces, y otras descendientes de caballeros rurales, de clásicos esquires dueños de tierras, y acaso con una Real Cédula que los consagró **Knights** y les dió derecho a llamarse **Sir**.

No todo en esta manía es merecedor de burla, porque en muchos casos no es sino la manifestación de un honrado deseo de crearse una tradición de familia, cosa que en ambas Américas hace falta y puede ser causa de mayor robustez en los lazos que para bien de la sociedad deben unir a unas generaciones con las otras.

En América es lo común que la tercera generación no sepa ya cosa alguna del que fundó la familia. Al venir de España nuestros antepasados cortaban todo vínculo con los que quedaban allá, que algunos quedarían, ya que no es de suponer que se vinieran siempre grupos de familias completas, con padres, hijos, nietos, primos, sobrinos, tíos y demás parentela. No sé de familia alguna en Chile en cuyo poder existan cartas u otros vestigios de haberse comunicado los primeros que fueron a América con los que dejaban en la patria grande. Parece como que el que partía para América desaparecía del mundo de los vivientes para los deudos que quedaban en la metrópoli.

Y esta falta de comunicación y este cortarse bruscamente todos los lazos haría sospechar que algunas se venían sin muchos deseos de que en España volvieran a tener noticias suyas, o que no era tan excelso lo que en su patria dejaban que valiera la pena de mantener un hilo de relaciones.

Mark Twain, el célebre humorista americano, dice que sus investigaciones genealógicas lo llevaron a la conclusión de que el primero de su linaje que fué a América, hizo el viaje con Cristóbal Colón, "como pasajero", y añade que llevaba como equipaje un pañuelo de colores que contenía cuatro calcetines desparejados y un cuello de goma. De éste cree derivar el convencimiento de que no hay en los Estados Unidos familia más antigua que la suya, y tiene muchísima razón.

No hay, pues, daño, sino mucho provecho, en que las gentes procuren crearse una tradición y mantenerla en estos países en que todo se corta, todo se disuelve, todo se muda, en que las casas se venden y derriban, en que son tan raros los que logran conservar una propiedad por más de dos generaciones.

Y es **La Casa**, la materialidad del edificio bajo cuyo techo nacen unas generaciones tras de las otras y que es como símbolo vivo de la continuidad de la familia, impregnado en sus muros de afectos, dolores, alegrías y altos y bajos sucesos, lo que en las viejas nacionalidades europeas, sin exceptuar los campesinos suizos tan sinceramente demócratas, da la sensación de la familia que se prolonga en el tiempo hacia el pasado y hacia el porvenir como una entidad definida y un organismo autónomo.

A medida que el país ha ido entrando en el reposo de los años y en caminos de más alta cultura, se despierta en Chile este deseo de algo estable y se busca en cada familia el origen de la tribu. ¿De dónde venimos? ¿Qué hacía y qué era el abuelo remoto que vino de España?

Son preguntas no siempre fáciles de contestar. En Europa, donde tan común es que una familia no haya salido de su pueblo o aldea en varios siglos, suelen hallarse gentes muy modestas que tienen su genealogía completas, sin un solo vacío, por más de trescientos años. ¿Pero quién se echa a buscar las ascendencias y descendencias de aquellos aventureros españoles que salían de su tierra

sin papeles, que vagaban a veces durante años enteros de un reino a otro antes de fijarse en alguno, y que, por fin, vivían en despo-blados donde apenas si conseguían un cura medio indómito que les hiciese cristianos a los hijos sin cuidarse mucho de los registros parroquiales? La leyenda del cura Monardes que cuando le faltaba papel de fumar solía liar cigarrillos con las partidas de bautismo, que, escritas en hojas sueltas, iba echando metódicamente en un saco triguero, no es tan fantástica para él que alguna vez haya buscado actas de nacimientos o matrimonios o muertes en esos registros anteriores a la mitad del siglo pasado.

Pero lo malo no está en que las gentes se hagan una tradición, que eso es propio de la familia bien constituida y crea afectos que ennoblecen, sino en que hay algunas que se empeñan en hacer una parodia de aristocracia nobiliaria es un país que no tiene en su historia sino la posibilidad de probar que su raza es más pura que la de otros de América, que no sufrió tanta mezcla de indios y tuvo poquísima de negros, y que fué desde la Independencia y aún antes de ella una nación decente.

Decía un escritor español de mucho ingenio, después de haber visitado a Chile, que en ese país existe la mejor aristocracia que se conoce en el mundo, porque es la única aristocracia **de voluntad** que se haya organizado jamás. "Llegaron allí, decía, a mediados del siglo XVIII unas cuantas familias vascongadas que se llamaban con nombres con muchas erres, y cuando se vieron en la colonia pobrecita y olvidada, y comprendieron que ellos eran más fuertes, más emprendedores, mejores comerciantes y más hábiles agricultores que los demás españoles ya establecidos en el país, no tardaron en decirse entre ellos: "Nosotros somos vascos, somos lo de los fueros de Vizcaya y el árbol de Guernica, por lo tanto nosotros somos aquí la aristocracia". Y así—terminaba diciendo el maligno escritor—se constituyeron en aristocracia no por obsequio del Rey, ni por herencia de sus abuelos, sino por su propia y enérgica voluntad."

No cabe poner en duda que el origen vascongado y más precisamente vizcaíno, de un gran número de viejas familias chilenas, explica las tendencias aristocráticas. En Vizcaya todos son nobles. Por modesta que sea la

condición de una familia, por decaída y maltratada que se halle, tiene su escudo, sus paños y una Torre, que así se llaman allí las casas de campo, que lleva o ha llevado su nombre como cierta indicación de que sus antepasados fueron señores de la tierra.

“Ser hidalgo vizcaíno—me decía una noble señora española, que por cierto era de aquellas tierras—es mucho más que tener título; los títulos los daban y los dan los reyes por favores y no siempre por verdaderos servicios a la nación; mientras que nosotros tenemos nuestra sangre limpia de tantos siglos y hemos servido a España en todos los tiempos.” Y en su escudo había un árbol seco “símbolo de la ingratitud real” y recuerdo de no sé qué cuestiones que alguno de los suyos tuvo allá por el siglo XIV o XV con un desgraciado soberano español.

No hurtamos, pues, los vizcaínos de Chile el orgullo de raza, el creernos superiores y la afición a los pergaminos, escudos, títulos y otras zarandajas aristocráticas.

A veces esta preocupación de la nobleza llega a convertirse en una verdadera manía bien determinada y perturba la actividad del paciente que ya no tiene voluntad ni entendimiento para otra cosa que para buscar genealogías. Pero los casos de esta especie son raros en Chile.

No he de olvidar ni lo habrán olvidado otros de mi generación a un joven de raro talento y exquisita cultura literaria que dejó algunos libros y entre ellos uno de versos, en el cual hay sonetos de robusta forma castiza y noble entonación: don Luis Luco y Valdés. Cuantos le conocieron saben que no hubo más perfecto caballero, ni hombre más bondadoso, ni amigo más leal.

La manía genealógica lo dominaba en absoluto y esterilizaba sus facultades que habrían podido emplearse en trabajos literarios con mayor provecho para él y para las letras nacionales. Había averiguado sus apellidos hasta no sé cuántas generaciones y, por cierto, que pertenecía, tanto por la línea paterna como por la materna, a dos de las familias más antiguas e ilustres del país. Un día me dijo que, en realidad, si él firmara con todos sus apellidos tales como deberían ser, se llamaría Luis Alberto Martínez de Lugo de Aragón y Menéndez Valdés de Cornellana y León de la Barra.

Entre sus poesías hay un soneto que expre-

sa admirablemente el estado de su alma perdida en las nubes de la heráldica. Comienza así:

En el ayer mi espíritu anegado,
no acierto a comprender la edad presente,
de cuanto me rodea vivo ausente,
mi corazón entero es del pasado.

Y así era, en efecto. Pasó por la vida sufriendo muchas tristezas, en un contraste doloroso entre sus sueños de grandeza nobiliaria y las crueles realidades de su existencia. Cuando murió, joven aún y profundamente desgraciado, un amigo suyo, que también cultivaba el mismo género, comenzaba su necrología en “El Ferrocarril” con estas palabras: “Acaba de extinguirse por la línea de varón la nobilísima casa de los Martínez de Lugo de Aragón, cuya grandeza semi-real llena páginas de oro en la historia de la colonia...”

Los que conocíamos la asendeada vida de nuestro amigo, sentimos toda la amargura involuntaria de aquellas palabras sobre una tumba que guardaba tantos dolores.

Aquel era un apasionado, un lírico. Otros toman esto como una sección de la historia y entre ellos hay quienes hacen ahora mismo en Chile labor meritísima de investigaciones en extremo curiosas. Pero los ha habido en Chile y los hay en España, en Inglaterra y otros países que explotan las genealogías como un comercio y hacen dinero satisfaciendo la vanidad de unos cuantos.

En Londres hay oficinas especiales organizadas para procurar a los americanos entronques ilustres. Una tarifa bien graduada permite descender de un simple *esquire*, de un caballero, de un conde y hasta de un duque si el interesado puede pagarse este lujo. La fabricación de retratos de familia para el uso de los así ennoblecidos es una de las fuentes de recursos de algunos jóvenes pintores de talento. Hay quien se especializa en los Van Dyck, quien produce Gainsborough y quien hace de prisa y corriendo, entre un correo y otro, un claro-oscuro que en Oklahoma o en Denver (Colorado) puede sin peligro alguno ser “atribuido a Rembrandt”.

Existe en España la misma profesión de buscador de noblezas y en Chile hubo años ha un extranjero que ganó algunos cuartos con trabajos de este género que no alcanzaban mucho crédito entre los conocedores, pero que los interesados pagaban a buen precio.

Es en Europa donde los americanos del norte y del sur tocados de la manía nobiliaria acaban de desequilibrarse y hacen toda suerte de desatinos.

Luego de haber llegado y sentido despertarse su sangre azul, cambian de nombre y el que menos se añade una partícula entre el de pila y el de familia, y el que puede exhuma alguna antigua forma de este último, arcaica y desusada, y se acomoda con ella un nombre de aire aristocrático.

Más de quince años estudiaba en una de las capitales europeas un joven chileno, persona de entendimiento claro y que gozaba fama de gran trabajador intelectual. Por desgracia, se le entró en el cerebro el gusanillo de la pretensión aristocrática y comenzó a consagrar sus mejores días al examen de papeles heráldicos, con lo que perdió su tiempo y paró en un 'majadero inofensivo. Se llamaba, digamos, Alfredo Perales Gallegos (su verdadero es el de una respetabilísima familia chilena) y un día que fui a verlo a su hotel hallé que había hecho inscribir en la lista este nombre: don Alfredo de Perales y Casa Gallegos.

La proposición de tiene una atracción fascinadora. Hasta la costumbre española y chilena de que las mujeres casadas se llamen de Tal o de Cual, sirve para que muchas se den aire aristocrático escribiendo en sus tarjetas **Madame de Tal**.

Con todo esto no se engaña a nadie, pero se goza como los niños con sus juegos cuando fingen que son soldados o madres de familia o bandidos, y saben que no lo son, pero son felices con la ilusión de creerse tales y de imaginar que otros los creen.

Hay personas que han llegado a especializarse en el arte de tener relaciones con gentes que usan un título y rara vez se les encuentra en su casa sin que tengan a la mano un conde, una marquesa, un barón o una vizecondesa. Naturalmente, los títulos de fácil acceso para los sud-americanos no son ni los más ilustres ni los que se llevan con más dignidad y legítima nobleza; pero lo que se necesita es tener títulos en casa y poder presentarlos a los compatriotas para que se panguen verdes de envidia.

En un balneario encontré a una señora sud-americana, matrona dignísima, adornada de todas las más altas virtudes de nuestras damas y además tan joven y hermosa que pa-

recía la hermana mayor de sus hijos e hijas. Tenía toda una corte de marquesas francesas, princesas rusas, condesas rumanas o búlgaras y baronesas alemanas, de estas que vagan por las estaciones climatéricas de invierno y de verano, viviendo casi siempre de expedientes, unas del juego, otras de lo que entre nosotros se llama el sable, y hasta más de una de un discreto comercio de sus encantos.

Y aquella excelente compatriota prefería la sociedad de una turba de aventureras, cuyos títulos no habrían resistido a un examen muy minucioso y cuyas vidas la hubieran avergonzado si hubiera sido capaz de darse cuenta de ellas, a la de honradas gentes sin título, pero con vergüenza.

Hay ciudades cosmopolitas, como algunas de la Riviera y como Roma, donde flota una nata de estas gentes tituladas dispuestas siempre a aceptar invitaciones de extranjeros que están allí de paso y que quieren darse la satisfacción de hacer publicar en los periódicos, por su justo precio, naturalmente, que dieron una comida en algún gran hotel a una sarta de condes y marquesas, y hasta duques y príncipes.

Muchas de estas relaciones con supuestos o verdaderos nobles de tal categoría se compran en forma indirecta, porque no son raros los casos en que el primero que ha introducido al sud-americano rico en la sociedad de esta nobleza maladante le cobra sus servicios en un préstamo de dinero sin cargo de devolución.

No se crea por esto que proceden de esa manera todas las gentes que poseen un título, porque en esa como en todas las condiciones sociales hay gentes respetables y otras que no lo son, y de ordinario los verdaderos nobles son de muy difícil acceso para los extranjeros y rara vez salen de la compañía de sus iguales o de un círculo que conocen desde muchos años, no por orgullo, sino por legítima desconfianza de las asambleas cosmopolitas y abigarradas. Lo que rueda por ahí son títulos de los que se compran o se compraban principalmente al Papa, grandes nombres caídos en gentes empobrecidas y degeneradas, o simples títulos de pega de los que algunas personas adoptan de propia autoridad.

Todo el mundo ha oído hablar del Barón Hlussmann, el célebre Prefecto del Sena, bajo

el Segundo Imperio, a quien se le debe la transformación de París. En sus memorias cuenta que jamás tuvo derecho a ese título de Barón, pero que se lo agregó porque allá por el siglo XVII, si mal no recuerdo, uno del mismo apellido había sido Barón alemán; y añade con mucha verdad, pensando en los eminentes servicios que prestó a su país, que si Napoleón III hubiera pensado en ello lo creara príncipe; pero, como ha dicho un comentarista, toca la casualidad que el Emperador no pensó.

Hasta tal punto penetra el ánimo de algunas personas la manía aristocrática que una distinguida dama chilena, verdaderamente noble por sus virtudes, que, sin duda, habrán hallado en el otro mundo mejor recompensa que en éste, se creía con derecho al trono de España, y cuando en el Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla le mostraron la efigie de un Rey medioeval, prorrumpió en maldiciones contra aquel remoto personaje que, según decía, había inicualemente despojado del manto real a su familia. Y éste no es cuento, sino historia que me refirió el caballero español que la guiaba en el Alcázar.

Derivación de esta enfermedad de las pretensiones nobiliarias es la afición a las condecoraciones que comienza a desarrollarse en Chile, al amparo de la medalla que en mala hora creó nuestro Gobierno a insinuación de los oficiales alemanes que instruyeron a nuestro Ejército.

He oído a funcionarios diplomáticos chilenos, digamos sin tardanza que no eran de muy alta categoría, discutir la conveniencia de que el Gobierno de Chile creara una Orden que

podiera distribuirse aún a civiles, ya que la medalla nuestra parecía reservada a militares. Y daban esta razón: que sin la reciprocidad no podían nuestros Ministros, secretarios y adictos obtener condecoraciones extranjeras y el uniforme parecía muy mal sin esos adornos. Lo que a cualquiera persona de buen sentido le sugiere la idea, que algún día se adoptará, de suprimir el uniforme, resto arcaico y ridículo de otros tiempos y otras instituciones, que jamás adoptaron los Estados Unidos sin que por ésto sean sus diplomáticos tenidos en menos.

Pero ya se da a civiles la condecoración chilena, y, o mucho me equivoco, o ha comenzado el tráfico ordenado y usual de nuestra medalla como se hace con todas las otras: un funcionario obtiene la de su país para un colega y este corresponde gestionado la del suyo. Digo ésto porque se comienza a prodigar la "Medalla al Mérito", mucho más de lo que fué el propósito de los que la crearon. Y aún es mejor que así sea, porque llegará a desprestigiarse de tal manera que pasará con ella lo que con otros de Sud-América, que muchos que las reciben no se atreven a usarlas.

Largo trecho tendrá aún que caminar la humanidad antes de que desaparezcan estos resabios de otras edades, estas formas, casi siempre inofensivas, que toma la vanidad humana, y al parecer y aparentar seguir siendo un juego que en la infancia convierte a los niños en soldados y a las chicas en madres de sus muñecas, y en la edad madura hace a unos imaginar que vienen de muy alto y a otros que van hacia la grandeza.





Ruben Jaria

Rubén Darío en Chile

Tócale muy de cerca a Chile el duelo de la muerte de Rubén Darío; en nuestro país residió el poeta algunos años; aquí escribió muchos de entre los mejores de sus libros: tales como "Azul" y las "Rimas", que marcan una época en las letras indo-latinas; en nuestros círculos literarios de entonces, entre los años 87 y 90, y sobre todo en la redacción de "La Epoca", fué camarada de tareas y amigo, de Alfredo Irarrázabal, Pedro Nolasco Préndez, Eduardo de la Barra, Jorge y Roberto Huneus, Manuel Rodríguez Mendoza, Pedro Balmaceda Toro y de tantos otros cuyos nombres colmarían más de una página.

En este instante de su muerte, que llora toda la América latina, la prensa, unánime, le ha tributado al Maestro el homenaje sin reticencias de la más franca admiración. Bien merecida corona de laurel para quien tanto realizó en bien de las letras castellanas y para mayor gloria de América.

Continuas referencias y recuerdos de su estada en Chile consignó Rubén Darío en sus libros. De entre ellos hemos podido tomar algunos de los capítulos de su volumen enteramente desconocido: "A. de Gilbert", dedicado a la memoria de Pedro Balmaceda Toro y la parte en que refiere su estada en Chile en su tomo de memorias, que tres días antes de su muerte recibíamos de Europa. También reproducimos en este homenaje de "Pacífico Magazine" algunas de sus poesías características que dan toda la medida de su original temperamento lírico.

A. D.

Con ilustraciones

HISTORIA DE MIS "ABROJOS"

En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de "La Epoca". El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte, por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal órgano de los montt-varista. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba a descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vez llevan a los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicábamos nuestras penas y nos consolábamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del

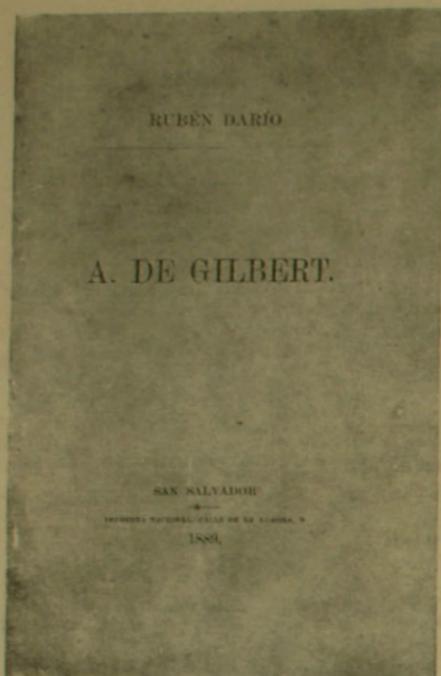
que para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir.

Entonces escribí mis "Abrojos" de los cuales Pedro Balmaceda fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma, con tantos arranques quejumbroso, o blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden en el jardín de las letras el mismo jarrón que los vergissmeinnicht y rosas espinosas de Heine, o los desfalleciente lirios y campanillas azules de Gustavo Becquer.

Sí, mis "Abrojos", "vividios", por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las "Humoradas" de Campoamor, y, sobre todo, de las "Saetas" de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos, he dicho ya cómo



Portada interior de su volumen "A. de Gilbert", hoy un tesoro bibliográfico.

nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descocado, anti-metódico, en el margen de un periódico, o en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido editor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los "Abrojos" no habrían sido conocidos. Yo no quería que viesen la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aún entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a

propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo... truenos de Dios! ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama a los "Abrojos" "el libro de Job de la Adolescencia".

Hoy, por más que los desengaños han desfruido muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je voit l'aube...
L'aube! c'est l'esperance!

Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David.

PEDRO BALMACEDA EN LA INTIMIDAD

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar a la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia; a leer, a "hacer once", en el día; a tomar el té, en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, a la izquierda,—al pie de la cual se paseaba un granadero, el arma al brazo,—se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía a la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y

de artista, por mi fêl; pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los bibelots curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japerías, por los bronceos, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto cuyo es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme var aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un muño y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de D. Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquel hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la "Nouvelle Revue" y la "Revue de deux Mondes". Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra puerta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadrado de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él: Liberté, Egalité, Fraternité. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios bibelots, sobresalía una quimera de por-

celana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

No olvidaré en toda mi vida—porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón,—las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras. El te humeaba fragante; en el plaqué argenteado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante, hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: "Ya es hora de que te duermas". Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos; y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda dando paso a dos personas. El fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos, a donde yo vivía, a la calle de Nataniel!

Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aque-



Estuche contentivo del penúltimo volumen del poeta.

llas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un afecto razonado y hondo, nos entregáramos al mundo de nuestros castillos aéreos. Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntáramos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oíríamos a Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madama Adam; y escribiríamos libros franceses, eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex-chileno Santiago Ar-

ba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centro América, con el alma dolorida y pensando en que él fué para mí como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño!

El también sufría, mi pobre y amado amigo. su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto a golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!

RECUERDOS DE CHILE

Por fin, el vapor llega a Valparaíso. Como pro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo. Desembarco. La misma cosa que en el Salvador: ¿qué hotel? El mejor.

No fué el mejor, sino un hotel de segunda clase en donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer. Hice buscar a Eduardo Poirier y al poco rato este hombre generoso, correcto y eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones "El Mercurio" de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital. Poirier me pidió la carta que traía yo para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinatario.

Mi artículo en "El Mercurio", mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para los ojos de poeta, y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y salutations, mozos, empleados de hotel, todo el trájín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un la-



Decoración interior del penúltimo libro del poeta.

cós... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. ¿No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia y a España. Y luego, ¿por qué no? un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante... Pedro de pronto lanzaba una gran careajada:—"Y haríamos ¿no es así? lo de Tartarin de Tarascón!"

¡Dios mío! Y esto fué ayer no más, y él ha partido, y ocupa el negro hueco de una tum-

do, y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando diviso dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó:—“¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?” Con un tono entre asombrado, miedoso y esperanzado pregunté:—“¿Sería usted acaso el señor C. A.?” Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jaequecito de Nicaragua, unos pantalonecitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé qué prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otros cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí.—“Tengo—me dijo,—mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene”.

Y en un instante aquella equivoación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de “La Epoca”, que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la “élite” juvenil santiaguina se reñía en aquella redacción,

por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí conocí a don Pedro Montt, a don Agustín Edwards, cuñado del director del diario, a don Augusto Orrego Luco, al doctor Federico Puga Borne, actual Ministro de Chile en Francia, y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de gobierno. Eran habituales a nuestros reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la



Portada del libro “Canto a la Argentina”.

República, Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrarázaval; Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, iño tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fué muy apreciado. A él dediqué mi colección de poe-



Decoración interior del primer volumen de la obra selecta del poeta.

sías "Abrojos". Jorge Huneeus Gana se apasionaba por el clásico. Hoy mismo, que la diplomacia le ha atraído por completo, no olvidaba sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrarrázaval murió no hace mucho tiempo, de diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora Ministro Plenipotenciario en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

Mac-Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un "gentlemen".

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Santa Luefia. Crepúsculos inolvidables en el lago del Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irrarrázaval, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del Ministro de Italia.

Debo contar que una tarde, en un "lunch", que allá llaman hacer "once", conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fui in-

vitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo doctor Florencio Fontecilla, que fué más tarde obispo de La Serena y el general Orozimbo Barboza, a la sazón Ministro de la Guerra.

Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico-político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante—al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante, de su patria; y concluyó como un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que sean intelectualmente simpáticos? La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Voy a referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de "La Epoca". Una noche apareció nuestro director en la tertulia y nos dijo lo siguiente:

"Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor". Todos nos pusimos a la obra. Hubo notas muy lindas; pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta, como esta décima mía:

"Este del cabello cano
como la piel del armíño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón".

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar del triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el abjetivo de Hamlet: "Dulce príncipe". Tenía una cabeza apolínea, sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas.

Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte, sino él? Y, ¿quién daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro, de que todos mis compañeros de aquel entonces, acuerdan conmigo, la palma de la prosa a nuestro Pedro, lamentado y querido.

Y, ¿cómo no evocar ahora que él fué quien publicara mi libro "Abrojos", respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde— ¡anomalía!— iba a ocupar un puesto en la Aduana.

Valparaíso, para mí, fué la ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de "El Heraldo". Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: "Usted escribe muy bien... Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción..." Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¿Qué no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca y Sotomayor!

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amorfios; en vagares a la orilla del mar; sobre todo, por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había ino partir. Partir gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a Nicaragua aconteció que yo tuviese la honra de conocer al gran

chileno don José Victorino Lastarria. Y fué de esta manera: Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fué para mí el verdadero conductor intelectual.

Me dijo don Eduardo de la Barra: Vamos a ver a mi suegro, que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy seguro de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación. En efecto a la vuelta de correo, venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a "La Nación".

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

Estaba Lastarria sentado en una silla, Vol-



Portada interior de la elegante edición del "Canto a la Argentina".

taire. No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad llustre. Fluya de él autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y aunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al doctor Rafael Núñez en Colombia.

Con mi cargo de corresponsal de "La Nación" me fui para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 de febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño "Almirante Barroso" a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de don Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente, sino la visión de la "débacle" de Panamá: Carros cargados de negros africanos que aullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo, pedían justicia.

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita te voy a contar
un cuento.

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.

un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?"

La princesa no mentía.
Y así dijo la verdad:
"Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad."

Y el rey clama: "¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Ová castigo!
El Señor se va a enojar."

Y dice ella: "No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté."

Y el papá dice enojado:
"Un castigo has de tener;
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver."

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: "En mis campañas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

ELOGIO DE LA SEGUIDILLA

Metro mágico y rico que al alma expresas
llameantes alegrías, penas arcanas,
desde en los suaves labios de las princesas
hasta en los bocas robos de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,
sonora rosa métrica que ardes y brillas,
y España ve en ti ritmo, siente en tu canto,
sus hembras, aus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
el músico te adula, te ama el poeta;
Rueda en ti sus foxosos paisajes pinta
con la audaz policromía de su paleta.

En ti el hábil orfebre cincela el marco
 en que la idea-perla su oriente acusa,
 o en tu cordaje harmónico formas el arco
 con que lanza sus flechas la alirada musa.

A tu voz en el baile críjen las faldas,
 los piececitos hacen brotar las rosas
 e hilan hebras de amores las Esmeraldas
 en ruelas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, pañoma arisca,
 por ti lrrrada, se agita, vibra y se quiebra,
 con el lánguido gesto de la odalisca
 o las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino llena
 compuesto por la dulce musa Alegría
 con uvas andaluzas, sal macarena,
 flor y canela frescas de Andalucía.

Subes, creces y vistes de pompas fieras;
 retumbas en el ruido de las metrallas,
 ondulas con el ala de las banderas,
 suenas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira; tienes las manos
 que acompañan las danzas y las canciones;
 tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos
 y tus llantos que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,
 javalina de Diana la Cazadora,
 ritmo que tiene el filo de cien puñales,
 que muere y acaricia, mata y enflora.

Las Tirsís camoesinas de ti están llenas,
 y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
 así riegas tus chispas las nochebuenas
 como adornas la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla
 que esta azulada concha del cielo baña,
 golfona y triunfante, la seguidilla
 es la flor del sonoro Pindo de España.

En sus brazos tomó mi ensueño
 y lo arrulló como a un bebé...
 Y le mató, triste y pequeño,
 falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,
 te fuiste para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
 el estuche de su pasión;
 y que me roería, loca,
 con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso
 la mira de su voluntad,
 mientras eran abrazo y beso
 síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
 imaginar siempre un Edén,
 sin pensar que la Primavera
 y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 ¡Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas
 en tantas tierras, siempre son,
 si no pretextos de mis rimas,
 fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
 que estaba triste de esperar.
 La vida es dura. Amarga y pesa.
 ¡Ya no hay princesa que cantar!

Más a pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin;
 con el cabello gris, me acerco
 a los rosales del jardín...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver...
 ¡Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer!

¡Más es mía el Alba de oro!

CANCION DE OTOÑO EN PRIMAVERA

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
 historia de mi corazón.
 Era una dulce niña en este
 mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
 sonreía como una flor.
 Era su cabellera obscura
 hecha de noche y de color.

Yo era tímido como un niño.
 Ella, naturalmente, fué,
 para mi amor hecho de armiño,
 Herodías y Salomé...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!...
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,
 y más consoladora y más
 halagadora y expresiva,
 cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
 una pasión violenta unía.
 En un peplo de gasa pura
 una bacante se envolvía...

A FRANCIA

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara
 [Lutecia!
 Bajo áurea rotonda reposa tu gran Paladín.
 Del ciclope al golpe, ¿qué pueden las risas de
 [Grecia?
 ¿Qué pueden las Gracias, si Herakles agita su
 [crin?

En las locas faunallas no sientes el viento que
 [arrecia,
 el viento que arrecia del lado del férreo Berlín,
 y allí bajo el templo que tu alma pagana des-
 [precia,
 tu vate hecho noivo no puede sonar su clarín.

Suspende, Bizancio, tu fiesta mortal y divina;
 ¡oh Roma, suspende la fiesta divina y mortal!
 Hay algo que viene como una invasión aquilina

que aguarda temblando la curva del Arco
 [Triunfal.
 ¡Tannhäuser! Resuena la marcha marcial y ar-
 [gentina,
 y vese a lo lejos la gloria de un casco imperial.

SINFONIA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo brufido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
con paso de enfermo camina al cenit;
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas en mueven su vientre de plomo
debajo del muelle parecen gemir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
está un marinero pensando en las playas
de un vago lejano brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
los rayos de fuego del sol del Brasil.
los recios tifones del mar de la China
le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
há tiempo conoce su roja nariz,
sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco
ve el viejo el lejano brumoso país,
adonde una tarde caliente y dorada
tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico el lobo se aduerme,
ya todo lo envuelve la gama del gris;
parece que un suave y enorme esfumino
del curvo horizonte borraré el confin.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia su solo monótono
en la única cuerda que está en su violín.

A ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt
[Whitman,
que habría que llegar hasta tí, cazador!
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y cuatro de Nem-
[rod!

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indí-
[gena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en es-
[pañol.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos, o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de energía
como dicen los locos de hoy).

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
que en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremezcan hay un hondo tem-
[blor
que pasa por las vértebras enormes de los An-
[des
Si clamáis se oye como el rugir del león.

Ya Hugo a Grant lo dijo: "Las estrellas son
[vuestras".
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos
Juntáis al culto de Hércules el culto de Ma-
[món;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del
[gran Baco;
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlán-
[tida,
cuyo nombre nos llega resonando en P'atón;
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor;
la América del grande Moctezuma, del
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa Amé-
[rica
que tiembla de huracanes y que vive de amor;
hombres de ojos sajones y almá bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por D.os mismo,
el riflero terrible y el fuerte cazador
para poder tenernos en vuestras férreas ga-
[rras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa:
¡Dios!



Entre dos patrias

Véase "Tíos de España y tíos de Indias", publicado en enero.

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

La ausencia del pretendiente y las ambiciones del corregidor y de su hermana, pudieron más que las siempre despiertas susceptibilidades de su amor propio para aflojar las cadenas de la tierna prisionera. Requirió don Cristóbal los servicios de una dama de cierta calidad que consintiera en ir a su hogar vacío por salario y hacer compañía y celosa guarda de su hija y encontró a pedir de boca lo que buscaba en Berta Aliaga, señora decaída, hermana de don Vicentón, sacristán de San Francisco y guardador de los gigantes del Cabildo destinados a las procesiones. Naturalmente, la postulante fué examinada por la vieja monja Clarisa, que halló las respuestas satisfactorias, ya que no era tan estrecho el caletre de la Aliaga ni tan poca su necesidad del socorro, que el nuevo puesto le allegaría, que no se sintiera muy estimulada a apuntar con las pocas tonterías que Mónica amaba tanto y consideraba el sello y marca de la virtud y el señorío.

Era la Aliaga una morenilla y a los cincuenta años de aporreada existencia tenía todavía dos vízones por ojos. Hija de un capitán de la frontera y de una mestiza bella y delicada, perdió tempranamente al padre alanceado por los indios y a la madre traspasado el pecho y los pulmones por el cerro helado de la cordillera apenas se situó en Santiago. Un hermano, religioso franciscano, cuidó la educación de los dos hijos. Berta fué tempranamente poseída por un ardor religioso exagerado y su imaginación, de cepa andaluza y tal vez morisca, dió a sus primeros actos religiosos un carácter de aventura, raro en los anales monjiles. Había leído las vidas de las santas Pelagia y Marina, tan semejantes una a otra que parecen duplicación debida a mala transmisión oral de una misma leyenda. El ar-

dor de sacrificio y la fantasía de la joven la hacían preferir éstas a todas las demás narraciones derivadas de la leyenda dorada de la Edad Media. Sus patronas, ansiosas de penitencia, habían revestido el traje masculino y solicitado puesto entre los más severos monjes contemplativos. La preñez de la hija de un labrador trae, sobre el monje joven y bien parecido, la sospecha atroz. Luego la calumnia se ceba en la fácil víctima y el acusado, que puede con una sola palabra confundir a los acusadores, es arrojado del convento, maldiga a la puerta, muere de frío en una caverna y sólo entonces los perros hambrientos que tiran los harapos de su cuerpo descubren junto con el sexo la extensión del sacrificio y de la santidad del perseguido. Esto deseaba Berta para sí y escapó un día del beaterío vestida con trajes de su hermano para entrar de novicio entre los dominicos. Pero éstos eran menos contemplativos o más observadores que aquellos monjes de la Edad Media y Berta creyó conveniente un día escapar al través de un muro del huerto recordando para sí el cuerdo proverbio popular que afirma ser indispensable "entre santa y santo, pared de cal y canto".

Entró, pues, Inés de Urra y Flores de la Oliva en una sociedad menos estrecha y asfixiante que la de su convento. En su casa, vecina a la plaza, tenía la conversación de la negra Mercedes, del mulato José el calesero y de la cocinera; con lo cual no había brujerías ni milagros ni chismes de la ciudad que no conociera a las dos semanas de respirar el aire del mundo por tan impropios conductos. Berta llegó muy a tiempo para salvarla de las confidencias de la cocina, que no eran ejemplares. Y bien necesitaba de compañía esa muchacha vivaz y juguetona, en quien

apenas el amor había podido enfrenar su espíritu de independencia y contradicción.

Muy pronto la Aliaga ganó la confianza de la niña, quien, con sagacidad instintiva, comprendió que la dueña podía y sabía ser amiga y no asalariada. Don Vicentón era gran cliente del viejo Echasoneta y cuando Inés lo supo pudo confiarse al sacristán y pedirle se encargara de su correspondencia. La niña había sentido primero gran repulsión por ese hombre bajo, rechoncho, de enorme cabeza, descomunal boca y nariz aplastada que sonreía siempre y hablaba con voz cavernosa. Vicentón no era moreno como Berta, sino sanguíneo, y, como excepción extraordinaria, a pesar de ser sacristán, era buenísimo, moral, discreto y hasta de mediana capacidad. Si Vicentón no hubiera sido un ogre para comer habría vivido de cualquier profesión; pero para sus ferribles jugos gástricos y sus mandíbulas trituradoras solamente la bien guarnecida mesa del convento, ayudada por las dádivas ocultas de los vecinos amigos y otras golosinas adquiridas con su dinero, podían bastar.

La causa de la primera distancia de la niña por el sacristán provenía de una ocasión en que llegó al templo con Berta tan de madrugada que sólo en ese momento abrían las puertas. Las mujeres entraron tras de Vicentón, cuyas zapatillas golpeaban pesadamente los ladrillos mientras las llaves de cobre sonaban en sus manos como un carillón. El templo estaba obscuro y el aire insoportable. Algunos murciélagos, encandilados por la luz, que comenzaba a filtrar la mañana al través de los ventanales recargados de tupidas rejillas, caían contra los muros o se colgaban de los ramos de flores artificiales de los altares. Escogieron Inés y Berta las cercanías del púlpito porque era día de santo y habría panegírico; pero apenas habían ocupado sus reclinatorios cuando aquélla encontró que la mala atmósfera habitual de San Francisco era intolerable. La Aliaga llamó al hermano que se movía en el presbiterio como una sombra nadando en sombras. Interrogado sobre el origen de la pestilencia, dijo estas simples palabras:

—Son los muertos que respiran en la noche. Hay muchas losas sueltas.

Entonces Inés pensó por primera vez que allí mismo, debajo de esos ladrillos, dormía medio Santiago el eterno sueño y que los vivos respiraban su podredumbre.

—No temas—le dijo Berta al oído—esta ve-

ciudad con los fieles difuntos, porque en sagrado sus malos olores no envenenan y en cambio nos sirve para recordar lo que somos.

En ese momento la niña vió aproximarse a Vicentón con una larga cerilla encendida, la cual aplicó allí cerca a la grieta de una lápida de piedra dejando en el pavimento una llamita azulada muy saltona que se alejaba y acercaba al piso, se alejaba como un candelillo o se aplastaba como un reguero de pólvora. El sacristán miraba con aire triunfal y acercaba su cerilla en otros orificios; uno de ellos produjo una larga explosión muy rápida y esta encendió sobre una tumba vecina dos o tres mecheros más pequeños.

—Esto es todo—exclamó tranquilamente el hombre,—son los recién enterrados. El tesoro de la Santa Cruzada, como que fué el más hinchado en vida, ha dado el llamarazo grande.

Los fieles iban entrando entretanto y echándose por tierra sobre sus alfombras tiradas sobre esas losas que respiraban el hedor de la muerte. Inés miraba aterrorizada hacia todos lados y le parecía que también los cirios que comenzaban a centellear en el altar mayor eran gases de tumbas.

Inés se había prometido no volver a mirar a este lúgubre encendedor de fuegos fatuos; pero pudo más en ella el amor. Guiada al través de la vieja sacristía por el indiecito que encendía las velas, la niña entró ese mismo día, a la hora de la siesta—hora en que las intrigas y aventuras pasaban más inadvertidas que en noche lóbrega,—en el cuarto misterioso en que Vicentón llevaba el registro de las Cofrades de la Virgen del Perpetuo Socorro. No pudo reprimir un grito de angustia al ver alrededor del sacristán, erguidos en la sombra, unos altos y otros bajos, los gigantes y cabezudos de las procesiones. Enorme cabeza, ojos salidos de las órbitas y tamaños como puños, narices rojas como fanales, bocas con dientes de pulgada, chatos y carillargos, rojos, mulatos, negros y amarillos, estaban allí en semi-círculo caídos y sin vida como pidiendo al guardador les prestara la animada turba que los sacaba en medio de la algarazara, sobresaliendo en la muchedumbre como escolta de monstruos a caballo. Luego la niña reconoció a muchos amigos de su infancia y pesadillas de sus noches de fiebre. Vicentón los presentaba como a compañeros de vivienda:

—Este es el Goliat viejo, el que trajo de



...Uno de ellos produjo una larga explosión muy rápida. Pág. 146.

España el padre Chaparro; es el padre de todos los gigantes. Este es el Gog y este otro el Magog. Este Holoferne está machucado por que en la visita de Nuestra Señora a su pri-

ma Santa Isabel, en Santo Domingo, fué manejado por unos cofrades poco respetuosos que se pasaron después a una chingana y dejaron su gigante en la calle expuesto a las pedra-

das de los chimberos y a los desmanes de los perros. Este es el Gollat joven, hecho en Taglegante por un novicio, en el tronco de un peral: de noche parece que se quejara, tanto es lo que cruje. Allí en el rincón hay dos cabezudos que no son tan bien recibidos por el pueblo como los gigantes.

La niña sonrió al reconocer a los más populares de los gigantes y pasó su pequeña mano sobre las lustrosas mejillas no sin recelo. Dentro del Magog había un nido de ratas, a juzgar por el coro de chillidos que salían de su cavidad torácica. No hay duda que la fisonomía de Vicentón había tomado rasgos de las deformes máscaras entre las cuales vivía. En medio de esa decoración que simbolizaba el culto colonial, Inés cerraba sus cartas o recibía confidencialmente la lectura de la primera noticia de Diego, llegada de Panamá.

Un proyecto matrimonial era, entretanto, acariciado en las sombrías almas del corregidor y de Mónica. La pobre religiosa se iba quedando sorda, y esta desgracia que afea a una mujer bella, mejoraba, hasta cierto punto, la dureza fisonómica de la monja, porque su actitud de esfuerzo para escuchar y entender, desarrugaba sus grietas más salientes y extendían cierta melancolía en todo su rostro. Pero estos golpes de la salud no domaban su fiera voluntad. Cuando vió que Inés escapaba de su influencia directa, tomó verdadera pasión en vigilar y seguir de cerca a la niña, odiando en ella lo que la sangre de las Flores de la Oliva, tan intensamente femeninas, había creado de alegre, voluptuoso e imaginativo en el vástago de Urra. La dulzura de la pronunciación peruana transmitida por la madre a la hija, esa pereza sud-americana en el lenguaje que se ha hecho después tan notable y que ya señalaba una distancia de raza entre chapetones y criollos, desesperaba a la clarisa. No hables así, no mires así, no andes así; eran sus reflexiones constantes, a lo que la niña sólo contestar en sus fugas irrespetuosas: "Sáquenme la lengua y los ojos; córtense los pies". Y realmente Inés no sabía que hablaba, miraba y andaba de diversa manera que las otras niñas de la ciudad, hasta que un día notó que dos franceses que recién llegaban a la capital en viaje de investigación y que eran objeto de la curiosidad de todo el vecindario, como que los seguían por todas partes mujeres y niños para oírlos hablar en su idioma, se detenían para verla pasar y murmuraban algunas frases que, se-

guramente, eran de admiración y de elogio. La niña había sido educada en forma áspere y faltaban en sus maneras muchos encantos que constituyen la perfecta distinción en el trato y así, a pesar de que esta manifestación la halagaba se encaró con los extranjeros y les dijo en medio del anonadamiento de la pobre Berta:

—¿No han visto mujeres en su tierra? ¿Soy un animal raro?

La voz de la joven hizo extasiarse a los turistas.

El candidato era un jovencillo recién llegado de Lima, español y madrileño, elegante como no se recordaba otro en Chile, esbelto y de hermosa cabeza, tan delicado que se separaba un tanto del ideal masculino de las mujeres de la colonia. Don Juan Manuel Maldonado del Madrigal, caballero de la Orden de Calatrava, venía de la Corte en busca de heredera rica para tapar propias deudas y remendar perdidos títulos y tierras de su familia. Los padrinos que lo recomendaban desde Madrid eran sus acreedores o los de alguno de sus deudos más próximos y deseaban verlo en posesión de la fortuna de alguna incauta. La suerte no le había sido propicia en la ciudad de los Virreyes porque, en realidad, don José Manuel llevaba alhajas y encajes; pero hacía deudas y en nada trabajaba y no parecía capaz sino para cortejar en la reja o decir amables banalidades en los salones. Dos días después de aparecer en las calles de Santiago, un mulato a quien le habían enseñado la lección, le preguntó respetuosamente si era una mujer disfrazada de hombre u hombre disfrazado de mujer. El mulato recibió una bofetada que fué la mejor respuesta. Poco después el empresario del teatro, novedad que tenía en alarma a todo el mundo, le propuso hacer el papel de Magdalena en una auto sacramental que iba a representarse bajo la tela suspendida con horcones que se alzaba con protección del Cabildo. Comprendió entonces don Juan Manuel que no sólo se aludía con ésto a su femineidad sino también a su falta de profesión o fortuna conocidas, lo que significaba que de Lima habían llegado algunas noticias malignas. Fué más severo en la represión de la burla y ya se aquietó la juventud eriolta y dejó en paz a este posible competidor.

La insignia de la orden que ostentaba los

papeles que traía para el mismo don Cristóbal le abrieron de par en par la casa de éste. Aunque con cierta repugnancia veía el hombre de trabajo el juego transparente del ocioso barbilampión, lo juzgó útil instrumento para destruir en Inés el último recuerdo que pudiera quedarle de don Diego Echasoneta. Después se veía medio de proveer a tiempo, según las necesidades. Con las niñas del siglo XVIII la tarea de imponerles, quitarles o cambiarles novios era sencillísima.

Don Juan Manuel presentaba como conquistador una ventaja común a muchos galanes de su clase: antes de que las mujeres descubrieran sus vacíos o ridículos habían ya producido efecto sus elegancias y refinamientos, sus frases y cortesías. Así Inés, cuya ironía natural, cuya traviesa imaginación le presentaban inmediatamente el aspecto cómico de los personajes, pasó algún tiempo examinando a hurtadillas las agradables condiciones físicas del pretendiente; su traje en seguida, con la finísima camisa de batista y encajes, la seda lujosa de otras prendas como las medias y el recogido calzón; los botones de oro, la cadena del reloj y la llave para la cuerda hecha toda cincelada y con pendiente de gruesa esmeralda. Si a ésto se agregaba la voz bien timbrada del caballero, su acción cadenciosa, sus ojos ardientes, la espiritualidad de sus anécdotas, la ilustración que le daban sus viajes a Italia y Francia, sin olvidar el Portugal, donde su familia estaba emparentada, quedará justificada la impresión que su primera visita causó en la niña recién salida de un convento y en un espíritu ocupado solamente por un amor juvenil.

Por esos días el presidente había dictado un bando que traía revuelto al vecindario principal. Se ordenaba por él fijar en cada esquina una tableta con el nombre de la calle y sobre cada puerta otra más pequeña con un número de orden. El corregidor protestó el primero, arrastrando consigo a todo el Cabildo, a las familias acaudaladas y a los religiosos. Sostenían los opositores que la razón de orden y comodidad dada por el señor gobernador era hipócrita máscara que ocultaba un empadronamiento para fijar contribuciones, cargas sobre la fortuna, o bien nuevas investigaciones sobre la vida privada. Era contrario a la dignidad del hombre que su casa fuese numerada como la celda de un presidio. Esos vizcaínos altivos y porfiados, acostumbrados a no pagar contribuciones, no

aceptaban siquiera la sombra de la mano del gobernador proyectada sobre el mojinete de la casa.

Don Juan Manuel, de mala fe, como que acababa de asistir en Madrid a la numeración de las casas de la ciudad y la había visto en práctica en otras ciudades, se puso al servicio del corregidor y organizó una batida nocturna para romper una a una las tabletas ya fijadas. El capitán general, Alvarez de Acevedo, a quien se creía en el colmo de la indignación, sonrió apenas con la resistencia del vecindario y se encogió de hombros esperando que los años fueran abriendo tan duras cabezas. Pero quien había ganado en la jornada era el pretendiente, pues comenzaba ya a tomar aires de señor dentro de la casa del corregidor. Este había apreciado en Maldonado un instrumento docil.

Doña Berta velaba sobre la niña, cuyas cualidades de alma ya conocía, velaba intranquila, porque la impresión física que en su naturaleza ardorosa había hecho el señor Maldonado del Madrigal parecía muy profunda a juzgar por la languidez que desmayaba el cuerpo mórbido de la solicitada, por sus suspiros y por sus canciones. Había conversado con don Vicentón y éste héchose cargo de enviar, por mano segura de un religioso que emprendía viaje a Cádiz por el Cabo de Hornos, una breve carta para don Diego pidiéndole que apurara el regreso. Y ésto bastaba para un amante.

Don Juan Manuel no perseguía ya la fortuna sino la mujer. Deseaba impresionarla profundamente y encontraba en su alegría campo donde sembrar recuerdos que florecieran amor. Trataba siempre de hacerla reír y lo lograba a menudo. Los pequeños éxitos de salón de su pretendiente embobaban a Inés y la ponían orgullosa como de propios triunfos. Una noche se había reunido más tertulia que de costumbre en la sala del corregidor. Los hombres fumaban, y, como de costumbre, había fuego en el brasero de plata y en el pequeño zahumador finamente labrado que estaba sobre la mesa. Por un descuido de la mulata y del chicuelo se apagaron las brasas; los fumadores pedían fuego y nadie tenía avíos de fumar; fueron por él a la cocina y la encontraron también en cenizas. Cuando ocurría esta extinción del fuego sagrado en las casas coloniales no quedaba más remedio que correr a la puerta vecina a pedir "una brasita". Don Juan Manuel contuvo a la ser-

vidumbre que se aprestaba para el viaje, extendió la mano como un prestidigitador y sacó de un bolsillo una misteriosa cajita de madera, abríala con calma dando tiempo a las miradas y comentarios de todo, extrajo una especie de candelita de un jeme de largo que tenía en la punta una envoltura rojiza muy voluminosa, restregó la punta en un costado de la misma caja y salió una gran llama. La candelita fué mostrada encendida en la punta de los delgados dedos del joven mientras todos abrían la boca como ante un milagro. Quedó olor a azufre en la sala, lo que hizo decir a la mulata que eso debía ser cosa mala y en que había pacto con el diablo. Era ese, en realidad, el primer fósforo que conocía una chilena; don Juan Manuel había sido obsequiado con la caja por un amigo francés que desembarcaba en Valparaíso y había venido haciéndoles el mismo milagro a los indios de cada puerto. Estas gracias del señor Maldonado del Madrigal eran frecuentes y como la niña tenía cierta ligereza de carácter se sorprendió un día que había olvidado demasiado a don Diego y se puso a recapacitar. Tal vez una visita a los gigantes no le venía mal. ¡Pero qué mal se verían las enormes cabezotas comparadas con la esbelta y aristocrática de don Juan Manuel!

Entretanto las cosas en Elizondo habían tenido un desenlace triste. Cuando apenas se comenzaban las reparaciones de la casa solariega, doña Pelagia había muerto en pocas horas, víctima de antiguo e incurable mal. El hidalgo se metió al lecho sin fuerzas para acompañar sus restos hasta la parroquia. Parecía que con la ausencia de su noble compañera había perdido la mitad de su vida. Agude veía cerca la hora de su soledad y como buena y cristiana hija de nobles quería obtener el más amplio consentimiento del padre para su matrimonio. Estaba Diego en estas andanzas, sintiéndose cada vez más apegado a la tierra de su padre y a la casa de su familia, cuando le llegó, despachada desde Madrid, la carta de don Vicentón, a quien apenas conocía de recuerdo. El golpe de este misterioso aviso tan lacónico, tan sin explicaciones, redobló la fuerza de su amor y en una sola noche de fiebre y de congojas se sintió más despegado de ese nuevo hogar, recordó con fuerzas la tierra donde se había

mecido su cuna, donde estaba enterrada su santa madre, donde vivía y tal vez luchaba con sus últimas fuerzas su amada, a quien había jurado fidelidad y hacía esfuerzos por romper los nuevos lazos que lo envolvían. Recordaba a Elizalde y sus palabras sobre la muerte de la patria pensando con pavor y congojas cuál era en ese momento su patria y sino sería un traidor al darle él mismo muerte, ahogando en su corazón el naciente amor por la vieja y noble y heroica tierra española, cuya savia hacía vibrar su cuerpo con nuevas y desconocidas fuerzas por el sólo hecho de pisar su suelo.

Para remate, el orgulloso hidalgo, que respiraba penosamente en su lecho, había emprendido la tardía empresa de atraerlo al terruño y cada día le hablaba con calor de los fueros de Navarra, del secular árbol de Guernica, donde la junta prestaba juramento al Señor, que no había Rey en Navarra; de la vieja tradición de los Echasoneta y hasta de un tesoro oculto allí mismo, en el molino, por un Fortún de la familia que lo había arrebatado a los turcos y griegos en compañía de Berenguer y en seguida escondido por codicia senil de la cual bajó a la tumba. Cuando le asaltaba la fiebre, el delirio tomaba siempre por este camino y el nombre de Fortún acudía a sus labios. Diego expiaba la ocasión de pedir a don Bernardo la misma postrera aquiescencia que había prestado su esposa al matrimonio de Agueda; pero no era la mejor ocasión aquella en que parecía poseído de una locura de grandezas, para hablarle del pretendiente desposeído de todo título y en esto mismo se sorprendía ya don Diego, encontrando razón a su tío para exigir abolengos y linajes y escudos.

Una tarde el anciano pareció transfigurado: la barba blanca crecida durante su enfermedad, los ojos brillantes y fieros, las flacas manos de largos dedos, todo se agitaba en él con febril inquietud. Había hecho su testamento y quería que don Diego aceptara desde luego para su padre la comunidad de la Casa Solariega con Pedro su hijo y que a Agueda se la desinteresara con una suma en dinero o con la venta de un pedazo de tierra dejándola siempre el derecho de habitar una parte de ella. "Es necesario que volváis a la tierra, decía, que Francisco traiga aquí sus dineros para dar nuevo esplendor a la vieja familia. Mira, este techo ha cobijado no menos de diez generaciones de los nuestros; los ha visto na-



Luego la niña reconoció a muchos amigos de su infancia y pesadillas de las noches de fiebre.

cer y morir, los ha visto gozar y padecer. Aquí han vivido libres y soberbios, con la cabeza erguida, aventureros unos, soldados los otros, labradores muchos, caballeros y fijosdalgos, cristianos y resignados con su misión en la tierra todos. Muchos han podido volar a otros campos, brillar cerca del Rey, escribir

libros y asombrar al colegio de cardenales si hubieran sido ordenados. Porque también hubo hombres letrados en la familia y tu abuelo hizo quemar en ese corral que vez por el ventanal toda una biblioteca de latines y griegos que nadie entendía y que nadie quería comprar por un real. Pero prefirieron el pedazo de

tierra que nos habla de los muertos, de esos muertos que hicieron la casa y formaron el nombre y dieron forma a ese escudo que vez en la portada. Tu padre fué el primer peregrino errante. Allá, en esos países lejanos, no seréis sino lo que el dinero os haga ser; aquí hemos sido y seremos los más viejos nobles de Navarra. Y, en seguida, allá inclinaréis siempre la cabeza ante los tiranillos enviados por el Rey y tú has de saber que los reyes son más duros y déspotas con sus súbditos más lejanos, porque el mandato cuando baja de la altura y pasa por subordinados se va haciendo más insoportable para la dignidad del hombre bien nacido. Aquí lo tenemos cerca y lo llamamos el Señor, allá barréis la tierra con el sombrero al decir Su Majestad. Nada que nosotros no queramos aceptar nos impone aquí su voluntad; allá sois esclavos de sus sirvientes."

Don Diego miraba el cuadro solemne y venerable del hidalgo que moría exaltando su tradición y los fueros de su tierra; pero algo lo hacía volverse para mirar allá a lo lejos, a sus recuerdos y evocar todo lo que lo unía a otra tierra lejana vigorosa, bella y joven. No podía, al través de las sombras del porvenir, figurarse que, cuarenta y un años más tarde, senador de una República libre nacida como una flor en esa misma región apartada, iba a encontrarse en Santiago en la asamblea de ciudadanos del consulado y a sentir en el momento de alzar los brazos para pedir la abdicación de un Director Supremo, que pasaba al través de sus manos envejecidas esa misma corriente de altivez, de ruda independencia y de energía de sus antepasados vascos.

La campanita de la parroquia anunció que el viático iba a salir. Un centenar de vecinos se agrupó a la puerta, y don Pelayo revestido al frente, Lascu en seguida, muchachuelos y mujeres que rezaban en voz alta, la procesión se acercó a la casa solariega con los acompasados sonos de la campanilla. La puerta grande había sido abierta de par en par al verdadero rey, al único que el viejo hidalgo Navarro rendía acatamiento de rodillas. Por el camino las gentes se prosternaban, los jinetes descendían de sus caballos; todos seguían con la cabeza inclinada. El silencio majestuoso de la tarde permitía oír con doble resonancia el rumor de las plegarias. Cuando el moribundo

recibió el sacramento llamó a sus hijos en torno del lecho, autorizó a Pedro y Diego para que resolvieran sobre el matrimonio de Agueda lo que más conviniera y aconsejó a los suyos que escucharan de la temprana experiencia y buen juicio del primo las indicaciones sobre lo que sería su vida en Elizondo. Esa misma noche rindió su espíritu sin quejas ni lamentos, manteniendo tranquilas las manos sobre las cabezas de Pedro y Agueda que oraban arrodillados a ambos lados del lecho y los ojos fijos sobre Diego que estaba de pie al frente.

La muerte del hidalgo, su sepultación en la cripta de la parroquia bajo el presbiterio, las diligencias del matrimonio de Agueda, los arreglos de los intereses de sus primos, el viaje de regreso bruscamente fijado para veinte días más tarde, fecha indicada para el barco francés que venía de San Malo y tocaba en Bilbao; era sobrada tarea en la lentitud de la vida de Elizondo para ocupar cada hora y cada momento de don Diego. Una de las primeras visitas que recibió fué la de Gonzalo Urra, hombre de treinta años, de maneras corteses, de pocas palabras, humilde a pesar de su figura seria, de su traje nuevo y bien cortado y del bienestar de vida que revelaba su persona. Quería agradecer al señor don Diego su buena intervención en los asuntos de Arnedo, a quien amaba tiernamente desde hacía muchos años, y al despedirse besó repetidas veces la mano del joven ofreciéndole su lealtad y servicios hasta la muerte. Días después conoció Diego más de cerca la familia del corregidor don Cristóbal de Urra y continuó admirando el extraño caso de auto-sugestión de nobleza que se había producido en el miembro de una familia que había sido muy acidada y carecía de tradición alguna. El padre de Gonzalo, un viejo vigoroso de gran corpulencia, era alegre, ordinario en sus gestos y expresiones; sabía mucho de la vida, de esa vida aventurera que se conoce al través de las relaciones de marineros y mujerzuelas; no pretendía ser tomado por hidalgo como no fuera en el sentido de no pagar contribución personal; respetaba el nombre de los Echasoneta, pero repetía que ya en el mundo no era la nobleza sino los reales y las onzas las que servían. Vivía en la casa de más pretensiones y más nueva del pueblo, toda rodeada de parrones sombríos, bajo los cuales fumaba su pipa que era admiración de los otros viejos de su amistad. Tenía insolencias de adve-

nedizo y se expresaba de cuantos poseían menos tierras que él con la misma dureza y desprecio con que don Cristóbal el corregidor hablaba de los que estimaba con menos linaje. El tío Botijo, como lo llamaban en el pueblo aludiendo al origen de su fortuna y a sus muchos sobrinos, no sabía nada de los parientes de América ni nada le importaban.

También quiso ver don Diego a la pobre viejita Dorothea, llamada "la lechuza ciega" o más simplemente "la Bruja", tía de Gonzalo, cuya vida en Elizondo no tenía sino espinas. La ignorancia de una vecina que perdió al mismo tiempo, tal vez a causa de un envenenamiento, cinco cerdos gordos y luego una hijita de tierna edad y acusó a la Dorothea de haberle causado mal de ojos, comenzó a formar la leyenda de su brujería. Inútil había sido la acción de dos curas que hasta desde el púlpito hablaron para condenar tan ruín superstición: la viejita era perseguida en la calle y apedreada cuando en el pueblo ocurría cualquier desgracia no bien explicable, y casi puede decirse, que donde no había médicos ni quién supiera una palabra de nada, casi todo era inexplicable. El tío Botijo no prestaba amparo a su hermana y reía de buenas ganas al verla sufrir calladamente del odio de todos sus vecinos. Don Diego creyó descubrir que la bruja de Elizondo y la monja de las Claras habían cambiado sus papeles. Dorothea era buena y había atesorado en respuesta a tanta maldad solamente ternura y timidez. Le habló de Agueda con tal delicadeza y afecto que reconoció verdaderamente en ella a la hija agradecida de viejas criadas y amas de llaves de su familia.

Una tarde don Diego encontró a la puerta de la casa a Pedro, Agueda y su novio, que lo esperaban impacientes; tenían una noticia que darle y una autorización que pedirle. Gonzalo había recibido de su padre una suma de dinero que le permitiría seguir a don Diego a América con su mujer. Pedro se quedaría para siempre en la casa y buscaría una compañera. Todo lo tenían arreglado, naturalmente sin que éste silencio de ordinario, hubiera desplegado los labios; pero en el mayorazgo era verdad el proverbio "quien calla otorga". Agueda consentía en ser pagada a largo plazo de la parte de su herencia, que sumaba bien poca cosa; con los dineros y el trabajo de Gonzalo tendría lo suficiente. Don Diego se opuso a este proyecto absurdo; narró los peligros de la navegación, las dificultades que en-

contrarían; la responsabilidad que iba a afectarle en caso de desgracia o de que el país no gustara a sus primos. ¿Y cómo dejar a Pedro sólo, sin verlo ya establecido? Agueda tenía también elegida una moza del vecindario, alegre como unas pascuas, buena y agraciada, lo que precisamente necesitaba Pedro que era tristón. El mayorazgo sonreía sin negarse a aceptar aunque parecía asustado por la magnitud y novedad de la cosa: ausencia de la hermana, viaje a América, liquidación de la herencia, matrimonio para él que no tenía nada pensado y todo en tan poco tiempo, pues quedaban dos semanas descontando el tiempo indispensable para llegar a Bilbao. Pero Agueda y Gonzalo insistieron y rogaron de tal modo que Pedro consintió y don Diego, por su parte, hubo de acceder. En el fondo de su alma veía con satisfacción que esos jóvenes se acogieran a su suerte, que la hermosa y buena prima buscara su amparo; pero temía que fuera un desastre para sus propios negocios aparecerse en Santiago con la Echasoneta casada con un sobrino del orgulloso corregidor como para obligarlo a reconocer la lógica de su alianza con Inés.

En una semana se efectuaron los dos matrimonios de los hermanos: el primero, el de Agueda, con esplendor y bullicio nunca vistos, a pesar del duelo, porque el tío Botijo tiró la casa por la ventana y pasó dos días borracho disparando cohetes por las calles y obsequiando cuartos a todo el mundo; el de Pedro más modesto y recatado con una señorita de carácter religioso, pero de esa religión alegre y generosa que es tan amable, hija de una familia también noble y bien reputada aunque sin fortuna alguna. Y he aquí como todo aproximaba el momento en que el viajero iba a abandonar la casa solariega dejando allí al último hidalgo de su nombre.

Cuando, en una mañana antes de la salida del sol, la caravana trepó las montañas del lado opuesto de aquel por donde Diego había llegado y vió en el fondo, ahogado en brumas, el caserío de Elizondo sintió un nudo en la garganta. Al buscar los ojos de su prima no se sorprendió al ver que descendía del caballo, se arrodillaba en tierra, se cubría el rostro con las manos y lloraba a mares. Allí quedaban frescas todavía y húmedas las flores colocadas sobre las tumbas de sus padres; la vieja casa

llena de tantos recuerdos donde los muros y las piedras mismas hablaban de cosas comunes; la iglesia donde había recitado sus plegarias donde habían derramado el agua bautismal sobre su frente y bendecido ahora sus amores. Allí quedaba todo; lejos ya, a pesar de que apenas llevaban dos horas de viaje.—¡Pedro! ¡Pedro!—gritó con un clamor estridente la niña, viendo allá a la distancia al hermano que los había acompañado y que estaba detenido, antes de volverse, mirando desde su caballo cómo se perdía la caravana que le llevaba a los séres más caros de su alma. Don Diego miró hacia la punta de rocas donde el hidalgo inmóvil parecía una estatua ecuestre fundida en hierro. Su cabeza se volvía hacia ellos fijamente; pero el caballo y el cuerpo estaban tornados hacia Elisondo, donde volvía llevado por el extraño destino que separaba a los vascos en dos porciones, llevando a los audaces al mundo nuevo y dejando a los pacatos la tierra de los mayores, que ya tenía secas las ubres para alimentar tantos hijos. Los espoliques emprendieron de nuevo la marcha y los viajeros continuaron silenciosos sin poderse hablar, embargados por sus pensamientos y recuerdos. Pronto perdieron de vista el valle, y Elizondo quedó grabado en la mente de Agueda como un cementerio sumido en la bruma.

Las cartas que llevaba Diego para los madores hicieron posible la aceptación de los dos nuevos pasajeros rechazando a otros que esperaban desde hacía un año. Cuando el barco hubo cargado la ferretería, rejas, clavos y puntas de arados de la ciudad del hierro, comenzó a acumularse en su cubierta y por todos los compartimentos posibles una muchedumbre abigarrada que marchaba ciegamente a su destino: religiosos, comerciantes, soldados, empleados del Gobierno, algunos parientes llamados por los que habían comenzado ya a amasar fortuna, todos iban tras del miraje del oro de América y prescindían de las privaciones y pasaban en verdadero éxtasis mirando el mar que por primera vez surcaban. Eran los emigrantes: los mismos desbordes de las razas prolíficas que en tiempos antiguos formaron los pueblos heroicos y conquistadores y superaron luego como corriente humana la virtud de la fuente originaria, resucitados con la aparición de un vasto continente casi des poblado, donde espigaba el trigo. Constitúan un sobrante; pero el sobrante fuerte que abandona la lucha en un sitio para proseguirla en

otro; sobrante que a veces envolvía presidarios, renegados, rebeldes, expulsados, carne de horca o de prostitución destinados a purificarse sobre el fuego de la desdicha, de la privación, de la guerra, del hambre y de la sed y a constituir la nueva sangre renovada en los tiempos por venir. Pero, entretanto, esa muchedumbre era desagradable y agresiva: cada cual desconfiaba del vecino, lo trataba como enemigo, espía sus palabras y sus actos, se mostraba altanero con el más humilde y bajo con los superiores. Iba allí una mujer, llamada por su hijo a Lima, que servía de único vínculo de unión a todos por su optimismo. Marchaba como ciega con las manos extendidas para tocar el porvenir de felicidad; reía ante la belleza del mar, del cielo estrellado, de los cantos de los marinos bretones; era la madre de todos los débiles y enfermos y afligidos. Al salir al Pacífico el barco, después de horrible navegación, la mujer sufrió un ataque cardíaco y murió en pocas horas. Ese hijo partido para luchar con la vida, que llamaba después de tantos años a los suyos y esa madre que ya anciana acudía llena de esperanzas, fueron separados para siempre y en la última etapa del largo viaje.

Una mañana una ave marina que, cansada de volar se aproximaba al barco reveló que la costa de Chile estaba cercana. Don Diego pensó que si caía al barco su suerte sería feliz y si bajaba al mar desgraciada. Había buscado pocas probabilidades para su suerte: el pájaro rondaba las velas y se alejaba con el ruido que hacía entre el cordaje el fuerte viento. Un marinero tiró de pronto con una espingarda vieja y dió en el blanco: el ave juntó las alas y cayó contra el trinquete. ¿Sería desgraciada la solución de sus desvelos?

La belleza de Inés había provocado otras tentativas estimuladas por la fortuna del padre y su linaje: fuera de don Juan Manuel se podían contar cuatro pretendientes formales apadrinados cada cual por su familia y por el confesor y por todo género de influencias. El modelo del novio colonial con posibilidades de éxito lo daba don Alonso de Noguerol. —No podrá negarse don Cristóbal de Urrea —decía fray Gabriel Alvareda, definidor de los dominicos, al comparar a su candidato con los otros— a aceptar a don Alonso porque es joven cristiano, noble y obediente, en el cual

de tal manera no habla la sensualidad que no conoce a su novia y a estar en su presencia no pondría sus ojos en los suyos. Será dueño, a la muerte de su padre, de la hacienda de Quillota, que colinda con la del corregidor y entonces se formará una sola propiedad, que podría ser patrimonio de reyes o constituir un ducado. Don Alonso ha puesto todo en manos de su confesor y del padre de la dama; no dará paso alguno que no sea del agrado de estas dos personas; no procede por esa futil razón llamada del amor, cosa volátil y pasajera buena para los poetas; sino por la razón de que ha llegado a edad de tomar estado y de trabajar su hacienda, para lo cual hay que tener esposa como Dios manda".

Don Alonso contaba con la ayuda de tres tías en el mundo y dos en conventos, una sirvienta habladora, un libro de heráldica donde figuraba un escudo de los Nogueroles y la paciencia necesaria para esperar, durante cinco años si era preciso. Por lo demás, era pequeño, raquítico y feo; por ese motivo prefería presentarse a la novia cuando ya don Cristóbal la hubiera convencido a empujones y amenazas de la necesidad de juntar las dos haciendas de Quillota. El trabajo se hacía ordenado y metódico: el padre Alvarada hablaba a don Cristóbal en la sacristía después de la misa matinal; las tías se turnaban en el día para hacerse las contradanzas con Inés y la sirvienta corría por las casas contando horrores de Maldonado, de sus deudas y malas costumbres. Una de las tías religiosas estaba, por desgracia, en el convento de las Claras y no tardó en abordar a Mónica y convencerse de que ésta resistía a don Alonso porque no lo encontraba de posición bastante alta y se riñeron ambas. La



La candelita fué mostrada encendida en la punta de los delgados dedos del joven. Pág. 150.

clarisa tenía puestos los ojos en un marqués auténtico y buscaba medios de atraerlo al cortejo de Inés, a quien aleccionaba sin mucha seguridad de ser escuchada. Otros dos jóvenes de las mejores familias vi-

sitaban la casa del corregidor, requiebaban a Inés, se combatían mutuamente y hasta habían cambiado golpes e injurias por sus miradas y palabras. Entretanto, la niña permanecía luchando entre el recuerdo cada vez más débil de don Diego y las amorosas y cada vez más elocuentes y continuas declaraciones de don Juan Manuel.

Se presentaba a la ociosidad de los santiaguinos un pleito de casamiento de los más sabrosos para la chismografía. Si todavía ahora, a pesar de las exigencias modernas, de la multiplicación del tiempo gracias a los barcos rápidos, al telégrafo, al teléfono; de los atractivos de los negocios agitados, de la bolsa, de las hipotecas, de la admisión a los actos públicos de muchísima más gente que antaño; de la vida interna que da la cultura y los viajes y la amplitud de la población en las grandes ciudades; los matrimonios ocupan a muchísima gente en nuestra ciudad y no falta el anónimo y la intriga cuando se trata de evitar alguno muy feliz y recomendable, ¿cómo sería en aquellos tiempos en que las visitas de los provinciales extranjeros a los conventos era el más poderoso incentivo de la conversación? Así, las inclinaciones de Inés servían de tema en todas las casas junto con las primeras dificultades que la llamada *alternativa*, o sea rotación de superiores españoles y criollos en las órdenes religiosas, estaba produciendo en todos los conventos. El vecindario se mostraba hostil sin excepción alguna a don Juan Manuel porque era un extraño que iba a marcharse a la primera ocasión con onzas y todo. Don Alonso era juzgado por unos buen partido; por otros un simple imbécil rico. De don Diego, afortunadamente, no se acordaban sino sus deudos y uno que otro amigo fiel, como el capitán Almanzor, que sonreía sólo, confiado en los acontecimientos.

Estos se precipitaban en forma inesperada; noticias de Lima y el rumor creciente del público pusieron sobre ascuas al corregidor que llamó a don Juan Manuel a palabras serias y de una sola conferencia, viendo el muchacho pérdidas todas sus esperanzas, y con probabilidades de caer en prisión o poco menos, se ausentó silenciosamente, sin dejar tras de sí ni una carta. Inés puso buen continente a esta contrariedad, como lo exigía su amor propio, y repartió ligeramente sus miradas entre los dos jóvenes, Mercado y Recalde, que se batían valientemente por ella. Del castísimo,

obediente, disciplinado y desconocido Noguerol, que se presentaba con el argumento de los deslindes de la hacienda, no se acordaba para nada. Sin embargo, tampoco podría disponer libremente en este caso porque el corregidor había escuchado los argumentos agrícolas de fray Alvareda, hecho una inspección ocular en el terreno a lomo de caballo y vuelto entusiasmado con la idea de juntar en su hija seis mil cuadras de tierras regadas y planas como la palma de la mano. Esa misma noche le hablaba, la niña rehusaba con energía y el corregidor planteaba la temida amenaza: o Noguerol o profesión en las Clarisas. Había un término medio y la niña lo insinuó tímidamente: el joven marqués auténtico que no se pronunciaba todavía... pero que ya vendría. Mónica confirmó la cosa: había encendido seis velas de cera a San Antonio, esperaría dos semanas, y, en caso de resistirse el santo, lo pondría de cabeza otras dos semanas. Como se sabe, San Antonio debe ser tratado con rigor "y no darle sogá", como aseguraban los sacristanes de ese tiempo. Don Cristóbal esperó, e Inés, que acababa de ser impuesta de la posible llegada de Echasoneta, creyó que la presencia de éste sería providencial para su vida, sin ver muy claro el camino que seguirían los acontecimientos.

El joven marqués auténtico, que tenía sus tierras en Illapel, no pensaba en matrimonio y no conocía a la muchacha. Y como el proverbio dice "a Dios rogando y con el mazo dando", y aquí faltaba el mazo, no llegaron hasta esa región las órdenes del santo en el caso improbable de que las impartiera. Pero, en cambio, había ocurrido en la ciudad dormida, y mientras realmente dormía, algo de trascendencia para los personajes de esta historia. Don Diego, llegado a Valparaíso, en vez de anunciar a su padre el feliz arribo, temeroso de despertar recelos y defensas prematuras, había emprendido con sus deudos en tres jornadas el viaje de Valparaíso a Santiago, procurando atravesar a la oración la ciudad por la que es hoy día calle de San Pablo y ribera sur del Mapocho y alojando en su casa de Ñuñoa. Allí dejó a los primos y antes de aclarar entraba a su casa de la ciudad sorprendía a su padre en la cama y pasaba allí tres largas horas contando al anciano la epopeya de su viaje. Don Vicentón fué llamado

en consulta, y como había hecho propios estos negocios lloró de emoción al ver "al niño" tan maduro, tan hermoso, tan bien traheado, tan vencedor de todas las dificultades. Así lo creía al menos el buen sacristán; pero don Diego escuchó todos los detalles de la viacrucis sufrida por Inés, frunció el ceño y se quedó absorto frente a frente de la misma dificultad que lo había obligado a partir. Se necesitaba un consejero de mayor experiencia, un hombre reposado que fuera amigo de la familia y al mismo tiempo tuviera sobre el corregidor autoridad debida y probada. No quedaba otro que el padre Chaparro, definidor de los franciscanos, religioso que había estado en el Vaticano y conocido al Santo Padre. Había que guardar secreto sobre la presencia del joven y celebrar la entrevista con el religioso tarde de la noche.

Don Francisco acababa de ceder sus negocios a otro comerciante y estaba satisfecho de la liquidación que ponía en sus manos una de las fortunas sanas y sólidas del país. Impuesto ya de la forma cómo su hijo había cumplido su misión, escuchó con ansiedad el relato de los últimos días de su hermano y manifestó imperiosa urgencia de saludar a su sobrina y ocuparse de sus negocios para ofrecerle la seguridad de su protección constante. Mientras el viejo partía a Ñuñoa, el joven preparaba con don Vicentón un plan concebible en un amante y aún excusable, dada la intensidad de su amor. Quería ver ese mismo día a la niña sin ser por ella visto. El sacristán llamó a doña Berta sin decirle nada de lo ocurrido y la hizo penetrar al cuarto del recién llegado que no deseaba revelar su presencia ni a su propia servidumbre, temeroso de todo rumor callejero. Para la Aliaga, tan romántica y exaltada, no se la podía asociar a aventura más de su gusto. Reconoció inmediatamente al caballero, le contó con prudencia la lucha de Inés con su padre y pretendientes, estimuló su amor con mil detalles que las mujeres saben observar y creen dignos de contar y, finalmente, combinó la forma cómo se haría la presentación. Pero es necesario decir que también la pobre Aliaga echó sus lágrimas no por emoción esta vez; sino por la imposibilidad en que se encontraba de contar a todo el mundo tan gran nueva de la llegada del mozo. ¡Qué heroísmo se necesitaba para guardar secreto!

En la tarde, apenas obscureció y de torre en torre fué pasando el toque de la oración, don

Diego llegó a la celda del padre Chaparro y le hizo paciente narración de sus negocios, sin omitir detalle alguno, ni los que habían ofendido gravemente su dignidad ni los que le habían revelado con crueldad irónica su superioridad de linaje sobre el corregidor, interesándolo con sus más ardorosas palabras en su causa. El padre pidió los papeles, el joven los dejó en su poder; exigió aquel se mantuviera el secreto de su arribo y se comprometió a hacer lo que fuera humanamente posible para sanjar las dificultades. Con gran asombro le oyó decir don Diego que encontraba hacedero todo y que en los repliegues del corregidor podía depositar una palabra mágica que le hiciera escoger el buen camino.

Entonces, aliviado ya de una parte de sus congojas, don Diego escaló fácilmente la tapia del huerto del corregidor y fué recibido por doña Berta. Tomado de la mano temblorosa de la Aliaga llegó hasta una alcoba, vecina a la sala donde se reunían los tertulios toda la noche. Una puerta del cuarto completamente oscuro quedaba abierta hacia el patio interior, donde filtraban al través de las madreselvas y pasionarias los rayos de la luna. En el silencio exterior podía escucharse el concierto nocturno de los huertos santiaguinos, en el cual los grillos marcaban el isóeromo compás con sus hélitros y los sapos almodiaban más lejos y continuamente su melancólica serenata en sordina. El joven recordó, con los aromas de las enredaderas y este acompañante nocturno de los ensueños de amor, todo su pasado: cuando Inés era pequeñuela y se encontraban juntos en los huertos de Ñuñoa, cuando crecida nació en ellos el amor y se interpuso una ciega y obstinada resistencia. No había nada comparable en la tierra de sus mayores a esta melancolía dulce de las noches de Chile a esta dulce sensualidad del aire y lánguida armonía de todos los elementos en consorcio con la belleza perezosa y material de la mujer criolla.

Por la gran caladura de la chapa podía abatear Diego una parte de la sala, iluminada con velas en una lámpara colgante y en dos candelabros colocados al costado sobre la consola. Don Cristóbal conversaba con algunos caballeros y un religioso; dos señoras se habían acomodado con dos jóvenes para jugar llería en la mesa del centro. De pronto apareció Inés en el umbral de la puerta, vestida de rosado, con su cabecita tan fina, el cuerpo tan esbelto, más mujer y más bella todavía en

tres años de desarrollo pleno de sus líneas adorables. Avanzaba con los ojos bajos, ocupadas sus manos y su vista en desenredar una cadenilla de los encajes del vestido; avanzaba flojamente hacia la mesa. Al llegar a ella levantó los ojos. Diego recibió un golpe de luz y de calor. Se retiró de la puerta, corrió hasta el fondo del huerto y saltó ágilmente hacia la calle. No quería ver más ni saber más; dejaría la vida en la demanda o Inés sería la prolongadora en Chile de la estirpe noble de los Echasoneta. La sangre y la carne, la vida y el amor, reclamaba para la raza chilena, inconscientemente, la unión de la fuerza con la belleza.

El padre Chaparro era una gloria intelectual de la ciudad porque nadie ignoraba sus triunfos en Roma cuando en la iglesia de Santi Quaranta, cerca de la ribera del Tiber había predicado en esa pura "lingua romana in bocca toscana" las maravillas de la teología y su sublime disertación sobre la gracia que había llegado repetida oralmente hasta los mismos eminentísimos cardenales. El criollo, descendiente de una caecia de Colchagua, ignoraba su elocuencia y sus conocimientos, y se sorprendió primero de encontrar menos altos y sublimados a los príncipes de la iglesia de lo que había creído en sus sueños y ambiciones de dominio espiritual. Después consintió humildemente,—ocultándose a sí mismo la verdad,—que gracias a la mediocridad de aquellos podía el mismo valer alguna cosa. Pero diabólica revelación que abrió sus ojos, en sus últimos años de estudios romanos, le permitió entrever la posibilidad de sobrepasar en ciencia a los más notables predicadores y maestros de la metrópoli religiosa del orbe. Sin embargo, nunca como entonces estaba más lejos de una distinción eclesiástica el mestizo americano, del cual se creía que podía con un salto atrás volverse cobrizo y hasta llegar a alimentarse con carne humana como expresaba con razones de los libros más sesudos un teólogo florentino en boga. El religioso, dotado de intensa vida interior y fervoroso, aceptó calladamente su suerte y regresó a sumirse en el pozo hondo y obscuro de su convento santiaguino y así como el elefante rey de las selvas, conducido por una sogá a la arena humillante del circo dominical, el padre Chaparro

cambió sus predicaciones célebres del Tiber por humildísimas pláticas a flor de tierra a las márgenes del Mapocho. Poco a poco desvanecieronse de su cabeza las imaginaciones brillantes, las teorías nuevas, las felices adaptaciones de las frases de las escrituras al lenguaje común y se redujo voluntariamente a la talla prescrita para el buen religioso del siglo XVIII en Santiago de Chile; y cuando alguna vez en las vidas de los santos se trataba de Roma o los visitadores recién llegados hablaban de Su Santidad, el padre Chaparro pensaba que había visto solamente en sueños la grandeza de la jerarquía eclesiástica. Nunca hablaba de sus antiguos triunfos que por diversas bocas que no la suya se pregonaron; y una sola vez, cuando desterrado de Santiago, a consecuencia de un capítulo demasiado ardoroso agonizaba en Curimón, mostró un libro impreso en Boloña al lego que lo acompañaba, donde un flamante comentador de los Santos Padres que apenas lo citaba de paso había tomado más de cien páginas de sus predicaciones de Santi Quaranta. "Me cree bajo tierra—añadió—y estoy sobre ella aunque también muerto".

Chaparro era un talento original formado sólo, florecido mejor dicho, de quién sabe qué lejana semilla. Todo su vigor lo había reducido y concentrado en una facultad de observación penetrante y rara en el chileno. El franciscano conocía a cada santiaguino, su peso y medida y ley; desgraciadamente nunca se expresaba de ellos sino con un suspiro que le salía del fondo del alma y así no sabemos de la mejor fuente cuánto valían esos señorones.

Lo que ocurrió en su celda durante las tres horas en que el corregidor permaneció en ella no lo contó a nadie el viejo religioso. Don Vicentón, que rondaba con una oreja muy larga cerca de la puerta, dice que don Cristóbal dió voces muy fuertes como llamando en su auxilio, que después parecía sollozar y más tarde permaneció en un largo silencio. Lo que todos vieron fué al corregidor saliendo con la cabeza inclinada y pasando a la iglesias, donde se quedó hasta el medio día en oración.

A las dos de la tarde don Diego era llamado con su padre a la misma celda. El padre Chaparro tenía la gran cabeza sumida entre los manos rrugosas: parecía una cabeza organizada para las peleas pre-históricas, una cabeza de bizonte, ruda, deforme, fuerte. Sus ojos negros y grandes, magníficos de esplendor y de bondad, también hacían recordar la animación



El anciano miraba hacia el lado opuesto, los ojos fijos en un punto determinado. PÁJ. 160.

dad generosa de las bestias de labor. Pero era esa frente—la enorme frente morena cortada al medio por profunda grieta—lo que en su cuerpo hablaba con más elocuencia de las vigiliadas del estudio, de las tormentosas luchas de la ambición con prematura renuncia le todo. ¡Ah! ¡Qué hermosa es la frente bajo la cual han ardido llamas de soberbia y quedan brasas envueltas por esa ceniza de la castidad

y del reposo santo de la resignación! Los dos Echasoneta miraban al religioso y callaban sobrecogidos por la ansiedad. Levantó éste sus ojos, las pupilas fueron derechas hacia el joven y apenas pudo decir:

—Todo nos viene de lo alto. Rinde gracias a Dios...

Don Diego se había puesto de pie intensamente pálido; temblaba todo entero. Su vo-

luntad poderosa había medido delante de sí un obstáculo casi invencible que iba a poner a prueba su fuerza obstinada; como el atleta que va a saltar un obstáculo superior a sus fuerzas había tomado suficiente distancia para dar vuelo a la embestida y al encontrarse de pronto con una brecha que lo invitaba a pasar, casi desfallecía. El padre Chaparro no podía comprender este sentimiento, y atribuyendo la violenta turbación del joven al temor de un fracaso, continuó con más rapidez tendiendo la mano hacia él:

—Porque todo irá por el mejor camino. Don Cristóbal reconoce la buena nobleza de los señores Echasoneta de Elizondo. Inclina su cabeza ante la voluntad de Dios y exclama como el mayordomo de Abraham en el Libro del Génesis: 'Bendito sea el Señor Dios de mi amo, que tan propicio se ha mostrado con él guiándome vía recta a la casa del hermano de mi amo'. Y luego, temeroso de haber dicho demasiado, agregó: No se aludirá para nada al origen de la familia de Urra, que el corregidor ignora y continúa ignorando. Don Diego se presentará hoy simplemente a don Cristóbal para saludar su novia y anunciar la visita del señor don Francisco. "Nada puede agregar, en esta materia de formalidades mundanas, el religioso al caballero", terminó.

Cuando Echasoneta, sin vacilaciones de voluntad ni de cuerpo, llegó a la casa del corregidor, el silencio que seguía a la siesta en toda la ciudad parecía haberse aposentado allí como en su centro. Del patio interior venían gorjeos de pájaros enjaulados y allá, muy lejos, gracias a la ausencia absoluta de rumores, se repetía el vacilante ejercicio de un clarín militar que corregía una y otra vez las notas y ritornelos de la queda. Introducida por el mulato hasta una sala alfombrada, el ruido de sus pasos no despertó la abstraída meditación del corregidor. Diego lo encontró envejecido, triste, hondamente tomado por una preocupación dolorosa. Su soberbia, su energía, sus prejuicios más arraigados, todo había caído hecho polvo a sus pies. Y el indomable mayoral que manejaba el mestizaje de la ciudad con un látigo en la mano y la sogá de la horca suspendida en la plaza, parecía ahora sombra o remordimiento, a pesar de su agudo y todavía desdeñoso perfil que los años habían afileado y como petrificado.

El joven se quedó mirando a aquel hom-

bre que había sido su enemigo mortal y de cuyos secretos le hacía ahora mereced en homenaje a su hija. El anciano miraba hacia el lado opuesto, los ojos fijos en un punto indeterminado; don Diego hizo un leve movimiento, Urra levantó la cabeza, y poziéndose de pié con rapidez vino hacia el joven.

—"Sea bienvenido el señor don Diego,—comenzó con trabajosa dicción,—después de su largo viaje. Estoy impuesto de la satisfacción que ha gustado en la casa de sus mayores y de la triste pérdida que ha sufrido en el virtuoso don Bernardo. Acabo de saber que un deudo mío ha llegado en compañía del señor Echasoneta y que ha desposado a una hermosa y noble señora de su familia; he de tener pronto la ocasión de verles." Luego el corregidor continuó agitando los labios; pero sus palabras no salían y don Diego temió que se tratara de un desvanecimiento. Esos instantes de silencio le parecieron larguísimo: los gorjeos de los pájaros eran hasta allí perceptibles y también los más lejanos ejercicios del clarín; una campanita comenzó a tocar más cerca. El corregidor parecía tratar de recordar ayudándose con una mirada vaga y circular; cuando en sus giros pasaba por el rostro de don Diego, se detenía como con miedo; a veces el destello de las pupilas se concentraba como en movimiento de ira; pero luego volvía a la inmovilidad de su máscara de bronce. Por último, se acercó a la puerta y llamó a doña Berta. Hizo una inclinación a don Diego, le manifestó que se honraría con verlo en las noches después de la cena y salió con trabajo hacia el patio.

—"¿Está enfermo?"—preguntó don Diego a la Aliaga, que parecía también muy conmovida.

—"No; pero desde ayer sufre algo moral; tal vez consecuencias de lo hablado con el padre Chaparro? Ha estado hoy muy preocupado de esta entrevista y parecía repetir, en voz alta, frases que en seguida se borraba pasándose la mano por la frente. Era de creerlo loco. Por fin, me ha dicho que él hablaría muy contadas palabras con Su Merced y que yo debería llevarlo a ver a doña Inés".

Diego abrió los ojos en signo interrogativo y apremiante y la Aliaga marchó como única respuesta a esa orden muda en dirección a una puerta y le dijo:—Sígame, creo que está en el oratorio; ahí la sorprenderemos. Pobre cilla...

En un ángulo del corredor del segundo patio, tras de una cortina de jazmines, se abría la gran puerta del oratorio que la señora Flores de la Oliva había erigido en honor de su parienta celestial, en tal disposición que la seridumbre pudiera asistir a la misa desde afuera. La dueña y el conmovido caballero penetraron hasta la sala contigua, andando en puntillas sobre el rudo petate hasta que columbraron por la otra puertecita del estrecho presbiterio, la indecisa claridad de una lamparilla de aceite que ardía ante la imagen de la santa limeña. Cuando se acostumbó la vista de don Diego a la penumbra misteriosa de ese rincón donde no llegaba ruido alguno, divisó a Inés arrodillada en el reclinatorio sumida la cabeza entre los brazos cruzados. El reflejo de la lucecilla caía sobre su cuello blanco y lo demás nadaba en sombra. Un leve movimiento de la cabeza le reveló que oraba con intensidad o sollozaba. En esos momentos de emoción profunda del alma y del cuerpo, cuando la niña había adivinado más que sentido la llegada de don Diego para visitar al corregidor corrió, naturalmente, así como de pequeñuela a refugiarse en la falda de la madre, a buscar en medio de los recuerdos de la pobre muerta, en su mismo reclinatorio, frente a su imagen favorita, las fuerzas que necesitaba para esperar serenamente el encuentro. Los pasos más leves del joven habrían resonado duplicados en sus oídos de sensibilidad morbosa y así la emoción que la sobrecogía a medida que se acercaba el instante rayaba en el delirio de la angustia, en el espasmo del miedo. Por su parte, don Diego, pálido como enfermo, estremecido hasta lo más íntimo de su ser por ese inolvidable momento en que el amor y el dolor se confundían, quería avanzar y no podía. Hay instantes en que el fluído espiritual de dos seres animados por un sentimiento común, se estrechan de tal manera que cambian una sola voluntad y un solo deseo. El joven no se había movido; pero Inés sintió de tal manera el calor quemante de sus besos en el cuello que levantó la cabeza, volvió la mirada hacia la puerta y detuvo con sus ojos suplicantes la fugitiva y loca idea que cruzaba la mente de

Echasoneta. La fe religiosa de ambos era muy intensa para que no lograra sobreponerse al posible apasionado enlace en que los labios se habrían buscado, el temor de que tan alta aunque profunda manifestación de sus almas, turbara la santidad del sitio con la materialidad de su forma.

Y entonces la niña, con una mano a distancia del rostro como para ocultarlo del fulgor de una llama, avanzó hacia don Diego, cogió su mano y salió con él hacia el patio bajando con pudor los enormes ojos al pasar frente a Berta, que temblaba también sobrecogida por la escena.

Junto a la cortina de jazmines se detuvieron para mirarse, sin hablar. Por las pupilas soñadoras de Diego pasó rápidamente la serie de imágenes de su vida y la niña iba viéndolas unas tras otras. A lo lejos el clarín repetía ya sin vacilar el muriente toque de retreta. Inés comprendía entonces que su fantasía no había sido generosa con su amante, pues se extrañaba ahora de no haber recordado exactamente su mirada serena y fuerte, la belleza de su rostro tempranamente serio, el sentimiento de juventud y energía sana que difundían su voz y su sonrisa de acentuada virilidad. Porque don Diego habló para decir en confusión violenta de términos lo que había sido su amor y lo que era ahora su voluntad... De pronto, en la tarde callada rompió el aire el toque de la oración. "**Angelus Domine nuntiabit Maria...**" murmuró doña Berta, mientras seguía descendiendo de los campanarios el armonioso y melancólico canto de las campanas. También había llegado la anunciación para la hija del corregidor, librada de la obligación de un convento o de un matrimonio sin amor, y entregada al noble caballero que lo era desde antes de saber que tenía un escudo en un caserón de Elizondo, al otro lado de las montañas y de los mares.

"Todo tiende a su fin",—dijo el poeta;—pero no esta renovación de las razas que en el crisol de la pobreza, de la emigración y de la falta, persiguen siempre su destino, dejan las escorias decrépitas y vierten el puro metal que formará a los fundadores y defensores de una nueva nación.—Fin.



Un ilustre poeta mejicano

LA POESIA

(Fragmento)

La Musa que se mira en la fuente de castalia y que se ama a sí misma como Narciso, será muy gallarda, muy tierna, pero no me agrada, y ello es culpa de mi organización. Esa Musa no es mi Musa; mi Musa es el siglo, es el pueblo, es la patria. Más aún, es la humanidad con sus virtudes y sus vicios, con sus regocijos y sus dolores, con sus energías y sus flaquezas, con sus heroísmos y sus crímenes, con sus ideales y con sus pasiones, con sus pies de monstruo, sus alas de ángel! ¡Oh, Dante! ¡Oh, inmenso espíritu! ¡Con razón abandonabas a los demás poetas las estrellas, los pájaros, las flores... sólo te reservabas el corazón del hombre!

¿Qué es la poesía, la gran poesía? No es el ingenioso pero pueril aparato de Bewsoer; no es el caleidoscopio; no es el tubo con espejos inclinados y vidrios de colores, que a cada movimiento ofrece a la percepción una nueva simetría más o menos bella; es el reflejo, la síntesis, de una época, la soberana y palpitante expresión de las esperanzas y de los recuerdos, de las creencias y de los desengaños, de los odios y de los amores, de las tendencias y las preocupaciones, de las glorias y de las miserias de un pueblo, de una raza, de una generación, del hombre en un momento histórico. A ningún inspirado, cualquiera que sea su talla, le es dado crear una poesía así. Un gran poeta no es más que un revelador; no es más que un artista, que de la arena escarbada en que gritan, gesticulan y pugnan anhelos divinos y apetitos brutales, recoge un poco de arcilla ensangrentada y convulsa, y hace de ella una imagen en que respira una hermosura trágica. Si el espíritu tuviera también su geología, cada poesía sería el carácter peculiar más precioso de una formación, el supremo distintivo en el yacimiento de una edad. Homero es la antigua civilización griega con sus dioses y sus héroes. La Divina Comedia es una fantasmagoría de gúelfos y gibelinos; es la gaceta de Florencia de entonces; sólo que Alighieri revistió de magnífico y eterno bronce el pálido y frágil barro de las pasiones de un día. Byron, entre los sacudimientos de un terremoto moral que removi6 las sociedades hasta en sus cimientos y produjo una transfiguración sublime, pero dolorosa—como observa un escritor francés—es el poderoso intérprete de todos los sentimientos, de todas las angustias, de todas las dudas, de todos los delirios, de todos los frenesíes que estallaban y discurrían en aquel tormentoso crepúsculo. Victor Hugo es todo el Siglo.



SEEL

SALVADOR DIAZ MIRON

La Tierra del Patriotismo

A mi amigo Richón Brunet.

Por

LUIS POPELAIRE

Ilustraciones fotográficas

Tenía yo un tío que pasó su vida fumando y leyendo. Perteneció a la generación del primer tercio del siglo XIX, a la que vió la evolución social que trajo la independencia y asistió a la consolidación de nuestro régimen republicano. Sus costumbres y su carácter no le permitieron vivir después con las nuevas generaciones y las nuevas ideas y todas sus opiniones, creencias y gustos se resintieron siempre del ambiente que reinó en Chile hasta hace cuarenta o cincuenta años. El no comprendió jamás los adelantos últimos que en todos los órdenes ampliaron la vida nacional en el período comprendido entre la guerra del Pacífico y nuestros días. Así fué cómo el viejo caballero vivió continuamente en los primeros años de la República y retrotrayéndolo y apreciándolo todo con relación a esa época, y así fué también cómo es lector incansable se gastó las pestañas leyendo las obras más famosas de la literatura francesa o las campañas de Napoleón porque ello estuvo en boga en aquellos años.

Mi tío hablaba con mayor conocimiento de causa de la batalla de Austerlitz que de muchos episodios de la historia patria. Napoleón fué su héroe y la Francia el espejo en que debían mirarse las naciones. Ajeno a cuanto la vida tiene de áspero, encerrado en su gabinete y sin pensar en el día de mañana, su imaginación bebía ansiosa toda la epopeya del gran Emperador y lo acompañaba con el alma de Italia a Egipto, de allí a Alemania, a Austria y a Rusia para llorar con él en el desastre de Waterloo.

Como asistió también desde aquí al reinado de Napoleón III, no hubo episodio del segundo imperio que no fuese discutido, apreciado y examinado por él. La derrota del 70 lo tuvo enfermo y ya jamás quiso seguir de

cerca la vida e historia de la Francia contemporánea. Volvió a su héroe, a su ídolo, y se dedicó a estudiar la obra de los sucesores del grande hombre. Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe fueron, a su modo de ver, gobernantes adocenados que nada hicieron por la gloria de su pueblo.

Un francés no hubiera sido más celoso del honor de la Francia.

La literatura francesa ocupaba los momentos que no le absorbía la historia de Napoleón. Dumas fué su favorito y a los setenta años leía "Los tres mosqueteros" con el mismo fervor con que leemos a los dieciseis la primera novela. Pero sus gustos eran más amplios, y Corneill, Racine, Montesquieu, Diderot, Balzac, Chateaubriend, Lamartine, Thiers, etc., tenían lugar preferente en su biblioteca. Para él la historia de Francia era la historia del mundo.

¿Fué mi tío un sér raro? ¿Un chiflado? Nó. Ese viejo chileno, perteneciente a una rancia familia de oidores y padres de la patria, fué un tipo común en nuestro país hasta hace algunos años. El representaba a una generación que tuvo a su cargo la tarea de formar un país y que para formarlo tomó como modelo la entidad más conspicua que existía entonces en el concierto de las naciones: a la Francia. Por eso es que aún hoy las costumbres, la lengua y las leyes francesas están incrustadas en nuestra vida republicana y son norma y regla de qué nos es difícil apartarnos.

El patriotismo nuestro encuentra sus modelos en ese incontrastable y potente patriotismo que admite grados y maneras de ser sólo comprensibles en el genio y el carácter de los franceses. Hasta en los enemigos del ejército, hasta en los socialistas exagerados, hasta en los sin patria que transitan

por los boulevares bay patriotas a su modo, es verdad, pero hijos de Francia y que intuitivamente aman la madre tierra.

Hé aquí un caso curioso: el del francés intelectual o nó que desterrado de su país, en tierra extraña, es, al través de sus declamaciones y exageraciones, el mismo ardiente enamorado del terruño lejano. De ésto hay nobles ejemplos.

Víctor Hugo, en su destierro de la isla de Jersey, se sintió mucho más francés que dentro de u misma patria. La célebre noveia

Enrique Rochefort, hace años, fué desterrado. Los tribunales le impusieron la pena de trabajos forzados, pero se la conmutaró por el destierro. El célebre periodista, el más vehementemente y vigoroso de Francia, en el destierro se formó en el estilo y adquirió mayor genialidad para sus producciones. Nadie ha atacado con más furia a las personas y a las cosas desde las páginas volanderas de un periódico, que Enrique Rochefort; pero nadie tampoco se ha hecho acreedor al perdón de las injurias que él mismo, porque sabía ha-



La igual esperanza y la igual convicción oponen en Francia un muro infranqueable al enemigo.

“Los trabajadores del mar”, esa epopeya única, fué meditada en la expatriación. El poderoso genio del gran poeta encontró en el destierro una inspiración que quizás no hubiera encontrado en su país. El rumbo de su gloria lo acrecentó el patriotismo ampliado en el desierto, y toda la grandeza romántica de su labor literaria que no hubiera comprendido su patria ofrecida sin la aureola del martirio y de la persecución sirvió para interesar a su pueblo en una obra que habría comprendido, sí; pero mucha más tarde.

La exuberancia de ideas, el calor y el entusiasmo son patriotismo porque son productos del carácter y éste es hijo de la patria.

cerlas con tal gracia, que se le debían perdonar, o con tal monstruosidad que se perdonaban ellas solas.

De Rochefort es aquel suelto que decía poco más o menos:

“No sé lo que me pasa al levantarme todos los días; pero el hecho es que no encuentro mis botas porque se van a casa del Ministro Fulano a darle de puntapiés.”

No hay que decir que Enrique Rochefort fué amado de toda Francia, que todos sus periódicos fueron leídos y devorados por los franceses... porque Rochefort fué siempre un patriota en medio de sus mayores extravíos políticos, y hoy día no sería raro enco-

trarlo en las trincheras si la Providencia hubiese conservado su vida.

Ese espíritu batallador, ese caballero medieval ingerto en demagogo no alcanzó a emplear sus arrestos en la defensa del suelo querido. Sus años, seguro, no le habrían impedido vestir el uniforme.

Dos hombres más ha tenido Francia que han podido disputar su popularidad y su patriotismo al redactor de "L'Intransigeant": el famoso general Boulanger y Paul Deroulede.

El general Jorge Ernesto Boulanger todavía fué más querido al desaparecer de los vivos que durante su lucha por el "desquite". Y eso que pudo vivir lejos de la patria, pero por no poder vivir sin su amada, puso fin a su existencia sobre el sepulcro de Mme. Bonnemain, en un cementerio de Bruselas.

Pablo Deroulede era, ante todo, un poeta. El creador de la Liga de los patriotas, el autor de los "Cantos del soldado" por encima de la agitación política, promovía una agitación lírica; y desde el rincón de su destierro, San Sebastián, sus trabajos para elevar a Francia y sus maquinaciones contra lo que ceryó la ruina de la República, fueron sólo consecuencias del patriotismo. Su acción fué fecunda para la patria por contener un apasionamiento sin límites por la gran madre de todos los franceses.

El tradicional discurso de Deroulede ante el monumento de Estraburgo, prueba el inmenso, el fogoso patriotismo de ese gran francés que, como Rochefort, habría corrido sin importarle los años a la defensa de la tierra francesa.

Y a nadie, tampoco, habría chocado ver a Jaures entonando himnos al ejército de la pa-

tria porque ese también era francés y patriota quizás sin saberlo...

Ese sagrado anhelo de abnegación y sacrificio que despliegan todas las clases sociales de Francia en la actual guerra son consecuencia de la especialísima manera de ser francesa que se agrupa alrededor de la bandera con dedicación absoluta no por disciplina fé-



Sin distinción de edades, comb. ten los franceses por su patria.

reas ni razones de automatismo militar, sino por convicción y por comprensión. El espíritu republicano reina en las filas francesas y allí no es el soldado un ente que el jefe impulsa o detiene a voluntad, sino un sér consciente, valeroso, alegre compañero del oficial. Juntos comen y juntos duermen, juntos cantan los himnos patrióticos y juntos están en la hora del combate. La confraternidad es única en el ejército francés y los hermanos de

hoy, los *poilus*, son los mismos republicanos que, en camaradería gloriosa vencieron en Valmy en nombre de la Igualdad, de la Libertad y de la Fraternidad.

En ningún otro ejército europeo se encuentra una tan uniforme tendencia e ideal como en el ejército francés. Allí el rico, el pobre, el jefe, el subordinado, el artista, el profesor el seglar y el clérigo marchan tan absolutamente acordes que no hay jamás necesidad de invocar la disciplina para nada ni por nada. Ella existe allí por sí misma sin las tiránicas imposiciones del militarismo y sin las crueldades que a veces suele traer.

Un periodista chileno que ha alcanzado la más alta situación en su ramo, así se expresa hablando de este maravilloso espectáculo de unión y amor en el ejército francés:

"Es incomprensible para el que no es capaz de elevarse a la concepción de una democracia real y efectiva, el espectáculo de ese ejército francés, en que los hombres de las condiciones más variadas se quieren como hermanos, se sirven mutuamente, se defienden unos a otros, se ayudan, se tratan con ternura casi infantiles que contrastan con la terrible labor de muerte a que están entregados.

Se nos hace difícil comprender la familiaridad de oficiales y jefes con los sub-oficiales y los soldados, porque habíamos llegado a creer que en un ejército debía ser el reflejo de las castas castas diversas de la sociedad, una institución donde unos pocos debían desplegar el más insolente orgullo, las maneras más rudas, la altivez más humillante, y los demás debían inclinar siempre la cabeza, moverse como autómatas, temblar ante sus superiores, renunciar a su personalidad humana delante de los encargados de hacer de ellos las piezas de una máquina.

Oficiales y soldados franceses se sientan a la misma mesa cuando los azares de la guerra les deparan un mueble que alcance a merecer ese nombre, charlan, pasan juntos las horas de relativo descanso, sin que los unos humillen con su superioridad a los otros, ni sientan éstos que su condición es inferior.

El propio generalísimo, volviendo el otro día de una visita rápida que acababa de hacer a su afijo el general Castelnau para conferenciarle que estaba acordado su nombramiento de jefe del Estado Mayor, llegó a una especie de barraca medio derruida donde comían revueltos soldados y oficiales, devuelve el saludo de sus compañeros, grandes y pequeños,

se sientan en la punta de una mesa oponiéndose a que nadie cambie de sitio y come con ellos como uno de ellos.

Pero llega la hora del servicio, la hora edel combate, la hora de exponer la vida, de organizar la defensa, de entrar en la acción, y entonces la familiaridad se convierte en disciplina, pero una disciplina más fuerte y más eficaz que la que imponen los castigos, los reglamentos y los mecanismos automáticos, porque es la disciplina a que se somete el hombre por u voluntad, por amor a su patria, por amistad fraternal con los que lo guían y le mandan, y a quienes de corazón obedece y reconoce superioridad.

El espíritu desapasionado no puede menos de rendir un amplio homenaje de admiración ante tales virtudes y tales únicos ejemplos.

Pero ese homenaje se convierte en un aplauso sincero ante las manifestaciones del buen humor de los soldados franceses, que es hijo de ese patriotismo que nos ocupa.

De ese buen humor son prueba los periódicos que se publican en las trincheras. Aparte de los órganos de opinión que sólo se ocupan de la guerra como "Los Anales", "Excelsior", hay en los mismos campos de batalla diarios y revistas que han nacido y viven al calor del espíritu festivo y elegante de los griegos modernos.

He aquí una reseña del periodismo en el teatro de la guerra que tomamos de una revista llegada últimamente:

El decano de la prensa en las trincheras es "El Eco del Argona", que vió la luz el 26 de octubre de 1914. Sus dos primeros números estaban escritos a máquina y a partir del tercero se imprimió tipográficamente.

Uno de sus redactores nos cuenta de la siguiente manera los motivos de su publicación:

"Los simpáticos turistas que están tomando aires en el Argona se quejaban de la irregularidad con que recibían los periódicos parisienses, y para llenar este vacío hemos resuelto fundar un diario de cómodo tamaño para que pueda leerse fácilmente en las trincheras y guardarse sin molestia en la cartuchera. Este diario, perfectamente informado, publicará todos los días partes de última hora sobre los sucesos acaecidos en Europa."

Además de las noticias de la guerra, la colección de "El Eco del Argona" contiene poesías, entre ellas la famosa "Balada del

buey", que, según parece, sirvió de mucho alivio a los periodistas parisienses refugiados en Burdeos con el Gobierno francés. Cuenta Pedro Albin en su folleto "Los diarios del frente", que los periodistas se reunían en el Café Cardenal, donde tomaban melancólicamente cerveza o aperitivos al salir las ediciones bordeleses de "Le Matin", "Journal des Débats" y "La France". Era a fines de octubre. Después de la victoria del Marne se habían recibido sucesivamente las noticias de la caída de Amberes, ocupación de Lille y otras igualmente dolorosas que pusieron cada vez de más sombrío humor a los refugiados periodistas, hasta que un día sus semblantes se serenaron al recibir uno de ellos el primer periódico del frente de batalla, "El Eco del Argona", que insertaba la poesía antes citada. La balada tenía por tema la odisea del pobre buey que pastaba melancólicamente en las inmediaciones de una trinchera y al que un soldado se le quejaba de su suerte. Aquella balada disipó el tedio de los periodistas del café Cardenal y alentó su esperanza en la resistencia de las líneas francesas que oponían una valla infranqueable al enemigo, pues las tropas tenían tiempo de versificar, de escribir artículos y bosquejar caricaturas.

Los soldados habían de ingeniarse para componer aquellas hojas autocopiadas, que no tardaron en propagarse por toda la línea. Para dar idea de las dificultades que los gacetilleros y dibujantes hubieron de vencer para realizar sus proyectos en las trincheras, relataremos, según informe del sargento Bon-



Sin distinción de clases, los soldados franceses se ayudan.

neton, el nacimiento del **Fanion**, órgano ilustrado del 154.º territorial. Bonneton, pintor famoso que al llamamiento de la patria trocó los pinceles por el fusil, resolvió publicar un diminuto diario exornado con croquis para distraer a los soldados. El capitán de su compañía aprobó la idea y proporcionó el papel necesario y la tinta comunicativa para la reproducción de ejemplares. Sin embargo, faltaba la pasta para la tirada, cuyo sucedáneo buscaron en vano los artistas en la población más próxima entre los escombros de las droguerías, farmacias y papelerías arruinadas por los obuses enemigos. Iban ya a darse por vencidos en su intento, cuando hallaron feli-

mente unos cuantos pedazos de goma muy adheridos a otras tantas latas que habían contenido dulces. El animoso sargento y su compañero se creyeron felices con el hallazgo; pero muy luego se les desvaneció la ilusión, pues la goma servía para confeccionar caramelos y no para imprimir periódicos, por lo que hubieron de encargar al cabo furriel la compra de los necesarios ingredientes en la ciudad de... distante unos quince kilómetros del frente.

En posesión ya de todos los materiales, estaban haciendo la prueba preliminar de la tirada cuando un maldito obús de 77 vino en mal hora a estropear la recién instalada imprenta, que fué preciso reparar, con no poca fatiga, hasta que al fin salieron los primeros números del "Fanion" en tiradas de cien ejemplares. Las exornaciones consistieron en escena militares tomadas de la realidad y aldeas destruidas, con este epígrafe humorístico: "A juzgar por las fotografías recibidas, que reproducimos, nuestro redactor en jefe debe estar en Italia visitando las ruinas de los recientes terremotos."

Aparte de los alemanes, tienen los periodistas del frente otros peligrosos enemigos y al regresar del combate echan de ver que los ratones se han comido la pasta y el papel; pero estos inconvenientes no embarazan la multiplicación de tan curiosos periódicos. A "El Eco del Argona" respondieron sucesivamente otros varios, cuyas enumeración ocuparía toda una página y cuya lista completa nos facilitará seguramente M. Charles de La Ronciere cuando colecciona todas estas publicaciones efímeras en la Biblioteca Nacional de París.

Citaremos: "Le Petit Echo du 18e Régiment d'infanterie territoriale", dirigido por el cabo Hugué, está muy artísticamente autografiado con tintas verde, negra o azul; "L'Echo des Tranchées", con el literato Pablo Reboux por redactor en jefe, en el que colaboran Poincaré, Rostand, Teodoro Botrel y Enrique de Regnier; "L'Echo des Gourbis", diario antepperiódico de las trincheras; "L'Echo du Carrefour", escrito a máquina; "L'Echo du Ravin", del 41 batallón de cazadores, "enlazado con alambres espinosos con los boches". Todos estos "Ecos" denotan fértil imaginación y chispeante ingenio, digno de traviesos estudiantes. En efecto, no insertan los periódicos de trincheras muchos relatos de operaciones mi-

litares. La guerra proporciona a sus redactores y dibujantes mayor suma de asuntos alegres que tristes. La crónica local, historietas, retruécanos, juegos de vocablo y caricaturas complacen bastante más a los lectores que las funciones de guerra en que intervienen. Así vemos rejuvenecidos y alentados por esta literatura fácil, amena y entretenida a los viejos soldados de la reserva y del ejército territorial, que desde hace muchos meses están sometidos a la severa y necesaria disciplina de las tropas en campaña.

Otro periódico de trincheras se titula: "Face a l'Est", es órgano del 91.º territorial y se policopia en Argona desde el 1.º de agosto de 1915. Sale todos los domingos, "si las granadas no lo impiden"; y como frecuentemente el administrador, redactores y tipistas están muy ocupados con los boches, se retrasa la publicación de algún número, como, por ejemplo, el cuarto, que del mes de agosto dió un salto al 10 de octubre de 1915. La sección más curiosa es la titulada "Jardin du becheur", en que el Dr. Moret, un comandante de acerado lápiz, dibuja artísticamente a la oficialidad del regimiento. Pero como los velludos (poilus) están en mayoría, abundan los periódicos de su peculiar titulación y entre ellos se cuentan: "Poilu enchainé", cuya dirección es la línea de fuego; "Poilu déchainé"; "Poilu grognard"; "Les Poilus de la 9e", órgano chispeantemente ilustrado que se fundó en marzo de 1915, bajo el patronato de Esaú, "el primer velludo"; "Le Poilu", dirigido por el Dr. Véve, médico primero, e impreso en Chalons-sur-Marne, con tirada de 13.000 ejemplares, cuya lectura está "prohibida a los prófugos". Según sus declaraciones editoriales, se proponía resumir el júbilo de los soldados de la campaña de 1914-1915 en noticias, poesías, sainetes y astracanadas, con divertidos dibujos que lleguen a fijar el "tipo del velludo" para conocimiento de los franceses extraños a la zona de trincheras y de los historiadores del porvenir.

"Le Poilu St. Emilionnais" merece especial mención, pues su gerente es el señor abate Bergey, citado no há mucho en el orden del día y condecorado con la Legión de Honor. Este valeroso párroco de San Emilión, limosnero militar de la 36.ª división, se esfuerza en mantener los bríos de sus movilizados feligreses en los difíciles días porque atraviesan, exhortándolos constantemente a entresacar de su vida interna las necesarias

energías para ser buenos soldados. En los campos de batalla prosigue el abate Bergey el apostolado que, desde hace diez años, ejerce en las reuniones públicas, asambleas e iglesias, para acrecentar en las gentes el amor de Dios y de la patria. Sin embargo, los números de "Le Poilu St. Emillionnais" no contienen más que sermones patrióticos y tales o cuales jocosidades de buen género.

Otros sacerdotes, incorporados en filas, publican periódicos exclusivamente destinados a satisfacer las necesidades religiosas y servir de lazo de unión entre las asociaciones católicas y sus individuos movilizados. Ejemplo de esta índole de periódicos nos dan el "Eco sacerdotal de la 56 división", que suele discutir cuestiones teológicas de circunstancias, y "Le Patro", órgano de los miembros del patronato de Ploudalmezeau (Finisterre) actualmente en filas.

La revista "Marmita" no tiene tan austeras miras. Es "anecdótica, humorística y fantástica", y vió la luz a principios de 1915 en las márgenes del Aisne, como órgano del regimiento de infantería núm. 267. Apenas se ocupa de problemas religiosos y sociales, ni se toma la molestia de competir con Bosquet y Saint Simon, antes bien se ampara bajo la égida de Pedro Mille y de Forain. El coplero montmartrés Courcel, hoy ayudante Pablo Clerouc, dirige "Marmita", en que colaboran el grabador Deslignières y el subteniente de la reserva Roux, catedrático universitario y erudito crítico de arte. Aunque lujosamente impresa en París, "Marmita" sólo

posee "un hotel en donde es fácil resfriarse, en vista del gran número de vidrios rotos en las ventanas de su sala de redacción, falta de toda comodidad. Por lo tanto, deseamos que muy luego sea posible instalar la línea telefónica "Berlín 75-120" en la espléndida posesión que nos proponemos adquirir en el centro del **Unter den Linden**".

El literario y espiritual "Cri de Vaux", "La Voix du 75" y "La Voevre joyeuse", no quisieran otra cosa mejor que seguir a "Marmita" en su viaje a la capital de Alemania. En cuanto a "Rigolboche", redactado exclusivamente en verso, tuvo desde un principio asegurado el éxito gracias a la notoriedad de sus colaboradores Emilio Faguet y Enrique de Regnier.

+ + +

¿No es verdad que todo eso es prueba de que ese pueblo sigue a la cabeza de la civilización democrática y republicana? ¿No es verdad que nuestros padres y con ellos el raro de mi tío tuvieron razón en creer a la Francia modelo, espejo y compendio de naciones?

Un mal entendido espíritu de innovación nos ha llevado a buscar otros campos donde tomar lecciones de progreso; pero allí no encontraremos jamás esas grandes virtudes latinas que tan bien representan la madre Francia y la inmortal raza francesa.



Un libro interesante



Señor Capitán don Olegario Lazo Baeza.

El capitán de caballería don Olegario Lazo Baeza, tras arduas buscas y concienzudos estudios no sólo en el país sino que también en el extranjero, realizados en sus viajes de estudio, ha compuesto esta obra sobre "Servicios de Reproducción y Remonta Caballar", que ha tenido un buen éxito no sólo entre nuestras instituciones militares sino que también entre los agricultores y los aficionados a los deportes de las carreras.

Cuanto se haga por mejorar nuestra raza caballar holgará en provecho directo no sólo de quienes se dedican a la agricultura, sino que muy especialmente en beneficio del Ejército, que en Chile tiene ante sí el más grave

de los problemas, como es el de la renovación mejorada de nuestras razas caballares; país montañoso el nuestro en el caso remoto de una guerra, debería poner a prueba en la movilización la resistencia de nuestros caballos; así, pues, ello supone un cálculo fijo de energía que es menester renovar siempre. El cruzamiento oportuno por razas de probadas cualidades y de resistencia, traerán como consecuencia una superioridad que se adapte al medio y responda en cualquier momento a una necesidad oportuna.

Del libro del capitán de caballería señor Lazo Baeza, ha escrito una autoridad en la materia, el profesor de Zootecnia don Uldaricio Prado, lo siguiente: "He leído, con marcado interés, su bien estudiado trabajo, "Servicios de Reproducción y Remonta Caballar". La impresión que me ha dejado es de lo más favorable,

pues en él veo la dedicación inteligente de un buen espíritu de observación, en una persona que ha cumplido con su misión de estudios en un país extranjero. Su publicación, sin lugar a dudas, llenará dos fines principales: uno educativo y el otro de aplicación práctica al país. Por el primero se tendrá una enseñanza clara y precisa en sus detalles, de la perfección ordenada a que han llegado estos servicios de Reproducción y de Remonta Caballar, en el Viejo Mundo; por el segundo, se podrá tomar, de la anterior enseñanza, aquellos puntos que pueden ser aplicados en nuestro país con un análogo objetivo".



Don Rafael Díaz Lira, Inspector General de Instrucción Primaria.



Don Alfredo Rodríguez Z., Visitador Administrativo de Enseñanza Manual e Industria' organizador del Museo.

La Enseñanza de los Trabajos Manuales en la Escuela Primaria

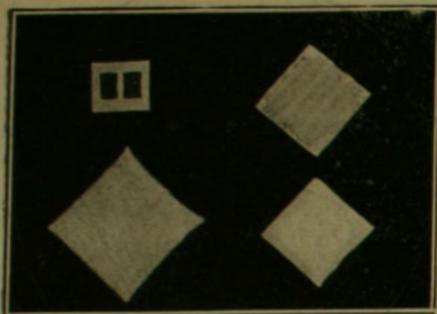
Breve reseña retrospectiva.—Los Centros de Trabajos Manuales.—Costo de la enseñanza.—El trabajo manual educativo y la enseñanza de oficios.—El Museo.—Anécdota de un diputado argentino.—Iniciadores y propulsores en Chile.

Por O. O. A.

Con ilustraciones fotográficas

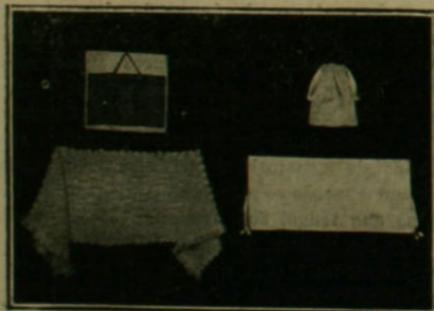
“La primera tentativa de enseñanza industrial en las escuelas públicas, dice don Rafael Díaz Lira en su obra “La Edificación Escolar”, se remonta a 1872. Ese año, en una de las escuelas establecidas en la calle de San Pablo, edificio del Mercado, doña Victoria Prieto de Larraín, dama distinguidísima, que durante toda su vida hizo el bien en los hospitales, cárceles y escuelas como saben hacerlo nuestras matronas, estableció una escuela taller con útiles pedidos a Europa mediante un auxilio directo del Gobierno y de la autoridad local. El ensayo fué feliz y la escuela, al cabo de poco tiempo,

no pudo contener el número de alumnos concurrentes. Esto movió a la comisión visitadora de escuelas que entonces funcionaba, a establecer esta enseñanza en otras escuelas. Doña Tránsito Irrarázaval de Guzmán, otra ilustre dama igualmente caritativa, con fondos de generosidad privada, y ayudada por un sacerdote respetable, que, según los datos que tengo, fué monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, príncipe de la Iglesia chilena, estableció otra escuela taller en el barrio denominado Alto del Puerto, quizás por estar allí el solar de su aristocrática familia.



Serie Normal de costura.—Modelos del primer año de la Escuela Primaria.

A fines de 1876 o a principios del 77 el Ministro Amunátegui estableció en Santiago una escuela taller para niñas. Tuvo ésta un carácter más especial que las anteriores. Los ramos de instrucción general se redujeron a lo esencial: lectura, escritura, aritmética práctica y catecismo y, en cambio, se enseñó costura, bordado, zapatería, torcedura de cigarros y lo que hoy se llama economía doméstica y que entonces más claramente se llamaba cocina y lavandería. Alma de esta escuela fué la señora Prieto de Larraín. El resultado lisonjero de la enseñanza animó al Ministro a establecer otra más en Santiago y otra en Valparaíso, destinadas especialmente a labores y confección de trajes. Inspectoras de estas escuelas fuéronlo doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, en Santiago, y doña Josefa Alamos González, en Valparaíso. Estas escuelas no impusieron grandes gastos al Fisco. Las directoras debían llevar sus materiales de trabajo y podían disponer de las obras ejecutadas pero habían de pagar a las alumnas un cierto jornal. Estas, cumplidos



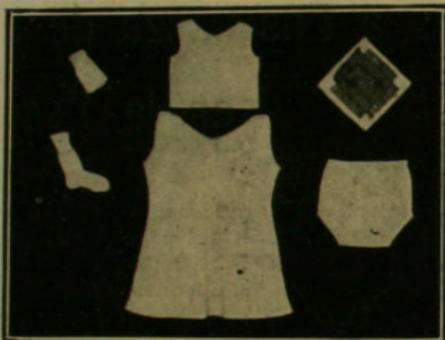
Modelos del segundo año.

sus estudios, recibían un certificado de competencia.

Se puede decir que tales ensayos fueron el germen de nuestras escuelas profesionales, establecidas, más en grande, muchos años después. Estas escuelas se cerraron en 1879.

Un decreto de 21 de abril de 1886 estableció en las escuelas superiores "diversos talleres, obradores y campos de cultivos especiales, para la enseñanza práctica de los oficios e industrias que sean más conformes con las condiciones especiales de cada localidad, debiendo tener, por base, la enseñanza de los oficios o artes manuales y el estudio del dibujo en sus diversas aplicaciones.

A pesar de que la Inspección General formuló un reglamento y diversos presupuestos de instalación, esta tentativa no produjo los resultados deseables. Faltaron maestros, ma-



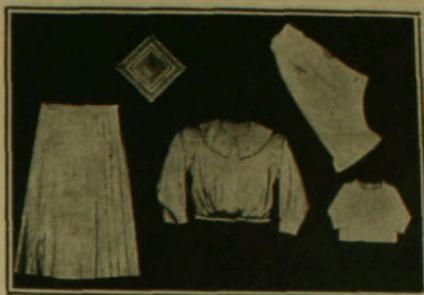
Modelos del tercer año.

teriales y especialmente el fondo mismo de la cosa, esto es, la idea de lo que se iba a enseñar y los métodos y procedimientos para enseñarla, factores que iban a llegar a nuestro país, algunos años más tarde cuando don Claudio Matte trajera de la escuela de Nääs, la pedagogía del trabajo manual."

Ya en 1897, por decreto de 10 de mayo, dado por don Federico Puga Borne, que desempeñaba en ese entonces el Ministerio de Instrucción Pública, fué incorporada al programa de las escuelas primarias la enseñanza de los trabajos manuales y de la economía doméstica. A fin de cumplir el decreto anterior se consultó en el presupuesto del año siguiente 21,000 pesos, con los que se encargó a Europa las herramientas necesarias para instalar 12 talleres de carpintería. Mientras

llegaban éstos se hizo en los meses de enero y febrero de 1899 un curso para maestros, que fué organizado y dirigido por don Joaquín Cabezas. Terminado este curso se instalaron 12 talleres de carpintería y 3 de cartonaje en Valparaíso. En 1900 se inició un segundo curso con una asistencia de maestros doblemente superior a la del primero. Durante el curso de ese año funcionaron 26 talleres, 12 de carpinterías y 14 de cartonaje. En 1902 funcionaron 32 talleres, y dos años después quedaron instalados 44 talleres de carpintería y 40 de cartonaje. En 1904 funcionó el primer curso de labores con una asistencia de maestros muy satisfactoria.

Con el nombramiento del señor Rafael Díaz Lira para Inspector General de Instrucción Primaria la enseñanza de los trabajos manuales se inició con verdadero vigor.

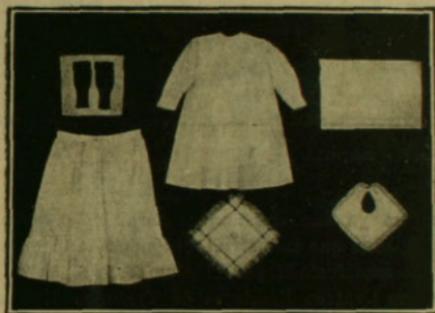


Modelos del quinto año.

de Ligua, Isla de Maipo, Los Andes, Concepción, Chillán, Lautaro, Linares, Doñihue y Rancagua. Este curso costó tres mil trescientos cincuenta pesos. Ese mismo año se realizó un curso de costura en Talca y otro en Valparaíso en los cuales se prepararon cincuenta maestras en cada uno. Al curso de Talca concurrieron maestras de Constitución, San Javier, Molina, Curicó, Linares, Parral, Chillán y Viehuquén.

En 1912, se verificó un curso de labores para el personal de las escuelas de Aconcagua, y en él se habilitaron cincuenta y dos maestras de escuelas urbanas y rurales.

En 1912, con el objeto de iniciar en forma satisfactoria la enseñanza de la economía doméstica, se verificó un curso especial en el Instituto de Educación Física y Manual, que preparó veinticinco maestras, las cuales prestan sus servicios en aquellas escuelas, donde, venciendo penosas dificultades, se ha logrado instalar los talleres correspondientes. Este curso, que duró seis meses, costó seis mil trescientos pesos en materiales empleados y pago de profesores.



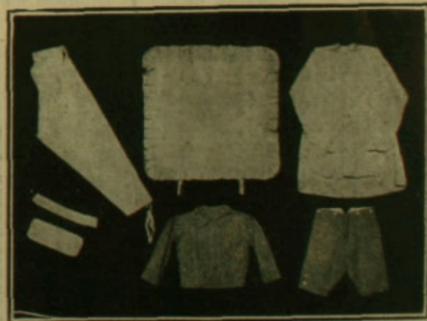
Modelos del cuarto año.

En 1908, con los ciento cincuenta mil pesos consignados en el presupuesto, se hicieron las adquisiciones de los materiales de costura, de cartonaje y de tejidos al telar y se realizó la dotación de los talleres de carpintería, que habían de funcionar poco después.

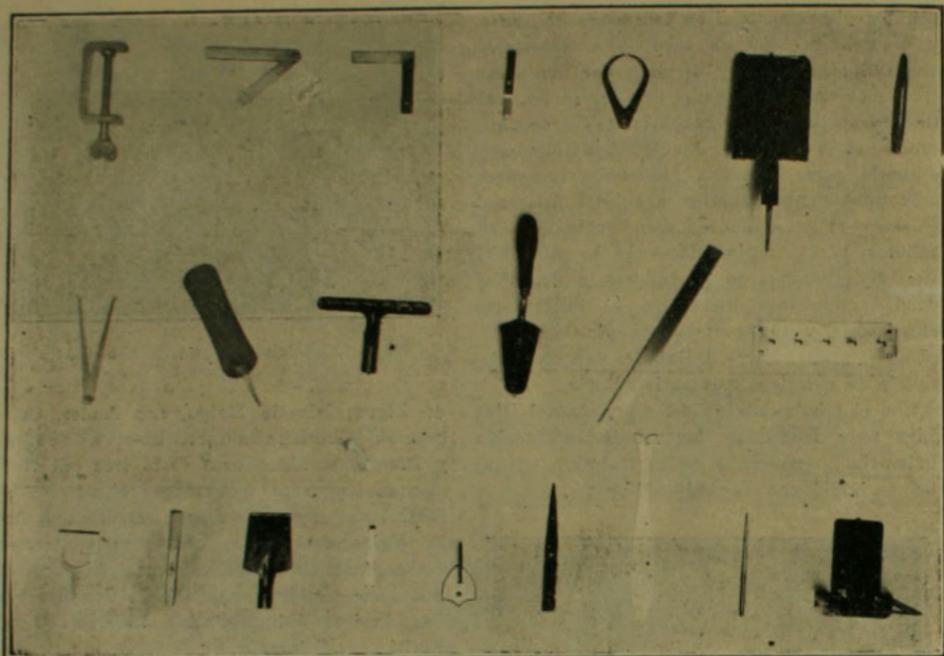
En 1909, se hizo un curso de costura para el personal de las escuelas de mujeres de Santiago, en el cual se prepararon ciento veinte maestras.

En 1910 se realizó uno de carpintería en Santiago, al cual asistieron veinticinco maestros. En las mismas condiciones, se realizó otro de labores en Concepción, que habilitó a cincuenta y una maestras, sin mayor gasto para el Fisco.

En 1911, funcionó en Santiago un curso de tejidos al telar que preparó veinte maestras



Modelos del sexto año.



Trabajos en metal.—Serie normal.

En 1913, funcionaron diversos cursos en las siguientes ciudades: San Bernardo, Rancagua, Rengo, Vichuquén, San Javier, Linares, Parral y Chillán. Asistieron a estos cursos ciento ochenta y dos maestras y no importó al Fisco mayor gasto que el de los materiales empleados.

Esto, por lo que se refiere a la enseñanza de los trabajos manuales en la escuela primaria.

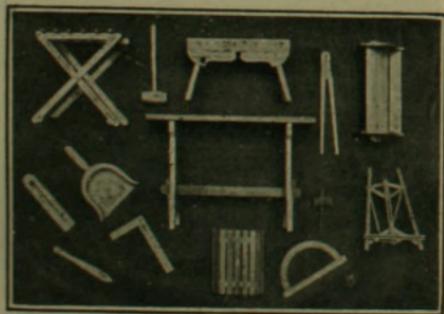
Siguiendo en una escala ascendente el niño puede entonces ingresar a un Centro Escolar de Trabajos Manuales, donde se le proporcio-

na no ya una enseñanza meramente educativa, sino que industrial, ciñéndose a la vocación manifestada por el alumno.

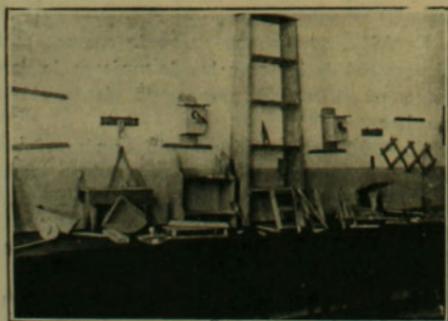
Los Centros Escolares de Trabajos Manuales se encuentran divididos en varias secciones, las que a su vez comprenden diversos talleres:

Centro Escolar de trabajos en madera

a) Taller de carpintería (enmaderación de edificios y sus accesorios, tabiques, andamia-



Carpintería.—Trabajos de la serie normal.



Carpintería.—Conjuntos de modelos.

je, entablados, cielos, puertas, ventanas, escalas, parquéés, etc.).

b) Taller de mueblería sencilla (muebles ordinarios, mesones, armarios, estantes, cajas, etc.).

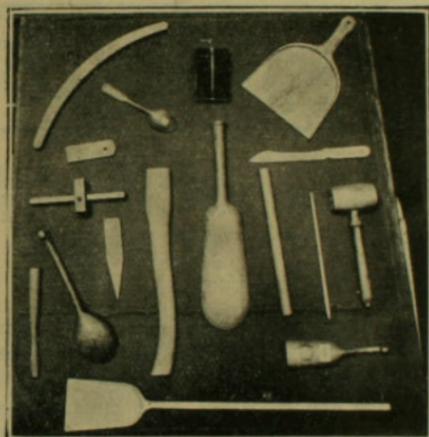
c) Taller de mueblería fina (ebanistería, tornería, talla, enchapado, barnizado, coloración de maderas).

Centro Escolar de Trabajos en Metal

- a) Taller de mecánica.
- b) Taller de herrería y cerrajería.
- c) Taller de hojalatería y calderería.
- d) Taller de plomería y gasfitería.
- e) Taller de aplicaciones eléctricas.



Carpintería.—Trabajos de la serie normal.



Carpintería.—Trabajos de la serie normal.

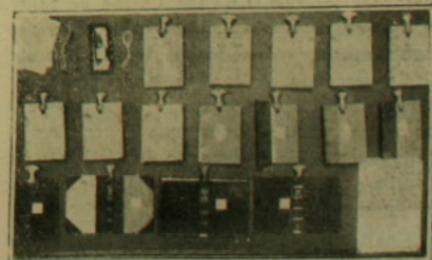
Centro Escolar de Artes Domésticas

- a) Taller de costura.
- b) Taller de cocina y de economía doméstica.
- c) Taller de lavado y aplanchado.

Centro Escolar de oficios diversos

- a) Taller de sastrería.
- b) Taller de tapicería.
- c) Taller de talabartería y zapatería.
- d) Taller de artes gráficas.
- e) Taller de cartonaje y encuadernación.
- f) Taller de sombrerería.

Recientemente se ha instalado un taller de



Modelos de encuadernación.

cestería en una escuela rural de Puente Alto, en el departamento de La Victoria.

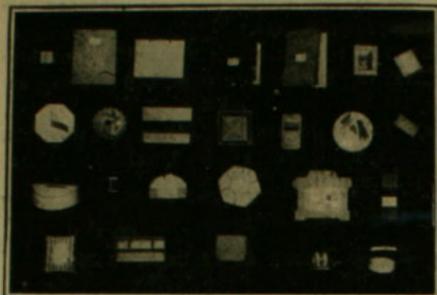
Como la tendencia que se sigue en esta enseñanza es hacerla que tenga un carácter general regional, se ha ubicado los talleres en aquellas partes en que los habitantes viven de pequeñas industrias. Así, en Machalí, pueblecito del departamento de Rancagua, donde la gente vive de la industria del tejido—mantas, frazadas, chamantos—se ha instalado un taller de tejidos al telar. Estos mismos talleres funcionan en Chillán, en la Isla de Maipo, etc. ¿Quién no conoce, por ejemplo, aquellos canastitos microscópicos, que caben unos dentro de otros, de paja o de crín, y que se venden en nuestras calles centrales? Seguramente la mayor parte de nuestros lectores no sabe dónde ellos son ejecutados, siendo que su confección constituye toda la industria de un pueblecito provinciano, y de la que vive. Bari, aldehuela de la provincia de Linares, es el punto donde se hacen esas preciosidades. Durante todo el año trabajan sus habitantes

entusiastamente en su oficio y durante la temporada de verano venden toda su pequeña y encatadora industria. ¿No estaría, pues, justificada la creación de un taller de cestería en este lugar, que apartara a los artesanos de los procedimientos complicados y rutinarios?

De este modo, al mismo tiempo que se contemplan las necesidades industriales de la región, se logra apartar a los artesanos de la rutina, introduciendo en la enseñanza métodos simples de fácil asimilación.

Los centros de trabajos en metal funcionan aquí en Santiago. No han adquirido éstos mucho desarrollo por la falta de profesores preparados y ser su instalación relativamente cara.

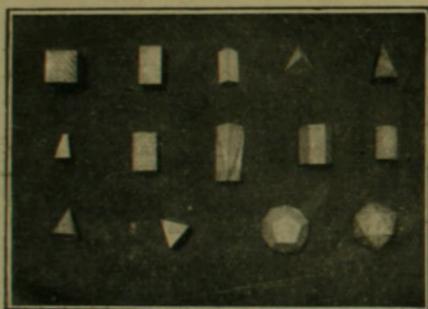
No acontece lo mismo con los talleres de costura: actualmente trabajan más de 400 en toda la República. Los talleres de carpintería, cartonaje y encuadernación funcionan muy



Serie normal.

cia media que se indica y habiéndose ejecutado el número de modelos que se señala:

SECCIONES	Número de talleres	Asistencia media	Número de modelos ejecutados
Costura	439	50,825	130,129
Cartonaje	84	1,520	22,838
Tejidos al telar	10	242	2,458
Carpintería	76	2,089	11,530
Economía doméstica	20	240



Cartonaje.—Cuerpos geométricos.

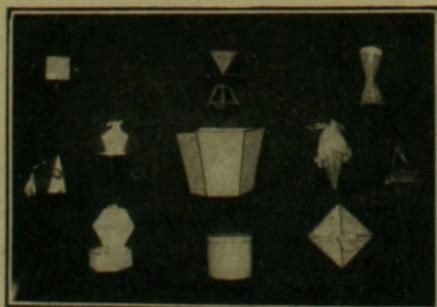
satisfactoriamente. De los dos primeros hay instalados más de 70.

Los últimos años se han consultado en el presupuesto cantidades apreciables para la atención de este servicio. En 1915 se consultaron 150,000 pesos. Pero a estas sumas hay que cargar los gastos de instalación de talleres, que son los más subidos. Así, un taller de carpintería, para doce alumnos, cuesta 2,500 pesos; uno de costura, para veinticuatro alumnas, 1,400 pesos; uno de telar, para diez alumnas, 3,000 pesos; uno de cartonaje, 300 pesos; y uno de economía doméstica, para el trabajo simultáneo de dieciséis alumnas, 4,000 pesos.

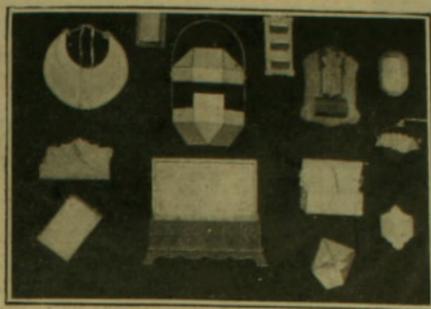
Durante 1914 funcionaron en las escuelas primarias y normales del país los siguientes talleres de trabajos manuales, con la asisten-

Es justo dejar constancia de los resultados obtenidos con estos talleres. Los certificados de preparación y de perfeccionamiento que ellos dan les sirven a los alumnos para ingresar como oficiales en los talleres industriales, llevando una sólida preparación inicial.

Muchos confundirán el trabajo manual educativo, que se da en la escuela primaria por un maestro sin preparación especial, con el



Aplicación práctica de los cuerpos geométricos.



Modelos de aplicación.

trabajo manual práctico que se proporciona en los talleres por profesores especiales, una vez que el alumno manifiesta una vocación definitiva. "El desconocimiento del factor educativo, dice Cabezas, en los trabajos manuales, es peligroso, porque si se pierde por un momento la idea educativa se cae en la enseñanza de oficios, el espíritu vivificante se pierde y en su lugar queda la rutina". (1)

Más de algún descontentadizo argüirá en contra del verdadero alcance pedagógico y cultural de esta enseñanza. ¿Qué se persigue con ella?, interrogará. Bien superflua nos parecería la respuesta si no se tratara de justificar en nuestro país la existencia de un servicio que en los países de civilización superior recibe especial atención.

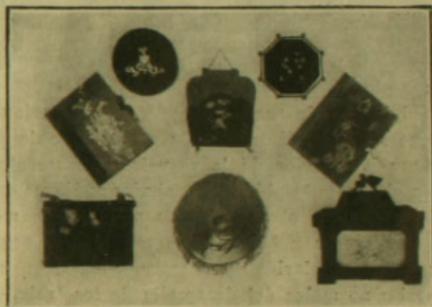
"Mediante el trabajo manual se cultivan a la vez que las energías mentales—la atención, el espíritu de observación, la fantasía, el gusto por las comparaciones, las clasificaciones y el análisis—otras morales, por lo que contribuye a inspirar al niño el gusto y el amor al trabajo, a respetar a los trabajado-

(1) J. Cabezas. "Conferencias sobre trabajos manuales". Santiago. 1899.

res, a hacerle sentir la importancia, el placer y las ventajas, del orden y de la exactitud, y a comprender la necesidad de la atención, la aplicación y la perseverancia". (1)

Por su parte, la Escuela Normal de Naas, fundada por el verdadero inventor de estas asignaturas, el sueco Otto Salomón—del que fué discípulo don Joaquín Cabezas—consigna en los siguientes puntos los fines de la enseñanza manual educativa:

1. Despertar gusto y amor por el trabajo en general.
2. Inspirar respeto por el trabajo corporal honrado, por grosero que sea.
3. Desarrollar la independencia y la confianza del niño en sí mismo.
4. Acostumbrar al orden, a la exactitud, al aseo y a la corrección.



Modelos de la serie normal con bordados en seda.

5. Promover la atención, el interés, la aplicación y la perseverancia.

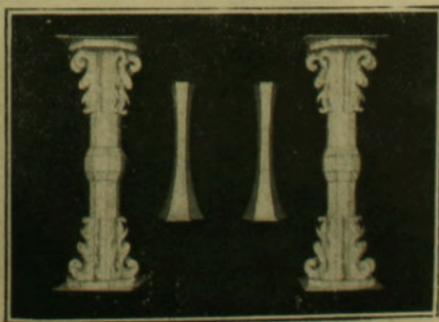
6. Perfeccionar la vista y el sentido de la forma y dar una habilidad manual general.

7. Contribuir al desarrollo físico. (2)

Digna de mención y del más alto elogio es la organización del Museo del Trabajo Manual Escolar, debido a la diligente actividad del visitador administrativo de trabajos manuales, don Alfredo Rodríguez, y que se encuentra en el edificio de la Inspección General de Instrucción Primaria. Recientemente hemos tenido oportunidad de visitarlo detenidamente y hemos podido comprobar el adelanto, verdaderamente alentador, a que ha

(1) Alcántara García y Leal y Quiroga.—La enseñanza del trabajo manual en las escuelas primarias y las normales. Madrid. 1903.

(2) J. Cabezas. ob. cit. y Claudio Matte. "La enseñanza manual en las escuelas primarias".



Modelos de aplicación.



Serie Normal de Cestería.—Modelos del tercer año de la Escuela Primaria.

llegado esta enseñanza en nuestra escuela primaria. En este Museo se ha reunido la historia del desarrollo de la enseñanza manual en Chile; en él encuentran los maestros los modelos a que deben sujetarse en el desenvolvimiento de sus lecciones y las variaciones que se pueden introducir, sin apartarse de los fines educativos de la escuela. Se presentan en el Museo también los trabajos análogos que se hacen en otros países, especialmente modelos suecos y belgas. Las colecciones, organizada con claridad y exactitud, muestran las series normales del desarrollo de los trabajos de las distintas secciones, y es consolador constatar que entre los modelos extranjeros y nacionales no hay diferencias esenciales. Este Museo ha sido apreciado por los extranjeros que lo han visitado, y apenas hace un año no más que "El Monitor de la Educación Común", órgano del Consejo Nacional de Educación de la República Argentina, se refirió elogiosamente a él y lo señaló a los maestros de ultra cordillera. Como queda dicho, la organización de este Museo se debe al señor Alfredo Rodríguez, funcionario inteligente y emprendedor, cuya intensa labor es digna del más sincero encomio.

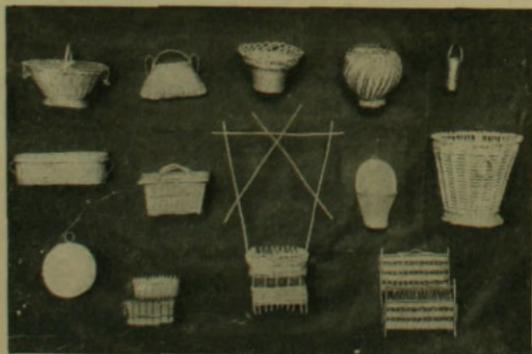
A propósito de este Museo, se nos refiere la siguiente anécdota: En Buenos Aires se trataba de remover o de suprimir, no sabemos por qué motivos, un Museo. Las diligencias alcanzaron hasta el Congreso Nacional, y en un discurso, el diputado Palacios mani-

festó su extrañeza al conocer los propósitos del Gobierno, más aún cuando los países más adelantados fomentaban la formación de ellos; y, sin ir más lejos, agregó, el Gobierno de la República vecina ha emprendido la organización de un nuevo Museo, el Museo de Trabajo Manual Escolar!

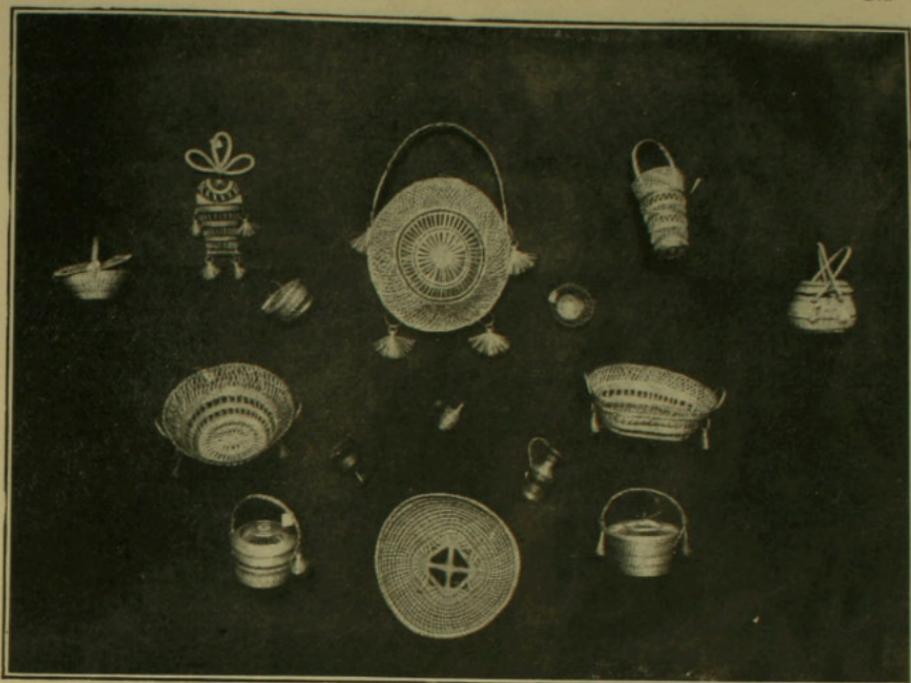
Como queda dicho, la enseñanza de los trabajos manuales sólo fué incorporada a la escuela primaria en 1897, por decreto del entonces Ministro de Instrucción Pública, don Federico Puga Borne. El señor Puga Borne fué uno de los más entusiastas creyentes del gran alcance pedagógico de esta enseñanza, como asignatura educativa, y ese mismo año decretó que a

las escuelas superiores de varias ciudades de Chile se anexaran talleres de trabajos manuales, medida que no alcanzó a realizarse por haberla derogado el Ministro sucesor, don Domingo Amunátegui Rivera.

Hasta la fecha indicada la enseñanza de los trabajos manuales sólo estaba establecida en las Escuelas Normales. Desde el año 77, siendo Ministro de Instrucción Pública don Miguel Luis Amunátegui, se venía fomentando la enseñanza de los trabajos manuales con la creación de cursos e instalación de talleres anexos a las escuelas, teniendo en cuenta sólo el aprendizaje de un oficio. Pero pronto se desechó esta tendencia a formar artesanos y se comprendió la transcendencia educativa que entrañaba la enseñanza de los trabajos manuales. El mismo año indicado funcionaron en las Escuelas Normales cursos teórico-prácticos de agricultura y zootecnia, que fueron



Modelos del cuarto año.



Cestería.—Objetos de Linares.

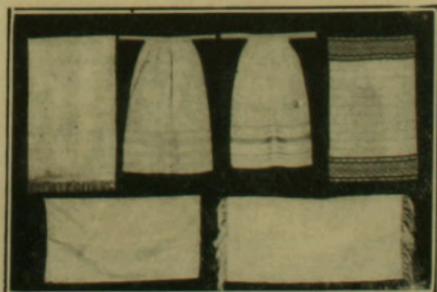
los precursores de las Escuelas Agrícolas creadas posteriormente; y los talleres que funcionaron en algunas escuelas fueron los iniciadores de las Escuelas Profesionales fundadas pocos años há. Durante el curso del año 1877 se enseñó en algunas escuelas primarias carpintería, relojería, sastrería y diversos oficios manuales.

Entre los iniciadores de la enseñanza de los trabajos manuales en Chile hay que mencionar a don Claudio Matte, que presidió el Congreso Pedagógico que se reunió en San-

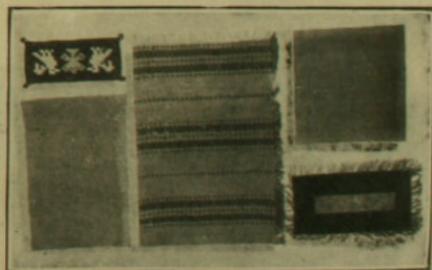
tiago en 1889, en el que se aprobó la inclusión de esta asignatura al programa de las escuelas primarias. El señor Matte estudió en el extranjero el desarrollo de los trabajos manuales y tuvo oportunidad de imponerse en Naas del sistema del sueco Otto Salomón.

El Ministro de Instrucción Pública, don Julio Bañados Espinosa, propició también la enseñanza de los trabajos manuales.

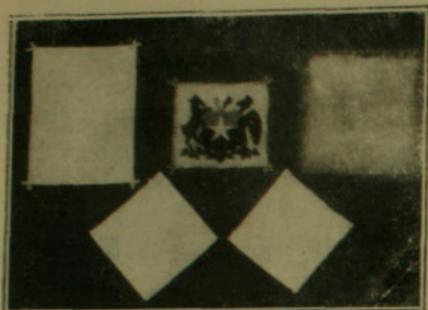
Ya más recientemente debemos señalar el nombre del distinguido educacionista don Joa-



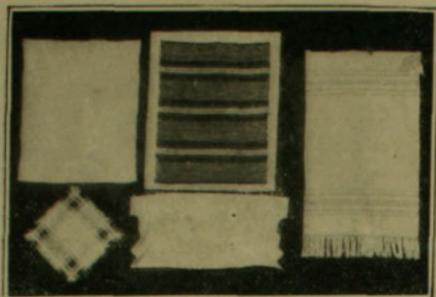
Tejido al telar.—Modelos de la serie normal.



Tejido al telar.—Modelos de la serie normal.



Tejido al telar.—Modelos de la serie normal.



Tejido al telar.—Modelos de la serie normal.

quín Cabezas, verdadero iniciador de la enseñanza de los trabajos manuales entre nosotros. Discipulo de Salomón, bebió en sus enseñanzas toda la nobleza de sus lecciones y comprendió la altísima trascendencia de su apostolado.

Aunque repugne a su modestia, debemos señalar el nombre de don Rafael Díaz Lira, Inspector General de Instrucción Primaria, cuya intensa y perseverante labor ha logrado colocar la enseñanza de los trabajos manuales en el consolador estado en que se encuentra. Es curioso consignar el dato de que, al hacerse cargo el señor Díaz Lira de su puesto, el Presupuesto de aquel año consuntó una suma irrisoria para el mantenimiento de este servicio, la que **ni se invirtió!** Al año siguiente el presupuesto conseguí ciento cincuenta mil pesos para el fomento de esta enseñanza. Ha emprendido el señor Díaz Lira substanciales innovaciones en este servicio, tendientes a su mejoramiento y teniendo siempre en cuenta el mayor provecho que pueda sacarse de él. Así, en un curso de economía doméstica, que funcionó no

há mucho, podían ingresar a él, por disposición especial suya, las personas que lo quisieran del barrio en el cual funcionaban, siempre que se costearan los materiales elementales. De economía doméstica ha funcionado también un taller para dueñas de casa, al que han asistido distinguidas damas de nuestra sociedad. La labor del señor Díaz Lira, hábilmente secundada por la del visitador administrativo de este servicio, don Alfredo Rodríguez, ha sido constante, tesonera y emprendedora.

Nota.—Las cifras y datos consignados en este artículo han sido tomados de una nota pasada al Ministerio de Instrucción Pública por el Inspector de Instrucción Primaria, con fecha 24 de Octubre de 1914, los otros nos han sido proporcionados amablemente por el señor Alfredo Rodríguez.

Sobre otros puntos pueden consultarse especialmente las obras citadas en el texto, en particular la del señor Claudio Matte.





Santo que no estaba en el calendario

Por

LUIS ORREGO LUCO

Con ilustraciones

—¿Conoció Ud. a Mr. Chanteloup?

—Creo que sí... El nombre, a lo menos, no me es del todo desconocido...

—Yo lo creo... Como que sonaba en la frontera allá por el año de 1906. Era, entonces, uno de los colonos más prósperos, pues a pocos años de llegado como inmigrante a Talcahuano, con zapatos rotos y gorra de jockey, era ya uno de los propietarios más ricos del pueblecillo de Huaneunay—uno de tantos caseríos improvisados en medio de las selvas del antiguo Arauco. Por allá todo se improvisa. Ud. ve, desde la línea del ferrocarril central, unas humaredas densas en el día, y por la noche grandes llamaradas que iluminan el horizonte lejano. Están rozando bosques... Si Ud. se interna, a los pocos días, Ud. encontrará un gran **descampado**, en el cual se retuercen los troncos negruzcos o grises, entre la yerba quemada... Más allá, sigue la

selva virgen, como un mar cuyas olas suben y bajan, todas reverdecidas; el cielo, de intenso azul en los días de sol, recorta las líneas nevadas del volcán Villarica sobre el fondo verde intenso de la montaña. En el inmenso silencio de la selva resuena el eco del hacha del leñador que corta los árboles. Todo aparece desamparado y con el majestuoso misterio y la calma de los mares... es un mar de verdura. Poco tiempo después, se alza por allí una casucha de madera, levántase un aserradero. Los leños aparecen labrados... Los animales comienzan a pacer en los prados verdes conquistados al bosque... luego aquello se extiende... aparecen dos casas... y tres... una escuela... se levanta una iglesia de agudo campanario. El bosque parece retroceder, alejarse, cada vez más lejano y remoto, invadido por la civilización, por el trabajo del colono. Los bueyes y el arado comienzan a

romper la tierra. Llegan las máquinas des-troncadoras que limpian el terreno con duros esfuerzos, y el antiguo bosque se va convirtiendo en tierra de labor y fuente de riqueza. A los dos años surge una ciudad con calles amplias y tiradas a cordel, poblada de casas de madera, que llegan hasta el pie de la montaña, donde aún parecen troncos quemados en el roce primitivo. Todo se improvisa...

Así, el que poco antes llegara de mísero aventurero, de inmigrante que no tenía dónde caerse muerto, entumido de frío, con la chaqueta rota, se convierte en propietario acudalado, a veces en millonario, como el señor Chanteloup, uno de los poquísimos franceses que hayan ido a esos territorios colonizados por alemanes y suizos y también por boers. Los colonos tienen que luchar con dificultades tremendas, faltos de recursos, viviendo a leguas de leguas de toda población civilizada, encerrados durante inviernos enteros en sus casas, cuando los caminos de la montaña se hacen impracticables.

—Yo he vivido esa vida de la frontera antigua... He pasado noches con el revólver al cinto o la carabina empuñada, resistiendo asaltos de bandoleros que trataban de llevarse mi ganado. Vivíamos a tiros... eso es de hombre, señor... No había más consuelo que el traguito de aguardiente para engañar el frío. El aguardiente es elemento civilizador, pues con él hemos conquistado la frontera y hemos muerto más indios que con las balas de los soldados o el sable afilado de los Granaderos... Muchas poblaciones se improvisaron con el trabajo de los colonos alemanes y escandinavos que llegaron a esas regiones...

—Pues bien, señor; cuando a mí me mandaron a la frontera con un piquete de caballería, a Ercilla, pueblo vecino recién fundado para tener a raya los indios que por entonces todavía merodeaban por aquellos parajes, fué cuando conocí a M. Chanteloup, que era uno de los poquísimos franceses que allí se hubieran radicado. Comenzó poniendo un bodega en el cual vendía aguardiente de grano; allí se jugaba al monte, y los estancieros que volvían de vender ganado en la Feria de Chillán, que era la más importante del sur, perdían su dinero al monte o al Julepe, en los cuales era muy diestro el **gabacho**, como le llamaban todos en el pueblo. Era alegre y hablador como taravilla, infatigable para contar

sus hazañas de la guerra del 70, a pesar de lo cual se entendía bastante bien con los colonos alemanes. Era divertido ver el enternecimiento con que unos y otros lejos de la patria ausente, recordaban las batallas en que se daban de tiros. Chanteloup era un tipo divertido que pasaba la mitad de la vida borracho y la otra mitad hablando pestes dal clero, pues había leído a Voltaire y profesaba por el escritor francés una admiración ilimitada. Es cierto que no conocía ningún otro autor, a no ser Paul de Kock, por quien profesaba admiración igual a la que tenía por Voltaire—poníalos por sobre los cuernos de la luna, citando unas veces el Cándido y otras El Hombre de los tres calzones. En cuanto les nombraba ya no había más que hablar, ni admitía discusión alguna. Transigía con que se pusiera en duda alguna de sus hazañas, como aquella en que él solo matara a seis prusianos en un día, pero no podía consentir en que se discutiera lo que dijo el maestro de Fernay.

¡Admírese Ud. hombre, aquel borracho insignie hizo fortuna, adquirió terrenos, los revendió, se llenó de plata, y hasta compró un hermoso fundo de seiscientos hectáreas, bien poblado de animales vacunos y con trescientas hectáreas más de añadidura, todas cubiertas de monte de rauli y de lingue, con su correspondiente aserradero.

—No quedó tan mal aviado que digamos...

—Y eso que era flojo como él solo, y gascón y farsante, pero simpático, alegre, truhan y querido de todos. Un buen día vendió el bodega y se fué a trabajar al fundo "como patrón", bastante contento con su suerte, pues, según él decía, "Dios protege a los malos".

—Ahora que recuerdo, le encontré más de una vez en el tren, bien trajeado, con pantalones de diablo fuerte, chaqueta de terciopelo negro y chalina de vicuña, echado atrás el sombrero guarapón de paño plomo. Tenía el rostro colorado y usaba perilla como los oficiales del antiguo ejército francés, a pesar de que nunca pasara de soldado raso... tenía el pelo cano...

—El mismo, hombre... el mismo...

—Veo que le conocías... era tipo original... Vamos al cuento. Recuerdo que viajando con él una noche, a caballo, me invitó a que me alojara en su casa de Huancunay, en su fundo que estaba de pasada. Llovía a cá-

taros, como frecuentemente sucede por aquellos parajes durante los largos días de invierno. Los caminos estaban casi intransitables, los barriales no permitían el paso a los carros pequeños de montaña. Yo estaba calado hasta los huesos, a pesar de la manta impermeable que me protegía, viejo poncho de Castilla por el cual resbalaba el agua. "Véncase, a mi casa, hombre, me decía, que le daré un valdiviano caliente, capaz de resucitar a un muerto... cama confortable... y sobre todo le mostraré la maravilla del pueblo que alojo en mi casa... Tengo un santo milagroso... un verdad der sant..."

—Pues, yo lo creía volteriano, impío, descreído, sin Dios ni ley.

—¡Ah! ¡No!, me contestó el gabacho poniéndose serio. Lo que es en casa tengo un santo milagroso... milagros, que ha hecho maravillas, que ha curado enfermos, s a n a d o paráliticos, cur a d o mujeres que echaron muletas a un lado y se pusieron a correr... creo que también ha resucitado muertos...

—Eso es demasiado, M. Chante-loup... ¿Y cómo descubrió ese santo milagroso?

—Aho... Ya lo verá usted. Y no crea que es broma, sino que es la pura verdad. Palabra de honor... Si lo duda, pregúntelo a cualquiera del pueblo de Huancunay...

—¿A los indios?

—Usted me enoca, repuso el francés pasándose la mano por la perilla blanca de aspecto militar... Todo el mundo le ha visto... los alemanes... el subdelegado... el oficial del Registro Civil... a todos ha hecho milagros... ¡Ya lo creo!

Media hora más tarde el gabacho, sentado delante de un plato de valdiviano que humeaba de puro sabroso, y mientras llenaba mi copa de vino, comenzó de esta manera:

—Voy a contar a usted... hombre increíble... la manegra cómo hallé el santo en casa... el santo milagroso...

—¿Y todavía se encuentra?

—Ya lo verá usted... hombre... a su debido tiempo...

Como ustedes saben, bastante he trabacado en mi aporreada vida; he peleado en contra de los alemanes como una fiera, sí, como un león de los bosques; he tenido el vómito negro en Cuba... hice de capataz en el ferrocarril de la Oroya, en Lima; fui cura y dije misa en la sierra del Perú... por allá no faltaron negocios que dejaran pingües ganancias... Un día, en circunstancias en que había confesado

multitud de indios, llegó un buhonero ambulante con multitud de baratijas que no hallaban salida; entre otras, llevaba una considerable cantidad de antiparras azules,

para proteger la vista contra el sol canicular... El aventurero, un pobre diablo raído, español de nacimiento, no había ganado ni para comer, y andaba que ladraba de hambre. Le propuse entonces un excelente negocio: la venta de todas las antiparras, siempre que me dejara la mitad de las utilidades. Aceptó, por cierto. El domingo siguiente yo debía predicar un sermón solemne, para las festividades de Pentecostés. El modestísimo templo, en lo más fragoso de una sierra, al pie del empinado monte, estaba lleno

de indios, a los cuales me dirigía mitad en español, mitad en francés, y en quechúa, idioma del país. Les pinté con los más vivos colores los tormentos del infierno, las llamadas de azufre, el plomo derretido que correría eternamente por las venas de los pecadores. "Si queréis salvaros, hijos míos, les dije al concluir, la mejor manera será presentarnos ante San Pedro con antiparras azules; así no podrá penetrar su mirada hasta el fondo de vuestras almas y llegaréis infaliblemente al Paraíso, donde cantan ángeles y serafines en alabanza de Dios"... El sermón produjo efecto maravilloso. En la puerta de la iglesia estaba el buhonero, con su canasta. Los indios pagaron hasta una onza por cada antiparra... se vendieron todas... Pero en el Cuz-





co perdí al juego las utilidades de tan feliz operación; me salió al encuentro un cura auténtico, más versado que yo en el arte del monte con cartas marcadas... No sé cómo fui a parar a Centro América, en donde partici-

pepé, sin darme cuenta cabal, en una revolución contra uno de tantos dictadores como por allá pululan. Como había sido soldado en Francia, me hicieron general y me dieron el mando nada menos que de un batallón.

Le compré un traje de príncipe ruso a un cómico de la legua, con lo cual desperté la envidia de todo el ejército. Viví como un sultán por espacio de dos meses, ocupado en comer y beber sin darme punto de reposo. Concluidas las bacanales, en las que generalmente quedábamos debajo de la mesa, hacíamos llenar grandes cubas con el champaña sobriante, para que nuestros caballos participaran en algo de la alegría del festín... Quiso mi mala estrella que otra revolución me hiciera arrancar más que de prisa, pues corría peligro mi pellejo, tan difícilmente salvado de la guerra. Me escapé de marinero en un vapor que partía para el sur. Así llegué a esta tierra hospitalaria, que si no tiene revoluciones que a uno le pongan de general, a lo menos permite a los inmigrantes llenarse de pesos duros que nos cubren de algo más substancial e imperecedero que la gloria... "El Dio del oro... del mundo o signor"... como solía cantar una italiana corista de ópera, que conocí en mis viajes...

Pues bien... a fuerza de trabajar como chino, junté mis pocos realitos... que no son tan pocos, y compré el fundo de Huancunay, en el corazón de la frontera, donde me tienen ustedes. Cansado ya de trabajar, me dije un día: "Chanteloup, por qué no dejas esta tierra arsucana y te vas a echar un verde por esos mundos de Dios... nada más que una cana al aire, tienes ya tantas. Las muchachas de París son bondadosas con los extranjeros cuando les suenan los francos en el bolsillo. El tuyo no anda mal aviado. Toma el vapor para Europa y vas, de paso, a tu tierra de Nimes, en donde viven tus amigos y luces a

tus vecinos y hermanos las riquezas tan bien ganadas y te traes de paso algún sobrino para que te ayude en la **vequés**... a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos..."

Como lo pensé, lo hice. Así fui a dar con mis huesos a Marsella, y después a mi pueblo... Pero... ¡oh! dolor!... mis hermanos habían muerto... mis vecinos habían desaparecido, nadie me conocía y hasta encontraron que se me había olvidado el francés. En cambio, un español que hacía de barbero, afirmó que yo era un farsante, pues también ignoraba el castellano!... Al llegar a París no pude ni siquiera comer, porque estaba enfermo del estómago... Mi vida en Europa fué una continua catástrofe, me hallaba sólo, aislado y aburrido. De vuelta de la Opera me echaba en cama sollozando... me hacían falta las canciones en guitarra y las tonadas de las Ampuero y las zamacuecas de Chamorro... ¡Qué desencanto!... En París no conocen el **valdiviano**, no tienen mosto de Cauquenes, ni empanadas con aceitunas... Después de dos años de ausencia, aburrido y desesperado, cobré ánimo, un buen día, y me fui a ver al Ministro de Chile y rogarle que me permitiera darle un abrazo, pues estaba cansado de andar entre gente desconocida... Casi le pedí su bendición... como al Santo Padre... pero me contenté con un pasaporte de vuelta...

El viaje se me hizo eterno... Ya me parecía que nunca habría de volver a esta querida tierra. Durante cuarenta días sólo vi cielo y mar por todas partes... A fuerza de ver el cielo, comprendí por qué razón tantos hombres tenían deseos de condenarse...

Monsieur Chanteloup enjugó el sudor que empapaba su frente, se echó al cuerpo otro vaso de ponche bien **cargadito**, suspiró, y prosiguió de esta manera:

— "¡Qué gusto tan grande tuve, señor, al ver en Taleahuano el primer roto que me salió al encuentro con manta de colores, una colilla de cigarro bajo la oreja, sombrero de pita de ala caída y **fiador**, **ojotas** en los pies, escupiendo por el colmillo mientras se echaba al hombro mi maleta **mundo**, como si fuera un atado de **cochayuyo**... Mi alegría llegó al colmo cuando me cambiaron unos pocos francos por multitud de pesos; y hube comido una buena cazuela de ave... y chanchito arrollado... y un **potrillo** de chicha tan grande que se parecía al circo de Nimes... Me di el

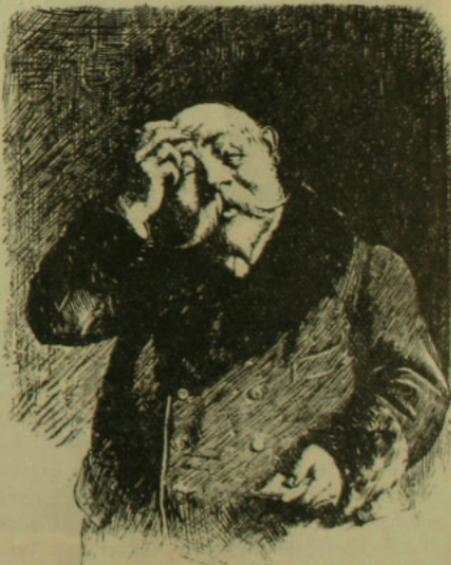
enorme placer de eructar, lanzando al aire un sonoro ¡Viva Chile! con todo el obligado acompañamiento popular... ¡Esto sí que es vivir!..."

"En seguida tomé el ferrocarril de la frontera y atrevesé aquella misma tarde por el viaducto del Malleco, que me pareció más alto y más hermoso que los mejores de Europa... Las casitas blancas se alzaban en los caseríos... A lo lejos... veíase el edificio de ur. molino que se parecía a los castillos sobre el Rhin... y luego vi la población de Ercilla, con sus techos de teja rojiza como cerezas... Bajé en una pequeña estación donde vendían frutas y cosas de la tierra, loros verdes y gatos enjaulados... Extasiábame con el continuo chirriar de los ejes de los carros pequeños de montaña, con el galope de los caballos. Me daba curiosidad el andar pausado y solemne de algunos indios—rara avis—d los pocos que aún sobreviven a esta civilización desgraciada que todo lo invade, uniformándolo todo. Iban en fila, el cacique a la cabeza y los mocetones, en número de veinte detrás, marcando todos el mismo paso... Los laureles, colihues y raulíes de la montaña formaban bosque tupido, a primera vista impenetrable, en el cual era menester abrir paso con machetes, de tal manera se cerraban los senderos recién abiertos... Algún rancho al paso, daba al aire los hilos azulados de sus hogares. Rumiaban los bueyes y las vacas... ladraban a lo lejos los perros... Grandes mariposas de pintadas alas se perdían entre las tupidas malezas, gemía la rara su canto peculiar y melancólico y nosotros seguíamos al paso, camino de Huancunay."

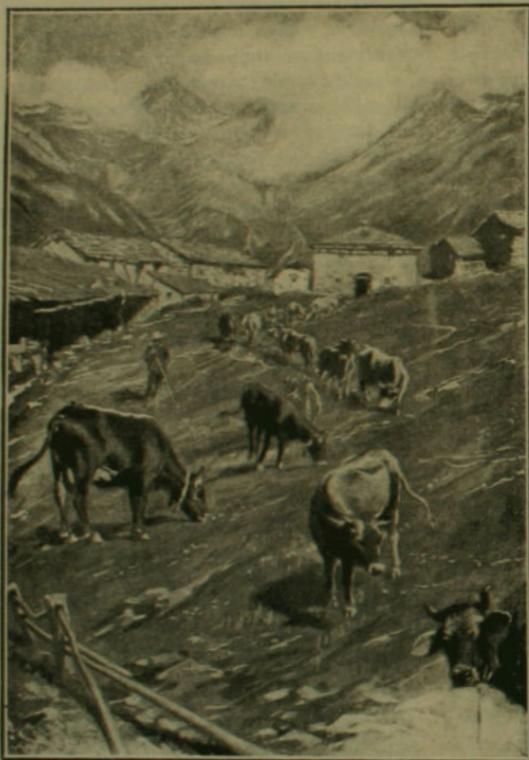
"Cerraba ya la noche al llegar a las casas de la hacienda. Don Segundo, el fiel administrador que me acompañaba y que tan acertadamente me reemplazara durante la ausencia, se apeó del caballo para abrir la puerta de tranqueros que cerraba el corral. Fuimos a salir al jardincillo, por angosto zaguán, y sentí cómo se me ensanchaba el pecho al dar con mi pobre humanidad en los anchos corredores enladrillados por los cuales tantas veces me paseara durante los días de lluvia, que son, en el sur, los más del año. Trepaban tupidas por los pilares las enredaderas de madre selva que dejara recién plantadas años atrás. Un soplo de aire perfumado me acogía dándome la bienvenida a esos parajes donde tantos recuerdos gratos me asaltaban."

"La casa estaba limpia, las luces encendidas, pronta la sabrosa cena. No dejó de llamarme la atención el ver que todo relucía como si fuera flamante. El empapelado era nuevo, pero de mal gusto; la alfombra nueva también; había cortinajes en las ventanas, y vasos de flores en las mesas. Mas, lo que despertó mi sorpresa de manera extraordinaria fué el hallarme con un gran Cristo de marfil sobre la mesa. Diríase que flotaba por la atmósfera un perfume de incienso, algo de iglesia, no muy bien avenido con mis acentadas creencias de libre-pensador y mi reputación o mala fama de hereje. En aquellas apartadas rejiones se tiene por tales a los extranjeros. Recuerdo haberme topado, en Antofagasta, por aquellos tiempos en que era boliviana, con un roto que había conocido en el sur, fumando tranquilamente un cigarrillo a la hora de misa, delante de la iglesia del pueblo.—¿Qué haces ahí? le pregunté... ¿Que no entras a la iglesia?—¿Dónde ha visto su mercé que los extranjeros vayan a misa?—me contestó... Tal es la creencia popular."

"Mi casa con olor a incienso, y en la mesa un crucifijo, eran cosas que debían llamarme la atención. Pero como tengo imaginación meridional me distraje al punto y pasé a tratar con el mayordomo cosas de negocios, informándome cumplidamente de lo que había sucedido durante mi ausencia. El servidor me



daba cuenta detallada, haciendo al mismo tiempo girar entre sus dedos el sombrero guarapón de anchas alas. Estaba rendido con el viaje, y después de cenar me eché a la cama, sin darme el trabajo siquiera de recorrer la casa, como tenía pensado. Dormí como un ángel, feliz de hallarme nuevamente en la tierra amiga a la cual debía cuantiosos caudales, el tranquilo reposar de mis últimos años,



el puchero sin cuidados y alguna buena botella de añadidura para las fiestas de guardar. Despuntaba el día cuando vino a buscarme el administrador para que recorriéramos la hacienda juntos. Y no fué corta mi sorpresa al ver los potreros alfaldados o entrebolados, llenos de animales, que engordaban hechos una bendición de Dios. Francamente, no dejé de sorprenderme que el cielo me protegiera de manera tan visible, a mí, viejo pecador empedernido, herejote digno de hoguera... Tenía razón don Segundo cuando solía decirme: "Sí, señor, Dios protege a los malos..."

"Mas al llegar al potrero de la "Esperanza" —en todos los fundos hay siempre algún potrero con ese nombre, sin duda porque la esperanza es siempre el patrimonio común de los mortales.—Sentí que mis ojos se abrían de par en par. Estaba el tal potrero todo poblado de animales vacunos, gordos y relucientes... Conté cien novillos, ciento cincuenta, doscientos... y me aburría de contar.—¿Que tiene animales a talaje, don Segundo?—El otro sonreía malicioso, mirándome de soslayo.—¡Cál... no, señor... es que no le hacen falta a su mercé los animalitos... las vacas paren...—Pero, son muchos, don Segundo..."

"Al huaso ladino le brillaban los ojos en la penumbra..."

"—Pues **toitito** esto me los debe a mí su mercé..."

"—Segundo, en adelante ganarás doble sueldo, le contesté entusiasmado; a los huenos servidores hay que recompensarles..."

"El otro sonreía, beato, bajando la vista, malicioso y diablo, como todos los huasos chilenos, con risa taimada que no se acierta a comprender si es de bondad o de picardía..."

"—Patrón, es que ahora tenemos un negocio que no es malo... Si sigue como anda, su mercé va a quedar con el riñón bien tapado..."

"¿Qué negocio será ese? pensaba yo entre mí, en tanto que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo. Y dije en voz alta: —Deben de andar bien las engordadas..."

"—Muy regular, patrón..."

"—¿Y las sementeras?"

"—Están bien **reboñichas**... pero con eso no se tapa... el riñón... esa es la pura verdad..."

"—No me has hablado de los aserraderos..."

"—La madera está de mala cuenta, patrón... no se vende ni por misericordia de Dios..."

"—¿Y la crianza?"

"—No está mala, patrón, no está mala..."

"Al fin ya no pudo contener por más tiempo.—Pero todavía no me has dicho en qué

consiste el gran negocio que debe hacerme millonario...”

“En aquel momento llegábamos a otro potrero, materialmente cubierto de animales. Detuve el caballo de una sofrenada. El mayordomo se volvió a mí, triunfante.—¿No le decía a su mercé, que la cosa era gorda?”

“Con no poca dificultad saqué a don Segundo la historia que voy a referir a ustedes... El negocio consistía en que... teníamos un Santo Milagroso en el fundo.

“—Pero yo no recuerdo haber poseído ninguno... le observé”.

“—Su mercé debe de andar trascordado... había uno... y como estaba muy enterrado y sucio, lo saqué al corredor... del le pusieron flores las mujercitas del rancho de arriba... tenían un niño enfermo y le hicieron una manda al Santo... A la semana siguiente el niño estaba lo más alentado... Me trajeron seis gallinas y un gallo... para que le encendiera velas... Con una sola gallina compré muchísimas velas... en cuanto a las misas... pasaron volaco... tengo tan mala memoria... agregó el bellaco rascándose una oreja...”

“Entuavía no había sanado el niño cuando se corrió la voz por toda la comarca. Vino la mar de gente, efior... y el santo comenzó a hacer milagros que se mataba... Sanó un paralítico que no andaba desde hacía dos años, de puro tullido... Y hasta se mejoró la mujer del comandante de policía rural... El marido fué el primero que trajo novillos... los puse a la engorda... Después vinieron otros y otros... y el santo seguía haciendo milagros... Ya tenía fama de milagrero por tottita la comarca... Hasta vino de Valdivia una señora que deseaba tener familia... y después de veinte años de matrimonio sin



hijos, tuvo mellizos... La fama crecía y caían los novillos como llovíos del cielo...”

“—¿Qué nombre tiene el tal Santo? le pregunté, no sin cierto respeto en homenaje a los novillos...”

“—San Estringio!...”

“Y como yo hiciera un gesto de sorpresa...”

“—¿Qué no le gusta a su mercé?... Pero ya no es posible mudarlo porque así lo conocen todos... Con otro nombre, quizás, no hiciera milagros... añadió maleante”.

“Y luego encendiendo un cigarrillo de hoja en una yesca, a la cual había dado lumbre con un pedernal...—Es que un hijito de un colono extranjero, a quien quería mucho, y que fué mi compadre, se llamaba así... Estringio... el nombre me pareció significativo... y milagrero...”

“—El negocio ha resultado espléndido, por lo visto...”

“—Pero ha empeorado un poco... me contestó, rascándose la cabeza, don Segundo...”

“—¿Y por qué?”

“—¡Ah!... es largo de contar, patroncito... Cuando supo lo del santo y sus muchos milagros, el curita de Curiahúin se puso furioso... Dijo que era una farsa y me amenazó con la policía... pero no sacó náa... Lo amenacé con darle el bajo con mi cuchillo... y se dió por notificado... El santo siguió haciendo milagros... Viene muchisimo gente los domingos a verlo... y le traen mandas... tanto, que a veces uno no sabe qué nacerse con ellas... De cuando en cuando le mando al cura algún novillo mediano para que diga misas a San Estringio... y se las dice... a pesar de que, según afirma, es Santo que no figura en el calendario... Con eso está más tranquilo y tenemos la fiesta en paz... y su mercé los potreros llenos que da gusto ver-

los... y los novillos engordan y se venden con sobreprecio en la feria... Por eso he comprado papeles nuevos para las piezas y unas buenas cortinitas que no hay más que hablar... El Crucifijo que tiene su merecé en la sala, fué treído por una señora que curó de reuma... no quise doscientos pesos que me ofrecieron por él..."

—¿Vió usted los milagros de su Santo, Mr. Chanteloup?

El aventurero, en pos de una pausa, alzó el rostro y murmuró, en tono convencido:

—Pues, sí, señor: yo mismo los vi... no rían ustedes... porque la cosa no es para risa. Desde el sábado en la tarde comenzaron a llegar multitud de individuos en carros, a caballo, a pie, cubiertos de polvo, con ojos brillantes de fe, convencidos de que algo extraordinario y nunca visto habría de ocurrirles... Acercáronse al santo, que estaba en el fondo de un corredor, sobre una tarima, en lo alto de un pedestal cubierto de flores y rodeado de luces. Aquel corredor parecía jardín, brillaban los cirios, el aire estaba perfumado y una atmósfera deliciosamente balsámica mareaba el cuerpo y adormecía el espíritu. La muchedumbre se inclinaba reverente y fervorosa, los ojos se elevaban en éxtasis o bien se inclinaban sumisos y devoto... Nuestro pueblo tiene fe inquebrantable de carbonero, no turbada por lecturas, ni por meditaciones, ni por duda de especie alguna. Se cree porque sí, no por otra razón. Cuando vi el fervor con que oraban, sentí verdaderamente escalofríos. Una emoción nueva se adueñó de mi ánimo sin que yo pudiera resistirla. Hacíanse verdaderos milagros a mi propia vista, paralíticos hubo que anduvieron y se fueron tranquilos, en medio de la estupefacción general, caminando por sus propios pies... Hubo llagas que curaron... Era la poderosa fuerza de la sugestión que obraba... No se rían ustedes... no era que mi santo hubiera hecho semejantes milagros, pues ésto rayaba en los linderos de lo imposible... Era que todos ellos traían la fuerza de sus propias convicciones y de su propia fe... Como dijo el otro... "Muchos misterios hay en el cielo y en la tierra que la ciencia ignora..."

Comprendí que había fuerzas ocultas y misteriosas, acaso más grandes que la de la electricidad y aún que las leyes mismas de la atracción de los cuerpos; comprendí la existencia indudable de fuerzas morales

aplastadoras e invisibles... ¿Llamarán ustedes a eso la sugestión? ¿Lo denominarán acaso lo inconocible? Sea, pero el hecho es que existen y que obran... Tuve miedo...

Y para que ustedes acaben de comprender el poder inmenso de la imaginación del hombre, poder ilimitado como el de los mares y de los vientos, me reservaba para el final, lo más extraño, lo más inverosímil de esta aventura tan portentosa como extraña... El santo, el famoso santo, aquel San Estringio inventado por mi mayordomo, era... un viejo busto de Voltaire que yo tenía en mi dormitorio, y que durante mi ausencia el sirviente había colocado allí donde se encontraba ahora. El infeliz, en su infinita ignorancia, le había tomado por efigie de Santo... La flacura del rostro, las cuerdas visibles del cuello, le habían recordado cierta imagen que viera en un templo; al mismo tiempo, le había seducido la expresión de fina alegría y regocijo de aquel rostro. El cerebro rudimentario del infeliz labriego confundía la expresión irónica del Patriarca de Fernay con la alegría plácida, con la virtud tan ponderada por los teólogos con el nombre de **eutropelia** y con la alegría sana, con el goce infantil e irocente de la vida...

Y la imagen de Voltaire, del temible descreído, hizo milagros, esos milagros de que él mismo tanto se burlara, curó tullidos, enfermos de los nervios, puso término a dolencias desconocidas y extrañas.

—Todo eso debía ser alguna jugarreta bien arreglada, exclamó un gordo **maderero** de la frontera, que viajaba conmigo. Acaso fué arreglo del mayordomo, que por lo visto era un linee...

—¡No hay tal!, interrumpió Chanteloup dando un puñetazo encima de la mesa... Todo era correcto y legítimo, sin asomo de farsa... Eran milagros verdaderos, agregó el francés montando en cólera.

Ahora se indignaba sinceramente de que dudaran de su santo, después de haber sido, por años, un furibundo descreído.

Profundo misterio del corazón humano... Acaso defendía como fiera sus intereses amenazados... acaso había comprendido que el milagro estaba en lo más hondo de las almas sencillas de los peregrinos que acudían al santo y que ballaban la verdad dentro de sí mismos y en el fuego de su propia fe una fuerza viva que les traía la salud, la salvación y la confianza...



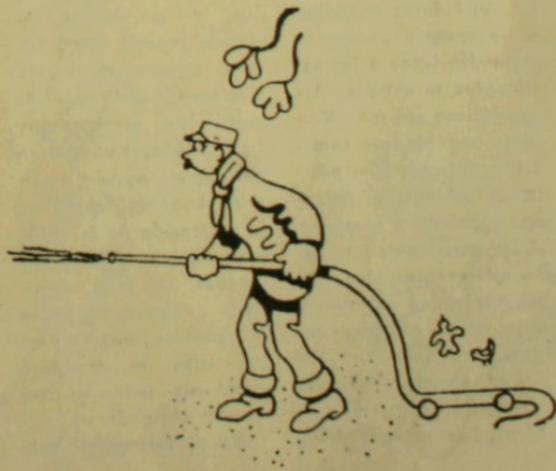
Paris durante la guerra

Con ilustraciones

Volvimos a París a fines de septiembre. Después del caso del campo de batalla del Marne, después de largas correrías en bicicleta en medio de las tropas victoriosas, después de las violentas alegrías y las fuertes emociones de campaña, héme aquí en la ciudad, envuelta en la gracia dorada de los últimos días del del verano y casi desierta. Se podía gozar, sin temor de automóviles públicos o privados, de la perspectiva de las calles prolongadas y del espectáculo de los grandes bulevares orlados por cortinas de árboles. Creeríase estar perpetuamente a las cinco de la mañana, a la hora en que aún no han salido los vehículos y los transeuntes y en que reinan sin competencia en las calles desiertas los barrenos y regado-

res municipales. Una dulce indolencia ha reemplazado a la actividad febril de la capital. En la ribera izquierda el bulevar de Saint Germain, con su doble línea de árboles verdes era bellissimo. Pasaban los ciclistas sin apresurarse. No eran sólo ciclistas suplementeros, incansables corredores, sino perfectos **gentlemen** de barba gris, graciosos muchachos de desnudas pantorrillas; simpáticas mujercitas elegantemente vestidas.

Nunca, bajo ningún aspecto, habrían consentido estos ciclistas en dejarse ver en bicicleta por las calles de París antes de la guerra. Pero habiendo requisado el Gobierno los automóviles privados y habiendo partido para la guerra los automóviles públicos, la circulación urbana no asustaba a ninguno y



se pedaleaba ahora en las arterias parisinas como en el campo. Todas estas personas de correctísimo talento que da-



ban vueltas en bicicleta constituían uno de los aspectos más curiosos de París. Y también a pie se andaba mucho. El tiempo no tenía valor. Se recorrían a pie distancias inverosímiles. Por mi cuenta he ido de Montmartre al Pere Lachaise y de ahí he vuelto a mi habitación en el centro de París. Esta caminata representa por lo menos seis veces la distancia de Milán a la estación más cercana. Luego, poco a poco, han vuelto los parisinos. París no tiene ahora su aspecto acostumbrado, pero hay un poco más de animación. No es nuestro París este París de los meses de la guerra y yo quiero dar a conocer algunos de estos aspectos. Se trata solamente de impresiones: son las sensaciones del viandante que observa, mira y toma nota sin profundizar.

Los faubourgs.—Aunque parezca extraño, los faubourgs tienen un aspecto de fiesta. Todos los carromatos de verdura han salido, y forman una larga fila a lo largo de las soleras. Los rojos tomates, la verdura, las redondas naranjas brillan al sol; los vendedores anuncian su mercancía a voz en grito. En torno a los carromatos se estrujan las domésticas ociosas. Vestidas con blancas camisetitas, frescas, algo afeitadas, sabiamente peinadas regatean y compran. A los parisenses les gusta alimentarse bien. En las viviendas obreras la mesa ocupa el primer lugar.

Por ahora, las cosas comienzan a ponerse bien. Las esposas jóve-



esta noche a casa y no murmurará, como otras veces, si la comida no está lista rápidamente; y porque han disminuído los menesteres domésticos, permanecerá más tiempo que antes frente al espejo, se harán minuciosos preparativos y luego se saldrá al mercado en busca de la comida que se compartirá con las vecinas hablando de los ausentes.

Entre los hombres quedan solamente los viejos que ostentan birretes militares con un pliegue de fanfarrón en el medio; y jovencuelos que giran alrededor de las jóvenes abandonadas. Se han quedado también "los sargentos cívicos" y los guardianes que los parisenses llaman familiarmente *sergots*. Son los reyes del faubourg! Metidos en sus compuestos uniformes, de aspecto próspero, recientemente afeitados, tienen talento de dominadores y lanzan ojeadas a las mujeres que se apiñan frente a los vendedores. Porque son agentes del Gobierno todos se imaginan que pueden saber algo. Muchas se empujan por llegar frente al guardia, y se forma un círculo juvenil alrededor del agente benévolo: comienzan flirts que de seguro no continuarán. La criada, verdadera parisense, coque tu ela pero honrada, lejos de la animación de la calle, reanudará su trabajo de crochet. La lana, destinada a aquellos que en la frontera combaten por ellas, se cambiará entre sus dedos en una manta abrigadora.

En el ferrocarril sub-

...s esperan que la guerra durará poco y han recibido buenas noticias del marido. Mientras tanto el marido no irá





terráneo. — Tampoco se ven empleados del sexo fuerte, sino mujeres. Mujeres serias. Perforan con muy poca habilidad los billetes que presentan los viajeros. Los pasajeros no tienen el aire afanado y alegre de otros tiempos; tienen aspecto de personas preocupadas. Se leen más que nunca los diarios y han disminuído sobremanera las ojeadas entre per-

sonas de sexo diverso. No más chicleas alegres dispuestas a reirse por una monada cualquiera. La parisiense ha puesto sordina a su nativa exuberancia. Todavía se encuentra, sin embargo, a la pequeña empleadita de las tiendas de modas en el ferrocarril metropolitano. La empleadita y la mujer pretensiosa, muy difundida en París, que, a toda costa, quiere ser mirada y admirada. Al principio de la guerra ha hecho desaparecer sus vestidos excéntricos. No más excentricidad, no más negro en torno de los ojos, no más carmín en los labios. Se ha envuelto en vestidos oscuros y de corte sobrio. Ha prodigado miradas lejanas y graves: actitudes dramáticamente cansadas; pose solemne y clásica. Luego se ha hecho guerrera. Su porte, impuesto por la moda, ha evolucionado. El dorso, antes algo encorvado, hoy día es

recto. Las piernas curvas son ahora tiasas. El vientre, que era usado hacia adelante, ha desaparecido. La chaquetilla de la empleadita ostenta corchetes. Un cinturón le estrecha el talle. La cabeza está cubierta de un birrete militar. Se ha vestido con grueso paño francés

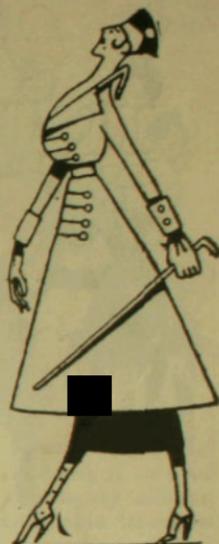


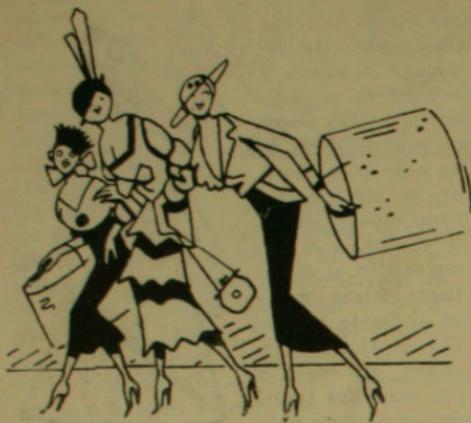
gris azul o bien con kaki inglés. Ha levantado la cabeza y la nariz de un modo marcial. Ha puesto un poco de negro en las cejas para adquirir un aire severo. Pero, cansada de este cambio, a la menor ocasión, si un pariente lejano muere en el frente, se vestirá de viuda inconsolable, sin razón, y por ocho días tendrá un aire sombrío y desolado. La empleadita quiere a toda costa, hacerse interesante. Pero pasemos a otras cosas. En **carraje** vi dos tipos

de soldados: un soldado magnífico, bien calzado, con espuelas, cargado con sable y anteojos de campaña. Lleva el kepí a la última moda y habla voluntariamente en voz alta, observando estar bastante bien informado.

Y aún otro tipo interesante; allí, en un ángulo, apretándose para hacerse lo más pequeño posible. No lleva el uniforme gris azul. Los pantalones rojos están desteñidos. El pesado gabán lo cubre rectamente hasta los talones; tienen las manos deformes y la cara enflaquecida. Calla, con una débil sonrisa tímida sobre

los labios. No desea sino estar oculto: parece no saber comportarse delante de la gente. Tiene movimientos descompasados y lentos como los de los vagabundos metidos en la ciudad. Tiene algo de pueril y de compasivo: viene, a no dudarlo, de las trincheras.





La calle.—Aquellos que no conocían París antes de la guerra, dirán ¡qué animada está! Aquellos que olvidan presto, dicen: ¡No ha cambiado! Aquellos que observan y recuerdan, constatan: ¡No es la misma! A pesar de todo, no es el mismo vocerío de antes. El vocear es el motivo de la calle de París. Los cocheros gritan entre sí; los muchachos pasteleros aullan contra los burgueses, y al propio tiempo éstos son asaltados por los gritos de los guardias. Ahora todo eso ha concluído. Todos están llenos de dignidad y de silencio. Y Por eso no se oyen cantos ni silbidos como aquellos que antaño lanzaban al aire con agudas notas, la última canción de moda. A veces un pilluelo entona la Marsellesa. La nota más característica es la ausencia absoluta de obreros, de aquellos miles de obreros, que con sus variados trajes, daban tanta alegría a las calles de París, a la hora de la comida, cuando

se cerraban las oficinas. Tampoco listos añaladores de casaca azul; ni pintores exuberantes de blancas blusas; ni pacíficos albañiles vestidos de gris; ni cavadores de formas hercúleas; ni carpinteros de pantalones de terciopelo. A medio día se esparcían por las calles; llenaban de algarabía las cantinas. Llenos de vida, charlatanes, tomaban el acostumbrado absintio, lanzando picantes frases a las mujeres. Eran el símbolo de la vivaz alegría de París. Ahora han desaparecido; la guerra ha hecho presa de ellos: todos están en las trincheras. Las oficinas se han cerrado. Tampoco se ven desfilar en grupos las graciosas modistillas, flores del faubourg, vivero de actrices y de cortesanas. Ellas animaban las calles parisinas con su gracia frágil, con su exuberancia, con toda su juventud, con todas sus esperanzas. ¿Cómo queréis que sin estos dos elementos esenciales no haya cambiado la vida?

Los bulevares. — El movimiento de París se ha refugiado en los bulevares, donde se citan los reformadores, los no combatientes, los desocupados, los cómicos, los empleados y los viejos operarios sin trabajo.

Para un provinciano, para un extranjero el bulevar casi tiene un aspecto normal. Aún los señores que, con pasos indolentes, se ocupan la mayor parte del día en medir el asfalto de las aceras, han vuelto. Habían desaparecido por completo al principio de la guerra. ¿Adónde se habían marchado? Misterio.

Los carruajes son poco numerosos. De improviso hemos retrocedido cien años, y ahora una vieja tartana sin resortes y de flacos jameigos, hace el servicio de los elegantes autobuses de meses antes.

He aquí heridos inutilizados, aún con el uniforme. Se arrastran penosamente, y se sienten felices con mostrarse a los curiosos y suscitar admiración. He aquí senegaleses heridos; el blancor de las vendas los hace aparecer más negros. Los siguen cuarenta o cincuenta des-

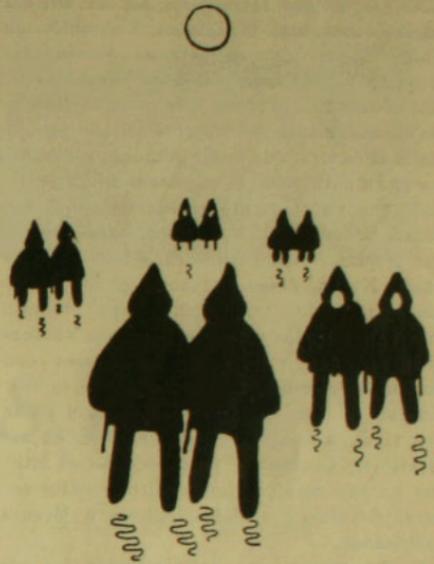


ocupados. La muchedumbre se aparta respetuosa. Algunos se descubren; pasa un oficial superior de barba gris. Tiene una pierna cortada, con un brazo apoyado en su mujer y el otro en un bastón, alcanza un automóvil detenido en un ángulo de la acera. Pasan gigantes soldados ingleses de bracero con minúsculas muchachas parisinas. Marchan gravemente, en parejas, como en un cortejo nupcial. Una voz os detiene: es un amigo automovilista y que trae las últimas noticias. Desfila un destacamento de soldados británicos sin armas. Todos marchan correctísimos, como verdaderos gentlemen. No tienen músicas estos hijos de Albión y cantan con voz nasal un ritornello de "two-tep" que los hace marchar al paso. Luego gritan en coro la Marsellesa. Enormes escoceses se pavonean



como girls de music-hall. Y todas estas escenas son animadas, movidas, casi alegres. París vive, respira en el bulevar. ¿Verdaderamente el enemigo está todavía a doscientos kilómetros de la capital?

Plaza de la Trinidad. — El cielo está nublado. Un temporal de relámpagos envuelve la atmósfera. Arriba, cinco o seis aeroplanos parecen perseguirse. Aparecen, cubiertos de reflejos de oro, y luego desaparecen entre nubes ligeras. Es imposible distinguir si son alemanes o franceses. Y la muchedumbre ao corre a esconderse; hace todo lo contrario. Se forma un gran tumulto: viejos, con la cabeza vuelta hacia arriba, aguzan sus pupilas den-



tro de los anteojos; los muchachos saltan y gritan alegremente: ¡Es un taube, es un taube!

Una señora, una correcta burguesa, se junta con su hija, y con un movimiento rápido se pone al reparo del portal. La niña, con una preciosa mueca, dice solamente: ¡Miedosa! Y esto basta. La señora se rehace, y al lado de la hija, con el cuerpo erguido, pasa bajo los aeroplanos. Una bomba sale del taube, revienta en el aire y no hiere a ninguno. Entonces uno de esos magros pillastres que abundan en París, mientras trota con un envoltorio debajo del brazo, grita, con el cuello vuelto hacia arriba:—¡Eh, vosotros, el Municipio prohíbe escupir en las veredas!

En el "Café de la Paix".—El Café de la Paz está iluminado a giorno y animadísimo,



pero casi no hay extranjeros. Se ven allí muchos jóvenes, casi demasiados. Y también muchas mujeres jóvenes: actrices desocupadas, pequeñas cortesanas, literatos sin contertulios. Todos tienen cierto aire marcial. Han sido transformadas las toilettes del año pasado: no es el momento de hacer grandes gastos. Aún no se ha extinguido la elegancia de París. Un café que yo frecuento rebosa de gente elegante. Señor, me dice el primer camarero con que tropiezo, es imposible encontrar un lugar vacío. Nunca, desde que comenzó la guerra, habíamos tenido tanta gente. Una orquesta toca vales lentos y tangos. Pero las vitrinas están cerradas y las puertas giratorias dan vueltas velozmente. Es necesario que la música no se oiga de las aceras; podría pasar una viuda o una madre hoy sin hijos. Es necesario ser discretos y prudentes. En el interior no hay sino sonrisas y flirteos entre señoras frívolas y oficiales ingleses o jóvenes americanos.

En los teatros que están abiertos, los espectadores parecen asustados de encontrarse juntos. Tanto entre las señoras como entre los hombres no se ven trajes lujosos. Aquí y allí, de vez en cuando, un uniforme. Se habla casi en voz baja. Los movimientos para comunicarse o para dejar su propio asiento tienen

no sé qué de embarazoso. Ninguno se atreve a reír; se aplaude con mucha discreción.

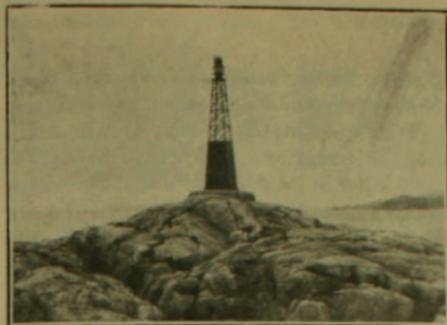
A las ocho de la noche se hace la obscuridad por todas partes. Se cierran las cigarrierías y estancos. Los cafés y restaurants están cerrados. Sólo los mecheros de gas alumbran las calles, y no bastan. París se convierte en una inmensa ciudad de provincia. Pasan algunas parejas aisladas; han ido a visitar a unos amigos.

A las nueve, hora en que se comenzaba antes a comer en el mundo elegante y en que los automóviles fulgurantes llenaban las calles, llenos de aristócratas de frac, reina un silencio completo. A media noche se encuentran solamente innumerables agentes que pasean en parejas, con paso candencioso, como los carabinieri en Italia.

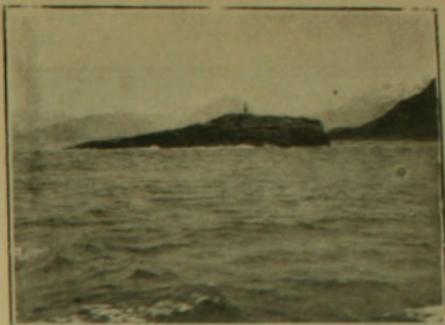
La calle real, que antes fulguraba con las mil luces de sus restaurants nocturnos, entre otros el famoso Maxim, permanece oscura y vacía. El silencio de la noche suele turbarlo ahora el sonido metálico de una corneta que anuncia la llegada de algún Zeppelin.

El porvenir será, seguramente, bello para nosotros. Basta haber visto París tranquilo, lleno de confianza, seguro del porvenir, sonriendo a pesar de todos los males de la guerra.





Faro sobre pirámide de acero, en la Isla Centinela.



Isla Centinela, en los canales Patagones, en cuya cúspide se ve un faro ubicado sobre columnas de acero.

NUESTROS FAROS

Por _____

MARIO VERGARA Z.

"Fomentar el sentimiento marítimo, es hacer patria".

J. RICART y GIRALT.

Con ilustraciones fotográficas

¿Quién que conozca Valparaíso no ha visto en Playa Ancha la torre blanca, coronada por un fanal de cristales, del faro de Punta Angeles?... Para todos los porteños es tan familiar la silueta del viejo faro, que su presencia nos hace evocar los recuerdos más gratos de nuestra niñez, cuando en alegre caravana íbamos a la elipse del Parque, guiados por nuestros maestros, a jugar cricket o football... ¡Cuántas veces después de terminar nuestros juegos, corríamos hacia la playa, y, saltando de roca en roca, embragados por la brisa salina y el rugir de las olas, nos entreteníamos en ver cómo se hundía lentamente en el horizonte el disco inmenso del sol...! Y luego, cuando las sombras de la noche principiaban a invadir la tierra y nosotros marchábamos Perezosos hacia el puerto sobre ese camino que hoy han modernizado el tranvía eléctrico y los tajamares de piedra, volvíamos nuestras cabezas curiosas para admirar el

haz de luz que con movimiento mecánico giraba alrededor de la torre como un diamante inmenso perdido en la negrura infinita de los cielos...

Entonces nuestro maestro, que era hombre esencialmente práctico y gustaba darnos lecciones objetivas, nos hablaba de la importancia de esas luces colocadas por los hombres en los sitios peligrosos de la costa para evitar que los marinos fuesen a destrozarse sus naves en las rompientes de la playa. Y nos hablaba así: "En alta mar, en medio de la más espantosa tormenta, si un buque está bien cargado y tiene suficiente y experta tripulación, está tan seguro como lo estaría dentro de un dique; el peligro mayor con que puede contar un marino es la costa llena de rocas. Es únicamente cuando deja la costa al salir, y cuando llega a ella al regresar, cuando corre peligro de naufragar. Nadie puede conocer tanto los beneficios de esos faros como aquellos



El faro "Morrión" y sus cuidadores.

que se han aproximado a la costa en una estación de noches sin estrellas, temporales y borrascas; que han experimentado la lucha del navegante entre la esperanza diferida y el temor del peligro desconocido y el repentino naufragio...

Y la luz, girando siempre sobre su eje, seguía anunciando a los navegantes la proximidad de los placeres de rocas que arrancan desde la punta de Playa Ancha...



Muchas veces, después de ser hombre, he visto desde diferentes puntos de la costa y desde el mar ese mismo faro. Y cada vez que veo girar su haz de luz recuerdo las palabras del viejo maestro y pienso en lo sacrificado y monótono que habrá de ser la vida en aquellos castillos perdidos en la soledad inmensa de la costa, cuyo objeto es defender la vida de los navegantes contra los riesgos del naufragio...

Después he conocido *de visu* todos los faros de la costa de Chile, desde el farol de aceite que hay en el muelle de Arica hasta el faro de primer orden de Punta Dungenes, en el Estrecho de Magallanes. Y navegando de noche por el Estrecho, resalando con cerrazón de nieve a Evangelis-

tas, entrando con neblina a Valparaíso, etc., es como he podido apreciar el servicio incalculable que prestan al país y a la navegación universal todos los faros, boyas, señales y silbatos establecidos por nuestra Armada Nacional, a lo largo de la costa de Chile y en los canales interiores de la Patagonia y Estrecho de Magallanes.

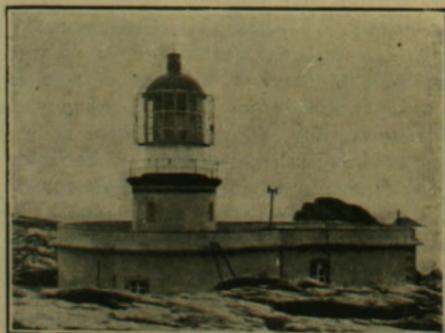


La historia de este servicio no es muy larga; en cambio, es sobradamente interesante. Por eso he querido reunir en estas páginas algunos de sus principales datos:

El Ilustre Cabildo de Valparaíso, en 1837, siendo Presidente de la República don Manuel Montt y Ministro de Marina don Ramón Cavareda, inició este servicio. Veinte años después, el 18 de septiembre de 1857, se inauguró el primer faro, situado en Punta Angeles, ese "faro de Playa Ancha" que tan familiar es a los porteños.

En aquella época, para el mantenimiento del faro de Punta Angeles se estableció una contribución de "Faros y Tonelaje", la que algunos años después, cuando el Supremo Gobierno se hizo cargo del mantenimiento del alumbrado de la costa, dejó de cobrarse.

En 1867, tomó a su cargo la dirección del servicio de "Faros" dependiente de la Comandancia General de Marina, el ingeniero don Enrique Siemsen, que fué quien construyó el faro de "Punta Corona", en Aneud, "Punta Caldera" en Atacama, y "Punta Tortugas en Coquimbo, "Isla Quiriquina" en la bahía de Talcahuano, "Punta Galera" y "Punta Niebla" en Corral.



Faro de "Evangelistas", casa de los guardafaros y torre del faro.

Los primeros faros que alumbraron nuestra costa usaban sólo el aceite de colza, el que en 1878 fué reemplazado por los mecheros "Farquhar".—En la actualidad existen faros cuya luz es eléctrica y muchos que se alumbran con "acetileno".—Además, en los canales del sur y en el Estrecho, donde existen grandes rocas ahogadas que constituyen un serio peligro para el navegante, se han instalado boyas con farol de acetileno cuyo mecanismo funciona automáticamente y sólo es necesario revisar y cargar tres o cuatro veces al año.

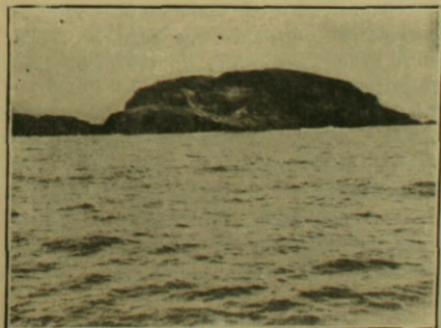
Como decía, el faro más antiguo de nuestra costa es el de Playa Ancha; luego después se construyeron: el de Ancud—"Punta Corona"—en 1859; el de "Punta Caldera", en el puerto de su nombre, en 1868; el de "Punta Tortuga", en Coquimbo, en el mismo año que el anterior y que en 1900 fué reemplazado por otro de construcción moderna con instalación de "señal de neblina"; el de "Quiriquina", en la bahía de Taleahuano, en 1869; el de "Punta Niebla", en Corral, en 1860; el de "Punta Calera", al sur de Corral, en 1876; el de "Iquique", en la Isla Serrano, que fué obstruido durante la administración peruana y pasó a depender de la Comandancia General de Marina en virtud de la ocupación; el de "Antofagasta", en el puerto de su nombre, en 1881; el de "Lutrin", ubicado en el Parque de Lota, en 1884; el de Punta Arenas, de 1885; el de la "Isla Santa María", de 1887; el de "Isla de Pájaros", de 1891; el de "Punta Curaumilla", al sur de Valparaíso, construido en 1893; el de "Punta Carranza", entre Valparaíso y Taleahuano, construido



Faro de construcción moderna, con torre de acero y luz de gas acetileno, ubicado sobre la cumbre de una montaña de la costa.

en 1895; el de la "Isla Mocha", en 1893; el de "Evangelistas", sobre un peñón a la entrada del Estrecho de Magallanes, construido en 1894; el de Punta "Tucapel", en 1872; el de "Punta Puchoco", en 1897; el de "Banco Belén", en el puerto de Taleahuano, en 1897; el de "Isla Chañaral", de 1896; el de "Punta Agüi", en Chiloé, en 1896; el de "Laytee", en 1898; el de "Dungeness", en el Estrecho de Magallanes, en 1897; el de "Punta Delgada", también en el Estrecho, en 1893; el de "Punta Tumbes", en 1900; el de "Lengua de Vaca", entre Valparaíso y Coquimbo, en 1899; los de "Isla Huevos", "Cabo Posesión", "Isla Magdalena", "Punta Lavapié", "Bahía Félix", "Isla de Huafo", etc., construidos entre los años 1900 y 1906.

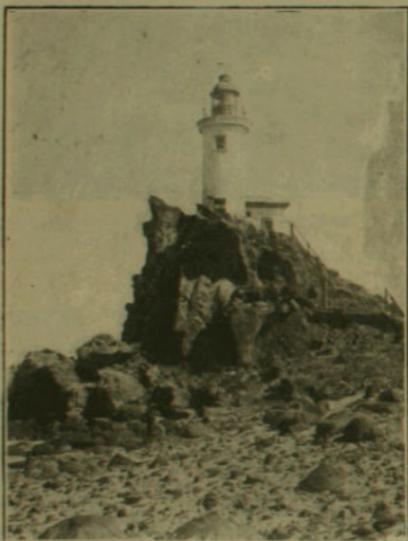
Entre todos los establecimientos distribuidos a lo largo de nuestras 2,000 millas de costa ninguno tan importante, y que haya costado tanto dinero y sacrificios, como el de Evangelistas.—Para darse cuenta de lo inhospitalaria y peligrosa que es esa región basta leer lo que sobre ella dice en su libro "Derroteros de Estrecho de Magallanes" el malogrado capitán de navío don Baldomero Pacheco:



Faro de "Evangelistas", mirado desde el desembarcadero.

Los "Evangelistas" es un grupo de cuatro islotes con algunas rocas y rompientes, que se encuentra fuera del Estrecho, once millas al S.S.O. del Cabo Victoria y veinticinco millas al N. 60° O. del Cabo Pilar.

"El nombre de Evangelistas le fué dado por los primeros navegantes españoles, pero Narborough más tarde los denominó de Dirección, por cuanto constituyen una excelente marca para reconocer la boca occidental del Estrecho.—Estos islotes son muy escabrosos y absolutamente estériles, y antes de la erección del faro en el mayor de ellos, constituían un punto muy frecuenta-



Faro del oeste, en la Isla Mocha.

do por los cazadores de lobos. El mayor y más alto es el más occidental, que mide 60 metros de altura; con tiempo regularmente claro es visible desde la distancia de 15 millas.—Al oriente de él, y a distancia de dos cables (400 metros) próximamente, hay un segundo islote, y en el espacio comprendido entre ambos se puede, en caso necesario, largar el ancla.—El tercer islote, y más meridional, ha sido designado por su forma con el nombre de Pan de Azúcar (Sugar loaf) y desde él se desprende hacia el E. N. E. una larga restinga sumergida, sobre la cual se forman grandes rompientes cuando el mar está agitado.—En general,

las aguas al oriente de los Evangelistas son recelosas y no es prudente arriesgarse por ellas si no hay estricta necesidad".

La historia de la construcción de este faro ha causado verdadero asombro en el mundo de los navegantes, pues, en un peñón que, como puede verse por la opinión del capitán Pacheco, es poco menos que inabordable, cualquiera obra de construcción es casi imposible de realizarse.

El alma de esta construcción, y de los principales faros modernos de nuestra costa, ha sido el ingeniero inglés Mr. George H. Slight.

En abril de 1894 la Comandancia General de Marina comisionó al ingeniero Mr. Slight y al capitán de navío—entonces teniente 2.º—don Baldomero Pacheco para estudiar la posibilidad de establecer un faro de primer orden en los islotes de Evangelistas.—El informe de Mr. Slight y teniente Pacheco y el del comandante Wilson, actualmente contralmirante, fué favorable, no obstante se hacía presente las dificultades con que habría de tropezarse por lo inabordable de los islotes y lo azotado por los vientos y lluvias que era aquel paraje.

Ese mismo año, en el mes de septiembre, el Gobierno concedió \$ 36,000 para la compra de materiales, herramientas, víveres, etc. y pago de la tripulación del escampavía "Yáñez" y goleta "María Teresa", que habían sido adquiridos con ese objeto.

La erección del faro de "Evangelistas" fué toda una odisea. Varias veces los operarios quedaron aislados sobre los peñones, expuestos a morir de hambre y de frío, y en más de una ocasión la labor de varias semanas fué destruída por la marejada en unas cuantas horas de mal tiempo.—Pero la tenacidad y constancia que todo lo vence, triunfó, y en septiembre de 1896 este faro fué entregado al servicio.

El costo total de la obra fué de \$ 300,000 moneda corriente de aquella época, desembolso que está por demás compensado con los importantes servicios que este faro presta a la navegación, por demás peligrosa en aquella región, lo que mereció los aplausos generales del mundo marítimo.

Hace siete u ocho años tuve oportunidad

de visitar los islotes de "Evangelistas". Después de dos semanas de espera en Puerto Cuarenta Días, en el archipiélago del continente, sorprendimos un día de buen tiempo y fuimos al faro. Llevamos el relevo de guardianes y las provisiones para los mismos.

Gracias a que había una calma absoluta, cosa rara en aquella región, pudimos subir a la casa del faro sin grandes dificultades. Una vez arriba, desde la torre donde envuelto en fanal de finísimos cristales reposa el complicado mecanismo de la linterna y sus lentes y pantallas, contemplamos el espectáculo grandioso de la inmensidad del mar, de esa inmensidad que embarga el espíritu y nos hace comprender cuán pequeños somos en presencia de la naturaleza... La vivienda de los guarda-faros es de piedra, abovedada, y está construída para resistir las más fuertes tormentas. Tienen allí una hornalla donde constantemente queman carbón y leña para levantar la temperatura. Una mesa, tres sillas y tres camas componen lo principal del amoblado de aquella vivienda perdida en medio del océano. Los guardas son tres y hacen turno de cuatro en cuatro horas, de tal suerte que siempre hay uno que duerme el turno que le toca reposar, el otro preparar la comida y el café y hace el aseo de la casa, y el tercero vela en lo alto de la torre, en el día, para hacer señales a los buques que entran o salen del Estrecho y en la noche para cuidar que la luz del faro mantenga constantemente su intensidad y sus eclipses.

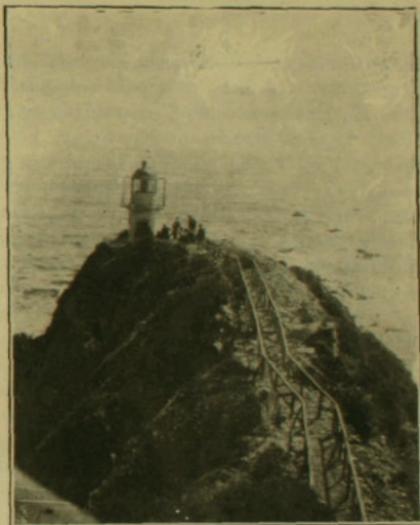
Y así pasan meses de meses aquellos miserables hombres, encerrados en su torre, ataridos de frío y con escaso alimento, manteniendo el fuego sagrado de aquella señal que marca uno de los peligros más inminentes de la navegación en el sur!... Luego, cuando les llega el relevo, se van a Punta Arenas, y con el sueldo de tres, cuatro o más meses en el bolsillo, embrutecidos por el aislamiento, aguijoneándose por el deseo de olvidar, de cambiar rápidamente el giro de la vida, se pierden en las tabernas y buscan en el alcohol un poco de consuelo...

Uno de los faros de más reciente construcción, y de los más importantes de la

costa del norte de la Patagonia, es el de Cabo Rapper, en la península de Tres Montes, poco al norte del Golfo de Penas.

Para llegar hasta Cabo Rapper, uno de los más salientes de la región, ha habido necesidad de talar los bosques inmensos, bosques donde no había penetrado jamás el hombre; ha sido necesario llevar el camino por los bordes del precipicio, sobre puentes artificiales, etc. Y sobre ese camino se ha tendido una línea férrea que ha servido para llevar hasta el Cabo todos los materiales de construcción y las provisiones.

En esta obra, como en las demás de esta



Faro de "Cabo Rapper", en la península de Tres Montes.

índole, ha sido el "alma mater" el ingeniero Slight, ciudadano británico que tanto brillo ha sabido unir su nombre a una de las mayores obras de progreso de nuestro país.

El gobierno ha gastado sumas cuantiosas en el servicio de faros.—El capital invertido en concepto de aparatos ópticos y linternas, torres, columnas, casas, muebles, señales de neblina, líneas telefónicas, boyas luminosas, silbatos, etc., asciende a \$ 2.787,006; todo esto ha salido del presupuesto anual de Marina. Además, anual-



Faro de "Cabo Posesión", en el Estrecho de Magallanes.

mente, para la conservación de este servicio se invierten mas de un millón de pesos.

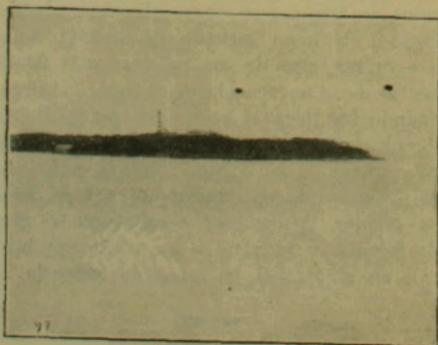
Y, sin embargo, cuando se trató de establecer la contribución de "Faros y Valizas" todo el mundo se opuso, los congresales dijeron que era recargar extraordinariamente los gastos de las naves que recorrían nuestras costas, y, atendiendo antes a los intereses privados que a los de la nación, se opusieron al proyecto de ley que creaba este nuevo impuesto.—Hubo necesidad de que la Armada librase una verdadera cruzada para llevar a nuestros gobernantes al terreno del convencimiento por medio de infinidad de estadísticas y trabajos demostrativos que dejaban establecido un hecho que es tan claro como la luz del sol. Y sólo así se consiguió que se crease la contribución de "Faros y Valizas", la que ha venido a formar una fuente de recursos para el erario nacional, pues, este impuesto ingresa a áreas fiscales en vez de utilizarse en dar mayor desarrollo a este servicio.

Por otra parte, en Chile todo esto se ha hecho con la sola ayuda del fisco, sin que las compañías aseguradoras contra riesgos de mar contribuyan ni con un centavo, lo que hubiese sido muy natural ya que, como puede verse, las luces de la costa evitan los naufragios, y, por lo tanto, evitan los riesgos a los aseguradores.

Quien haya leído la obra intitulada "Historia de los naufragios célebres en la costa de Chile", por el capitán de navío Vidal

Gormaz, habrá visto que la mayoría de las catástrofes marítimas se deben a errores de navegación por falta de orientación en la noche. Nuestras playas son bastante acantiladas y profundas, no obstante, hay parajes como Punta Carranza, Lengua de Vaca, Las Cajas, Tumbes, etc., de donde se desprenden restingas traicioneras donde han ido a perecer muchos hermosos navíos repletos de valiosos cargamentos y de pasajeros.

Aún recuerdo que uno de los hechos que más me impresionó en mi niñez, cuando principiaba a leer, fué la relación del naufragio del "John Elder", trasatlántico de la Pacific Steam Navigation Company que se perdió en Punta Carranza a las pocas horas de haber salido de Valparaíso en viaje a Liverpool. El buque llevaba a su bordo una compañía de opereta inglesa y en el salón se celebraba una animada reunión. Las damas en traje de *soirée* y los caballeros de frac bailaban y charlaban animadamente cuando de pronto una conmoción horrosa sacudió todo el buque... La noche estaba obscurísima, la nave navegaba en buen rumbo, pero la fuerte corriente y el viento la habían aconchado hacia la costa y se encontraba suspendida en un semillero de rocas, en medio de una mar alborotada que serpenteaba por sus flancos... Lo primero que mandó el capitán fué "dar atrás a toda fuerza la máquina", pero, ya era tarde, pues el casco se había hecho pedazos y el agua entraba a torrentes a las bodegas... Entonces se pensó en los botes y se dispuso todo lo conveniente para el abandono del



Faro de bahía "Félix", en el Estrecho de Magallanes.

buque. La confusión fué grande, las damas, poseídas del terror que produce una catástrofe en el mar, estaban enloquecidas; los hombres, ante el peligro de morir ahogados como ratas, se abalanzaron a los botes y defendieron sus asientos con revólver en mano. Y cuando todo estuvo listo y las embarcaciones fueron arriadas, muchas de estas, al caer sobre las olas embravecidas, se volcaron o se hicieron pedazos, vaciando sobre el agua toda su carga humana...

Después de aquel naufragio se construyó un faro de tercer orden en Punta Carranza, y esa luz, cuyos destellos son visibles a 18 millas, es la mejor señal para orientar la navegación entre Valparaíso y Talcahuano, y, una vez situados por el faro, todos los navegantes corrigen sus errores de navegación y hacen rumbo al puerto de recalada.



No hace muchos años la navegación del Estrecho era considerada como una de las más difíciles del mundo. El largo canal que une dos océanos está repleto de rocas ahogadas, de restingas y le picachos. Las cartas de navegación tenían pequeños errores de orientación que no habían sido debidamente comprobados; y, en muchos parajes, unos pocos metros fuera del verdadero rumbo, se encontraban bajos, rompientes o remolinos en los cuales la catástrofe era inevitable.

En aquella época la pasada del Estrecho duraba varios días, pues sólo se podía navegar de día y en las horas en que la claridad de la atmósfera permitiese dominar en

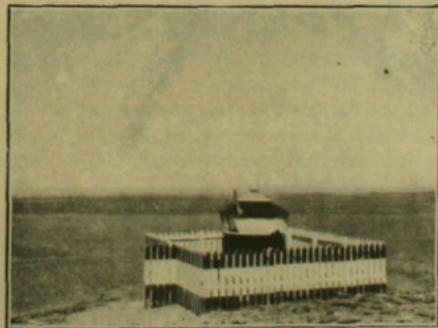


Faro y establecimiento semafórico de "Punta Delgada".

absoluto el panorama. Pero, luego después, la Marina de Chile tomó a su cargo el levantamiento prolijo de toda esa región, obra a la cual unieron sus nombres marinos de la talla de Chaigreau, de Señoret, de Pacheco y casi la totalidad de los que actualmente son jefes de la Institución, y hoy las cartas del Estrecho son tan detalladas y perfectas como las mejores que se hayan construido hasta la fecha.—Una vez realizadas las cartas se hizo el avalizamiento y la ubicación de los faros y boyas luminosas, y en tal forma se ha facilitado tanto la navegación de aquella vía, que hoy puede navegarse de día y noche desde el Cabo Virgenes hasta el Cabo Pilar.

A principios del año último crucé el Estrecho en el vapor "Orrema", de la P. S. N. C. y pude admirar la grande obra realizada por nuestro gobierno. Habíamos salido del puerto de Port Stanley con tiempo bastante duro y recalamos al Cabo Virgenes a la hora que se oculta el sol.—Una vez dentro del Estrecho, aún no habíamos perdido de vista la luz del faro de Virgenes cuando nos encontramos circundados por las luces de las boyas "Orange" y "Tritón" y los faros de "Posesión", "Punta Dungeness", "Punta Delgada" e "Isla Magdalena" y Punta Arenas.

Fondeamos al amanecer en la metrópoli del Estrecho, y permanecemos allí hasta la media noche de ese día, dejando carga y pasajeros. Luego abandonamos el puerto y con la ayuda de los faros de "San Isidro", "Bahía Félix" y "Evangelistas" llegamos al Pacífico en medio de una tormenta que



Faro del "Cerro Dirección", en Magallanes.

nos hizo rodar sobre las olas como si el "Orcoma", con sus 18,000 toneladas, hubiese sido una frágil goleta.

En toda esta navegación el buque barajó centenares de peligros en medio de la obscuridad de la noche, guiado sólo por las luces de los faros, y, en todas partes, frente a los majestuosos vertisqueros de Field, en el Long Reach, en el Sea Reach, en las Angosturas, etc., fué el servicio de avalizamiento y alumbrado de la costa, organizado por nuestra Marina de Guerra, lo que permitió que saliésemos airosos de ese viaje que antiguamente pasaba por ser uno de los más peligrosos y arriesgosos.

寒 寒

Es de noche, una de esas noches primaverales que envuelven la tierra en la tenue luz de las estrellas.—El viento duro del sur hace cabecear fuertemente nuestra nave y ha revuelto cuanto hay a bordo. Desde la toldilla no se ve más que el cielo y mar, mar revuelto, agitado, cuyas olas se deshacen en copos de blanca espuma... Nuestra ruta ha quedado marcada sobre las aguas negras por

una estela luminosa de brillantes fosforescencias mientras que la proa de nuestro barco, que corta las olas con su agudo espón, embarca torrente de agua que inundan la cubierta...

Se giría que vamos perdidos en la inmensidad del océano, que no tuviésemos más guía que el compás y el fulgor de las estrellas, de la Cruz del Sur y de las Tres Marías...

Pero, al caer la tarde alcanzamos a situarnos por la luz del faro de "Lengua de Vaca" y en este momento se avista el faro de "Isla Huevos", que está a siete millas de distancia de nuestro barco. Ya sabemos que estamos frente a Los Vilos, y que siguiendo nuestra ruta siempre al sur, mañana al amanecer volveremos a ver una vez más el faro de "Curaumilla" y el de "Punta Angéles", el viejo playanchino, ese faro cuya vetusta torre blanca coronada por fanal de cristales trae a mi memoria tantos y tan hermosos recuerdos de la niñez, de aquella etapa de la vida en que aún se ignora la amargura, el desengaño y la interminable lucha de la existencia...

En la mar, agosto de 1915.



La Historia de un



POR
PEDRO E. GIL -

Paletó Verde.

Con ilustraciones de Coke

No era propiamente "una prenda de lujo", como el de la canción española: pertenecía a la clase media de la indumentaria, y decía, por lo tanto, con la categoría social de su dueño, este servidor de ustedes.

Sobreviviente de un terno que un día saliera flamante de manos del hacedor (un sastre no puede aspirar a la mayúscula), había visto sucumbir a sus hermanos gemelos—el pantalón y el chaleco—en la vorágine del uso rabiosamente cotidiano, el uno roído en los talones, como una víctima de la envidia, y el otro huérfano de botonadura, con las sisas desgastadas por el roce con las axilas, y las comisuras de los bolsillos desjaretadas al peso de los pulgares, metidos allí en un gesto de suprema elegancia. Sólo el paletó había escapado a tan lamentable desastre... de sastería.

No libraba, la verdad sea dicha, completamente indemne, porque le reconocí lesiones internas de pronóstico reservado verbigracia, varias desgarraduras en el forro, que dejaban ver el reverso del paño, en nada parecido a la cara que miraba el público, lo que daba a mi pobrecilla prenda cierta desdolorosa semejanza con algunos políticos del día, igualmente de dos haces. Con todo, la fachada exterior le daba un cariz de juventud y solidez, de pegársela a cualquiera. Verdad es que languidecía un poco el tejido en la bocamanga derecha, a causa de mi manía de escribir; que el pligüe de las solapas se había relajado un tantico, por mi costumbre de llevar el vestón desabrochado, y que un ojo atento habría podido descubrir por allí una que otra mancha refractaria a toda la eficiencia depurativa del quillay o de la bencina. Pero no había más, y desde los comienzos de aquella primavera vehementísima, que era un verano anticipado, yo cubría euicamente mi busto con aquel paletó cuya vitalidad me asombraba, y al cual había dado por compañeros un pantalón gris a venas violáceas, y un chaleco

de piqué blanco que era una monada, todo lo cual formaba una trinidad vestimental de efecto deslumbrador.

Ya se habrá atinado con el color de mi paletó: era negro, de un negro tan peregrino, que todo superlativo carece de la fuerza de expresión necesaria para ponderarlo. ¿Diré, echando mano de un símil poco usado, que era negro como el ala del cuervo? ¿Diré que era más negro todavía que la conciencia de un prestamista al 60 por ciento y con intereses penales? Señores, era el negro ideal, el único capaz de dar el debido realce a la albura de un chaleco de pique y al dandysmo gris de un pantalón venéreo, es decir, a venas.

Estoy cierto de que a lo largo de aquella primavera tropical, no discurrió por las calles de Santiago un conjunto indumentario más armonioso ni más ajustado a las leyes del clarobsuro, que el que yo ofrecía sobre mi persona. Ahora, imaginad que completaban el equipo un par de zapatos bayos rebajados (aunque no de precio), y un sombrero de paja amarillo de una coquetería infinita, y os explicaréis cómo, durante muchas semanas, fué el objeto de la adoración de las mujeres y de la envidia de mis enemigos políticos.

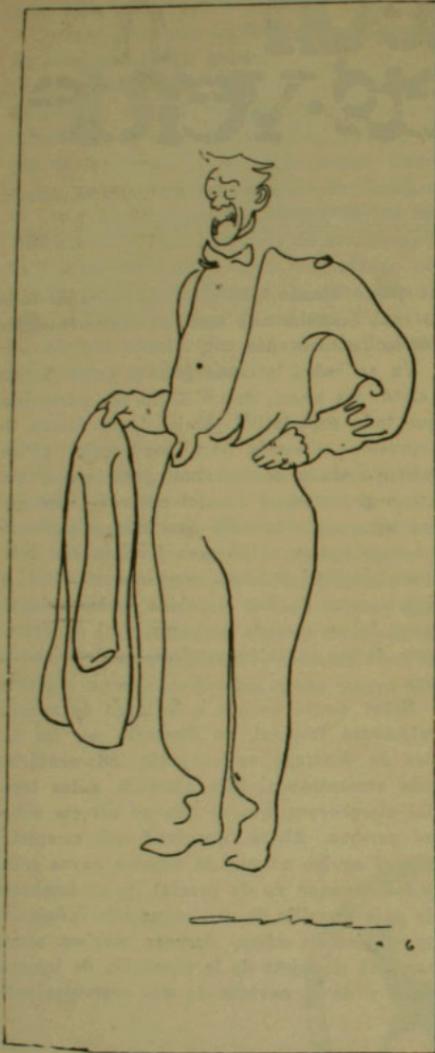
II

Sic transit gloria mundi... ¡Ay, y cómo es efímera la gloria del mundo!

Finaba noviembre entre los rigores de una temperatura tórrida, que parecía envolver a la tierra en llamaradas, cuando una mañana, después de someter mi paletó a la áspera caricia del cepillo, cambié de color... ¡El, mi paletó, estaba cambiando de color!

¿A qué obedecía tan espantable fenómeno?

A una ley fisiológica que así rige el curso



de los humanos organismos, como la vida inerte (¡perdonad lo antitético de la figura!) de las prendas de vestir: mi paletó envejecía. La acción del sol, de aquel encarnizado sol canicular, del aire, de algún lejano chubasco sorpresivo, y de otros agentes físicos incoercibles, le habían precipitado en una senectud precoz. Sus años, muy breves, no justificaban tan temprana ancianidad.

Sí, ahí estaba, brutal en su sencillez, la explicación lógica: mi paletó envejecía. Y a la manera que las primeras hebras plateadas, deslizándose traidoras por entre la negra ve-

getación capilar, anuncian la vejez en el hombre, el verde musgoso que al principio patina la superficie de su tejido, para penetrar después hasta la hilaza, es el signo de la vejez en todo vestido así negro como mi versátil paletó. Cada cual envejece a su modo.

¿Para qué decir que el pavoroso descubrimiento de aquella mañana me aturdió completamente? Y es que mi guardarropa no era —ni es—lo bastante copioso para que este malhadado acontecimiento no me produjera una seria inquietud. Tenía aún por delante muy cerca de cuatro meses de un verano abrasador, y, peor que eso, un situado en semi-falencia.

Claro es que hay trajes de color verde, y, aunque parezca mentira, gentes sensibles que los llevan, las cuales, al verlas, nos hacen pensar en un billar desolado o en una mesa de bacarat sin su clásico tapete. Sólo que va diferencia de un traje verde **per se**, a uno **per accidens**, y yo llegaba a imaginar que de echarme a la calle con mi paletó de un verde fortuito, iba a leer en todo traje nativamente verde, la advertencia sacramental estampada al sesgo en la cubierta de los específicos de ultramar: “¡Cuidado con las imitaciones!” No, mi dignidad me impedía aparecer como un vulgar imitador de cualquier artículo auténtico.

¿Qué hacer? ¿Cómo salir con buen éxito de esta grave contingencia?

Ante tamaño conflicto, hice como el jefe del Estado: cité a mi casa—porque no me atrevía a mostrarme en público—a una persona idónea, para solucionarlo. Así como así, tan crisis era aquella en que yo me encontraba envuelto, como las con que suele sorprender a S. E. la rotativa ministerial.

Mi consultor era un amigo de la infancia (lo que no quiere decir que perteneciese al Patronato), cuyos ingeniosos expedientes para encarar la vida me eran sobrado conocidos. Acedió presuroso.

Una vez que le expuse mi situación, le pedí su consejo.

—Pero, si es lo más sencillo, me dijo; mándalo “virar”.

—Ese es un recurso náutico que no cuadra aquí, donde se trata de un paletó y no de un caza-torpedero. Además, ¿no resultaría ignominioso el inevitable fruncido del bolsillo superior? ¡Un fruncido a la derecha!

—No se notará, si lo hacen a las derechas.

—Dejémosnos de retruécanos. ¿Qué otra idea se te ocurre?

—Enviarlo a la tintorería.

—También se me había ocurrido a mí, pero ¿voy a andar por la calle en mangas de camisa?

—¡Diablo! ¿No tiene más que ese?

—Por mi desgracia.

—Cómprate uno de alpaca. Son muy frescos.

—¡Ya estoy fresco!

—¿Cómo?

—Que no tengo chapa por el momento.

—No te hacía tan desplumado. Pero, la cosa te arreglo: mientras te lo tiñen, usas uno mío. También ha pasado por la tintorería, y eso te servirá para ponerte en "training". Voy a enviártelo. Te vendrá al pelo, porque acuérdate de que tenemos un mismo cuerpo.

—¿Estás seguro de que me lo dejarán completamente negro?

—¡Hombre, tienes tú unas ocurrencias!... Entonces, ¿para qué crees tú que sirve el campeche?

—Para hacer vino suelto.

—No sea gánapiro. El campeche es el rehabilitador de los trajes perdidos. Todo lo vuelve negro como una pasadilla; es el Edgard Poe de los colorantes. Es un agente en el que se puede tener plena confianza. Ya ves tú: de campeche viene lo de campechano, que se aplica a las gentes sencillas. ¿Puede ser más digno de que se le otorgue la mayor confianza? Ea, mándale al tintorero tu camaleón de guardarropía, que él te lo devolverá más negro que un zulú de buena familia.

—Pero, oye: ¿y si el género encoge? ¿Si las mangas me resultan después estrechas?

—¿Y eso te preocupa? Mejor que mejor: un hombre honrado no debe tener nunca la manga muy ancha. Bueno, me voy a casa; de allí te enviaré mi paletó con el muchacho.

—¿Por qué no haces el favor de llevarte el mío, y de paso dejarle en la tintorería? Así ganaremos tiempo. ¿No queda alguna en el trayecto?

—Cabalmente, hay una: la que me tiene entre sus clientes. A ver, tráete acá el dicho paletó y haremos un paquete.

Fuí en su busca, porque un sentimiento de vergüenza me había hecho ocultarlo en un cuartito interior. En su defecto, me cubría

con un viejo gabán en retiro, pesado como un texto de moral.

Se lo dí a mi amigo, que lo extendió con ambas manos levantándolo a la altura de los ojos.

—Sí... Está en el principio de la decoloración, y todavía de buen ver... Pero lo mejor es atajar el mal en sus comienzos.

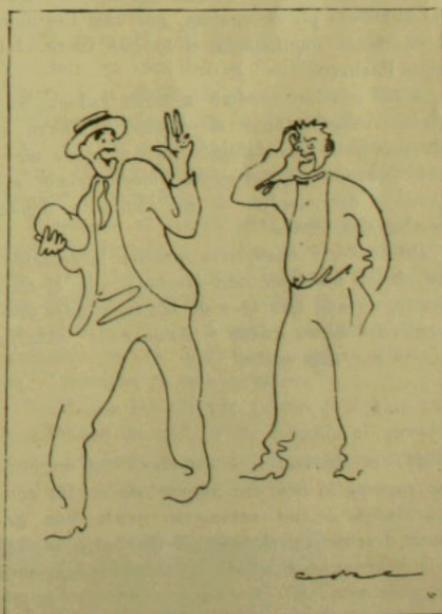
Con la rapidez de un prestidigitador, hizo del paletó un ovillo y lo envolvió en un periódico. Comprimido así, aquél no presentaba más bulto que si se hubiese tratado de un par de calcetines. Mi amigo era maestro en líos.

Se dispuso a salir.

—Me largo. Dentro de un cuarto de hora tendrás aquí el sustituto, mientras el titular se da un baño de campeche que le devuelva su primitiva tez.

Y se marchó con el envoltorio bajo el brazo.

Respiré como si se me hubiese quitado un peso de encima, impresión a la cual contribuyó tal vez no poco el haberme despojado, en cuanto me vi solo, del veterano "pardessus", que me abrazaba como la túnica de Neso. Y a cuerpo gentil pasé toda aquella calurosísima tarde estival esperando al mensajero de Pacheco (he olvidado decir que





mi amigo se llamaba Pacheco), que no asomé las narices por mis penates ni por casualidad. Sin duda, mi amigo había tenido ocupaciones urgentes y ellas le impidieron cumplir oportunamente con su promesa. Después de todo, una tarde como aquella, pasada en mangas de camisa y bajo techado, mientras los transeuntes se achicharraban al sol, representaba una tal suma de placer egoísta, que casi llegué a bendecir la negligencia, o lo que fuera, del gran Pacheco.

A las oraciones, como la tarde hubiera refrescado algún tanto, me endosé de nuevo, y sin escrúpulos, el jubilado gabán, y me marché a comer al restaurant modestísimo, situado a dos cuadras de mi domicilio, donde estaba arranchado.

De noche, y cualquiera que sea la estación, un abrigo no desentona jamás, y, por el contrario, da una alta idea de las facultades preventivas de su dueño. ¡Anda cada catarro suelto por esas calles!...

III

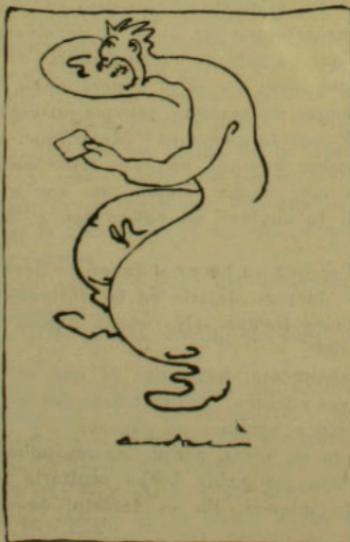
Al día siguiente, el cañonazo del meridiano repercutió con eco angustioso en las cavidades de mi estómago: tenía una gazuza descomunal. Levantado con el alba, había preparado al anafe mi somero desayuno, y puéstome, una vez despachado, a aguardar de nuevo, leyendo un diario matutino, la visita del enviado de Pacheco.

¿Que si quieres? No le vi el pelo en toda la mañana, y a las doce, presa de una hambre canina, me colmaba a mí mismo de vituperios: ¿Por qué la noche anterior no había encargado en el restaurant que me mandasen el almuerzo a casa? Debí dar por descontada otra probable defección del mensajero de Pacheco, y, en consecuencia, suponerme saliendo a la calle al medio día, bajo un sol clavado en el cenit, haciendo la figura lastimosamente ridículo de un hombre que suda a chorros dentro de un capotón digno de un explorador del polo.

Procediendo como debí haberlo hecho, habría aprovechado al chico del portaviandas para enviarle a casa de Pacheco a averiguar el motivo de su falta de palabra, como lo había hecho el día precedente para hacerle venir. Yo viví entonces solo como un asceta, y en las raras ocasiones en que se me dificultaba la gestión personal, apelaba a estos corredores menudos, contratados de lance anticipadamente, o al cruzar delante de mi puerta, cuando se trataba de un caso inopinado.

A todo esto, mi apetito tomaba cuerpo, y amenazaba trastornarme la cabeza, como la cólera del pueblo hace vacilar al Gobierno cuando aquel se siente hambreado. ¿Y qué otra cosa es el cerebro en el organismo humano sino la clase de dirigente, ni qué el estómago sino el elemento popular?

No titubée: me eché de nuevo encima el



odioso gabán,—sí, ya me era odioso, como si él hubiese desencadenado sobre mí toda aquella racha de vicisitudes,—y me lancé puerta afuera, camino del restaurant. Un par de cuadras se salvan rápidamente, y a esa hora —hora de yantar para todo el mundo—era problemático el encuentro con algún amigo. Y en el modesto establecimiento a que me dirigía, fuera de que comía aparte de la sala común, no podía temer de la humilde clientela que lo frecuentaba—obreros, cocheros de punto, operarias de una fábrica de tejidos cercana, boyeros de la vecina comuna rural—comentarios susurrados al oído o risitas irónicas, que mi heteróclito indumento no habría dejado de provocar en personas de las llamadas “decentes”.

En la calle se experimentaban los efectos de un temperatura capaz de hacer estallar el tubo de los termómetros. Al finalizar la primera cuadra, ¡paf!, un sujeto que toreía la esquina en sentido opuesto al mío, me dió un testarazo en el pecho que estuvo a pique de hacerme perder el equilibrio.

—¡Cómo!... ¡Rubiales, Salustio Rubiales! ¿De veras, eres tú, hijo mío? Pero, hombre, ¡qué facha más divertida!

Y el grandísimo animal se echó a reír a carcajadas.

—¡Salustio, por los dioses inmortales!—exclamó cuando hubo dejado de reír;—¿qué santo te ha echado encima esa frazada?

No quise acalorarme más de lo que ya estaba, y le contesté, tratando de dar forma plausible a un acceso de tos, que al fin me resultó un fracaso:

—¡Ejem!... Ya ves tío, un resfrío atroz... ¡Ejem!... Fíate tú de estos días!... Parece que todo se pudiera esperar de ellos... ¡ejem!... menos un catarro... Pero a lo mejor, un descuido, ¡zas! te descompagina de alto abajo... ¡Ejem!... ¡ejem!...

¿Se tragó esta patraña el cazurro de Espineta? Creo, por el contrario, que hacía esfuerzos por contener la risa, que de nuevo le retozaba en el cuerpo. Me alargó su diestra, finamente enguantada:

—Adios, chico, y que el gabán, digo, que el romadizo te sea ligero.

Se marchó a pasitos cortos, mientras yo, furioso con Pacheco, con su fámulo, conmigo mismo y con el lucero del alba, echaba a correr como un desatado en demanda del restaurant.

IV

—¿Qué hay?—pregunté ansiosamente al rapaz del portaviandas aquella misma tarde, al verle entrar en mi habitación de vuelta de la casa de Pacheco, a quien le llevara un recado mío. ¿Qué hay? ¿Estaba el caballero?

—Sí, señor, y me ha dado esta carta para usted.

—Pero, ¿no te ha entregado ningún paquete?

—No, señor; nada más que la carta.

Rompí nerviosamente la cubierta, y me encontré con una esquila de Pacheco. Decía así:

“Mi bravo Salustio, excusa la demora, pero como supuse que el boleto no te correría prisa, no te lo había enviado antes. Lo encontrarás junto con ésta. En cuanto al paletó, el mío, no te lo puedo mandar porque ayer mismo he tenido que regalárselo a mi primo, que anda poco menos que en cueros.

Tu amigo que te quiere.

Pacheco.”

¡El demonio era este Pacheco! ¿De modo que todo su concurso se limitaba a llevar mi paletó a la tintorería y a hacerme llegar el correspondiente boleto o contraseña? En fin, ya todo era cuestión de pegarme una encestada de una semana, o poco más. ¿Qué remedio? Esperaría.

Desplegué el boleto para enterarme de la fecha de entrega... y con la vista extraviada por el terror, alcancé a leer: “Montepío La Estrella Matutina... Salustio Rubiales... un paletó viejo, de casimir... cuatro pesos... avaluado por las partes en cuatro veinticinco... término de seis meses...”

Sentí que las piernas se me doblaban, que una ráfaga de vértigo me invadía el cerebro, y caí desplomado sobre el granuja del restaurant, que escapó dando alaridos...



Zapallar

Con ilustraciones fotográficas



Bella y romántica rada,
de cielo y mar siempre azules,
donde el alma enamorada
mira la dicha entre tules
de una esperanza soñada.

Tiñe Febo tu alborada
de rosa y la niebla esfuma;
y la onda alborozada
viste su encaje de espuma
sutil y tornasolada.

Lo flora de tu colina
despierta con sus fulgores:
la avecilla matutina
canta su endecha de amores
a la luz que la fascina.



De la onda sube a la fuente
blanda brisa, cariñosa,
revoloteando sonriente,
y, entre la malva y la rosa
se embalsama, dulceemcate.

Y allí en el fondo, a lo lejos,
cual emblema del que fué,
verdean árboles viejos,
brotando helechos al pie
de sus blancos barbillejos.

Tu playa de áureas arenas
donde besan, ya rendidas
breves plantas de azucenas
las ondas embravecidas
en tus mañanas serenas:

En ella anidan doquiera,
gorjeando, blancos querubes;
efluvios de primavera,
lamos de un cielo sin nubes,
dicha fugaz y hechicera.

Allí, extasiado, el amante
sus ojos, ansia irradiando
en su marchito semblante,
sus cuitas va confesando
con emoción palpitante.

Y el cuadro ideal ornando,
los aromos y los pinos
su ladera perfumando,
la ascensión de peregrinos
felices van contemplando.

Tu "Mar brava" en la que Apeles
matizara su paleta
colgando, en pos, sus pinceles;
que quien la mire es poeta
coronado de laureles.

Y ese chocar giganteo
de la onda en la ruda peña
retratando, en su apogeo,
en una tarde risueña
el batallar del deseo.

El sol que muere, irisando
el cielo, el mar, la montaña,
todo su ardor derramando;
y el palacio y la cabaña
de tibia luz inundando.

¡Salve! mi playa encantadora,
de cielo y mar siempre azules,
donde el alma enamorada
mira la dicha entre tules
de una esperanza soñada.

ARTURO REYES OVALLE.

Diciembre de 1915.



FALSO MARIDO

Novela de Jack Steele. Versión castellana de Ramondriag

Resumen anterior.—Un joven abogado, criminalista de Londres, Jerold Garrison, recibe un día la visita de una hermosa joven, que dice llamarse Mrs. Fairfax. La joven por nombre Dorotea, viene a pedirle un servicio extraordinario, y ruega al criminalista que se haga pasar por su marido durante un tiempo. Se trata sólo, le asegura ella, de un negocio que será bien retribuido. Garrison vacila ante la extraña demanda, pide algunas explicaciones que ella rehúsa, pero por fin accede subyugado por la extraordinaria belleza de la joven.

Poco después es presentado como marido por la joven a unos tíos de ésta, los señores Robinson, que le recibe con manifiesta hostilidad, acusándole de haber hecho un matrimonio por interés. Comprende entonces Garrison que se juega allí un papel de intereses, y que el matrimonio de Dorotea les perjudicaba en tal concepto a los Robinson.

Disgustado por el frío recibimiento que le hacen los tíos Robinson y el hijo de éstos, Teodoro, se retira Garrison. En el momento de marcharse le confía Dorotea un paquetito con dos vallosísimos collares para que se los guarde, hecho que intriga al joven sobremanera.

Otro negocio no menos interesante se le presenta al joven criminalista. Una Compañía de Seguros le encomienda las pesquisas para averiguar la muerte misteriosa de su asegurado John Hardy, acaecida en Benga, cerca de Hestford. Comienza al punto Garrison esa investigación y descubre en el lugar del suceso un cigarro, que previamente envenenado con cianuro de potasio había causado la muerte de Hardy. ¿Quién regaló los cigarros? Garrison descubre que fué una sobrina del interfecto, la propia Dorotea, Mrs. Fairfax, por cuyo marido se está haciendo pasar él mismo. Todo acusa a la joven. Ella debía heredar de su tío, a condición de estar casada, y eso en perjuicio de los Robinson. Pero él se resiste a creerla culpable. Se lleva el cigarro, como pieza de convicción, y vuelve a Londres.

Va a ver a la joven y decide salir de dudas. Para el efecto le comunica que se ha encargado de esclarecer el asunto Hardy, quien parece fué asesinado. Al oír esto Dorotea se desmaya.

Con ilustraciones

Soy yo el que a nombre tuyo, Dorotea, he teleografiado a este que se dice tu marido, ayer tarde, un telegrama de un agente de mi hijo Teodoro, que seguía los pasos del señor (y apuntó a Jerold) me anunció que su nombre no era Fairfax sino Garrison. He querido poner cuanto antes en claro este asunto, y fingí ese telegrama para tener aquí al señor Garrison (pronunció el nombre con fuerza) y pedirle explicaciones. ¿Por qué razón oculta su verdadera nombre? Ya dije a Ud., añadió el viejo en un arrebato de ira concentrada, que no consentiré que la fortuna de mi hermano y menos aún la casa en que estamos vaya a poder de un extraño.

—¿Y es para esto para lo que manda Ud. un ladrón tras de mis pasos? gritó Garrison a su vez indignado.

—Yo defiendo mis derechos como me place, replicó el irracible Robinson fuera de sí. Si Ud. cree que va a despojarme de una herencia que me corresponde, al menos en parte, se equivoca Ud.

—Y Ud. también se equivoca si piensa que yo he de seguir tolerando su modo de hablar y de obrar. Y basta por ahora. Hágame Ud. el favor de dejarme solo con Dorotea.

Iba el viejo a lanzarse sobre Jerold; pero

Teodoro que había adontado hasta entonces un tono jocosos, que contrastaba con el de su padre, se interpuso.

—¿A qué viene irritarse? Preferible es explicarse. ¿No hay remedio de entendernos? Entonces nos retiramos, papá.

El viejo se calmó y obedeció a su hijo.

Garrison cerró la puerta.

Dorotea le miraba confundida.

—¿Qué significa esto? preguntó ella en voz baja. ¿Han descubierto efectivamente la verdad?

—Creo que se la suponen.

—Esto va a hacer aún más difícil su cometido; pero, añadió con voz que traicionaba su sobresalto, no creo que piense Ud. en abandonarme.

—Prometo a Ud. no hacerlo. Además, sería demasiado tarde. Sólo que en adelante cuando tenga Ud. que telegrafiarle firme con otro nombre, Jeroldina, por ejemplo; así tendré yo la seguridad que es Ud. la que telegrafía. Ahora, yo quisiera tener con Ud. algunas explicaciones, porque no es posible que yo siga siempre caminando a ojos vendados. Dexe luego comprendo la situación de su tío, (y miraba a la joven fijamente como el juez al criminal para sorprender sus menores movimientos): los Robinson conta-

ban con una herencia de que les priva el matrimonio de Ud. ¿No es esto de lo que se trata?

—Sí, susurró apenas la joven.

—¡Ah! ¿Y podría yo saber de quién hereda Ud.?

La mirada de Jerold se hizo aún más penetrante.

—Suplico a Ud. que no me pregunta más. Tenga confianza en mí un poco más. ¿Tendrá Ud. probablemente necesidad de volver a Hertford por sus asuntos?

El resolvió tentar sin dilación la última prueba.

—Sí, contestó, es un misterioso asunto el que me lleva allá. Trátase de un tal John Hardy, a quien se encontró muerto en circunstancias extrañas.

Invadió a Dorotea una palidez mortal, temblaron sus labios y las palabras se abogaron en su garganta. Tras un supremo esfuerzo preguntó:

—¿Qué circunstancias? ¿Qué es lo que Ud. supone?

—Tengo la convicción, replicó fríamente Garrison, que ese Mr. Hardy fué asesinado.

Dorotea no lanzó ni un solo grito. Cerráronse sus ojos y se desmayó. El la cogió al punto entre sus brazos y la sujetó contra su pecho.

—Dorotea, Dorotea, gritó, perdóname.

Pero la joven desvanecida, permaneció sorda a su ruego.

Una pieza de convicción que desaparece

Garrison colocó a la joven con infinitas precauciones sobre un sofá del salón y se puso en busca de agua fresca.

No podía llamar a los Robinson y por otra parte desconocía la distribución de la casa. Por fortuna se fijó en que sobre una mesita de centro había en un vaso un ramillete de rosas; retiró las flores y roció con el agua del vaso las sienas de Dorotea.

—Perdón, Dorotea, repitió el joven dulcemente.

Pero pasaron aún más de cinco minutos hasta que la joven volvió de su desmayo. Entonces fué a la ventana y la abrió de par en par.

La frescura del agua y el aire que penetró del exterior concluyeron por reanimar a Dorotea. Hizo algunos ligeros movimientos, volvió la cabeza y entreabrió los ojos.

—Es imposible que permanezca Ud. aquí, dijo con una energía que Garrison estaba muy lejos de esperar. Le suplico que se vaya cuanto antes.

—¿Y cómo voy a dejarla así? Indudablemente tendrá Ud. necesidad de mí. ¿No hay nada que pueda yo hacer en obsequio suyo?

—Nada por ahora. Lo esencial es que se vaya. No se detenga Ud., se lo suplico.

Si bien Jerold tenía vivos deseos de entrar en explicaciones que disiparan sus dudas, comprendió que Dorotea no estaba en disposición de sufrir interrogatorios.

—Obedezco. Pero, ¿y cuándo volveré a ver a Ud.? Espero que...

No acabó la frase.

—Hoy por hoy no sé más que una cosa, no le pido más una cosa. Máchese.

Y cayó agotada sobre los cojines.

Jerold se veía presa de encontrados sentimientos. No poseía, ni mucho menos, la prueba de la inocencia de Dorotea, y no obstante le atraía hacia la joven una irresistible simpatía y habría querido permanecer a su lado.

—Adiós, le dijo, muy turbado, estrechándole la mano. No olvide Ud. que suceda lo que suceda soy su amigo y su protector.

Apenas si Dorotea pudo pronunciar la palabra "gracias".

Garrison salió sigilosamente del salón, para que no se enterasen los Robinson; bajó la escalera y se fué.

El hombre que seguía los pasos, echó a andar tras él; pero esta vez se fijó en él Garrison, aunque se mostró indiferente, hondamente preocupado como estaba por los últimos acontecimientos.

¿Qué debía pensar del desmayo de Dorotea? ¿Debería de interpretarlo como señal de culpabilidad. O conocería ella tal vez al criminal y temería fuese descubierta?

De todos modos ya no se sentía Garrison con fuerzas para proseguir su pesquisa por cuenta de "La Inmutable", comprometiéndose tal vez a la joven, por quien comenzaba a sentir vivo afecto más que de amigo. Así pues después de dejar en seguro en las cajas de un banco, los collares entregados a su custodia, resolvió dirigirse a las oficinas de la Compañía de Seguros.

Diría por el pronto que aún no estaban ultimadas sus pesquisas, que necesitaba más datos, que creía en una muerte natural. Más tarde, cuando tuviese las pruebas de que Dorotea era un sér hipócrita y peligroso bajo apariencias de candor, y que no era digna del amor que le había inspirado su belleza, sería tiempo de acudir a la justicia.

Seguido siempre por su sombra, y no viendo por el momento ningún inconveniente en que esta le siguiese, encaminóse a la estación del ferrocarril más próxima, y tomó el tren subterráneo para la Cite.

Llegó a "La Inmutable" precisamente en el momento que Wieks se disponía a salir.

Siempre nervioso y huraño el hombrecito de rostro enjuto tomó un aire más sonriente, pero también más sardónico que nunca.

—¡Y bien! le dijo a Garrison, ¿qué noticias me trae Ud.?

—Poca cosa aún, dijo el joven sonrojándose ante la mentira. Me inclino a creer que no se ha equivocado el magistrado que dió el dictamen de muerte natural. Nada se ha encontrado sobre el cadáver, que yo sepa, que haga sospechar un asesinato.

—Si John Hardy hubiese sido asesinado, preguntó Mr. Wieks, ¿de qué modo podría haberse cometido el crimen?

—Únicamente por el veneno.

—¿Tiene Ud. sospechas de Carlos Scott?

—Juzgo a este señor un poco "tocado", pero de ningún modo un criminal. A decir verdad, él estuvo sólo unos momentos en el cuarto de Hardy la noche antes de morir éste.

—¿Hum! ¿Habrá Ud. examinado los objetos que pertenecían al difunto. ¿Qué objetos son esos?

Nombrólos Garrison sin olvidar los cigarrros, aunque sin especificar que había descubierto dos envenenados.

—Y dado caso que Hardy hubiese sido envenenado, continuó Wieks lanzando sobre Garrison una mirada terrible, ¿no supone Ud. en qué forma se le haya administrado el veneno?

—No, contestó Garrison un tanto confundido; tal vez los cigarrros...

—Mucha importancia parece que da Ud. a esos cigarrros, interrumpió Wieks con tono agresivo... Pero, añadió, tengo que irme. Tome su sombrero y vámonos juntos; en el camino me acabará Ud. de contar.

Dejaron las oficinas de "La Inmutable" y se dirigieron a la primera estación del ferrocarril subterráneo. El tren estaba atestado de viajeros. Garrison y Wieks tuvieron que quedarse de pie y no pocas veces durante el trayecto los vaivenes del vagón los empujaron el uno contra el otro. Wieks que escuchaba atentamente las embarazosas explicaciones de Jerald se agarraba tan pronto a las correas colgantes del coche, como se aseguraba apoyándose en el hombro de su interlocutor.

—Bien. Prosiga Ud. sus pesquisas y córnelas con el éxito, dijo Wieks en el momento que el tren se detenía en la estación de Chancery-Lane. No descansa Ud. hasta que todo quede bien claro; es todo lo que tengo que recomendarle. Dicho esto, con la brusquedad en él característica, saltó al andén y se perdió entre la multitud.

Ya en la calle encontráse Garrison indeciso y desorientado, sin saber qué partido tomar.

Maquinalmente llevóse la mano al bolsillo en que guardaba el cigarro envenenado. Sobresaltóse y registró inútilmente todos sus bolsillos.

El cigarro había desaparecido

Una cita en el Parque

No pudiendo dar crédito a sus sentidos, Garrison se apoyó contra una pared y ai-



Dorotea no lanzó ni un sólo grito. Cerráronse sus ojos y se desmayó.

guió de nuevo registrando sus bolsillos detenidamente. Todo su pensamiento, estaba concentrado en el cigarro. ¿Cómo se le había desvanecido? De pronto como un relámpago pasó una idea por su imaginación. En el momento que se desmayaba Dorotea, ella se había inclinado hacia adelante, yendo a dar contra su pecho. ¿No aprovecharía aquel momento para meterle la mano en el chaleco y quitarle el cigarro?

Ella estaba al tanto de su visita a Hertford; las preguntas que él le hizo pudieron haber hecho nacer sus sospechas, máxime

cuando el cigarro estaba a su vista. En el primer momento experimentó Jerold un cambio de completos sentimientos hacia la joven.

Ningún hombre gusta de ser burlado como un imbecil, y a más de eso había el desagrado de la propia falta. Ahora, por culpa suya habíase perdido aquella hermosa pieza de convicción, que hubiera sido de importancia capital en el asunto Hardy; reprochábale pues su ligereza.

Pero, después representóse a su imaginación la encantadora imagen de Dorotea. El cigarro, después de todo, bien podía habersele perdido en el trayecto del tren subterráneo que acababa de hacer.

Comenzaba a atardecer; pensativo y cabizbajo dirigióse a un restaurant que él solía frecuentar. En el camino notó que el hombre que le seguía había perdido sus huellas.

Comió sin dejar de pensar en Dorotea. Ardía en deseos de saber lo que había pasado después de su visita. Vinole de repente la idea de telefonarle. De este modo tendría noticias inmediatamente.

Fuése pues al aparato del restaurant y llamó pidiendo comunicación con la casa de Dorotea, ya que ésta le había indicado el número de abono.

Al cabo de algunos momentos se dejó oír un débil "Aló".

—¡Aló! ¿Con quién hablo? ¡Hablo con Mrs. Fairfax!

—Sí, la misma.

Garrison sintió latirle el corazón.

—Soy yo, Jerold. No he podido resistir al deseo de saber de Ud. Tuve tanta pena al dejarla en ese estado!...

—Gracias, dijo la voz, dulcemente. Ya estoy bien, completamente bien. Ha sido una suerte que haya Ud. llamado; porque yo necesito verle pero no aquí, en otra parte. ¿Dónde está Ud.?

—En el West End. ¿Dónde puedo verla?

—En Hyde Park, en la plazoleta Grass-venor, frente a la entrada.

—Allá estoy al momento, respondió Garrison. Si sale Ud. de casa en un cuarto de hora más llegaremos a un tiempo. Sobre todo procure no la espíen. Adiós.

Esperó respuesta, pero en balde. Habían quitado la comunicación.

Partió al momento y atravesó el parque con paso rápido. Experimentaba una alegría, una satisfacción loca. La sola idea de que iba a encontrarse a solas con Dorotea en aquella noche tibia y perfumada aceleraba los latidos de su pecho.

Llegado al sitio convenido, se puso a vigilar la entrada del parque. La obscuridad era completa, pero a la luz fugitiva de los

automóviles que cruzaban por las grandes avenidas, podían distinguirse algunos paseantes sentados en los bancos de la plazoleta. Transeurrieron veinte minutos. Comenzaron a caer gruesos goterones. El efecto fué instantáneo. Desalojéronse los bancos y saliendo de todas partes por entre el follaje de las arboledas, corrían grupos y parejas en busca de un lugar cubierto.

Garrison maldijo aquel chaparrón intempestivo. ¿Vendría así Dorotea? Continuó escudriñando la puerta del parque con ansiedad. Pronto a la inquietud substituyó la esperanza. La lluvia fué corta por fortuna; la joven no tardaría en llegar.

De pronto distinguió Jerold junto a un banco una silueta, que le pareció ser de Dorotea. Iba a dirigirse a ella, cuando saliendo de detrás de un grueso tronco, se precipitó sobre él un hombre con un garrote formidable en la mano. Antes de darse cuenta de nada recibió un palo enorme en la cabeza, y cayó. Un segundo golpe le hizo perder el conocimiento. Entonces el personaje que él tomó por Dorotea aproximóse con un paso que nada tenía de femenino. El agresor y el recién llegado no cambiaron ni una sola palabra; se apoderaron del cuerpo de Jerold, lleváronlo hasta una espesura y le registraron los bolsillos. Después de esto entregáronse en la obscuridad a una misteriosa y siniestra tarea, prendieron un fósforo, ocultando cuidadosamente la llama entre las manos y salieron del parque perdiéndose entre las sombras.

Un lazo de muerte

Un sordo trueno a lo lejos anunció una nueva tormenta. Momentos después rasgó las nubes un relámpago, estalló el rayo y precipitose sobre el parque un diluvio torrencial. El diluvio duró a lo más cinco minutos, después se apaciguó y continuó cayendo una llovizna fría y persistente.

El agua que le azotaba el rostro y el aire frío de la atmósfera reanimaron poco a poco a Garrison.

Pasó sin embargo más de media hora antes de volver en sí. Tenía la ropa empapada, se sentía en extremo débil y sacudía su cuerpo grandes convulsiones. No podía darse cuenta de dónde estaba. Pero poco a poco la claridad fué iluminando su cerebro.

Dorotea! El recuerdo de ella fué lo primero que acudió a su mente, y después el de la agresión de que acababa de ser víctima; todavía no recordaba todos los detalles del suceso. Al propio tiempo sintió en la nuca un dolor agudo y atrás, en la espalda, junto al cuello notó la incomodidad de

un cuerpo duro, alguna piedra, sin duda, sobre la que estaba tendido.

Pronto tuvo conciencia plena de cuanto le haba ocurrido y despertó en él la energía. A duras penas, tan agotado estaba, se incorporó, se puso de rodillas y luego de pie tambaleándose como un borracho. Por último, con paso inseguro caminó hasta un árbol, y se apoyó contra el tronco.

Examinó la herida, que afortunadamente era sólo superficial, y registró los bolsillos; el reloj y la cartera estaban en su sitio. Pero en aquel momento apercibióse de que en el bolsillo de atrás de su chaquet había un objeto muy pesado. Metió la mano intrigado y sacó un objeto duro y frío.

Hacia unos instantes que la luna había logrado rasgar los espesos celajes de una nube, y brillaba en el cielo solemne y majestuoso. A la luz de sus rayos vió Garrison que el objeto era de metal. De forma cilíndrica y que a él iba adherida una cuerda. Siguió examinando y estremeciéndose de repente. ¡Era una bomba! ¡Una bomba! ¡La cuerda que pendía no era más que la mecha! Uno de sus extremos estaba chamuscado; había sido prendida, pero la lluvia la había apagado.

A la tempestad debía pues su vida.

Entretanto la mente de Garrison había recobrado su lucidez completa, y una dolorosa certidumbre venía a herirle profundamente. Dorotea, temiendo las consecuencias de sus recientes averiguaciones, en el asunto Hardy le había dado aquella cita en el parque para tenderle un lazo, en que había de perecer de modo terrible.

La cólera que se posesionó de él al recordar esto le ayudó a recuperar sus fuerzas. Enrolló la mecha en la bomba, ya ino-



—;Y bien!—le dijo a Garrison,—¿qué noticias me trae usted?

fensiva y la guardó en el bolsillo, sacó el reloj y vió que eran las diez. Después, con una resolución enérgica decidió ir en el acto a casa de Dorotea

Un buen descubrimiento

Calado hasta los huesos llegó hasta la casa de la calle Albert y observó durante unos instantes la fachada. Las ventanas estaban cerradas; ni un rayo de luz se filtraba; la casa parecía inhabitada. Subió la

escalera y llamó. Pasó un minuto. Nadie. Llamó por segunda vez. Nadie tampoco. Después del tercer campanillazo se oyó un ruido de pasos; descorrióse la cadena de seguridad y con la lámpara en la mano entreabrió la puerta una anciana a quien hábale presentado Dorotea, la primera vez que estuvo él allí, como una antigua sirvienta de confianza.

—Es muy tarde. Vengo a darle una sorpresa a mi mujer, dijo Garrison.

—Pero, señor, respondió la mujer, la señora ha partido hace una hora en automóvil, con los señores Robinson y su hijo Teodoro y no han dicho donde iban ni cuándo volvían.

Garrison quedóse un instante sorprendido. Después de todo era cosa muy natural aquella huida, si Dorotea era culpable. Lo único que quedaba por hacer era averiguar todos los datos posibles.

—¿Que marchó hace una hora? repitió él. ¿Fue muy apurado el viaje?

—No sé nada, señor; Mr. Teodoro dijo que estaba enferma y que había que llevarla al campo.

—¿Cuánto siento no haber llegado antes! dijo Garrison.

Ocurriósele de pronto una idea atrevida, que resolvió poner en práctica.

—¿Está lista mi habitación? preguntó. ¿O podría Ud. si no prepararla?

—Todo está dispuesto, señor, pues así lo tenía ordenado la señora.

—Entonces dormiré aquí esta noche, dijo Garrison decidido a entrar en la casa y hacer una pesquisa en regla.

—Puede Ud. irse a acostar. Yo iré solo a mi habitación.

Subió la escalera resueltamente como quien está en su casa, entró al salón, dió vuelta la llave de la luz y esperó que la criada se retirase a su cuarto del sótano.

El salón no presentaba nada de anormal y a primera vista el cuarto de Dorotea tampoco. Todo tenía allí la marca de un gusto delicado. El encanto de la joven se percibía hasta en los más mínimos detalles en aquel nido que ella se había fabricado.

Garrison sorprendióse sobre manera al abrir los cajones de la cómoda y el ropero; todo estaba revuelto. Aquel desorden era revelador. Era indudable que alguien había andado allí precipitadamente y que ese alguien no era Dorotea.

Pasó después a las habitaciones de los Robinson. En la del tío no descubrió nada interesante más que un Tratado sobre Testamentos y otra obra sobre Nulidad de testamentos. La pieza de Teodoro sobresalía por su espantoso desorden. Garrison la examinó minuciosamente sin resultado ninguno.

Contigua había una segunda pieza, cuya puerta abrió, era una pieza de toilette que hacía a la vez de ropero. Jerold hizo girar el botón eléctrico y el cuarto se inundó de luz. Lo primero que vieron sus ojos fué un envoltorio enearnado, un lío de ropa que estaba tirado en medio de la pieza. Se acercó a verlo. Era un traje de malla, el traje de Mefistófeles que misteriosamente había visto llevar al joven Robinson.

Jerold continuó examinando una serie de trajes colgados a lo largo de la pared. De pronto sus manos tropezaron con un objeto duro. Lanzó una exclamación de sorpresa. Oculto entre las ropas había un teléfono portátil, de los que usan los empleados para probar una línea, y estaba adosado a la pared.

Era un receptor especial que Teodoro tenía en comunicación con el teléfono oficial de la casa y gracias al cual podía sorprender el secreto de toda conversación cambiada por aquellos hilos.

Indudablemente el joven Robinson había de aquella manera interceptado su última conversación con Dorotea, en la que le dió la cita en el parque. Aquel descubrimiento trajo un poco de calma y alegría al espíritu de Garrison. Todas las suposiciones que había hecho en contra de Dorotea se desvanecieron y una esperanza se albergó consoladora en su corazón.

En busca de Dorotea

Faltaba explicarse la brusca partida de Dorotea.

No cabía más que una hipótesis: los Robinson se la habían llevado. ¿No eran de ello prueba evidente las precauciones tomadas por Teodoro para que su prima no hablase con la vieja sirvienta? Pero, ¿y dónde habían llevado los miserables a Dorotea?

Hojeando el tratado de los testamentos olvidados por el tío Robinson, descubrió Jerold entre dos páginas una postal dirigida a William Robinson. Esg. 16, Avenida Myrtle en Westliff (Southern Sea). Probablemente sería aquel el domicilio ordinario de los Robinson. Garrison resolvió marchar allá al día siguiente.

Muy de mañana volvió a su casa de la plaza Russel. El espía de los Robinson fue a su consigna esperaba en la calle, frente a la casa. Garrison lo reconoció y admiróse de su constancia.

Tres cartas tenía en su casa. Sin tiempo de leerlas las metió en el bolsillo. La bomba que conservaba aún en uno de sus bolsillos en el faldón del chaquet, ocultóla en su cuarto entre un montón de zapatos usados.

Previendo que su profesión le obligaría

más de una vez a disfrazarse, poseía Garrison una colección completa de disfraces y postizos de todo género. Púsose un traje muy viejo y desfiguró el rostro. Del labio superior caía un largo bigote, parecía un pobre viejo, cargado de espaldas.

Unos guantes viejos en las manos y un libro bajo el brazo le daban un aspecto de comerciante en libros viejos.

Provisto de una buena suma de dinero, y un buen revólver salió pasando por las narices del espía sin ser de éste reconocido. Después alquiló un taxi-auto cerrado y se hizo conducir a Westliff. Llegado allá mandó parar el auto en el ángulo de una calle que daba a la avenida Myrtle y siguiendo en su papel de tratante en libros, bajó la cabeza y arrastrando una pierna llegó al número 16.

Era una casita modesta rodeada de un jardín. Las ventanas estaban todas con persianas corridas y no se notaba al interior señales de vida.

Garrison empujó la reja del jardín, y llamó a la puerta de la casita. Nadie respondió. Sólo al tercer aldabonazo apareció por la rendija de la puerta, que se entreabrió, la cara macilenta del tío Robinson.

—¿Qué desea usted? preguntó.

—Soy vendedor de libros y vengo a ofrecerle una verdadera ganga, dijo desfigurando la voz.

—No necesito ninguna cosa, respondió el viejo. Vaya usted con Dios.

Trató de cerrar la puerta, pero Garrison lo impidió deslizando el pie hacia adelante.

—No sabe Ud. lo que desecha: una obra curiosísima sobre anulación de testamentos.

—¡Sobre anulación de testamentos! exclamó Robinson, intrigado de pronto. Ah, entre Ud. y veamos eso.

No se hizo Garrison repetir la orden; penetró en el vestíbulo y cerró tras de sí la puerta con el pie.

—Padre, gritó en aquel momento una faz furiosa, ¿no le he dicho a Ud. que no deje entrar a nadie? Y tú, esperie de mendigo, vete con tus libros a otra parte.

Y Jerold vió a Teodoro venir hacia él en

son de amenaza. Contando con el efecto de la sorpresa quitóse rápidamente el sombrero y el bigote y se puso resueltamente frente a su adversario.

—¿Ud., Ud. aquí? murmuró el joven Robinson retrocediendo cual si se hallara frente a un león africano.

El viejo Robinson, por el contrario, recobró en el acto su sangre fría y gritó:

—¿Cómo se atreve Ud., vil impostor a entrar en esta casa?

—Lo importante es que ya estoy dentro; dijo Garrison tranquilamente. Vengo en busca de Dorotea, a la que se ha traído Ud. por fuerza.

—Mentira, exclamó Teodoro esforzándose



Se apoderaron del cuerpo de Jerold, lleváronlo hasta una espesura y le registraron los bolsillos.

por aparecer tranquilo, y pálido como la cera.

—Vamos a verlo, replicó Jerold. De todos modos, basta ya de farsa.

Sin más explicaciones sacó su revólver. Después con voz resonante, gritó:

—¡Dorotea!

—¡Jerold! respondió una voz ahogada desde un cuarto del piso superior.

Y oyó que trataban en vano de abrir una puerta.

—Suban los dos adelante de mí, ordenó Garrison amenazándoles con el revólver.

Evasión emocionante

El viejo se apresuró a obedecer, pero Teodoro vaciló. Garrison dió un paso adelante, amartilló el arma y apuntó al joven.

—Por Dios, no resistas, gritó el viejo refugiándose en la escalera.

—Ud. verá lo que más le conviene, dijo friamente Garrison. Suba pronto y no trate de jugármela porque me las va a pagar carito.

Los Robinson, vencidos, subieron bajo la constante amenaza del revólver.

Garrison gritó de nuevo:

—¿Dónde estás, Dorotea?

—Aquí. No puedo salir.

Su voz amortiguada por una espesa pared parecía venir de muy lejos.

—Abra esa puerta, mandó Jerold a Teodoro, y no trate Ud. de escapar o le mato como a un perro.

—¡Eres tú, Jerold? Sálvame, te lo ruego, gritó Dorotea alarmada por cada segundo de tardanza.

El joven Robinson, convencido de que toda resistencia era inútil, introdujo la llave en la cerradura, pero echando al mismo tiempo una mirada de inteligencia a su padre, que estaba allí a algunos pasos de él.

En el momento en que la atención de Garrison se concentraba en la puerta que se abría, el viejo Robinson se dirigió rápido hacia una cajita adosada a la pared y tiró de un anillo de metal que resaltaba en su centro.

El campanilleo que produjo el aparato hizo volver la cabeza a Garrison. Quiso largarse sobre el viejo, pero ya era tarde. Había ya sonado el timbre de alarma, que la casa tenía, en comunicación con el puesto de policía del lugar. Unos minutos más y los guardias llegarían en tropel.

Había que obrar con rapidez, pues en presencia de la policía su situación sería algo difícil.

—Jerold, Jerold, gritó Dorotea, tengo los pies amarrados.

—Entren ahí los dos, ordenó Garrison revólver en mano, y les hizo entrar en la habitación en que estaba Dorotea.

Entonces vio a ésta. Pálida de rabia, chispeantes los ojos de indignación contra los Robinson, estaba de pie junto a la puerta, sujeta por ambos tobillos con una gruesa cadena a un catre de hierro.

—¡Jerold! gritó en un raptó de entusiasmo y agradecimiento hacia su salvador, pero su voz desfalleció y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Cálmese, amiga mía, por favor, dijo Garrison volviéndose a los verdugos con ira concentrada. Canallas, infames, miserables. Solidad en seguida esas cadenas:

Teodoro obedeció; la cadena cayó. La joven quedó libre.

—Al instante, querida, exclamó Garrison observando atentamente a los Robinson.

Ponte el sombrero y el abrigo. Déname ustedes la llave de este cuarto, dijo a los Robinson y no se muevan de aquí.

Salió entonces con Dorotea, cerró la puerta con doble vuelta y se precipitó a la escalera seguido de la joven.

—No tenemos un momento que perder, le dijo, su tío tocó el timbre de alarma y va a llegar la policía. Por suerte mi automóvil nos espera a dos pasos de aquí. A propósito, ¿dónde está la tía Jill?

—Debe haber salido, contestó Dorotea.

—Muy bien, nada hay que temer por ese lado.

Medio minuto más tarde estaban en la avenida. En aquel momento el ruido de una ventana que se abría con estrépito hizo volver la cabeza a Garrison y vio a Teodoro a caballo en el marco de la ventana, y dejándose caer de un salto hasta el jardín.

Corrieron hacia el automóvil y en el momento de subir a él oyeron gritos desaforados detrás de ellos.

Era Teodoro que corría por la avenida.

El chauffeur adormilado en su asiento no había oído los gritos de Teodoro.

—A toda marcha, le dijo Garrison, desde el interior del auto, de modo que el chauffeur no había notado el cambio de su viejo de largos bigotes, convertido ahora en un joven completamente afeitado. Pronto, a Londres. A toda máquina. Habrá buena propina.

El chauffeur, sin más explicaciones, se puso en marcha y el automóvil partió a toda velocidad.

Garrison echó una mirada por el ventanillo del fondo; pudo percibir un gran automóvil, rojo parado delante de la casa de los Robinson, y a Teodoro hablando con uno que por el uniforme parecía inspector de policía. Después Teodoro saltó al auto, y éste partió con rapidez. La policía iba tras sus huellas. Se les perseguía. La cosa se ponía seria.

Como fiera de repente desencadenada, el auto de los fugitivos habíase precipitado a la carretera y marchaba con una carrera vertiginosa. Atemorizada, Dorotea apretaba con todas sus fuerzas el brazo de Jerold.

La velocidad del auto aumentaba por instantes; parecía volar con el empuje de un huracán dejando tras de sí una tromba de humo y de polvo.

Garrison se incorporó de nuevo y volvió a mirar por el ventanillo de atrás; no era para tranquilizarse lo que vio; el gran automóvil rojo de la policía volaba en su seguimiento y apenas si mediaba entre los dos coches una distancia de doscientos metros.

De segundo en segundo aumentaba en intensidad la trepidación del motor y era ya

tan velez la marcha que el auto se balanceaba como barca sacudida por la tempestad. Imposible distinguir en el paisaje otra cosa que imágenes borrosas; a derecha e izquierda las casas alineadas de trecho en trecho y los árboles de la carretera parecían danzar en diabólica zarabanda.

Y sin embargo el automóvil policial que corría también en infernal carrera entre espesa nube azulina iba alcanzando a los fugitivos; descubierto, ofrecía menos resistencia al aire que el auto cerrado alquilado por Jerold.

De pronto apercibióse éste que un policía ciclista en servicio de vigilancia pedaleaba delante de ellos. Medio minuto más tarde pasaba el auto al policía, que daba al chauffeur orden de detenerse. Garrison empuñó el tubo acústico que comunicaba con el chauffeur, terminando en el mismo oído de éste.

—Siempre adelante, le gritó. Fuerce aún más la marcha si es posible. Yo me encargo de las multas por exceso de velocidad.

El chauffeur apretó aún más el freno; dió el máximo de velocidad y el ciclista desapareció entre torbellinos de polvo. Otra vez aún volvió Garrison a mirar por el pequeño ventanillo. El monstruo rojo seguía al alcance, como llevado por una ráfaga de cólera. Pocos minutos más y los fugitivos serían alcanzados.

Con la furia de una tromba precipitáronse los dos autos a través de una aldea situada a diez kilómetros de Southerd. De repente un ruido estridente, seco, como un pistoletazo dejóse oír bajo el auto de Garrison. Con intervalos regulares repitióse el mismo ruido tres o cuatro veces y dejó de funcionar uno de los cilindros. El chauffeur se inclinó, empuñó una palanca. El auto comenzó a perder su velocidad. El automóvil rojo se aproximaba triunfante; estaba ya solo a unos sesenta metros de distancia y Garrison de pie, oprimida la garganta por la

angustia, palpitante el corazón, pegado el rostro al ventanillo, distinguía ya perfectamente las facciones de Teodoro Robinson y del inspector de policía. Pero de repente dió un salto y lanzó un grito de victoria; estaban a salvo!

En un violento recodo al monstruo rojo se había precipitado en un foso de la carretera, lanzando un estallido formidable. Sin duda había reventado algún neumático. Y entretanto el auto de Garrison, si bien sólo con tres cilindros en servicio, reanudó la marcha a gran velocidad y llegó a Londres.

—Pare, gritó Jerold al chauffeur, pare; y dándole las señas del domicilio de Doro-



Medio minuto más tarde pasaba el auto al policía, que daba al chauffeur orden de detenerse.

tea en Vermington, continuó después el auto con una marcha natural.

Un susto y una desaparición

Dorotea salió entonces del estupor en que había estado durante su fuga emocionante y tímidamente retiró su crispada mano del brazo de Jerold. Este se hallaba muy a gusto con aquella dulce presión y cuando la mano se retiró, experimentó un vago pesar. Parecióle como si se disipara un hermoso sueño.

La joven rompió el silencio:

—¿Por qué hemos huído? ¿No tenía Ud. el derecho de llevarme donde quisiera?

—Este derecho no es más que aparente, respondió Jerold. En realidad yo he come-

tido con los Robinson actos de violencia, para los que no estoy autorizado. ¿Qué habría yo podido contestar a un oficial de policía? Mi situación de falso marido se habría hecho por demás embarazosa.

El rostro de Dorotea cubrióse de vivo rubor.

—Es verdad, dijo ella... Pero, ¿cómo supo Ud. que los Robinson me tenían secuestrada en Westeliff?

—Para eso son precisas muchas explicaciones, replicó Jerold. Ante todo, dígame: ¿qué pasó ayer después de nuestra conversación por teléfono?

—¿Qué pesadilla! Confiando que podría subir sin que me viesen los Robinson subí a mi cuarto para vestirme. Estaba poniéndome el sombrero cuando me sentí envuelta entre los pliegues de un pañuelo que me echaron sobre la cabeza, el pañuelo despedía un olor insostenible a cloroformo. Perdí el conocimiento; cuando volví en mí, era completamente de día y estaba en el cuarto en que me encontró Ud. tendida y cargada de cadenas.

Cada palabra de Dorotea tenía para Garrison una delicia infinita. De buena gana habría echado de una vez por tierra todas las horribles suposiciones que en él habían despertado los hechos, pero la realidad de estos era abrumadora y él quería cerciorarse de todo.

—Es preciso que nos pongamos de acuerdo a fin de destruir los planes de los Robinson, porque es gente que por conseguir su intento no retrocede ni ante el crimen.

Garrison puso a Dorotea al corriente de los acontecimientos ocurridos en Hyde Park, la víspera por la tarde; la agresión de que había sido víctima y la desaparición de los dos apaches después de colocar bajo su cuerpo inerte la máquina infernal. Después le refirió cómo había descubierto el teléfono secreto de Teodoro.

—Jerold... ¿Qué miserables! gritó Dorotea.

Conmovida, no había exclamado "Mr. Garrison" sino "Jerold" y en aquel grito de horror y de indignación que acababa de lanzar había un mundo de sinceridad.

—En una palabra, terminó Garrison, es necesario que yo le proporcione un sitio seguro, donde se vea libre de las asechanzas de los Robinson. Y es preciso también que Ud. me dé algunas informaciones para que yo pueda obrar en adelante con conocimiento de causa.

—Sí, balbuceó Dorotea, solo que...—y sus ojos que expresaban el temor y la ansiedad dirigieron a Jerold una muda súplica.

—Así, continuó Garrison, desearía saber de dónde vinieron a Ud. las joyas que Ud.

me confió la víspera de mi viaje a Hartford.

Y Jerold comunicó entonces a la joven los extraños y misteriosos acontecimientos de aquella tarde; su entrada por equivocación en la casa en que se daba un baile de máscaras, la presencia en él de Teodoro, que poco después ocultaba cuidadosamente su disfraz bajo el enorme paletó; en fin, su sorpresa cuando reconoció en las alhajas que le confió ella los collares que llevaba la joven enmasarada.

Dorotea le miraba estupefacta, con los ojos dilatados por el asombro.

—¿Está Ud. seguro de todo eso?

Y su voz era apenas perceptible.

—Segurísimo, dijo Garrison.

—¿Y qué pensó Ud.? ¿Que Teodoro había robado los collares y que yo los ponía a seguro?

—¿No he dicho a Ud. que es preciso que dé algunas explicaciones?

—¿Cómo! exclamó Dorotea, Ud. me suponía... ¿Qué horror! Yo aseguro a Ud. que momentos antes de marcharse fui a coger esos collares del cajón de mi tocador, donde los tenía guardados. Si que es verdad, sin embargo, que no los encontré exactamente en el mismo sitio que yo los había dejado.

—Por último, dijo Garrison, ¿esos collares son suyos?

—No, afirmó ella, no son míos. Los he recibido en prenda de una cantidad prestada por mí a una amiga muy querida. Ruego a Ud. que no me pida sobre esto más explicaciones.

La voz le temblaba al hablar. Garrison todo confundido ante esta extraña respuesta, creyó que la joven iba a desmayarse.

—Ah, repuso ella, qué martirio me causa Ud. con estas preguntas! ¿Lo mismo que ayer! ¿Qué terrible golpe cuando me habló Ud. de ese asesinato!

—¿Del asesinato de Mr. Hardy, su tío de Ud.?

—¿Ud. sabe que era mi tío?

—Lo averigüé en mi pesquisa, lo mismo que supe que Mr. Hardy murió al llevar a la boca un cigarro envenenado, oculto en una caja que le regalaron el día de su santo.

Esta frase de Jerold era brutal, cruelmente brutal, pero quería de una vez dar fin a todas sus suposiciones.

—¿Un cigarro! ¿Su santo! Mi caja de cigarros! exclamó Dorotea. ¿Jerold! Ud. no me creará culpable!...

El auto se acercaba a Mansion House. De pronto se vio envuelto entre un laberinto de carruajes. Casi al mismo instante se oyó un chasquido y un grito. Un cupé había sido cogido entre dos camiones y una rueda se había hecho trizas. Al punto un corro de

curiosos rodeó el elegante carruaje. Garrison saltó a tierra queriendo darse por sí mismo cuenta de lo que había pasado. Por fortuna, todo se redujo a daños materiales; dos señoras que iban en el cupé estaban completamente ilesas.

Jerold volvióse a su automóvil y abrió la portezuela para subir; pero lanzó un grito de sorpresa: el auto estaba vacío. Había desaparecido la joven.

Garrison contrata a su "sombra"

Garrison, que no podía dar crédito a sus ojos, preguntó al chauffeur. Momentos después de bajar Jerold del auto, había bajado también ella, para unirse, sin duda, al grupo de curiosos; es todo lo que el hombre sabía. Jerold echó una ojeada entre el tumulto de gente y la confusión de carruajes, pero no pudo distinguir a Dorotea.

¿Qué significaba aquella desaparición?

Contrariado, descontento e inquieto, Garrison pagó al chauffeur, atravesó por entre el gentío y se paró un rato a la orilla de una acera, esperando a cada momento ver aparecer a la joven. Después, al cabo de un cuarto de hora, resolvió dirigirse a Kensington. Quizás Dorotea había perdido de vista el auto entre aquel laberinto de coches y se había vuelto entonces a su casa de la calle Albert.

Audió a abrirle la vieja y al momento le dijo que Mrs. Fairfax no estaba en casa.

—Ya lo sé, ya lo sé, contestó Garrison disimulando su contrariedad y decepción. ¿No ha vuelto por aquí el hijo de Mr. Robinson? añadió, tanto por satisfacer su cu-



Momentos después de bajar Jerold del auto, había bajado también ella, para unirse sin duda, al grupo de curiosos.

riosidad respecto a Teodoro dejado en plena panne, casi a las puertas de Londres, como por dar a su visita un motivo razonable.

—No, señor.

Garrison, sin más explicaciones, se retiró, montó en un coche cerrado y desfiguró el rostro; pues tenía intención de sorprender al espía de los Robinson, quien, a no dudar, estaría de guardia frente a la casa de Jerold. Al llegar a su casa, vió en efecto a

su hombre al que se dirigió sin ser de él reconocido. Quitóse entonces rápidamente con la mano izquierda su barba postiza y levantóse el sombrero que le tapaba hasta los ojos, mientras con la derecha sacaba del bolsillo su revólver.

—Ni una palabra, le dijo en voz baja, y sígame.

Comprendiendo que toda resistencia sería inútil el espía subió la escalera tras él.

—¿Qué quiere Ud. de mí? preguntó a Jerold una vez en el cuarto de éste.

—Hacerlo saber, amigo mío, que está Ud. desempeñando un oficio muy ruin.

—Yo cumplo mi deber, respondió el hombre con aire humilde y embarazado. Soy empleado de una agencia de informaciones y no hago más que cumplir las órdenes que me dan.

—¿Aunque sea de robar? ¡Vaya! Yo estoy al tanto de todo. Mr. Robinson me lo confesó en un momento de cólera. Ud. fué el que anduvo registrando mi maleta en Hertford.

—Puesto que Ud. lo sabe, es inútil negar. Lo único que yo puedo decir a Ud. es que si pudiera me ganaría la vida más honradamente. Si Ud. pudiera colocarme...

—Ante todo, ¿cómo se llama Ud.?

—Tuttle, Franck Tuttle.

—Pues bien, Tuttle, Ud. está a merced mía, sépalo. Puedo hacerlo detener bajo la doble acusación de robo con fractura y de complicidad en asesinato frustrado.

Al decir esto levantóse Garrison, fué a su alicba sin perder de vista al hombre, abrió un ropero y sacó la bomba que tiró a los pies de Tuttle.

Este retrocedió horrorizado.

—No, gritó, yo no tengo nada que ver en este asunto, se lo juro, créamelo. Tengo cosas de qué reprocharme. Mr. Garrison, pero de eso no.

Se había puesto intensamente pálido; corríale el sudor por la frente y miraba a Garrison con ansiedad tal que inspiraba lástima.

—Pero Ud. sabía que dos asesinos pagados por Robinson iban a asaltarme en Hyde Park. Ud. fué quien los buscó.

—Los busqué, sí; pero no sabía qué asunto les iba a encargar Mr. Robinson.

Garrison cogió la bomba y la colocó en su escritorio.

—Eso poco importa. Ud. es, como digo, cómplice de un crimen... Pero, en fin, Tuttle, ¿quiere Ud. trabajar por cuenta mía?

—Si quiero, contestó el pobre hombre aún horrorizado.

—Empiece Ud. por darme el nombre y

dirección de los dos miserables que me asaltaron.

Lo dió Tuttle y Garrison lo apuntó en su libreta.

—Queda entendido, dijo Garrison, que me servirá Ud. con lealtad y no jugará Ud. con dos cartas. Continuará Ud. informando a los Robinson de mis pasos y mis acciones; y ahora yo soy el que le encargo a Ud. que los espíe a ellos.

—Cuente Ud. conmigo, Mr. Garrison. Quizás me proreccionará Ud. el medio de hacerme un hombre honrado. Yo le quedaré muy reconocido. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Nada de importancia por el momento. No deje Ud. adivinar lo más mínimo a los Robinson, aparezca siempre como fiel servidor suyo. Dígales que ha perdido mis huellas y téngame al corriente de las instrucciones que le den.

Un golpe dado en la puerta interrumpió a Garrison. Era un mensajero con un telegrama.

Garrison lo abrió y leyó:

“Venga en seguida a Birexton, 93, Hackat Street.—Jeroldine”.

Este llamado de Dorotea hacía aún más inexplicable su desaparición; pero sintióse feliz Garrison al ver al menos que la joven no se escondía y reclamaba de nuevo su intervención.

—Tome Ud., dijo Jerold, dando una tarjeta a Tuttle, aquí están las señas de mi oficina. A las seis y media vaya esta tarde a comunicarme lo que haya sabido de los Robinson.

—Hasta luego, Mr. Garrison, respondió Tuttle; tenga la seguridad de que no le dejaré haberme tomado a su servicio.

Y se fué.

—Garrison se puso su traje más elegante y minutos después se encaminaba en dirección a Birexton.

Intranquilidad de Dorotea

Daban las cuatro en el momento que Garrison se apeaba del coche en Hackat Street delante de un edificio de ladrillos rojos que llevaba el número 93.

Era una casa de pobre y miserable aspecto, ennegrecida por el humo, que parecía completamente desierta.

Escarmentado ya por su experiencia en Hyde Park, venía Garrison bien armado de revólver y puesto en guardia. Dió al cochero orden de esperar.

Llamó; casi al momento abrió la puerta una joven bastante agraciada, vestida con gusto, y que llevaba en el dedo una hermosa sortija de brillantes.

Garrison saludó:

—La señora Fairfax, mi esposa...

—Entre Ud. caballero, voy a avisarla.

Garrison entró en un saloncito y esperó unos instantes; luego, de golpe, se abrió la puerta y apareció Dorotea.

—¡Qué bueno es Ud. al venir tan pronto! dijo en voz baja para que nadie pudiera oír. Le he telegrafado al mismo tiempo a su casa y a su oficina, hará apenas una hora.

—Recibí el telegrama en mi casa, y fué para mí un alivio muy grande. ¿Por qué se marchó Ud.? No sabía qué hacer ni qué pensar.

La joven bajó los ojos.

—Temía que... es decir, obedecí un impulso sencillamente... ¡Oh! añadió, mientras que algunas lágrimas perlaban sus hermosos ojos, estoy muy intranquila; nadie en el mundo puede ayudarme como Ud.

Todo el pesar que la joven le había causado olvidólo en este instante. Qué ardientes deseos experimentaba de estrecharla entre sus brazos y oprimirla contra su corazón. Pero reprimía todo aquello que pudiera delatar su emoción.

—Yo trataré de ser a Ud. útil, aunque francamente, lo repentino de sus resoluciones hacen mi misión un tanto difícil. ¿Dónde fué Ud. al dejar mi automóvil?

—Seguí corriendo hacia adelante; después tomé un coche que me condujo hasta aquí. Esta casa es de mi cuñada, Mrs. Foster Deugin. Tenía que venir aquí para... para prevenirles, es decir, debía venir y vine, concluyó balbuceando.

—¿Deugin? repitió Garrison. ¿No es éste Deugin un sobrino de Mr. Hardy, el que identificó el cadáver de éste en Benges?

—Sí, respondió ella temblorosa y palideciendo de repente: Pablo, el hermano de Foster.

—Éd. me dijo que no tenía hermanos ni hermanas, le recordó Garrison no sin alguna severidad.

—Son sólo medio hermanos, explicó ella; mi madre fué dos veces casada; por eso le dije a Ud. No crea Ud. que mi intención fué engañarle.

—Sí, lo creo, pero...

—Pero Ud. no me supondrá cómplice en este horrible crimen, ¿no es así? exclamó Dorotea con voz angustiada.

—Si habla el criminalista, diré a Ud. francamente que no sé qué pensar. Pero, a pesar de todo, imposible, no puedo creer a Ud. culpable.

—Gracias, Jerold, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Soy muy desgraciada, pero nunca he obrado mal, sería incapaz de eso. Yo tenía a mi tío gran cariño...

Dorotea rompió en sollozos.

—Tranquílese, le dijo Garrison con dulzura, y vea un modo de hacer algo de provecho. Dígame Ud. todo lo que sepa.

La joven secó sus lágrimas y tomó valor.

—Perdóneme que ni le haya ofrecido asientos. Siéntese.

Garrison tomó una silla y se sentó junto a Dorotea. Pensaba que nunca la había visto tan hermosa como en aquel momento en que la veía tan apocada y tan resuelta a la vez.

—Ud. me ha dicho, comenzó con voz temblorosa, que mi tío fué envenenado con uno de mis cigarros. ¿Cómo ha podido Ud. descubrir eso?

Garrison explicó brevemente el resultado de sus pesquisas. Al terminar, preguntó Dorotea:

—¿Y de qué veneno se sirvieron?

—Del cianuro de potasio.

—¿Esta substancia no la emplean los fotógrafos?

El espanto se leía en sus ojos.

—Sí, respondió Garrison.

Hubo un momento de silencio. Dorotea estaba anonadada.

Jerold fué el primero en preguntar:

—¿Qué profesión tiene su hermano Foster Deugin?

—Ahora, contestó Dorotea confundida, poco trabaja, pero en otro tiempo se ocupó en la fotografía... Pero, Jerold, ¿cómo habría él podido cometer?...

Levantóse de su asiento, recorrió la pieza con agitación y volvió de nuevo a sentarse.

—¿De modo, dijo Garrison, que es este Foster Deugin el que Ud. supone que pueda haber envenenado a su tío? ¿Estaba su hermano de Ud. en buenas relaciones con Mr. Hardy?

—Cuando Foster era joven, le quería mucho el tío John y nunca le negaba nada de cuanto pedía, y eso que era bastante derrochador. Después cuando supo que mi hermano jugaba en la Bolsa, se negó a pagar las muchas deudas que contrajo. Foster suplicó primero, amenazó después, pero mi tío se mantuvo inflexible. Después mi hermano se casó con Alicia, cuya dote bien pronto disipó, tanto que hace muy poco tuve yo que hacerle un préstamo, dándole ella en garantía los famosos collares. En cuanto a Foster, que continuó especulando en la Bolsa, tendrá que pagar el mes próximo a sus acreedores a lo menos cincuenta mil francos.

Garrison seguía con atención aquella relación que Dorotea le hacía con voz entrecortada.

—Pero, preguntó él, ¿qué interés tenía su hermano en que muriese Mr. Hardy?

—Conocía el testamento hecho en mi favor.
—¿Entonces lo que Ud. teme es que Foster sabedor de que Ud. debía heredar, haya tratado de apresurar el fin de su tío en la esperanza de que, una vez en posesión de esa fortuna, Ud. pagaría esas deudas?

Dorotea hizo un signo de asentimiento.
—¿Dónde está Foster ahora? continuó Garrison.

—Su misma esposa no lo sabe; parece ser que ha emprendido la fuga.

—¿Y Ud. vino aquí para prevenirle de las presunciones que había en contra suya?

—Esa fué mi primera idea, lo confieso, cuando Ud. me habló de los cigarras.

—¿Quiére Ud. mucho a Foster?

—Quiero mucho a Alicia

Aquella respuesta proporcionó a Garrison un gran consuelo; había estado celoso hasta de un hermano.

—Pero, ¿cómo habrá podido Foster andar en los cigarras de Ud.? preguntó Garrison.
¿Estaba él en Hertford cuando Ud. le llevó a su tío el regalo?

—Ha estado allí todo el tiempo que estuvo mi tío. Pero se ocultaba, añadió en voz baja, él mismo me lo confesó.

—Una última pregunta. ¿Cómo es que su tío de Ud. tomó un seguro en favor de un tal Carlos Scott, de Hertford?

—Se profesaban una antigua amistad desde niños, y a los veinte años Mr. Scott salvó la vida del tío John. Scott gastaba mucho dinero en sus inventos y mi tío deseoso de hacer un buen servicio a su más viejo amigo, se aseguró en "La Inmutable" para dejarle a su muerte una suma de cien mil francos. Sé, además, que mi tío tuvo un gran cariño a la hermana de Carlos Scott. Pero aquí hay un misterio que yo no he podido penetrar.

—Muchas gracias, Dorotea. Es preciso ahora que mientras yo aclaro este obscuro asunto del envenenamiento, busque Ud., ante todo, un lugar seguro, desconocido de los Robinson, para escapar a sus persecuciones. Estos últimos descubrimientos con respecto a Foster Deugin son demasiado sospechosos para que vaya Ud. a permanecer más tiempo con su mujer y en su propia casa. ¿No tiene Ud. alguna amiga en cuya casa ocultarse?

—Conozco una casa, donde Alicia vivió un tiempo, en el West End en Bayswater; allí arriendan piezas amobladas. Podría quedarme allí.

—Muy bien, dijo Garrison. La acompaño a Ud.

Una nueva alarma

Por el camino, en el coche, comunicó Do-

rotea a Garrison algunas peculiaridades de la vida de Mr. Hardy. De este modo supo Garrison que el difunto vivía siempre con la aprensión de encontrarse con un sujeto. Jamás le había visto Dorotea, ni sabía cómo se llamaba, pero Hardy hablaba de él con espanto y le tenía por enemigo terrible. Huyendo de este incógnito individuo que le perseguía sin cesar, el viejo contratista estaba en viaje casi continuo y poco antes de su llegada a Hertford, había estado un tiempo en Birehington, pueblecito del condado de Kent, donde residía Paul Deugin.

Garrison tomó mentalmente nota de todos aquellos datos, juzgando que se imponía y era prudente una discreta pesquisa en Birehington y un interrogatorio a Pablo Deugin. Minutos antes estaba el hábil criminalista casi plenamente convencido de la culpabilidad de Foster Deugin, pero las últimas revelaciones de Dorotea abrieron en su imaginación nuevos horizontes.

Jerold, en silencio, al lado de Dorotea, esbozaba el plan de sus próximas investigaciones, cuando el coche se detuvo delante de la casa de West End.

Conforme había dicho la joven, había numerosos departamentos amoblados, en arriendo. Tomó uno y acto seguido despidióse de ella su compañero, haciéndole saber su determinación de tomar aquella misma tarde el tren para Birehington. Convinieron, sin embargo, que antes de la partida, volvería Jerold a West End a despedirse de la joven que ya consideraba más como una amiga que como cliente.

A toda prisa dirigióse Garrison a su oficina de la Cite. Lo primero que al entrar vió sobre la mesa fué una carta de la Compañía de Seguros "La Inmutable". El tono era bastante áspero y denotaba descontento por parte del director. Se le hacía notar que hasta el momento sólo había averiguado en el asunto Hardy un detalle de escaso interés y se le pedía más actividad para llegar pronto al desenlace.

Garrison no dió importancia a aquella carta y siguió revisando su correspondencia hasta que llegara Tuttle, que debía venir a las seis y media.

A la hora exacta llamaba éste a la puerta de la oficina. Todo sofocado, dijo que venía de hablar con los viejos Robinson; que después de lo ocurrido en Westeliff habían éstos vuelto a su domicilio ordinario en Londres, calle del Sur en Julham, pero que Teodoro no estaba con ellos. Había dejado Londres, precipitadamente y sus padres parecían ignorar dónde había ido. Sin duda alguna, el pillastre había ido a arreglar cualquier negocio de los suyos y dar un golpe.

—Es de todo punto indispensable que me

averigüe Ud. dónde está, dijo Garrison a Tuttle. Vuelva Ud. a ver a Robinson padre y dígame que acaba Ud. de hacer ciertas averiguaciones, pero que su hijo le prohibió que dijese nada a nadie sino a él; puede ser que el viejo le diga a Ud. entonces dónde se encuentra ese granuja y por de pronto déjeme Ud. sus señas; voy a salir en viaje y daré a Ud. mis instrucciones por carta.

Tuttle le aseguró que haría cuánto pudiese y se retiró. Jerold salió también de su oficina, comió apresuradamente en un restaurant vecino, y volvió a West End a casa de Dorotea.

Apenas puso el pie en el departamento arrendado por la joven, salióle ésta al encuentro muy conmovida.

—Jerold, gritó, me ha sucedido algo terrible. Me han robado mi partida de matrimonio.

—¿Cuándo notó Ud. la desaparición de ese documento?

—Hace una hora, poco después de intalarme aquí. Yo llevaba el certificado oculto entre el forro del corsé, persuadida que ahí estaba en lugar seguro; pero esos miserables Robinson, (porque, ¿a quién puedo acusar sino a ellos?) han logrado arrebatármelo. En el sitio que le guardaba he encontrado sólo un papel en blanco.

—Teodoro debe haber sido el ladrón, aprovechándose de vuestro estado bajo la influencia del clorofórmico. Una hazaña más a su contra. De todos modos fácil es a Ud. conseguirse un duplicado. Si Ud. quiere darme el nombre del clérigo o juez que efectuó el matrimonio, yo me encargo de conseguir el documento.

Dorotea pareció turbarse en extremo al oír a Garrison estas palabras.

—El nombre, balbuceó ella... Mi matrimonio... No, replicó con agitación, nada puedo decir a Ud. por el momento... Perdóneme! Soy muy desgraciada!

Presa de una crisis violenta, se dejó caer en un sillón y rompió en copioso llanto.

Nuevamente desorientado, contempló Jerold un momento a la joven que sollozaba angustiada, con la cabeza entre las manos. Pero no volvieron a nacer en él las suposiciones de antes. Aceróse dulcemente a Dorotea y le tomó la mano.

—Hasta lá vista, le dijo, preciso es que me vaya. El tiempo avanza y por nada del mundo quisiera yo perder el tren de la tarde para Birehington. Tenga confianza en el porvenir; voy a hacer los imposibles por aclarar todos estos angustiosos misterios.

A estas palabras tan afectuosas y sencillas, salió Dorotea de su postración.

—¿Será larga su ausencia, Jerold? preguntó alzando sus ojos hasta Garrison. Me

siento tan sola, tan abandonada, tan débil cuando me falta un apoyo!

—No sé el tiempo que exigirá mi pesquisa en Birehington, pero si mi estadía allí se prolonga, esté segura que es por ser indispensable, y estrechó tiernamente la mano que se le tendía.

—Una vez más, perdóneme, murmuró Dorotea, si no soy más explícita con Ud.

Y de nuevo volvieron los sollozos a su garganta.

—Hasta la vista, repitió Garrison dirigiéndose hacia la puerta, tenga Ud. valor, se lo suplico.

La joven, siempre abatida, entreabrió apenas los labios. Pero en sus ojos, aún humedecidos por las lágrimas, brillaba un rayo de esperanza y agradecimiento, que era más elocuente que todas las palabras.

Revelaciones sensacionales

Poco después de las nueve tomaba Jerold el tren de Birehington, llegando a su destino a media noche. Encargó, sin embargo, en el hotel donde se hospedó, que le despertasen de madrugada. Tanto era su deseo de ponerse en movimiento.

Los resultados de su primera pesquisa no fueron muy satisfactorios. Muchos de los residentes en Birehington habían tratado a Mr. Hardy; pero ninguno estaba al tanto de los secretos de su vida íntima y no podía, por tanto, dar al hábil criminalista los informes que éste necesitaba. Desalentado averiguó el domicilio de Pablo Deugin. Supo que el sobrino del viejo contratista se había establecido en una granja a diez millas de la ciudad, donde se dedicaba a la crianza de aves en gran escala.

Al siguiente día de su llegada a Birehington tomó un coche de alquiler y se dirigió a casa del avicultor. Encontróle en medio de un inmenso corral, lleno de jaulas donde armaban una espantosa gritería un sin fin de patos de todas clases. El recibimiento que le hizo Deugin, una especie de campesino hercúleo, de mirar receloso, de gestos raros y de hablar lento y reservado, fué de lo más frío. A las primeras palabras de Garrison frunció el entrecejo y pareció disgustarse. Se le había avisado la muerte de su tío, él había ido a reconocer el cadáver. No sabía una palabra más de aquel asunto. Aseguróle entonces Garrison que la muerte de Mr. Hardy no había sido natural y que había muerto envenenado. ¿Sí? Pues, que lo averiguase la justicia. En cuanto a él, Deugin, no deseaba más que una cosa, que lo dejasen tranquilo.

No se dió Garrison por vencido ante aque-

lla brusca acogida y trató de cambiar el giro de las cosas con un gran golpe.

Mr. Deugin, le dijo, creo yo que las misteriosas circunstancias en que su tío ha encontrado la muerte no debían tenerle a Ud. tan sin cuidado. Sepa Ud. que todas las sospechas recaen sobre una persona que le toca muy de cerca, su hermano menor Foster Deugin.

Al oír esto, una palidez mortal inundó el rostro del avicultor. Abandonó al punto su aire de frialdad e indeferencia y preguntó con voz angustiada:

—¿Mi hermano? ¡Imposible! Verdad que Foster es un loco que me ha dado con su modo de ser no pocos disgustos, pero no le creo capaz de un crimen como éste.

—Hasta ahora nada hay de cierto que pruebe su culpabilidad. Apresuróse a replicar Garrison, conmovido por el repentino cambio operado en su interlocutor. Pero el juez no podrá menos de dilucidar ciertos hechos, ciertas coincidencias.

Y Garrison enumeró los cargos que pesaban en contra de Foster.

—Por lo que a mí toca, añadió, sólo trato de ayudarlo, pero es preciso que Ud. también me ayude en mi tarea, participándome todo cuanto Ud. sepa de la vida íntima y las relaciones de su tío Hardy.

Deugin se dejó caer pesadamente sobre una jaula junto a él y absorbióse unos instantes en dolorosa meditación. Después alzó la cabeza, miró a Garrison y movió los labios cual si fuese a hablar, pero volvió a sumirse en el silencio. Viviendo en el campo, en la soledad de su alquería, sin más compañía que sus patos, había hasta cierto punto perdido el hábito de expresar sus pensamientos. Por fin se resolvió:

—No, dijo, no puedo admitir que Foster haya hecho eso. Se ha portado toda su vida como un loco, ha hecho desgraciada a su esposa, ha acabado con mi propia paciencia, pero jamás le temí a él el tío John, y en cambio, temía mucho a Hugh Cleave.

—¿Qué quiere Ud. decir? exclamó al punto Garrison, intrigado de curiosidad, y acordándose del enaigo oculto de Mr. Hardy, del que le hablara Dorotea. ¿Había entonces un hombre a quien temía Mr. Hardy y se llamaba Hugh Cleave?

—Pocas veces hablaba de esto mi tío, pero me contó que le tenía un miedo horroroso.

—Es necesario que yo lo sepa todo. ¿Qué clase de hombre era ese?

—Pequeño, ni joven ni viejo, respondió Deugin con voz lánguida. Sólo le he visto una vez.

—¿Y a qué era debida esa enemistad entre él y Hardy?

—Asunto de faldas, me parece.

—¿Llegaba el temor de Mr. Hardy hasta imponer que se atentara contra su vida?

—Ya lo creo, era lo que él temía siempre.

—¿Sabe Ud. dónde está ahora ese individuo?

—No lo sé.

—¿Cuándo le vió Ud.?

—Hace un año. En Biringhton, Mr. Hardy me lo mostró, diciéndome: "Ese es". Aquella misma noche salió mi tío de la ciudad, tanto era su temor de encontrarse con Cleave.

—Bien. Pasemos a otra cosa. Podría Ud. decirme dónde se esconde ahora su hermano Foster?

—Lo ignoro. No nos vemos ahora.

—¿Cree Ud. que él conocía el testamento de Mr. Hardy?

—¿Cuál?

Aquel cuál que pronunció Deugin con el tono más natural del mundo, dejó asombrado a Garrison.

—¿Cómo? ¿Cuál! No hay más que un testamento, que yo sepa.

—Yo he sabido de tres, replicó el avicultor sin inmutarse. En el primero dejaba mi tío John algunos legados a Foster, pero ese fué quemado. Los otros sé que no estaban a favor de mi hermano.

—¿Y Ud. no tenía parte alguna en la herencia?

—¡Oh! Yo pedí al tío que nada me dejase. Tengo lo suficiente para vivir. Y sé positivamente que mi nombre no figuraba para nada en el último.

—¿El último? Se refiere Ud. al testamento en que Mr. Hardy dejaba todos sus bienes a su sobrina Dorotea Rooth, a condición de que ésta se casare?

Deugin quedóse pensativo mirando una jaula en que una docena de patos graznaban estrepitosamente.

—No, dijo por fin, estoy seguro de que ese testamento no es el último, porque el tío John me escribió poco antes de morir, que acababa de hacer un nuevo testamento. Sólo ayer, arreglando mis papeles, quemé esa carta a que me refiero.

—¿A qué fecha, según Ud., se referiría ese nuevo testamento?

—Ha debido hacerse cuando se casó Dorotea, respondió Deugin, sin poder comprender todo el interés que aquello despertaba en Garrison. ¿Por qué me hace Ud. esta pregunta?

—Es que esto puede cambiar todo el aspecto de la cosa; no le dijo a Ud. Mr. Hardy a quién confió este testamento?

(Continuará).

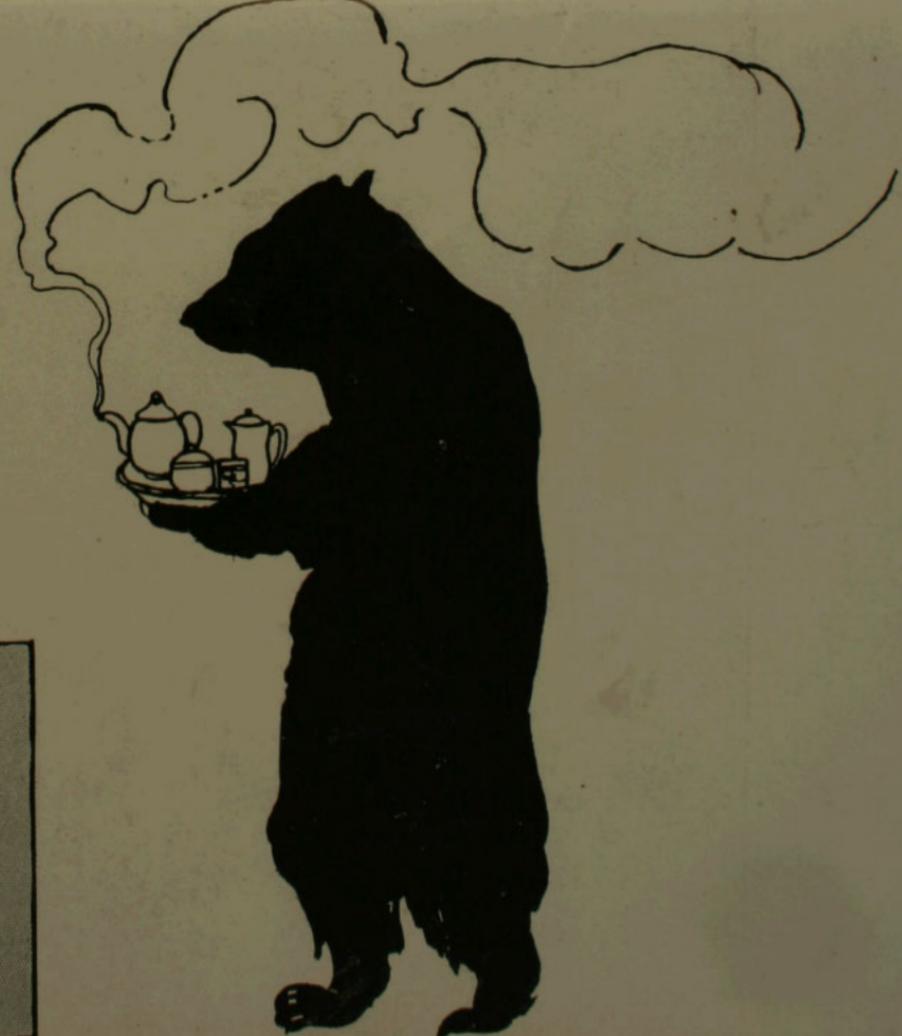
Marzo
1918

PACIFICO

MAGAZINE

Precio:
15 PESO





W K TE
EL MAS -
EXQUISITO.



Lorca abrió los brazos y, se colocó resueltamente en la puerta. Valverde arengaba...



LOS CONSPIRADORES

Por

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

El coronel don Fermín Moncada no tenía un adarme de valor dentro de la imponente caja de su cuerpo: ancho y aplastado. Una cabeza eminentemente militar, calva, de bigotes y pera napoleónica colocada directamente sobre los hombros carnosos y un abdomen suelto y oscilante, formaban la blanda contextura del más tímido y perezoso de los hombres. Se movía con lentitud no exenta de dignidad, comía hasta hartarse y daba a su familia consejos de moderación, de continencia y de orden. Cuando atrasado en la hora de la oficina se precipitaba; para ganar tiempo en el camino, aparecían sus piernas excesivamente pequeñas bajo el cuerpo desmedido y la levita abotonada; tal como ciertos muñecos de hojalatería que se mueven con cuerda y tienen más de dos pies fijos en una rueda oculta dentro de la armadura. Desesperado de estas carreras tan contrarias a su naturaleza y del temblor del pulso que le originaban, temblor que a veces le impedía tomar la pluma en la oficina de partes de la Comandancia de Armas durante la corta jornada fiscal, resolvió invertir sus ahorros en una pequeña casa de la calle de Morandé, calzada de por medio con la Moneda, cuyos imponentes muros significaban para Moncada y los suyos, el orden, el trabajo, el sueldo, la virtud y la tranquilidad. Bajo la sombra de las gruesas fachadas

de Toesca, el viejo funcionario dormía y digería desde muchos años atrás su gobierno a todo trance, su miedo cervical al que mandaba. La Moneda le inspiraba respeto y cariño; pero no temía salir a la puerta con el dolmán o la levita abiertos, el estómago hinchado bajo la camisa listada, a comprar personalmente las frutillas, las habas o el pescado, sus preocupaciones culinarias y el único objeto del calendario esfoliador que ostentaba en el comedor. Porque el coronel Moncada era empleado vegetativo, el rutinario rodaje de oficina, retirado ya del servicio, desde antes de la guerra del Pacífico, por lo cual las empresas heroicas que solía relatar a su familia y contortulios del Bar del Cambio venían desde la remota época del bombardeo de Valparaíso por Méndez Núñez. La tranquilidad de la existencia del empleado había engordado también a su excelente compañera doña Rafaela, cuyo coto era objeto de terror para los niños y punto de comparación para los demás apéndices que subsistían en el vecindario, fruto de aquellos tiempos en que los santiaguinos bebían agua de pozo o con raíces de álamo, como ellos creían. Así se diagnosticaba por los médicos: "Este coto es como la cuarta parte del de doña Rafaela Orozco; pero si usted se descuida va a llegar a ser como de la mitad."

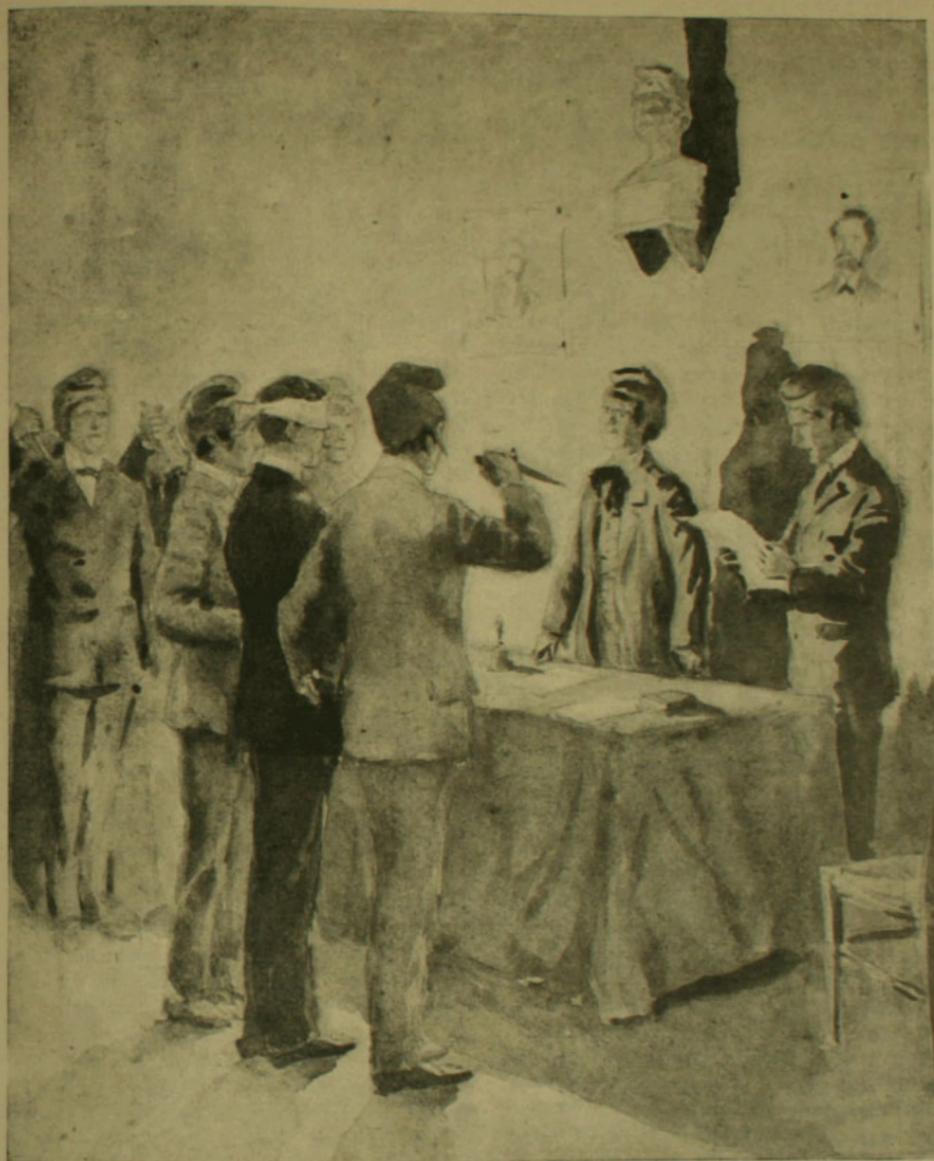
El coronel Mompada no se permitía otra distracción que una pasadita por el Bar del Cambio a la salida de la oficina. Allí encontraba al viejo dibujante de la Dirección de Obras Públicas, don Remigio Suazo, mano fuerte en el juego del dominó; al martillero don Damián Bermúdez, que apuraba sus copitas de pisco sin ruido alguno, salvo el paladeo íntimo y satisfecho de su lengua y la incandescencia de su nariz; al empedernido radical don Belarmino Espoz y otros compañeros de largos años de monótona existencia. El coronel, tan tímido en la oficina y tan pulcro en el hogar, pasaba entre sus amigos por tunante y hasta libre en su lenguaje, porque allí se permitía explosiones un tanto inéconvenientes. Una vez apurada la primera copita don Fermín principiaba a largar interjecciones que dejaban apagadas las de Espoz. Este no concebía tan gruesas palabras sino para usarlas contra los pechoños, como llamaba a los conservadores, y se escandalizaba de toda injuria lanzada contra el mozo porque había traído equivocada la copa o con una mosca en el interior. El martillero pasaba por hombre de buena suerte porque perdía frecuentemente en el juego, y, como dice el refrán: "buena suerte en el juego desgraciada en amores", luego... Y como don Damián sonreía cada vez que le preguntaban quién era la niña o niñas con que lo veían en la calle, Suazo abría la boca extático de admiración y exclamaba:—Vean que don Juan este don Damián. El dibujante era pobrísimo, según se decía y según lo revelaba su indumentaria y la lejana casita en que vivía y además no amaba a nadie y tal vez si alguna vez lo intentó no fué correspondido. Espoz tenía, sin embargo, el privilegio de asustar a esos hombres metódicos y de ideas tranquilas, con sus programas de reforma y de persecución al clero. Era llamado "el hereje" por todos y don Fermín no podía tolerar sus embestidas contra la santa religión. Una vez se habían enredado en áspera discusión porque don Fermín había oído decir que la existencia de un ateo absoluto era imposible y Espoz exclamaba a gritos: "—Pues ése soy yo; desmíentalo usted, yo soy absolutamente ateo; estoy dispuesto a declararlo en "El Ferrocarril"; que me vengan a examinar los canónigos y verán bueno."

Sin embargo esos hombres, buenísimos en

el fondo, se toleraban porque los juntaba una afición común, la del traguito, necesitaban expansión en medio de sus existencias banales y sin sorpresas y estaban habituados, como el animal al establo, al olor del entablado húmedo, de los muros salitrosos, de las mesas mal lavadas, de los sirvientes sucios y de los vasos llenos de las pelusas del paño de algodón que no se mudaba sino una vez por semana.

Cuando uno de ellos no encontraba al entrar a ninguno de los amigos, el más profundo desaliento se pintaba en su semblante. Salía a la puerta, daba una corta vuelta a la manzana, volvía inquieto, hasta que don Servando, el mesonero, alarmado con la idea de perder al parroquiano, le decía:

—Ya luego vienen; don Belarmino ha pasado por aquí diciendo improperios contra los Capuchinos. Léase usted el editorial de "El Independiente", que le zurra al Gobierno que da miedo"; o bien: "—Acaba de estar don Fermín atronando el bar; dijo que volvía en un santiamén". Y los cuatro buenos viejos, don Fermín, don Remigio, don Damián y don Belarmino se encontraban de pronto revolviendo los dados sobre la mesa mal oliente y paladeando el pisco peruano que hacía diariamente sus delicias. Vicio contraído en el crepúsculo de la vida no alcanzaba a dañar esos organismos sanos; en cambio, alegraba sus almas opacas. Ahí se pasaban un par de horas, rápidas como minutos, pintándose cada cual delante de los contertulios con muy diversos colores de la realidad. Nadie hubiera creído, por ejemplo, que es rudo don Fermín, con sus palabrotas y sus cuentos verdes y su prédica anti-matrimonial, llegaba a su casa y se deslizaba como perro sorprendido en falta al lado de los muros, para no recibir siquiera la mirada indignada de doña Rafaela o la interrogativa de Matildita la hija; ni que don Belarmino, el ateo absoluto, se moría de miedo por las ánimas y tenía encargado a su sobrina bajo palabra de secreto, que ella le guardaba, llamarle un determinado confesor cuando lo viera dar las boqueadas; ni que el infeliz don Remigio Suazo tenía mujer joven y bonita y una buena fortuna y las escondía por celos y avaricia; ni que don Damián el conquistador era casto como un anacoreta y recatado con las mujeres, de las cuales no conocía de cerca a otras que a tres sobrinas que dejaba, por debilidad in-



...Y los padrinos levantaban sendos puñales mientras se lefa el juramento.

comprensible, tomar por otras tantas conquistas. Eran amigos de bar y nada más; no se confiaban ni se daban a conocer las intimidades del hogar y en realidad se temían todos.

Corría el año 90, y mientras estos buenos

hombres aliñaban en el bar sus ensaladas ocloradas con ají y las arrosaban con espumante chicha en los meses de marzo-abril y mayo y con pisco en el resto del año, se preparaba en la ciudad una gran tormenta. Menos tranquilos y egoístas que ellos los muchachos de la Universidad ha-

blaban del dictador y de la revolución. Palabra mágica para almas de dieciocho a veinte años, la revolución sonaba a sus oídos como una fanfarra militar que arrastra. Acudían a sus labios palabras e imágenes clásicas, se hablaba de César y de Bruto, de Nerón y Calígula. Disueltos por la policía, cuando se agrupaban en el centro por tardes, se creían ya introducidos en la vida pública y quien tenía estro poético o suelta pluma componía elegías, epigramas o bien ardorosas proclamas contra el tirano. Capitaneados por algunos alumnos de los cursos superiores, pidieron la hospitalidad de un salón en que la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos había abierto un círculo de esgrima. Su decoración de banderas y esudos, gorros frígios, cascos y sables, floretes y espingardas prestaba aire militar y de revuelta a la modesta sala. Los miembros de la Sociedad de los Libres daban a la entrada santo y seña al portero de turno, a pesar de que no causaba a nadie alarma estas reuniones infantiles. Los estatutos de la sociedad los había redactado Juanito Valverde, el más resuelto de los alumnos del cuarto año. Su fantasía impuso el gorro frigio como uniforme para las tenidas de recepción. El iniciado era introducido desde la escalera hasta la mesa con la vista vendada y sus tres padrinos levantaban sendos puñales mientras se leía el juramento. Según esta declaración, el socio estaba obligado a prestar cualquier servicio que el presidente le exigiera, mantener el secreto de las reuniones y resoluciones so pena de muerte, elegir un nombre de entre los revolucionarios para ser nombrado o designado en las reuniones. El presidente era conocido por Danton y el secretario, por su palidez y juventud, su dureza y resolución, Saint Just. Robespierre, era Valverde.

El más pacífico de los alumnos del cuarto año, que acababa de llegar de Valparaíso, era Jorge Lorea, oriundo del valle de Huasco, donde su familia cultivaba una buena hacienda, cuyas entradas iban a invertirse en el socavón de una mina de cobre aterrada desde antiguos tiempos. De una inconcebible timidez, traía en sus pupilas el reflejo patriarcal de la casa vieja y, pegados a los forros de sus americanas, escapularios y detentes milagrosos que debían preservarlo del peligro de las grandes poblaciones. Sus ojos verdes cándidos llamaban

la atención de las muchachas mironas; pero Jorge tenía pudores de niña y pasaba con su libro bajo el brazo, rigurosamente en guantado en el invierno, cuidado en su traje, sin un falso pliegue en la ropa, la corbata, algo chillona de color, bien anudada bajo el cuello niveo, ruborizándose a veces de las risas indiscretas de las desairadas y traviesas dependientas de tienda. Tenía de su ascendencia minera ambiciones de fortuna; pero de fortuna misteriosa, obtenida de repente, por una herencia de España o de los Estados Unidos, por una mina de oro, por la dádiva de un admirador desconocido. Iba por todas partes distraído y pensativo, embelesado con lejanos mirajes. "Lorea sería el primer alumno,—decía el profesor de Código,—sino pasara en la Luna". Pero el muchacho provinciano bajó de la luna un día domingo cuando, de vuelta de misa de doce de la Catedral, vió pasar por delante de sí a una estrella...

Matildita, es decir la hija de don Fermín, iba acompañada de su madre. En tiempos en que la santiaguina era todavía menuda, bajita y grasosa, la hija del coronel llamaba la atención por su esbelta y delgada silueta. "Parece física", decían las envidiosas; "no se casa porque a los hombres les gustan las mujeres robustas"; agregaban las madres. Jorge pensaba todas las noches, después de separar de delante de sus ojos, la mina de oro, el pariente lejano, los millones del admirador y la fértil hacienda con las uvas como azúcar y los mostos quemados por el sol; en un hogar abrigado, amoroso, donde se sentaría frente al piano una mujer aristocrática de figura, de cintura delgada, de manos pequeñas y pálidas, de cabeza de garza. En Valparaíso había visto una muchacha que representaba exactamente la forma exterior de su imagen; pero no los colores. Violeta Gray tenía cabellos color zanahoria y ojos verdes; combinación imposible. Además era protestante, lo que habría causado una tragedia en la casa del Huasco y un ataque al corazón a las buenas tías que le habían prendido en el forro los detentes. Matildita llevaba su manto bien ceñido sobre la cabeza, retorcido en el grácil cuello y estirado sobre el pecho firme; con una manita color leche ahogada por el rosario de nácar levantaba el borde del vestido y mostraba un pie de Cenicienta. Jorge llevó su mano nerviosa al naciente bigote

para enroscarlo, como era moda en el Huasco, cuando había que decir "me gustas". Matildita movió levemente la cabeza y corrió las pupilas negras al extremo de su ojo almendrado para ver mejor y el amor ardió en la combustible y virgen alma del estudiante.

Generalmente, cuando en una existencia simple se produce una perturbación, los incidentes se acoplan: Jorge había pasado años tras años sin otra emoción que la visita anual a sus padres por las vacaciones. Ahora que el amor se atravesaba en el camino de su vida, otros graves sucesos iban a conmoverla aún más. Valverde encontró a su amigo en esos precisos momentos deliciosos del recuerdo, cinco minutos después de haber dejado de contemplar a la amada.

—Casi me estrellas,—exclamó el turbulento compañero,—que hizo ademán de atropellar él mismo a su amigo. Parece que fueras componiendo un soneto con estrambote. ¡Y qué elegante vienes! Si parece el del aviso: "Don Juan dígame por Cristo, —de donde tan elegante,—de verme así no se espante,—sé muy bien donde me visto". Pero supongo que este traje tan bien cortado no es del Bazar Español...

Jorge despertaba de su ensueño, venía lleno de la visión de juventud y de amor que se había extinguido tras los cristales de color de la mampara de don Fermín y abriendo desmesuradamente los ojos no sabía cómo replicar. Prefirió comenzar por lo del traje:

—No; no es del Bazar Español; pero es muy barato, como le sienta a un estudiante.

—¿Pero qué te pasa? ¿Amas? ¿Deseas? ¿Crees? ¿Esperas? ¿Triunfas? Bueno; dejando a un lado las preguntas indiscretas, te diré que ha sonado en el reloj del tiempo una hora solemne. Todo buen chileno debe escoger su puesto en defensa de la Constitución, hollada por el tirano. Tu familia, como la mía, es opositora fina; bueno, eso no basta. Ha llegado el momento de la ac-

ción. Debes entrar esta misma noche a la Sociedad de los Libres. Eres el único de los compañeros que no está iniciado; escoge un nombre de la revolución y te pasaré a buscar a las siete y media.

—Sí sé; los Libres; pero... debo decirte con franqueza que desde hoy tengo una preocupación superior; he encontrado a la mujer ideal, a **mi mujer**, al sueño de mi vida. Tú calcularás que no estoy en este momento para política.

—¡Inocente, ignorante! Cuando un hom-



...de vuelta de la misa de la Catedral vió pasar delante de sí una estrella...

bre ama es cuando se revela; cuando rinde el mayor coeficiente de actividad y de energía. Amaban los girondinos cuando pudieron, serenos como griegos, el cuello rosado bajo la cuchilla helada de la guillotina; amaban los generales de la revolución y escribían cartas de amor sobre las cureñas caldeadas, amaban los héroes, amaba el mismo soldadote de Bonaparte. ¿Tú también amas? Pues bien; es precisamente el momento culminante de tu existencia. ¿Y qué te podría pasar? Que mañana te ordene la sociedad armarte de un rifle y colocarte en una barricada. ¿Qué placer será para tu prenda recibir un trozo de papel mojado en

tu sangre en el cual le jures amor eterno! O bien, ¿te tocará acaso recibir un puñal para hundirlo en el pecho del dictador? Cumplirás la orden con serenidad estoica y subirás al patíbulo pronunciando el nombre de la amada...

Jorge miraba a su amigo con indecisión. Sí; era muy hermoso amar y correr al mismo tiempo peligros atroces; pero su naturaleza no tenía ese ardor para condenar y menos para destruir. Algo romántico, nada ambicioso, de espíritu soñador, temblaba ante la idea de ser escogido para uno de esos actos históricos de que oía hablar desde una semana atrás al incansable Valverde.

—Bueno, bueno; lo pensaré. Hasta la tarde.

Prevalecieron, como era natural, los sentimientos juveniles excitados por Robespierre y Jorge hizo esa misma noche su entrada en la Sociedad de los Libres, adoptando el nombre de Desmoulins y sujetándose rigurosamente al ceremonial de estilo. Le pareció, desde ese momento, valer mucho más a los ojos de Matildita, ya que no se había cuidado de averiguar las opiniones políticas del coronel.

Mientras la atmósfera de Santiago ardía con los últimos meses del año y cada semana cargaba el aire de amenazas y de conflictos, Jorge se iba acercando al momento delicioso de su primera entrevista con la niña. Gracias a esa buena y generosa intervención de las amigas, el joven logró interesar en su favor a unas chicas García, primas en segundo grado de Matilde. Eran éstas poco agraciadas y recibieron bien la idea de alternar con un joven interesante y de protegerlo en las lides amorosas. Las García miraban en menos a la niña de don Fermín; pero, halagadas con su misión redentora y sigilosa, comenzaron a frecuentarla. Una tarde en que Jorge se paseaba distraído en las calles centrales, viendo al público arrebatarse los candentes diarios de oposición y a la policía perseguir las agrupaciones de juventud, Auristela García pasó a su lado y oprimió misteriosamente su mano. "Mañana temprano en el Cerro", fué la voz de orden.

Y realmente,—después de la consabida hora de espera, semejante a un siglo,—vió

aparecer el enamorado un grupo de muchachas de negro manto y empolvado rostro que representaba exactamente el tipo de la santiaguina de la fecha. Todas habían retirado el blanco exagerado de los polvos de cerca de los ojos negros y de los labios rojos. De esta manera parecían al extranjero cualquiera cosa menos lo que eran, es decir, honestas y pudorosas hijas de familia. El joven se acercó con el sombrero en la mano lleno de profunda y real turbación, mientras la niña fingía extraordinaria sorpresa y le decía en voz baja: "Por Dios, váyase; por Diosito, mire que me muero", y sus movimientos de la pequeña boca eran tan atrayentes que afirmaban todo lo contrario. Así como Jorge aparecía sencillo y espontáneo, Matildita representaba a la muchacha sabida de la ciudad. No hacía nada que no fuera el movimiento secular de la pesca. Comenzó la conversación por las variaciones sobre el tiempo y entrada del verano; pero muy pronto la niña formuló esas preguntas seguidas, las veinte preguntas que manifiestan la impaciencia de la curiosidad y del amor: "Si no había tenido antes otro amor, si era constante, si tenía hermanos y mamá y papá, si pensaba terminar pronto la carrera, si estaba empleado, si se quedaría en Santiago cuando se recibiera, si la había visto antes de ese día (refiriéndose a primer encuentro), si lo había contado a algún amigo, si no le gustaría la Auristela García, si tenía retrato (y como el joven le mostrara uno comprado donde Pérez Font "¡hay qué vergüenza, si estoy tan mal!"). De pronto los dos absortos enamorados miran a todos lados y se concentran solos. Era la costumbre. La mañana tibia, llena de perfumes, de cantos de pájaros, invitaba a declaraciones más ardientes. La niña hace ademán de escaparse, Jorge la sigue balbuceando declaraciones y juramentos; por fin se detiene, el joven le coge la manito blanca que tiembla... y en ese momento una risa general, las García aparecen al través de un grupo de árboles. ¡Qué pillada! Y como esa banal y repetida escena es nueva para Jorge, éste baja conmovido, sin hablar, con la mano que tocó la carne adorable de la joven, guardada en el bolsillo, para que no perdiera el aroma del contacto y la tibieza del cutis de terciopelo. Desde esa mañana cada día se busca un pretexto para verse: la misa en las Agustinas, la vuelta por las



... Jorge fué introducido en el salón modesto del coronel... ante la severa figura de doña Rafaela.

tiendas, la subida al tranvía, la diligencia donde la costurera, hasta la triste mañana en que la Auristela García llama a Jorge y sin advertirle de que su familia ha tenido una desavenencia con la de Matilde, le dice de pronto: “—Yo no salgo más con Matilde; no me quiero prestar a hipocresías. Es una chiquilla sin seriedad ninguna y me da tanta lástima que un joven bueno y no mal parecido como usted siga tras de una coqueta. Pregúntele a Perico Ruiz que es supernumerario del Ministerio de Relaciones cuántas veces ha besado a la tal Matildita. ¡Buena pieza es la prima!”

Jorge no durmió durante toda la noche. Una ira ciega lo hacía saltar a cada instante en su cama, pasarse la mano ardiente so-

bre la frente afebrada, complacerse en la escena de ese estúpido de Perico Ruiz, empolvado como una mujer, mientras acercaba su boca de marrano a las mejillas inocentes de Matilde. Y cuando los espasmos de su pasión de vencido y engañado eran más grandes, venían a su memoria como un ritornelo cómico, los versos de Becker: “Dejé la luz a un lado y en el borde,—de la revuelta cama me senté;—mudo, sombrío, la pupila inmóvil,—clavada en la pared.” Y en seguida los otros: “¿Quién me dió la noticia? Un fiel amigo,—me hacía un gran favor, le dí las gracias.” Y pensaba al mismo tiempo en lo prosaico de estos versos y en lo horrible de su situación. Apenas amaneciendo sumió su cabeza en la palangana con

agua helada y vestido de prisa salió a la calle a buscar a cualquiera de sus amigos. Quería ver a Ruiz y abofetearlo ante testigos. Se sabría todo; pero no importaba. En cuanto a Matilde, ¿quién podría volver a pensar en ella, coqueta insoportable, hipócrita, de mal gusto, liviana, frívola, en fin, la perfecta santiaguina de la cual le decían sus tías: "no te fies"? Las horas de la mañana rodaron rápidas en medio de las vacilaciones de su flotante espíritu: era demasiado temprano para golpear a las puertas.

Además, le pareció que ocurría algo extraño y grave, pues desde temprano había movimiento de policía en las calles y se repetían las carreras de ordenanzas a caballo. ¿Pero podía haber algo más grave que la revelación que Auristela le había hecho sobre el carácter de esa mujer? Al llegar al Mercado a buscar una taza de café oyó por primera vez la gran noticia: la sublevación de la Escuadra. Todavía no se hacía comentario alguno. Había comenzado esa revolución de que se venía hablando y que casi nadie creía. Hombres del pueblo hablaban en voz baja y aire desconfiado. Comenzaría el trabajo de los Libres—pensaba Jorge,—y recibiría tal vez una misión de peligro. Pero luego prevaleció su idea fija, su propósito de venganza contra el rival, su despecho por la traición y se encaminó a la Universidad. Eran las diez, la hora de la apertura de Bancos y oficinas y el centro comercial se había poblado ya de una muchedumbre preocupada y nerviosa. Los suplementeros agotaban rápidamente su provisión de diarios; en medio de la calle se detenían los amigos para comunicarse las grandes noticias; apenas podían circular los tranvías y los policiales parecían intimidados en ese primer momento por el rumor serdo y amenazante de la muchedumbre. Jorge no podía avanzar, debía asociarse a la sonrisa triunfadora de aquellos a quienes creía sus amigos. Un señor desconocido le estrechó la mano; lo confundía tal vez con otro o conoció en el suyo un rostro hermano. Las señoras elegantes pasaban ágiles y disimulaban mal el íntimo placer que esas emociones les procuraban.

Era pretexto general para hablarse entre personas que apenas se conocían y Jorge pensó en su triste situación con más ira que antes. De pronto surgían incidentes: un caballero apostrofó a un oficial y a pesar de

los esfuerzos de las personas que rodeaban a ambas, alcanzaron a cruzarse golpes de bastón y puñetazos. El policial corrió de un lado, el público lo envolvió, hubo desmayos y carreras. En ese mismo instante Jorge divisó a Perico Ruiz pálido y preocupado que corría al Ministerio. De un salto estuvo frente de su rival, le dijo dos palabras con voz ronca, el empleado sorprendido quiso dar a entender que no sabía de qué se trataba; pero ya los puños vigorosos de Loreca lo habían estrellado en la muralla, lo golpeaban y arrojaban hasta la calzada. ¡Bravo!—gritaban unos—es un dictatorial. Valverde que acudía al incidente gritó alegremente a su amigo: "¡Aproxímalo a la pared; dale en el rostro!" aludiendo a un viejo cuento de estudiantes. Todos creían que se trataba de una discusión por política y muchos aplaudían al joven que buscaba por todas partes al desaparecido adversario. Robespierre mismo estaba lejos de conocer la verdad; Jorge se la dijo en dos palabras, causándole gran desengaño. Entretanto, la marea subía y numerosos policiales a caballo apostados en cada esquina exigían la circulación.

Esa tarde el Bar del Cambio se hacía pequeño para contener la concurrencia. El calor había arcecido en los últimos días y en vez de las pequeñas copitas de antes pasaban sobre las cabezas vasos con helados o tuestos en los cuales flotaban los trozos de hielo. Espoz declamaba contra el dictador y don Fermín lo defendía con calor. Un oficial ebrio daba puñetazos sobre la mesa y el mesonero don Servando asentía a todo con la mejor sonrisa en los labios. Los pequeños incidentes del centro iban abultándose poco a poco: "—Esta mañana los opositores demostramos que la fuerza estaba de nuestro lado. Fernando Larraín le dió de bofetadas al comandante Soto y un joven Loreca, estudiante de la Universidad, le pegó al subsecretario del Ministerio". Don Fermín conocía ya el nombre del pretendiente de su hija y había demostrado su más resuelta oposición a toda relación con un mozalbote sin porvenir y de menos años que Matilde, según podía colegirse. Ahora descubría que era un opositor y además procaz e insolente.

¿Cómo no iba a sorprenderse al encontrar esa tarde al mismo Jorge en el salón de la casa, recibido apaciblemente por su mujer y

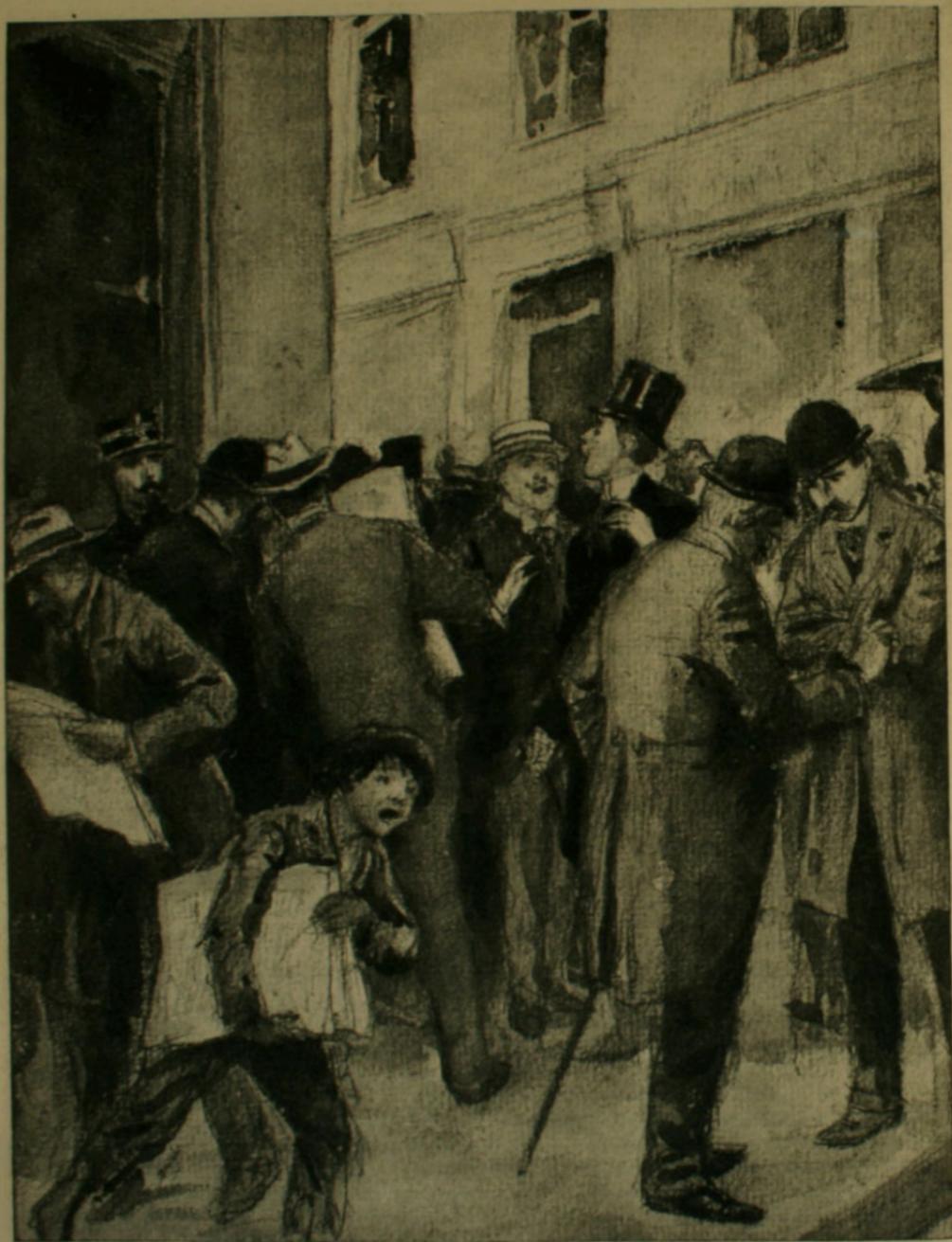
su hija? Habitado a la más severa disciplina doméstica rugió más que habló, al contestar el saludo del joven después de la presentación de doña Rafaela, y se retiró en el acto en señal de prudente desaprobación. Los hechos se habían precipitado en ese día para todos, excepcionalmente febril. Perico Ruiz solicitó una entrevista con Jorge y juró a éste la inexactitud de lo contado por la García; Jorge pidió perdón al muchacho y estrechó su mano. Perico, que tenía cierto lejano parentesco con la señora Orozco, prometió combinar las cosas para llevarlo de visita esa misma tarde y aceptada la idea por Matilde, Jorge fué introducido en el salón modesto del coronel, que le pareció, sin embargo, templo del arte y del amor, ante la severa figura de doña Rafaela. Ruiz, como hombre prudente, se esfumó para que doña Rafaela y Matilde pudieran deslizarse en varias oportunidades la afirmación de que era un simple amigo y pariente y que jamás había pensado en la niña ni se le habría acogido por su conducta ligera. El joven pudo respirar hasta la temida llegada del coronel.

El popular coto que estrangulaba mucho el cuello de la bondadosa doña Rafaela le arrancaba a menudo los más originales suspiros conocidos: eran suspiros salidos del fondo del alma, o del estómago si se quiere darles origen más material, y doña Rafaela los aprovechaba para pronunciar con ellos y mientras duraba su desarrollo, una especie de jaculatoria de su invención: "¡Ay! ¡Dichosos de los que están en el cielo gozando de la presencia de Dios para siempre!" El "ay" comenzaba y el "siempre" moría con el suspiro; no sobraba palabra ni faltaba respiración; estaba todo admirablemente calculado y el uso había ajustado la jaculatoria al suspiro y el suspiro a la jaculatoria como una estrecha camiseta sobre un cuerpo expansivo. Al principio la exclamación perturbó al joven; pero luego comprendió que se trataba de un hábito inofensivo y que ni la niña ni la misma suspirante se daban ya cuenta de la exclamación. Cuando el joven salió a la calle lleno de emoción y de esperanzas, don Fermín volvía de la cocina, donde, so pretexto de averiguar la lista de la comida, había interrogado a la servidumbre sobre la visita del mozalbete. Lo único que pudo saber con

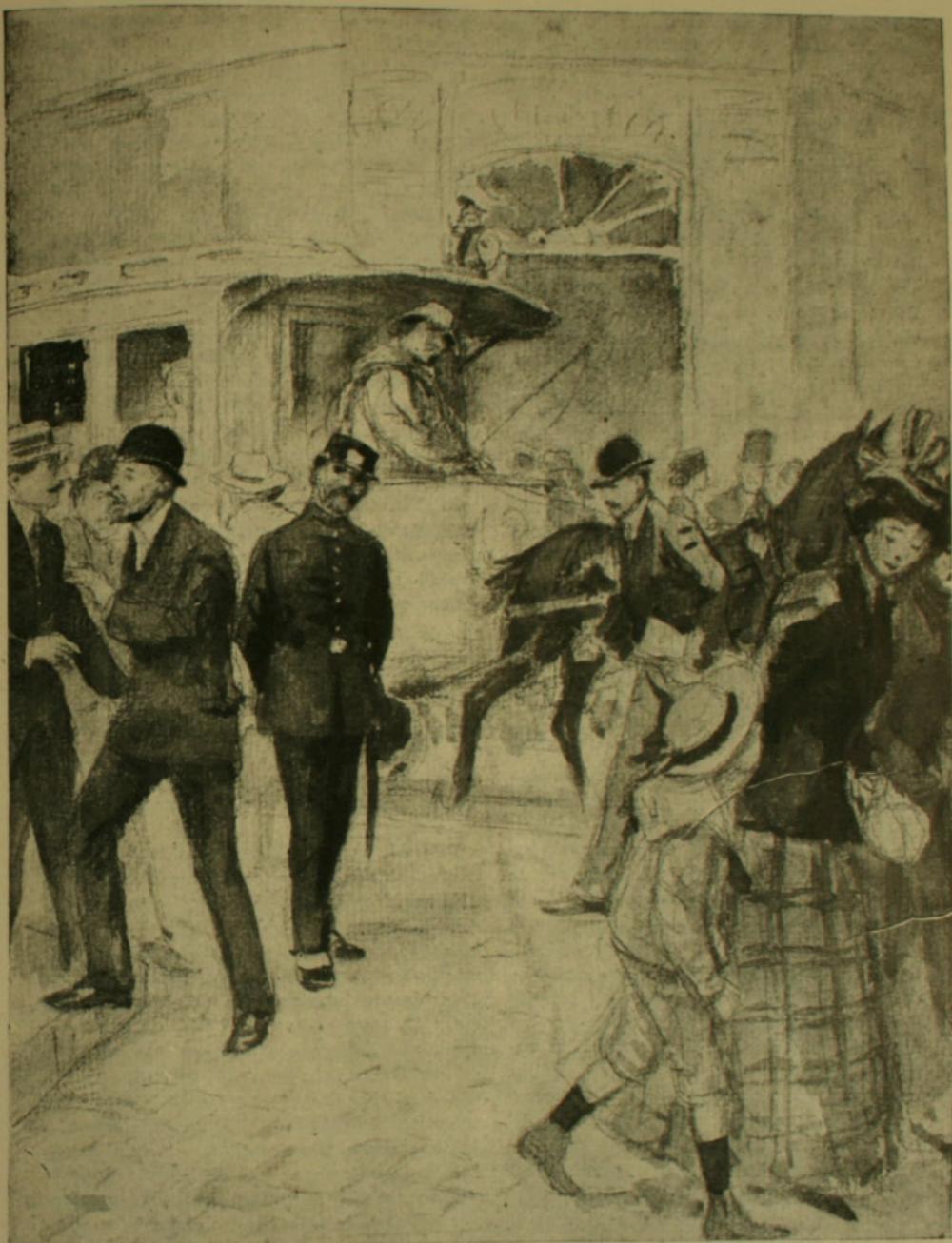
precisión era que el joven parecía todo un buenmozo a las criadas.

La reconciliación aumentó la temperatura de ese amor volcánico y la oposición energética de don Fermín le agregó el carácter de persecución que tanto sabor da a los encuentros secretos, a las sigilosas combinaciones, a las cartas escritas con lágrimas. Ya no cabía intervención de prima ni de amiga, sino de vieja sirvienta de confianza, que así se llaman las que burlan más fácilmente la de sus amos. Gracias a la Brígida, que no era capaz de ver llorar a la niña, Jorge pudo encontrarla a la hora de misa y cierta vez en la puerta del hospital de San Borga, donde había ido acompañando a la sirvienta que tenía a su madre enferma, madre resucitada especialmente después de diez años de sepultura, porque la fantasía de la pobre mujer no encontró para fingir la escena otro pariente de más importancia. En esta ocasión el joven inventó como juego el preguntar a la niña dónde había sido lo de Perico Ruiz para tener pretexto de tocarla primero con el dedo y después de adelantar la investigación, diciéndole: "¿Fué así?" Matilde reía nerviosamente diciendo: "¡Así no!".

En el Bar del Cambio el grupo se desgranaba: don Belarmino había sido perseguido por la policía y pasó la cordillera en dirección a Mendoza; Suazo renunció su puesto por enfermedad para encerrarse en la casa y no correr el menor peligro; de don Damián nadie sabía noticias frescas. El coronel solía llegar por las tardes, recorrer sobre la mesa distraídamente el diario, apurar sin atención ni placer la copita de fuerte y salir a la calle procurando, con una vuelta, no pasar por las esquinas más frecuentadas, donde los mozalbetes le gritaban desvergüenzas o le introducían en los bolsillos periódicos revolucionarios impresos en tinta roja. Una tarde, en que los mecheros de gas raleaban más que de costumbre y la hora había transcurrido con velocidad para el coronel, divisó una mujer muy envuelta la cara en el manto, que lo seguía con pasos desmesurados. En el primer momento el viejo creyó en una original aventura y lamentaba ya no tener a quién contarla, cuando la voz



...Eran las diez, la hora de la apertura de Bancos y oficinas, y el centro comercial se había poblado ya de una muchedumbre preocupada y nerviosa.



Los suplementeros agotaban rápidamente su provisión de diarios; en medio de la calle se detenían los amigos para comunicarse las grandes noticias...

varonil de la perseguidora llegó a sus orejas. "¿Quieres un consejo, Monecá?—le decía,—deja tu casa porque el día menos pensado vas a volar con toda la Moneda". Luego una mano de hombre, muy de hombre a juzgar por las fuerzas, le cogió la pera y se la estremeció horriblemente, desapareciendo en la sombra de una puerta cochera. El coronel pensó que realmente era peligroso y poco cuerdo seguir tan vecino a la morada del Presidente las contingencias de una lucha que iba tomando proporciones graves. Esa tarde habló en su casa de un posible viaje al fundo de su hermana en Linares; pero Matilde rompió a llorar. "Es inútil, exclamó don Fermín, que trates de ablandarme con lágrimas. El mozalbete que te preocupa no entrará jamás a esta casa. No tiene ningún porvenir; es menor que tú, revela mal juicio, sigue una conducta reprochable; jamás". Y cada vez que se ofreció tratar del punto aún en la intimidad de doña Rafaela, el viejo demostró la misma intransigencia. Seguro, además, como estaba del triunfo del Gobierno, ¿qué porvenir tendría ese estudiante conocido como revolucionario por su público incidente con Ruiz? Por otra parte, don Fermín tenía su candidato, un excelente candidato, cierto mozo Winston, del Ministerio, hijo de inglés, al cual solía llevar a la casa, circunstancias que aprovechaba para lanzar miradas vaporosas a la niña sin que ésta se ocupara mucho de corresponderlas. Winston tenía una pequeña fortuna y proporción de edad para un matrimonio ordenado. Además, el proverbio popular de que "los ingleses son buenos maridos" era plenamente aceptado por doña Rafaela, que estimaba también al candidato. Pero Matilde se encogía de hombros y hacía un plegado del labio inferior contra el superior para significar indiferencia absoluta por esa cualidad. "A mí no me importa que mi marido me pegue si yo lo quiero; en cambio, aunque sea un perro faldero lo haré desgraciado si me es antipático como el gringo del Ministerio". Y entretanto, cada vez que Jorge la encontraba, se repetía prácticamente la escena: "—¿Cómo fué lo de Perico Ruiz? —Si no fué...—¿Sería así?—No.—¿Sería de esta otra manera?—Tampoco.—¿Entonces a este otro lado?—Menos.—¿Y aquí más arriba?—No". Hasta que el buen sentido de Brígida hacía explosión: "¿Pero por Dios,

misé Matildita! ¿Qué deja entonces para después?"

Su frecuentación de la Sociedad de los Libres había hecho del tímido Jorge un hombre audaz. Resolvió una tarde ir en persona al Bar del Cambio y tener una entrevista con don Fermín para ver si podría ablandarlo y terminar con esta situación cada vez más odiosa. Acercósele aprovechando la sorpresa del coronel y comenzó a balbucear frases cortadas. Don Fermín lo entendió todo al pescar la de "yo quiero ser miembro de su familia", y levantando el bastón hizo salir al joven a la calle en medio de las risas de don Servando. "Háse visto insolencia? ¡Estos son los revolucionarios! Ya no se reconoce ninguna autoridad,—exclamaba Monecá,—fíjese usted este truhán que le ronda la calle a Matilde mi hija y que pretende "ser miembro". Conque miembro, ¿eh? Ya te haré yo miembro de la cárcel, irrespetuoso." El paso había sido contraproducente. La vigilancia sobre la niña arreció y el pobre muchacho pensó en un momento de amargura en regresar al Huasco para esperar al lado de sus padres, y sin los gastos de la ciudad, el paso del huracán que había interrumpido estudios y hasta era especialmente adverso al amor. Pero Robespierre lo necesitaba para grandiosos proyectos. Su imaginación bullía con un programa de acción secreta que debía ahorrar las vidas de muchos chilenos con el sacrificio consentido de uno solo.

Valverde no era destructor. Cuando seriamente hablaba de cortar telégrafos, puentes y líneas férreas para impedir la concentración de tropas del Gobierno, pensaba en que la actitud resuelta de la población pudiera más sobre el ánimo del Presidente Balmececa, que la interesada voz de sus consejeros. "Se trata por un lado de un hombre,—decía con inflamado acento,—y por el otro de un Congreso. ¿Por qué no cede aquél, aún en el caso de que se crea con la razón de su parte?" Comunicó a Jorge sus ideas, y junto con sus ideas su llama. "Deja a un lado a esa mujer que será tuya mañana; hoy día te reclama la patria. Trabaja conmigo por evitar que los hermanos chilenos se destrocen. Bastaría una bomba. ¿Sabes lo que significa una bomba? Un día de trabajo, cinco minutos de mecha encendida y un minuto de drama; y todo ha concluido". Para Jor-

ge la tarea se simplificaba: Matildita y su madre, junto con Brígida y las demás criadas, habían partido a Linares. El coronel, atemorizado por las cargas de policía frecuentes en la vecindad de su casa y por el incesante rumor de bombas proyectadas cerca de la Moneda, había resuelto alejar del peligro a su familia, cerrar su puerta y continuar en su puesto sirviendo al Presidente hasta donde fuera preciso. Era su tradición; había sido formado en esa escuela y no podía hacer otra cosa. Para tener más tranquilidad buscó una casa de pensión cerca de la Escuela de Medicina, frecuentada por estudiantes, y allí pasó a ser un personaje casi oficial, en cuya fuente se bebían las noticias de la Moneda y la confianza del Gobierno.

Pero no iba a estar allí más tranquilo que en otras partes. La mayoría de los pensionistas estaba afiliada en la Sociedad de Los Libres y el resto era neutral por conveniencia, porque en el fondo auxiliaba discretamente al centro bullicioso de revolucionarios que indigestaban cada día la comida de don Fermín con sus pronósticos. Un día le fué presentado al coronel en su oficina un caballero inglés que deseaba arrendar su casa de la calle de Morandé. Había sabido por el martillero don Damián que don Fermín no la necesitaba por el momento y ofrecía tomarla amoblada por cuatro meses. el tiempo que necesitaba frecuentar Santiago para arreglar con el Gobierno ciertos negocios de un ferrocarril. Ofreció recomendaciones, las presentó en efecto y pagó adelantado el arriendo en buenas libras esterlinas firmando cuidadosamente el inventario de los muebles. El coronel quedó muy satisfecho con la operación, mucho más cuando supo que el inglés vivía la mayor parte del tiempo en Viña del Mar y ocuparía muy poca la casa.

El frío arreciaba. Los árboles de la Alameda, desnudos de sus últimas hojas, entrablancaban en una malla de varillas nudosas y húmedas sus ramas sacudidas por el viento. Abajo, sobre la alfombra que los pasos iban incrustando en la tierra mojada, se movía medrosa e incierta la muchedumbre. Jorge recordaba esas mujeres de la pasada primavera y del comienzo de verano, cuando

reparaba entre ellas su código. ¡Cómo aleataba entonces la brisa en sus vestidos y cintas ligeras y claras, cómo reían junto con los pájaros! Ahora el invierno las envolvía en el manto negro o las embozaba en pieles; y los temores de peligros ocultos para sus hermanos, maridos o amantes, helaba en sus labios jóvenes la sonrisa y ponía en sus ojos la interrogación y la esperanza. Valverde solía llegar a esa hora para encontrarlo; el ardor de sus convicciones había hermozeado la fisonomía del muchacho, sus pupilas parecían dilatadas, la frente surcada por un pliegue recto denunciaba preocupación constante. “—Escucha, impenitente amoroso,—le dijo un día,—voy a darte una sorpresa. Espérame a las seis de la tarde en la esquina de las calles de Bandera y Moneda. Podrás tocar algo que ha tocado tu prenda.” Y dejándolo con la curiosidad de saber más se alejó misterioso para cumplir cierta misión.

Valverde había ganado inmenso prestigio entre sus compañeros. Como los primeros diáconos de la Iglesia que salían de las catacumbas de escuchar las palabras de los Apóstoles: el muchacho revolucionario estaba en relación directa con el comité de la revolución que andaba de tejado en tejado, y de aqueña en aqueña, escapando a las investigaciones policiales. Cuando esa tarde Jorge divisó la silueta de su amigo entre las otras movibles de la calle oscura todavía, comprendió que lo había citado para alguna de estas diligencias secretas. Lo tomó en silencio de la mano y lo introdujo en una mueblería que abría a cinco pasos su puerta. Dos obreros tenían en el suelo una poltrona desventrada y sacaban de sus entrañas sonoras de alambre enroscado la armadura de estopa. Otro daba los últimos golpes sobre los clavos de bronce de una silla. El patrón leía en la caja a la luz de una pantalla verde un diario de la tarde. Jorge vió con extrañeza que nadie levantaba la vista, como si fuera lo más natural de la tierra que dos clientes se metieran al fondo del almacén sin pedir precios ni dar una excusa. Por una puertecita salieron hasta el patio, donde un chonchón proyectaba enormes las sombras de los dos amigos contra la muralla vecina. Valverde se movía en puntillas y llegaba directamente a una pared que debía ser la parte posterior de la casa de don Fermín. Desde luego se divisaba, desde allí

mismo, la mancha negra del pino que se erguía en el patio de su amada sobre todos los techos vecinos. Una escalita endeble permitía pasar con precauciones hasta la ventana abierta recientemente a dos metros de altura. El guía empujó el batiente y penetró resueltamente seguido por su amigo y saltaron desde allí a un gran hacinamiento de paja, hojas de maíz y colchones de un desván. Nuevamente se movieron en silencio para salir hasta el patio y llegaron a la puerta del comedor que empujaron suavemente. Tres o cuatro jóvenes en mangas de camisa enjugaban el sudor de los rostros y conversaban. Pocos saludos y todo en voz bajísima. No convenía que los vecinos se diesen cuenta de que había pobladores en la casa del coronel.

Una sola mirada, más todavía que las explicaciones, bastaron a Jorge para ver la realización de uno de los proyectos de su amigo: el túnel hasta la casa del Presidente. Un trabajo asiduo de tres semanas había permitido apenas cavar la mitad del pique. Todavía era preciso descender dos metros para comenzar la galería horizontal y pasarla bajo los cimientos de la Moneda. Una vez terminada se acumularía carga suficiente de dinamita y volaría una noche todo el ángulo del edificio concluyendo misteriosamente con la revolución y evitando la muerte de miles de hermanos. Jorge se aterrorizó pensando en la responsabilidad que se hacía incurrir al pobre coronel y este sentimiento lo hizo olvidarse de todo lo que allí le evocaba con fuerza el recuerdo de Matildita. Pero no había tiempo que perder: fuera la blusa y manos a la barreta. El trabajo adelantaba poco y esa noche velaría una cuadrilla de cuatro personas mientras otros tantos llegarían al amanecer, tan pronto se abriera el almacén.

Jorge se alistó para el trabajo y para darse ánimos no se atrevió a pensar que esa obra era para destruir a un hombre, tal vez a una familia con sus servidores; sino una mina que revelaría oculta riqueza bastante para sobornar y cambiar la suerte de las armas. Y pensando en el posible alcance comenzó a dar barretazos, que fueron unánimemente aprobados por los testigos de su labor. Era este trabajo el mejor derivativo de la ardorosa pasión de esos muchachos. Allí se gastaban sus fuerzas de destrucción; en el suelo duro que apenas cedía a cada

golpe del hierro. Pero había una noble esperanza: concluir más pronto con la hectometre.

Cuando los barretazos cesaban o alguno que velaba de guardia en el patio imponía silencio, los rostros palidecían por la emoción. Entonces llegaban hasta allí, duplicados por la resonancia, los ruidos de caballería en la calle, los golpes de los sables o la voz del centinela de la puerta falsa de la Moneda. "¿A cuántos estarán azotando en este momento?", preguntaba Valverde. Y todos inclinaban la cabeza y con fiebre en la sangre menudeaban los golpes que iban abondando la entrada. Al amanecer, cuando la campanita de las Agustinas llamaba a la primera misa, Jorge recordó con tristeza a la niña. Se contentó entonces con recoger en el jardincito algunas violetas dispersas que juntó contra su pecho.

—Mi señor don Fermín, felices los ojos que lo ven!

—Aquí me tiene usted don Servando, echando siempre de menos a los amigos. Usted ve, lo que yo le decía, la revolución va agonizando sola. Si es inútil; si para algo sirve saber historia, mi amigo; yo fui revolucionario el 51 y me fué mal; volví a serlo el 59 y me fué peor. En Chile guapará siempre el Gobierno; y uno debe estar con el que gane...

—Santas palabras, mi señor don Fermín. Usted es un hombre de orden...

—Y de autoridad. Y lo soy por experiencia... y conveniencia, que es lo que más vale. Ahí está el pobre don Belarmino, con sus años y sus merecimientos. Dicen que lo han pillado pasando de nuevo la cordillera en su tierra y que cayó en manos de Stephan. No le arriendo la ganancia.

Y don Fermín paladeó una tras otras dos copitas de pisco peruano y salió con la pupila brillante, contento de haber discurrido bien y gozar de una tranquilidad de digestión que hacía años había perdido. Cuando el coronel, después de atravesar el puente apurando su tercer cigarrillo de hoja, pasó frente a una comisaría que habían improvisado en esa parte, escuchó claramente al través de las ventanas el chasquido de unos azotes y quejas reprimidas de la víctima. Se llevó instintivamente la mano hacia la

parte en que resonaban en su propio cuerpo esos golpes, y sonrió satisfecho: "Hay que estar con el que gana..."

Sus amigos o compañeros, los pensionistas, iban desapareciendo poco a poco. "Yo creo que estos diablos se están marchando al norte", decía con temor no exento de admiración el viejo. Y, en realidad, unos se iban a reunir con las fuerzas revolucionarias, según sus medios, y otros partían en diversas comisiones.

El frío arreciaba y agosto había hecho un extraño despliegue de una nevada en Santiago. Los obreros del túnel vieron caer sobre el gran pino y quedar todo ese día en el estrecho y sombrío patio una capa blanca y dura que destellaba al sol. Pero, en realidad, el trabajo cundía poquísimo. Apenas terminado el pique, comenzaba entonces sólo a aparecer la entrada de la galería. Valverde anunció una noche que al día siguiente se alejaría de Santiago en una misteriosa comisión de la cual se oiría hablar. Tenía los ojos ardientes de fe y entusiasmo. "Ha llegado la hora; todo se precipita. Pueda ser que ustedes terminen antes y eviten mucha sangre." El trabajo se redobló durante dos semanas y pudo avanzarse algunos metros.

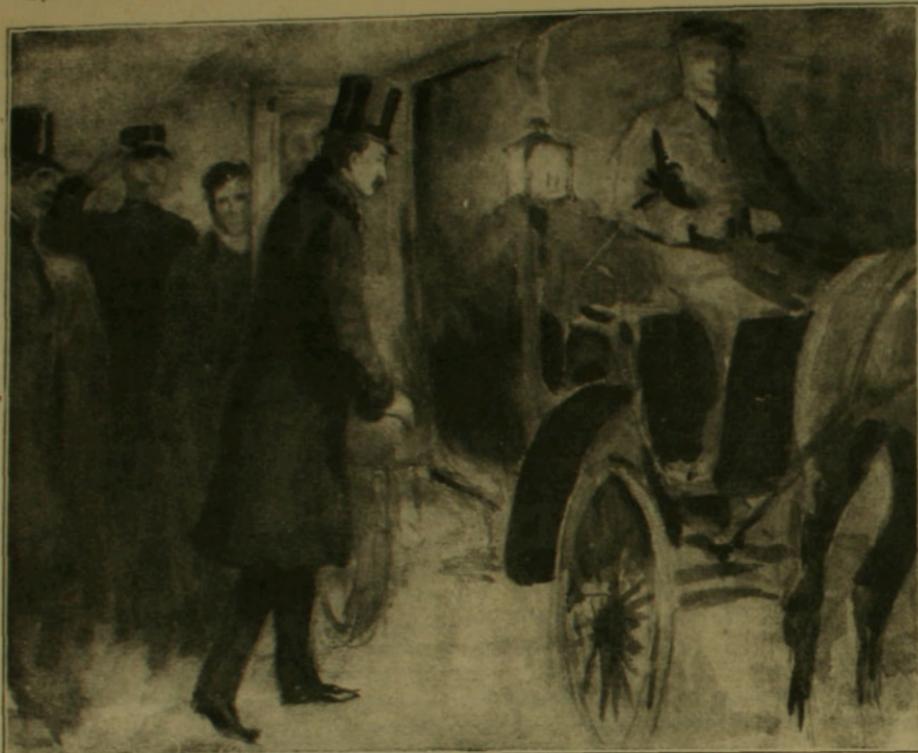
Entretanto, la loca montonera formada por un grupo de adolescentes hermosos y arrogantes, montaba a caballo en los campos del oriente de la ciudad y una mañana de alba, al son de un clarín marcial, se ponía en camino. Eran los heraldos de los revolucionarios que en esos mismos instantes trataban de desembarcar su ejército en las márgenes del Aconcagua. Movidos por esa idea generosa de abreviar la lucha fratricida corrían el más grave de los peligros: la venganza del régimen que se desploma, en que ya no manda el jefe sino el último subalterno. Denunciados los montoneros, partieron, agazapados, tras de su huella un centenar de soldados: cazadores avezados tras de la bandada inconsciente de pájaros. Como los otros que labraban el túnel bajo tierra, éstos abrigaban mil proyectos que el tiempo no les permitiría madurar siquiera. Pero sus pasos eran seguidos en la sombra y el eco de ese clarín denunciador que gorjeaba en las altas ramas hacía sonreír al

jefe del pelotón armado, que hacía la puntería sobre mampuesto. En efecto, poco después de llegar a Lo Cañas los muchachos se desmontan libres de temores. Entre ellos había una media docena de Libres y dos o tres de los pensionistas que conocía el coronel y había echado de menos. Estaban contentos respirando el aire de la mañana cuando se vieron rodeados. Aquí y allá, en torno del huerto, un disparo denunciaba el asalto en regla. La lucha era imposible.

Valverde disparó su escopeta y la arrojó desfallecidos. Algunos tiros de revólvers repiquetearon en el bosquecillo y fueron escapando los perseguidos uno a uno para buscar más seguro refugio entre la abundante maleza de los rincones de la arboleda.

Valverde quedó oculto en un extremo cerca de la tapia de adobes, tras de un matorral de zarzamoras y biznagas. Desde allí escuchó el grito desgarrador de su jefe, que agonizaba bajo el suplicio de los bayonetas. ¿Cómo correr en su defensa? Eran tan pocos y tan débiles. Pronto otro clamor angustioso le reveló una nueva crueldad. Afortunadamente el lamento fué cortado por un disparo breve y salvador. Pero he aquí que vuelven a resonar otros más cerca, tristes como llanto de niño, invocando piedad, nombrando a la madre, rezando. Más lejos nuevos clamores y disparos. El joven se pone entonces de rodillas, junta sus manos, eleva sus ojos al cielo azulado y evoca en ese último momento todos sus recuerdos. También había en el fondo de su alma una imagen de niña que había querido mantener ahogada mientras su patria sufriera la tortura de la guerra civil. Pero ahora ella vuelve y se acerca a acariciar la frente afebrada del soñador que ha ofrecido su vida en holocausto.

Después de la carnicería, los soldados corren por el huerto buscando gallinas para su almuerzo. Uno se acerca hacia el sitio en que está oculto Valverde; lleva la bayoneta hacia adelante para atravesar el pájaro que corre aleteando. La gallina viene seguramente al rincón, avanza, se aproxima y de pronto salta asustada porque le ha visto. El soldado escucha sorprendido y Valverde ve sus ojos escrutadores al través de las ramas. Esos ojos han visto, ciertamente han visto; pero han consentido en no ver. El soldado se aleja persiguiendo otra ave y todo queda en silencio. Un rato después una columna de



Cuando esa tarde el Presidente, pálido y enflaquecido, subía a su coche, para dirigirse a los campos de batalla.

humo se alza no lejos de allí: las casas arden y se desploman.

Los conspiradores habían salido de la activa jornada del túnel cuando supieron al mismo tiempo que las tropas de la revolución habían desembarcado y que el grupo de muchachos amigos había sido destrozado en Lo Cañas. En la lista figuraba Valverde y Jorge lo lloró como perdido. Cuando esa tarde el Presidente, pálido y enflaquecido, subía a su coche para dirigirse a los campos de batalla, los jóvenes comprendieron que el trabajo ejecutado era inútil. Todo aquello se desmoronaba.

Uno de los conjurados se encargó de avisar a don Fermín que su casa estaba ya desocupada. El pozo había sido cubierto de nuevo con las tablas y perfectamente corrida la alfombra.

La noche había sido una verdadera pesadilla para Jorge. La aparición de Valverde

envejecido, la narración llorosa y conmovida del drama sangriento, los rumores de victorias decisivas de la revolución, las locas carreras de soldados en la calle, el paso de tropa; todo aquello, revelador de grandes novedades, impedía cerrar los ojos. Pero al amanecer el sueño lo rindió. De pronto, acordes militares que el vecindario no escuchaba desde hacía tiempo, resonaron afuera. Era una marcha alegre que acompañada de voces humanas venía aproximándose. Mientras se acercaba el rumor, Jorge saltó de su cama y trató de vestirse precipitadamente. Pero antes de salir a su ventana pudo divisar a los zapadores, cuyos músicos llevaban la cinta roja de los revolucionarios al brazo, que desfilaron rodeados de pueblo. La multitud saltaba y tiraba los sombreros al aire vivando a la oposición y dando atroces y enronquecidos mueras al Gobierno. Valverde, que vivía a dos cuadras de distancia, llegaba al mismo tiempo gritando: "¡Triun-

fo! ¡Triunfo! Balmaceda se ha marchado y entregado el poder a Baquedano. El pueblo saquea. Hay que contenerlo. Esto sería manchar nuestra victoria. Vamos de prisa." Y los nobles muchachos salieron a la vereda y corrieron con gente de todas clases que también avanzaba anhelante, sin rumbo fijo, bifurcándose en las esquinas.

Entonces pudieron ver el espectáculo de la muchedumbre sin freno y sin autoridad. Parecía que centenares de hombres habían estado recogidos durante ocho meses, esperando esta hora de la venganza y de la rapiña. Corrían cerca de las murallas con la vista baja, arrastrando una alfombra de Esmirna, cargando sobre el hombro un colchón, envueltos en una cortina de brocato rojo, apretando entre los brazos y contra el pecho objetos menudos vaciados de los cajones del escritorio o de la cómoda. Tras de ellos, mujeres y niños ayudaban silenciosamente a esta gran mudanza que afligía y avergonzaba el alma. Un obrero de cara cínica sonreía satisfecho con el botín de dos almohadas de encajes finísimos que llevaba bajo los brazos y dos jaulas con canarios que suspendía trabajosamente en cada mano. Por todos lados, en los cruces de las calles, en las puertas-cocheras, se veía ya la acumulación desordenada del botín y del destrozo: el respaldo de una silla, una jardinera de porcelana quebrada, plantas fuera de la tierra, jirones de seda, cintas, cuadros rasgados a golpe de cuchillo y lámparas. Valverde se indignó al descubrir a un muchacho que estrechaba en torno de su cuerpo juvenil semi-desnudo un corsé elegantísimo y otras prendas femeninas arrancadas a la intimidad de una alcoba.

Pero es preciso atravesar corriendo la calzada: por ella baja, en medio de petardos y seguido de un grupo de granujas, un carruaje sin caballos, empujado por una docena de hombres, lleno de mujeres de mala vida que gritan y chillan porque los asaltantes tiran al interior cohetes encendidos. Al llegar a la esquina se estrella con un grupo enfurecido que arroja piedras y da golpes encima de la carrocería; las mujeres salen atemorizadas por las ventanas y una llamada asoma pronto en el techo. La banda de músicos vuelve de nuevo engrosada por centenares de personas, algunas de las cuales enarbolan plumeros como símbolo del saqueo. Un viejo barbón muestra con una ban-

dera en el extremo de una quila, la casa de un gobiernista y la muchedumbre se lanza contra la puerta con una viga de madera que funciona como ballesta. Inútilmente la banda sigue su paso redoblado y toca la canción de Yungay; el pueblo se ha cegado ya, y como el portón no cede hacen saltar los balcones y penetran por ellos arrojando luego las sillas y otros objetos a la calle. Los dos amigos gritan inútilmente y desesperados huyen de ese sitio.

A la vuelta de la esquina unos individuos regalan a dos mujerzuelas ropas de batista de hilo finísima con cintas, una botella de vino y diversas piezas de plata. En la vereda dos hombres del pueblo quiebran los galletes a frascos de Tokay, de Oporto y de viejos vinos franceses sacados de las bodegas, beben hasta saciarse y ofrecen el resto a los transeúntes. Más lejos la calle está llena con toda la armazón y papeles de una librería simplemente destruida.

Una aglomeración en una esquina aclama a un jefe de la oposición que ha sido reconocido. Pero el saqueo sigue devastador e infame, sigue como una corriente silenciosa de gente que no pierde tiempo en hablar o en gritar, que pasa cerca de los muros cargada de botín, larga fila de ladrones que bajan los ojos o miran a los que protestan con resolución inquebrantable de continuar robando sin disputarse con nadie. Algunos más fuertes que otros, roban a los saqueadores y éstos no se quejan siquiera para no perder tiempo, regresan al punto de partida y buscan camino más seguro. A cada instante una nueva escena sorprende a Valverde y a su amigo. Un muchacho ebrio lleva la cabeza cubierta con plumas y grandes cintas y mareba del brazo de otro que ostenta un gran sombrero de copa. Y la corriente callada, continúa desenrollándose como una culebra obscuro en todas direcciones; hombres encorvados bajo el peso de la carga, mujeres de rostro ávido, viejos con miradas fulgurantes. Los acordes militares se acercan o alejan y las exclamaciones vinosas comienzan.

Llevados y traídos por la muchedumbre, los jóvenes iban cerca de la Moneda cuando un grito conocido hirió al mismo tiempo sus recuerdos: "¡A la casa del coronel Moncada!", gritaba enfurecido el mozo del Bar del Cambio; el mismo que conocía de cerca la bondad del viejo y había recibido

numerosas propinas junto con algunos adjetivos duros. Y a pesar de que Jorge corrió velozmente seguido de cerca por Valverde, ya los descamisados habían comenzado a palanquear el portón y el mismo don Fermín, demudado, aparecía suplicante en el umbral.

Lorea abrió los brazos y se colocó resueltamente en la puerta. Valverde arengó a los que llegaban en auxilio de los saqueadores y fué reconocido inmediatamente como revolucionario. Pero muchos clamaban que el coronel había sido impenitente dictatorial y que además, había contribuido a las persecuciones y a los azotes. “—No, señores,—gritó entonces Lorea,—el coronel era opositor y lo habíamos dejado en las oficinas de la Moneda porque convenía para la causa. ¡Y quieren la prueba? ¡Que venga una comisión y yo le mostraré el túnel que abríamos entretanto para llegar hasta la casa de Balmaceda y hacerla volar!”

Don Fermín tembló al ver que la muchedumbre aceptaba lo que estimó fantasía del joven y que dos o tres descamisados se destacaban para ver el túnel. Todos entraron no sin asegurar bien la puerta y después de remover la alfombra del comedor quedó a la vista la entrada del pozo en medio de la admiración de los saqueadores. “¡Bravo, coronel Moncada, usted es uno de los nuestros!” “—Es claro, decía don Fermín, yo no me he equivocado nunca.” Y apenas desvanecido el peligro, Moncada, abrazando a Jorge, exclamaba: “—¡Cómo diablos me engañaron por medio de ese inglés! Ahora necesitare meter toda esa tierra que me han dejado acumulada en el patio de adentro. ¡Qué muchachos!”

Valverde se acercó solemnemente al viejo y le dijo:

—Sea usted más agradecido y franco y diga: ¡Qué yerno!

—Ya lo diremos. Mañana llega la Rafaela.

Cuando Jorge se alejaba del brazo de su amigo lleno de satisfacción por el desenlace de su vida, vieron una riña de ladrones ebrios en medio de la Alameda en torno de algunos cestos de ropa. Se golpeaban y arañaban bárbaramente hombres y mujeres, rodaban por el suelo y se desgarraban sus propios vestidos, hasta que acudieron algunos guardias del orden y apartaron a culatazos de sus rifles a esos buitres del despojo. El vino comenzaba a encender las cabezas y aquí y allá en el silencio que cayó con la tarde sobre la ciudad se desgranaban los disparos.

Cuando el joven subía la escalera de su casa vió que su vieja sirvienta doblaba en el suelo del vestíbulo algunas prendas robadas. Como le hiciera una reflexión a esa mujer, que era buena y honrada, exclamó con acento convencido y respetuoso: —¡Déjeme, señor! ¡No ve que es hoy el día de los pobres?

Pero con más razón iba a ser el siguiente el día del amor.

Doña Rafaela descendía del tren suspirando como siempre: “¡Ay! Dichosos los que están en el cielo gozando de la presencia de Dios para siempre!” Matildita vió con gran asombro que don Fermín empujaba hacia ella a su novio.

Ya Jorge no se atrevió a formular su pregunta sobre dónde había sido lo de Perico; era dueño y no necesitaba de investigaciones inquietantes.



Don Carlos Silva Vildósola escribe desde Suiza...

El nombre de don Carlos Silva Vildósola se ha impuesto ya como el de uno de los periodistas más eminentes de habla castellana. Cuanto a él toca tiene un alto interés para los chilenos.

En Inglaterra, Estados Unidos y en nuestra América latina sus artículos son reproducidos frecuentemente. Su colaboración es solicitada por las mejores publicaciones francesas e inglesas. "Pacífico Magazine" se ha honrado con su firma.

Actualmente vive en Suiza, cerca de Lausanne, en el precioso chalet que aparece en la fotografía que reproducimos.

Ultimamente uno de nuestros compañeros de trabajo y fiel amigo del señor Silva Vildósola, recibía una extensa carta de la que entre sacamos los siguientes acápites:

"Nosotros nos vinimos a Suiza a fines de noviembre para no tener que pasar yo los meses de crudo invierno en Londres o París cuyo clima no me conviene. Hemos pasado un mes en la montaña, es decir, en los Alpes, donde se hacen sports de invierno a

rros que dominan el lago, a unos trescientos metros de altura sobre este último, entre viñas y árboles, con una vista soberbia que abarca todo el lago, las montañas nevadas y las colinas verdes. Al pie, en la ribera del lago, hay una aldeita muy vieja, centro de nuestra comuna, con un castillo y una iglesia de torres puntiagudas en unas callejuelas tortuosas.

Es una especie de nido encaramado en un montículo para llegar al cual hay que subir más de veinte metros desde el camino a través del jardín en pendiente.

Tiene cinco piezas que se abren a la luz y al sol por todos lados. Me he arreglado un cuartito para trabajar, con viejos muebles suizos que son sólidos, pesados, con aire campesino, como hechos con instrumentos de leñadores.



que me he aficionado mucho, lo mismo que mi mujer. Con esto tengo mis bronquios en perfecto estado y espero que pasará un invierno sin tropiezos. Entretanto, trabajo mucho, no sólo para "El Mercurio" sino además otros me pidieron un estudio sobre la opinión pública en Chile respecto de la guerra para una publicación francesa, y ahora un trabajo sobre Shakespeare para un libro que se publicará en Inglaterra en conmemoración del tercer centenario de la muerte del gran poeta. Todo esto me ocupa mi tiempo por completo y aquí en mi retiro de Suiza trabajo mejor que en las grandes ciudades.

No sé si te he hablado de la casita que tenemos en los alrededores de Lausanne desde poco antes de la guerra. Está situada ● seis kilómetros de la ciudad, sobre los ce-

En fin, te incluyo una tarjeta postal en que se ve la casa, aunque no se ven los colores que son lo mejor. Los propietarios, gente encantadora que nos quiere mucho y nos cuida la casa cuando nosotros viajamos, ocupan el primer piso y nosotros el resto. Un día de éstos voy a tomar fotografías de la casa vista más de cerca para enviártelas. Hov no puedo; está nevando furiosamente desde hacen dos días y en cuanto salga el sol y todo brille como plata bruñida, tomaré unas vistas".

Carlos Silva Vildósola



Boonen *Boonen*

El General Boonen Rivera

Por

ARMANDO DONOSO

Con fotografías

Libros, libros y más libros: en pequeñas estanterías arrimadas a los muros, en grandes muebles, sobre la mesa de trabajo; en una pieza cercana donde un ayudante escribe; en el cuarto contiguo; en los rincones y hasta sobre las sillas. De variados tamaños: pequeños volúmenes en rústica, libros regordetes en todos los idiomas, folletos dispersos, novelas, obras de historia, tratados militares: Julio César y Macaulay, Barros Arana y Vicuña Mackenna, Ollivier y Moltke, Pérez Galdós, Bulnes, Gutiérrez; baterías de volúmenes alineados por materias. Cubriendo las paredes del escritorio cuadros que representan ora la proclamación del imperio alemán en la sala del palacio de Versailles, donde destacan sus uniformes brillantes el rey de Prusia rodeado de todos los reyes alemanes y cerca del estrado del trono las figuras de Moltke y Bismarck; escenas de la guerra del 70: la capitulación de Sedán, y la pequeña tela donde aparece un parlamentario francés que se acerca a Guillermo I. Directamente sobre la mesa de trabajo, desde lo alto en el muro, el retrato de Bonaparte domina en aquella sala que al instante denuncia la morada de un militar; no muy lejos, el de Moltke y en un rincón el de Guillermo el Grande. Por aquí y por allá, dispersos, colgados, varios grupos fotográficos: uno representa numerosos militares extranjeros, entre quienes se ve, en primera línea, al general; en el margen, se puede leer: Kaiser Manöver, 1892. Otro es una fotografía tomada también en las maniobras alemanas. Entre ambos una instantánea borrosa del Presidente Roosevelt y del general. Entre los libros y sobre las estanterías, balas de todos tamaños: de rifles, de ametralladoras, de cañones; partidas longitudinalmente, dejando ver sus mecanismos de relojería.

De pronto resuenan los pasos firmes y acompasados del general que se acerca por

una de las galerías. Ya llega; ya está aquí. Entra a su sala de trabajo, cierra tras él la puerta y mientras raspa una cerilla para encender un cigarro, nos invita a sentarnos cerca de él. De estatura más que regular, grueso, de anchos hombros y fiero rostro: en su frente espaciosa y muy cerca de la sien derecha, muestra la cicatriz profunda de la bala que estuvo a punto de arrebatarle la vida en un duelo. Quien le ve no se siente dispuesto a compartir su charla; aparentemente se os figura un hombre de carácter duro, de ademanes bruceos, de gestos impertinentes. El error se desvanece bien pronto si le escucháis un momento: cordial, amable, sencillo, descubrirá inmediatamente en él quien le trate un carácter franco y un corazón bondadoso. Su verba es fácil, precisa, espontánea: habla sin poner en ella el ademán de ningún esfuerzo. Luego en ese fluir de sus ideas se advierte al hombre de selecta erudición: la cita es siempre oportuna, el razonamiento lógico, el recuerdo feliz. Sus conocimientos históricos, geográficos y militares son completos: a cada instante, mientras habla, se levanta de su asiento para tomar un libro de sus estanterías y verificar la autenticidad de un nombre o de una fecha u ojear un atlas a fin de mostrarnos una región o una ciudad.

—General, le decimos al iniciar nuestras preguntas, es corriente la idea de que su apellido es de origen inglés y de ello proviene la errada pronunciación del público que lee la doble o como u, siendo que Boonen es de origen tan flamenco como Waterloo.

Y él nos responde inmediatamente:

—Exacto. Mi familia es de origen flamenco, pero aquella parte flamenco que perteneció a los Príncipes Obispos de Lieja, que formaban parte del Santo Imperio Germánico. La familia Boonen estaba establecida

en Saint Trond, más de trescientos años, ciudad ésta que está muy cerca de Tongres y que figura en los Comentarios de Julio César. Fué una de esas familias flamencas que nunca quisieron aceptar títulos de nobleza. La primera mención que se hace en la tradición histórica de algún Boonen es formando parte del contingente flamenco o del contingente del Limburgo que, unido a las fuerzas flamencas a las órdenes de Pedro Corrine en la batalla de las Espuelas de Oro (Courtray 1302) estableció la superioridad de la infantería sobre las masas de la nobleza francesa, hecho que, confirmado por las batallas



El primer retrato del general: su madre, doña Urzuía Rivera de Boonen, le tiene en su falda junto a una hermanita

de Cressy y Azincourt, de la Guerra de Cien Años, entre Francia e Inglaterra, produjeron una profunda evolución en el arte militar, dando origen a la creación de los ejércitos permanentes que sustituyeron a la nobleza desorganizada, indisciplinada, que hasta entonces había tenido a su cargo la defensa de la patria.

—¿En qué época vino por primera vez alguno de sus antepasados a América?

—Mi padre llegó a las costas de la América del Sur a bordo de la "María Luisa", buque de guerra belga que vino a presentar a las Repúblicas de la costa del Pacífico la bandera del nuevo Reino, constituido en 1830, entablando con ello las primeras relaciones comerciales. Recuerdo que mi padre me contaba que, habiendo arri-

bado al puerto de Cobija, quiso el buque saludar la bandera boliviana y no lo pudo hacer, consignando ésto en el libro de Bitácora, porque el saludo no pudo ser contestado desde tierra a pesar de la buena voluntad de las autoridades bolivianas, por haber sido internados los cañones de que disponían a fin de vitar que los peruanos se los tomaran. Tengo en mi poder un libro que me ha sido obsequiado por uno de mis alumnos de la Academia de Guerra, el teniente coronel Cañas Irarrázaval, que está dedicado a mi padre como un recuerdo de su sangre fría al doblar el Cabo de Hornos en una tempestad espantosa, que no le impidió subir al puente a fumar su cigarro como de costumbre. La obra es de Marnier y perteneció a la biblioteca del doctor Delfin, de Valparaíso. La dedicatoria dice así: "Eduard Boonen, Doublant le Cap Hoorn a bord de la Barque Belge Ambiorú le 18 Marz 1847 par un tempéte efroyable a qui ne lui a pas empeche de fumer son cigarre sur le pont". Mi padre se estableció allá por el año 51 en Valparaíso; hizo buenos negocios y se casó con mi madre, hija del general don Juan de Dios Rivera y de doña Rosario Serrano, estableciéndose definitivamente en Chile, que no abandonó hasta 1870 para ir a ver a su familia y llevándome a mí al colegio. El general Rivera, que ha sido una figura desconocida en la Historia de Chile, hizo todas las campañas de la Independencia; era íntimo y primo hermano del general Freire y fué su colaborador en las campañas contra Benavides, en la pacificación del territorio que es hoy la provincia de Concepción y Bío-Bío. Doña Rosario Serrano, mi abuela, fué de las mujeres patriotas que estuvieron en el sitio de Talcahuano por Benavides, donde ella recordaba que tuvo que entregar su refajo de lana para tacho de cañón.

—Cuando fué llevado usted, general, por su padre a Europa en 1870, ¿se quedó en Bélgica en algún colegio durante muchos años?

—Sí; fui colocado en el Ateneo Real de Bruselas, donde estuve tres años practicando mis estudios. Recuerdo que, entre mis compañeros de armas, fuí muy amigo con Priam Nothomb, hijo de un Ministro de Estado y que ahora acaba de publicar esos manifiestos tan hermosos sobre la cruel situación porque atraviesa Bélgica en estos momentos. Después estuve dos años, hasta la entrada a la Escuela Politécnica de Bruselas en casa de Mr. Salkin, profesor de física en la Escuela Militar y en la Universidad de Bruselas, que admitía a cinco alumnos por año. En ese período mis compañeros de aula fueron el marqués de Fleurizone, Jorge y Carlos Moncriff-Wilson, jóvenes ingleses que venían a aprender el francés al continente, hijos del presidente de la gran Compañía de Seguros "The Queen" y muchos otros que el día de hoy figuran en las filas del ejército belga o en su Cuerpo Diplomático. Con los Moncriff-Wilson pasé el verano, los meses de julio y agosto de 1874, en Esco-

cia y pude ver lo que era el lujo y la cordialidad de los magnates ingleses. Los señores Wilson eran dueños de una granja que se llamaba "The Granite Farm", cerca de Aberdeen, en el extremo norte de Escocia: el programa diario era suficiente para agotar las fuerzas del más fuerte, pues consistía en cacerías de zorro, pesca de salmón, juego de croquet por la mañana; paseos de a caballo o en coche en la tarde; banquete a las ocho y cuarto de la noche y baile en seguida hasta la una de la madrugada. Pero la cordialidad era tanta y el ambiente era tan simpático que esos días pasados los recuerdo entre los más agradables de mi vida. En 1875 entré en la Universidad, a la Escuela Politécnica, a la cabeza del curso, y en 1877 vine a ver a mi familia a Chile, debiendo regresar en 1878; pero mi estada aquí se prolongó hasta los comienzos de la guerra del Pacífico. Entonces se hallaba de Ministro de la Guerra mi tío político don Cornelio Saavedra, el pacificador de la Araucanía, quien, deseoso de que los jóvenes de la familia hiciéramos la camapaña y haciéndome presente que tendría muchas cosas que contar a mi regreso y que la guerra sería corta, me hizo ingresar de subteniente al regimiento Coquimbo, que organizaba el comandante don Alejandro Gorostiaga. Me incorporé al batallón Coquimbo a mediados de ese mismo año; como compañeros de Santiago tuve a Luis Larraín Alcalde, muerto en la batalla de Chorrillos, y a Francisco Ariztía Pinto. El resto de la oficialidad se componía de los jóvenes más distinguidos de La Serena, y sus familias nos hicieron una acogida que nunca podríamos olvidar. ¡Qué agradable era la sociedad de La Serena en esa época, y cuán distinguida! Las familias Astaburuaga, Varela Muñoz, Munizaga, Edwards, Valdés Magallanes, todas a porfía nos colmaron de atenciones y la despedida del batallón, cuando se embarcó en los primeros días de octubre para ingresar al ejército de operaciones, fué un acto que todavía se recuerda en La Serena y que demostró la altivez del patriotismo de esas conspicuas familias que entregaban sus hijos para recibir, como dijo en una solemne ocasión Isidoro Errázuriz, las frías caricias de la muerte antes de entrar a la vida pública...

—¿En el batallón Coquimbo hizo toda la camapaña del norte?

—No; del Coquimbo, en el cual asistí a la batalla de San Francisco o de Dolores, como la han designado, pasé al regimiento de artillería número 2, por pedido de su entonces comandante don José Velásquez, a quien había conocido en la hacienda de Colcura... En el regimiento número 2 de artillería asistí a las batallas de Taena, Chorrillos y Miraflores, y durante nuestra permanencia en Taena hice, en compañía del actual general señor Silva Renard, la expedición de Ticaco, a las órdenes del coronel don Orozimbo Barboza. En Ticaco hicimos prisioneros a Pradito, hijo natural del Presidente Prado del Perú, y que, como un héroe, defendió solo

el paso de un desfiladero contra una compañía desplegada del regimiento Lautaro y que debió su vida a la sangre fría con que en el momento en que uno de nuestros soldados le iba a hacer fuego a quemar ropa sacó su reloj del bolsillo, se lo arrojó y el roto por pelotear el reloj no lo mató, dando tiempo con ello a que llegara un oficial del Lautaro y lo tomara prisionero... Después de Chorrillos y Miraflores recuerdo que, durante la ocupación de Lima, tuve que mostrar los campos de batalla de Chorrillos y Miraflores al almirante Sterling, que enarbolaba su insignia a bordo del "Triumph", y que ha-



Retrato de la época en que fué llevado por su padre a Europa.

bía destacado dos de sus oficiales, el comandante Acland y el teniente Curry Brenton, que, respectivamente, estuvieron en las filas chilenas y peruanas y en compañía de los cuales y con el alférez don Alberto Bravo Vizenaya, llevamos al almirante a San Juan, Miraflores, Magdalena, Salto del Fraile, Santa Teresa, oyendo nosotros las explicaciones que al almirante daban los oficiales nombrados e imponiéndonos de lo que el teniente Curry Brenton contaba sobre los preliminares de la jornada de Chorrillos. Recuerdo que decía Curry Brenton que Piérola nunca dudó de que nos estrellaríamos de frente contra las posiciones elegidas por él, evitando envolverlas por su ala izquierda como era posible y lo había demostrado el Ministro de Guerra en campaña, don José Francisco Ver-

gara. Según esos recuerdos, Piérola estimaba tan fuertes las posiciones de su ejército que, conversando con altos jefes peruanos, les había manifestado que bastaría con que sus soldados se comportaran un poco mejor que mujeres para rechazar nuestro ataque, pero que cometió el enorme error de hacer confesar a los indios que constituían la mayoría de sus fuerzas y como éstos solo se confiesan en artículo de muerte, se dieron por perdidos desde el primer momento. Esa depresión de ánimo de la mayoría del ejército peruano y la enorme extensión mal guarnecida que abarcaba su línea, frente a la superioridad moral que daba la resuelta ofensiva del ejército chileno, fueron los dos factores principales de las dos importantes victorias de Chorrillos y Miraflores. La batería en que yo formaba parte era mandada por el capitán don José Antonio Errázuriz Ortúzar, quien había reservado un par de guantes blancos para usarlos el día de la batalla, y teniente de la batería era el actual general don Roberto Silva Renard. Yo tuve a mi cargo la sección de la derecha y desde una pequeña altura situada al sureste de Villa Cañoncamos energicamente pero a larga distancia las líneas peruanas de San Juan y en seguida las del Salto del Fraile. Durante la batalla pasaron por nuestra batería don Patricio Lynch, comandante de la primera división; don Gregorio Urrutia y el comandante de la primera brigada, que después ha sido general, don Domingo Amunátegui, quienes aplaudieron la aparente eficacia de nuestros fuegos y la brillante actitud del capitán don José Antonio Errázuriz. A las 4 de la tarde, más o menos, el capitán hizo tocar diana para saludar al general Baquedano que pasaba a corta distancia de donde nos encontrábamos y poco después se instalaba la batería al oriente de la escuela de cabos y a las puertas de Chorrillos, en los momentos en que la batalla había cesado y en los que empezaba el incendio de Chorrillos por los dispersos, tanto chilenos como peruanos, que fueron los causantes de la destrucción de esa hermosa localidad y que fué imposible evitar a pesar de las energicas medidas que se trataron de tomar por la falta de elementos para combatir el fuego y por el peligro que envolvía el acercamiento a las casas, donde soldados ebrios, tanto chilenos como peruanos, no reconocían a sus jefes y oficiales.

Después de haber llevado al almirante Sterling, en compañía del alférez Bravo, a los campos de Chorrillos y Miraflores, a mediados de febrero, y con permiso del general Baquedano, vine a Santiago llegando hasta Coquimbo nada menos que a bordo del "Triumph", ya que el almirante había sido tan obsequioso para traerme en su buque hasta Coquimbo, como dejo dicho. Comandaba el "Triumph" el capitán de navío Markham, que había sido el compañero y segundo en la expedición de Nares, al Polo Norte y que durante mucho tiempo fué el

individuo que había alcanzado la mayor latitud norte, pues esa expedición penetró por la bahía de Baffin. Markham me contó cu- riosos detalles de esa renombrada expedición: entre ellos recuerdo las penas que había impuesto a la partida expedicionaria, que en trineos trató de alcanzar el Polo, un barril de cerveza obsequiado por la ciudad de Dublin para que se bebiera en la más alta latitud que alcanzara la expedición y que los obligó a veces andar hasta una milla en veinticuatro horas debido a la dificultad del arrastre; pero, que cumpliendo con el obsequio de los obsequiantes, había sido bebido en el confluente donde llegaron. El mismo Markham es el que después, siendo almirante, segundo jefe en la escuadra del Mediterráneo, tuvo la mala estrella, cumpliendo de las órdenes del almirante Tryon, de embestir con el espolón al buque almirante inglés "Victoria", y que originó un proceso ruidoso allá por el año 92 o 93 en Inglaterra. Al almirante Markham he tenido oportunidad de verlo en Londres en 1894 y en 1909; él recordaba siempre su estadía en las costas de Chile y la visita que hizo a Santiago en 1891.

—Durante esa su estadía en Santiago, ¿fué destinado a algún nuevo servicio en el Ejército o volvió pronto al norte?

—Estando aquí, en Santiago, en 1881, pasé como teniente al regimiento sexto de línea Chacabuco, que se había fundado sobre la base del de guardia nacional movilizadísimo Chacabuco, que tanto se había distinguido en la campaña a las órdenes del coronel don Domingo de Toro y Herrera. El regimiento de línea Chacabuco lo organizó el coronel don Marcial Pinto Agüero y en octubre de 1881 el primer batallón fué enviado a reforzar la guarnición de Lima, dejando los cuadros de dos compañías acá, que, a las órdenes del 2.º jefe señor Quintabala, fueron enviados a Tarapacá en noviembre a oponerse a una supuesta invasión de fuerzas bolivianas que se dijo iban a bajar por la quebrada a Tarapacá y que al ver que no había nada de efectivo fueron llevados a Lima a incorporarse a su regimiento. El Chacabuco, en 1882, formó parte de la división que, a las órdenes del coronel don Estanislao del Canto, recibió orden de despejar la línea del Orova y de ocupar Tarma, Jauja y Huancayo, a cuyas puertas, en el combate de Pucará, batió a las fuerzas peruanas que habían estado amagando las sierras y que en un momento habían llegado hasta Maturana. Concluida la expedición al interior la división recibió orden de regresar a Lima después del ataque de nuestros puestos avanzados en Zapallanga el domingo 9 de julio de 1882. El comandante Pinto, que tenía destacada una compañía del Chacabuco en Concepción, tuvo la intuición del tremendo ataque que iba a tener que sufrir esa compañía, y que nos valió el inmortal episodio de La Concepción. La preocupación del comandante Pinto por su fuerza destacada sólo se calmó cuando, a las 4 de la tarde, más o



Salida del Batallón Coquimbo de Antofagasta en 1879. El general aparece en segunda fila, marcado con el número 15.

menos, de ese día, llegó el correo de Lima que, habiendo pasado por Concepción más o menos a las 12 del día, traía el parte del teniente Carrera de que no había novedad en esa plaza. Ese mismo correo traía en su valija los despachos del capitán don Ignacio Carrera Piato, quien fué dado reconocer la orden del cuerpo precisamente en los momentos en que comenzaba su sangrienta e inmortal defensa del cuartel que se desplomó sobre sus hombros, incendiado desde la torre de la iglesia y en el cual, sobre sus ruinas, quedó flameando la bandera izada por él y que ninguna mano enemiga logró ultrajar. Ese mismo correo había traído mi nombramiento de capitán ayudante de la Escuela Militar, que me fué transcrito en la plaza de Jauja después de que habíamos recogido y dado sepultura a los restos de nuestros pobres compañeros y de recoger en La Concepción los detalles de la forma en que se había llevado a cabo ese episodio tan brillante de nuestra historia militar. Me parece que veo todavía la cara de sufrimientos del teniente Montt que, estando herido, fué acostado sobre las brasas ardientes en la plaza de Concepción por los indios salvajes, y la cara de tranquila satisfacción en el rostro risueño de niño, del pobre subteniente Cruz, cuyo cuerpo encontramos como a cincuenta metros del cuartel, al oriente de la iglesia y en el camino hacia Huancayo, y la actitud del teniente Carrera, del subteniente Pérez Canto, de los sargentos Silva y

Rosas, que murieron en la puerta misma del cuartel, cubriendo la entrada con sus cuerpos.

—¡Tuvo que correr usted, general, muchos riesgos personales durante la campaña!

—Oiga usted. Agregado al Estado Mayor del coronel Canto, desde el puente del Oroya, me cupo llevar a Lima, pasando por entre los montoneros que habían sujetado al destacamento del teniente Stephan, las comunicaciones que el coronel Canto enviaba al cuartel general, comisión que cumplí con tres soldados de Cazadores y un cabo y donde llegué a Casapalca y entregué al jefe de Estado Mayor General, don José Francisco Gana la comunicación que me había sido confiada. En compañía del general Gana regresé a Lima, donde fuí recibido por el general en jefe, don Patricio Lynch, a quien hice una menuda relación de lo ocurrido en el interior y que sirvió de base para publicar ese primer artículo sobre el combate de La Concepción que se halla inserto en el diario "La Situación", de Lima.

Muchos y muy variados episodios de la campaña del Norte recuerda el general. Pero no todo se puede decir: hay aún quienes viven y no escuchan con el mismo agrado las verdades que las ficciones. La historia no es a veces una gran justiciera: el tiempo silencia tantas cosas y circunda con rosada aureola las cabezas de mártires, valientes y traidores. La verdad no es fácil de que los vivos la puedan expresar del todo: en cada



Retrato de alférez en el regimiento de artillería Tacna

silencio suele callarse a veces un capítulo entero de la historia que habría bastado por sí solo para que ésta hubiera sido escrita de una manera enteramente diversa. Pero todo no se puede decir y, cuando menos se piensa, llega la muerte y se lleva con ella el secreto de tantas verdades!

Nos refiere el general un curioso episodio de esa su jornada a Lima, cuando se le envió con comunicaciones urgentes desde Oroya. Llegaron por la noche a Casapalca y se asilaron en una casa desocupada, introduciendo las cabalgaduras en las piezas. Pero, he aquí que en un momento de descuido los soldados prendieron una vela, que colocaron tras un postigo de tal modo que si de adentro no se veía su lumbre era para el exterior un faro que los montoneros podían claramente percibir desde las sierras. De pronto y cuando estaban más tranquilos, el general entregado al sueño, sintétese ruido en el exterior: culatazos dados contra la puerta y grandes golpes como intentando derribarla. Unánimemente pensaron todos que no era otros que los montoneros. Entonces el general dió orden para estar alerta, pues tan pronto él abriera la puerta deberían partir, abriéndose paso por entre los montoneros. Si él caía otro se encargaría de hacerse cargo del mensaje. Así discurrían cuando oyeron

afuera voces conocidas y bien pronto cayeron en la cuenta de que se trataba de un destacamento chileno que andaba ea reconocimiento. Grande fué, pues, el gozo del general, de los tres soldados y del cabo, quienes de antemano se tenían por muertos.

—De regreso, general, ¿continuó prestando usted sus servicios en el ejército como durante toda la campaña o se trasladó a Europa a continuar sus estudios que había dejado interrumpidos?

—Continué como ayudante en la Escuela Militar. Allí pude ver de cerca el vacío del plan de estudios del establecimiento en aquella época y las erradas prácticas que se seguían en la instrucción de nuestros futuros oficiales, cuyo bagaje técnico se componía sólo de la ordenanza general del Ejército y de los reglamentos tácticos de infantería, caballería, artillería, aprendidos al pie de la letra sin ninguna aplicación práctica en el terreno. Se estudiaban igualmente rudimentarios elementos de fortificación y los ramos de humanidades y matemáticas que entonces se exigían para el bachillerato; siendo válidos los exámenes de la Escuela Militar, los mejores alumnos optaban por las carreras civiles con desmedro del reclutamiento de los cuadros del Ejército.

Calla un instante el general y, aprovechando la interrupción, le preguntamos:

—¿Fué por esos años cuando emprendió su viaje a España, agregado al personal de nuestra Legación en Madrid con don Patricio Lynch?

—Todavía queda algo por contarle. De la Escuela Militar, y a pedido del general Gorostiaga, el vencedor de Huamachuco, salí como ayudante en el Estado Mayor para el norte, a fin de hacer la campaña de Arequipa en 1883 y al concluir la guerra formaba parte de la comisión exploradora destinada a levantar las cartas de Tarapacá y explorar la Quebrada de Camarones. Me encontraba en la Quebrada de Camarones en septiembre de 1884 cuando fui llamado por el Gobierno para servir de ayudante personal y de agregado al vice-almirante don Patricio Lynch, quien deseaba llevarme en calidad de agregado militar a la Legación de España, a fin de reanudar las relaciones con la madre patria después de la guerra del Pacífico de 1886. La Memoria que presenté al Gobierno sobre la Quebrada de Camarones, límite norte del territorio definitivamente adquirido por Chile, se encuentra inserto en el tomo once del "Anuario Hidrográfico" y ha sido muchas veces comentada en el Senado y discutida por la prensa tanto chilena como peruana. Esa Memoria me captó la buena voluntad del Presidente don Domingo Santa María, con quien más tarde tuve relaciones tanto de servicios como particulares, bastante estrechas.

—¿En qué época partió usted a España, general?

—La misión zarpó de Valparaíso a mediados de octubre en el vapor "Britania"; y acompañaba al vice-almirante en calidad

de secretario don José Toribio Medina, que iba a reanudar en España sus interesantísimos estudios sobre la bibliografía americana y la historia patria en tiempos de las colonias. Oficial de la Legación, o segundo secretario, era don Alberto Solar, y agregado civil don José Luis Lecaros. Durante el viaje, en las largas conversaciones del almuerzo con don Francisco Subercaseaux y con el personal de la Legación, nos contó muchas anécdotas sobre los servicios que habían estado a su cargo en Lima y me insistía a diario sobre la necesidad de estudiar una buena planta de Escuela Militar e institutos técnicos que dieran la instrucción necesaria al arma de artillería y al servicio de Estado Mayor, porque había podido comprobar él los vacíos con que esos servicios habían funcionado durante toda la campaña contra el Perú. Hablaba también el almirante sobre las negociaciones de paz que se habían llevado a cabo y lamentaba que no se hubiera podido realizar el plan de alta política que había perseguido don Domingo Santa María, y que tan duramente es combatido por don Gonzalo Bulnes en su "Historia de la Guerra del Pacífico". Recuerdo perfectamente, ya que después, a mi regreso en Chile, lo oí nuevamente de labios de don Domingo, que las negociaciones secretas que él había iniciado durante la primera campaña de Tarapacá, tendían a obtener que Bolivia se retirase de la contienda efectiva y se mantuviera como espectador hasta la iniciación del tratado de paz, al cual debía concurrir para poder arreglar en forma definitiva la cesión de su territorio que debía unir nuestros antiguos límites con los que trazaba el tratado de Ancón. Bolivia, apoyada por nosotros, hubiera obtenido entonces al norte de Arica una faja de terreno que le permitiera salir al Pacífico y en compensación cedería al Perú los terrenos litigiosos de Santa Cruz del Beni, que Alberto Gútierrez, al hablar de estos sucesos en su obra "La guerra de 1879", estima más extensos y ricos que el de Tarapacá y debía Chile favorecer, por medio de su crédito, la construcción de las líneas férreas que debían dar vida y prosperidad a las inmensas riquezas de la altiplanicie boliviana. Esperaba el Presidente Santa María que, merced a concesiones mutuas en un tratado de comercio entre Chile y Bolivia, se hubiera formado una unión tan íntima que el desarrollo futuro de estos países se hu-

biera hecho de acuerdo y persiguiendo comunes ideales. Ud. ve que si se hubiera seguido esa política previsora no habíamos tenido la espina de la cuestión de Tacna y Arica, y Chile, ayudado moral y materialmente por Bolivia, se hubiera encontrado en situación muy distinta para resolver la cuestión de límites con la República Argentina, que estaba entonces pendiente, y, por fin, el desarrollo de las futuras vías de comunicación bolivianas conectadas con nuestras vías comerciales, nos habrían asegurado para el porvenir una fuerza tan consistente, toda proporción guardada, como la es la del actual imperio alemán con el imperio austro-húngaro.

Repasando el libro del historiador y diplomático boliviano don Alberto Gútierrez, "La guerra de 1879", hemos leído en uno de sus capítulos y al referirse a las proposiciones de arreglo insinuadas por el Presidente Santa María al general Daza, por intermedio de don Gabriel René Moreno, escribe: "Ese sentimiento de fidelidad a la alianza peruana continuó siendo bandera de partido en Bolivia y para muchos ha continuado como artículo de fe y de dignidad nacional aún en vista de que el aliado favorecido con tan heroica e inalterable lealtad se ocupaba de invadir sistemáticamente los territorios setentrionales de Bolivia hasta inovar los títulos de posesión que le hicieran ganar el territorio entero, mucho más extenso y rico que el de Tarapacá que había perdido en la guerra del Pacífico".

Una llamada al teléfono, luego otra y otra. Impacientado el general se alza de su asiento y va hacia el interior de la casa a llamar a un criado. Transcurren algunos minutos. Cuando vuelve nos dice:



El actual jefe del Estado Mayor en Estados Unidos; Poultney Bigelow, hijo del Ministro de Estados Unidos en Berlín, que iba a jugar con los principitos imperiales y el general Boonen. Fotografía tomada en Berlín en 1893



Retrato de la época en que era capitán en la Escuela Militar

—Continuamos... ¿decíamos?...

Entonces nosotros le interrumpimos con esta pregunta:

—¿No quedaban sentimientos de rencor contra nosotros en España en la época de su arribo, ocasionados por la guerra del 66?

—Por el contrario. El almirante Lynch fué recibido en la forma más honrosa y más cordial que se pueda imaginar. Al llegar a Madrid y antes de presentar sus credenciales recibía ya la Gran Cruz del Mérito Naval y los términos tan lisonjeros con que Su Majestad Alfonso XII contestó su discurso de recepción conmovieron profundamente al señor almirante, pues Su Majestad dijo que era una prueba evidente que él apreciaba en todo lo que valía el hecho de que Chile confiara su representación a una personalidad tan eminente como la del almirante, que había sabido granjearse la gratitud del pueblo español con los honores tributados a los restos de los marinos españoles cuando fueron trasladados de la isla San Lorenzo a Lima: hechos eran éstos que constituían la mejor prueba de la sinceridad y de la cordialidad con que Chile reanudaba sus relaciones con la madre patria. En el Círculo de la Corte se siguió a la presentación, cuya solemnidad no había podido menos que impresionarme, el rey habló extensamente con don José Toribio Medina y a mí me dirigió varias preguntas sobre la campaña de la Sierra y el papel de la artillería de montaña, que probaba que Su Majestad había seguido las operaciones con particular atención.

—¿Qué recepciones recuerda con especial

interés de las que en ese entonces se verificaron en la Corte?

—Asistimos en 1885 a la solemne recepción que tiene lugar en el cumpleaños de Su Majestad y tengo todavía frescos los recuerdos de la impresión que nos causó la entrada de los reyes al salón del trono precedido por los maceros de Castilla, los monteros de Espinosa, la guardia de alabarderos y el desfile en seguida de la grandeza de España y de las corporaciones del Estado. Grabada se me ha quedado la gracia y dignidad con que la Reina Cristina contestó el saludo al Cuerpo Diplomático y después Sus Majestades, acompañados por los infantes, tuvieron una palabra amable para los principales miembros del Cuerpo Diplomático y en especial para el almirante Lynch. Todo el personal de la Legación fué presentado a las infantas doña Isabel y doña Eulalia.

—Respecto de su dilecciones militares, ¿emprendió algún estudio especial durante su estada en Europa?

—En Madrid empecé mis estudios sobre los ejércitos europeos y en abril de 1884 pasé un mes en la Academia General de Toledo imponiéndome a fondo del plan de estudios de ese establecimiento y de su organización. Como prueba del cariño y de las atenciones con que me rodeaban, recuerdo que el Cardenal Arzobispo tuvo la bondad de hacerme mostrar el tesoro de la Catedral, donde se conserva la patena mandada hacer por Isabel la Católica con el primer oro llevado de América por Cristóbal Colón y las intensas riquezas artísticas que, en forma de ornamentos, muebles y joyas, contiene ese verdadero tesoro. Pude ver armas y encajes de los siglos catorce y quince, de un valor incalculable. Se ha dicho que el barón de Rothschild consiguió unos por el precio de cien mil francos y que sirvieron de velo para el matrimonio de su hija. Los estiales tapizados de cuero de Córdoba, contemporáneo de la dominación mora, etc., etc. En la Catedral se encuentra la tumba de don Juan Padilla, el jefe de los comuneros de Castilla y entre las muchas curiosidades que tuve el tiempo de conocer en detalle, durante mi estada en Toledo, debiera mencionar al San Juan de los Reyes, cuyas paredes están cubiertas con los hierros de los cautivos redimidos por Carlos V en su expedición a Argel, y el balcón donde oyeron misa los reves católicos al partir para la expedición de Granada. Era tal la atención con que se me rodeaba que el general Galviz, jefe de la plaza, mandó uno de sus ayudantes para ver cómo estaba instalado en la fonda del Lino, donde yo vivía, y al saber que se me cobraba dieciocho duros mensuales por una pensión que yo estimaba regia y que comprendía casa, desayuno, almuerzo, once, comida y cena con vino a discreción, me dijo que me estaban robando, pues aquello no valía sino quince duros. Tuve que protestar ante el señor general, pues no veía que me pudieran robar, puesto que me tra-

taban con consideraciones especiales. Recuerdo que esa vez aproveché la oportunidad para conversar familiarmente con el general: nos engolfamos en una amena charla, en que se trató de las relaciones recíprocas de España con sus antiguas colonias. El general me preguntó si había todavía resentimientos contra España en Chile, y como yo le contestara que los españoles entre nosotros eran mirados absolutamente como hermanos, le supliqué me permitiera preguntarle a mi vez si España sentía la independencia de sus colonias; el me replicó: "Ca, si eso fué un pleito de familia; fueron los chicos que llegaron a su mayor edad y dijeron. Me caso.—Pues no te casas—contestó ella—son todavía demasiado jóvenes.—Que me caso—repitió el chico. Rñieron; pero los padres, al ver en seguida cómo esos chicos prosperaban y cuánto honor hacían a la cepa de donde habían salido, como lo acababan de demostrar las guerras del Paraguay y la del Pacífico, todo se olvida y el cariño se hacía más intenso y más sólido que antes." Tuve oportunidad de confirmar que la fórmula que el general aplicaba a las relaciones entre España y sus antiguas colonias era profundamente exacta y en mis viajes siempre he encontrado el mayor cariño y el mayor interés en los españoles bien nacidos y en las embajadas que mantienen en el Viejo Mundo. Para mí mi estadía en España es uno de los recuerdos agradables de la vida y sería ingrato si no correspondiera con cariño a la forma tan amable e hidalga con que fui recibido por la alta sociedad madrileña y por los compañeros del ejército español, con quienes, en todas partes, en Pa-

ris, Madrid y Bruselas he estado en relación.

—¿Realizó algún viaje por el resto de Europa?

—Sí: de Madrid, cumpliendo órdenes del Gobierno, me fui a Berlín para prepararme a entrar a la Academia de Guerra de Prusia, lo que, desgraciadamente, no pude conseguir porque el Gobierno Imperial había suspendido la misión de oficiales extranjeros, a fin de evitar las indiscreciones que se habían comprobado y que habían permitido al príncipe Kutusof, agregado personal a la Cámara de Su Majestad Guillermo I, enviar a San Petersburgo informes sobre puntos de concentración y vías férreas estratégicas previstas por el Estado Mayor alemán en caso de una contienda con Rusia y que provocaron por parte de Rusia medidas preventivas que el Estado Mayor alemán no podía explicarse. Conocí después, en 1892, al príncipe Kutusof, nieto del célebre general ruso de la campaña de 1805 y que fué el adversario de Napoleón en la memorable batalla de Austerlitz. En Alemania, gracias a las facilidades que me fueron dadas y que me había conseguido la Legación, entonces a cargo de don Guillermo Matta, y en la cual se encontraba mi eminente amigo Valentín Letelier, pude comprender que nos encontrábamos dos siglos atrasados en materia de reglamentos tácticos y me impuse de los elementos de progreso tan sencillos como admirablemente bien concebidos: textos de enseñanza, de que disponían las escuelas militares prusianas. Durante mi regreso a Chile traduje el guía para el estudio de la táctica y de la fortificación, que el Gobierno adoptó para nuestra Escuela Militar. Esa tra-



Durante las maniobras imperiales en Berlín en 1893. En primera fila, el segundo, comenzando por la izquierda, es el general.

ducción del guía para el estudio de la táctica causó profunda sensación en el Ejército, pues las materias de que trataba eran absolutamente desconocidas y venía a dar los principios del servicio de campaña y el aprovechamiento sistemático del terreno para las tres armas. La publicación de ese libro en Chile inició la transformación de nuestros institutos militares y gracias a la atención con que S. E. don Domingo Santa María acogió las reformas propuestas se echaron las bases de la creación de la Academia de Guerra, paso preliminar para la preparación del personal que más tarde debía formar el Estado Mayor y proporcionar los elementos de la alta ayudaantía. Fueron don Domingo Santa María y Carlos Antúnez, Ministro de Guerra, los que crearon la Academia de Guerra y el Excmo. señor don José Manuel Balmaceda y don Evaristo Sánchez los que abrieron sus aulas y pusieron la máquina en movimiento. Körner y yo hicimos las principales clases tanto de la Academia como de la Escuela Militar y a medida que los jóvenes oficiales se iban penetrando de los modernos reglamentos y de las instituciones militares contemporáneas en los ejércitos europeos, se producía una labor más intensa, una aspiración de ilustrarse que no podía menos que llamar la atención. Körner se asombraba de la facilidad con que los ramos eran asimilados por los alumnos. Pero esa lucha por el progreso encontraba también resistencias que sólo pudo ser vencida gracias a la protección incondicional que nos prestó el Presidente don

José Manuel Balmaceda. Recuerdo que en 1889, altas autoridades militares, manifestaran al Ministerio de Guerra que era incompatible con la disciplina que los subalternos supieran más que los superiores y que, por lo tanto, no habría puestos que dar a los alumnos que iban a salir de la Academia de Guerra y pedían la supresión de ese establecimiento. Haciéndome cargo de esas exigencias, en el discurso que pronuncié en la Escuela Militar en la solemne repartición de premios a los alumnos, dije: "Como sucede en todas partes con toda idea nueva, las instituciones nuevamente formadas han tropezado en los comienzos de su carrera con obstáculos suscitados los unos por la resistencia que toda innovación tiene que afrontar y los otros por la estrechez de mira de aquellos que, desconociendo la importancia de la instrucción o que, refractarios a toda idea de progreso, luchan por la desaparición a fin de nivelar en la común ignorancia a los que con más decidido empeño tratan, a fuerza de trabajo y de estudio, de abrirse paso hacia los puestos superiores del Ejército." El Presidente Balmaceda, que asistía a la repartición de premios, me felicitó por el discurso que acababa de pronunciar, y Julio Bañados, Ministro de Instrucción Pública, me dió un estrecho abrazo en presencia del Presidente. Cuál sería la sorpresa de don José Manuel Balmaceda cuando, al volver a la Moneda, se encontró con un alto funcionario militar que había ido ya a pedir mi arresto por el discurso subversivo que acababa de pronunciar. El Presidente contestó que él me había felicitado y que concordaba personalmente en todo con los conceptos que había expresado. Gracias a este apoyo la evolución pudo continuar. El primer curso de la Academia de Guerra fué compuesto por los jefes y oficiales siguientes: Roberto Goñi, Manuel Aris, Oreste Vela, Juan de Dios Prieto, Alberto Herrera, Juan 2.º Megelholz, Carlos Rojas Arancibia, Guillermo Chaparro, Agustín J. Prieto, Eduardo Gutiérrez, Nemesio Pacheco, Daniel Gacitúa, Oscar Torres, Agustín Echaverría y Aurelio Berengué. Como se ve, formaron parte dos futuros generales y los que han permanecido en el servicio activo todos han llegado al grado de coronel, que ocupan actualmente: Herrera, Echaverría, Chaparro.

—Fué en esa época cuando contrató nuestro Gobierno los servicios de Körner para el Ejército?

Piensa un momento el general, hojea algunos libros que busca en las estanterías y, luego, nos replica:

—Durante mi estadía en Berlín en 1885 tuve oportunidad de imponerme del acierto con que don Guillermo Matta había cumplido la delicada comisión conferida por el Gobierno de contratar un profesor para la Escuela Militar. El Presidente de la República don Domingo Santa María, impresionado por los informes del general en jefe del Ejército del Norte don Patricio Lynch, había ordenado a la Legación que buscara



Retrato tomado en Berlín en 1893



Fotografía tomada durante las maniobras imperiales de 1893 en Berlín. El general Boonen en el grupo de los oficiales extranjeros

la persona competente y don Guillermo Matta la encontró en la persona del capitán de artillería y profesor de las Escuelas Unidas de Artillería e Ingenieros de Charlottenburgo don Emilio Körner. El capitán Körner en ese entonces había cursado, pocos años antes, las aulas de la Academia de Guerra donde tuvo por compañeros de curso a Von Hindenburg y a Meckel, quienes ocuparon el primero y segundo puestos en la clasificación de salida correspondiendo el tercero a Körner. Rara coincidencia: estos tres nombres son el del conquistador de la Polonia, el del organizador del ejército del Japón y el reformador del Ejército de Chile. Körner fué contratado con el grado y sueldo de teniente coronel, o sean doce mil marcos anuales, pagadero en oro de 48 peniques y pocos días después de haber firmado su compromiso con Chile era solicitado por el Gobierno del Celeste Imperio ofreciéndosele la bonita remuneración de dos mil libras esterlinas anuales, además de muchas otras gangas. Körner prefirió, sin embargo, respetando su palabra, venir a trabajar con un ejército cuya campaña contra el Perú había seguido con atención y del cual se manifestaba profundo admirador.

De pronto un ayudante penetra a la sala de trabajo del general: le comunica que por teléfono le llaman del Ministerio de la Gue-

rra. Entonces él se despide de nosotros, nos emplaza para el día siguiente por la mañana. Nos tiende su mano franca.

Aguardamos un momento distrayendo nuestra atención en las estanterías repletas de volúmenes. No transcurren tres minutos cuando resuenan los pasos del general a través de una de las galerías.

Le preguntamos:

—¿Cuál fué, general, su actuación en la revolución del 91?

Y él nos contesta a renglón seguido:

—La contienda civil de 1891 me obligó a separarme de las filas del Ejército. En previsión de los acontecimientos que iban a ocurrir en diciembre de 1890 pedí mi retiro absoluto del Ejército, que, llevado por su cariño, me fué denegado por el entonces Ministro de la Guerra don José Francisco Gana, lo que me obligó a irselo a pedir personalmente a Su Excelencia don José Manuel Balmaceda. Recuerdo, con profunda gratitud, la benevolencia con que el Presidente oyó mi petición y al preguntarme las causas por las cuales me retiraba, como yo le dijera que no quería servir una hora a la dictadura que veía venir, me hizo una erudita ex-

posición de los peligros que envolvía para el futuro de nuestro progreso la imposición parlamentaria, con relación al Poder Ejecutivo que, casi con los mismos términos, hace también Emile Ollivier en su "Historia del Imperio Liberal" cuando trata del régimen parlamentario y de la repartición de la soberanía nacional. Don José Manuel Balmaceda me dijo y he tenido oportunidad de comprobarlo después, al estudiar esas cuestiones, pues indudablemente la Constitución de 1833 había colocado en manos del Presidente de la República la soberanía nacional, que compartía, es cierto, con las dos ramas del Congreso; pero, preguntaba: ¿en quién reside la soberanía en caso de discordancia en el modo de pensar? ¿Podrían las dos Cámaras reivindicar para sí? ¿En qué forma?; las leyes promulgadas por una sola de ella no serían leyes y si no son sancionadas por el Ejecutivo tampoco lo son; por consiguiente, ¿en quién reside la soberanía? Por lo tanto, en un momento de conflicto ¿cuál es el que debe y puede imponerse? Como yo insistiera en retirarme mandó pedir al Ministerio mi solicitud y dió orden de que se despachara en el acto. Tengo la satisfacción de haberme retirado entonces con la estimación de don José Manuel Balmaceda y del general don José Francisco Gana y de Domingo Godoy, que también intervino en mi retiro.

—Al encontrarse fuera del Ejército ¿tomó parte en los preliminares revolucionarios?

—Vea usted: entonces publiqué en "La

Libertad Electoral", traduciéndolo de la obra admirable "Historia de los Príncipes de Condé", por el duque de Aumale, el fragmento que titula **El deber en los tiempos difíciles**, y que es una de las páginas más elocuentes que conozco sobre las dudas y vacilaciones que asaltan a todo funcionario de alta categoría cuando se ve obligado a salir fuera del camino corriente.

Busca un instante el general en su mesa de trabajo y, abriendo un cuaderno de recorres, lee en voz alta: "Toda tiranía es aborrecible—dice el Duque de Aumale.—El hombre de bien tiene el deber de protestar, a todo riesgo, contra el acto tiránico que en su persona alcanza al público, de resistir, de luchar en sí con el peligro de su vida para poner un término a la opresión de todos; no tiene derecho de turbar su patria, de desgarrarla, de llevar a ella la guerra para vengar ofensas personales. El límite es fácil de trazar pero a menudo las aubes lo velan en medio de las tempestades, el ojo trata en vano de encontrarlo. ¿Hasta dónde va el deber? ¿Detenerse es debilidad o es virtud? ¿Pasar más allá es crimen o valor? Veremos el alma de Condé agitada por esta duda punzante; en seguida el héroe sucumbe seducido por los sofismas de ambiciosos subalternos, dominados por las grandezas de sus pasiones. No ha aguardado la hora del arrepentimiento: se ha condenado por sí mismo antes del día del supremo arrepentimiento. Para atenuar esta falta, alta y fieramente confesada, diráse con cierta escuela que la



El general en su gabinete de trabajo

idea de la patria tan viva en la antigüedad, sólo se ha revelado últimamente a las sociedades modernas. Los grandes culpables que la historia ha juzgado no aceptarían la absolución desdeñosa que les ofrecen los autores de una teoría sin fundamento. El prevooste Marcel tenía conciencia de su crimen cuando abrió al inglés las puertas de París y el Condestable de Borbón, conduciendo a los lasquenetes de Carlos V había sido advertido por la voz interior antes de ser llamado al Tribunal de Dios por Bayardo moribundo y cuando en las horas oscuras las miradas inquietas buscan un faro en la sombra, cuando los corazones se extravían y los caracteres desaparecen, escuchemos las voces desoladas que después de cien años de guerra olvidaban Borgoña y Armagnac para reunirse al grito de ¡Viva la Francia! ¡Viva la Patria!



Estado Mayor cuando estuvo en él.

Dice el general y deja caer sobre sus rodillas el cuaderno abierto, exclamando: —¡Qué trozo tan bello! ¡Y en aquellos momentos en que fué publicado tuvo tanta oportunidad!...

Cavila un instante y, luego, prosigue:

—En seguida, en "La Epoca" de 30 de diciembre del año 90 publicaba el artículo **La obediencia militar**, que fué reproducido por la prensa entera del país, y en el cual analizaba la situación en que puede encontrarse todo jefe y oficial en relación a las órdenes que recibe. Estos dos artículos fueron contestados personalmente por don José Manuel Balmaceda en dos editoriales de "La Nación", y como los recortes de los artículos que yo había escrito estuvieran un día, después de la revolución, sobre mi mesa de trabajo en Berlín, los leyó el agregado militar francés, entonces comandante Meunier, y me pidió autorización para enviárselos al Duque de Aumale, del cual había sido ayudante, lo que me valió más tarde el honor de ser presentado al Duque en el castillo de Chantilly por el mismo Meunier y de conocer a una de las personalidades más simpáticas y más atractivas, como era el Duque, que he tenido la oportunidad de tratar. En 1894 el Duque de Aumale me honró con una invitación a almorzar en Chantilly y personalmente me mostró las banderas recogidas por su antecesor el Gran Condé en la batalla de Rocroix en 1645, donde sucumbieron los viejos tercios castellanos, marcando con su muerte el principio de la decadencia del poder español.

—¡Estuvo usted en relación directa con el comité directivo revolucionario?

—Sí: durante los primeros días de la revolución me encontré en contacto con el comité de Santiago, que lo componían Gregorio Donoso, Carlos Walker Martínez y Carlos Besa y pocos días antes de ir a embarcarme en Pichilemu en el transporte "Maipo", escribí para la Junta de Gobierno el segundo manifiesto de la Junta Ejecutiva sobre el Ejército. El viaje que tuvimos que hacer con Joaquín Walker, Patricio, Enrique y Joaquín Larraín Alcalde, Aristides Pinto, Nemesio Dávila, Goñi, Silva Renard, fué duro y penoso, pues salimos de Santiago un día domingo, a las 9 de la noche, y llegamos a Pichilemu el martes a las 4 de la tarde, habiendo hecho, por lo tanto, en cuarenta y tres horas los cuatrocientos kilómetros del camino de Santiago a Pichilemu, por Melipilla y Las Arañas.

—¡Qué recuerdos conserva de la estada revolucionaria en Iquique?

—Durante mi estada en el norte las vicisitudes porque pasamos fueron muchas: días de esperanza y días de profunda angustia. Recuerdo especialmente un día, a mediados de mayo, en que don Jorge Montt me llamó para preguntarme cuál era el estado del armamento de que disponíamos, que no podía ser más pobre, puesto que el fusil Manlicher, que no tenía municiones y los fusiles que se habían recogido en los campos de batalla de Tarapacá o en Pozo Almonte, en las diversas expediciones hacia Antofagasta, Calama, Copiapó, Taena, etc., apenas daban un promedio de 14 ó 15 tiros por fusil y de 20 ó 30 por carabina y carecíamos de proyectiles de artillería; en una palabra, estábamos totalmente desarmados, como lo escribió magistralmente Isidoro Errázuriz en uno de los



El Presidente Roosevelt acompañado por el general Boonen. Instantánea tomada durante el viaje de aquél a Chile en 1913.

editoriales de "La Patria", titulado **El secreto de tres meses**. Me dijo el almirante: "Guarde ésto en la más absoluta reserva. El crucero "Esmeralda" está detenido en las costas de Méjico, sin carbón y se avisaba de Valparaíso que los transportes de que disponía el señor Balmaceda habían salido con rumbo al norte." Fué el día triste de la revolución, pero al día siguiente las noticias eran más favorables y el "Maipo" salía para ir a buscar el valioso cargamento que desde Europa se enviaba a los sostenedores de la causa constitucional. Describir la alegría con que se recibió al "Maipo" en su viaje de regreso, que debía darnos los triunfos de Concón y la Placilla, sería imposible.

—Inmediatamente después de la revolución hizo usted, general, su tercer viaje a Europa?

—Después de los triunfos de Concón y de La Placilla el barón Gudschnid, Ministro de Alemania en Santiago, y a quien yo había conocido íntimamente de secretario en Madrid, me pidió una relación sobre los servicios que nos había prestado el fusil de repetición Manlicher, pues deseaba enviarlo a

su Gobierno. Esta relación, que no pude entregarla en Santiago, pero que prometí hacerlo a mi llegada a Berlín, donde había sido nombrado agregado militar por la Junta de Gobierno y encargado de recibir el material de artillería de costa que el Presidente Balmaceda había contratado en la Casa Krup, que fué cobrado inmediatamente a mi llegada a París por el agregado militar de la Embajada, el mayor Schwarzkopf, y a llegar a Berlín y ser recibido por Su Majestad como agregado militar, el Emperador Guillermo II por sus preguntas me hizo comprender que lo había leído personalmente. Todos los que se han aproximado a Su Majestad Guillermo II deben dar fe de la extraordinaria impresión que causa sobre sus interlocutores la gran preparación y versación de ese soberano sobre todas las cuestiones que aborda. Dos veces he tenido la honra de ser interrogado por Su Majestad sobre asuntos que se relacionan con el desarrollo de nuestras instituciones políticas, militares, comerciales y las disertaciones que él hacía sobre las contestaciones que le daba me llenaron de asombro al ver que conocía menudamente nuestra historia y nuestra evolución moderna. En 1892 se expresó sobre la contienda civil de Chile, sobre el Presidente don José Manuel Balmaceda, en términos tales que parecía que era un chileno que hubiera tomado

parte activa en los sucesos políticos de ese año. El interés con que había leído los informes del barón von Gudschnid y del cónsul en Valparaíso, von Voigretz, se tradujo por los ascensos que les confirió al poco tiempo, pasando a Gudschnid a la Legación del Japón y a von Voigretz a la Legación de Bulgaria. En 1910, cuando fui a buscar los restos del Presidente Montt, en la audiencia que nos concedió en Potsdam. Su Majestad Guillermo II habló sobre la Marina de Chile, el tipo de sus buques, su artillería, y le preguntó al almirante Wilson si en sus nuevas construcciones Chile mantendría el tipo "Esmeralda", que había introducido en la marina universal. Conoció detalles como el fondo de las bahías de Talcahuano y Valparaíso; las seguridades que prestaban para los grandes dreadnoughts, y al tratar de la combinación de la artillería a bordo nos habló de la batalla naval de Tsushima con una precisión de detalles técnicos que nos dejó admirados. El Emperador conocía el estado de nuestra Hacienda Pública y habló de la exposición que Carlos Balmaceda había hecho como Ministro de Hacienda. De

paso diré que esa exposición había llamado la atención en Alemania, donde se la había estudiado minuciosamente, como me lo dijo el vice presidente del Reichs Bank, a cuyo lado tuve la honra de estar en un banquete oficial en Bremen, cuya conversación me hizo ver que conocía mejor nuestra finanza probablemente que muchos de nuestros Ministros. Soy admirador del Emperador Guillermo y al salir de las audiencias que se ha dignado conferirme, siempre me he preguntado de dónde saca tiempo para imponerse de tanto asunto y para dominarlo con tanta seguridad. He sido invitado muchas veces, como agregado militar, a los banquetes en el Palacio de Postdam y entre los recuerdos que tengo conservo algunos menus e invitaciones como usted puede ver. Las invitaciones y los menus, cuando asiste la Emperatriz llevan las armas de las casas de Hohenzollern y de Holstein; cuando el Emperador asiste solo, sólo llevan las armas de Prusia.

Al iniciar el tercer día de conversación con el general, le preguntamos:

—En sus viajes, en sus estadas en las grandes ciudades, en las visitas en las cortes europeas y en las escuelas militares, ¿a qué personalidades recuerda haber tratado y conocido?

—Durante las diversas estadas en Europa, en comisión del servicio, tuve oportunidad de conocer al general don Adolfo Brialmont, que con el tiempo llegó a ser la primera autoridad en el ramo de fortificaciones en Europa. El general Brialmont era casado con una señorita Nicaise, hermana del general del mismo nombre, que a su vez era casado con Carlota Leclercq, sobrina de mi padre. Gracias a estas relaciones de familia, en más de una ocasión, en casa de Carlota, me encontré con el general Brialmont, al cual tuve oportunidad de regalarle la "Historia de la Guerra del Pacífico" por don Diego Barros Arana, obra que le interesó sobremanera, como me lo manifestó en una carta que me escribió a Madrid. Recuerdo, entre las muchas anécdotas que podría referir sobre esta alta personalidad, una que es típica, por cuanto se relaciona con los llamados secretos militares y el servicio de espionaje. Contaba, en efecto, Brialmont, que en 1893, cuando se había proyectado las fortificaciones de Lieja y el ensanche del campo atrincherado de Amberes, quiso ver los que los franceses estaban construyendo alrededor de París y, al efecto, fué a pedirle al general de Cissey, Ministro de Guerra de Francia y presidente del comité de fortificaciones, la autorización del caso para visitar el campo atrincherado de París, autorización que fué negada terminantemente, así como también la de ver los planos referentes a algunos sectores de París. Molesto con esta negativa, Brialmont regresaba a Bruselas

y en el trayecto se le ocurrió un viaje hasta Berlín, a fin de pedirle a Moltke, con quien era íntimo amigo, lo que tuviera con relación a las fortificaciones de París. Moltke llamó a su ayudante y le indicó que fuera a buscar los planos originales de las fortificaciones de París que le habían sido sustraídos, dejándole al Ministro una copia tan admirablemente hecha, que no se había dado cuenta de lo ocurrido. La divulgación de éste trajo como consecuencia una crisis ministerial en Francia, en la cual cayó el Gabinete de Cissey.

—¿Tuvo ocasión de conocer al gran Moltke?

—Nunca tuve oportunidad de ser presentado al mariscal. De sus grandes alumnos he tratado al general von Haessler, con quien estuve en contacto durante las maniobras imperiales de 1893. Von Haessler, después de la batalla de Trombon, en la cual el Emperador había reunido dos divisiones de caballería para lanzarlas sobre el ala izquierda del presunto adversario, al hacer la crítica del episodio, se volvió hacia el Emperador y le dijo: "Majestad, la carne de caballo hubiera quedado muy barata". Igualmente tuve relaciones muy cordiales con Alfredo Krupp, quien recordaba, con minuciosidad, muchas veces las visitas de soberanos que había recibido y me mostró en su castillo de la Hügel los regios presentes que había recibido por su no menos regia hospitalidad. Era un verdadero museo, que sería largo describir, pero no olvido las atenciones que nos prodigaba a todos los chilenos y el recuerdo simpático que hacía del coronel Dublé Almeida. En Berlín tuve oportunidad de conocer muy íntimamente a los famosos profesores de medicina: Kraus, Bandemle-



El general en maniobras

ben, Bergmann y otros, con los cuales, desgraciadamente, tuve que entrar en relaciones profesionales y poner a mi vez en contacto a altas personalidades como a nuestro Presidente don Federico Errázuriz Echáurren, al cardenal García y a Romero Robledo, a quienes llevé personalmente a la clínica del profesor Bergmann, sirviéndoles de intérprete. Como estuve en la clínica de Bergmann y fui operado por él tres veces, pude imponerme de los progresos de la cirugía alemana, pero debo reconocer que nuestros cirujanos, a lo menos con los que he tenido que hacer en Chile, como ser el profesor don Ventura Carvallo y el doctor Carlos Lobo Onell me han atendido con tanto o mayor acierto que el mismo Bergmann, pues a Ventura Carvallo debo la extracción de la bala en el cerebro que recibí en el desafío con el general Canto, y el doctor Lobo Onell acaba de practicar una brillante operación que me ha curado de una larga y molesta enfermedad de la vejiga, cuando ya desesperaba, de obtener un resultado sobre la materia. He estado en relaciones de servicio con casi todos los hombres públicos de Chile y conozco el territorio de la República desde el Tacora hasta el Cabo de Hornos. Quisiera que mis compatriotas se dieran la pena de visitar los magníficos panoramas que nuestro territorio encierra y que tanto superan a los similares de Suiza y de Noruega. La región austral del país, donde se encierran riquezas quizás mayores que las de Tarapacá, es absolutamente desconocida entre nosotros. No hay viaje a Europa que se pueda comparar con un viaje por los canales, sobre todo si se recorre el Canal de Moraleda hasta la península de Taitao; el Seno de la Ultima Esperanza y si se visita el Glacier de la bahía de los Ventisqueros; la bahía Desolada al sur de la península de Brenoch, es un espectáculo maravilloso y el nombre que lleva coincide tan admirablemente puesto que fué bautizada, sucesivamente, por los hermanos Nodales y por Cook, el gran navegante, en dos idiomas distintos con el mismo nombre.

Cerca de la mesa de trabajo del general, colgada en el muro, preside una instantánea en la que aparecen el Presidente Roosevelt y el general, sorprendidos por el objetivo en un instante íntimo. Dicha fotografía trae nuestra última pregunta a flor de labios:

—General, tuvo ocasión de conocer íntimamente a Roosevelt cuando su viaje a Chile?

Y él nos contesta:

—El Presidente Roosevelt, en la visita que nos hizo, me honró conversando conmigo en repetidas ocasiones sobre libros, sobre viajes, sobre nuestro territorio y recuerdo que

cuando visitó la Escuela de Caballería, me preguntó cuáles eran las fuerzas que Chile podía poner sobre las armas; y como yo le contestara que teníamos cuadros y armamentos para constituir un ejército de cien mil hombres, pues lo único que nos preocupaba era crear una fuerza defensiva capaz de nacernos respetar por cualquiera potencia mundial, o sea, en una palabra, de convertirnos en nuez difícil de quebrar, según la expresión inglesa; Roosevelt, por de pronto no me contestó nada sino que habló del peligro japonés que podría poner pie en la América del Sur, pues sabía que había oficiales japoneses en la América a fin de imponerse de los progresos americanos; entonces yo le repuse que sabía positivamente que algunos oficiales japoneses habían estado en la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz, pero que creía imposible algún proyecto japonés contra nosotros. Roosevelt vió con la mayor atención las evoluciones que le presentó la Escuela de Caballería, admiró la instrucción dada y, al ver el desfile de la Escuela Militar, de dos baterías de artillería, de un escuadrón de caballería, que se habían hecho concurrir al acto para mostrárselos, se acercó nuevamente a mí y me dijo: "General, esta nuez es tan difícil de quebrar, que nadie creo pueda pretender hacerlo".

—De sus campañas periodísticas, de sus colaboraciones en los diarios de sus principales artículos, ¿qué recuerdos conserva?

—Ud. me pregunta sobre los principales artículos que he escrito y polémicas que he tenido. Debo contestarle que, en todas partes donde he estado, me ha hecho cosquillas la pluma. Durante la administración de don José Manuel Balmaceda me tocó defender las reformas militares que se hacían en las columnas de "La Epoca", "La Libertad Electoral", "El Ferrocarril", y después he colaborado en la prensa de la capital, en "El Porvenir", "El Ferrocarril", "El Mercurio", "El Diario Ilustrado", y en la de provincia: en "El Sur", en "El Nacional" de Iquique y en "El Comercio" de Tacna. En el extranjero he escrito en "Le Figaro" de París, en "La Independencia Belga" de Bruselas y en el "New York Herald", como puede usted verlo por los recortes que conservo. Los artículos de más resonancia han sido los que he escrito sobre la Quebrada de Camarones, los de Tarapacá; la polémica sostenida con el general Vergara sobre ferrocarriles transandinos y otros sobre la organización de los institutos superiores del Ejército y algunos de carácter histórico, como ser el escrito en el centenario de Austerlitz, y otros de menor importancia.



LA VIUDA

(Cuento fantástico)

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

A don Julio Vicuña Cifuentes

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

A los pies de aquel áspero picacho se extiende en todas direcciones y hasta los límites del horizonte, el vasto dominio del Colliguay. Es una estancia de costa, inculca y selvática. Ni rectas avenidas cuidadosamente plantadas de árboles exóticos, ni potreros alineados como un tablero de ajedrez. La escasa industria del hombre apenas ha podido alterar allí el panorama primitivo, caprichoso y severo a un mismo tiempo.

El estero que da su nombre al fundo describe un círculo casi completo alrededor del morro del Guayacán. Muy cerca de sus orígenes, hacia la parte del norte, sus aguas atraviesan una vega elevada y fría, donde, faltas de pendiente se desparraman en charcos y lagunajos, cubiertos de totorales. Esos pastales casi desiertos, rodeados por todas partes del verde oscuro del monte, constituyen el campo de crianza de la hacienda. Continúa el esterito su carrera hacia el Oriente primero y hacia el Sur en seguida, entre lomas suaves, sembradas de bosquecillos y de quillayes gigantes: es la hijuela de los rulos. Más abajo está el verdadero valle del Colliguay, encerrado al Norte por el abrupto morro y sus caprichosos estribos y al Sur por otra cadena de cerros, vestida también de una vegetación opulenta. En esta parte el estero corre hacia el Poniente, bordeado por potreros irregulares que riegan las aguas de un canal.

Desde el alto del Guayacán se descubre todo ello como en un vasto plano topográfico. Al Norte las vegas, las lagunas y las totoras, ceñidas de bosque; al Oriente, las variadas ondulaciones de los rulos, al Sur el verde vallecillo con sus potreros, sus plantaciones y

sus huertos. Por la parte del Poniente una larga y profunda quebrada, se desarrolla de Norte a Sur entre desiertas serranías, y va a unir sus aguas con las del estero, una legua más abajo de las casas principales del fundo. Azuladas humaredas que se desprenden del tupido follaje del monte, indican allí, de cuando en cuando, la rara presencia de un humo de carboneros...

La estancia del Colliguay perteneció, durante la colonia, por largos años, y á título de vínculo, a una familia opulenta y patricia, la de los Gormaz de Hinostroza. El último poseedor del mayorazgo, don Francisco de Paula Gormaz y Escobedo, murió en 1830, y de acuerdo con las prescripciones de la Constitución de 1828, vigente en ese entonces, el vínculo fué disuelto, y el fundo dividido entre tres de sus hijos. A los dos menores, don Félix y don Leandro, les fueron adjudicadas, respectivamente, las hijuelas de Los Rulos y de la Dehesa, que comprendían la parte media y alta del valle de Colliguay, mientras que el hermano mayor, don Diego, se quedó con las casas; esto es, con la parte más baja y más valiosa del dominio.

Don Félix y don Leandro vendieron muy luego sus heredades, las que, en 1852, fueron de nuevo reunidas en un sólo fundo por un rico minero de Chañarillo.

Don Diego, en cambio, conservó su hacienda hasta su muerte, ocurrida en 1863. Don Juan Francisco, hijo de don Diego, le sucedió en la propiedad del fundo. Era un gran señor despreocupado, fastuoso, aficionado a los viajes, ● las carreras, al lujo y a la representación social. Fué casado con una mujer muy rica y se le tenía por hombre de inmen-

sa fortuna. Pero era un error, y cuando murió allá en vísperas de la revolución de 1891 estaba completamente arruinado: el desorden, las malas administraciones, las deudas usurarias y las fianzas habían consumido su capital enteramente. Sus albaceas sólo pudieran entregar unos pocos miles de pesos a cada una de sus seis hijas mujeres, y nada, absolutamente nada, a su único hijo varón, don Manuel Antonio Gormaz, que había recibido algunos adelantos a cuenta de su legítima.

Vióse entonces aquel arrogante mozo, recién casado entonces, y cuya alegre juventud había transcurrido entre la ociosidad de Santiago y los placeres de París, en la dura necesidad de pedir al trabajo el sustento de su familia. Pero bajo aquellas frívolas apariencias se ocultaba un carácter. Don Manuel se fué al norte y abrió en Antofagasta su estudio de abogado. Ese título que recibiera como un adorno, en los tiempos de la prosperidad de su padre, sirvió entonces de palanca a su talento claro y a su voluntad perseverante. Cuando regresó a Santiago, en 1905, era muchas veces millonario.

Durante su largo destierro en las áridas soledades del norte había acariciado continuamente la idea de recobrar el dominio de su familia. Supo manejarse tan bien que en pocos meses logró comprar las tres hijuelas del antiguo mayorazgo.

Con motivo de esta compra estaba yo en el Colliguay, a título de ingeniero. Las instrucciones que había recibido de don Manuel Antonio eran vastas pero precisas. El opulento salitrero quería convertir aquella propiedad en un fundo modelo. El plan no podía ser más completo: casas, parques, canales de riego, plantaciones en grande escala, caminos... lo útil y lo agradable.

—Tiene Ud. algo de artista, me había dicho, y por eso lo he escogido. Quiero que el Colliguay no sólo sea un fundo bueno, sino hermoso: el más hermoso de Chile... La materia prima es excelente... Ud. lo verá.

Y así era en efecto.

II

Aquella tarde de diciembre, mientras descendía trabajosamente las agrias laderas del cerro del Guayacán, repasaba yo en mi memoria, esos datos, los únicos que conocía, sobre

la familia de Gormaz, y los antiguos dueños de la estancia.

¿Cuál podía ser el origen de las absurdas consejas que circulaban entre los huasos del contorno? ¿Qué relación tenían con la historia de aquellos personajes?

La leyenda no era precisa ni mucho menos. Según unos, había en la hacienda un "encanto"; según otros, un entierro guardado por brujas y duendes; otros hablaban de ánimas en pena y no pocos de cierto pacto con el diablo, por cuya virtud había sido construido el canal que regaba los mejores terrenos del valle.

Pude si notar que la imaginación popular tomaba por lo regular su punto de partida en las costumbres desordenadas y fastuosas que llevaran en otro tiempo, el minero de Chañacillo, propietario de las dos hijuelas de arriba, y don Juan Francisco de Gormaz, mientras fué dueño de la hijuela de las casas. Contóme una vieja que el primero se había "condenado" y que su alma, bajo la forma de un repugnante monstruo, paseaba por las noches las quebradas solitarias. Según otros, el fantasma era de don Juan Francisco. Los campos de su antigua propiedad eran testigos de la pena del pacto nefando que celebrara con las potestades del infierno.

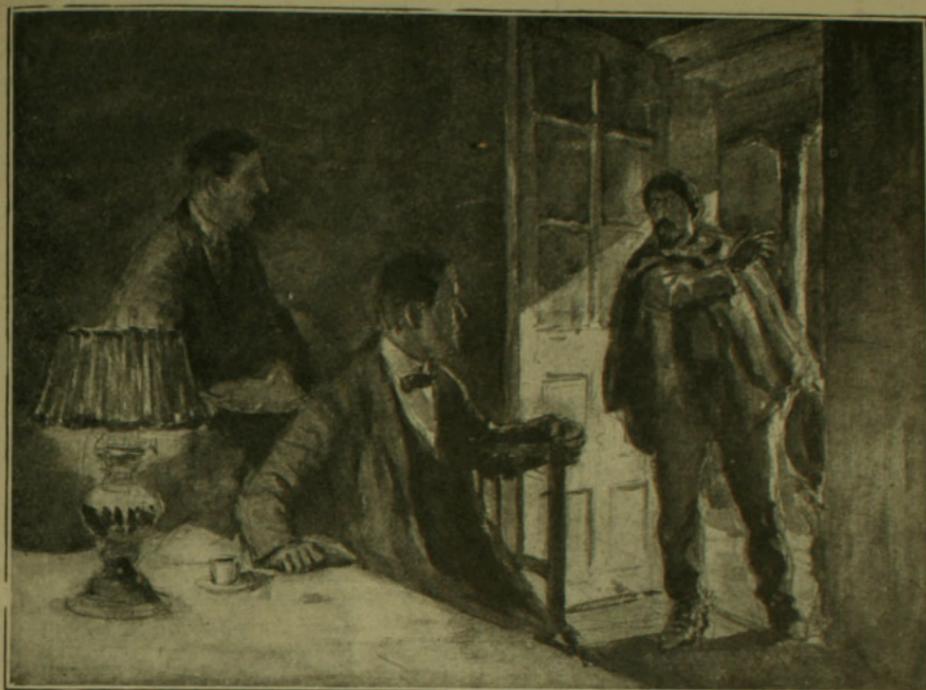
No soy supersticioso, pero me agrada penetrar los misterios del pueblo, y así no cesaba de interrogar a los peones que me acompañaban en mis tareas, sobre aquellos prodigios.

Tomás, mi sirviente, era uno de los más empapados en la leyenda. Aunque era hombre de ciertas letras, creía en ella a pie juntillas. Es cierto que sus lecturas no eran de lo más a propósito, para quitarle el gusto a lo maravilloso. Tenía un ejemplar de "Las mil y una noches", viejo y grasiento. un tratado de magia negra, la Historia de Carlomagno y de los Doce Pares de Francia, y algunos otros librecitos por el estilo, en cuyos delirios creía, como si se los enseñaran frailes descalzos. Para el campesino, todo lo que está impreso es artículo de fé.

—Pero ¿tú has visto algo de eso? le pregunté mientras ambos bajábamos por el estrecho sendero que conduce a la cumbre del Guayacán.

—Sí, señor, me dijo con voz apenas perceptible.

Los huasos creen que es peligroso hablar de ciertas cosas en voz alta. Las brujas o los



Fuó allá en la quebrada de los Lingues.

duendes podrían oírles, quedando ellos expuestos a la venganza de aquellos seres perniciosos.

—¿Qué has visto?...

—He visto a "la viuda".

—¿Qué viuda?

—La fantasma de la quebrada, pues, señor..

—¿Cómo es la viuda?...

—Es una mujer, alta, muy alta, flaca, muy flaca, montada en un caballo tordillo que parece un esqueleto... Va toda vestida de blanco, y se aparece a todas horas, aún a mitad del día...

—Y ¿qué hace la viuda?

—Dicen que estrangula a los pasajeros... Tiene un secreto muy grande que contar... Mientras no lo cuente, no puede salir de penas... Pero por maldición de Dios, cuando lo va a decir, ahoga, sin quererlo, a la persona que lo va a oír...

—¿Ha ahogado a alguien?...

—Antes, sí, señor, dicen que ahogó a muchos, pero ahora todos arrancamos en cuanto no más la vemos.

—Y Uds. no sospechan qué secreto puede ser el de la viuda...

—Dicen que es el ánima de don Pancho Gormáz, el caballero dueño de esta hacienda hace muchísimos años... el que construyó el canal de las Torcazas... allá abajo... ¡Como hizo pacto con el diablo!...

—Entonces estaría en el infierno.

—Es que consiguió que lo velaran, y el diablo tuvo que entregarle la cédula... Pero está pagando en el purgatorio todas las maldades que hizo... que fueron muchas... Dios permitió que se le olvidara romper la cédula, y la dejó guardada por ahí... Mientras no la encuentren y la rompan, él no saldrá de penas... Y don Pancho quiere decirle a uno dónde está la cédula... y entonces es cuando ahoga a la gente.

—Pero no dices que el fantasma es de una mujer, ¿cómo puede ser don Pancho?

—Es que es ánima en pena, pues señor... y las ánimas parecen mujeres.

—Y dices que es en esa quebrada de los lingues donde se aparece la viuda...

—Ahí, pues, señor... Nadie se atreve a an-

dar solo por ahí... Los carboneros van siempre acompañados... No hay más que una posesión en toda la quebrada, y los patrones no pueden encontrar inquilinos que vayan a ella de vivientes... Figúrese que a la última familia que hubo en la posesión la estranguló la viuda, sin dejar a nadie vivo, en una sola noche.

Formé inmediatamente mi teoría sobre el acontecimiento. Seguramente la viuda serían algunos salteadores y malandrines que con ese disfraz habían logrado sembrar el espanto en los campos del contorno.

Detuve, sin embargo, mi cabalgadura y me puse a contemplar la siniestra quebrada. Se abría entre el cerro del Guayacan y sus boscosos espolones por la parte del oriente, y otra sierra peñascosa y casi inaccesible por el poniente, y desde un áspero portezuelo, que caía a las vegas altas y desiertas de la Dehesa hasta la parte baja del valle de Colliguay. Era un territorio monstuoso y melancólico, el más desierto e inculto del extenso dominio. Muchas veces había considerado las incalculables riquezas que en carbón y leña encerraba esa quebrada de los Lingues... Ahora la veía con otros ojos, seducido a la vez por su belleza salvaje, y la fantástica historia, de que la hacía teatro la imaginación popular.

Desde la ladera en que nos hallábamos, árida, escueta, sembrada de quiseos y chaguales, el terreno descendía ásperamente, hasta el follaje verdinegro del inmenso bosque, que se desarrollaba por algunas leguas cuadradas, siguiendo las variadas ondulaciones de los cerros... Negros jotes giraban lentamente con las alas desplegadas, sobre el azul plácido del cielo... El silencio era mortal.

Sin quererlo, me sentí en ese momento, tan supersticioso y amedrentado, como mi pobre guía...

III

Las casas del Colliguay, construídas hace cien años, por el mayorazgo don Francisco de Paula Gormaz, bizabuelo del actual propietario del fundo, es una de las construcciones mejores y más suntuosas, que aún se conservan en Chile desde aquel tiempo. Aquel edificio, abandonado y vetusto, presenta todavía líneas de sencilla grandeza. Don Manuel Antonio pensaba restablecerlo dotándolo de todas las comodidades modernas, pero sin qui-

tarle lo que él llamaba su estilo colonial. Era este uno de los problemas que yo debía resolver.

Me habían arreglado dos o tres piezas, situadas al extremo de una de las alas del edificio. La que servía a la vez de comedor y de taller de trabajo se abría sobre un corredor que daba directamente a lo que en un tiempo fué huerto, y ahora merced a la incuria y al abandono, era solo un espacio inculto, cubierto de árboles muy viejos, de malesas y de zarzales.

Aquella noche, después de comer, mientras Tomás me servía el café, contemplaba al través de la puerta el campo silencioso, vagamente alumbrado por la luna en su primer cuarto. La naturaleza estaba en uno de sus instantes solemnes. No corría una gota de aire, ni se escuchaba otro ruido que el concierto monótono de los sapos.

De pronto un buho, que pasaba volando, dejó oír su siniestro graznido.

Me estremecí...

—El chuncho, canta de muerte, balbuceó Tomás con voz apenas perceptible.

Se oyó otro graznido, y luego un tercero... en seguida carreras precipitadas sobre las hojarascas del antiguo huerto.

Me incorporé en mi asiento... Un campesino con el rostro lívido, medio loco de terror, apareció sobre el umbral de la puerta.

—¡La viuda, señor! ¡La viuda!... exclamaba, sin poder articular otras palabras.

Procuré serenarlo, aunque sin saber por qué, aquel incidente me había puesto miedo.

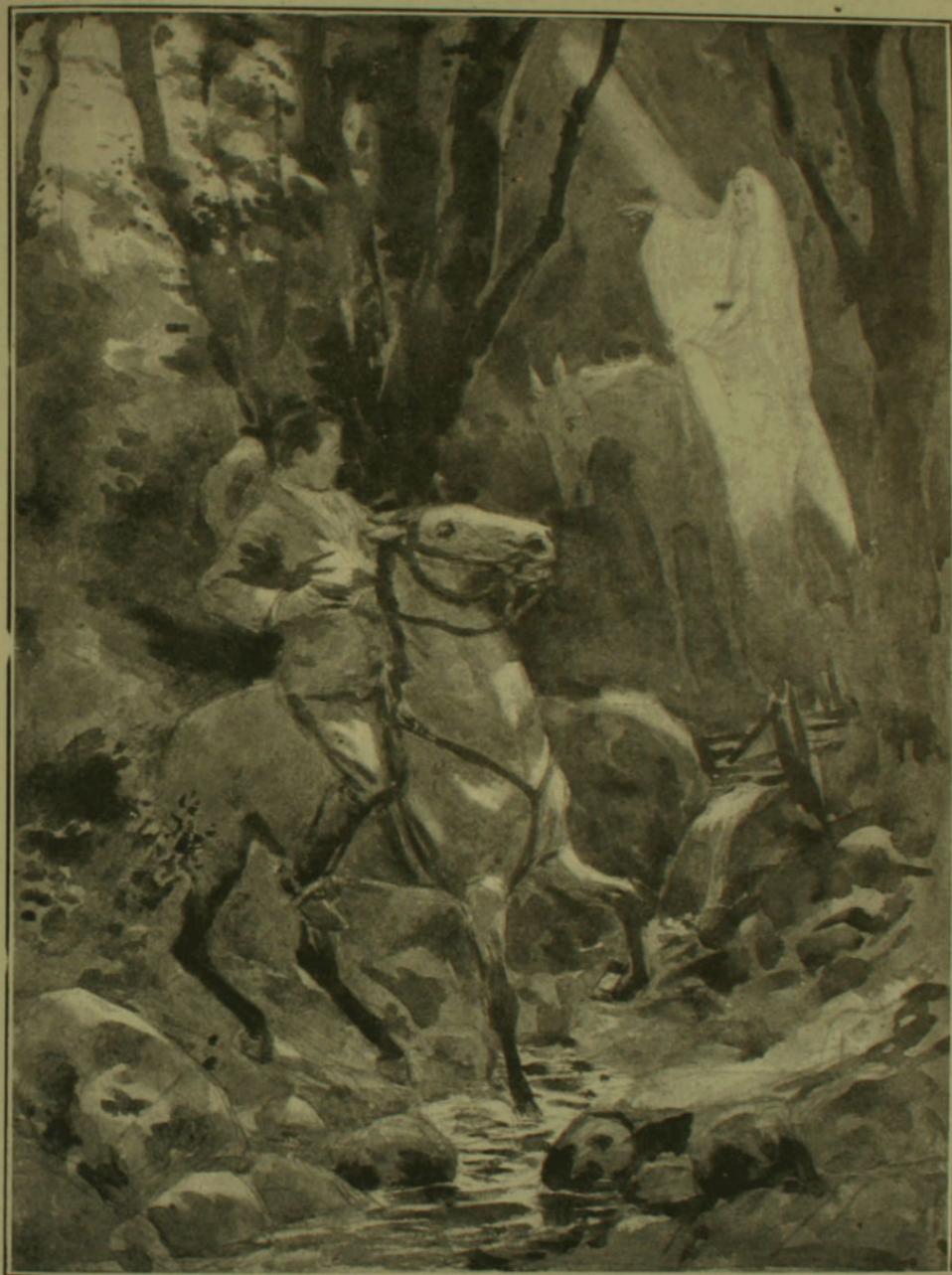
—¡Vamos hombre! Le dije, tranquilízate... y cuéntanos lo que te ha sucedido.

El huaso que era uno de los capataces de la hacienda fué volviendo poco a poco a la calma.

—He pasado un susto terrible, dijo todavía jadeante... Figúrese, patrón, que la viuda por nada no me ha cogido y estrangulado... Fué allá abajo en la quebrada de los Lingues. La idea mía de meterme en ese monte maldito, y después de las oraciones. Iba siguiendo una vaca... Alcancé a andar como una media legua por la quebrada... cuando vi a la viuda...

—¡Estás seguro de haberla visto!...

—A menos de media cuadra, patrón... Iba en su caballo flaco, y agitaba los brazos que parecen aspas de molino... Yo no tuve tiempo sino de santiguarme y echar a correr estero abajo... Y ella corría detrás de mí...



Era como la amarillenta y descarnada figura de la muerte

Su caballo galopaba casi junto al mío... Por fin salí al camino... De buena me he escapado...

Tomás abría desmesuradamente los ojos.

—Lo mismito me pasó a mi en el invierno, dijo, pero yo le vi desde más lejos... y alcancé a rezarle la Maunífica...

Resolví descubrir aquel misterio. ¿Quién era el malvado que así se divertía en aterrorizar a esos pobres campesinos?

—¿No ha habido salteos por aquí? pregunté, como para cambiar de tema.

—No se ha oído decir, contestó el capataz, apenas respuesta de su susto... Ud. pensará que esa es gente mala... pero, no señor, si aquí hay un encanto...

Al día siguiente poco después de almorzar, participé a Tomás mi resolución.

—Me voy, le dije, a la quebrada de los Lingues... Quiero encontrarme con la viuda.

El buen hombre hizo cuanto pudo por disuadirme.

—¿Sabe usted la maunífica? me preguntó por último.

—Conozco un conjuro mucho más eficaz, le repuse mientras cargaba cuidadosamente un revólver de seis tiros... Voy a desencantar esta hacienda.

IV

Tomás me acompañó hasta la embocadura de la célebre quebrada. A la izquierda del camino principal del fundo, se abría allí un sendero medio borrado, que serpenteaba entre los árboles del monte. A galope corto me interné resueltamente en la espesura.

Pronto tuve que moderar el paso de mi caballo. El sendero era tan poco transitado, que el ramaje lo obstruía casi por completo; gigantescos bellotos y oñilayes, pitras adornadas, con tillandsias barbudas, lingue de follaje amplio y obscuro, y azulados canelos, crecían allí en revuelta confusión de selva virgen. Junto al arroyo que bordeaba el sendero, murmurando en su lecho de peñascos, crecían los olorosos arrayanes, las chilcas e infinidad de árboles de formas variadas y graciosas flores. El voqui, la parrilla, el coral y otras lianas, vestían con sus caprichosas guirnaldas las copas de los árboles más altos. Los helechos tapizaban la húmeda tierra, bajo aquella eterna bóveda de verdura. Los cascos del caballo se hundían en un suelo formado de despojos vegetales, de

hojas secas, y de ramas a medio podrir, que crugían siniestramente a nuestro paso. Allá arriba, en las ramas bañadas de luz, las cigarras entonaban su canto monótono, y de tarde, el triste tic-tac de un pájaro carpintero, o el grito característico y agudo del pidén, hacían resaltar más aún, la calma solemne de la naturaleza que dormitaba bajo los rayos abrasadores del sol del mediodía.

A medida que penetraba más profundamente, en aquellas magestuosas soledades, sentía oprimirse mi corazón en forma extraña. La selva me fascinaba y envolvía en sus misterios... Los objetos se me aparecían como las confusas imágenes de un sueño.

De pronto mi caballo se echó hacia atrás, con las orejas enarabadas, lanzando un relincho siniestro... Yo quedé como paralizado sobre la montura...

Era en el fondo más espeso del bosque... El follaje formaba en ese sitio una bóveda tan oscura, como la boca de una caverna... Sólo un pequeño rayo de sol, tímido e indeciso, se filtraba al través del denso follaje... ¡La viuda estaba allí!... Realidad o fantasma, mis ojos no podían engañarme.

Era como la amarillenta y descarnada figura de la muerte. Una estatua hiéatica, inmóvil, bajo su blanco sudario, sobre aquel caballos esquelético de dimensiones colosales... Sus ojos brillaban como carbucelos, en el fondo de profundas cuencas de cadáver.

No puedo analizar mis impresiones, en ese instante de horrible pavor... Me sentía a la vez fuera de la realidad y dentro de ella... Mis cabellos se erizaron, y un sudor frío corrió por mi frente...

Pero mi conciencia no tardó en sublevarse contra aquella aparición absurda. Cogí resueltamente el revólver y le grité con voz todavía temblorosa:

—¡Si haces un solo movimiento te disparo un tiro...!

Por toda respuesta el blanco fantasma alzó lentamente su diestra con ademán imperioso de mando. Parecía ordenarme que le siguiera por el oscuro sendero que delante de mí se hundía en la selva.

No tuve un instante de vacilación, y clavando espuelas, me lancé resueltamente en persecución de la misteriosa aparecida...

El fantasma echó a correr delante... Puede ser una ilusión pero me pareció que el gigantesco caballo, no hacía ruido al galopar...

Muy pronto le perdí de vista entre las som-



Sentía mí sér invadido por una embriaguez suave y voluptuosa.

bras del monte, pero mi caballo continuó corriendo con loco desenfreno... Las ramas me azotaban el rostro; veía pasar los árboles, las piedras, los objetos todos como otras tantas apariciones de un mundo que no era este...

¿Cuánto duró aquello?... No puedo precisar. Solo vine a ser dueño de mis sentidos al encontrarme en el alto portezuelo, donde toma su origen la quebrada que había corrido en toda su longitud. A mis pies, se extendían las vegas y lagunas de la Dehesa, envueltas en su silencio eterno... Un viento frío y desapacible corría por aquellas románticas soledades... El sol comenzaba a descender hacia el poniente... Caballos semisalvajes galopaban por la extensa pradera...

No tenía otro remedio que seguir adelante. Por nada de este mundo me habría internado de nuevo en la quebrada de los Lingües, mientras que siguiendo las orillas del estero del Colliguay, que nacía en esas altas

vegas, podía llegar a las casas del fundo, por el lado opuesto.

Comencé a bajar... No conocía aún esa parte de la hacienda, que solo divisara a lo lejos, desde la cumbre del morro del Guayacán. Ese rincón del mundo era ciertamente bello... Patos salvajes, garzas y otras aves acuáticas, revoloteaban en tupidas bandadas sobre las lagunas... La viuda había desaparecido.

V

Al volver un recodo del camino, divisé lo que no había esperado encontrar allí... Un grupo de casas de forma antigua, sombreadas por árboles frutales, junto a las orillas de un riachuelo que pocas cuadras más abajo se perdía en las vegas.

Sin duda eran las casas de la antigua Dehesa, la hijuela de don Leandro de Gormaz.

Aquel dominio había perdido su independencia en 1852, cuando fué reunido al de los Rulos, por el rico minero de Chañarillo, y yo me había imaginado que desde entonces se encontraba abandonado y desierto.

No era así sin embargo. Aquellas casas estaban sin duda habitadas. Algunas gallinas y otras aves domésticas picoteaban el suelo por los alrededores, y a la sombra del viejo corredor dormía un gigantesco mastín.

Risueño contraste presentaba ese lindo rincón de plácida vida, en medio de aquellas lejanas soledades, a espaldas de la quebrada de los Linges, oscura y siniestra...

—¿Quién podría habitar la abandonada estancia?

Ma acerqué a la puerta de la casa... Tenía hambre de ver rostros humanos, de sentirme nuevamente entre los vivos.

Golpé el viejo portón con el látigo. El perro me miró bostezando. Un grueso moscardón zumbaba en torno mío.

La puerta se abrió y en su quicio vi dibujarse la figura de una anciana sirvienta, vestida con sencillez y aseo. Nada en ella me llamó la atención... Sin duda había ya despedido de mi ilusión absurda.

—Dice la señora que pase a descansar un rato, me dijo sonriendo, después de contestar a mi saludo.

Miré el reloj. Eran las tres de la tarde. Tenía tiempo. Bajé del caballo y seguí a la vieja.

Me hizo entrar en una pieza que daba sobre el zaguán.

—Voy a avisar a la patrona, dijo, y me dejó solo.

Me encontraba en una salita primerosamente limpia, blanqueada de cal, y sin más alfombrado que una sencilla pero flamante estera de esparto. Un amueblado de caoba de forma antigua, con tapiz de reps verde, dos rinconeras estilo Luis Felipe, un reloj imperio, un bracero de cobre y un par de cornucopias, flanqueadas de velones de cera, componían todo el mobiliario.

Por la ventana abierta venían del exterior los misteriosos ruidos del campo. Todos rebozaba vida... Se respiraba un ambiente de suave melancolía, a la luz de ese hermoso sol de diciembre. El viento silbaba entre los añosos árboles del huerto; las abejas corrían de flor en flor, dejando oír su zumbido sin fin... Una gruesa mariposa negra y amarilla revoloteaba entre los rosales...

De pronto me sentí presa de un terror insensato, análogo al que experimentara allá abajo, en el obscuro seno de la siniestra quebrada... Me imaginé solo y abandonado, juguete de un terrible misterio, en medio de las desiertas vegas de la Dehesa... ¿No era la viuda la que me había conducido allí?

Aquello pasó rápido, como un vahido o un mal pensamiento. La dueña de casa acababa de entrar en la salita.

Era una criatura encantadora en todo el esplendor de los años juveniles. Su tez de un blanco mate, ligeramente sonrosado, tenía esa frescura inimitable que es el privilegio de las chilenas; grandes ojos negros de mirar dulcísimo, sombreados por crespas pestañas; boquita primorosa de encendido carmín; talle esbelto de suavísimos contornos; pies y manos diminutos... actitud y movimientos de gatita regalona; una sonrisa de cielo; voz cristalina y cariñosa.

Vestía con elegante sencillez un traje de seda satinada, color azul turquí con amplia falda de velos. Guarneecían su delicadísimo seno, ligeramente escotado, finos encajes de Inglaterra, y llevaba por toda alhaja, un medallón de forma antigua, prendido sobre el pecho.

—Así debe aparecerse la gloria, a los que salen del purgatorio, pensé yo, recordando mi horrible aventura.

Ella me indicó un asiento con su incomparable sonrisa.

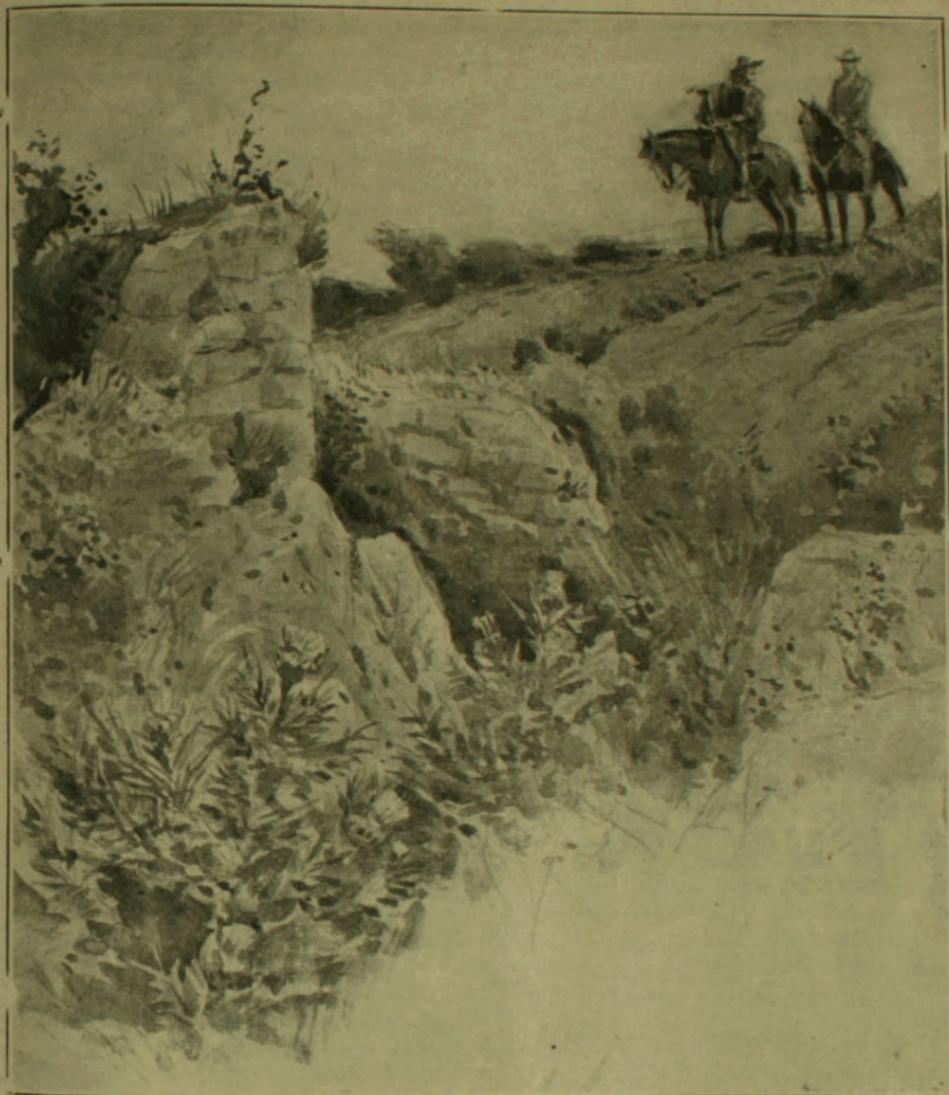
Me pareció estar soñando. Sentía mi ser invadido por una embriaguez suave y voluptuosa, que no acierto a describir. Nunca en la vida he experimentado una sensación así... El tiempo había dejado de correr... Me imaginaba que desde toda la eternidad yo estaba junto a esa mujer.

Hablamos de cosas banales. En este momento no podría recordarlas. Las palabras y las frases habían dejado de tener sentido para mí... Era la dulce música de su voz, lo único que sabía escuchar.

De pronto vi algo que me hizo estremecer... Tal era mi turbación. Aquella niña llevaba en el dedo anular de su mano izquierda, dos anillos matrimoniales.

—¡Es viuda como la otra!... No pude menos de pensar.

Muy luego se disiparon mis temores, fascinado nuevamente por el encanto singular, que



Un montón de tapias derruidos, medio ocultos entre las plantas silvestres.

emanaba de esa divina mujer como un perfume.

Hubo un detalle de esa extraordinaria entrevista, que por un algo inexplicable, quedó grabado en mi memoria... Sin embargo, ello no podía ser más trivial.

Sin saber por qué, fijé la vista, en el lindo reloj imperio que adornaba una de las consolas que guarnecían el salón. Mis antiguas manías de anticuario, vencieron por un momento al encanto que me inundaba todo entero.

—Hermoso reloj, la dije .. Y es antiguo de verdad.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de la dama.

—¿Le gustan a Ud. las antigüedades? me dijo con infantil alborozo... Pues le voy a dar un buen rato... ¿Conoce Ud. la casa que fué de los Gormaz en Santiago?...

—Si, señora...

—Pues voy a pedirle un favor... Consiga Ud. que le muestren los antiguos salones...

¡Lo hará Ud. asíf... Prométamelo Ud.

Su voz había tomado extrañas cadencias de súplica... La franca sonrisa de un momento atrás, me pareció transformada en un gesto de angustia mortal...

Pero fué un relámpago como el otro.

Quando emprendí nuevamente mi camino, el sol de la tarde alumbraba ya la pradera solitaria con sus cálidos arreboses.

Embebido con los recuerdos confusos de ese día inolvidable, mis ojos miraban sin ver, y no sentía pasar la marcha del tiempo.

Tomé por los suaves lomajes de los Rulos. El horizonte no tardó en oscurecerse y muy luego me sentí galopando en medio de la noche.

El temor me asaltó de nuevo... A veces me parecía divisar a lo lejos, entre las sombras, el blanco fantasma de la viuda, confusamente delineado, por los reflejos pálidos de la luna creciente...

Era muy tarde cuando llegué a las casas. Tomás me esperaba lleno de inquietud...

—Creíamos que su merced no volvería más, me dijo con voz ronca...

Esforcé una sonrisa.

—He hecho una larga caminata, le dije fingiendo indiferencia... Subí toda la quebrada de los Llingues, bajé el portezuelo del Alto, y regresé por la Dehesa y por los Rulos...

—Ha tardado Ud. mucho...

—Es que me detuve algunas horas, en casa de la señora de allá arriba...

—¿De qué señora, patrón?

—La de las casas de la Dehesa, pues hombre...

—¿Las casas de la Dehesa? exclamó Tomás con la mirada extraviada y temblando de terror... ¿Está usted loco?

—¿Por qué?

—Porque en la Dehesa no hay casa ninguna.

VI

Un rayo caído a mis pies no me habría causado más espanto que esas sencillas palabras.

¡Había sido entonces el juego de un sueño insensato y absurdo?

—Déle Ud. gracias a Dios por haber vuelto con vida, balbuceaba Tomás... Todo está encantado aquí, agregó, como para explicar mi turbación y mi horror... ¿Ud. ha visto

unas casas allá arriba?... ¿Dios me socorra?
¿Y también una señora?...

Y el pobre mozo se santiguaba con mano febril.

—El que ha perdido el juicio eres tú, le dije con toda la serenidad que pude... La Dehesa fué en otro tiempo una hijuela del fundo del Collaguay... ¿Querrás decirme que no tenía casas?... Si creo que hasta figuran en el plano de la hacienda.

Con mano temblorosa desarrollé aquel plano... Mi pecho experimentó una sensación de alivio...

—¿No ves?... Aquí las tienes, le dije señalándoselas... Ahí fué donde estuve...

Tomás no entendía de planos...

—¿Dónde es eso?... preguntó...

—Voy a explicarte. Aquí está el morro del Guayaacán... ¿Ves este espolón largo que se desprende del norte, hasta esta puntilla, junto a la Laguna grande de la Dehesa...?

—Sí, señor... El cordón de las Perdices.

—Pues bien, ahí donde acaba en el llano el cordón de las Perdices, un poco a la izquierda... a la entrada de ese cajón...

—Sí, señor... Lo llaman, es cierto, el Cajón de las Casas... Yo no he estado ahí, me parece... pero no he oído tampoco de tales casas.

—¡Pobre Tomás! le dije sonriendo. El miedo te ha trastornado la cabeza... Mañana te llevaré a ver esas casas.

Tenía la esperanza secreta de ver de nuevo a mi encantadora viudita.

Partimos muy de madrugada, porque el camino era un poco largo. Llegamos muy entrado el día a las vegas de la Dehesa. No estaban tan solitarias como el día anterior... Un viejo capataz galopaba por la llanura, arreando ganado.

—¿No ves? dije a Tomás... Detrás de aquella puntilla.

Nos acercamos al galope y encimamos la loma...

Mi corazón dió un vuelco horrible.

A mis pies, en la misma ensenada en que la tarde anterior había encontrado la casa de la bella viuda, con su huerto y sus parrones, sus rústicas pircas de piedra, sus pájaros y sus flores, no había nada, absolutamente nada, sino un espacio inculco y montaraz, cubierto de cardales y malezas... Sobre aquel desolado rincón parecía agitar sus alas el ángel de la muerte.

—¡El plano! murmuré... Ahí estaba "to.

do"... Hasta mi loca ilusión desvanecida.

—¿No vé allí nada? me preguntó Tomás, casi tan atemorizado como yo.

Y me indicaba un punto allá en el medio de la ensenada.

Un montón de tapias derruidos, medio ocultos entre las plantas silvestres... He ahí lo que quedaba de mi sueño.

Con el corazón oprimido me alejé a galope de aquellos parajes desolados:

VII

Esa noche no pude conciliar el sueño.

En mi angustioso delirio recordé entonces la trágica mirada de súplica con que la misteriosa dama de allá arriba, me había hablado de la vieja casa de los Gormaz de Santiago.

—Consiga que le muestren los antiguos salones, me había dicho... Prométamelo usted.

Me perdí en las más complicadas divagaciones... ¿Habría algo de cierto, en la leyenda de la viuda? ¿Existía un horrible y oculto misterio, que esa alma vagabunda deseaba revelar sin conseguirlo?... En un lugar ignorado, más allá de la tumba, ¿sufría acaso la hermosa niña de la Dehesa tormentos a que solo el deseubrimiento de aquel misterio pondrían término?... ¡Cuántos años entonces de amargo penar!...

Y alrededor de la encantadora imagen que flotaba en mi pecho, veía entonces el nimbo melancólico de extraña y sobrehumana desventura...

Los ojos llorosos y suplicantes... La voz cristalina que pareció gemir un momento... en medio de las deliciosas ilusiones de esa tarde de ensueño. Todo ello me perseguía con fatigosa obsesión.

A la mañana siguiente me dirijí a Santiago. Un minuto de tardanza me parecía un crimen.

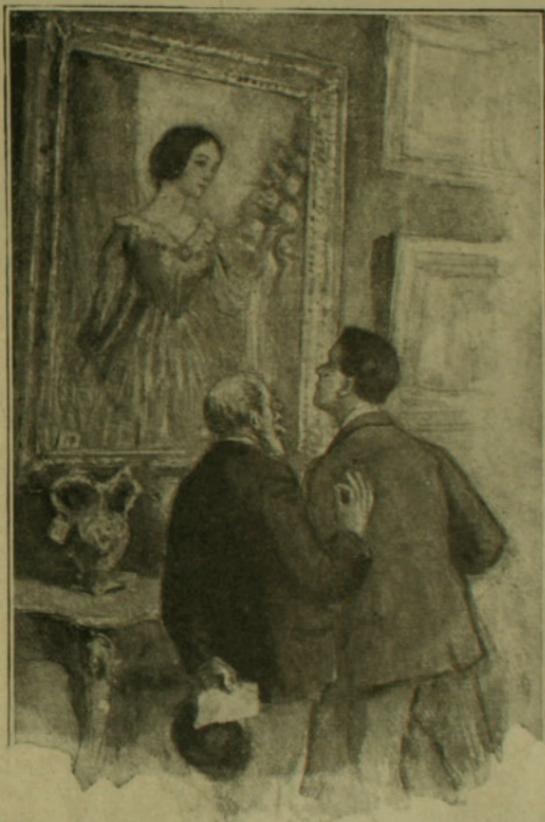
No me fué difícil penetrar en el viejo ca-

serón de los Gormaz, uno de los raros monumentos que recuerdan en el Santiago cosmopolita de nuestros días, el romántico pasado colonial. Me acompañaba un anticuario grande amigo mío; don Justo Vásquez, verdadera crónica viviente que, como aquel marqués de la leyenda del Campanario, se sabía de memoria los más pequeños detalles de la vida de las viejas familias patricias de Chile.

—La casa es un museo, me decía con entusiasmo... El propio edificio es ya una curiosidad única en su género. Lo construyó el mayorazgo Gormaz

en los últimos años del siglo XVIII.—El arquitecto fué el mismo Toesca, que dirigió los trabajos de la Moneda.—Aquí vivieron tres generaciones de Gormaces, y hoy pertenece a un biznieto del casi legendario don Francisco de Paula... Es un mozo que no acierta a salir de París... y tiene esta maravilla, abandonada, sucia, cubierta de telarañas... La tradición se muere, amigo mío.

Con respeto casi supersticioso y con el corazón palpitante, traspasé los umbrales del



—Ud. no ha conocido seguramente a esa mujer

vetusto caserón. ¡Cuántas ilusiones y alegrías, cuántos dolores y sobresaltos no habrían contemplado en los años que fueron, esas murallas severas, que el tiempo había revestido de muda magestad.

Recorrimos muchas piezas. Don Justo me lo mostraba todo, con proligidad fatigosa de

brían vuelto loco a cualquiera coleccionista.

Había también bastantes cuadros de mérito dudoso: la mayor parte paisajes vulgares, traídos de Europa, en los tiempos en que comenzó nuestra sociedad a adquirir el amor del lujo junto con los medios de satisfacerlo.

—He dejado lo mejor para lo último, me observó don Justo, ebrio de entusiasmo. El salón amarillo es la perla de la casa. Veniga usted y verá cosa buena.

Una ancha mampara de vidrio enlucido se abrió delante de nosotros. En la semi-obscuridad de la sala alcancé a distinguir los ricos tapices de damasco amarillo, que el tiempo convirtiera en girones, una alfombra de Bruselas de raro mérito, y el soberbio amoblado de palo de rosa forrado en terciopelo también amarillo. Las paredes estaban atestadas de pinturas, la mayor parte de ellas, retratos de familia.

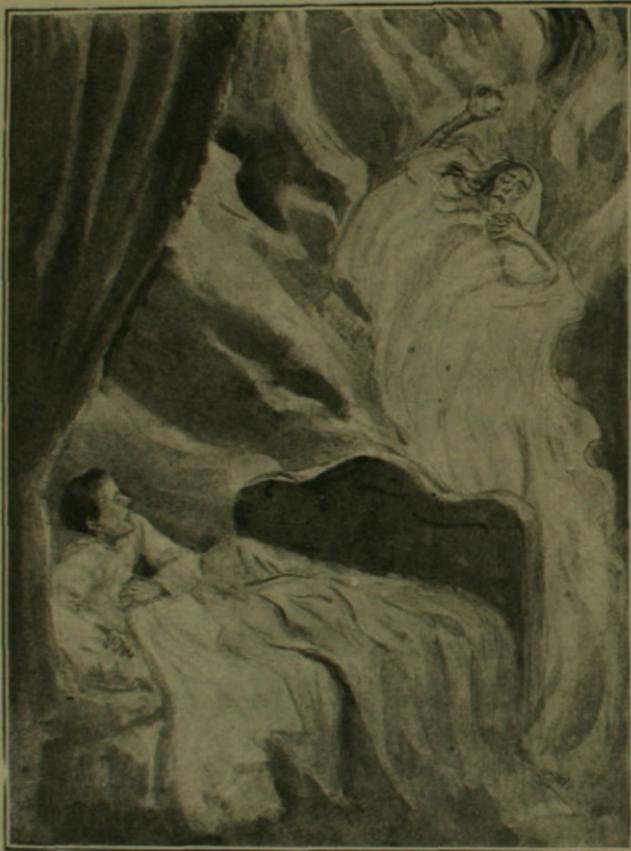
Don Justo abrió las ventanas y raudales de luz iluminaron el vasto salón...

—Vuélvase usted, me dijo... Tiene a sus espaldas la octava maravilla... Un Monvoisin soberbio...

—¡Es ella! ¡Es la viuda! exclamé al volverme, al mismo tiempo que sentí el mundo

entero girar alrededor de mi pobre cabeza.

No creía estar delante de un retrato sino de una aparición del otro mundo. Me pareció que el marco estaba vacío, que detrás existía un espacio real y verdadero... Y allí, palpitando de vida, la misma aparición misteriosa de la Dehesa... Su rostro, su sonrisa, sus divinos ojos y hasta el suave palpitar de su pecho... Llevaba el vestido azul turquí, con que se había presentado a mis ojos por vez



—En su amarillento rostro contraído por el dolor, me pareció ver un gesto de esperanza suprema

aficionado maniático... ¿Dónde estaría mi misterio?... Allí había de todo... Muebles de muchas épocas, desde la apollada silla de baqueta, hasta los amplios sofás de medallón, en que hace medio siglo las bellas lucieron sus encantos; espejos y cornucopias, cajuelas de los tiempos coloniales, tapices de inmenso valor y ya medio destruidos por la polilla. El polvo grasiento de los interiores deshabitados, cubría aquellos objetos que ha-

primera, y vi por un instante dibujarse en su mirada aquel gesto inolvidable de suprema súplica, que me dirigiera allá en su casa, en las frías soledades de la Dehesa.

Todo aquello duró solo algunos segundos... Por un milagro de energía, recobré el dominio de mis sentidos, y me encontré frente a la soberbia tela, del célebre pintor de nuestras bellezas de antaño. La aparición se había fundido en el lienzo, pero siempre era ella...

—¿Qué le pasa a Ud.? me preguntó don Justo, golpeándome en un hombro... Ud. no ha conocido seguramente a esa mujer...

—No... No la he conocido, balbuceé...

—Pero Ud. se ha puesto terriblemente pálido... ¿Se siente Ud. mal?... Le evoca ese cuadro algún recuerdo doloroso...?

—Nada, don Justo, nada... le dije... Ha sido una alucinación momentánea... ¿Quién es ella?

—Doña Carmen de Gormaz, la dama más hermosa de su tiempo y de seguro una de las desgraciadas... Dios la dotó al nacer de todo cuánto forma el encanto de la vida: virtud, belleza, gracia y fortuna... Adorada en su hogar como una diosa, orgullo de la sociedad entera... ¿Quién pudo presumir su trágico fin?...?

—¿Murió?...?

—Hace ya más de medio siglo... en 1849... y a manos del más perverso de los hombres... Un marido indigno de ella, que sumergido en infame crápula; la hizo espiar en tres años de matrimonio y de martirio, el delito de ser la más bella y la mejor de las mujeres... El mismo, con sus propias manos la mató, en su solitaria estancia del Colliguay, según se cree en el delirio de vergonzosa embriaguez... El miserable pagó en el patíbulo su atroz parricidio... Esa mujer... iba a ser la madre de su primer hijo...

Los más confusos pensamientos bullían en mi cerebro mientras escuchaba la historia de don Justo... No quería adivinar la verdad... ¿Qué relación podía existir entre el trágico fin de esa hermosa... y el misterio siniestro del Colliguay?...?

Pero el implacable anticuario continuó:

—El crimen de ese hombre fué más hediondo todavía... En la esperanza de salvar la vida, no vaciló en calumniar la purísima memoria de su víctima... Quiso presentarse ante la sociedad indignada, como el vengador de su honor... Juramentos, lágrimas, todo lo ensayó para deslumbrar a sus jueces... Eso sí... no es necesario decirlo, no pudo producir una sola prueba de su villano acerto.

—¡Esa prueba está en este salón! me decía entretanto mi conciencia, violentamente sacudida por las más encontradas sensaciones... ¡He aquí el secreto de la viuda... y también la justicia de Dios!...

Alcé los ojos... La bellísima mujer, retratada en el lienzo, seguía dirigiéndome su mirada de eterna súplica.

Un impulso magnético, me arrastró hacia un espléndido jarrón de Sevres, colocado en una consola, a los pies del retrato. Lo sacudí inconscientemente sobre el duro marmol. La valiosa alhaja se deshizo en mil pedazos... Y entre ellos apareció un paquete de cartas...

... ..
Esa noche creí ver en sueños, rodeada de un limbo de siniestra luz, la imagen espantosa del fantasma de la quebrada de los Lingues... En su amarillento rostro, contraído por el dolor, me pareció ver un gesto de esperanza suprema.

Dos lustros han transcurrido desde entonces.

El fantasma de la viuda no ha vuelto a aparecer en los bosques sombríos del Colliguay.



Audiencia del Sultán de Zanzibar

Traducido del polaco para el "Pacífico Magazine"

Por

MIGUEL CHMYZOSKI

Ilustraciones fotográficas

El 20 de febrero el cónsul me convidó a una solemne audiencia del sultán.

A las nueve de la mañana me presenté al consulado, donde encontré al mismo sir Evan Smith y sus secretarios vestidos con uniformes de gran parada. Además, se juntaron con nosotros dos capitanes de los acorazados "Marathon" y "Redbreast", y luego nos pusimos en marcha precedidos por seis mozos del consulado, con libreas encarnadas.

En el camino encontramos numerosos grupos de nativos, que al divisar los brillantes uniformes ingleses parecían llenos de asombro.

En la playa nos esperaba una verdadera muchedumbre, pero pudimos avanzar sin dificultad entre dos filas de negros armados. El cónsul me explicó que ese era el ejército irregular del sultán y efectivamente nada más "irregular" no he visto en mi vida.

Estaban formados unos mil bandidos, chicos y grandes, jóvenes y viejos, derechos, encorvados, vestidos y semi-desnudos, sin sombreros, gorras o cascos. Unos tenían las cabezas rapadas, otros montones de pelo crespo, negro o coloría

quemado con cal.—Unos cargaban carabinas viejas y oxidadas, otros sables, arcos y escudos, algunos eran armados con mazas, otros con largos fusiles árabes y los últimos con antiguas pistolas sin gatillo.

En un lado brillan blancas percalas, en el otro se divisan telas lacres, verdes, amarillas y otras blancas, azules, listadas y de cuadros.

Todo eso no solamente brilla por efecto del sol, pero casi ciega la vista. Las caras parecen como estampadas en oscuros metales, las cabezas inmóviles, levantadas y tiesas como corresponde a verdaderos soldados. Solamente a medida que avanzamos, aquellos guerreros mirándonos con ojos bizcos, no apartan su vista de nosotros.

Vamos adelante. He aquí las tropas regulares armadas de carabinas con bayonetas, cuyos filos brillan a los rayos del sol como velas. Los soldados descalzos y vestidos en uniformes oscuros tienen el aspecto de verdaderos limpia-chimeneas.

Una banda ensordecedora principia a tocar el himno nacional británico, el cónsul se descubre, las tropas regulares presentan armas y entramos al pala-



Henryk Sienkiewicz.



Una caravana.

cio. En el vestíbulo encontramos una multitud de guerreros árabes provistos de ricas armas incrustadas y algunos oficiales indios con larga melenas que caían sobre los cuellos de sus uniformes lacres.

Subimos por una escalera pintada de blanco. Nos encuentra un hombre de regular edad, con cara amarillenta y algunas marcas de viruela. Viste una levita negra, un celeste turbán con larga pluma y ancho cinturón del mismo color. Este es Said-Ali, sultán de Zanzíbar con las comarcas contiguas. En su cara se divisa una sonrisa verdaderamente oriental, al mismo tiempo que bondadosa y melancólica, algo falsa.

Después de haber estrechado cordialmente la mano de cada uno de nosotros, nos hace pasar a un gran salón amoblado con sillones europeos de los más vulgares. En uno de ellos, algo más alto que los demás y dorado, toma asiento el sultán. A la derecha el cónsul, en seguida yo, como huésped, y al fin los capitanes de los buques y los secretarios del consulado. Los demás asientos ocupan los parientes del sultán, cuya fila inicia a la izquierda el presunto heredero del trono.

El intérprete, con cara negra y astuta, facilita la conversación.

Después de haber oído humildemente in-

clinado la pregunta del sultán, la repite del mismo modo al huésped.

—Su Alteza pregunta a vuestra señoría si le gustó Zanzíbar.

—Diga a Su Alteza que Zanzíbar me gustó mucho.

—Su alteza se alegra mucho que Zanzíbar le guste a Ud.

Siguen las reverencias y las mismas preguntas se repiten a los demás.

Sobra tiempo para observar a su gusto y en verdad vale la pena.

He notado, por ejemplo, que el sultán tenía colgado del cinturón un admirable puñal indio, en los dedos lucía anillos con brillantes del tamaño de unas almendras y que en cambio no usaba zapatos.

Tenía solamente bajo las plantas de los pies una especie de suelas de madera, afirmadas por pedazos de cuero.

Su traje no se distinguía en nada del que tenía el heredero, los parientes y los miembros de la corte. Todos ellos tenían turbantes celestes, camisas blancas, levitas negras y en los cinturones los mismos puñales indios, aunque menos ricos.

Said-Ali representa más o menos treinta y cinco años de edad, tiene cara muy inteligente y usa una barba corta y puntiaguda.

Sungongo que es de raza pura india; los ojos los tiene de una belleza extraordinaria y a pesar de la sonrisa en los labios aparece una gran tristeza en su mirada.

En Zanzibar se sabe que las relaciones del monarca con el cónsul británico son muy cordiales y hasta basadas sobre una amistad personal, pero es muy probable que el protectorado le pesa mucho. El debe recordar que su antecesor Said-Borgach, era todavía un monarca independiente; en cambio, él es en realidad subalterno del cónsul.

De Inglaterra se dice que tiene una mano de fierro cubierta por guante aterciopelado. Esa mano no despoja nunca del brillo exterior, acaricia, proporciona regalos, pero a pesar de esto, en el puerto de Zanzibar están anclados a corta distancia dos acorazados, el terrible "Marathon" y "Redbreast", ambos listos para apoyar con fuego y fierro las amasubalterno del cónsul.

Al final de la audiencia nos ofrecieron dulces y café en hermosas tazas indias. Tuve tiempo, mientras tanto, de observar los dignatarios árabes que estaban sentados a lo largo de las paredes, inmóviles, como estatuas.

Eran en gran parte hombres viejos.

La costumbre de teñir el pelo y la barba es aquí, por lo visto, general, porque la mayoría de ellos tenían largas barbas de todos los matices imaginables, principiando por el color amarillento y concluyendo por el rojo.

He visto caras realmente admirables, que recordaban los patriarcas, profetas, sacerdotes o por su seriedad senadores romanos.

Quien desea estudiar el pintoresco Oriente, que venga mejor aquí que al Egipto.

Por desgracia, la decoración no corresponde a los personajes, aunque el salón tiene el carácter oriental y las paredes están pintadas en grandes cuadros azulejos, en los cuales se divisan las sentencias del Korán en letras do-

radas, pero hay muchos detalles que echan a perder aquel carácter. De los sillones tapizados en cretona laeere, ya he mencionado; fuera de eso, hay aquí por lo menos sesenta relojes que cuelgan entre aquellas tablas azulejas.

Realmente muy difícil es ahogar la risa, cuando en el momento que cesa la conversación, se oye de todas partes "tic-tac..." "tic-tac" exactamente como en una relojería.

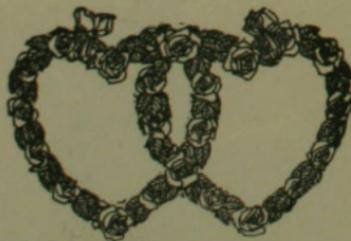
Nos explicaron aquella gran cantidad de relojes por la circunstancia que cada nuevo cónsul nombrado en Zanzibar tiene la misma idea de obsequiar al sultán con un reloj en la creencia que a él se le ocurrió primero tal cosa.

Tomando en consideración, que por motivo del clima, los cónsules se cambian frecuentemente, el número de los relojes aumenta cada año, y luego será posiblemente más grande que la cantidad de los habitantes de la isla.

Después de concluida la audiencia, hemos salido del palacio con la misma ceremonia, pero yo me quedé durante algún tiempo más en la plaza, a pesar del insoportable calor, para ver una vez más las tropas "irregulares" que en pintorescos grupos volvían a sus casas, y para observar los patriarcales dignatarios que bajaban lentamente la escalera del palacio.

Lo que es realmente agradable en estos espectáculos, es que se parecen ellos a un balet u ópera, siendo una realidad.

Uno recuerda que ya vió algo parecido, pero aquello era una ilusión y esto la vida real. Por lo tanto, se piensa: estas cosas existen y el mundo no es realmente tan descolorido, monótono y tieso como en Europa; aquella fantasía real y aquella pintoresca y fantástica realidad proporciona un verdadero placer estético.





Talleres y casino de sub-oficiales. A la derecha, parte de los hangares.

Una visita a nuestra Escuela de Aeronautica Militar

Por P. E. G.

Con fotografias.

La reciente Conferencia Internacional sobre aeronáutica, puso por los días en que se llevó a cabo, de completa actualidad nuestro instituto del ramo, y "Pacífico Magazine" requería una detallada información sobre él. Ibamos, pues, en demanda de la Escuela de Aeronáutica Militar.

Situada, como se sabe, en Lo Espejo, para llegar hasta ella hay que tomar el tranvía eléctrico que va de Santiago a San Bernardo, y que cruza uno de los más hermosos parajes de las vecindades de la capital. A ambos lados de la vía, vastas y verdes praderas para apacentar ganados, campiñas dilatadas, grandes viñedos cuyas plantas, en correctas y apretadas filas, semejan una brigada en formación; coquetas "villas" a cuyo frente se extienden los jardines, con su arriates bordeados de flores de una policromía infinita. Y al fondo, la pequeña fábrica, airosa y elegante.

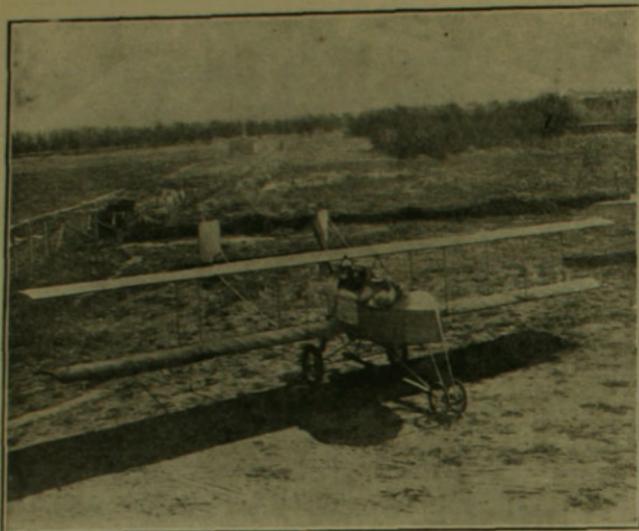
Llegamos y avanzamos dentro del recinto de la Escuela. Al nordeste, surgen como hon-

gos enormes, las cúpulas a medio terminar, del Observatorio Astronómico.

Preguntamos por el señor comandante, quien segundos después viene a nuestro encuentro.

Gentilísima persona el mayor don Carlos Lira, comandante de la Escuela y acabado tipo del militar moderno, discreto, culto y caballeroso. Presentamos nuestras credenciales, y mientras Rebolledo va a enfocar por ahí cuanto se le ponga al paso, conversamos con el comandante, mientras nos disponemos a recorrer el establecimiento.

Este fué creado en febrero de 1913, y sus fundadores, don Jorge Matte, Ministro de Guerra en aquel tiempo, el general don Aristides Pinto Concha y el capitán don Manuel Avalos. El comandante Lira, sucesor del capitán Avalos en la dirección de la Escuela, ocupa este puesto, que le fué ofrecido estando de guarnición en La Serena, desde mayo del año pasado. Actualmente es inspector gene-



Un biplano Sánchez Besa en el aeródromo.

ral de aeronáutica, en reemplazo del general Pinto Concha, el coronel Datnell. Instructor es el teniente don Arturo Urrutia, y ayudante de la Escuela el teniente don Alberto Mujica.

El ingeniero don Pedro Andrade, es el consultor técnico del establecimiento y tiene la dirección de los talleres. El contador es don Francisco Ovalle, de quien el señor comandante hace un caluroso elogio por su correctísima actuación en el cargo.

El último curso fué muy numeroso: 21 alumnos, de los cuales se han recibido 19, proporción admirable, que demuestra la preparación de nuestros oficiales para el cabal conocimiento de esta arma modernísima.

Durante las últimas vacaciones, la Escuela recibió a cinco alumnos del mejor curso de la Escuela de Artes y Oficios, enviados por este plantel a estudiar construcción aeronáutica, y piensa hacer lo mismo todos los años.

Para el curso que se inicia el 1.º de mayo próximo, hay 28 solicitudes de admisión, de militares, entre las cuales figuran las de 4 oficiales de marina y otros tantos sub-oficiales.

Actualmente hay en la Escuela los siguientes pilotos aviadores: tenientes, don Julio Torres, don Augusto Magnan, don Alberto Mujica, don Darío Aguirre, don Adhemar

Saenz Lacueva (uruguayo), don Juan Boiso Lanza (también uruguayo) y don Victor Contreras.

El personal de tropa de la Escuela se compone de 48 individuos.

A raíz de estas informaciones generales, pasamos a recorrer los diferentes talleres.

Instalados en varios pabellones contiguos, cada uno es por dentro y fuera un modelo de tenuta dentro del más exigente concepto del aseó y del orden.

Hémos en el taller de carpintería. Lo dirige el maestro don Manuel Penelas, un ver-

dadero artífice en su oficio, y que está ahí desde la fundación del establecimiento. Hay allí un banco especial para cada género de trabajos, cuyo conjunto es muy complicado. (Permítanos el lector introducir aquí un trastorno en el uso de los pronombres personales que hasta aquí hemos hecho, y que en vez de la primera persona plural, usemos la primera del singular, ya que en todo caso es una sola el autor de estas líneas).

Le digo al maestro Penelas:

—Maestro, hábleme usted en términos técnicos, porque yo soy carpintero.

El comandante me mira con cierto asombro, y luego me dice sonriendo:

—Me alegro mucho, porque yo también lo soy.

Y durante unos momentos, nos enfrascamos en una conversación del oficio, que para cualquier no iniciado, habría sido oír hablar en griego.

Entre otros de los trabajos que allí se efectúan, está la fabricación de hélices de aeroplanos. Cotejé una importada y otra de las fabricadas en el taller, y no hallé diferencia ninguna. Y de haberla, habría sido en favor de la mano de obra nacional. Esto es perfecto, y hecho, según entiendo, exclusivamente con maderas del país. El comandante nos indica que cada hélice importada tiene un coste de 300 a 800 francos. En el taller

de la Escuela de 100 a 150. Va diferencia.

Pasamos al taller de reparación de motores. Mucha actividad. Se me señala esta circunstancia: la reparación de un motor "Gladiator", que ha costado en la industria libre 800 pesos, ha resultado aquí por 150. Y es que reina ahí un espíritu de economía de dinero, tiempo y materiales, admirable. Lo único que no se economiza es el trabajo, y eso, no existiendo despotismos de ningún linaje. Hay hasta la renovación de motores. Se nos indica uno que estaba inservible, y que está ya en punto de prestar servicios como nuevo. El comandante Lira, que es un nacionalista a ultranza, quiere hacerlo todo en el país, hasta los motores, y entiendo que en su Escuela, sólo falta eso para dar cima a su ideal. Se reparan y remiendan también motores de automóviles.

Vamos en seguida al taller de construcción de aeroplanos, muy amplio. Se está dando la última mano de pintura a las alas de uno construido allí. Y entre esa bandada de aviones en reposo, que se tocan con las alas unos a otros, uno cree encontrarse como en un vivero de pájaros inmensos, listos para extender las alas y remontarse en un vuelo al infinito...

Nos llaman la atención hacia un monoplano, último modelo Blériot de 80 HP., construido aquí según los planos del aparato de propiedad de nuestro aviador Fuentes.

En el momento de nuestra visita, había en el hangar de la Escuela dos biplanos Sánchez Besa y un 50 caballos Blériot.

Vimos también el llamado "Auto-taller", en que trabajan veinte operarios, destinado a la reparación de automóviles. Había en ese instante en el garage cuatro de estos modernos vehículos.

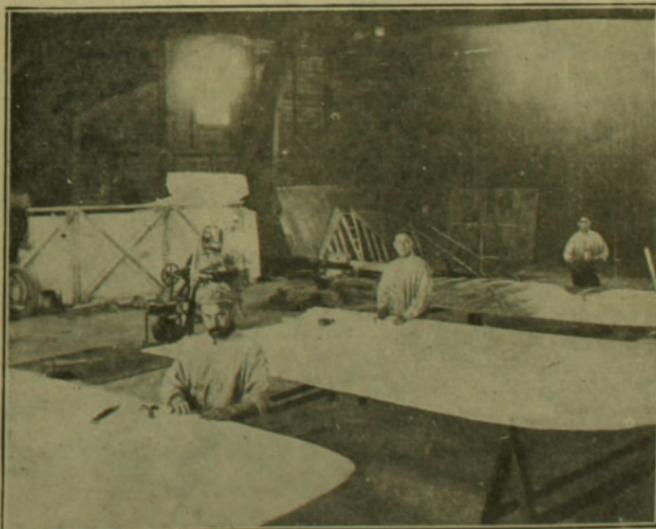
El comandante Lira tiene el acariciado propósito de establecer también una fundición de bronce, cobre y aluminio, que parecen ser de suma necesidad. Espera

mejores tiempos que ojalá estén próximos.

Por último, el taller de reparaciones técnicas, donde se observa la misma actividad que en los demás, y donde, con la competencia de una fábrica europea, se renuevan o reparan las piezas que han sufrido deterioros con el uso, o necesitan modificaciones que les den mayor eficiencia y capacidad.

Un capítulo de mucha transcendencia es el relativo a la bencina y al aceite, combustibles propulsores de estas admirables embarcaciones aéreas: a este respecto, el consumo se ha restringido con daño para el servicio. Teniendo que ajustarse a la exigua suma asignada, éste, que es uno de los capítulos más dispendiosos de los gastos de la Escuela, ha tenido que sufrir una merma que, sin duda, redundará en perjuicio del más rápido aprendizaje de los alumnos.

Abandonamos, por fin, los talleres propiamente técnicos, y nos dirigimos a otros departamentos de la Escuela que complementan su funcionamiento: el almacén de equipo y vestuario, donde, como en todas partes, la ordenada disposición y la limpieza son irreplaceables; la enfermería, donde hallamos a un solo paciente, aquejado de una leve dolencia, y de cuyo estado se impone el comandante con afectuosa solicitud; la barbería y la sastrería, que ocupan un perímetro tan grande como un pañuelo de yerbas, y en



Taller de carpintería: entelando alas para nuevos aeroplanos.



Talleres de maestranza.

las cuales no falta, sin embargo, ninguno de los accesorios propios de su carácter.

Hemos terminado nuestra inspección ocular. Un profano en la materia, como nosotros, no puede dar una idea de este modelo de establecimientos técnicos en que preside la competencia de un hombre educado en el ambiente científico de nuestros institutos militares, que asimilan día a día todos los adelantos que en la materia se producen en los países más progresistas. Así, pues, esta reseña apenas da una pálida imagen de lo que es nuestra Escuela de Aeronáutica Militar.

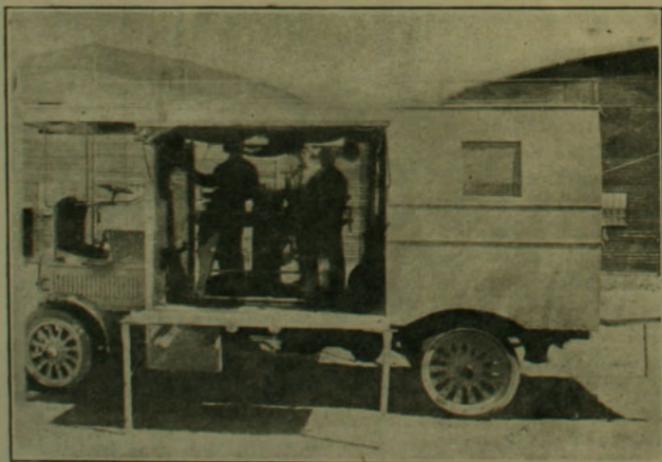
Más que estas impresiones, recogidas sin otro conocimiento de tan compleja materia que el que puede darnos el sentido común, darán a los lectores una idea de aquel establecimiento, las detalladas fotografías que acompañan a estas líneas.

¿Y sabe el público cuál es su presupuesto anual? Setenta mil pesos! El comandante Lira, como militar pundonoroso que es, no nos formula una sola queja: se limita a consignar la cifra. Pero la sola

exposición de los progresos de la Escuela, es una acusación severa a quienes no saben conceder a un establecimiento científico de tal naturaleza, la importancia que tiene para la seguridad de la República.

Por lo que si el comandante Lira se sintió amargado, fué por las campañas de malignidad y de ataques antojadizos de que ha sido en frecuentes ocasiones, víctima el establecimiento, de parte de ciertas personas y de cierta prensa. Si nuestras puertas, nos dajo,

están ampliamente abiertas a todo el mundo, ¿por qué no investigar en el terreno aquello que creen doloso, o producto de la desidia, incompetencia o falta de sentimientos humanos en los jefes del establecimiento? Yo jamás me he negado a dar a los representantes de la prensa cuantas informaciones me hayan pedido, reservando, naturalmente, aquellas que la disciplina y la discreción militar me vedan revelar a nadie. Vea usted: aquí ningún alumno puede emprender un vuelo, sin que una severa y prolija serie de comprobaciones de toda especie, sobre la efi-



Automóvil taller, para reparaciones en el campo de ejercicios.

ciencia del aparato: su estado de resistencia a la atmósfera reinante, el buen funcionamiento de su motor, de la racional provisión de combustible, de su estabilidad, etc., no hayan demostrado que el estudiante-piloto puede lanzarse. Y es sólo cuando nuestro consultor técnico encuentra todo conforme, cuando yo doy la orden de partida. Si ocurre un accidente o una desgracia inopinada, ¿qué culpa tiene la Escuela, ni qué culpa tendré yo? ¿Podemos prever lo fortuito? Pero no sólo se ensañan contra el establecimiento: se ensañan también contra su jefe. Vaya este caso: yo vivo aquí cerca, en La Cisterna, y he comprado hace tiempo una pequeña quinta por mensualidades; (no soy rico, ni creo que, en la generalidad, mis compañeros del Ejército lo sean), y la estoy haciendo edificar. Y bien, ¿sabe usted lo que se ha estado rumoreando, o dándose en autoridad de cosa juzgada? Que yo estaba empleando en la construcción de mi casita, a los propios soldados de la Escuela... Y estos son, como le he dicho, cuarenta y ocho, y apenas si bastan para las necesidades del servicio...

Y nosotros pensamos que esta es obra del estúpido prurito nuestro, de pensar siempre mal de todo el mundo, por la razón del chileno: porque sí, hiriendo a veces de muerte,

y por pura maldad, reputaciones sin tacha.

Invitados galantemente al casino, almorzamos en compañía del señor comandante Lira y de su digna oficialidad, compuesta de una pléyade de brillantes muchachos, positiva esperanza del Ejército y efectiva realidad en el comercio soeial. Allí conocimos a los tenientes uruguayos Boiso y Sáenz, caballerosos y discretos, cargando sus lucidos uniformes franceses. En suma, un rato de amable charla en medio de una reunión de caballeros.

Después del almuerzo, nos muestran una sencilla pirámide mortuoria emplazada en uno de los patios, conmovedor tributo de sus compañeros a una de las víctimas caídas en ese mismo sitio, y cuyos nombres aún florecen en los labios de Chile entero. Caprichosas platabandas rodean la base del pequeño monumento, y parecen sus florecillas más hermosas porque fueron abonadas con la sangre de aquellos mártires...

Por la tarde, la llegada de Santos Dumont y su comitiva, nuestra presentación a él, en que nos cuenta brevemente las impresiones de su ascensión matinal de ese día al San Cristóbal; su magnífico vuelo con Fuentes sobre Santiago, la despedida a nuestros gentiles acogedores, y el regreso a la capital entre las sombras de la noche.





La Venus de Milo.—Existente en el Museo del Louvre.

EL DESNUDO

Por

MIGUEL LUIS ROCUANT

Con ilustraciones fotográficas.

El desnudo es bello. Su línea, flexible, va, desde el perfil de lo esclavizado en lo inmóvil, en las quietudes minerales, al contorno de lo que divaga y lucha. Es la guía de la enredadera, la voluta de la ola. Y su palidez, venida a la luz con algo del escalofrío de la raíz desnuda, sube, trémula, hasta el punto liberador, hasta donde pasa de la pulpa, que la vegetaliza en la flor, a las formas, que la animalizan en la carne. La calidez devoradora, que en los pétalos niveos es oxidación amarillenta, arde, en sus blancuras, como fuego... Su vida sonríe y sueña. Es una síntesis. Todo lo que en la fibra vegetal es instinto sometido al florecer, y todo lo que en la actividad de los animales se originó en las necesidades biológicas,—la ligereza en el retraimiento pavorido, la violencia en el salto y el serpeo en las acometidas por hambre o por amor,—es, en su vida, libertad. Sin estar sujeto a nada fatal y enardecido por anhelo ignorado de las plantas y de los animales, luce las líneas de todos los organismos inferiores de la naturaleza. Va de lo inmóvil a lo undoso, de lo recto a lo polirítmico. Su perfil se define como el más apto para la vida de relación, para el desvío, la caricia, el halago; es, en su simplicidad, un resumen de los movimientos y las ansiedades de la flora y de la fauna.

Este visible carácter de síntesis lo ha hecho vivir, en el arte, la vida de la luz. Su palidez insinúa no sé qué pureza del candor primitivo; diríase una supervivencia de los desnudos míticos, de los azulados por el primer cielo y sombreados por las primeras ramas. Su belleza es algo que, influido por atmósfera propicia, por fondo en armonía con la idealidad de sus tonos, llega al ensueño. Para el que lo ve así, en el despliegue de sus valores más finos, para el que lo siente latir animado por savia de alegrías y promesas, no es ya un simple motivo de luz, es un tema de vida que desenvuelve sus ansiedades en línea y color; una imagen

que se pierde, por su transcendencia, en lo abstracto. Al definirlo en el lienzo, el artista pone, en cada pincelada, espíritu. El menos decidido de sus matices es el comienzo de una divagación emotiva. El límite fugitivo, la línea casi ilusoria por donde corren unidas la luz y las penumbras modeladoras, es, para su sensibilidad, el dibujo de algo ideal, de una delicia, de un recuerdo, de una emoción. La luz que se insinúa en la curva del hombro, se desvanece en los brazos, se intensifica en el relieve de los pechos y llega a la plenitud de su expresión en las morbideces enaltecidas por las sombras inguinales, muere, al desparramarse en los contornos, en deseos, en esperanzas. El desnudo, que influido por la psicología de sus intérpretes ha mostrado los más diversos caracteres, que ha sido casi místico en Botticelli, greco-romano en David, realista en Courbet, adquiere, visto así, la transcendencia de algo único. Su belleza vive la vida de todo; es un organismo que recoge y despliega sus líneas perfiladoras, no al azar de la brisa, como las plantas, ni al impulso del instinto, como los animales, sino al capricho de la voluntad consciente; un organismo que, por venir de la materia y tender al ensueño, es el único que puede unirse a otro con enlazamiento que tenga mucho del humus, de la carne y del alma. Es una imagen viva; sus líneas, inmovilizadas, son ideas; sus tonos, enardecidos, llamas.

Pero, más que en la idealidad de los matices, la belleza del desnudo está, para mí, en la línea. El fino y delicioso estremecimiento que va por mi sensibilidad al recorrer sus tonos, me disuelve en lo inefable si me deslizo por sus relieves. Sin inquirir cómo se enlazan los pulimentos y las opacidades; sin agotar las sutilezas disiectivas de los efectos modeladores,—la curva en que aletea la luz, la sinuosidad en que duerme la sombra,—recojo del desnudo tal suma de sen-

saciones gozosas que, al revivirlas, para interpretarlas, dudo, desorientado. ¿De qué punto partir? ¿Cómo librarme de lo que me desvía, de las incidencias de la línea, de los episodios de la claridad? Es preciso reposarse; atender primero a lo descrito por el perfil; después, a lo que dice el relieve, a sus caídas, a sus elevaciones; y, por último, a lo que resuelve el equilibrio de la actitud. Es labor de síntesis visiva. Sin ella, sin su recogimiento que depura, no percibo con limpieza la unidad de lo que desearía modelar. Para mí, el lineamiento del desnudo, que se insinúa aquí, trémulo, indeciso, en lo que ha de encubrir, y asoma allá, denodado, en la certeza de lo que ha de mostrar; se define, influido por el color, como un dibujo gris. Para tener la imagen exclusivamente escultórica, requiero, pues, huir el atractivo del tono, y, en análisis que una, a la agudez de la mirada, la emotividad del corazón, entregarme a las plasticidades, a los resaltes bruñidos, a las cavidades penumbrosas. Así podré saber, también, si el cuerpo que estudio es apropiado para representar lo fugaz o lo permanente; si necesito enlazarlo a un punto dado de la tierra o de una época; y si, para desprenderlo de lo transitorio,—del tiempo, de la región,—debo presentarlo, como lo veo, desnudo.

El vestido sirve, es cierto, para enaltecer la sencillez de lo natural, y para comentar con las frases de sus pliegues, la actitud de la figura; mas, por ser decorativo, casi diría ornamental, entorpece la simplicidad expresiva del desnudo, lo estrecha en límite circunscritivo de su belleza. Así en la figura libre, en la que se muestra sin nada que la ligue a un estado psíquico individual, a un momento histórico, o a una costumbre; en la figura que se da en la plenitud de su vida, el velo desvía la expresión, oscurece el símbolo. No vistieron los helenos las niveidades venusinas al evocarlas en su salida del mar, húmedas de los aromas anadiómenos, ni velaron a la diosa de la caza, al escupirla en su correr por las selvas nocturnas, seguida de sus perros veloces, Sirio y Proción. El desnudo es la naturaleza, lo eterno; el ropaje es el arte, lo transitorio; es la costumbre y la época; el velo egipcio, el manto griego, la dalmática bizantina. La vestidura convierte el desnudo en obra de análisis, y al escultor en cronista de lo efímero. Las figuras representativas de los elementos morales eternos,

—el amor, la fe, la esperanza,—están sobre lo pasajero, son una fuerza desnuda... Así el artista que las esculpe, no para evocar un minuto cualquiera de la vida individual, sino un valor abstracto, prescinde del vestido, y perfila lo más puro de la belleza corpórea que sueña eternizar, con la línea que llegue, por lo sencilla, a lo perdurable, como esa que algunos escultores de hoy han tomado de lo inmóvil, de los leones de Micenas, de los colosos del Serapión.

El desnudo alcanza, pues, la plenitud de su vida si prescinde de todo lo que pueda unirlo a determinado punto de la tierra o de la historia. Libre de vestidura, ya sea la indecisa y casi abstracta del velo, ya la ritual del manto, esa que insinúa con la mímica de sus pliegues, gestos, dudas de avance, reticencias de acción, se desenvuelve, bajo el cielo, con terneza de flor. Es, en sí mismo, fugaz. Pero, si la melodiosa divagación de sus perfiles es detenida en la piedra, se idealiza, se convierte en algo eterno y puro; es una claridad del espíritu más que una forma de la naturaleza. Sí, nada puede enaltecerlo, darle más valor transcendente, que la alegría de la piedra, la blancura. Ella, junto con ofrecer, atenuada, en la luz y la penumbra, la armonía sensual del colorido, muestra en los relieves, en el contorno, en la actitud, la armonía mental de un símbolo. Su belleza vive, late, aspira, ama. Si para algunas pupilas la piedra permanece, en su inercia, inmóvil, para las del poeta se anima con la lentitud o la rapidez de lo que dice, insinúa o grita. No es ya una simple delicia visiva, una imagen que, al verla, deslíe en la sensibilidad deseos, algo que, al discurrir por la sangre, pone en las manos un florecimiento de caricias, no; en el silencio de su actitud nevada, es idea, esperanza, temor. Es el paso del germen al ensueño; la transfiguración de la carne. Sus brillos son claridades de pensamiento; sus penumbras, medrosidades de intención. Su belleza se convierte en energía que, por venir de la tierra y tender al alma, no es inmoral ni moral, sino una fuerza de la vida; un prodigio de blancura que no se deja encender por el fuego perverso de los sentidos; un ritmo de aspiración que, aún con sus líneas más inexpressivas, me une, ora a las perezas abstractas,—a las alegrías, a los heroísmos,—ora a las perezas materiales, al desnudo mineral, la perla; al desnudo celeste, la luna; al desnudo floral, el lirio.



Perseo.—Estatua existente en la "Loggia del Lanzi". Florencia.

Sobre todo al mármol. Su albor parece nacido para idealizar el desnudo. Nada hay que llegue a lo decidido, a lo sereno, ni a lo augusto de su pureza. Por su origen, por su composición, por su vida, él es, como el desnudo, una síntesis... Venido del silencio y de la sombra, su transparencia insinúa las ansiedades del abismo. La niveidad de la nelúmula es gris junto a la candidez con que en él asoman cristalizadas las partículas calcáreas florecidas en las penumbras submarinas. Si por sus brillos divaga la delicadeza de la primera claridad que tembló en los enmarañamientos de los nautilos astroites; y si por sus tonos mates circulan las albas grises y los crepúsculos blancos de los otoños del mar; por sus venas celestes se deslizan, soñolientas, las vaguedades cerúleas con que los plenilunios platearon el fondo de las aguas antiguas. Es, en su eternidad, un resumen de lo transitorio: de la luz mustia, de la ola perdida, de la madre-

pora muerta. Frente a su alborear, el espíritu vuelve a escalofriarse, como en los orígenes, ante el misterio de las cosas; vuelve a sentir el estremecimiento, entre pavorido y gozoso, que lo despertó a la vida: la precepción táctil, la delicia del relieve, el fuego de la forma. Por eso, cuando veo que la piedra da su idealidad expresiva a un gesto; cuando veo que los cromatiza con el candor de sus blancos, me absorbo en la dulzura de pasar de lo sensitivo a lo imaginativo, de lo real al ensueño. El mármol se hace flor, carne, esperanza. Y como en nada se encienden mejor que en él los albores que divagan por la tierra y el alma,—los que surgen en la espuma se dispersan, los que florecen en la virtud se agostan,—él es, en su serenidad, una blancura casi abstracta, por estar más allá de ese instante de los seres y las cosas en que la vida es lucha, y la belleza, victoria.

Del libro "Las Blancuras Sagradas".



Mis predicciones para 1916

Por

Mme. DE THEBES

Con ilustraciones

¡Cómo calificar el año que debe salir, a contar del 21 de marzo, del período convencionalmente incluido en el milésimo de 1915, y que yo he calificado de **brumoso**?

Aparéceme como un sol medio oculto por una reja negra y roja a través de cuyos barrotes proyecta su vivo resplandor el astro triunfante. Visión alucinadora que me obsesiona en estos momentos en que ludo por desecharla, pero que se impone a mi espíritu y me domina en absoluto.

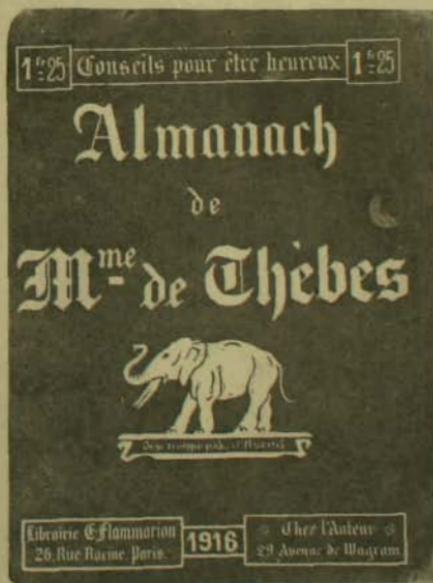
No tengo en este año deducciones ni observaciones documentadas que comparar con las sugerencias que me dominan. Han absorbido todo mi tiempo la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Sólo he abierto mi puerta, por excepción, a algunos pobres infortunados que acudían a mí en busca de consuelo.

Podré ordenar debidamente, como antes, estas páginas en que me hago la ilusión de que flota el velo del porvenir, levantado por un momento.

Preciso será que me abandone por completo a mis impresiones y que trate de diseñar con manos temblorosas las imágenes y al eco de las voces que percibe mi alma. Defino, por tanto, el 1916 como un blasón: año negro y rojo so-

bre fondo de oro reluciente. Disiparanse las brumas. Los resplandores de la aurora trocáronse en luz de la mañana. Pero interpuestos entre nosotros y el sol victorioso veo obstáculos, pruebas, sacrificios. De todos modos se extiende por Francia el calor bienhechor del astro Rey. Ved aquí el fin de la lucha internacional; pero no es el fin de nuestros esfuerzos y amarguras. Estamos aún de lleno en el cielo de Marte y bajo la influencia directa del planeta avasallador. Sabido es que irradia principalmente sobre la tierra durante un período de treinta años, comenzado en 1909. El planeta actúa y domina con mayor eficacia allí donde son más imperiosas las necesidades y las sensibilidades más vivas. No me ocuparé una vez más de las misteriosas ondas de poder, de necesidad, de odio, de amor, que forman en la atmósfera corrientes invisibles emanadas de fuentes misteriosas y que nos envuelven, chocando y luchando entre sí, y actuando sobre nosotros según las circunstancias, las disposiciones generales o individuales que son unas y otras, los verdaderos factores del destino.

La primera onda de influencia marciana comenzó en 1909 y parece que se ha ido ensanchando y agran-



dando hasta desbordar en 1914 convertida en ola de sangre.

En estos momentos veo distintamente la ola roja y letal, que no parece ha de detenerse. Un grupo de cinco años parece anunciar un período equivalente en que todo o casi todo aparece bañado por la ola de la guerra. Nuestro planeta no recobrará la relativa calma permitida a los humanos sino cuando se haya atenuado la influencia funesta de Marte, de aquí a diez años.

Esta es la ley general tal como la habría anunciado la Kabbala y tal como se me revela en mi estado de hipnosis.

Pero no olvidemos que hay otras influencias astrales que han de manifestarse, y que nosotros mismos, por lo que toca al ciclo de nuestra actividad y nuestras acciones, llevamos dentro poderes de voluntad, que pueden y deben asegurar nuestro retorno a la paz y la prosperidad. Pero no desde luego, sin embargo, aunque las cosas ya no están como estaban. Nada de lo de ayer me parece que persistirá mañana. Hemos entrado en algo así como infinito. Víctimas aún de errores, cálculos y egoísmos, vamos rápidamente a vernos libres, a encontrarnos de nuevo en un completo desorden trágico, del que renacerá al fin el orden y con él un mundo nuevo y nuevas ideas y nuevos aspectos.

Ah! y cuánto tardó en pasar este 1916! 1916! año cruel para muchos y hasta para mí misma. Oh! Ese negro y ese rojo!... Y a pesar de todo, ahí está siempre, allá lejos en el fondo, el sol.

1916 es número fatal, más aún para algunas individualidades, sometidas a ciertas fatalidades, que para la generalidad. 1915 fué un número aún más terrible. Haciendo cálculos conforme a la tradición de los antiguos tenemos: 1 más 9, más 1, más 5 igual a 16. Cifra fatídica! En cuanto a 1916: 1 más 9, más 1, más 6 igual a 17; este es un número menos fatal, pero la expresión numérica de donde procede es siempre nefasta.

Crea cada uno lo que más le plazca. Yo acudo a la tradición, porque ella me ayuda en mi confusión y porque en mi delirio se me ilumina el porvenir por el pasado.

Acontecimientos de Francia

¿Qué hombre o qué hombres saldrán de la trastornada Francia? Algunos me han aparecido, otros me aparecen aún para desvanecerse de repente. Estamos al borde de un abis-

mo de donde surge lo desconocido. ¿A quién irá la autoridad?... ¡Al más digno. ¡Y dónde está?—¿Al más bueno? ¡Cuánto malvado! ¡Al más abnegado? ¡Cuánto egoísta! ¡Al más meritorio? ¡Cuánto enfatuado!

Eso es; nuestros males nacen de nosotros mismos, y aún no nos hemos enmendado. No. Aún no se ha hecho la unión. Las intrigas de la envidia, las ansias de la ambición, los yerros de la ignorancia son todavía muy grandes. El ideal ha florecido especialmente entre los que han muerto. ¿Serán muchos los héroes que sobrevivan? ¡Oh mujeres! mujeres francesas, sólo en vosotras tengo fe. Vosotras sois las que debéis salvar a Francia. En las grandes circunstancias y fuera de los combates que purifican, los hombres son malos, débiles y sujetos a error. No tienea ese instinto sublime por el que vosotras habéis sacrificado vuestros hijos y esposos. No son lo que somos nosotras: la patria, en su potencia creadora.

¿Qué de héroes caídos! ¡Cuántos por caer aún! Y entretanto el sol extraño se remonta poco a poco, separado siempre de nosotros por esas rayas, ese enrejado de sangre y de luto. Y he aquí en la plenitud de la luz cortejos, cantos, alegrías. Es la vuelta de los vencedores en el esplendor del estío, si mañana, al momento, no han entrado, en parte al menos, en sus hogares. Porque en el primer plano, que permanece aún entre brumas, se prosigue la batalla, y cesa luego de repente. La lucha es terrible; sube del abismo un fragor espantoso de truenos y alaridos, y de repente, nada, el silencio.

¿Dónde estamos? ¿Adónde vamos? ¿Qué significa esa confusión de sombras y de llamas, de griterío y de silencio?

Los años anteriores, podía yo reconcentrarme, razonar, detenerme, contemplar la visión, desentenderme de ella y volver a contemplarla. La visión me obedecía. Hoy es ella la que me domina. ¿Será la fiebre, el agotamiento, la enfermedad? Ello es que persiste la lucha, que continúa después de la derrota del enemigo.

Hago esfuerzos por no preocuparme más que de las cosas de Francia; no quiero todavía mirar más allá. Pero parece que de un extremo a otro de Europa oigo los mismos gritos, los mismos clamores de espanto, los mismos dolores de alumbamiento.

El viejo mundo fenece. Está agonizando. Desaparece, sin embargo, para volver a na-

cer. Entretanto, somos nosotros los que, con nuestros sufrimientos, fecundamos el universo, somos nosotros los que aportamos las nuevas fórmulas, las nuevas ideas de renovación que ya crecían en nosotros y no son, por otra parte, las que se hubiera podido creer. Ha sido tan dura la prueba que se las juzgó quimeras, mentiras y utopías. Abramos ya los ojos a la realidad. La patria ha de renacer de la familia y por la familia. Fuera de ahí no hay nada. No hay sistema que valga y prevalezca contra esta ley de la naturaleza: "Hombre, tú serás esposo y padre y criarás tus hijos".

Pero qué de dramas, qué de lágrimas y de sangre ha de haber entre nosotros antes de que esta verdad logre imponerse a los egoísmos y las ambiciones, gracias a nosotras, mujeres de Francia, hermanas mías. Sí; os es-

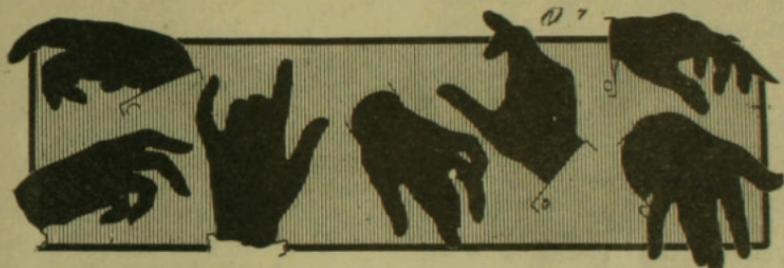
cha para darles el golpe. Por lo demás, entre ellos y fuera de ellos no se ve más que traición, traición y traición.

Pero volvamos a ti, Francia querida.

Oh! sol, sé siempre el de los días felices de mi país. Ilumina el porvenir; libértate de esas rayas oscuras, que son como una reja tras de la cual te veo prisionero. ¿Qué calamidades van a sobrevenirnos? ¿Qué miserias van a pesar sobre nosotros? ¿Qué cadenas nos van a sujetar? ¿Qué? ¿Nuestras pérdidas, nuestro agotamiento? ¡Oh, ese caos, ese caos y ese grito: "Justicia! Justicia! Y esos otros clamores: "Venganza! Venganza!"

¡Oh impotencia de la ley del amor y la armonía!

Pero, en fin, de este laberinto, de estas calamidades surge una nueva Francia. A ella den en tropel los extranjeros. Pobre París!



pera el rudo honor de salvar a la patria, de producir hombres que sean hombres, franceses que sean franceses.

Ah! Y qué lejos hemos ido, en menos de tres años, del estúpido "Tango"! ¡Qué aprisa van los acontecimientos! ¡Por qué pendiente tan resbaladiza rodamos! Y no obstante el sol se eleva continuamente y va creciendo su luz.

Los dos momentos culminantes en que reinará la calma de la tempestad general serán o mañana, es decir, en el próximo marzo y abril, o, si las potencias de destrucción prevalecen y continúa la borrasca sangrienta, en el próximo septiembre.

La desaparición de uno de los principales autores responsables de la hecatombe traerá consigo un cambio de cosas. Pero, ¿y cuál de los principales será? No lo distingo bien. Se interponen entre la luz sombras confusas. ¿El viejo siniestro? Sí, y el Nerón también. Oh! Ambos están marcados y la Muerte les aee-

Grande va a ser el cambio para ti, que tan pesado eras al país.

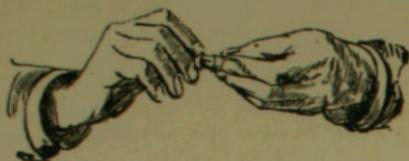
Y entre todo eso, Dios mío! las artes, las letras, nuestras glorias, mis amigos... Nada veo, nada se me presenta con claridad. Todo se consume en el resplandor de ese sol que brilla ahora como inmenso brasero. No hay ya más individuos. No hay situaciones estables. Todo pasa tan rápido, todo cambia y se confunde tan pronto que me es imposible reconocer rostros, ni distinguir facciones.

Franceses, ¿qué cosas iréis a ver que no hayan visto los siglos?

¡Pero, Dios justo! Mi patria! ¿Qué es de mi patria en este inmenso brasero?

El sol está más hermoso aún. La reja espantosa se desvanece. El fecundo resplandor acrece...

Felices aquellos que asistan a la resurrección de Francia en una Europa renovada. Pero qué lejos está aún ese día y cuán breve será. De nuevo vuelven a interponerse las ra-



yas rojas y negras, y de nuevo me oprime la angustia. Sí, me oprime la angustia, y otra vez bruscamente en torno mío y dentro de mí todo se calma. Reina calma y quietud completa. Del sol se desprenden sólo irradiaciones de amor.

Hermoso entre todos los del orbe es el destino de Francia. Si camina de prueba en prueba, de sacrificio en sacrificio, es que camina siempre hacia la cumbre, hacia el perfeccionamiento moral y material. Y después de períodos de sombra y sufrimiento ya pasados, brilla con nuevo resplandor y reaparece iluminando al mundo con nuevos destellos.

Fuera de Francia

Alemania.—Contados están los días del sanguinario de Hohenzollern, y si no muere por su propia mano, morirá a las de un alemán, y agonizará lentamente. Que precise más alguno más inspirado que yo. Todos los signos de su destino son contradictorios. Tenía tantos dones! Uno solo le faltaba, precisamente el que más necesitaba en su posición: el honor. Perecerá él y la mano vengadora de la justicia caerá sobre todos sus hijos. Sólo uno, el único hermano, se salvará con su esposa, y reconocerá sus pasados errores.

De uno a otro extremo de lo que fué imperio no quedará más que división y miseria, miseria y división, revueltas y matanzas.

Oh!, sobre todo nada de piedad en nosotros para con los caudillos del pueblo alemán, siempre listos para burlarse de nuestra sensibilidad natural y prontos a apelar a nuestros generosos sentimientos de socialismo y a la utopía de la fraternidad universal. Lo perderíamos todo.

Estemos en guardia. Todo el esfuerzo del enemigo será en este sentido. No seamos débiles.

Más de una generación ha de pasar antes que los alemanes vuelvan a ser hombres. Los que reaparezcan entre nosotros no tendrán

más que una idea: traicionarnos, robarnos y asesinarlos.

Todo es sombrío en Alemania. Es la noche. Una noche en que sólo se divisa una llamada roja, una ola de sangre. Después, las sombras se agrupan en masa y se alejan. Diríase un éxodo interminable hacia otros cielos, bajo leyes extranjeras.

Austria-Hungría.—Son más densas las rayas negras y rojas y amengua la luz. Confusión y llamas. Todo se despedaza. El Danubio es como un río de metal en fusión. Por él, pasado el tiempo de la expiación, se realiza la unión de los pueblos. La Europa central respira y vive desembarazada ya de la opresión prusiana. Esto no será tan pronto. Dios mío, cuánto error, cuánta ignorancia entre los hombres, particularmente entre los de la monarquía austro-húngara, llegada a su fin! Basta de tropo! Tras de las revueltas sangrientas, Hungría será duramente castigada, devorada por el fuego. Después, todo vuelve a florecer en esa fértil tierra, si es que sabe acabar con la barbarie germánica, de la que ha sido esclava. Afortunadamente el eslavo triunfa victorioso. Comienzan nuevos días.

Inglaterra.—Mil años habría de vivir y nunca dejaría, por mi parte, un sólo día de rogar al cielo por la prosperidad de Inglaterra. Ciertamente no olvido la historia. Yo sé que es el interés el que la guía. La guerra la salva de sí misma, que se desgarraba y tenía necesidad de entrar en una era de renovación.

Al igual que nosotros no está esta nación libre aún de penas, y el duelo continúa amenazándola. Pero su honor ha estado de acuerdo con su interés. Su superioridad moral sobre Alemania es aún más poderosa que su valiente marina. Ha creído un deber en ella el defender su palabra, la civilización y la humanidad.

Sobre ella resplandece la luz del sol de mañana, siempre que llegue a consumar sin piedad ninguna la destrucción del pirata y el bárbaro.

También veo sombras delante de este hermoso sol: son las debilidades interiores y ex-



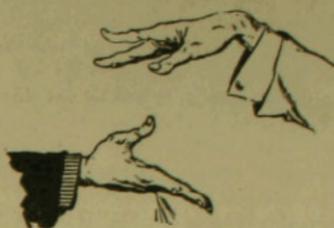
cereana la paz para esta tierra de peñascos, teriores. Las cosas aparecen y desaparecen in- conocibles, indescriptibles, inasequibles. Co- mo en Francia, todo debe en el Reino Unido tomar nuevos aspectos. Por fin, de entre la deslumbrante claridad surge el triunfo de una autoridad más fuerte.

Apenas si puedo distinguir, entre la luz, el porvenir de los demás pueblos. Persiste aún ese mismo resplandor tan extrañamente ve- lado por rayas rojas y negras. Lo veo al mi- rar a Italia, España y Rusia. ¿Qué significa- rá ésto? ¿Por qué esta claridad tan uniformemente extendida? Diríase que es un horno en que todo se funde o todo se absorbe. ¿Será ésto el anuncio de una Europa que se reconstituye en alguna nueva Confederación? Por más que me esfuerzo no puedo ver más allá. Me limitaré al término de un año, a estos doce meses próximos, de marzo a marzo, bajo el imperio del poderoso Marte. No veo más que una llama dorada y sombras trágicas. ¿Una llama de oro? ¿Qué será, pues? ¿El poder financiero? ¿Un incendio general precursor de la refundición económica de los Estados?

Tratemos de fijar algunos trazos de los que yo veía al pensar en algunos pueblos, cuyo destino se dibujaba en la deslumbradora claridad.

Italia.—Tierra del arte y de la gloria, guar- dadora de la fe y la civilización; tierra tam- bién de tentaciones, de pasiones ardientes, de cóleras repentinas. Paciencia, Italia, querida Italia! Permanece firme en tu deber latino y sé siempre, en las horas de las desavenencias inevitables, de las negociaciones difícil, sé siempre, por tu propio interés y por la glo- ria de tu porvenir, sé latina y fraternal sobre todo. Sé tú el lazo de unión.

Tu genio es el más dúctil y unes las con- cepciones de una imaginación ardiente al sen- tido preciso de la realidad. Tienes la más be- lla fortuna del mundo: la resurrección de la paz romana en el universo, siempre que seas tan buena como grande puedes ser, tan leal como puedes ser fuerte, tan juiciosa como puedes ser hábil. Sobre tí no se debilita la



luz y en el sol se dibuja triunfante la Cruz, pero como en segundo término. Más tarde, más tarde.

España.—Magnífico porvenir, a pesar del peligro, alejado por un momento, pero que vuelve de nuevo a amenazar a la corona. Por un instante se oscurece la luz soberana. Cuántos proyectos, cuántas esperanzas! Pero preciso será que Francia sepa mañana fran- quearse con España y que España conozca a Francia mejor. ¿Cuánto tiempo aún nuestros errores morales, nuestras estériles discusio- nes filosóficas y religiosas nos enajenarán lo que hay de más grande entre los hombres y sobre todo en ese gran país latino, tan ele- vado en la historia, que estando tan cerca de nosotros no conoce más que nuestros defe- ctos?

Rusia.—¿Cuánta grandeza y cuánta fuerza en el despertar de ese coloso que dormía en profundo sopor? Rusia está salvada por la fuerza moral y la fe del Czar, ya cansado de la infamia y la traición germánica. El resplandor sobre este gran país es hermoso aun- que en torno del cerco luminoso se dibuja una especie de corona con una aureola de san- gre. Peligro indudable. El peligro está en to- do y por todas partes y cuanto más arriba, más se ve... Veo pasar una sombra, una si- lueta femenina con largos velos de luto y una diadema en la cabeza. Ya desapareció. Dolor inmenso. Horas de luto. Pero la luz está siem- pre hermosa. Sigue cumpliéndose el magnífico destino del pueblo ruso. Los primeros fondos aparecen claros. Polonia resurge y Varsovia recomienza su carrera de capital inmensa y afortunada. Feliz Polonia! Una resurrección es una apoteosis; pero es necesario llevar la tierra polonesa hasta las olas de ambar para que la suerte sea enteramente favorable al país de Kosciusko.

Pueblos balcánicos.—La luz se ensombrea envuelta en una nube de humo. Aún no está



que hace tantos siglos pone en contacto a Europa con Asia.

¡Oh, esta sombra! Y luego, ese perfil que en ella se destaca! Es el perfil del traidor. Recuerdo perfectamente lo que he vaticinado de él y él ha leído de mí. Tenía camino que escoger. Y escogió el del crimen. ¡Qué espantoso castigo le espera, y muy luego, si no lo salva un milagro!

Luz radiante sobre Serbia. Honor y libertad. Sí, todo triunfa en el Derecho. Pero aún quedan amarguras; aún quedan sangre y lágrimas. ¡Qué importa! Ni el heroísmo serbio ni el montenegrino han de quedar sin recompensa el día de la justicia.

Grecia.—Todo está negro. *Requiescat in pace.*

Rumania.—No sé. La luz es roja y amarilla. ¿Es el despertar? ¿Es el esfuerzo?

Turquía y Oriente.—Mañana estará Europa toda en Turquía, pero Turquía no estará más en Europa. El mal turco, el bárbaro germanizado, el renegado de las tradiciones del verdadero Islam, caerá vencido por el Islam mismo. Todo cuanto tocó Alemania debe aniquilarse en el deshonor y el ridículo.

Aún habrá matanzas y carnicería entre los turcos. La sangre de muchos inocentes clama venganza. Por las sombras que nublan la luz desfilan infinidad de esclavos. ¡Cómo! ¿Esclavos en la Europa que se acerca? ¿Es posible? Los cambios sobrepujan a cuanto pudiera esperarse. Bien pronto nadie recordará en Europa que hubo un tiempo un Sultán de los turcos.

América.—Luz espléndida y sin sombras de ninguna especie; pero en primer término se forma como una nube negra que sube poco a

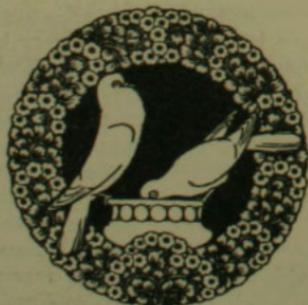
poco de la tierra y enturbia la claridad. Amanaza de crisis social por el revés de una fortuna demasiado rápidamente adquirida con los despojos de Europa. Hay un choque de sombras.

Pero sobre el inmenso continente, tanto al norte como al sur, no se amortigua la luz solar. Al concluir el drama colosal de la guerra todo está en actividad. Todo se ordena y se reorganiza allí como aquí, y no surgirán allá dificultades sino más tarde, por el exceso mismo de prosperidad.

Extremo Oriente.—El mismo resplandor tras la reja negra y roja, más intenso en unas partes y más débil en otras. La porción de luz más extensa es la debilitada. ¿Indicará esto que la China será sacudida por revueltas y sufrirá transformaciones? ¿Y aquel espacio claro es el Japón, que prosigue su marcha hacia el progreso? En torno al foco de luz hay a trechos como huellas de explosión. ¿Qué colonias o qué islas en la proximidad del Extremo Oriente han de verse pronto sacudidas por el furor de los hombres o de los elementos?

Esto es todo. Las fuerzas me abandonan. No puedo desechar aún de mis pupilas cerradas la visión fascinadora y obsesionante de la hoguera inmensa. Quedo bajo la impresión de un trastorno general, de un trabajo increíble de reorganización de pueblos, que se efectúa sobre la tierra, iniciado por el sangriento desbordamiento de Europa.

El porvenir es prodigioso.





UNA MUJER ADMIRABLE

(Catalina de Siena)

Por

FERNANDO BRUNER PRIETO

Con ilustraciones fotográficas

Siena vió en 1300, por las secretas energías de los padres, que en el siglo XIII le dieron forma de vida

libre y civil, brillar el alma de una mujer heroica, nacida del pueblo, Catalina Benincasa.

Cada piedra de la ciudad medioeval parece que tenga un corazón y un latido para la muchacha que supo aprisionar y sublevarle el alma al más alto cielo del amor. Catalina es la viva poesía de la ciudad mística. Abí todo respira a ella: el decir de los sieneses, el arte, el paisaje, el cielo.

Los más grandes monumentos traducen las soberanas cualidades de su espíritu, y mejor se comprenden cuando se observan a la luz de la íntima psicología cataliniana. La Catedral, grave y severa que despertó en Ricardo Wagner el misticismo sublime de Parsifal, eleva a Dios, con ardor contenido, una plegaria y parece cubierta con la túnica blanca y el manto negro de la ilustre dominicana. La torre del Mangia, que al lado del Palacio Público se alza a los cielos derecha y fiera como una espada, es la imagen viva y real de su voluntad vigilante al lado de una conciencia democrática, llena de aquel sentido político que hizo glorioso en 1300 la Comuna italiana.

Pero si nosotros llegando a Siena desde Florencia, esto es de la ciudad rival, nos detenemos un momento ante la Puerta Camollia, leeremos una frase que contrasta

con los sentimientos que los sieneses tenían por los florentinos. Dice así: "Cor magis tibi Sena pandit". "Un corazón más grande que esta puerta te abre la ciudad de Siena".

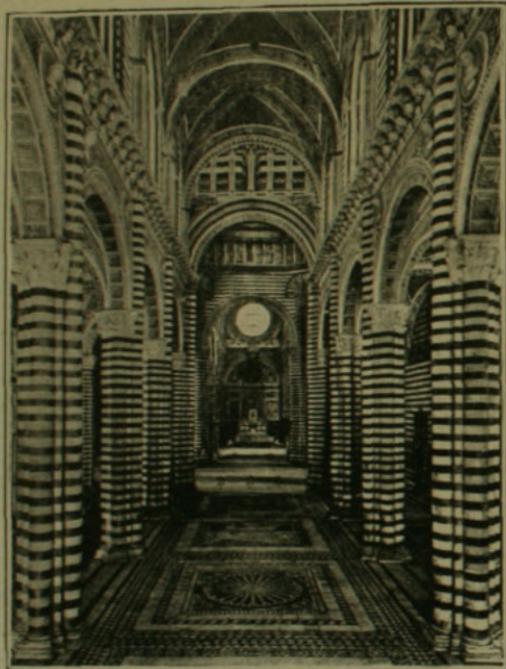
Parece que tal mensaje de amor, tal invitación de paz, salga de los labios de aquella que, en los tiempos de miserias divisiones, de ásperas contiendas, embajadora de



Siena.—La torre del Mangia.

los florentinos a la Corte de Avignon, soñó la grandeza de una Italia unida y concorde según su fe religiosa y civil.

Esta frase que se cree inspirada por la santa a los constructores de la Puerta Camollia, nos hace comprender, mejor que ninguna otra, la belleza de la caridad, una de las virtudes del alma cataliniana y de toda alma grande femenina, virtud indispensable a todas las otras y que no puede ser perfecta sin una viva luz de la inteli-



Catedral de Siena (nave central)

gencia, ya que son dos las formas de la caridad: una material que se dirige a los cuerpos, hacia la cual las naturalezas sensibles son llamadas por la visión de ciertos sufrimientos externos, y la otra espiritual, que se refiere a las almas, a los dolores ocultos, a las dudas atroces que germinan algunas veces los más terribles dramas del corazón. Esta caridad pocos la cultivan, porque el dolor silencioso, aquel que no se ve y que es necesario buscarlo en la obscuridad, no nos ofende, no nos inquieta, a los más no les importa.

Para poseer esta caridad es necesario te-

ner luz en la inteligencia y llama en el corazón, para que a modo de faro brille en las noches de tempestad.

Como faro de humanidad en una noche borrascosa aparece Catalina en la segunda mitad de aquel apasionado siglo XIV el cual se asemeja a un heroico peregrino que saluda el alba del día con los más dulces cantos del amor, llegando a la visión de Dios a través de las poderosas naves de la catedral dantesca, mientras las tierras italianas son pasadas a sangre y fuego y la imagen de la gran madre Roma, tiente en vano de levantar la cabeza por entre los trozos de los arcos caídos, de las columnas destrozadas, de las estatuas mutiladas.

El más grande poema del siglo XIV fué aquel creado por los sentimientos y por las visiones del Dante y Santa Catalina. Florentino el uno, sienesa la otra; perfecto ejemplar el primero de aquello que puede ser un hombre; tipo maravilloso la segunda de altísima Beatriz. De sangre aristócrata el poeta; de buena sangre eriolta la guadora de hombres: muestras magníficas ambos de una raza creada para las victorias.

Si contemplamos sus imágenes en el profundo espejo de la vida trecentesea, como la de mucha gente toscana de ese siglo, veremos los herederos legítimos de todas las virtudes romanas.

Ante todo, es necesario conocer en virtud de qué disciplina espiritual se iniciase Catalina en la acción política, y cómo se abrieron los ojos de su inteligencia a una visión ancha y segura del mundo exterior y de las

realidades contemporáneas. Empezó por conquistar las libertades necesarias a todo hombre o mujer de acción: poder absoluto sobre las pasiones y la voluntad, desprecio de toda molición y emancipación de todo lazo doméstico.

Quien sepa cómo eran de estrictos los hogares en 1300 con las muchachas de familia, comprenderá qué obstáculos tuvo que vencer Catalina para emanciparse. Ante ella no se presentaban más que dos estados: el matrimonio o el claustro. Pero tanto en el uno como en el otro se habría visto constringida la fuerza de su genio de mujer; eligió,

contra el querer de sus padres, la Tercera Orden de Santo Domingo.

Esta institución en la Sociedad de San Francisco y de Santo Domingo, creó una república de personas que se propusieron vivir religiosamente en el mundo, y que en el siglo XIV sostuvieron con fiera la verdad del evangelio de Cristo contra la política laica e imperialista de la Corte de Avignon.

Dejemos aparte las crónicas devotas que narran los biógrafos alrededor de su infancia y adolescencia, y atengámonos a la desnuda realidad histórica para poner en relieve el momento psicológico que marca la entrada en la vida pública de una mujer, la cual, en tiempos difíciles, supo mantener soberbiamente los derechos del espíritu.

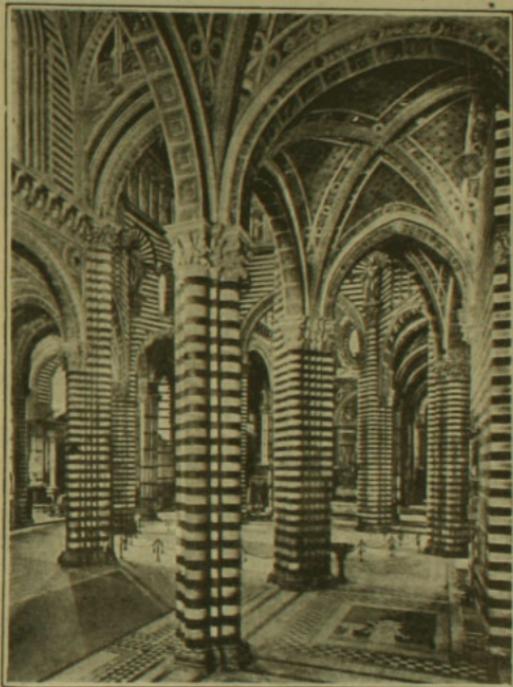
En su famoso cenáculo ella reunió poetas, artistas, políticos, magistrados y religiosos que hicieron profunda su cultura. El pintor Andrés Vanni, que ha dejado en la iglesia de Santo Domingo en Siena el retrato más antiguo de la Santa, fué en 1368 uno de los jefes del partido popular, tomando parte activa en la revolución que produjo la caída del Gobierno de los Doce. En 1373 fué a Avignon como embajador de los sieneses, para convencer a Gregorio XI volver a Roma, y del mismo Vanni obtuvo preciosas informaciones sobre los personajes de la curia de Avignon, sobre el carácter del pontífice y sobre las realidades políticas del tiempo. Por el notario Cristóforo di Gano aprendió a conocer las intrigas de los banqueros y comerciantes.

El ermitaño inglés William Flete, hombre de gran autoridad religiosa y política, la informó sobre las condiciones políticas de Inglaterra. Fué este ermitaño quien debía inspirar más tarde, y junto con Santa Catalina, el gobierno de Ricardo II en las famosas "Rations Anglicorum" en favor de Urbano VI. Otros le enseñaron a conocer las pasiones güelfas y gibelinas de la aristocracia italiana y mientras con unos conversaba sobre cosas divinas, con otros se entretenía en cuestiones de arte y poesía.

Catalina amaba mucho la música, la poesía, y todas las bellezas naturales, parece

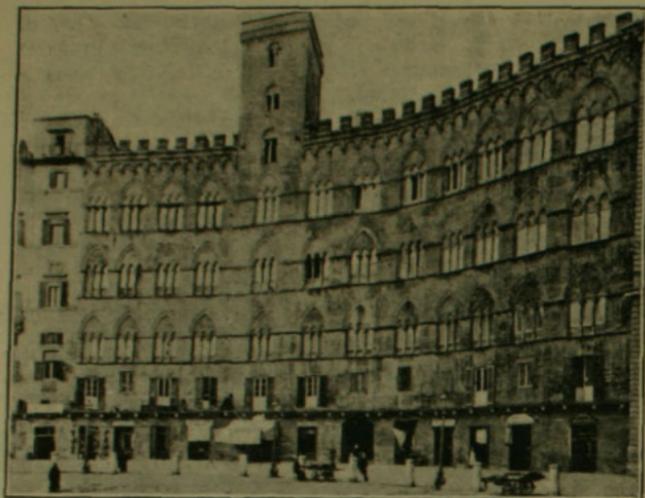
que ella misma escribía en rima, y en su cenáculo se leía la Divina Comedia según lo asevera Giunta di Grazia en una carta a Pagliaresi.

Se recreaba cultivando las flores de un jardincito de su casa, y un biógrafo cuenta que con frecuencia, arrebatada de amor divino, cantaba himnos en medio de las flores. Muchos contemporáneos hablan de su amor por las rosas, los lirios y violetas, y agregan que cuando hacía de estas flores artísticos



Catedral de Siena (interior, mirado desde la nave izquierda).

ramos y guirnaldas, dejaba oír el timbre dulce de una voz fresca y primaveral. De una carta de la Biblioteca Comunal de Siena he tomado este pensamiento de gran inspiración: "Es necesario sentir entre las espinas el olor de una rosa próxima a abrirse". La fascinaba el sonido de los órganos, el tañer de las campanas en las tardes otoñales, y en las noches, con frecuencia, se sumergía en la contemplación del firmamento. En el Diálogo leemos palabras como estas: "Todos los afectos y las potencias del alma dan un sonido armonioso, semejante a las cuerdas de un instrumento musical. Las po-



Palacio Sansedoni (1339).

tencias del alma son las cuerdas grandes, los sentidos corporales son las cuerdas menores, y cuando todas son usadas en alabar a Dios o en servir al prójimo, producen un sonido semejante a aquel de un órgano armonioso."

Por esta concepción musical de la vida, por la audacia de su voluntad, por su juventud triunfante en el amor y por su inteligencia espléndida, producía una fasciación y dominio irresistible sobre aquellos que la frecuentaban, fueran simples aldeanos, o hombres de mundo, expertos y refinados.

La unión de lo divino en el amor hizo grande a Catalina Benincasa. Poco a poco, y a medida que llegaba a la conquista de la verdad, se acostumbró a amar el interno esplendor. A ella estaba reservado, como a Dante, el subir a esa altura en que se dominan las tempestades de las pasiones políticas y religiosas y de los heroísmos individuales.

En 1368 cuando Catalina tenía sólo veintidós años, pudo ver humillado en Siena el poder alemán en la persona de Carlos IV. Este mismo emperador había favorecido en Siena, doce años antes, la sublevación de los nobles, contra el glorioso gobierno de los Nueve, salido de aquella clase popular burguesa a la que pertenecían las familias de Catalina y de su compañero Colombini,

gobierno que había hecho la grandeza de la República. Trató de apoderarse de la ciudad de Siena, aprovechándose de las revueltas civiles y sólo consiguió el puesto de jefe de la República para su hermano el patriarca de Aquilea, a quien los sieneses obligaron a renunciar, restableciendo el gobierno popular. Por fin, en carácter de amigo, entró a Siena Carlos IV, siendo huésped de la poderosa familia Salimbeni, y solicitando de Siena el rescate de su corona imperial empeñada a un banquero florentino. Exigió la cesión de cuatro fortalezas importantes y el puerto de Talamone, llave marítima de la República. Estas peticiones fueron rechazadas, tentando entonces Carlos IV de apoderarse de la ciudad y expulsando a los Doce del Palacio Público. En defensa de la ciudad se levantó con ímpetu maravilloso el viejo pueblo sienés, poniendo en fuga las tropas imperiales. El emperador, dice Neri di Donato, sólo en el palacio Salimbeni y preso de horrible temor, lloró y pidió perdón. Siena fué generosa con el tudeseo en condición que abandonase la ciudad, afirmándose así en la República el gobierno popular de la antigua burguesía güelfa.

Este episodio contribuyó a la formación de la conciencia política de Catalina Benincasa quien, como todos los místicos sieneses, se inspiró siempre, durante su apostolado religioso, en un fuerte sentimiento nacional. Así se comprende cómo no pudiese, en la ciudad gibelina, nutrirse del sueño imperial acariciado por el Dante.

Ante las miradas de la muchacha, que se preparaba a entrar como mediadora de Dios en medio de las divisiones humanas, se ofrecía el triste espectáculo de la anarquía italiana; del papado vuelto extranjero y trasladado a dominios franceses, y del imperio que rivalizaba con los cardenales franceses legados del Pontífice en la rapiña del jardín europeo.

Catalina era sienesa, pero ante todo era italiana. Como tal se ocupó de ellos tratando de pacificarlos, y no tardó en comprender que no habría podido hacer una política nacionalista, en el sentido más amplio de la palabra, dentro de su país natal, sino que debía extenderla a Italia y aún a la Europa, buscando de dar a la Italia una conciencia unitaria que la librara del yugo extranjero, y despertar en las naciones católicas divididas una conciencia unitaria religiosa, una fraternidad en Cristo, donde pudiesen dirigir las fuerzas para expulsar de tierra santa los infieles, y preparar al mismo tiempo las barreras que impidiesen una futura invasión de ellos en Europa. Tal se nos presenta, en sus líneas principales, el cuadro de la acción política cataliniana.

En su programa podemos distinguir una parte que mira a Siena y sobre todo a Italia que ella soñaba unida en forma confederativa bajo la égida del papado, heredero del imperio latino, y otra, que se refiere a la confederación cristiana europea contra los enemigos comunes del orbe católico, los turcos. Parece que ella comprendía que la guerra era la única palanca capaz de libertar al mundo cristiano de la tiranía extranjera, y sosegar las divisiones internas por medio de un grande ideal religioso y patriótico. En esto, y en tiempos infinitamente tristes para su patria, pensaba con lágrimas de pasión Catalina Benincasa. Pero la muchacha sienesa no se limitó a llorar como Petrarca sobre las heridas nacionales. Su poema de amor y de dolor por la patria, ella lo vivió, y lo sufrió, arrastrándose sobre un camino áspero, pobre y sola; no lo inmortalizó en versos como el áulico poeta, ni ambicionó sobre el Campidoglio una corona de laurel: ella sólo quiso una corona de espinas.

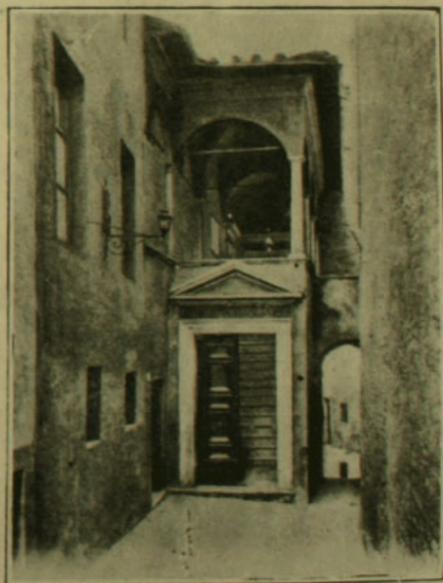
El programa religioso, que es aquel de la reforma interna de la iglesia, tenía dos altos fines: hacer volver a Roma al Pontífice, y proclamar la cruzada contra los turcos. A este doble intento se oponían obstáculos favorables. El traslado de la sede pontificia a Avignon, fué hasta cierto punto impuesto por Felipe el Hermoso a Clemente V. El rey de Francia había pesado bien el poder moral, monetario y político del papado y comprendió que poniéndolo al servicio de la Francia habría resultado utilísimo a la monarquía tanto en las relaciones

con Inglaterra, como para ejercer, por medio de los cardenales legados franceses, un verdadero dominio en los estados italianos.

El ideal de Santa Catalina de trasladar el papado a Avignon, es fácil de comprender que se opusiese a los más vitales intereses de la monarquía francesa. Al proyecto de la cruzada se oponían la enemistad entre Francia e Inglaterra y las discordias entre las repúblicas genovesa y veneciana.

La curia de Avignon, como la Francia, no era, ni podía ser contraria a la idea de la cruzada.

Esta empresa habría favorecido la expansión de las misiones gálicas en Oriente y consolidado la política imperialista del rey de Francia. En efecto, tan pronto como Pedro Roger de Beaufort-Turenne subió al solio con el nombre de Gregorio XI pensó en escribir al rey de Inglaterra, al conde de Flandes y al Dux de Venecia, para inducirlos a tomar las armas contra los turcos. Entretanto, el común entusiasmo que la criolla de Siena y el Pontífice Gregorio tenían por la cruzada vino a estrechar sus amistades, a pesar de haber un punto donde ambos se dividían: la cuestión romana. El fracaso de Urbano V de trasladar a Roma el gobierno de la iglesia, y la oposición de los cardenales franceses, eran cosas que de-



Entrada a la casa de Santa Catalina.



Éxtasis de Santa Catalina. Fresco de Sodoma.
(Sto. Domingo, Siena)

sanimaban a Gregorio XI. Pequeño de estatura, pálido, de constitución delicada, revelaba en su aspecto externo aquello que le faltaba a su alma: coraje y buenos propósitos.

Fué Catalina Benincasa quien consiguió infundir en el espíritu de este hombre débil e incierto las virtudes y energías necesarias; sólo ella consiguió romanizarlo. Las maravillosas cartas que le escribió son documentos irrefutables.

Hay en la ciudad de Modena un hermoso manuscrito cuya miniatura inicial nos representa a Catalina en el momento de dictar sus cartas a dos secretarios, Maconi y Neri di Landoccio dei Pagliaresi. Con frecuencia, y en el fuego de sus éxtasis, llegaba a dictar varias cartas a la vez. Mantenía correspondencia con el mundo entero de ese entonces, todo el mundo político y religioso del fin del siglo XIV: papas y emperadores, tiranos y *condottieri*, magistrados y cortesanos, religiosos y damas de mucho rango.

Todas sus cartas están hechas según un mismo modelo y selladas con un mismo se-

llo; principian y terminan con las mismas fórmulas piadosas: "En el nombre de Jesús crucificado y de la dulce Virgen María, yo Catalina, la sierva y esclava de los servidores de Jesucristo, os escribo en su sangre preciosa". Después, palabras simples que lo resumen todo en una concisión de emblema, para terminar siempre con su divisa tan llena de amor divino: "Gesú dulce, Gesú amore", palabras intraducibles en su sencillez, refrán sagrado de una alma llena de secretas ternuras y complacencias.

Su tono es generalmente imperioso. Tanto al Papa como a sus amigos ella dice: "Yo lo quiero". "yo lo ordeno"; hace las preguntas y las respuestas, y tan pronto prevé las objeciones como las destruye con seguridad absoluta. "Si no obra así, perderá su alma", dice ella al Pontífice; y declara a los cardenales partidarios de Clemente: "locos, ciegos, mentirosos e idólatras".

¿De dónde esta desenvoltura para lanzar anatemas? ¿Cómo osaba con tanta violencia maldecir? Es que ella se consideraba intérprete de las órdenes divinas, y era Dios quien enviaba a los hombres la verdad por medio de su boca: he aquí el secreto de su fuerza y su audacia. La fuerza de Catalina



Casa de Sta. Catalina

no es una fuerza brutal, pues ella sabe mezclar con habilidad el carácter con la dulzura.

En los Defensores de Siena, no es la maldad la que condena sino la inconsciencia, y por eso se permite decir: "Con amor por vuestra salud, y con piedad por vuestra ignorancia". Le advierte al Papa que debe cambiar su conducta, e inmediatamente vuelve sobre sí misma y dice: "*¡Mea polpa!* Yo no digo esto por daros una lección, sino que por obedecer a la suprema verdad, y esto por causa del deseo que tengo, mi dulce padre, de veros en paz de alma y cuerpo". "Sed hombre viril y no temeroso", le grita, cuando los consejeros franceses le hacían ver a Gregorio el peligro de ser muerto si volvía a Italia, y para mejor retenerlo, los hacían sospechar que Urbano V fuese muerto envenenado.

Así escribía al Pontífice la santa; y ella mostraba al hombre pusilánime que a las bellezas del camino se oponen los peligros de que está sembrado. Catalina hablaba y obraba como un soldado. "La virtud está en el corazón, decía, como un capitán en fortaleza". Ella que se figuraba la obra de la Redención como "un torneo de la muerte con la vida" agregaba: "nosotros somos comprados no solamente por oro y por dulzura de amor, sino que por sangre". Catalina abominaba las cosas mediocres, las dobles palabras y los consejos oscuros. Sus cartas son las primeras que en la literatura italiana tienen un valor literario, y ellas son al mismo tiempo uno de los monumentos más insignes de la literatura religiosa de la Edad Media.

Una de las cosas más admirables en esta mujer extraordinaria, es su línea de acción que jamás se detiene ni se desvía sino que corre segura hacia la meta a pesar de la adversa fortuna y de las debilidades de su frágil cuerpo. Sentía que la muerte la urgía irrevocablemente y esta conciencia del fin le daba fuerzas para apurar su obra, multiplicar sus energías y demostrar a todos el

valor del tiempo. Al Papa le escribía: "Ya no es tiempo de dormir porque el tiempo no duerme, pasa como el viento". "Adoptad aquello necesario con alegría y corazón ardiente; el hacer algo alegre siempre". Y por último recordemos estas palabras a un amigo: "Si no puedes andar derecho, anda torcido; si no puedes como fraile, anda como peregrino; si no tienes dinero anda de limosna". Jesús había dicho: "Quien tenga oídos, oiga", Catalina dijo: "Quien tenga pies, camine".

Es de quedar sorprendido del gran incendio de almas que ella supo producir en el espacio tan breve de su activa juventud. Recordemos que murió a los treinta y tres



Panorama de Siena.

años, y tendremos una idea aproximada de su extraordinaria energía, cuando midamos la extensión de su actividad espiritual y política con el metro del tiempo que le fué concedido vivir.

Desde el 1372, que se puede decir el primero de su acción política, por la iniciación de sus tratados con el cardenal Estaing, legado del Papa en Italia, hasta 1380 que Catalina murió, brilla siempre su admirable actividad.

Durante estos años vemos pasar por sus maros todas las cuestiones políticas del tiempo. Florencia la envía embajadora a la Corte de Avignon para hacerse librar del entredicho y en Avignon, además de tratar con el Pontífice de la causa florentina, se ocupa de la reforma interna de la iglesia usando de palabras asperísimas con los

hombres dirigentes de esa curia, y a pesar de las intrigas cortesanas obliga a Gregorio XI a hacer su vuelta a Roma. Consiguió ganarse al duque de Aujou hermano de Carlos V rey de Francia quien había ido a Avignon para contrarrestar las influencias de la santa en el Pontífice; en vez de conquistar, salió el duque conquistado. Aceptando una invitación, Catalina fué huésped del duque por tres días en su castillo de Villeneuve.

En aquellos días discutieron ambos los más graves problemas internacionales; el duque trató de convencerla de ir a París para que iniciase los tratados de paz entre Francia e Inglaterra, pero ella no aceptó.

Pacificada Florencia con el Papa, se retiró por un tiempo a la soledad para dictar el *Diálogo* a sus secretarios. El *Diálogo* es un libro de alta inspiración y la expresión de su vida contemplativa, así como el *Epistolar* lo es de su vida de batalla.

Tal fué la vida mística y activa de Catalina de Siena: una mezcla de cualidades opuestas nos asombra y confunde nuestra lógica. Catalina no es el único ejemplo medioeval. Dante y San Francisco pasan con la misma facilidad, de la contemplación a la acción: ¿qué más contemplativo que el filósofo amante de Beatriz, símbolo de virtud y cincia? ¿Y qué más vehemente que el florentino expulsado de su ciudad maldita y adorada? El pobrecito de Asís se va cantando las alabanzas del Señor a través de montes y ciudades arrebatado en éxtasis inefables, pero siente la necesidad de recordar a sus discípulos que es jefe a quien deben respeto y obediencia. El misticismo y la acción se unen siempre en el mismo principio que es la fe profunda y sincera. Este fué el secreto de la fuerza de Catalina Benincasa.

Ella obró por su presencia y su palabra, pero mucho más por sus cartas que fueron instrumento de tantas conversiones y resoluciones importantes.

Dos meses antes de su muerte escribió a Urbano VI esa admirable carta en que le ruega "que mire siempre al prometer lo que le sea posible mantener, y de respetar siempre la voluntad popular. Sed hombre viril, ejemplar en las palabras, en las costumbres y en todas vuestras obras; que todas aparezcan lúcidas a las miradas de Dios y de los hombres". Estas fueron sus últimas exhortaciones al Pontífice, de carácter político.

El domingo antes de la Ascención, su cuerpo no era más que un esqueleto, pero su cara estaba radiante de alegría. Antes de morir dijo a sus discípulos: "Rogaré a la Eterna Verdad que, todas las gracias y dones que haya dado a mi alma las traspase sobre vosotros". Después continuó con otras cosas, profundas, de espíritu que no todas se entendían por lo débil de su voz. Los presentes, acercando los oídos a sus labios recogían cada uno las pocas palabras que entendían.

Pidió la bendición a su madre, imploró al Señor misericordia en virtud de su sangre, y sintiendo irse hacia El, repitió varias veces "Sangre, sangre". Inclinando después la cabeza poco a poco, expiró. Era día domingo, y hora de sexta; la hora precisa del tránsito de Cristo.

Así pasó de este mundo Catalina de Siena, aquella que había deseado ser "siempre amante y anunciadora de la verdad", de aquella verdad que, según sus palabras, es "la riqueza de la luz, que calla cuando es tiempo de callar, y callando grita con el grito de la paciencia".



Los Tres Nobles de Birgum

Historia popular holandesa relatada por Kiehl, con ilustraciones de H. R. Millar

Con ilustraciones

En tiempo del Rey Radbold, que, como sabéis, fué el primer rey cristiano de los frisones y que estableció su Corte en Starum, capital de la región, vivía en las inmediaciones un antiguo noble en el castillo de Birgum. Este noble tenía tres hijos; el mayor se llamaba Flink, el segundo Tuk y el más joven Fornim. Un día los llamó a los tres reuniéndolos en el gran hall del castillo y les dijo:

—Hijos míos! Habéis pasado ya de la niñez. Sois unos hombres y deseo que os proporcionéis por vuestra propia cuenta los medios de subsistencia; por lo tanto, yo os mando por el mundo para que os las avengáis como podáis durante un año, y espero que en este tiempo cada uno de vosotros aprenderá algo con que poder yo enorgullecirme.

Los jóvenes se miraron unos a otros asombrados. Se veía que la comisión no les hacía gracia. Sin embargo, como no tenían más remedio que obedecer la orden de su padre, al punto emprendieron su viaje de aventuras.

El mayor, Flink, tomó dirección hacia Oriente; el segundo, Tuk, hacia Occidente; y Fornim, hacia el sur.

A poco de separarse Flink de sus hermanos llegó a un inmenso bosque, el más espeso y enmarañado de cuantos había visto. Para colmo de desgracias vió de pronto venir hacia él una banda de foragidos. Como no tenía costumbre de defenderse contra tantos, se detuvo y esperó a que los ladrones llegasen.

—Entrérganos toda tu plata y tus alhajas, le gritaron cuando estuvieron junto a él.

—Mis buenos amigos, contestó Flink con una amable sonrisa. Nada tengo en el mundo que daros, a no ser mi persona.

Los ladrones le registraron en seguida y como no encontraron nada de valor, decidieron tomarle la palabra y admitirlo en la cua-

drilla. Flink, viendo que por el momento no le quedaba otra cosa que hacer que ingresar en la cuadrilla y aprender el arte de robar, se dedicó con tanto celo a su nueva profesión, que bien pronto los ladrones le nombraron su capitán.

Diréis ahora que no era una profesión muy digna para un noble la de ladrón; pero es preciso que sepáis, en obsequio de Flink, que aunque era ladrón, era una especie de ladrón honrado. Robaba sólo a aquellos que habían adquirido su dinero por malos medios; jamás consintió a sus hombres atacar a ningún honrado campesino y muchas veces dió gran parte de sus presas a necesitados y desvalidos, de suerte que él y su banda eran grandemente respetados y queridos por jóvenes y viejos y sólo los ricos indignos le temían.

Volvamos ahora a Tuk y veremos las aventuras que le sucedieron. También éste llegó a un gran bosque, donde encontró a los hombres irreultos de las selvas. Vestían pieles de animales salvajes, largos cabellos y barbas hasta los ojos. Rodearon a Tuk dando saltos y alaridos y le dijeron que le iban a matar para comérselo.

—Yo, en vuestro lugar, dijo Tuk tranquilamente, no haría eso. Aún creo que seré bocado duro para vosotros. Yo os proporcionaré algo mucho mejor.

—¿Y cómo lo harás?—le dijeron.—Hace muchos días que no logramos encontrar un grano y estamos muy hambrientos—y mostraban sus dientes largos y amarillos en espera de su presa.

Tuk vió que no tenían más armas que hondas y piedras y vió también que los salvajes miraban con suma curiosidad su arco y sus flechas. Cerca del punto donde estaban corría un río en cuyas aguas transparentes contem-



plaba Tuk a los peces saltando a uno y otro lado.

—Venid acá, les dijo a los salvajes y yo os enseñaré lo que habéis de hacer.

Puso una flecha en su arco y en el momento que apareció un gran pez nadando a flor de agua disparó y le clavó el dardo en la cabeza. Hubo un grito de admiración lanzado por todos cuando el pez muerto quedó flotando sobre el agua. Vadearon el río y lo cogieron.

Luego Tuk enseñó a sus hombres a hacer fuego y a asar el pez. Los salvajes tuvieron así medios de subsistencia y fué tanto su agradecimiento que por unanimidad proclamaron a Tuk su jefe. Este que vió que nada podía hacer mejor que quedarse allí, aceptó gustoso el alto honor y se propuso perfeccionarse en el arte de disparar el arco de tal modo que ninguno le aventajase.

Entretanto, el hermano más joven, Fornim, caminó hacia el sur hasta que no pudo avanzar más, pues un ancho y caudaloso río le obstruía el paso. Acercóse, sin embargo, a la orilla y al ver un barco pensó pedirle al capitán que lo pasase al otro lado. Al acercarse al barco una vieja asomó la cabeza desde el camarote de proa.

—Eh, joven, exclamó, ¿qué deseáis?

—Rogaros, contestó Fornim, que me paséis a la orilla opuesta.

—¿Y qué queréis hacer en la otra orilla?, preguntó la anciana con curiosidad.

—Oh, nada de particular, replicó Fornim. Y entonces le contó cómo él y sus hermanos habían salido por el mundo en busca de fortuna.

—Muy bien, dijo la vieja con amabilidad; ¿por qué no te quedas aquí a bordo de este bonito barco con mi marido y conmigo? Nosotros no tenemos hijos y nos consideraríamos muy felices de tener uno como tú. Te enseñaríamos nuestro oficio.

—¿Qué oficio? preguntó Fornim.

—El de componedor, dijo la vieja con orgullo. Las gentes de todo el país nos traen sus cacharros rotos y cuanto necesita compostura, y nosotros la componemos todo y lo dejamos tan útil como nuevo.

Fornim quedóse pensativo y disgustado. No le parecía aquel trabajo muy a propósito para un noble. Pero, por otra parte, la amabilidad de la anciana le encantaba y a llegar en este preciso momento el marido y como enterado de todo suplicare al joven que se quedare con ellos, que le tratarían como a un hijo, al fin convencióse Fornim y se resolvió a quedarse con los viejos y aprender el oficio de componer, lo más perfectamente posible.

Con ellos estuvo once meses y vivieron felices en ese lapso de tiempo. Al terminar éste

les pidió permiso para volver a casa de su padre, según lo convenido.

Puntualmente a la hora convenida regresaron los tres hermanos a Birgum y encontraron a su padre que los esperaba en el gran hall. Al verlos llegar exclamó golpeando las manos de placer:

—Bien venidos, hijos míos! Contadme lo que habéis aprendido.

Flink necesitó no poco valor para confesar a su padre que sólo había aprendido a robar. Pero el noble anciano no pareció disgustado con ésto. Tuk estaba desde luego seguro de la aprobación de su padre y le contó que había progresado en el manejo de la ballesta, que nunca erraba un tiro.

Fornim vaciló un momento antes de hablar, temiendo el desprecio de su padre y las burlas de sus hermanos por una profesión tan baja como la suya. Pero al fin habló, aunque temeroso. El viejo noble no se ofendió.

—No te amilanes, le dijo. No hay oficio bien desempeñado que merezca ser menospreciado. Nadie sabe lo útil que te puede ser en alguna ocasión al oficio de componedor.

Todos, pues, quedaron contentos y se sentaron a comer con un humor envidiable.

Al día siguiente el noble anciano invitó a todos sus vecinos y amigos a un banquete para celebrar la vuelta de sus hijos y formar un tribunal para juzgar sus habilidades. Y cuando todos los invitados estaban reunidos en el parque del castillo, el noble llamó a sus tres hijos y les dijo:

—Deseo que demostréis ante estos señores lo que sabéis. Allá arriba en la copa de ese árbol hay un nido de picaza y en el nido está la madre empollando sus huevos. Tú, Flink, tienes que trepar al árbol, y coger un huevo de debajo del ave sin que ésta se aperciba de nada.

—Muy bien, dijo Flink.

Se despojó de la chaqueta y en un momento se encaramó al árbol. Una vez arriba separó las hojas y ramas que le estorbaban, tomó uno de los huevos

del nido, sin que la picaza se aperciese y bajó. Los circunstantes aplaudieron admirados aquella hazaña, cuando Flink puso el huevo en manos de su padre.

—Muy bien, Flink, dijo el anciano golpeando en el hombro a su hijo, cariñosamente. Ahora te toca a ti, Tuk. Flink tendrá el huevo entre el pulgar y el índice de su mano y tú romperás el huevo sin tocar a tu hermano con la flecha.

Al momento Tuk preparó su arco y su flecha, gozoso de demostrar a todos su habilidad, pero Flink se puso un poco pálido. Tomó, sin embargo, el huevo y le puso en la posición requerida, extendiendo el brazo cuanto pudo. Tuk disparó la flecha, colocado a treinta yardas de distancia. Fué un tiro soberbio. El mismo Guillermo Tell no lo hubiera hecho mejor. El huevo quedó reducido a pedazos y Flink no había sido tocado en sus dedos. Todos aplaudieron y gritaron: ¡Bravo, Tuk!

—Ahora te toca a ti, Fornim, dijo su padre. Es necesario que vuelvas a formar el huevo



de tal modo que no pueda el ave ver en él alguna diferencia y luego Flink volverá a ponerlo en su nido.

Al punto se puso Joaquín a la tarea. Buscó cuidadosamente por el suelo todas las partículas del huevo roto. Cuando las tuvo reunidas mojó los dedos en sus labios y fué pegando todos los trocitos hasta que el huevo quedó compuesto y lo mismo que si fuera nuevo. El huevo pasó de mano en mano y todos declararon que en nada podía conocerse que aquel huevo había sido roto. Flink volvió a colocarlo en el nido con todo cuidado y el ave nunca sospechó lo que había pasado, y lo empoñó exactamente lo mismo que los otros.

Todos los invitados celebraron alegremente con el padre las habilidades de los jóvenes y el banquete transcurrió entre un derroche de alegría y buen humor.

Era ya muy de noche cuando se retiró el último de los convidados.

Antes de amanecer, a la mañana siguiente, se sintió un gran alboroto a la entrada del castillo y el portero corrió a despertar al noble anciano diciéndole que unos mensajeros del Rey Radbold deseaban hablar con él sin pérdida de tiempo.

Conducidos los emisarios a presencia del noble le comunicaron que el Rey Radbold solicitaba su ayuda porque su hija había sido arrebatada por una enorme águila y como el Rey había oído hablar de las prodigiosas habilidades de los hijos del noble, pensó que podrían ayudarle a rescatar a la princesa.

Entonces el anciano saltó de la cama e hizo llamar a sus hijos al momento.

—El Rey necesita vuestra ayuda, les dijo: apresuráos.

Flink, Tuk y Fornim, vestidos al punto y

bien armados, corrieron a la habitación de su padre y se impusieron de cuanto pasaba.

—Pero, preguntó Flink prudentemente, ¿qué premio ha de llevar el que rescate a la princesa?

—El hecho es, contestaron los emisarios, que el real tesoro está exhausto; de modo que el Rey Radbold dice que él premiará al héroe concediéndole la mano de la princesa.

Los tres jóvenes nobles se mostraron conformes y después de informarse de que el águila había volado en dirección al sur, siguieron por ese lado en su persecución.

En su viaje siguieron el mismo camino que antes había hecho Fornim y al llegar al caudaloso río, los dos viejitos, después de oír la historia que allí los llevaba, consintieron en poner su barco a disposición de su hijo adoptivo.

Ellos también habían visto una águila gigantesca volar hacia el sur al otro lado del río, llevando algo entre sus garras.

Los tres hermanos atravesaron en el barco el río y arribaron a la orilla opuesta donde dejaron amarrado el barco y se internaron en un bosque casi impenetrable, siguiendo

la dirección en la que se les había dicho que el águila solía descender.

Por fin llegaron a una profunda caverna y al asomarse vieron al águila profundamente dormida con la cabeza apoyada sobre el hombro de la princesa.

—Ahora veréis de lo que soy capaz, dijo Flink. Cogió entonces un montón de blando musgo, entró sigilosamente en la cueva, levantó la cabeza del águila del hombro de la princesa y puso en su lugar el musgo. Tomó en



brazos a la princesa que temblaba de emoción y salió de las profundidades de la cueva.

La princesa no cabía en sí de gozo al verse libertada y daba una y mil veces a Flink las gracias por haberla rescatado con tan prodigiosa habilidad. Entretanto la partida se ponía en marcha y llegaba hasta la orilla del río, embarcándose en el barco de los viejos.

De repente, mientras cruzaban el río, una espesa sombra como de un nubarrón ocultó la luz del sol y al mirar hacia el cielo los fugitivos vieron a la enorme águila que interceptaba la luz con sus inmensas alas.

—¡Oh, estamos perdidos! exclamó la princesa, retorciéndose las manos de dolor.

—Nada de eso, dijo Tuk sonriente. No temáis. Ahora veréis de qué me sirven a mí mi arco y mis flechas.

Y cuando el ave estuvo bastante cerca puso un dardo en su aljaba, apuntó cuidadosamente, dejó escapar la flecha y el águila cayó muerta, con la violencia de un pesado hierro. Pero, por desgracia, vino a caer en medio del barco y éste se hizo pedazos con el rudo golpe.

Los fugitivos procuraron sostenerse a flor de agua y lograron treparse sobre un tronco que flotaba por la corriente.

—¿Y qué haremos ahora? sollozaba con angustia la princesa, y Flink y Tuk la acompañaban en sus lamentaciones. Pero Fornim los tranquilizó.

—No en balde aprendí yo a componer, les dijo. Mantenéos así por un momento y todo estará listo en seguida!

Nadó entonces un poco en rededor, recogió todos los pedazos del barco destrozado y mo-

jando sus dedos en los labios, juntó todos los fragmentos y he aquí que al punto quedó la embarcación como nueva! Subieron todos a bordo y cruzaron tranquilamente el río.

La princesa no cesaba de felicitarle y felicitaba a los hermanos por su destreza.

—En Storum, decía, no tenemos gente tan hábil ni la mitad que cualquiera de Uds. Realmente debían Uds. venirse conmigo los tres y quedarse en la Corte de mi padre.

Allá se fueron todos y la alegría del Rey Radbold fué inmensa al recuperar su hija.

—Vuestros emisarios, insinuó Flink al Rey, nos prometieron que el que libertare a la princesa la conseguiría por esposa. ¿V. M. mantendrá, indudablemente, su palabra?

Radbold quedó un tanto confundido.

—Pero, seguramente, contestó con alguna turbación, no querrán Uds. que mi hija se case con los tres.

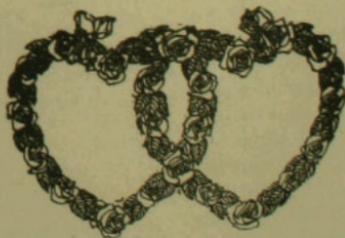
—Claro que no, añadió Klink. Pero V. M. ve que yo soy el mayor y creo que...

Radbold le interrumpió:

—Como la más interesada en este caso es la misma princesa, me parece lo más a propósito que sea ella quien resuelva el conflicto.

Todos estuvieron conformes con tal determinación, y la princesa, adelantando un paso hacia Flink, habló así:

—Un hombre que vive del robo no podría amarlo ni ser respetado por mí. Después, dirigiéndose a Tuk, le dijo: No podría tomar tampoco a un hombre cuya habilidad consiste en derramar sangre! Pero... añadió tendiendo sus dos manos a Fornim, tú que sabes unir lo que está separado y juntar lo dividido, tú eres el elegido de mi corazón!



Reforma de la Escritura China

Por

LUIS E. SEPULVEDA C.

Con Ilustraciones

La República de China ha demostrado que en sus ideales tiende a dirigirse con pasos rápidos al progreso.

Una de estas manifestaciones es la que se ve más claramente expresada en la Asociación

中國音字會
CHUNG KUÓ YINTS JUI.

para la reforma de la escritura fonética de la lengua.

Como uno de los mayores y más temibles obstáculos para las revelaciones entre diferentes naciones es su idioma, con mayor razón se aplica esto a la lengua china que es incomprensible para los extranjeros; China ha pensado con muy elevado criterio en que era menester trabajar con todo ahínco para facilitar a los habitantes de la República el estudio de su difícil medio de comunicación.

Es sabido comúnmente que la escritura china ocupa a los habitantes de esa región del mundo la mayor parte de su vida. Desde sus primeros años en la escuela, el alumno debe almacenar, por decirlo así, en su memoria centenares tras centenares de signos cuya mayor parte es de formación muy complicada.

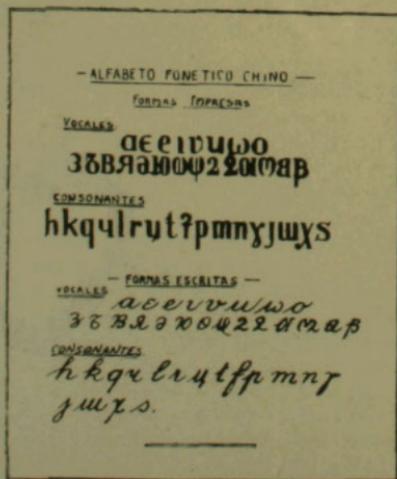
Un chino de mediana educación e instrucción debe conocer no menos de 4,000 signos y no menos de 6,000 signos son necesarios para leer rápidamente, sin dilación, un diario.

Un diccionario chino-inglés muy recomendado, el **Cangsi** contiene 41,000 signos diversos, no calculando en este número los signos que pueden ser escritos en dos o tres modos diversos.

En tales condiciones, claro está que aprender chino regularmente es un problema de largos años, y por esto la Asociación para la escritura fonética china (Chung-kúo Yints júi) se ha desarrollado de una manera increíble tanto en China como entre los chinos residentes en el extranjero.

Comenzó esta asociación con estudiar los diversos alfabetos a fin de poder transcribir todas las palabras de la moderna lengua china y dejarlas fonéticamente representadas.

Después de largas y concienzudas investiga-



ciones, logró esta sociedad formar con parte de cada uno de los alfabetos latino, ruso y griego que tienen entre todos ellos los signos que el chino ha menester, un sistema alfabético que corresponde a las exigencias del idioma.

En tales condiciones se formó un alfabeto completo como puede verse en el siguiente cuadro:

Así pues, todo lo que se escribe en chino con este alfabeto será fácilmente legible por toda persona que a ello se dedique y sólo quedará el trabajo que todo otro idioma requiere, cual es el de asimilar su vocabulario y el uso

que de ellos debe hacerse, y finalmente deducir la gramática de la lengua hablada.

Se debe agregar que en esta transcripción está resuelto también el medio tonal de la lengua (sheng) y las diversas modulaciones de estos mismos. Se publica en Pekín una revista de la Asociación con resumen en francés y pronto lo será también en idioma internacional esperanto.

Gracias a un esperantista chino el señor Cifó y al profesor Pedro Silvio Rivetta de la Universidad de Roma, podemos comunicar estos datos a nuestros lectores y los clisés que presentamos.





Por =====

JULIAN DOBLE

Ilustraciones de Jorge Délano

Cuando andamos metidos en el tráfico de la vida diaria o preocupados de éste o del otro asunto de conveniencia egoísta, nunca nos detenemos a pensar en el eterno misterio que nos rodea. No así si nos encontramos en una noche silenciosa y tranquila contemplando las estrellas. Nuestra vista se pierde en el espacio infinito y los problemas del universo se nos presentan cada vez más inquietantes. Entonces, si reflexionamos largo, vamos convenciéndonos poco a poco que estamos rodeados de ilusiones. Damos un grandor a los cuerpos que nos rodean, y este grandor es sólo convencional; les damos un color y ese color no les pertenece; creamos ver "toda" la luz del sol y apenas se nos hace sensible una tercera parte. Poco sabemos sobre las leyes que rigen las relaciones de los átomos; y vemos tanto misterio en la influencia que ejerce un imán sobre un hierro como en la luz propia que despiden los cuerpos radioactivos y las luciérnagas... Somos viajeros que andamos a tientas entre una espesa neblina.

Si el Supremo Director del Universo fuera un bromista,

podía engañarnos fácilmente y causarnos grandes asombros con una maniobra sencilla.

Supongamos, por ejemplo, que a Dios se le ocurriera un día aumentar al doble el tamaño de todos los cuerpos, incluso nosotros mismos. ¡Nadie, ni los sabios más profundos, se darían cuenta de ello! Este aumento de grandor podría ser hasta diez o veinte veces, adquirir una caja de fósforos el tamaño de una casa y una casa el tamaño de un cerro, y aún nosotros no notaríamos nada, porque si nuestra casa sería una montaña nuestro cuerpo tendría el grandor de una torre y todos nuestros instrumentos de medir habrían aumentado en una proporción

semejante. A la inversa, si todas las cosas disminuyeran, hasta quedar los hombres del tamaño de las hormigas, los grandes palacios como cajas de fósforos y los álamos con la altura del musgo, seguiríamos nuestra misma vida de ahora, sin darnos por notificados del cambio. Tanto el alfabeto como el más experimentado matemático, estarían perfectamente seguros de que el mundo no se había modificado absolutamente.



Ahora, si este aumento o esta disminución, del tamaño de los cuerpos, se verificase en la Tierra únicamente y el resto del Universo permaneciera inalterable, ocurriría lo siguiente: si las cosas habían experimentado aquí un aumento hasta diez veces su tamaño, veríamos al sol y a la luna diez veces más pequeñas de lo que les vemos ahora. En vez del tamaño de un queso, nos parecería la luna no más grande que un peso fuerte. Nuestro asombro sería grande, y no podríamos explicarnos por qué el sol y la luna se habían achicado hasta ese extremo, y a nadie se le ocurriría que nuestro planeta había experimentado cambio alguno. Los astrónomos notarían, sin embargo, que era la Tierra que había aumentado de tamaño y que los demás astros permanecían lo mismo, y así lo publicarían; pero nadie les creería. Por el contrario, todos nos pondríamos de acuerdo para considerar a los astrónomos atacados de locura y los llevaríamos a empujones a la Casa de Orates.

En caso de disminución de nuestro mundo, los efectos serían naturalmente contrarios; el sol y la luna se nos aparecerían del porte de una rueda de molino, y nadie nos sacaría de nuestra idea de que esos astros habían aumentado de golpe.

Restringjamos aún más este fenómeno: supongamos que la guerra europea mantuviera a la América durante un año, enteramente aislada de Europa, y que durante este tiempo, Dios, por hacernos una broma pesada, hiciera que todas las cosas de América, y el continente mismo, disminuyeran a la mitad de su tamaño presente. Sólo a la llegada de los primeros europeos nos daríamos cuenta del trastorno: nos espantaríamos entonces al contemplar unos gigantes de cerca de cuatro metros de altura.

No sería menor el espanto de los europeos al contemplarnos a nosotros.

—Ustedes son la mitad más pequeños que antes—nos dirían—y estarían en la verdad.

—Son ustedes los que han crecido el doble—les replicaríamos nosotros—y haríamos una afirmación falsa.

El buque, todas las cosas que ellos trajeran, nos parecerían el doble del tamaño normal: cualquiera maleta tendría dos metros de largo; un simple sombrero de paja mediría una vara de diámetro; un paraguas se nos aparecería tan grande como un paracaídas.

Los europeos, por su parte, estarían seguros de que habían llegado al país de Liliput.

Supongamos que, por el contrario, en este año de aislamiento, todas las cosas de América hubieran aumentado cinco veces su tamaño presente.

Nada de extraordinario notaríamos hasta la llegada del primer buque europeo. Nuestra primera sorpresa sería la de ver entrar a Valparaíso un buquecito no más grande que los remolcadores de la bahía, pero con hilera de camarotes, como en cualquier transatlántico. Al acercarse al nuevo buque los conductores de los botes verían, con espanto, aparecer hombres hombres de no más de media vara de alto. El espanto de los del buque no sería mayor al divisar en la bahía de Valparaíso botes gigantescos, tripulados por hombres de diez metros de altura. El resultado sería el mismo, si durante este tiempo de ausencia los europeos hubieran disminuído cinco veces su tamaño.

Juzgamos, pues, de la extensión de las cosas sólo por comparación, de modo que, como lo decíamos al principio, si todo aumentara o disminuyera en igual proporción nada notaríamos nunca.

Mas, un cambio pequeño en la esencia de la luz solar, sería para nosotros un semillero de asombros. Si durante una de nuestras noches, Dios suprimiera los rayos rojos en la luz solar, notaríamos al amanecer que las sábanas de nuestro lecho habían tomado un color verde brillante. Verdes estarían también nuestras camisas y toda nuestra ropa interior. Presas del espanto, nos apresuraríamos a vestirnos e iríamos a mirarnos al espejo, que habría tomado un color verdoso. Notaríamos entonces con terror que el fondo de nuestra boca aparecería negro, como una caverna oscura y nuestros dientes semejarían pedazos de esmeraldas. Nuestros labios aparecerían también como manchados de tinta, y el color de nuestro rostro sería tan espantable que pensaríamos en la muerte cercana. Nuestro lavatorio, el agua, el jabón, todo aparecería de un color verdoso.

Iríamos a tomar desayuno y nos negaríamos a beber una leche verde, que tendría todas las apariencias de un licor venenoso. El pan, verde también, nos recordaría alguna cosa poco comestible. Rechazaríamos también, la carne negra, la sal verde, los tomates negros. Veríamos, no obstante, que las ensaladas conservarían su color antiguo:

igualmente ocurriría con la mayoría de las frutas. Los melones, las uvas, los duraznos, los higos, estarían lo mismo aparentemente, pero en su interior aparecerían verdes o negros.

A las nubecillas, que ahora semejan copos de lana, las veríamos verdosas también. Al entrarse el sol no se cernirían los hermosos arreboles, sino nublados negros y sombríos, precursores de tempestades. Escribiríamos sobre papel verde, sobre manteles verdes comeríamos, en un altar verde se ofrecería la misa, verdes serían los trajes de las novias. La monotonía de lo verde concluiría por desesperarnos.

Si lo suprimido de la luz solar fuera el azul, dominaría en la tierra el color anaranjado. Todas las hojas de los árboles aparecerían amarillas y ese hermoso cielo azul ya ni sería azul sino negro. Ninguna fotografía sería ya posible a la luz solar, y habría para ello que recurrir a las luces artificiales intensas. Sólo cuatro colores dominarían en el mundo: el rojo, el amarillo, el anaranjado y el negro. Sería negro todo lo que hoy es azul, amarillo lo que es verde. La leche tendría el color del vino; el pan presentaría un color rosado. Nuestros dientes tendrían el color de las naranjas y todos aquellos dotados de pupilas verdes, quedarían con ojos amarillos de felino.

La supresión del amarillo, significaría la dominación del violeta en nuestra vida ordinaria. Beberíamos leche violeta y leeríamos libros violáceos. Las hojas de los árboles se tornarían azules y las nubes violadas darían al cielo un tinte siniestro. Todo lo que es hoy amarillo tendría color fúnebre:

negros serían el azafrán y el zapallo, el maíz y las nueces. La harina sería de color violeta y no habría diferencia apreciable de color entre el agua y el vino.

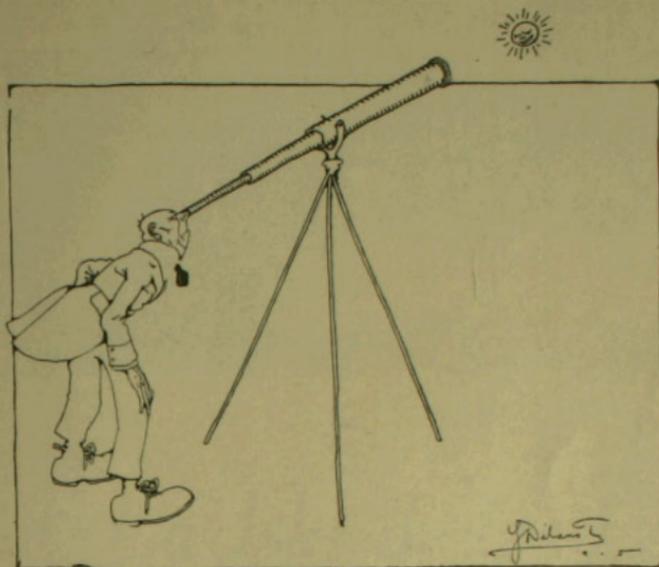
Pasemos a otro orden de fenómenos. Si la tierra se detuviera bruscamente, en su movimiento de rotación, los seres vivientes nos precipitaríamos violentamente hacia el oriente y nos iríamos a estrellar con la cordillera, para quedar allí reducidos a polvo. Pero si este movimiento

disminuyera de a poco, notaríamos un alargamiento de los días y de las noches y el calor sería mucho mayor después de medio día y el frío mucho más intenso después de media noche. La tierra acabaría por detenerse, y si esta detención nos sorprendía en la noche, el frío acabaría por ser tan grande en esta parte del mundo que nos sostendríamos quemando cuanta materia combustible pilláramos a mano. Por el contrario, si al detenerse la tierra, tuviéramos al sol en nuestro horizonte, el calor concluiría por hacérsenos insoportable.

Supongamos ahora que después de esta detención, la tierra se pusiera a girar al lado contrario. Es claro

que en ese caso, el sol saldría por el lado del mar y se entraría por la cordillera. Esta sería la consecuencia inmediata; pero habría otra más lejana. Vientos violentos y cargados de lluvias soplarían del lado del Pacífico. Aún los reseco desiertos de Atacama, de Tarapacá, Taena y el Perú se verían regados por lluvias copiosas. A la vuelta de poco tiempo, una vegetación exuberante cubriría aquellas tierras estériles. Acaso los actuales terrenos salitrales serían





Esta excitación se notaría también en los animales. Los caballos se desbocarían y causarían destrozos de carruajes y numerosas desgracias personales. Los machos de la Policía de Aseo patearían a cuantos pillaran a mano. Cada pacífico buey de las carretas que llegan a la Vega se tornarían en un toro de Miura y las emprendería a cornadas con los transeuntes. El que se librara de las patadas de las mulas y de las cornadas de los bueyes, no escaparía de los dientes de los perros.

Los canes ladrarían con

arrastrados al mar por los aluviones. En cambio las tierras argentinas próximas a la cordillera, entrarían en un fatal período de sequía.

Si la tierra hiciera un pequeño giro de conversión y se colocara en tal forma, que su eje quedara perpendicular a la elíptica, una eterna primavera reinaría en estas provincias centrales de Chile, un eterno verano en Taena y un eterno invierno en Punta Arenas.

Una modificación de la composición del aire que respiramos tendría todavía mayores consecuencias. Supongamos que Dios hiciera a nuestra atmósfera una inyección de oxígeno, de manera que este gas llegara a formar casi la mitad del aire. Todos experimentaríamos desde luego una gran alegría; reiríamos ruidosamente; hablaríamos a gritos y nos asaltaría un deseo loco de andar y de correr. No tardaríamos en salir a la calle, gesticulando y gritando. Se armarían peloteras y muchos se cruzarían a trompadas o a bastonazos. Los hombres más apáticos bailarían por las calles un furioso can-can. En los tranvías se formarían continuos desórdenes y el hombre más tranquilo quebraría todos los vidrios. Una señorita, antes digna y mesurada, se agarraría del moño con la conductora y la señora más seria taparía a insultos al maquinista.

furia y las emprenderían a mordiscos, ya con los otros perros, ya con los hombres.

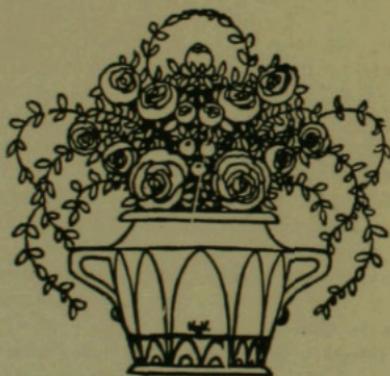
En las corporaciones públicas se producirían disputas acaloradas. Aún los graves y tranquilos senadores tendrían escenas de bofetadas. Cada casa en particular sería un campo de Agramante. El marido, sólo por el hecho de faltarle sal a la sopa, le tiraría a su mujer todos los platos por la cabeza; la esposa le dispararía con la sopera y en un solo día quedaría liquidada toda la vajilla.

Por las noches experimentaríamos grandes sorpresas: aún la luz de un fósforo tendría un brillo deslumbrador. Una vela bastaría para alumbrar una calle.

Un aumento de nitrógeno en la atmósfera produciría el efecto contrario. Los hombres hablarían ya muy poco. Preferirían entenderse por señas o por monoslabos. La mujer más charlatana no emplearía arriba de cien palabras por día. En las Cámaras nadie sería capaz de pronunciar un discurso; con cuatro o cinco palabras se despacharía una ley difícil. Muchos de los diputados más fogosos se quedarían dormidos en los asientos. Las calles se verían concurridas, pero un silencio angustioso reinaría por doquier. Todos caminaríamos lentamente abriendo la boca para respirar el aire con ansias. Muchos treparían a la cumbre de los cerros, en busca

de aire más puro. En las casas se dormiría con todas las puertas y ventanas abiertas. Las luces de gas palidecerían. Las cocineras pasarían grandes apuros para encender fuego. La quietud, el sopor remarían sobre el haz de la tierra. Nos aplastaría una atmósfera de plomo.

Pero no nos inquietemos: todo esto no sucederá. Es lo más probable que el Supremo Director del Universo, al revés de los hombres, sea poco aficionado a hacer bromitas. Las leyes de la naturaleza se siguen cumpliendo sin que nada pueda hacerlas variar: son inmutables y eternas.





La fiesta del 18.

La Isla de las Estatuas

Por

JOSE IGNACIO VIVES SOLAR

(Fotografías de Percy Edmonds)

Pascua o Rapa Nui, según su nombre indígena, es tal vez la isla más apartada de otro centro de población, del mundo. Perdida en la inmensidad del Océano Pacífico entre los 27° 6' de latitud sur y 111° 36' longitud W de meridiano de París, dista más de 2,000 millas de la costa de Chile, a cuya República pertenece y algo más de Tahití, que, a excepción de otras de muy escasa importancia, es la isla más vecina. Aunque por su situación y desvío de toda ruta de navegación no ofrece por el momento ningún interés comercial ni estratégico; pocas habrá, sin embargo, más interesantes y dignas de estudio bajo el punto de vista etnográfico. Los curiosos monumentos que conserva, sus estatuas que tienen cierta analogía con las esculturas aimará, su idioma, tradiciones y costumbres, dada la situación en que está colocada, podrían dar mucha luz a un sabio y prolijo observador, sobre el interesante e intrincado problema de las emigraciones poli-

nesias. Desgraciadamente, no tenemos noticia de ningún trabajo concienzudo y verdaderamente científico hecho al respecto, sino solamente de reconocimientos náuticos o estudios hechos muy a la ligera o por personas poco preparadas.

En este momento reside aquí el matrimonio Routledge, autores del libro intitulado "With a Prehistoric People, the Akikúyu of British East Africa" y que bajo el pomposo calificativo de "The British Scientific Mission to Easter Is", se dedica a coleccionar curiosidades y recoger anécdotas y tradiciones de la isla. Con el elemento de que dispone, el dinero y las comodidades que él proporciona; yate propio, empleados, provisiones y servidumbre, indudablemente ejecutarán un trabajo prolijo y tal vez interesante, pero digno de cataloguizarse únicamente entre las pintorescas relaciones de viajeros, por ser este matrimonio mucho más turista que científico.

Sin pretensiones de ninguna especie y guiados solamente por la esperanza de entretener a los lectores de "Hojas Selectas" les ofrecemos el presente artículo, en el que transcribimos algunas de las impresiones que esta lejana isla, a la cual nos ha traído el destino a establecernos, sabe Dios por cuánto tiempo, nos ha sugerido y le presentamos algunas curiosas vistas fotográficas obtenidas por nuestro objetivo.

Por su proximidad al trópico que la entibia y la constante visita de los alisios que la refresca, se goza en Pascua de un clima de-



El señor José Ignacio Vives Solar.

licioso. Ni en sus máximas de 30° cent. se siente gran calor, ni sus mínimas de 10° pueden hacernos sentir las sensaciones molestas del frío. Su vegetación, en general un poco monótona por la casi absoluta carencia de árboles que los isleños y concesionarios se han encargado de arrancar para sus necesidades, sin que su renovación haya sido posible por la inmensidad de piños de vacunos, cabalgares y lanares que pastan en la isla, es hermosa y exuberante en Anga Roa, aldea o reducción de los indígenas y en Mataveri, donde reside la administración. Allí la tierra agradecida reproduce todo lo que se le confía y puede verse en Anga Roa cada casa de indígena rodeada de bananeros, cañas de azúcar, camotales y vifedos, sin que falten jardines de hermosas flores y fragantes enre-

daderas y hortalizas ricas en toda clase de verduras, que por ser buena la tierra y las lluvias abundantes dan variados y copiosos frutos en toda época del año.

Así se comprende que la pequeña aldea, situada al W. de la isla, sobre la bahía de su nombre, ofrezca al fatigado viajero, cansado por una larga travesía, un aspecto de lo más pintoresco y cuya vista ensancha su corazón oprimido tanto tiempo por las inmensidades del cielo y del océano. Una calle de higueras conduce de la playa a la iglesia, situada en una planicie en el alto de una loma, como a seis cuadras del mar, que tiene a su izquierda una gran plaza que ostenta como único adorno un alto mástil, donde se enarbola el pabellón chileno los días de festividades patrias o cuando arriba algún navío de guerra; rodean a esta plaza las casitas de madera y piedra de los canacas y éstas se encuentran también diseminadas a ambos lados de la calle de las higueras. A la derecha de la iglesia se encuentra una casa de cal y piedra que fué construída por los misioneros franceses y donde ellos habitaban. La casa de la administración, Mataveri, rodeada de un extenso parque y pintoresco jardín, es también de hermoso aspecto y en ella la civilización ha reunido las pocas comodidades que se pueden exigir en tan apartado mundo.

Pero no es éste el aspecto interesante de la isla, las bellezas naturales con que Dios la ha dotado y los recuerdos que a cada paso se encuentran de sus antiguos habitantes, casas de piedra en ruinas, colosales estatuas diseminadas en todas partes, dibujos e inscripciones talladas en rocas y peñascos, nos hacen olvidar por momentos, a los que por un motivo u otro a estas playas arribamos, el resto del mundo con sus pequeñeces y miserias, elevando nuestro espíritu a contemplaciones superiores y absorbiendo nuestra imaginación las fantasías a que se presta el problema de sus antiguos pobladores.

La isla mide una extensión de sus 12 mil hectáreas más o menos y afecta la forma de un triángulo isósceles, cuya base es más larga y la hace asemejarse al sombrero de Napoleón. En cada ángulo se eleva un cerro volcánico y la parte más elevada mide 550 metros de altura. No existen solamente estos

tres volcanes, sino toda la isla está llena de cráteres más pequeños, que la han cubierto en casi toda su extensión de piedras de todas dimensiones. Estas en vez de perjudicar la vegetación, como a primera vista podría creerse, la favorece, pues siendo sus capas vegetales, aunque profundas, muy porosas, las piedras sueltas que se encuentran en la superficie guardan por más tiempo la humedad. Esto lo conocen muy bien los indígenas, que prefieren las partes pedregosas para plantar sus camotales y aún rodean las plantas con piedras, lo que además de la ventaja dicha tiene la de impedir el crecimiento de la maleza.

De aspecto majestuoso y digno por sólo este capítulo de ser visitada Pascua, es el cráter del volcán Rana-Kan, situado en el ángulo S. W. de la isla. Después de una ascensión de sus 400 metros por una ladera suave se encuentra el viajero de improviso con una cima de 200 metros de hondura perfectamente circular y cuyo diámetro mide más de 1,500 metros. Al fondo puede bajarse por un camino de zig-zag que cruza la escarpada ladera y le hace el efecto de encontrarse en un gran coliseo, cuya arena es una extensa laguna de limpia agua, acumulada por las lluvias y en la que existen varios islotes de totora habitados por numerosos patos que vuelan en bandadas, y la gradería, las laderas cubiertas de variada y rica vegetación, que por estar este lugar al abrigo de los vientos y concentrarse en él los rayos del sol, conserva una temperatura abrigada y uniforme que lo hacen apto para cualquier cultivo, aún para el de aquellas plantas que necesitan clima muy tropical. A esta laguna vienen las hermosas canacas, los días sábados, a lavar su ropa, y por cierto que no hacen falta los solícitos mozos que se brindan a llevar sus líos.

Dignas de visitarse son también las grandes cuevas que se encuentran tanto en la proximidad del mar como en el centro de la isla. Muchas están comunicadas entre sí por galerías de varios kilómetros de largo y se encuentran en ella depósitos de agua potable, resultado de las filtraciones de las lluvias. En varias de ellas, sobre todo en las vecinas al mar, véanse osamentas humanas; suelen hallarse cráneos que tienen grabadas en la

frente o en el occipucio figuras geométricas; éstas, según los naturales, pertenecían a los antiguos reyes que por sus grandiosos hechos habían merecido dicho honor; son sumamente estimados y el que posee alguno no se deshace de él por ningún precio, por ser considerado como eficazísimo talismán para aumentar la crianza de gallinas.

De cada una de estas cuevas se cuenta alguna leyenda o tradición, pues deben haber desempeñado importante papel en las guerras



Genuina pascuense europeizada.

que los antiguos tenían entre sí. Hay varias también cuya entrada es ignorada por todos, menos el dueño, que guarda en ella objetos antiguos, y cuyo secreto sólo comunica a un heredero a la hora de la muerte, pues tienen la idea que ésta les llega si de él se desprenden.

Estos objetos, además de los cráneos con dibujos, ya citados, consisten en: anzuelos de piedra o hueso; toqui, especie de hachita de piedra, con la que labraban las estatuas; mantos tegidos con filamento de una planta hau-hau y teñidos de amarillo con una tinta, producto de la mezcla que hacían de una yerba que llaman pua con trozos de caña de azúcar



No existe la pleudu.

secos, en unas colosales artesas de piedra labrada, de las que se encuentran muchas diseminadas en el campo; sombreros hechos con pluma de un ave que llaman **riqui-riqui**, con los cuales adornaban su cabeza los reyes; **uva**, especie de bastones que servían de cetro, fabricados con madera de toromirol y que tienen tallado en el mango la cabeza de un hombre con dos caras, tales como eran los primeros habitantes de la isla según las tradiciones, y cuyos ojos hechos con trocitos de piedra cristalizada les da un aspecto muy animado. Los verdaderamente antiguos de éstos son muy escasos y aún es difícil encontrar los de legítima madera de toromirol, pues como la fabricación de estos monos es una industria lucrativa, por el interés que tienen en adquirirlos los marinos que pasan por la isla, los naturales han concluido por agotar el árbol y los fabrican con cualquier trozo de madera que encuentran, haciendo remontar su antigüedad, para cambiarlos ventajosamente, a cientos de años y aún les añaden alguna tradición de su inventiva. Los ingleses son las víctimas predilectas de estos embustes, pues cuando pasa algún buque de esta nación, hasta el último marinero no se va satisfecho sino lleva algún recuerdo, por el que tiene que dejar buenos mazos de tabaco, ropa usada, jabón u otro objeto del agrado de los isleños. Aquí conviene advertir que éstos no se dejan engatusar por cuentas de vidrio u otras fruslerías.

Pero los más interesantes y dignos de estudio son los **rongo-rongo** (maderas parlantes), planchas de madera en que van grabados jeroglíficos, que, según dicen los naturales, los antiguos sabían descifrarlos; representan es-

tos jeroglíficos principalmente, figuras de pescado, pájaros y lagartijas en posiciones diferentes, por lo cual más bien que jeroglífico, podrían llamarlos letras y en tal caso es indudable que los antiguos moradores de la isla conocían la escritura, y es una lástima que el conocimiento de dicho alfabeto no se haya conservado hasta nosotros, pues sabe Dios si tales tablas parlantes, mudas hoy día, no atesoran la clase de más de un problema que nos desvelamos ahora por resolver. Estos **rongo-rongo**, son sumamente escasos, pues por ser de madera, no han podido escapar a la acción del tiempo y la polilla. Tenemos conocimiento de dos que existen en el Museo de Santiago de Chile, dos en el Museo Británico, uno en Petrograd, tres que posee el obispo de Tahití (de cinco que le obsequiaron los misioneros franceses, dos envió al Museo del Louvre, pero naufragó el buque en que iban) y uno que consiguió Mr. Thomson, contador de la marina norte-americana, de un viejo de la isla después de haberle desatado la lengua y abierto su corazón a la generosidad con una botella de whisky. Nos han asegurado que aún quedan algunos en los tesoros de las cuevas, pero sobre este punto son tan reservados que no nos ha sido posible averiguar nada.

El volcán de Rana-Roraca situado al E. de la isla, de la imponente belleza de Rana-Kan, es de mucha más importancia, por encajar en su interior la fábrica de las colosales estatuas que pueblan, por decirlo así, la isla entera. Tiene a su frente la hermosa bahía de Anga Nui, que si no estuviese sembrada de rocas y arrecifes, podría, por su abrigo, ser un buen fondeadero, y se sube a él por la la-



La fiesta del 18.

dera S. E., de pendiente suave, en la que se encuentran a centenares, unas a medio enterrar y otras que yacen por el suelo, las famosas estatuas que iban de camino para ocupar sus puestos de centinelas en los cementerios diseminados en todas las costas.

El muro E. del volcán, por el lado exterior, está cortado a pique y es más bien una gran mole de lava compacta de color gris, cuyas rajaduras y ojeras naturales, le hacen asemejarse a las minas de una gran abadía medieval, aumentando dicha impresión la vista de aves marinas que habitan dicha mole, y que se asemejan mucho, por el tamaño y color, a las blancas palomas pobladoras inseparables de las viejas catedrales.

El interior del volcán, de laderas más inclinadas que las de Rana Kan, contiene, como él, una laguna de agua potable rodeada de junquillos y totora y en la parte E. se encuentra el gran taller en que los antiguos escultores canacas, sin más herramienta que el **toqui**, esculpían sus estatuas que tanta admiración nos causa.

Son éstas, enormes bustos de piedra de cinco metros de altura, término medio, alcanzando algunas hasta 10 metros, que representan la cara y el cuerpo hasta las caderas de gigantes de ambos sexos, de expresión rígida, nariz curva y ancha en la punta, mejillas planas y enormes orejas; los brazos plegados al cuerpo y las manos cruzadas hacia adelante; los senos en las mujeres caídos y sin curvas y las espaldas nardo, tatuadas en relieve con figuras geométricas. Estas se tallaban en la misma roca, y después perforándolas por debajo, las desprendían de la piedra y sabe Dios, por qué medios, las conducían en seguida a centenares de cuadras para colocarlas encima de las piedras de los cementerios construidos a lo largo de toda la costa.



Día de carreras.

Debe haber sido un trabajo semejante al de las hormigas cuando arrastran a sus almacenes de invierno el para ellas gigantesco cadáver de un insecto. Para dicha labor deben haberse ayudado de trozos de árboles que hoy no existen, como el toromiro, que es sumamente resistente, y de cuerdas fabricadas con filamentos de **barabu**. Una vez colocadas en sus pedestales les ponían sobre sus cabezas un enorme sombrero de granito rojo de cerea de un metro de altura, por medio de diámetro. Hoy día, a excepción de las que a medio camino están enterradas en Otu-Hito, no se conserva ninguna en pie, todas yacen por el suelo y algunas con el golpe se les ha desprendido la cabeza; el sombrero se encuentra a pocos metros.

¿Cómo han venido al suelo tan pesadas estatuas, sin que ni siquiera se conservase una en pie? No es posible que haya sido por alguna convulsión volcánica, pues de un cataclismo de tal naturaleza se conservaría alguna tradición entre los indígenas. Además que se ha comprobado por un año de observación que en Pascua no hay temblores de tierra, y es más probable y concuerda con la leyenda, que hayan sido derribadas por ellos mismos en alguna guerra o por orden de algún rey.



La fiesta del 18.

Cuentan los indígenas que en tiempos remotos el rey Motu, que gobernaba en Rapa-Iti (isla chica) (1), isla situada al W. de Pascua, envió una piragua con cuatro de sus súbditos a reconocer Rapa Nui (isla grande)

(1) Probablemente Pircaín, distante 800 millas más o menos de Pascua.



Celebrando las fiestas patrias en casa del Gobernador marítimo.

y que habiendo llevado éstos favorables noticias de ella, resolvió venir a establecerse en compañía de su esposa, la reina Avalei-Pua. Desembarcó en Anakena, donde enseñó a sus habitantes a fabricar uva con palos de torowiro y de ahí se dirigió a Hotu-Hiti. Aquí ordenó a dos hombres que fabricasen una estatua de piedra, pero como éstos no sabían hacerla les quedó muy deforme y el rey les mandó fuesen a Anga Pico, donde un anciano les enseñaría el modo de fabricarlas. Hicieron provisión de camotes, pescado y otros obsequios y después de ofrecérselos al anciano le contaron el objeto de su viaje; el anciano cogió los presentes y sólo les respondió: "Mira tu rostro".

Desconsolados volvían nuestros artifices con tal enigmática respuesta, cuando uno de ellos, habiéndose inclinado a beber en un charco, vió reflejarse su rostro en el agua y al punto comprendió el significado de la antes incomprendible orden. Llegados a Hotu-Hiti, tomándose por modelo el uno al otro, fabrica-



Vacas lecheras.

ron una estatua que aunque dejó sumamente complacido al rey Notu no pasó lo mismo con la reina Avalei Pira, que, descontentadiza como buena mujer, dijo que de nada servía, pues no sabía andar. El buen rey Notu que, a lo que parece, contaba con amigos que conocían secretos para ejecutar las cosas aún más imposibles, indicó a los seudo escultores que se encaminasen a una cueva situada en Ma-ungatoa-toa, donde encontrarían un anciano que mediante ciertos regalos les enseñaría el modo de satisfacer el capricho de la descontentadiza reina. Cargados de pescado, camotes, plátanos y otros obsequios se encaminaron nuestros obreros a dicha cueva y después de depositar los espléndidos regalos, expusieron al viejo el objeto de su misión. Sonrióse éste a la vista de los presentes y les dijo con



Canacas jugando a la brisca.

acento desdeñoso que un secreto de tal naturaleza no se vendía por objetos de tan mínima importancia, que si en realidad deseaban que sus estatuas tuviesen el don del movimiento, era necesario que cada uno de ellos degollase un hijo respectivo y le trajeran los cuerpos para comerlos. Algo tristes volvieron a sus casas los obreros, pero convencidos que para obtener lo que deseaban era indispensable obedecer el cruel mandato; cada uno sacrificó el más gordito de sus muchachos, y para que la ofrenda fuese más grata al brujo, después de lavar bien los cadáveres procedieron a destriparlos y despojarlos de sus vísceras. Cuando ofrecieron al exigente viejo tan macabro presente, éste hizo una mueca de disgusto y les dijo que estos cuerpos no servían, pues estaban despojados de sus partes interiores y que él no enseñaría su secreto sino le presentaban los cuerpos intactos de sus hi-

jos. Como ya estaban empeñados en la empresa, venciendo los paternales sentimientos, cada uno sacrificó otro de sus hijos y se lo presentó al anciano en la forma que éste lo había pedido. Ahora sí que el anciano se dió por satisfecho y después de dar un festín con los cadáveres de los infelices niños, en el que brindó a los desolados padres con el corazón de sus respectivos hijos, se encaminó con ellos a Hotu-Hiti, donde estaba la famosa estatua. Llegado frente a ella pronunció ciertas palabras misteriosas y ésta principió a andar en la dirección que sus artífices le indicaban. Admirado quedaron los reyes del suceso y enviaron en todas direcciones de la isla en busca de gente para que viniese a labrar estatuas. En poco tiempo la ladera del volcán quedó convertida en extenso taller y más de la mitad de los pobladores de la isla en escultores que tan luego como finalizaban



Piedra suelta.

otro asestado en la cabeza del animal, le dió muerte instantánea. Hizo señales que lo elevasen y abrazado del cadáver ascendió a la orilla y para celebrar su victoria ordenó que llevasen el cuerpo de la langosta al volcán Rano-Raraca para que sirviese de banquete a todos los operarios de las estatuas.

La langosta era grande, pero los operarios no eran pocos; así se explica que no tardasen en dar cuenta de ella sin que sobrase el menor pedazo de su carne. Cuando la fiesta había terminado, apareció el viejo de **Ma-Unga-Toa-Toa** a exigir la ración que decía pertenecerle como trabajador que era de las estatuas, y como se le dijese que nada se le había reservado, pues nada le correspondía, él, que por los antecedentes que le conocemos, parece no tenía muy buen carácter, montó en cólera y con voz airada exclamó:

—Pues ya que decís, no tengo parte en el trabajo de las estatuas, ordeno: de aquí en adelante ninguna ande por sí sola y todas las que están de pie, caigan boca abajo.



Estatua de bruceas (Notu-Niti).



Plaza Anga Roa.

una obra las enviaban a que por sí solas se situasen en las diferentes extremidades de Rapa-Nui.

Aconteció por ese entonces en **Omoge**, que en una cueva colindante al mar, a donde los isleños acostumbraban sumergirse para coger langostas para su sustento, apareció una de tan enormes dimensiones que estrechando entre sus patas a los desgraciados que bajaban a la cueva a pescar, les daba muerte en un momento. Consternados los canacas con las innumerables víctimas que había causado dicho monstruo, habían renunciado a descender a esta cueva, cuando un hombre muy forzado dijo que él se comprometía a dar muerte al gigantesco crustáceo. Armado de un grueso garrote y sostenido de los sobacos por una cuerda, descendió a la cueva; de un palo quebró la pata que intentó aprisionarlo y de



Estatua de brucea, con la cabeza desprendida por el golpe.

Entonces se oyó un ruido, las estatuas que iban de camino se detuvieron y sin vacilar vinieron de bruces, las que estaban de pie a lo largo de las costas, contemplando el océano, también cayeron al suelo, rodando sus enormes sombreros a algunos metros de distancia. Desde entonces no se ha podido en Pascua hacer andar los monos de piedra y la fabricación de estatuas quedó paralizada.

Esta leyenda, unida a otra, que por no alargarnos demasiado dejaremos para otra ocasión, de una guerra habida entre los **orejas chicas** enemigos de los **orejas grandes**, que eran los fabricantes de estatuas, en la cual los primeros exterminaron a los segundos, nos hace suponer, como dijimos más arriba, que el hecho que estén todas las estatuas por el suelo y algunas a medio terminar en la roca, no haya sido casual, sino una venganza de los **vencedores**.

Esta isla, en otra época numerosamente poblada, como lo comprueban las narraciones de los viejos y las innumerables minas y monumentos diseminados en toda ella, tiene hoy día solamente 260 indígenas y cuatro extranjeros. El año 1860 arribaron a estas costas 10 ó 15 veleros peruanos y parte por engaño y la mayoría por la fuerza, embarcaron a casi todos los isleños en calidad de trabajadores voluntarios de las guaneras. Esta alevosía no tuvo éxito, pues los que no murieron de pena y nostalgia fueron atacados por la viruela, y los pocos que fueron repatriados a instigación

del Gobierno francés vinieron solamente a morir en la isla y a repartir el germen entre los que habían escapado de los filibusteros.

Estos 260 habitantes están confinados en el caserío de Anga Roa, donde llevan una apacible vida, solamente interrumpida con la visita escasa de los navios. Son de un carácter dulce y respetuoso, aunque algo socarrones; como la vida les es muy fácil, son muy dados a la pereza e indolentes; no gustan del cultivo de la tierra y sólo tienen afición a la pesca y a los trabajos de la campaña; tanto hombres como mujeres son excelentes jinetes y eximias nadadores. Poseyendo un espíritu muy asimilable, aprenden fácilmente los idiomas y no desperdician las ocasiones de contacto con los extranjeros para instruirse. Entre ellos hablan el rapa-nui, dialecto del tahitiano, pero que ha degenerado en una especie de algarabía, por la introducción de vocablos de todos los idiomas conocidos, se puede decir que no pasa buque sin que ellos dejen de enriquecer su idioma con nuevas palabras y frases, pronunciadas de tal modo que no las entendería ninguno que hable el idioma del cual las han tomado.

Hace como 25 años estuvieron aquí unos misioneros franceses y todos adoptaron la religión católica; el canaca que les sirvió a los padres de sacristán, ha quedado desempeñando el papel de cura y el rito se ha conservado, aunque tan degenerado que causaría risa si no se tratase de cosas tan serias y no comoviese el alma ver hombres tan religiosos y de buena voluntad privados de un pastor que sepa guiarlos.

Los hombres son apacibles y rara vez montan en cólera, hasta el extremo que en siete años que está aquí el administrador del con-



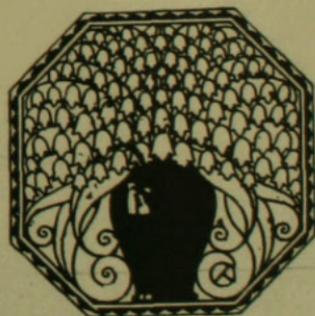
Estatuas caídas en la playa de Anga Nui.

cesionario, nos decía que jamás había visto venirse dos a las manos; son muy aficionados a la charla y chirigota, e infeliz del que se le conozca un acto a juicio de ellos ridículo, pues inmediatamente es comentado en verso que mucho tiempo es cantado por todos ellos, y tomada como canción de moda sin que le valga a la víctima enfumarse, pues en tal caso puede tener seguridad que la cantata no le dejará libre ni las horas de sueño.

Las mujeres son más agresivas entre ellas, y con frecuencia se ven escenas en que después de agotado todo el vocabulario de insultos en todos los idiomas conocidos, ponen a prueba la firmeza respectiva de sus cueros cabelludos. Los motivos de estas riñas generalmente son los celos y en estas ocasiones son rodeadas por los hombres, que entre risas y cuchufletas animan la fiesta, listos sí a separarlas en caso que ésto tome proporciones peligrosas o pretendana demostrar su saña en otra forma que la ya expresada.

Como hemos dicho antes, la isla es muy poco visitada por los buques, contándose casos de haber pasado hasta dos años sin una vela o vapor a la vista; últimamente el Gobierno de Chile manda regularmente una vez al año la corbeta "General Baquedano" en viaje de instrucción de los cadetes recién salidos de la Escuela Naval. Con motivo de la guerra, ha estado más visitada, y ésta se supo aquí dos meses después de declarada, con la pasada de la escuadra alemana de von Spee, la misma que después cayó en las Malvinas, compuesta de cinco cruceros y siete transportes.

Restablecida la paz y dado al tráfico el Canal de Panamá, es muy posible que muchos buques que hagan el viaje entre Europa y Australia recalen en ella para aprovisionarse de carne y verduras. Entonces Pascua es probable tome alguna importancia comercial, pero es posible que pierda algo del encanto que tiene hoy día.



UNA VISITA AL FILOSOFO.

Monsieur Alfred Espinas

Por

ROBINSON HERMANSEN VERGARA

Con fotografía

Asistía diariamente a las clases de la Sorbona, y después de oír, en esa acrópolis del saber moderno, las admirables lecciones llenas de sabiduría y de atractivo de los profesores Jorge Dumas, sobre psicología experimental; de Félix Le Dantec, sobre biología; de Emilio Durkheim, sobre sociología; de René Worms, sobre las teorías organicistas de la sociedad, sentía apoderarse de mí un indecible bienestar y un agradable cansancio.

En una de aquellas tardes, tan deliciosas y melancólicas con que el invierno en París se anuncia, resolví cumplir la segunda parte de la comisión que Enrique Ferri me había dado en Roma, cual era la de saludar a M. Alfred Espinas en su nombre.

Con un poco de fuerza de voluntad estuve en el Boulevard Saint-Michel, y de ahí en el Sena, en el viejo y taciturno Sena de aguas anubarradas y temibles que, como una serpiente, envuelve a la Cité, origen

y nacimiento de la encantadora ciudad.

El río Sena es un sér viviente. En él se sienten las palpitaciones de la Metrópolis del mundo. Corre silencioso bajo la sombra protectora de los olmos seculares que rodean sus dársenas (quais), llevando en cada una de sus ondas una ilusión que muere al contacto de otra ilusión que nace.

Sus vaporcitos (les Mouches) se deslizan sobre él como una sombra, e invitan al distraído viajero con su balance rítmico, a la meditación y al ensueño.

Después de unos cuantos minutos de navegación, desembarqué en una calle vertical al río, sombreada por frondosos castaños aún cubiertos con hojas.

84, rue du Ranelagh, leí en mi cartera de direcciones. Estaba frente a un edificio de ladrillo hermosamente patinado por el sol. Llamé y el conserje me indicó, en un patio interior, el segundo cuerpo del edificio. Subí a un tercer piso y me



Monsieur Alfred Espinas

hallé, por fin, en la antesala de la habitación del filósofo.

Pero, ante todo, ¿quién es este Alfred Espinas a quien voy a ver? No es, por cierto, uno de los siete sabios de Grecia. Es, simplemente, uno de los miles de sabios que brillan como astros de primera magnitud en el cielo de la Francia.

A la edad de 33 años presentó y sostuvo en la Sorbona su tesis para el doctorado, *Des Sociétés Animales* (1), obra importantísima, que, según la expresión de M. René Worms, ha quedado como obra definitiva y clásica en la materia, y a la cual justamente debe el autor su renombre de gran filósofo.

En ella trata, M. Espinas, uno de los puntos más importantes de la psicología animal; pero la obra pertenece, en el pensamiento del autor, más a la sociología que a la psicología. Es, por lo demás, el primer estudio sistemático que se haya hecho de sociología animal.

Sin duda, dice el autor, "hay interés en establecer, por las observaciones, la generalidad del hecho de la vida colectiva, seguirla en todas sus manifestaciones más y más importantes en toda la escala zoológica, y buscar en ella sus leyes esenciales. Esto es lo que nosotros vamos a tentar, sin disimularnos la novedad y compartiendo las dificultades de la empresa". (Pág. 9).

"Medir los fenómenos sociales para conocer sus leyes, sacar del conocimiento de las leyes la previsión de los fenómenos futuros; fundar sobre esta previsión combinaciones que aseguren con éxito creciente el bienestar y el mejoramiento de la raza humana, tal es, según Condorcet, la tarea; tal es el objetivo de la ciencia social considerada como la más elevada de las ciencias naturales." (Pág. 42).

"La idea de sociedad, dice M. Espinas, es la de un concurso permanente que se suministran seres vivientes separados para una misma acción." (Pág. 157). "Una reciprocidad habitual de servicios entre actividades más o menos independientes, he ahí el rasgo característico de la vida social, rasgo que en nada modifica esencialmente el contacto o

alejamiento, el desorden aparente o la regular disposición de las partes en el espacio." (Pág. 158).

Y en otra parte agrega: "Corrigiendo nuestra primera definición, diremos que una sociedad es, en verdad, un sér viviente, pero que se distingue de los otros en que está ante todo constituido por una conciencia. Una sociedad es una conciencia viviente, o un organismo de ideas." (Pág. 530). En otros términos, "la sociedad es la obra de una razón, pero de una razón instintiva, implícita, no de una razón reflexiva y sabia; las leyes no son más que la tardía expresión de las condiciones de existencia de cada sociedad." (Pág. 60).

"Nos justificamos por este medio, de un reproche que hemos merecido de varios sociólogos, de querer explicar un modo de existencia superior por un modo de existencia inferior. En vez de tratar de explicar la conciencia por el organismo material, estaríamos más bien dispuestos a explicar el organismo material por la conciencia. Porque toda explicación parte de nosotros mismos y consiste en proyectar la luz, tomada en el claro foco del espíritu, sobre la obscuridad creciente que nos rodea. En cuanto a las leyes que rigen el uno y el otro orden de fenómenos, sobre todo la parte de los fenómenos sociales manifestados por la animalidad, ellas no pueden ser otras sino las mismas para la conciencia que para la vida; porque, del mismo modo que no hay más que un solo universo, no puede haber más que una sola ley fundamental, la ley de la Evolución." (Pág. 530).

"La evolución es el conjunto de fases por las cuales pasa un sér cualquiera para alcanzar el equilibrio. Pero el equilibrio mismo no dura largo tiempo. Mientras las partes se agrupan de una manera distinta y tienden a vínculos definidos, se hace en ellas un trabajo inverso. Este trabajo, que no detallaremos, pero que tiene por efectos evidentes de una parte la confusión y la desagregación de las partes, de otra parte la disminución incesante, el agotamiento de las fuerzas acumuladas, hasta que, finalmente, el equilibrio se rompe, y la masa es reabsorbida por el medio de donde ella ha salido, este trabajo es la Disolución. Evolución y disolución, estas dos palabras son la fórmula que abarca todas las existencias concretas, desde la onda

(1) Tengo a la vista la *deuxième édition* de esta obra, 1878, Librairie Germer Baillière et Cie., Paris, a la cual se referirán todas las citas que haga en el curso de este pequeño trabajo.

que aparece y desaparece en un instante sobre la superficie del agua, hasta la sociedad más altamente organizada, cuyo crecimiento y decadencia ocupan siglos, hasta la tierra y los sistemas siderales, cuyas fases enormes, inmensas proporciones e infinita complejidad, sobrepasan completamente los límites de nuestra inteligencia. El universo y el Cosmos están comprendidos en esta fórmula. ¿Dónde está la razón de esta armonía? En la naturaleza misma de la fuerza que es el instrumento universal. Si la finalidad gobierna el mecanismo, la finalidad resulta de ese mismo mecanismo." (Pág. 125).

En los seres organizados inferiores distingue M. Espinas, las sociedades accidentales entre animales de especies diferentes, como a aquellas que constituyen, por ejemplo, las relaciones del parásito y de su huésped, del comensal y de su proveedor, de las sociedades normales entre animales de la misma especie.

Entre éstas, M. Espinas reconoce tres especies: Las sociedades donde la función ejercitada en común es una de las funciones de nutrición;

Las sociedades a las cuales la función de reproducción sirve de vínculo; y

Las sociedades fundadas sobre la repartición de las funciones de relación.

Las sociedades accidentales y las sociedades de nutrición son casi extrañas a la cuestión, porque ellas no pueden ser, ni las unas ni las otras, consideradas psicológicamente como verdaderas sociedades animales. El estudio de la sociabilidad en los animales no comienza realmente más que con las sociedades de reproducción. De éstas también existen tres formas:

La sociedad maternal, de la que sirven de tipo los hormigueros y las colmenas; y

La sociedad paternal, que se observa en

los vertebrados y que comienza desde los peces por la incorporación del macho en la familia.

La última forma de la sociedad animal y la más elevada, es aquella que el autor llama la poblada y que tiene como base de sus costumbres, tendencias e inclinaciones, la simpatía y el instinto de subordinación, en virtud del cual en todo grupo hay uno que manda y otros que obedecen.

Buscando el origen de la poblada, M. Espinas se inclina a creer que no es una simple extensión de la familia, sino que nace de las relaciones de los jóvenes entre sí y no de las relaciones del padre con la madre o de los parientes con los jóvenes; que, aún en el origen, la familia y la poblada son antagonicas y se desarrollan en razón inversa

la una de la otra; que el verdadero elemento de la poblada es el individuo, y que el amor de un ser por sus semejantes, o la simpatía es la fuente de la conciencia colectiva.

“Creemos, dice M. Espinas, que realizar las sociedades animales, es realizar al mismo tiempo la sociedad humana que las sobrepasa y las domina de tan alto. Pensamos servir más eficazmente la causa de la civilización, mostrando que la humanidad es el último término de un progreso anterior, que aislándola en el mundo y haciéndola reinar sobre una naturaleza vacía de inteligencia y de sentimientos”. (Pág. 155).

Este es, en síntesis somera, el libro que ha dado tan justa celebridad a M. Espinas.

Mi tarjeta, con la frase “de la part de M. Enrico Ferri”, que aseguraba de antemano el buen éxito de mi empresa, había llegado ya, posiblemente, a poder del sabio, y yo estaba en ese momento de espera en que el

Mouvement scientifique du Debut du
XIX^e Siècle Voir Léard Hist de
le Surséjourment des peuples

et l'origine du Socialisme voir

La doctrine Economique de S^r Simon
et de S^r Simondon

par E. Halley

Revue du mois 1907 + 1908 N^o 24 de
n. 31

placer se mezcla con la inquietud y la emoción con la duda.

Por fin, la puerta se abre y en un estudio relativamente pequeño, rodeado de libros dispuestos y encuadrados con esmero, sentado frente a su escritorio, veo al hombre y al filósofo. M. Espinas es de mediana estatura y vigorosa complexión. Su cara redonda y regordota respira la modestia y la **bonhomie** características de aquel que no duda de su propio valer.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor profesor Alfred Espinas?

—Con el mismo, señor.

—Me he tomado la libertad de venir a molestarlo. Mi afición por los estudios de sociología y la tarjeta del señor Ferri han acañado los escrúpulos que...

¡Oh! no; de ningún modo. Está Ud. en su casa. Siéntese Ud. Conozco mucho al señor Ferri. Mi correspondencia con él es constante. Tengo por él verdadero aprecio. Por lo demás, la presentación es casi innecesaria. Aunque trabajo mucho, estoy siempre a disposición de los jóvenes estudiosos que quieren visitarme. ¿Ud. está aquí hace tiempo?

—Desde hace un año. He venido particularmente para asistir a las conferencias de la Sorbona, más relacionadas con mis estudios; pero me ha tocado la desgracia de no oírlo a Ud.

—Efectivamente. Hace ya tiempo que no hablo en público. Sin embargo, no desisto del propósito de leer algunos trabajos que preparo actualmente. Pero será dentro de algún tiempo. Y a Ud., ¿qué impresión le ha producido París?

—Maravillosa. La que tiene que producir a todo forastero, sobre todo a los americanos. Sin embargo, anoche he tenido ocasión de ver una cosa que me ha dejado perplejo. Asistí al meeting celebrado por la "Liga de los derechos del hombre y del ciudadano", y me formé la impresión de que, a pesar de las protestas, tan sensatas y valientes de los oradores, obreros en su mayor parte, el Gobierno seguirá oponiéndose a los sindicatos de funcionarios públicos, y esto, creo yo, es una opresión injusta, una verdadera tiranía. No lo hubiera concebido en Francia. La libertad de reunirse, de asociarse debiera ser respetada.

—Es también mi opinión; pero en este caso estimo que el Gobierno está en su derecho, y

la razón en que apoya su negativa me parece de más peso y de más transcendencia que las de los que vituperan su conducta. Yo no soy reaccionario. Siempre he sostenido las ideas más avanzadas, políticas o filosóficas, y, con todo, aplaudo al Gobierno, porque el Gobierno defiende ahora el interés general y este interés exige que los funcionarios públicos estén absolutamente sometidos al Estado.

—Pero, ¿no cree Ud.,—me atreví a insinuar, para no aparecer convertido tan de repente,—que el movimiento concluirá por abrirse paso y que el Gobierno hará, al fin, algunas concesiones? Así, al menos, puede presumirse de la agitación que ha provocado el Estatuto de los funcionarios públicos, de que ahora tanto se habla.

—Es posible. Pero son tan numerosas y a menudo contradictorias las opiniones que sobre este asunto se sustentan, que no es fácil orientarse y prever lo que habrá de resultar... Yo, al menos, no imagino el término que van a tener estas cosas. Pero sea como fuera, Ud. sabe que en Francia, sobre todo ahora, reina un espíritu de marcado radicalismo, que no consentirá que se pongan tropiezos a las libertades públicas ni menos se violenten las justas aspiraciones de nadie. En ésto, estamos interesados todos. Además de las razones de conveniencia y de interés particular, que siempre han sido tan poderosas entre nosotros, hay, también, según creo notar, una especie de razón moral, que influye misteriosamente en nuestras resoluciones, en nuestros destinos. Somos algo así como un escenario, como un gran espectáculo público, y sentimos converger hacia nosotros las miradas inteligentes, a veces demasiado severas de otros pueblos. Esto nos enorgullece y no alienta, y nos presta la fe y la virtud necesarias para no defraudar la expectación solícita de que somos objeto. Tenemos que portarnos bien, en una palabra. A veces, en ciertas ocasiones, no puedo negarlo, esto nos perjudica. Los aplausos que vienen de fuera suelen envanecernos demasiado, y la excitación de la vanidad nos extravía.

Pero pasando a Ud., a sus estudios, ¿cuál de nuestros escritores le interesa más?

—Todos, dije, o casi todos. Actualmente estoy repasando la obra de Comte, que, para mí, es el padre de la sociología contemporánea.

—Efectivamente, de su primer y genial impulso han nacido todas las corrientes que

hoy fecundando el vasto campo de esta ciencia. No hace mucho he leído en una revista dos estudios muy interesantes sobre su filosofía, sobre sus doctrinas. Ud. sabe que Comte trabajó durante algún tiempo, como secretario, con Saint-Simon y que éste fué el que le sugirió la idea del positivismo.

Al llegar aquí, M. Espinas deja su escritorio, atraviesa la sala y toma de un estante la *Revue du Mois*. La hojea y después de hallar lo que busca, me dice:

—Los trabajos son éstos: *Mouvement scientifique du début du XIX siècle, voir Liard, Histoire de l'enseignement supérieur*. Sobre el origen del positivismo, ver *Doctrines économiques de Saint-Simon et des Saint-Simoniens* por Elie Halévy, *Revue du Mois*, 1907 et 1908, N.º 26 et 31.

Ud. encontrará aquí expuestos en forma muy clara y sintética, todo lo que se necesita saber para apreciar la génesis del positivismo y la originalidad y amplitud que supo darle Comte.

—No dejaré de leerlos, dije. Todo lo que se relaciona con Comte tiene para mí particular interés.

Y torciendo el rumbo a la conversación:

—No he encontrado, añadí, en ninguna parte su obra sobre las Sociedades Animales. ¿Está tal vez agotada?

—Ah!, sí. Hace más de veinte años.

—¿Y no piensa hacer una nueva edición?

—Mucho lo deseo; pero Ud. sabe que las ciencias han adelantado hoy tanto, sobre todo la biología, que una reedición de mi obra se hace muy difícil. No obstante, la haré si encuentro alguien que me ayude. Libros tengo algunos por publicar y es ésto lo que me urge por el momento. Hecho esto, ensayaré la reedición.

Publicar una obra ahora es bastante difícil. La prodigiosa actividad intelectual de nuestros días hace que una misma materia se trate en muchas partes al mismo tiempo y es menester estar al corriente de todas ellas. De ahí también viene que la originalidad de toda idea sea muy difícil de establecer, por haber germinado simultáneamente en tantos cerebros. Y luego es indispensable documentarse, orientarse en el medio ambiente intelectual, porque el pensamiento es el producto

de las acciones y de las reacciones del medio cósmico. De manera que los escritores de hoy se aprovechan de lo que la colectividad humana, en general, ha hecho y hace: el pensamiento individual no es, según mi modo de ver, más que una parte del pensamiento colectivo.

—Y respecto a sus cursos en la Sorbona, ¿cuándo los reanudará?

—Es precisamente de lo que me preocupa ahora; pero estoy un poco enfermo y la preparación de las lecciones requiere mucho trabajo y quita mucho tiempo.

Y Ud., ¿en qué se va a ocupar en su país?

—Ejerceré mi profesión de abogado.

—Ah!, entonces, no tendrá tiempo para estudiar. La preparación de sus causas no le dejará tiempo.

—Tiene Ud. razón; pero de todos modos, le dedicaré mis mejores horas.

—Lo felicito por ello.

Al momento de despedirse me agrega:

—Chile es una República parlamentaria como la nuestra, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Quién es el más entendido en sociología allá?

—El señor Valentín Letelier.

—Ah!, un nombre francés (toma nota).

—... pero un poco modificado.

—Agradezco su visita y la amabilidad que ha tenido el dejarme parte de su pensamiento. Siento mucho no haber tenido mi curso en la Sorbona para haberlo contado entre mis alumnos. *Bon jour, Monsieur.*

—*Bon jour, Monsieur.*

Dejó aquel lugar de tanta calma y silencio, que abriga uno de los cerebros más poderosos del alma contemporánea. La ostentación, la vanidad, el ruido no fructifican donde existe el verdadero mérito. La irradiación del talento es suave, lenta, como el calor de nuestros afectos más sinceros y profundos.

Afuera el día moría. El sol, color de miel, lanzaba sus últimos rayos sobre la ciudad. A la luz del crepúsculo caminé por las largas avenidas del Sena, pobladas a esa hora de parejas olvidadas del mundo para pensar en sí mismas. Pronto la noche se hizo y empezó el titilar fantástico de las estrellas y de las luces sobre el río.

FALSO MARIDO

Resumen anterior.—Un joven abogado, criminalista de Londres, Jeroid Garrison, recibe un día la visita de una hermosa joven, que dice llamarse Mrs. Fairfax. La joven por nombre Dorotea, viene a pedirle un servicio extraordinario, y ruega al criminalista que se haga pasar por su marido durante un tiempo. Se trata sólo, le asegura ella, de un negocio que será bien retribuido. Garrison vacila ante la extraña demanda, pide algunas explicaciones que ella rehusa, pero por fin accede subyugado por la extraordinaria belleza de la joven.

Poco después es presentado como marido por la joven a unos tíos de ésta, los señores Robinson, que le reciben con manifiesta hostilidad acusándole de haber hecho un matrimonio por interés. Comprende entonces Garrison que se juega allí un papel de intereses, y que el matrimonio de Dorotea les perjudicaba en tal concepto a los Robinson.

Disgustado por el frío recibimiento que le hacen los tíos Robinson y el hijo de éstos, Teodoro, se retira Garrison. En el momento de marcharse le confía Dorotea un paquetito con dos valiosísimos collares para que se los guarde, hecho que intriga al joven sobremana.

Otro negocio no menos interesante se le presenta al joven criminalista. Una Compañía de Seguros le encomienda las pesquisas para averiguar la muerte misteriosa de su asegurado John Hardy acaecida en Benges, cerca de Hemrford. Comienza al punto Garrison esa investigación y descubre en el lugar del suceso un cigarro, que previamente envenenado con clauuro de potasio había causado la muerte de Hardy. ¿Quién regaló los cigarros? Garrison descubre que fué una sobrina del interfecto, la propia Dorotea, Mrs. Fairfax, por cuyo marido se está haciendo pasar él mismo. Todo acusa a la joven. Ella debía heredar de su tío, a condición de estar casada, y así en perjuicio de los Robinson. Pero él se resiste a creerla culpable. Se lleva el cigarro, como pieza de convicción, y vuelve a Londres.

Va a ver a la joven y decide salir de dudas. Para el efecto le comunica que se ha encargado de esclarecer el asunto Hardy, quien parece fué asesinado. Al oír esto Dorotea se desmayó.

Más intrigado que nunca se va Garrison a comunicar al agente de "La Inmutable" el resultado de sus pesquisas para, decidido a no dejar ver todo lo que él sospechaba. El agente Wicks sale con él y juntos hacen un corto viaje en tren subterráneo. Al separarse Garrison del agente nota la desaparición del cigarro que llevaba en el bolsillo.

Una nueva desgracia ocurre después al criminalista. Convenida una cita con Dorotea en el Parque, acude a ella y es asaltado por dos desconocidos, quedando privado de sentido. Vuelto en sí, corre a casa de Dorotea y sabe que ha partido repentinamente. Aquella marcha súbita le inquieta y revela algún complot. Disfrazado acude entonces a donde cree debe hallarse la joven y la encuentra en efecto secuestrada por los Robinson. Revólver en mano consigue librarla de las garras de sus verdugos y huye con ella en auto, en vertiginosa carrera, perseguido de cerca por Teodoro Robinson y la pelfea.

Ya en Londres, consigue ganarse un espía pagado por los Robinson, un tal Tuttle, a quien toma a su servicio, y el que le presta después poderosa ayuda.

Dorotea hace luego a Garrison algunas confidencias. Los collares que ella le confió no son suyos; son de una amiga y los tiene en prenda por una deuda. Respecto a su turbación y desmayo al oír hablar del asunto Hardy provenía del temor de que el autor del crimen fuese su propio hermano Foster Durgin. Este, jugador y entrampado, esperaba la herencia de su hermana (de madre) Dorotea para conseguir de ella dinero y salir de deudas.

Pero Garrison sigue también otra pista. Ha sabido que Hardy tenía un poderoso enemigo, un tal Hugh Cleave, que le perseguía de muerte sin cesar, y busca a este desconocido.

Otra averiguación importante hace el criminalista. Mr. Hardy ha hecho varios testamentos y si que Dorotea conoce no es el último.

Cuando Garrison se propone ir a casa de Dorotea para comunicarle esta noticia, llega ésta a la oficina perseguida por un hombre, quien, con estupefacción de Garrison, declara ser el marido de Dorotea y reclama a su mujer.

Dorotea reconoce en el reclamante a su marido; pero se niega a seguirlo y pide el auxilio de Garrison, quien obliga al marido a retirarse. Y en efecto se retira; pero gesticulando como un loco y pronunciando palabras incoherentes.

El marido de Dorotea llevaba un diario, que mostró a Garrison acusándolo de suplantación de estado civil y de usar nombre supuesto. Al retirarse su marido, Dorotea confiesa a Garrison la verdad; que se casó con aquel hombre, pero que le odia porque la abandonó miserablemente una hora después de casarse; además parece, según informes recibidos después que el tal señor estuvo encerrado un tiempo en un manicomio. Ella no tuvo valor para comunicar a su tío aquellas noticias, máxime cuando una de las cláusulas del testamento de éste decía que para entrar en posesión de la herencia debía estar casada y ella quería heredar por salvar a su hermano. Garrison se propone averiguar todo esto y lo relativo a los testamentos.

Con ilustraciones

—Sólo me decía que había hecho un nuevo testamento.

La tranquilidad de Durgin ponía a Garrison fuera de sí.

—¿De modo que no tiene Ud. ni la menor idea de dónde pueda estar ese testamento?

—En absoluto.

—¿Nada descubrió Ud. sobre este testamento cuando identificó el cadáver y examinó los objetos de su tío en Hertford?

—No, nada.

Prosiguió Garrison aún haciendo mil preguntas al taciturno avicultor, pero nada pudo averiguar y sólo consiguió un dato.

que fué para él de gran valor, a saber: que uno de los antiguos amigos de Hardy, un tal Israel Snow, de Birchington, conocía hasta sus más mínimos detalles el pasado común del difunto y de Cleave.

Despidióse de Durgin y subiendo al coche dió Garrison al cochero orden de partir a todo escape a Birchington a la casa de Mr. Israel Snow.

Por el camino meditaba Garrison en las sorprendentes revelaciones que acababa de hacerle el colono. El asunto se ponía cada vez más complicado.

Por una parte, estaba ese misterioso Hugh Cleave amenazador y siniestro; y por otra la desconcertante historia del último testamento. ¿Qué se había hecho de este documento? ¿Sabía Dorotea su existencia, y por su parte Foster Durgin sabía que su tío había modificado antes de morir, sus disposiciones testamentarias? ¿Cuántos puntos de interrogación! ¿Cuánto enigma! En lo sucesivo había de imponerse Garrison una doble misión. Averiguar con exactitud el papel que ese Cleave había jugado en el asunto y buscar al sujeto; y después esclarecer el asunto de los testamentos sucesivos y descubrir en qué manos se encontraba el último. Eran dos pistas que seguir y dos pesquisas que hacer. Por último la repentina marcha de Teodoro Robinson era un nuevo problema que resolver. Preguntábase si no habría tenido el granuja conocimiento de las últimas disposiciones testamentarias de Mr. Hardy y estaría también a la busca del precioso documento.

Para colmo de desdichas no estaba Israel Snow en Birchington, ni llegaría hasta el siguiente día. Sumamente disgustado por esta contrariedad tuvo Garrison que hacer noche otra vez en la ciudad. Tras largas horas de insomnio y una mañana de enervamiento, fuése poco después de mediodía a casa de Mr. Snow, quien le recibió al momento. Era un anciano de muy avanzada edad, que refirió gustoso cuanto sabía de su amigo Hardy, y las razones del odio que existía entre Hardy y Hugh Cleave.

Estos dos y Carlos Scott habían sido amigos desde la infancia y estaban, por tanto, unidos por los lazos del más cordial compañerismo.

A la edad de 25 años enamoróse Hardy de la hermana de Scott y ambos jóvenes se comprometieron. Pero como Hardy no poseía aún suficientes recursos para fundar un hogar, la boda debía celebrarse algo más tarde.

En una ausencia bastante larga de John Hardy, Cleave, hombre ruin y sin escrúpulos logró suplantarlo a su amigo en el corazón de la joven, no con intención de casarse con

ella, sino con el fin de que Mr. Scott, que disponía libremente de sus bienes, le entregase una suma considerable, la mayor parte de su fortuna, so pretexto de hacerla producir. Después de un buen día el bribón desapareció, llevándose los fondos. La infamia apareció entonces a los ojos de la que había tenido la debilidad de escuchar sus falsas palabras y desesperada por verse tan miserablemente engañada y haber perdido un novio que la amaba sinceramente, murió al poco tiempo, de pesar. John Hardy que a pesar de la traición de la joven guardaba de ella un dulce y tierno recuerdo hizo buscar a Cleave y le denunció a la justicia. El odioso seductor fué condenado a varios años de presidio y cuando salió ya cumplida su pena, juró vengarse de aquel cuyo corazón había hecho pedazos y desde entonces, siempre bajo la terrible amenaza del miserable, no tuvo Hardy un momento de tranquilidad.

Agregó Mr. Snow que desde hacía tiempo usaba Cleave un nombre que nadie sabía en Birchington, como así mismo tampoco se conocía su ocupación y residencia actuales. El viejo Snow tan bien informado del drama interno que había desconcertado la vida de Mr. Hardy no había visto nunca a Cleave; no podía, por tanto, dar a Garrison las señas que éste necesitaba, pero sabía que uno de sus amigos, compañero también de juventud, tenía un retrato de aquel bergante. Prometió, pues, a Jerold conseguirle cuanto antes una copia y mandársela.

Cuando, terminada su visita a Mr. Snow, regresó Garrison a su hotel, se encontró con un telegrama. Lo abrió y leyó esta sola línea: "Le ruego venga inmediatamente.—Jeroldina".

Al momento arregló su cuenta, corrió a la estación, tomó el primer tren y llegó a las tres a Londres. No hizo más que dejar su maletín en su casa de la plaza Roussel, tomó un coche y llegó a la casa donde se hospedaba Dorotea en West-End.

—¿Está en casa Mrs. Fairfax? preguntó a la patrona.

—No, señor, respondió ésta; tuvo que salir de repente y me encargó entregase a Ud. esta carta. Ud. es Mr. Garrison, ¿no es así?

Jerold, tomó el sobre, lo rompió febrilmente y leyó las cuatro palabras que venían escritas dentro. "Espéreme en su oficina".

A toda carrera se dirigió allá. Acababa de entrar y registraba inclinada las cartas y diarios que habían en su mesa de trabajo, cuando sintió pasos precipitados por el corredor que daba acceso a su despacho. Enderezóse, fué hacia la puerta y vio a Dorotea que corría desalentada, brillantes los ojos de emoción:

—Jerold, gritó ésta, precipitándose den-

tro de la oficina, cierre la puerta con Maye, se lo suplico.

Iba Garrison a cumplir la orden, cuando un hombre que seguía detrás de Dorotea entró también precipitadamente en la oficina. Al verlo la joven lanzó un grito de terror y refugiándose tras el escritorio de Jerold.

Este último, furioso por aquella súbita irrupción de un desconocido, lanzóse frente al intruso. Era un hombre de elevada estatura, desmazelado, de ojos castaños, grandes bigotes, cuyo porte y maneras demostraban al caballero.

—¿Quién es Ud. señor, y qué desea?

—¿Quién soy y qué quiero? Me llamo Jerold Fairfax y vengo a reclamar a mi mujer.

Garrison quedó un momento inmóvil, presa de la mayor estupefacción. A poco se rehizo.

—Señora, preguntó volviéndose hacia la joven. ¿Quiéres usted decirme qué significa esto?

Pero Dorotea aplomada en una silla no podía articular palabra.

—¿Qué significa esto? contestó por ella el caballero: sencillamente que

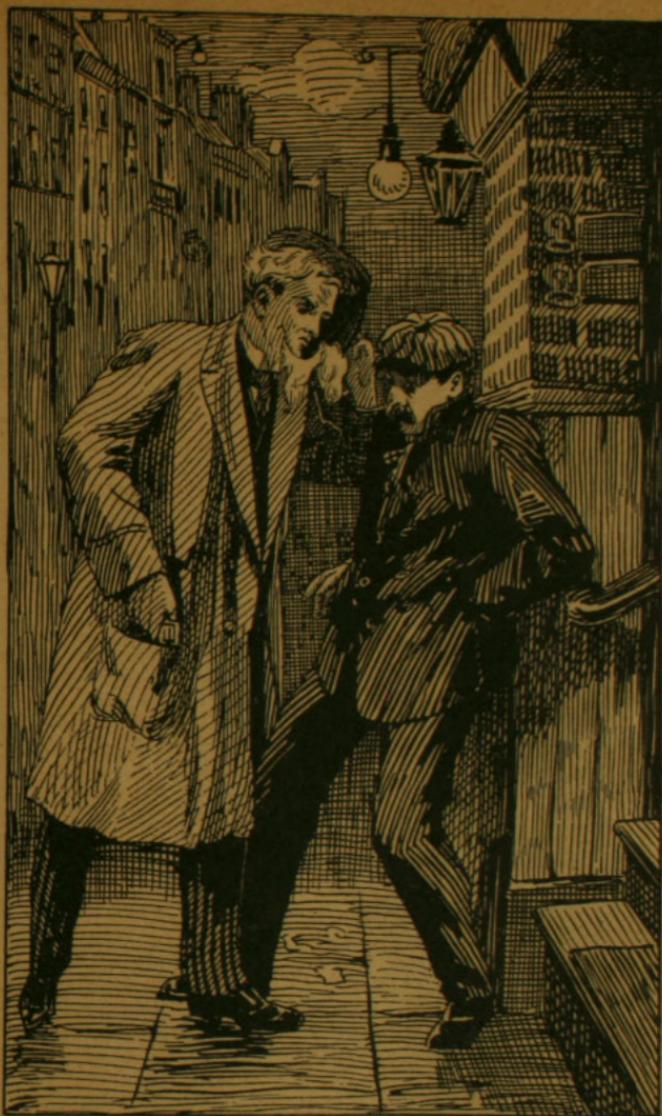
la señora es mi esposa y desearía yo saber, prosiguió, con qué derecho un extraño se atreve a usurpar mi nombre y pasar por marido de la señora Fairfax.

Garrison se dirigió de nuevo a Dorotea:

—¿Es todo esta verdad? ¿Es este señor realmente su marido, Mr. Jerold Fairfax?

La joven levantó los ojos, toda desconcertada.

—Ha venido... siguiéndome hasta aquí... balbucó.



De un tirón quitóse Jerold la barba y peluca postiza y revólver en mano ordenó al espía: Sígame.

—En efecto, repuso el intruso, la he seguido a Ud. ¿Por qué no he de seguir a mi mujer? ¿Qué comedia es esta por tanto y porque se publica en los diarios que un individuo llamado Garrison se hace pasar por mí en todas partes?

Al decir esto sacó un periódico del bolsillo "The News" y le desdobló. Jerold se lo arrebató de las manos y al punto sus ojos se clavaron en un título con enormes caracteres.

"El misterio de un testamento"

En el artículo que se seguía se hacía desde luego una alusión al misterio que rodeaba la muerte de John Hardy; después exponíanse detalladamente las condiciones en que Dorotea heredaba de su tío y el papel de pseudo marido que a su lado representaba Garrison. Referíase también la historia del rapto con todos sus pormenores y en ella aparecían con todas sus letras los nombres de Dorotea y de Jerold. Sólo un hombre en el mundo podía tener tan exacto conocimiento de todo aquello, y aquel artículo que respiraba la más ruin venganza no podía ser de otro que de Teodoro Robinson. Indudablemente era aquel un nuevo golpe asestado por el miserable.

Terminada la lectura del artículo, Jerold quedóse aterrado; pero repuesto al momento, devolvió a Fairfax el diario con toda tranquilidad.

—Si es Ud. ese tal Garrison dijo Fairfax con un tono agresivo, le diré a Ud. que...

—Bueno, basta, interrumpió Jerold. Esta señora ha acudido a mí por asuntos de mi profesión y yo he aceptado. De todos modos le advierto que no tiene Ud. ningún derecho de penetrar en mi casa a viva fuerza y de hablarme de esa manera.

—A mí nada me importa, respondió Fairfax. Yo he encontrado a mi mujer y exijo que se venga conmigo.

Al mismo tiempo hizo amago de dirigirse hacia Dorotea. Esta se levantó al punto y refugióse detrás de Garrison. Jerold ante la actitud amenazante de Fairfax no cedió un punto en su energía.

—Yo no consiento a nadie en esta oficina dar órdenes ni a mí ni a mis clientes y a menos que use Ud. de violencia, y sería preciso en este caso que fuese Ud. más fuerte que yo; no ha de obligarle Ud. a esta señora a seguirle si ella no quiere. Por último, ruego a Ud. tenga a bien salir de mi oficina.

—¡Y se streve Ud. a echarme! mas allá Fairfax. No piense que me intimida su arrogancia. He venido para llevarme a mi mujer y me la llevaré de grado o por fuerza. Dorotea, sígueme, te lo mando.

—¡Seguirle yo? gritó ésta en un acceso de cólera. Jamás. Ud. me abandonó miserablemente una hora después de nuestra boda. ¡No quiero volverle a ver!

—Pues bien. En ese caso, sabrá quién soy yo. Y en cuanto a Ud., Mr. Garrison, que usurpa mi nombre y...

Llevó precipitadamente la mano a uno de de sus bolsillos, sin duda para sacar un arma.

Afortunadamente Garrison sorprendió el movimiento y se adelantó a él. Tomó el revólver que llevaba siempre consigo desde el suceso de Hyde Park y apuntó a Fairfax.

—Arriba las manos, gritó.

El brazo de Fairfax cayó como paralizado.

Habíase puesto entretanto pálido el rostro como la cera y sus ojos despedían rayos. Inclinóse echando una mirada de loco a la mesa de Jerold y de repente, escapáronse de su boca palabras incoherentes:

Su cerebro está esparcido por todas partes. Lo estoy viendo... lo estoy viendo... por todas partes... por todas...

Con un movimiento nervioso llevóse las manos a los ojos, como queriendo borrar una visión horrible. Agitó sus miembros un temblor convulsivo y a poco prorrumpió en gritos inarticulados. Por último, volviéndose bruscamente, se dirigió a largos pasos hacia la puerta, la abrió de par en par y huyó corriendo por el pasadizo.

La confesión de Dorotea

Dorotea había contemplado toda esta escena con indecible expresión de dolor y desesperación.

—De modo que,—le preguntó Garrison cuando Fairfax se marchó—ese hombre es su marido!

—Sí, contestó ella con voz temblorosa, ese es el hombre con quien me casé. Ya ve Ud. lo que es. Un miserable y un loco.

—¿Por qué no me dijo Ud. eso antes?

—Temía que no consintiese Ud. en ser... en ser... lo que Ud. ha sido.

—Desde luego. No habría consentido. ¿En qué balén me ha metido Ud.?

—No me reproche Ud., se lo suplico, ni aún cuando decida abandonarme... Me retiro, añadió, tratando de dominar su debilidad y levantarse de su silla. Lamento infinito, créame Ud. haber sido causa de...

—¡Dorotea! Síntese Ud., interrumpió Garrison emocionado ante aquel sincero dolor. Me he dejado guiar de un impulso de malhumor, de lo que me pasa.

No, yo no la abandonaré a Ud. en la terrible situación por que atraviesa... La amo a Ud., Dorotea.

—Oh, no, no, replicó ésta alejándose de Jerold. Esto no es posible.

—Perdóneme, repuso él, no pensaba hacer a Ud. tal confesión. No es mi intención abusar de las circunstancias para hablarle así. Olvide lo que acabo de decir y permítame servirla sin esperar otra recompensa que la de mis honorarios.

Durante dos o tres minutos quedaron uno frente al otro, en silencio, absortos en sus

pensamientos. Después, tímidamente, dijo Dorotea:

—Ruda tarea he encomendado a Ud., ya lo sé, y no he sido con Ud. muy franca. Pero no estaba en mis fuerzas confesar a Ud. mi verdadera situación.

—Dejemos esto, dijo Garrison. Lo único que pido a Ud. es que me proporcione los datos que necesito sobre ese Fairfax. ¿Dónde se casó Ud.?

—En Bourmemoth. Le conocía hacía tiempo; era de muy buena familia, un joven ilustrado, de gusto delicado; su conversación era atrayente, su exterior encantador. En una palabra, me gustaba y creía que le amaba. Así que cuando pidió mi mano, yo acudí al punto. Añadiré que nada me había hecho suponer que Mr. Fairfax sufría de perturbación mental. Nos desposamos hace seis semanas; quince más tarde celebraba nuestro matrimonio el oficial del estado civil de Bourmemoth. El mismo día de la ceremonia debíamos emprender el viaje de novios; y en el preciso momento de nuestra partida vine en conocimiento de la locura de mi marido. Estábamos en el andén de la estación; el tren llegó. Mr. Fairfax me ayudó a subir en uno de los vagones. De repente en ese mismo momento se apoderó de él una crisis de locura. A lo que yo no puedo acordarme, porque yo estaba tan sobrecogida por lo súbito del caso que apenas si recuerdo el pasado como una pesadilla, su fisonomía cambió bruscamente, sus ojos despedían un fulgor siniestro; me cogió del brazo pronunciando palabras incoherentes y me tiró bruscamente fuera del coche. El tren echaba a andar; de un salto subió al vagón y me dejó sola en el andén de Bourmemoth. No había vuelto a verle hasta ahora en esta oficina. Supe últimamente que hace algunos años estuvo recluido en una casa de salud en Lancashire.

Aquel mismo día por la mañana había yo escrito a mi tío Hardy participándole mi enlace. Debería al punto haber escrito, bien lo sé, una segunda carta a mi tío notificándole mi lamentable desgracia, pero no tuve valor para ello. Al cabo de tres semanas (cuando se creía que yo regresaba de mi viaje de novia), fui a ver a mi tío a Hertford. Entonces fué, como Ud. sabe, cuando le llevé la caja de puros. A los tres días mi tío había muerto!

Pocos días después mi notario Mr. Trombridge me remitió una copia del testamento de Mr. Hardy. Una de sus cláusulas especificaba que para yo entrara en posesión de la herencia era preciso no solamente que estuviese casada, sino que mi marido estuviera en completa salud, pues en caso contrario no recibiría más que 25,000 francos. Pero

mi marido estaba loco! Mi desesperación no tuvo límites. Yo por mí me hubiera resignado a perder aquella fortuna, pero Alice Durgin estaba sin recursos y yo me había propuesto salvarla.

Era indispensable a todo trance que alguien se hiciese pasar por mi marido. Por eso fuí a consultar a Ud... Lo demás ya Ud. lo conoce.

—¿El notario de Ud., Mr. Trombridge, tenía la custodia del testamento de Mr. Hardy? preguntó Garrison al terminar Dorotea su triste relato.

—Creo que no; me parece que él tenía conocimiento de eso por su colega Mr. Spikeman, De Manchester, el notario de mi tío.

—Voy a tener que verme cuanto antes con Mr. Spikeman; porque, nada le he dicho a Ud. hasta ahora, pero me preocupa mucho la cuestión del testamento.

Y Garrison informó a Dorotea de cuanto había sabido de Paul Durgin con respecto a los testamentos sucesivos de Mr. Hardy. Manifestó también el resultado de sus pesquisas sobre Hugh Cleave; pesaban sobre el miserable las más terribles presunciones mientras que ningún nuevo detalle acusaba a Foster Durgin. Aquella noticia de que nada confirmaba la culpabilidad de su hermano fué para Dorotea un rayo de sol que vino a iluminar su ensombrecido espíritu. Pronto, sin embargo, nublóse aquella alegría íntima en las preocupaciones que trajo consigo el asunto del testamento.

—¡Otro testamento! exclamó. Posible entonces que mi tío me haya desheredado en parte o totalmente.

¿Qué será de Alice? Porque desposeída de la fortuna de Mr. Hardy nada podré hacer en su favor.

—No se alarme Ud. ¿Quién sabe si por el contrario las cláusulas de ese testamento la sacan a Ud. del apuro en que se ve actualmente! Por lo pronto, sólo una cosa le incumbe; huir de la persecución de Fairfax. Pero, ¿y cómo dijo con Ud.? ¿Sabía él su domicilio en el West End?

—No, respondió Dorotea. Esta mañana yo mismo lei en un diario su nombre en la lista de los abonados que acaban de llegar a Londres. Al instante telegrafíé a Ud. Tenía que venir esta tarde por precisión a la Cité; por eso cité a Ud. aquí. Quiso la casualidad que me encontrase en la calle cerca de aquí con Fairfax, quien vendría sin duda a pedir a Ud. explicaciones con motivo de la información publicada en *The News*. Al verme echó a correr tras de mí y no pude escaparme de su vista.

—Fortuna que él no sabe dónde vive Ud. Voy a mandar al portero por un coche y yo

mismo voy a dejarla abajo, no sin antes asegurarme de que Fairfax no anda por estos contornos. Una vez en casa no salga Ud. bajo ningún pretexto.

—¡Qué bueno es Ud. y cuánto le debo!... Hace un momento, repuso tras breve pausa, me confesó Ud. que me amaba. Al punto la confesión me hirió, es decir, no me hirió, me extrañó, me asombró... Me mostré, por tanto, un poco severa con Ud.; yo quisiera decirle...

Ruborizada, no atinaba Dorotea a explicarse y Jerold la sacó de su aprieto tomándole la mano y depositando en ella un beso.

—Estoy ya convencido de que siempre será el día más feliz de mi vida aquel en que Ud. fué por primera vez a mi oficina.

El incógnito que anduvo en la caja de puros

Bajaron juntos la escalera, echó Garrison una mirada investigadora por toda la calle y sin peligro alguno pudo subir Dorotea al coche, que partió a todo escape.

En el momento de entrar Jerold al vestíbulo vió a Tuttle que llegaba.

—Suba Ud., dijo; parece que trae algo nuevo que contarme.

—Sí, señor; hay novedades, contestó Tuttle. He descubierto el punto donde se encuentra el joven Robinson; está en Bournemouth.

—¿En Bournemouth? exclamó Jerold, quien comprendió al punto que el objeto de Teodoro era averiguar algo sobre el matrimonio de Dorotea. Bien. ¿Y qué ha averiguado Ud. de los dos bandidos que me asaltaron en el Parque?

En el rostro de Tuttle dibujóse el estupor.

—Ya veo que tan atareado como está Ud. no ha tenido tiempo de leer los diarios de esta mañana, pues si no, sabría Ud. lo sucedido. Los dos sujetos eran anarquistas peligrosos, cosa que yo ignoraba, añadió Tuttle confundido, cuando le habló de ellos, a Mr. Teodoro Robinson. En estos últimos días trataron de arrancar por medio de amenazas una gruesa suma a un rico industrial, pero éste se negó a entregarles ningún dinero. Para vengarse resolvieron entonces volar una de sus fábricas. Pero ellos mismos fueron las primeras víctimas de su crimen: la bomba estalló antes de tiempo y se han encontrado sus cuerpos horriblemente mutilados.

Un mozo del telégrafo interrumpió con su llegada la relación de Tuttle.

—Un telegrama para Mr. Garrison, dijo. Jerold rompió el sobre y leyó el mensaje de una bojeada. Venía de Hertford y le

mandaba el juez:—“Venga cuanto antes. Importante. James Pike”.

—Malo está, repuso Garrison dejando sobre la mesa el telegrama y reanudando su conversación con Tuttle; la muerte de esos dos bandidos me priva de un arma poderosa contra Teodoro Robinson. En fin, qué hacerle. De todos modos no ha de faltarnos una prueba. Por de pronto encárguese Ud. de averiguar si el joven Robinson no ha tratado últimamente de vender dos collares, uno de perlas y otro de diamantes. Averigüe Ud. también quién vive en la casa contigua a la de Mrs. Fairfax en la calle Albert. Por último, de cuando en cuando vigile los alrededores de mi oficina y vea si ronda por aquí un caballero, cuyas señas le doy en esa nota, y que se llama Jerold Fairfax. Tome, añadió, sacando de su cartera un billete de banco, aquí tiene Ud. ciento veinticinco francos a cuenta de lo que pienso asignarle de sueldo por su servicio.

Tuttle guardó gozoso el dinero y se despidió.

Una vez solo, púsose Garrison a reflexionar sobre el telegrama del juez Pike. El llamado era urgente; decidió, pues, ir a Hertford aquella misma noche.

Comió temprano y se dirigió a la estación de Kings Cross, llegando a la pequeña ciudad poco antes de las nueve.

—He descubierto una pista interesante para el asunto Hardy, le dijo el doctor Pike apenas entró Garrison en su despacho; ha aparecido un nuevo testigo, un joven de la localidad. Es un entusiasta de la pesca y casi todas las noches sale en busca de gusanos que emplea como cebo. Pues bien, la noche antes de morir Hardy vió en Benges a un individuo penetrar en el cuarto. Le he pedido que venga esta noche sin falta a las nueve. Si no hubiera Ud. venido, yo mismo me habra encargado de dilucidar lo que aquí ocurra.

A las nueve llegó el hombre.

—Vamos, Will, habla, que aquí ha venido para oírte este caballero de Londres. Presento a Ud. Mr. Garrison a un amigo de la caña y el anzuelo, el joven Will Bornes. Will, expone todo cuanto sepas a Mr. Garrison.

La declaración del joven Will fué muy clara.

Un hombre de baja estatura se había introducido clandestinamente en la habitación del viejo contratista. Se había metido por la ventana abierta, trepándose por el gallinero de debajo de la ventana. No estuvo dentro más que algunos instantes, pero Will Bornes, que sumamente intrigado por aquellas maniobras, se había agazapado junto a una tapia para así poder observar mejor



Sus dedos habían tropezado con un largo envoltorio de papel, que cogió rápidamente.

sin ser visto, vió al hombre abrir y revolver una caja de cigarros y alejarse después saltando otra vez por la ventana.

—Si viese al hombre aquel le reconocería, indudablemente.

—Posiblemente llame a Ud. a Londres para hacer esa confrontación. Otra cosa, prosiguió Garrison como pasando a un asunto completamente distinto, ¿Ud. Conoce a Mr. Charles Scott, el inventor?

—¿Quién no le conoce en Hertford y en Benges?

Esa misma noche lo encontré al entrar en su casa en Hertford. Sé que estuvo por la tarde a ver a Mr. Hardy.

El de los cigarros no puede ser Scott, se decía interiormente Garrison poco después cuando dejó la casa del magistrado. El testimonio de Will es incuestionable sobre este punto. Pero y ¿quién es ese que viene a registrar la caja de puros, regalo de Doro-

tea? ¿El misterioso Hugh Cleave o Foster Durgin?

El asunto del testamento preocupaba a Jerold no menos que el del asesinato. Decidió por tanto marchar directamente de Hertford a Manchester para verse con Mr. Spikeman, el notario.

Llegó allá a muy avanzadas horas de la noche y se fué a descansar al hotel. Por la mañana temprano se enteró del domicilio del notario. Desgraciadamente Mr. Spikeman estaba enfermo en cama y le recibió un escribiente. Este se negó rotundamente a contestar las preguntas de Garrison. Era un guardador celoso del secreto profesional.

Sólo pudo Jerold por fin averiguar que como una semana antes de su muerte, Mr. Hardy había hecho nuevo testamento ante Mr. Spikeman en presencia de los escribientes, uno de ellos, el informante, que actuaron como testigos. Respecto al contenido del

testamento nada pudo sacar el criminalista de aquel fiel empleado.

—¿Quedó el testamento en poder de Mr. Spikeman? preguntó Garrison.

—No, señor, respondió el escribiente; se lo llevó Mr. Hardy.

Decididamente el famoso testamento era imposible de encontrar.

Aquella misma mañana tomó Garrison el tren para Londres. Antes de ir a su casa decidió interrogar al comerciante que expendió los cigarros, Isaac Baun en la calle de Oxford.

Para no llamar la atención del cigarrero compró él mismo una caja de cigarros de la misma marca que comprara Dorotea. Eran de subido precio.

—¿No venderá Ud. de esto muy a menudo? preguntó Garrison.

—Depende, contestó el cigarrero; hay veces que he vendido dos cajas en un día; así fué no hace mucho.

—¡Ah, dijo Garrison, una señora, ¿no es así? Vino a comprar una caja. Se la encargué yo. Era mi señora.

—Sí que me acuerdo de eso, señor, tanto más que otro cliente entró en seguida detrás y me pidió otra caja igual. Era un individuo extraño, pequeño de estatura, con el sombrero hasta los ojos, que se tapaba la cara con el pañuelo como si anduviera con dolor de muelas, de modo que apenas si se le pudo ver la cara.

—¿Qué curioso! exclamó indiferente Garrison, y se alejó con su caja de cigarros.

El testimonio del comerciante concordaba con el de Will Bornes; el hombre de los cigarros era pequeño de estatura, como aquel Hugh Cleave.

Satisfecho del éxito de sus pesquisas fuése Garrison a almorzar, dirigiéndose después a su oficina. Encontróse allí dos cartas. Una de Teodoro Robinson que decía:

“Estimado señor: ¿Querría Ud. concederme una entrevista? Tengo algo que comunicarle y estoy seguro de que le interesaría. De Ud. atto. S. S.—Teodoro Robinson”.
Calle del Sur 33, Julham.

La otra carta decía así:

“Apreciado Mr. Garrison: He pasado por su casa, pero no estaba Ud.; volveré esta tarde a las cinco menos diez.

Espera encontrarlo su afmo.—Foster Durgin”.

A toda prisa salió Garrison de su oficina, corrió a la del telégrafo, que había en la misma calle y puso el siguiente parte:

“Doctor Pike, Hertford.—Mándeme a Will Bornes a mi estudio por el primer tren”.
—Garrison”.

Expedido el telegrama, regresó a su oficina y esperó con la mayor impaciencia.

¿Sería exacto a la cita Foster Durgin, cuya presencia en Londres le extrañaba tanto?

¿Y Will Bornes llegaría a su debido tiempo? Había decidido poner a Foster frente al joven para terminar de una vez con sus presunciones en contra del hermano de Dorotea.

No menos de diez o doce veces abrió la puerta del estudio y escuchó en el pasadizo. Nadie venía. ¡Y aquella dichosa fotografía de Hugh Cleave, ofrecida por Israel Snow, de Birehington, que no llegaba tampoco!

Un golpe dado en la puerta le arrancó de súbito de sus meditaciones. Adelante, gritó al que llamaba y se presentó Mr. Wicks.

Un golpe teatral

Mr. Wicks, cuya estereotipada sonrisa aparecía aún más sardónica, fijó en Garrison una mirada penetrante y poseído de extraordinaria nerviosidad, tomó una silla.

—Olvidó Ud. mis instrucciones, ¿no? dijo con tono arisco. Y arreglándose el mechón de pelo. ¿Cómo va el asunto Hardy?

—Reconozco que no ha andado muy ligero, respondió Garrison tranquilamente, mientras examinaba con detención a su visitante de pies a cabeza. Es un asunto muy complicado, como Ud. sabe.

—¿Qué historia es esa que publican los diarios? Su nombre aparece mezclado con el de una sobrina de Hardy, que se ha casado para no perder la herencia. ¿Qué diablos tiene Ud. que ver en ese asunto?

Esa historia, como Ud. la llama, contestó Garrison con calma, a pesar de la impresión que le producía cada vez mayor el atento examen de la persona de Wicks, esa historia es cuestión mía particular. Nada tiene que ver con el asunto que se me ha encomendado por cuenta de su compañía.

—¿Y en qué estado están sus pesquisas? gritó Wicks. Ud. dice que fué asesinado, ¿no es así?

Garrison estudió a su hombre fijamente unos momentos, antes de responder. ¡Qué viva personificación de Hugh Cleave, tal como se lo había pintado Durgin, tenía delante de sí! ¿Y qué sabía Wicks de las circunstancias de la muerte de Hardy para atreverse a hablar de asesinato?

—¿He dicho yo que aquí había crimen? preguntó friamente el criminalista.

Wicks le lanzó una mirada como un rayo. —Las revelaciones que Ud. me hizo en su visita a las oficinas de “La Inmutable” me lo han dado a entender, respondió éste evasivamente, después de algunos segundos de

vacilación. Sea como sea yo necesito su informe, y lo exijo perentoriamente.

Había sido el mismo día de la visita de Jerold a "La Inmutable", visita que acababa de recordar Wicks, cuando había desaparecido el cigarro del bolsillo del hábil criminalista. Ocurrióle de pronto a éste la idea que bien pudiera Wicks haberle quitado aquella presa de convicción, durante el trayecto, aprovechando los vaivenes del tren subterráneo y las apreturas de los viajantes.

Juzgó el momento decisivo y determinó jugar el todo por el todo.

—Voy a complacer a Ud., Mr. Wicks, le dijo; pero si a Ud. le parece mi informe no será escrito sino verbal y en este mismo momento.

Con orden y precisión, sin perder un segundo de vista a su interlocutor, expresó Jerold hasta en sus más mínimos detalles el asunto Hardy tal como hasta entonces se presentaba. No ocultó nada, ni la historia de los cigarros obsequiados por Dorotea, ni las terribles presunciones contra Foster Durgin.

—No cabe duda, gritó Wicks con imperiosidad, ese Durgin es el culpable. ¿Dónde está ahora?

—Dentro de breves momentos estará aquí en mi despacho.

—Hágalo prender en cuanto llegue, ordenó Wicks. No se le vaya a escapar.

—Oiga, Mr. Wicks; aún no he terminado. Parece que existe un hombre que desde mucho tiempo atrás trataba de vengarse de Mr. Hardy. Este último le temía y pasaba su vida huyendo de él. ¿No piensa Ud. que este individuo tendría tantas probabilidades de culpabilidad como Durgin?

—En efecto, aseveró Wicks mientras traspasaba a Garrison en una de sus miradas. ¿Pero tiene Ud. contra él alguna prueba? No, ¿verdad? Por el contrario las presunciones que existen contra Durgin son aplastantes. ¿Cómo se llama ese hombre que quería vengarse de Hardy?

—Hugh Cleave, pronunció distintamente Garrison.

—¿Dónde está ese Hugh Cleave?—preguntó Wicks con su habitual tono agresivo.

—No se sabe lo que ha sido de él, pero yo lo descubriré, tenga Ud. la seguridad.

Wicks se levantó y tomando su sombrero de encima de la mesa, dijo:

—Algo desmolido ha estado Ud. en el asunto, pero en fin, no lo ha hecho del todo mal. ¿Necesita Ud. ayuda para detener a Durgin? Si Ud. quiere yo...

Interrumpió la conversación un golpe dado en la puerta. El portero entró y entregó a Garrison un sobre con el timbre de Bir-
ghington.

Este comprendió al punto que se trataba del retrato de Cleave, prometido por Mr. Snow.

—¿Tendría Ud. la bondad de esperar un minuto, Mr. Wicks? le dijo poniéndose delante de la puerta, resuelto a no dejar escapar a su hombre. Aquí tengo una carta de un amigo que me ayuda en el esclarecimiento de nuestro asunto. Con su permiso.

Wicks se sentó de nuevo.

Rasgando estaba Garrison el sobre cuando le hizo volverse un nuevo golpe dado en la puerta. Abrió. En el vestíbulo apareció la figura de un joven amable y sonriente.

—¿Mr. Garrison? preguntó. Yo...

—Cómo está Ud., le interrumpió en voz alta Garrison que inmediatamente reconoció en el que llegaba a Foster Durgin, por el gran parecido con su hermana.

—Disculpe, señor Wicks, dijo el agente de "La Inmutable", vuelvo al momento.

Y reunió con Foster en el vestíbulo, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta tras de sí.

—Yo soy Durgin, dijo el recién llegado. He venido yo...

—Ya lo sé, respondió Garrison en voz baja. Esperaba a Ud. Necesito de Ud. un gran servicio. Baje al momento, corra al primer puesto de policía y diga que me manden inmediatamente dos agentes.

—¿Por qué? Yo no...

—Es preciso prender al hombre que asesinó a su tío de Ud. No hay tiempo de explicaciones. Vaya y vuelva cuanto antes.

—Voy corriendo...

Mientras volvía a su oficina, acabó de rasgar Garrison el sobre con la fotografía y lo examinó antes de abrir la puerta. Era Wicks no tan calvo, más joven, pero Wicks sin género de duda. Al respaldo estaba escrito "Hugh Cleave".

Wicks se volvió hacia Garrison en el momento en que éste entraba de nuevo a su oficina.

—No puedo pasarme aquí todo el día mientras Ud. soluciona sus asuntos en el pasillo, le dijo. ¿Quién era ese?

Garrison conservaba toda su calma.

—Era Foster Durgin.

—¿Y le ha dejado Ud. escapar? gritó Wicks enfurecido. Mr. Garrison...

Garrison le interrumpió bruscamente.

—He seguido el consejo de Ud. y le he mandado a buscar la policía. Bonita idea, ¿no es cierto? ¡Mandarle en busca de los agentes para detener al asesino de su tío!

Wicks miraba medio embozado a Garrison que se mantenía de pie junto a la puerta.

—¿Qué es lo que Ud. pretende? preguntó.

—Esperar a los agentes, nada más. ¡Ah!

Mr. Wicks Ud. me reprochaba mi negligencia. Pues sepa que acabo de dar un gran paso adelante en mi empresa. Hace un momento el portero me trajo el retrato de ese Hugh Cleave. ¡Ah, me olvidaba participar a Ud. algunos de mis descubrimientos! Sobre todo este: La noche antes del crimen entró un hombre en el cuarto de la víctima, tomó dos cigarros de una caja regalada a Hardy por su sobrina Dorotea Booth y puso en su lugar otros dos cigarros, previamente envenenados. Pues bien, dentro de breves minutos llegará aquí a mi oficina el testigo que vió al asesino dejar los puros envenenados, para reconocer al miserable. ¡No le parece a Ud. que he aprovechado bien el tiempo, Mr. Wicks?

Mientras hablaba Jerold, se pintaba en el rostro de Wicks la más intensa emoción.

—¿Qué significa esto, Mr. Garrison? exclamó con afectada severidad? ¿Todo será una comedia, supongo?

—Nada de eso. Se trata de cosas muy serias. ¿Quiéreme Ud. ver el retrato?

Y sacando el revólver del bolsillo, le alargó la fotografía.

—De modo que, exclamó lívido Wicks, Ud. cree que...

Apártese Ud. Déjeme salir!

Se le hacía la puerta, pero Garrison le detuvo.

—No será antes de que lleguen sus amigos los de la policía! De Ud. fué la idea de llamarlos; a fe mía que fué una bonita idea.

—Está Ud. loco, dijo Wicks adoptando de pronto otro sistema. Voy a hacer que lo despidan... Ha cesado Ud. en sus servicios a "La Inmutable". Queda Ud. eliminado del asunto. Ud...

Abrióse la puerta de repente y entraron dos hombres. Eran el doctor Pike y el joven Will Bornes.

—Este es. Le reconozco, exclamó sin vacilación el joven señalando a Wicks.

Fué aquel un golpe teatral. Comprendiendo que en adelante todo fingimiento sería inútil, Wicks vomitó su rabia en frases violentas, de las que cada una era una confesión:

—Y bien, sí yo fui. Sí, yo maté a Hardy. Mucho tiempo atrás tenía el propósito de envenenarlo. Vi a su sobrina comprando cigarros y tuve la intuición de que serían para su tío, y al punto se me ocurrió mi plan. Había jurado matarlo y lo maté. Venía sólo para vengarme, pero por todos los demonios yo le juro a Ud. que no he de caer vivo en sus manos.

Dió un salto a la ventana, corrió la falda y abrióla de par en par. Garrison se abalanzó a detenerlo, pero Wicks empuñando una silla asestó un golpe terrible en la

cabeza, y el criminalista cayó como una masa. Al momento el miserable saltó y se lanzó al vacío.

En aquel momento se abrió la puerta del estudio y apareció Dorotea. Al ver en tierra el cuerpo inerte de Garrison lanzó un grito de dolor.

—Jerold, Jerold, repetía arrodillada junto a él y esforzándose por reanimarle ayudada del doctor Pike y de Will Bornes.

Por fortuna, Garrison no estaba más que aturcido. Pronto volvió en sus sentidos y al ver a Dorotea solícita inclinada sobre él, acabó de reanimarlo.

Al momento preguntó qué era de Wicks.

—El miserable se ha hecho justicia, respondió el doctor Pike.

—¡Ah, repuso Jerold, ¿cómo es posible que no haya desenmascarado antes a ese canalla? Pero, agregó, ¿cómo es que está Ud. aquí, Dorotea? ¿Por qué se ha arriesgado a salir de casa?

—Es que tuve un presentimiento, respondió ella medio turbada. Temí que ocurriese algo grave y que se viese Ud. en un gran peligro... Estaba intranquila y...

Dorotea temerosa de confesar ante dos extraños su interés por Garrison, se interrumpió bruscamente.

En la puerta acababan de aparecer Foster Durgin y los dos agentes.

Un testamento en una chimenea

La caída de Wicks, cuyo cuerpo se estrelló contra las baldosas del patio, puso en conmoción a toda la casa. Durante unos minutos reinó una febril agitación en todos los pisos de alto a bajo.

Llegó luego un oficial de policía que dejó constancia del suicidio del agente de "La Inmutable" y tomó a Garrison las declaraciones del caso.

Para librar a Dorotea de las molestias consiguientes a las tramitaciones judiciales, suplicó Garrison a Foster que condujese a su hermana a casa. Por fin, al cabo de una hora, fué él a reunirse con la joven.

—¡Qué alegría verle después de esa escena terrible! exclamó Dorotea. Nunca he sentido tanta felicidad. ¡Qué golpe le asestó ese miserable! Y pensar que yo tengo la culpa de todo por haberle metido en esos belenes.

—El golpe ha sido poca cosa, contestó Garrison, volviendo la cabeza para que no viese Dorotea la enorme contusión que tenía en la sien izquierda. Una cosa es lo importante: que estamos libres de ese siniestro asesino de Wicks.

—Cuando pienso que Ud. y yo creímos un instante culpable, al pobre Foster! Pero es inocente por dicha mía. En fin, todo ha ter-

minado y no tiene usted que correr ya más riesgos por mí.

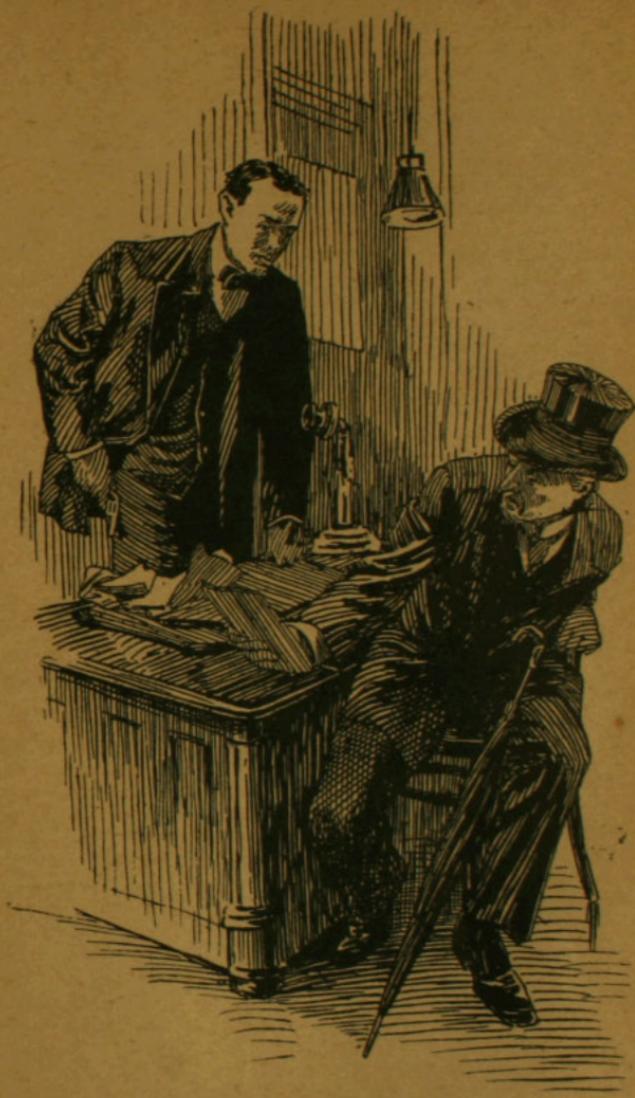
—¿Terminado? Ni mucho menos. Falta encontrar el último testamento de su tío. Esta tarde mientras esperaba a Foster y a Will Bornes me ha ocurrido una idea. ¿Será posible? Allí veremos. De todos modos esta noche me marcho a Hertford, pues tengo impaciencia por ver lo que sucede

Una vez más tomó Garrison el tren para Hertford. Al día siguiente, temprano, después de una excelente noche de sueño reparador que tanto necesitaba, se encaminó a Benges.

Llevaba intención de hacer un registro minucioso en la habitación que había ocupado Mr. Hardy. Sabía positivamente por el escribiente de Mr. Spikeman que Hardy se había llevado consigo el testamento. Por otra parte, nada le había hecho suponer en su pesquisa que hubiera habido robo en la pieza. Tampoco se había encontrado el documento en los bolsillos del interfecto; luego, necesariamente, debía estar en la misma habitación del difunto. Pero, ¿dónde? En algún escondite tal vez, ya que no había hallado en el registro que hizo el magistrado. Mr. Hardy se veía amenazado por Hugh Cleave y sabía por otra parte la codicia con que esperaban su muerte los Robinson. Nada de extraño tenía que procurase asegurar el documento de tantos peligros y lo ocultase para revelar en su tiempo a Dorotea el sitio dónde estaba. Pero en esto sobrevino la muerte brutal.

La señora Wilson siempre parlanchina, recibió a Garrison con no menos amabilidad que en su primera visita.

Condújole a la habitación de su antiguo arrendatario y le dejó solo, pues obligacio-



—De modo que, exclamó livido Wicks, usted cree que...

nes impostergables la reclamaban en la cocina.

Para evitar habladurías habíase guardado muy bien Jerold de decir nada sobre el objeto que le llevaba. Dijo solamente que tenía necesidad de echar un nuevo vistazo a la habitación.

Nada había cambiado en ésta desde la muerte de John Hardy. Garrison revisó todos los muebles, los cajones de la cómoda,

las paredes del ropero con espejo, su construcción. Nada. Registró luego el sommier de la cama, el friso de madera de las paredes. A cada momento veía en su ansia resaltar en cualquier rincón obscuro la blancura de un sobre o de una hoja de papel. Pero nada. Todo inútil. Aquello era para desesperar. Se desanimaba, se enfurecía, repasaba febrilmente en su memoria los diversos episodios de su investigación, a ver si descubría algún indicio que le ayudase en sus pesquisas; de pronto acudió a su memoria el recuerdo de las manchas negras y grasosas notadas en las manos del difunto. Manchas difíciles de quitar, producidas por una materia grasa, algo como penetrante y consistente, habíale dicho el doctor Pike. Aquellas manchas habían sido siempre inexplicables para Garrison. ¿De qué podrían ser? ¿De tinta de imprenta, de pintura al óleo?

Un relámpago cruzó de pronto por su mente. ¡Hollín! No había duda en ello. "Substancia grasa y negra" estas cualidades convenían al hollín. ¿Por qué Mr. Hardy no podía haberse manchado las manos de hollín al tratar de esconder el testamento en la chimenea, el día de su muerte, pocos momentos antes de salir y de llevar a su boca el cigarro fatal?

Obedeciendo a esta sugestión de su imaginación, Jerold fué derecho a la chimenea. Se veía que desde mucho atrás no se había prendido fuego.

Cerraba el hogar un tablero tosecamente pintado, que encajaba en el marco del fogón. De un empujón apartó Garrison el tablero; apareció el hogar todo cubierto de polvo y telas de araña. Apresuradamente metió el brazo dentro de la chimenea para registrarla. Su mano se deslizaba sobre un reborde de ladrillos tapizados de un hollín húmedo. Un roce significativo dejóse oír de pronto. ¡Victoria! Sus dedos habían tropezado con un largo envoltorio de papel, que cogió rápidamente. "Ultimo testamento de John Hardy": estas palabras escritas con tinta sobre el papel enormemente manchado, brillaron a sus ojos con resplandores mágicos. ¡Había adivinado la verdad!

Oyóse cerca de la puerta un ruido de pasos y entró en la habitación Mrs. Wilson, que había terminado sus tareas ordinarias del momento.

Apenas si tuvo tiempo Jerold de ocultar el sobre en su bolsillo y poner en su sitio el tablero de la chimenea. Conversó un momento con la buena mujer y se despidió en seguida de ella agradeciéndole su amabilidad.

Solo ya, camino de Hertford, lejos de miradas indiscretas examinó el sobre con

más detenimiento. Debajo de la inscripción "Ultimo testamento de John Hardy" leíase una segunda línea escrita a mano con caracteres más finos. "Para ser abierto después de mi muerte por mi sobrina Dorotea Fairfax, con exclusión de toda otra persona". ¿Qué secreto encerraba aquel pedazo de papel sellado con cinco sellos de lacre azul enormes e imponentes?

Garrison ardía en deseos de saberlo. Por eso, corriendo casi llegó a la estación de Hertford y cuando, consumido por la impaciencia, tras un cuarto de hora de espera en la estación, montó al tren de Londres y tomó su asiento, fué todo el trayecto maldiciendo de la lentitud de la locomotora. Por fin, minutos antes de las once de la mañana apeóse en la estación de Kung's Cross, saltó a un coche y se hizo conducir a toda rienda a casa de Dorotea.

Una desagradable sorpresa le esperaba. La joven había salido y no había dicho a qué hora volvería. Impaciente y un tanto molesto dió orden al cochero de llevarlo a su estudio. En el camino acordóse que con los trágicos acontecimientos de la víspera había olvidado contestar a la carta de Teodoro Robinson.

¿Qué tendría aquel bribón que comunicarle?

El mejor medio de saberlo era concederle la entrevista. Bajóse por tanto Jerold en el telégrafo junto a su oficina y citó a Teodoro por un telegrama en su estudio aquella misma tarde de una y media a cuatro.

Después, sin más demora que la que le originó entrar en un bar, y tomar un sandwich y un vaso de cerveza, regresó a toda prisa a su bufete.

Teodoro cree triunfar

Ponía el pie en el vestíbulo, cuando se encontró con Dorotea, que llegaba en el mismo momento.

—¿Qué pasa? gritó corriendo hacia ella. ¿Por qué viene Ud. aquí a riesgo de que Fairfax la vea y la persiga?

—¡Ah! exclamó ella, sumamente emocionada; yo no sé cómo ha podido Teodoro Robinson averiguar mi dirección en West-End; pero ello es que, hace una hora apenas he recibido de él una carta, redactada en términos enigmáticos en la que asegura haber hecho no sé qué descubrimiento. "Algo que me ha de sorprender horriblemente" ¿Qué plan estará fraguando ese miserable?

—No se preocupe Ud. más de Teodoro; ese ya no es de peligro. Siéntese, le dijo al entrar en la oficina, tranquilítese y mientras llega ese granuja prepárese a oír la gran noticia. He hallado por fin el último

testamento de su tío en la chimenea de su cuarto en Benges!

Y puso el sobre en manos de Dorotea, que le tomó toda temblorosa. Por último lo abrió y se impuso de él de una rápida ojeada.

—¡Oh, querido tío John, murmuró en voz baja. Me lo ha dejado todo sin condiciones, salvo una pequeña suma para Foster.

Y vencida por la emoción rompió a llorar.

En aquel momento golpearon la puerta y apareció Teodoro con aire triunfante.

Evidentemente esperaba encontrar a Garrison solo, pero la presencia de Dorotea no pareció contrariarle mucho. Antes bien, en presencia de su prima tomó aún un aire más arrogante y socarrón. Con el sombrero puesto hizo con desenvoltura a la joven un ligero saludo, que fué apenas contestado.

—Mr. Garrison, dijo con un tono que se esforzaba en aparentar ceremonioso, he acudido a su llamado. Tenemos que hablar de cosas importantísimas.

Garrison no hizo caso de aquella impertinencia.

—Síntese Ud., le dijo friamente, y quítese el sombrero. Ha sido Ud. muy amable, añadió, mirándole con ironía, al venir a que le despidan, si así puede decirse.

—Yo no he venido a que me despidan, respondió Teodoro con arrogancia, sino a darles la despedida a ustedes. Vengo de Bourmemouth, donde he averiguado datos curiosísimos sobre su pretendido matrimonio con Dorotea.

Se veía, fuera de duda, que no estaba enterado de la existencia del verdadero Jerold Fairfax.

—¿De veras? ¿Y qué datos tan curiosos son esos?

—No se chancee Ud. No será Ud. el que se apodere de la herencia de mi tío Hardy. Por de pronto Ud. ha tomado el nombre de Fairfax, lo que basta para hacer nulo el matrimonio; además, para unirse a mi prima cogió Ud. mano de un individuo, funcionario depuesto, que no es por lo tanto oficial civil y no tiene autorización para proceder a un acto como ese. Dorotea no estaría sin duda al tanto de esta comedia, pero no por eso es menos cierto que su matrimonio es una farsa y carece de todo valor ante la ley. Aquí tengo (y llevó la mano a uno de sus bolsillos) las pruebas de cuanto digo. Esto no ha de ser muy divertido para Ud., dijo volviéndose hacia Dorotea; ¿creería Ud. que su Jerold era capaz de una burla semejante?

Y se detuvo como para ver el efecto que sus palabras produjeron. Dorotea palideció

y sus labios temblaron de indignación. Pero Garrison quedóse impertérrito.

—¿De modo que dice Ud. que tiene las pruebas de la nulidad de ese matrimonio?

—Es nulo, y Ud. lo sabe además, gritó Teodoro sacando de su bolsillo un paquete de papeles timbrados. ¿Puede Ud. negar que en el momento de casarse con Dorotea estaba ya casado con otra mujer? ¿Eh? ¿Qué dice Ud. de este descubrimiento? Ha quedado Ud. anonadado.

—Teodoro, amigo mío, replicó Jerold, doy a Ud. infinitas gracias. Me ha hecho Ud. un favor inmenso; me ha evitado Ud. el viaje a Bourmemouth, donde tenía decidido ir esta misma noche, para hacer averiguaciones que Ud. tan lucidamente ha hecho. Dorotea, añadió, no tiene Ud. necesidad de divorciarse, puesto que no ha estado nunca casada.

—¿Qué quiere Ud. decir? preguntó asombrado Teodoro.

—La verdad, sencillamente. La señorita Dorotea Booth se creía casada en Bourmemouth con Mr. Jerold Fairfax, quien, según supo después, padece de locura, y la dejó una hora después de la boda. Siendo nulo el matrimonio, está ella libre de ese tal Fairfax. Y ahora, mi querido Teodoro, ¿quiere Ud. cederme por dos mil quinientos francos los documentos que Ud. tiene, y acredita esa nulidad?

La cantidad no es de despreciar para Ud. toda vez que no debe Ud. contar con la fortuna de su tío. Aún sin estar casada, Dorotea hereda lo mismo de Mr. Hardy; así consta en el último testamento del difunto.

—¡Un nuevo testamento! exclamó furioso el joven Robinson. No creo tal enjundio.

Garrison, que conocía bien a su hombre y no se fiaba de él, sacó su revólver del bolsillo. Después tranquilamente mostró a Teodoro el testamento.

—Lea Ud., le dijo, y escúcheme además: complicidad en un robo, tentativa de asesinato, secuestro y detención arbitraria, todo eso pesa sobre su conciencia. Si yo hablo, puedo meterle en la cárcel. No diré nada sin embargo; pero acepte mis dos mil quinientos francos y deme esos papeles, y que ni Dorotea ni yo volveremos a oír hablar más de Ud.

—¡Dos mil quinientos francos! Divertida es la cosa, masculló Teodoro rojo de ira. Mi padre y yo quedamos desheredados, ya lo veo; pero me vengaré, armaré un escándalo y publicaré en los diarios la historia del matrimonio de Dorotea, y será la irrisión de todo Londres.

Acababa de pronunciar tales amenazas el bergante cuando dibujóse en el vidrio de la

mampara la sombra de un hombre. Era Tuttle, que entró al punto con el aire seguro y triunfal del que no ha perdido su tiempo.

—Creo que esto es interesante, dijo en voz baja a Garrison entregándole un paquetito. Entérese cuanto antes.

Garrison sacó de un sobre un recorte de diario.

La noche anterior, decía el recorte, un tal Mr. Jerold Fairfax, que gesticulaba y hablaba solo en Pecadilly había sido reconocido por su mujer (se trataba de la primera abandonada por él hacía tres años). La mujer había reclamado el auxilio de un guardia o policeman, le había hecho detener y encerrarlo en un manicomio.

Sin hablar palabra pasó Garrison el papel a Dorotea.

En el sobre venía además una nota redactada por Tuttle.

Aquel mismo día por la mañana había sabido Tuttle que algunas semanas atrás había Teodoro entregado a un joyero del Strand, para que le hiciese de ellos una imitación en falso, dos collares enteramente iguales a los que Garrison le había descrito.

Jerold acercóse a Teodoro, que esperaba impaciente la apertura de aquellos papeles y lanzaba miradas fulminantes a Tuttle, cuya traición hasta entonces desconocía.

—Y nada digo de ciertas hazañas que yo sé, continuó sin hacer caso de las miradas furibundas del bribón. ¿No le acusa la conciencia de algún robo o alguna estafa? ¿Por qué se ocultaba Ud. tanto de que sus padres o Dorotea supiesen que asistía Ud. a la casa vecina a la de su prima? Había allí una joven que llevaba dos collares magníficos; me parece que Ud. podría contarnos alguna historia interesante acerca de esos collares. Ud. seguramente debe conocerlos muy bien, prosiguió Jerold implacable, toda vez que mandó Ud. a un joyero que hiciese de ellos una reproducción en falso.

Qué diferencia entre el Teodoro Robinson que un cuarto de hora antes entraba fanfarrón y triunfante y el sér miserable que ahora se desplomaba sobre una silla, envejecido diez años, con la estupefacción en el rostro y la estultez en la mirada.

—Entonces Ud... Ud. lo sabe todo, balbuceó.

—Casi todo, dijo Garrison; Ud. me dará algunos detalles que aún ignoro. Sólo daré a Ud. los dos mil quinientos francos prometidos después de una completa confesión.

El incentivo del dinero obligó al miserable a confesarlo todo y vergonzosamente contó la historia de los collares. Siempre alerta para cuanto hacía y determinaba su prima,

supo que esta tenía en prenda de una cantidad prestada, los collares de Alice Durgin. Para él fué cosa muy sencilla sacarlos del cajoncito del escritorio de Dorotea. Entonces los llevó a casa de un joyero, recomendándole que hiciese de ellos una imitación perfecta, pues le había ocurrido una bonita idea para hacer una estafa.

El se hacía pasar por un hijo de familia que se come alegremente su patrimonio. A esta guisa frecuentaba un círculo social en que había de todo y el que era fácil lograr entrar. Entonces trabó conocimiento con un australiano inmensamente rico, Mr. Webster, que pasaba una temporada en Londres con su esposa. Poco conocedor de la sociedad londinense el australiano dejóse seducir por los modales de Teodoro y cuando éste le confesó que una imperiosa necesidad de dinero le obligaba a deshacerse de valiosas alhajas de familia (los dos collares) ofrecióse al punto como comprador. Naturalmente Teodoro le presentó los dos collares legítimos y el trato quedó hecho al momento. Pero en el instante del pago, Teodoro con una habilidad de prestidigitador substituyó las dos alhajas verdaderas por las falsas. Mr. Webster, que no podía creer que un joven tan cumplido y tan elegante fuese un estafador vulgar, no se apercibió de nada. Una vez en posesión de los collares falsos invitó a Teodoro el australiano a un baile de máscaras que daba al día siguiente uno de sus amigos en Londres, Sir Eduard B. Y he ahí cómo aquella tarde, introducido Garrison por equivocación en los salones del baile, pudo ver a la vez a Teodoro en traje de Mefistófeles y a Mr. Webster con los collares falsos al cuello.

Al salir del baile había vuelto Teodoro a poner los collares legítimos en su sitio, de donde momentos después los sacaba Dorotea para confiárselos a Jerold.

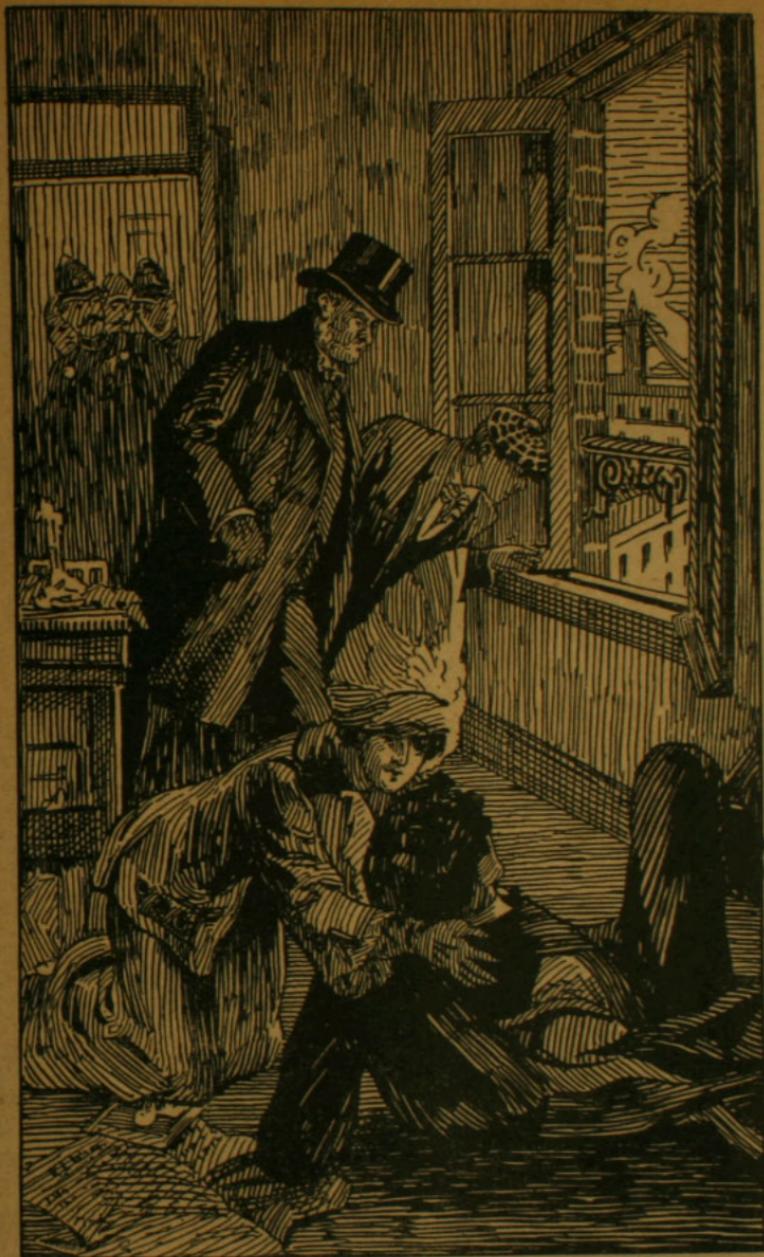
—Esto es lo que yo me había imaginado, dijo Garrison al terminar su historia Teodoro; es Ud. un hábil intrigante y estafador, probable candidato a unos cuantos años de *hard labour*, (trabajos forzados). ¿Acepta Ud. los dos mil quinientos francos? Mañana por la mañana enviaré a Ud. un cheque. Y en este caso, preciso será que de aquí a dos días haya Ud. salido de Londres.

—Acepto, dijo Teodoro.

Levantóse, dirigiéndose a la puerta con la cabeza baja y se marchó sin saludar.

Después de su marcha, Garrison remuneró a Tuttle con largueza por la habilidad que había demostrado y prometió tenerlo, siempre a su servicio. Jerold y Dorotea quedaron solos.

—Señorita Dorotea, dijo Garrison con voz



—Jerold, Jerold, repetía arrodillada junto a él.

un tanto temblorosa, he llegado al término de la misión que Ud. me confió. Me felicito del desenlace de este complicado asunto; pero juro a Ud. que eso en mis funciones es la más profunda tristeza, porque era

para mí la mayor felicidad... era tan feliz viéndola a cada momento... Y cuando pienso que no he de verla más...

Tocábale ahora a Garrison embrollarse en sus propias frases.

—¿Y por qué, contestó Dorotea, no hemos de vernos más? Mi situación ha cambiado, bien lo sabe Ud. Ya no soy la señora Fairfax, sino la señora Booth. Si ahora le encargase a Ud. buscarme un marido, pero marido verdadero, ¿qué me respondería Ud.?

—¡Pues bien! Yo le diría... O mejor, ¿me permite Ud. hacerle una visita esta misma noche? Tengo que hacerle a Ud. una petición... en nombre de uno que la ama a Ud. desde el momento en que la conocí, y que sólo le detiene el temor de parecer demasiado pobre al lado de Ud., que acaba de heredar una fortuna.

EPILOGO

Ha transcurrido un mes. Jerold y Dorotea en viaje de novios se encuentran a bordo de un vapor camino de América.

El asunto Hardy quedó completamente terminado.

A Scott le pagaron su póliza de seguros; los Robinson desaparecieron; Foster Durgin recurrió a los hábitos de disipación se reconcilió con su esposa; alquilóse la casa de la calle Albert y en cuanto a Fairfax quedó confortablemente instalado en una ca-

sa de salud, donde iba a verle con frecuencia su mujer.

Sobre la popa del poderoso transatlántico, Dorotea y Jerold se pesean del brazo, admirando la puesta del sol. Y cuando dos horas más tarde se levanta la luna, allá tras el confin profundo del oriente, aún están solos sobre el puente de cubierta los felices desposados.

Un momento, al atravesar por la sombra proyectada por un mástil, suficientemente amplia para ocultarles a los dos, pasó Dorotea su brazo en torno al cuello de su marido y posó la cabeza en su hombro; él, atrayéndola dulcemente hacia sí y estrechándola contra su corazón, dióle un beso apasionado.

—Hermosa mía, le dijo, ¿qué feliz me haces!

Y ella respondió:

—¡Qué dicha poder dedicarnos, ¡por fin! sólo a nuestro amor. Si tú supieras qué angustia me causó desde el principio tener que reprimir mis sentimientos!

Y las inquietudes del pasado, las crueles zozobras, las angustias matadoras, todo aquel cúmulo de sufrimientos sufridos, se desvanecieron como una pesadilla al despertar en la aurora naciente de sus amores.



PACIFICO

MAGAZINE

Abril
1916

Precio:
UN PESO



ALIMENTO MEYER



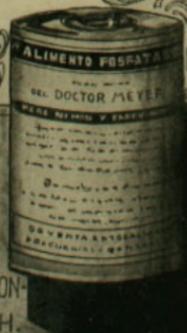
El mejor alimento para guaguas, enfermos y convalecientes. El único recomendado por los mejores médicos especialistas en enfermedades de niños.

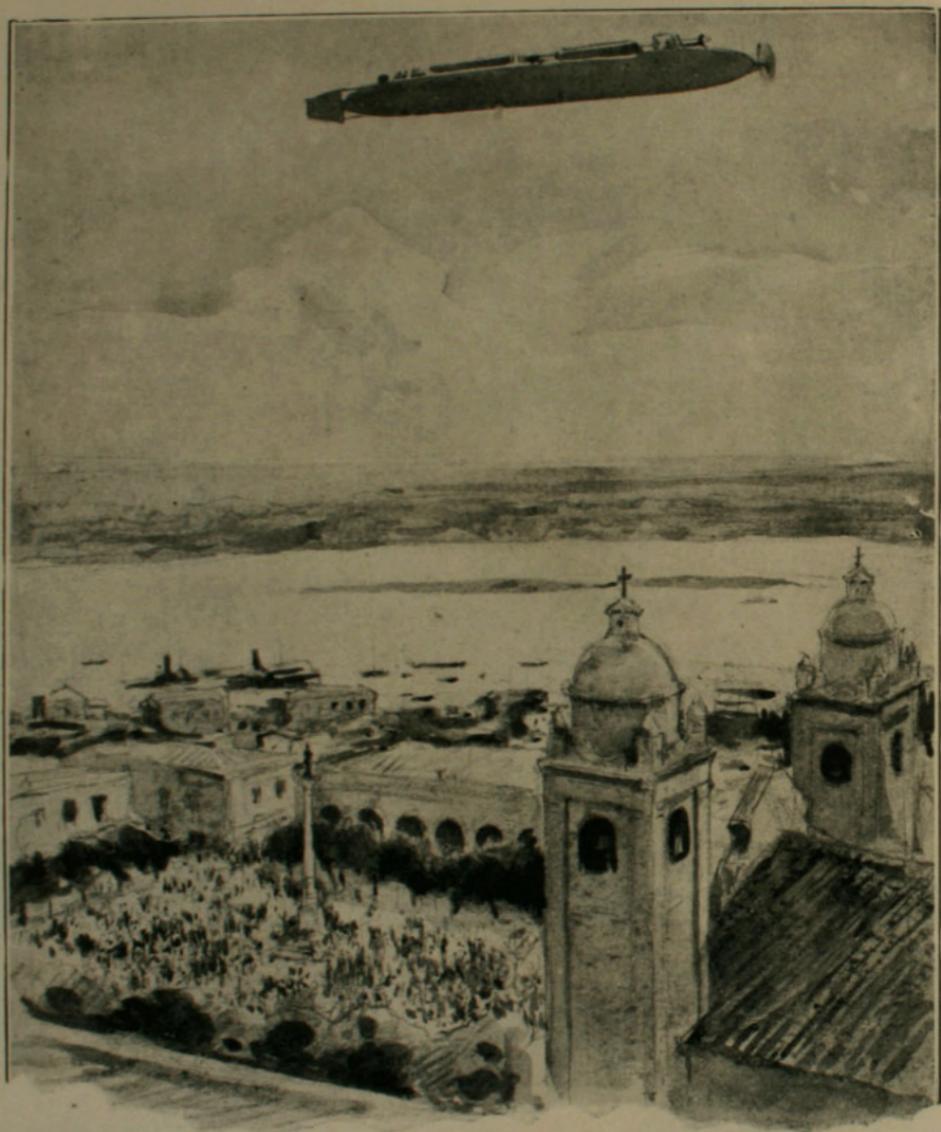
8 250 tarro en Santiago.



DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DEL PAIS
Y CASA GATH Y CHAVES
POR MAYOR: DAUBE Y C^{IA}
ARESTIZABAL Y C^{IA} Y DROGUERIA FRANCESA

AGENTES: EN VALDIVIA: ALEJANDRO SILVA L. EN CON-
CEPCION: J.W. JACKSON Y EN VALP^{ERA}: ALBERTO PHILLIPS H.





—Las atónitas muchedumbres que llenaban las calles y las plazas.



PACIFICO

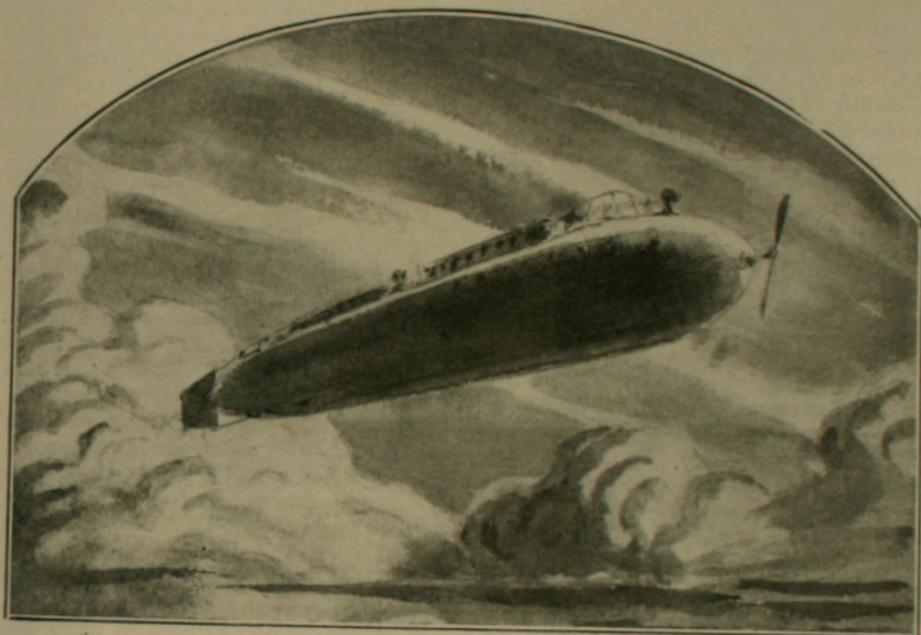
MAGAZINE



+ Que ayer

Vol. VII.—Santiago de Chile, abril de 1913.—Núm. 40.

— Que mañana



El Arbitro de Europa

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Este último verano decidí pasar unos días de vacaciones tan salvajes como me fuera posible. Nada de balnearios de costa o de montaña, ni de alegres fundos de campo. Quería estar solo, lejos del mundo, de sus chismes e incomodidades, y en mi programa figuraba el revolcarme en la yerba, a

riesgo de confundirme con el difunto Nabucodonosor.

Así fui a dar con mis huesos a Pehuenco en el agreste valle del Lonquimay. Son muy pocos en Chile los que conocen esa hermosa comarca donde toma su origen el clásico Bío-Bío. La Cordillera de Los Andes se

divide allí en dos cordones que corren paralelos, vestidos ambos de tupidas selvas coronadas por immaculados campos de nieve. La población es muy escasa, salvo en el valle mismo del río, donde existen reducidas aldeas y una que otra estancia olvidada y casi desierta.

Pehuenco es de este número. Compró aquellas tierras en 1905 mi amigo don Prudencio Ulloa con el ánimo de formar para su explotación una sociedad anónima de las que entonces se instalaba, pero no pudo conseguir su objeto. Algunos individuos malignos y envidiosos dieron en propalar que Pehuenco era guarida de tantos y tan voraces, que sería imposible mantener allí ganado alguno. Fracassado el negocio, don Prudencio quedó, mal de su grado, único dueño de aquel selvático rincón que ha permanecido hasta ahora sin ser explotado. Mantiene en él un solo vaquero y su familia, pero no vacas ni ovejas... Por eso se susurra que lo de los leones dista mucho de ser una fábula.

No tuvo inconveniente el buen señor para facilitarme un rancho como teatro de mis proyectadas vacaciones, y en los primeros días de enero, después de un viaje bastante fatigoso, llegué a Pehuenco con un verdadero arsenal de municiones de guerra y de boca: rifles, carabinas, tarros de conserva, charqui, licores de varias clases y hasta una tienda de campaña. Mi intento era dar caza a alguno de esos históricos leones que tanto papel hicieron hace diez años en la bolsa de Santiago.

No fui afortunado en mis intentos cinegéticos... Al contrario... en lugar de un león, encontré una tarde y cuando menos lo pensaba, y en el fondo más obscuro de la selva, nada menos que a don Faustino Morales.

¿Quién no conoce a don Faustino? Es cierto que en el último tiempo se le tenía un poco olvidado, porque hace tres o cuatro años a que no se le vió por Santiago. La desaparición de don Faustino fué por algunas semanas el tema de todas las charlas. ¿Qué había sido de su interminable cuerpo, siempre envuelto en amplia levita, qué de su sombrero de copa y del heterogéneo rollo de folletos y papeles, qué llevaba constantemente bajo el brazo?

Porque era don Faustino, en pleno siglo XX, una resurrección estemporánea de esos

sabios misteriosos de la Edad Media, mezcla de brujos y de alquimistas, cuyos hondos secretos esparcían en el vulgo el terror a lo desconocido y superhumano. En nuestra edad escéptica, el buen señor había adquirido más fama de extravagante que de genio. Pocos sospechaban la naturaleza exacta de su ciencia. Para los unos, era un médico insignificante, descubridor de maravillosa panacea; para los otros, un químico formidable, para la generalidad, un pobre señor a quien sus muchas lecturas secaran el cerebro, como al Ingenioso hidalgo de la Mancha.

A él los variados juicios de la opinión pública parecían no preocuparle mayormente y continuaba recorriendo impertérrito las calles de la capital, donde no era difícil distinguirlo desde lejos, gracias a su original indumentaria.

Un día no se le vió más, y aquí fué el comienzo de los comentarios, hasta que otra novedad, vino a borrar el recuerdo de don Faustino en la memoria de los santiaguinos.

Y cuatro años después, en un mediodía de enero de 1916, me lo encontraba yo, en el fondo de una selva de Arauco, tranqueando a largos pasos, con su levita, su colero y sus papeles bajo el brazo.

Creí al principio en una aparición de ultratumba... pero positivamente era él en carne y hueso...

Me saludó como si acabara de verme pocas horas antes, y con su tono algo dogmático de pedagogo incorregible, me dirigió esta pregunta extravagante...

—¿Sabe Ud. alemán?...

—Ya lo creo, señor don Faustino. Fuí educado en Heidelberg.

—Pues, entonces, Ud. es la persona que andaba buscando, exclamó jubilosamente el raro personaje.

No pude disimular un gesto de asombro.

—De manera, le dije, que Ud. ha venido a estos andurriales a buscar una persona que sepa alemán. No le felicito por la elección del sitio... En Santiago habría sido más fácil...

Don Faustino sonrió misteriosamente.

—¿Pasando las vacaciones?... dijo, sin explicar su incongruente actitud...

—Sí, señor; aquí cerca... ¿En qué puedo servirlo?...

Vamos andando... En su casa se lo explicaré todo.

Maldigo cien veces mi mala estrella...



—¿Sabe usted alemán?...

Huya Ud. de Santiago, me decía, váyase al rincón más ignorado del mundo, y lo primero con que topa es con un loco.

Pronto sospeché que don Faustino lo estaba, y de remate. Tuve que explicarle la causa de mi singular residencia en ese sitio, mi deseo de un descanso absoluto, de un divorcio completo de la sociedad... por diez o doce días...

—Lo comprendo, me dijo con bevolencia compasiva... Ud. no es un altruista... Amáos los unos a los otros... Es máxima de Jesucristo...

—Convengo en ello, pues también Jesu-

cristo se retiró por no sé cuántos días a la montaña o al desierto y allí se estuvo sin verse con nadie...

—Voy a quitarle su mal humor, prosiguió don Faustino. Cada vez más suave e insinuante... ¿A que no adivina por qué estoy aquí?...

Iba a contestarle que no me importaba saberlo, pero me contuve.

—Diga Ud., le repuse en tono displicente... Debe ser raro... ¿Qué lo trae por estos mundos?...

—Una casualidad... Salimos anteayer por la tarde de Sala y Gómez...

—¿Sala y Gómez?... ¿Dónde está ese fundo?...

—No es un fundo, sino una isla... contestó pedagógicamente don Faustino... Está situada en el Océano Pacífico, a medio camino entre la costa de Chile y Pascua, por los 26° 28' de latitud Sur y 105° 28' de longitud Oeste de Greenwich... Dista de este sitio en línea recta y en números redondos tres mil cuatrocientos ochenta y siete kilómetros.

—¿Se vino Ud. volando? pregunté irónicamente.

—No, señor... Aunque ello no tendría nada de extraordinario. Ciento cincuenta kilómetros por hora, es y puede ser la marcha de un aeroplano... Nosotros no teníamos tanta prisa... Hemos puesto treinta y cinco horas...

—Pero... ¿En qué?...

—En "El Arbitro".

Evidentemente don Faustino estaba loco. Resolví seguirle el humor... Al fin y al cabo aquello era más divertido que un tonto; y yo no tenía otra escapatoria.

—¿El Arbitro? exclamé afectando sorpresa... ¿Es el nombre de un aeroplano?... ¿De un globo dirigible?...

—Así le he puesto a mi aeronave... Es un invento nuevo... En él me dirijo a Europa, con el propósito de poner fin a la guerra.

II

¡Don Faustino Morales, árbitro de la paz y de la guerra!...

¡Pobre señor! pensé... Miren por dónde ha venido a apearse.

Acabábamos de llegar a mi tienda de campaña. Una vez instalados allí, don Faustino, sin quitarse el sombrero, comenzó su narración.

—La verdad ante todo, dijo, el invento de la cosmonita ha sido la obra de la casualidad y no de la ciencia...

—¿Qué es la cosmonita? pregunté...

—Ya lo sabrá Ud. más tarde... La cosmonita es un metal de propiedad maravillosa... La base de mi invento... Sin ella el "Arbitro" no habría existido... Hace cinco años que la obtuve por accidente y entonces tracé los planos de mi aparato... Fué asunto sencillísimo... Lo principal es-

taba hecho... Había sí que pensar en construir la aeronave y yo no tenía capitales... Según los cálculos más prudentes, en la forma que era preciso trabajar, no necesitaba menos de treinta mil libras esterlinas... Pocos hombres hay en Chile que puedan disponer de una suma semejante, pero anduve con suerte... Me habilitó don Marco Tulio Cesarelli...

Creí haber oído mal. ¡Marco Tulio Cesarelli metido en aquella loca aventura! ¡Imposible! El hombre de negocios más lagarto y menos imaginativo de cuantos ha engendrado en Chile padre Genovés en madre vizecaína, socio de don Faustino en su empresa de restablecer la paz europea, con una máquina absurda! Ello traspasaba los límites de lo verosímil... Sin duda mi interlocutor deliraba.

—¡Marco Tulio Cesarelli! repetí... ¿El diputado... el millonario Cesarelli?

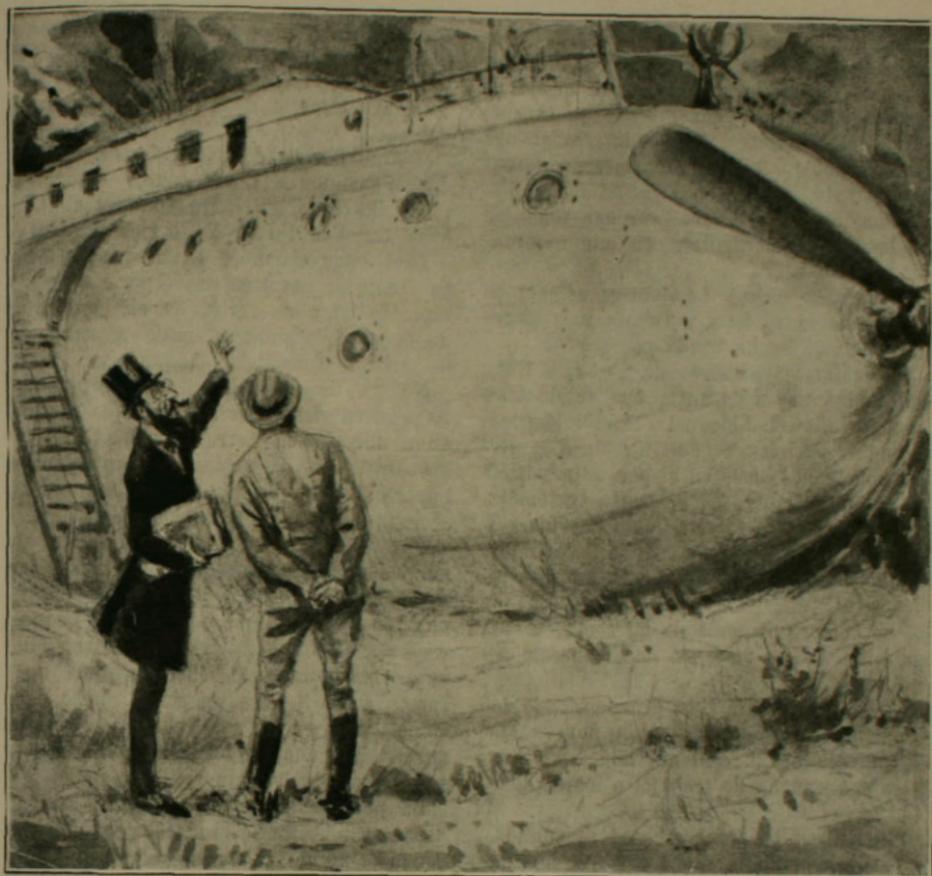
—El mismo, repuso don Faustino, sin comprender mi asombro.

—¿Cómo ha podido invertir algún dinero en empresa tan aventurada?

—A él no le parecerá que lo es, objetó con mucho calma el extraño personaje... Aquí en el bolsillo tengo las cuentas... Lleva gastadas trescientas cinco mil ochocientas doce libras, quince chelines y tres peniques... Figúrese Ud. que hemos tenido que instalar nuestro establecimiento de Sala y Gómez, otra central eléctrica en Suecia, esto amén de la construcción del aparato... Pero tranquilícese Ud., Cesarelli no se arruinará por esta vez. Es el mejor negocio que ha hecho en su vida... La guerra europea nos ha venido como pedrada en ojo de boticario.

Lo confieso, desde ese momento estuve tentado en creer en el invento de don Faustino... Si el hombre decía la verdad, si no era víctima de una alucinación, si Cesarelli estaba metido en aquello, la cosa era indudablemente seria... ¡Bueno era el gallo aquel para arriesgar su dinero en fantasías!

Mi invento, continuó don Faustino, se impone a primera vista. Es cuestión de creer o reventar. Mi entrevista con Cesarelli no duró quince minutos. Eso sí, tuve que cederle la mitad de mis derechos. Poco importa, lo que me resta basta, para hacerm el hombre más rico del mundo... ¿Quiere Ud. convencerse por sus propios ojos? Pues bien, vamos caminando... El "Arbitro",



—Vea usted... Ya hemos llegado.

está a menos de una legua de aquí y nos quedan cuatro horas de sol.

Titubeé un momento... pero, ¿qué diablo podía temer de ese sujeto, que aún en el supuesto de estar loco, aparecía completamente inofensivo?

Le seguí, pues.

Mientras caminábamos por el angosto sendero de la montaña, don Faustino no cesó de hablar.

—Decidida la construcción de la aeronave, nos fijamos para llevarlo a cabo en Sala y Gómez. Es un islote desierto y perdido en las soledades del Océano Pacífico, lejos de todo tráfico humano. Estoy seguro que después del viaje de la corbeta "O'Higgins" en 1875, nadie lo ha visitado, salvo los buques en que nosotros transportamos mate-

riales para el "Arbitro". Las piezas de la aeronave fueron mandadas hacer a diferentes astilleros de Europa y Norte-América. Entretanto, en Sala y Gómez construimos un taller para armarlo, un horno para la fabricación de la cosmonita, y una instalación eléctrica, capaz de cargar en veinticuatro horas, los poderosos acumuladores de la aeronave.

Cuando estalló la guerra europea, aún nos quedaba bastante qué hacer. Habría sido una calamidad para nosotros el restablecimiento de la paz, antes de que hubiéramos podido utilizar nuestra formidable máquina. Felizmente ese tema se ha disipado, y anteayer a las cuatro de la tarde, salimos de Sala y Gómez, con rumbo a este rincón del mundo... La distancia es, como

ya le he dicho, de 348 kilómetros y la hemos salvado en treinta y cinco horas, diez minutos... Esto da una velocidad media de 99 kilómetros por hora... No se espante Ud... El "Arbitro" puede desarrollar una marcha doble... Pero no era necesario apurarse tanto.

Don Faustino echaba a rodar toda esa andanada de maravillas, con una naturalidad deliciosa...

—Pero, le objeté, Lonquimay no está en el camino entre Sala y Gómez y la Europa... ¿Qué les ha traído por acá?

—Veníamos en busca de Federico Soto, mi amigo de la infancia que reside hace algunos años en Lincura, a cinco kilómetros de aquí... Federico habla alemán a la perfección, y pensamos en él porque nos hacía falta un intérprete de la lengua teutónica... Por desgracia, Soto está ausente, y me volvía sin él a la aeronave cuando tuve la fortuna de topar con Ud... ¡Ya tenemos intérprete!

El hombre disponía de mí como de cosa propia... Hice un gesto de displicente negativa.

—No se excusará Ud... dijo sonriendo don Faustino. El honorario es bueno... ¿Qué le parecen a Ud. cien mil libras esterlinas por una semana de trabajo, o mejor dicho, de paseo?

—¡Cien mil libras! exclamé asombrado...

—Le espanta a Ud. esa insignificante cantidad. Cuando Ud. conozca el "Arbitro" lo comprenderá todo... La nación que adquiera mi invento habrá triunfado en la guerra antes de un mes... A la Inglaterra le cuesta la lucha, mil millones de libras esterlinas al año, por lo menos y estoy seguro que nos dará fácilmente esa suma por terminar de una vez... ¿Y si Alemania llega a saberlo?... No va a ser poco divertida la subasta del "Arbitro"... Porque Cesarelli ha resuelto ponerlo en remate... Ya ve Ud. qué bien podemos disponer de algunos millones de libras para nuestro presupuesto de gastos menores.

III

El estero de Tralibue, antes de verter sus aguas en el Lincura, atraviesa un fangoso cañadón donde sus aguas se precipitan tormentosamente de risco en risco. Sin saber

cómo nos encontramos metidos en ese endiablado paraje... Más arriba el valle se ensancha entre elevadísimas montañas que forman una especie de circo, casi inexpugnable...

—Aquí no llegan ni los pájaros, me dijo don Faustino... Desde arriba esegimos este valle ignorado, para fondear el "Arbitro"... Vea Ud... Ya hemos llegado...

Creí estar soñando. El bosque formaba en frente de nosotros una especie de claro, tapizado de altas yerbas, y ahí, en medio de la pequeña pradera, yacía recostada en la yerba la formidable máquina...

No era un dirigible ni un aeroplano... A primera vista parecía un buque destinado a navegar en tierra firme... No tenía alas, ni globo, ni hélices de suspensión, ni aparato alguno de los que ordinariamente se usan para elevarse en los aires.

Figuráos un gigantesco huso de metal que no podía tener menos de 60 metros de largo, por 6 de alto y 7 de anchura. Sus dimensiones eran, pues, las de un pequeño crucero. En una de sus extremidades llevaba una reluciente hélice metálica de 4 ramas, y en la otra un timón ancho como la cola de un gran cetáceo. El aspecto de aquella máquina era elegante y pacífico... Pero se adivinaba su formidable poder.

La parte superior la constituía una cubierta o plataforma, rodeada por una baranda de tejido metálico. Algunas construcciones de obra muerta, parecidas a la de un yacht de recreo, contribuían a acentuar la fisonomía marítima del aparato...

—Pero, ¿eso vuela? pregunté en cuanto el asombro me permitió articular una palabra.

—¿No lo ve Ud. allí?... Ya supondrá Ud. que no ha venido arrastrándose por el bosque...

Un individuo apareció en la cubierta... Lo reconocí al momento... Era Marco Tulio Cesarelli...

Se adelantó rápidamente a nuestro encuentro, haciendo públicas manifestaciones. A un costado de la aeronave había una escala como las de los vapores... La bajó en dos trancos y pronto estuvo a nuestro lado...

—¡Qué feliz hallazgo!... Aquí tiene Ud. don Faustino, a nuestro intérprete, exclamó adivinando lo ocurrido... ¿Se han puesto de acuerdo?... ¡Nos acompaña Ud. por las cien mil libras?...

Cesarelli era hombre que iba rápidamente al grano.

Permanecí mudo de asombro...

—¡Maravilloso, verdad!... prosiguió el inmutable hombre de negocios... Venga Ud. Es preciso que conozca el "Arbitro" antes de embarcarse en él...

Un minuto después, sin saber cómo, me encontraba sobre la cubierta.

Mis dos guías me llevaron primeramente a una de las extremidades de la plataforma superior.

—Esta es la proa, me dijo Cesarelli... La hélice del "Arbitro" es delantera, como la de los aeroplanos... El buque se dirige desde aquí. Es la torrecilla del piloto... Está rodeada de cintales que la protegen de la intemperie, del frío, de la lluvia y del viento que no es agradable cuando se marcha a más de cien kilómetros por hora.

Yo iba de sorpresa en sorpresa. La torre en que nos encontrábamos tenía en su centro lo rueda del timón, rodeada de infinidad de aparatos cuyo uso no podía comprender.

—Parece complicado, pero es de lo más sencillo, dijo Cesarelli. El piloto tiene al alcance de su mano todo el nervio del buque... ¿Ve esta palanca? Con ella se gradúa la velocidad... Entre 0 y 200 kilómetros por hora... Con esta otra se da máquina atrás... Esta tercera es la más importante... Según el sitio en que se la coloque, la nave sube, baja o se detiene a la misma altura... en los espacios...

—¿Pero cómo?...

—Es nuestro secreto... Pero no veo inconveniente para explicárselo. Ya el amigo le habrá hablado de la cosmonita...

—Sí...

—Pues bien, la cosmonita es un metal que tiene la propiedad de perder gradualmente su peso a medida que lo atraviesa una corriente eléctrica de cierta intensidad... Cuando la corriente es ya más poderosa, no sólo deja la cosmonita de pesar, sino que es repelida por la gravedad de la tierra con fuerza cada vez mayor. Ahora bien, esta aeronave lleva en su parte superior, bajo la plataforma, un grueso anillo de cosmonita, sobre el que reposa toda la estructura del aparato... En los aires, el buque va como suspendido de ese anillo, pues su centro de gravedad, queda por debajo de él. Ahora que el anillo no tiene corriente, el "Arbitro" es tan pesado, como un buque

ordinario... Pues, si colocó la palanca en la línea neutra, la corriente que entonces atraviesa la cosmonita, está calculada para que el anillo de la maravillosa substancia que rodea el aeroplano adquiera ya fuerza repulsiva necesaria para equilibrar el peso de todo el aparato... Así, pues, con la palanca en 0, el "Arbitro" no tiende a bajar, ni a subir... Si está en tierra, si está a mil metros de altura, se queda a mil metros de altura, suspendido con todo lo que contiene de la cosmonita... Si se aumenta un poco más la intensidad de la corriente sube, si se disminuye baja, con mayor o menor velocidad vertical, según sea la que el piloto quiera darle...

—¿Cuántas toneladas puede levantar esto?

—Poco más de mil quinientas... Es un primer ensayo... Pero bien se puede construir con el mismo principio un transatlántico de cincuenta mil....

Ahora Ud. comprenderá que resuelto el problema de mantenerse en el aire en forma tan sencilla, el resto del invento de don Faustino ha sido un juego... Para moverse en sentido horizontal con una velocidad que pueda llegar a 200 kilómetros por hora, vasta esa hélice que no tiene que vencer otra resistencia que la del aire... Conduce una verdadera pluma... La dirección la da el timón... Es de lo más sencillo...

Salió de aquel sitio con la cabeza hecha un volcán. Sobre la cubierta había varios otros individuos que me fueron presentados. Eran los oficiales del aeroplano y vestían como los marinos.

—No tiene Ud. idea, me dijo Cesarelli, de las dificultades con que hemos trepezado para encontrar gentes seguras para tripular el "Arbitro". Los pilotos y oficiales son cuatro... Tenemos además cuatro maquinistas, otros tantos ayudantes, un mayordomo despenso, dos cocineros y cinco sirvientes... Es necesario que haya siempre de guardia un piloto, un maquinista y un ayudante, y no es posible sobrecargarlos demasiado porque la maniobra, aunque sencilla, exige una vigilancia constante...

—No veo aquí instrumentos de guerra, observé.

—En efecto... El buque fué construido para el transporte de viajeros, y cuando estalló la guerra europea, no era ya tiempo de cambiar los planos... Pero para el caso tanto da... Hay veinte camarotes de pasa-

jeros que pueden ser convertidos en depósitos de explosivos, y el "Arbitro" no necesita cañones. Dentro de algunos días, esta máquina, se colocará a cuatro mil metros de altura, por ejemplo, en las cercanías de Verdún, y arrojará dos o tres centenares de bombas, con media tonelada de cordita cada una sobre el campo francés, o sobre el campo alemán..

—¿Le es a Ud. indiferente?...

—Más o menos... Todo dependerá de quien ofrezca más por el buque... Nuestro intento es ponerlo a remate.

Me estremecí... Era cierto... Don Faustino y Cesarelli tenían en sus manos los destinos del mundo.

Continuamos nuestra visita. Sobre la cubierta nada llamaba la atención, sólo la garita del piloto ya descripta, y cuatro grandes reflectores eléctricos, colocados a proa, a popa y en los dos costados.

Un comedor elegantísimo, una pieza de fumar de severo amueblado, un salón y una biblioteca, constituían la obra muerta.

El interior del aeronaue, estaba perfectamente distribuido, en dos pisos o entrepuesos. Sólo recorrimos el superior, porque el otro sólo contenía estanques y almacenes. A proa estaban los departamentos de la oficialidad, marinería, servidumbre y la cocina; a popa los camarotes de los viajeros, vacíos ahora, salvo los ocupados por don Faustino y Cesarelli. En el centro las máquinas llenaban el aeronaue en todo su alto y anchura. Su aspecto era extraño y prodigioso... Siento que mis escasos conocimientos en mecánica, no me permitan hacer de ellos una descripción útil...

—La labor de los maquinistas es muy sencilla, me explicó Cesarelli. Se reduce a mantener el aseo y la lubricación... El "Arbitro" lo encauza el piloto desde arriba... Un golpe de palanca, y la corriente eléctrica atraviesa la cosmonita con mayor o menor intensidad... Otra palanca pone en movimiento el dinamo de la hélice que está situado en la extremidad de la proa... Aquí sólo se exige un poco de vigilancia, para que todo esté listo y en buen estado... Nada es más fácil de manejar que la electricidad...

—¿Y el radio de acción de este aparato? pregunté...

—Los acumuladores bastan para mantenerlo en los aires, viajando a ciento cin-

uenta kilómetros por hora... Y podemos cargarlos en dos días. Por ahora tenemos dos grandes centrales eléctricas... Una en Sala y Gómez y la otra en un punto de la Silecia septentrional, donde aprovechamos una gran caída de agua... Nadie sabe en Europa el objeto de aquella instalación. Suponen que se hizo para producir salitre artificial.

—Pero cuando el "Arbitro" vaya a cargarse allí, le descubrirán...

—Imposible... Tomará la corriente eléctrica a quince kilómetros del establecimiento, en un valle montañoso, desierto, casi poblado... Un cable subterráneo, conduce la electricidad hasta ese punto... Y los trabajadores de la usina son chilenos y gente de toda confianza... Además, nosotros no mostramos el aparato, sólo tomamos tierra de noche, y en sitio deshabitado, como éste...

Concluida nuestra visita de inspección, Cesarelli me invitó a beber una copa de champagne, en el salón de fumar.

Yo estaba como ebrio, antes de tomar la primera copa.

—¿Está Ud. decidido? me preguntó el ejecutivo personaje.

—¿A qué?...

—A acompañarnos, por las cien mil libras esterlinas... Es un verdadero juego.— Son las cuatro y cuarto... Partiremos a las cinco.

No vacilé, ni nadie habría vacilado en mi lugar. Aquello me producía la sensación de una seguridad absoluta.

—Convenido, le dije, temblando ligeramente... Voy a buscar mi equipaje... No hay tiempo que perder...

—No se moleste Ud... Ya han ido por él, un oficial y dos mozos, repuso Cesarelli...

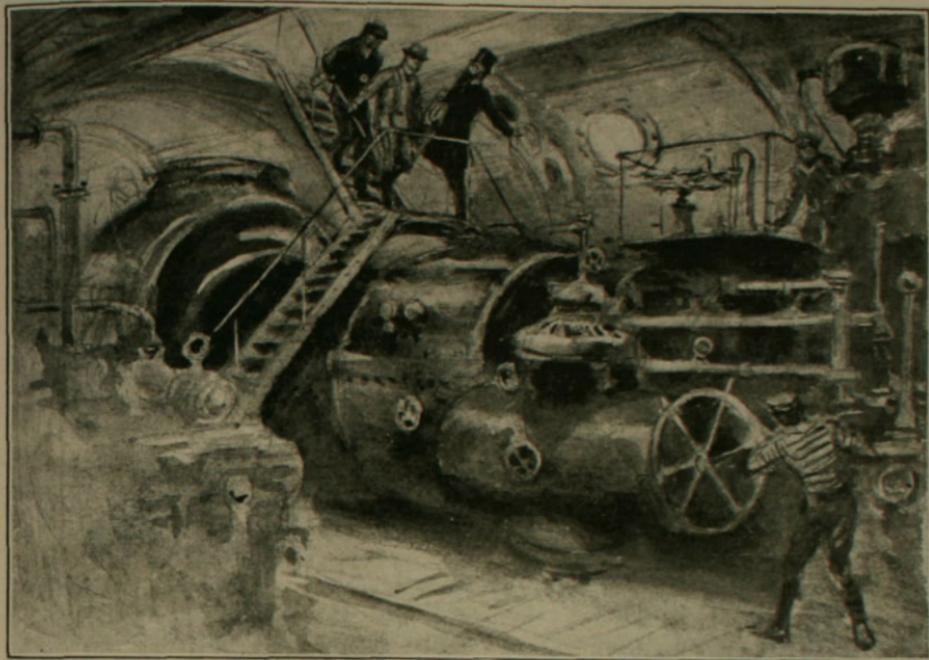
.....

En efecto, pocos minutos después, llegaba mi equipaje, y mientras lo acondicionaba en el camarote que me habían destinado, no pude menos de reflexionar en el extraño fin de mis proyectadas vacaciones selváticas.

IV

La voz de Cesarelli, interrumpió mis meditaciones:

—¿A cubierta, don Miguel!... Ya es hora de partir.



—En el centro las máquinas llenaban el aeronave en todo su alto y anchura.

Subimos juntos. Un oficial aguardaba órdenes.

—Dos mil novecientos metros de altura, cuarenta kilómetros por hora, rumbo al Norte, cuarenta grados al Este, dijo brevemente Cesarelli.

El oficial, después de saludar militarmente, se dirigió al departamento del piloto...

Apoyado sobre la barandilla de la aeronave me parecía imposible que aquella pesada mole se elevase... De pronto, la yerba de la pradera pareció alzarse rápidamente, la tierra hundíase bajo mis pies, y el soberbio paisaje del valle de Lonquimay se desplegó en toda su magnificencia.

Sentí la sensación de una inmovilidad absoluta... Era la tierra la que se hundía allá abajo. ¡Cuán hermosa aparece desde la altura!... Las abruptas cañadas de los Andes cubiertas de bosques sombríos, se desarrollaban bajo mis pies hasta perderse de vista... Los nevados volcanes casi inaccesibles se dibujaron un momento sobre el purísimo horizonte... Entonces la hélice comenzó a funcionar, y su ronco zumbido

vino a interrumpir el solemne silencio del espacio...

—Es hermoso todo esto, me dijo Cesarelli... He dado orden de navegar a dos mil novecientos metros... A esa altura no hay peligro de que tropecemos con nada. El cerro de Tralihue, el más alto de la comarca en que nos encontramos, hacia el oriente, sólo tiene 2,730 metros.

Muy pronto la alcanzamos. Aunque sólo marchábamos a razón de cuarenta kilómetros por hora, la tierra huía rápidamente bajo la quilla del "Arbitro".

Atravesamos la frontera chileno-argentina. A ambos lados de la nevada cordillera se abrían hacia el poniente el alto valle del Bío-Bío y hacia el oriente la honda cañada del Río Agrio, uno de los afluentes del Neuquén... Se distinguían algunas habitaciones en aquellas majestuosas soledades...

—¿Qué pensarán del "Arbitro" esas gentes? observé...

Es difícil que nos distinguan a la altura en que nos encontramos, dijo Cesarelli... Por lo demás, poco importa...

A pesar de que era pleno verano, hacía bastante frío en aquellas alturas. El viento nos azotaba el rostro. Pronto habíamos traspuesto otra cadena de cerros... He allí el valle del Neuquén.

—Chos Malal, dijo don Faustino, señalándome hacia el Oeste algo que parecía un montículo de piedras.

El sol se había ocultado tras de las caprichosas denticulaciones de los Andes. Eran las ocho de la noche, pero el crepúsculo se prolongaba bastante en el mes de enero, y la inmensa tierra era visible en medio del frío caudal de la bruma de la tarde.

Nos llamaron a comer. Apenas nos habíamos sentado a la mesa, el zumbido de la hélice subió bruscamente el tono.

—Marchamos ahora a cien kilómetros por hora, me dijo Cesarelli. No quiero molestarlos en esta hermosa tarde, pero ahora que nos encontramos aquí adentro, podemos comer sin que el viento nos incomode.

La comida fué alegre y opípara... Una verdadera cena en casa de discolor... Ordures de caviar, consommé a la Royale, Langostas de Sala y Gómez a la Americana, Pollo en salsa tártara, papas de apio al jugo, rootstbuf y postre caliente de ananas... Los vinos eran de los más exquisitos que se fabrican en el Medoc y en la Borgoña.

—¡Los frigoríficos del "Arbitro", son soberbios! exclamó el estómago agradecido de don Faustino... Yo no pensé en ello, pero este hombre no se olvidaba de nada...

Aludía a Cesarelli.

Después de comer salí un instante a la cubierta. Apenas era posible permanecer allí... El rápido aerona ve cortaba el aire de tal suerte, que me pareció encontrarme en el seno de un verdadero huracán... Allí arriba centelleaban las constelaciones...

Transido de frío subí al comedor.

—Jugaremos un rocambole, propuso Cesarelli.

Don Faustino no había tomado una carta en su vida, pero dos de los oficiales nos hicieron cuarto...

¡Extraña navegación! A media noche nos fuimos a acostar.

Desperté en mi camarote iluminado por un sol espléndido. Sin el ronco zumbido de la hélice me hubiera podido creer navegando en un río de tranquilas aguas... Era casi la inmovilidad absoluta.

Vestíme apresuradamente y salí a la cubierta... nada de las montañas de la víspera... El "Arbitro" volaba a quinientos metros de altura sobre un vasto lago, sembrado de islas pintorescas y que rodeaban extensas llanuras verdes... Reconocí al inmenso horizonte circular como el del Océano... ¡Era la pampa... Pero, ¿qué lago era aquel?

—Estamos sobre la Mar Chiquita, en la provincia de Córdoba, me dijo uno de los oficiales que acababa de aparecer sobre cubierta. Hemos recorrido desde Lonquimay 1,120 kilómetros en 11 horas...

El viento no era, sin embargo, tan fuerte como la víspera... Según me informaron, la marcha del aerona ve era favorecida por un pampero del Sur, que equilibraba en partes los efectos de su rápido avance a través de la atmósfera.

Pronto estuvieron a mi lado Cesarelli y don Faustino... No nos cansábamos de admirar el sublime espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos. Con mis gemelos Zeiz de dos diamantes, podía distinguir los más ligeros accidentes del terreno.

El país se hacía más y más agreste y desierto... Pintorescos bosquecillos semitropicales, interrumpían aquí y allá la monótona uniformidad de la pampa. Nos aproximábamos al Gran Chaco.

A las ocho y media un río majestuoso, desarrolló por un instante bajo el aerona ve su cinta de plata... Era el Salado...

¡Maravilloso modo de viajar! Corríamos a razón de setenta y cinco kilómetros por hora, pero a favor del viento. Y así el aire no nos incomodaba demasiado. Las salvajes llanuras del Chaco, sus bosques y piedras, se deslizaban suavemente bajo la quilla del "Arbitro"...

Después de almuerzo atravesamos otro río: el Bermejo. En aquel país casi desierto, no había mucho peligro en ser vistos, así es que corríamos a una altura de doscientos metros sobre el terreno. Los aromas del campo embalsamaban la atmósfera a nuestro alrededor.

A las cinco y media de la tarde jugábamos tranquilamente al rocambole en el salón, cuando nos llamó arriba el entusiasta de don Faustino.

Bajo el "Arbitro" se extendía un río caudaloso, encajado en una vegetación espléndida... Sobre su margen oriental se

desarrollaba una ciudad, rodeada de exuberantes huertas...

—¡La Asunción del Paraguay! exclamó Cesarelli.

Esta era primera vista sin duda. Con mis gemelos podía distinguir perfectamente las atónitas muchedumbres que llenaban las calles y las plazas. A la escasa altura en que navegábamos, se podía oír el sordo rumor de aclamaciones entusiastas...

—Nos han descubierto, dijo mirando a los dueños del aerona-

ve.—Pensándolo bien, eso es lo que nos conviene, repuso Cesarelli. Mañana se sabrá en Europa lo que ocurre, y cuando Ud. vaya a Berlín tendrá menos dificultad para entenderse con el Estado Mayor. ¿No le parece?

—Pero antes podrían hostilizarnos los unos o los otros, observé.

—Pierda Ud. cuidado... No nos pondremos al alcance de las malas intenciones... Sólo nos acercaremos a tierra, en países neutrales o desiertos...

Pronto dejamos atrás a la Asunción. Por una hora a lo menos seguimos las sinuosidades del río Paraguay. A las ocho y media salvamos la frontera de Brasil envuelta en la noche. No hacía sino poco más de veintiseis horas que partiéramos de Lonquimay.

Al amanecer del 19 de enero, segundo día de nuestro viaje, volábamos sobre esas desiertas "catingas" o bosques claros que anuncian en el Brasil la proximidad de la espesa selva ecuatorial. A las ocho de la mañana, la capital del Estado de Goyos, pasó furtivamente a novecientos metros bajo nuestra quilla.

Aquel día fué soberbio...

—¡Cuánto calor hará allí abajo!—observó don Faustino, contemplando los soberbios bosques desiertos, cuyos misteriosos rumores y penetrantes perfumes, subían hacia el cielo. Infinidad de arroyos y riachuelos corrían mansamente, bajo los árboles seculares, vestidos de toda la pompa tropical.

La interminable gritería de los monos, y el agudo chillar de las cotorras, llegaban hasta nuestros oídos como el eco de ese mundo misterioso, impregnado de intensa vida.

Vistosos buitres y otros pájaros de variado plumaje solían revolotear por los flancos del aerona-



—¡Cuánto calor hará allá abajo! observó don Faustino.

A medio día y mientras navegábamos a escasa altura sobre las selvas del Tocantins, el cielo se nubló bruscamente y una copiosa lluvia se desplomó sobre la cubierta del "Arbitro".

—Es preciso subir sobre las nubes...—dijo Cesarelli—y dió las órdenes del caso.

Muy luego nos vimos envueltos en densa niebla que nos envolvía en sus grises volutas húmedas, pero aquello duró poco... La nave aérea se desprendió triunfalmente de las nubes, y continuó su vuelo soberbio, entre el azul purísimo del cielo, y un verdadero mar de blancos copos de nieve que iluminaban espléndidamente los rayos del sol de los trópicos...

Allá abajo quedaba la obscuridad y la lluvia, mientras flotábamos suspendidos entre el cielo y las nubes, en la gloriosa soledad de los espacios... El barómetro indicaba dos mil quinientos metros de altura...

Era tarde, a la hora de cenar, franqueamos ya de noche y siempre sobre las nubes la Sierra Gargeia, en las fronteras del Estado de Piahuhy.

Cuando al amanecer del 20 de enero me asomé a la barandilla del aerona ve ya no vi bajo mis plantas tierra alguna... A tres mil metros de profundidad se extendía en todas direcciones el mar sin límites... Volábamos sobre las ondas del Atlántico. Sólo allá a lo lejos, en el horizonte del Sur, un tenue vapor azulado, indicaba las costas del Brasil, próximas a desvanecerse.

Aquel día poco antes de sentarnos a almorzar, franqueamos la línea ecuatorial, que fué celebrada con un par de botellas de Champagne.

—Mientras estemos sobre el Atlántico, será preciso mantenernos a gran altura, dijo Cesarelli. Corremos aquí más riesgo que sobre las pampas argentinas y las selvas brasileñas... Algún acorazado de la Entente podrá tomarnos fácilmente por enemigos y aunque no les sería fácil hacernos daño alguno, más vale precaerse contra cualquiera casualidad desagradable.

El día transeurrió monótono...

—¿Cuándo llegaremos a Europa, me preguntaba?...

Nos hemos acostumbrado a considerar como muy larga una travesía del Atlántico...

No fué, pues, pequeña mi sorpresa cuando a la mañana siguiente, me encontré navegando siempre a gran altura, sobre un extenso archipiélago. Al lado de una isla alta y oscura se veía otra más pequeña y de aridez extremada que contenía, sin embargo, una ciudad, en cuyo puerto estaban anclados varios vapores...

—¿Qué ciudad es aquella? pregunté a un oficial que se paseaba por la cubierta.

—Mindello...

—¿Mindello?... ¿Qué diablos es eso?...

El oficial se sonrió...

—Pasa lo mismo con la mayor parte de los viajeros... Ud. ha estado más de una vez en esa ciudad y no la conoce ni siquiera de nombre... Es la capital de la isla de San Vicente en el archipiélago de Cabo

Verde, y allí toman carbón los vapores de la Compañía Inglesa...

—¡Sí!... San Vicente... Ya lo creo... La conozco muy bien...

—San Vicente es el nombre de la isla, pero la ciudad se llama Mindello... Es lo que los viajeros nunca llegan a saber.

—Vamos volando a mucha altura, observé.

—Es que Cabo Verde es tierra portuguesa, y el señor Cesarelli no está muy seguro de la neutralidad de Portugal en la guerra europea...

—Me extraña la rapidez con que hemos atravesado el Atlántico...

—No tanto... El "Arbitro" puede ir mucho más lejos... Desde las costas del Brasil hemos recorrido 2,568 kilómetros en 24 horas y media: esto hace 105 kilómetros por hora.—Ud. está acostumbrado a los transatlánticos y a su andar de tortugas.

Pronto hubimos perdido de vista las islas de Cabo Verde. Nos aproximábamos rápidamente al término de nuestro maravilloso viaje.

Aquellos mares son bastante frecuentados... Divisamos los humos de varios vapores y algunos veleros, verdaderos puentes en la vasta soledad del Océano.

En todo ese día no divisamos tierra, pero, al amanecer del siguiente, el "Arbitro" volaba ya sobre la seca tierra del Africa.

Habíamos penetrado en el continente negro, a la altura del Cabo Bejador, y seguíamos casi paralelamente las costas del desierto de Sahara. Aunque esos países están poco habitados, Cesarelli juzgo preferible, mantener el aerona ve en las grandes alturas.

Al caer de la tarde el terreno comenzó a accidentarse poco a poco y a mostrar algunos signos de vegetación... Sobre un oasis de verdura, brillaba un punto blanco... Era Marruecos...

El helado viento del Norte nos anunciaba la cercanía de la Europa y sus crudos inviernos.

V

Esa noche apenas concluimos de comer, Cesarelli, después de obsequiarme un magnífico habano, entró en materia...

—Ha llegado la hora, me dijo, de utilizar



—¿Ahora creerá usted en la Arbitro? le dijo con cierta ironía.

sus servicios; esta noche, a las cuatro de la madrugada, tomaremos tierra...

—¿Dónde?

—En España... En un país neutral, se entiende, pero a pesar de esto, no estarán de más las precauciones... El punto de arribada ha sido cuidadosamente escogido, y tan desierto y desamparado como es posible desear... Desde allí, Ud. se dirigirá por tierra

a Berlín... Don Otto Schmidt lo pondrá en comunicación con el Estado Mayor Alemán... Voy a darle las señas de don Otto... El está instruido de parte de la verdad... Estoy en relaciones con él, por medio de la casa de Worwerk... Llevará Ud. este pliego, que contiene todo lo que puede decirse acerca del "Arbitro". Es preciso en seguida, conseguir que venga un comisionado alemán

a inspeccionar el aparato... Debe ser un alto personaje y de mucha confianza... Por nada de este mundo ha de dejar entender Ud. el sitio donde lo va a conducir... El éxito de nuestro negocio depende de ello.

—Pero no me van a creer lo que yo les cuento del "Arbitro".

Cesarelli se sonrió...

—¿Se imagina Ud., me dijo, que ya no conocen en Berlín todos los detalles de nuestro vuelo sobre Asunción y sobre Goyasi?... Por otra parte, Ud. llevará una prueba material del invento de don Faustino... La misma, con que él me indujo a embarcarme en esta empresa. Uno de nuestros salvavidas.

—¿Qué salvavidas?... No los conozco...

—Soy un aturdido. Me había olvidado de mostrárselos. Ud. tiene uno debajo del colchón de su camarote... Vamos a verlo...

Allí encontramos en efecto, lo que Cesarelli llamaba salvavidas.

Era un extraño aparato. Consistía en un fuerte aro de metal, del diámetro de una pequeña rueda de automóvil. De ese aro pendían cuatro gruesas correas, que sostenían una ancha faja también de cuero.

Cesarelli me amarró esa faja bajo los sobacos. De su parte de atrás pendía verticalmente otra que pasó por entre mis piernas, asegurándola a mi espalda.

Comenzaba a comprender...

—Este aro es de cosmonita, dijo Cesarelli. La faja lleva una batería de acumuladores eléctricos... Basta hacer pasar una corriente por el prodigioso metal, mediante este manubrio graduable que tiene Ud. por delante, para que el aro lo mantenga a Ud. suspendido en el aire... Puede bajar o subir lentamente, a su voluntad, graduando la fuerza de la corriente... Hemos construído este aparato para el caso poco probable de una catástrofe. Cada tripulante del "Arbitro", lleva uno bajo su colchón... Es como en los transatlánticos...

—Pero, observé... ¿Y si algún marinero se escapa durante la noche del aeroplano con este aparato?... ¿No podría ir a vender el invento, antes que ustedes?

—¡Bah! Los salvavidas sólo pueden subir o bajar y no levantan sino ciento cincuenta kilos... Es poco para la guerra, y la cosmonita resiste a todo análisis químico... No hay cuidado...

—¿Y cómo voy a pasar este salvavidas

por las aduanas? Lo tomarán como contrabando de guerra.

—También eso está previsto... El aro metálico de cosmonita, que es lo más sospechoso, se dobla en cuatro partes, con un sistema de charnelas... Lo mete Ud. en la maleta, y lo declara, si llega el caso, como aparato físico... Nadie sospechará de lo que se trata... El cinturón, lo lleva en otra maleta; su aspecto no puede ser más inofensivo.

Las instrucciones de Cesarelli, nos ocuparon una hora larga. A las diez de la noche me fui a acostar. Hacía un frío de todos los diablos, pero en el interior del aeroplano, ingeniosamente calentado, con aparatos eléctricos, reinaba una temperatura deliciosa.

A las cuatro de la mañana me despertó bruscamente Cesarelli...

—Arriba, gritó sacudiéndome. Es preciso que Ud. se vista sin tardanza. Antes de quince minutos el aeroplano va a tomar tierra.

La noche estaba oscura como boca de lobo. Un ligero estremecimiento, me indicó que el "Arbitro" reposaba sobre el suelo firme. Un sirviente vino por mis maletas.

Al salir sobre cubierta encontré a Cesarelli, listo también para partir... El iba a Inglaterra y yo a Alemania.

—Entonces, me dijo sobre una loma, a quinientos pasos al Oriente de la carretera de Caravaca a Lorca, provincia de Murcia, España... En cuanto amanezca, le bastará tomar la dirección del Oeste, hasta dar con el camino real; sígalo en seguida por ocho o diez cuerdas hacia el Sur, y llegará a la venta de Castro, donde puede conseguir un carro, que lo conduzca a Lorca. El tren de Valencia parte a las nueve de la mañana... Pero quédese Ud. aquí hasta que sea día claro, para poder orientarse bien sobre este sitio para el día del regreso. No lo olvide Ud., el 8 de febrero a las once en punto de la noche, y aquí mismo.

—¿Y Ud.? pregunté...

—Yo me voy a pie hasta Cotana... Tomaré allí el mismo tren que Ud... hasta Alcantarilla, donde se bifurca la línea de Madrid. Voy a Londres por Lisboa... ¡Adiós! Es preciso que no nos veamos más hasta la vuelta...

Y el ejecutivo personaje desapareció en la sombra, seguido por los dos sirvientes que llevaban su equipaje...

—¡Apártese Ud. que vamos a partir! gritó una voz desde la cubierta del aerona-ve.

Me retiré a un centenar de metros, con mis secretos y mi equipaje... Minutos después, oí zumbir sobre mi cabeza y a gran altura la hélice del "Arbitro"...

Había quedado solo, en aquel desierto pa-saje, sin poder divisarme las ma-nos y tiritando de frío.

.....
Dos días después llegué a Berlín por el camino de hierro y como un viajero ordinario. Cesarelli tenía razón. Don Otto Schmidt me abrió todas las puer-tas, y a la mañana siguiente obtuve una audiencia reservada del jefe del Material de Guerra, general von Weimann...

Fuí directamente al grano...

—Mucho se comenta en Berlín, me dijo aquel alto personaje, de la comunicación telegráfica de nuestro Encargado de Negocios en el Paraguay. La noticia ha llegado a translucirse al públi-co, pero pocos creen en ella... Se la considera uno de los mu-chos *canards* que circulan en tiempo de guerra... ¿Ud. dice que viene de Chile en esa má-quina inverosímil?

—Sí, señor... Hemos venido desde Lonquimay hasta Europa en 130 horas.

—Hasta qué punto de Eu-ropa?

—Esto es más de lo que estoy autorizado para revelar.

El general hizo un gesto de impaciencia.

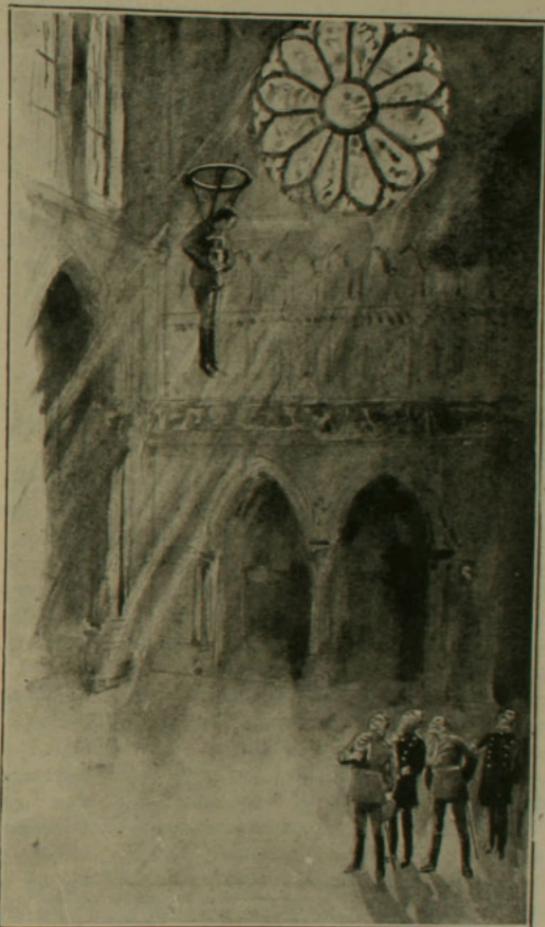
Permítame Ud. decirle, agre-gó bastanté incomodado, que aquí no damos mucho crédito a estas invenciones fantásticas. Nuestro agente nos habla de un buque, de un verdadero buque de más de mil toneladas, que vuela por los aires, sin ayuda de globo ni de alas... ¿No es esto un absurdo?

—El "Arbitro" pesa en realidad cerca de mil toneladas, le contesté con toda calma.

Von Weimann dió un salto en su asiento.

—¿Pero cómo vuela entonces?

—Es nuestro secreto... Y si Alemania quiere comprarlo, me parece que antes de un mes la guerra europea habrá concluído... El "Arbitro" tal como está puede llevar tres-cientas toneladas de explosivos, y no habría inconveniente para construir otro buque, ca-paz de llevar seis mil...



—Me mantuve por fin inmóvil en medio del es-pacio, durante algunos minutos.

—Esto pasa de los límites de lo vero-símil...

—Pues es la pura verdad... Puedo pro-barlo.

—¿Aquí mismo?

—Aquí mismo... He dejado mi maleta en el vestíbulo... Permítame ir por ella...

El general oprimió el botón de una cam-

panilla. Un ngier apareció en el umbral.

—Que traigan la maleta del señor, ordenó von Weimann.

—Lo que Ud. va a presenciarse es tan maravilloso, que nadie debe ser testigo de mi experimento, dije...

Y le expliqué las propiedades de la cosmonita.

Von Weimann estaba mudo de asombro.

Una vez solos dentro del despacho, abrí la maleta y después de sacar el salvavidas, lo ajusté cuidadosamente al cuerpo de mi interlocutor...

Di entonces la corriente... Y el general von Weimann se elevó majestuosamente, hasta quedar colgado como una lámpara del cielo de la habitación...

—¡Es inaudito! balbuceaba desde arriba, pálido de estupor.

—Ahora Ud. creará en el "Arbitro", le dije con cierta ironía.

—Sí creo, contestó en tono casi compungido... Pero, ¿cómo me bajo ahora?

Le indiqué el medio de graduar la corriente, y von Weimann bajó hasta el suelo con la suavidad de una pluma.

—¿Cuánto piden ustedes por su secreto? Me parece haberlo oído...

—No, señor; yo no tengo autorización para cerrar trato alguno. Los dueños del "Arbitro" desean que un alto comisionado del Gobierno imperial inspeccione el aparato... Yo debo conducirlo hasta un punto reservado, en un país neutral, donde podrá embarcarse... Entonces habrá llegado el momento de formalizar el negocio.

—¿Sabe esto la Entente? preguntó sugestivamente el general.

Me encogí de hombros en actitud dudativa. Así me lo había recomendado Cesarelli.

La inquietud de von Weimann subió de punto, a pesar de sus esfuerzos para dominarse.

—Es preciso que el emperador vea esto, dije con toda la solemnidad que fué posible... ¿Tendría Ud. inconveniente para facilitarme el aparato que acabamos de ensayar?

—Ningún inconveniente... Debo sí advertirle que la cosmonita resiste a todo análisis químico... Los esfuerzos de los sabios del imperio se estrellarían contra nuestro secreto.

Una viva contrariedad se dibujó en el rostro de von Weimann.

—¿Querría Ud. repetir su experimento en la augusta presencia de Su Majestad? preguntó.

—Por supuesto... Cuando ustedes quieran... Pero debo despacharme pronto... El "Arbitro" va a acudir a un punto determinado, en cierto día y a cierta hora... Si no estamos allí oportunamente... No puedo responder de las consecuencias.

—¿Es una amenaza? siguió el general... Recuerde que está Ud. en nuestro poder.

—Tómelo Ud. como quiera, pero en este negocio, el aprecio alemán tiene más que perder que mi humilde persona.

Doce horas más tarde un automóvil nos conducía a la iglesia de Santa María, única construcción gótica de la brillante capital de Alemania. Las puertas estaban cerradas. Von Weimann golpeó suavemente a una de ellas...

Penetramos en el interior. La luz se filtraba apenas, al través de las antiquísimas vidrieras.

No aguardamos mucho... Un grupo de personajes, vestidos de gran uniforme, apareció en la sacristía.

Estaba delante de Guillermo II.

El emperador me saludó con bondad. En su rostro y en los de los personajes de su comitiva, se adivinaba, sin embargo, la inquietud angustiosa, que ya observara en von Weimann.

Después de endosarme el salvavidas, y obtenida la venia de Su Majestad, me elevé tranquilamente bajo la altísima bóveda gótica, recuerdo de las edades medioevales. Graduando el aparato, subí y bajé varias veces, y me mantuve por fin, inmóvil en medio del espacio, durante algunos minutos.

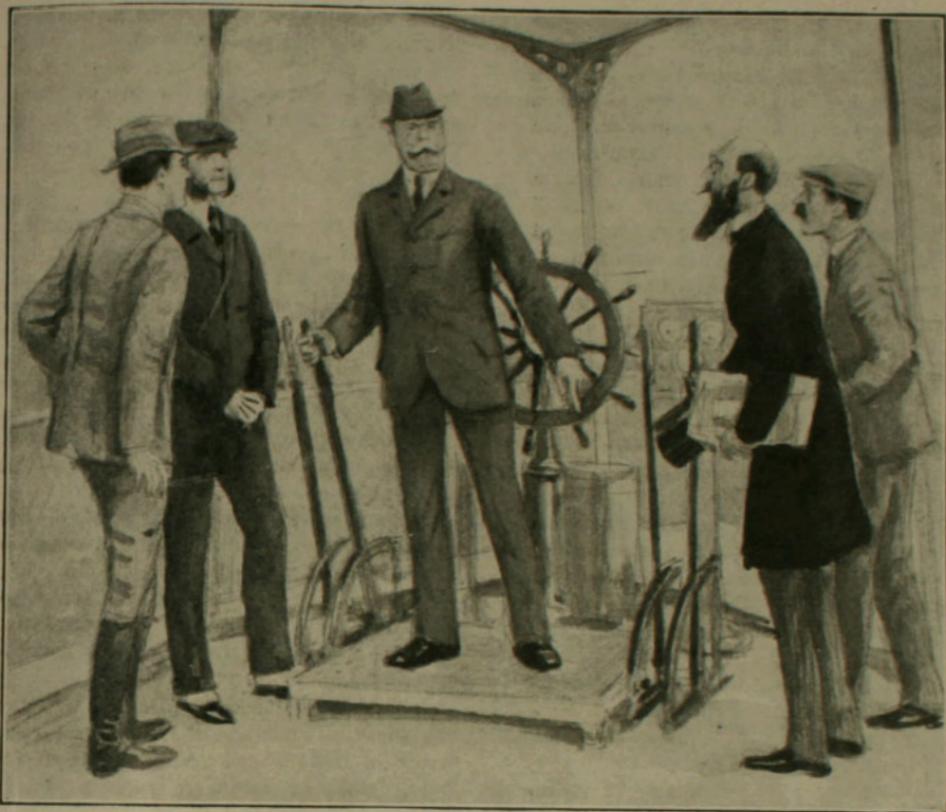
No puedo quitar el asombro y la estupefacción de aquella brillante concurrencia.

Varios personajes de la comitiva repitieron el experimento. Guillermo II se mantenía pensativo y silencioso.

—¿Cuándo puede partir el comisionado especial? preguntó por último, en tono tranquilo y resuelto.

—Debe estar el 6 de febrero en Barcelona, Sire, contesté...

—Arreglará Ud. con el conde Weimann los detalles, dijo el emperador, y salió seguido de su acompañamiento.



—Escoja pues... ¿Los tres mil millones o la muerte?...

VI

Fuimos exactos a la cita.

El 6 de febrero, por la mañana, apareció en mi aposento del Gran Hotel de Barcelona, un alemán de estatura gigantesca, rasurado y rubio como un personaje de los Niebelungos.

—Clovis von Veramer, comisario del gobierno imperial, me dijo saludándome... Estoy a sus órdenes.

—Muy bien, le contesté... Saldremos mañana para Almería, donde vamos a tomar el vapor.

Al mentir de esta suerte, cumplía las instrucciones de Cesarelli... El comisionado debía ignorar el punto en que íbamos a encontrar el "Arbitro" hasta el momento supremo.

Los ferrocarriles españoles no son muy rápidos. El 8 de febrero a las diez de la

noche, el tren se detenía en la estación de Lorea.

Mi acompañante llevaba la consigna del silencio. Durante el trayecto apenas cruzamos palabra. Poco antes de llegar a Lorea hubo de cumplir las instrucciones de Cesarelli.

—Debemos bajar en la próxima estación. dije a von Veramer. Tengo que conducir a Ud. hasta el aeronaute, con todas las precauciones posibles. Si observo en Ud. o en cualquiera de este mundo el menor detalle que se haga sospechar que vamos a ser seguidos, nos quedaremos en Lorea. ¿Lo ha entendido Ud.?

Von Veramer hizo un gesto afirmativo.

Apenas el tren se detuvo en la estación, tomé por el brazo al comisionado especial y lo conduje hasta un automóvil que nos esperaba. La noche estaba obscurísima, llovía a cántaros y ni una alma apareció en los alrededores.

Venticuatro minutos después el carruaje llegó por el camino a un sitio próximo al lugar de la cita. Emprendimos a pie la ascensión de la árida loma en que días atrás había abandonado la poderosa máquina.

—Allí está, dije a von Veramer.

El "Arbitro" reposaba tranquilamente sobre la tierra, apenas visible en medio de las espesas tinieblas que envolvían la tierra.

No me costó poco dar con la escalera.

—Han sido ustedes exactos, murmuró una voz alla arriba. Era la de Cesarelli.

Nos condujeron al salón, que herméticamente cerrado, no dejaba traslucir la luz eléctrica que brillaba en su interior.

De pie, en medio de la estancia, rígido e impasible un correcto gentleman, nos esperaba al lado de don Faustino.

—Mr. John Robertson, alto comisionado del gobierno de Su Majestad Británica, dijo Cesarelli en actitud de presentárnoslo.

El inglés y el alemán, se saludaron con un imperceptible movimiento de cabeza. Hubiérase creído que deseaban devorarse mutuamente.

—Caballeros, dijo Cesarelli frotándose las manos, están ustedes en su casa y, si lo desean, pueden dar desde luego un vistazo al "Arbitro".

Robertson y von Veramer se inclinaron como movidos por un resorte.

Me correspondía servir de cicerone al comisionado alemán. Después de instalado en su camarote, le acompañé por la aeronave. Aquel gigantesco teutón no quería perdonar detalle. Visitamos las máquinas, los compartimentos interiores y la obra muerta, todo, en fin, menos la torrecilla del piloto que, siendo de cristal no queríamos alumbrar mientras estuviéramos en tierra, por temor de ser vistos.

Von Veramer antes tan taciturno me agobiaba a preguntas. Examinó las maquinarias con actitud de verdadero conocedor.

Cerca de media noche, Cesarelli vino a buscarnos y nos llevó al salón. Allí estaba también el comisionado inglés.

—¿Se han dado ustedes cuenta de lo que es "Arbitro"? preguntó.

—Sí, señor, contestaron los dos comisionados casi al mismo tiempo.

—Pues bien... Vamos a hacer entonces la primera prueba: será la de velocidad. Estamos aquí a diez kilómetros de Lorea, y como ustedes pueden verlo en el mapa,

a los 37° 46' de latitud Norte y 1° 40' de longitud al Oeste de Greewnich.

Von Veramer, después de inclinarse sobre una carta que había sobre la mesa del salón, hizo un signo afirmativo. Mr. Robertson, dió la cosa por aprobada con impasible desdén, sin dignarse mirar el mapa.

—Vamos a partir a las doce de la noche en punto, hora de la Europa Occidental, continuó Cesarelli... ¿Tienen ustedes buenos cronómetros?... ¿Sí?... Entonces, mañana a medio día podrán comprobar la latitud exacta, y la longitud aproximada del punto en que nos detengamos... Y calcular así la distancia recorrida por el "Arbitro"... Esta es la mejor prueba de velocidad que puedo ofrecerles... Y ahora, señores, si ustedes no tienen inconveniente partiremos.

El reloj del salón daba las doce... Pocos segundos después la hélice comenzó a funcionar.

Nunca lo había hecho antes con tanta rapidez... Su zumbido era agudo y penetrante... El alemán se estremecía, a su impulso poderoso.

Cuando a la mañana siguiente, salí sobre cubierta, la violencia del viento casi me arrojó al suelo... El "Arbitro" en su carrera, creaba un verdadero huracán. Asíndome trabajosamente a la barandilla, dí una mirada al país que recorriamos, sólo pude distinguir un extenso desierto, árido y pedregoso que se extendía hasta los límites del horizonte... Era sin duda el Sahara.

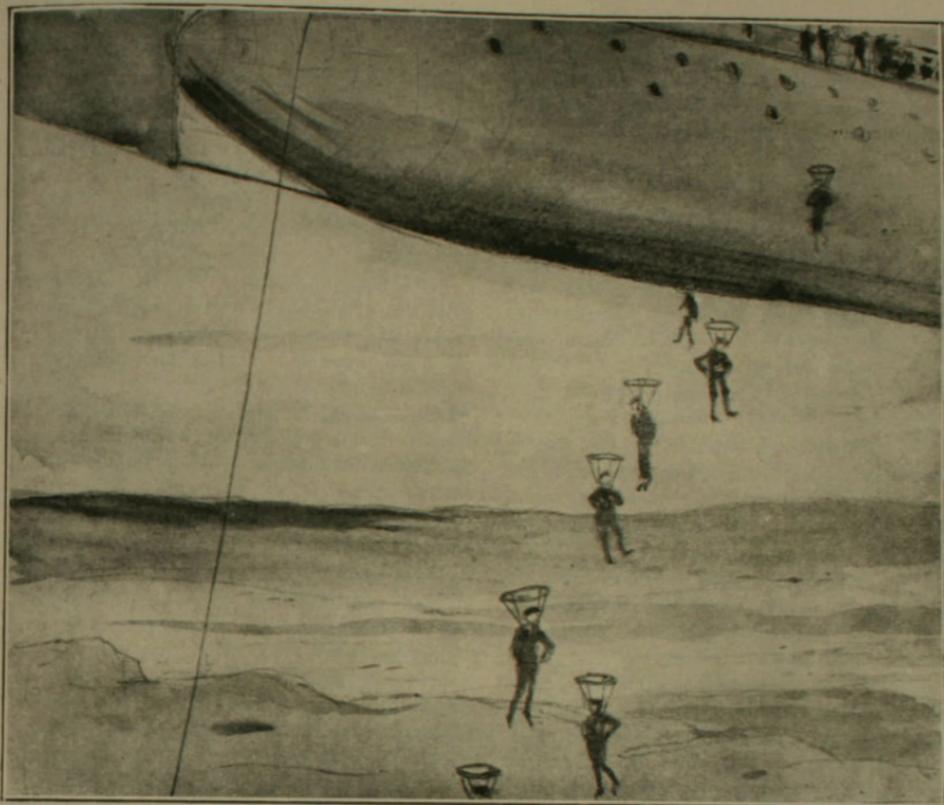
A las diez en punto el aeronave de detuvo a unos trescientos metros sobre el suelo. Cesarelli, don Faustino y los comisionados salieron entonces sobre cubierta, provistos de sendos sextantes y horizontes artificiales, para tomar la longitud.

El "Arbitro" fué mantenido en las alturas, materialmente anclado, por medio de un largo cable de acero a las rocas del desierto.

Mientras llegaba el mediodía enseñamos a los comisionados con gran detalle el mecanismo director del aeronave tan maravillosamente dispuesto en la garita del piloto.

Von Veramer lo examinaba todo con minuciosidad germánica y verdadero interés. Mr. Robertson por el contrario habría creído descender de su dignidad inglesa, manifestando la mera señal de admiración.

A la hora en que el sol iba a pasar por



—Una veintena de hombres descendían suavemente por el espacio.

el meridiano, los comisionados volvieron a tomar sus sextantes. En seguida sacaron de los bolsillos las tablas de logaritmos y las efemérides...

—Estamos a 23° 27' de latitud Sur, y 15° 18' de longitud Oeste de Greenwich, dijo por fin von Veramer.

—Exactamente sobre el trópico de Cáncer, observó Cesarelli... ¿Está Ud. conforme con este resultado, Mr. Robertson?

—Sobre poco más o menos.

—Fácil es entonces calcular la distancia recorrida desde anoche....

—Dos mil cincuenta y siete kilómetros, dijo von Veramer, cuyo lápiz no había cesado de funcionar.

—Doscientos cinco kilómetros y siete décimas por hora, exclamó Cesarelli en son de triunfo.

Los mapas fueron consultados. Nos hallábamos en el desierto del Sahara, a 70 kiló-

metros en línea recta de la colonia y puerto de Río de Oro, perteneciente a España.

—Siempre en país neutral, observó don Faustino.

—Este aparato es bueno, e Inglaterra bastante rica para comprarlo, dijo sentenciosamente Mr. Robertson que hasta entonces no había pronunciado una palabra.

—Ni Alemania está tan arruinada como asegura la prensa inglesa, añadió von Veramer.

Cesarelli se frotaba las manos.

A instancias del comisionado alemán volvimos al departamento del piloto... Quería darse cuenta de ciertos detalles del mecanismo.

Von Veramer se colocó en el sitio destinado al piloto, y comenzó a mirar los aparatos con gran atención. Cesarelli, don Faustino, Mr. Robertson y yo, le mirábamos hacer sin la menor desconfianza. De pronto se vol-

vió hacia nosotros tranquilo y sonriente...

—¿Esta palanca que tengo en la mano, preguntó en español, es la que proporciona corriente a la cosmonita?... ¿No es así?

—Sí, señor; repuso don Faustino.

Aquel diablo hablaba nuestra lengua con toda corrección...

—De manera, prosiguió von Veramer, en el mismo tono suave y pausado, que si el piloto por un descuido, tira repentinamente esta palanca hacia atrás, el "Arbitro" se precipitaría en tierra con la velocidad creciente de los cuerpos pesados...

—Por cierto... Pero ese peligro es muy remoto...

—No tanto... Si cualquiera de ustedes hace el menor movimiento o pronuncia una sola palabra... precipito el aparato... ¡Lo juro por Dios!... El "Arbitro" será de Alemania o no será de nadie...

Nos quedamos mudos y paralizados de espanto. Sólo Mr. Robertson permaneció tranquilo e impassible. El pobre gringo no entendía una palabra de español.

—Tengo aquí, en el bolsillo, añadió el audaz teutón, una letra por tres mil millones de marcos, pagaderos en oro contra el Banco Imperial... Alemania los ofrece por el "Arbitro" y el descubrimiento de ustedes. Escogan pues... ¿Los tres mil millones o la muerte?

La elección no era dudosa.

—Los tres mil millones, balbuceó Cesarelli.

—Perfectamente, allí van, dijo von Veramer, arrojando a don Faustino un papel doblado en varios pliegues... ¿Está conforme?... Pues bien, ahora yo mando aquí, y el señor de Fuenzalida va a servirme de mayor de órdenes... Los otros dos caballeros permanecerán donde se encuentran... Sus vidas dependen del exacto cumplimiento de lo que voy a ordenar...

Todo esto había sido dicho en tono tan natural, que Mr. Robertson, seguía tan tranquilo e indiferente como antes.

—Ese inglés es ahora mi prisionero a bordo del aeronave. El señor de Fuenzalida irá en busca de dos marineros y procederá a atarlo de pies y manos... No... No quiero darle muerte... Una vez atado, lo arrojarán por la borda provisto de un salvavidas...

Obedecí temblando... Aquel acto tenía, sin duda, todas las características de una

canallesca traición... Pero la conciencia vacila a trescientos metros de altura, y delante de un hombre como von Veramer... Además... ¿No era él el dueño del barco?... ¿No tenía derecho a dar órdenes?...

Pintar la sorpresa y la rabia del pobre inglés, al verse amarrado, me parece imposible...

—Doy mil millones de libras por el barco! exclamó...

—Ni una palabra... dijo von Veramer, cuya mano se crispó sobre la terrible palanca... ¡Apresúrese Ud., señor de Fuenzalida!

—¡Mil millones!... ¡Dos mil millones!... Gritaba el inglés...

Sus palabras se perdieron en el espacio... No tuve más remedio que echarlo por la borda, humanitariamente provisto de un salvavidas...

—Ahora, dijo von Veramer, escuche Ud... señor de Fuenzalida... Tienen ustedes dieciocho tripulantes... Los he contado varias veces... Aquí delante de mí, donde yo los vea... pero fuera del alcance de este caballero, saltarán a tierra... uno por uno... y cada cual con su respectivo salvavidas... En seguida, será el turno de Ud... señor de Fuenzalida... Reunirá, dijo, todos los salvavidas... que serán veinte... los amarrará en el cable de la áncora a fin de poderlos izar hasta aquí... Los señores Cesarelli y Morales, continuarán a mi lado hasta Alemania... Son dieciocho horas de viaje... Allí desembarcarán sanos y salvos, si todo se cumple en buena forma... De otra manera... Ya lo saben ustedes... Y ¡cuidado con que vea un salvavidas a menos de cinco metros de estos caballeros!... ¡Cuidado también con que salga del aeronave un solo salvavidas, además de los veinte!... Estos caballeros serían entonces fusilados al llegar a Alemania.

Cumplí aquellas órdenes sin chistar... Fuí el último en abandonar el "Arbitro"... Una veintena de hombres descendían suavemente por el espacio, debajo de la maravillosa máquina...

Al llegar al suelo reunimos todos los salvavidas y los atamos al cable del áncora... Entonces un hombre apareció en la barandilla del aeronave... Era don Faustino...

—¡Largad el ancla! gritó con la bocina... Segundos después del aeronave y sus inventores volaban rápidamente en dirección al Norte...

VII

Ocho días después desembarcábamos en Cádiz. Nada se sabía aún en Europa del "Arbitro" y de sus hazañas. La guerra continuaba su curso monótono y sangriento.

Sin embargo, el cónsul alemán me proporcionó, sin pedírselo, los fondos necesarios para repatriarme, con los tripulantes del prodigioso aeronave.

Llegamos a Valparaíso y siempre el mismo silencio.

Entonces comencé a temer por la suerte de don Faustino y Cesarelli. La "Baquedano" iba a zarpar para Paseua, y conseguí del Ministerio de la Guerra que el buque me llevara a su bordo e hiciera escala en

Sala y Gómez. Quería ver con mis ojos, los misteriosos talleres en que el "Arbitro" fuera construido...

Pero nada encontramos en aquel desierto peñasco casi inabordable... Sin duda, Cesarelli y don Faustino me habían puesto, intencionalmente sobre una falsa pista...

—¿Dónde, pues, fué fabricada la terrible máquina?

Es probable que no se sepa nunca...

En cuanto al "Arbitro" y a sus tres últimos tripulantes, han desaparecido para siempre...

Quiero creer que, víctima de inexplicable accidente, el aeronave haya sido precipitado con el secreto de sus inventores, bajo las ondas del Mediterráneo...





El Drama de la Pasión

LA "SEMANA SANTA" EN OBERRAMMERGAU

Cada diez años los habitantes de Oberrammergau, pequeña aldea del Tirol bávaro, representa durante la Semana Santa el drama de la Pasión y Muerte de Jesucristo, que, desde siglos, atrae allí peregrinos del mundo entero.

De vez en cuando, durante los 270 años, se le ha agregado a la sagrada tragedia, escenas de la Biblia, desde el Edén hasta el Calvario, con el fin de recordar la cadena de hechos terminados con la muerte del Salvador.

La representación de la Pasión se hace en cumplimiento de un voto solemne, y después de tanto tiempo el espíritu religioso que lo inspiró es todavía tan fuerte, tan vivaz, que sugirió a Wagner su inmortal "Parsifal".

En 1633, la peste negra se desarrolló en Europa. Era durante la guerra de los treinta años y aquello que los soldados no habían destruido, lo assolaba la plaga. El Tirol bávaro no escapó al flagelo, que hizo estragos en la aldea de Oberrammergau, como en las demás circunvecinas. Desesperados, los habitantes

hicieron el voto de que, cada diez años, representarían los milagros y muerte de Jesús, si la epidemia cesaba. Habiendo disminuido la peste inmediatamente de intensidad, desde aquel momento se dió cumplimiento al voto, y, hoy todavía se cumple.

Más de la mitad de los habitantes de la aldea toman parte en la representación y los restantes, de cualquier manera, ayudan al éxito de esta ceremonia.

Primeramente se reproducen escenas del antiguo Testamento. La Pasión propiamente dicha, se divide en 18 actos: la entrada de Cristo en Jerusalén, el Sanhedrín, la despedida de Betania, el último día en Jerusalén, la Cena, Judas el traidor, en Getsemani, Jesús ante Ana y ante Caifás, la desesperación de Judas, Jesús ante Pilatos, Jesús ante Herodías, el Cristo flagelado y coronado de espinas, el Salvador condenado a muerte, el camino de la cruz, la crucifixión, la resurrección y la ascensión.

Puede darse una idea del texto de esta pie-

za, con leer solamente las siguientes escenas que corresponden a la repartición de las ropas del Salvador entre los soldados y a su muerte.

Catilina (mostrando los vestidos de Jesús).—Vengan, compañeros. Tomemos ahora nuestra parte. Primero, la capa (los cuatro verdugos dividen la capa en cuatro partes). La túnica es de una sola pieza. ¿La cortaremos en varios pedazos?

Fausto.—No. Echemos la suerte para saber a quién ha de caer.

Agrippa.—Aquí están los dados. Voy a probar primero. (Juega). Vean, no tengo suerte.

Catilina (dirigiéndose al Crucificado).—¡Mira, tú! ¿No puedes hacer un milagro? Entonces haz que saque un buen número. (Juega).

Los demás.—¡Perdido! ¡No lo ha escuchado!

Nerón (jugando).—¡Quince! Quizás sea bastante. Fausto, a ti.

Fausto.—La túnica va a ser mía! Echa los dados).

Catilina.—La mejor de todos: dieciocho!

Agrippa.—¡La túnica es tuya!

Josué (al Cristo).—¡Oh! rey de los judíos, si sois verdaderamente un dios, bajad de la cruz y, así, creeremos en vos.

Calafas.—Ayudó a los demás. ¿Por qué no se salva así mismo en este momento?

Nun (uno de los falsos testigos).—¡Bájate

de la cruz! ¿No dijiste que eras el hijo de Dios?

Agrippa.—¡Digno rey de los judíos!

Cristo (levantando la cabeza con una mirada de mortal angustia).—Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!

Un ladrón (el de la izquierda).—¡Si tú eres el Salvador, sálvate ahora y a nosotros contigo!

El otro ladrón (el de la derecha).—¿No temes a Dios? El castigo que sufrimos es justo; es la pena que corresponde a nuestras malas acciones, pero éste no ha hecho nada que merezca su suerte. (A Jesús.) Señor, cuando Ud. entre en su reino, no se olvide de mí.

Cristo.—En verdad, se lo digo, hoy estará Ud. conmigo en el reino de mi padre.

(María y Juan se acercan a la cruz).

Calafas.—¡Diantres! Ese habla como si fuera suyo el Paraíso.

Rabbi.—¡Cómo! ¿Su orgullo y locura subsiste en la cruz?

Cristo (en el momento de exhalar el último suspiro).—¡Madre! la confío a su hijo.

María.—Aún en el momento de morir, ¿se preocupa Ud. de su madre?

Juan.—Señor, para mí será sagrada su última voluntad.

Cristo.—Tengo sed.

Centurión.—Pide que le den de beber.

Fausto.—Le voy a dar, y pronto.

(El centurión echa sobre una esponja el



contenido de su caramañona. Fausto la acerca a los labios del Cristo en el extremo de un palo).

Cristo (agonizando).—Eli, Eli, loma sabactani.

Fariseos.—Llama a Elias.

Cristo (con penosa respiración).—Todo concluyó. Padre, pongo mi espíritu en tus manos.

(Su cabeza cae. Muere. Se oye un ruido terrible; todo se oscurece).

Los paisanos como actores y en su vida corriente

Entre cada representación de la "Pasión" corren diez años. ¿Qué hacen durante ellos, los hombres que desempeñan papeles importantes en el drama sagrado? ¿Cómo consideran la vida? ¿Qué sentimientos abrigan cuando se acerca el momento de asumir el papel que les ha sido encomendado? ¿De qué manera afecta el personaje transitorio al campesino, en su existencia diaria? ¿Qué paradojas, qué incongruencias surgen de esta oposición?

Por ejemplo, ¿cómo se porta la aldea entera con Juan Zwink, que hace el papel de Judas, y cómo se juzga el mismo durante el "receso"? ¿Y Pilatos? ¿Y, sobre todo Cristo? ¿La Virgen María y María Magdalena, qué hacen? ¿qué piensan?

La vida en Oberrammbergau es muy sencilla, y aquello que parece una paradoja a los forasteros, los habitantes, lo consideran natural y sencillo. Sin embargo, no cabe duda de que las escenas y particularidades de la representación influyen en su manera de ser, mejor dicho, la penetran, la empapan.

Puede ser que, por haber sido un buen Pilatos, fuera nombrado "Burgomaestre" de la aldea Sebastián Bauer, y puede ser que no fuera esta la razón de su nombramiento, pero no deja de ser curiosa la coincidencia que hace del gobernador romano en la pieza, el moderno gobernador de la población.

Grabador en madera en su banco, es donde, durante sus momentos de descansos, estudió derecho, es decir, la parte del derecho administrativo que lo habilita para desempeñar sus funciones—las cuales se le confieren con el carácter de vitalicias.

—Cuando yo desempeñe mi papel de burgo-maestro, dice, yo razono como pilatos no lo

hubiera hecho en mi lugar, y decido, en cada cuestión, como creo justo hacerlo; y cuando me transformo en Pilatos, hago justamente aquello que no haría como burgo-maestre: de esta manera representa bien.

Es cierto que no se agitan en Oberrammbergau los problemas que los romanos debían resolver en Judea. Allí no ocurre nada que no deba ocurrir. No existe policía, porque nunca se desobedece la ley y la vigilancia es inútil. Quizás sea el mayor deber del jefe político de la localidad velar porque el pregonero público desempeñe bien su oficio y haga conocer a los paisanos las noticias que les interesan.

Algunas veces, el pregonero que tiene ideas personales, desearía gozar de los privilegios concedidos a la prensa, es decir, usar de completa libertad cuando esto sucede, el burgo maestro no lo deja ir sólo; lo sigue a todas partes y cuida de que no altere los hechos. Si el pregonero manifiesta algún mal humor y quiere gritar para que se le oiga, el burgo-maestro grita más fuerte y la armonía cristiana no se altera por ello.

Pero cuando Bauer se transforma en Pilatos, se desquita de los nueve años de vida apagada que acaba de pasar. Es tan altivo, tan obstentoso como pudo serlo el más orgulloso romano. Tiene setenta y cinco años de edad, y principia a sentir el peso de sus dobles funciones. Fuera del tiempo de la Pasión, sus mejores amigos son Antón Long—el Cristo—y Zwink—el Judas.

No existe prejuicio popular en contra el papel de Judas, aún cuando el hecho de que Zwink lo haya desempeñado durante treinta años, parece indicar que los postulantes son más bien pocos. Zwink es pintor y en la vida ordinaria, un hombre amabilísimo; Antón Long, que hace el papel del Cristo, es quizás el que mejor conserve, en los acontecimientos diarios, algún reflejo de su papel en la tragedia religiosa.

Lang tiene apariencia, el rostro que los antiguos pintores daban al Salvador, y es el único hombre en Oberrammbergau que nunca se hiciera cortar el pelo.

Desde un año antes de la representación, todos los habitantes olvidan el camino de la barbería, y dejan crecer sus cabellos y barbas, porque no se toleran postizos, en la inmensa escena al aire libre. Pero Long no se contenta con ello, y puesto que la gente de



su aldea le hizo el honor de elegirlo para Cristo, no permite que el acero nunca pase por su cabeza.

Long es alfarero y constructor de chimeneas y caloríferos. (En Baviera éstos se hacen de ladrillos y mosaicos). Su posición de fortuna es más bien precaria, pero los frugales habitantes de Oberrammergau viven mucho tiempo con una ínfima suma de dinero.

¿Se pagan los actores de la Pasión?—se preguntará el lector.—Long, el Salvador, recibe veinte marcos por cada representación,

lo cual es enorme si se considera que Judas, Pilatos y los demás comparsas cobran un marco (un poco menos de veinticinco centavos oro).

El dinero que proviene de la venta de las localidades se emplea—después que se han sacado de él estas pequeñas sumas—en el cuidado de los caminos y de los edificios escolares, las reparaciones necesarias en el teatro; y, sobre todo, en la compra de las telas y confección de los costosos trajes llevados por los actores. Todo se hace en Oberrammergau. Exigen el trabajo continuo de veinte muje-

res durante un año. Son, en cuanto a su corte, idénticos a los usados en la antigua Palestina, y las telas se hacen venir de Constantinopla y de otras ciudades orientales. Cada artista tiene tres trajes completos, porque el drama se representa al aire libre y los vestidos están expuestos al consiguiente deterioro.

Long no desempeña ninguna función en la aldea; sin embargo se le tiene cierto respeto y confianza. Así, aunque aquellos campesinos sean gentes sanas, son bastantes frecuentes entre ellos las enfermedades del estómago y los resfriados: entonces se consulta a Long.

Este hizo de Cristo por primera vez, en 1900. Era soltero. Desde entonces, se casó, y tiene actualmente tres hijos.

No hubiera sido raro que la madre de Cristo fuera representada por una mujer de cierta edad. Pero se ha convencido definitivamente en que había de ser una joven soltera. Por esta razón, nunca es la misma la que, en dos décadas sucesivas, hace el papel de la Virgen: el matrimonio es, en general, el impedimento para una nueva elección de la misma niña, pero es de notar que las dos últimas que hicieron de "Madre del Salvador" se han hecho monjas.

No puede decirse que tal regla sea muy popular entre el joven elemento masculino de Oberrammergau, puesto que cuando una novia tiene la esperanza de que la eligen por "Virgen María", atrasa el momento del casamiento.

En la última representación, fué Otilia Zwink, la propia hija del "Judas", quien desempeñó el hermoso papel.

Ya mencionamos la costumbre de los habitantes de aquella parte del Tirol bávaro de dejarse crecer el cabello y la barba mucho antes de la época de la representación.

En efecto, no se admiten postizos ni nada artificial. La pintura no se admite para dar la ilusión de lo real.

No se emplea el gas, ni la electricidad, ni otro de los inventos modernos, sino antorchas, y aún pocas. Los pájaros que se ven revolotear, son verdaderas avecillas, y así también las mariposas y abejas. Aún las golondrinas que describen círculos alrededor del Salvador mientras está en la Cruz, son también verdaderas golondrinas.

La preparación de tan completa reproducción del Sagrado Drama, dura un año, pero puede decirse que, en los últimos seis meses,

los habitantes de la aldea abandonan sus habituales quehaceres para no ocuparse más que en ella.

Uno se pregunta, al ver este afán de realidad: ¿Y la crucifixión también se repetirá exactamente?

Es la única simulación permitida. Antón Long permanece veintidós minutos en la cruz. A su lado, están los dos ladrones. El Cristo parece tener las manos sujetas con clavos, mientras los ladrones están atados de pies y manos, según la manera antigua. Long lleva una malla color de carne, debajo de la cual está una especie de amplio cinturón, y en lugar de los homoplatos, dos fuertes ganchos se prenden en dos aros, clavados en la cruz. Sus pies descansan en una estrecha tablilla. Sus puños se atan imperceptiblemente a los brazos de la cruz. Se hunden los clavos dentro de los dedos, torciéndolos de manera que la cabeza descansa en la palma, dando la ilusión de que en ella penetró la punta.

El teatro al aire libre en el cual se representa la Pasión, puede contener cuatro mil doscientas personas: la escena queda en una media obscuridad, pero la luz del sol se extiende alegremente sobre los espectadores.

La impresión que se recibe de todo ello, es de espanto y de terror.

Cuando el Salvador recibe en el costado la herida de la lanza—aún cuando se sepa que, en este caso, se trata de un artificio, la impresión es muy fuerte: la punta de la lanza es hueca y llena de un líquido rojo, que se derrama en el momento en que se apoya el fierro en la carne de Cristo—del auditorio se levantan sollozos y gritos de dolor y compasión.

Los papeles para la Pasión los reparte el Concejo de la comuna en una sesión especial, y no se admite reclamación alguna.

La vida en la aldea durante las representaciones

Después de haber llegado en el tren de un "confort" verdaderamente moderno que lleva de Múnich a Oberrammergau, y paseado por las calles trazadas entre pequeñas y raras casas adornadas con estatuas de santos de madera, con sus puertas de maeizo roble maravillosamente esculpidas, sus ventanas, en cuyo marco el buril labró las escenas culminantes de la Santa Escritura, uno puede, si

ha tenido la precaución de pedirles alojamiento de antemano, dirigirse a la casa de los Apóstoles, de Herodes, de Pilatos, del amable Judas, y aún de Cristo. Si no, tendrá que pedir la hospitalidad a los soldados romanos, al pueblo judío, quizás a Adán y Eva, o Caín y Abel, o bien a Noé y los demás patriarcas. Es lo único que puede hacer el viajero, cuando no ha tenido la suerte de que se le reserven piezas en el "Wittesbocher Hof", el único hotel de la aldea, cuya capacidad, bien se comprende, no está proporcionada con la clientela que le trae 'el año de la Pasión'.

Del mundo entero, centenares de peregrinos se dirigen a Oberrammergau para asistir a la representación, y la dificultad del hospedaje produce cierta confusión mental en aquellos que atrae, más que la curiosidad, el sentimiento religioso. Es difícil mantener el fervor que había hecho nacer el vívido recuerdo de la Gran Tragedia, cuando, por la mañana, María Magdalena sirve el chocolate, o bien cuando se sienta uno frente a Pedro el Apóstol.

Es preciso, allí, volver a la sencillez de alma del campesino y del niño.

—Buenos días "herr", dice Judas, ¿quiere probar mi tabaco?

Después de cada representación no deja de ser curiosa también la discusión entre Pilatos, Judas, Pedro y Tomás el Incrédulo, en la gran sala del "Hof". Y, sin embargo, la gran mayoría de los presentes no reparan en esas incongruencias. Bávaros, tiroleeses, suizos, esperan el año de la Pasión como los musulmanes el de una peregrinación a la Meca.

Los turistas, los que van a la Pasión de

Oberrammergau, como van al Carnaval de Niza, no influye de la manera de pensar de esa gente... que, sin embargo, sabe aprovechar la feliz oportunidad.

Los habitantes de la aldea no pasan de 440 y, sin embargo en 1910, más de 190,000 personas fueron a ver la representación.

Para que tan numerosas personas puedan asistir a ella, hay que repetirla hasta sesenta veces, lo cual hace durar cuatro meses la "Semana Santa" de Oberrammergau; pero, salvo en los días consagrados por la religión, la representación se verifica solamente en los días de fiesta, los domingos y miércoles.

Los turistas buscan sobre todo alojarse en la casa de los principales actores, y especialmente en la del "Cristo".

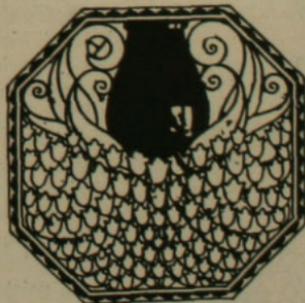
Muy pedida también fué la de Judas, ese año, en que la hija de Zwink hizo de María Magdalena.

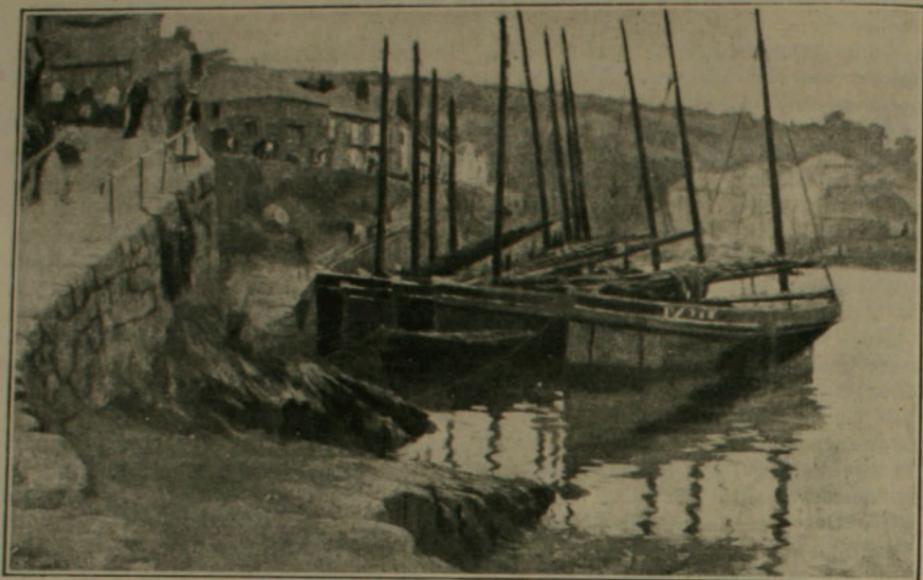
En general, el precio diario de la pensión varía de \$ 3.50 a \$ 5.50 por día.

La vida en Oberrammergau es sencilla y los campesinos no alteran sus costumbres bajo la influencia de sus visitantes. Piensan que aquello con que se contentan ellos, igualmente es bueno para los peregrinos, y el ofrecimiento de una buena suma de dinero no alcanza a hacerles variar de parecer.

Por otra parte, la especulación no se ha apoderado todavía del extraño y grandioso espectáculo, y los asientos en el teatro, cuestan de cincuenta centavos a dos pesos.

Allí se observan ciertas reglas. Las mujeres se quitan el sombrero, y no es permitido aplaudir. Lo único que se permite—y sería imposible impedirlo—es el homenaje de las lágrimas.





La Nochebuena de Antón

Por

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Con ilustraciones fotográficas

Cuántas memorias y cuántas
remembranzas de alegría,
de pena o melancolía,
Navidad de Dios, levantas
en la esteril vida mía.

¡Oh bendita tierra aquella
que es en el medio del mar
lo mismo que una doncella
a quien durmiendo una estrella
bajó en la frente a besar.

Dulce niñez tan distante,
como el ayer tan cercana
siempre te tengo delante
más leve que una mañana
y más pura que un diamante.

Santa Navidad del Niño,
te celebran en Aneud
mar y tierra con cariño:

el mar se viste de armiño
y salmodia en su laud.

La tierra... La Isla entera
se perfuma y se enguirnalda,
bate al viento su bandera
que es la inmensa cabellera
de los bosques de su espalda.

Y en el cielo azul la luna
silenciosa y blanca oficia:
modular parece una
virginal canción de cuna
con sus labios de novicia.

Las campanas... ¡Qué alborozo!
con sus lenguas de metal
dicen palabras de gozo
como la esposa al esposo
en la dulzura nupcial.

Hay en todo, hasta en el aire

una alegría infinita,
y en la hoja que al desgaire
de las auras al socaire
dulcemente se marchita.

Ríe la brasa encendida,
en el hogar hecho un ascua,
con el manjar que convida
para engañarnos la vida
con la algazara de Pascua.

De todas mis Navidades,
las de mi tierra; no hay otras...
Ya no hay en mis soledades
sino penas y saudades
por aquellas... por vosotras.

Era Antón un buen fletero.
Treinta años, tal vez; no más.
Rostro y ademán severo,
ancho el torso, y el primero
y el más fuerte capataz.

Recio cargador de bultos,
todos le fueron livianos.
Para vengar los insultos
de los audaces y estultos,
dos mazas fueron sus manos.

Era bueno Antón, muy bueno,
taciturno y reflexivo;
alma sin hiel ni veneno;
humilde a veces o altivo,
de todas ternuras lleno.

El ancho mar, su elemento,
le ensanchaba el corazón
y en su bote, vela al viento,
se sentía más contento,
más que un rey, el buen Antón.

Corriendo los ventarrones
cien peligros desafiaba
sobre la testa más brava
del rebaño de leones
que se enhiesta, muge y clava.

Y cuando ya al fin las olas
se rendían a su embate,
oían las playas solas
las serenas barcarolas
de Antón después del combate.

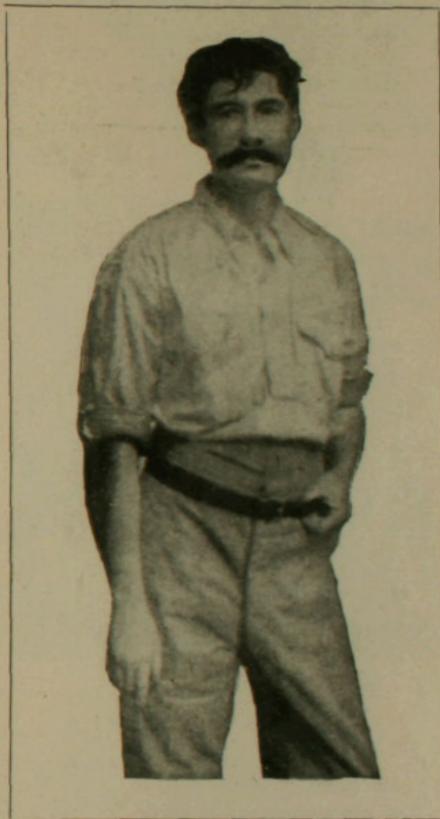
Otras veces, hito a hito
miraba al mar largamente,
callado, serio, contrito,
como bebiendo infinito
en el mar que tiene al frente.

Parecía hablarle, acaso,
al mar, en su lengua ruda
de algún hondo y grave caso
que ha tiempo salióle al paso

y que hoy le tiene en la duda.

Tal vez amor mal pagado
de alguna hermosura isleña
más esquiva y zahareña
porque otros la han adorado.
¡Dura ingrata con quien sueña!

Mar distante, mar amigo,
mar de inmenso corazón,
mar confidente, te digo



que hoy quisiera estar contigo
igual, lo mismo que Antón.

Es que era bella la Sole,
trigueñita de ojos claros,
y como granada abierta
la roja flor de sus labios.

Sus ojos no eran dos ojos,
eran dos redondos clavos

que se clavaban adentro
y sin poder remediarlo.

En la barbilla un hoyuelo
—¡oh Virgen de los milagros!—
que incitaba con locura
a quererlo y a besarlo.

Los alcores de sus senos,
tan duros que no temblaron,
parecían estar hechos
de jaspe i mármol rosados.

Al andar Sole tenía
que mostrar los pies enanos
y un poco de pantorrilla
de otros mármoles sagrados.



Qué mucho, pues, que la amaran
los mozos y veteranos,
si era el fruto de la playa
más rozagante y lozano.

Y ella loca y retozona
en la gloria de sus años
si dió a los unos berrinches
sin mala intención fué el daño.

Qué culpa tuvo la pobre
de su gentileza y garbo,
si partirse no podía
entre tanto enamorado.

Si era tan linda la Sole
que hasta el mar de los ribazos

le murmuraba requiebros
en las frescuras del baño.

¡Oh mar, tú tan sólo, solo,
la tuviste entre tus brazos,
aquella carne estatuaría
de alabastro iluminado.

—Me muriera—dijo un día,
un día al verla pasar,
el buen Antón y reía
con una melancolía
que eran ganas de llorar.

Con más razón—¡Me muriera!—
cuando supo que una vez
a Sole alguno la viera,
sonriente y traicionera,
con un oficial inglés.

Mientras estuvo el buque anclado
y el oficial en la playa,
anduvo Antón afanado,
y ni un momento desmaya,
a remo y vela, embarcado.

Sin descansar en la estiba
un día y otro pasó,
y en la noche fugitiva
en su bote, abajo, arriba,
en tierra nunca durmió.

Hablaban los otros mozos,
y más de alguno asegura
que padece Antón locura
cuando revienta en sollozos
el volcán de su amargura.

No saben que hace dos meses
Sole más engañadora,
no esquivo como otras veces,
le dijera:—“Espera ahora
que como esposa me beses”.

Y él a juntar entretanto
duros, pesos y esterlinas
relucientes, rubias, finas,
y a gozar del tierno encanto
de sus promesas divinas.

Y luego la puñalada
inmerecida, a traición,
a aquella alma enamorada
que nunca nadie anonada,
el alma buena de Antón.

El mar su amigo es el solo
confidente de la pena
que le estrangula y le llena.
el mar que sabe del dolo
que han de hacerlo en Nochebuena.

¡Oh mar azul de misterio,

gran pupila taciturna,
de tantas lágrimas urna,
salmodias como un salterio
en tu soledad nocturna.

En su buque se fué el gringo,
mas dijo que volvería
en Nochebuena sin falta;
y faltan tan sólo días.

El bosque está florecido
de rosales y de lilas,
de madre selvas y mirtos
y de quilinejas finas.

A brazadas van con flores
a las iglesias vecinas
a la novena del Niño
los devotos y las niñas.

Las cornetas de los chicos,
de quiscales de hebra lisa,
rompen la paz y el sosiego
y en las calles desafinan.

Se oyen besos en los aires
y suspiros en las brisas:
ansias de amar y morir
en explosiones de vida.

Hasta el viejo mar lejano
canta sus viejas marinas
con una voz remozada,
intermitente y tranquila.

Algo de extraño se anuncia,
algo de extraño palpita
en las flores y en las almas,
en el músculo y la fibra.

Caldeadas pasan las ráfagas
de luces, de sol, de vida.
Pero Antón lleva por dentro
sangrando abiertas heridas.

Nadie sabe y él lo sabe
por qué de nuevo es esquivo
Sole, la airosa trigueña,
seductora y fementida.

Nadie sabe y él lo sabe
que su vida está perdida
y disimula sabiendo
que se le acabó la vida.

En esta noche tan bella
en que parece que Dios
iluminó cada estrella
con una nueva centella,
oid que se hablan los dos.

—Sole, tú no eras así—

le dice temblando el mozo,—
¿Qué motivos yo te dí?
¿Es que acaso te ofendi
con ofrecerte tu esposo?

De ayer a hoy has cambiado.
Ayer me dijiste, ayer:
—Por el beso que te he dado
tú serás mi desposado
y yo seré tu mujer.

Ella no habla, muda, calla;
turbada escucha el reproche.
Quién sabe qué honda batalla
en su alma violenta estalla,
en el silencio y la noche.



¡Oh negros remordimientos
de traiciones rebeladas,
alevosas puñaladas
en los martirios sangrientos
de las almas traicionadas.

El entonces a más se atreve
y le enrostra su doblez.

Su voz se trunca y conmueve
al decirle en tono leve:

—¡Te da más plata el inglés!

Pero oye bien lo que digo:

Un día recordarás
que fui tu mejor amigo
y al querer volver conmigo
junto a ti no me tendrás...

Apenas ella levanta

la cabeza. Su emoción
le estrangula la garganta...
parece su angustia tanta,
que la abraza el buen Antón.

Y en un arranque sublime,
a la indecisa penumbra,
en su frente un beso imprime...
Pasa el aura leda y gime
y otra dulce estrella alumbra.

Días después, Nochebuena
con sus risas, con sus cantos.
Toda la ciudad se alegra,



se alegran todos los campos,
bendiciones dan los cielos
con sus centillones de astros.
Hasta los vientos suaves
van riendo, van cantando
en una lengua inaudita
sus antifonas y salmos.
Las almas de los que fueron
tal vez lleva el viento vago,
almas que acaso descienden
a entristecerse mirándonos:
se columpian en las ramas
de arrayanes y retamos.

como en hamacas se mecen
en los laureles más altos.
La luna más grande y blanca
en globo azul de alabastro
ilumina el mar dormido
en un resplandor plateado.
Y pasa el río Pudeto
mansamente viboreando
y sus ondinas se peinan
mirándose en los remansos:
son sus cuerpos de azucenas
de plumón de cisnes raros,
y dos garcetas dormidas
son sus altos senos albos...
Dulces garcetas dormidas,
quién pudiera despertaros...
Ancud no duerme, que espera
la santa misa del gallo,
y por esperar al Niño
se ha puesto toda de blanco
con el fulgor de la luna
que arriba del campanario
de la Catedral, parece
que a descansar se ha posado.
De repente rompe el aire
en un alegre rebato
el repique de campanas
para la misa del gallo.
El repique se desgrana
cada vez más exaltado.
Las cornetas de los chicos,
sus voces, gritos y cantos,
sus tambores y cencerros,
marcan el punto más alto
de la alegría que estalla
con sus furores sagrados.

En la dársena, en el puerto,
una que otra embarcación
sobre el mar dormido o muerto.
A la playa, el paso incierto
encamina el buen Antón.

Piensa en su negro destino
que de un solo golpe trunca
su sueño tan peregrino;
bebe más su amargo vino
y suspira más que nunca.

De un peñón sube la escarpa
y de ahí contempla arisco
una balandra que zarpa,
y escucha del viento el arpa
tendido ahí sobre el risco.

Y va aumentando la pena

con que lucha su alma absorta
un cantar de Nochebuena
con que el aire azul se llena
y a la alegre vida exhorta.

Piensa que Sole le miente,
no arrepentida, otra vez.
Siente abrasada su frente,
más el odio, más ardiente,
por el intruso, el inglés.

Acaso en el mismo instante
ya se entregó la traidora...
La vida para él delante
nada tiene que le encante,
nada tiene desde ahora.

Y el cantar alegre suena
a compás de un acordeón.
El cantar de Nochebuena
así dice a la honda pena
que está consumiendo a Antón.

“—La Nochebuena qué linda,
qué llena de luz y paz;

su dulce licor nos brinda
en unos labios de guinda
que se ofrecen más y más”.

“No hay que amargarse los días
con las cuitas del dolor...
Me mato las penas mías
con las fuertes alegrías
de un amor tras otro amor”.

Y Antón más y más arisco
porfiado ahonda su cuita
en esta calma infinita,
y así parece en el risco
una estatua que medita.

Conclusión

Después se oyó el golpe seco
de una caída, y no más.
El mar hizo un largo fleco
y se cerró sin un eco...
Y no se vió a Antón, jamás.



LA HOSPITALIDAD en Chile con los viajeros distinguidos

Artículo de M. John
W. Restless.

Traducido para
"Pacífico Magazine"
por Angel Pino.

Dibujos de Delano



Todos mis lectores recuerdan el ilustre político, profesor de álgebra, Ministro de Estado y fabricante de jarabes medicinales, que nos visitó el año pasado en el mes de noviembre para estrechar la unión de Chile con los Estados Unidos y substituir, de paso, las drogas alemanas por la de su fabricación y que echó al mismo tiempo las bases de un intercambio de señoritas de Santiago con San Francisco y prometió enviar a la Quinta Normal dos ejemplares del árbol del sandwich que tiene la particularidad de dar como fruto torrejitas de jamón, de queso y hasta salmón ahumado entre rebanadas de pan.

Sí; todos tienen presente el anuncio de su visita hecho como tres meses de anticipación, la sorpresa manifestada no obstante por el Gobierno al saber que iba a llegar Mr. Restless, a los Andes, la falta de un cuarto limpio de hotel para albergarlo, las comisiones nombradas para requisicionar una casa amoblada, el banquete consabido en la Escuela Militar con aperitivo de marcha de cadetes, el inevitable banquete en el Club de la Unión y la comida en la Moneda. El ilustre sobreviviente de esta hospitalidad pintoresca y siempre igual, ha escrito en "The Blanderbuss Journal" de Filadelfia una relación de su viaje, de la cual escogemos para

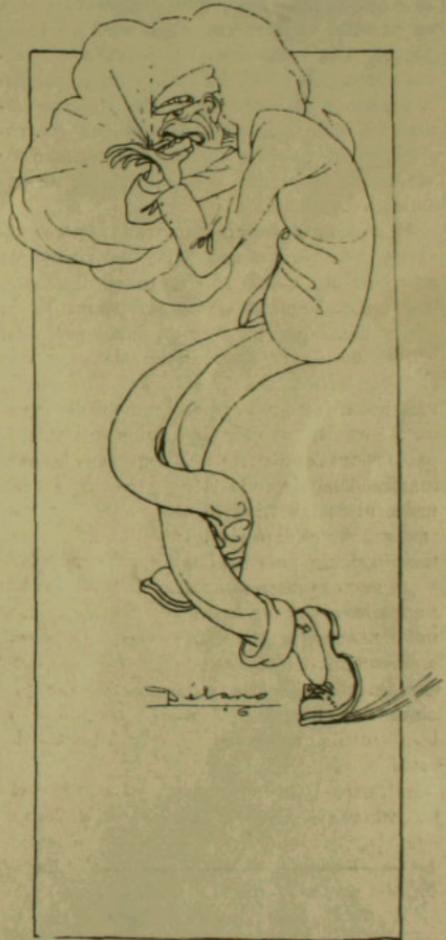
nuestros lectores algunos párrafos literalmente traducidos.

"Mi gobierno había dado aviso de mi llegada a Chile por la vía cordillera. El Ministro Figueroa me advirtió en Buenos Aires que encontraría en los Andes (al pie de la cordillera), un tren especial con un vagón de lujo y otro para la comitiva designada para atenderme, por ese hospitalario gobierno. Llegamos en el ferrocarril transandino, que no es absolutamente cómodo, muy impacientes por ocupar asiento en un coche más confortable. Pero la soledad absoluta de la estación de la pequeña aldea de Andes nos reveló que las promesas del señor Figueroa habían quedado sin cumplimiento. Partía hacia Santiago un tren de carga y el conductor tuvo la amabilidad de ceder a la petición de mi intérprete que pronunció pocas palabras y movilizó otras tantas libras, y nos permitió entrar al vagón de equipajes en que iban nuestras propias maletas. Nos colocamos sentados sobre dos barriles y fuimos descubriendo poco a poco la variedad infinita de animales y de mercaderías que iban corriendo nuestra misma suerte. En un gran cesto de mimbres se agitaban violentamente por respirar doce gallinas y un gallo. Mi secretario abrió la cubierta para que cada prisionero sacara la cabeza a la luz. Nos hicimos la ilu-

sión de que esas aves agradecidas, que nos hacían venias y se picoteaban unas a otras, formaban la comisión chilena que nos recibía. Después de haber marchado un buen trecho de camino, sentí cierta humedad en el sitio en que venía sentado. Seguro de mí mismo, atribuí esta liquidación o vertiente, al mismo barril. En efecto, había ido brotando a la superficie un calco espumante y de olor acre. Se me dijo que era la famosa chicha del país; debo, pues, reconocer que tomé contacto con ella por un punto muy apartado del verdadero conducto para gustarla. Pero, a pesar de las novedades que a cada momento nos revelaba el derrumbe de los bultos dentro del vagón, y de las bellezas del paisaje que habríamos admirado más entusiastamente desde un buen asiento de resortes, el hambre nos apretaba hasta llegar a estrangularnos. Llegamos a cierta estación del camino, cuyo nombre no tengo interés de salvar del olvido, mi secretario descubrió unos panes gordos con el borde encarrujado que parecían muy calientes y estaban abrigados como en un lecho dentro del canasto de la vendedora y de una servilleta medianamente sucia. Mi secretario sabía algunos nombres del país y me dijo alargándome uno de estos panes: *tortilla*. Yo di un mordisco ávido a la mitad del pan y lancé un grito. Fuego y lava derretida había en el interior de la traidora tortilla, o mejor dicho, sebo fundido a una alta temperatura, porque mi pobre traje de turismo ha quedado hasta ahora luciendo el ehorro que lo bañó desde el primer botón del cuello hasta el borde inferior de los pantalones. Mi secretario gritaba más que yo diciendo: "¡cazuela, cazuela!" y reclamaba a la vendedora en tono amenazante. El conductor nos dijo que era un guiso del país que se llama empanada y que realmente consiste en poner un plato de cazuela muy caliente dentro de una marraqueta, originalidad que no es imitada desde lejos en ninguna parte del mundo. Ahora, mientras escribo estas líneas, un año después de mi regreso de ese país, cuando me pongo este traje, todos los perros del vecindario acuden a lamerme. Entonces me doy vueltas por la parte que estuvo en contacto con el barril de chicha y todos huyen. Son dos olores que se rechazan y realmente los chilenos beben chicha para aplacar la explosiva empanada. Sus manchas son refractarias a la soda cáus-

tica y a la trementina. En el país se conoce un poderoso ingrediente indígena que se obtiene de la corteza de un árbol y se llama "charquicán", (1) ataca estas manchas.

En la estación de Santiago, cuando ya no los necesitábamos, encontramos a tres miembros de la comisión cubiertos con sombreros de copa y a un oficial de aspecto alemán que



parecía un muñeco de Guignol por lo tieso e inflexible en sus movimientos. Dió muchos tacazos contra el pavimento; pero supo decir muy pocas palabras apropiadas en inglés, suplía la deficiencia del idioma con accesos de tos. Era ayuda de campo del Presidente

(1) Es un error de la memoria; debe ser "quillay".

de la República y nos acompañó al alojamiento en un carruaje de resortes muy suaves. En el camino comprendí que estos resortes son hechos para evitar al extranjero que llega, la sorpresa de ciertos pavimentos detestables.

El alojamiento era simpático, un hotel alquilado entero por el Gobierno, según me pareció; porque no había más alojados en la casa. Estaba amoblado con cierto gusto, en algunos cuartos con elegancia; en todas partes, más como mansión privada que como verdadero hotel. El baño estaba bastante separado del dormitorio. Los chilenos llaman su baño semestral *de aseo*, en contraposición al nuestro, diario, que estiman de placer, de costumbre y quien sabe si de enfermedad.

Deseábamos dormir temprano; pero tuvimos que recibir una serie de visitas de personas que venían a darnos explicaciones por las deficiencias de la recepción. Es la costumbre. Llegó primero un funcionario del Ministerio de ferrocarriles a decirnos que el tren especial había sido enviado efectivamente a los Andes; pero con mucho atraso. Se estaba investigando quién era el culpable para castigarlo. Es también la costumbre de decir todo esto; pero no se hace nada, ni se investiga ni se castiga. Este es un clima templado, un país benigno y una organización de compadres, primos hermanos y cuñados: lo único efervescente es la cazuela encerrada en tortilla y la chicha en barriles. También entró al salón un jovenecillo, el introductor del Ministerio, a decirnos que no había alcanzado a lle-

gar a la estación, porque tenía una tía moribunda. También es la costumbre; este funcionario *no llega* y siempre tiene una tía enferma. También llegó un joven periodista a preguntarme qué me había parecido el trayecto y si había tenido tiempo de ver ya soldados y mujeres chilenos. También es la costumbre. Contesté que el país me parecía llamado a un gran porvenir: que había notado mucho unidad de raza. Me preguntó si había podido ver la agricultura en Pirque, le expresé que acababa de llegar al país en ese mismo instante. A pesar de la respuesta se extrañó de mi lentitud. En ese momento el mayordomo puesto a mi servicio me dijo en secreto que me llamaban por teléfono con urgencia. Un individuo pronunciaba palabras desconocidas para mí, algo de Bolsa y de comprar y vender. Debía ser una equivocación. Cuando todos los miembros de la comisión y las personas que se habían ido a excusar de algo, salieron, el mayordomo me presentó un papel. Era una cuenta por alumbrado eléctrico. Me pareció excesiva prisa en cobrar la media hora de consumo que llevaba y pedí que me juntaran a lo menos el gasto de cada día; pero descubrí que la cuenta estaba a nombre de un don Pedro Unzurrunzaga y respondí que se trataba de una equivocación.

En fin, avanzada ya la noche, pude colocarme en una ancha cama matrimonial y dormir. Soñaba con la desierta cordillera nevada, con el transandino que pujaba por treparla, con el vagón de equipajes y gallinas, con mil pequeñas incidencias del viaje. Soñaba aún con ladrones. Me





parecía que alguien abría a esa hora de la noche la puerta de mi dormitorio y que penetraba en puntillas sobre la alfombra. Una voz muy queda decía: “¡Mamá!” Recordé mi infancia con la rápida traducción de esta suave palabra familiar que designa a la madre y me lanzaba de nuevo a otras fantasías cuando real y positivamente una mano se posó sobre mi cama. Salté, di vueltas el conmutador y vi delante de mí, con ojos de espanto, a un joven que venía del campo al parecer y traía una pequeña maleta en una mano: Ambos nos interpelamos, él en su idioma y yo en el mío; pero estoy seguro que nos preguntábamos la misma cosa: “¿Qué hace Ud. aquí?” Sin embargo, la pregunta de mi extraño visitante era más larga y mi escaso español me permitía percibir varias otras: “¿Cómo está usted ocupando la cama de mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde está usted? ¿De dónde viene Ud.?” Todas estas últimas preguntas las había leído en un libro llamado “Frasas usuales en castellano”. Pero no recordaba haber visto la respuesta y aún conociendo la respuesta no habría sabido cómo responder, ni si debía siquiera responder a todo eso que parecía ofensivo para mí y para la señora a quien se le daba el respetable ca-

lificativo de “madre”. Grité a William, mi intérprete, que acudió en *pijamas* y es extraño de ver plantado allí, al lado de mi cama, a ese señor maleta en mano y con sus paraguas bastón y chal enrollado en la otra, como si fuera mi catre la sala de espera de una estación de ferrocarril. El intérprete fué recibido con otra mirada de asombro del joven. Dejó caer sus bultos, retiró su sombrero y se pasó la mano por el pelo como para recobrar el equilibrio. “Está borracho”—le dije a William—y ha penetrado por equivocación por el fondo de la casa. Entréguele a la policía y déjeme dormir”. Pero al comprender el visitante que mi secretario sabía su lengua comenzó a hablarle con mucha rapidez y William de pronto lanzó la más estrepitosa carcajada, después se dejó caer a los pies de mi cama, lo que excedía sus funciones de intérprete, y allí saltaba todavía como un epiléptico. Yo comencé a reirme arrastrado por el contagio y también se rió nerviosamente el joven.—“¡Pero, vamos!—dije en voz alta.—¿Qué ocurre? Ya es tiempo de explicarse”. ¡Oh! Queridos lectores, la hospitalidad chilena es sencilla y patriarcal; pero reserva sorpresas infinitas. Escuchad. La casa que yo creí hotel era la habitación de propiedad de los padres del joven que estaban allí a mi lado, de una rica familia Unzurrunzaga, que tiene una de las pocas casas habitables



de la ciudad y debe prestarla al Gobierno cada vez que llega un huésped oficial. El joven no sabía una palabra de mi llegada ni de la entrega de su casa al Gobierno. Venía del campo donde había estado una semana y había abierto como de costumbre la reja de la calle y la puerta del vestíbulo con las llaves que llevaba siempre en la cadena de su reloj. Habitudo desde la infancia a saludar a su madre aunque durmiera, entró al dormitorio y casi sufrió un síncope al ver en el gran catre Luis XV a un norteamericano. El caballero estaba rojo de vergüenza y quería partir rogándonos guardar el más absoluto secreto. Pero yo exigí en cambio que se quedara esa noche en la casa y ocupara su mismo dormitorio. Era huésped del Gobierno de Chile y él sería huésped.

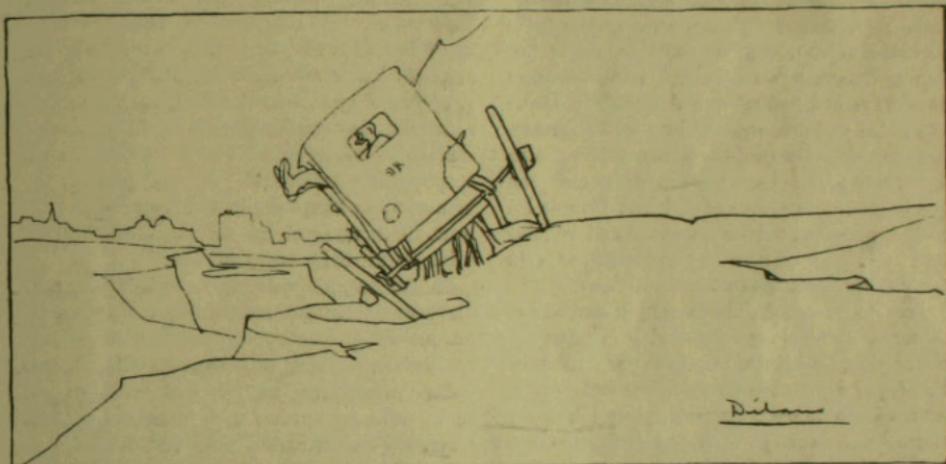
La cuenta de la electricidad, los llamados telefónicos, todo eso me revelaba la incomodidad que debía sufrir el caballero desalojado de su casa y obligado a ocupar otra. Se me ha dicho que en el Centenario media ciudad se fué a vivir en las casas de la otra mitad para dejar locales desocupados a los visitantes extranjeros. Se agrega que los hoteles son sucios por regla general y que eminentes naturalistas han aislado numerosos microbios en Europa, desconocidos, en las ropas de sus camas.

Atravesando densas nubes de moscas y de polvo, nos presentamos a la mañana siguiente a visitar al Presidente. Noté que la municipalidad no retiraba sino la mitad de las basuras de las calles. La otra mitad, se la traga el vecindario al respirar. Una parte sirve, sin embargo, para hacer vivir a los perros libres, a la gran cantidad de perros *res mullins* que muerden al primer transeunte, en vez de ceder al primer ocupante, como dice el código, de lo que no pertenece a nadie. Es digno de notarse que, a pesar de la poca agitación del público que circula en las veredas, los transeuntes se dan encuentros, se pisan los pies, se hieren el rostro con los paraguas y jamás pronuncian una palabra cortés de excusa o de perdón.

Pero la gran sorpresa que revela esta pintoresca ciudad es su pavimento. Hay tres clases de pavimentos: el sistema antiguo, carencia de pavimento; el sistema intermedio, puntas hacia arriba, que fué seguramente el pavimento de los indios; y el moderno, de

la imitación papagayesca, el asfalto Trinidad con falsos profundos a distancias irregulares. Los santiaguinos no tienen necesidad de esas grandes salas de aparatos de masaje donde hay máquinas para dar golpes en los riñones, en el abdomen, pasar ruedecitas por la espina dorsal, frotarse con un engranaje los pies o martillarse con mazos de madera las nalgas voluminosas. Basta correr dentro de un coche por estas diversas clases de pavimentos teniendo cuidado de no poner la lengua entre los dientes. La sensación es variada y completa; sacude el cuerpo, lo bate, lo mueve horizontalmente, verticalmente, le da contra el techo, contra

disponen: los ojos. Divisó una señorita que aparentaba tener edad, que parecía disfrazar sus años con un traje infantil, contener las expansiones del cuerpo con una coraza de barbas de ballena y llevaba las puntas de sus pestañas destilando pintura negra y los labios duplicados por una raya de Ripolín rojo colocada fuera de foco. Esta criatura miraba con todos sus ojos, y de tal manera, que creyendo mi secretario que deseaba vehementemente hablarle, se le acercó para invitarla a almorzar para el día siguiente. Se produjo un pequeño escándalo; la señorita era hija de un senador, hermana de un diputado, prima de un canónigo, sobrina de



el piso, contra el frente, contra el respaldo, lo deja en el aire, lo precipita, lo lanza, lo detiene. ¡Que no se cambien jamás esos sistemas de pavimentos! Los santiaguinos debben su malhumor, es verdad, a estos golpes; ¡pero qué vigor espontáneo presta a un vago aficionado a la vida sedentaria y qué práctica esa cazuela de sebo fundido, dentro de la caparazón de tortilla endurecida en las bases!

A mi secretario le ocurrió un percance al día siguiente de nuestra llegada a la capital de la República. Fué conducido a un paseo público y social que consiste en darse vueltas alrededor de una estrecha plaza, llamada *de armas*, seguramente porque allí esgrimen las mujeres la más poderosa de que

un general y novia de un Ministro, es decir, lo más distinguido, aristocrático y severo del país. ¿Por qué se pintaba? ¿Por qué miraba así a un extranjero? Es la costumbre; hay que estar prevenido para no sufrir decepciones o bastonazos. El paseo es pintoresco: las señoritas giran en un sentido, los jóvenes en el opuesto y las madres se ocultan en el jardín a hablar de remedios. La droga es una necesidad para todo chileno. No hay caballero que no esté tomando unas píldoras de moda ni señorita que no se esté poniendo inyecciones de medicinas terminadas en *ato* como caecodilato, metarsinato, bicarbonato y capagato, ni señora que no se está aplicando un régimen acabado de llegar por el último correo. Yo aconsejo a los jó-

venes farmacéuticos de los Estados Unidos establecerse en Santiago de Chile. Un tónico inofensivo, bien administrado y caro de precio puede hacer una fortuna. La clientela es dócil y hay que redactar los avisos en tono vigorosamente imperativo. Unos fabricantes franceses ordenaban por esa fecha: "Jubolizad vuestros intestinos" y la sociedad entera no hacía otra cosa que jubolizarse a todo escape.

Es también digno de observación el abuso del aperitivo en los bares y centros sociales de esta ciudad tan peculiar. Para conocer a ciertas personas hay que inyectarse un litro de diversos alcoholes mezclados con azúcar, clara de huevo, ácido de limón, canela y raspadura de naranja, divididos en pequeños vasos de valor de un peso moneda corriente cada uno. Cuando ya se está vecino a la ebriedad se sabe más del cambio, de la política y del verdadero valor de las acciones de ciertas compañías que después de leerse todos los infolios que regala el Gobierno. Algunas de estas bebidas tienen sabor y olor a farmacia y así se explica el placer con que lo gustan los jóvenes chilenos. Uno de los coctails en boga debe contener una regular dosis de ietiol y otro seguramente no está exento de ipecacuana.

Cuando ya comenzaba a simpatizar con el excelente clima de esta ciudad y el buen carácter de sus habitantes, tuve una incomodidad que duró poco tiempo. Veníamos en la mañana, de regreso de una excursión a los alrededores, cuando divisé un enorme carruaje fúnebre, imperial, con suntuosos penachos que se mecían al viento, seguido por muchos kilómetros de carruajes de lujo, entre los cuales podía contarse una docena de automóviles. Era seguramente el cortejo fúnebre del Presidente de la República o del más grande hombre que lo siguiera en dignidad y méritos. Resolvimos correr al hotel y vestimos de negro como si fuéramos deudos del difunto. Era indudable que siendo sido presentados a los hombres más conspicuos, y atendidos por casi todos ellos, debíamos conocer al muerto. Seguimos, pues, con rapidez al Cementerio donde con la cabeza descubierta escoltamos el ataúd hasta el fondo del recinto. Pudimos admirar la simplicidad de ese grande hombre que mereciendo una carroza que no tienen los más grandes reyes de la tierra, no era dueño de

un pedazo de suelo siquiera y caía en la fosa común envuelto con los humildes.

(Según se nos explicó después, ese carro es usado por todo el mundo y el muerto era un excelente cortador de sastre, vecino a nuestro hotel. El chileno se consuela de vivir pobre y de rodar en malos vehículos, muriendo con ostentación y usando ruedas con llantas de goma para ir hasta la última morada).

La santiaguina es esclava de la moda. Aunque sus vestidos sean útiles los cambia según las revistas extranjeras; aunque el nuevo modelo destruya su belleza se sujeta bárbaramente a él. Así, por ejemplo, si se usan sombreros muy metidos en la cabeza, las mujeres gordas que carecen de cuello van con los hombros literalmente metidos bajo las alas del sombrero. Si están en boga las telas a rayas verticales, las flacas las usan sin temer alargarse hasta la caricatura; y, si por el contrario dominan las líneas horizontales, las chatas se ensanchan en forma realmente pintoresca. Ahora que se divisa una parte considerable de las piernas de la mujer, la santiaguina que carezca de extremidades finas lucirá sostenes comparables a los de un sofá estilo Misión.

Se me explica que es indispensable rendir este extremoso acatamiento a la moda, porque no es bien considerada quien no sale flamante en cada estación. Además, como todas las mujeres se ven dos veces al día en la calle, se aprenden de memoria en una semana y deben cambiar de vestido con frecuencia vertiginosa. Esto es tan exacto que hay personas que salen al extranjero nada más que para retirar su cara de la circulación.

El extranjero que quiere ser bien mirado debe pronunciar ciertos juicios categóricos, aunque sean contra su voluntad. Quiero servir de guía a los jóvenes americanos que deseen caer en gracia en Chile.

Desde luego hay una tela negra con que las mujeres de las diversas clases sociales se cubren la cabeza y el cuerpo hasta las rodillas para ir a misa y en general, para salir por las mañanas. Hay que decir que esta tela llamada *Manto* es bella y poética, (no olvidar esta última palabra); que realiza la belleza de la mujer chilena, y que los demás países envidian la costumbre, (no olvidar esta última frase). Si no sabe hacer versos.

hará una estrofa al manto. Hay una fruta natural de crema del Hamen con agua de colonia barata y esencia de clavos de olor que se llama chirimoya y parece cosa de lavatorio. Cuando se acepta una chirimoya, lo que debe ocurrir siempre que se la ofrezcan a uno, se debe lanzar una exclamación que es esperada por todos, un verdadero relincho de placer, sacando la lengua, dilatando las ventanillas de las narices y levantando los ojos hacia el *plafond*. El chileno es exclusivista en las materias culinarias que le gustan y exige que sean gustadas en la misma forma aún por aquellos que no están habituados a ellas. Así hay un artículo de pastelería que se llama "alfajor" que es una especie de bombón grande. En calidad de pastel estaría buenz la dimensión; pero como es muy azucarado bastaría con la tercera parte del tamaño. Hay que comerse media docena sin hacer el menor gesto y pedir algunas más para el hotel. Le mandarán a usted una gran bandeja que colocará sistemáticamente sobre la mesa de su cuarto, hasta que el mozo y los vecinos se los hayan comido todos, distrayéndose de robarle los cigarrillos. Cuidese usted de un marisco con sabor a almizcle del cual se hace una sopa y que se puede comer en toda una vida larga una sola vez; está encerrado en casitas de piedra de mucho mejor construcción que las de Santiago que eran de barro y ahora comienzan a ser de cemento.

En cambio, no encuentre malas icertas cosas que muchos chilenos creen malas y son buenas. Hay una yerba marina que tiene la apariencia de una correa par transmisiones y se llama *cochayuyo*. Hay que saberlo guisar. También hay cierta harina de maíz tos-

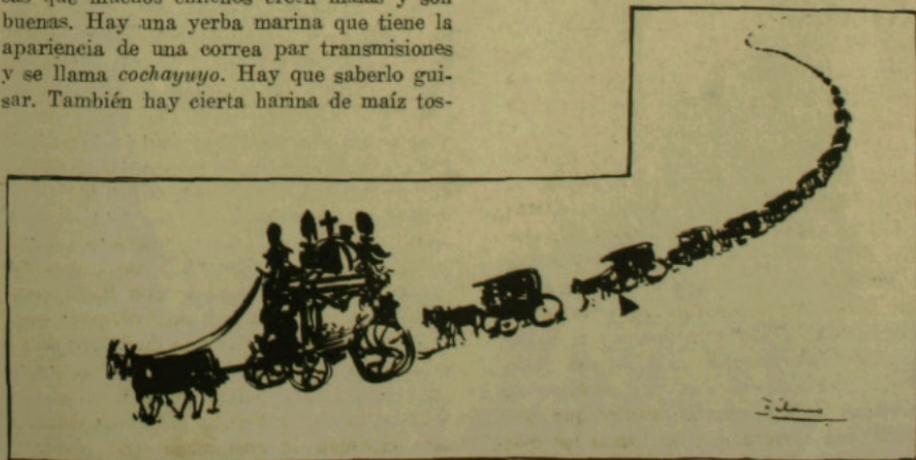
tado que se llama *chuchoca*. Ríase usted de los que la encuentren ordinaria e importan en su lugar harina de avena.

Le llamará a usted mucho la atención que al caballo de los coches de servicio público, como el caballo de coche de lujo, le den latigazos en lugar de darle cebada. Hay una Sociedad Protectora de Animales que se ocupa de esta distracción de los propietarios. Ahora la cebada ha bajado en Chile.

El clima es delicioso; pero no lo crea usted tan templado como le cuentan. Los novelistas creen que en Chile puede pasar una señorita toda la noche durmiendo en cama de batista fina con encajes tendida en una humaca en medio de un parque, en el rigor del verano. Es verdad que puede tenderse y hasta es posible que duerma; pero será para siempre. La pulmonía es segura.

Una cosa tiene Chile de extraordinario: sus soldados. Su gran acierto ha sido el ejército. Debería militarizarse todo y, por el contrario, se abandona el cumplimiento de la conscripción obligatoria. También hay otra cosa extraordinaria; la honestidad de la gente y lo poco que ella misma cree en su virtud fundamental.

Santiago con la mitad de las moscas que tiene sería una ciudad habitable. Chile con la mitad de los políticos, un país de gran riqueza. Hay mil moscas por habitante y un hombre que se cree capaz de ser Ministro del Interior por cada grupo de cien habitantes.



Recuerdos de un inglés

El mejor amigo de don Isidoro Errázuriz

Por

ARMANDO DONOSO

Con fotografías

¿Quién es Mister Warthon Peers Jones? He aquí lo primero que se preguntarán los que no hayan oído una vez siquiera el nombre del súbdito más simpático de Su Majestad Británica. Mister Jones, como familiarmente le dicen cuantos le conocen, es el tipo de un inglés flemático, nervioso en el hablar, reflexivo, enérgico, decidido a todo, así se trate de esconder el lucero del alba. El gringo Jones, como le llaman los porteños, es un hombre popular: sus correrías, sus amistades, sus audacias, andan en todas las bocas y le han creado un aureola de leyenda, audazmente heroica.

Desde la edad de veinte años se encuentra en Chile y desde entonces se ha radicado entre nosotros. Su vida actual es la tranquila existencia de un hacendado a la moderna, entusiasta, laborioso, infatigable. Vive durante todo el año en la hacienda Las Mercedes, un precioso fundo orillano del río Maipo y situado en los faldeos de los cerros de la costa. Entre flores, entre árboles, cerca de la rústica gente labriega, entregado por entero a las faenas agrícolas, cultivando la tierra fecunda, allí le encontramos a este inglés curioso que parece desmentir a los de su raza en el amor que ha demostrado por otra nación que no es la suya. Casi medio siglo ha vivido entre nosotros Mister Jones; mas, a pesar de todo, habla nuestro idioma con dificultad, muy cerrado, como cualquier inglés que no hubiese permanecido por acá más de uno o dos años.

Una tarde de estos tibios comienzos del otoño le hemos ido a sorprender en su rincón campesino. El ferrocarril nos ha llevado basponerlo así despuéscé de lo que mediaba

mos echado a cruzar campos, y esteros, y riachuelos y caminos pedregosos. Cerca de los cerros, siguiendo el curso del Maipo; dejando a nuestra izquierda fértiles y floridos campos, e internándose poco a poco tierra adentro por el valle central, hénos aquí que hemos llegado al pintoresco y deseable retiro de Las Mercedes. Una casuca pequeña, como escondida entre naranjos; un arroyuelo de agua clara que discurre; frescas arboledas y vastos potreros donde retozan pacientes vacadas y ágiles jamelgos: allí vive Mister Jones como cualquier hacendado chileno que no le concede más importancia a su vida que la de alimentarse y enriquecer. Pero, esto no es todo: si hurgáis en sus habitaciones daréis de manos a boca con un detalle significativo que os tocará muy adentro en vuestro amor propio de chilenos: en el comedor lo primero que se advierte es un escudo chileno y luego un fonógrafo, cuyo primer disco os hará oír la Canción Nacional. Porque Mister Jones quiere a este obscuro terruño transandino como sólo puede querer a su esposa y a sus hijos: aquí ha logrado la fortuna que encontrase tranquilidad, corazones francos, bienestar, amigos fieles.

Habláde un instante de don Isidoro Errázuriz y habréis tocado la fibra más sensible de sus cariños. Para Mister Jones don Isidoro ha sido todo: amigo, mentor, consejero, maestro. Jamás un hombre tuvo tal veneración por un amigo; nunca un amigo hubiera estado dispuesto a realizar los sacrificios que Mister Jones hubiera podido hacer por don Isidoro. En sus instantes de tristezas, en sus días de triunfo, en sus horas alegres, en

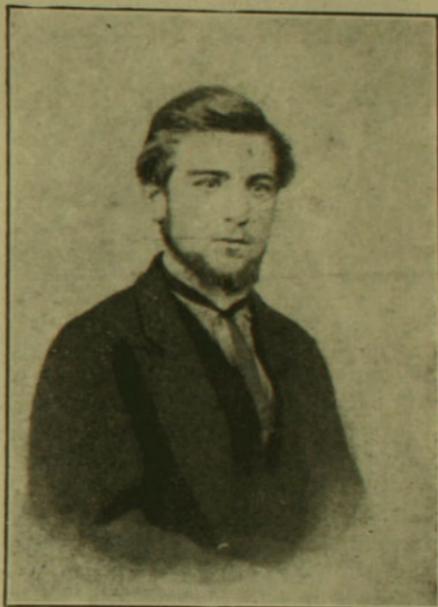
sus campañas electorales, en sus viajes, Mister Jones fué la sombra benéfica del gran tribuno. Si cruzan ambos la cordillera y don Isidoro se queda rezagado en mitad del camino, Mister Jones volará rápido en busca de auxilios; si el grande hombre público desea tramitar un negocio importante con el Presidente Balmaceda, allá aparece su amigo inglés, solícito, alegre, decidido. A donde quiera que vaya don Isidoro Errázuriz, allí estará Mister Jones. Nunca pudo juntar el destino dos hombres que más se integraran en un todo perfecto, en sus cualidades: Errázuriz todo corazón, abierto, generoso, espontáneo; Mister Jones, solícito, tesorero, esforzado, activo, enérgico, ordenado.

Una afortunada casualidad trajo a Mister Jones a estas tierras de Chile: salido de su patria muy joven, llegó a América, atraído por la actividad que comenzaba a despertarse en los países indo-latinos, donde sus energías presentían vastos campos de acción. Más, la dirección de su destino parecía estar fijada de antemano, no de otro modo se comprendió el salto brusco que dió desde la residencia panameña a donde lo habían trasladado sus sueños, hasta el rincón de la apartada tierra chilena que, en adelante, había de llegar a ser su segunda patria.

Andando los años Mister Jones comenzó a ser entre nosotros un elemento de imponderable interés internacional: sus muchas relaciones con los hombres de Gobierno, su nunca desmentida lealtad, su amor extraordinario por nuestro terruño, le conquistaron bien pronto una confianza honrosa que él ha sabido pagar con el oro de cuantos sacrificios. Innúmeras misiones delicadas ha desempeñado con tacto y acierto tales que, aún cuando no tuviera más títulos que esos para nuestra gratitud, su nombre se tendría ganado un buen sitio en el corazón de cada chileno y en las páginas de nuestra historia. Durante los días de la guerra del Pacífico, en las horas aciagas del 91, durante la presidencia de don Jorge Montt y de don Federico Errázuriz Echaurren, Mr. Jones ha servido al Gobierno en misiones confidenciales delicadísimas que los años dejarán estampar en letras de molde. Hoy no sería posible dar a la publicidad sus pormenores sin herir grandes intereses y relaciones estrechísimas.

Esta vida inquieta, errante, variadísima y pintoresca, como la del más interesante personaje de novela, nos había atraído siempre con singular predilección: fué preciso, no más, que un día don Guillermo Pérez de Arce nos facilitara el camino ante Mister Warthon para decidirnos a recoger, en la charla cotidiana, sus frescos recuerdos de ayer, sus correrías de joven, sus amistades de antaño y, sobre todo, la evocación de su íntima camaradería con don Isidoro Errázuriz.

Mister Jones es jovial, franco, espontáneo. Su memoria feliz le permite recordar sucesos



Primera fotografía tomada en Chile en 1867

y personas con todos sus detalles más íntimos. Su lenguaje es una mezcla curiosa de inglés y de español, pícaramente salpicado de giros y vocablos autóctonos de esta tierra.

Cuando le preguntamos:

—Mister Jones, ¿cuándo y cómo llegó a Chile?, él sonríe, cavila un momento y luego nos responde:

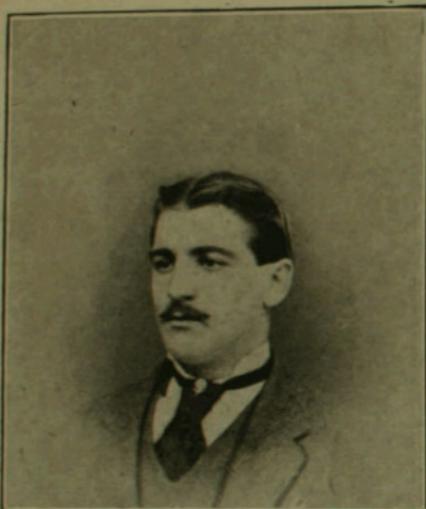
—Ya ni me acuerdo. Pero, vamos a ver, haciendo un empeñito.

—Soy todo oídos...

—El año 66, 1866, trabajaba en Panamá, a donde había ido desde Inglaterra a la pesca de perlas. Allí tenía yo un pariente, un primo hermano, que era cónsul en Panamá.

Pues bien: a principios del 66 me dió la terciaria y estuve bastante grave. Entonces se me presentaron facilidades para trasladarme a Chile en el vapor "Paita" y no vacilé un instante. Llegué a Valparaíso e inmediatamente trasbordé a otra embarcación que iba a Puerto Montt, a donde llegué sin novedades dignas de mayor atención. Viví en casa de un caballero Hoffmann, durante mes y medio, hasta que sané completamente de la terciaria. Cuando me fui a Puerto Montt yo parecía un esqueleto, y cuando volví al norte, ya venía gordo y sano.

—¿Regresó a Valparaíso?



Mr. Jones durante su estada en el Perú, como agente confidencial de don Nicolás de Piérola

—No; llegué a Talcahuano y después me trasladé a Concepción.

—¿Tenía usted bienes de fortuna o venía a Chile con el propósito de trabajar?

—¡Pues, ya lo creo que venía a trabajar! Recuerdo que buscando en qué ocuparme en Concepción me encontré con un señor Palominos, fotógrafo, que hablaba inglés; y como yo era algo aficionado a este arte, él me instó para que me empleara en su taller, situado en la calle del comercio, donde estuve trabajando con él seis meses. Por aquellos años no estaba aún construido el ferrocarril longitudinal y era menester realizar los viajes en coches tirados por seis caballos.

—¿Qué recuerdo agradable conserva de

aquellos años de su residencia en Concepción?

—El de una amistad que no olvidaré nunca: la que me brindó don Pedro del Río Zañartu, a quien conocí entonces.

—¿Cuándo abandonó Concepción?

—Va a verlo usted. Durante mi estada en aquella ciudad, llegó el coronel peruano Balta, a quien conocí tan de cerca, que, al cabo de algunos días de franca amistad, me invitó a que me fuese con él al Perú. Sin mucho cavilar acepté, y héme, tras una larga navegación, viviendo en Lima, con el coronel y cerca del Gobierno, pues era Presidente de aquella República el hermano del coronel. Pero, queda lo mejor por contar. Cuando estalló la revolución de Gutiérrez contra Balta, entonces fui comisionado por su hermano para trasladarme a Iquique a fin de buscar todo el dinero posible: nos fuimos a Iquique y una vez allí hicimos una recogida de quinientos mil soles de plata y, cuando el vapor volvía de Valparaíso para el Callao, nos embarcamos de nuevo y, al acercarnos al Callao, entrando por el canal angosto de la isla de San Lorenzo, se quebró un eje de una de las ruedas del vapor, teniendo que entrar al puerto con una sola rueda. El capitán se portó muy bien. Nos arrimamos a un pontón de propiedad de una compañía norte-americana, que mandaba el capitán White, y ahí depositamos el dinero. Pronto nos dieron la noticia que el Presidente Balta había sido asesinado durante esa misma noche por un sargento. Una hora después fui comisionado por Balta para ir a Lima a comunicarle a los amigos de su hermano su llegada, a fin de disponer lo que se podía hacer con el dinero y las medidas que eran menester tomar contra los Gutiérrez. Volví en la misma noche con carta sellada para el coronel Balta y al día siguiente, en la noche, tomaron por asalto el fuerte de Santa Rosa del Callao, donde estaban los hermanos Gutiérrez, quienes fueron trasladados en calidad de prisioneros a Lima, donde se les colgó en las torres de la Catedral y luego quemados en la plaza pública con parafina. Después de ésto me dió miedo quedarme en Lima, y me vine a Valparaíso en el vapor "Panamá". Y volví de nuevo a Talcahuano, donde el señor Rolfy Llater había iniciado el ferrocarril de Talcahuano a Chillán. Estuve presente cuando se puso el primer riel y en el banquete, que duró tres días y tres noches, ve-

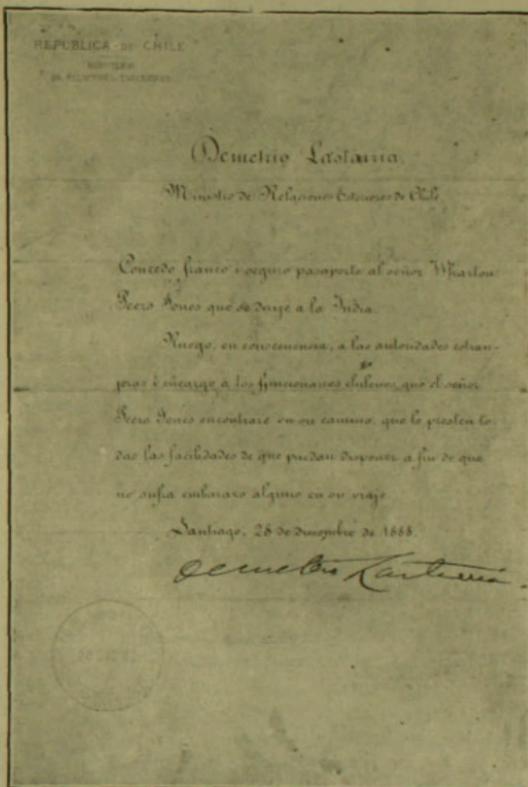
ificado en un galpón que había en Talcahuano, donde actualmente existe la estación de los ferrocarriles. Trabajé algún tiempo con estos señores en diferentes obras del ferrocarril, hasta que un buen día llegó un buque, el "Talismán", a tomar carbón en Talcahuano, donde venía don Nicolás Piérola. Hice amistad con el señor Piérola gracias al intermedio del señor Palominos, quien me invitó a ayudarlo para la revolución que estaba formando. Lo acompañé en el "Talismán" hasta el puerto de Quinteros, donde me dió varias comisiones que cumplir. Pero los intentos revolucionarios fracasaron por falta de oportunidad y fondos. Luego regresé nuevamente a Valparaíso y estuve empleado hasta que me trasladé a Santiago, encargándome del contrato con la Municipalidad por nueve años, para formar el Parque Cousiño, que concluí de formar. Tomé el Parque el año 72.

—De su estada a cargo del Parque Cousiño, ¿qué recuerdos conserva? ¿Data de ese tiempo su conocimiento de don Isidoro Errázuriz?

Rápidamente, con nerviosidad, Mister Jones me responde:

—Sí. En ese tiempo era municipal don Jacinto Núñez, dueño del diario de "La República". Tuve amistad muy estrecha con dicho señor y como pasatiempo me tomó de cronista *ad-honorem* en su diario. El cronista jefe era Vicente Grez. En ese tiempo era don Zenón Freire Intendente de Santiago y don Miguel Philipi del Fierro y don Víctor Aldunate Carretera regidores del Parque. Yo conseguí el contrato de arrendamiento del Parque por intermedio de don Vicente Pérez Rosales, quien me brindó su amistad paternal desde que llegué a Santiago, pues traje de Valparaíso una carta de recomendación para él. En las propuestas para el contrato del Parque tuve que competir con treinta contrarios. Yo conseguí el contrato por mil pesos al año: entradas de coches, patentes, todo era para el empresario... Durante una conversación que

tuve con don Jacinto Núñez y don Vicente Grez, me dijeron que el señor don Isidoro Errázuriz tenía deseos de adquirir uno de los hermosos perros que yo tenía. En el acto le mandé uno de regalo. La contestación al regalo fué una invitación a almorzar con él al día siguiente. Y desde ese día seguí cerca de él en mi inolvidable amistad. Con una parte de la ganancia que tuve en el Parque Cousi-



Pasaporte dado por el Ministerio de Relaciones a Mr. Jones

ño el año 78 compré diez mil cuerdas de terreno en la provincia de Llanquihue, a cincuenta centavos la cuerda. Ahí fué donde hice mi iniciación en la agricultura. Alcané a juntar algunos miles de vaquillas, que en ese tiempo se vendían a un peso cincuenta cada una. Construí casas e hice muchos trabajos en dicho fundo, y ahí estaba cuando reventó la guerra del Pacífico.



Retrato de Mr. Jones, tomado en la época en que era ayudante del coronel Balta en el Perú

—¿Cuándo volvió a Santiago?

—Entonces, a causa de la guerra, tuve que abandonar mis negocios en el sur y dedicarme de lleno al Parque, porque todos los días iban a formarse los regimientos y como eso me traía buenas entradas, tenía que vigilarlos, por supuesto. En esa época visitaba mucho el Parque don Aníbal Pinto, el Presidente, y yo tenía ocasión de conversar mucho con él, sentado en la isla larga del Parque: hablé mucho sobre la guerra con él, y su benevolencia llegó hasta el punto de comisionarme asuntos muy delicados relacionados con la guerra contra el Perú. Fuí a Lima tres veces, trayendo datos muy importantes para el Gobierno chileno. Después me comisionó otra gestión muy reservada en Antofagasta, durante el tiempo en que se reunía el ejército para la toma de Pisagua.

En efecto, partió al norte Mister Jones y, arriesgando su vida en centenares de ocasiones, realizó buscas informativas que a otro cualquiera hubiesen arrojado por su audacia. No sólo fué a las ciudades sino

que estuvo entre las tropas peruanas, entre su oficialidad, cerca de sus jefes, para luego transmitir al Gobierno chileno informes interesantísimos.

Suena un timbre. Mister Jones abandona un instante la pieza y, tan pronto vuelve a su asiento, nos dice:

—De regreso de estas comisiones volví al Parque otra vez y cedí los ochenta trabajadores que tenía para que los engancharan en el ejército y me fueron dados, en cambio, ciento cincuenta prisioneros peruanos, que tuve a mi cargo un año. De noche iban a dormir en el Presidio, que estaba al frente... Después de la vuelta del ejército del Perú, cuando volvió el general Baquedano, tuvimos un gran banquete en el Parque Cousiño de cinco mil cubiertos, para celebrar la llegada del Ejército.

—¿Qué le pareció, Mister Jones, el fin, el resultado de la guerra del Pacífico para Chile?

Me mira con cierto asombro, Mister Jones, a los ojos, como inquiriendo más aún en el fondo de lo que le pregunto; luego, rápido, seguro, me contesta:

—A mi juicio, si don Aníbal Pinto hubiera estado un año más en la Presidencia y conociendo las ideas de Su Excelencia, hoy día la bandera chilena flamearía en La Paz. Por debilidades del Presidente Santa María y de sus consejeros no se cumplió el deseo de don Aníbal Pinto, pues el ejército vencedor debía haber ido hasta La Paz y no a la Araucanía chilena.

—Entre tanto, durante ese tiempo, ¿tuvo ocasión usted de tratar a menudo a don Isidoro Errázuriz?

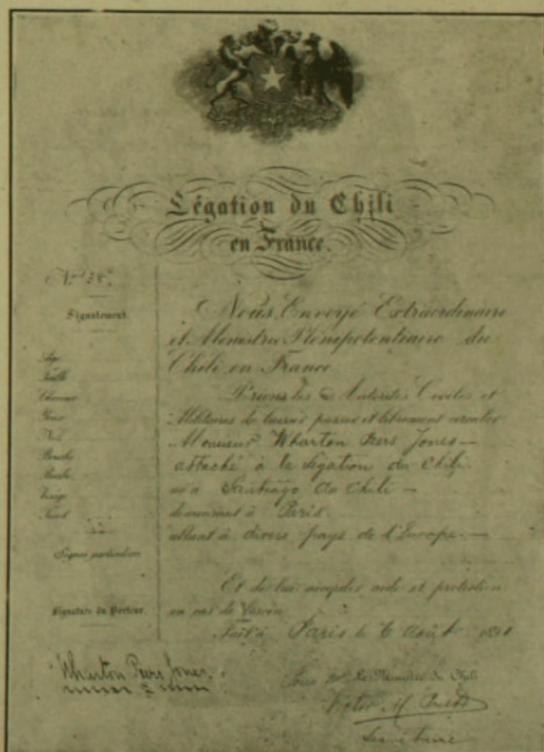
—Don Isidoro, mientras duraba la guerra, estaba en el Perú y era él quien me instigaba en todas las comisiones que me encomendó el Presidente Pinto. Nuestra amistad siguió como siempre hasta que él volvió y tomó parte importante en los Ministerios del Gobierno Santa María. Un día, estando en su palacio del Camino de Cintura, fué llamado a la Moneda y el señor Santa María le encargó formar Ministerio. Volviendo don Isidoro a su casa dijo:—Yo no quiero ser Ministro del Interior. Voy a llamar a Pedro Montt y le diré que él tome esa cartera y yo tomaré la de Guerra. Entonces yo le dije:—Va mal. ¿Por qué no toma usted la de Justicia, que es más tranquila. Pero me parece que él tomó el Ministerio de la Guerra con el objeto de

ayudar a algunos oficiales amigos, que había conocido durante la campaña. Se formó el Ministerio con don Pedro Montt de Ministro del Interior y don Isidoro Ministro de la Guerra. En esa época habían llegado unos cañones Krupp nuevos y había necesidad de probarlos en el campo de Batuco. Un buen día, no sé si por culpa de Körner o de otro, se ordenó hacer la prueba de dichos cañones sin consultar al Ministro de la Guerra. Y se llevó a efecto el ensayo estando presentes don Pedro Montt y dos Ministros mas, mientras don Isidoro estaba ayuno de ésto. Sólo vino a imponerse por lo que dijeron los diarios. Al leerle yo el párrafo que salía en el diario (porque a menudo, cuando estaba ocupado, solía leerle los diarios), me dijo:—Amigo, hágame el favor de ordenar poner el cupé y le va a dejar esta carta a Su Excelencia. Era su renuncia del cargo de Ministro de la Guerra. Al entregarle la carta al Presidente hablé largamente con él y me suplicó que hiciera todo lo posible con don Isidoro para que no renunciara. Al volver con la contestación del Presidente, él me dijo:—No, no. Este negro de Pedro me ha traicionado! Volví con su contestación nuevamente ante Su Excelencia, a decirle, palabra por palabra, lo que me dijo don Isidoro. Dos horas después llegó a casa don Pedro Montt a suplicarle, casi de rodillas, que no renunciara. Pero don Isidoro fué inflexible. Después llegaron varios senadores y diputados comisionados por Su Excelencia el Presidente; mas, no sacaron nada en limpio. Como a las once de la noche el edecán del Presidente me encontró y me dijo que el Presidente deseaba hablar conmigo. Fui a la Moneda y me pidió el favor de que le llevase a don Isidoro a Palacio para tener una conferencia con él. Fui, en efecto, a buscar a don Isidoro y convino en ir a hablar con Su Excelencia. A las diez y media de la noche tuvieron su conferencia privada; yo me quedé en la antesala. Cuando salió don Isidoro y le pregunté, me dijo:—Nada. Enton-

ces comprendí que todo era imposible. El Ministerio renunció en masa y se encargó de la formación del nuevo Gabinete don Pedro Montt.

—¿Escribía poco, durante esos años, don Isidoro en los periódicos?

—Después de esa época don Isidoro se dedicó a escribir en "La Patria" de Valparaíso y de Iquique, teniendo como corresponsales a Vicente Grez, a Pedro Nolasco Préndez y a Julio Bañados Espinosa. Durante toda la administración de Santa María los domingos y los jueves eran verdaderos banquetes los que daba don Isidoro a sus amigos, diputados, senadores y altos personajes en su palacio del Camino de Cintura, donde se consumía lo mejor que es posible imaginar en cuestión de licores finos, cigarros puros, etc. A veces, al pagar algunas de las cuentas, tuvo que cancelar sumas de veinticinco a treinta mil pesos que eran el costo de esos banquetes. De uno de éstos nació la candidatura de don José Manuel Balmaceda para Presi-



Pasaporte dado en Francia a Mr. Jones por la Legación de Chile

dente de la República, siendo don José Manuel Ministro del Interior de Santa María.

—Respecto de la actuación de don Isidoro entonces, ¿qué recuerdos conserva?

—Que por ese tiempo, cuando se promovió la cuestión del Registro Civil, fué don Isidoro uno de los que más abogaron en su defensa. Entonces me comisionó a mí a fin de que hiciera una manifestación liberal. Dicha manifestación fué formada por mil jinetes de a caballo, estando al frente de ellos yo como su comandante. Se hizo un gran estandarte donde se leían estas palabras "Unión Liberal". Iba llevado por dos hombres de a caballo, dos porta-estandartes que lo sostenían a través de toda la calle. Adelante marchaban diez hombres que tocaban clarines, todos disfrazados de huasos, y más atrás venía yo con mis diez jinetes que formaban el estado mayor. Seguían mil hombres de a caballo de a cuatro en fondo. Llegamos al Congreso y lo rodeamos y estando todo rodeado llegaron va-

rias personas, que encabezaba Juan Rafael Allende, para darle chicha, empanadas y otros comestibles a mi tropa. Esta manifestación era para intimidar a los contrarios: se hizo correr las voces que el diputado que no apoyase la ley del Registro Civil iba a ser degollado al salir del Congreso. Estando situados frente al Congreso se formó un grupo de estudiantes en la calle de Bandera, frente a Compañía, que encabezaba Carlos Concha Subercaseaux. Empezaron a gritar: "Viva el comandante Guatón Pérez Jones (como no podían decir Peers Jones decían Pérez Jones), y que vivan todos los desencamisados que lo acompañan". Al salir el Presidente del Congreso y don José Manuel con él, como Ministro del Interior, tomamos puesto de preferencia en seguida del coche, siguiendo por la calle de la Bandera hasta la Moneda, y al subir Su Excelencia a los balcones de la Moneda mi ayudante de campo, José Antonio Parraguez, le hizo un gran discurso, que le fué contestado por don José Manuel Balmaceda. Ahí esperamos hasta que bajó don José Manuel y fuimos a dejar el coche de Gobierno hasta su casa, seguido por toda mi gente. Llegado a su casa don José Manuel, la gente de mi estado mayor pronunciaba una serie de discursos. De ahí salimos hasta el Matadero Público, donde teníamos preparado un gran banquete para mis jinetes, que estaban todo el día de a caballo. Todos, al partir por la calle de San Diego, en dirección al Matadero, llevaban muy buen orden hasta llegar al Camino de Cintura, y al embocar el Camino de Cintura a la calle de San Diego encontramos a un arriero que traía como cincuenta chanchos. Ahí la disciplina se perdió por completo y comenzó una vertiginosa carrera por ver quién llegaba primero al Matadero, donde hubo abundancia de comida, vino y chicha. Al entrar al primer patio del Matadero todos echaron pie a tierra. Entonces, mientras todos iban a comer, yo hice desensillar, guardar las monturas en las bodegas y largar los caballos, pues temí que

Señor
Wharton Peers Jones

En el desempeño de la comision que como jefe de la policion de los partidos políticos existentes en el Peru a para, velar en el el regimen constitucional, he confiado a Ud. queda Ud. autorizado para a. hacer en mi nombre, celebrar los contratos, y contraer las obligaciones que ella demanden, siendo aquellos, y las respectados a cumplir, del por mi, o por cualquiera de los partidos coaligados, una vez que ejerzan el poder en el Peru

Y para que la presente autorizacion sea de suma de credencial suficiente, la otorgo en la ciudad de Talparais a los ocho dias del mes de Mayo, de mil ochocientos noventa y cuatro firmada por mi y ratificada por el Secretario de la coalicion

J. de Fierro

Emilio Balmaceda

Autorización dada por Piérola a Mr. Jones cuando fué su agente confidencial

1894

si estos hombres bebían mucho podían hacer daños en la ciudad, en grandes cabalgatas. Los caballos fueron guardados en el Llano Subercaseaux. Al salir los comensales gritaban: —Vamos a saludar a don José Manuel Balmaceda. Vamos a echar a bajo las casas de los pechoños... Felizmente yo tenía un coche listo y me escapé a darle cuenta a don Isidoro de mi comisión, mientras toda la gente se encontraba sin caballos. En vista del buen éxito que había tenido en mi encargo, don Isidoro me dió un banquete, al que asistieron cincuenta partidarios de la ley del Registro Civil, entre diputados y funcionarios públicos. El diario "El Independiente" me trató con dureza al día siguiente y hubo voces que dijeron que por qué no colocaban la bandera inglesa en la Moneda, ya que permitían a un inglés que se pasease por las calles de Santiago dirigiendo una manifestación.

—¿Inmediatamente después comenzaron los trabajos para la candidatura de Balmaceda?

—Sí. Desde esa fecha se entró de lleno a trabajar por la candidatura de don José Manuel. Fui comisionado por la junta de amigos que quería proclamar a don José Manuel para que me hiciera cargo de establecer los chochones necesarios para preparar la propaganda política. El primero de ellos fué establecido en la calle Chiloé, saliendo para el Camino de Cintura y en este chochón se reunían los principales partidarios de don José Manuel: los Edwards, los Besa, los Bernaldes, Eduardo Mac-Clure, Bañados Espinosa, etc., etc. Una de las reuniones que se verificó fué muy célebre: los comités encabezados por don Isidoro Errázuriz opinaban que su candidato, don José Manuel Balmaceda, debía pagar todas sus deudas antes de subir a la Presidencia. El resultado de esto fué que don José Manuel vendió el valioso fundo Naltahua de San Antonio al carnicero inglés de Valparaíso don Dionisio Madem y la sucesión de dicho señor lo vendió a don Jorge Matte. Todo quedó cancelado de este modo y, como usted sabe, el triunfo de la elección fué para don José Manuel. Recuerdo que el día de la votación el vocal de la mesa Juan de Dios Dinator, en la esquina de la calle San Diego y Camino de Cintura, que debió de almorzar muy bien y había bebido, se fué frente a la iglesia del Llano Subercaseaux y se puso a insultar al clero. Entonces fué muerto por una bala de carabina, que pa-



Retrato de don Julio Bañados Espinosa, con quien fué muy amigo Mr. Jones

reció provenía de la torre de la iglesia. Era el cura de la iglesia el señor Prado, con quien yo tenía amistad, pues le había conocido como sota-cura en la iglesia de San Lázaro. Ese día catorce urnas fueron preparadas con votos falsos y gracias a eso se debió no poca de la enorme mayoría que sacó el ex-seminarista don José Manuel Balmaceda.

—De sus amistades de aquellos años, ¿a qué otra persona recuerda haber conocido?

—Durante mi estada en el Parque tuve ocasión de conocer a don Eleuterio Ramírez y su familia, al coronel Barboza, no don Orozimbo, que iba al Parque muy a menudo a verme y tocaba muy bien la guitarra y cantaba canciones muy interesantes, pero siempre con mucha pena, porque por ese entonces habían ascendido a otro al grado de coronel postergándolo a él cuando le correspondía. Y, quién lo creará, el coronel murió de pena por ese desaire, que le afectó profundamente.

—Después de la campaña para la elección presidencial de don José Manuel Balmaceda, ¿cuáles fueron las relaciones de don Isidoro Errázuriz con el Presidente?

—Al mes que subió don José Manuel Balmaceda a la Presidencia parece que pronunció estas palabras, según me contó don Isi-

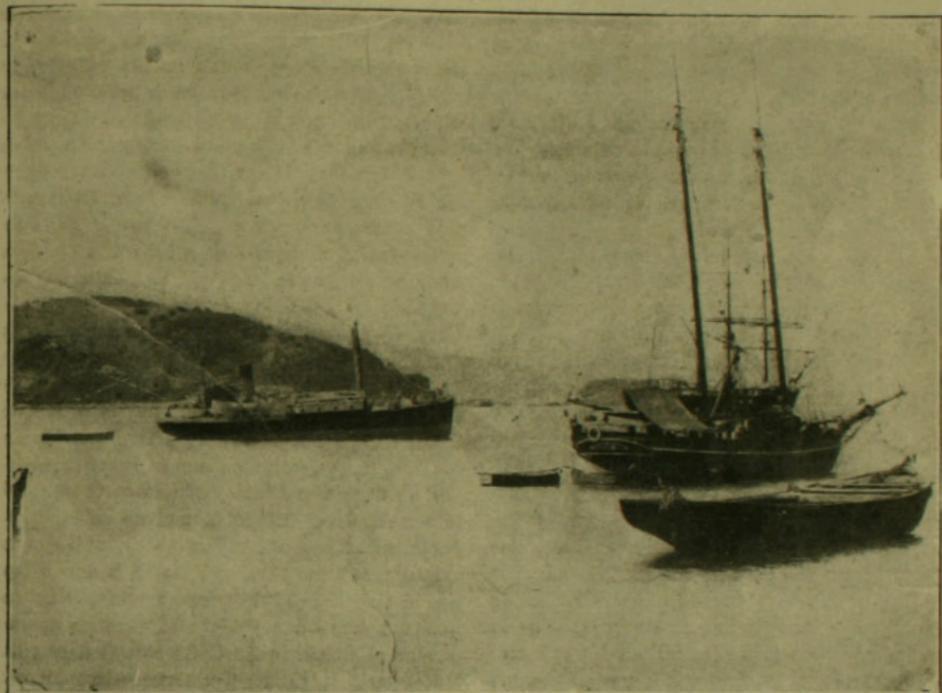
doro Errázuriz, en una comida dada a sus amigos íntimos: "No tengo que cuidar mucho de mis amigos, pues estoy seguro de ellos. Tengo obligación de atender mucho a mis enemigos..." Don Isidoro me dijo, cuando llegó después de la comida: "—¿Qué le parece, gringuito, con lo que sale Balmaceda después de nuestros sacrificios para hacerlo proclamar Presidente?" A don Isidoro no le cayó bien lo dicho por don José Manuel Balmaceda. Recuerdo que me agregó: "—Vaya a buscar a Acario Cotapos, que era diputado por ese entonces (y hacía entre los liberales de loro en la Cámara, pues era el encargado de hablar cuando se trataba de algún asunto oficial). Don Isidoro le dijo a Cotapos que fuera a ver al Presidente, a fin de pedirle explicaciones sobre las palabras referentes a sus amigos y enemigos. Cotapos fué y luego volvió trayendo la explicación de que Balmaceda no le daba importancia a esas palabras, pues eran **palabras, nada más**. El resultado de esta primera desavenencia fué que, tres días después, se publicó en el "Diario Oficial" un decreto firmado por Balmaceda, indicando que, en lo futuro, todos los trabajos que mandaba hacer el Gobierno tenían que ser hechos por licitación pública. Este fué nada más que un golpe dado contra don Isidoro, que en ese tiempo tenía todos los contratos de impresiones, y había adquirido para este objeto maquinarias en Europa. De ahí le provino el sobrenombre a don Isidoro de **El Condorito**. Don José Manuel Balmaceda, por intermedio de una tercera persona que no le dijo a don Isidoro que iba de parte del Presidente, le insinuó la idea de que fuese a Europa como Ministro o como agente general de colonización en lugar de Benjamín Dávila Larraín, que había sido llamado por Balmaceda. Don Isidoro me mandó a buscar un día al Parque, invitándome a comer: "—¿Qué le parece—me dijo;—me quieren desterrar una segunda vez de mi patria?...". Porque, como usted sabrá—nos dice Mister Jones—ya había estado en el destierro en Mendoza. Como yo le preguntara la causa de su queja, él me refirió lo que le habían propuesto, indirectamente de parte del Presidente. Yo le contesté que él estaba designado como el candidato para la futura diputación por Valparaíso y, por lo tanto, era difícil que pudiera salir del país y al mismo tiempo le hice la

observación que faltaba un año y meses para dichas votaciones, y bien podía él aceptar por ese tiempo el cargo de agente general de colonización. A los dos días después volvió el intermediario de don José Manuel Balmaceda y don Isidoro aceptaba el cargo, con la condición de que yo tenía que irme con él como secretario. Balmaceda aceptó. Era Ministro de Relaciones Eduardo Matte y a él le correspondía la redacción y firmas de los decretos. Como había muchos candidatos para ese puesto, el pelambre en contra de don Isidoro Errázuriz fué abundante. Mucho se tardó en firmar el decreto: mañana y mañana, y no llegaba nunca ese mañana. Yo, por casualidad, fuí una noche a tomar el te en casa de don Manuel Antonio Matta y allí estaba también don Eduardo Matte, junto con varios otros. Don Eduardo no me conocía personalmente, pero de nombre sí. Uno de los asistentes le dijo en broma a don Eduardo: "—¿Qué hay don Eduardo, cuándo va a firmar el nombramiento del Condorito?" Parece que esto incomodó a don Eduardo. Se paró de su silla, y levantando el brazo derecho, dijo: "—¡Prefiero que me corten la mano derecha antes de firmar ese decreto!" Al salir yo del te tomé un coche y me fuí en el acto al palacio de don Isidoro Errázuriz. Estaba en cama, durmiendo. Lo desperté y le dije: "—Don Isidoro; no me voy a Europa yo." Y él, despertando sobresaltado, me contestó con rabia: "—¡Qué me importa a mí, gringo bruto, para que me vengas a despertar a esta hora!" Entonces yo le repuse: "—¡Y usted tampoco va!" El, con sorpresa, se incorporó en la cama y me dijo: "—¿Qué dices?" Entonces yo le conté cómo acababa de tomar té en una casa de la calle Huérfanos y allí don Eduardo Matte había dicho que prefería que le cortaran la mano derecha antes que firmar su nombramiento. Se dejó caer de la cama, rugiendo como un león y se quedó como diez minutos sin hablar palabra. Luego me dijo: "—¡Esta es declaración de guerra, de veras!" Y comenzó a pensar en los pasos que se podían dar desde el primer instante. Quedamos de acuerdo en que no quedaba otro remedio que formular una interpelación al Ministro Matte con cualquier pretexto. Entonces me encargó ir a buscar a Acario Cotapos en el acto: no importaba que fuesen las dos de la mañana. Era preciso traerlo de

donde estuviera y a la hora que fuese. Llegué a las tres y media de la madrugada con él a la casa de don Isidoro, donde tuvieron una conferencia que duró más de una hora, quedando acordada la interpelación a Eduardo Matte para primera hora del día siguiente. La interpelación fué tan agria, le dijo Cotapos cosas tan gruesas a Matte, que éste renunció inmediatamente. Salió sólo don

de su vida a quien siguió en todos los instantes, a quien no abandonó un momento ni en los ratos en que la fortuna y la gloria le sonreían, ni en las horas en que las ingrati- tudes y el escarnio le vejaban, se dijera que le fortalece en el calor de aquel recuerdo, que llena la mitad de su existencia.

A trueque de interrumpir el hilo de esa ca- riñosa evocación y siguiendo el curso de su



El vapor "Stella" comprado por Mr. Jones en Buenos Aires para la revolución de Piérola-Billinghurst contra Cáceres. Dicho vapor hizo el viaje mandado en persona por Mr. Jones

Eduardo Matte del Ministerio y fué reem- plazado por don Juan Castellón, con la con- dición de que el primer decreto que firmara fuese el de don Isidoro. Ignoro yo si don Juan estaba en autos de esto, pero el hecho es que fué el primer decreto que firmó. Los enemigos no dejaron cosa por decir; pero el Presidente Balmaceda estaba resuelto a que don Isidoro saliese fuera del país, pues le te- nía miedo.

Dice Mister Jones con firmeza e intención estas últimas palabras. Sus pequeños ojos bril- lan como alumbrados por una súbita claridad interior: el recuerdo del grande amigo

vida año tras año. le preguntamos a Mis- ter Jones:

—¿Fué por esa época cuando usted realizó aquel acto, nunca lo bastante recordado, de salvar el tren de Valparaiso en la cuesta del Tabón?

Al oír estas palabras Mister Jones se con- funde visiblemente y, bien claramente se ad- vierte, que su modestia, sencilla, natural, no le deja hablar, acalla su voz. Calla Mister Jo- nes: sus labios no se entrecienden siquiera en una exclamación: entonces nosotros echamos a volar nuestro recuerdo hasta ese entonces y nos figuramos un tren de pasajeros, cuyos

frenos están abiertos y que, arrastrado por la velocidad vertiginosa, está a punto de despeñarse; nos figuramos todos los rostros febriles, ansiosos, que retratan el cercano terror de la muerte y el bello gesto del inglés que sube a lo alto del vagón y, con intrepidez bellamente heroica, aprieta los frenos, regula la marcha del convoy y salva tantas vidas; y, recordamos, por fin, un día alegre, cuando toda la sociedad porteña asiste a condecorar con una medalla especial al heroico Mister Jones, valiente, decidido hasta el sacrificio en bien de los demás y, sobre todo, de los chilenos.

Pero él calla, entre tanto; nada dice; sus labios están mudos. Le agrada solamente recordar a los demás, hablar de todos mecos de él y de lo suyo. ¡Bendita modestia, porque es una modestia sincera!...

Mister Jones nos mira, como interrogándonos. Entonces le preguntamos:

—¿Inmediatamente después de firmado su decreto partió don Isidoro a Europa?

—Antes de partir don Isidoro se le dió un banquete en el Hotel Central, al que asistieron senadores, diputados, amigos, políticos, y al que yo asistí como corresponsal viajero de "La Patria" de Valparaíso. Al día siguiente le dió también el Presidente Balmaeda un banquete muy hermoso, en el que yo me encontré. En la misma noche, a las doce, partimos en su break y siguiendo por la Cuesta de Chacabuco, con cuatro mudas de caballos, llegamos a Los Andes, a las 9 de la mañana y a las 11 de ese mismo día salíamos en dirección a la Argentina, por el camino de la Guardia Vieja, donde alojamos. Al día siguiente llegamos y alojamos en Juncal para salir al otro en viaje a Mendoza a alojar en Puente Inca, donde estuvimos cuatro días. Luego continuamos hasta Punta de Vacas, siempre en mulas y, partiendo a las 4 de la mañana de este lugar, llegamos a Uspallata a las 6 de la tarde: ¡jornada muy larga ésta! Cuando habíamos hecho las tres cuartas partes del viaje don Isidoro se cansó de tal modo, que no pudo seguir el viaje: fué menester que en las oficinas del cable de Uspallata consiguiese yo un cochecito, tilburí, para poder volver a buscar a don Isidoro, a quien había dejado en el camino mientras yo volaba en busca de auxilio. Llegamos a Uspallata muy tarde. Hice acostarse a don Isidoro después de llevarle media botella de

champagne y pasó la noche sin novedad. En el acto mandé un propio a Mendoza y, al otro día, pudimos hacer el viaje con más comodidad: don Isidoro partió primero en mula, junto con los arrieros y el equipaje hasta donde fuera a encontrar el coche que venía de Mendoza; yo me quedé arreglando las cuentas con el dueño del hotel, que se llamaba Juan Oro, un bicho muy interesante; y al pagarle la cuenta en oro, libras esterlinas, me faltaba plata sencilla y quise darle algunos billetes chilenos que me quedaban. El me había cobrado una cuenta excesiva y no sólo no quiso aceptar los billetes chilenos sino que se expresó de un modo grosero contra esa moneda. Sin más contestación le di una bofetada y lo tendí de espaldas, subiéndolo en seguida en mi cabalgadura. El mandó dos huasos para que me siguieran y hube de amenazarlos a éstos con mi revólver, hasta que, atemorizados, me dejaron en paz. Alcancé entonces a don Isidoro y llegamos sin novedad a Mendoza. Entramos a las 4 de la tarde a Mendoza, y alcanzamos a ver la casa en que había vivido don Isidoro durante su primer destierro, y de la que partió el mismo día del gran terremoto; un amigo, con quien viajaba en ese entonces, no lo quiso acompañar de regreso a Chile y ahí lo sorprendió el terremoto, encontrando la muerte en la casa, en la misma noche... Esa noche, a las ocho y media, salimos para el Rosario, a donde iba con el objeto de revisar las colonias de Santa Fe, pues tenía don Isidoro el encargo de informar al Gobierno de Chile sobre su estado. De Rosario seguimos a Buenos Aires, donde don Isidoro Errázuriz fué saludado con mucho cariño por todos los diarios.

¡Ah! ¿Cómo recordar todas las curiosas incidencias que le sobrevinieron a don Isidoro en la metrópoli argentina? El, que de buenas ganas hubiera pasado inadvertido, de incógnito, con la dulce carga de una compañera, se veía saludado por la prensa, agasajado en los salones, de festejo en festejo, de visita en visita. El pícaro destino le jugó más de una bonita partida, llevándole sorpresas que él no soñaba. Pero, Petronio siempre, siempre elegante y siempre magnánimo, don Isidoro en ningún caso se veía confundido ante la vida por fieras y difíciles que fueran las emboscadas que ella le tendía.

La dulce sombra de un amor prohibido, la delicada mano femenina de quien mucho le

quiso, le obligó a partir de Buenos Aires, casi de sorpresa, entre dos luces y en el primer vapor en el cual le fué posible obtener pasaje. Partió hacia Europa lleno de sobresaltos, dejando tras él coronas de rosas que esperaban su sien y copas temblorosas que deseaban saludar su nombre en las sobremesas de magníficos banquetes. Pero Petronio se cobijaba a la sombra de una vela latina y se hacía al mar, en busca de las lejanas islas de oro distantes y llevando su amorosa carga, que era como la ilusión de toda su juventud.

—¿Cuántos días permanecieron en Buenos Aires?—le preguntamos a Mister Jones.

Y él nos responde inmediatamente:

—No recuerdo precisamente, pero fueron pocos. Salimos de Buenos Aires precipitadamente, donde no pudo aceptar don Isidoro un banquete de quinientos cubiertos que le querían ofrecer. Nos embarcamos en el "Porteña", con destino a Dunkerke, buque donde sólo iban veinte pasajeros de primera clase, la mayor parte franceses. Yo, como secretario de un hombre como don Isidoro, debía saber francés, pero no lo sabía. Al segundo día de partir de Montevideo, recuerdo que sobre la mesa del comedor había la mitad de una cabeza de ternera fría, con salsa. Entonces yo, por lucir mi francés entre los franceses, dije: "—Garçon, donnez moi la tête de vous"... Entre tanto, desde el extremo de la mesa don Isidoro, riéndose a mandíbula batiente, me decía: "—Vous êtes trompez, monsieur Jones. Vous désirez tête de beau; pas possible qu'on mange tête de garçon". Para qué le digo que estalló una risa general... El vapor nos resultó malísimo: tardamos más de cuarenta días en nuestro viaje. Poco antes de llegar, el descanso del eje del vapor estaba gastado y como no había a bordo metal con qué reponerlo, los mecánicos se encontraban en una verdadera aflicción. Entonces a mí se me ocurrió fundir todos los tenedores, las cucharas y cuchillos y así logramos reponer el forro y llegar a Dunkerke. Me regalaron, como recuerdo y agradecimiento de ésto, un reloj de oro y me devolvieron el valor del pasaje... Desembarcamos en Dunkerke y tomamos el tren rápido a París. Estuvimos ocho días allí y después nos fuimos a arrendar un chalet en Enghien les Bains. Al día siguiente yo salí a buscarle al secretario a don Isidoro, pues yo debía trasla-

darme como agente de propaganda a Inglaterra. Felizmente y por casualidad, andando como a las once del día por la Rue Castillon, me encontré con una persona conocida que me recomendó a un joven chileno, Nicolás Vega, que estaba empleado en el negocio de ese caballero. El joven Vega estaba en la miseria así es que el cargo que le dí fué para él como la salvación caída del cielo... Yo anduve, entre tanto, en Escocia, Gales, In-



Retrato tomado durante su viaje a la India

laterra, dando conferencias y contratando emigrantes para Chile.

Historia larga y minuciosa sería la de seguir en esta parte, paso a paso, las incidencias de los muchos viajes de Mister Jones. Sólo nos bastará con recordar que, después de su estada en Inglaterra se trasladó a Chile. Pero, oigamos sus propias palabras:

—Dejé a don Isidoro en París—nos dice—y volví a Chile, donde alcancé a estar dos días solamente para salir en viaje con pasaporte del Ministro de Relaciones chileno y del Cónsul inglés, con destino a la India, pu-

sando la cordillera cubierta de nieve. Al llegar a Los Andes el dueño del hotel me dijo que había una señora inglesa que urgía mucho pasar la cordillera para regresar a su patria tomando el vapor en Buenos Aires. Me agregó que se trataba de un gran personaje inglés y que deseaba partir pronto. En efecto, partimos con ella, pero al llegar a la parte de la cordillera que llaman Los Penitentes ella no quiso seguir porque el camino era muy peligroso y tuvimos que pasarla en peso. Más adelante, en el camino, también nos dió mucho que hacer a fin de que se apresurara, pues ya íbamos atrasados por su causa. ¡Ah, nunca volveré a aceptar cargos de esa especie, aunque se trate de personajes!

Un asunto de familia le obligó a Mister Jones a realizar un viaje a la India. La muerte de un hermano y el hecho de haber caído su fortuna en manos de gente extraña, poco escrupulosa; indujéronle a esa peregrinación verdaderamente infernal que, años más tarde, al darla a la publicidad en "La Patria" de Valparaíso, la titulaba así: "Viaje por la India Oriental, o sea seis semanas entre el cielo y el infierno, desde el 1.º de marzo al 31 de abril de 1889". Viaje pintoresco si lo hubo jamás fue éste de Mr. Jones, narrado sin pretensiones literarias, consignando día a día, hora tras horas, sus recuerdos e impresiones corridas en dos meses. El repetirá todo lo que ha pasado ante sus pupilas, con franqueza y absoluta sinceridad: como buen inglés que no presume de diletante no se maravillará sino ante lo que le ha emocionado hondamente: así después de visitar el monumento célebre de Taj y anotar que es considerado como una de las siete maravillas del mundo, escribe: "A mi modo de ver el Taj no vale ni la centésima parte de lo que se pregona". Si se encuentra en Mooltan y se dirige a visitar el templo y baño de Sham Fabrezi, en donde se bañan juntos hombres y mujeres completamente desnudos, traslada al papel esta curiosa nota de colorazonada con la pimienta del buen humor británico: "Y si alguien los mira con curiosidad—dirá de los bañistas—les gusta mucho esto, porque según su religión aquel que no se bañe, pero que presencie lo que hacen los demás, carga con los pecados de los bañistas, como que este templo teine por objeto lavar las faltas que hubieren cometido los naturales.

¡No es cierto que es éste un modo muy sencillo de descargar la conciencia de los pecados mortales o veniales? ¡Y qué bribones son los maridos que obligan a sus mujeres a bañarse en los lugares más públicos, con el objeto, probablemente, de que así queden más limpias sus almas de toda sombra de culpa! En efecto, en los afueras de la ciudad corre una acequia, donde se ve diariamente bañándose de 200 a 400 mujeres, jóvenes o viejas, hermosas o feas, que cuando divisan a un hombre blanco se apresuran a salir a la orilla y se paran ahí, como formando guardia de honor. Esta salida tiene por objeto que el europeo las mire, pues es éste el modo como, por arte de bilibirloque, los pecados de los que se bañan pasan a ocupar un lugar en la conciencia del que las ha mirado. Por mi parte, me detuve mas de veinte minutos a admirar tanta figura, ya ridícula, ya digna de un museo por sus hermosas formas. Ya sabe, pues, señor editor, cómo estoy cargado de pecados indios; pero qué le vamos a hacer!"

Después de su regreso de la India, Mister Jones corrió curiosas y frecuentes peripecias en sus nuevos viajes, ya fuera en Argentina, ya en el sur del país, donde, en una excursión célebre, en que acompañaba a don Isidoro Errázuriz, fué hecho cautivo por los indios hasta que consiguió se le pusiera en libertad, no sin correr antes curiosas peripecias.

Luego, en los días de la revolución del 91, fué encargado con delicadas misiones en Europa, donde vivió muchos meses prestando valiosos servicios a la causa revolucionaria.

—¿Cuál de entre sus recuerdos de su estada en Europa por aquellos años, le es más agradable?

—Uno de ellos no se me olvidará jamás, aún cuando no es nada de agradable y, antes bien, enojoso por haberse tratado de una misión nada de simpática. Resulta que se había depositado en el City Bank de Londres tres letras enviadas por Balmaceda a don Joaquín Godoy, por quince mil libras; las tres estaban vencidas en más de un mes y Godoy no las había cobrado. Cuando triunfó la revolución, don Agustín Ross le comunicó a la City Bank que, habiendo caído el Gobierno del Presidente Balmaceda, ese Gobierno no tenía fondos y el dinero depositado en la City Bank pertenecía a la nación chilena. Así es, pues, que cuando Godoy fué a cobrar las le-

tras se encontró con que no se las pudieron pagar por esta razón perentoria. Todas estas gestiones: de averiguar dónde estaba Godoy, cuándo iría a cobrar las letras, las cantidades a que ascendían, tuve que hacerlas yo, obrando como un sabueso.

—¿Tuvo usted alguna participación en Europa en las gestiones de compra del "Errázuriz" y el "Pinto"?

—Vi lo que sucedía y el fracaso de la partida del "Pinto". Cuando los buques estuvieron terminados se dispuso su partida. El "Pinto" fué varado al salir de Tolón: como no había comisión naval en París, Godoy me envió para que me hiciera cargo del buque (le advierto que yo había sido oficial en la marina inglesa), y después de algunos días de ordenar hacer un constante dragaje en el cieno que tenía detenido al buque, se consiguió libertarlo hasta que partió con diez días de atraso. El "Pinto" partió desde el mismo dique constructor sin remolcador ni nada: así es que su varadura se debió a un poco de torpeza que tal vez provino de un complot organizado ex-profeso para hacer retardar su partida.

Bruscamente interrumpe Mister Jones el hilo de sus recuerdos para decirnos:

—¡Pero he olvidado otras cosas más interesantes que puedo recordar y que ahora se me vienen a la imaginación! Va a ver usted. Terminado mi viaje a la India me fuí a Londres, donde me casé para regresar poco después a Chile, dejando a mi esposa en Inglaterra. Don Isidoro se había disgustado mucho conmigo porque no le esperé para que nos embarcáramos juntos, pues él llegaba a Chile también poco después. En su puesto fué nombrado don Pancho Gandarillas. Un mes y medio, poco más o menos alcancé a estar en Chile, cuando don Isidoro, de acuerdo con el Ministro de Relaciones Exteriores, consiguió que me nombrasen inspector de embarque de emigrantes dándome una carta de recomendación para don Francisco Gandarillas, que ya se había hecho cargo de su puesto.

Durante mi estada en Chile recuerdo que don Isidoro Errázuriz se encontraba en una situación económica difícil: le debía ochenta mil pesos al Banco Edwards y esta institución le urgía cada día para el pago de la deuda y le debía seiscientas libras a una casa vendedora de papel que se lo suministraba para "La Patria" de Valparaíso. Enton-

ces fué un día a donde don José Manuel Balmaceda y lo impuso de su situación pidiéndole su ayuda, a fin de que la Caja Hipotecaria se hiciese cargo de la deuda. Don José Manuel quedó de contestarle al día siguiente; acudió, en efecto, don Isidoro y parece



Ultimo retrato de Mr. Jones

que el Presidente se había consultado con alguien que influyó desfavorablemente en él. Entonces le negó rotundamente a don Isidoro su ayuda. Cuando volvió a su casa don Isidoro me dijo: "—Me ha negado su ayuda. No me queda otro recurso más que entregarme en brazos de sus enemigos para salvar mi situación y que no me rematen la imprenta." Algún tiempo después, y viendo que la situación económica de don Isidoro era cada día más apremiante, me fuí donde don Agustín Edwards, padre, y le expuse que le iba a pedir un gran favor para un amigo, gran pa-

triotra, que estaba en un trance apremiante. Cuando le expuse que se trataba de don Isidoro, me respondió don Agustín: "—¡Qué le pasa a Condorito!" Le conté lo de su deuda ante el Banco, lo cual facilitaba mi cometido, que no era otro que ofrecerle en venta la quinta y palacio de don Isidoro en doscientos cincuenta mil pesos. Aceptó el negocio, pudiendo quedar libre de sus compromisos don Isidoro.

Calla un momento Mister Jones. Arruga el entrecejo y, como buscando un recuerdo lejano, nos refiere la historia de su nombramiento como inspector de embarque de emigrantes en Europa. Luego, agrega, como reanudando el hilo interrumpido antes:

—A los siete meses recibí una carta de don Isidoro, donde me encargaba buscar, en mis viajes, dónde se podían comprar armamentos modernos: cañones de tiro rápido, rifles y municiones. Los precios y condiciones de pago. Entonces, en uno de esos viajes, me tocó descubrir el grande embarque de armamentos que estaban haciendo los boers en el Cabo de Buena Esperanza. Muchos de estos armamentos fueron comprados después para Chile por intermedio de Domingo Vega y otros. Yo en ese momento no tenía ni idea de que pudiese estallar una revolución en Chile: solamente sorprendí que don Isidoro estaba resuelto a desquitarse de don José Manuel Balmaceda. De pronto se recibió un cablegrama en que se ordenaba suspender la emigración para Chile. Entonces yo quedé de hecho suspendido en mi misión que tenía del Gobierno. A los pocos días tuvimos noticias de que en Chile había estallado la revolución, pero la escuadra aún no se había dirigido a Iquique. Entonces yo recibí otra carta de don Isidoro, en la que me comunicaba que me pusiera a las órdenes de don Augusto Matte y ayudara con todos mis esfuerzos para que el Gobierno francés no recibiera a don Joaquín Godoy como representante de Chile, pues llevaba credenciales para representar a Chile ante todos los Gobiernos europeos. En ese entonces M. Ribot era el Ministro de Relaciones Exteriores en Francia. Después de hacer algunas gestiones ante el Gobierno francés se obtuvo la consideración del Gobierno de que sería reconocido como Encargado de Negocios, mientras duraba la revolución, el primer secretario de la Legación, don Víctor Manuel Prieto, y yo quedaba como *attaché* de la Legación de Chile en París. En cambio, Godoy sólo tenía el carácter de agente del Presidente Bal-

maceda. Dos días antes que los revolucionarios tomaran posesión efectiva de Iquique, hubo necesidad de dinero para pagar algunas cuentas sobre los armamentos que se estaban adquiriendo. La contestación de Matte fué: "—Yo no doy ningún centavo ni ayudo de ninguna manera mientras no se hagan cargo de las salitreras los congresistas".

Por ese entonces don Agustín Ross estaba en Londres, trabajando por el partido congresista. La comisión naval de París se desbandó por completo: ninguno quiso tomar parte de ningún lado. Todos ellos se disculparon de que se le habían recetado baños y huyeron, como pretexto, dejando la oficina de la comisión naval desierta. Don Joaquín Godoy arrendó un departamento en los Campos Elíseos, cerca de la casa presidencial. Todas las noches se juntaban allí Carachilla Ovalle, Juan de la Cruz Cerda y dos o tres más que andaban a la pesca de noticias. La noche que llegó el telegrama del triunfo de Placilla, Augusto Matte estaba de visita: los telegramas se los dejaron sobre su mesa y como llegó muy fatigado sólo los leyó al otro día. En cambio, Godoy había recibido otro telegrama en que le anunciaban la victoria obtenida por Balmaceda. Esa misma noche organizó Godoy un banquete en un restaurant de los Campos Elíseos; pero, al llegar después del banquete a su domicilio, encontró una nueva comunicación en que le daban las verdaderas noticias.

Fatigado con el chorro ininterrumpido de esa charla constante que sube a borbotones a sus labios, Mr. Jones cesa de hablar, rendido, vivamente emocionado, tembloroso el acento.

Afuera el campo se incendia en un crepúsculo de fuego: mugen las vacadas, se tiñen de ocre los viñedos, largas filas de labriegos regresan de las faenas. De la tierra fresca asciende una ola a establo recién abierto. Y, entre esos perdidos rumores de la tarde desfalleciente, se escucha a lo lejos, ronca, en sordina, la voz del río que se arrastra, sobre su lecho de piedras.

Mientras Mr. Jones nos tiende la mano franca, afuera, en un corral vecino, un caballo relincha, relincha, como husmeando en el aire cercanas voluptuosidades.

Subimos al coche. Echan a andar los caballos. La casa de Las Mercedes se queda arrebujada entre los naranjos. Poco a poco el silencio de la tarde va entrando en nosotros...

LA NOVIA

Comedia en un acto de Nicolás Cornet, premiada en el concurso de la Comedia Francesa y adaptada a la escena española por Ramón Mondría García (Ramon dr.ag).

PERSONAJES

María Luisa.	30 años
Anita.	17 "
Gregoria (madre de M. Luisa).	60 "
El cabo de gendarmes.	34 "
Pedrito.	4 "

Con ilustraciones

La acción se desarrolla en una aldea nor-manda en 1885. Interior de una casa humil-de. Muebles escasos. Algunos cuadros en las paredes. Puerta de entrada al fondo y una ventana desde la que se ve el mar a lo lejos.

Al levantarse el telón, Gregoria aparece pelando patatas; Anita repasa la ropa blan-ca. Al rato se levanta Gregoria y abre la puerta del fondo mirando hacia afuera con la mano como un puente colocada encima de los ojos, para que no la moleste el sol; en seguida vuelve a sentarse y a continuar su tarea.

ESCENA I

Gregoria, Anita

Anita.—Vaya, ya he terminado. Voy a reco-gér todo esto.

Gregoria.—Sí, eso es, recógelo todo, hijita.

Anita.—¿Nadie se divisa en el camino, ma-má?

Gregoria.—No, nadie todavía...

Anita.—Oh! parece que estás impaciente.

Esperemos otro poco. (Pausa). ¿Y estás segura mamá de que llegará hoy la María Luisa?

Gregoria.—¿Cómo no, cuando ella lo ha di-cho!... Ya viste su carta. Tú misma la leíste, puesto que yo no sé...

Anita.—Vamos a ver la carta. (Toma una carta y lee): "París, 12 de junio. Mi querida madre: Te escribo esta vez pa-rra decirte que salgo de ésta pasado ma-ñana, por la mañana, de modo que lle-garé a ésa el jueves 14 a las cuatro y media y tendré al fin la dicha de abrazaros"...

Gregoria.—¿Lo ves? Bien claro lo dice. El jueves 14, y hoy es jueves.

Anita.—Sí, sí; hoy tiene que llegar. ¡Oh, me va a causar mucha impresión el verla! No me acuerdo de ella, nada, absoluta-mente.

Gregoria.—¿Mujer! Hace ya cerca de siete años que se fué. Tú eras todavía una chiquilla; apenas si tenías diez años.

Anita.—Aún no cumplidos.

Gregoria.—Ya ves. Entonces cuando se iba mi pobre María Luisa, nadie hubiera creído que iba a estar tanto tiempo fue-ra de su pueblo, allá, en ese París de perdición...

Anita.—Pero vamos a ver, mamá; ¿por qué se marchó María Luisa? Nunca has que-rido decirme la verdad.

Gregoria.—¿La verdad! Esa es una historia ya vieja. Vale más que no la conozcas todavía, porque es bien triste. Cuando seas ya una mujer hecha, tu misma her-mana te la contará.

Anita.—Oh, cuéntamela tú, mamá, cuénta-mela.

Gregoria. (Sonriendo). — ¡Miren la curio-sona!

Anita.—Mira, he oído decir tantas cosas sobre este asunto...

Gregoria.—¿Y qué es lo que decían?

Anita.—Decían que María Luisa se había ido porque se había comprometido con un gendarme de aquí... Y parece ser que le faltaba el dinero necesario para casarse con él.

Gregoria.—Sí, la dote reglamentaria: dos mil francos. Nosotros no podíamos dis-poner de esta cantidad, y no podíamos.



Gregoria (sin conocerla).—¿Qué desea usted señora?
María Luisa.—Mamá, ¿ya no me conoces?

por tanto, dar a tu hermana esa dote. Este fué el motivo porque yo siete años perdiese a mi hija, siete años que para mí ha estado como muerta!...

Anita (sorpresa).—¿Y cómo fué eso?

Gregoria.—Escucha; voy a contártelo todo. Harto tiempo llevo esta historia aquí, en el fondo de mi pecho. Es preciso que hable. Ya es tiempo de que sepas lo ocurrido.

Anita.—Sí, sí, cuéntamelo todo, mamá.

Gregoria.—He aquí cómo sucedieron las cosas. Era un día de procesión del Corpus. En ella vió por primera vez a su gendarme María Luisa. Iban cuatro de a caballo escoltando al Santísimo y marchaban detrás de la custodia conducida bajo el palio santuoso. Uno de los gendarmes sonrió, al pasar, a tu hermana. Pues desde aquel día María Luisa amó con toda su alma. Ella nada dijo en un principio y así transcurrieron varios meses. Parecía cambiada, sin saber por qué; quedóse pálida y lloraba con frecuencia. Y todos los días haciendo labor se colocaba invariablemente junto

a la ventana, desde donde le veía pasar a caballo. Un día héte aquí que el sargento golpea la puerta. Tu difunto padre estaba aquí todavía, sentado junto a esta mesa el pobre; yo estaba haciendo la ropa.—Buenos días, señor Garoux, dijo el gendarme. Aquí me trae un asunto a su casa, de que quiero hablar con Ud. ¿No le parece a Ud. que la María Luisa está, ya en edad de casarse? Su hija me gusta y, según pienso yo, tampoco le desagrada a ella. Por consiguiente, si quiere Ud. dármele en matrimonio, no hay más que hablar. Tu padre dijo que sí sin más preámbulos. Yo me dirigí a María Luisa que estaba en un rincón llorando y le pregunté:—¿Y tú le quieres, hija mía? Sin poder contestarme me hizo señas de que sí, con la cabeza...

Anita.—¿Y entonces?

Gregoria.—Entonces él gendarme dijo estas palabras: "Ud. sabe, señor Garoux, que yo quiero a su hija por ella misma. Únicamente por mi profesión debo de tocar el asunto de dinero. Supongo que tendrá la dote reglamentaria, ¿no es así?" Tu padre no esperaba tampoco esta salida que quedó atontado sin saber qué responder. Yo entonces le dije que no éramos ricos, pero que la María Luisa llevaría en su ajuar una docena de sábanas y toda su ropa blanca.—"Esto es todo lo que podemos darte, dijo tu padre. Los negocios marchan mal. Cada día se ponen peor las cosas. Y, por otra parte, nos quedan cuatro que acomodar; algo hay que guardar para las demás."—"Entonces, no hemos dicho nada, señor Garoux, y no lo tome a mal. Amo mucho a su hija, pero no puedo casarme con ella. Los reglamentos exigen que nuestra mujer aporte al matrimonio una dote de lo menos dos mil francos. Es como aquel que dice nuestra fianza en la gendarmería. Si la novia no tiene esta dote, el coronel no autoriza el matrimonio y nada se puede hacer". La María Luisa ya no lloraba sino que esuchaba. Entonces, dijo ella, si yo me comprometo a ganar

esta suma y juntar mi dot. ¿me promete Ud. esperar?"—"¿Y cómo se las va a arreglar para juntar tanto dinero?" le preguntó él.—Honradamente, se lo juro a Ud.; ¿pero jura Ud. también esperarme?"

Anita.—¿Y qué contestó él?

Gregoria.—Para probarle que la amo, María Luisa, se lo prometo. Pero deseo saber de todos modos cuánto tiempo piensa Ud. tardar en conseguirlo. Entonces tu hermana se adelantó hacia él y le dijo: "Cinco años le pido a Ud. de plazo; ¿se siente Ud. con fuerzas para esperar? Dígame francamente sí o no. Si es que sí, mañana mismo parto para París".—Y al otro día hizo su paquete, la acompañamos a la estación y partió con las lágrimas en los ojos... Hace ya de esto siete años y desde entonces que no la veo. Como yo no sé leer ella me ha escrito poco. Sólo he sabido que estaba colocada en París y que marchaba bien. Estando ella allá murió tu pobre padre sin verla más, y tus hermanas se han ido lejos a trabajar. Hemos quedado las dos solas y al fin de cuentas creía yo que tu hermana no regresaría más. Quién sabe si esto hubiera sido mejor para ella...

Anita.—¿Y por qué? ¿Yo voy a estar tan contenta al volverla a ver! Ya no estaremos más solas. Y, además, con seguridad que ella trae su dote. (Se abre la puerta del fondo nuevamente y aparece en el umbral una mujer humildemente vestida, de cara prematuramente envejecida).

ESCENA II

Las mismas, María Luisa

Gregoria (sin reconocerla).—¿Qué desea Ud., señora?

María Luisa.—Mamá, ¿ya no me conoces?

Gregoria.—¿María Luisa! ¿Pero es posible que seas tú? (La abraza con efusión). Pobre hija mía, tanto tiempo que no te veía! Y luego que te creía más... ¡vamos!... Además, ya mis ojos no ven bien! Pero ahora te reconozco. ¡Ah, mi pobre hija, mi pobre María Luisa! (Vuelve a abrazarla efusivamente).

María Luisa.—Tú, tú apenas has cambiado! (La mira todo en derredor). Y todo esto parece lo mismo... Sólo faltaba el papá...

Gregoria.—¿Tu papá! Ya tres años que se fue. Juan y Martín están en Cherburgo trabajando en el puerto. Leonardito está pasando la temporada con los cazadores en Pontivy. Y aquí tienes a tu hermana Anita, que era aún una chiquilla cuando te fuiste.

Anita (adelantándose).—¿Qué tal, María Luisa? Estoy muy contenta que hayas vuelto a nuestra casa.

María Luisa (contemplándola).—¿Esta es la pequeña Anita?... ¡Oh, cuánto ha crecido!

Gregoria.—¿Mujer! Si era apenas un renacuajo así cuando te fuiste! Pero ahora ya la ves; está ya en condiciones de casarse.

María Luisa.—¿De casarse?

Gregoria.—¿Oh! No es más que un decir. Tiene ya edad para ello. Y tú, hija mía, ¿vas a volver a dejarnos? Ahora ya no te podría esperar tanto tiempo, hija mía, ya estoy muy vieja.

María Luisa.—No, mamá, no; Todavía no estás vieja. ¡Si yo apenas te noto cambiada! Yo soy la única que lo estoy.



María Luisa.—Casado? ¿El? Juan.
Gregoria.—Casi ya cinco años.

De todos cuantos hasta llegar a esta casa me he encontrado en el camino, ninguno me ha reconocido.

Gregoria.—Es que desde que tú te fuiste hay muchos que ya se han muerto y muchos también que se han marcha lejos de aquí... Ya comprendes entonces que no pueden ser muchos los que se acuerden de ti.

María Luisa.—Pero si yo les he reconocido a casi todos los que me he encontrado! Pero ni uno solo me ha saludado. Oh, sí, preciso es que yo haya cambiado mucho.

Gregoria.—¿No has hablado todavía con ninguno de aquí?

María Luisa.—Con nadie.

Gregoria.—¡Oh! Bueno, siéntate, hija mía,



María Luisa.—Tengo más de cinco mil...

y descansa un poco, que debes estar muy fatigada. ¿Quieres tomar un bocadito de cualquier cosa, o prefieres esperar?

Anita.—Hay una sidra muy rica, María Luisa, ¿quieres probarla?

María Luisa.—Gracias; en seguida la probaré, Anita, pero antes quiero descansar un poco y conversar con mamá.

Gregoria.—Muy bien. Tú, Anita, entretanto, anda a buscar lo que necesites para hacerle de comer a tu hermana.

Anita (muy alegre).—Y después voy a contarle a todos que llegó la María Luisa.

Gregoria.—No... Más vale que la dejemos tranquila; está muy cansada.

María Luisa.—No, de ningún modo; si no estoy cansada. Anda, anda, pues, Anita, que tengo muchas ganas de ver a todos los amigos.

Anita.—Voy corriendo.
Sale.

ESCENA III

Señora Garoux y María Luisa

Gregoria. (Rompiendo de pronto a llorar).

—Oh, pobrecita, mi nobrecita María Luisa! (La estrecha entre sus brazos).

María Luisa.—Pero, ¿a qué viene ese llanto, mamá? ¿A qué llorar cuando ya estoy aquí?

Gregoria.—¡Oh, sí, ya estás aquí! ¡Qué contenta estoy!

María Luisa.—Yo también; ya lo ves, tengo que estar contenta... porque el fin que perseguía al marcharme de aquí, está conseguido.

Gregoria.—¿Los dos mil francos?

María Luisa.—Tengo más de cinco mil...

Gregoria.—¿Cinco mil?...

María Luisa.—Y, sin embargo, tengo el corazón en un puño y me salta atrocemente, no sé por qué. Debe ser la impresión de volver a veros a ti y a Anita.

Gregoria.—Sí, yo también estoy conmovida, ya tú lo ves!... Pero todo pasará.

María Luisa.—Y es también la idea de volver a verle a él, a mi Juan, al cabo de siete años. ¡Ah, si me parece un sueño! ¿Ves tú? Quisiera estar contenta y feliz, sí, debería estarlo... Y, a pesar de eso tengo, miedo... Tengo miedo. Al cabo de siete años no se está lo mismo; se cambia mucho... Tú misma no me reconociste... Comprendo que estoy muy envejecida... Y él, ¿me querrá ahora? ¿Le gustará todavía?

Gregoria.—Oye, él te escribirá, ¿no es cierto?

María Luisa.—Sí, al principio, todas las semanas; después no con tanta frecuencia.

Gregoria.—Y te dijo que...

María Luisa. (Interrumpiéndola).—Sí; me dijo que le habían nombrado brigadier. Hace de esto dos años. ¡Qué contenta me puse al saberlo!

Gregoria.—¿Y le escribiste que ibas a llegar?

María Luisa.—No, nada; ni una palabra. Sólo te he escrito a ti. He querido darle una sorpresa. ¿Tú tampoco le has dicho nada?

Gregoria.—Desde que es brigadier viene poco por aquí; tiene muchas ocupaciones y se le ve de tarde en tarde. Ahora tiene que mandar a los otros y le queda poco tiempo disponible...

María Luisa. (Con ternura). — ¡Brigadier, mi Juan!... ¡Oh! Bastaba verle una vez sola para adivinar que era el más capaz, el más... Y dime, ¿él está muy cambiado?

Gregoria.—No; siempre está hecho un real mozo. Diríase que los años no pasan por él.

María Luisa.—¡Oh! Cuando allá en París pensaba en él, le veía siempre como le vi en la procesión, arrogante en su caballo, fija la mirada y con aquel aire tan imponente y tan dulce! Le veo pasar ante mí y alejarse después dulcemente, dulcemente tras el cortejo del Señor. ¿Y él se acordaba de mí? ¿Te hablaba de mí con frecuencia?

Gregoria.—Sí, sí... Pero cuéntame, ¿qué has hecho, por allá y cómo has podido reunir tanto dinero?...

María Luisa.—¡Ah, es una historia larga, muy larga. Al principio creí que nunca llegaría al fin.

Gregoria.—¿Se portaron bien contigo, al menos aquellos en cuya casa serviste?

María Luisa. (Con sentimiento). — ¡Bueno!... ¿Y por qué habían de ser buenos? No era eso lo que les pedía, sólo medios para ganar mi vida y volverme cuanto antes. Pero debo confesar que tampoco fueron malos. Al principio, cuando llegué, entré para todo servicio en casa de un dentista al lado del Jardín Botánico. Era un viudo ya anciano; tenía mucho miedo de morir así, completamente solo. Hice cuanto pude por atender y cuidar al pobre viejo; le preparaba los platos que más le gustaban, y cuando hacía bueno salía con él a pasear y a tomar el sol

para que se reanimase. Día a día se habituó a mí de tal manera que una hermosa mañana me habló así:—Oiga Ud., María Luisa. Yo no podría ya pasarme sin Ud. Carezco de familia y no tengo a nadie en el mundo. Si Ud. se marchase de mi lado algún día y yo cayese enfermo, ¿qué sería de mí? Sólo cuento con Ud. Pues bien, ¿quiere Ud.



María Luisa.—Sí, Juan, yo soy... He venido por ver a mi madre...

que nos casemos? Tengo algunas rentas que dejaré a Ud. a mi muerte, y esta no puede prolongarse mucho. Para Ud., una joven desheredada, sería esto una fortuna. No pido a Ud. en cambio, más que sus cuidados.

Gregoria.—¿Y tú qué dijiste?

María Luisa. (Con sencillez).—Yo... aquel mismo día me marché de la casa.

Gregoria.—¡Ah!

María Luisa.—Tuve miedo de dejarme tentar por aquellos montones de dinero.

Yo me dije: "Y, entonces, Juan, Juan a quien había dado mi palabra!..."

Gregoria. (Rompiendo casi en sollozos).— ¡Ah, mi pobre María Luisa!

María Luisa.—Después busqué otra casa donde acomodarme. Pero era muy mala oportunidad. Estábamos en verano y la mayor parte de las familias de París habían salido al campo; no había buenas proporciones; para eso habría que esperar mucho y el dinero se marchaba... Entonces entré en casa de un cantinero de Levallois como ayudante de la cocina para lavar la vajilla. Los domingos iba mucha gente y estaba abierto hasta muy tarde. Un domingo, por la tarde, llegaron tres carreteros; iban bastante bebidos, pero pidieron más de beber. Yo iba a servirles cuando de pronto se pusieron a retozar conmigo y gastarme bromas. Como yo no les hice caso ni escuché sus sandeces, esperaron que yo saliese y cuando estaba fuera para vengarse se echaron como fieras sobre mí en la calle desierta. Forezjé, luché, pedí socorro, y acudieron a favorecerme. Entonces los tres canallas alegaron que era yo la que les había hecho proposiciones, que hasta les había amenazado y que ellos tuvieron que defenderse. El patrón vino y dijo que en su casa no quería él tales discordias y como los carreteros eran antiguos clientes suyos, por complacerles a ellos me puso en la calle a la mañana siguiente.

Gregoria.—; Es posible esto, Dios mío!

María Luisa.—Estuve varias semanas sin colocación viviendo como podía. Por fin, en el otoño entré en casa de Mme. Murier, mi última patrona, una bellísima persona. Acababa de perder a su hija única, de veinte años, y su pérdida le había causado una pena inmensa. La señora estaba tan triste y era tan amable, tan buena que en seguida le tomé cariño. Ella me había tomado a prueba en un principio, pero me aceptó definitivamente y yo la cuidé con el mismo interés que a mi primer patrón. Todos los domingos salía de visita y yo quedaba sola. Entonces ponía sobre la mesa los ahorros de mi bolsa, todas mis economías y las contaba una, diez, veinte veces. Y me decía: "He ganado tanto; me falta tanto todavía". Y cada domingo había un poco más. Jamás gasté en mi misma ni un solo peso. Después, cuando con tanta cuenta me dolía ya la cabeza, me ponía a pensar

en mi tierra. Veía las praderas enajadas de verdura y entre ellas los caminos que se alargaban interminables, los huertos con sus árboles cargados de fruta. A lo lejos contemplaba la mar azul y la casita en que vosotras vivíais. Y... a él también le veía, arrogante en su caballo blanco por el camino de Barjeux... Y entonces yo misma me decía en voz alta: "Valor, María Luisa, valor! Todo por él, todo por tu Juan!... Allá te espera él... Vamos, un poco de valor aún!..."

Gregoria. (Llorando).—; Pobre niña mía!

María Luisa.—Después me ponía a escribirle. Le rogaba que os diese noticias mías y le prometía regresar muy pronto... Y le decía cuánto tenía ya ahorrado.

Gregoria.—; Y él te contestaba siempre?

María Luisa.—Siempre. Para leer sus cartas me esperaba siempre a estar sola, los domingos. Me hablaba del pueblo, de los amigos, de vosotros... Y de cuán felices seríamos los dos algún día.

Gregoria.—; Y no te dijo nunca si se cansaba de esperar?

María Luisa.—No... Una vez al final de una carta me pidió que le mandase doscientos francos para una necesidad urgente, diciéndome que él me los devolvería más tarde. Yo se los mandé al momento, gozosa de poderle servir. Al poco tiempo me pidió otra vez cien francos y doscientos más otra vez. Algo me extrañaba yo de todo esto, pero siempre le mandé gustosa lo que me pedía. ; Tú no sabes para qué sería?

Gregoria.—No, nunca me habló de esto él...

María Luisa.—Yo supuse que quizás habría comprado algún terreno, que lo pagaría a plazos y que no querría decirme una palabra para darme una sorpresa a mi regreso. Me decía yo que para recuperar este dinero bastaría que me quedase en París un poco más... Por eso he tardado dos años más en volver... Y aún estaría allí sino hubiera sucedido lo que sucedió...

Gregoria.—; Y qué fué ello, hija mía?

María Luisa.—Una mañana al entrar en la habitación de la señora la encontré muerta en su cama; tenía en las manos un retrato de su hija. ; Lo que lloré entonces!... ; Cuánto lloré! Era tan cariñosa, tan buena la pobre señora! Después me disponía ya a buscar otra colocación, cuando me escribió el notario de la señora diciéndome que en pago de mis buenos servicios Mme.

Murier me dejaba cinco mil francos y algunos muebles.

Gregoria. — Por fin tenía ya esa dote por la que tanto había padecido! Podía ya volverme a casa y volver a ver a mi Juan!... ¡Ya voy a verle!...

(Silencio embarazoso de Gregoria que parece estar molesta y violenta).

María Luisa.—Y bien, ¿no me dices nada? Habla, pues, ¿Juan está bueno?

Gregoria.—Sí, sí, bueno.

María Luisa.—¿Y cuándo vamos a vernos? ¿Va a venir aquí?

Gregoria.—No, hoy no.

María Luisa.—¿Qué no viene hoy? (Sorprendida).

Gregoria.—No.

María Luisa.—Pero, ¿y por qué? ¿Qué te ha dicho?

Gregoria. ¡(Confundida).—Nada, nada.

María Luisa.—Entonces, ¿no está aquí?

Gregoria.—No.

María Luisa.—Está en Bayeux.

Gregoria.—Sí, en Bayeux.

María Luisa. (Con animación).—Voy a averiguar cuándo regresa. (Se dispone a salir).

Gregoria. (Deteniéndola bruscamente).—No, no vayas.

María Luisa. (Angustiosa).—Pero, ¿qué es lo que hay? ¡Ah! Aquí hay algo que tú me ocultas. Vamos, mamá, me tienes que decir todo.

Gregoria. (Después de un esfuerzo).—No puedo, mi pobre María Luisa, no puedo. (Rompe a sollozar).

María Luisa. (Como herida por una idea repentina).—Oh, ¿es que ha muerto?...
Gregoria. (Con fuerza).—No, eso no.

María Luisa. (Con ansiedad).—Y, entonces, ¿qué, qué? No hay de Juan sino una cosa que tú hayas de procurar ocultar: su muerte. ¿Es esto posible, Dios mío, es esto posible?

En este momento se oye fuera el galope de un caballo.

María Luisa. (Corriendo hacia la ventana).—¡Oh, no!... Es él!... Es él!... Gracias, gracias, Dios mío, es él!... (Se echa en brazos de Gregoria).

Gregoria. (A media voz).—Mi pobre María Luisa; él ha muerto para ti: se ha casado.

María Luisa. (Sorprendida).—¿Casado? El Juan?



María Luisa.—No, no... déjale, déjale. (Al niño): Ven, mi hijito.

Gregoria.—Casi ya cinco años, con la hija del boticario.

María Luisa. (Cual si no comprendiese).—¿Casado! ¿Juan, mi Juan?... ¿Que se ha casado?

Gregoria.—Sí, no pudo esperarte; era demasiado tiempo.

María Luisa. (Al cabo de un gran rato).—¿Ah, pero, y entonces, ¿por qué no me lo avisó?

Gregoria.—No se habrá atrevido. Es de suponerlo así después de lo que mediaba entre vosotros.

María Luisa. (Como hablando consigo misma).—¡Hace cinco años!... Cinco años!... (A su madre). Bueno, y tú, vamos a ver, ¿por qué no me lo anunciaste?

Gregoria.—Yo... Demasiado lo sabes. En primer término no sé escribir y además no hubiera tenido valor para decirte lo...

María Luisa.—Hace cinco años... casado!... ¡Ah! (Al cabo de un rato). Bueno, bien, está bien... Siento sólo no haberlo sabido, porque no me habría matado tanto ni habría tampoco vuelto por aquí.

Gregoria.—¡Ah! ¿Y yo?... ¿Y nosotros, María Luisa?

María Luisa.—¿Tú? Sí, me alegro mucho de haberte visto. Sólo que allá en Pa-

rís no me acordaba tanto de ti. De él sí, él era toda mi vida; yo no pensaba más que en él, no esperaba nada más que él, no vivía más que por él... Y yo creía que él era como yo, que no olvidaba su promesa...

Gregoria.—Los hombres no son como nosotras, hija mía; prometen de buena fe. Y al poco rato...

María Luisa.—Sí, verdaderamente no es culpa suya... Quizás pensó que yo no volvería más. Y, sin embargo, durante dos años me ha esperado; durante dos años no ha pensado más que en mí... Después se habrá dicho: "Quién sabe, tal vez no vuelva a verla más". Se ha creído, por tanto, libre y entonces... Entonces ha hecho bien. ¡Qué quieres! Era muy largo el plazo... He estado allá mucho tiempo. Después de todo, yo me tengo la culpa. De presumir era que esto no resultaría; hubiera sido mucha felicidad!...

Gregoria. (Llorando).—¡Ah, pobrecita mía! ¡Mi pobre María Luisa!...

María Luisa.—¡No llores, mamá! ¡No ves que yo no lloro? Demasiados sufrimientos has tenido en la vida, para que vengas ahora a atormentarte por mi causa. Vamos... No quiero dejarte de esa manera.

Gregoria.—¿Dejarme? Pero, ¿es que te vas, María Luisa?

María Luisa.—Sí... No podría vivir aquí.

Gregoria. (Ansiosamente).—Pero, ¿dónde te vas? ¿Dónde vas a marcharte otra vez?

María Luisa.—No sé... Tal vez a París... Tal vez a otra parte... Por el momento me es igual con tal de no quedarme aquí...

Gregoria.—Y pensar que he pasado tantos años sin verte! Quédate aquí conmigo, soy tu madre y siempre te he querido tanto!...

María Luisa. (Sacudiendo la cabeza).—No, aquí no podría.

Gregoria.—Nada más que un día, un día sólo... Vamos, ¿es posible que tengas alma de dejarme así? Mira, te irás mañana... Pero no ahora en seguida! Quién sabe, María Luisa, si volveremos a vernos otra vez! Probablemente no. Y, cuando yo muera, ¿qué va a ser de tu pobre hermana Anita?

María Luisa.—Bueno, mamá, es preciso casarla. Segura estoy de que tan bonita como es ha de encontrar pronto quién la quiera. Y, además, ella no se encontrará en mis circunstancias. Tendrá su

dote. Toma, aquí tienes los cinco mil francos para ti y para ella... Para las dos. Con esto podéis estar tranquilas... Y cuando Anita forme su hogar y se case tú vas a vivir con ella.

Gregoria. (Siempre llorando).—Y tú, y tú mi pobre niña!

María Luisa.—Yo tengo aún mil doscientos francos y con esto me basta. No necesito tanto dinero; ¿qué haría con ello? Antes, la cosa cambiaba, era para él, para los dos para los pequeños que hubiéramos podido tener... Pero ahora mi Juan ya no es para mí... ¿Para qué quiero entonces el dinero? No, no; todo ha concluido para mí; es preciso que me vaya. Aquí, te lo aseguro, tengo miedo!...

Gregoria.—¡Miedo! ¿De qué?

María Luisa. (A media voz).—Tengo miedo de volverle a ver... No hay que decir que he llegado ni a él, ni a nadie... A nadie... Afortunadamente ninguno me ha reconocido. Dentro de algunos días, cuando ya me haya colocado, te escribiré... Y te diré lo que creo conveniente que le digas... Tú irás a enseñarle mi carta a él, a Juan; ¿me lo prometes?

Gregoria. (Entre sollozos).—Sí, María Luisa.

María Luisa va a tomar su maleta y se dispone a partir. De repente se abre la puerta del fondo suavemente y aparece un niño de unos cuatro años.

ESCENA IV

Los mismos, Pedrito

Pedrito. (Desde la puerta).—Dígame, señora Gregoria, ¿no está aquí la Anita?

Gregoria.—No, ha salido.

Pedrito.—¿Y va a volver pronto?... Me ha dicho que iba a venir a jugar conmigo.

Gregoria.—Sí, sí, mañana irá, mi hijito; hoy no puede porque tiene mucho que hacer.

Pedrito.—Ah, ¿sí?

Gregoria.—Sí, tenemos gente. (Echándole fuera). Anda, mi hijito; anda, vete ya.

Pedrito.—No, yo quiero quedarme aquí.

Gregoria.—Mañana vendrás, vete.

María Luisa. (A su madre).—Déjale, pobre niño... Puesto que yo me voy...

Pedrito. (Dirigiéndose a Gregoria y mirando a María Luisa).—¿Quién es esta señora?

Gregoria.—Es mi hija.

Pedrito.—¿Entonces tenías dos? Nunca me lo habías dicho... Esta no es tan bonita como Anita... Pero yo quiero ju-

gar con ella, ya que Anita no está. (Acercándose o María Luisa). ¿Quié-
re Ud., señora?

María Luisa. (A su madre).—Es simpático
este niño. ¿De quién es?... (A Pe-
drito). ¿Cómo te llamas tú, querido?

Pedrito.—Pedrito Tricort. Tengo cuatro
años.

María Luisa. (Conmovida).—¡Ah! Y tu pa-
pá, ¿qué hace tu papá?

Pedrito.—¿Papá? Mi papá es el brigadier
de los gendarmes.

María Luisa.—¡Ah!

Pedrito.—Tiene un caballo muy bonito y
le monta todos los días. Yo también
cuando sea grande seré gendarme
y seré brigadier, y tendré un caba-
llo muy grande y unas botas muy
grandes y montaré también a ca-
ballo...

Gregoria. (Acercándose).—¡Cállate, cállate
por Dios, y vete a tu casa!

María Luisa.—No, no, déjale, déjale...
(Al niño). Ven pequeñito... mi Pe-
drito... (Lo toma en brazos; apar-
te); ¡Dios mío! ¿Cómo se le parece!
(Mira al niño; irresistiblemente las
lágrimas acuden a sus ojos).

Pedrito.—¿Por qué llora? No hay que
llorar. Si lloras te pones fea.

María Luisa. (Enjugándose las lágrimas).
—No, no; ya no lloro... Estoy muy
contenta de verte. ¿Y quieres mucho
a tu papá, Pedrito?

Pedrito.—Oh, sí, le quiero mucho... Y
a su caballo también le quiero... Se
llama "Bijou"... Yo monto encima...

María Luisa.—¡Ah!

Pedrito.—Y tú, ¿cómo te llamas tú?

María Luisa.—¿Yo?... María Luisa.

Pedrito.—Dime, María Luisa, ¿quieres venir
conmigo a jugar a mi casa?

María Luisa.—No... ahora no.

Pedrito.—Sí, anda, ven conmigo. Verás a
papá. Acaba de llegar y se está bajan-
do del caballo...

Gregoria.—No, hijito, no; no hay que molestar
a tu papá.

Pedrito.—Si no hace nada! Está descan-
sando... Y fumando en su pipa. Ven,
María Luisa. Le diré a papá que eres
la hermana de Anita.

María Luisa. (A parte).—¡Dios mío! (Al-
to). No, Pedrito lindo; no hay que
decirle nada porque me voy en seguida.

Pedrito.—¿Ya te vas?

María Luisa.—Sí, es preciso.

Pedrito.—¿Y no vuelves más?

María Luisa.—No; pero ante todo, ¿quieres
darme un abrazo bien fuerte?

Pedrito.—Sí, ya lo creo...

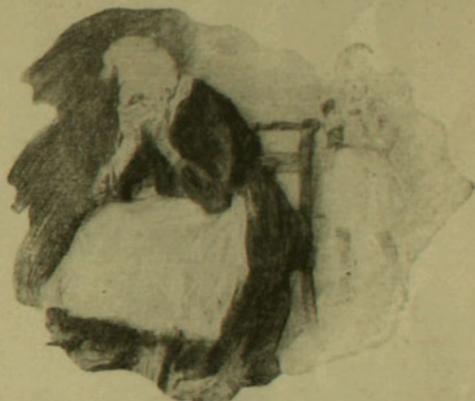
(María Luisa le abraza largamente;
después le da una carterita).

María Luisa.—Toma, esto se lo das a tu
papá...

Pedrito.—¿Y qué es esto?

María Luisa.—Son monitos bonitos.

De pronto se oye fuera un ruido de
pasos y espuelas, luego una voz fuer-
te que grita: "¡Pedro! ¡Pedro!" María
Luisa se pone bruscamente en pie co-
mo movida por un resorte y se pone a
temblar todo su cuerpo. Se abre brusca-
mente la puerta y aparece el brigadier.



Gregoria.—¡Mi hija! ¡Pobre hija mía! ¡Dón-
de se irá, Dios mío!

ESCENA V

Los mismos, el brigadier

El brigadier.—Buenos días, señora Grego-
ria. ¿Estará aquí con ustedes mi chi-
quillo?

Pedrito. (Corriendo hacia su papá).—Estoy
aquí papá.

El brigadier.—¡Ah, picaruelo! ¡Y tu madre
buscándote por todas partes! Disculpe
Ud. señora Gregoria; yo no sé por qué
este chiquillo viene siempre a meterse
aquí en su casa. Hay que llevarle a
casa.

Pedrito.—Yo quiero jugar con Anita.

El brigadier.—Anita no tiene tiempo para
estar siempre jugando contigo. Con que,
Vámonos!

Pedrito.—Pues entonces yo quiero jugar con

la señora... (Señalando a María Luisa). Es su hermana.

María Luisa clavada como una estatua, ha quedado inmóvil sin mover siquiera la cabeza. El brigadier que se encontraba a espaldas de ellas la mira, la ve siempre inmóvil y se acerca a la señora Gregoria.

El brigadier. (A media voz).—¿Quién es... esta señora?

Gregoria.—Esta es... (No puede acabar la frase: la voz se ahoga en su garganta).

Pedrito.—Es María Luisa.

El brigadier.—¿María Luisa!

(Largo silencio; emoción general; después con voz débil, dice María Luisa).

María Luisa.—Sí, Juan, yo soy. He venido por ver a mi madre... Pero no quería verle a Ud., ni a nadie de aquí... Qué hacerle, Juan; no he podido manteneros mi palabra. He tropezado por allá con uno que me quiere de veras y desea hacerme su esposa. Así es que dentro de ocho días es la boda. He venido sólo para participar a mamá esta noticia... Ya sé que... que... Ud. también ha encontrado su felicidad. Nuestro cariño concluyó, Juan... Yo, por mi parte, le aseguro que no le quiero. ¡Oh! ¡No! Quiero a otro. Que sea Ud.

feliz, Juan, muy feliz... Aunque ya debe de serlo. Basta ver a su hijito que se le parece tanto!... Adiós, Juan!... (Va a salir).

El brigadier. (Queriendo detenerla).—Escúcheme, María Luisa.

María Luisa. (Desde la puerta).—No, es preciso que me vaya... Me esperan, tengo que marcharme... Hasta la vista, mamá! Adiós, adiós, Juan. (Sale corriendo).

Gregoria. (Corriendo a la puerta).—María Luisa, oye, María Luisa.

Pedrito. (Mirando fuera).—Ya va muy lejos!

Gregoria. Ya no la veré más! Mi hija, pobre hija mía! ¿Dónde se irá, Dios mío, dónde se irá? (Cae llorando sobre una silla).

El brigadier. (Al cabo de un rato).—Señora Gregoria. Todo lo comprendo. ¡No es cierto eso de su boda! (Gregoria hace señas que no con la cabeza, sollozando sin cesar). ¡Pobre María Luisa!... ¿Al menos me ha perdonado?

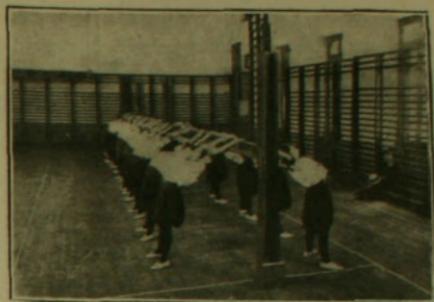
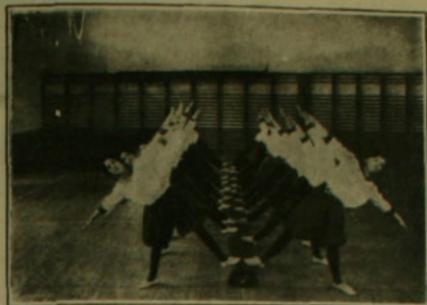
Pedrito. (Alargando la cartera).—Toma, papá; mira lo que me dió para ti.

El brigadier. (Después de abrir la cartera).—¿Su dote!...

Pedrito.—Son monitos bonitos...

TELON





Curso de profesoras de gimnasia.

Un establecimiento modelo

Por

JOAQUIN CABEZAS

Ilustraciones fotográficas

La idea primera de crear un establecimiento en donde se formarían los profesores de cultura física la dió al público don José A. Alfonso en la sesión solemne e inaugural que celebró la Asociación de Educación Nacional en el Conservatorio de Música en 1904. En junio de 1905 el Excmo. señor don Germán Riesco decía en el Mensaje leído en el Salón de Honor del Congreso Nacional, con ocasión de la apertura de las sesiones legislativas de ese período: "A fin de impulsar la iniciativa de la juventud y prepararla al trabajo libre y remunerativo, en el Proyecto de Presupuestos para 1906 someteré a vuestra aprobación la idea de crear un Instituto Superior de Educación Física y Manual". El sub-secretario de Instrucción en esa época, don Carlos Silva Cruz, tomó con mucho entusiasmo la realización de esta idea de S. E. y obtuvo que la Comisión Mixta de Presupuestos para 1906 consultara los fondos necesarios. El proyecto del Gobierno tropezó, sin embargo, con una serie de dificultades y la feliz iniciativa del señor Riesco habría fracasado si no intervinieran decididamente en su favor el Presidente de la Asoc-

ciación de Educación Nacional, doctor Carlos Fernández Peña, y los señores Arturo Alessandri y Manuel Salas Lavaqui. A todos ellos debe el Instituto de Educación Física su creación.

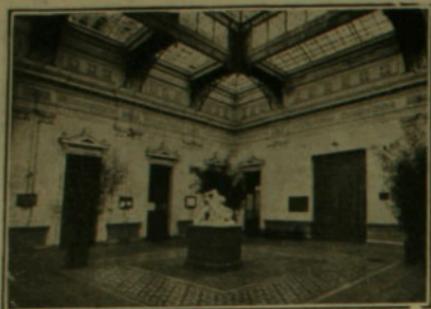
En marzo de 1906 abrió sus puertas el nuevo establecimiento en dos casas arrendadas, instalándose las clases en las mejores condiciones que es posible en estas circunstancias.

Objeto

El Instituto Superior de Educación Física tiene por objeto formar profesores de ramos técnicos para la enseñanza secundaria, normal y especial. Es decir, figuran en el plan de estudios las asignaturas de educación física, trabajos manuales, economía doméstica, dibujo y caligrafía.

Plan de estudios

Al iniciar el Instituto su actividad no tenía establecimientos similares en donde estudiar su organización y recoger experiencias. Por



Hall.

esta causa no tuvo reglamento ni programas fijados por decreto supremo.

De acuerdo con el Ministerio de Instrucción Pública figuraron en el Plan de Estudios los siguientes cursos: 1.o Educación Física; 2.o Trabajos Manuales; 3.o Economía Doméstica; 4.o Dibujo y Caligrafía; 5.o Taquigrafía y Dactilografía. Como dato curioso puede dejarse constancia de que sólo en 1909, tres años más tarde, se agregó la cátedra de Psicología y de Pedagogía obligatoria para todos los alumnos. En 1910, gracias a los esfuerzos del entonces Ministro de Instrucción Pública y hoy rector de la Universidad, don Domingo Amunátegui Solar, el Instituto quedó definitivamente instalado en el hermoso edificio construido al efecto en la calle Morandé, número 750.

En junio de 1912 se dictó el decreto que fija el reglamento y Plan de Estudios del Instituto.

Educación Física

Nadie niega la importancia de la cultura corporal, todos estamos de acuerdo en considerar que si queremos hacer que una raza se mantenga siempre joven y robusta, debemos mantener el cuerpo en actividad y adaptado al trabajo que deseamos hacerle producir.

Al que esto escribe le ha cabido en suerte estudiar en Europa, durante muchos años y en varias ocasiones, los diversos sistemas de gimnasia en los países mismos en donde se aplican y ver de cerca sus resultados; este estudio comparativo le ha enseñado a conocer cuál es el que está más de acuerdo con la ciencia, con las exigencias actuales de la

educación y las necesidades de los colegios chilenos.

Por muchas razones de carácter científico y que sería largo exponer en estas líneas, he preferido para el Instituto Superior de Educación Física el sistema sueco, elaborado por P. H. Ling, el cual, al ser aplicado entre nosotros ha sufrido modificaciones de detalle de acuerdo con nuestras condiciones de carácter, con nuestro clima, con las exigencias locales, etc.; para esto se ha variado un poco el esquema sueco, tomando en cuenta la psicología de nuestros niños, se han intercalado a la lección juegos apropiados para los alumnos que asisten a clases y se han agregado rondas y danzas para las niñas.

Estos pequeños cambios en los detalles hechos, por otra parte, con elementos sacados del rico arsenal que posee el sistema sueco de gimnasia no alteran el conjunto ni son bastantes para abrigar la pretensión de llamarlo **sistema nacional**, olvidando el nombre de su genial autor y perdiendo de vista el país de origen de la gimnasia escolar moderna. Los bacteriólogos no desestiman el nombre de Pasteur, porque este gran sabio no vió las tovinas de los microbios o porque ellos se ven obligados a cambiar o modificar el procedimiento de cultivo de sus cultivos.

El sistema sueco persigue dos propósitos bien marcados: primero, mejorar la economía antes de hacerla producir un trabajo intensivo, combatiendo los vicios de conformación y los hereditarios y asegurando la acomodación funcional de los órganos para que el individuo pueda emprender con éxito y sin ningún peligro los ejercicios viriles de aplicación; y segundo, sacar partido de la destreza adquirida para aplicarla a ejercicios de fuer-



Sala de Química.

za, de resistencia y de celeridad a ejercicios de salvamento y de propia defensa.

Esto constituye el sistema y los principios que forman su esqueleto se aplican igualmente a todos, cualquiera que sea la edad, el sexo, la condición, el temperamento, la raza: al niño o al joven, al campesino o al obrero, al civil o al militar, al cadete o al soldado, al chileno o al alemán; la manera cómo estos principios deben aplicarse es cuestión de método y éste varía según los sujetos, el sexo, el medio ambiente, etc.

El Instituto de Educación Física acepta, pues, como base la gimnasia sueca, y mientras las experiencias del laboratorio de control que posee no le indiquen que va por mal camino, la mantendrá en su programa, siempre que para ello cuente como hasta ahora, con la confianza del Gobierno.

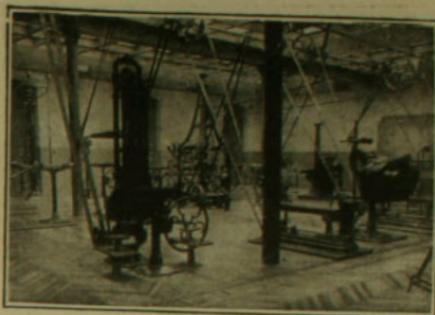
Dibujo y pintura

El dibujo se considera hoy día como parte esencial en la educación del niño y se estima que todos deben dibujar no sólo por las numerosas aplicaciones que de él se derivan, sino por la influencia que este ramo tiene sobre el desarrollo intelectual de los educandos.

El dibujo es útil en todas las edades de la vida. Desde el punto de vista individual, afina los sentidos, aumenta la delicadeza del ojo y la habilidad de la mano; enseña a ver y a observar. Desde el punto de vista profesional, tiene influencia sobre la producción y la riqueza general del país, haciendo al obrero y al artesano más libres y más ingeniosos en sus creaciones, menos dóciles a la rutina, más sensibles a las sugerencias del tiempo presente.



Clase de Dactilografía.



Gabinete de Mecanoterapia.

Desde la apertura de las clases de dibujo en el Instituto adoptamos el sistema ideado por la escuela americana, metodizado por la escuela alemana y hecho práctico y artístico por la escuela francesa. Me refiero al dibujo del natural adaptado a las diversas edades y desarrollo del niño, dejándole libertad para que interprete con el lápiz, el pastel o la acuarela las ideas que concibe su cerebro inquieto y ávido de sensaciones sucesivas. Con los primeros ejercicios comienzan los trabajos de aplicación, verdaderas creaciones con los cuales se ilustra una tarea, se decora un vaso, se arregla un friso decorativo o se hace una composición que debe ejecutarse aplicando recortes de papel sobre cartulina, bordando una tabla o haciendo un encaje a la aguja o al bolillo.

Trabajo manual

Este ramo entró desde 1913 como novedad en los programas de enseñanza secundaria; las escuelas primarias y normales lo inscribieron hace más de 15 años, gracias a la iniciativa del eminente pedagogo don Claudio Matte y del Ministro de Instrucción, don Federico Puga Borne.

Hasta hace poco la enseñanza intuitiva basada en uno de los principios del gran maestro Pestalozzi, daba la clave a la organización de la enseñanza moderna. Hoy los diversos procedimientos de intuición no se consideran completos si el niño al mismo tiempo no realiza y da forma tangible a sus ideas y a las concepciones ajenas. El alumno debe hacer con sus manos y experimentar él mismo en la clase y el laboratorio, debe trabajar en el taller, en el jardín y en el campo.

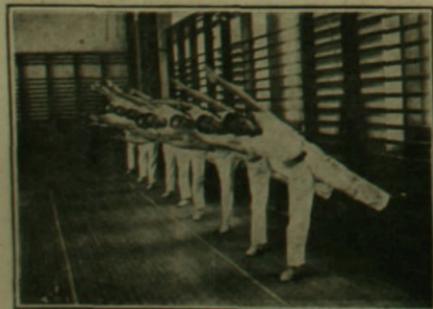


Curso de profesores de gimnasia.

La educación desarrollada en esta forma eleva la actividad del espíritu y fortalece la energía de la voluntad y pone al educando en aptitud de crear y producir algo por el propio esfuerzo.

Para conseguir este objeto la enseñanza moderna recurre al trabajo manual en sus diversas formas.

El trabajo manual en la escuela y en el liceo no es enseñanza de oficio, como muchos creen. El figura en los programas con el mismo derecho y las mismas tendencias educativas que los otros ramos: enseña el manejo de una herramienta o una operación de un oficio para inculcar en el alumno las cualidades que esas manipulaciones llevan en sí: gusto, cariño y respeto por el trabajo manual y el trabajador; hábitos de orden, aseo y exactitud; independencia y confianza en sí mismo; atención, interés, aplicación y perseverancia. Estas virtudes son necesarias a todos los ciudadanos y se desarrollan en más alto grado con el trabajo manual; por esta causa ellos no deben ser olvidados en ningún establecimiento que pretenda ajustar sus pro-



Curso de profesores de gimnasia.

gramas a las necesidades modernas, de acuerdo con la educación integral.

El Instituto posee talleres de plegado de papel, cartonaje y encuadernación, modelado, carpintería y trabajos en metal. Las niñas frecuentan sólo los talleres de plegado, cartonaje, encuadernación y modelado; los jóvenes llevan el curso completo. El primer curso dura dos años y tres el segundo. Al término de los estudios los jóvenes profesores han adquirido una destreza manual suficiente que los habilita para poder apreciar con criterio independiente las peculiaridades de cualquier oficio, desde el punto de vista del arte y de la técnica.

Ningún trabajo en madera y metal podrá iniciarse sin haber hecho antes el dibujo respectivo a escala y acotado. El diseño debe llevar el visto-bueno del profesor.



Gimnasia en el hall.

Terminadas las series de modelos adoptadas se deja libertad a los alumnos para que ejecuten trabajos varios en que aplican sus diversos conocimientos y ejerciten su inventiva. En todo caso, los trabajos libres deben presentarse en croquis al profesor para que les dé su visto-bueno.

Economía doméstica

Así como la enseñanza de los trabajos manuales en las escuelas y liceos de hombres satisface las necesidades de la educación integral y práctica, de la misma manera, la de la economía doméstica, responde a las de la educación femenina.

Los ramos de educación práctica, como la Economía Doméstica, la contabilidad, la higiene y la puericultura, darán oportunidad

para que la niña se ejercite en la administración del dinero, de manera que aprenda a manejarlo con economía y en conformidad a un presupuesto determinado; para que aprenda a llevar con orden la contabilidad del hogar y a conocer las cualidades nutritivas de los alimentos y su preparación culinaria; para que se dé cuenta de los fenómenos más importantes del funcionamiento de su organismo; sepa prevenir las enfermedades y atenderlas al primer asomo; para que se explique y aprenda las tareas más delicadas, más difíciles y más nobles que la naturaleza le señaló: el oficio de madre, la misión de mantener el vigor de la raza y el deber de formar el alma de los pueblos.

Al Instituto de Educación Física le toca el honor de haber sido el primero en plantear esta enseñanza y de haberla propagado en el



Comedor de la clase economía.

de tomar con exactitud las materias desarrolladas en la cátedra universitaria, exigen medios más rápidos que la escritura corriente. De aquí la necesidad de abrir cursos de Taquigrafía y Dactilografía.

La enseñanza que de estos ramos proporciona el Instituto tiene la extensión suficiente para formar profesores; la de la taquigrafía se ha dado en un año de estudios, pero en la práctica se ha visto que este tiempo es insuficiente si se desea obtener del alumno, al fin del año, una escritura corriente y expedita; la de la dactilografía se divide en dos grados: en el primero se desarrolla la habilidad mecánica de la escritura; en el segundo, los alumnos se ejercitan en la práctica de los trabajos de oficina.

El establecimiento cuenta con el mobiliario, número y clases de máquina y mimeógrafos suficientes para facilitar el trabajo de los alumnos.

Como el curso está destinado a formar profesores del arte taquigráfico y dactilógrafo, termina con una serie de lecciones de metodo.



Piscina de natación.

pais. Ciertamente es que su programa es aún deficiente y que la enseñanza no satisface los propósitos de los profesores: en estos momentos estamos empeñados en realizar la reforma.

La Suecia nos ha servido de modelo para la organización de esta enseñanza y de la escuela de Upsala hemos tomado los programas y el método.

Intercalado el trabajo práctico de la cocina, se hace el estudio de la minuta del día, desde el punto de vista alimenticio y económico; se enseña a remendar, zurcir y desmanchar la ropa, lavar, planchar, etc.

Taquigrafía y dactilografía

La mayor actividad comercial, el servicio expedito de las diversas oficinas, la necesidad



Clase de economía doméstica.

logía especial del ramo, ilustradas por algunas clases prácticas en que se ponen por obra los principios metodológicos profesados. Los alumnos que deseen graduarse de profesos deben asistir a las clases generales de Psicología, Pedagogía, Educación Cívica y Legislación.

Escuelas anexas

Anexas al Instituto y para que sirvan como escuelas de aplicación a los candidatos que deseen graduarse como profesores, funcionan la **Escuela Técnica**, una Escuela Primaria de Niñas y cursos libres de gimnasia, de trabajos manuales y de economía doméstica.

La Escuela Técnica, además de servir de Escuela de aplicación tiene por objeto formar sub-ingenieros y conductores de obras. Para ingresar a esta Escuela se requiere haber rendido tercer año de Humanidades. Véase el prospecto especial.

Gabinetes y talleres

El Instituto posee las salas de clases necesarias para la enseñanza que se da, provistas de mobiliario y material moderno, completos y adecuados.

Cuenta con gabinetes de Anatomía, Fisiología, Física y Antropometría; laboratorios de Química para el trabajo individual de los alumnos; instalaciones de cocinas y comedores, talleres para los trabajos de cartonaje, modelado, carpintería y metal.

En el subterráneo hay una gran sala de 14 metros por 14, bien alumbrada y aireada, en donde se han instalado las máquinas más importantes del doctor Zander para la gim-

nasia médica (mecanoterapia) destinadas a la atención de enfermos (kinesiterapia) y a la práctica de los alumnos del tercer año de Educación Física. Este gabinete está bajo la dirección de un médico cirujano y en él se atiende al público mediante el pago de una cuota que varía entre 60 y 100 pesos por 30 sesiones. Véase el prospecto especial.

Baños y vestuarios

Anexos al gimnasio se han instalado ocho baños de lluvia, uno de pasillo, una ducha y una piscina de natación.

Estas instalaciones tienen servicio de agua fría y caliente a fin de que los alumnos tomen el baño a la temperatura que mejor les convenga según su temperamento.

Los vestuarios están formados por estanterías que permiten la libre circulación del aire a fin de facilitar la ventilación y aireación de la ropa.

Sala de conferencias

El Instituto posee una gran sala con mobiliario americano en donde los alumnos se reúnen para las clases generales. Esta sala posee un aparato de proyección fija y animada (cinematógrafo), un epidiascopio para la proyección de grabados, tarjetas postales y cuerpos opacos y un piano de concierto.

Esta sala sirve, a la vez, para las conferencias que dan los profesores sobre temas de interés general, sobre industrias, descubrimientos nuevos, ciencias, etc.

Los alumnos celebran aquí sus reuniones y fiestas periódicas.



El Libro de las mil Noches y una Noche

Por J. C.

Ilustraciones fotográficas

Un editor valenciano ha iniciado la publicación de una versión española, debida a la pluma de Blasco Ibáñez, del célebre libro "Las mil noches y una noche" de la traducción directa y literal del árabe del Dr. Jesucristo Mardrus. Hasta la fecha, trece volúmenes han visto la luz pública, en primorosa edición.

¿Quién no ha leído "Las mil y una noches"? Desde hace siglos corre, vertida a todos los idiomas, una traducción de los cuentos árabes que se publicó por primera vez en París en los años 1704 a 1717, por el literato francés Galland, y que es la que todos hemos leído. "La obra de Galland,—nos dicen los editores en una advertencia,—es un ejemplo curioso de la deformación que puede sufrir un texto pasando por el cerebro de un literato del siglo de Luis XIV. Esta adaptación, hecha para el uso de la corte, fue expurgada de todo atrevimiento y meticulosamente filtrada para que no quedase en ella ni una partícula de la sal original. Considerada simplemente como adaptación, es escandalosamente incompleta, pues comprende apenas la cuarta parte de los cuentos originales. Los cuentos que forman las otras tres partes del libro de "Las mil noches y una noche" no han sido hasta el presente conocidos".

¿Cuál es el origen de "Las mil noches y una noche"? Algu-

nos documentos de los siglos IX y X, establecen que esta colección de cuentos populares, monumento de la literatura imaginativa árabe, tuvo por modelo una colección persa titulada "Hazar Afsanah". De este libro, hoy perdido, se tomó el argumento fundamental, así como una parte de las historias. Los cuentistas populares, los escribas y copistas los fueron transformando conforme a la religión, a las costumbres y al espíritu árabes. Otras leyendas, que no eran de origen persa, y otras puramente árabes, se fueron inerustando con el tiempo en el repertorio de los cuentistas. El alma musulmana, desde Marruecos a Bagdad y desde el Cairo y Damasco, se reflejó en "Las mil noches y una noche". No se trata de la obra de un hombre, de una obra de arte propiamente tal, sino que es el fruto de todo un pueblo, de la formación lenta de un libro cuyos orígenes se sumergen en pleno folklore islamita.

La mayor parte de los cuentos son del siglo X, conclusión a que parece haber llegado la historia comparada de la civilización; pero hay algunos que pertenecen al siglo XVI.

La monumental obra del ingenio árabe, que hasta ahora sólo recreaba a los niños con sus relatos fantásticos y maravillosos, se convierte en una obra humana, plétórica de vida intensa y henchida de pasión.

Antes del siglo XIX



Portada de un tomo.



El Dr. J. C. Mardrus

no se había publicado ninguna edición crítica de "Las mil noches y una noche", ni en Europa ni en Oriente. A partir de 1814 aparecieron numerosas ediciones europeas, muchas notables por su mérito, pero, la casi totalidad incompletas, pues no contienen más que una parte de los cuentos árabes coleccionados por el Dr. Mardrus.

El Dr. Mardrus fué quien se arriesgó a dar a conocer al público europeo, con toda su fuerza original, la monumental obra del Oriente. El Dr. Mardrus es árabe de nacimiento y francés de nacionalidad: nació en Siria, hijo de una noble familia de musulmanes del Cáucaso que, por haberse opuesto a la dominación rusa, tuvo que trasladarse a Egipto. "Muchos de los cuentos—no da noticia la advertencia citada, de la cual entresacamos estos datos,—que años después había de fijar para siempre con su pluma de traductor artista, los escuchó de niño en el regazo de las domésticas mahometanas, en las calles estrechas y sombreadas del Cairo. Después de haber estudiado la Medicina y viajado mucho por los mares pérsico e Indico, como médico de navío, sintió el propósito de condensar para siempre la grande obra literaria de su raza, conocida sólo en fragmentos y con irritantes amputaciones. A esta empresa enorme ha dedicado gran parte de su vida, escribiendo los relatos oídos en

las playas del Cairo, los cafés de Damasco y de Bagdad o los aduares de Yemen, joyas literarias, mantenidas únicamente por la tradición oral y que podían perderse. Los cuentos sobrevivían sueltos, guardados por la memoria de los narradores populares y la pluma de los escribas públicos. El Dr. Mardrus tuvo que peregrinar por todo el Oriente, Egipto, Asia Menor, Persia, Indostán, anotando viejos relatos o adquiriendo manuscritos, hasta completar, en sus menores detalles, la célebre obra".

La frescura original, la ingenuidad de los primeros autores, han sido respetadas por Mardrus. Para su trabajo le han servido de base las ediciones egipcias más ricas en expresiones de árabe popular, pero las ha enriquecido considerablemente con nuevos cuentos y escenas, sacados de la tradición oral y de los valiosos manuscritos adquiridos en sus viajes.

"Un poema como este—dice Gómez Carrillo en el prólogo,—no es para todo el mundo. Desde luego, no es para la burguesía. Ni es tampoco para las señoritas educadas en los conventos. No es, en suma, sino para aquellos que son capaces de comprender el alma del



Portada de un tomo

árabe". Los cuentos de la adaptación de Galland—que es la que, año tras año, los editores barceloneses publican con prodigalidad—fueron por éste amputados y expurgados de todos los versos, poemas y citas de poetas, como asimismo de todo pasaje más o menos crudo. Los sultanes y visires, así como las beldades de la Arabia y de la India, se expresan lo mismo que los cortesanos y las damas de Versalles. Cuando el Dr. Mardrus comenzó la publicación de su traducción en las revistas, se creyó que no se arriesgaría a llevar su literalidad hasta el fin. Mardrus explicó entonces su modo de pensar sobre el particular.

“Los pueblos primitivos—dijo—llaman las cosas por su nombre y no encuentran nunca condenable lo que es natural, ni licenciosa la expresión de lo natural. Además, la literatura árabe ignora totalmente ese producto odioso de la vejez espiritual: la intención pornográfica. Los árabes ven en todas las cosas bajo el aspecto hilarante. Su sentido erótico sólo conduce a la alegría. Y ellos ríen de todo corazón, como niños, allí donde un puritano gemiría de escándalo”. Y Mardrus explica: “El árabe—a una música, notas de cañas y de flautas; a una queja de “Ratún” o de “ud”; a un ritmo



Otra hermosa portada

de “darabuka” profundo; a un canto de muez-zin o de almea; a un cuento coloreado; a un poema de aliteraciones en cascadas; a un olor sutil de jazmín; a una danza de flor o vuelo “buka” profundo; a un ritmo de perla de una sólida cortesana nudosa, de ojos estrellados—responde, a la sordina o con toda la voz con un ¡ah! ¡ah!... largo, sabio, modulado, extático, arquitectural. Y esto se debe a que el árabe no es más que un instintivo; pero afinado, exquisito. Ama la línea pura y la adivina con su imaginación cuando es irreal. Pero es parco en palabras y sueña... sueña”.

Del libro de “Las mil noches y una noche” hay también las traducciones inglesas de Payne y de Burton, que son integrales, y que aparecieron en “ediciones privadas”, de doscientos o trescientos ejemplares, por lo que se han hecho rarísimas y no se encuentra, desde hace muchos años, un solo ejemplar.

Es por esto que la versión española de la traducción del Dr. Mardrus, del libro de “Las mil noches y una noche” debemos recibirla como un acontecimiento que viene a revelarnos todo el Oriente, fantástico y legendario...



Culto doméstico

¡Cómo un penate antiguo
deja vagar mi sombra por tu casa!

Y si nunca mis ojos
ni mis cansadas manos, ni mis labios
amargos como hiel, han de posarse
en las pequeñas cosas
que cotidianamente santificas,
deja que vague entre ellas
mi alma y que adhiera a ellas firmemente
como un viejo barniz inalterable,
y así, cuando las mires,
las toques y las beses,
acaricies un poco de mi alma!

¡Deja vagar mi sombra por tu casa!

Cuando sientas que llega
tómala de la mano y blandamente,
con maternal ternura, haz que penetre
en su trama invisible, el alma inmóvil
de las cosas tranquilas,
que forman tu vivir: tal una madre
va explicando a sus hijos, paso a paso,
el eterno sentido
de la imagen antigua, de la cómoda
que fué de la abuelita, el escritorio
que acompañaba al padre en sus vigias,
y aquellos viejos libros de oraciones
donde su alma de niña
guardó flores de amor, en primavera,
y luego, en el estío,
la esperanza y la luz de sus dolores!

¡Deja vagar mi sombra por tu casa!

Así, con la intuición de tus palabras,
con la claridad de tus acciones,
con el verbo divino que en ti alienta,

dile de aquellas cosas
que amas en ti, su origen
que está dentro de ti, su melodiosa
vida que se penetra con tu vida;
y como el libro humilde,
el pájaro cantor, el mueble inútil
y la planta que al sol se regocija
constituyen tu sér y tú eres ellos!

¡Deja vagar mi sombra por tu casa!

Explicale el amor de cada objeto
Enséñalo a sentirlos.
Dile las voluntades
y las ideas y los sentimientos
que ellos han puesto en ti.
Ellos cobijarán mi errante sombra
con sus miradas de piedad; palabras
de un sereno alentar pondrán en ella;
gestos de fraternidad irán tras ella
en amplia bendición, y una guirnalda
de amor le tenderán para enlazarla
a su oculto dominio.

Ella los penetrará.
Se hará mansa y humilde como ellos.
En piadosa armonía,
el transcurso del tiempo suspendido,
será un nuevo vivir. Una florida
y suave claridad vendrá de adentro
a aposentarse en todo. El aire inmóvil
tendrá un dejo de amor compadecido.
Se hará noble el silencio. Una sonrisa
acogerá tus pasos. Dondequiera
que mires o que vayas, un encanto
tejerá su ilusión, y cuando dobles
tu cabeza al reposo, una mirada
como larga oración, irá en tus sueños
a prolongar el culto de tu vida.

PIO LID



Engorde del ganso de Tolosa

Esta industria en Francia

El ganso de Tolosa llena todos los corrales de la Francia meridional desde los montes de Auvernia hasta los Pirineos.

Se encuentra también en las Charentes y en el Poitou, en el Anjou y en Normandía, en Alsacia y hasta Alemania, pero adaptado en condiciones de crianza algo diferente, y modificado por las condiciones del medio.

Las estadísticas oficiales acusan una cantidad de 400,000 gansos sólo para el departamento de Ibant-Garonne. Púedese avaluar en más de un millón el número de gansos de Tolosa producidos anualmente en el Sud-Oeste, que tasados a razón de 6 francos cada uno (valor agrícola), representan un valor íntegro de seis millones de francos.

Es fácil distinguir el ganso de Tolosa entre todos los demás gansos. Tiene el plumaje uniformemente gris moreno que caracteriza el ganso salvaje, su antepasado, pero un poco obscuro en las partes superiores del cuerpo, y gris ceniciento muy claro en las partes inferiores. Los tonos dorados o leonados, un tinte demasiado sombrío o plumas blancas son elementos que aumentan las probabilidades de eliminación de parte de los reproductores. Se busca por lo contrario como caracteres de raza, una cabeza fuerte, un cráneo largo, el ojo moreno obscuro, el filete ocular rojo, patas color naranja y arrugas de la piel muy desarrolladas que se agitan debajo de la garganta y del abdomen.

El ganso de Tolosa es el más voluminoso y pesado de los gansos conocidos. Es el "ganso coloso", verdadero cubo de carne y grasa cuyo peso varía entre 6 y 10 kilos en general, pero que puede alcanzar y hasta pasar de 12 a 14 kilos en los elegidos y esmeradamente engordados.

En el Mediodía, toda explotación agrícola por pequeña que ella sea, tiene su tropa de gansos para proveer al consumo de la casa.

La industria de los engordadores se ejerce sobre todas las clases de aves de la crianza tolosana; pero el agricultor sabe que todos los animales aprovechan igualmente de la operación del atascamiento. Por lo general prefiere los animales de especies grandes. Las aves del año se engordan más fácil y económicamente, su carne es más tierna, su grasa más fina y dan hígados más voluminosos, más gordos, más blancos y más firmes. Sin embargo, los aficionados a "bellas aves" esperan que los gansos tengan de dieciocho meses a dos años antes de someterlos a la operación del atascamiento.

El trabajo del engorde empieza al acercarse los primeros fríos, y se continúa durante un par de meses.

Comprende dos tiempos: la formación de las carnes y atascamiento. La formación de las carnes es cosa fácil; consiste en dar a los gansos en abundancia maíz que se ha tenido la precaución de mojar en agua.

Los gansos para atascar deben colocarse en jaulas estrechas y sombrías, guarnecidas de una buena cama de paja y colocadas en

un lugar poco frecuentado y bastante lejos del corral para que los prisioneros no puedan oír los gritos de sus compañeros que permanecen libres, lo que turbaría su quietud y por consiguiente su engorde. En cuanto al atascamiento, consiste en echar granos de maíz en la garganta de los gansos a engordar por medio de un embudo "ad-hoc", cuyo tubo penetra en la laringe del animal que se coloca entre las piernas del operador. Se echa el maíz en el pabellón del embudo por pequeños puñados; luego se le empuja por el esófago con un palo redondeado, y la persona encargada de la operación concluye de acompañarlo hasta el buche por ligeras presiones ejercidas de arriba abajo con el pulgar y el índice, sobre el cuello del

gordamiento, pero se le utiliza raramente por ser un producto peligroso para las aves; altera la calidad de su carne, la vuelve impropia a la conservación y le comunica un gusto y un color desagradables.

Hay un signo que indica cuando el engorde está completo: es cuando la cola del ganso se abre en forma de abanico y cuando las plumas caudales ya no se reúnen es cuando se debe inmolar el animal.

Un ganso gordo se vende de 15 a 20 francos.

Los gansos no vendidos sirven al campesino para hacer "carne salada"; se despedaza el animal, y los cuatro miembros conservados en grasa, son siempre el complemento obligado de la *barbure* (sopa de pan



animal. Esta operación se repite dos o tres veces al día, según el poder digestivo de los sujetos.

Se admite que un ganso, para engordarse, come de 32 a 48 kilos de maíz a razón de un kilo por día durante más de cinco semanas.

Si el maíz no está muy seco, se necesita un poco más, pues el grano cosechado de fresco se halla hinchado de agua y no es tan rico en materias grasas como el maíz viejo y seco.

Para facilitar la injertación del maíz, se da un poco de agua a los gansos en el curso del atascamiento. También se adiciona esta agua con sal y harina de maíz con la esperanza de obtener bellos hígados. Algunos les dan caldo, aguas grasas, otros les dan leche, mezclando en ella, ciertos criadores, amoníaco y hasta orina (!).

El sulfuro de antimonio favorece el en-

de centeno con beozas y tocino) tan apreciada por los gascones.

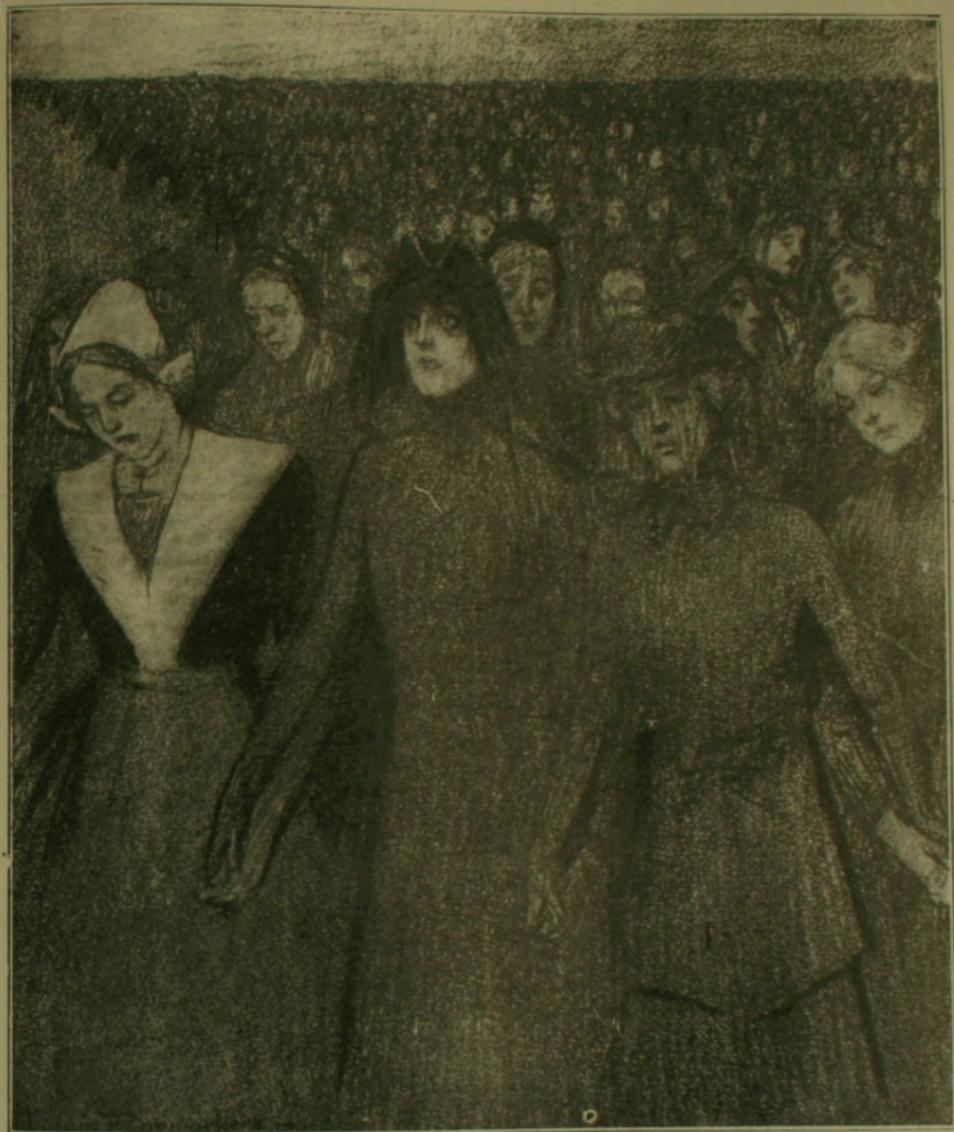
Los hígados son puestos aparte y vendidos a los salchicheros y a los restaurants de la región que con ellos confeccionan cazuelas de Néroe y Tolosa, cuya reputación es universal.

Estos hígados toman dimensiones extraordinarias; pesan de 600 a 1,200 gramos y algunos alcanzan o pasan de 2 kilos.

Se pagan de 3 a 6 pesos el kilo, según el volumen y la blancura.

Se avalúa que para la ciudad de Tolosa solamente, la cantidad anual que pasa sobre los mercados alcanza a 200,000 kilos que representan un valor de por lo menos un millón de francos.

Reconozcamos que esta cifra es de una transcendencia como para rehabilitar al ganso "estúpido", ave "bufón" de la leyenda irreverente.



LAS CARICATURAS DE LUIS RAEMAEKERS

En Inglaterra y Francia llaman poderosamente la atención estos cuadros trágicos y profundos, trazados por el lápiz genial del dibujante holandés, cuyo nombre ya célebre encabeza estas líneas. He aquí el cartón titulado "Las Viudas".

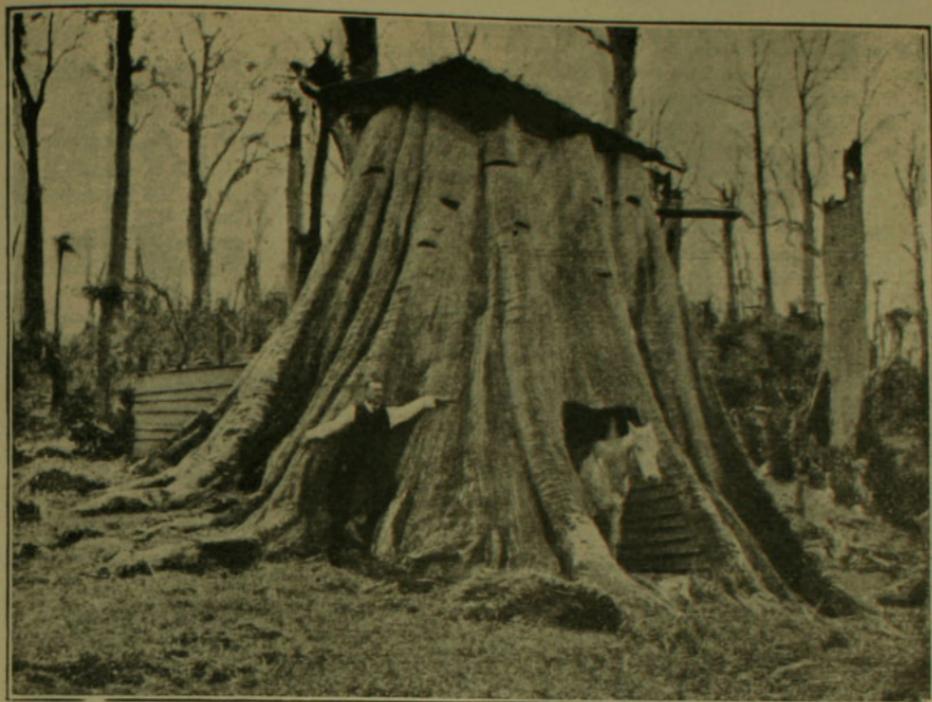




EL VINO DE LA MUERTE

(Raemackers).





Gigantes entre la flora mundial

Con ilustraciones fotográficas

Recorriendo la historia de la humanidad, se observa que ninguna de las famosas ciudades de los imperios antiguos ha sobrepasado la edad de cuatro mil años. Si nos preguntamos: ¿dónde están Ninive, Babilonia, Memphis y Tebas, sabremos que sólo ruinas apenas visibles indican los sitios donde existieron estas ciudades, que fueron en sus respectivos tiempos metrópolis del mundo. ¿Qué será de París, Londres y Berlín con el transcurso de otros tantos siglos en la vida de nuestro globo?

Fue durante el año de 1868, cuando una violentísima tempestad destruyó un árbol de la familia botánica de las Liliáceas, el Dra-

cena, cuya edad ha sido calculada por Humboldt y otros viajeros célebres, como Sabein-Berthelot, en cuatro a cinco mil años por lo menos. Este último lo describe después de haberlo visitado en el sitio que ocupa en el Parque de la casa Franchi en Oratowa, paraje situado en la isla de Tenerife, como sigue: La maravilla más grande de esta isla consiste en una Draccena de tamaño gigantesco. Diez hombres apenas podían circundar el tronco; en el interior existe una cueva escarbada hace siglos. Hojas largas y puntiagudas parecidas en su punta a espadas coronan los ganchos; flores blancas lo adornan durante el verano. ¿Cuántas generaciones no

habrán descansado bajo la sombra de este coloso? Los Guanches, que eran los habitantes indígenas y oriundos de esta isla, lo veneraban y admiraban como su patrón y protector. Aquel pueblo valiente ha cumplido su destino y desapareció; hace ya cuatro siglos que no existe; pero el árbol santo muestra su vigor inquebrantable y expone su frente como siempre a las tempestades.

Esta Matusalén entre las plantas sólo tiene 22 metros de altura por trece y medio de circunferencia, dimensiones que parecen muy reducidas, dada su edad prehistórica que asciende a cinco mil años. Ha sido testigo, por consiguiente, de mayor parte de la historia de la humanidad.

Al viajero extranjero que visita el oriente y los parajes santos, se le muestra el bosque de cederos, del cual, según el Libro Santo, el Rey Salomón extrajo el material para el gran templo que hizo construir. Existen en la actualidad más o menos 300 árboles, de los cuales algunos tienen doce metros de circunferencia en el tronco; pero es muy dudoso tengan más de dos a tres mil años de edad. Recordemos 3000 años de la historia de la humanidad, y veremos que todas aquellas naciones poderosas han desaparecido, al igual como se extinguió el pueblo de los indios Jonan en la isla de Tenerife. ¡Cuántas de estas naciones, en el delirio del poder y del orgullo humano prometieron llevar hasta la eternidad el culto de sus grandes hombres y de sus príncipes y reyes? Y sólo unas cuantas ruinas de sus templos atestiguan el hecho de haber existido aquellas naciones. Las pirámides existían ya y aún existen, los leones de Persepolis miraban aún hacia el desierto cuando ya no quedaban rastros ni señas del antiguo Egipto y del Azur. ¡Cuántos sacrificios hubo que vencer para desenterrar los recuerdos de estas viejas potencias de entre la tierra y el barro que las cubría!

Dimé, lector, ¿dónde está aquella Tebas de cien puertas, cuyo pontífice Máximo orgulloso se arrogó el título de "Gobernador del mundo por todos los siglos"?

¿Dónde está aquel poderoso Ramses, cuya gloria encontramos narrada y descripta en los jeroglíficos encontrados en nuestros días, o sea unos 2000 años después del desaparecimiento de aquella nación? Hace 3000 años no existía la cultura griega. El pueblo de los Pelasgos emigró a orillas del "Mar Asolador", las *Iliadas* y la *Odisea* no se habían

aún escrito y de la Eterna Roma aún no habían señas; en cambio, ya entonces vivía un árbol, un sér que todavía hoy conserva vida, vigor y fuerzas y que todavía no ofrece síntomas de decadencia física. Ahí tenemos un testigo de la historia humana, uno que ha sobrepasado la vida de las naciones y de las religiones. Este árbol ha asistido a la edificación de ciudades y también ha presenciado cómo las mismas se convertían en ruinas. Este árbol es el "Takus Santa" del cementerio de Yorkshire en Inglaterra, cuya edad se calcula por los peritos en tres a cuatro mil años. Aún conserva vida y fuerzas, mientras que Tebas y Babilonia no son sino montones de ruinas.

Así como hay entre las plantas testigos de la historia hasta más allá de nuestra imaginación, así también hay gigantes dentro de las flores de nuestra tierra.

Como la planta mayor del mundo entero se conoce al ciprés mejicano que existe en el cementerio de Santa María del Tule, en la provincia de Oaxaca, en Méjico. Dícese que el tronco mide 31 metros de circunferencia y que su altura es de 32 metros. A una altura de 6 metros empieza este árbol a dividirse en numerosos ganchos que forman la corona con una circunferencia de 132 metros. Hernando Cortés, el Conquistador de Méjico, menciona el dicho ciprés, diciendo que descansó bajo su sombra en el año de 1519, con todo su ejército, y lo estima como una de las maravillas que ha visto. La edad del ciprés se calcula en sólo unos 2000 años.

E. Vogt, describe la impresión que le causó el aspecto de los árboles "Mammuth", de California, en el bosque santo de Mariposa, protegido por el Gobierno norte-americano, como sigue: Las *Sequoia* gigantes parecen pinos enormes y son de una madera colorada, blanda. Entrando más y más en este mundo de maravillas, parecía que nos convertíamos en enanos ante estos verdaderos gigantes. Todos son de una forma absolutamente recta y sólo dos quebrados me llamaron la atención por su forma tosca. Este bosque está repleto de los ejemplares más maravillosos de gigantes arbóreos, de manera que es imposible verlos todos y darles un sobrenombre. Sólo los gigantes entre los gigantes llevan nombres de los Estados o ciudades norte-americanas, formando así una especie de corte de un rev poderoso. El primero de estos ejemplares que

encontré fué el "Monarca caído", llamado así por su gigantesco cuerpo que se ha tum-bado hacia el suelo. Subimos la escalera que conduce a su superficie. Tiene capacidad para que el coche arrastrado por seis caballos cuarteados en tres parejas, pueda detenerse cómodamente sobre él. Cerca del tronco, la altura es de unos 20 pies. Lástima que, como tuve ocasión de observar, el interior de mu-

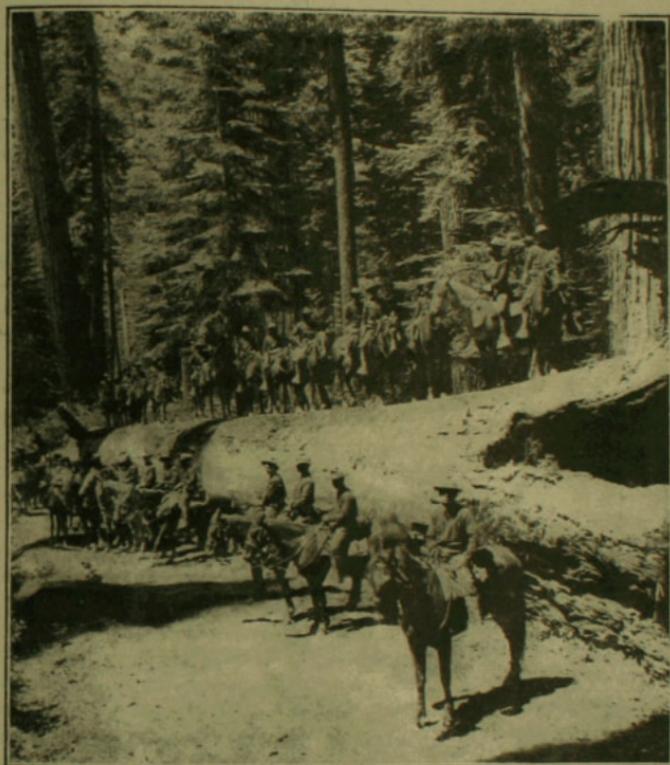
ancho y cómodo, a los dos lados las raíces estaban enterradas profundamente y la corona en su parte superior ostentaba una exuberante vegetación, como si ningún daño hubiera sufrido el árbol con la excavación del tronco. La altura de estos gigantes sobrepasa toda imaginación, a pesar que, tomando en cuenta su circunferencia excepcional, en proporción natural, es bien ajustada, al tamaño del árbol gigante; en general, bien es cierto que estos colosos no podrían ser más bajos.

No creo que después de lo visto haya algo más emocionante y majestuoso. Por eso, cuando llegado al redondel, me emocioné ante el "Grizzly Giant". Cómo queréis que os pinte las impresiones que causa el aspecto de este "Rey de los gigantes". Quien sin haber presenciado este espectáculo podría creer que, en realidad, existe un monstruo de tales dimensiones, sin considerarlo mentira estilo Muenchausen.

Inviolado y santo se eleva este monumento hacia el cielo, y en su corona, en el florecer y perecer de sus ganchos zumba el pasado de muchos siglos.

La edad del Grizzly se estima en 4,000 años. Su altura es de 224 pies y se basa en una circunferencia del tronco de 104 pies. El gancho más grueso se aparta del tronco a una altura de 100 pies y tiene un grueso de 6. Nunca se ha podido medir la enorme superficie de su corona: pero corresponde a las demás dimensiones del gigante.

De esta clase de bosques gigantescos se conocen en la actualidad 8. Algunos árboles alcanzan más de 100 metros de altura, como v. gr., "La madre del bosque", con 105 me-



Tronco de 20 pies de altura

chos de estos árboles esté hueco y destruido por el fuego, hecho debido a que los indígenas, en su tiempo, aprovecharon los citados árboles para que les sirvieran de "wigwam", lo que constituye un vandalismo sin nombre. Tuve también la ocasión de asistir a algo extraordinario en medio de estos fenómenos de la naturaleza, hecho que me llamó muy especialmente la atención. Pasamos con el coche por dentro del tronco de un árbol que se eleva sobre la calle. El coche ajustaba a las paredes de este pasadizo formado por el gigante. Nos encontramos en un pasaje

tros. Para quitarle la corteza a este último hasta una altura de 36 metros, cinco hombres tuvieron que trabajar durante 3 meses sin interrupción. Los trozos de corteza fueron reunidos y expuestos. En la pieza construida con estos trozos de corteza, tuvo lugar un concierto, al cual asistieron 140 alumnos; había, además, un piano y otros objetos.

En cuanto a altura se la gana al Mamuth americano el Eucalipto de Australia, que alcanza alturas comprobadas hasta de 156 metros. De modo que estos árboles superan en altura a la Catedral de Colonia y también a la pirámide de Cleops. Aquí mismo, en nuestro país, podemos observar que estos exponentes de una enorme robustez vital alcanzan en 15 años a una altura de más de 25 metros.

En otros países existen otros representantes de una fuerza de desarrollo extraordinaria. En Africa en los llanos encontramos al *Adansonia digitata*, cuyo tronco alcanza un diámetro de 10 metros. Entre las hojas grandes de color verde oscuro se hallan las flores blancas que son del tamaño de un plato grande. La India ofrece como maravilla de planta algo que constituye un fenómeno en su género, pues consiste en un árbol, la "Higuera santa" que se va reproduciendo siempre de nuevo por medio de sus raíces aéreas. Donde una de éstas toca el suelo, se forma un árbol nuevo, que rodea al árbol matriz, de manera que se forman cúpulas de árboles de altura, muchas veces de más de 50 metros, entre las cuales apenas penetra la luz. Por eso se las ha comparado con el interior de catedrales. El árbol más grande de esta especie se encuentra en una isla del río de *nerbuddha*. Se dice que lo forman más de 1,300 árboles grandes y 3,000 más pequeños, todos formados según la forma descripta antes, o sea, por las raíces aéreas que logran tocar tierra, formando así nuevos árboles que adquieren formas gigantescas. La fama refiere sobre este último árbol que *Nearque*, uno de los compañeros de *Alejandro el Grande*, ya lo había visto y que 7,000 hombres se podían cobijar bajo su sombra y que no parece ser una sola planta sino más bien el rey de una nación entera o un padre de familia numerosa.

En Europa existen también unos pocos de estos gigantes forestales. Así por ejemplo, conocemos el "Castagno di cento caballo", el

castaño de los cien caballos, cuya circunferencia medida cerca del tronco asciende a más de cincuenta metros. También los plátanos del *Bajukdere*, cerca de *Constantinopla*, y los no menores de *Canossa*, en *Dalmacia*, son representantes de los gigantes arbóreos del mundo, teniendo, además, una edad prehistórica. En *Inglaterra*, *Alemania* y en *Austria* hay unas encinas cuyo desarrollo es extraordinario y cuya edad pasa de 1500 años. Alcanzan una circunferencia de 12 a 15 metros en el tronco. Un tilo, en *Baviera*, alcanza a 17 metros de grueso en la base del tronco.

Comparadas con estos gigantes de la flora del mundo, todas las demás plantas quedan atrás en cuanto a tamaño, con excepción de las algas marinas, las cuales tranquilas en su vida de mar, faltas de enemigos y tal vez debido a la vida en el agua de mar, han llegado a desarrollar un largo de 200 a 300 metros. La alga submarina forma verdaderos bosques submarinos de diversos colores y de cuya magnitud y lujo de variedades es muy difícil formarse idea, aún valiéndose de la fantasía más extravagante. *Gavillas* enormes de hojas, formas bizarras y grotescas de plantas que parecen maravillas, moedas (espesuras) de algas parecidas a enormes gramíneas, otras que semejan plumas de pavo real y, por último, otras para las cuales la fantasía humana no tiene comparación entre los animales o plantas, se han formado ahí como productos de un artista dibujante. Las hay de color de coral, plantas que tienen un esplendor como de *conchaperla*, espesuras de color de sangre, bosquecitos de un color café, prados verde claros, plantas de un brillo semejante a la púrpura y al lado de ellas cintas y crustáceos luciendo sus colores negros, violeta, café y azul marino. En estos jardines de la *Nereides* viven miles de miles de animales, ornamentándolos y adornando las hojas de hilos plateados y frutos de oro provenientes de las rosas marítimas.

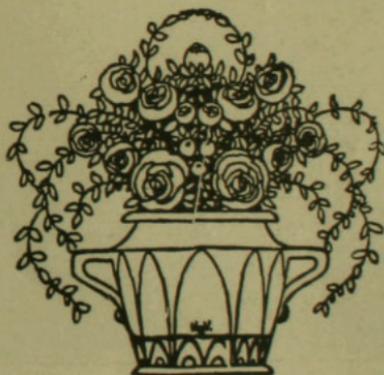
¡Qué son comparándolas en cuanto a su tamaño algunas flores del continente o del archipiélago *tropical*, cuyas flores alcanzan un tamaño de 2 metros o con aquellas de los pantanos tropicales de la isla de *Sumatra*, donde la *Rafflesia* tiende sus flores sobre el suelo, cuyo diámetro llega a más de 3 metros. En la *Victoria Regia* tenemos otra flor gigante de los países tropicales: pero no puede decirse que la planta, al desarrollar semejante magnitud haya también aumentado su belle-

za y armonía, en una palabra, la gracia de sus órganos; porque, por ejemplo, las flores *Amorphophallus* y de la *Rafflesia* no son sino exponentes que atraen mediante la figura extraordinaria de sus flores a los insectos que deben asegurarse el reparto de su polen; ya que la flor tan desarrollada de los dos gigantes, no tiene aroma alguno, sino que, por el contrario, huele mal.

Queda establecido que una ley de armonía reina también entre las flores. Las leyes eternas que hacen que la belleza verdadera dependa siempre de la armonía, tienen, al efecto, de que los "hijos pródigos" se encuentren un día en el camino, que los conduce a casa de sus padres. La naturaleza misma impide que sus productos alcancen propor-

ciones que contraríen las leyes de la belleza universal.

La planta, como lo hemos visto, puede alcanzar proporciones asombrosas; pero también hemos visto en el caso de las flores del *Amorphophallus* y de la *Rafflesia* que las plantas más ancianas y de mayor tamaño no son generalmente las más hermosas y armónicas en sus proporciones. Hermosura, belleza y perfección son cosas tan curiosas y propias del caso, que puede estar dotada de ellas un átomo de polvo, una célula del organismo interior de una planta, un modesto servidor invisible en el servicio del cuerpo de la planta, siendo, sin embargo, acreedor a nuestra más profunda admiración. "En minimis natura est maxima".



ALFONSO GUARDERAS PEREZ

En tierra extraña pero que él amaba con toda ternura, ha fallecido Alfonso Guarderas.

Nacido en el Ecuador, vino a Chile, y en nuestra Escuela Militar hizo brillantes estudios que le permitieron ocupar al final el quinto lugar entre sus compañeros de curso. Terminados éstos, quiso seguir en el Ejército de Chile y el Gobierno accedió gustoso a su petición.

Aún no había cargado el uniforme de oficial, premio de sus esfuerzos, cuando la muerte le sorprendió traidoramente.

Los que tuvieron la suerte de conocerlo sienten la pérdida de este sér que tenía una alma noble y hermosa, pletórica de ilusiones elevadas, de sentimientos de equidad y justicia en la apreciación de los hombres y de las cosas y que con criterio inteligente y sereno podía muchas veces ser un consejero, y siempre el compañero amable y cariñoso, talentoso e ilustrado, que hacía agradables y cortas las horas que con él se pasaba.

Triste realidad del destino es la que nos arrebató la útil existencia de Alfonso Guarderas. ¿Por qué la suerte tiene a veces ca-



prichos tan duros y crueles? Hoy sus restos descansan en el Panteón de nuestros militares.

Su recuerdo perdurará en el corazón de sus amigos, para quienes la figura moral de Alfonso Guarderas podrá, en muchas vicisitudes de la vida, ser guía luminoso en el recto cumplimiento del deber.



¿Existe Raffles?

Por R. M. G.

Con ilustraciones



M. Bertillón, el célebre inventor del sistema de identificación criminal por las impresiones digitales, aseguró que es solamente imaginario el tipo del ladrón de levita y para probar su aserto publicó un artículo, que traducimos del "Strand Magazine" para los lectores de "Pacífico". Es un artículo interesante por venir de la pluma del más hábil detective en la materia y que arroja una luz meridiana sobre los procedimientos que emplean tantos criminales como detectives.

pero sólo la conocen superficialmente, y las más de las veces o inventan los hechos o los copian, valiéndose para esto de "Memorias" de detectives famosos, que son siempre escritores impresionistas y de hechos fantásticos. El investigador verdadero no sacará mucho de sus visitas a los bares y antros que frecuente la canalla. Su sola presencia será la señal del más profundo silencio, seguido de una desbandada general.

El detective es por regla general demasiado amable y comunicativo. Orgullosa de su papel de protector de la sociedad, se hincha de vanidad y exagera muchas veces hasta un grado ridículo la inteligencia y cualidades de la presa que persigue, del criminal que es su copartícipe en esta caza de escondite.

La verdadera psicología del detective está por dilucidar. No se tiene una idea de lo modestos que ellos son cuando hablan entre sí. Los modernos métodos científicos contribuyen a que puedan desembrollar ciertos problemas difíciles que no hubieran desenredado algunos años atrás; pero en el mun-

"El ladrón de levita es un mito: Esta afirmación que yo hice no ha mucho, quiero sostenerla por la prensa, pues sé que hay muchos que opinan de diverso modo. La ocasión es propicia para hacer notar algunos otros errores generales, acerca de los pillos y rateros, que constituyen un grupo especial, al que, con raras excepciones, sólo son incorporados aquellos que han demostrado dotes peculiares. Los novelistas escriben de ordinario sobre esta asociación de ladrones,

do entero tiene la policía hoy día la ventaja de la **información pagada**. En Estados Unidos, a juzgar por las promesas y premios que se leen a diario en la prensa, está en práctica descaradamente el sistema de pagar por ciertas informaciones. En Francia existe el sistema, pero se disimula cuidadosamente.

La principal tarea del detective hoy en día consiste en provocar la confidencia, y comprobar su veracidad. En las conversaciones particulares hábilmente llevadas es donde más fácilmente puede darse con la clave del enigma, sobre todo cuando se habla con cierta clase de personas. Cuando el detective cree hallarse sobre una buena pista, su principal afán debe ser cerciorarse de la buena fe y exactitud de sus informaciones. Los que suelen servir mejor en estos casos por su locuacidad, son los sirvientes de la casa. Dadme un detective con un talento especial para conquistarse sin excitar sospechas, la confianza de una cuidadora, un mozo, o una doncella, y yo os haré de él un Sherlock Holmes.

Son raras las veces en que el detective conoce, como comúnmente se cree, los antecedentes del criminal que persigue. Este tiene a su favor los nombres supuestos y los disfraces que usa para engañarlo y sólo cuando verificada ya la detención pasa el detenido por el Departamento Antropométrico de Identificación puede conocerse su verdadera personalidad y descubrirse todo el misterio de sus anteriores condenas.

Actualmente tengo en la Prefectura de Policía de París, en mi departamento de "Servicio de Identificación Judicial", más de medio millón de fichas antropométricas de ciudadanos franceses y extranjeros, cuidadosamente coleccionadas durante los veinte últimos años. Pues bien, puedo asegurar que entre todas esas hay muy pocas de caballeros por nacimiento, tan pocas que tengo prácticamente en la punta de los dedos la historia de cada uno de ellos. Y entre estos ex-gentlemen no he hallado uno solo que sea ladrón de profesión. La razón es sencilla. Cuando un individuo de buena cuna codicia los bienes del prójimo, su primer pensamiento no va al empleo de la "ganza", adopta otros medios más disimulados y menos violentos, que en caso de fallar el golpe no tenga un castigo tan duro. Para ser un salteador se necesita ser un hombre

hábil, tener alguna habilidad técnica, como el ladrón que opera con llaves falsas, necesariamente ha de tener algo de cerrajero. El monedero falso ha de conocer algo de galvanoplastia, ley de aleación de los metales. No menos exige conocimientos especiales el empleo del soplete oxihídrico para la fusión de las planchas de acero en las cajas de seguridad y el de la dinamita en cartuchos, que es el "Abrete Sésamo" de las más complicadas cerraduras.

No existiendo aún escuelas técnicas para profesionales del arte de Caco, ha de ser necesariamente en los talleres metalúrgicos donde se adquieran estos conocimientos; por eso los posee generalmente el artesano y no el aristócrata. Pero preguntará alguno: ¿Y el noble degenerado que desciende de su elevada posición perdido por el juego, las mujeres y el vino? Este nunca llega a convertirse, por regla general, en ladrón de profesión. Y o la amarga experiencia y el apoyo de los amigos le contienen en la mitad de su caída, o caen más y más profundo hasta llegar a un grado de degradación casi inconcebible.

No olvidaré nunca la impresión que sentí cuando por vez primera mis deberes profesionales me pusieron en contacto con un sér de esta naturaleza. Un pobre nauseabundo, cubierto de andrajos, he aquí a lo que se había convertido en menos de quince años el noble barón de B., hombre de la más elevada posición y fortuna, dotado además de un talento e ilustración poco comunes, como que había merecido en un concurso de la Escuela de Bellas Artes el galardón más preciado de un francés, el Premio de Roma.

El vagabundo habitual que sale del pueblo nunca desciende tan bajo. Conserva siempre un cierto dominio sobre sí mismo. Puede pasar a veces que la casualidad le proporciona algún trabajo para el día. En espera de tal eventualidad, va de ordinario provisto de una bolsita o "neceser" con un pedazo de jabón, un peine y un cepillo para poder, en caso necesario, presentarse con el aspecto decente de un empleado.

No sucede lo mismo con el haragán que ha sido antes un caballero. La miseria y la abyección destruyen en él toda ambición, toda vanidad y toda energía. Puede a veces la disciplina y el uniforme de un presi-

dio reavivar en ellos temporalmente la sombra de pasados hábitos de decencia y correctos modales, pero la voluntad no resurgirá nunca.

Existe aún un tercer tipo: el hombre de buena cuna, diestro, altivo, pero profundamente inmoral, que ha gastado hasta el último centavo de su patrimonio en una vida de disipación y de orgía y está dispuesto a recurrir a cualquier expediente que le permita mantenerse en su posición social.

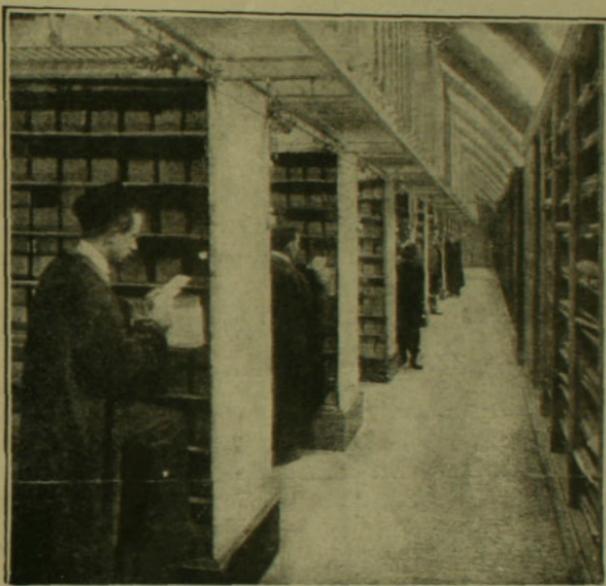
Ejemplo de esta clase era el conde Jorge de C., perteneciente a una de las más linajudas y ricas familias francesas, y cuyos antepasados fueron famosos por la fundación de una de las más viejas colonias.

Trabé con él conocimiento por vez primera con motivo de un crimen ocasionado por los celos, y del que estuvo a punto de resultar una víctima. Su cuantiosa fortuna estaba casi por completo disipada. Era un bello tipo, de correctas maneras, y poseía un cerebro de primera clase, pero cerebro nada más, pues su ilustración dejaba mucho que desear. Yo me dije para mis adentros: "Este y yo vamos a tener que encontrarnos más de una vez". Sin embargo,

pasaron veinte años antes de que mi vaticinio se cumpliera. En el interin siguió el conde descollando como figura culminante en el mundo de la elegancia. Alguna que otra vez venía una sombra a obscurecer el cuadro. En una ocasión tuvo un duelo sensacional y corrió el rumor de que el conde usaba malas artes en el juego. Dos hermanas suyas, casadas, constituían el centro de atracción de esa clase adinerada que se afana por ser admitida a los círculos sociales. No había negocio sucio que no emprendiesen y por fortuna suya con buenos resultados. Ellos traficaban con alhajas, cuadros antiguos,

acciones de minas y hasta tenían agencia de matrimonios.

Un incidente motivado por esta última clase de negocios, y en el que hubo menos prudencia que la requerida en estos casos, los puso en evidencia, bajo la sanción de la ley. A un pobre diablo, que por ningún concepto tenía motivos para aspirar a un ventajoso enlace, se le hizo creer que se le casaría con una hermosa joven de fortuna. En pago dió él a cuenta de este servicio algunas cantidades. Pero llegó el momento del



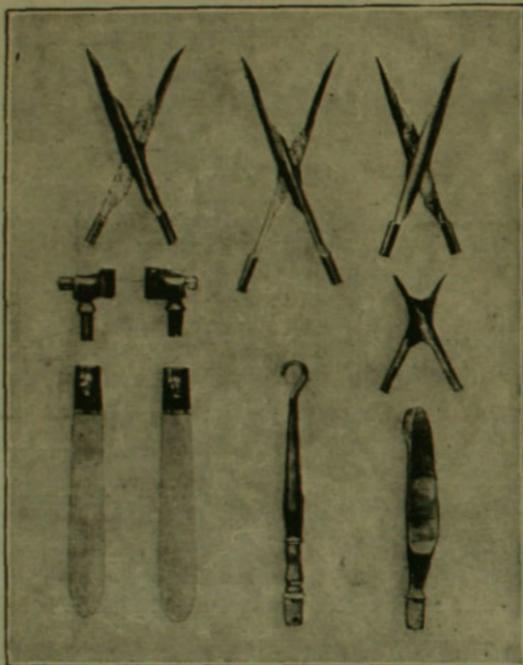
Oficina del Servicio de Identificación Judicial en la Prefectura de la Policía de París, donde están coleccionadas las impresiones digitales de todos los criminales.

desengaño. La joven nunca le había querido ni había pensado en tal unión; él al convencerse reclamó el dinero gastado y vino el escándalo. El conde de C. fué condenado por estafa. Mas no se crea que ya descubierto se dedicó al robo. Nada de eso. Un simple cambio de nombre y a seguir viviendo, aunque eso sí, en un círculo menos elevado, donde no podría ser conocido.

Es axioma irrefutable, que conoce muy bien la policía de todos los países, que los crímenes aumentan en razón directa de la tolerancia de las leyes y la apatía del sentimiento público. Sin embargo, el progreso de

la moderna civilización trae consigo nuevos procedimientos criminales. Ahí están los nuevos ratas de hotel, cuyas hazañas se han propagado por todo el mundo con la creación de los grandes y suntuosos hoteles modernos. Aunque la importancia de estos ladrones no es mucha, hemos querido ex-profeso hablar de ellos, pues hay muchos que no creen en su existencia y la atribuyen a la fantasmagoría policial.

El *modus operandi* de éstos es siempre el



El "titi", en las diversas formas con que se le disfraza.

mismo. Introdúcense en los hoteles de lujo con el carácter de viajeros y más frecuentemente con el de criados; a veces también cuando trabajan por parejas, con el de amo y criado. Estudian la disposición de las habitaciones, el sistema de cerraduras y preparan el golpe. Se proveen de llaves falsas, o liman los tornillos de las chapas y luego en el silencio de la noche, vestidos completamente de negro, de pie a cabeza para hacerse invisibles en la obscuridad a través de los pasillos, van caminando ● gatas hasta el cuarto de la víctima y allí registran y roban cuanto hay de valor.

El mayor triunfo del rata de hotel ha sido la invención del titi. En el lenguaje zoológico titi es un mono, muy pequeño, de piel rayada, que se cría en el Brasil, pero en el argot peculiar de los hijos de Caco significa un pequeño instrumento merced al cual pueden abrirse las cerraduras como por magia, con la sola condición de que el incauto inquilino del cuarto haya dejado puesta por dentro la llave, creyéndose así más seguro, toda vez que no puede meterse otra

llave por la cerradura estando una puesta. Al principio construíanse estos aparatos invariablemente bajo la forma de tenacillas, pero desde el momento en que el titi fué conocido por todos los detectives del mundo, cambiáse su forma y apareció como puede verse en el grabado bajo la forma de pinzas elegantes, navaja de pedicuro, abrochador de botas, tenacillas para el bigote, etc. Para que se sepa su verdadero destino hay que desmontarlas del mango de que van provistas y aparece entonces el titi clásico.

Preciso será decir que esta nueva práctica del robo tiene más que ver con el arte del cerrajero que con el talento y la ilustración de un perfecto caballero. Ciertamente que muchas veces al detener a un individuo de éstos se abroga títulos nobiliarios, pero éstos suelen ser muchas veces de persona en cuya casa han servido; su alarde de nobleza es falso, aunque veces ha habido que han sostenido su impostura hasta en la presencia misma del juez. Dadme en un caso de éstos uno de esos repórters de gran fantasía, amigos

de la nota sensacional ante un público crédulo y ya tenéis explicada la existencia de un ladrón de levita. Pero pudiera ser que pretendiéseis hallar este tipo imaginario de malhechor en esos famosos robos en gran escala que suelen hacerse en las joyerías! Naturalmente, no me refiero a los que se cuegan de noche descerrajando puertas y ventanas, que para esto maldito si se precisa la educación y buenas maneras del caballero, sino a aquellos que en pleno día se valen de medios más o menos ingeniosos para realizar sus planes.

Concretaré hechos refiriéndome a dos haza-

ñas típicas en las que tuvo que intervenir últimamente la policía de París. Ambos hechos ocurrieron en la ultra-elegante calle de la "Paix" y en ambos casos las víctimas obstinaronse en creer que se trataba de ladrones no vulgares, aunque la evidencia demostró lo contrario. Primer caso: Una pareja entra en una joyería y pide alhajas de subido valor. Se van sin comprar nada, pero apenas han desaparecido nota el joyero la falta de una soberbia sortija con un rubí y de un magnífico pendantif de zafiros y brillantes.

¿Cómo podía ser aquello? El dependiente encargado con especialidad de vigilar discretamente a los clientes, nada había visto. Pero pronto vino un incidente a dar un poco de luz en aquel misterio. Precisamente en el mismo momento que la señora tenía en la mano el anillo para examinarlo dejóse oír afuera en la calle el lastimero quejido de un perrito, maltratado al parecer. En la acera, junto a la puerta, había un hombre con librea de camarero, que tenía dos perritos de una cadena. Serían sin duda los animalitos de alguna gran señora que estaría de compras en alguna tienda de por allí cerca y había dejado sus regalones al cuidado de uno de sus servidores. Uno de ellos se había enredado en la cadena y gritaba ahogándose casi. Era un magnífico ejemplar de Pomerania.—¡Pobre animalito! exclamó enternecida la señora que estaba en la joyería; ¿por qué no manda Ud. uno de sus dependientes a libertarlo? La atención general fijóse un momento en la escena de la calle. Aquel momento fué el que aprovechó la cliente para su escamoteo. El mozo de la librea era indiscutiblemente un cómplice.

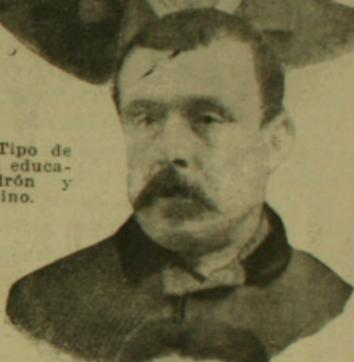
Segundo caso: Otra pareja bajo el nombre de conde y condesa de W. arrendó un elegante departamento en un lujoso hotel cerca del barrio de la Opera. El departamento tenía dos comunicaciones. El conde fué a la famosa joyería de J. en la Plaza Vendôme, escogió un magnífico collar de perlas y rogó que se lo llevasen al hotel para ver si gustaba a la condesa, que estaba en cama, indispueta.

Va un dependiente con el collar; con el pretexto de que la condesa estaba en cama, el conde cogió el collar y entró a la habitación de ésta, mientras el dependiente de la joyería espera en el cuarto inmediato. A poco oyó el dependiente como ruido de sillas que se mueven, puertas que se cierran. Tras un rato de espera se convenció que su cliente había volado y que él estaba encerrado en un departamento desierto.

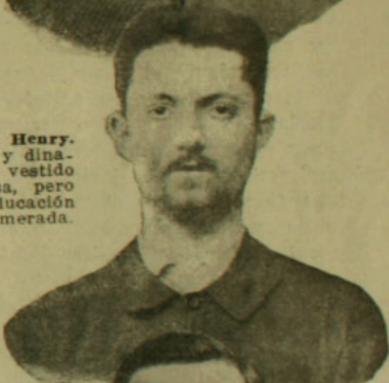
En los dos casos referidos no tardó la policía en echar el guante a los malhechores. Hasta lo último porfían ambos joyeros que los ladrones no eran seres ordinarios, sino de modales distinguidos, y que a no ser así no hubieran caído en la trampa. ¡Error profundo! En la



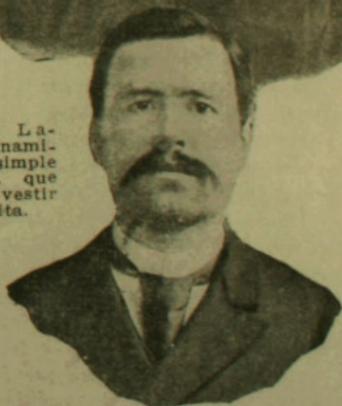
Franzini. Ladrón y asesino. Tipo del aventurero cosmopolita.



Prado. Tipo de criminal educado, ladrón y asesino.



Emilio Henry. Ladrón y dinamitero, vestido de blusa, pero de educación muy esmerada.



Ravnehol. Ladrón y dinamitero, un simple minero, que gustaba vestirse de levita.

comisaría de policía pudo verse que ni los modales, ni el vestir, ni el tipo de los ladrones tenía nada de distinguido. Tratábase no de secretarios de Embajada ni de títulos nobiliarios de la vieja Francia, sino de simples ex-camareros y ex-ayas de casa grande, toscamente disfrazados de gente de viso. Sin embargo, los joyeros antes que reconocer su torpeza y poca pupila, sostuvieron siempre que sus estafadores eran grandes personajes. Así al menos quedaba un poco a salvo su amor propio. No es lo mismo ser robado por un marqués que por un lustra-botas. He aquí porque corrió la voz de que se trataba de dos bandoleros de levita, pero esa voz la acalla siempre la Sección Antropométrica.

Es sabido que estos caballeros ladrones no emplean sólo el recurso de robar en hoteles y joyerías del modo que hemos dicho, sino que hasta a la lavandera le quitan lo que por legítimo derecho debiera pertenecerle. No son caballeros de ropa limpia. ¿Uds. no habrán oído hablar de "Monsieur Bob"? Pues bien, mucho antes de que la policía hiciese uso de los perros, hubo un joyero del Palais Royal que enseñó a un perrito a hacer una labor verdaderamente policial. Y confiaba más en el olfato de un perro que en la pupila de sus dependientes y la suya propia. No es preciso entrar en detalles. Baste decir que apenas un cliente entraba a la joyería ya estaba "Monsieur Bob" husmeando a conciencia al visitante. No había quién se librara de este examen canino. Y pronto revelaba "Monsieur Bob" las **intencionalidades del aristócrata** postizo, y sabía su dueño con qué clase de cliente se las había.

Nos falta aún de considerar el tipo especial del criminal rufián, que sin pretensiones de pertenecer a elevada alevurnia ni poseer maneras distinguidas, tiene con frecuencia sobrado valor e iniciativa.

Tipo característico de esta clase fué Pranzini, guillotinado en París años atrás, por robo y asesinato a una "demi-mondaine". Pranzini constituía el tipo del aventurero cosmopolita, que los parisienses llaman **rastacueros**. Nació en Alejandría, de padres italianos, y fué simplemente un intérprete, pero de una suerte asombrosa en los círculos femeninos. Increíble parece que después de su detención, la policía, de acuerdo con la autoridad judicial, se incautase de una infinidad

de correspondencia que el bandido mantenía con una joven señorita canadiense de la más alta sociedad y de costumbres irreprochables. En aquellas cartas cada línea era una prueba de fatuidad, mezclada con un desconocimiento del mundo que asustaba.

Como caso verdaderamente excepcional podría citar a Prado, ladrón y asesino de igual modo que Pranzini, pero inmensamente superior a él por su educación. Puede asegurarse que su preparación intelectual era asombrosa. El grabado nos lo muestra aquí sin cuello ni corbata, una hora después de detenido, (detención difícil), pero este retrato nos da idea de lo que el criminal aparentaba siendo libre. Fué tal la sublime elocuencia con que se defendió ante la Corte de Asises que hizo vacilar la integridad de los jueces y el jurado que le escucharon. Pero a pesar de todos sus esfuerzos y talento dictóse contra él veredicto de culpabilidad y fué condenado. Fué siempre un misterio el verdadero origen de aquel malvado dotado por la naturaleza de tantos dones y tan peligrosos. Parece, sin embargo, aceptable la creencia de que fué hijo natural de un Presidente de cierta República sudamericana. Lo cierto es que su educación fué esmeradísima y que tal vez el injustificable abandono en que le tuvieron los autores de sus días fué causa de que el que debió ser un gran caballero y hombre de pro, se convirtiese en un sér depravado, dando así origen a la creencia novelesca del bandido de levita, tipo que en vano trataría de encontrarse en los archivos judiciales.

¿Cómo, pues, ha podido inventarse este tipo del ladrón de levita? Para dar a esta pregunta una respuesta categórica preciso será remontarse a las postrimerías del siglo XVIII y principios del XIX, a la época de la Revolución Francesa.

Durante las horrosas guerras civiles que prevalecían entonces en Francia, recorrían el país bandas de malhechores bajo el mando de algún noble real, que, so pretexto de combatir a la República, cometían los crímenes más atroces. Entonces, en la confusión general que trajo consigo la abdicación de Napoleón, surgió de pronto el más singular de los impostores. Un presidiario fugado, llamado Cognard, famoso aún hoy día, asesinó a un general de Napoleón, conde de Santa Elena, se incautó de todos sus papeles y suplantó a su propia víctima ins-

talándose en el palacio del noble asesinado y fué recibido en el Ministerio de la Guerra y en la Corte y hasta pasó revista de inspección a las tropas.

Pero otro preso fugado, que había sido su compañero de cadena en el presidio, reconoció a Cognard en medio de su esplendor, le exigió dinero y viéndose rehusado, denunció al falso general ante el Ministro de Justicia. Cognard fué de nuevo preso y encadenado, falleciendo al poco tiempo. Sus aventuras fueron sin duda las que inspiraron al más grande de los novelistas franceses el tipo imperecedero de Vautier, el enigmático ex-presidiario, ladrón de alto copete y brillante figura del gran mundo, a quien últimamente sus camaradas de galeras apodaran con el nombre de Trompe-la-Mort (engaña la muerte) nombre que juega un papel tan dramático en la "Comedia Humana" de Balzac.

Todos los "ladrones de levita" que despiertan esas sensaciones de miedo imaginario en el sistema nervioso de los modernos lectores, mientras leen arrellenados en cómoda poltrona, son descendientes legítimos

de Vautier, modelados por el mismo tipo, meramente fantásticos. Pues haya sido lo que haya sido el ficticio Vautier en la imaginación de Balzac, lo cierto es que el Cognard auténtico no fué un "gentleman".

Ni aún los anarquistas que tratan de justificar sus crímenes fundados en una base de doctrina social, vienen nunca de las clases elevadas. No hay tampoco entre ellos "bandidos de levita".

Damos aquí los retratos de dos de ellos, ambos ladrones y dinamiteros, pero cada uno de distinta clase social: Emile Henry, que poseyendo una excelente educación y pudiendo haber pasado por "señor", es decir, por un ciudadano respetable de la clase media, prefirió vestir siempre la blusa del obrero, y el siniestro Ravachol, un triste minero que apenas si sabía firmar, pero que creyó que una levita bien cortada y un sombrero de copa le daban un aspecto de elegancia refinada. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, aparece bien claro su verdadero tipo y su origen comparando los retratos de ambos. La levita no hace el ladrón caballero, como el hábito no hace al monje".



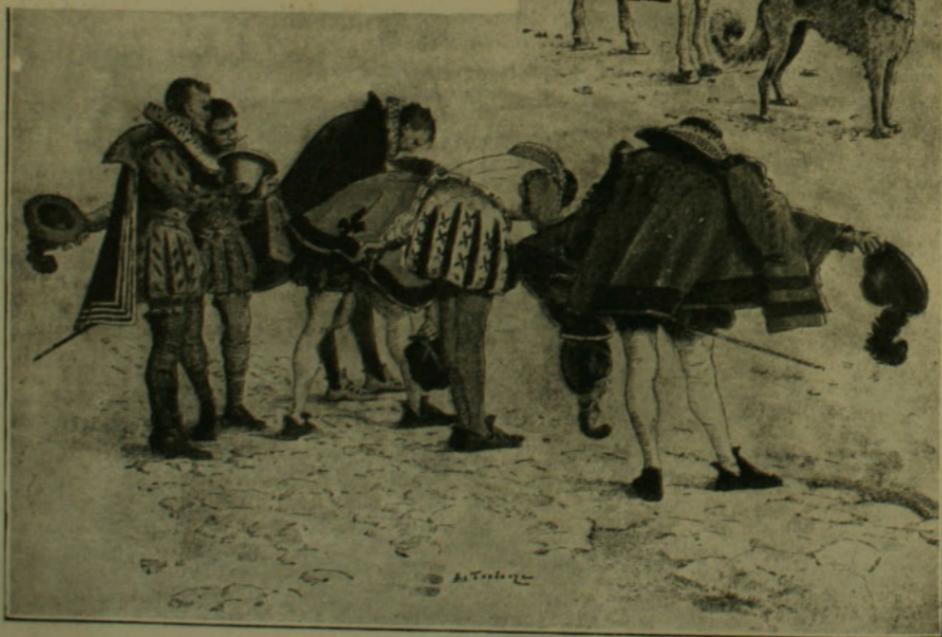
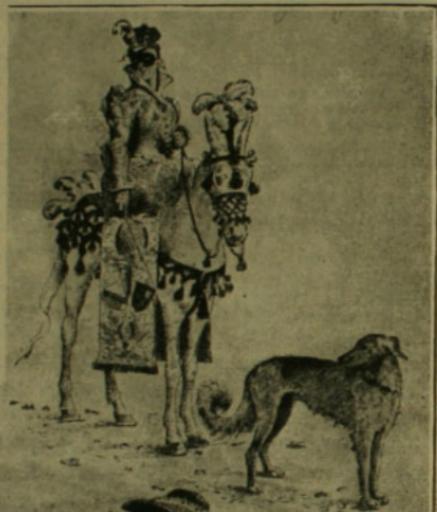
NUESTRO FOLLETIN

¿Quién no ha leído más de una vez algún episodio que se refiera a aquel período sombrío de la historia de Francia, cuando fué asolado su territorio por las guerras religiosas? Las matanzas de los hugonotes ha puesto terror y espanto en nuestros espíritus cuando, al estudiar la historia en el colegio, llegamos a esa época dolorosa de Carlos noveno. La noche de San Bartolomé, la matanza de los hugonotes deja un recuerdo indeleble, una evocación que, en las imaginaciones infantiles, sólo toma la forma de una pesadilla siniestra.

Ved ahora, en esta novela del maestro de los maestros, Próspero Meriné, cómo ha logrado evocar aquellos días de galantería, de enrucijadas y de sordas intrigas con una modestia singular inimitable. Leed estas páginas que constituyen cuanto hay de más bello en las letras francesas modernas y os sentiréis complacidos de hacer gustado del más bello y ameno de los libros: una novela que tiene de tal la intriga romancesca y de verdad todo el fondo histórico en la cual se desenvuelve.

La pluma de uno de los más grandes dibujantes de Francia, Eduardo Toudouze, ha ilustrado este libro maravilosamente, con gracia y gusto inimitables.

Los lectores de "Pacífico Magazine" gustarán de este libro como del más perfecto confite presentado en estuche de seda.



La Historia de un Hugonote

Los réitres

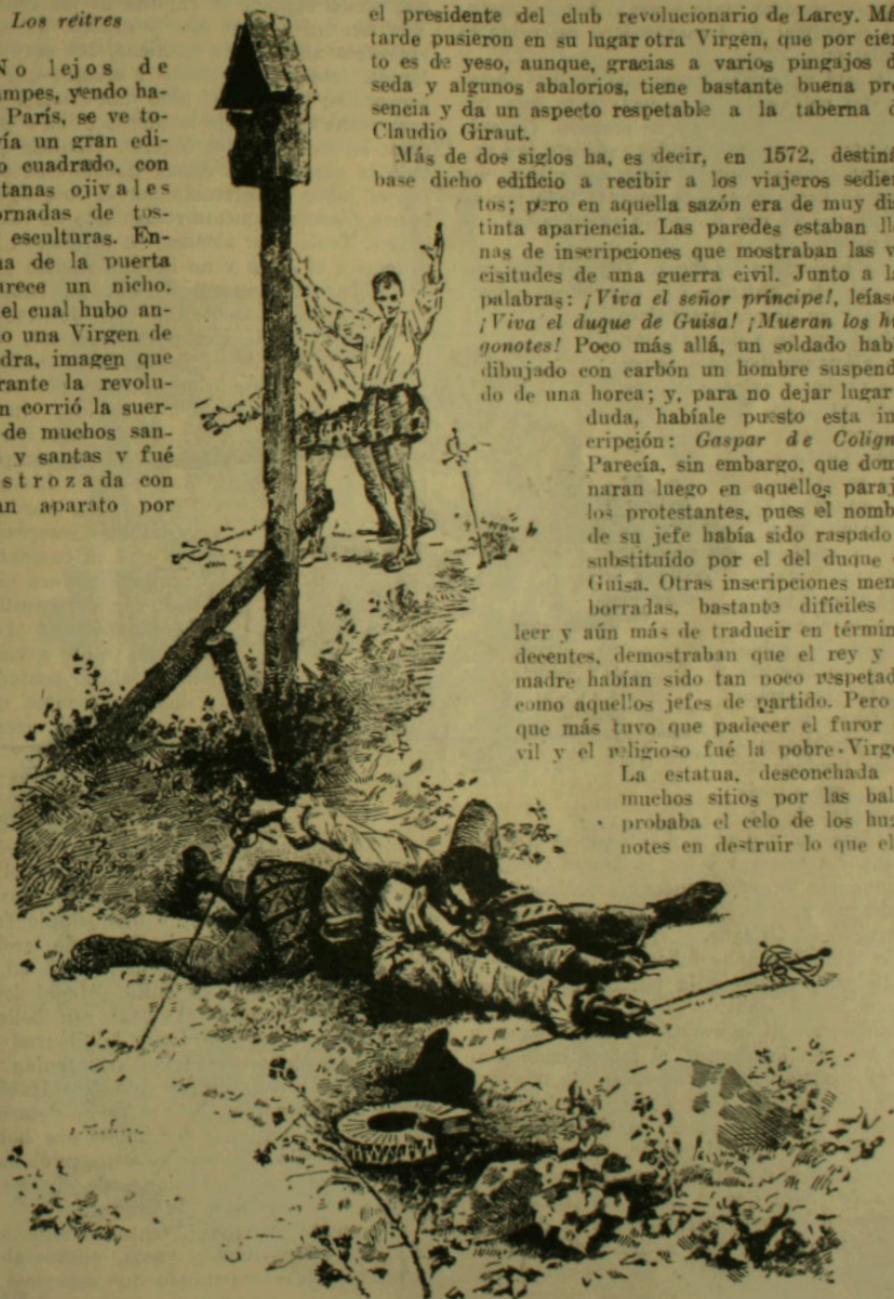
No lejos de Etampes, yendo hacia París, se ve todavía un gran edificio cuadrado, con ventanas ojivales adornadas de toscas esculturas. Encima de la puerta aparece un nicho, en el cual hubo antaño una Virgen de piedra, imagen que durante la revolución corrió la suerte de muchos santos y santas y fué destrozada con gran aparato por

el presidente del club revolucionario de Larey. Más tarde pusieron en su lugar otra Virgen, que por cierto es de yeso, aunque, gracias a varios pingajos de seda y algunos abalorios, tiene bastante buena presencia y da un aspecto respetable a la taberna de Claudio Giraut.

Más de dos siglos ha, es decir, en 1572, destinábase dicho edificio a recibir a los viajeros sedientos; pero en aquella sazón era de muy distinta apariencia. Las paredes estaban llenas de inscripciones que mostraban las vicisitudes de una guerra civil. Junto a las palabras: *¡Viva el señor príncipe!*, leíase: *¡Viva el duque de Guisa!* *¡Mueran los hugonotes!* Poco más allá, un soldado había dibujado con carbón un hombre suspendido de una horea; y, para no dejar lugar a

duda, habíale puesto esta inscripción: *Gaspar de Coligny*. Parecía, sin embargo, que dominarían luego en aquellos parajes los protestantes, pues el nombre de su jefe había sido raspado y substituído por el del duque de Guisa. Otras inscripciones menos borradas, bastante difíciles de leer y aún más de traducir en términos decentes, demostraban que el rey y su madre habían sido tan poco respetados como aquellos jefes de partido. Pero la que más tuvo que padecer el furor civil y el religioso fué la pobre Virgen.

La estatua, desconejada en muchos sitios por las balas, probaba el celo de los hugonotes en destruir lo que ellos



llamaban "imágenes paganas". En tanto que el devoto católico se descubría respetuosamente al pasar por delante de la estatua, el caballero protestante creíase obligado a dispararle un arcabuzazo; y, si hacía blanco, creíase tanto como si hubiera matado al animal de Apocalipsis o destruido la idolatría.

Hacia ya varios meses que las dos sectas rivales habían hecho la paz; pero ésta fué prometida de boca, no de corazón. La animosidad de ambos partidos subsistía tan implacable como antes. Todo recordaba que casi no había cesado la guerra; todo presagiaba que la paz no podía tener larga duración.

La hostería del *León de Oro* estaba llena de soldados, quienes, por sus extraños vestidos y su acento extranjero, veíase que eran de esos jinetes alemanes llamados reitres que venían a ofrecer sus servicios al parti-

do protestante, sobre todo si éste se hallaba en estado de pagarlos bien. Si la pericia que tales extranjeros tenían en el manejo de los caballos y su destreza en el de las armas de fuego los hacían temibles, gozaban también de fama, acaso más merecida, de saqueadores muy duchos y vencedores despiadados. La tropa que en la hostería estaba compoñase de unos cincuenta soldados, los cuales salieron de París la víspera e iban de guarnición a Orleans.

En tanto que unos daban piensu a sus cabalgaduras, atadas a la pared, otros atizaban el fuego, daban vueltas a los asadores y cuidábanse de la cocina. Gorra en mano y con los ojos lacrimosos, el infortunado hostelero contemplaba el desorden de que era teatro su cocina. Veía destruido el corral, saqueada la bodega, rotas las botellas, pues las quebraban por el gollete, por ahorrarse la molestia de destaparlas; y lo peor es que sabía de sobra que, a pesar de los severos decretos del rey concernientes a la disciplina de la gente de guerra, no podía esperar indemnización alguna de los que como enemigo le trataban. En aquellos tiempos de

desdicha, tenía se por verdad indiscutible que, tanto en paz como en guerra, una tropa armada vivía siempre a discreción doquiera que se hallare.

Ante grasienta y ahumada mesa de encina, estaba sentado el capitán de los reitres. Era éste un hombre alto y grueso, de unos cincuenta años, nariz aguileña, tez muy colorada, cabellos entrecanos y escasos que no conseguían teparle del todo una cicatriz que comenzaba en la oreja izquierda e iba a perderse en sus poblados bigotes. Habíase quitado la coraza y el casco, quedándose sólo con el jubón ennegrecido por el roce de las armas y esmeradamente remendado en varias partes. Tenía a su alcance, en un banco, las pistolas y el sable y no llevaba encima sino un ancho puñal, arma de que un hombre prudente no se desprendría más que para acostarse.

A su izquierda se hallaba sentado un hombre de color

subido, alto y de bastante buena compleción. Llevaba jubón bordado y vestía más esmeradamente que su compañero, aunque no era sino el cornetín del capitán.

Acompañábanlo dos mozas de veinte a veinticinco años sentadas en la misma mesa que ellos. Notábase cierta mezcla de miseria y de lujo en los vestidos de ambas mujeres, que no habían sido fabricados

para ellas y que parecían estar en su poder por azares de la guerra. Lucía una de ellas una especie de corpiño de damasco brocado de oro, pero todo ajado y una simple falda de tela. La otra llevaba traje de terciopelo morado y sombrero de fieltro gris adornado con una pluma de gallo, el cual sombrero era de hombre. Ambas eran bellas; mas sus atrevidas miradas a la libertad de sus conversaciones denotaban que tenían ya costumbre de vivir entres soldados. Habían salido de Alemania sin profesión determinada. La del traje de terciopelo era bohemía; sabía echar las cartas y tocar el bandolín. La otra tenía nociones de cirugía y parecía muy estimada del corneta.

Esas cuatro personas, sentadas ante una gran botella y sendos vasos, conversaban juntas y bebían esperando que estuviese la cena.



Decaía ya la conversación, cuando un joven de elevada estatura y vestido con bastante elegancia, detuvo a la puerta de la hostería el buen caballo alazán que montaba. El corneta de los reitres se levantó del banco en que estaba sentado, y, acercándose al forastero, asió de la brida el caballo. Iba el recién llegado a darle las gracias por lo que él tomaba por un acto de cortesía; mas pronto se desengañó, porque el corneta abrió al caballo la boca y le examinó los dientes con mirada de hombre entendido;

luego, retrocediendo unos pasos, y mirando las piernas y la grupa del noble animal movió la cabeza con aire de satisfacción y dijo en su jerga:

—¡Hermoso caballo montáis, señor!



Y añadió varias palabras en alemán que hicieron reír a sus compañeros, en cuyo centro fué a sentarse de nuevo. Aquel examen poco ceremonioso no agradó al viajero; no obstante, limitóse a dirigir al trompeta una mirada de desprecio y se apeó sin que nadie lo ayudara.

El hostelero, que a la sazón salía de la casa, cogió respetuosamente la brida de manos del forastero y le dijo al oído, lo bastante bajo para que no le oyeran los reitres: —¡Dios os guarde, mi joven hidalgo!; pero llegáis en muy mala hora; porque, para buenos cristianos como vos y como yo, no es muy grata la compañía de esos hugonotes a quienes San Cristóbal retuerza el pescuezo. El joven sonrió amargamente y dijo:

—¡Son caballeros protestantes esos señores!—Y reitres por añadidura, contestó el hostelero. Nuestra Señora los confunda. En una hora que llevan aquí me han roto la mitad de los muebles. Todos ellos son saqueadores despiadados, como su jefe, el señor de Chatillon, ese buen almirante de Satanás. —Poca prudencia mostráis, para un hombre de barba gris como sós. Si por ventura estuviérais hablando con un protestante, podría éste responderos con una buena bofetada.

Y al pronunciar estas palabras,

el joven golpeaba su bota de cuero blanco con la fusta que usaba a caballo.

—¡Cómo!... ¡qué es eso?... ¡Vos, hugonote!... ¡protestante, quiero decir!...— exclamó estupefacto el hostelero.

Retrocedió un paso y miró de pies a cabeza al forastero, como buscando en su vestido algún signo por el cual pudiera averiguar a qué religión pertenecía. Esté examen y la franca y risueña fisonomía del joven le tranquilizaron un poco, y prosiguió más bajo:

—¡Un protestante con vestidos de terciopelo verde! ¡un hugonote con una gorguera a la española! ¡oh! ¡eso no es posible! ¡Ah! señor mío, no se ve tanto valor en los herejes! ¡Santa María! Un jubón de terciopelo es demasiado fino para esos andrajosos.

Al momento silbó la fusta, y golpeando en la mejilla al pobre hostelero, fué para él como la profesión de fe de su interloco.

—¡Insolente charlatán! ten para enseñarte a reprimir la lengua. ¡Ea! lleva mi caballo a la cuadra, y que no le falte nada.

El hostelero bajó tristemente la cabeza y condujo el caballo a una especie de tinglado, murmurando muy bajito mil maldiciones contra los herejes alemanes y franceses; y si el joven no le hubiera seguido para ver cómo trataba al caballo, el pobre animal se hubiese quedado seguramente sin cenar, por hereje.

El forastero entró en la cocina y saludó a las personas que allí se hallaban reunidas, levantándose con gracia el ala de su enorme chambergo sombreado por una pluma negra y amarilla. El capitán le devolvió el saludo, y ambos se miraron un rato sin hablar.

—Capitán—dijo el joven extranjero—soy un hidalgo protestante, y me alegro de encontrar aquí algunos de mis hermanos en religión. Si lo tenéis a bien, cenaremos juntos.

El capitán, a quien la noble apostura y la

elegancia del vestido del forastero habían predispuerto favorablemente, el respondió que se consideraba muy honrado con ello. Al momento, Mila, la joven bohemia de quien hemos hablado, le dejó asiento en su banco, al lado de ella; y, como era muy servicial por naturaleza, hasta le ofreció su vaso, que el oficial llenó al punto.

—Soy Dietrich Horstein—dijo el capitán, chocando su vaso con el del joven. Sin duda habréis oído hablar del capitán Horstein. Yo fui quien dirigió las avanzadas en la batalla de Dreux y luego en la de Arnay-le-Duc.

El forastero comprendió aquel modo indirecto de preguntarle su nombre, y respondió:

—Siento no poder decirnos un nombre tan célebre como el vuestro, capitán; me refiero al mío, porque el de mi padre es muy conocido en nuestras guerras civiles. Me llamo Bernardo de Mergy.

—¡A quién decís ese nombre!— exclamó el capitán, llenando su vaso hasta el borde. He co-

nocido a vuestro padre, señor Bernardo de Mergy; le conozco desde las primeras guerras, como se conoce a un íntimo amigo. ¡A vuestra sa-

lud, don Bernardo!—El capitán alargó el vaso y dijo a su gente algunas palabras en alemán. En el momento en que el vino le llegaba a los labios, todos los soldados echaron los sombreros al aire profiriendo una aclamación. El hostelero creyó que aquello era una señal de matanza, y se postró de rodillas. El mismo Bernardo quedó algo sorprendido de tan extraordinario honor; sin embargo, creyóse obligado a corresponder aquella cortesía germánica, bebiendo a la salud del capitán.

Las botellas, atacadas ya vigorosamente antes de su llegada, no podían bastar para el nuevo brindis.

—Levántate, gazmoño—dijo el capitán



volviéndose hacia el hostelero que continuaba de rodillas:—levántate y ve a buscarnos vino. ¿No ves que las botellas están vacías?

Y para darle una prueba de ello, el corneta le arrojó una a la cabeza. El hostelero corrió a la bodega.

—Ese hombre es un bribón insolente—dijo Mergy;—pero hubiérais podido hacerle más daño del que quisierais, si le hubiese alcanzado la botella.

—¡Bah! — exclamó el corneta, riendo ruidosamente.

—La cabeza de un papista—dijo Mila, es más dura que una botella, aunque esté aún más vacía.

El corneta se rió con más fuerza, y fué imitado por todos los asistentes, incluso Mergy, que, entretanto, sonreía a la linda boca de la bohemía, más que a su chiste cruel.

Sirvieron el vino, luego la cena, y, tras un instante de silencio, el capitán prosiguió, con la boca llena:

—¡Vaya si he conocido al señor de Mergy! Era coronel de infantería cuando la primera empresa del señor Príncipe. Dos meses seguidos hemos dormido en la misma casa durante el sitio de Orleans. ¿Y cómo está ahora?

—Bastante bien para su avanzada edad, ¡a Dios gracias! Muy a menudo me ha hablado de los reîtres y de las magníficas cargas que dieron en la batalla de Drenx.

—También he conocido a su hijo mayor... a vuestro hermano, el capitán Jorge. Quiero decir antes...

Mergy pareció turbado.

—Era valeroso—continuó diciendo el capitán;—pero ¡diantre! tenía la cabeza ardiente. Lo siento por vuestro padre; su abjuración ha debido apesadumbrarle mucho.

Mergy se sonrojó hasta en lo blanco de los ojos; balbuceó algunas palabras para disculpar a su hermano; pero fácil era ver que él le juzgaba aún más severamente que el capitán de los reîtres.

—¡Ah! veo que esto os disgusta—dijo el capitán;—pues bien, no hablemos más de ello. Es una pérdida para la religión y una gran adquisición para el rey, que, según se dice, le trata muy honrosamente.

—¿Venís de París?—interrumpió Mergy, procurando mudar de conversación.—¿Ha llegado el señor almirante? ¿Le habréis visto, sin duda? ¿Cómo está ahora?



—Cuando nosotros salimos, llevaba de Blois con la corte. Está admirablemente fresco y arrogante. Todavía tiene veinte guerras civiles en el estómago, el pobre hombre. Su Majestad le trata con tanta distinción, que todos los papistas se mueren de despecho.

—¿De veras? Nunca podrá el rey reconocer bastante su mérito.

—Mirad: ayer vi al rey en la escalera del Louvre, estrechando la mano al Almirante. El señor de Guisa, que venía detrás, ofrecía el compasivo semblante de un zarcero castigado; ¡y sabéis lo que pensaba yo? Parecíame ver al hombre que enseña el león en la feria; le hace que dé la pata como si fuera un perro; pero, aunque Gilles ponga buena cara, nunca olvida que la pata que le dan tiene garras horribles. Creyérase que el rey sentía las garras del Almirante, sí, ¡por éstas!

—El Almirante tiene el brazo largo—dijo el corneta. (Esto era una especie de proverbio en el ejército protestante)

—Es un hombre guapísimo para su edad—dijo Mila.

—Le preferiría por amante a un joven papista—añadió la Trudchen, la amiga del corneta.

—Es la columna de la religión—dijo Mergy, queriendo dar también su parte de elogios.

—Sí; pero es sumamente severo en cuan-

kurras. Vacíos los vasos y calmado el tumulto, preguntó Mergy:

—¿Y por qué os ahorcaron, capitán?

—Por una fruslería: un maldito convento



to a disciplina—objtó el capitán, moviendo la cabeza.

El corneta guiñó el ojo con aire significativo, y su gruesa fisonomía se contrajo para efectuar una mueca que él creía una sonrisa.

—No esperaba yo—dijo Mergy,— oír a un veterano como vos, capitán, reprochar al señor Almirante la rigurosa disciplina que hace observar en su ejército.

—Sí, desde luego hace falta disciplina; pero, en medio de todo, hay que tener en consideración todas las penas que padece el soldado, y no prohibirle divertirse cuando por casualidad halla ocasión para ello. En fin, cada hombre tiene sus defectos; y aunque me haya mandado ahorcar, bebamos a la salud del señor Almirante.

—¡El Almirante os mandó ahorcar!—exclamó Mergy;—muy gallardo estáis para un ahorcado!

—Sí, ¡por vida! Mandó que me ahorcasen; pero no soy muy rencoroso, y bebamos a su salud.

Antes de que Mergy pudiera repovar sus preguntas, el capitán había llenado todos los vasos, se había quitado el sombrero y ordenado a sus soldados que profiriesen tres

de Saintonge saqueado e incendiado luego casualmente.

—Sí; pero no todos los frailes habían salido—interrumpió el corneta, riéndose a carcajadas de su cliente.

—¡Bah! ¿qué importa que semejante canalla arda un poco antes o un poco después? Sin embargo, ¿lo creeríais, señor de Mergy?, el Almirante se enfadó mucho; mandó detenerme y, sin más preámbulo, su gran preboste me aprehendió. Entonces, todos sus gentileshombres y cuantos señores le rodeaban, incluso el señor de Lanoue que, como se sabe, no es muy bueno para el soldado, todos los capitanes le rogaron que me perdonase; pero él se negó rotundamente. ¡Pardiez! ¡Y qué encolerizado estaba! De rabia masticaba el mondadientes; y va sabéis el proverbio: ¡*Librenos Dios de los pater-noster del señor Montmorency y del mondadientes del señor Almirante!*—¡Dios me perdone!—decía,—hay que matar la pécora

ahora que es aún niña pequeña, si la dejamos llegar a gran señora, ella nos matará a nosotros. En esto llega el ministro con su libro bajo el brazo; nos conduce a ambos al pie de cierta cima... me parece estar viéndola aún, con una gran rama saliente, que parecía haber brotado allí de ex-profeso; me atan la cuerda al cuello... Siempre que pienso en aquella cuerda, se me queda la garganta seca como yesca.

—He aquí con qué humedecerla — dijo Mila.

Y llenó hasta el borde el vaso del narrador.

El capitán lo vació de un solo trago, y prosiguió de este modo:

—Yo me veía ya ni más ni menos que como una bellota de encina, cuando se me ocurrió decir al Almirante:

“—¡Eh, Monseñor! ¿puede ahorcarse así a un hombre que mandó las avanzadas en Dreux?”

“Le vi escupir el mondadientes y coger uno nuevo. Y pensé:—¡Bueno! no es mala señal. Llamó al capitán Cormier y le habló en voz baja; luego dijo al preboste:

“—¡Eal que me icen ese hombre.

“Y dicho esto, gira sobre sus talones. Me izaron de veras; pero el bueno de Cormier echó mano a la espada y cortó al punto la cuerda, de modo que caí de mi rama encarnado como un cangrejo cocido.

—Os felicito—dijo Mergy,—por haber salido tan bien librado.

Mergy miraba atentamente al capitán y parecía sentir cierta molestia por hallarse en compañía de un hombre que había merecido justamente la horca; pero, en aquellos desdichados tiempos, eran tan frecuentes los crímenes, que apenas se los podía juzgar con tanto rigor como se los juzgaría hoy.

Las crueldades de un partido autorizaban hasta cierto punto las represalias, y los odios de religión ahogaban todo sentimiento de simpatía nacional. Por lo demás, para decir toda la verdad, los secretos arrumacos de Mila, la cual empeñaba a parecerle muy bella, y los vapores del vino que operaban más eficazmente en su joven cerebro que en las duras cabezas de los reitres, todo esto le

daba entonces extraordinaria indulgencia para con sus compañeros de mesa.

—Yo escondí al capitán en un carro tapado, durante más de ocho días—dijo Mila,—y no le dejaba salir de allí sino de noche.

—Y yo—añadió la Trudchen,—le llevaba de comer y de beber; ahí está él que puede decirlo.

—El Almirante fingió encolerizarse mucho contra Cormier; pero todo eso era una comedia representada entre los dos. En cuanto a mí, permanecí mucho tiempo siguiendo al ejército, sin atreverme a presentarme nunca ante el Almirante. Al fin, en el sitio de Longnac, me vió en la trinchera, y me dijo:

“—Dietrich amigo, ya que no estás ahorcado, ve a hacer que te maten de arcabuzazo.

“Y me mostraba la brecha; yo comprendí lo que quería decir, subí valientemente al asalto, y al día siguiente me presenté a él en la calle mayor, llevando en la mano mi sombrero traspasado por un arcabuzazo.

“—Monseñor—le dije,—me han arcabuzado del mismo modo como me ahorraron.

“Sonrióse el Almirante y me dió su bolsa, diciendo:

“—Ten para que te compres un sombrero nuevo.

“Desde entonces siempre hemos sido buenos amigos. ¡Ah! ¡qué hermoso saqueo el de la ciudad de Longnac! ¡con sólo recordarlo, se me hace agua la boca!

—¡Ah! qué



bonitos vestidos de seda! — exclamó Mila.

—¡Qué cantidad de lencería buena!—exclamó la Trudchen.

—¡Qué bien lo pasamos entre las religio-
sas del gran convento!—dijo el corneta.

—¡Había que ver allí a nuestros explo-
radores ir al abrevadero con las casillas de
los sacerdotes a la espalda, a los caballos
comer la avena en el altar, y a nosotros ber-
ber el delicioso vino de los curas en sus cá-
lices de plata!

Volvió la cabeza para pedir de beber, y
vió al hostelero con las manos juntas y los
ojos levantados al cielo, con una expresión
de horror indefinible.

—¡Imbécil!—exclamó el bueno de Die-
trich Horzstein, encogiéndose de hombros.—
¡Cómo puede haber un hombre tan necio que
crea todas las patrañas que dicen los curas
papistas! Mirad, señor de Mergy; en la ba-
talla de Moncontour, maté de un pistoletazo
a un gentilhomme del duque de Anjou; al
quitarle el jubón, ¡sabéis lo que llevaba so-
bre el vientre? Un gran pedazo de seda lleno
de nombres santos. Con eso pretendía pre-
servarse de las balas. ¡Pardiez! yo le hice
ver que no hay escapulario al que no atrave-
sase una bala protestante.

—No, escapulario no—interrumpió el cor-
neta;—pero, en mi país se venden perga-
minos que preservan del plomo y del acero.

—Yo preferiría una coraza bien forjada,
de buen acero—dijo Mergy,—como las que
fabrica Jacob Lesehot en los Países Bajos.

—Pero oid—replicó el capitán;—no hay
que negar que pueda darse dureza; yo, que
os estoy hablando, he visto en Dreux un
noble herido de un arcabuzazo en pleno pe-
cho; ese hombre conocía la receta del un-
guento que da dureza, y se había frotado
con él el colete, pues bien, ni siquiera se le
veía la marca negra y roja que deja una
contusión.

—¡Y no creéis más bien que ese colete
de que habláis bastase por sí solo para am-
ortiguar el arcabuzazo?

—¡Oh! vosotros, los franceses, no queréis
creer en nada. Pero, ¡qué diríais, si, como
yo, hubiésteis visto a un gendarme silesio
poner la mano sobre una mesa, sin que na-
die pudiera lastimarla a grandes cuchilladas?
¡Os reís y no creéis posible esto? Pregun-
tádselo a Mila. ¡Véis bien a esa moza? Pues
es de un país donde los hechiceros abundan
tanto como aquí los frailes; ella podría con-
taros historias espantosas. A veces, durante
las largas veladas de otoño, cuando al aire
libre nos hallamos sentados alrededor del
fuego, las aventuras que nos cuenta me po-
nen los pelos de punta.

—Me gustaría oír alguna—dijo Mergy;—
hermosa Mila, naedme esé favor.

—Sí, Mila—añadió el capitán,—cuéntanos
algo mientras acabamos de apurar estas bo-
tellas.

—Escuchad, pues—dijo Mila;—y vos, jo-
ven hidalgo, que no creéis nada, vais a tener
la bondad de guardáros vuestras dudas para
vos solo.

—¿Cómo podéis decir que no creo en na-
da?—contestó Mergy en voz baja;—a fe mía
creo que me habéis embrujado, porque estoy
enamoradoísimo de vos.

Mila le empujó suavemente, porque Mer-
gy le tocaba casi la mejilla con los labios;
y después de echar a derecha e izquierda
una mirada furtiva para cerciorarse de que
todos la escuchaban, comenzó de este modo:

—Sin duda habréis estado en Hameln,
¿verdad capitán?

—Nunca.

—¿Y vos corneta?

—Yo tampoco.

—¡Cómo! ¿No voy a encontrar nadie que
haya estado en Hameln?

—Yo he pasado allí un año—dijo un solda-
do acreciándose.

—Pues bien, Fritz, ¿Has visto la iglesia
de Hameln?

—Más de cien veces.

—¿Y sus vidrieras de colores?

—Desde luego.

—¿Y qué has visto pintado en esas vi-
drieras?

—¿En esas vidrieras?... En la ventana
de la izquierda, creo que hay un hombre al-
to y negro que toca la flauta, y niños pe-
queños que corren junto a él.

—Exactamente. Pues bien, voy a contaros
la historia de ese hombre negro y de esos
niños.

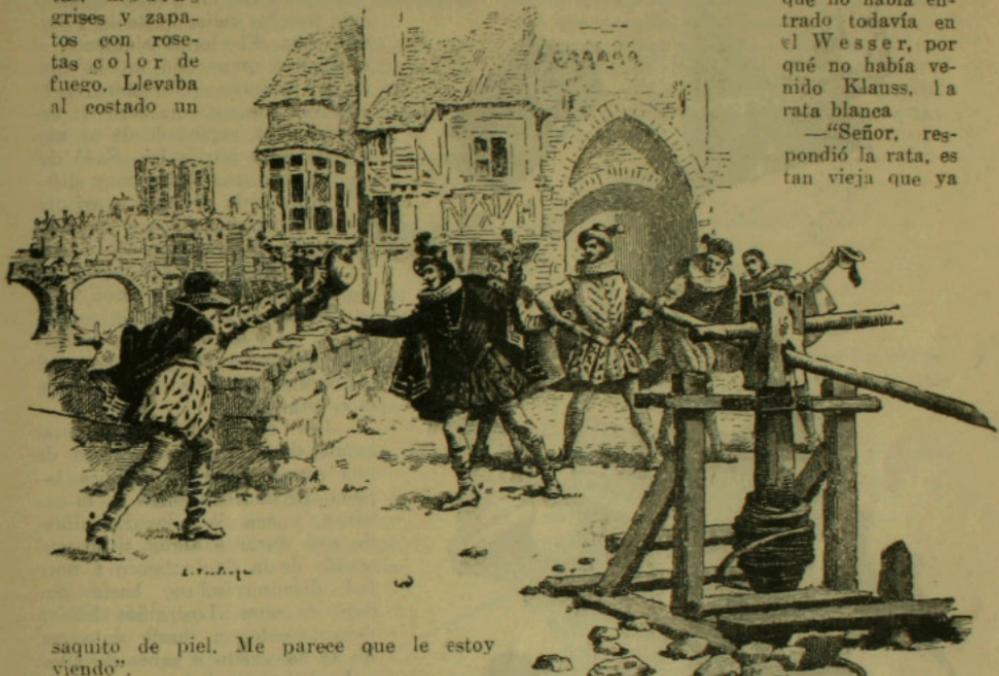
“Muchos años ha, la gente de Hameln vió-
se atormentada por innumerable multitud
de ratas que venían del Norte en bandas tan
espesas que ennegrecían toda la tierra, y
ningún carretero se hubiera atrevido a ha-
cer pasar sus caballos por donde desfilaban
aquellos roedores. Todo era devorado inme-
diatamente; y el comer un tonel de trigo
en un hórreo era para esas ratas cosa más
fácil que para mí beber un vaso de este buen
vino”.

Bebió, secóse la boca y prosiguió:

—Ratoneras, trampas, cepos, veneno, todo
era inútil. Mandan venir de Brema un barco
cargado de mil cien gatos; pero como si no.
Si mataban mil, acudían diez mil, y más
hambrientos que las primeras. En una pala-
bra, de no haber puesto remedio a esa plaga,
no hubiera quedado un solo grano de trigo

en Hameln y habrían muerto de hambre todos los habitantes.

“En esto, cierto viernes, se presenta al burgomaestre de la ciudad un hombre alto, de piel curtida, flaco, con ojos grandes y boca hendida hasta las orejas, vestido con un jubón enarnado, con sombrero puntagudo, grandes calzones guarnecidos de cintas, medias grises y zapatos con roseas color de fuego. Llevaba al costado un



saquito de piel. Me parece que le estoy viendo”.

Todos los ojos volviéronse instintivamente hacia la pared a que miraba Mila.

—¿Luego le vistéis?—preguntó Mergy,

—No, yo no; pero sí mi abuela, y se acordaba tan bien de su rostro, que hubiera podido hacer su retrato.

—¿Y qué dijo el burgomaestre?

—Le ofreció librar a la ciudad de aquella plaga que la desolaba, mediante el pago de cien ducados. Como comprenderéis, el burgomaestre y los habitantes aceptaron al momento. Inmediatamente, el extranjero sacó del saquito una flauta de bronce; y plantándose en la plaza del mercado, delante de la iglesia, pero de espaldas a ella, notado bien, empezó a ejecutar una melodía extraña y tal como nunca la ejecutó ningún flautista alemán. Y ved aquí que al oír la melodía, de todos los graneros, de todos los agujeros de las paredes, de debajo de los cabriaes y de las tejas de los techos, acu-

dieron a él cientos y miles de ratas y ratones. El forastero se encaminó al Weser, sin dejar de tocar la flauta; y allí, después de quitarse las calzas, entró en el agua, seguido de todas las ratas de Hameln, que se ahogaron al punto. No quedó más que una en toda la ciudad, y váis a ver por qué. El mago, pues lo era, preguntó a un roedor

que no había entrado todavía en el Weser, por qué no había venido Klaus, la rata blanca

—“Señor, respondió la rata, es tan vieja que ya

no puede andar.

—“Ve a buscarla, pues, tú misma

—respondió el mago.

“Y la rata tuvo que retroceder hacia la ciudad, de donde no tarló en volver con una enorme rata blanca, tan vieja, tan vieja, que no podía arrastrarse. Ambas ratas, la más joven tirando de la otra por la cola, entraron en el Weser y se ahogaron como sus compañeras. Así quedó expurgada la ciudad. Pero, cuando el forastero se presentó en el Ayuntamiento para cobrar la recompensa prometida, el burgomaestre y los habitantes,

reflexionando en que ya nada tenían que temer de las ratas, y suponiendo cosa muy sencilla hacer callar pronto a un hombre sin protectores, no se avergonzaron de ofrecer-

le diez ducados en vez de los cien que habían prometido. El forastero reclamó; más no le hicieron caso. Amenazó con hacer pagar más caro si no cumplían el trato al pie de la letra. Los habitantes prorrumpieron en ruidosas carcajadas ante esa amenaza, y lo pusieron en la puerta del Ayuntamiento, llamándole *buen cazador de ratas*, injuria que repitieron los niños de la ciudad siguiéndole por las calles hasta la Puerta Nueva. El viernes siguiente, al mediodía, reapareció en la plaza del mercado el forastero; pero esta vez con un sombrero de color púrpura, replegado de un modo muy particular. Sacó del estuche una flauta muy diferente de la primera y, así que hubo comenzado a tocarla, todos los varones de la ciudad, desde los seis hasta los quince años, le siguieron y salieron de la población con él.

—Y los habitantes de Hameln dejaron que se los llevara?
—preguntaron a la vez Mergy y el capitán.

—Los acompañaron hasta el monte de Koppenberg, cerca de una carvena que está ahora tapada. El flautista entró en la caverna, y con él todos los niños. Se oyó durante algún tiempo el sonido de la flauta; poco a poco fué disminuyéndose, hasta que dejó de oírse. Los niños habían desaparecido, y desde entonces, no se ha vuelto a saber de ellos.

La bohemia se detuvo para observar en las facciones de sus



oyentes el efecto producido por su relato.

El reitre que había estado en Hameln tomó la palabra y dijo:

—Esa historia es tan cierta que, cuando en Hameln se habla de algún acontecimiento extraordinario, se dice: "Eso ocurrió veinte años, diez años, después de la salida de nuestros niños... El señor de Falkenstein saqueó nuestra ciudad sesenta años después de la salida de nuestros niños".

—Pero lo más raro—dijo Mila,—es que en la misma época, y muy lejos de allí, en Transilvania, aparecieron ciertos niños que hablaban buen alemán y que no podían decir de dónde venían. Se casaron en el país, enseñaron su lengua a sus hijos, a lo cual se debe que aún ahora se hable alemán en Transilvania.

—¿Y son los niños de Hameln, transportados allí por el diablo?—preguntó Mergy sonriendo.

—¡Pongo al cielo por testigo de que es verdad!—exclamó el capitán;—porque yo he estado en Transilvania y sé muy bien que allí se habla alemán, mientras que a todo alrededor se habla un galimatías infernal.

El aserto del capitán era una prueba como otra cualquiera.

—¿Queréis que os diga la buena ventura?—preguntó Mila a Mergy.

—Con mucho gusto—respondió él, pasando el brazo izquierdo alrededor del talle de la bohemia, al tiempo que le daba la mano derecha abierta.

Mila le miró durante cerca de cinco minutos, sin hablar y moviéndole de vez en cuando la cabeza como pensativa.

—¿Qué, niña hermosa? ¿Tendré por amante la mujer que amo?

Mila le dió una palmadita en la mano.

—Ventura y desventura—dijo la joven.—Los ojos azules hacen mal y hacen bien. Lo peor es que verterás tu propia sangre.

El capitán y el corneta guardaron silencio, pareciendo ambos igualmente conmovidos por el siniestro fin de tal profecía.

El hostelero se santiguaba repetidas veces aparte.

—Crearé que eres bruja de veras—dijo Mergy,—si puedes decirme lo que voy a hacer inmediatamente.

—Vas a besarme—balbuceó la bohemia al oído del joven.

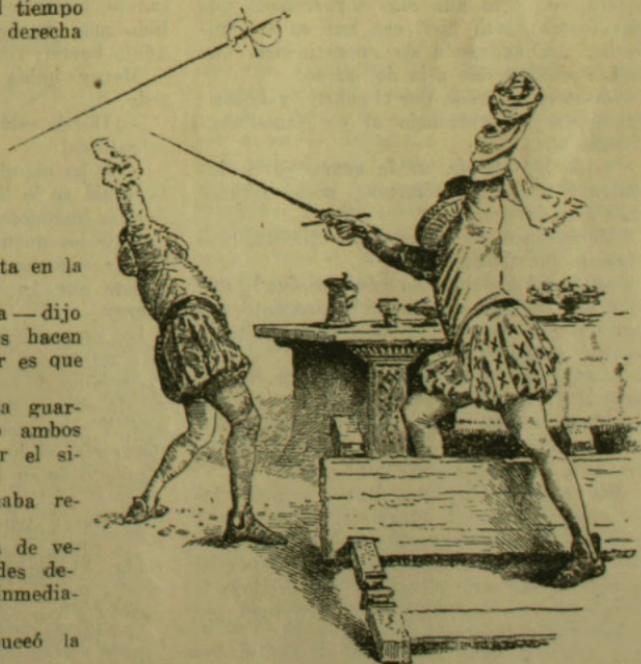
—¿Es bruja! — exclamó Mergy, besándola.

Continuó conversando bajito con la linda adivina, y la inteligencia en que estaban parecía aumentarse a cada paso. La Trudchen tomó una especie de bandola que tenía poco más o menos todas sus cuerdas, y preludió una marcha alemana. Y, viendo en torno suyo un círculo de soldados, cantó en su lengua una canción de guerra, cuyo estribillo entonaron a voz en grito los reitres. El capitán, excitado por su ejemplo, se puso a cantar con voz estentórea una vieja canción hugonote cuya música era por lo menos tan bárbara como la letra.

Le prince de Condé,
Il a été tué;
Mais monsieur l'Amiral
Est encore á cheval
Avec La Rochefoucauld,
Pour chasser tous les papaux,
Papaux, papaux, papaux! (1)

Enardecidos por el vino, todos los reitres empezaron a cantar cada cual diferente música. Las bandejas y botellas sembraron el

(1) ¡El príncipe de Condé—Ha sido muerto;—Pero el señor Almirante—Sigue a caballo Con La Rochefoucauld,—Para dar caza a todos los papistas,—Papistas, papistas, papistas



suelo brechas añicos; en la cocina retumbaron juramentos, carcajadas y canciones báquicas. Pero a poco, el sueño, favorecido por los vapores del vino de Orleans, invadió a la mayoría de los actores de aquella escena de bacanal. Los soldados se acostaron en bancos; el corneta, luego de apostar dos centinelas en la puerta, arrastrándose vacilando hasta su lecho; el capitán, que todavía conservaba la noción de la línea recta, subió la escalera que conducía al cuarto del hostelero, cuarto que aquel había escogido, como el mejor de la hostería.

¿Y Mergy y la bohemia? Antes de comenzar su canción el capitán, habían desaparecido.

El día siguiente de una fiesta

Hacia ya mucho tiempo que era de día, cuando se despertó Mergy, con la cabeza algo turbada aún por los recuerdos de la noche anterior. Sus ropas estaban revueltas por el cuarto, y la maleta yacía abierta en el suelo. Incorporándose en el lecho, miró detenidamente aquel desorden, frotándose la cabeza como para coordinar las ideas. Sus facciones expresaban a la vez fatiga, extrañeza e inquietud.

Un pesado paso se dejó oír en la escalera de piedra que conducía a su cuarto. Abrióse la puerta sin previo aviso, y entró el hostelero, con cara aún más enfurruñada que la víspera; pero fácil era leer en sus miradas una expresión de impertinencia que había reemplazado a la del miedo.

Paseó una mirada por el cuarto, y se santiguó como horrorizado al ver tanta confusión.

—¡Ah! ¡todavía en la cama, joven hidalgo? ¡Ea! Levantémonos, pues tenemos que arreglar cuentas.

Mergy sacó de la cama una pierna, bostezando horriblemente.

—¿A qué se debe todo este desorden? ¿Por qué está abierta mi maleta?—preguntó con tono por lo menos tan descompasado como el del hostelero.

—¿Que por qué?—respondió éste.—¿Qué sé yo? ¿Qué me importa a mi vuestra maleta? En mucho mayor desorden habéis dejado mi casa. Pero, ¡por San Eustaquio, mi buen patrón! que me lo pagaréis.

En tanto que hablaba, Mergy se ponía los calzones de color de escarlata, y por el movimiento que hacía, se le cayó del bolsillo la bolsa abierta. Muy distinto del que esperaba debió de parecerle el sonido que produjo la bolsa; puesto que al punto la recogió con inquietud y la abrió.

—¡Me han robado!—exclamó volviéndose al hostelero.

En vez de veinte escudos que contenía su bolsa, no halló en ella más que dos.

Maese Eustaquio se encogió de hombros y sonrió con desdén.

—¡Me han robado!—repitió Mergy, abrochándose con premura el cinturón. En esta bolsa tenía yo veinte escudos de oro, y pretendo volver a tenerlos; me los han robado en vuestra casa.

—¡Por éstas, que me alegro!—exclamó insolentemente el hostelero;—así aprenderéis a rozaros con brujas y ladronas. Pero—añadió más bajo,—dime con quién andas y te diré quién eres. Toda esa carne de patíbulo, herejes, hechiceros y ladrones, todos son iguales.

—¿Qué dices, tunante?—exclamó Mergy, tanto más encolerizado, cuanto que sentía interiormente la verdad del reproche.

Y, como todo hombre cuando no lleva razón, así por los cabellos la ocasión de disputarse.

—Digo—replicó el hostelero alzando la voz y poniéndose en jarras, digo que me habéis destrozado toda la casa, y pretendo que me pagueis hasta el último sueldo.

—Pagaré mi escote, pero ni un ochavo más. ¿Dónde está el capitán Cor... Hornstein?

—Me han bebido—prosiguió maese Eustaquio, gritando cada vez más,—me han bebido más de doseientas botellas de vino añejo bueno; pero vos responderéis de esto.

Mergy había concluido de vestirse del todo.

—¿Dónde está el capitán?—gritó con voz estentórea.

—Se ha marchado hace más de dos horas, ¡y ojalá se lo llevase el diablo, como a todos los lugonotes, en tanto que llegue el día en que los quememos a todos!

Una vigorosa bofetada fué la única respuesta que se le ocurrió de momento a Mergy.

La sorpresa y la fuerza del golpe hicieron retroceder unos pasos al hostelero. A un bolsillo de sus calzones asomaba el mango de cuerno de una navaja; echó mano a ella. Y seguramente hubiera acaecido alguna desgracia, si hubiese cedido al primer movimiento de su cólera. Mas la prudencia detuvo el efecto de su ira, haciéndole notar que Mergy tenía la mano a la cabecera de la cama, de donde colgaba una larga espada. Al punto renunció a una lucha desigual y bajó precipitadamente la escalera, diciendo a voz en grito:

—¡Asesino!... ¡Fuego! ¡Fuego!



escasiones separaban a los bandos enemigos.

Mergy echó al suelo la maleta y cogió una de sus pistolas. Este movimiento hostil hizo ver a maese Eustaquio y sus compañeros cuán viejo era el orden de combate en que estaban. Como los persas en la batalla de Salamina, no se habían cuidado de elegir una posición en que pudieran desplegarse ventajosamente. El único de la banda que llevaba una arma de fuego, no podía hacer uso de ella sin herir a sus compañeros que iban delante de él; mientras que las pistolas del hugonote, que enfilaban toda la extensión de la escalera, parecía que habían de derribarlos a todos de un solo tiro. El ligero crujido que produjo el gatillo de la pistola, cuando la armó Mergy, resonó en los oídos del enemigo, quien la tomó por el propio disparo del arma. Con movimiento espontáneo, la columna enemiga dió media vuelta y corrió a buscar en la cocina un campo de batalla más vasto y ventajoso. Con la confusión inseparable de una retirada precipitada, el hostelero, al querer dar vuelta a la alabarda, se la enredó entre las piernas y cayó. Mergy, a fuer de enemigo generoso, y desdeñando el hacer uso de las armas, con-

Dueño del campo de batalla; pero preocupadísimo por las consecuencias de su victoria, Mergy se abrochó el cinturón, sujetó a él las pistolas, cerró la maleta y, llevándola en la mano, resolvió presentar una denuncia al juez más próximo. Abrió la puerta, y ponía ya el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando le salió de improviso al encuentro una cuadrilla enemiga.

Delante iba el hostelero, empuñando una vieja alabarda; seguíanle por de cerca tres marmitones, armados de palos y asadores; un vecino con un arcabuz roñoso cerraba en retaguardia. Ninguna de ambas partes esperaba encontrar tan pronto. Sólo cinco o seis

tentóse con arrojar a sus enemigos la maula, la cual, cayendo sobre ellos como un pedazo de roca y acelerando su movimiento a cada peldaño, acabó la derrota. La escalera quedó libre de enemigos, y la alabarda rota quedaba como trofeo.

Mergy bajó rápidamente a la cocina, en donde el enemigo se había colocado ya en una sola línea. El que llevaba el arcabuz tenía levantada el arma y soplabla la mecha encendida. El hostelero, bañado en sangre, porque su nariz había sido lastimada, violentamente en la caída, permanecía detrás de sus amigos, cual Menelao herido detrás de las filas de los griegos. En vez de Macaon o de Podalira, su mujer, con los cabellos en desorden y suelta la cofia, secábase él el rostro con una servilleta sucia.

Mergy tomó su decisión sin vacilar. Llegóse derecho al que llevaba el arcabuz y le puso la boca de la pistola contra el pecho.

—¡Tira la mecha o eres muerto!—exclamó.

La mecha cayó al suelo, y Mergy la apagó pisando el extremo inflamado. Al momento, todos los confederados depusieron a una las armas.

—En cuanto a vos—dijo Mergy al hostelero,—la pequeña corrección que habéis recibido os enseñará a tratar más cortésmente a los forasteros; quisiera yo, haría que el baile del lugar os quitara la muestra de la casa; pero no soy malo. Vamos a ver, ¿cuánto os debo por mi escote?

Maese Eustaquio, viendo que el otro había desarmado su temible pistola y que al

hablar se la ponía de nuevo en el cinto, recobró un poco de valor, y, al tiempo que se secaba, balbuceó tristemente:

—Romper los platos, pegar a la gente, destrozlar la nariz a los buenos cristianos... armar un estrépito infernal... después de esto, no sé cómo puede indemnizarse a un hombre honrado.

—Vamos a ver—repuso Mergy sonriendo:—Vuestra nariz estropeada, os la pagaré en lo que vale a mi entender. En cuanto a los platos rotos, decidsele a los reitres, que eso es cosa suya. Falta saber lo que os debo por la cena de ayer.

El hostelero miraba a su mujer, a los marmitones y al vecino, como si hubiera querido pedirles consejo y protección a la vez.

—¡Los reitres! ¡los reitres!—dijo.—No es cosa fácil ver dinero de ellos; su capitán me ha dado tres libras, y el corneta un puntapié.

Mergy tomó uno de los escudos de oro que le quedaban.

—Vamos — dijo,—separémonos buenos amigos.

Y echó el escudo a maese Eustaquio, quien, en vez de alargar la mano, lo dejó desdinosamente caer al suelo.

—¡Un escudo!—exclamó. — ¡Un escudo, por cien botellas rotas; un escudo por arruinar una casa; un escudo por pegar a la gente!

—¡Un escudo, un escudo nada más!—añadió la mujer en tono casi tan lamentable como el del marido. Vienen aquí hidalgos católicos que a veces producen barullo; pero, cuando menos, esos saben el precio de las cosas.

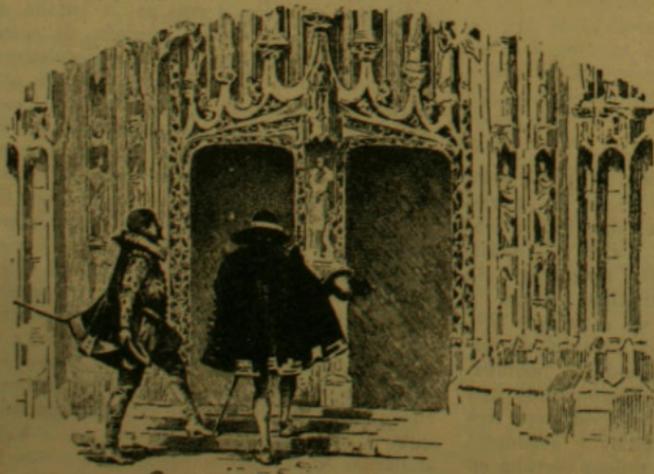
Si Mergy hubiera estado más sobrado, hubiese sostenido seguramente la fama de liberalidad de su partido.

—¡Ehorrabuena!—respondió secamente; pero a esos hidalgos católicos no les han robado. Decidlos—añadió:—tomad ese escudo u os quedaréis sin nada.

Y avanzó un paso, como para volver a tomarlo.

La hostelera lo recogió inmediatamente.

—¡Ea!—dijo Mer-



gy;—traedme el caballo; y tú, deja ese asador y llévame la maleta.

—¡Vuestro caballo, señor hidalgo!—dijo uno de los criados de maese Eustaquio haciendo una mueca.

El hostelero, a pesar de su pena, levantó la cabeza, y sus ojos brillaron un instante con una expresión de maligna alegría.

—Yo mismo voy a traerlo, señor mío: voy a traer vuestro hermoso caballo.

Y salió, conservando todavía la servilleta en la nariz. Siguióle Mergy.

¡Cuál no sería su sorpresa, cuando, en vez del magnífico caballo alazán que le había llevado allí, vió un



rocin viejo, coronado y destigurado por una ancha cicatriz en la cabeza! En vez de la montura de terciopelo fino de Flandes, veía una silla de cuero con guarniciones de hierro, tal como la de los soldados.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde está mi caballo?

—Sírvase vuestra merced ir a preguntár-

selo a los señores reitores protestantes—respondió con fingida humildad el hostelero;—esos dignos extranjeros se lo han llevado consigo: se han debido equivocar, por causa del parecido.

—¡Hermoso caballo!—dijo uno de los galopillos;—apostarí a que no tiene arriba de veinte años.

—No puede negarse que sea un caballo de batalla—dijo otro:—ved qué sablazo tiene en la frente.

—¡Soberbio pelaje!—añadió un tercero; —es blanco y negro, como la toga de un ministro.

Mergy entró en la cuadra y la halló vacía.

—¿Y por qué habéis consentido que se llevasen mi caballo? — preguntó Mergy furioso.

—¡Diantre!, señor mío—dijo el mozo encargado de la cuadra,—es que se lo ha llevado el corneta y me ha dicho que era un cambio arreglado entre él y vos.

La cólera ahogaba a Mergy, y en su desesperación, no sabía contra quién emprenderla.

—Iré a ver al capitán—balbucía entre dientes,—y administrará justicia al bribón que me ha robado.

—Indudablemente — dijo el hostelero,—hará bien su señoría; porque ese capitán... ¡cómo demonio se llamaba?... Siempre me ha parecido que tiene cara de hombre muy honrado.

Pero Mergy, para sus adentros, pensaba ya que el capitán habría coadyuvado al robo, si no lo había ordenado.

—Y de paso—añadió el hostelero,—podréis recuperar vuestros escudos de oro de manos de esa joven señorita, que sin duda se habrá equivocado al hacer sus paquetes esta madrugada.

—¿Ato la maleta de vuestra señoría, al caballo de vuestra señoría?—preguntó el mozo de cuadra con el tono más respetuoso y desesperante.

Mergy comprendió que cuanto más permaneciera allí, más burlas tendría que sufrir de aquella canalla. Atada la maleta, montó él en la mala silla; pero el caballo, al sentir nuevo amo, concibió el pérfido deseo de probar sus conocimientos del arte de la equitación. Mas no tardó mucho en convenecerse de que tenía que habérselas con un excelente jinete, nada dispuesto a tolerar sus caprichos; por esta razón, después de algunas coces bien pagadas, con varios espalazos muy pronunciados, tomó la prudente determinación de obedecer y de emprender trote largo de viaje. Pero, en la lucha con el jinete, había perdido parte de su vigor, y le sucedió lo que sucede siempre a los peones en semejante caso, cayó a tierra. Nuestro héroe se levantó inmediatamente, algo molido, pero aún más furioso a causa de la gritaría que se alzó contra él. Y hasta dudó un momento si volverse atrás para vengarse a espaldarazos; no obstante, después

de reflexionar, se limitó a hacer que no oía los insultos proferidos contra él, y más lentamente tomó de nuevo el camino de Orleans, perseguido de lejos por una banda de chiquillos, de los cuales los de más edad entonaban la canción de *Jehan Petaquin* (1), en tanto que los más pequeños vociferaban con toda su fuerza: ¡*Al Hugonote!* ¡*Al Hugonote!*

Después de cabalgar bastante tristemente media legua, pensó que ya no alcanzaría aquel día a los reitres; que sin duda ya habrían vendido su caballo, y, que por último, era más que dudoso el que esos señores consintiesen en devolvérselo. Poco a poco, acostumbróse a la idea de que su caballo estaba perdido para siempre, y como, esto supuesto, nada tenía que hacer en la carretera de Orleans, volvió a tomar la de París, o, más bien, una desviada, por no pasar ante el malhadado albergue, testigo de sus desventuras. Insensiblemente, y como se había acostumbrado ya a edad temprana a ver la parte buena de todos los acontecimientos de la vida, consideró que, después de todo, había tenido suerte en salir tan bien librado; pues hubieran podido robarle totalmente y quizás asesinarle, y, sin embargo, quedábale aún un escudo, casi todas sus ropas, y un caballo que, si bien feo, podía no obstante, llevarle. Y, para no callar nada, digamos el recuerdo de la bella Mila le arrancó más de una vez una sonrisa. En resumen, después de algunas horas de marcha y de buen almuerzo, enternecióse casi ante la delicadeza de la honrada moza, que no se llevó más que dieciocho escudos de una bolsa que contenía veinte. Más trabajo le costaba consolarse de la pérdida de su hermoso alazán; pero no podía menos de reconocer que un ladrón más empedernido que el corneta, se le hubiera llevado el caballo sin dejarle otro en su lugar.

Llegó a París por la noche, poco antes del cierre de las puertas, y albergóse en una hostería de la calle de Saint-Jacques.

Los jóvenes cortesanos

Al ir París, Mergy esperaba ser recomendado eficazmente al almirante Coligny y obtener plaza en el ejército que, según se decía, iba a luchar en Flandes a las órdenes de ese gran capitán.

(Continuará.)

(1) Personaje ridículo de un antiguo cantar.

Mayo
1916

PACIFICO

MAGAZINE

Precio
UN PES



ALIMENTO MEYER

ES EL MEJOR PARA
LOS NIÑOS



De venta en todas las boticas del país y Casa Gath & Chaves. Por mayor: Daube y Cía., Droguería Francesa y Arestizábal y Cía. Agente en Valdivia: A. Silva Lastarria; en Concepción: E. W. Jackson, y en Valparaíso: A. Phillips H. \$ 2.50 tarro, en Santiago.



PAISAJES DE CHILE.

TALAGANTE.

Del nido desierto al regazo abundante

ESCENAS DE LA VIDA REAL

"Nada nos parece tan inverosímil como la verdad misma".

Por —————

JOAQUIN DIAZ GARCES

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Cuando, en la madrugada fresca de este comienzo de otoño, se fueron abriendo una a una las puertecillas de los ranchos y allá sonaba la campanita de los peones en el corralón de las casas, y más acá la sirena de la curtiembre y más cerca todavía el silbato del motor en el galpón del pasto aprensado,— los trabajadores del Mirador pudieron ver a Rosendo, el ágil amansador del fundo, el vaquero, el mozo para los mandados, el corredor, el chacarero, el más acomodaticio y servicial de los sirvientes, de pie contra un tronco cerca de la lechería, inmóvil como una estatua. No respondió a los saludos, no levantó los ojos, no movió una mano. Algo metido el sombrero en la cabeza, con el ala caída sobre los ojos, los brazos cruzados bajo el poncho, parecía contrariado y meditabundo. Como de costumbre, la peonada que no se conmueve en su aporreada vida con sus propias cuitas y le son ridículas las ajenas, fué desgranándose frente al cruce de los caminos no sin que cada cual dirigiera al mozo una palabrota o

una broma. Las gallinas saltaban, entre tanto, de los gallineros a las tapias y de ahí al camino para picotear en la yerba. En la lechería comenzaba el movimiento activo de la mañana y los mujidos del ganado traían al olfato el aroma de la alfalfa y el picante vaho del establo. Aquí y allá, alguna muchacha salía, terminando aún de envolverse el pelo hirsuto sobre la cabeza dormida o apretando en la cintura las bridas del delantal de percal. En todas las casitas despertaban ruidos familiares; el chorro del agua, los llantos de los chicos, el llamado a las gallinas, el choque del balde de latón en el borde de la acequia, el canto de una mujer, la nasal respuesta coreada de la manada de patos. Aquí Baltazar enyuga los bueyes ayudado por su hijo y pasa los tiesos látigos de cuero mal sobado en torno de los cuernos de la paciente pareja roana. En el rancho del lado, José, más madrugador, se coloca ya en el pescante de la carretela cargada con las últimas reservas de chaera que lleva al mercado. No Carmen

viene a caballo por el camino arriando un grupo de terneros en medio de la tierra que, al ascender sobre los tapiales, se enciende como polvo de oro al rayo del sol que comienza a calentar. Rosendo continúa inmóvil, reconociendo cada grito, cada sonido, cada voz; pero rehacio para hacer nada o incomodarse por alguién.

La larga alameda comenzaba a amarillear y las hojas caían ya, desde una semana atrás, sobre el camino esponjado y húmedo, blando como alfombra. La cordillera limitaba con su faldeo abundoso y sus cumbres áridas, la serie de praderas artificiales sembradas de alfalfa y mantenidas por el propietario con labor cuidadosa. Hacía abajo, sumida en bruma y en polvo, dormía todavía la ciudad, cansada de su noche y temerosa de su despertar.

La doble corriente de comercio iba a encontrarse luego en los caminos de bajada: carretas cargadas de pasto, de paja o leña cortada, carretelas con tarros de leche, piños de animales, mozos al galope se cruzaban con los faltes turcos, animados en su caminata con la codicia de la venta; con los carretones llenos de cerveza y aguas minerales; con el panadero que daba galope a sus caballos para llegar oportunamente al reparto de la galleta; o con los cargamentos de pipas vacías para los lagares del vecindario.

Mientras el sol subía, la vida de esos fundos vecinos a la ciudad tomaba animación y colorido. Muy pronto, cada cual en su faena, el regador colocando sus rastras en los regueros; los obreros de la faena de pasto tragando el polvo impalpable de la alfalfa que troncha tan luego la salud; los de la cortiembre y del molino, mas abajo, entregados cada cual a sus tareas, quedaron sólo las mujeres en la preparación del almuerzo o en el lavado de la ropa en las artezas. El patrón pasó a caballo seguido de su administrador, deteniéndose en cada parte para hacer alguna observación en lenguaje breve. "—Adiós, Rosendo. ¿Cómo sigue la Felipa?—Mejor, don Diego; pero no se alivia todavía.—Bueno; ¡que sea hombre!—Así ha de ser." Y Rosendo siguió perfectamente inmóvil sin que nada lo inquietara o pudiera ya inquietarlo.

Cuando, al medio día, regresaron los peones, cada cual, al encontrar allí a la estatua de la mañana, renovaron sus dicharachos. "—¿Estás esperando que te caiga el almuerzo del cielo?—Arrímate bien a la pared que se

puede caer la casa.—Te van a traer el sueldo ahí mismo.—Te meterán los frejoles a la fuerza."

Muchas veces he visto esta inmovilidad del hombre del campo, esta admirable inmovilidad que dura muchas horas seguidas sin cansancio, sin cambio de posición sin que nada en ellos revele una inquietud. Y, sin embargo, suele ser la inquietud misma la fuerza que los paraliza. He visto tanto al minero como al hombre de mar, quedarse así de pronto; esperando el momento de iniciar el trabajo; quedarse, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como verdaderos bocetos rudamente modelados en arcilla. Rosendo esperaba, sí; pero nada de grato para un pobre.

La puerta del rancho entreabierta dejaba oír los gemidos de la pobre enferma. El hombre no entraba, porque no era bien mirado un hombre en esos momentos supremos. Sin embargo, un llanto agudo de criatura lo hizo estremecerse. Su madre, una vieja de pelo blanco, amarillento como las hojas secas, envuelta hasta los ojos en un pañuelo de flecos, salió de pronto y dijo: "—Una mujer". Rosendo se encogió de hombros. ¡Buen dar! Para un pobre, y después de la mala venta de las chacras y de la negativa del patrón para perdonar un peso del arriendo ¿qué hacer con otro hijo más y sin tener siquiera el consuelo de que fuera un hombre? "Pero, en fin, Dios lo quiere, dijo la vieja". "Que se haga su voluntad", respondió el muchacho. Hubo un momento de silencio en el interior del rancho. La comadrona del vecindario corría, auxiliando a la enferma, una pobre muchacha pálida y extenuada que había lavado en la arteza hasta la tarde anterior, sin reposo alguno. La madre volvió a entrar. Pero muy luego salía corriendo de nuevo y con tal pavor en la mirada, que Rosendo temió por la vida de la pobre Felipa. "—¡Otra, otra más!—gritaba la madre.—¿Qué? ¿Qué cosa?—¡Otra niña! ¡Son dos!" Entonces Rosendo retiró su sombrero y lo arrojó al suelo con aire de desesperación, se sacó el poncho que lo asfixiaba y la estrecha abertura le dejó el cabello levantado como un hisopo para deshollinar, dió un paso; pero en seguida retrocedió, se pasó la mano por la cara como para despertar. "—¿Son dos?, repitió.—Sí; dos.—Bueno; entonces van a ser tres..." La vieja habría reído; pero, era tal la desgracia que caía sobre esa pobre familia, sobre ese infeliz rancho, que nadie estaba para risas. "—Sí, tres;



Rosendo tuvo miedo de quedarse afuera...

siguió diciendo Rosendo, con voz baja y llena de terror. ¿Se acuerda del italiano que daba la suerte con los pajaritos?" La Felicianita trató de recordar y recordó en efecto unas jaulas en las cuales saltaban unos jilgueros sabios que sacaban con los picos cierto papeletos doblados. En uno había un cajón de muerto y murió poco después su hija Rosa, no se supo cómo, empujada tal vez a la orilla

del canal, porque se encontraron trozos del vestido pegados en las ramas de la orilla. "—Sí; ya me acuerdo... —Yo saqué un papel por cuarenta centavos y decía que iba a tener tres hijos en este mismo año. Y todos se rieron. ¿Se acuerda mamita?" La comadrona venía más tranquila, con aire de quien termina un trabajo muy activo, y dijo con aire resuelto: "Son dos y nada más".

¡Dos! Parecía mentira; el año anterior había muerto el padre que tenía cuatro bueyes y una carreta dada en compañía; el socio se había levantado con todo. Después murió la Rosa, ahogada en el canal y se perdió lo que ella ganaba. Dos años de malas siembras: "las papas regaladas casi". Ahora dos hijos más cuando apenas había para vivir con los otros cinco.

Rosendo tuvo miedo de quedarse afuera expuesto a las burlas y penetró al rancho, que estaba obscuro. Unas brasas en el suelo y el gato acurrucado en torno; la enferma tendida, casi exánime, y un coro de llantos agudísimos; arriba, en las vigas, dos escasas cuelgas de cebolla, único bien para el invierno. Rosendo se quedó en el rincón; sin atreverse a avanzar, con miedo supersticioso. Afuera, las dos mujeres hablaban animadamente y un concierto de pajarillos parecían celebrar la venida de las dos polluelas del pobre.

Felician, la madre de Rosendo, era una mujer dura. Sus primeros años habían transcurrido en la ciudad. Sirvienta de inmigrantes, habituada a los golpes, al trabajo, había perdido esa bondad infinita de las campesinas chilenas de que era extraordinario ejemplar la pálida Felipa, la pobrecita madre enferma. Vuelta al campo, de donde había partido, cuando sus hijos estaban ya crecidos, era en la casa la murmuradora, la descontentadiza, la enemiga de esa fatalidad que seca en los labios de nuestro ganán toda queja y toda protesta. Felipa era, en cambio, gran trabajadora, silenciosa, y ese trabajo quedaría perdido con la crianza y atención de las dos criaturas que les mandaba su mala suerte. Acababa Felician de consultar con la partera una idea súbita que le golpeaba las sienes para salir. ¿Por qué no echar una de las niñas a los huérfanos? La partera había asentido rápidamente: no sólo eran huérfanos los que no tenían padres, sino también los que nacen sin tener ni un pañal. Envalentonada Felician por la aprobación de su comadre, entró a consultar en voz baja a Rosendo. Este no sabía qué pensar y no decía nada. La inmovilidad había vuelto a tomarlo y, solamente de tarde en tarde, se rascaba la cabeza donde todavía habían quedado sus pelos erizados por el retiro del poncho. "—Sí, sí; ¡a pensarlo más,—repetía la vieja.—Al anoecer vas tú mismo. Es un galopito... La dejas en el torno y la monja la recojerá y se la

darán a criar a una buena ama. Aquí se van a morir las dos, Rosendo, ¿no lo ves?" Rosendo no veía absolutamente nada. La enferma, que había comprendido tal vez todo, movía débilmente la cabeza en signo significativo y lloraba, mientras sus manos buscaban bajo la ropa los dos cuerpecillos débiles que le pedían amparo.

Las exigencias de la vida en los pobres hogares son muy imperiosas. Felician salió pronto afuera y buscó su piso bajo que acercó al cesto con papas, donde estaba el cuchillo mellado y comenzó a pelarlas una a una, arrojándolas en seguida a una callana de barro con agua que estaba vecina. Cerca de ella, unas galinas picoteaban las cenizas guiadas por un gallo, flaco y aguerrido en las peleas del camino. Pero, mientras la vieja pelaba sus papas, seguía porfiadamente su idea y recordaba otro caso igual de no sé dónde, en que también de dos mellizas se había mandado una a los huérfanos y después había crecido y engordado y salido de nuevo al mundo y sido una buena mujer y tenido hijos.

Cuando Rosendo, seguro ya de no encontrar hombre alguno en el vecindario, salió, la madre le exigió una respuesta inmediata. El mozo pensaba que era de mala suerte botar un hijo cuando Dios lo mandaba; pero, no ponía resistencia alguna atemorizado con la idea de que Felipa no pudiera resistir con ambas criaturas. "Los hijos traen su pan". "—Sí, eso dicen—murmuró la vieja,—pero ¿qué pan te trajo Panchito por ejemplo? Y ahora ¿no ves como va el año?"

Y comenzó la letanía de las desgracias, de las pérdidas, de lo escaso del trabajo, de la tacañería del patrón. "—Y Felipa, ¿qué dirá? —No debe saberlo."

En el alma del muchacho comenzaba a crecer ese sentimiento tan vago en la primera hora, tan profundo andando el tiempo: el amor paternal. Felipa era la madre y la madre ha amado ya a su retoño, antes de verlo, porque ha sufrido por él.

Cuando en la tarde, a la oración, encendieron la vela en la mesa, la enferma tendió un brazo hacia su marido y tomó su ruda y ardiente mano con la suya, pálida y fría como la de una muerta. Rosendo miraba tristemente el cuadro y quitaba la cara para no encontrar los ojos negros de su mujer, contra



...Rosendo marchaba al paso...

los cuales no tenía fuerza alguna cuando lloraban. Eran de esos grandes ojos razgados que el enflaquecimiento del rostro hace parecer más grandes y a los cuales la fiebre comunica un destello de vida intensa y de ternura infinita. Quería, seguramente, quedarse con ambas criaturas; le era imposible condenar a una. Sabría cuidarlas, les daría cuanto pudiese y mientras pudiese.

Nadie había dicho una palabra; pero Rosendo estaba cierto de que Felipa había hablado y salió de nuevo.

La tarde magnífica decaía en un crepúsculo dorado y sereno como una gloria de los cuadros del Beato Angélico.

Quería decir pronto a su madre que su respuesta era quedarse con las dos hijas que el cielo le mandaba y que eran de Felipa; pero no pudo hablar. El pobre Rosendo era tímido y, en el momento de decir las cosas buenas que se le venían a la mente, su garganta se seca. Mientras guardaba silencio se apiñaban en la abertura de la tapia, a la entrada, otras vecinas y todas repetían que era preciso mandar una a los huérfanos porque no eran ricos y en el torno hasta los ricos ponían

a veces a sus hijos. Cuando entró al rancho, Felipa lloraba silenciosamente mientras miraba las cabecitas de las criaturas esforzándose por reconocer las más sana y la más bella. Las enfermas tienen oídos muy agudos y las vecinas hablaban muy fuerte.

Poco antes de amanecer despertó Felipa esa noche y escuchó afuera las pisadas de la yegua de su marido, a la cual ensillaban en el camino.

Retiró entonces de su espalda el pañuelo de rebozo negro, envolvió con él uno de los pequeños bultitos que tenía a su lado, besó muchas veces la cabecita tibia que apenas asomaba entre las escasas ropas y dándose vueltas hacia el otro lado en la cama, estrechó contra su corazón, que latía fuertemente, a la que quedaba y se quedó en seguida inmóvil con el rostro oculto en las sábanas.

Largo silencio; un grillo silba entre los cardenales de la puerta. Afuera, Feliciano, con un farolillo, alumbraba desde la tapia; Rosendo pasa como una sombra en puntillas llevando

los aperos y tratando de que no cascabeleen sus espuelas. Los perros del lado ahullan desesperadamente.

Cuando todo quedó listo, allá sobre los cerros, una banda menos obscura anunciaba la cercanía del alba y exigía andar de prisa. Rosendo penetró entonces en silencio, moviéndose apenas, en la pesada atmósfera del rancho. Buscó en la cama, y al ver a una de las criaturas envuelta en el pañuelo de rebozo, encontró fácil su tarea y salió con ella feliz de dejar dormida a la pobre madre.

Cuando resonó afuera, de pronto, el galope de la yegua, seguido por los ladridos de todos los perros del vecindario, Felipa rompió a llorar perdidamente. Así la encontró la vieja y comenzó a dirigirle necias frases de consuelo, a hacerle reflexiones que no convencían a la muchacha, hasta que se impacientó y le dirigió reproches crueles e injustos. Entonces la enferma recobró sus fuerzas y su valor, con esa facilidad con que reacciona quien tiene el hábito del sufrimiento y replicó con fiereza. Su hijita era de ella; ella había ganado siempre su sustento; era capaz de pedir limosna todavía, para no abandonar a esa criatura hermana de la otra y de sus demás hijos. Después moderó la voz y dijo muchas cosas simples con tono plañidero y humilde, que hubieran querido oír los poetas y saber contar en seguida, con la sencillez de la expresión y esa inagotable caridad de nuestro pueblo.

Entretanto, el caminante se orientaba por las largas avenidas de encinas y acacias que dirigían hacia Providencia llevando en los brazos a la pequeñuela. "¡Sin cristianar! pensaba tristemente,—¡abandonada!" Esa ternura indefinible que en los hombres rudos es inconsciente, anudaba la garganta del padre; pensaba que realmente podría traerle mucho mal ese acto de protesta contra la voluntad divina, esa cobardía que no habían tenido sus padres ante la vida, en medio de las mayores adversidades. Clareaba sobre la montaña; los árboles se destacaban negros en la indecisa lumbre; el galope frenético del primer momento se había ido disminuyendo poco a poco y ahora Rosendo marchaba al paso, como buen campesino, y daba de cuando en cuando inquietas miradas a la pobrecilla que callaba, adormecida por las oscilaciones del caballo.

No tardó en entrar en la carretera amplia que conducía directamente hasta la ciudad,

donde los molinos, las curtiembres, las fábricas de toda especie comenzaban a desperdersarse en las sombras.

La torre de la Casa de Huérfanos asomaba entre los árboles con su cruz, amparadora de las desgracias y consoladora de las aflicciones, y, también depositaria de los secretos de conciencia, más que del móvil oculto de las faltas. Cuando Rosendo la reconoció entre las brumas matinales, detuvo aún más el paso de su caballo y terminó por detenerse en absoluto. Reflexionó esta vez seriamente sobre el acto que iba a realizar, sobre las consecuencias que podrían venirle. ¿Dormía realmente Felipa cuando tomó de su lecho la criatura? ¿Dormía o bien lloraba o bien...? Aquí se detuvo con terror supersticioso. Podía haber muerto; podía no haberlo descubierto nadie todavía y ¡quién sabe si por misterio o milagro, que para él era lo mismo, si volviera ver a su hijita viviría la pobre muchacha que tanto habría sufrido con esa forzosa separación!

Pero todo estaba ya decretado. Fatalista de raza, se encogió de hombros y avanzó hasta el portal. Descendió trabajosamente del caballo, depositó en el suelo el paquete, aseguró las bridas en la reja, y en seguida se coló sigilosamente en la sombra y llegó hasta el torno. Dejó a la niña; lo hizo girar suavemente y prorrumpió en seguida en sollozos. Rosendo no había llorado jamás en su vida. Allá, en el fondo de la hospitalaria casa resonó el tintineo de una campanilla; pero el hombre, paralizado una vez más no pensó en la fuga; nada tenía de criminal su acción. ¿qué importaba si lo sorprendían? En el silencio que siguió a ese instante, el muchacho apoyado contra el muro, la cabeza caída sobre el pecho, se figuró su triste hogar, sus miserias, el llanto de su mujer, las órdenes de su madre y movía arrepentido sus ojos, como diciendo débilmente: "No; no es ésto lo que había que hacer." De pronto se abrió a su espalda una puerta bruscamente y una monjita, que agitaba en sus manos las llaves, apareció azorada en el umbral.

El campesino vió, confusamente, en esa ocasión el medio de recomendar a su hijita, de decir que no estaba bautizada ni tenía nombre, de pedir perdón a la madre, o quién sabe si, hasta de solicitar consejo y volverse simplemente con ella. A todo estaba dispuesto; pero no comprendía bien lo que decía la monja. ¿Cómo podía conocer sus secretos?

¿Por qué le hablaba de dos hijos? Se había sacado el sombrero y lo daba vueltas entre las manos con los ojos bajos. Sudaba su frente y las gotas frías llegaban hasta las pobladas cejas.

—No, hijito, buen hombre; no, decía la monjita,—no nos traiga usted estas dos guaguinitas. Acabamos de tener un incendio, se nos ha quemado un pabellón entero y estamos ahora tan pobres como usted. Usted es muy pobre, ¿no es cierto? Y Dios les ha mandado dos niñitas, ¿no es cierto? ¡Pobrecitas! Y son muy lindas... Hay que tener conformidad con su santa voluntad. La madre está viva, ¿no es cierto? Hay tantas otras que mueren, que no pueden dar de mamar a sus niñitos. Para esas guardamos un pequeño rinconcito todavía en esta casa. Pero ustedes no, mi amigo, ustedes pueden conseguir del patrón alguna ayuda. Llévelas usted de nuevo”.

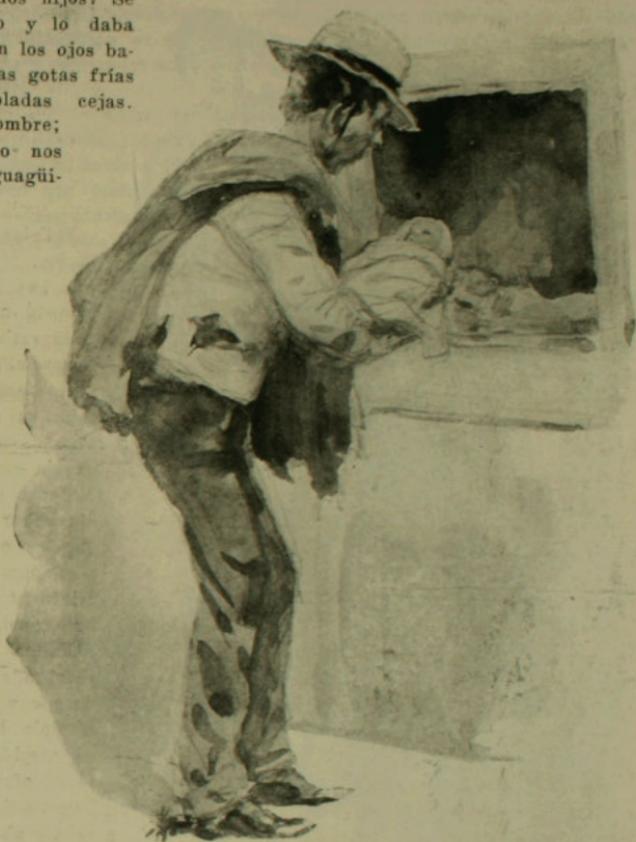
Rosendo, paralizado, tendió un brazo; pero creyó estar soñando.

La monja retiró del torno no una criatura, sino dos, y tan cierto estaba de lo que veía, que uno de los bultos era negro como el que acababa de depositar y el otro blanco. Entonces saltó hacia un lado, se frotó la cara para despertar bien, y pálido como estaba, pálido de muerte, dijo:

—Madre, yo acabo de traer una sola... ¡Una sola, lo juro por Dios!

—No, no,—replicaba vivamente la hermana,—ya conocemos el cuento. He estado en el torno hace un instante, estaba vacío. Ahora vengo al ruido de la campanilla y encuentro estos dos. Estamos muy pobres a causa del incendio. Llévelas Ud., Dios lo protegerá.

Y la monja había dejado en los brazos, que Rosendo estiraba automáticamente, las dos



Dejó a la niña; lo hizo girar suavemente

criaturas rechazadas y cerrado violentamente la puerta.

Todo ésto ocurrió en pocos minutos. Era un castigo del cielo indudablemente, por su falta de caridad. Se cumplía la profecía del papel azul que el pajarillo había sacado de su casilla, en donde se le anunciaban tres hijos en un año. ¿Qué prueba mayor? El pobre hombre llamó a un transeunte para que tuviera las criaturas en los brazos, trepó al caballo, las recibió cuidadosamente y se puso en marcha.

Iba erguido, serio, meditabundo, sin pensar nada, sin decir nada. Nunca fatalismo más inevitable se encarnó en figura más resignada. No había remedio: era la suerte del pobre. Solamente, cuando después de largo



No, hijito, buen hombre; no.

camino divisó las primeras alamedas del Mirador, Rosendo pensó en su casa y en su madre. ¿Qué cosas iban a decirle? ¡Qué importa! —“Soy yo el padre, soy yo quien manda”,—se repetía para tranquilizarse.

—Y, en seguida, un nuevo sentimiento comenzaba a penetrarlo. Había una criatura débil que necesitaba amparo y él la amparaba. Dios probaba sus fuerzas; no podía dejarlo sólo. Del paquete blanco parecía exalarse un perfume a ropas limpias, a esencia, a flores; del paquete negro salía el olor familiar al humo del rancho; al fuego preciado en la habitación. Un hombre que pa-

saba y que ya sabía de los mellizos, le preguntó a gritos desde el otro lado de una tapia:

—¿Vienes de cristianarlas?

—Sí, respondió secamente el padre.

Feliciana se sintió paralizada por la ira. “Tonto y más tonto, siempre has de ser igual, tontísimo”, alcanzó a gritar. Pero después no pudo articular más injurias. La enferma abría desmesuradamente sus ojos para comprender lo que contaba su marido. Era un milagro; pero... un milagro tristísimo porque la segunda niña aparecida en el torno no era la de ellos, que podía haber sido llevada en brazos de ángeles o de brujas por los aires, sino otra y así había ahora tres criaturas de la misma edad en el pobre rancho.

Felipa besó primero a su niña recobrada; besó en seguida a la que dormía a su lado y después... pensándolo bien, mirando fijamente a su marido, levantando los ojos al cielo, ofrendó su vida de madre, su inagotable amor de madre a la tercera y abrió para ella su seno. “Tal vez es la que más necesita, Rosendo, gritó en seguida jubilosamente,—hay otros tan pobres como nosotros, hay otra niña más pobre tal vez y más abandonada...”

Rosendo salió a llorar al camino. Pero allí lo esperaba Felicia con los brazos en jarra, moviendo la cabeza y repitiendo como una vieja bruja: “Tonto, retonto, requetetonto. Tú habías de ser el que tienes dos mellizas, llevas una a los Huérfanos y te meten otra más. Estúpido, hijo del juan-lanas de tu padre. Por eso hemos sido pobres y serás siempre”. Entonces Rosendo, expulsado de todas partes, montó a caballo y salió al campo.

Feliciana entró de nuevo al rancho y se colocó en un rincón a mirar con ironía a la pobre Felipa. ¿Qué vas a hacer? parecía preguntarle con el movimiento rítmico de su cabeza, con esa inclinación de los figurines chinos. Felipa tenía los ojos enrojecidos por

el llanto; pero parecía muy consolada. Los dirigía ahora hacia arriba como contando las cebollas de las cuelgas y deseando que se multiplicasen. “—¡Pero qué buen olor tiene, mamita, dijo en seguida. La ropa es buena. ¡Mira, mira! Tiene aquí una cadenita de oro. Debe ser el nombre.”

Feliciana se puso pálida. “—¡Anda! fuéramos ahora a salir con cosas de policía.” Felipa retiró su mano como si hubiera topado con fuego. Le pareció que podía haber algún crimen alrededor de esa niña que había sido abandonada y parecía bien vestida.

Pero Feliciana se había quedado pensando y se acercaba lentamente a la cama. Vagamente recordaba cuentos de niña, tal vez cosas de libros en que había una hijita de rey, abandonada, que caía en manos de pastores. “—¡Bah! Qué va a tocarnos a nosotros nada de éso. Pero ¿no será mejor llamar a Rosendo?—Llámelo, dijo la enferma, porque aquí hay algo más, parece una carta.”

El hombre cruzaba cuatro cuadras más arriba, por un potrero. Se veía pequeñito; no iba a oír los gritos de una mujer. “—¡Llámalo tú, Antonio!—gritó Feliciana a un hombre que pasaba,—lo necesitamos mucho”.

Varios gritos resonaron y fueron pasando de boca en boca como en los retenes de guardia hasta llegar a oídos del pobre. ¿A qué me quieren ahora? se preguntó receloso. Pero volvió riendas y comenzó a galopar. Un vago temor lo roía. Eso sí; respecto de una cuarta chica estaba seguro; pero seguramente sería un mal, sería un daño, algo de brujería. ¿Habría muerto alguna?

Entró con mira-

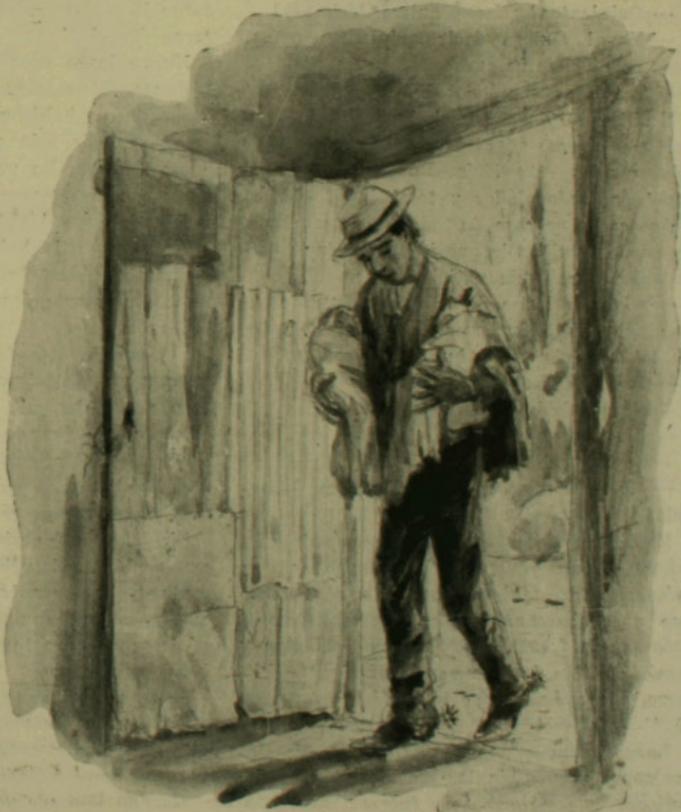
da interrogativa Desmontó en la puerta misma y penetró inclinando la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Que hay una carta clavada en una cadenita de oro y tenemos miedo que sea cosa de juez.

Rosendo volvió a tirar su sombrero lejos.

“—¡Diablos! No vamos a descansar nunca; estamos con la mala. Seguro que es cosa de crimen y que esta tarde tenemos en el rancho al comandante. ¡Buen dar!” Y acercándose desprendió la cadenita que era delgadísima y al mismo tiempo firme y atravesaba por el medio un pequeño sobre abultado, donde debía haber algo escrito. “No lo abras, no lo toques”,—gritaron las mujeres. Pero ya Rosendo impaciente había abierto la carta y extendía el papel. Una hoja rojiza cayó al suelo. Un papel grande escrito, plegado en muchas partes, estaba allí mostrando líneas parejas de letras menudas que no podía entender. “—¿Y ésto?, dijo inclinándose hasta



Tonto y más tonto, siempre has de ser igual, tontísimo...

el suelo. Parece plata, parece un billete; pero no es de a cien. ¡Diablos! ¿Qué contiene todo esto?"

—Llama a José corriendo. José sabe leer,—gritó nerviosamente Felipa. Y salieron a llamar a José. José era un muchacho de veintidós años que parecía tener cuarenta; alto, robusto, serio. Acababa de salir del cuartel. Se frotó los ojos para ver bien, tomó el papel, se lo puso primero lejos y después lo fué acercando y, por último, dijo:

—No puedo.

—¿Cómo no puedes? ¿No lees el diario?

—Sí; pero no sé leer sino letra de imprenta y ésta es de la otra.

—¿De la otra?

—Sí; hecha a mano.

—¿Hecha a mano?

—Y esto otro ¿qué cosa es? preguntó Rosendo mostrando el papel rojizo y blanco.

—Esto... es un billete; pero parece de otra parte. Espérate; aquí dice "500".

—¿Quinientos? ¿Y qué quiere decir eso?

—¡Vaya! Quiere decir quinientos pesos. Pero no sé si corre.

Y se fué encogiéndose de hombros.

Y allí se quedaron, en el silencio de la casa, esos tres ciegos; mientras el llanto de las tres criaturas los ensordecía. Rosendo miraba el papel por todos lados y también el billete. No entendía palabra de todo ésto; pero tenía un miedo horrible de que interpretada la carta saliera una mala noticia.

—Salgamos luego de la curiosidad, Rosendo, balbuceó la enferma. Llama a la señora del administrador, que es preceptora.

—¿A misía Juana?

—Sí; a misía Juana.

—¿Hay huevos frescos?

—Sí; hay cuatro.

—Démelos, mamita, para llevarlos de regalo.

Media hora después volvía Rosendo. La señora Juana, severa e importante con su quitasol verde abierto, precedía al hombre que marchaba mucho más lejos secándose el sudor en la frente. Entró, saludó a Felipa y tomó la silleta de paja para sentarse. "—Primerero, ¿de qué chica se trata?" "—Aquí está."

Largo silencio, en que la maestra observa las ropas y acaricia las mejillas de la criaturita.

—Es hija de rico.

—¿De rico?

—Sí; y aquí viene el nombre. Voy a leerles el papel. ¡Silencio! "Madre Superiora. (Se dirige, naturalmente, a la superiora de la Casa de Huérfanos). Motivos graves que no importan para nadie deshonra, me obligan a depositar esta *pequeñuela* recién nacida en su hospitalaria casa que salva a tantos desgraciados. Le acompaño a usted un billete por quinientos pesos. Cada mes recibirá otro igual. Antes de poco iré a recobrar a la niña que recomiendo entretanto a su infinita caridad en compañía de la madre que encomiendo a sus oraciones. El nombre de la criatura está inscripto en la medalla y es **Dolores**." Sigue aquí el nombre y dirección del caballero. No dice que sea su padre; pero se comprende."

Cuando la preceptora dejó de hablar, nadie habló. Nadie entendía tampoco una palabra de aquello. "—Bueno, interrumpió Rosendo,—hay que devolver ese dinero.—¿A quién?—A las monjas.—Pero si ellas rechazaron la niña.—Pero es de ellas.—Yo no lo creo.—Yo sí."

Nuevo largo silencio. Feliciano comenzó a sostener entonces que el dinero era de Rosendo que se había apiadado de la desgraciada, que nadie más que ellos tenían derecho a esa limosna. La preceptora, que era inteligente y recta, comenzó a rectificar las cosas. En justicia ese billete era de Rosendo; pero tal vez convenía hablar inmediatamente con las monjas, llevarles la carta y no la criatura y esperar después la resolución del caballero.

Y como lo dijo fué hecho. Partió Rosendo esta vez al galope. Ya no temía un daño; pero adivinaba mil disgustos. Llegado a la Casa de Huérfanos pidió hablar con la superiora para algo muy urgente. La vieja madre, bondadosa y compasiva, comprendió inmediatamente que se trataba del hombre que había querido depositar dos mellizas esa misma mañana. Escuchó interesada la difícil, confusa, balbuceante, pero verídica relación que le hacía el campesino y, por último, alargó la mano para tomar la carta y el billete. Leyó atentamente.

—Bueno, hijo mío, le dijo. Este billete es mío y puedo dártelo, te pertenece desde este momento. Pero, espera aquí o en el jardín, porque vamos a llamar al interesado.

Cuando Rosendo volvió esa tarde a su casa, llevaba sus recuerdos muy confusos. Sólo pudo decir que al día siguiente iba a llegar un

caballero a ver a la niña y que debía guardarse secreto de todo. Entretanto, era rico y podía comprar bueyes, porque el billete corría realmente y la superiora se lo había dado. Comió con apetito y cada vez que dirigía oblicuas miradas a la pobre Felipa, ambos sonreían con satisfacción.

Al día siguiente, muy de mañana, Rosendo y Felipa conferenciaron en pleno camino, mirando a todos lados a ver si el visitante

que iban a triplicar la suma en pocos días. La Feliciano se encargó de la respuesta y fué contundente: no había otra inversión que la de una carreta con bueyes. Se pagaría una parte y se quedaría debiendo la otra y paz con todos.

La sirena de un automóvil anunció, a eso de las diez de la mañana, que venía de la ciudad un visitante, el cual no podía ser otro que el anunciado por Rosendo. Era éste un caballero de cincuenta años, alto, de talle un tanto marcado por la ropa bien cortada; de tez morena, de bigotes y pelo como salpica-



—Llámelo, dijo la enferma, porque aquí hay algo más, parece una carta.

llegaba. Después pensaron que convenía asear primero la casa y mientras la vieja regaba y daba escobazos en los alrededores de la puerta, la misma enferma, ayudada por su marido, lavava su rostro, arreglaba sus cabellos, mudaba en la cama la poca ropa limpia que tenían y presentaba a las tres criaturitas del milagro en la mejor forma posible.

El rumor de la suerte de Rosendo se había difundido y llegó al rancho don Celedonio, el oficial civil, para ofrecer sus servicios. Era un hombre ducho, aconsejaba esconder la chica del caballero, y entablar después no sé qué demandas. Al mismo tiempo habría querido recibir en depósito los quinientos pesos para comprar con ellos unas acciones de petróleo

dos de cenizas; con los ojos pequeños y vivos que, al juntarse, marcaban multitud de pequeñas arrugas que se extendían hasta las sienas. Saludó a Rosendo y a Feliciano, se detuvo como abstraído por sus pensamientos con los ojos clavados en un punto cualquiera del sitio mientras retiraba sus guantes. Después preguntó con amable voz:

—¿Dónde está su mujer?

—Aquí, señor, en la cama, entre usted.

Y el caballero entró. Llegado al borde de la cama dirigió, con dulzura, la palabra a Felipa, que había enrojecido y bajaba los ojos. Después tendió su mano y la puso sobre la cabeza de la muchacha con gesto paternal. —Has sido muy buena, chiquilla; has sido

tan buena como tu marido. El corazón de ustedes y su caridad ha salvado a la niña abandonada. Hoy vendrá el ama para cuidar a la niña y en dos días más llegará a buscarlos mi mayordomo, porque nos vamos todos a otra hacienda donde estarán mejor. ¿Supongo que somos amigos y que prefieran estar cerca de mí?...” Hizo ademán de salir; pero después volvió y parecía que necesitaba de confiancias. Sus ojos se habían humedecido.

—¿Qué has pensado de esta niña abandonada por gente que tenía más medios de vivir que tú? No pienses mal, chica; no juzgues de esto que ves. Más tarde verás que como esta generosidad de los pobres no hay nada igual; pero que el egoísmo de los ricos es aún menor de lo que se cree. ¿Qué va a hacer Rosendo, con el dinero recibido?...

—Comprará una carreta, señor.

—Que no compre todavía nada. Como deben ustedes irse conmigo... ¿no es cierto? Tomen este dinero y guarden el otro.

Y el caballero colocó delicadamente un billete de menor valor bajo la almohada de la madre. En seguida quiso ver a la criatura. No hizo movimiento alguno; pero sacando un pañuelo enjugó una lágrima que iba a caer.

Y ese mismo día, cuando el sol calentaba a la hora del almuerzo, la madre se atrevió a sentarse en el umbral, con las espaldas bien cubiertas. Los colores volvían tenuemente a alumbrar por debajo de su tez exangüe. Sobre su falda dormían dos de las chicas, las que llegaron devueltas desde los Huérfanos en esa triste madrugada en que Rosendo había visto obscuro el porvenir.



Treinta años de anarquía política

Estadística Ministerial de las seis últimas administraciones

Con fotografías

La inestabilidad ministerial no es un fenómeno de ayer. Data desde el principio de la administración Pinto, y tiene, por consiguiente, cuarenta años de edad.

La generación actual, que no ha conocido otro sistema, se ha llegado a connaturalizar con éste. Nos parece muy lógico que un país cambie de Gobierno como de camisa...

Como una curiosidad presentamos hoy a los lectores de "Pacífico" el cuadro de los 78 gobiernos que Chile ha tenido desde el 18 de septiembre de 1886 hasta el 23 de diciembre de 1915, esto es, en 29 años, 3 meses y 5 días.

Para la mejor inteligencia de esta curiosa estadística hemos clasificado por partidos a los personajes que sucesivamente se han encargado de hacer nuestra felicidad en este período de tiempo. Cada uno de ellos lleva junto a su nombre, sendas iniciales, explicativas de su filiación política.

He aquí lo que significan estas iniciales.

(C.) **El Partido Conservador.**—No se ha dividido sino muy accidentalmente en la época que comprende este estudio.

(L. G.) **Liberal de Gobierno.**—El núcleo del Partido Liberal histórico que apoyó la administración de Santa María y Balmaceda. Algunos de estos liberales se separaron del Gobierno en vísperas de la revolución de 1891. El resto ha constituido después el Partido Liberal Democrático o Balmacedista.

(M.) **Mocetones** o liberales nacionalizados. —Este grupo del antiguo Partido Liberal, tuvo fisonomía propia, particularmente en el Gobierno de Balmaceda. Marchaba continuamente de acuerdo con los Nacionales.

N.) **Nacionales.**—El partido conservador laico, fundado en 1857 por don Manuel Montt y don Antonio Varas, en contraposición del partido conservador clerical, que se organizó por aquel mismo tiempo.

(L. S.) **Liberales sueltos.**—Los liberales que hicieron oposición al Gobierno autoritario de Santa María y a la candidatura de don José Manuel Balmaceda. Se llamaban asimismo Liberales Independientes.

(L.) **Liberales.**—Después de los acontecimientos de 1891, todos los partidos del centro liberal que habían hecho la revolución, esto es, los Mocetones, los Suelos, los Nacionales y algunos de los antiguos liberales de Gobierno, se organizaron en un solo partido, que tomó simplemente el nombre de Liberal. Esta unión subsistió hasta fines de 1895, y fué rota con motivo de la lucha presidencial de 1896, entre don Federico Errázuriz Echáurren y don Vicente Reyes.

(B.) **Balmacedistas** o Liberales Democráticos.—Los antiguos liberales de Gobierno que permanecieron fieles a Balmaceda en 1891, se organizaron en partido con este nombre, en 1893.

(L. C.) **Liberales coalicionistas.**—La ruptura de la unión liberal en 1896 dió origen a la fundación de dos grupos: el coalicionista y el doctrinario. El Partido Liberal coalicionista subsistió hasta 1901. En esta fecha, la candidatura de don Pedro Montt trajo la separación de los Nacionales. El resto de los liberales coalicionistas pasó a engrosar el partido doctrinario.

(L. D.) **Liberales doctrinarios.**—Este partido, organizado en 1896 alrededor de la candidatura de don Vicente Reyes, fué engrosado más adelante con los liberales coalicionistas que no aceptaron en 1901 la candidatura de don Pedro Montt.

(R.) **El Partido Radical.**—No se ha dividido en forma grave, en los años a que se refiere el trabajo.

He aquí las cartas del Naípe. Veamos ahora el juego... Es monstruo pero instructivo.

Administración de don José Manuel Balmaceda (1886-1891)

Elegido Presidente por Liberales de Gobierno y Nacionales, contra Liberales Suelos y Radicales. El Partido Conservador se destituyó en la lucha electoral.

I Ministerio: Lillo (septiembre 18 de 1886). —Liberal de Gobierno y Nacional.—Interior,



Eusebio Lillo



Carlos Antúnez



Anibal Zañartu



Pedro Lucio Cuadra

don Eusebio Lillo (L. G.); Relaciones Exteriores, don Joaquín Godoy (L. G.); Justicia e Instrucción, don Pedro Montt (N.); Hacienda, don Agustín Edwards (N.); Guerra y Marina, don Evaristo Sánchez Fontecilla (L. G.)

Los liberales de Gobierno, estimulados por los elementos de oposición derribaron en noviembre al Ministerio Lillo, porque juzgaban excesiva la preponderancia que en él tenían los Nacionales. Había vivido dos meses y 12 días.

II Ministerio: Antúnez (noviembre 30 de 1886).—Liberal de Gobierno y Nacional.—Interior, don Carlos Antúnez (L. G.); Relaciones Exteriores, don Francisco Freire (L. G.); Justicia e Instrucción, don Adolfo Valderrama (N.); Hacienda, don Agustín Edwards (N.); Guerra y Marina, don Nicolás Peña Vicuña (L. G.)

Como se ve, el nuevo Ministerio no difería substancialmente del anterior.

Habiéndose creado el Ministerio de Industria y Obras Públicas, y con el objeto de procurar el acercamiento de todos los partidos liberales de centro, el Ministerio Antúnez renunció en junio de 1887, para dar lugar a un Gabinete en que tendrían dos carteras los Liberales de Gobierno, dos los Nacionales y dos los Sultos. El Ministerio Antúnez alcanzó a durar 6 meses 28 días.

III Ministerio: Zañartu (junio 28 de 1887).—De aproximación liberal.—Interior, don Aníbal Zañartu (L. G.); Relaciones Exteriores, don Miguel Luis Amunátegui (L. S.); Justicia e Instrucción, don Pedro Luis Cuadra (L. G.); Hacienda, don Agustín Edwards (N.); Guerra y Marina, don Manuel García de la Huerta (L. S.); Industria y Obras Públicas, don Pedro Montt (N.)

Habiendo fallecido el Ministro de Relaciones Exteriores, don Miguel Luis Amunátegui, entró a reemplazarlo el 5 de febrero de 1888 don Augusto Matte (L. S.)

Las luchas por el predominio entre los grupos liberales y muy particularmente las producidas entre Sultos y Nacionales, ocasionaron la caída del Ministerio Zañartu en abril de 1888. Había permanecido en funciones 9 meses y 15 días. Este Gabinete de concentración liberal, como se diría hoy, fué el más afortunado de la administración Balmaceda. El Presidente hubo de reemplazarlo por uno formado exclusivamente por Liberales de Gobierno.

IV Ministerio: Cuadra (abril 13 de 1888).—Liberal de Gobierno.—Interior, don Pedro Lucio Cuadra (L. G.); Relaciones Exteriores, don Demetrio Lastarria (L. G.); Justicia e Instrucción, don Federico Puga Borne (L. G.); Hacienda, don Enrique Salvador Sanfuentes (L. G.); Guerra y Marina, don Evaristo Sánchez Fontecilla (L. G.); Industria y Obras Públicas, don Vicente Dávila Larraín (L. G.)

Con la organización de este Gabinete se inició el enfriamiento de relaciones entre el Presidente y los Nacionales. Una cuestión de orden interno, trajo el desacuerdo entre los miembros del Ministerio y su caída, en octubre de 1888. Había estado en funciones 6 meses y 20 días.

V Ministerio: Barros Luco (noviembre 2 de 1888).—Liberal de Gobierno.—Interior don Ramón Barros Luco (L. G.); Relaciones Exteriores, don Demetrio Lastarria (L. G.); Justicia e Instrucción, don Julio Bañados Espinosa (L. G.); Hacienda, don Justiniano Sotomayor (L. G.); Guerra y Marina, don Ramón Donoso Vergara (L. G.); Industria y Obras Públicas, don Prudencio Lazcano (L. G.)

En enero 21 de 1889, don Prudencio Lazcano fué reemplazado en el Ministerio de Industria y Obras Públicas por don Enrique Salvador Sanfuentes (L. G.)

El Gabinete Barros Luco trabajó por el acercamiento de Liberales de Gobierno y Sultos. En 1.º de mayo de 1889 se produjo una reorganización ministerial, en este sentido: don Mariano Sánchez Fontecilla (L. S.) reemplazó a don Demetrio Lastarria en la cartera de Relaciones Exteriores; don José Miguel Valdés Carrera (L. G.) a don Ramón Donoso Vergara, en la de Guerra y Marina; y don Jorge Riesco (L. G.) a don Enrique Salvador Sanfuentes, en la de Industria y Obras Públicas.

Las exigencias de los Sultos por una parte, y por la otra la irritación de los Nacionales, excluidos del Gobierno, produjeron la caída del Ministerio Barros Luco, después de 8 meses y 9 días de vida. Balmaceda, ante el conflicto que veía venir, optó por entregarse resueltamente a los Sultos y a sus aliados, los radicales.

VI Ministerio: Lastarria (junio 11 de 1889).—Liberal-Radical.—Interior, don Demetrio Lastarria (L. G.); Relaciones Exteriores, don Eduardo Matte (L. S.); Justicia e



Ramón Barros Luco



Demetrio Lastarria



Ramón Donoso



Mariano Sánchez

Instrucción, don Federico Puga Borne (L. G.); Hacienda, don Juan de Dios Vial (L. S.); Guerra y Marina, don Abraham König (R.); Industria y Obras Públicas, don Jorge Riesco (L. G.)

No tardó, sin embargo, en producirse el choque entre Liberales de Gobierno y Suelto y Radicales. El Presidente intentó entonces acercarse nuevamente a los Nacionales. Pero, irritados éstos, se unieron con los Mocetones, los Suelto y los Radicales y formaron el famoso cuadrilátero para resistir a Balmaceda y a los Liberales de Gobierno. El Ministerio Lastarria dimitió en octubre de 1889. Estuvo en funciones sólo 4 meses y 12 días.

VII Ministerio: Donoso Vergara (octubre 23 de 1889).—Formado por todos los grupos liberales y los radicales.—Interior, don Ramón Donoso Vergara (L. G.); Relaciones Exteriores, don Juan Castellón (R.); Justicia e Instrucción, don Isidoro Errázuriz (M.); Hacienda, don Pedro Montt (N.); Guerra y Marina, don Ismael Valdés Valdés (L. S.); Industria y Obras Públicas, don Ramón Barros Luco (L. G.)

El Ministerio de octubre tuvo que reorganizarse casi completamente, muy pocos días después de nombrado, a causa de una sublevación ocurrida en la Escuela Naval de Valparaíso. Había permanecido en funciones sólo 15 días.

VIII Ministerio: Sánchez Fontecilla (noviembre 7 de 1889).—Formado por todos los partidos liberales y los radicales.—Interior, don Mariano Sánchez Fontecilla (L. G.); Relaciones Exteriores, don Juan Castellón (R.); Justicia e Instrucción, don Isidoro Errázuriz (M.); Hacienda, don Pedro Montt (N.); Guerra y Marina, don Luis Barros Borgoño (L. S.); Industria y Obras Públicas, don José Miguel Valdés Carrera (L. G.)

El Ministerio Sánchez Fontecilla, como el de octubre, había sido formado sobre la base "de la desconfianza recíproca de los grupos liberales y de la desconfianza de todos ellos respecto del Presidente de la República". Un voto de la Cámara de Diputados en enero de 1890 hizo patente esta desconfianza, y el Gabinete dimitió. Había durado en funciones dos meses y 15 días. Balmaceda lo reemplazó por un Gabinete netamente presidencial.

IX Ministerio: Ibáñez (enero 21 de 1890).—Liberal presidencial.—Interior, don Adolfo Ibáñez (L. G.); Relaciones Exteriores, don

Juan E. Mackenna (L. G.); Justicia e Instrucción, don Luis Rodríguez Velasco (L. G.); Hacienda, don Pedro Nolasco Gandarillas (L. G.); Guerra y Marina, general don José Velásquez (L. G.); Industria y Obras Públicas, don José Miguel Valdés Carrera (L. G.)

La organización del Gabinete Ibáñez fué la señal del rompimiento entre el Presidente de la República y la mayoría parlamentaria. Durante los primeros meses de 1890, el Gobierno por una parte, y el Cuadrilátero por la otra, procuraron ganar el concurso del Partido Conservador, que se decidió al fin por el cuadrilátero.

En vísperas de abrir las sesiones ordinarias del Congreso, el Gabinete fué modificado, y entró a presidirlo don Enrique Salvador Sanfuentes, en señal de que la candidatura presidencial de este caballero quedaba definitivamente eliminada. El Ministerio Ibáñez había vivido 4 meses y 9 días.

X Ministerio: Sanfuentes (mayo 30 de 1890).—Presidencial. Interior, don Enrique Salvador Sanfuentes (L. G.); Relaciones Exteriores, don Juan E. Mackenna (L. G.); Justicia e Instrucción, don Julio Bañados Espinosa (L. G.); Hacienda, don Pedro Nolasco Gandarillas (L. G.); Guerra y Marina, general don José Velásquez (L. G.); Industria y Obras Públicas, don José Miguel Valdés Carrera (L. G.)

Las Cámaras, apenas abiertas, censuraron al Gabinete, y la de Diputados acordó aplazar la ley que autoriza el cobro de las contribuciones. El Presidente cedió por fin, y organizó un Ministerio formado por personalidades de los partidos de la oposición. El Ministerio Sanfuentes duró 2 meses y 8 días.

XI Ministerio: Prats (agosto 7 de 1890).—De Coalición opositora.—Interior, don Belsario Prat (L. S.); Relaciones Exteriores, don José Tocornal (C.); Justicia e Instrucción, don Gregorio Donoso (L. S.); Hacienda, don Manuel Salustio Fernández (M.); Guerra y Marina, don Federico Errázuriz (L. S.); Industria y Obras Públicas, don Macario Vial (N.)

Este Gabinete de conciliación, renunció en octubre, a causa de un desacuerdo surgido entre el Presidente y sus Ministros, después de haber estado en funciones 2 meses y 8 días. Balmaceda, resuelto a la lucha, lo reemplazó por un Ministerio presidencial.

XII Ministerio: Vicuña (octubre 15 de 1890).—Presidencial.—Interior, don Claudio



Adolfo Ibáñez



Enrique S. Sanfuentes



Belsario Prat



Claudio Vicuña

Vicuña (L. G.); Relaciones Exteriores, don Domingo Godoy (L. G.); Justicia e Instrucción, don Rafael Casanova (L. G.); Hacienda, don Lauro Barros (L. G.); Guerra y Marina, general don José Francisco Gana (L. G.); Industria y Obras Públicas, don Eulogio Allendes (L. G.)

Este Ministerio que vió estallar la revolución, experimentó diversas modificaciones. En diciembre 6 de 1890, don Ismael Pérez Montt (L. G.) reemplazó a don Rafael Casanova, en la cartera de Justicia e Instrucción, y don Guillermo Mackenna (L. G.), a don Eugenio Allendes en la de Industria y Obras Públicas. En diciembre 26 de 1890, don Aníbal Muñoz (L. G.) reemplazó a don Lauro Barros, en Hacienda, para ceder a su turno el puesto, en 5 de enero de 1891, a don José Miguel Valdés Carrera (L. G.)

Proclamado don Claudio Vicuña candidato a la Presidencia de la República por el partido de Gobierno, hubo de renunciar. Su Ministerio había vivido 4 meses y 27 días.

XIII Ministerio: Godoy (marzo 12 de 1891).—Presidencial.—Interior, don Domingo Godoy (L. G.); Relaciones Exteriores, don Ricardo Cruzat (L. G.); Justicia e Instrucción, don Ismael Pérez Montt (L. G.); Hacienda, don José Miguel Valdés Carrera (L. G.); Guerra y Marina, general don José Francisco Gana (L. G.); Industria y Obras Públicas, don Guillermo Mackenna (L. G.);

Abierto el Congreso, constituido el Gabinete Godoy cedió su puesto a otro, encargado de llevar adelante la reforma constitucional. Había permanecido en funciones dos meses y 8 días.

XIV Ministerio: Bañados (mayo 29 de 1891).—Liberal presidencial.—Interior, don Julio Bañados Espinosa (L. G.); Relaciones Exteriores, don Manuel María Aldunate (L. G.); Justicia e Instrucción, don Francisco Javier Concha (L. G.); Hacienda, don Manuel Aristides Zañartu (L. G.); Guerra y Marina, general don José Velásquez (L. G.); Industria y Obras Públicas, don Nicanor Ugalde (L. G.)

El Gabinete Bañados cayó el 29 de agosto de 1891, junto con el Presidente Balmaceda. La revolución había triunfado. Duró en el poder 3 meses y 10 días.

En los 59 meses y 11 días que duró el Gobierno de don José Manuel Balmaceda, se sucedieron, pues, 14 Ministerios. La duración

media de cada uno fué de cuatro meses y nueve días.

Gobierno Provisorio (1891)

Los Secretarios de Estado de la Junta Revolucionaria de Iquique, constituida el 13 de abril de 1891, quedaron organizados en Ministerio nacional el 7 de septiembre de 1891.

Ministerio: Irrarrázaval (septiembre 7 de 1891).—De Coalición Constitucional.—Interior, don Manuel José Irrarrázaval (C.); Relaciones Exteriores, don Manuel Antonio Matta (R.); Justicia e Instrucción, don Isidoro Errázuriz (L.); Hacienda, don Joaquín Walker Martínez (C.); Guerra y Marina, general don Adolfo Holley (L.); Industria y Obras Públicas, don Agustín Edwards (N.)

Este Gabinete fué reemplazado por otro también de Coalición al asumir el almirante don Jorge Montt la Presidencia constitucional de la República el 26 de diciembre de 1891. Había permanecido en funciones el Ministerio Irrarrázaval 3 meses y 19 días.

Administración de don Jorge Montt (1891-1896)

Elegido Presidente, por acuerdo unánime de todos los partidos que habían hecho la revolución.

I Ministerio: Barros Luco (diciembre 31 de 1891).—De Coalición.—Interior, don Ramón Barros Luco (L.); Relaciones Exteriores, don Luis Pereira (C.); Justicia e Instrucción, don Juan Castellón (R.); Hacienda, don Francisco Valdés Vergara (L.); Guerra y Marina, don Ventura Blanco V. (C.); Industria y Obras Públicas, don Agustín Edwards (N.)

Dificultades producidas con motivo de los nombramientos judiciales, liquidaron la Coalición y produjeron la caída del Ministerio en marzo de 1892. Había vivido éste 2 meses y 14 días.

II Ministerio: Matte (marzo 14 de 1892).—Netamente liberal.—Interior, don Eduardo Matte (L.); Relaciones Exteriores, don Juan Castellón (R.); Justicia e Instrucción, don Gaspar Toro (L.); Hacienda, don Agustín Edwards (N.); Guerra y Marina, don Luis Barros Borgoño (L.); Industria y Obras Públicas, don Jorge Riesco (L.)

Al abrirse el Congreso, en junio de 1892, el Ministerio queda en minoría en la Cámara de



Domingo Godoy



Claudio Bañados



Manuel J. Irrarrázaval



Ramón Barros Luco

Diputados, y cae. Había durado un mes y 25 días.

III Ministerio: Barros Luco (junio 9 de 1892).—Liberal de conciliación con los conservadores.—Interior, don Ramón Barros Luco (L.); Relaciones Exteriores, don Isidoro Errázuriz (L.); Justicia e Instrucción, don Máximo del Campo (N.); Hacienda, don Enrique Mac-Iver (R.); Guerra, general don Luis Arteaga (L.); Industria y Obras Públicas, don Vicente Dávila Larraín (L.)

En septiembre 22 de 1892, don Francisco Antonio Pinto (L.) reemplaza al general Arteaga en la cartera de Guerra.

Las dificultades económicas por una parte, y por la otra las tentativas revolucionarias de los balmacedistas traen, en abril de 1893, un Gabinete de Coalición. El Ministerio Barros Luco había permanecido en el poder, 10 meses y 13 días.

IV Ministerio: Montt (abril 22 de 1893).—De Coalición.—Interior, don Pedro Montt (N.); Relaciones Exteriores, don Ventura Blanco (C.); Justicia e Instrucción, don Joaquín Rodríguez Rozas (R.); Hacienda, don Alejandro Vial (C.); Guerra y Marina, don Isidoro Errázuriz (L.); Industria y Obras Públicas, don Vicente Dávila Larraín (L.)

En agosto 8 de 1893 don Manuel Villamil Blanco (N.), reemplaza a don Isidoro Errázuriz en el Ministerio de Guerra.

En octubre 6 de 1893, don Francisco Antonio Pinto (L.), reemplaza a don Joaquín Rodríguez Rozas en la cartera de Justicia e Instrucción, y don Juan Antonio Orrego (L.), a don Manuel Villamil Blanco, en la de Guerra.

Las ventajas obtenidas por balmacedistas y radicales en las elecciones de marzo de 1894, traen consigo la derrota de la Coalición y la del Ministerio, que cae en abril de 1894. Había durado un año y 4 días.

V Ministerio: Mac-Iver (abril 26 de 1894).—Liberal-Radical.—Interior, don Enrique Mac-Iver (R.); Relaciones Exteriores, don Mariano Sánchez Fontecilla (L.); Justicia e Instrucción, don Federico Errázuriz (L.); Hacienda, don Carlos Riesco (L.); Guerra y Marina, don Santiago Aldunate (L.); Industria y Obras Públicas, don Manuel Antonio Prieto (R.)

El Ministerio Mac-Iver cayó en diciembre del mismo año de 1894, después de 7 meses y 11 días de duración.

VI Ministerio: Barros Luco (diciembre 7

de 1894).—Liberal-Nacional.—Interior, don Ramón Barros Luco (L.); Relaciones Exteriores, don Luis Barros Borgoño (L.); Justicia e Instrucción, don Osvaldo Rengifo (L.); Hacienda, don Manuel Salustio Fernández (L.); Guerra y Marina, don Carlos Rivera Jofré (L.); Industria y Obras Públicas, don Elías Fernández Albano (N.)

El Ministerio Barros Luco, cayó en julio de 1895, después de haber permanecido en el Gobierno 7 meses y 23 días.

VII Ministerio: Recabárren (agosto 1.º de 1895).—Liberal-Radical.—Interior, don Manuel Recabárren (R.); Relaciones Exteriores, don Claudio Matte (L.); Justicia e Instrucción, don Mariano Sánchez Fontecilla (L.); Hacienda, don Enrique Mac-Iver (R.); Guerra y Marina, don Ismael Valdés Valdés (L.); Industria y Obras Públicas, don Juan Miguel Dávila (L.)

Cayó este Ministerio en noviembre de 1895, a los 3 meses y seis días de su organización, por desacuerdo entre sus miembros.

VIII Ministerio: Rengifo (noviembre 24 de 1895).—Presidencial.—Interior, don Osvaldo Rengifo (L.); Relaciones Exteriores, don Adolfo Guerrero (L.); Justicia e Instrucción, don Gaspar Toro (L.); Hacienda, don Hermógenes Pérez de Arce (L.); Guerra y Marina, don Luis Barros Borgoño (L.); Industria y Obras Públicas, don Elías Fernández Albano (N.)

Este Ministerio, con que terminó su período el Excmo. señor don Jorge Montt, y que presidió las elecciones presidenciales de 1896, duró 9 meses y 24 días.

En el período de don Jorge Montt, que fué de 56 meses y 18 días, hubo 8 Ministerios. La duración media de cada Ministerio fué de 7 meses y 5 días.

Es el record de los últimos treinta años.

Administración de don Federico Errázuriz E.
(1896-1901)

Elegido Presidente por Conservadores, Liberales Coalicionistas y Nacionales contra Liberales Doctrinarios, Balmacedistas y Radicales.

I. Ministerio: Zañartu (septiembre 18 de 1896).—De Coalición.—Interior, don Aníbal Zañartu (L. C.); Relaciones Exteriores, don Enrique Deputrón (C.); Justicia e Instrucción, don Adolfo Ibáñez (L. C.); Hacienda, don Francisco Fábres (C.); Guerra y Marina,



Eduardo Ma



Ramón Barros Luco



Pedro Montt



Enrique Mac-Iver

don Manuel Bulnes (L. C.); Industria y Obras Públicas, don Francisco Baeza (N.)

En las primeras sesiones extraordinarias de 1896 el Ministerio quedó en minoría y hubo de dimitir. Había durado dos meses y dos días.

II Ministerio: Antúnez (noviembre 20 de 1896).—Liberal Coalicionista.—Interior, don Carlos Antúnez (L. C.); Relaciones Exteriores, don Carlos Morla Vicuña (L. C.); Justicia e Instrucción, don Federico Puga Borne (L. C.); Hacienda, don Justiniano Sotomayor (N.); Guerra y Marina, don Elías Fernández Albano (N.); Industria y Obras Públicas, don Francisco de Borja Valdés C. (L. C.)

En mayo 11 de 1897, reemplazó a don Federico Puga Borne en el Ministerio de Justicia e Instrucción, don Domingo Amunátegui Rivera (N.)

El Ministerio Antúnez cayó en junio de 1897, para ser reemplazado por otro de análoga fisonomía política. Había vivido 7 meses y 6 días.

III Ministerio: Orrego Luco (junio 26 de 1897).—Liberal.—Interior, don Augusto Orrego Luco (N.); Relaciones Exteriores, don Carlos Morla Vicuña (L. C.); Justicia e Instrucción, don Domingo Amunátegui R. (N.); Hacienda, don Juan Enrique Tocornal (L. C.); Guerra y Marina, don Benjamín Vergara (L. C.); Industria y Obras Públicas, don Belisario Prats Bello (L. C.)

El Ministerio Orrego Luco sólo duró dos meses y fué reemplazado por otro de análoga composición.

IV Ministerio: Valdés Cuevas (agosto 25 de 1897).—Liberal y de Coalición.—Interior, don Antonio Valdés Cuevas (L. C.); Relaciones Exteriores, don Raimundo Silva Cruz (B.); Justicia e Instrucción, don Domingo Amunátegui R. (N.); Hacienda, don Elías Fernández Albano (N.); Guerra y Marina, don Carlos Palacios Zapata (L. C.); Industria y Obras Públicas, don Domingo Toro Herrera (L. D.)

En 16 de noviembre de 1897, don Emilio Orrego L. (L. C.), reemplazó a don Domingo Toro Herrera en el Ministerio de Industria y Obras Públicas.

En diciembre 23 de 1897, el Ministerio Valdés Cuevas se transformó en un Gabinete de Coalición; en consecuencia, don Alberto González Errázuriz (C.) reemplazó a don Elías Fernández en la cartera de Hacienda; el general don Patricio Larraín Alcalde (C.), a don Carlos Palacios Zapata en Guerra y Ma-

rina, y don Julio Bañados Espinosa (B.), a don Emilio Orrego Luco en Industria y Obras Públicas.

Al través de todas estas vicisitudes el Gabinete Valdés Cuevas alcanzó a permanecer en el Gobierno 7 meses y 20 días.

V Ministerio: Walker Martínez (abril 14 de 1898).—De Coalición.—Interior, don Carlos Walker Martínez (C.); Relaciones Exteriores, don Juan José Latorre (B.); Justicia, don Augusto Orrego Luco (N.); Hacienda, don Darío Zañartu (N.); Guerra y Marina, general don Patricio Larraín Alcalde (C.); Industria y Obras Públicas, don Emilio Bello Codecido (B.)

Este Ministerio, el más largo de los últimos treinta años, experimentó diversas transformaciones.

En mayo 5 de 1898, don Ventura Blanco Viel (C.) reemplazó al general Larraín Alcalde como Ministro de Guerra.

En junio 18 de 1898, don Juan Antonio Orrego (L. C.), reemplazó a don Augusto Orrego Luco en el Ministerio de Justicia e Instrucción, y don Rafael Sotomayor (N.) a don Darío Zañartu, en el de Hacienda.

En junio 27 de 1898, don Juan A. Orrego fué reemplazado por don Carlos Palacios Zapata (L. C.), en el Ministerio de Justicia e Instrucción.

En diciembre 19 de 1898, habiéndose retirado los balmacedistas de la Coalición, don Ventura Blanco Viel (C.) entró a reemplazar a don Juan José Latorre en el Ministerio de Relaciones Exteriores, don Carlos Concha (C.) a don Ventura Blanco en el Ministerio de Guerra y Marina, y don Arturo Alessandri (L. C.) a don Emilio Bello Codecido, en el Ministerio de Industria y Obras Públicas.

La organización de la Alianza Liberal, en junio de 1899, trajo por tierra al Ministerio Walker Martínez. Había durado un año, 2 meses y 13 días.

VI Ministerio: Silva Cruz (junio 27 de 1899).—De Alianza Liberal.—Interior, don Raimundo Silva Cruz (B.); Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne (L. C.); Justicia e Instrucción, don Francisco Herbozo (B.); Hacienda, don Federico Pinto Izarra (L. D.); Guerra y Marina, don Javier Figueroa (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Daniel Rioseco (L. C.)

Este Ministerio tuvo una vida efímera. La Coalición volvió a constituirse, y dió con



Ramón Barros Luco



Manuel Recabrénsen



Valentín Rengifo



Augusto Orrego

él en tierra en agosto de 1899, después de 2 meses y 6 días de vida.

VII Ministerio: Sotomayor (septiembre 2 de 1899).—De Coalición.—Interior, don Rafael Sotomayor (N.); Relaciones Exteriores, don Rafael Errázuriz Urmeneta (C.); Justicia e Instrucción, don Francisco Herbozo (B.); Hacienda, don Manuel Salinas (B.); Guerra y Marina, don Carlos Concha S. (C.); Industria y Obras Públicas, don Gregorio A. Pinochet (L. C.)

La renuncia del Ministro del Interior, don Rafael Sotomayor, trajo consigo una renovación del Gabinete después de 2 meses y 25 días de existencia.

VIII Ministerio: Fernández Albano (noviembre 27 de 1899).—De Coalición.—Interior, don Elías Fernández Albano (N.); Relaciones Exteriores, don Rafael Errázuriz Urmeneta (C.); Justicia, don Francisco Herbozo (B.); Hacienda, don Manuel Salinas (B.); Guerra y Marina, don Ricardo Matte Pérez (C.); Industria y Obras Públicas, don José Florencio Valdés Cuevas (L. C.)

En ejercicio de este Ministerio, ocurrió la primera enfermedad del Presidente Errázuriz y lo reemplazó interinamente el Ministro del Interior.

Habiendo resumido el Gobierno el Presidente, don Abraham Gacitúa (L. C.) entró a reemplazar en la cartera de Industria y Obras Públicas a don José Florencio Valdés Cuevas, el 3 de agosto de 1900.

En octubre 14 de 1900 se produjo una reorganización ministerial casi completa. Don Manuel Salinas (B.) entró al Ministerio de Relaciones Exteriores en lugar de don Rafael Errázuriz U.; don Emilio Bello Codecido (B.) al de Justicia e Instrucción en reemplazo de don Francisco Herbozo; don Ramón E. Santelices (C.) al de Hacienda en lugar de don Manuel Salinas, y don Rafael Orrego (L. C.) al de Industria y Obras Públicas, en reemplazo de don Abraham Gacitúa.

En noviembre de 1899 el Gabinete Fernández Albano hubo de dimitir, a causa de dificultades ocasionadas por la próxima elección presidencial. Había permanecido en funciones, después de tan variadas transformaciones, 11 meses y seis días.

IX Ministerio: Sánchez Fontecilla (noviembre 3 de 1900).—De Coalición.—Interior, don Mariano Sánchez Fontecilla (L. C.); Relaciones Exteriores, don Emilio Be-

llo Codecido (B.); Justicia e Instrucción, don Francisco Herbozo (B.); Hacienda, don Nicolás González Errázuriz (C.); Guerra y Marina, don Arturo Besa (N.); Industria y Obras Públicas, don Manuel A. Covarrubias (C.)

Este Gabinete duró en ejercicio 1 mes y 24 días. Fué reemplazado por otro análogo, sin más cambio que el del Ministro del Interior.

X Ministerio: Orrego (diciembre 27 de 1900).—De Coalición.—Interior, don Juan Antonio Orrego (L. C.); Relaciones Exteriores, don Emilio Bello Codecido (B.); Justicia e Instrucción, don Francisco Herbozo (B.); Hacienda, don Nicolás González Errázuriz (C.); Guerra y Marina, don Arturo Besa (N.); Industria y Obras Públicas, don Manuel A. Covarrubias (C.)

En febrero 4 de 1901, don Raimundo Silva Cruz (B.) vino a reemplazar a don Emilio Bello en la cartera de Relaciones Exteriores, y don Ramón Antonio Vergara D. (B.) a don Francisco Herbozo en la de Justicia e Instrucción.

Organizada la Alianza Liberal, en resistencia a la candidatura de don Pedro Montt, este Gabinete fué reemplazado por uno presidencial, en marzo de 1901, después de 2 meses y 15 días de existencia.

XI Ministerio: Amunátegui (marzo 14 de 1901).—Presidencial.—Interior, don Domingo Amunátegui Rivera (N.); Relaciones Exteriores, don Raimundo Silva Cruz (B.); Justicia e Instrucción, don Ventura Carvallo Elizalde (L. C.); Hacienda, don Manuel Fernández García (N.); Guerra y Marina, general don Vicente Palacios (L. C.); Industria y Obras Públicas, don José Ramón Nieto (B.)

Censurado este Ministerio por la Cámara de Diputados, a raíz de haberse constituido vivió en crisis 1 mes y 15 días.

XII Ministerio: Zañartu (mayo 1.º de 1901).—De administración.—Interior, don Aníbal Zañartu (L. D.); Relaciones Exteriores, don Luis Martiniano Rodríguez (L. D.); Justicia e Instrucción, don Ramón Escobar (B.); Hacienda, don Juan Luis Sanfuentes (B.); Guerra y Marina, don Wenceslao Bulnes (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Joaquín Fernández Blanco (B.)

A raíz de organizado este Ministerio, el Presidente Errázuriz, enfermo gravemente, entregó el mando al Ministro del Interior.



Antonio Valdés



Carlos Walker



Raimundo Silva Cruz



Rafael Sotomayor

que fué reemplazado en el ejercicio de sus funciones de tal, por el Ministro de Relaciones Exteriores, don Luis Martiniano Rodríguez.

En esta forma continuó este Ministerio hasta terminar el período presidencial de Errázuriz, el 18 de septiembre de 1901. Había durado 4 meses y 18 días.

El Gobierno de Errázuriz y de su Vice-Presidente Zañartu duró 5 años completos. Se sucedieron durante ese tiempo 12 Ministerios. La duración media de éstos fué, por lo tanto, de 5 meses.

Administración de don Germán Riesco (1901-1906)

Elegido Presidente por Liberales, Balmacedistas y Radicales, contra Conservadores y Nacionales.

I Ministerio: Barros Luco (septiembre 18 de 1901).—De Alianza Liberal.—Interior, don Ramón Barros Luco (L. D.); Relaciones Exteriores, don Eliodoro Yáñez (L. D.); Justicia e Instrucción, don Manuel Egidio Ballesteros (B.); Hacienda, don Juan Luis Sanfuentes (B.); Guerra y Marina, don Beltrán Mathieu (R.); Industria y Obras Públicas, don Ismael Tocornal (L. D.)

Habiendo renunciado el Ministro de Hacienda, don Juan Luis Sanfuentes, fué reemplazado el 3 de octubre de 1901 por don Luis Barros Borgoño (L. D.)

En noviembre del mismo año, un voto adverso en el Senado produjo la caída del Gabinete Barros Luco, después de 2 meses y 1 día de existencia.

II Ministerio: Tocornal (noviembre 19 de 1901).—De Alianza Liberal.—Interior, don Ismael Tocornal (L. D.); Relaciones Exteriores, don Eliodoro Yáñez (L. D.); Justicia e Instrucción, don Rafael Balmaceda (B.); Hacienda, don Enrique Villegas (B.); Guerra y Marina, don Beltrán Mathieu (R.); Industria y Obras Públicas, don Rafael Orrego (L. D.)

En mayo de 1902, este Ministerio hubo de abandonar el poder en manos de otro, de igual filiación política, después de 5 meses y 17 días de vida.

III Ministerio: Barros Luco (mayo 6 de 1902).—De Alianza Liberal.—Interior, don Ramón Barros Luco (L. D.); Relaciones Exteriores, don José Francisco Vergara Donoso (L. D.); Justicia e Instrucción, don Rafael

Balmaceda (B.); Hacienda, don Guillermo Barros Jara (L. D.); Guerra y Marina, don Victor M. Lamas (R.); Industria y Obras Públicas, don Joaquín Villarino (B.)

Organizada la Coalición Balmacedista-Nacional-Conservadora en noviembre de 1902, el Ministerio Barrós Luco cayó, había durado 6 meses y 15 días.

IV Ministerio: Fernández Albano (noviembre 20 de 1902).—Nacional-Balmacedista.—Interior, don Elías Fernández Albano (N.); Relaciones Exteriores, don Horacio Pinto Agüero (B.); Justicia e Instrucción, don J. Domingo Amunátegui R. (N.); Hacienda, don Ricardo Cruzat (B.); Guerra y Marina, don Francisco Baeza (N.); Industria y Obras Públicas, don Agustín Gana Urzúa (B.)

Triunfante la Coalición en las elecciones parlamentarias de 1903, el Presidente Riesco nombró Ministro del Interior a don Ramón Barros Luco, que organizó un Gabinete de Coalición. El Ministerio Fernández Albano duró en funciones 4 meses y 15 días.

V Ministerio: Barros Luco (abril 4 de 1903).—De Coalición.—Interior, don Ramón Barros Luco (L. D.); Relaciones Exteriores, don Rafael Sotomayor (N.); Justicia e Instrucción, don Aníbal Sanfuentes (B.); Hacienda, don Manuel Salinas (B.); Guerra y Marina, don Ricardo Matte Pérez (C.); Industria y Obras Públicas, don Francisco Rivas Vicuña (C.)

A raíz de organizado este Gabinete, el Presidente Riesco se retiró del poder por algunos días, asumiendo el señor Barros Luco la Presidencia de la República. El Ministerio duró en funciones hasta el 10 de junio, o sea, dos meses y 6 días.

VI Ministerio: Sotomayor (junio 10 de 1903).—De Coalición.—Interior, don Rafael Sotomayor (N.); Relaciones Exteriores, don Máximo del Campo (N.); Justicia e Instrucción, don Aníbal Sanfuentes (M.); Hacienda, don Manuel Salinas (B.); Guerra y Marina, don Ricardo Matte Pérez (C.); Industria y Obras Públicas, don Francisco Rivas Vicuña (C.)

El Gabinete Sotomayor duró en funciones 2 meses y 20 días, siendo reemplazado por otro de igual filiación.

VII Ministerio: Matte Pérez (septiembre 10 de 1903).—De Coalición.—Interior, don Ricardo Matte Pérez (C.); Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards (N.); Justicia



Elías Fernández



Juan A. Orrego



Domingo Amunátegui



Ramón Barros Luco

e Instrucción, don Francisco Javier Concha (B.); Hacienda, don Miguel Cruchaga (C.); Guerra y Marina, don Carlos Besa (N.); Industria y Obras Públicas, don Maximiliano Espinosa Pica (B.)

La rotativa funcionaba entonces sin descanso. Después de 1 mes y 22 días de vida, el Gabinete Matte Pérez fué reemplazado por otro, también de Coalición, y que conservó gran parte de su personal.

VII Ministerio: Besa (octubre 23 de 1903).—De Coalición.—Interior, don Arturo Besa (N.); Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards (N.); Justicia e Instrucción, don Francisco Javier Concha (B.); Hacienda, don Miguel Cruchaga (C.); Guerra y Marina, don Luis Barros Méndez (C.); Industria y Obras Públicas, don Maximiliano Espinosa Pica (B.)

Dos meses y 18 días después, el Gabinete Besa tuvo que ceder su puesto a otro también de Coalición.

IX Ministerio: Errázuriz Urmeneta (enero 10 de 1904).—De Coalición.—Interior, don Rafael Errázuriz Urmeneta (C.); Relaciones Exteriores, don Raimundo Silva Cruz (B.); Justicia e Instrucción, don Efraín Vásquez Guarda (B.); Hacienda, don Ramón E. Santelices (C.); Guerra y Marina, don Aníbal Cruz Díaz (N.); Industria y Obras Públicas, don Manuel Espinosa Jara (N.)

El Ministerio Errázuriz Urmeneta, permaneció en el Gobierno tres meses y dos días. Fué el más largo de aquel triste período, en que la anarquía parlamentaria pareció llegar a su colmo. La Coalición cayó con él: lo tenía merecido.

X Ministerio: Sotomayor (abril 12 de 1904).—De administración.—Interior, don Rafael Sotomayor (N.); Relaciones Exteriores, don Adolfo Guerrero (L. D.); Justicia e Instrucción, don Enrique A. Rodríguez (N.); Hacienda, don Guillermo Barros Jara (L. D.); Guerra y Marina, don Joaquín Muñoz Hurtado (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Francisco de Borja Valdés Cuevas (L. D.)

Reconstituída la Alianza Liberal, cayó el Ministerio Sotomayor. Alcanzó a permanecer en funciones sólo un mes.

XI Ministerio: Ballesteros (mayo 12 de 1904).—De Alianza Liberal.—Interior, don Manuel Egidio Ballesteros (B.); Relaciones Exteriores, don Emilio Bello Codecido (B.); Justicia e Instrucción, don Alejandro Fierro (L. D.); Hacienda, don Maximiliano Ibáñez

(L. D.); Guerra y Marina, don Ascanio Bascañán (R.); Industria y Obras Públicas, don Carlos Gregorio Abalos (R.)

Pocos días después, en 1.º de junio, don Carlos G. Abalos fué reemplazado en el Ministerio de Industria y Obras Públicas por don Anífon Muñoz (R.)

En octubre de 1904, el Gabinete Ballesteros cedió su puesto a otro de la misma filiación. Había durado 6 meses y 18 días.

XII Ministerio: Bello Codecido (octubre 30 de 1914).—De Alianza Liberal.—Interior, don Emilio Bello Codecido (B.); Relaciones Exteriores, don Luis Antonio Vergara (B.); Justicia e Instrucción, don Guillermo Rivera (L. D.); Hacienda, don Ernesto Hübner (R.); Guerra y Marina, don Ascanio Bascañán (R.); Industria y Obras Públicas, don Eduardo Charme (L. D.)

El Ministerio Bello Codecido cayó por desacuerdo entre sus miembros y fué reemplazado por otro de la misma filiación, después de 4 meses y 19 días de vida.

XIII Ministerio: Balmaceda (marzo 18 de 1905).—De Alianza Liberal.—Interior, don Rafael Balmaceda (B.); Relaciones Exteriores, don Luis Antonio Vergara (B.); Justicia e Instrucción, don Javier A. Figueroa (L. D.); Hacienda, don Julio Fredes (R.); Guerra y Marina, don Ramón Corbalán Melgarejo (R.); Industria y Obras Públicas, don Eduardo Charme (L. D.)

Este Ministerio, el último de los tres de la Alianza Liberal de 1904-1905, duró 4 meses y 12 días. Con él cayó la combinación política que representaba.

XIV Ministerio: Orrego (agosto 1.º de 1905).—De administración.—Interior, don Juan Antonio Orrego (L. D.); Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards (N.); Justicia e Instrucción, don Antonio Huneeus (L. D.); Hacienda, don Antonio Subercaseaux (C.); Guerra y Marina, almirante don Luis Uribe (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Enrique Villegas (B.)

Organizada en octubre la Coalición Conservadora Balmacedista, renunció el Ministerio Orrego. Había durado 2 meses y 20 días.

XV Ministerio: Cruchaga (octubre 21 de 1905).—De Coalición.—Interior, don Miguel Cruchaga (C.); Relaciones Exteriores, don Federico Puga Borne (Liberal Coalicionista); Justicia e Instrucción, don Guillermo Pinto Agüero (B.); Hacienda, don Belfor Fernán-



Ismael Tocónal



Ramón Barro Luco



Ricardo Mañá



Arturo Besa



Rafael Errázuriz

doz (B.); Guerra y Marina, don Manuel Fós-
ter (C.); Industria y Obras Públicas, don
Ramón Gutiérrez (C.)

Este Ministerio, después de permanecer en
el Gobierno 4 meses, 29 días, cedió su puesto
a otro, también coalicionista.

XVI Ministerio: Gutiérrez (marzo 19 de
1906).—De Coalición.—Interior, don Ramón
Gutiérrez (C.); de Relaciones Exteriores, don
Federico Puga Borne (Liberal Coalicionista);
Justicia e Instrucción, don Manuel Salas La-
vaqui (B.); Hacienda, don Ramón E. San-
telices (C.); Guerra y Marina, don Manuel A.
Covarrubias (C.); Industria y Obras Públi-
cas, don Ramón Antonio Vergara Donoso (B.)

La escisión producida en el Partido Con-
servador por la candidatura presidencial de
don Pedro Montt, dejó a la Coalición en mi-
noría en la Cámara de Diputados. El Minis-
terio Gutiérrez renunció. Había vivido 1 mes
y 19 días.

XVII Ministerio: Salinas (mayo 7 de
1906).—Presidencial.—Interior, don Manuel
Salinas (B.); Relaciones Exteriores, don An-
tonio Huneeus (L. D.); Justicia e Instruc-
ción, don Samuel Claro L. (L. D.); Hacia-
da, don Joaquín Prieto (C.); Guerra y Ma-
rina, general don Salvador Vergara (L. D.);
Industria y Obras Públicas, don Abraham
Ovalle (C.)

Con este Gabinete terminó su administra-
ción don Germán Riesco. Duró 4 meses y 11
días.

En los cinco años del Gobierno de Riesco
se sucedieron 17 Ministerios. La duración
media de cada uno fué, por consiguiente, de
107 días, o sean, 3 meses y 17 días.

Administración de don Pedro Montt (1906- 1910)

Elegido Presidente por Liberales Doctrina-
rios, Nacionales, Radicales y un grupo del
Partido Conservador.

I Ministerio: Figueroa (septiembre 18 de
1906).—Liberal-Nacional.—Interior, don Ja-
vier A. Figueroa (L. D.); Relaciones Exte-
riores, don Santiago Aldunate (L. D.); Jus-
ticia e Instrucción, don Enrique A. Rodrí-
guez (N.); Hacienda, don Raimundo del Río
(L. D.); Guerra y Marina, don Belisario
Prats (N.); Industria y Obras Públicas, don
Eduardo Charme (L. D.)

Al abrirse las sesiones extraordinarias del
Congreso, un voto adverso de la Cámara de

Diputados obliga al Ministerio a dimitir.
Había gobernado 1 mes y 11 días.

II Ministerio: Santa Cruz (octubre 29 de
1906).—De administración.—Interior, don Vi-
cente Santa Cruz (L. D.); Relaciones Exte-
riores, don Ricardo Salas Edwards (C.); Jus-
ticia e Instrucción, don Ramón Escobar (B.);
Hacienda, don Rafael Sotomayor (N.); Gua-
rra y Marina, don José Lecaros Fabres (C.);
Industria y Obras Públicas, don Carlos Gre-
gorio Abalos (R.)

En noviembre 30 de 1906, don Oscar Viel
(B.) reemplazó a don Ramón Escobar en el
Ministerio de Justicia e Instrucción, y en fe-
brero 8 de 1907, don Anselmo Hevia Riquel-
me (R.) a don Carlos Gregorio Abalos en
Industria y Obras Públicas.

La unión de los conservadores dió mayoría
a la Coalición en ambas Cámaras y trajo co-
mo consecuencia la caída del Ministerio San-
ta Cruz, después de 7 meses y 14 días de
vida.

III Ministerio: Vergara (junio 12 de 1907).
—De Coalición.—Interior, don Luis Antonio
Vergara (B.); Relaciones Exteriores, don Fe-
derico Puga Borne (L. C.); Justicia e In-
strucción, don Emiliano Figueroa (B.); Ha-
cienda, don Guillermo Subercaseaux (C.);
Guerra y Marina, don Alejandro Lira (C.);
Industria y Obras Públicas, don Gonzalo
Urrejola.

Habiendo abandonado a la Coalición un
grupo del partido balmacedista, el Ministerio
Vergara quedó en minoría en la Cámara de
Diputados y dimitió. Había durado 4 meses y
13 días.

IV Ministerio: Sotomayor (octubre 25 de
1907).—De administración.—Interior, don
Rafael Sotomayor (N.); Relaciones Exte-
riores, don Federico Puga Borne (L. C.); Jus-
ticia e Instrucción, don Domingo Amunáte-
gui S. (L. D.); Hacienda, don Enrique A.
Rodríguez (N.); Guerra y Marina, don Beli-
sario Prats Bello (N.); Industria y Obras Pú-
blicas, don Joaquín Figueroa (L. D.)

Este Ministerio cayó con motivo de ha-
berse formado la Alianza Liberal, con el con-
curso de los balmacedistas y mayoría en am-
bas Cámaras. Había permanecido en el poder
10 meses y 4 días.

V Ministerio: Figueroa (agosto 29 de
1908).—De Alianza Liberal.—Interior, don
Javier A. Figueroa (L. D.); Relaciones Ex-
teriores, don Rafael Balmaceda (B.); Jus-
ticia e Instrucción, don Eduardo Suárez Mu-



Manuel Egidio Ballesteros



Emilio Bello



Rafael Balmaceda

jica (R.); Hacienda, don Pedro N. Montenegro (B.); Guerra y Marina, don Aníbal Rodríguez (N.); Industria y Obras Públicas, don Guillermo Echavarría (N.)

Después de 4 meses y 24 días de vida, el Gabinete Figueroa fué reemplazado por otro de igual filiación política.

VI Ministerio: Charme (enero 22 de 1909).—De Alianza Liberal.—Interior, don Eduardo Charme (L. D.); Relaciones Exteriores, don Rafael Balmaceda (B.); Justicia e Instrucción, don Jorge Huneeus (R.); Hacienda, don Luis Devoto (B.); Guerra y Marina, don Darío Zañartu (N.); Industria y Obras Públicas, don Manuel Espinosa Jara (N.)

Descontentos los balmacedistas con el resultado de las elecciones de 1909 rompieron la Alianza Liberal. El Gabinete Charme fué reemplazado por uno de administración, después de 4 meses y 24 días de vida.

VII Ministerio: Rodríguez (junio 15 de 1909).—De administración.—Interior, don Enrique A. Rodríguez (N.); Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards (N.); Justicia e Instrucción, don Domingo Amunátegui S. (L. D.); Hacienda, don Joaquín Figueroa (L. D.); Guerra y Marina, don Roberto Huneeus (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Pedro García de la Huerta (L. D.)

El Ministerio Rodríguez fué reemplazado por otro de Alianza Liberal, después de 3 meses de existencia.

VIII Ministerio: Tocornal (septiembre 15 de 1909).—De Alianza Liberal.—Interior, don Ismael Tocornal (L. D.); Relaciones Exteriores, don Agustín Edwards (N.); Justicia e Instrucción, don Emiliano Figueroa (B.); Hacienda, don Manuel Salinas (B.); Guerra y Marina, don Aníbal Rodríguez (N.); Industria y Obras Públicas, don Eduardo Délano (R.)

El Ministerio Tocornal, por exigencias de los Liberales Doctrinarios, debió ser reemplazado por otro de análoga tendencia política, después de 9 meses y 10 días de vida.

IX Ministerio: Edwards (junio 25 de 1910).—Interior, don Agustín Edwards (N.); Relaciones Exteriores, don Luis Izquierdo (L. D.); Justicia e Instrucción, don Emiliano Figueroa (B.); Hacienda, don Carlos Balmaceda (B.); Guerra y Marina, don Carlos Larraín Claro (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Fidel Muñoz Rodríguez (R.)

Habiendo enfermado gravemente el Pre-

sidente Montt, el Ministro Edwards hubo de dimitir, después de 13 días de Gobierno.

X Ministerio: Fernández Albano (julio 8 de 1910).—De Alianza Liberal.—Interior, don Elías Fernández Albano (N.); Relaciones Exteriores, don Luis Izquierdo (L. D.); Justicia e Instrucción, don Emiliano Figueroa (B.); Hacienda, don Carlos Balmaceda (B.); Guerra y Marina, don Carlos Larraín Claro (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Fidel Muñoz Rodríguez (R.)

El Ministro del Interior, don Elías Fernández Albano, asumió la Vice-Presidencia. En 9 de agosto falleció el Presidente Montt y el 10 de septiembre, también el Vice-Presidente Fernández Albano, sucediéndole en tan alto cargo el Ministro de Justicia e Instrucción, don Emiliano Figueroa.

Durante ambas vice-presidencias desempeñó la cartera del Interior el Ministro de Relaciones Exteriores don Luis Izquierdo, hasta que en noviembre, por exigencias de los Nacionales y Radicales hubo de integrarse el Ministerio. Había durado el Gabinete Fernández-Izquierdo, 4 meses y 3 días.

XI Ministerio: Rodríguez (noviembre 10 de 1910).—Interior, don Enrique A. Rodríguez (N.); Relaciones Exteriores, don Luis Izquierdo (L. D.); Hacienda, don Carlos Balmaceda (B.); Guerra y Marina, don Carlos Larraín Claro (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Beltrán Mathieu (R.)

Este Ministerio duró en funciones hasta que se hizo cargo del Gobierno el nuevo Presidente, don Ramón Barros Luco, esto es, 1 mes y 12 días.

Durante los 4 años, 23 meses y cinco días que duró el Gobierno de don Pedro Montt, con las vice-presidencias de don Elías Fernández Albano y de don Emiliano Figueroa, hubo, pues, once Ministerios. La duración media de cada uno fué de 4 meses y 21 días.

Administración de don Ramón Barros Luco (1910-1915)

Elegido Presidente en Convención por todos los partidos liberales.

I Ministerio: Ibáñez (diciembre 23 de 1910).—Presidencial.—Interior, don Maximiliano Ibáñez (L. D.); Relaciones Exteriores, don Rafael Orrego (L. D.); Justicia e Instrucción, don Domingo Amunátegui S. (L. D.); Hacienda, don Raimundo del Río (L. D.); Guerra y Marina, general don Aristides Pinto



Miguel Chaga



José R. Gutiérrez



Manuel Salinas



Javier Figueroa

Concha (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Ismael Valdés Vergara (L. D.)

El Ministerio Ibáñez fué censurado el mismo día en que se presentó a la Cámara de Diputados. Permaneció en funciones 19 días.

II Ministerio: Orrego (enero 11 de 1911).—De Alianza Liberal.—Interior, don Rafael Orrego (L. D.); Relaciones Exteriores, don Enrique A. Rodríguez (N.); Justicia e Instrucción, don Aníbal Letelier (B.); Hacienda, don Roberto Sánchez (B.); Guerra y Marina, don Ramón León Luco (N.); Industria y Obras Públicas, don Javier Gandarillas (R.)

En julio 11 de 1911, don Aníbal Rodríguez (N.) reemplazó a don Ramón León Luco en la cartera de Guerra.

Organizada la Coalición Nacional-Balmacedista-Conservadora, cayó el Ministerio Orrego, después de 7 meses 4 días de vida.

III Ministerio: Gutiérrez (agosto 15 de 1911).—De Coalición.—Interior, don Ramón Gutiérrez (C.); Relaciones Exteriores, don Enrique A. Rodríguez (N.); Justicia e Instrucción, don Benjamín Montt (N.); Hacienda, don Pedro Nolasco Montenegro (B.); Guerra y Marina, don Alejandro Huneeus (C.); Industria y Obras Públicas, don Enrique Zañartu (B.)

La renuncia del señor Gutiérrez, por motivos particulares, trajo la reorganización del Ministerio, después de 4 meses y 21 días de duración.

IV Ministerio: Ovalle (enero 6 de 1912).—De Coalición.—Interior, don Abraham Ovalle (C.); Relaciones Exteriores, don Enrique A. Rodríguez (N.); Justicia e Instrucción, don Benjamín Montt (N.); Hacienda, don Pedro Nolasco Montenegro (B.); Guerra y Marina, don Alejandro Huneeus (C.); Industria y Obras Públicas, don Enrique Zañartu (B.)

Habiéndose retirado los Nacionales de la Coalición, el Ministerio Ovalle cayó a los 17 días de su formación.

V. Ministerio Tocornal (enero 23 de 1912).—De administración.—Interior, don Ismael Tocornal (L. D.); Relaciones Exteriores, don Renato Sánchez (N.); Justicia e Instrucción, don Arturo del Río (B.); Hacienda, don Pedro N. Montenegro (B.); Guerra y Marina, don Alejandro Rosselot (R.); Industria y Obras Públicas, don Abraham Ovalle (C.)

El acuerdo electoral Liberal Doctrinario-Balmacedista-Conservador, produjo la caída

del Ministerio Tocornal. Había durado 3 meses y 28 días.

VI Ministerio: Rivera (mayo 20 de 1912). Liberal-Balmacedista, con apoyo Conservador.—Interior, don Guillermo Rivera (L. D.); Relaciones Exteriores, don Joaquín Figueroa (L. D.); Justicia e Instrucción, don Arturo del Río (B.); Hacienda, don Samuel Claro Lastarria (L. D.); Guerra y Marina, don Luis Devoto (B.); Industria y Obras Públicas, don Belfor Fernández (B.)

Cayó este Ministerio por desacuerdo con la Cámara de Diputados. Había vivido 2 meses y 19 días.

VII Ministerio: Barros Jara (agosto 8 de 1912).—Liberal-Balmacedista, con apoyo Conservador.—Interior, don Guillermo Barros Jara (L. D.); Relaciones Exteriores, don Antonio Huneeus (L. D.); Justicia e Instrucción, don Enrique Villegas (B.); Hacienda, don Manuel Rivas Vicuña (L. D.); Guerra y Marina, don Claudio Vicuña (B.); Industria y Obras Públicas, don Oscar Viel (B.)

En enero 13 de 1913, este Ministerio sufrió una modificación considerable. Don Enrique Villegas (B.) reemplazó a don Antonio Huneeus, en la cartera de Relaciones Exteriores; don Aníbal Letelier (B.) a don Enrique Villegas en la de Justicia e Instrucción; y don Jorge Matte (L. D.) a don Claudio Vicuña, en la de Guerra y Marina.

En abril 8 de 1913, don Pedro García de la Huerta (L. D.) reemplazó a don Manuel Rivas Vicuña en la cartera de Hacienda.

Al través de estas vicisitudes, el Gabinete Barros Jara vivió 10 meses y 7 días. Lo reemplazó otro de análoga composición política.

VIII Ministerio: Rivas Vicuña (junio 15 de 1913).—Liberal-Balmacedista, con apoyo Conservador.—Interior, don Manuel Rivas Vicuña (L. D.); Relaciones Exteriores, don Enrique Villegas (B.); Justicia e Instrucción, don Fanor Paredes (B.); Hacienda, don Arturo Alessandri (L. D.); Guerra y Marina, don Jorge Matte (L. D.); Industria y Obras Públicas, don Enrique Zañartu (B.)

Habiendo desaprobado la Convención Liberal las relaciones del Partido con los Conservadores, el Gabinete Rivas Vicuña fué substituído por otro de administración, después de 5 meses y 1 día de existencia.

IX Ministerio: Orrego (noviembre 16 de 1913).—De administración.—Interior, don



Vicente Santa Cruz



Luis A. Vergara



Eduardo Charme



Enrique Rodríguez

Rafael Orrego (L. D.); Relaciones Exteriores, don Enrique Villegas (B.); Justicia e Instrucción, don Enrique A. Rodríguez (N.); Hacienda, don Ricardo Salas Edwards (C.); Guerra y Marina, don Ramón Corbalán Melgarejo (R.); Industria y Obras Públicas, don Enrique Zañartu (B.)

En 3 de septiembre de 1914 don Alfredo Barros Errázuriz (C.) entró a reemplazar a don Ricardo Salas Edwards en el Ministerio de Hacienda.

Tres días después, dificultades de orden interno, trajeron la caída del Ministerio Orrego. Vivió 9 meses y 20 días.

X Ministerio: Charme (septiembre 6 de 1914).—De administración.—Interior, don Eduardo Charme (L. D.); Relaciones Exteriores, don Enrique Villegas (B.); Justicia e Instrucción, don Ruperto Alamos (N.); Hacienda, don Enrique Oyarzún (R.); Guerra y Marina, don Alfredo Barros Errázuriz (C.); Industria y Obras Públicas, don Absalón Valencia (B.)

El Gabinete Charme sólo duró 9 días, siendo reemplazado por otro del mismo carácter.

XI Ministerio: Barros Jara (septiembre 15 de 1914).—De administración.—Interior, don Guillermo Barros Jara (L. D.); Relaciones Exteriores, don Manuel Salinas (B.); Justicia e Instrucción, don Absalón Valencia (B.); Hacienda, don Alberto Edwards (N.); Guerra y Marina, don Alfredo Barros Errázuriz (C.); Industria y Obras Públicas, don Julio Garcés (R.)

Organizada la Coalición Nacional-Balmacedista-Conservadora, el Ministerio Barros Jara cayó después de tres meses de vida.

XII Ministerio: Montenegro (diciembre 15 de 1914).—De Coalición.—Interior, don Pedro Nicolás Montenegro (B.); Relaciones Exteriores, don Alejandro Lira (C.); Justicia e Instrucción, don Absalón Valencia (B.); Hacienda, don Alberto Edwards (N.); Guerra y Marina, don Ricardo Cox Méndez (C.); Industria y Obras Públicas, don Cornelio Saavedra (N.)

Habiéndose retirado del Ministerio el señor Montenegro, fué éste reorganizado. Había vivido 5 meses y 14 días.

XIII Ministerio: Rodríguez (mayo 29 de 1915).—De Coalición.—Interior, don Enrique A. Rodríguez (N.); Relaciones Exteriores, don Alejandro Lira (C.); Justicia e Instrucción, don Absalón Valencia (B.); Hacienda,

don Alberto Edwards (N.); Guerra y Marina, don Ricardo Cox Méndez (C.); Industria y Obras Públicas, don Cornelio Saavedra (N.) Faltándole mayoría en el Senado, el Gabinete cayó después de 8 días de vida.

XIV Ministerio: Villegas (junio 7 de 1915).—De administración.—Interior, don Enrique Villegas (B.); Relaciones Exteriores, don Alejandro Lira (C.); Justicia e Instrucción, don Samuel Claro Lastarria (L. D.); Hacienda, don Alberto Edwards (N.); Guerra y Marina, don Guillermo Soubllette; Industria y Obras Públicas, don Fernando Freire (L. D.)

Formado para dar garantías a todos los partidos, el Gabinete Villegas, después de haber presidido las elecciones presidenciales, renunció por desacuerdo con la Cámara de Diputados, en la discusión del proyecto de contribuciones.

XV Ministerio: Barros Jara (diciembre 15 de 1915).—Presidencial.—Interior, don Guillermo Barros Jara (L. D.); Relaciones Exteriores, don Rafael Orrego (L. D.); Justicia e Instrucción, don Gregorio Amunátegui (L. D.); Hacienda, don Manuel García de la Huerta (L. D.); Guerra y Marina, capitán de navío, don Guillermo Soubllette; Industria y Obras Públicas, don Pedro Felipe Iñiguez (L. D.)

El Gabinete Barros Jara acompañó al señor Barros Luco los ocho últimos días de su administración.

En los cinco años de la administración Barros Luco, se sucedieron, pues, quince Ministerios, con una duración media de 4 meses.

Tal ha sido y es nuestra anarquía política. En menos de 30 años se han sucedido 78 Gabinetes. Su permanencia en el Gobierno ha sido por término medio de 4 meses y 17 días.

La enfermedad no lleva miras de mejorar ni de agravarse tampoco. Los Ministerios duran por término medio 7 meses y 5 días en el Gobierno de don Jorge Montt, 5 meses en el de don Federico Errázuriz, 4 meses y 21 días en el de don Pedro Montt, 4 meses y 9 días en el de don José Manuel Balmaceda, 4 meses en el de don Ramón Barros Luco y 3 meses 17 días en el de don Germán Riesco.

De estos Ministerios sólo dos han pasado el año: el de don Pedro Montt en la administración de don Jorge Montt, y el de don Carlos Walker Martínez, en el de don Federico Errázuriz. Ambos fueron Gabinetes de Coalición.

El Ministerio del Interior es el de vida más



Agustín Edwards



Maximiliano Ibáñez



Rafael Orrego



Abraham Ovallín



Guillermo Rivera

...afinera, ya que hemos visto que ha sido de 4 meses y 17 días. Los Ministros de Obras Públicas han vivido un poco más... 4 meses y 23 días uno con otro... Vienen después los Ministros de Guerra con 4 meses y 26 días de vida media... Los de Justicia y Hacienda han alcanzado a 5 meses y 3 días, y, por último, los Ministros de Relaciones Exteriores han obtenido un verdadero prodigio de longevidad... 5 meses y 25 días.

De los 425 Secretarios de Estado de las seis últimas administraciones, ninguno ha permanecido en su puesto 2 años completos, y sólo 18 han vivido ministerialmente más de un año, siendo de notar que sólo 8 han pasado de 1 año y 1 mes de vida, y únicamente 3 más de un año y medio.

He aquí los nombres de estos 18 Ministros de más de 1 año:

Don Vicente Dávila Larraín, Obras Públicas: 1 año, 10 meses, 17 días.

Don Enrique Villegas E., Relaciones Exteriores: 1 año, 8 meses, 2 días.

Don Agustín Edwards Ross, Hacienda: 1 año, 6 meses, 24 días.

Don Alberto Edwards, Hacienda: 1 año, 3 meses.

Don Enrique Zañartu, Obras Públicas: 1 año, 2 meses, 22 días.

Don Federico Puga Borne, Relaciones Exteriores: 1 año, 2 meses, 17 días.

Don Carlos Walker Martínez, Interior: 1 año, 2 meses, 13 días.

Don Manuel Salinas, Hacienda: 1 año, 1 mes, 12 días.

Don Demetrio Lastarria, Relaciones Exteriores: 1 año, 17 días.

Don Enrique A. Rodríguez, Relaciones Exteriores: 1 año, 12 días.

Don Agustín Edwards M. C., Relaciones Exteriores: 1 año, 10 días.

Don Rafael Sotomayor, Hacienda: 1 año, 9 días.

Don Ascanio Bascuñán, Guerra y Marina: 1 año, 6 días.

Don Pedro Montt, Interior: 1 año, 4 días.
Don Ventura Blanco, Relaciones Exteriores: 1 año, 4 días.

Don Alejandro Vial, Hacienda: 1 año, 4 días.

Don Rafael Balmaceda, Justicia: 1 año, 1 día.

Don Alejandro Lira, Relaciones Exteriores: 1 año.

Ha habido, en cambio, 13 Ministros que no han completado dos semanas en el Gobierno.

El record en este punto lo ha batido don Alfredo Barros Errázuriz, que sólo permaneció 3 días en el Ministerio de Hacienda.

En cuanto a la estabilidad ministerial bajo los diversos regímenes políticos que se han sucedido, en estos 29 años, 3 meses y 5 días, las siguientes cifras pueden ser instructivas.

Hemos tenido 17 Ministerios liberales de centro, que han gobernado en conjunto 7 años, 11 meses y 6 días, o sea, con una vida media de 5 meses y 18 días; 20 Ministerios de Coalición, que han gobernado 7 años, 6 meses y 14 días, con una vida media de 4 meses y 17 días; 20 Ministerios de Alianza Liberal, que han gobernado 7 años y 1 día, con una vida media de 4 meses y 7 días; y 21 Ministerios presidenciales o de administración, que han gobernado 6 años, 9 meses y 14 días, con una vida media de 3 meses y 27 días.

Como se ve, la Alianza y la Coalición andan patas, nada tienen que echarse en cara la una a la otra... Los Ministerios de centro tampoco tienen muchos motivos para estar soberbios, porque si les agregamos los presidenciales o de administración que han tenido ese carácter, su duración media quedará considerablemente rebajada...

NOTA.—A lo anterior llaman en Chile un sistema de Gobierno.



Guillermo Barros



Manuel Rivas



Pedro Montenegro



Enrique Villegas



IR POR LANA...

Por

M. J. ORTIZ

Dibujo de Alvarez

Cuando murió Miguel Muñoz, alias el Bochinche, no lo sintieron gran cosa ni su mujer, ni sus hijos, ni los vecinos serios y respetables de la aldea. Los únicos que lamentaron su pérdida y derramaron, entre copa y copa, algunos lagrimones a su memoria, fueron los habituales visitantes de las niñas Copetonas (las llamaban así por el moño desmedido que llevaban en la cabeza), en cuyo despacho de licores gastaba el difunto con sus amigos cuanto centavo le venía a las manos.

Y hay que advertir que estos centavos eran el pan de sus hijos y de su mujer, porque si el marido era ocioso y perdulario, la pobre Juana de Dios era laboriosa y económica como ninguna, y cuando él estaba en el bodegón, divirtiéndose con sus amigos y, según su costumbre, cantando y llorando la borrachera, estaba ella en casa lavando y aplanchando ropa ajena, cultivando su huerto o remendando los pingajos con que vestía a sus chiquillos; y a fines del mes, cuando la Juana cobraba el pago de los lavados, el Bochinche se lo robaba o se lo quitaba a viva fuerza para dejarlo íntegro en manos de las Copetonas, en cambio del vino y del aguardiente que le habían dado a crédito, confiadas en que, mientras trabajara la mujer, al marido no le faltaría con qué pagar.

El día en que el borracho cogió un tardillo de esos que no perdonan, su víctima lo cuidó con santa abnegación, y cuando la enfermedad dió con él en el cementerio, ella lo lloró como buena esposa durante un rato; pero luego enjugó sus lágrimas y se dió con más ahínco que antes al lavado, al remiendo y al cultivo del pedacito de sitio que, con una casaca que se caía de vieja por todos lados, era el

único bien de fortuna que había escapado a los derroches del vicioso disipador.

Y así fué tirando durante algún tiempo y adquiriendo cierto desahogo y hasta nuevas carnes y buen color, pues ya no tenía encima la pesadilla de su marido, cuando de repente le sobrevino una nueva y más grande calamidad. Un día llegó a la escuela bañada en lágrimas y pidió hablar con el preceptor.

—Ay, señor! ¿Por qué seré yo una mujer tan desgraciada? le dijo sollozando. ¡Ese hombre, en vida y en muerte, ha sido mi cruz!

—¿Qué le sucede, Juana de Dios?

—Que mientras estuvo vivo no me dejó arribar con su ociosidad y su borrachera, y ahora por causa de él me quitan mi casa y voy a quedar sin tener dónde caerme muerta!

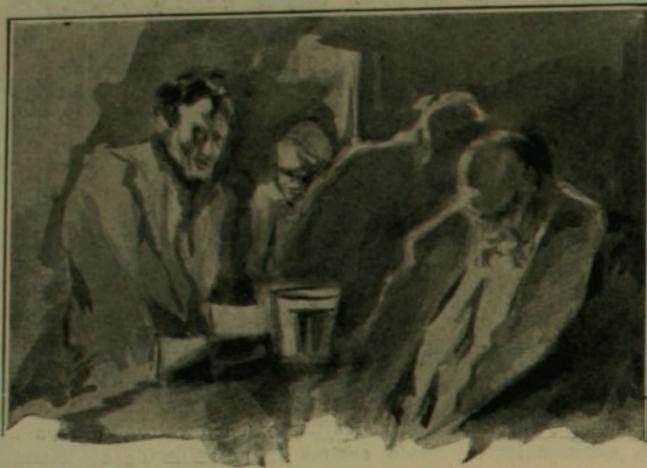
—¿Cómo es eso? ¿Quién le quita su casa?

—Don José Ignacio, que ya me mandó al receptor con un documento por doscientos pesos que le firmó el finado y que ya son como trescientos con los intereses. Como yo no puedo pagarle, ya me ha demandado y me tiene notificada. ¡Y con qué le pago yo, señor de mi alma, si tan pronto como gano un cinco con el lavado, ya está comido en pan por esas cuatro bocas que tengo que alimentar!

La cuita de la pobre lavandera conmovió al maestro profundamente, pero, ¿qué podía hacer él para consolarla? Si hubiese tenido los trescientos pesos, se los habría pagado a don José Ignacio y asunto concluido; pero, ¿de dónde iba a sacarlos siendo preceptor?

—¿Y Ud. conocía esa deuda de su marido? le preguntó.

—No, señor, no sabía nada. Creía que



a nadie le debía un cobre, fuera de las Copetonas, y ahora resulta que esa plata se la prestó hace cuatro años don José Ignacio, y yo nunca le ví un peso en el bolsillo, porque él siempre andaba pidiéndome con qué tomar... ¡Haga algo, señor, para que no me quiten mi pobre rancho! Ya don José Ignacio me mandó recado para que arregláramos a la buena, diciéndome que tasáramos la casita en cuatrocientos pesos, que él se quedaría con ella en pago de la deuda y que me daría los otros cien para que pagara arriendo. ¿Dónde me meto yo con mis chiquillos si me quitan mi casa? ¿Habrás visto, señorcito de mi alma, una criatura más desgraciá?

Y seguía la infeliz llorando y gimiendo de tal modo que partía el corazón, y tanto lloró y gimió, que el maestro tuvo que prometerle que hablaría con el juez de subdelegación, ante quien estaba la demanda, y que, si era necesario, consultaría a un abogado de la ciudad sobre si había o no manera de evitar el embargo.

Pero él mismo carecía por completo de fe en el éxito de esa diligencia. Don José Ignacio, a quien llamaban el Tiburón, era un pillo de siete suelas, que se había tragado muchas veces bocados más suculentos que la casita de la viuda, por el mismo o por análogos manejos, y como era además habilísimo tinterillo, hacía las cosas de tal manera que no dejaba resquicio alguno por donde pudiera descubrirse su pi-

cardía. Así fué que sólo por cumplir su promesa el maestro se presentó al día siguiente, antes de la hora de audiencia, al despacho de don Pacífico, el juez de subdelegación.

Apenas supo el objeto de su visita, le dijo el digno magistrado:

—Para mí, esto no es sino una bribonada de ese canalla de José Ignacio; pero ¡mire usted qué bien hecha!

Y le alargó el documento, que el Tibu-

rón había agregado al escrito de demanda.

Era, en efecto, una pieza acabada de pillería, un pagaré en debida forma escrito en papel sellado, con la firma del finado Bochínche imitada a la perfección y con las de tres testigos, de todos los cuales juntos no podía formarse la tercera parte de un hombre honrado.

—Si los testigos reconocen su firma, síguilo diciendo don Pacífico, la cosa no tiene vuelta para la pobre Juana de Dios. Para esta tarde los tengo citados, lo mismo que a la viuda y a José Ignacio.

No se cansaba el maestro de observar aquel documento sospechoso que iba a arrojar en la más espantosa miseria a toda una familia. ¿Cómo habían podido imitar tan bien la firma del Bochínche, hasta con los rasgos temblorosos que dejaba en ella su pulso de borracho? ¿No habría allí un calco que hubiera dejado rastros por donde pudiera descubrirse la falsificación? Se puso, pues, a mirar aquella, letra por letra, por el derecho y por el revés, con la paciencia de un arqueólogo que trata de descifrar un jeroglífico, animado por un deseo inmenso de hallar alguna huella que lo llevase al descubrimiento evidente de aquella maldad. De pronto, cuando iba ya perdiendo toda esperanza, vió... vió algo que lo dejó helado, algo que le produjo el efecto de una descarga eléctrica, conmoviéndolo de pies a cabeza. Estuvo a punto de lanzar

un grito, pero se contuvo con grandes esfuerzos. Alargó el documento a don Pacífico y le dijo, fingiendo tranquilidad:

—Señor juez, sírvase citarme a mí también para esta tarde, como testigo. Yo puedo probar que ese pagaré es falsificado.

—¿Qué dice Ud? ¿Puede probar eso... con toda seguridad?

—Sí, señor, con toda seguridad.

—¿De modo que no quede ninguna duda?

—De tal modo que sólo un ciego podrá dudar.

—Pero, ¿cómo? ¿No es ésta la firma del Bochinche, según todas las apariencias? ¿No son estas otras las del Zorro, el Caita y el Renegado, que figuran como testigos?

—Esta tarde lo ha de ver, señor don Pacífico, y entretanto vaya pensando en el castigo que ha de aplicar a los falsificadores...

Y dejó al digno magistrado lleno de asombro y pensando, sin duda, que el maestro se había vuelto loco de atar.

Aquella tarde el preceptor faltó a una clase por asistir al comparendo. Allá fueron llegando después de él la pobre viuda, envuelta en su verdoso mantón y agobiada de tristeza; el pilla del Tiburón, muy ufano y altanero, y los tres bribones, sus cómplices, con caras serias y compungidas, como de hombres honrados que cumplen a pesar suyo un penoso deber.

Momentos después empezó la audiencia.

—Juana de Dios, dijo don Pacífico con voz solemne, don José Ignacio se presenta cobrándote doscientos pesos con sus intereses, que, según consta de este documento, le prestó a tu marido. ¿Estás dispuesta a pagar?

—¿Con qué quiere que le pague, señor don Pacífico, si no tengo un centavo?

—Ante todo, ¿reconoces la deuda? ¿Es la firma de tu marido?

—Así firmaba, señor, pero ¡no puede ser!

—¿Cómo es eso! ¿Por qué crees que no puede ser? Mira que tu marido firmó ante testigos. A ver, que se acerquen los testigos!

El Caita, el Zorro y el Renegado se acercaron a la mesa, siempre con sus caras hipócritas, pero sin ninguna vacilación.

—¡Hagan la cruz!

Y los tres bribones alargaron la mano derecha, formando con el índice y el pulgar el signo de la verdad.

—¿Jurán Uds, que vieron al finado Miguel Muñoz, el Bochinche por mal nombre, firmar este pagaré?

—Sí, juramos, contestaron a una voz los tres facinerosos.

—Bueno, dijo don Pacífico; ya lo ves, Juana de Dios, no hay más que pagar. Y como no tienes otra cosa que tu casita...

—Un momento, señor don Pacífico, le interrumpió el maestro. Yo aseguro que es falsificada la firma de ese pagaré, y acuso al demandante y los tres testigos de falsificadores y de perjuros...

Un rayo caído sobre ellos no habría anonadado más a los cuatro zascandiles.

Miraron al maestro con los ojos agrandados enormemente por la sorpresa y el temor y se quedaron mudos. Pero luego se repuso el Tiburón y le respondió con voz amenazadora:

—Fíjese en lo que dice el señor preceptor, porque tendrá que probarlo!

—Nada más fácil, respondió el maes-



tro. ¿Quiére el señor don Pacífico leer la fecha del pagaré.

—15 de marzo de 1895, leyó el juez.

—¿Quiére a hora hacerme el favor de leer la "marca de agua" del papel en que está escrito?

No sabía don Pacífico lo que era la marca de agua, así fué que el maestro tuvo que agregar:

—La marca de agua sólo puedo leerse poniendo el papel contra la luz.

Hízolo así el juez y leyó con cierta dificultad y todavía sin comprender: "Bienio de 1897-1898.

—¿Quiéren ahora explicar el demandante y los testigos, agregó el maestro con aire triunfante, cómo pudo el Bochinche firmar este pagaré en un papel que aún no había sido fabricado o por lo menos entregado a la circulación?

Don Pacífico comprendió entonces y soltó un grito que parecía un rugido:

—¡Sí, los bribones! ¡Sargento Perera! póngase en la puerta y que no salga nadie! ¿Habíase visto cosa semejante? ¡Bandidos, más que bandidos! ¡Y con una pobre viuda honrada y trabajadora, como la Juana de Dios! Si yo pudiera, los hacía fusilar. Pero de aquí mismo pasan a la cárcel y mañana temprano al juzgado de letras. Y si el juez no los seca en pri-



sión, será la mayor injusticia que pueda cometer!

Y a la cárcel fueron de allí, efectivamente, custodiados por la policía y por el mismo juez de subdelegación. Pero como éste era un magistrado medio patriarcal que, cuando lo creía necesario, hacía las leyes y las aplicaba, en vez de mandar al Tiburón y a sus cómplices ante el juzgado de letras, les impuso la pena de pagar entre todos a la Juana de Dios los trescientos pesos que ellos le cobraban con tan malas artes,

sentencia que acataron y cumplieron casi agradecidos, ante la amenaza del carcel seguro que les aguardaba.

En cuanto al maestro, aquel ruidoso triunfo judicial le trajo una gran satisfacción y muchas desazones: la primera, el agradecimiento sin límites de la Juana de Dios, que desde entonces no quiso en manera alguna recibirle los tres pesos mensuales que antes le cobraba por el lavado; y las segundas las penas negras que tuvo que pasar para verse libre de otros muchos litigantes que le exigían que se encargase a cualquier precio de defender sus derechos ante la justicia...

¡Infeliz! ¿Por qué no dejó entonces el magisterio y abrazó la carrera de tinterillo?



Encantos de la casa moderna

Por

ANGEL PINO

Dibujos de Coke

El inmenso entusiasmo con que la humanidad recibió la invención del aeroplano no ha igualado, por cierto, el que acogió el descubrimiento de la rueda. Yo me figuro a ese hombre primitivo y perezoso a quien la tribu despreciaba por su inutilidad, meditabundo, en la rama de un árbol disputándole las nueces a los monos y viendo llegar a sus compañeros arrastrando por el suelo sobre enormes ramas y troncos las piedras para construir la casa y los venados muertos para acumular charqui para el invierno. Me lo figuro sonriendo con ironía de todo ese trabajo mal aprovechado y dándose esa palmada en la frente que ha precedido toda invención. Tal vez un día se marchó solo con una hacha al hombre y volvió como un triunfador precediendo una verdadera carreta de burdas ruedas hechas de una sola pieza—como torrejitas de troncos—tirada por un buey, o, si se quiere, por un toro. ¡Qué locura sería la de la tribu!

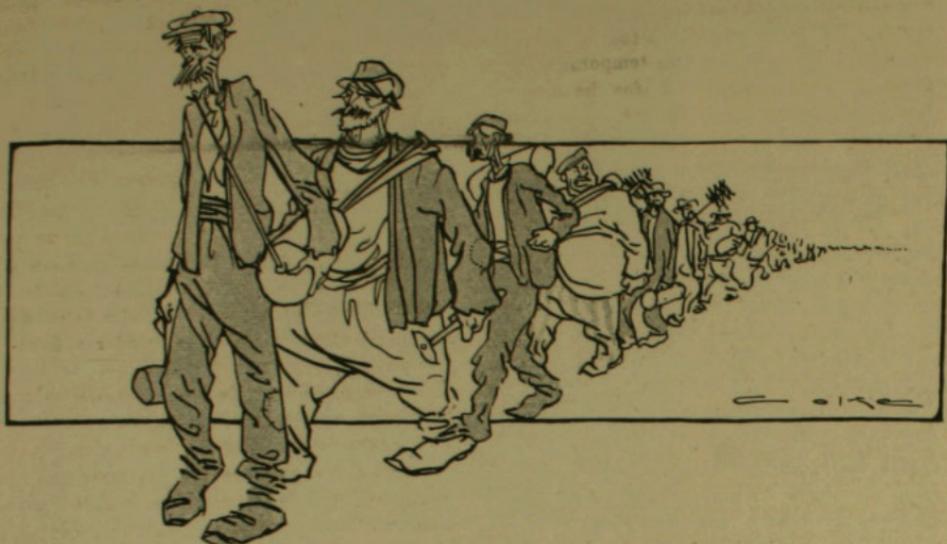
Pues bien, yo espero igual frenesí para celebrar el descubrimiento que nos permita darnos baños calientes bajo techo, con oprimir una sola vez el timbre eléctrico o dar vueltas el conmutador o arrojar un comprimido a la tina. Porque la humanidad, principalmente la humanidad santiaguina, es esclava de un reducido grupo de hombres de perversas inclinaciones y de infinita

torpeza, que se dan a sí mismos el nombre de gasífers y no podrá prescindir del tributo de dinero y de salud que ellos le extorsionan mientras exista el calentador automático de baño llamado Cálifon, sea de tipo cilíndrico o cúbico, de níquel o de cobre, de mármol o de celuloide o de papel mascado o de... cualquier cosa.

Pero no precipitemos los acontecimientos. Hagamos un poco de historia. El origen del calentador de baños se pierde en la noche de los tiempos. Tubalcaín que, según el Libro Santo, inventó la corneta-pistón y utilizó de diversas maneras el bronce, no soñó siquiera en esta máquina que sobre una consola en un rincón de los hogares trama tranquilamente nuestra ruina. Los hombres dejaban entonces al calor solar el cuidado de entibiarles el agua. Aún nosotros hemos visto, en el patio interior de las viejas casas, una tina de latón colocada bajo los rayos directos del sol y las

mira das cálidas de la cocinera, preparada para el baño anual del dueño de casa. Pero también hemos conocido al sistema que siguió inmediatamente al aprovechamiento del Astro Rey—como llaman los poetas al sol cuando necesitan de tres sílabas que no los comprometan a nada,—y era el famoso calentador a carbón que tonía la apariencia de un barco de guerra y provocó en la infan-





cia soñadora muchas vocaciones de marinos. Era un aparato de latón que hacía en cada esquina, un maestro cualquiera, compuesto de un cañón chato y grueso para introducir el combustible y de otro más largo y estrecho para ventilar el interior. La máquina nadaba en el agua y lograba preparar un baño quitado el hielo en cerca de seis horas.

Pero he aquí que la mecánica moderna, descontentadiza siempre y aconsejada por el demonio que ya había lanzado al mundo sus primeros gasífers, vende el calentador a gas. ¡Qué lujo, qué comodidad! Así como ahora se invita a una persona para ir a ver una galería privada, se llamaba entonces a las relaciones para observar el calentador de gas en funciones. Hubo santiaguino acaudalado que recibió a sus relaciones como Marat a Carlota Corday, dentro del agua; pero sin las consecuencias. Tenía, sin embargo, esta máquina sus peligros y, como toda conquista del progreso, costó algunas vidas humanas y también algunas lágrimas. Era necesario, naturalmente, dar primero el agua y encender después el quemador de gas; pero con frecuencia se alteraba el orden de la operación y numerosas criadas andaban con el pelo y las cejas quemadas, algunas con más graves deterioros a consecuencia de la explosión. Una señora retiró su calentador, pues le echó la culpa del malestar de una de sus sirvientas, que tuvo después un hijo, y sólo entonces con-

fesó que era casada. Algunos de estos aparatos metían más ruido al marchar que toda una fábrica; trepidaciones sordas y a veces notas bajas de tubos de órgano llenaban el silencio del hogar.

¿Cómo no íbamos a recibir alborozados el invento del Cálifon? ¡Oh, gran Cálifon!... Pero no avancemos demasiado. Esta máquina tenía la ventaja inapreciable de calentar el agua por el simple acto de dar vueltas a la llave que tiene la indicación **Hot**. Usted mueve la **Hot** y se enciende una parrilla de luces silenciosa. El agua comienza en el acto a despedir vapor. Naturalmente, antes de ésto, ha debido encenderse un pequeño quemador o mariposa que corre horizontalmente sobre la parrilla. Pero antes de esto todavía, usted ha debido arreglar su cañería de gas y de agua y hasta cambiar el medidor; si es preciso. Es decir, el Cálifon en marcha representa la friolera de seiscientos pesos, (S. E. u O.)

El Cálifon es un aparato moderno y, como moderno, sujeto a intermitencias de salud y de carácter. Además, es inglés y sufre de spleen. El Cálifon necesita hacer diario ejercicio, estar aseado, no tener nada alemán por delante. Es de una susceptibilidad atroz y tan pronto se introduce una mano de obrero en sus entrañas cuando se apoderan de su funcionamiento disturbios verdaderamente irlandeses. Así como el sistema parlamentario se aplica solamente a los países muy civilizados,

los califones de todo sistema son aconsejables solamente para las personas que se bañan con regularidad. Pero ocurre que todo el mundo se ausenta de la casa por una temporada. Al regreso de vacaciones el Cálifon ha adoptado siempre la actitud prescindente que causa la desesperación de sus clientes.

Desde entonces tomé yo conocimiento personal del gasfiter amestrado o en libertad. El hermoso, el radiante, el bruñido Cálifon que había adquirido en moneda de 18 peniques, había perdido su voluntad. Era tan inútil dar vueltas a la llave **Hot** como a la llave **Cold**; el aparato daba pequeños resplandores y se extinguía, o bien no se alteraba en absoluto; como si fuera un bloque de cobre electrolítico. Entonces pregunté por un gasfiter entendido. El amigo a quien consulté lanzó una carcajada histérica como en las novelas; pero no estaba loco. Me dijo en seguida que era más fácil encontrar un buen Ministro de Hacienda que un buen gasfiter. Pero como la cosa era urgente resolví llamar al primero que me deparara la suerte, así, sin adjetivo; bueno, regular, malo o pésimo. Después he comprendido que todo gasfiter tiene un mismo grado de preparación, como los **compositores** de los campos y que sus éxitos dependen de la casualidad.

El primero llegado a casa era "el compadre **Juandinacio**", llamado así por el sirviente. Venía acompañado de un perrito negro y de algunas tenazas y llaves inglesas, más un tarro con pintura y un puñado de estopa. Olfía todo entero a gas y a agua potable, a cañería y a carbón de piedra. Sonrió con visible aire de superioridad al ver mi Cálifon descompuesto. Depositó ruidosamente sus herramientas en el suelo y comenzó a retirar tuercas y a sacar tornillos. ¡Qué competencia demostraba ese modesto obrero! Yo escribí ese mismo día un artículo nacionalista exaltando las cualidades de inventiva de nuestra raza; porque "el compadre **Juandinacio**" retiró dos o tres varas de cañería por inútiles. "Cosas de los gringos"—dijo con aire despreciativo. En seguida me manifestó que todo estaba bien y que el agua salía a 40° a la sombra. Cobró por esto la módica suma de veinticinco pesos. En efecto, el

agua salía caliente; pero en escasa cantidad; la llave parecía un gotario. El compadre **Juandinacio** había aumentado la temperatura disminuyendo el líquido. Pero ésto no habría sido nada, porque, a poco andar, comenzó a salir del interior de mi Cálifon un lamento desgarrador y después el bullicioso e isócrono resoplido de un émbolo. Cuando me acercaba a observar tan extraños síntomas una explosión me paraliza y luego salta un verdadero penacho de volcán compuesto de lava, agua caliente y metales derretidos. Escapé milagrosamente de las quemaduras y cerré las llaves precipitadamente.

Fuíme entonces a la casa importadora donde había comprado mi máquina y encontré allí otras muchas aguardando a los clientes incautos y admiradores del moderno confort, cuya tranquilidad iban a perturbar. Precisamente, el vendedor le decía en ese momento a una señora del sur que ostentaba dos brillantes en sus orejas, un pequeño marido en el brazo derecho y una gran bolsa de mostacilla repleta de dinero en la mano izquierda: "—Llévese usted este grande, señora; hemos vendido cien en la semana. Doña Isabel Andonaegui de Irriberrizaga ha pedido dos por teléfono, uno para sus sirvientas y el otro para su hijo que se casa con una millonaria del



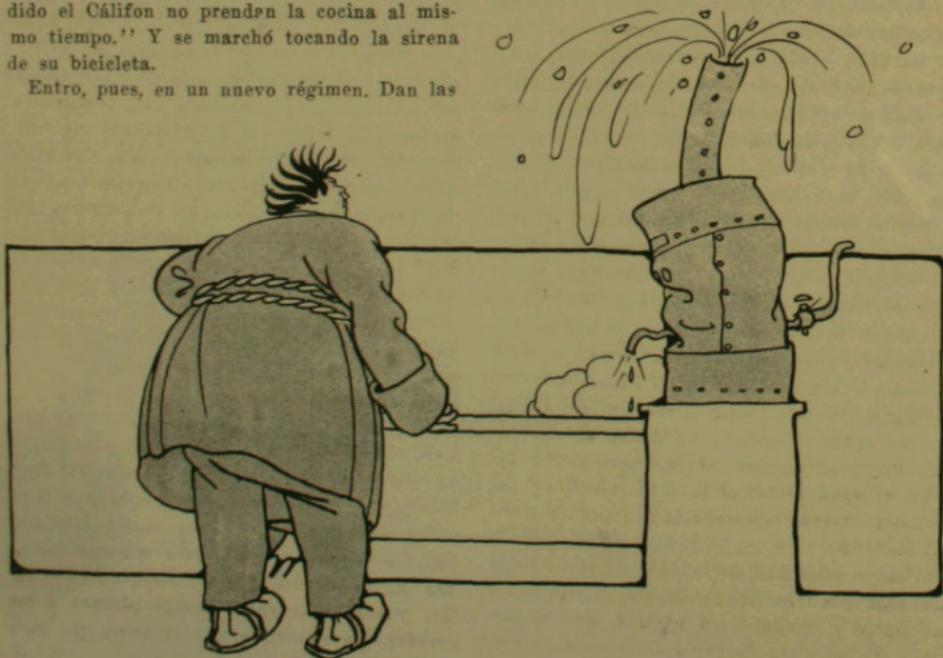
Tucumán. No tema usted interrupciones ni descomposturas. Este Cálifon es eterno..." Yo me ruboricé ligeramente y disparé mi obús:—"Necesito en el acto un gasfiter que vaya a componer mi Cálifon que ha hecho explosión". El vendedor da un salto, me mide con la mirada, llama en voz alta, apunta palabras incongruentes en una libreta, derriba una barra de níquel al avanzar, la apoya contra la señora en vez de dejarla en la mesa; en fin, la confusión y el pavor. En dos palabras se me promete un gasfiter y corro a mi casa.

El nuevo gasfiter se llama **Mister**, llega en bicicleta, usa casquete de paño verde metido hasta las cejas y anteojos de automovilista. Una vez colocado frente al aparato pronuncia su sentencia:—"Aquí ha estado un animal—Sí, efectivamente, un maestro del barrio.—¿Dónde están los cañones que sacó?—Helos aquí.—Pues bien, hay que ponerlos." Los cañones quedan puestos y la máquina marcha regularmente. "Lo que se necesita,—dice con lenguaje sentencioso,—es un medidor más grande; hay poco gas. Llame a la Compañía." "—¿Cuánto vale este trabajo?—Cuarenta pesos." Una vez que el **Mister** colocó los billetes en su cartera me dijo:—"Olvidaba recomendarle que, cuando esté prendido el Cálifon no prenden la cocina al mismo tiempo." Y se marchó tocando la sirena de su bicicleta.

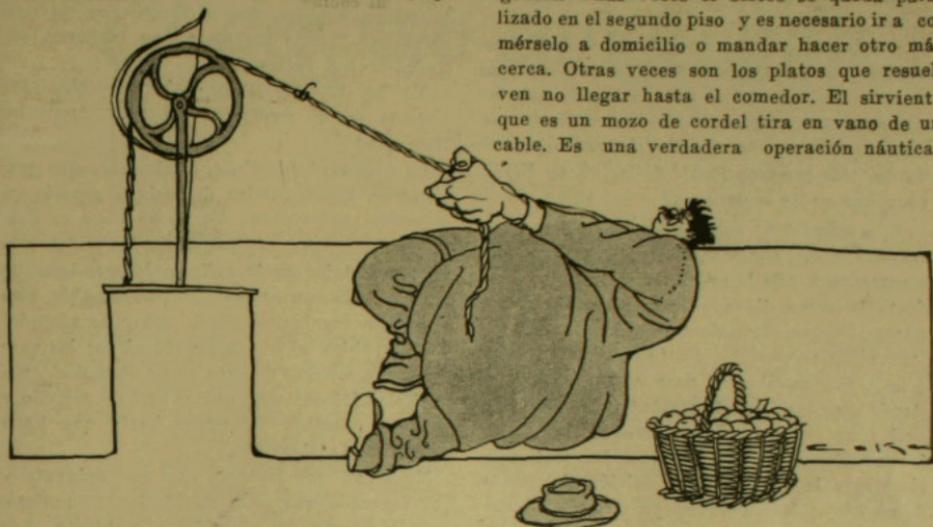
Entro, pues, en un nuevo régimen. Dan las

diez de la mañana, enciendo el Cálifon, doy vuelta la llave **Hot** y despacho un mensajero o mensajera que grita en la escalera:—"¡Emperatriz! (mi cocinera se llama Emperatriz). No pongas los huevos porque el patrón se va a meter al baño. Otras veces el extraño diálogo tiene lugar en la mesa."—"Estos pejerreyes parecen crudos.—Tú tienes la culpa. Has estado en el baño toda la mañana." Un visitante que oyera estas palabras creería que yo me alternaba en el agua con una familia de pejerreyes. Aunque el **modus vivendi** podría prolongarse, esta situación subalterna del baño ante la cocina se me hace insoportable.

Me olvido decir que vivo en una casa moderna. La casa antigua produce pulmonías, dolores reumáticos y otros males; pero la casa moderna produce toda clase de pequeñas incomodidades. Las puertas y ventanas de la casa moderna se hacen por grandes cantidades y son todas iguales en todas las casas edificadas en los últimos cuatro años. Tienen la propensión de dar estampidos por la noche y de abrirse en las más caprichosas grietas por las cuales puede asomarse un ojo entero y ver lo que se hace en el interior de un cuarto. Además, tienen todas aberturas



en la parte superior, llamadas tragaluces. Estos tragaluces no tienen otro objeto que obligar a tapparlos con un género azul plegado o con cualquiera otra substancia que no deje pa-



chas partes del globo terráqueo y son suaves, silenciosos, livianos. La industria nacional ha inventado uno que hace la tortura de las gentes. Unas veces el biftec se queda paralizado en el segundo piso y es necesario ir a comérselo a domicilio o mandar hacer otro más cerca. Otras veces son los platos que resuelven no llegar hasta el comedor. El sirviente que es un mozo de cordel tira en vano de un cable. Es una verdadera operación náutica.

sar el sol o la luz donde no es necesario tragarlos. Además, si la puerta tiene cristales hasta abajo, la chapa estará al término de los cristales, a la altura de la rodilla del hombre. Como usted se inclinará cien veces en el día para abrir o cerrar una puerta, adquirirá un mal de cintura que no se aliviará por el Urodonal. Pero ésto no sería nada si quedara una sola perilla en su sitio, un solo picaporte o llave sin quebrarse, después de diez días de usar la casa. No, la ferretería de lujo, queda hacinada en un cajón y no será posible en pocos días clausurar ninguna puerta. Entre estas novedades de la casa moderna figura el capricho de no poner ventilador alguno en el cuarto del baño. A pesar de mis reclamos no lo obtuve y como el quemador de gas lanza al techo una menuda lluvia de hollín, el vapor de agua de mis baños calientes me lo devuelve sobre la cabeza en forma de lluvia. Por las paredes, por las puertas, corren los hilos de agua arrastrando el carboncillo y dejan una serie de pequeñas fajas grises que son un encanto.

Otra peculiaridad de la casa moderna es el ascensor que trae del tercer piso la comida y los platos y devuelve en seguida todo el servicio. Yo he visto de estos ascensores en mu-

Después de inútiles tentativas pide refuerzos y entra de la calle el vendedor de fruta, hombre hereúleo que se cuelga a dos manos de la sogá. De pronto el ascensor se desprende bruscamente y cae contra el suelo. Los platos se quiebran todos. Hay que decir eso sí, en honor de la verdad, que se quiebran medio a medio, en dos partes perfectamente iguales. Un día sacamos de debajo del aparato a una criada que había cambiado de forma.

Esta pequeña digresión sirve para demostrar la cantidad de mecánicos que deben entrar a una de estas casas que podríamos llamar "artificiales". Después de la visita del Mister, a que me he referido más arriba, han venido a la mía dieciséis gasfitters de diversas edades, nacionalidades y tarifas. Eso sí; la dolorosa experiencia de los primeros me ha manifestado la necesidad de no pagar a ninguno mientras mi Cálifon no quede reparado. Uno de estos últimos visitantes es orador y partidario de la jornada de ocho horas. Pero no debe de ser muy sincero porque si a él lo obligaran a trabajar siquiera cuatro, bien trabajadas, se moría. Cada diez minutos descubre que se ha quedado algo olvidado en el taller y sale a la calle. Dirige piropos a las criadas, frases insidiosas a la gente que pasa

en coche y miradas de entendido a los carteles que anuncian nuevas películas. Demoró tres días en declararse impotente para hacer más daño a mi Cálifon. Ya no tenía tuerca que echar a perder.

¡Oh jóvenes que escucháis la vocación esotérica cuando llegan a Santiago actores que pronuncian mal! ¡Por qué no hacéis una revista en que salga un coro de salvajes que canten: "Somos los gasfiter", con la música de "los camaroncitos" de la "Gran Vía", para que nadie la conozca?

Y, a propósito; noto que se me viene encima una atroz responsabilidad. ¿Se puede decir gasfiter? "Se lo preguntaremos a don Perfecto",—como dicen en una pieza de Eche-garay. Declaro formalmente a los autores de "vocablos propios" o de "alocuciones impropias", que escribo, no para entrar a la Academia o sentar fama de atildado, sino para que entiendan cuantos quieren darse el trabajo de leerme. Tengo un Diccionario a la mano, precisamente la Décimatercia edición del de la Academia. (Vean ustedes: ya se pasó de moda porque hay otra). Si quisiera decir palabras con patente y dejar con la boca abierta a mi público, tengo allí de dónde sacar por docenas, como ocurre con las guindas, que es difícil tomar una sola. Podría haber dicho plomero; pero yo no quería significar "al que trabaja o fabrica cosas de plomo". En cambio, como el Diccionario habla de gas, gasómetro, gaseoso y gasolina, habría querido llamar gasterópodos a los gasfiter; pero si me habría dado el placer de significar que eran "moluscos terrestres o acuáticos que tienen en el vientre un pie carnoso mediante el cual se arrastran, su cabeza es más o menos perceptible y su cuerpo se halla cubierto por una concha", nadie habría entendido que deseaba vengarme de los daños que me han hecho.

Volvamos tranquilamente a la casa moderna. Algo que llama la atención del observador y mucho más del arrendador,—por los cabezazos que han de darse,—es la coneu-

piscencia con que el instalador eléctrico coloca el tablero de distribución con los tapones, en el sitio más importante de la casa, en el lienzo de muro más aprovechable para un cuadro. De la misma manera, los enchufes que podrían estar en el suelo se colocan en la pared, salientes como callampas.

Yo he llamado estos tableros ostentosos puestos en el medio de mi hall "paisajes Nicoreanu".

La casa moderna tiene, finalmente, otro grave error. Se economiza demasiado espacio en la puerta de entrada. Yo no he visto en ningún país puertas más angostas. Un amigo mío tuvo que dejar en la calle y desprenderse de sus servicios, un armario no desarmable, una suegra en regular estado de uso y un autopiano. No cabían ni por la puerta ni por las ventanas. En muchas de esas casas llamadas "para diplomáticos" hay que entrar de costado y quedarse después de comer hasta que haya terminado la digestión.

No crean mis lectores que soy exigente y que pretendo una casa fantástica, humorista, con sorpresas. No; se ha descubierto que cuesta la misma cantidad de dinero hacer una casa en que el arquitecto haya discurrecido, que una improvisada y sin pies ni cabeza. Si yo pusiera mañana una plancha: **ANGEL PINO, Arquitecto**, no inventaría nada, copiaría lo bueno, lo simple, lo cómodo que en todas partes, menos en Chile abunda y a mucho menor precio. Y, en seguida, oiría las observaciones justas del que va a habitarla y piensa pagar puntualmente sus cánones. Yo no le construiría nada, por supuesto, a ese individuo que me decía hace poco: "—Necesito una casa, con una pequeña ventanilla en la puerta para

arrojar gases asfixiantes a los cobradores". Y no se la haría porque no era negocio entenderse con esta clase de consumidor. ¡Pero qué monada de casita haría el hombre de buen gusto que concibe la casa para descansar y no para rabiarse con los picaportes quebrados, los enchufes y tapones al aire y las cañerías deficientes!



El despojo sangriento

Por

MIGUEL DE FUENZALIDA

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

Al leer aquella mañana los horripilantes detalles que traían los diarios, sobre el fúnebre hallazgo del Hotel Bolonia, me quedé aguardando, como la cosa más natural del mundo, la visita de alguno de la policía, en demanda de mis buenos oficios cerca de Román Calvo.

La fama de mi amigo, me pone continuamente en tales compromisos; ello comienza a fastidiarme.

Dicho y hecho. No habían dado las nueve cuando me anunciaron a Federico Ríos, uno de nuestros más hábiles agentes de pesquisas.

—Ya sé a lo que Ud. viene, le dije... ¡Paciencia!

—Mucho siento molestarle, señor Fuenzalida, balbuceó Ríos, pero crímenes, como el del Hotel Bolonia, requieren imperiosamente la intervención de su amigo Calvo, y Ud. es la única persona que puede conseguirla.

—Mi influencia acabará por gastarse, repuse con displicencia. Cada vez va siendo más difícil conseguir de Calvo que se mezcle en asuntos de este género. Ha dicho y repetido que no quiere dedicarse en adelante sino a investigaciones históricas, de esas que han resistido a todo análisis. Ahora está ocupado en averiguar la causa verdadera, de cada una de las crisis ministeriales que han ocurrido desde el principio de la administración Balmaceda hasta nuestros días. Llevarlo de allí a lo del Hotel Bolonia me parece un poco fuerte.

—Muy interesante, en efecto, pero, ¿no le parece que sería un cargo de conciencia para el señor Calvo, si su negativa deja impune un crimen, cuyos antecedentes muestran bien a las claras que se trata de algo completamen-

te fuera de todo lo vulgar y ordinario, de un crimen cometido, con toda seguridad, por hombres de cierta situación social, y con tal lujo de detalles y precauciones?... Aquí hay algo muy grave y muy hondo, señor Fuenzalida... Ud. no puede excusarse...

—Si no me excuso... Eso sí, no respondo del éxito.

Minutos después corríamos en un Ford de alquiler en demanda del domicilio de Román Calvo.

El hombre ya estaba en autos, pero la forma en que nos recibió vino a confirmar mis temores.

—He leído los diarios, nos dijo, y presumo el objeto de la visita de Uds... pero es inútil... Esta vez no los acompañaré...

—¡Pero, señor Calvo!, objetó Ríos...

—No se cansé Ud... Tengo motivos muy serios para excusarme... Además el crimen del Hotel Bolonia, no me interesa.

—¿Es posible?...

—Los crímenes en general ya no me interesan, y éste todavía menos que los otros...

—Cuando se poseen las facultades de Ud., señor Calvo, no hay derecho para negar a la justicia...

—No prosiga... interrumpió Román visiblemente molesto... Ud. y Miguel, con el tiempo, me encontrarán razón...

Y se puso a golpear, con los dedos, la tabla de su escritorio en la actitud de quién ha dicho cuanto tiene que decir.

Nos levantábamos para despedirnos, cuando mi extraordinario amigo me detuvo con un gesto...

—Mira, Miguel, me dijo... Tú has sido mi historiador: bueno es que pagues tu peca-



Se detuvo un carruaje frente al hotel Bolonia.

do... ¿Por qué no ensayas?... Es una oportunidad.

—¿Qué quieres que ensaye?...

—La policía fina... No es tan fácil como parece... pero ocasión como ésta no la encontrarás en tu vida. Has trabajado tantas veces conmigo.

No pude menos de echarme a reír.

—Me sucederá, le dije, lo que a los mirones con el juego del billar... Han visto hacer tantas carambolas, que llegan a imaginarse que con tomar el taco lo harán tan bien como los jugadores más hábiles... Y luego no dan siquiera en bola.

—A pesar de todo, deseo vivamente que esta vez te ejercites un poco... Hagamos un trato... Acompaña al señor Ríos al Hotel Bolonia. Estudia el crimen en la forma en que me has visto hacerlo a mí. No perdes detalle... Si me das gusto, te prometo

que en la primera ocasión en que me pidas lo mismo que ahora, no me excusaré.

Al oír ésto, el agente unió sus súplicas a las de Román. Aunque el hombre no parecía tener mucha confianza en mis aptitudes policiales, quería, por lo menos, asegurar el posible auxilio de Román para una ocasión próxima.

—Voy a ponerme en ridículo por complacer a ustedes, contesté al fin.

II

No tardé, sin embargo en sentirme muy poseionado de mi papel. En el camino al Hotel Bolonia el agente Ríos me refirió con mucha minuciosidad lo ocurrido. Su relato no era muy diferente del que daban los diarios.

La antevíspera por la tarde, esto es, el

jueves 4 de mayo, a las seis y tres cuartos de la tarde, y cuando estaba ya completamente obscuro, se detuvo un carruaje frente al Hotel Bolonia, situado en la calle de San Pablo, dos cuadras más abajo del Mercado Central.

Aquel establecimiento, aunque de segundo orden, tiene cierta fama por su excelente comida italiana, y por ser, con frecuencia, teatro de aventuras galantes. En efecto, los propietarios del Bolonia se recomiendan por su discreción. Jamás hacen a los que llegan pregunta alguna comprometedora.

El portero, Pedro Cornejo, recuerda perfectamente todos los detalles. Bajaron del coche, que era del servicio público, un hombre de unos treinta y cinco años, decentemente vestido, de lengua barba negra y anteojos azules, y una dama joven, rubia, alta, delgada, no mal parecida, aunque su rostro apenas era visible, tras del espeso velo que lo cubría.

Los recién llegados pidieron habitación, y les dieron una en los altos... el célebre cuarto núm. 27.

Traían como equipaje tres maletas de mano y un gran baúl. Cuando el portero se disponía a bajar este último del pescante del coche, el viajero lo detuvo...

—No, le dijo, este baúl no lo necesitamos. Lo haremos embarcar desde luego para Valparaíso, donde partiremos en dos días más. Y le dió al cochero las instrucciones del caso y un billete de diez pesos.

Más o menos a las ocho de la noche, salió nuevamente el sujeto de la barba negra, con dos de las maletas que había traído, pidió un automóvil de alquiler, y después de satisfacer el precio del hospedaje, por él y por la dama que quedaba en la habitación, partió diciendo al portero que volvería más tarde.

Esta maniobra no causó extrañeza alguna al portero, acostumbrado a presenciar escenas



En medio de la pieza yacían dos piernas humanas.

semejantes. Supuso que el señor aquel venía de viaje con la dama, y que llevaba sus propias maletas a su casa, después de dejar a su compañera instalada en el Hotel Bolonia.

Pero al día siguiente, dieron las dos de la tarde y el aposento de la rubia viajera no se abría, ni tampoco volvió a aparecer su barbudo acompañante. Los empleados del hotel entraron en cuidado, y como la puerta fuese deserrajada, un horribles espectáculo se ofreció a los ojos atónitos del hotelero.

En medio de la pieza yacían dos piernas humanas cortadas casi a raíz del muslo. Una maleta de mano abierta y vacía, era el único vestigio que, aparte del sangriento despojo, dejaban los misteriosos viajeros.

Fernando Ríos quedó encargado de la pesquisa, pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la habilidad el autor o autores de tan siniestro crimen.

—Allí quisiera ver, me decía, a Román Calvo, a Sherlok Holmes y a todos los maestros del arte policial. No es que haya faltado actividad, pero no hemos encontrado el menor indicio para ponernos sobre una pista cualquiera... No nos costó dar con el cochero que condujo al hombre de la barba negra y a la mujer, su acompañante... Era el número 375. Lo tomaron a las seis y media de esa misma tarde en la calle de Colón, en un sitio solitario, al puente del antiguo callejón de las Hornillas. Han sido registradas todas las casas de los alrededores... Nada!... No hay de quién sospechar... Nunca he visto cosa más extraña.

—¿Y el baúl remitido a Valparaíso? pregunté.

—Aquí tiene Ud. el telegrama que hemos recibido, contestó el agente. Iba dirigido a nombre de doña Ignacia Elispem... seguramente un nombre de fantasía... Nadie se ha presentado a reclamarlo, ni se presentará tampoco, estoy seguro... Por otra parte, el baúl no contenía sino unas pocas piedras, envueltas en periódicos viejos.

—¿Y el segundo cochero?... El del automóvil de alquiler que condujo al hombre de la barba negra, cuando salió del Hotel Bolonia.

—Eso es lo más curioso... Fué el automóvil 101. El hombre de las barbas se hizo conducir casi al mismo sitio de donde partiera, esto es, al callejón de las Hornillas, esquina de Colón. Bajó allí con sus maletas, y des-

pués nada hemos podido saber... Hemos encontrado, sí, las maletas a pocas cuerdas de allí, dentro de un zanjón... Estaban vacías y con los forros manchados de sangre.

—Hay que buscar por esos alrededores, observé, dándome aires de perspicaz.

—Ya lo hemos hecho, pero sin resultado. Le advertiré, por otra parte, que es muy probable que los malhechores hayan querido ponernos sobre una falsa pista.

—¿Y las piernas encontradas en el Hotel Bolonia?

—Según el examen médico, han pertenecido a un varón de un metro y sesenta y cinco centímetros de altura, delgado y moreno. Fueron cortadas por una mano hábil en operaciones quirúrgicas, y con un instrumento apropiado al caso.

—¿He allí un dato interesantísimo! exclamé parodiando a Román Calvo.

—Veremos lo que Ud. hace con él, repuso Ríos con aire despechado. Vamos, entre tanto, al hotel.

Estuve por cerca de una hora examinando minuciosamente la pieza, teatro del sangriento encuentro, pero debo declararlo con franqueza... No pude dar con el menor vestigio... Sin embargo, quise dar algunas opiniones.

—No hay señales de lucha, dije, después de larga meditación. Las piernas debieron ser traídas aquí dentro de las maletas. De otro modo, al cortarlas, habrían manchado el pavimento...

—Sin duda, asintió Ríos... Según el informe médico legal, fueron cortadas por lo menos veinticuatro horas antes de ser descubiertas.

Hice llamar al portero.

—¿Se fijó Ud. bien, le pregunté, en los viajeros en cuestión?...

—Ya lo creo... Es mi costumbre.

—¿Le parecieran a Ud. postizas las barbas del señor aquel?

—No puedo afirmarlo, pero nada tendría de particular.

—¿Y la dama?... ¿Vendría disfrazada?... ¿Era realmente rubia?... ¿No llevaba peluca?

El portero se encogió de hombros.

—Estoy seguro, contestó, de que sus ojos eran muy azules. Me fijé bien en ellos.

El agente me miraba hacer sonriendo irónicamente.

—Esas preguntas, me dijo, las ha leído Ud.

en los diarios de la mañana lo mismo que sus respuestas.

—Muy bien, dije con toda la seguridad que pude... Voy a hacer algunas investigaciones... Ya sabrán Uds. de mí, un poco más tarde.

Y me marché... Ríos debió quedarse riendo a mandíbulas batientes.

III

Intenté deducir... pero fué en vano. Las ideas no acudían a mi confuso cerebro.

Forjé, sin embargo, para mi uso particular, una hipótesis del crimen. Sus autores, eran, sin duda, el hombre de las barbas y la mujer rubia... El móvil, seguramente, los celos... Ellos, eran marido y mujer... el muerto un amante... El marido, que supuse médico, dada su habilidad para ejecutar operaciones quirúrgicas, había sorprendido al otro haciéndole fiestas a su mujer, y le mató. Aquel Otelo no se contentó con eso, sino que después de despedazar el cadáver de su víctima, fué repartiendo los despojos en compañía de su aterrorizada cónyuge, en diversos sitios de la ciudad... La policía había encontrado las piernas en el Hotel Bolonia... en cuanto a las demás partes del cuerpo...

Aquí me engolfé en un mar de cavilaciones... ¿Qué habrían hecho con ellas?... ¿Irían en viaje a Europa o a los Estados Unidos a bordo de un transatlántico?... Me afirmé en esa idea... El hombre de las barbas no carecía de imaginación ni de recur-



Un joven de estatura mediana, sin pelo en la barba.

... El de embarcar bultos consignados a nombres supuestos, figuraba en su reperto-

rio... tenía la prueba en ese baúl con piedras enviado a Valparaíso...

Pero... ¿Por qué no empleó el mismo procedimiento con las piernas?...

Construí sobre este pnto las más variadas suposiciones. Al fin creí haber dado en el clavo. El hombre de las barbas había cometido el crimen de acuerdo con su esposa. Esta debió hacer desaparecer las piernas, pero víctima de súbito temor, abandonó el sangriento despojo en el hotel, sin pensar que con ello ponía a la justicia sobre la pista.

Pero bien podía ser también que los dos malhechores hubieran obrado en forma tan incongruente, con el objeto de extraviar más y más las pesquisas policiales.

De todo ello no deduje sino una cosa cierta, pero me pareció bastante, y, fuerte con mi descubrimiento, me encaminé a la casa de Román Calvo.

Tuve la suerte de hallarlo. Se ocupaba en registrar un viejo mamotreto.

—Ya casi los tengo, le dije triunfalmente... Hay que buscar en Santiago un médico casado y que tenga mujer rubia y coqueta... La lista no es larga, y procederemos por eliminación.

Nunca Sherlock Holmes hizo una afirmación con mayor seguridad que la mía, en ese momento.

Romás Calvo se sonrió.

—¿Y si ella, es sólo su querida? dijo mordiendo los labios.

Mi castillo de naipes se vino al suelo.

—Los médicos y los demás mortales, añadió Román, suelen tener queridas rubias y mujeres morenas.

—¿Pero qué harías tú? pregunté desesperado.

—Mira, me repuso, toma ese tomo y procura distraerte un rato... La policía fina te ha cogido por mal lado... Espera... Ya verás lo que yo haría, o mejor dicho, lo que yo he hecho... Era preciso que no cayeran en la cuenta esos imbéciles.

Aludía al agente Ríos y a sus colegas.

Daban en ese momento las cuatro de la tarde. Sonó el timbre de la campanilla.

—Ahí está... dijo triunfante Román Calvo.

Un joven de estatura mediana, sin pelo en la barba, bien parecido, rubio y de ojos azules, penetró en el aposento.

—¡Aquí lo tienes! exclamó Román... Esta

es la señora del doctor de las barbas negras que andabas buscando.

—¡Perdón, caballero!... Lo he hecho sin mala intención... Es una calaverada de muchacho... No me denuncie Ud... exclamó el recién venido en actitud suplicante...

Romás Calvo se echó a reír. Su actitud me hizo pésimo efecto delante del autor de tan horrible crimen.

—Ya veremos si lo perdono, dijo con la mayor tranquilidad... Por de pronto saque Ud. a este caballero, mi amigo don Miguel de Fuenzalida, de una duda que aún no ha resuelto en la investigación del horroroso suceso del Hotel Bolonia... ¿Dónde están los demás trozos del cadáver aquel?

—Se quedaron en la Escuela de Medicina, repuso el muchacho, haciendo pucheros.

—Ya lo suponía... Vamos... Cuente Ud. todo.

—Mi amigo X,—permítame Ud. que oculte su nombre,—y yo, somos lectores asiduos del "Pacífico Magazine"... Las hazañas del señor Calvo nos habían entusiasmado. Quisimos ver hasta dónde llegaba su talento... y aquí me tiene Ud.

—Siga sin cuidado, dijo Román, esto es muy gracioso.

—Como somos estudiantes de medicina, logramos una tarde sacar de la Escuela esas dos piernas halladas en el Hotel Bolonia... Fué sin complicidad de nadie. Se lo juro, señor, pero no me pregunte más.

—Pero si es tan claro, dijo Román. Su amigo X se puso unas patillas negras y Ud. se vistió de mujer, con las ropas de su hermana. Ella es más baja que Ud., pero con estas nuevas modas, sus trajes del año pasado le vinieron admirablemente al cuerpo... Siga... Ya ve que le facilito la tarea... El tonto del portero del Bolonia no se fijó en el tamaño de sus pies... Es por lo que se conoce a un hombre vestido de mujer. ¡Adelante!

—Pero si Ud. lo sabe todo.

—En efecto, lo demás lo sabemos. Disfrazados su amigo y Ud., llevaron a cabo esa repugnante chanza... El móvil Ud., sin quererlo, lo ha confesado: se trataba de ponerme en ridículo... Si yo fuera vengativo, le entregaría a la justicia. Para algo se ha escrito el artículo 322 del Código Penal. Pero este descubrimiento me ha puesto de buen humor... ¡Váyase Ud.!

El muchacho no se hizo repetir la orden. Yo me quedé mirando a Román Calvo.

—¿Cómo lo has descubierto? le pregunté... ¡Es admirable!...

—¡Bah!... Un juego de niños... Para caer en semejante trampa era necesario ser agente de policía o estar en Belén...

—Gracias por lo que me toca...

—Tú no tienes obligación de ser más listo... Pero esos policiales... ¿Cómo pudo ocurrírseles que verdaderos malhechores iban a proceder en forma tan disparatada? ¿Para qué iban a mandar a Valparaíso un baúl con algunas piedras, mientras dejaban a vista de todos en el Hotel Bolonia un testimonio irrefutable del sangriento crimen?... ¿Y las demás partes del cadáver? ¿Qué se habían hecho?... ¿Quién era el muerto?... ¿Cómo no se tenía la menor noticia de la desaparición de nadie? Todo ésto era demasiado extraño y desde luego me hizo sospechar que se trataba de una broma de muchachos. Los autores debían ser estudiantes de medicina. Sólo ellos podían procurarse esos tristes despojos cortados con precisión tan científica. El hecho es torpe y salvaje, pero no hay nada que haga perder más pronto el respeto a la muerte que el estudio práctico de la anatomía. Esos dos niños quisieron burlarse de mí. La idea no es nueva, y de ella han sido víctimas otros detectives, sobre todo los que tienen amigos im-

prudentes, que publican sus hazañas a todos los vientos.

—Pero, ¿cómo pudiste dar con el culpable?, pregunté algo picado.

—Nada más fácil, por los ojos...

—No comprendo.

—Por los ojos azules de la supuesta dama. No había duda de que se trataba de estudiantes disfrazados, el uno por medio de grandes barbas negras, y el otro vestido de mujer... Olvidaron los pobres niños que esos ojos azules constituían un dato tremendo. Sabrás tú que sólo un cinco y medio por ciento de los chilenos tienen los ojos azules. De mis averiguaciones resultó que entre los estudiantes de medicina había dieciocho con ese raro signo de identidad. De esos dieciocho, tres llevan la barba entera, ocho usan bigotes y únicamente siete son lampiños o van completamente afeitados. De estos siete hay tres tan feos, que era imposible creer que se hubieran disfrazado de mujer, con probabilidades de éxito. De los cuatro restantes, uno tiene un metro ochenta y tres centímetros de alto, estatura descomunal para el sexo femenino, otro es muy gordo, y la supuesta niña del Hotel Bolonia era delgada; el tercero es un mozo serio, pacato y tímido... El cuarto... ese era el nuestro. Le escribí amenazándolo con denunciarlo si no se me presentaba aquí hoy, a las cuatro de la tarde. Has visto el resultado.





Y LOS NIÑOS.

(Raemaekers)



Una empresa editorial

Por

JUAN CONCHA

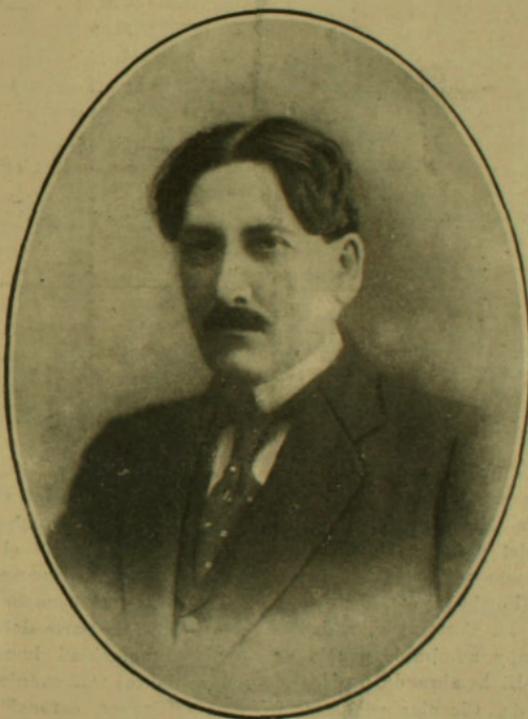
Recientemente se ha iniciado en Madrid la publicación de una serie de obras de escritores americanos, dirigida por el distinguido y prestigioso hombre de letras venezolano señor Rufino Blanco-Fombona.

Con el título general de Editorial América se publican tres "Bibliotecas": la denominada "Andrés Bello", sobre literatura; la "Biblioteca Ayacucho", sobre historia de América y la de "Ciencias Políticas y Sociales".

Esta hermosa e importante iniciativa del infatigable propagandista señor Blanco-Fombona tiene un interés excepcional. Por una parte, dará a conocer en la Península la producción intelectual de los mejores escritores americanos, y por otra, contribuirá á un verdadero acercamiento cultural entre las naciones indo-latinas. Nunca se insistirá lo bastante sobre lo desconocida que es nuestra producción intelectual en España. Podrían contarse en los dedos en una mano los autores españoles que se han ocupado de nuestra labor mental: ayer Valera y Menéndez Pelayo, hoy Unamuno, Diez Canedo o Juderías. ¿Para qué citar aquel

artículo de Cristóbal de Castro sobre la literatura cubana—que el "Figaro" de la Habana, con tanta razón, calificó de "Información a tontas y a locas"—que revela una tan resignada ignorancia de lo que a nuestra producción intelectual se refiere? Sin pecar

de exagerados, puede decirse que el intercambio de obras— literarias, científicas, históricas, filosóficas,— entre las naciones latinas de la América, no existe. Mientras un Gil Fortoul, un Manuel Segundo Sánchez, un Alberto Gutiérrez, un Carlos de Velasco, son ignorados en Chile, un Alcibíades Roldán, un Bórquez Solar, un Enrique Molina son desconocidos del Sama al norte. Las obras publicadas por la Editorial América contribuirán, pues, a un verdadero acercamiento intelectual entre las naciones de habla castellana: Ale-



Don Rufino Blanco-Fombona, cuyo último libro "El hombre de oro" es el mayor éxito literario del año en España.

jandro Alvarez y Larreta, Ingenieros y Orrego Luco, Bunge y Matienzo, Gil Fortoul y Sarmiento, Díaz Rodríguez y Rodó, Gozález Prada y Cestero, podrán ser leídos de uno a otro extremo del continente.

Es de un altísimo interés la fecunda labor del escritor venezolano, no sólo por los significa-

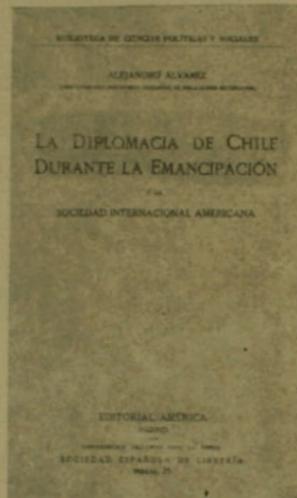
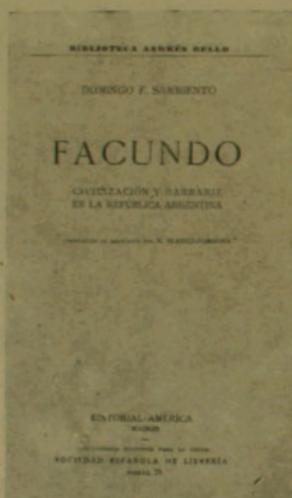
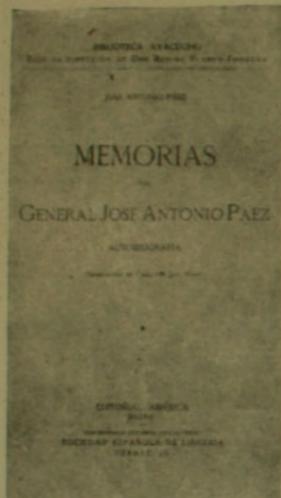
dos señalados que ella entraña, sino por el alcance que tiene como propaganda del más puro americanismo.

De la "Biblioteca Andrés Bello" se destacan principalmente los "Cinco Ensayos", de José Enrique Rodó; la "Historia de las literaturas de Grecia y Roma", de don Andrés Bello; y el "Facundo" de Sarmiento. En la misma "Biblioteca" se han publicado: "Sangre patricia", novela del escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez; de Gutiérrez Nájera "Sus mejores poesías"; "Los Estados Unidos" de José Martí; "La lite-

ciudad internacional americana", y uno de Julio Salas, profesor de sociología en la Universidad de Mérida, intitulado "Etnología e historia de Tierra-Firme".

Pero, indudablemente, la de más alto interés es la "Biblioteca Ayacucho", sobre historia de América.

Hoy en día las obras de historia de América se encuentran en las bibliotecas, en ediciones raras y anti-estéticas. Todo cuanto por vulgarizarlas se haga no puede menos que ser recibido con un intenso regocijo de parte de los estudiosos. En esta "Biblioteca" se



ratura americana de nuestros días", de F. García Godoy; "La sensibilidad en la poesía castellana", de Nicolás Heredia; las "Páginas libres" del peruano M. González Prada, con una fuerte y espléndida introducción de Blanco-Fombona; "Hombres y Piedras", de Tulio M. Cestero; y, recientemente, una vigorosa y admirable novela de Blanco-Fombona: "El hombre de oro".

En "Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales" han aparecido: un libro de Orestes Ferrara, profesor de Derecho Público en la Universidad de la Habana, sobre "La guerra europea. Causas y pretextos"; otro de nuestro compatriota señor Alejandro Alvarez, sobradamente conocido por sus obras de historia diplomática, sobre "La diplomacia de Chile durante la emancipación y la so-

ha publicado ya la "Narración" que O'Leary puso de introducción a sus "Memorias", cuyo inexpressivo título cambió Blanco-Fombona por el de "Bolívar y la emancipación de Sur-América", obra fundamental para el conocimiento de la independencia de esta parte del continente, de un interés y amenidad increíbles. También han aparecido los "Recuerdos" de Francisco Burdett O'Connor, coronel que fué del ejército libertador de Colombia y general de división de los del Perú y Bolivia, sobre la independencia americana, y las "Memorias" autobiográficas, del general Páez.

Comprendido el gran alcance de la hermosa iniciativa del señor Blanco-Fombona, ¿no es superfluo todo elogio que sobre el particular se le tribute?



Rincón pintoresco cerca de Calbuco.

APUNTES DE VIAJE

Por

J. M. ECHENIQUE GANDARILLAS

Ilustraciones fotográficas

A fines de agosto de 1892 regresábamos de un corto paseo por Europa un grupo de amigos chilenos; algunos habían ido por la atención de sus negocios, otros buscando un descanso después de las emociones de la revolución. Tomamos el vapor "Britannia" en Lisboa, librándonos de una cuarentena en la frontera con España y de otra en los hospicios de la ribera sur del Tajo frente a Lisboa. La cuarentena es el mal endémico de Portugal.

Pocos días antes, al despedirse de nosotros, los amigos de Madrid, que habían ido a la

estación, nos dijeron: que eviten las cuarentenas! Esa frase me quedó grabada durante el trayecto que hicimos por las llanuras de Castilla y de Extremadura; haciendo averiguaciones, supimos que llegaríamos a la frontera a las tres de la madrugada, que allí nos registrarían minuciosamente el equipaje y sabríamos si podíamos continuar nuestro viaje o si quedaríamos cuarenta horas en un mal alojamiento, donde se nos guardaría en observación para ser trasladados al llegar a Lisboa a los temidos hospitales del Tajo.

Grande fué nuestra sorpresa; no creíamos que en un país civilizado podía cometerse tan torpe abuso; salíamos de España donde no existía ninguna epidemia y se tomaban medidas sanitarias destinadas a causar molestias y perjuicios a los pasajeros. Pero esa era la costumbre y la costumbre es ley.

Uno de los compañeros, Rafael Fernández Iñiguez, nos dijo que lo del registro de los equipajes se podía arreglar, pero que él le temía a las cuarentenas. Sacó de su cartera una tarjeta donde, en buen inglés, estaba su título de adicto a la Legación de Chile en la Gran Bretaña, llamó al conductor del tren y le pidió que en la noche no lo despertaran pudiendo entenderse los empleados de aduana con su secretario, mostrándome a mí. Saludos muy respetuosos del conductor, a quien se rogó que guardara la tarjeta para entregarla a los empleados portugueses. Yo quedé constituido secretario del señor adicto y de toda la comitiva.

En la frontera todos estaban dormidos, o lo fingieron cuidadosamente; el empleado de aduana me pregunta si todo ese equipaje pertenecía a los miembros del séquito del señor Ministro; me dijo que, en la frontera, no había cuarentena por excepción, pero que era posible que la sufriéramos en Lisboa.

Al llegar a esta ciudad, viendo la importancia que se daba a una tarjeta en inglés, pedí a mis compañeros que no se repitiera la escena de la frontera sino en caso de gran necesidad, y acordamos irnos directamente de la estación al vapor, si quedábamos libres de la cuarentena; después podíamos bajar para recorrer la ciudad.

Conversando más tarde con un diputado portugués que iba al Brasil, le decíamos: ¿Cómo es posible que ustedes pierdan su espléndida situación geográfica? Lisboa podía ser el puerto de la Europa, con su fondeadero, con hoteles mejores, con trenes expresos hacia España, Francia, Italia y Suiza; todos los pasajeros de América tomarían el vapor en Lisboa, desembarcarían en tan hermoso puerto: en cambio, todos prefieren hacerlo en Burdeos o Liverpool, prolongando la monotonía de la vida de vapor, con las molestias del golfo de Gascuña y privándose de recorrer los hermosos paisajes y las ciudades de España, que son tan interesantes para los americanos.

¿Qué inconveniente tiene el puerto de Lisboa? nos replicó, ponderando al mismo tiem-

po la belleza de la ciudad y la antigüedad de los palacios lusitánicos.

La cuarentena! le replicamos en coro los viajeros chilenos.

Ah!, la cuarentena es uno de los negocios de la Corte; hoy sus rentas sirven para pagar las deudas del duque de XX, gran maestro de palacio. El diputado era un republicano feroz; locuaz y conocedor de todos los secretos de la política europea; su conversación contribuyó a hacer fácil y agradable la larga travesía del Atlántico.

Motivo de gran sorpresa fué para nosotros, acostumbrados a las severas y honradas costumbres de la administración pública en nuestro país, conocer esa gangrena que carcomía el Reino de Portugal, que después ha ido extendiéndose por otras naciones.

Otro de nuestros compañeros de viaje fué el barón de Muritiba, leal compañero de destierro del Emperador don Pedro II; venía a Río para visitar las propiedades de la familia imperial, que vivía entonces modestamente en un hotel de Versalles. Fuimos presentados al barón desde el primer momento, pero su compañía no era tan asidua como la del portugués en nuestra tertulia; el monárquico huía del republicano; el barón lo llamaba el demagogo.

Uno de mis compañeros, Fernández Iñiguez, era, como lo he dicho, adicto a la Legación de Chile en Londres. Sabedor de eso el barón, como buen hombre de Corte, favorecía con sus preferentes atenciones al diplomático, distinguiéndole en el grupo de los amigos chilenos, buscando su conversación, que debió ser siempre amena, porque el barón reía constantemente desde que se juntaba con nuestro simpático amigo en sus paseos por la cubierta del vapor. Después comentaba con nosotros los cuentos de nuestro compañero, sus respuestas y la sutileza de su ingenio. Me ha dicho, dijo en una ocasión, que su padre era oriundo de la Baja Navarra; pues bien, yo creo que es andaluz de lo más fino.

A veces el barón, que era muy erudito, ponía en grandes aprietos al diplomático chileno, que, en ocasiones, recurría a mí para salir del paso; el barón había sido partidario de la política americana del barón de Cotegipe, gran amigo de Chile, quien intentó llevar a un tratado los sentimientos que han unido al Imperio con nuestra República. Le comunicó el pensamiento íntimo del Em-

perador a ese respecto y se quejó de la corta duración de la permanencia en Río de los diplomáticos chilenos que, generalmente, estaban acreditados al mismo tiempo en Buenos Aires y Montevideo. Para que una negociación tan importante, como la celebración de un tratado de alianza, era necesaria la permanencia durante algunos años del Ministro acreditado para negociarla.

Este tema fué detenidamente discutido más tarde, cuando formó parte de nuestro círculo otro distinguido pasajero chileno, de quien hablaré más adelante.

Un día el barón me dijo que deseaba pedirme una explicación. ¿Cómo es posible que el señor Fernández, que ha sido en años anteriores adicto a la Legación en Gran Bretaña, no haya recibido el ascenso a que es acreedor por sus excelentes cualidades? Trabajo me costó hacerle comprender que, en Chile, donde no existe carrera diplomática, los nombramientos de adictos son conferidos a personas que no forman parte del servicio diplomático. En otra ocasión me dió un trabajo mayor. "El señor Fernández me ha dicho que en Chile no es suficientemente conocido el barón de Cotegipe, pero que es más conocido y popular el marqués vizconde de Pelotas."

Otro pasajero distinguido era el conde Viette de la Rivagerie, casado con la hija de un banquero de Río. Cuando el grupo de chilenos subió al comedor del vapor, en la tarde en que nos embarcamos en Lisboa, el mayordomo nos invitó a ocupar la mesa que la condesa había pedido para hacernos el honor de su compañía. Esa delicada atención nos manifestaba hasta dónde llegaba en esos días la sinceridad de la amistad que profesaba a Chile las personas de la mejor sociedad fluminense. Después supe que la condesa había procurado evitar la compañía de algunas familias argentinas que habían tomado el vapor en Burdeos. Tampoco los argentinos gastaban mucha amabilidad con los brasileños en esos días.

Al día siguiente de la salida de Lisboa, se acercó a mí un religioso franciscano español que iba a Mollendo llevando seis novicios de su orden para el convento del Cuzco. Al iniciar la conversación me causó bastante extrañeza que el padre me hablara como si me hubiera conocido en Chile; sabía la historia de nuestra reciente revolución, me aseguró que yo era conservador y había sido revolucionario;

con un interés, que sentaba muy bien en un hijo de San Francisco, me preguntó si creía que ya estaban extinguidos los odios entre las personas que habían militado en bandos opuestos, dándome muy buenos consejos sobre la conducta que deberíamos observar para con los vencidos. Tal vez mis respuestas fueron satisfactorias, porque, pidiéndome reserva, me avisó que en el mismo vapor viajaba un caballero chileno, que había sido Ministro de Balmaceda, que venía enfermo, que había sido víctima de un accidente al tomar el vapor en Burdeos, que era una persona anciana, que necesitaba de la compañía y de las atenciones de los compañeros del vapor y que su ánimo estaba muy abatido. No me podía dar su nombre porque no estaba



Paisaje de España.

autorizado para ello, pero me rogaba que lo visitase, que él mismo me conduciría a su camarote, pero que no dijera nada por el momento a mis compañeros de viaje.

Inmediatamente accedí a la invitación del franciscano, y, previo anuncio de mi visita, me encontré con el señor don Adolfo Ibáñez que guardaba cama, dando a su enfermedad y al golpe que había recibido, mayor importancia de la que realmente tenía; viajaba solo, lleno su espíritu de ideas tristes, temiendo que su presencia en el vapor pudiera dar lugar a dificultades con los otros chilenos.

En la tarde todos habíamos visitado a don Adolfo; pocos días después, previa la autorización del médico del vapor, fué llevado a cubierta en una silla cómoda en brazos de esos mismos chilenos revolucionarios a quienes tanto temía. Desde ese día el señor Ibáñez, con su aménisima charla, con

sus conocimientos de la historia sud-americana, pasó a ser el alma de la pequeña colonia. En él encontró el barón de Muritiba un competidor de sus conocimientos jurídicos y diplomáticos. Los pasajeros más distinguidos del vapor de las diversas nacionalidades rivalizaron en las atenciones de que fué objeto el anciano Ministro caído en la revolución chilena.

Ninguno se manifestó más feliz que el padre del convento del Cuzco; esa reconciliación era su obra. Quince años más tarde, encontrándome en Lima en la sala de despacho de la Legación, recibí la visita del padre La Rosa, superior del convento de San Francisco de esa ciudad, acompañado de un religioso muy anciano. Al entrar, fijando en mí su mirada, dijo a su compañero: No es el mismo. Si es el mismo, me apresuré a con-testarle, reconociendo al franciscano del vapor "Britannia".

Pronto el barón sometió a don Adolfo la misma cuestión sobre la falta de carrera diplomática en Chile, protestando de que el señor Fernández no hubiera recibido el ascenso a que era acreedor.

El señor Ibáñez se dió no poco trabajo para amenguar, en cuanto era posible, los defectos de la organización de nuestro Ministerio. En el Brasil, donde el barón de Cabo Frío sirvió durante treinta o más años la sub-secretaría de Estado, existe cancillería y carrera; los adictos de las legaciones rinden ciertos exámenes y quedan en situación de ser ascendidos a secretarios después de un trabajo efectivo. Se comprende que una nación que cuenta con esa organización haya podido obtener ventajas comerciales y ganar los litigios de frontera, en Misiones, en el Acre y, sobre todo, en el Perú, sin recurrir a la fuerza de sus ejércitos y de su escuadra.

Una buena Cancillería equivale al mejor ejército; sus triunfos son baratos y no engendran el odio que trae consigo una victoria por las armas.

Los más hábiles políticos chilenos han pasado por nuestra Cancillería, pero no han tenido tiempo para estudiar un problema, conocer sus antecedentes históricos, desarrollar un plan y ponerlo en ejecución. Cuántos proyectos bien concebidos se han derrumbado al día siguiente de una crisis ministerial; el nuevo Ministro que sube a la Moneda se apresura a redactar una nota almi-

barada a los representantes en el extranjero anunciándoles que él no participa de las ideas de su predecesor y rogando que suspenda una negociación ya iniciada! Cuántos Ministros Plenipotenciarios se han visto por ese motivo en la situación del personaje de Quevedo, que no podía moverse ni estarse quieto, sin poder confesar la situación creada por la falta de rumbo fijo de las órdenes de la Moneda!

Supe después todo el trabajo de retórica de don Adolfo, para disculpar las deficiencias de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, que, en el exterior, mantenía todavía el prestigio debido a la dirección que, durante largos años, pudo imprimirle don Andrés Bello.

A los pocos días pudimos abordar el tema delicado de la revolución, de sus verdaderas causas y de las consecuencias para el porvenir. Así supimos los esfuerzos gastados por el señor Ibáñez, Ministro del Interior, en el verano de 1890, para prevenir el conflicto, asegurando una mayoría parlamentaria con el concurso de los conservadores y nos contó las conferencias de Quillota con don Zorobabel Rodríguez. Si ellas hubieran dado resultado, la revolución habría quedado ahogada en su origen. Los negociadores se pusieron de acuerdo, pero los partidos, no.

Nosotros acompañamos a don Adolfo a deplorar el saqueo de las casas de la capital y él era bastante enérgico para reprobar los abusos de la dictadura que él atribuía a personajes de segundo orden. Todos debimos acompañarlo en su protesta cuando aseguraba que algunos de los jefes del saqueo habían sido convertidos en funcionarios públicos. Nos contó que él guardaba en su casa un rico archivo de cartas y apuntes relacionados con otro, la discusión de límites con la República Argentina; ese archivo había desaparecido.

Dos eran los temas favoritos del señor Ibáñez: el recuerdo del Presidente don Federico Errázuriz Zañartu y la cuestión de límites con la República Argentina. Sobre esto último hablaba con un perfecto conocimiento de la historia de esa larga controversia, con la pasión del hombre que ha actuado en ella, pero, al mismo tiempo, con una visión clara del porvenir. Yo no soy un enemigo de la República Argentina, no decía, soy amigo de Chile, deseo que obtengamos todas las ventajas que nos corresponden en la fijación de las fronteras y en el tra-

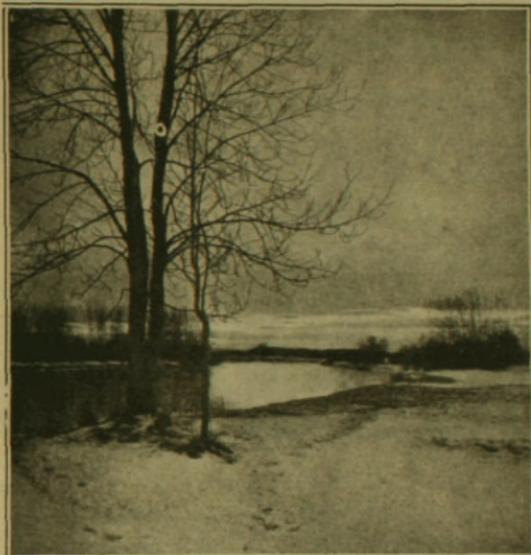
tado de comercio que será inevitable celebrar, pero, después de concluidos esos dos tratados en forma equitativa, sin vencedores ni vencidos, las dos Repúblicas quedarán unidas por una amistad tal como la que existe entre Chile y el Brasil. Don Adolfo era un precursor del A. B. C.

Su entusiasmo por el Presidente Errázuriz Zañartu, de quien él había sido Ministro, era el de un hombre convencido, lo comparaba con don Diego Portales en cuanto a la concepción de los destinos de Chile y a su método para defender sus intereses.

Era un gobernante previsor, patriota, únicamente le faltó el tiempo suficiente para completar su obra. La ruptura con el Partido Conservador, que lo llevó a la Presidencia, había sido, según el señor Ibáñez, la obra de la fatalidad; nadie lo deploraba más que el señor Errázuriz; entre los conservadores tenía sus mejores amigos; un día éstos tuvieron la mayoría del Senado, hicieron sentir el peso de su poder sobre los hombros del Presidente; su acción fué imprudente, atacaron cuando pudieron obtener lo que deseaban por la vía de la prudencia y de la amistad. Yo no quise contradecirle por no tener el conocimiento suficiente de la manera cómo se generó el conflicto y, debo confesarlo, por la veneración que siempre he tenido por la memoria de ese dignísimo magistrado. La defensa

de los derechos de Chile en la Patagonia constituyó la base de la política internacional del Presidente Errázuriz. Envío a España al secretario de la Legación de Francia, don Carlos Morla Vicuña. En menos de un año, con una laboriosidad e inteligencia dignas del mayor encomio, registró los archivos de Sevilla y de Simancas y envió al Ministerio de Relaciones Exteriores un verdadero arsenal de documentos que sirvieron para robustecer la convicción que tenían el Presidente Errázuriz y su Ministro de que jamás durante la dominación española habían dejado de pertenecer a la jurisdicción del Reino de Chile la Patagonia, el Estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego. Se encomendó a don Miguel Luis Amunátegui el es-

tudio de esos documentos y la publicación de una obra que pudiera servir de defensa de nuestros derechos ante la opinión americana. El señor Amunátegui escribió tres volúmenes, habiendo sido publicado el último cuando los cambios políticos y el advenimiento de nuevos hombres a los consejos de la Moneda habían entregado la Patagonia y parte de la Tierra del Fuego. Según don Adolfo, esa obra era lo mejor que había salido de la pluma de Amunátegui. Don Miguel Luis había sido uno de los alumnos de don Andrés



Invierno en el Elba.

Bello en la escuela y en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

La defensa de la República Argentina estaba a cargo de muy notables estadistas: el Presidente don Domingo Faustino Sarmiento, que había sido huésped de Chile, su Ministro don Carlos Tejedor y su Plenipotenciario en Santiago, don Félix Frías.

La conversación del señor Ibáñez fué para nosotros una lección completa sobre ese episodio de la historia sud-americana. Sus compañeros de viaje pudieron conocer los argumentos que hacían los estadistas de una y otra nación; yo me permití tomar algunas notas que me han servido después en varias ocasiones.

El Gobierno de don Manuel Bulnes había

¿Cómo pudo perderse ese litigio? El señor Ibáñez daba entre otras razones para explicar la pérdida de la Patagonia la demora del Gobierno de Pérez en llevar a cabo el arbitraje pactado en 1856. Durante ese período de tiempo, los gobernantes de la Moneda se ocuparon en la guerra con España y los argentinos en adelantar la ocupación paulatina de los territorios disputados.

La República Argentina estuvo al mismo tiempo en guerra con el Paraguay y el Presidente Pérez no quiso, en lo que hizo bien, aprovechar esa ocasión para apremiar al Presidente Mitre. Esa actitud de Chile fué hecha valer por nuestro Plenipotenciario señor Balmaceda algunos años más tarde cuando, en los días de la guerra con el Perú y Bolivia, quiso el Presidente Avellaneda resolver la cuestión de límites con Chile. El tratado de 1881 fué celebrado bajo la presión de esos acontecimientos!

Otra de las causas ha sido el cambio constante de Ministros de Relaciones Exteriores, habiendo recaído ese cargo en muchas circunstancias en personas indicadas sólo por las conveniencias políticas.

En 1873, nos decía, cuando llegaron a Chile los documentos que enviaba desde España don Carlos Morla Vicuña, el Presidente Errázuriz reunía en su casa-habitación a sus Ministros, al señor Amunátegui y a los mejor preparados de los hombres públicos de la época; allí se hizo un estudio de la situación; se tomaron diversos acuerdos, se fijó la línea de conducta que debía seguirse y, después, mientras el señor Errázuriz estuvo en la Moneda, nadie pudo modificarla.

En junio de 1874 el Ministerio hizo la solemne declaración de que "la jurisdicción efectiva de Chile comprendía el norte del Estrecho de Magallanes hasta el Río Santa Cruz y que se consideraría como un acto de violación del territorio todo avance del Gobierno argentino al sur de esa latitud".

Esa declaración del Presidente Errázuriz no fué mantenida por su sucesor.

En ella no se hizo mención de los territorios que están al sur del Río Negro al lado de la cordillera, que en la opinión de ese Gobierno estaban en idéntica situación, porque en esa época no eran disputados, sus habitantes eran chilenos y no había llegado el ejército del general Roca a colonizarlos.

El Presidente Errázuriz, al tomar esa acti-

tud enérgica, creía alejar las probabilidades de un conflicto armado en lugar de buscarlo. De acuerdo con su Ministro trataba de acelerar un arreglo para ir al estudio de un tratado de comercio que viniera a sellar la verdadera amistad de los dos pueblos.

Un incidente vino a comprobar la exactitud de los cálculos de los señores Errázuriz e Ibáñez. Una barca francesa, la "Jeanne Amelie" se acercó a las playas del territorio situado al sur del Río Santa Cruz con autorización de las autoridades argentinas para cargar huano, y fué apresada por un buque de guerra chileno. El conflicto armado no vino, tal como la perspicacia de esos estadistas lo pensaron al dar esa orden delicada.

El señor Ibáñez aseguró tener documentos que le permitían aseverar que en los últimos días del Gobierno de Sarmiento y de su ilustre Ministro don Carlos Tejedor habría sido fácil dividir la Patagonia quedando para Chile la mitad vecina a la cordillera desde el Río Negro hasta el Estrecho con todo el territorio situado entre el río Santa Cruz y el mismo Estrecho y la Tierra del Fuego.

El 12 de octubre de 1874 dejaba el mando el Presidente Sarmiento entrando a reemplazarlo don Marcos Avellaneda; el señor Tejedor fué poco después nombrado Ministro en Río Janeiro.

El Presidente Avellaneda tomó una actitud menos amistosa que su antecesor y el señor Errázuriz, con el objeto de tentar un último esfuerzo en favor de un arreglo envió al señor Ibáñez en misión especial a Buenos Aires nombrándolo al mismo tiempo Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos.

Habiendo tenido ocasión de obtener una copia de sus credenciales, que jamás han sido publicadas, estimo conveniente hacerlo en esta ocasión para que se conozca cuál era el espíritu que dominaba en la Moneda en esos días en que la defensa de los derechos de Chile se hacía en forma franca, resuelta y valiente.

Las credenciales decían:

"Federico Errázuriz, Presidente de la República de Chile. A todos los que la presente vieren, salud!

Por cuanto conviene evitar todo motivo de posibles desacuerdos en las buenas relaciones que que tanto a Chile como a la República Argentina conviene cultivar y resolver de una manera amistosa y satisfactoria la cues-

ción de límites y de dominio de la parte austral del Continente que existe entre ellas.

Por tanto, satisfecho del celo e idoneidad del ciudadano chileno, don Adolfo Ibáñez, ex-Ministro de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores y haciendo uso de la facultad que me acuerda el artículo 82, parte 19, de nuestra Constitución Política, ha venido en conferirle, como por las presentes le confiero, los Plenos Poderes y la autorización necesarias para que negocie, concluya y firme con la persona que el Gobierno argentino invista de los Poderes convenientes, todo Tratado, Convención o arreglo que, a su juicio, conduzca a renovar las diferencias existentes entre ambas naciones a propósito de dicha cuestión. Y todo lo que en virtud de estos Plenos Poderes negociare el expresado don Adolfo Ibáñez prometo ratificarlo, previa la aprobación del Congreso Nacional que nuestra Carta Fundamental prescribe.

En fe de lo cual le hice extender estas Letras Patentes, firmadas de mi mano, selladas con el sello de las armas de la República y refrendadas por el Ministro de Relaciones Exteriores.—Santiago, mayo siete del año de Nuestro Señor mil ochocientos setenta y cinco.—(Firmado) Federico Errázuriz.—(Firmado) José Alfonso”.

El señor Ibáñez fué recibido por el Presidente Avellaneda con las consideraciones debidas al representante de Chile en la contienda pendiente. Cuando un ciudadano defiende los intereses que le están encomendados con entusiasmo y talento adquiere el aprecio de sus adversarios, aunque a veces se le niega el agradecimiento dentro de su país.

Durante los quince días de su permanencia en Buenos Aires, en medio de los festejos con que le brindaron su amistad algunos eminentes políticos argentinos, pudo convencerse de que la actitud de Avellaneda no sería modificada y que no era posible obtener en ese momento una discusión sobre las bases favorecidas por el señor Tejedor.

El señor Ibáñez no hizo uso de sus credenciales y siguió su viaje a Estados Unidos, informando en carta particular al Presidente sobre las impresiones recogidas en su viaje.

Algún tiempo después, en abril de 1876, el Presidente Errázuriz, deseando hacer un último esfuerzo en favor de la conciliación, designó para la Legación en Buenos Aires a don Diego Barros Arana. El señor Barros tenía relaciones de familia en la sociedad del Plata. Su amistad con el señor Amunátegui, sus conocimientos de la historia americana, su reputación dentro de los partidos liberales que rodearon al señor Errázuriz en las postrimerías de su Gobierno justifican esa designación. No era posible prever en esos días el cambio de orientación en las ideas de la Cancillería en la nueva administración

que debía comenzar algunos meses más tarde.

Las instrucciones que se dieron al nuevo Ministro le prescribían que procurase obtener en una transacción el reconocimiento de la línea del río Santa Cruz. No existía un motivo para que la Cancillería chilena cambiase en sus resoluciones; el acto de energía del apresamiento de la “Jeanne Amelie” y la declaración de 1874 colocaban la causa de Chile en la mejor situación. Para vencer sólo era necesaria la perseverancia. Fué precisamente lo que faltó.

El señor Barros Arana firmó en 1877 un



Crepúsculo.

tratado de arbitraje que fué desaprobado en Santiago; sin embargo, en ese pacto quedó el germen del tratado de 1881 y de la pérdida total de las expectativas sobre la Patagonia; se renunciaba a la línea del río Santa Cruz, sin quedar sometida al arbitraje la soberanía de un territorio declarado chileno en las notas oficiales de 1874.

La solemne declaración de 1874 no existía; el Presidente Errázuriz había fallecido repentinamente en todo el vigor de su juventud en una noche de julio de ese mismo año.

Cuando dos años más tarde las agitaciones y zozobras de la guerra con el Perú y Bolivia hacían recordar al ex-Presidente, la voz popular, que lo habría considerado como el consejero obligado del Presidente Pinto en esas circunstancias, manifestaba la convicción de que, si él viviera, la acción del Gobierno habría tenido más unidad y más energía.

Nuestros hombres públicos, formados en aquella época, conservaron siempre el culto de su memoria; únicamente el convencimiento de sus condiciones morales, de la altura de sus miras y de su acendrado patriotismo puede justificar el aprecio que durante su vida le tributaron don Eulogio Altamirano, don José Antonio Gandarillas, don Belisario Prats, don Adolfo Ibáñez y del que da testimonio hasta hoy, don Julio Zegers.

Veinte años más tarde, el país buscaba un hombre, después de los desengaños sufridos en la liquidación de la revolución y de la poca eficacia de la administración del almirante Montt, y más de la mitad de los electores del país creyó encontrarlo en el hijo del Presidente Errázuriz, último tributo de gratitud a la memoria del mandatario de 1876.

Al terminar el período del Presidente Pinto, el señor Ibáñez figuró entre los más decididos partidarios de la candidatura de don Domingo Santa María; no tuvo partidario más sincero, me decía, los motivos de mi adhesión no eran secretos: el señor Santa María había prometido reaccionar en la dirección de las relaciones exteriores y volver a la política de Errázuriz; el Regente de la Corte de Santiago era hombre hábil, tenía reputación de ser enérgico. Prometió al señor Ibáñez adelantar la celebración de un tratado de alianza con el Brasil, contener los avances de la República Argentina en el terreno sometido al arbitraje por el tratado re-

cientemente celebrado y terminar con firmeza la guerra con el Perú y Bolivia.

Algún tiempo después de iniciada la administración Santa María, el señor Ibáñez se convirtió en uno de sus más tenaces enemigos. En compañía de don Melchor Concha y Toro y de don José Francisco Vergara inició en el Senado una campaña enérgica que provocó un movimiento en todo el país en favor de la libertad electoral, única base, según él, para obtener mandatarios que, llegados al poder, cumplan sus promesas, sean leales a su programa y defiendan con patriotismo los verdaderos intereses nacionales.

Era muy duro para juzgar los actos de la administración Santa María, especialmente en la dirección de las relaciones exteriores. Recuerdo una de sus frases: "Vencedor en Chorrillos y Miraflores, dueño del valle de Arequipa, hizo un pacto con Bolivia en lugar de ir a dictar la paz a la capital; firma el tratado de Ancón dejando una cuestión pendiente y sin resolver el tratado comercial; olvida la amistad con el Brasil y deja inamovible el tratado de 1881. Todas sus habilidades y energías quedaron concentradas en la cuestión de Taforó y en la expulsión del Delegado pontificio Monseñor Dell Frate!"

La conversación con don Adolfo fué siempre instructiva, era un libro abierto, pasaba de la historia antigua y de los viajes de Ladrillero, de Juan Jofré y de Gerónimo de Alderete en los tiempos de Pedro de Valdivia a la narración de los hechos recientes en que le había correspondido a él tener participación principal.

Sin embargo, en las discusiones de los años últimos de su vida, cuando se nos disputaban los contrafuertes de las cordilleras, sus opiniones no fueron solicitadas en los consejos de Gobierno; era un diplomático "fracasado", porque había defendido con toda su alma la política de la declaración de 1874!

En una de sus conversaciones tuvo una frase original: "Quien ha tenido toda la culpa de nuestra derrota fué el mismo Presidente Errázuriz, porque, antes de subir a la Presidencia, consintió en que se quitara de nuestra Constitución el derecho que tenían los antiguos Presidente para ser reelegidos. En cinco años no se alcanza a concebir un plan de Gobierno y mucho menos a llevar a término uno de proyecciones internacionales. Los diez años fueron los grandes auxiliares de nuestros

grandes Presidentes; el general Prieto no habría consolidado el país ni hecho la guerra de 1838; el general Bulnes no habría podido fomentar el progreso del país, ni don Manuel Montt habría podido ser el digno continuador de los dos primeros, si no hubieran estado diez años en la Moneda. La reelección a los cinco años era una garantía; a pesar de la intervención electoral de aquella época, esos mandatarios no habrían sido reelegidos si no hubieran contado con la cooperación de la parte directiva de la sociedad y con la popularidad en las provincias. El Presidente Pérez fué el representante de una época de moderación y de transición que correspondía a las manifestaciones de la opinión dominante en esos momentos."

"El Presidente Errázuriz, reelegido en 1876, habría evitado la pérdida de la Patagonia aunque la muerte lo hubiera sorprendido en su segundo período."

Era el señor Ibáñez un propagandista del principio del período de diez años, con la reelección a los cinco años.

No era un adversario del Presidente Pinto; alababa sus cualidades de honradez, de seriedad, de respeto a las instituciones; creía que habría sido un buen Presidente en una época tranquila, cuando no hubiera necesidad de solucionar problemas vitales para la nación. Tenía el defecto de su excesiva bondad; se dejaba dominar por consideraciones de segundo orden; no imprimió rumbos y permitía que los imprimieran personas que carecían de la autoridad necesaria.

En esta materia el señor Ibáñez estaba de

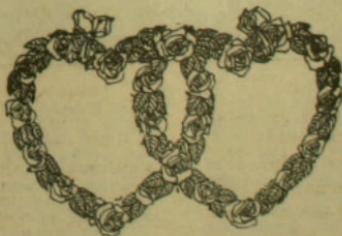
acuerdo con Napoleón I, quien, en las Memorias de Santa Elena, condenaba a los reyes demasiado buenos; "las alabanzas que se tributan a un rey durante el primer año de su reinado por su bondad, son perjudiciales, porque en el segundo año se ríen de él".

Llegamos a Montevideo en los primeros días de septiembre; a pesar de las instancias de sus compañeros de viaje, el señor Ibáñez nos dió a conocer su resolución de bajarse para ir a Buenos Aires para abrir allí su estudio de abogado; creía que los acontecimientos posteriores al triunfo de la revolución harían imposible su permanencia en Santiago. Buscaba en sus antiguos adversarios de la cuestión de límites el apoyo para los últimos años de su vida.

El vapor "Britannia" no fué recibido en Montevideo y tuvimos el dolor de ver desembarcar a don Adolfo en el hospital de la cuarentena en la isla de Flores.

Al llegar a Chile dimos conocimiento de esta resolución a algunos miembros del Gobierno; las seguridades que nosotros le habíamos dado de que, por ningún motivo sería molestado, fueron confirmadas y, al cabo de algunos meses, vino el señor Ibáñez a reunirse con su familia.

Es muy agradable poder rendir este tributo de aplauso a un servidor del país que ha fallecido sin tener la satisfacción de ver coronados por el éxito sus esfuerzos en favor de su patria.



Transfiguración

(Fragmento)

.....
Cuando este misterioso personaje se despierta en mi espíritu, fluye con él, y se derrama en el espacio; una inmensa onda de fuerza y juventud. Vuelve a ser, para mí, el despertar de los genios elementales, la animación del sexto día el "novitas floritas mundi" de Lucrecio. Todo luce y sonríe como si aún no se

hubiera evaporado de sobre las cosas la huella del hábito creador, el postrer toque, tenuísima sobrehaz de brillo y de frescura, como esa que admiras en el lustre de la manzana, o en el vello del melocotón, o en la humedad de la flor ungida de rocío. Tal hubo de pintarse la virginidad del mundo en el alma de las razas nuevas, llenas como él de candor; cuando el brotar y florecer de los mitos; fraternizando la alucinación y la realidad, el cielo y la tierra. ¡Como revive en mi corazón transfigurado el sentimiento que pobló la naturaleza de seres divinos; y con qué asomo de fe, fe de la imaginación, fe como la que se concede a las visiones en el soñar de un entre su sueño, columbro, donde hay misterio y sombra, los verdes ojos de la dríada, la bicorne frente del

sátiro, el fresco seno de la náyade, y allá, más lejos, un centauro que huye... En presencia de la naturaleza así vivificada y gloriosa el alma entera se extasía en la inmensa dicha de ver: ver de la manera como esta acción contiene en su significado el principio de la invención del poeta y del hallazgo del artista y del entender del teósofo y de la intuición del vidente... Ver: don preciosísimo, que Ruskin graduó de más noble y raro que pensar. La luz dibuja y cife las cosas con nueva y misteriosa fuerza. Entre el alma y el objeto de la contemplación, componen tan armonioso ritmo como si fuesen la sistole y la diástole de una misma arteria; la estrofa y la anástrofa de un mismo canto; la pregunta y la respuesta de un amoroso coloquio. Ni se contiene lo que entonces sienta en la actitud contemplativa. Es una actividad demiúrgica que traspasa los términos

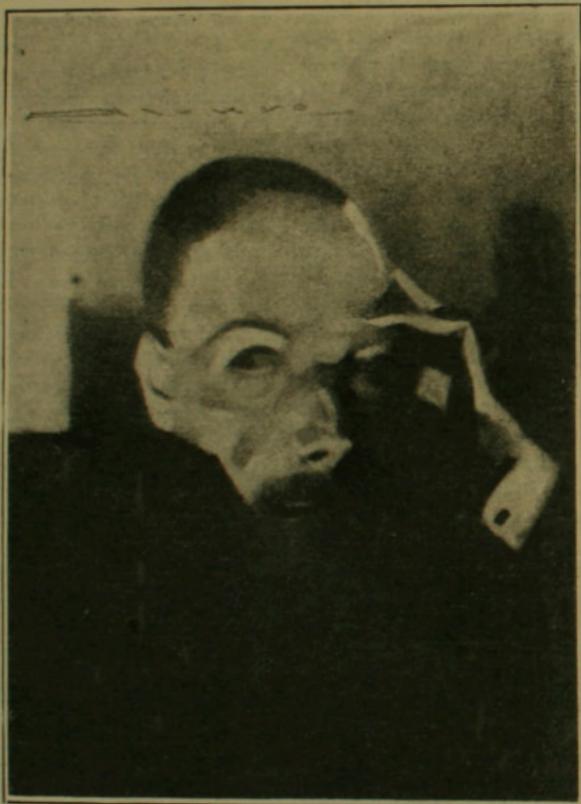
de la contemplación. Es aprehender con toda el alma el objeto como una mano que lo modelara; reproducir por un movimiento interior las líneas del objeto; tenderse y espaciarse sobre la igualdad de la llanura y sobre la calma de la mar; dar impulso al arrancarse con que se yergue la ríspida montaña; deslizarse con la pendiente fácil y morosa;

partirse en leves curvas con la fronda del árbol. Es volcarse, como el agua que toma la forma de la copa, en la concavidad del firmamento; precipitarse, desmenuzarse y diligente, como placía a Piero di Cósimo, con la argentina lluvia caer a plomo con la tajada roca del abismo. Y es, otras veces, embobarse en el alma de un color; participar de su dulzura o de su fuerza; desvanecerse en sus desmayos; encenderse en sus exaltaciones fulgurantes; sentir lo que él clama, o lo que él implora, o lo que él sueña. Porque al par que el contorno de las cosas semeja adquirir nuevo vigor y realce, y enriquecerse y como brufirse el color, realzase también la virtud expresiva, el alma secreta que hay, no va en las cosas vivientes, sino en las que tenemos por inanima-

das; y todo habla con una misteriosa voz; mira, a quien lo mira, con profundos ojos; y tiene para el alma una amistosa confianza. Nada hay, por indiferente y disonante, no concurre al poema del conjunto. Y como cuando los sentidos aún nuevos no se han incapacitado para gustar la belleza simple y responder a un toque leve y fugaz, la emoción de lo bello, el encanto y la ambrosía del goce en que no hay impulso apetitivo, fluyen entonces de cosas que otras veces la mirada desadvierte o desdeña; y el alma, como una ninfa, se arroba ante los hileros de una fuente, o la curva que dibuja en el aire un pájaro que pasa, o el temblor de una hoja mal segura, o el salto de niño de una onda...

JOSE ENRIQUE RODO.

Montevideo, 1916.



La Guerra Europea en el Mar

Por

MARIO VERGARA Z.

Con fotografías

Siempre es curioso dar una mirada retrospectiva hacia aquellos videntes que, forjándose diferentes hipótesis, han pretendido descifrar el avenir, cuando, en un caso como el presente, el caso de la guerra europea, ese avenir se está desarrollando a nuestra vista.

El problema marítimo ha sido siempre, desde la fundación del Imperio Germano, uno de los puntos que más ha preocupado la atención de Inglaterra. Francia, por su parte, que preveía la guerra naval que hoy se desarrolla en el Mar del Norte,—también ha vivido atenta al desarrollo de la potencialidad naval de los dos grandes colosos. Y, según se puede ver en libros no muy viejos—“Les Luttes Maritimes prochaines”, (por Mr. A. M. Laubeuf, Ingenieur en Chef de la Marine, París, 1908)—este asunto ha sido, tan debatido en Francia como en las dos naciones antagonicas.

La lectura del libro de Mr. Laubeuf es tan interesante que no he podido resistir a mis deseos de llevarte a ti, lector imparcial y desapasionado, a recorrer algunas de sus páginas más intensas.

Un ingeniero-jefe de la marina francesa es una personalidad, tanto en organización como en instrucción técnica; por lo tanto, las opiniones del autor que voy a citar son dignas de todo respeto.

Hablando de la Marina inglesa, Mr. Laubeuf dice:

“Yo asistí en 1897 a la revista naval de Spithead, celebrada con motivo del jubileo de la Reina Victoria, y aquel espectáculo me impresionó vivamente. La flota inglesa, compuesta de 145 navíos de todos tamaños, (sin contar los torpederos), estaba formada en cuatro líneas imponentes, líneas que se perdían a lo lejos en las brumas del mar. Adelante, en una sola línea, estaban formados una quincena de barcos extranjeros, de todas nacionalidades, los que colocados al lado de los colosos pare-

“cían “los parientes pobres” de aquellos.
“En el año siguiente, cuando el incidente de Fashoda casi hizo estallar la guerra entre Francia e Inglaterra, se vió bien que la flota inglesa estaba lista para la acción.
“Fué por su imprevisión, por no estar preparados para la guerra, que Francia tuvo que hacer concesiones humillantes para poder conservar la paz, y el recuerdo doloroso de esa imprevisión lo llevaremos siempre en nuestros corazones.

“La supremacía de Inglaterra sobre el mar, en aquella época, había llegado a su punto culminante.

“Fué en esa época cuando floreció la fórmula “L'Océan appartient a l'Angleterre”, que algunos autores describieron en este aforismo: “La frontiére de l'Angleterre, c'est le litoral de son ennemi, quel que soit cet ennemi”.

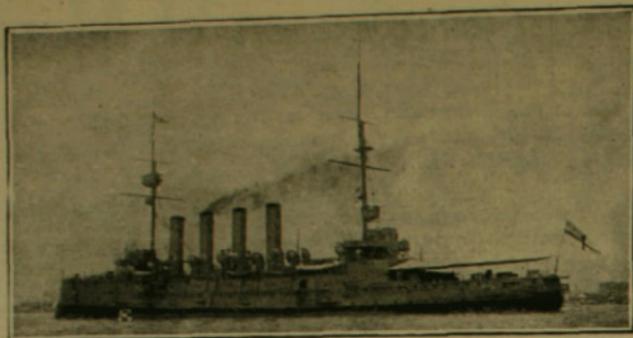
“En aquel momento el Reino Unido era el dueño de todos los mares. Y eso fué justamente en los últimos días del siglo XIX.

“La potente división de cruceros que tenía en los mares de la China era superior a la naciente marina japonesa. En el Pacifico ninguna fuerza naval podía balancear la de Inglaterra. Las divisiones del Atlántico del Norte y del Atlántico del Sur, que podían ser rápidamente reforzadas por la escuadra del Canal, eran superiores a la Marina de los Estados Unidos y a las de todas las Repúblicas sud-americanas.

“En fin, en Europa, con la Escuadra de Malta (Mediterráneo) y la Escuadra de Gibraltar (Chanel Squadron), Inglaterra dominaba el Mediterráneo, mientras que el Home Fleet era suficiente para batir a la escuadra francesa y a las demás flotas del Mar del Norte.

“El principio del siglo XX ha marcado el fin de esa potencia sin rival.

“El desarrollo considerable de las jóvenes



Cruceiro inglés "Diadem", de 1896. Desplaza 11,000 toneladas y está armado con dieciséis cañones de 6 pulgadas y doce de tiro rápido. Desarrolla un andar de 18.19 nudos.

“marinas secundarias: Estados Unidos, Alemania y Japón, han cambiado la faz de las cosas.

“La Inglaterra no puede dominar más los mares, y esto lo prueban los hechos:

“Recuérdese que en 1905 los cinco acorazados que habían en los mares de la China abandonaron el Pacífico a los japoneses y a los americanos.

“Ellos llevaron a los mares de Inglaterra, en 1906, muchos de sus acorazados de Malta y Gibraltar.

“Ellos han constituido un “Channel Fleet” formidable, secundada por un “Home Fleet” enteramente reorganizada.

“Esas son las principales fuerzas navales del Reino Unido. No son más un instrumento de dominación de los mares, más, constituyen la defensa de la Metrópole. (1)

“Ellos comienzan a trabajar la organización de una nueva base naval en Rosyth, sobre el Mar del Norte, frente a las bases avanzadas del enemigo.

“En fin, ellos han construido submarinos, tipo de submarino puro, condenado a la defensa de sus puertos y radas.

“En una discusión de la Cámara de los Lores, el almirante Lord Charles Beresford, comandante en jefe actualmente

(1). El Channel Squadron, en las Maniobras de octubre de 1907, lo componían: 14 acorazados, 6 cruceros acorazados, 6 cruceros protegidos o scout y 24 destroyers.

La Home Fleet, (División del Norte, solamente): 6 acorazados, 5 cruceros acorazados, 3 cruceros protegidos y 24 destroyers.

Ellos pueden reconcentrar rápidamente la Atlantic Fleet (6 acorazados, 4 cruceros acorazados y 3 cruceros protegidos) en su estación de Gibraltar.

“(1907) de la flota inglesa, dijo:

“Mi opinión personal es que el submarino servirá más para la defensa que para el ataque. Y como nosotros tenemos que tratar de ser una potencia ofensiva, debemos dejar para otros países el cultivo de esa arma defensiva; a ellos les será más útil que a nosotros”.

“Estas palabras merecen ser recordadas. Mientras tanto Inglaterra ha ordenado la construcción de 48 submarinos. Ellos constituyen hoy día su defensa. Todas medidas que se tomen en el futuro lo demostrarán. Ahora tratan de reunir todas sus fuerzas alrededor de la Metrópole, aún los órganos de dominación que empleaban no ha mucho.

“Inglaterra reúne sus fuerzas para encerrarse en un cinturón de hierro. Y no se equivoca al proceder así, pues frente a la Gran Isla se acumulan las nubes que habrán de traer la tormenta.”

Veamos ahora cuál era la situación de la Marina de Alemania en aquella época:

El progreso de la Marina alemana ha sido metódico y regular, y tomó su empuje después de aquella arenga célebre del Emperador Guillermo II: “Unsere Zukunft liegt auf dem Wasser”.

Las etapas últimas de este gran desarrollo están marcadas en las siguientes leyes orgánicas:

Ley de 14 de junio de 1900.—Esta ley fija la composición de flota:

1.a flota, de combate: 34 acorazados en 4 escuadras de a 8 cada una, más 2 acorazados insignias; 8 cruceros acorazados y 24 cruceros exploradores.

2.a flota, de ultramar: 3 cruceros acorazados y 10 cruceros exploradores.

3.a, buques de reserva: 4 acorazados, 3 cruceros acorazados y 4 cruceros exploradores.

Son un total de: 38 acorazados, 14 cruceros acorazados y 38 cruceros exploradores, más 144 torpederos.

La ley fija el año 1920 para el término de aquel programa de construcción naval.

La duración de los barcos está fijada por la ley en 25 años para los acorazados y 20 años para los cruceros.

La ley de 1906 dió a 20 el nombre de cruceros acorazados.

La ley propuesta en 1908 rebajó a 20 años, en vez de 25, la vida de los acorazados. Y es de suponer que la duración de los cruceros sea rebajada a 15 años, en vez de 20.

Muchos son los que han defendido una tésis análoga, más no en nuestro país, donde el "Prat", con sus 25 años de vida, está en pleno servicio activo, y el "Blanco", con 22 años de vida, está sometido a igual labor que un buque *up to date*. Es verdad que gracias a los progresos de la mecánica y la metalurgia los barcos de guerra se envejecen con una rapidez asombrosa. Recordemos solamente que en febrero de 1907 las tres escuadras activas de Inglaterra se reunieron en la bahía de Lagos y que de sus 30 acorazados, 16 cruceros acorazados y 10 cruceros protegidos, el más viejo de sus acorazados había sido lanzado en 1897 y el más antiguo de sus cruceros acorazados databa de 1900.

La escuadra de reserva u **Home Fleet** se componía, en aquella época, de acorazados de 1894 los más antiguos y cruceros acorazados de 1899, es decir, de la época de nuestro "O'Higgins".

En Francia todos los cruceros lanzados antes que el "Brennus" (1891), aún no habían sido borrados de la lista naval.

En Alemania los buques de la clase "Brandenburg", en aquella misma época, había sido declarada fuera de servicio. Los 4 buques que componían esta clase eran de los años 1891 y 1892.

En 1898 no se podía decir que un acorazado era viejo, y, por lo tanto, excluido del servicio, 15 años después de su lanzamiento. En cambio, en la actualidad no ocurre lo mismo, pues buques lanzados en 1898, ya han dejado de pertenecer a la escuadra de línea por haber sido superadas sus velocidades,

su artillería y su coraza por unidades de reciente data.

Los cruceros acorazados envejecen más rápidamente aún, pues de las cualidades de un crucero acorazado la que más ha evolucionado es la velocidad. La vida de un crucero acorazado, en concepto de críticos experimentados, debe ser sólo de 12 años.

La Marina alemana ha tenido razón al disminuir el margen de vida de sus buques. Es verdad que esas disminuciones en la duración de los buques traen aparejado un visible desequilibrio en las finanzas de la nación, pero el Gobierno germano ha afrontado con valentía la situación a cambio de aumentar el poder militar de su flota.

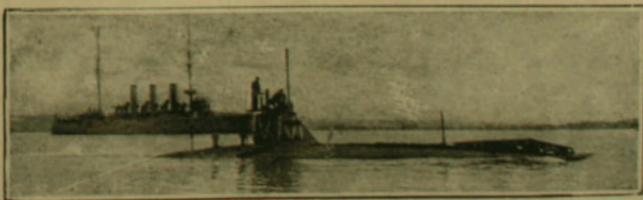
Después de la ley de 1900 la flota alemana ha sido valorizada como sigue:

38 acorazados de 12,600 a 13,200 toneladas, a razón de 24 millones de marcos.	912.000.000
14 cruceros acorazados, de 9 a 11.600 toneladas, a razón de 21 millón cada uno.	294.000.000
38 cruceros exploradores a 4 millones 750,000.	180.000.000
144 torpederos, a razón de 1 millón 400,000.	200.000.000
<hr/>	
Total.	1,586.000.000

de marcos, o sean, 1,980 millones de francos.

Con una duración de 25 años para los acorazados y 20 años para los cruceros, se necesita una anualidad de 67 millones de marcos (83½ millones de francos) como cuota de renovación de la flota.

Después de la ley propuesta, el valor de la flota es:



Submarino inglés "A-14", del año 1898. Estos buques son del tipo "submarino puro" y sólo sirven para operar en puertos y bahías.

38 acorazados de 18,000 ton., a 38 millones de marcos cada uno.	1,444.000,000
20 cruceros acorazados de 17,000 toneladas, a 34 millones.	680.000,000
38 cruceros exploradores, de 3,800 toneladas, a 5 millones	210.000,000
144 torpederos de 575 ton., a 1.600,000.	230.000,000
60 sumergibles a 1.400,000 cada uno.	84.000,000
Total.	2,648.000,000

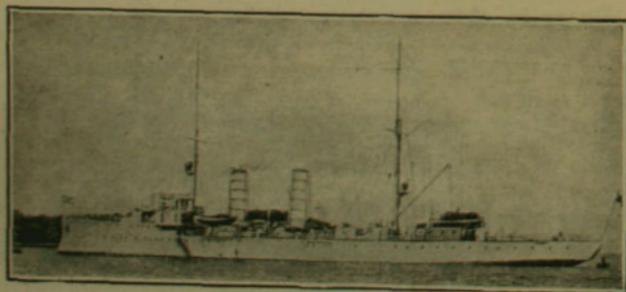
de marcos, o sean: 3,310 millones de francos.

Con una duración de 20 años por acorazado y 15 años los buques de otros tipos, la anualidad necesaria para atender a las construcciones navales, es de 140 millones de marcos, o sean, 175 millones de francos.

Es así cómo el valor de la flota de combate alemana ha pasado de 1,586 millones de marcos a 2,648 millones de marcos, y la cuota anual de construcción naval ha subido a más del doble. Todos los demás gastos—personal, consumos, municiones, reparaciones y ejercicios—aumentan lo mismo. De esta manera no es sorprendente que el presupuesto de la Marina alemana, que en 1895-96 era de 85 millones de marcos, en los años 1907-1908 haya subido a 280 millones y que en los años 1911-1912 llegue a 460 millones de marcos.

El aumento en 16 años ha sido de 545 por ciento.

Se ha hecho con insistencia una crítica muy



Crucero alemán "Albatros", del año 1907. 2,200 toneladas. 21 millas.

importante al programa de construcciones alemanas; ella es:

Cuando una nación hace un gran esfuerzo por colocarse a la cabeza de las potencias marítimas, como ha sido el caso de la Alemania, es necesario que el programa se desarrolle dentro del concepto naval más avanzado en el momento.

Los ingenieros alemanes no han pensado así. El "Bayern", que fué construido para pelear con el "Dreadnought", no tiene sobre éste una superioridad aplastadora. Tiene 16 piezas de grueso calibre contra 10, más éstas son de un calibre inferior—280 en vez de 305.—Tiene una coraza un poco más gruesa, pero, en cambio, tiene menos velocidad. Lo mismo ocurrió en los cruceros E. F., vis a vis de los tipos "Indomitable". Los barcos son simplemente comparables, nada más.

La Marina alemana ha seguido las aguas de la inglesa. Y este movimiento estaba destinado a pasar adelante, no a seguir detrás. Poco más o menos en igual caso se encuentra la Marina francesa.

Nuestra misión de cronista nos obliga a reunir la mayor cantidad posible de opiniones, a fin de llegar a una conclusión atinada.

En el año último tuvimos oportunidad de conocer de visu la flota alemana del Oriente, compuesta por los barcos que comandaba el malogrado almirante von Spee, flota victoriosa en la Santa María, que luego hubo de sucumbir en el combate de las Malvinas. Las revistas y periódicos profesionales habían hecho magníficas reseñas de los triunfos obtenidos por el "Sharnhorst" y "Gneisenau" en sus tiros de "prueba de apuntadores", "tiro de combate" y "tiro de defensa nocturna"; esa flota estaba por largo tiempo destacada en los mares de la China, y allí, con todo método y orden, había preparado admirablemente todas las experiencias que requiere la guerra moderna. Y, prueba de que esas experiencias dependen en gran parte el éxito final de una campaña, es el que en la Santa María primero, y luego en las

Malvinas, los barcos alemanes hiciesen un crecido número de impactos sobre los cascos británicos. Un año antes nos visitó otra flota alemana, la que revistó en Valparaíso el Príncipe Enrique de Prusia, y ella pudimos admirar la potencia de los grandes dreadnoughts "Kaiser" y "Koenig Albert" y el perfecto orden y disciplina que reinaba en la escuadra. Todo esto es prueba fehaciente

de que el poder naval germánico ha aumentado considerablemente desde que se inició el período de reorganización de la Armada alemana. Veamos ahora lo que ha ocurrido en la Armada inglesa.

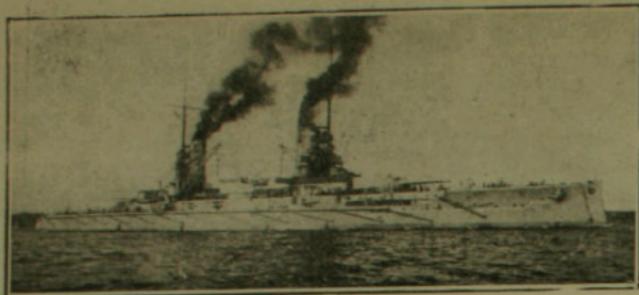
Acabo de hablar sobre este particular con un oficial de la Marina chilena que presencié la revista naval efectuada con motivo de la coronación de Jorge V y que posteriormente sirvió en la Armada británica. Me dice lo siguiente:

"Si grande fué el asombro de Mr. Laubeuf al ver 145 naves de guerra formadas en revista en la época del Jubileo de la Reina Victoria; cuánto mayor no sería el nuestro al ver más de 600 naves de combate en la revista celebrada con motivo de la coronación de Jorge V!... En esa ocasión la homogeneidad, la certeza en el gobierno y la magnífica presentación de tan inmenso número de máquinass de guerra fué el mejor exponente de que Inglaterra estaba perfectamente preparada para la guerra en el mar. No obstante, un año después regresé a Inglaterra para embarcarme en la "Home Fleet" en uno de los más modernos buques de combate, y pude constatar que los grandes barcos que en la coronación formaron en la primera línea, como naves de primer orden, habían cedido sus puestos a buques más modernos, de mayor velocidad, de mayor artillería y de más protección... Se había producido toda una evolución en sólo un año! Luego a bordo de las naves inglesas, y haciendo diariamente esa vida tan intensamente profesional, pude admirar la mag-



Acorazado alemán "Blücher", del año 1908. 15.500 toneladas de desplazamiento, armado con 12 cañones de 8.2 pulgadas y ocho de 6 pulgadas.

nífica organización de las distintas ramas que constituyen la flota inglesa y el gran espíritu de sacrificio que reina en su personal. Allí todo el mundo sirve a la Patria, y sirve con un entusiasmo ilimitado. Durante meses enteros tuvimos que dormir al pie de los cañones, patrullando frente a las costas alemanas y en el norte de Inglaterra, repeliendo a cada momento los ataques de escuadrillas de destroyers que, para práctica, nos trataban de sorprender en nuestros largos cruceros alrededor de las islas británicas, y en medio de esa vida de verdadero régimen, durmiendo poco y mal, comiendo siempre provisiones conservadas en frigorífico, sin descanso ninguno extraordinario, navegando la mayor parte del tiempo, en constante práctica de "tiro de combate" y de "defensa nocturna", a nadie se le ocurría protestar de aquel estado de constante tensión nerviosa y de perpetua actividad, pues, detrás de aquel sacrificio todos tenían presente la visión perfecta de un futuro conflicto, en el que la Patria requeriría de sus hijos de toda aquella experiencia para ser inexpugnable dentro de su cinturón de hierro... Nosotros, en nuestra calidad de extranjeros, compartiendo por igual de todos aquellos sacrificios, no podíamos por menos que admirar el espíritu perfecto de "disciplina de fondo" que existe en la Marina inglesa, de esa disciplina que no se aquilata tanto en la marcialidad de la apostura ni en la corrección de un desembarco, sino que se aprecia en el mayor número de impactos hechos por un cañón de 13.5 pulgadas a las diez o más



Acorazado alemán "Markgraf", construido en 1913. Desplaza 25 mil 500 toneladas y está armado con diez cañones de 12 pulgadas, catorce de 6 pulgadas, doce de pequeño calibre para defensa de torpederas y cuatro para defensa contra aeroplanos.

" mil yardas sobre un blanco y por la perfecta conservación del material... Y así, saturándonos de esa vida intensamente marinera, reemplamos nuestros espíritus, pudimos adquirir la clarividencia de muchos problemas que para la mayoría permanecen envueltos en un caos de dudas y de negaciones. Por eso, por mucho que cueste conseguir que nuestro personal de oficiales jóvenes, que son los llamados a tomar el gobierno de la Armada en época no lejana, cualquier sacrificio que se haga estará siempre sobradamente recompensado con la experiencia y espíritu práctico que se adquiere en aquel ambiente de trabajo y de lucha..."

Tal es la opinión de un chileno que ha vivido en medio del elemento naval británico. Veamos ahora qué nos dice la experiencia.

Fuera del desastre de la escuadra del infornado almirante Caddock, que sucumbió con su escuadra frente a la Santa María sólo porque consideró su deber no rehuir el combate a pesar de la superioridad abrumadora del enemigo, la Marina británica no ha sufrido ninguna derrota digna de tomarse en consideración. Por el contrario, ha ba-

rrido los mares de todo el mundo de naves enemigas. Esto equivale a revivir la antigua fórmula: "La frontier de l'Angleterre, c'est le titorial de son ennemi, quel que soit cet ennemi".

Entre los conceptos emitidos por Mr. Laubeuf encuentro uno que merece ser tomado en

cuenta. Me refiero a la opinión emitida por Lord Charles Beresford sobre los submarinos: el entonces comandante en jefe de la flota británica estimaba que el submarino no era una arma de defensa, y que como Inglaterra tomaría siempre la ofensiva, debería dejarse para otros países el cultivo de esa arma de defensa...

En aquel tiempo Inglaterra poseía sólo los submarinos del tipo "submarino puro" (clase A. de 100 pies eslora, 12½ pies de manga y 11½ pies de puntal, con una sola hélice y 1,000 millas de radio de acción), buques que estaban destinados sólo a la defensa de puertos, y que, por lo tanto, no eran suficientes para el ataque a una flota enemiga.

Pero desde entonces a la fecha el concepto británico ha evolucionado, evolución que se justifica en el triunfo de los submarinos alemanes, barcos del tipo "sumergible", y que ha dado por resultado la construcción de naves de la clase F 8-1, de 1,200 toneladas de desplazamiento, 5,000 H. P. de potencia, 20 millas de velocidad y 6 tubos lanza-torpedos.

En la actualidad la rama de submarinos



Crucero acorazado inglés "Indefatigable", del año 1909. Armado con 8 cañones de 12 pulgadas y dieciséis de 4 pulgadas. Desplaza 18,750 toneladas y desarrolla 29.13 millas.

constituye una especialidad apreciadísima en la Marina británica, y si de ella no se ha podido palpar los efectos, es por la sencilla razón de que los buques de combate y cruceros han despejado el mar de enemigos, y, por lo tanto, no tienen contra quiénes ejercer su influencia destructora."



Submarino inglés "D-2", con motores Diesel, con 4.000 millas de radio de acción; armado con tres tubos lanza-torpedos y aptos para operar en alta mar.

En la vida de los pueblos, como en la de los hombres, los hechos y las circunstancias se reproducen. Ha sido así cómo ha ocurrido que Inglaterra, que en 1897 dominaba todos los mares del orbe, y que luego perdió gran parte de su prepotencia marítima para encerrar el archipiélago británico en una cintura de hierro, en la actualidad, dieciocho años después, ha recobrado con creces su influencia sobre el océano y ha limpiado todos los mares de naves enemigas.

Alemania se vió obligada a declarar la guerra en agosto de 1914 porque, de no haberlo hecho en aquella época, no hubiese podido hacerlo después: tal era el progreso que día a día realizaban en sus armamentos sus posibles adversarios. Además, para batir a Rusia y a Francia, Alemania no necesitaba de una gran marina militar, pues, según un viejo aforismo, entre dos países limitrofes toda contienda debe resolverse por tierra.

El Imperio germánico, junto con construir una flota de potentes acorazados capaces de resistir el empuje de los dreadnoughts in-

gleses, formó una poderosa flota de sumergibles de grandes dimensiones, con los cuales han obrado verdaderos prodigios en la actual campaña marítima. Pero esta arma, que ellos han sabido emplear tan hábilmente como arma defensiva y ofensiva, no ha sido suficiente para contrarrestar el poder británico sobre el mar, y la flota de acorazados alemanes permanece inactiva, encerrada en los puertos militares del Mar del Norte, en espera de que las circunstancias se le presenten propicias para librar un encuentro con la flota inglesa.

Desde el principio de la actual guerra europea, Alemania ejerció la destrucción de toda nave inglesa que cayó en su poder. Inglaterra, en cambio, se ocupó en hacer presas, las que, convenientemente marinadas, fueron internadas en puertos ingleses y entregadas a los tribunales de presa. Esta circunstancia ha permitido a Inglaterra hacer una guerra más humana, más de acuerdo con los generales sentimientos de respeto a la propiedad ajena y a la vida de los no combatientes. Y esto ha sido causa de que a Alemania se le hagan las más severas críticas, pues la guerra de submarinos iniciada en febrero del presente año, que ha causado pérdidas tan universalmente sentidas como la del "Lusitania" y tantos otros,



Acorazado inglés "Warspite", del año 1913, recientemente incorporado a la flota. Armado con ocho cañones de 15 pulgadas, de seis de 6 pulgadas y doce cañones anti-aeroplanos. Desplaza 27.500 toneladas y desarrolla 25 nudos.

en los cuales han perecido como víctimas de los torpedos germanos millares de niños, mujeres y ancianos, de extranjeros, de seres indefensos e inofensivos, ha estado a punto de provocar un conflicto entre Alemania y los Estados Unidos, conflicto que, si bien es cierto, por el

momento, en medio de la atroz carnicería en que se encuentran, no aumentaría sensiblemente el estado de zozobra del país, en cambio, produciría una situación angustiosa a los millones de alemanes que viven tranquilos en la gran República del Norte.

Entretanto la poderosa flota germana yace embotellada en sus propias bases de operaciones del Mar del Norte y el comercio marítimo alemán está paralizado en todo el mun-

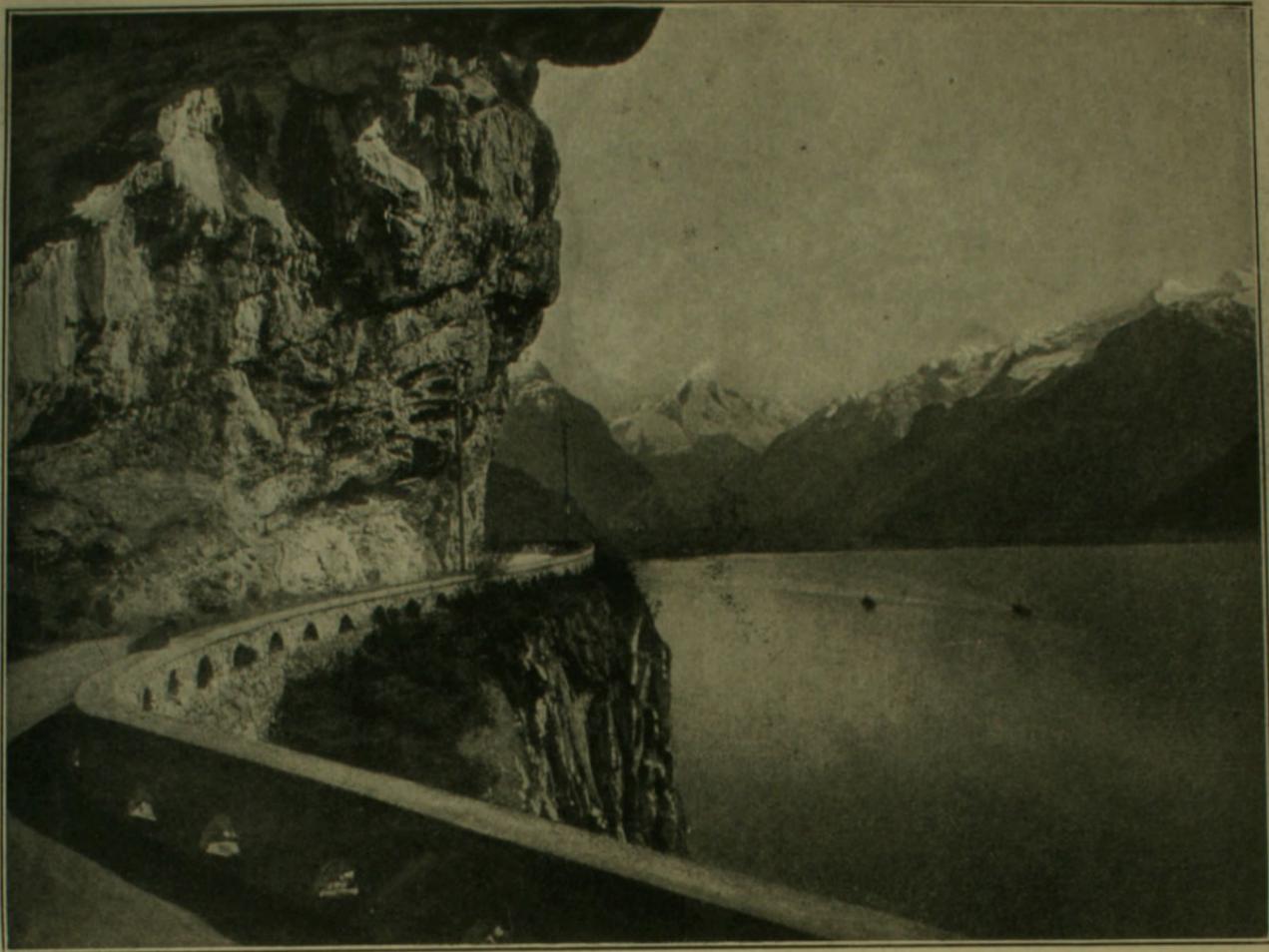
do desde hace más de un año; la flota inglesa bloquea las costas alemanas, mantiene el ataque contra el paso de los Dardanelos, protege la acción de las flotas francesa e italiana contra la flota austriaca y turca, y protege las naves de comercio inglesas y de las demás naciones aliadas sobre todos los mares de la tierra. He ahí la importancia transcendental de la supremacía del Imperio británico sobre el mar: esa es la razón por la cual una potencia marítima está en condiciones de llevar sus fronteras hasta los límites mismos de su enemigo, cualquiera que sea el enemigo...



EL DUELO DE LA MARINA.



ALMIRANTE
DON LINDO PÉREZ GACITÚA.
† ÚLTIMAMENTE.



UN RINCON DEL LAGO.

LUCERNA

Por

MALVALOCA

Ilustraciones fotográficas



Muchos conocen la pequeña ciudad romántica que vive tranquila a orillas del lago que cantó Schiller y que Wagner amó; muchos han paseado por sus calles y se han detenido ante las curiosas fuentes que las adornan o bajo las arcadas de un viejo mercado, y en muchas tal vez, estas palabras despertarán el eco de una emoción lejana.

Acaso el recuerdo de una vez cuando sentados en el último banco del mar, ante el lento atardecer del paisaje, sintieron el alma grande como la inmensidad que la rodea y el espíritu sereno como el lago que reflejaba aquella inmensidad; o tal vez el de una mañana de sol en que sonrieron alegres a la vida y en que desearon ser buenos.

Y es que todo el que pasa por Lucerna, aunque sea en los días bulliciosos del verano, siente la atracción de una alma callada y exquisita y se aleja con el recuerdo de una emoción muchas veces presentida y cristalizada en un instante de belleza.

Las ciudades como las personas tienen un ambiente que se adivina desde lejos: el primer contacto se presienten cordiales u hostiles y esta impresión instintiva, desvanecida muchas veces por completo en el conocimiento más íntimo, reaparece, precisa y violenta, en momentos decisivos.

Así en Lucerna. De noche, acercándose a ella por el lago o en tren, su bienvenida sale al encuentro en el parpadeo hospitalario de las luces, y luego, al llegar, las calles tienen para el desconocido que las recorre la sonrisa afectuosa de sus venturas eternamente adornadas de flores como para recibir a alguien.

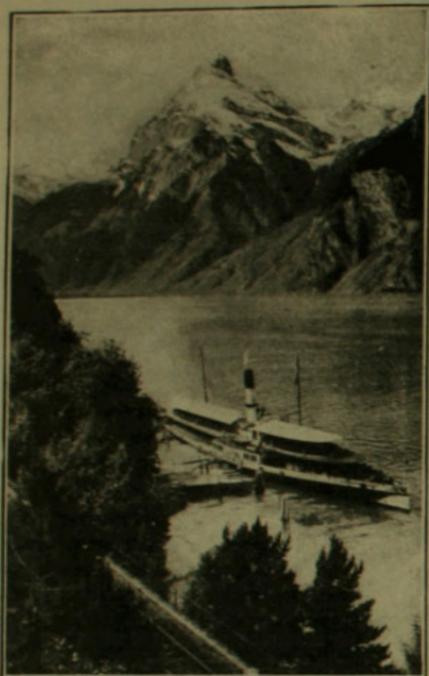
En junio, en julio y en agosto millones de extranjeros venidos de los cinco continentes en busca de salud y de placer, pueblan los innumerables hoteles cuyos edificios blancos manchan el verde de las colinas cercanas.

La ciudad se transforma: se vuelve inquieta y alegre. Las calles estrechas de Lucerna vieja parecen alejarse olvidadas. Nadie piensa en ellas y sólo alguna vez se les hace una visita, como a un museo para admirar sus curiosidades.

Se vive en la ciudad nueva que se extiende, dejando atrás el río, por las orillas del lago.



Vista del lago y de la capilla Tell



Otra vista del lago

...Una vida deliciosa, de ensueño, de olvido, de amor.

En las mañanas cuando la nieve de las cumbres, plateada por el sol, turba la vida y se busca la sombra de los árboles del Suai, cuando la música del Kurplatz solloza con Chopin o languidece con Strauss, la barquitas de inmensas velas blancas, ligeras y espirituales, rasgan el agua asoleada y azul.

Y en las tardes, los vaporeitos con su carga de gentes elegantes se pierden tras las salidas y en las entradas repentinas del lago cruciforme, mientras quedan vibrando en el aire los ecos de la orquesta de a bordo.

De noche el Kursaal deslumbra con el brillo de sus luces reflejadas en los ojos ligeramente afebrados. Se juega, se baila, se excitan los nervios y se sueñan cosas extravagantes.

En esos momentos está tan lejano todo lo que no sea la embriaguez voluptuosa del momento, es tan fácil el olvido de las preocupaciones y aún de las penas, que los médicos, conocedores de ese estado de ánimo,

mandan a sus enfermos de neurastenia a curarse a Lucerna en verano.

~

Pero es cuando empieza el otoño, triste con la tristeza de las cosas que se acaban, cuando se desvanecen en los balcones y en las fuentes las sonrisas de los cardenales y la palidez de los crisantemos la sucede, cuando los bordes del lago parecen una inmensa copa de oro y cuando vuelven en bandadas las gaviotas amigas del frío, que resurge y se siente en todas las cosas el espíritu de la ciudad, recogido y temeroso mientras duraba la alegre animación.

Uno a uno los extranjeros se van; cada día se advierte en el Suai, tapizado por las hojas que caen, la ausencia de algún rostro familiar, casi amigo a fuerza de haberlo visto todos los días en todas partes y una leve emoción sobrecoge por un momento el ánimo al pensar que probablemente no se le verá nunca más.

Los músicos también emigran y el Suai queda en silencio.

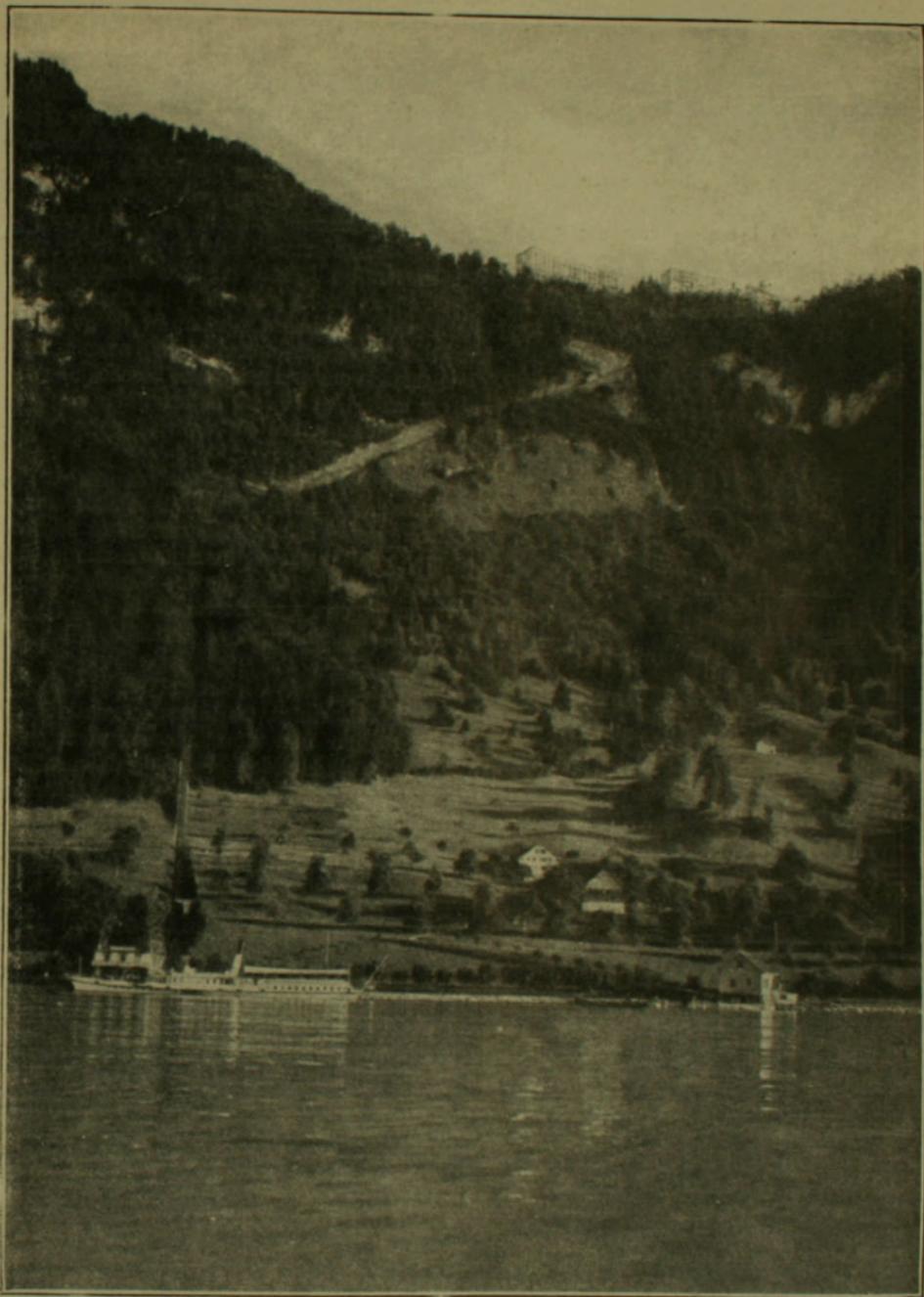
Muchos hoteles y el Kursaal se cierran y las persianas bajas hablan de no sé qué desolación.

Después pasa la melancolía de las partidas y el extranjero que se queda se encarna en la vida de la ciudad; conoce a sus gentes, comprende y ama el encanto de las viejas calles medioevales, aprende a conocer sus nombres y sus leyendas, y busca, como lo han hecho los ciudadanos desde hace muchos años, la sombra de la Catedral para amparo de sus meditaciones, sus penas, y sus alegrías.

La Hofhircke, rodeada del viejo Cementerio, con su aspecto divinamente ingenuo y piadoso, con sus dos torres esbeltas e iguales, concreta toda el alma del pueblo y es un símbolo magnífico del espíritu lucernés.

En medio de la ciudad, sin dominarla, va viviendo su vida tranquila y sus costumbres. Desde el siglo VIII sus puertas se han abierto a todas sus plegarias y a todas sus angustias. Sus campanas de tañidos melódicos anunciaron el nacimiento de sus hijos más ilustres y ellas mismas lloraron su muerte.

El interior es discreto, suavemente penumbroso, severo y acogedor. La bóveda y



BURGENSTOCK.

las columnas sencillas dan una sensación agradable de descanso. En los muros, también sin adornos, catorce cuadros viejos cuentan la historia de la Pasión. Desde los altares laterales, los santos de figuras extrañas, parecen ofrecer a los fieles las catequesis de oro que tienen en las manos.

En el altar mayor hay un Cristo de brazos suplicantes y cabeza dolorida; las luces que bajan de las altas ventanas ojivales o

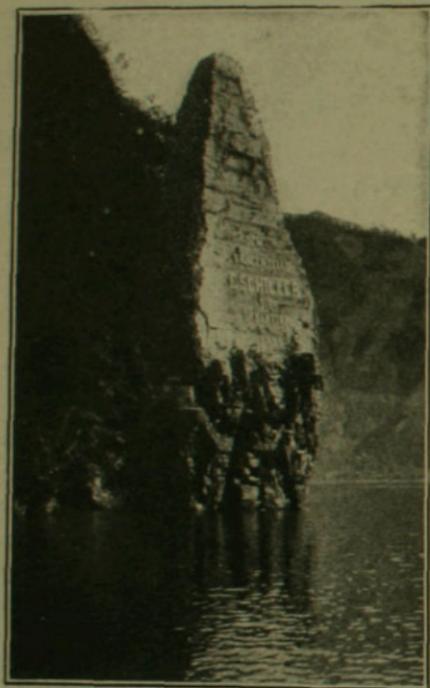
aún hoy los descendientes de los legendarios barones prosternan allí, año tras año, sus almas católicas y tradicionales.

Después en el Cementerio cuyas arcadas forman un patio alrededor de la iglesia, volverán a encontrarse los viejos nombres y más tarde, internándose en la ciudad se les leerá en los puentes de madera que atraviesan el agua rápida y verde-oscuro del río, en los museos y hasta en los frescos que adornan algunos edificios. En todas partes evocan las figuras místicas sentimentales o heroicas de los señores y las damas que los llevaron y hacen pensar en lo que serían esas vidas que el tiempo ha envuelto en leyenda y que pasaron, hace muchos años, por la ciudad en la cual dejaron algo de lo que seguramente fué su espíritu culto y refinado.

Los dos puentes de madera son casi tan antiguos como la Catedral. Ambos son cubiertos y el interior del techo está adornado por cuadros que representan en uno la historia de la ciudad y de los Santos patronos y en el otro una Danza de la Muerte pintada sabe Dios por qué fantástico y macabro artista.

Junto al más cercano al lago, concluyen, von Wasserturm, las torres de centinela que unidas por una muralla constituían, en los tiempos de la Edad Media, la defensa de la ciudad. Son nueve torres, todas distintas unas de las otras y todas igualmente hermosas.

Y allí donde no hay montañas, completan ellas el marco que encierra a la ciudad soñadora y medioeval.



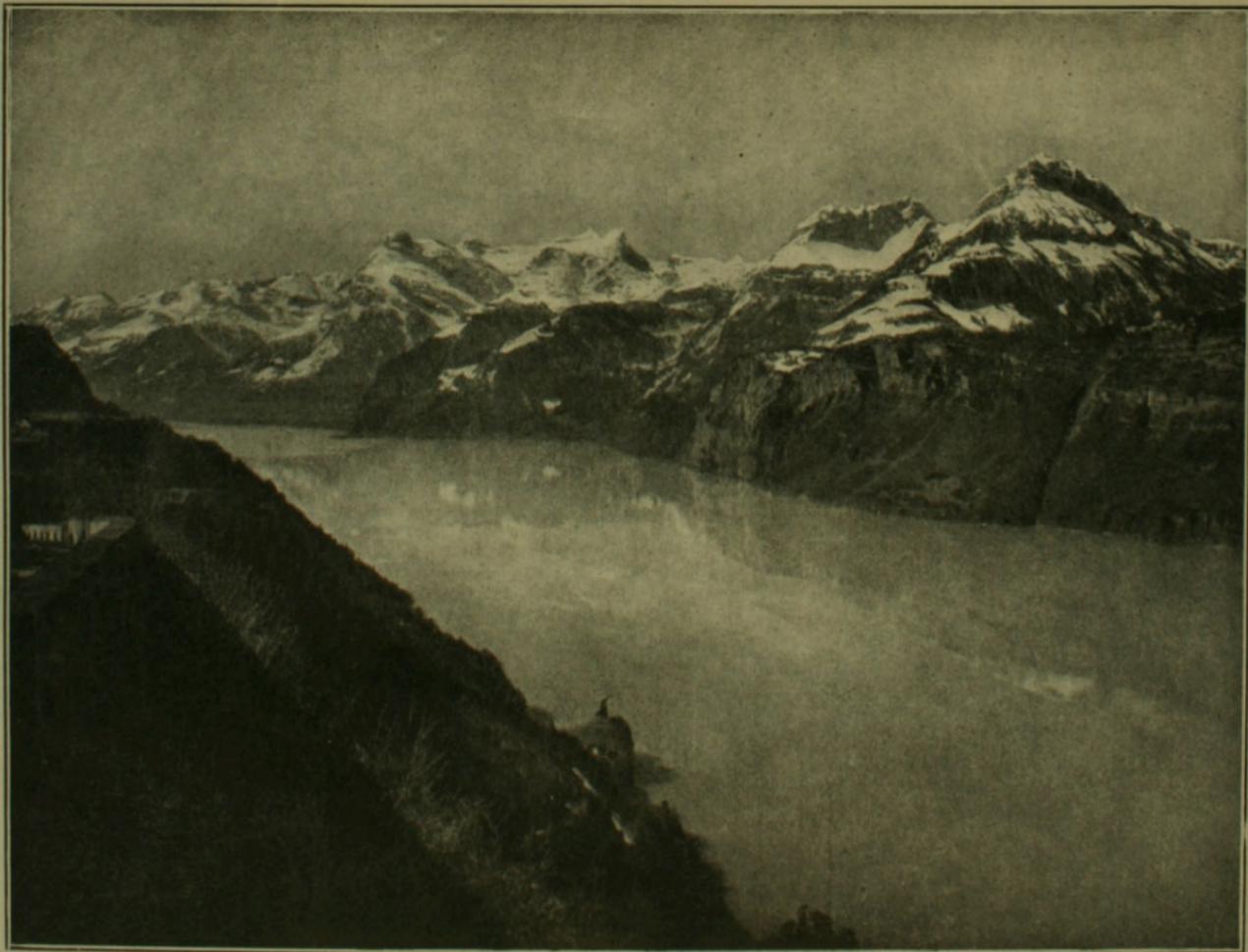
La piedra de Schiller

las que desde las lámparas velan de noche al Santísimo, juegan en su cuerpo desnudo y le dan palideces de agonía o temblores de carne palpitante.

En los bancos de la izquierda se conservan, pintados en pequeñas planchas de bronce, los nombres y los escudos heráldicos de los antiguos nobles.

Tanto tiempo hace que las planchitas están allí, que es ya difícil descifrar los diminutos caracteres góticos que forman los nombres ilustres de Pfyffer von Altiskofan, von Sonnenberg, Jöldin y von Moos, pero

En invierno, la nieve iguala con su blancura las calles y los monumentos que conservan las huellas de otros siglos; las cumbres y las torres de Hofkirche parecen interminables perdidas en la bruma; el lago refleja el gris pálido del cielo y la ciudad se duerme confiada, mientras vela por su sueño blanco el coloso que la conoce y la protege desde el día en que los primeros hombres, quién sabe en qué remota mañana prehistórica buscaron el refugio de sus bosques casi impenetrables e instalaron allí sus viviendas, atraídas tal vez sus almas, ya sensibles a la belleza, por la serenidad magnífica del paisaje; el Pilato de líneas pronunciadas que la vió crecer, que vió a la fe levantarse en



UN CANAL INTERIOR.

ella en forma de iglesias, que la vió más tarde sufrir y luchar heroica, que conoció a los héroes cuyos nombres repiten la Catedral, el Cementerio y los puentes que saben de sus melancolías íntimas, de sus ingenuidades y de los refinamientos de su espíritu, que la ve ahora vivir interiormente recogida, callada, intensa.

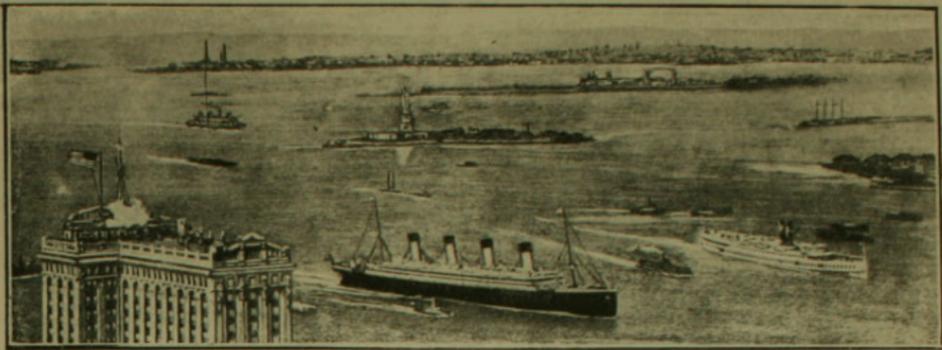
El monte y la ciudad se comprenden y se aman como un padre y una hija; él: sabio, eterno, inmutable; ella: frágil, exquisita, comprensiva.

En la tarde parecen acercarse y confundirse y cuando obscurece y se les mira desde lejos, semejan una sola figura gigante y simbólica, de extraños perfiles.

Esta es Lucerna. La ciudad de nombre evocador, la ciudad que atrae con el encanto de su alma romántica, la ciudad buena que se presiente amiga, la que sabe adormecer las penas en su ambiente gris-azul de ensueño y sonreír a las alegrías; la ciudad amable.

Lucerna...





Los submarinos fueron a descansar en el lecho del Hudson.

La Debâcle de América

Funestos augurios de los pacifistas bélicos.—La invasión de Estados Unidos.—Un libro y una película sensacionales.

Por _____

ERNESTO MONTENEGRO

Con Ilustraciones

Ingleses y norte-americanos se parecen bien poco entre sí y no se estiman mucho más; pero acusan su parentesco sobre todo en una cosa: su desconfianza del militarismo y su indiferencia por esos movimientos populares en los tiempos críticos que los franceses han practicado tantas veces con el nombre de "la nación en armas". En Estados Unidos la profesión militar ha sido una especie de sport, cuando no ha dado al país sus mejores ingenieros, exploradores e higienistas, y por lo que respecta a la tropa, tanto en mar como en tierra, hay que confesar lo justificado de la antipatía que levantan contra ellos en la zona del Canal o en los puertos sud-americanos que suelen visitar. Fundado el escaso ejército norte-americano con los elementos que no son aceptados en las industrias o que rechazan esta clase de labores por no avenirse con su temperamento, era hasta hace poco un refugio para

gentes aventureras, espíritus anérgicos que rechazaban la rutina de las faenas comunes a su clase. Ellos habían llevado e impuesto en las instituciones armadas esa familiaridad democrática que prende de algo abajo entre los civiles; suprimían el saludo y la postura respetuosa ante la oficialidad, se reservaba el derecho a atropellar pacíficos vecinos en los puertos extranjeros, espaldeados en caso necesario por las reclamaciones diplomáticas de adustos cancilleres; y exigen en cambio un trato tan regalón como el de sus primos ingleses: carpas individuales de campaña, estufas en todas ellas, raciones y soldada a cuerpo de rey.

La simpatía popular ha estado siempre con los milicianos, con las bravas milicias que ganaron la revolución y la fama de heroísmo feroz del "Norte contra el Sur". Tal vez en esta idiosincrasia del pueblo norte-americano arraiga ese espíritu reha-

cio a la alarma y al entusiasmo guerrero. Es que los profetas de la violencia como Roosevelt se desgafiten describiendo los horrores y las humillaciones de una guerra con cualquiera de las potencias mundiales; el pueblo no ve peligros que no están a su puerta y crece en escepticismo por causa de la exageración en los tonos del cuadro que se pone ante sus ojos. Así por ejemplo en el libro de Bernard Walker, "El Derrumbe de América", de que vamos a ocuparnos en seguida.

LA DERROTA DE ALEMANIA

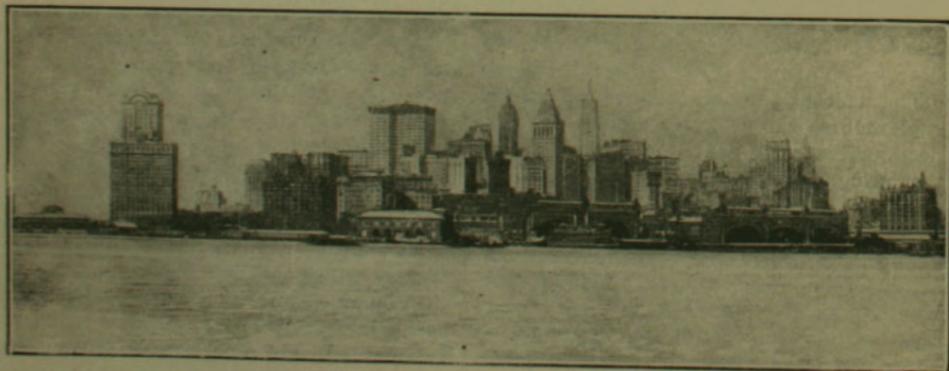
En el libro, la confederación germánica fué vencida por el número de sus enemigos, en los primeros meses de 1916. El golpe de gracia lo recibió de parte de Holanda, quien declaró la guerra gracias a la presión inglesa y dió puerta franca a un ejército que tomó al alemán por el flanco, invadió la Westfalia y se apoderó de las fábricas de armas y municiones de Essen. Suiza ofreció su mediación, y en marzo de 1916, un congreso internacional reunido en Ginebra sentó los preliminares de paz.

Mientras se trató de compensaciones territoriales, todo fué más o menos bien. El delegado-presidente por parte de las potencias centrales, von Bulow, se resignaba a admitir la restauración de Bélgica, la cesión de las provincias de la izquierda del Rin a Francia, el restablecimiento del reino de Polonia bajo el protectorado de Rusia, la cesión de Constantinopla a este Imperio, y otras gangas exigidas por los vencedores. Pero cuando Inglaterra pidió

la entrega de la escuadra y una indemnización de setenta y cinco mil millones de francos, Alemania declaró que primero pelearía "hasta el último hombre y el último marco".

Las negociaciones se postergaron por algunas horas, y al día siguiente, von Bulow declaró con estupefacción de todos, que su gobierno aceptaría pagar los veinte mil millones de dólares, a condición de que la escuadra alemana no fuera tocada por sus enemigos. La resistencia de Inglaterra fué vencida por la influencia de sus aliados, y el 1.º de marzo quedaba firmado el tratado que ponía término a la más tremenda guerra de que haya memoria.

Algunos días después se reunía en el palacio imperial de Postdam un consejo en que tomaban parte los más altos elementos del gobierno, presididos por el Kaiser en persona. De aire más grave y envejecido, el señor de Prusia conservaba toda su energía de carácter y el prestigio casi fanático de su autoridad. Cuando el selecto grupo de sus invitados hubo tomado asiento, a una leve señal del Emperador, éste les dirigió la palabra más o menos en la siguiente forma: "Hémos aquí derrotados por la preponderancia del número. Podíamos haber vencido a nuestros dos principales adversarios, pero no a diez; y gracias a nuestros amigos los yanquis, se nos ha derrotado con ayuda de sus fábricas de municiones. Pues bien, ellos pagarán las consecuencias de esta derrota. Cuando ordené aceptar el pago de la abrumadora indemnización, con tal de que se nos dejara intacta nuestra flota, fué por-



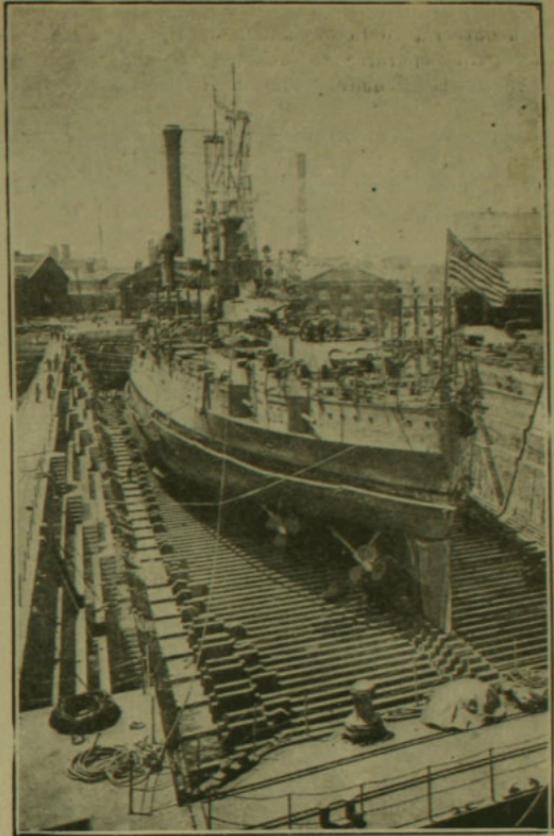
"La ciudad levantaba hasta el cielo sus torres mercantiles". El valor comercial de Nueva York ha sido calculado en 150,000,000

que resolví que ésta fuera a recoger la indemnización al otro lado del mar, sin que tuviéramos que gravar en un solo pfeñing a nuestros amados súbditos. Ustedes saben que existe desde hace mucho tiempo una curiosa ficción que se llama la Doctrina Monroe, el más soberbio bluff que registra la historia, y el más afortunado. Una campaña que destruya esa ficción asegurando la libre expansión de nuestra industria, nos dará además todo el oro que necesitamos para satisfacer a nuestros enemigos, y restablecerá el prestigio de nuestras armas.

Ustedes saben, agregó el Kaiser entre la respetuosa admiración de su auditorio, que Estados Unidos ha codificado últimamente su famosa Doctrina por una ley del Congreso que pone el veto de su nación a todo traspaso de territorio en el continente americano. Ahora verán ustedes mi plan.

Y volviéndose a un ugiar, Su Majestad le dice: Haced pasar al señor Ministro de Dinamarca. —¿Tenéis la autorización de vuestro gobierno? preguntó el Kaiser al diplomático, apenas éste hubo entrado. Bien, se os dará los veinticinco millones de dólares por la isla; pero será con una condición que estipularemos, y es que la publicación del traspaso se postergará mientras así convenga a Alemania.

El 28 de marzo abandonaban simultáneamente todos los puertos del mundo donde habían estado detenidos por más de año y medio, los vapores mercantes alemanes, y ponían proa a su puerto de matrícula. Los transatlánticos gigantes, el "Faterland" y el "Imperator", dejaban los muelles de Nueva York entre los hurras del buen público americano. Mientras tanto un decreto imperial declaraba que siendo conveniente para los intereses de la nación mantener todavía secreto por un tiempo la distribución de las tropas y sus bajas, la censura se prolongaría hasta nuevo avi-



Los torpedos aéreos destruyeron los dreadnoughts en los diques de Brooklyn

so. En estas condiciones cruzaron de nuevo el territorio alemán unos seis millones de soldados que volvían a sus hogares, en tanto que doscientos mil veteranos escogidos eran llevados a los puertos del Mar del Norte y del Báltico y embarcados en absoluto secreto. Buques de la capacidad del "Imperator" habían sido arreglados mientras volvían a Europa, y podían alojar ahora diez mil individuos de tropa con sus armas y pertrechos.

A fines de marzo la prensa oficial alemana anunciaba que en vista de la necesidad de probar la maquinaria de la escuadra y ejercitar sus tripulaciones después de una paralización tan prolongada, las autoridades imperiales habían acordado unas grandes maniobras de alta mar que comenzarían el 1.º de abril. Toda la flota

se encontraría fuera de la isla de Heligoland, para separarse en dos grupos, uno que sería la escuadra roja encargada de defender el litoral, y la división azul que avanzaría desde mediados del Atlántico a atacarla. El comandante en jefe de ésta llevaría sus instrucciones en pliego cerrado que debería abrir una vez pasado el Canal de la Mancha.

Esta escuadra se componía de ocho dreadnoughts, otros tantos cruceros de combate, 12 cruceros rápidos y 30 destroyers. He aquí lo que contenía el pliego de órdenes del almirante von Tirpitz: "Deberá estar con su escuadra, al atardecer del 5 de abril, a la altura de la isla de Santo Domingo, donde esperará y atacará a la escuadra americana procedente de Guantánamo". La escuadra roja, compuesta de mayor número de buques de combate y de una escuadrilla de submarinos de alta mar, zarpará mientras tanto en dirección al Sur, seguirá el paralelo 35 hasta un punto distante 250 millas de la costa de Estados Unidos, y allí se reunirá al grupo de transportes que llevan los primeros veinte mil soldados de desembarco. Aquí los submarinos rellenarán sus estanques, y todo el convoy saldrá para los puntos de ataque, debiendo hallarse frente a ellos al anochecer del 31 de marzo.

★

El 20 de este mismo mes se reunía en la Casa Blanca un consejo de Ministros. Un despacho publicado por los diarios semi-oficiales de Berlín y Colonia y reproducido por toda la prensa americana, anunciaba una negociación seguida por el gobierno imperial para adquirir de Dinamarca la isla de Santo Tomás, en el Mar Caribe. Los diarios alemanes agregaban que parecía ser el propósito del gobierno adquirir algunas estaciones carboneras en las costas de Centro y Sud-América, con objeto de cooperar en el desarrollo del comercio y la industria alemana, a cuyas luchas pacíficas dedicaría en adelante la nación todas sus poderosas energías. El resultado de la reunión de Washington fué de lo más tranquilizador: el gobierno tenía la satisfacción de negar toda importancia al rumor en vista de la respuesta de la

embajada alemana que "desmentía terminantemente que existiera ninguna negociación pendiente" sobre la adquisición de la isla de Santo Tomás.—Como que la negociación estaba terminada desde un mes antes!

La noche del 30 de marzo, nuevo consejo en Washington: La cancillería alemana ha encargado a Su Excelencia von Bernstorff comunicue la adquisición de Santo Tomás. El único en la reunión que parece darse cuenta de la gravedad del caso, es el Presidente Wilson.—Señores, dice, la posición de Estados Unidos no puede ser más definida a este respecto; o renunciarnos para siempre a la Doctrina Monroe, o Alemania anula su compra, o vamos a la guerra.—Pienso, dice el Ministro de Guerra, que debemos ser enérgicos en nuestra respuesta; Inglaterra sabrá cerrarle el paso a la escuadra alemana.—¿El señor Ministro de Estado puede anunciarnos cuál es la actitud de Inglaterra a este respecto?—pregunta el Presidente. El secretario aludido, que ha vuelto apresuradamente de una gira de conferencias pacifistas por las ciudades del Oeste, (1) dice que acaba de hablar con el embajador de Inglaterra, quien ha respondido a tal consulta diciendo que, en vista del silencio de Estados Unidos para protestar de la violación de la neutralidad de Bélgica y de los ataques de los zeppelines a ciudades indefensas, Inglaterra no puede prometer otra cosa en caso de conflicto por la Doctrina Monroe, que una completa neutralidad.

—¿Qué puede decirnos el señor Ministro de Marina?—dice el Presidente, con su aspecto imperturbable.—Que hombre por hombre y cañón por cañón, no debiéramos vacilar en ir a la guerra, pero que el fracaso es seguro en la proporción de diez dreadnoughts nuestros por veinte alemanes, se le contesta.

La indicación del Ministro de la Guerra, que como buen profesional desprecia los heroísmos inútiles, en la cual aconsejaba tratar a Alemania con las mayores consideraciones, fué tan inútil ella misma como que a día siguiente se en-

(1) El libro de Walker, un miembro del foro neoyorquino, fué escrito a mediados de 1915, cuando todavía Bryan era Ministro de Estado.



Los prisioneros del ejército norte-americano pasaban ante el invasor con todos los honores de la guerra.

contró el gobierno con una declaración de guerra.

¡Demasiado! dirá el lector; pero la imaginación de los pacifistas bélicos de Estados Unidos no se para en pelillos diplomáticos.

EL GRAN DIA

El 1.º de abril sería el día escogido, *der Tag!* había dicho el Kaiser a los suyos. Y en efecto, la víspera de ese día un cardumen de veloces cetáceos asomaba su trompa de hierro a la entrada de la bahía de Nueva York; entre dos luces se acercaba a la boca del Canal Ambrosio que da acceso a la bahía interior, y sin una voz de alarma de parte de alma viviente, se iba a dormir por esa noche en el lecho cenagoso del Hudson.

El magnífico espectáculo de la ciudad

que enhebra con las estrellas sus constelaciones de luces, entre el encaje obscuro de sus armazones de acero, no consta en el libro que conmoviera a los guerreros teutones, ya curados de sentimentalismo decadente por sus campañas de Bélgica, Francia e Italia. El informe del comandante de los cuatro submarinos, del U-40 al 42, dice que a las cuatro 30 de la madrugada estuvieron frente a los astilleros de Brooklyn y procedieron a torpedear las compuertas de los diques. Uno de los submarinos asestó sus disparos a dos embarcaciones del mismo género que estaban en seco, y los dejó a todas luces inservibles. Otro dirigió sus torpedos a los buques en construcción, entre los cuales se contaban los dreadnoughts "Alabama" y "Arizona" que fueron hundidos en el sitio donde completaban sus armamentos.

Mientras esto ocurría en el corazón de Nueva York, sin que la ciudad sospechara



El sentenciado se rebela contra sus asaltantes

el alcance de esas explosiones, un cuerpo de infantería ciclista desembarcaba en Coney-Island frente al hotel Brighton, y después de cortar todas las comunicaciones alámbricas y férreas con Nueva York, procedía a todo pedal en dirección al fuerte Hamilton, que defiende la entrada de la bahía por el lado de Brooklyn. La guarnición del fuerte se hallaba desprevenida, sin contar con que le faltaban defensas por el lado de tierra y un número suficiente de infantes. Antes del alba, la columna atacante había atropellado la resistencia de la guarnición y se había puesto a cavar fosos y trincheras para proteger el fuerte conquistado.

Una de las pocas personas que supieron lo que pasaba esa mañana, fué el capitán de uno de los grandes ferry-boats del servicio municipal entre Jersey-City y Nueva York. El buen señor rumiaba su pipa en el puente, cuando dos señores se le pusieron por ambos costados y mostrándole un revólver le rogaron con tono cortés pero decidido, que les entregara el manejo de la rueda del timón y se sentara a disfrutar de descanso en la forma más agradable que le permitieran las circunstancias. El ferry-boat se dirigió al punto convenido

y en pocos minutos traspasó al fuerte de Staten-Island la gente necesaria para el ataque. La guarnición estaba prevenida, pero su heroica defensa nada pudo contra el número abrumador de los asaltantes.

Cuando la señal fué enviada desde los fuertes, una escuadra de dreanoughts y cruceros entró calmamente a la bahía, y junto con echar anclas hizo relampaguear la boca de sus grandes cañones al apuntarlos en dirección a Manhattan. Eran las 9 de la mañana del 1.º de abril. Poco después un oficial de gran parada bajaba al muelle e iba a solicitar una audiencia del alcalde. La corta visita privada se convirtió poco más tarde en una junta de notables, ante los cuales el mayor Mitchell dió a saber que la ciudad estaba bajo los cañones de una escuadra alemana, y que su jefe exigía en un plazo de 24 horas un tributo de cinco mil millones de dólares, de los cuales debían pagarse el primer día quinientos millones en oro. En caso de negativa o de resistencia armada, el bombardeo comenzaría en seguida.

El oficial se retiró sin exigir una respuesta inmediata. Los señores de la bolsa y de la banca se mostraron escandalizados del monto de la contribución, como

s'empre... Y la reunión se disolvió después de aprobar un acuerdo según el que se ofrecían quinientos millones, y cincuenta en oro pagaderos el mismo día. Las diversas ediciones de esas 24 horas pasaron en una confianza de buenos optimistas. El jefe de la escuadra no se atreve a resolver y espera una respuesta de Berlín, era la opinión general al saber que no se obtenía una contestación al bargain.

EL RESTO DE LA SORPRESA

Más o menos a la misma hora del ataque a Nueva York, una parte de la primera escuadra se situaba frente a Boston, a una distancia de 17,000 yardas de los fuertes, y comenzaba el bombardeo sin más aviso que el de los primeros obuses que tocaron los viejos muros. Cuando los cañones de tierra respondieron al fuego, se vió que los reservistas alemanes habían medido perfectamente su alcance, pues los tiros quedaban cortos para el alcance de los disparos del enemigo.

Una vez desmantelada la ciudad de sus defensas, la misma escena que en Nueva York y la demanda de un tributo de tres mil millones de dólares.

No era precisamente lo mismo que ocurría en la bahía Limón ese memorable día, sino que una flotilla de submarinos alemanes atacaba por sorpresa a los sumergibles americanos anclados en Colón y los sumergía sin vuelta. La destrucción de las dos compuertas de salida de la represa de Gatún, en el Canal de Panamá, fue cosa de unos cuantos torpedos disparados al mismo tiempo. La estación radiotelegráfica era destruída por un grupo de agentes secretos. Con la destrucción de una de las puertas del Canal, la escuadra del Pacífico quedaba separada de la división del Atlántico por una distancia de 14,000 millas.

En Key-West le pasaba lo mismo a la estación radiotelegráfica que servía para comunicar con la zona del Canal; pero antes de cortar las comunicaciones, los alemanes enviaron despachos en el código secreto de que se habían apoderado los agentes del servicio imperial. Uno de esos despachos era para la escuadra americana del Atlántico que se hallaba en Veracruz, en el cual se le ordenaba que se dirigiera a Guantánamo, y que después de proveerse de carbón y municiones (¿por qué esta generosidad?) debía salir a



batir a una escuadra alemana de cruceros que estaba en las cercanías. Los buques averiados debían ser enviados a Hampton Roads, y con el resto de su escuadra, el almirante Fletcher debía poner rumbo a Colón en espera de la escuadra del Pacífico.

Pero donde la sorpresa tomaba mayores proporciones era en la bahía de Chesapeake. La noche del 31 de marzo de esta historia, dos grandes vapores alemanes pidieron sus pases para ir a desembarcar

de la estación Unión! ¡La invasión... Los alemanes se acercan!...

Y gracias a este aviso inesperado, una de las pocas gracias que el autor concede a su infortunada patria, el Presidente Wilson, los secretarios de Estado y los principales jefes de las oficinas de gobierno, salen con dirección a Filadelfia cuando ya asoma el piquete de descubierta del escuadrón ciclista.

Los fuertes opusieron aquí una resistencia más seria; pero todo inútil! El 1.º de



en Baltimore un fuerte cargamento que tenían retenido desde antes de la guerra europea. Horas después, protegidos por la obscuridad de una noche sin estrellas, los transportes dejaban en la playa un cuerpo de 3,000 ciclistas que salían a ruces pagadas por el camino de Washington.

La sorpresa habría sido peor sin la presencia en esos sitios de un ex-corresponsal en campaña, que retenido hasta tarde en casa de un amigo, vió desde su motocicleta e a procesión para él familiar. Con prontitud de buen periodista, conectando la tirantez de relaciones por lo de Santo Tomás con otras noticias de su conocimiento, comprendió la gravedad del caso y se lanzó a toda máquina por un camino de travesía hacia la capital.

El enemigo nota su presencia, lo persigue con sus disparos, pero aunque lo hiere, no alcanza a detenerlo. Llega el pobre medio muerto, a la puerta de la oficina Central de Teléfonos de Washington, y entre los estertores de su cansancio y de sus dolores, consigue que se dé la alarma al gobierno.—¡Al Presidente, primero! ¡A los Ministros!... ¡Que escapen por la vía



El padre estaba muerto.—El joven sólo tenía una herida en el costado.

abril la sorpresa estaba consumada en todos sus detalles.

EL BOMBARDEO DE NUEVA YORK

A las 9 de la mañana se habían reunido nuevamente los notables en la oficina del alcalde y apuraban a éste por la respuesta alemana, cuando Mr. Mitchell, apuntando a la primera granada que acababa de ver cayendo sobre la torre del Woolworth, dijo siempre inmutable: Ahí está la respuesta.

Las bombas escogieron para sus primeros tiros los edificios eminentes de la ciudad que, como el Municipal, el Singer, el de la Equitativa y el Park-Row, constituyen a la vez su orgullo y su riqueza. Los

proyectiles rompían sus delgados muros de ladrillo o mármol que son nada más que el revestimien-

del subterráneo, de las puertas de los grandes edificios oficinas de los barrios bajos, escapaba un



to del esqueleto de acero, dejando a éste desnudo por pisos enteros. La calidad del material de que están contruídos impidió la propagación de los incendios parciales. Al mismo tiempo varios hidroplanos revoloteaban por encima de la ciudad repartiéndose la obra en-



torrente de pobres seres enloquecidos que no atinaban más que a huir sin saber a dónde. Mientras tanto, la chusma que hierve en los centros obreros se había aprovechado del pánico y comenzaba el saqueo de las joyerías y palacios de la Quinta Avenida. Esos cinco millones de indivi-

comendada: tres de ellos atacaron las estaciones de fuerza del ferrocarril subterráneo, del elevado y de los tranvías, dejando en pocos minutos una ciudad paralizada y presa del pánico. De las galerías

duos miserablemente abandonados a la audacia metódica de un puñado de invasores, era como el emblema de toda la nación. Y los que tenían serenidad suficiente, recordaban las palabras del jefe del Estado Mayor

al responder a los que le hablaban de la posibilidad de levantar un ejército de un millón de soldados: "Será una muchedumbre, pero no un ejército".

Como por instinto, los fugitivos se habían precipitado en dirección al puente de Williamsburg y a los dos siguientes que unen la parte baja de la ciudad con Brooklyn. En la precipitación, estrujados contra las barandas, muchos cayeron o fueron arrastrados por la ola demente, hasta formar a la salida una barrera de cuerpos que impidió todo avance y dejó suspendida en mitad del río aquella multitud de cincuenta mil personas. El aviador comisionado para destruir este puente iba ya a dejar caer una bomba, cuando notó la presencia de ese hormiguero humano sobre el abismo, y partió horrorizado a impedir que los buques consumaran el espantoso sacrificio.

Nueva York se rindió a las 10 de la mañana. Del tesoro del Estado y de otros bancos comenzaron a salir horas después las cajas con oro sellado que debían formar las mil toneladas exigidas como anticipo del tributo. Un vapor recibió el cargamento, y escoltado por algunos cruceros, zarpó esa misma tarde para el Vaterland.

—Al saber la suerte de Nueva York, los bostonianos se habían apresurado a pagar su cuota; y hasta aquí el monstruoso "cambriolage" iba resultando a las mil maravillas.—Los doce mil millones que faltaban para completar la indemnización alemana, habían sido pedidos al gobierno federal; pero éste se preparaba a resistir en el interior.

EL COMBATE EN EL MAR CARIBE

Tres días después de los sucesos "que dejamos narrados" la escuadra americana se encontraba a tiro de cañón con la primera división alemana, a la salida del estrecho entre Cuba y Hayti. Los dreadnoughts americanos del tipo del "Nevada" rodaban sobre aquel mar resplandeciente del Trópico; y parecía que el mar debiera abrirse bajo esas moles de acero. Un radiograma del crucero de descubierta, el "Washington", anuncia que una escuadra está a la vista; pasan algunos minutos solamente, y le siguen otros despachos más urgentes. "Disparan sobre nosotros... un

proyectil cae a doscientas yardas de la popa... acaba de estallar una granada en el puente... la metralla ruge a nuestro aire..."

El encuentro no se hizo esperar. Desde las 22,000 yardas los grandes cruceros rápidos alemanes, que además de aventajar en velocidad a los americanos, tenían cañones de más largo alcance, abrieron un fuego concentrado sobre los principales de la flota enemiga, encarnizándose particularmente en el buque-almirante. La acción no fué tan ventajosa para los atacantes, con todo, pues tuvieron que sacrificar unos seis de sus mejores bull-dogs del mar antes de hundir la docena completa de sus enemigos. Los destroyers y torpederos alemanes acosaban como una jauría hambrienta a los buques ya averiados por los grandes cañones, con el propósito manifiesto de colocar un torpedo para completar pronto la obra. La llegada de la escuadra de dreadnoughts con tipos de buques tan magníficos como el "Kaiser", que había zarpado a toda máquina de Nueva York y Boston tres días antes, vino a completar rápidamente la obra que proseguía a tanto costo la primera escuadra.—El autor no deja siquiera escapar al único del cuento.

LA OCUPACION DEL ESTE

En los momentos de la declaración de guerra, el ejército regular de Estados Unidos estaba acantonado en las cercanías de la frontera mejicana, de acuerdo con los planes de atenta expectativa del Presidente Wilson. El ejército se componía de 28,000 soldados de línea, 42,000 milicianos y 30,000 conscriptos, estos últimos mal preparados todavía para la acción. Estas fuerzas, que no pasaban de 90,000 hombres, se atrincheraron en los alrededores de Pittsburg, asiento temporal del gobierno, para resistir al ataque de 145,000 alemanes de primera línea, y que además traían 850 cañones para batir a los 180 de los defensores. Así, aún cuando la resistencia fué digna de los hijos de la guerra de secesión, el gobierno y sus defensores definieron retirarse a Cincinnati, del otro lado de las montañas.

Veamos ahora lo que habían avanzado los alemanes. El 10 de abril habían desem-

barcado 100,000 soldados y cuatro días después habían completado los 200,000 del programa. Aunque los americanos habían cortado puentes y túneles en su retirada, los invasores se extendían metódicamente hacia el interior. Sus excelentes planos y guías, y los estudios académicos de "una invasión de Estados Unidos" tantas veces repasada por el Estado Mayor alemán, les permitieron ocupar todos los puntos estratégicos; con la ocupación de Boston se efectuó la captura de los astilleros de Fore-River conocidos como de Quincy. Siguió la fábrica de torpedos de Newport, en Rhode-Island, y los talleres de construcción de submarinos en Corton, Massachusetts; como asimismo la Fábrica de Cartuchos y cañones y los arsenales de la nación en ese Estado. Una expedición Hudson arriba se apoderó de los depósitos de municiones de Iona-Island y en Troy ocupó la fábrica de artillería de costa. La famosa fábrica Remington de Utica y otra de armas de mano en Ilión cayeron en poder del invasor. Otras patrullas lacraron los talleres de Du Pont en Nueva Jersey, mientras que otra iba a ocupar la gran fábrica de planchas de blindaje y de cañones de la Bethlem Steel Company. Para completar la obra, caen los astilleros de Candem, frente a Filadelfia y los de Newport-News.

LA RENDICION Y LA PAZ

Después de una resistencia de tres días en el valle de Juniata, en que 10,000 regulares y 15,000 milicianos resistieron el fuego de 400 cañones, los sobrevivientes se retiraron a orillas del Ohio para atrincherarse en su margen derecha.

Luego se convencieron los altos funcionarios civiles y militares de que era inútil prolongar la resistencia, cuando una cuarta parte de la población y dos terceras partes de la riqueza del país estaban a merced del enemigo. Pensar en levantar milicias cuando no había oficialidad que las instruyera, ni armas, ni municiones, ni dinero, era arriesgarse a perderlo todo. El enemigo disponía del mar y de millones de soldados para desembarcarlo en América al tenor de sus necesidades; por otra parte la gran masa de la población de donde po-

día tomarse a los voluntarios, estaba bajo la vigilancia del enemigo.

El consejero militar del gobierno, como buen militar, enemigo de toda temeridad romántica o aventurera, fué otra vez el que tuvo la palabra de resignación:—"Paguemos, e inscribamos esa cantidad en los



fastos nacionales, como la lección de que nos habíamos hecho dignos por causa de nuestra indiferencia para la preparación bélica".

Así termina el libro del señor Bernard Walker.

EL SANTO Y SEÑA DE PAZ

La otra sensación de esta temporada bo-rascosa para el mundo, ha sido la película titulada "The Battle-cry of Peace", representada desde hace cuatro meses aquí en Nueva York y destinada a una larga tournée por el país. El asunto de la película ha sido tomado de un libro reciente del famoso inventor Hudson Maxin, y aunque aquella no revela un talento como el del autor de "America Fallen", sobrepasa a

este libro por el interés humano del asunto y por la emoción directa de la descripción gráfica.

El autor del escenario, Mr. Blackton, no invoca tan abiertamente el peligro alemán: el ejército invasor lleva un traje ambiguo que no es el de ninguno de los ejércitos europeos, y el espía que juega el papel del traidor del melodrama, ha sido bautizado Emanón, un anagrama del Sin Nombre. La envidia resalta, sin embargo, de no sé qué desconfianza instintiva que comienza a infiltrarse en el pueblo norteamericano.

En las primeras escenas se nos presenta el cuadro idílico de dos familias acaudaladas de Nueva York, entre las cuales se establecerá pronto el parentesco por el matrimonio de sus primogénitos. 1.ª proyección: una de las familias se sienta a la mesa, para la comida. El hijo mayor tarda, pero nada interrumpe la alegría un poco dulzarrona del cuadro. Cuando el joven llega, nótasele preocupado.—He asistido a una admirable conferencia, dice. ¿Han pensado ustedes en lo que sería de nosotros si una potencia europea se decidiera a atacarnos? Su hermano, su madre, su hermana, tratan de apartarlo de esas ideas lúgubres; pero él llega pronto a punto de irritarse. 2.ª escena, en casa de su futuro suegro. Su novia le espera sentada al piano; los padres dormitan, y él aprovecha la ocasión para una de esas caricías furtivas que animan las monótonas veladas con los viejos. Pero al estrechar entre sus robustos brazos el cuerpo menudo y delicado de su amada, el joven ve pasar de nuevo la obsesión de la soldadesca brutal que violenta los hogares y mancha el honor de la patria en el de las mujeres. Pide entonces su opinión sobre los rumores que publican los diarios, a su futuro suegro que ha estado digiriendo trabajosamente una especie de sermón pacifista. El buen señor, que como buen creyente tiene el genio vivo y la intrascendencia, se impacienta contra la prensa que así inventa alarmas para su negocio.

En la siguiente escena aparece un extranjero amigo de la familia, y cooperador del padre de la campaña pacifista: Emanón. Su predilección por la joven no se oculta a su novio, pero los padres nada ven, ni siquiera la extraña sumisión que

demuestra por ese hombre el haya de la hija menor, el encanto de la casa.

Las escenas intermedias son de un efecto admirable. Las advertencias del orador que previene contra una invasión, son ilustradas por los medios gráficos que el cinematógrafo pone ante el público con su rapidez en las combinaciones y los contrastes que hacen de este teatro acaso el teatro más amplio del porvenir. He aquí un cuadro de la pradera americana, la labor prometedora de la cosecha, los gañados que animan los paisajes florecientes; allí una granja, y un niño que juega con unas gallinas poco menos altas que él; después las embarcaciones de los grandes ríos cargadas con los frutos de la tierra, y en el horizonte las ciudades fabulosamente ricas y activas; todo igualmente débil y deleznable para la audacia del invasor. El público sigue las proyecciones en un silencio que sólo interrumpe para aplaudir cuando asoma la bandera nacional; su entusiasmo no llega a pesar de todo a manifestarse en esa forma que marca el frenesí de la emoción popular, los silbidos; y cuando se oye alguno de éstos aisladamente, es en todo caso un muchacho que se aprovecha de la ocasión para meter ruido. Entusiasmo de pura fórmula, y allá, en el fondo, indiferencia, es lo que he podido notar.

La escena siguiente es de una animación pintoresca. Estamos en un mitin pacifista; mujeres vestidas de blanco, agitando banderolas, y algunos señores rollizos entre los cuales vemos a nuestros conocidos el capitalista y su amigo Emanón. De las cuestiones que va oponiendo un oyente a uno de los oradores, va formándose un conflicto que al fin estalla en forma contundente, pues los pacifistas son tan irritables como cualquier fanático, según lo comprobaron los compañeros de Mr. Ford. Resultado, que el pobre ricacho vuelve a casa con la cara convertida en un mapa de la Europa actual. Con pertinacia de visionarios, los pacifistas organizan una velada de protesta por la campaña que siguen algunos para que el país se arme seriamente. Los primeros cañonazos de la invasión ahuyentan a los convidados.

La película precipita los cuadros con una rapidez atontadora. El bombardeo ha destruido la casa de aquella familia que ce-

naba en bíblica paz en la primera escena. El primogénito llega saltando las ruinas, para hallar a su hermana muerta y su madre gravemente herida. Con sus cuidados su madre revive, y entonces él corre a casa de su novia. Aquí el desastre es todavía peor. Emanón los ha impedido huir, y cuando su rival se encuentra con ellos, aquel entreabre el balcón y les muestra a las tropas enemigas que desfilan en densas columnas. Prevaliéndose de un recurso infernal, sólo permisible en el cinematógrafo, el espía saca su revólver y dispara dos veces hacia la calle: dos soldados caen, la tropa se arremolina y un piquete trepa las escaleras para prender al asesino.— Esos son los culpables, dice Emanón señalando a los dos hombres. Se sigue una escena de violencia, en que los presuntos culpables son arrastrados a la calle donde se les junta al grupo de los sospechosos, y todos en un grupo son fusilados con una ametralladora.

Este fusilamiento económico tiene sus inconvenientes, como vamos a verlo, pues el rival de Emanón revive, se lanza a recoger a la familia de su amada, y da oportunidad para una de esas persecuciones en automóvil que ponen los nervios tirantes y hacen que el espectador vecino se aferre de nuestra silla y nos remezca como en un temporal. Los fugitivos son alcanzados antes de los trescientos metros... de película, y como el joven quiere castigar la insolencia del oficial aprehensor, un soldado llega por la espalda y lo traspasa con su bayoneta.

Escenas finales: Emanón muere entre los brazos de la joven, quien ha aprove-

chado este raptó de intimidad para quitarle el revólver y saltarle el cerebro. Las tres, madre e hijas, están luego en prisión, pared por medio de la soldadesca ebria, cuyas exclamaciones vienen a interrumpir dos tiros: es que la madre ha sacrificado sus hijas a su propio honor.

Paralelamente a estas visiones de tragedia familiar, se desarrollan otras en más grande escala. La destrucción de la escuela americana se efectúa con más facilidad que en el libro de que hemos hablado al principio, y no quiere en rigor más que la voladura de un buque viejo cerca de la costa. La destrucción de las grandes ciudades americanas tampoco puede efectuarse de acuerdo con la fantasía del autor, al que hay que contentar con algunos incendios de casas baratas en los arrabales. Las escenas más vívidas son la de la multitud neoyorquina en su escapada loca del bombardeo, y para esto no se ha tenido más que esperar la hora del "rush".

El Capitolio de Washington en ruinas, los campos devastados por el paso de un ejército, símbolo del militarismo, son otros cuadros de efecto. Entre los emblemas, gratos al gusto americano, figuran desfiles de tropas del tiempo de la revolución; tipos que representan a Washington, Lincoln y Grant; Columbia, la figura de la patria, pisoteada primero y florida, luego erguida esgrimiendo una espada. Por último, un coro de muchachas vestidas con alba túnica que desfilan frente al Capitolio más sólido y armonioso que nunca, en una mañana de primavera poblada con el eco de las trompetas que cantan victoria.



del dolor, la única base sólida del edificio de la vida, porque jamás llega a faltarle, y al que Ricardo León acude como fuente inspiradora de sentimiento y de arte. Ambas ideas están expresadas en estas dos estrofas de su lindísima composición, "La Musa triste":

"¡Dolor, no eres un mal! ¡Oh, no lo eres para el alma profunda; los pesares guardan de su raíz hondos pesares y escondidos manjares!

¡Llora, mi bien! Que cuanto más llorosa pareces más hermosa... Tiene una claridad más exquisita la estampa de la Mater Dolorosa que el mármol de la Venus Afroditas.

Son, además, caracteres comunes de todas ellas, la sana y honda filosofía que las informa, la inspiración robusta que palpitan y la corrección del idioma, instrumento dócil en manos de Ricardo León, rico en imágenes brillantes y rico en frases elegantes y melodiosas.

Entre las mejores poesías de este género, y en la que se reúnen todas estas cualidades en alto grado, encontramos la "Cántiga de Otoño", doliente historia de un

"Amor a lo divino con todas las angustias de lo humano";

que llega, blandamente, encendiendo deseos y despertando ardores extinguidos, a las puertas de un corazón, que aunque se siente joven, no puede recibirlo porque el cuerpo está viejo y el espíritu débil y cobarde:

"¡Cuán triste y dolorido, cuán tarde, Amor, a mi heredad viniste! Hallábame dormido; el corazón me heriste; la fuente de las lágrimas abriste.

Ojos negros, gitanos, profundos como abismos del infierno; maliciosos, tiranos, a mi precoz invierno con fuego abrazan que parece eterno.

Mas ya no tengo el brío de la pasada mocedad; es tarde para el amor. ¡Dios mío! Ante su bravo alarde tiembla de miedo el ánima cobarde".

Es "Corazón de Reina" homenaje hidalgo y caballeresco rendido al gesto magnífico con que la mujer fuerte y valerosa, prudente y compasiva, tiende la mano al hombre amado, que

"Vencido del dolor, enfermo y triste"... se siente morir en su abandono.

"¡Me has dado una lección de valentía! Confesar mi flaqueza es hidalguía. Sufrí la humillación, seco mi llanto, con el orgullo de saber que es mía, mujer que vale tanto..."

De entre sus madrigales, pequeñas joyas de fina poesía y de buen gusto, citaremos uno, que es la bella expresión de un pensamiento ingenioso, galante y delicado:

"En tu billete azul, como al desgalre prendiste un alfiler con el deseo que en mi mano tu sutil trofeo se clavara quizá. ¡Dulce donaire! Si herirme es tu intención, has acertado; tengo en el alma tu alfiler clavado, el agudo alfiler de tu desvío que desgarró con sangre el pecho mío. ¡Y en tu epístola díces que aún me quieres! No lo dudo, que es harta, costumbre en las mujeres,

tener el alma puesta en una carta, y prendido el amor con alfileres!..."

Original y apasionada, rica en color y movimiento es la "Barcarola", que comienza:

"Amor mío: se ha muerto la luna; se ha quedado la mar en tinieblas..."

Es la pintura fantástica de un sueño con sombras de tragedia.

En cambio, es suave y delicosa la dulce melancolía de la "Serenata", cuyas estrofas de cadencia tan agradable y armoniosa, parecen esperar que un músico-poeta, que sepa sentirlas, las realice con el encanto de acordes melodiosos y tiernos...

"¡Serenatas de amor! ¡Alegrías de ayer! Vuestro dulce tañer no quisiera escuchar; que me hacéis padecer, que me hacéis recordar,

otro tiempo mejor que no puede volver... ¡Alegrías de ayer; no vengáis a cantar serenatas de amor que nos hacen llorar!"

Hay, además, en "Alivio de Caminantes" muchas otras composiciones amoratorias, como sonetos, romances y canciones; pero analizarlas una a una, sería realizar la monótona aunque grata tarea de repetir encomios y alabanzas.

* *

La mejor de sus poesías de índole filosófica, y la mejor sin duda del volumen es "Super Flumina", magistralmente pensada y maravillosamente escrita, en que canta, con acentos amargos, el hastío que producen la nada y el vacío de la vida, y los crueles desengaños que nos guardan sus placeres y mentidos goces.

Citamos en seguida los rasgos más notables de este poema, en que nos presenta a la vida bajo la bella y pintoresca imagen de un río turbio y engañoso, de pérdida corriente:

"¡Sepulcro de cristal! ¡Agua dormida! Sobre tu espejo mi esperanza flota como ave muerta del cenit caída, y en tu corriente se me va la vida como la sangre por la arteria rota..."

Todas son ¡ay de mí! nidos vacíos, búcaros rotos y cerradas puertas, delgadas sombras y fugaces ríos, inertes manos y semblantes fríos, calladas bocas y palabras muertas...

¡Pérdido manantial! ¡Pérdida ola! Con nuestro llanto sin cesar acreces la turbia linfa donde el sol tremola. ¡Cómo engañas, ¡oh vida! ¡Ni una sola de nuestras pobres lágrimas mereces!

Mas, ya que es fuerza que en tu cauda im- pura de mi destino los despojos hayas, el leve paso acelerar procura; llévame presto al mar, al mar sin playas, y dame entre sus ondas sepultura!"

* *

Se nos presenta también Ricardo León, haciendo gala de la variedad de sus cualidades en dos sátiras enérgicas y picantes; se burla en una de "los sabihondos de este tiempo", en que

"Cualquier necio bachiller que escriba el primer ensayo ya juzga para su sayo, con pujos de fierabrás, que sabe y merece más que Menéndez y Pelayo".

Y se dirige la otra "contra los provechosos celestinos de muchos escritores de hogaño" que faltos de talento y de delicadeza, prostituyen las letras, patrimonio antaño de gentes bien nacidas, honradas y discretas.

*
* *

No falta, porque no podía faltar en la obra de un poeta tan excelso, la nota patriótica, que se exterioriza en las soberbias estrofas del "Cantar de Gesta", que es un himno solemne en honor de las inmensas glorias de su "madre Castilla".

En un rasgo de infinita delicadeza y de filial cariño, imita Ricardo León en su poema los rudos baluceos primitivos del "román paladino" de Berceo:

"En el nombre del Padrè que crió toda cosa,
y en el nombre del Hijo, que hubo muerte
[gloriosa,
del Espíritu Santo, de la Virgen piadosa:
de mi madre Castilla quiero hacer una prosa".

Porque conoce que nada hay que evoque con más fuerza en el corazón de las ancianas

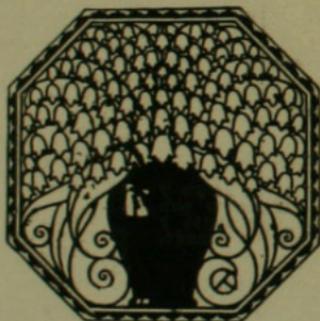
el recuerdo vivo de los pasados tiempos, como los acordes arrancados con mano piadosa a los olvidados clavicornios.

No sólo en esta poesía, sino que también en otras varias, revela Ricardo León la intensidad de su amor, sincero y grande, hacia su patria, poniendo ante la vista de las modernas generaciones, huérfanas de ideales y vacías de sentimiento, las hazañas portentosas de los varones antiguos: "siempre diestros en altos menesteres".

Ricardo León, aparecido providencialmente en este siglo, se nos revela, en suma, en "Alivio de Caminantes" un gran poeta de inspiración verdadera y profunda; de subidos sentimientos místicos; enamorado de las espléndidas bellezas del clacielismo; grande en su amor a la patria, para quien ansía la vuelta a los pasados tiempos de grandeza; y de elegancia incomparable en la castiza forma del decir.

Ha sabido idealizar, rodeándolos de la purificadora aureola del dolor, los punzantes deseos de los amores humanos, y ha sabido espiritualizar los sentimientos y las cosas con su filosofía consoladora y saludable.

Ha logrado, con creces, entretener la jornada y aliviar el camino de los tristes peregrinos de la vida.





Sección venta.

Empresa Eléctrica Chileno-Alemana

Entre las casas importadoras de más importancia, que en estos últimos tiempos han desarrollado un progreso más mercado, figura, en primera línea, la Empresa Eléctrica Chileno-Alemana, situada en la calle Santo Domingo 1050; casa que posee una enorme clientela y un sólido prestigio, debidos únicamente a la calidad de sus artículos. La Empresa Eléctrica Chileno-Alemana, fué fundada en el año de 1912 por iniciativa del comercio y de

las industrias eléctricas del país, que deseaban, muy justamente, substraerse al control que sobre ellos ejercían las pocas firmas mayoristas establecidas en el país.

La Empresa correspondió ampliamente a estos anhelos, por lo tanto, la fundación de esta casa ha venido a llenar una necesidad del país.

Ha importado especialmente aquellos artículos que eran más adecuados a las necesidades de Chile, y que ge-

neralmente eran productos de fabricantes especialistas que no se hacían representar en nuestra joven República por sucursales propias.

Naturalmente, en poco tiempo esta casa ha logrado conquistarse el primer rango en materia de importación de artículos de instalación, y actualmente provee el 40 por ciento del consumo.

Entre las muchas especialidades que importa la Empresa Eléctrica Chileno-Alemana, merecen especial mención las universalmente conocidas ampollitas "Osram" y "Atlas", de las cuales las últimas, se han conquistado el mercado chileno con una rapidez asombrosa. De ambas marcas es la Empresa la única concesionaria para el país.

En la actualidad la Empresa mantiene agencias en Iquique, Antofagasta, Valparaíso, San Fernando, Curicó, Talca, Chillán, Concepción, An-

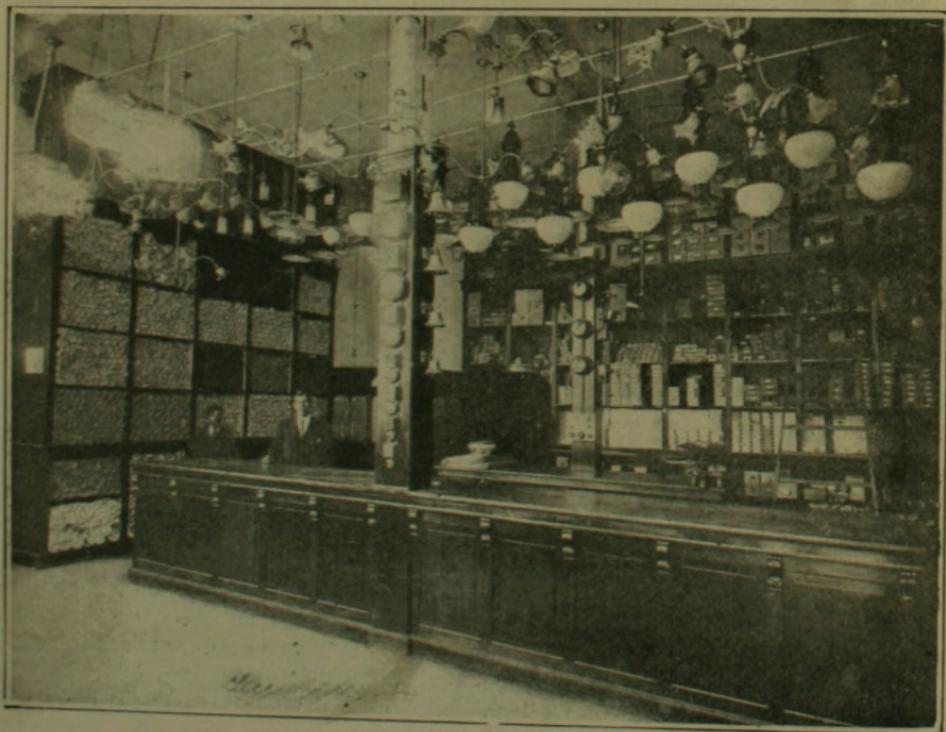
gol, Victoria, Temuco, Valdivia, Osorno y Puerto Montt, y dentro de poco tiempo quedarán perfectamente establecidas otras sucursales en ciudades importantes.

La Empresa Eléctrica Chileno-Alemana, de la cual es director-gerente, D. Fernando Fischer M., es propiedad de la conocida casa Kahn Herxheimer y Cía., de Berlín, que gira con capital de trece millones de mar-

Como hemos dicho al empezar, esta casa importadora posee una inmensa clientela y un sólido prestigio, debido, no a la réclame, ni a su antigüedad, sino a la calidad de los artículos que vende.

Este es, a no dudarlo, el mejor elogio que se puede hacer de un establecimiento, cuyo prestigio está afirmado en su propia honradez.

Las diversas fotografías que presentamos en esta información, darán al



Sección venta.



Oficina de la Empresa Eléctrica Chileno-Alemana

lector una ligera idea de la magnitud de este establecimiento.

Por noticias recibidas últimamente por diversos conductos, sabemos que varias agencias de esta casa, especialmente las situadas en Valparaíso, Concepción y Talca, están admirablemente instaladas, atienden una crecida clientela, sostienen el prestigio que la casa

tiene en Santiago, y son las principales en el ramo, en cada provincia.

La ampolleta "Osram", puede atestiguar el éxito de esta casa en provincia, pues se encuentra difundida en toda la República, y la usan grandes establecimientos, entre los cuales se cuentan reputados hoteles, fábricas, teatros y colegios.



La Historia de un Hugonote

(Continuación).

Suponía que varios amigos de su padre, para los cuales llevaba cartas, apoyarían sus diligencias y serviríanle de introductores en la corte de Carlos y cerca del Almirante. Mergy sabía que su hermano gozaba de algún crédito, pero todavía dudaba si debería o no buscarlo. La abjuración de Jorge de Mergy habíale separado casi totalmente de su familia, para la cual ya no era casi más que un extraño. No es ese el único ejemplo de una familia desunida por la diferencia de ideas religiosas. Hacía ya mucho tiempo que el padre de Jorge había prohibido que se pronunciase en su presencia el nombre del *Apóstata*, apoyando su rigor en este pasaje del Evangelio: *Si vuestro ojo derecho os diere motivo a escándalo, arrancádo.*

Aunque el joven Bernardo no compartía esta inflexibilidad, ni mucho menos la mudanza de su hermano, se le antojaba una mancha vergonzosa para el honor de su familia, y los sentimientos de cariño fraternal tenían que haberse resentido necesariamente de esa opinión.

Antes de resolver nada acerca de la conducta

que había de observar para con él, y aún antes de entregar las cartas de recomendación, pensó que era preciso atender a los medios de llenar su vacía bolsa, y, con este objeto, salió de la hostería para llegar a casa de un orfebre del puente de San Mignel, que debía a su familia una cantidad de cuyo cobro estaba encargado Mergy.

A la entrada del puente halló a varios jóvenes vestidos con suma elegancia y que, cogidos del brazo, obstruían casi totalmente el estrecho pasaje que dejaba en el puente

la multitud de tiendas y puestos que se alzaban como dos murallas paralelas y ocultaban por completo el río a los transeúntes. En pos de aquellos señores caminaban sus lacayos, cada uno de los cuales llevaba en la mano, una de esas largas espadas de dos filos llamadas entonces de duelo y un puñal cuya cazoleta era tan ancha que podía servir de escudo en caso necesario. Indudablemente el peso de

tales armas parecería excesivo a aquellos caballeros, o tal vez les agradase demostrar a todo el mundo que tenían lacayos ricamente vestidos.

Parécían de buen humor, a lo menos si se juzga por sus continuas careajadas. Si pasaba junto a ellos alguna mujer bien trajeada, saludábanla con una mezcla de cortesía y de impertinencia; al tiempo que algunos de aquellos aturdidos se entretenían en dar rudos codazos a ciudadanos de capa negra, que se retiraban balbuceando muy bajito mil impronunciables

contra la insolencia de los cortesanos. Uno solo de la cuadrilla caminaba cabizbajo y parecía o tener parte alguna en sus diversiones.

—¡Cáspita!—exclamó uno de los jóvenes, dándole un golpecito en el hombro.—Jorge, te vuelves demasiado huraña. Hace más de un cuarto de hora que no has abierto la boca. ¿Vas a ser cartujo?

El nombre de Jorge hizo estremecer a Mergy; mas no oyó ésta la respuesta de la persona a quien con tal nombre habían llamado.



—Apuesto cien pistolas—prosiguió el primero,—a que se ha enamorado otra vez de algún modelo de virtudes. ¡Pobre chico! Te compadezco; es mucha desgracia hallar en París una mujer cruel.

—Ve a ver al mago Rudbeck—dijo otro,—que te dará un filtro para hacerte amar.

—Acaso—dijo un tercero,—acaso se habrá enamorado de alguna monja nuestro amigo el capitán. Estos diablos de hugonotes, convertidos o no, la emprenden con las esposas del Señor.

Una voz que Mergy reconoció al instante, respondió con tristeza:

—¡Pardiez! No estaría tan triste si fuera cosa de amores; pero—añadió en voz más baja,—Pons, a quien encargué que llevase una carta a mi padre, ha vuelto y me ha dicho que éste no quiere volver a oír hablar de mí.

—Tu padre está chapado a la antigua—dijo uno de los jóvenes;—es uno de esos viejos hugonotes que quisieron tomar a Amboise.

En aquel momento, el capitán Jorge, que había vuelto la cabeza casualmente, vió a Mergy, y, profiriendo una exclamación de sorpresa, corrió a él con los brazos abiertos. Mergy no titubeó, tendió los brazos y le estrechó contra su pecho.

Si el encuentro no hubiera sido tan imprevisto, tal vez hubiera intentado Mergy armarse de indiferencia; pero la sorpresa devolvió a la naturaleza todos sus derechos. A partir de ese momento se consideraron como dos amigos que vuelven a verse después de un largo viaje.

Tras los abrazos y las primeras preguntas, el capitán Jorge se volvió a sus amigos, algunos de los cuales habíanse parado para contemplar la escena, y les dijo:

—Señores, ya véis lo inesperado de este encuentro. Dispensadme que os deje para ir a hablar con un hermano a quien hace siete años que no veo...

—¡Voto a...! No queremos que nos dejes hoy. La cena está encargada, y tú has de ser parte en ella.

Al mismo tiempo, el que así hablaba le asía de la capa.

—Tiene razón Beville—dijo otro,—y no te dejaremos marchar.

—¡Claro está!—añadió Beville.— ¡Que venga tu hermano a comer con nosotros! En vez de un buen compañero tendremos dos.

—Dispensadme — dijo entonces Mergy; pero tengo que ultimar hoy diversos asuntos. Debo entregar varias cartas...

—Mañana las entregaréis.

—Han de ser entregadas hoy... y...—añadió Mergy medio sonriendo y un tanto avergonzado.—os confesaré que me hallo sin dinero y que es menester que vaya a buscarlo.

—¡Ah! ¡A fe mía que es buena la excusa!—exclamaron todos a una.—No consentiremos que os neguéis a cenar con honrados cristianos como nosotros, para ir a pedir prestado a judíos.

—Tened, amigo—dijo Beville, sacudiendo con afectación una larga bolsa de seda que llevaba a la cintura,—haced cargo de que soy vuestro tesorero. El juego me está tratando muy bien hace quince días.

—¡Vaya! ¡vaya! no nos detengamos, y vamos a cenar al Moro—dijeron todos los jóvenes.

El capitán, indeciso aún, miraba a su hermano.

—¡Bah! ya tendrás tiempo de entregar las cartas. En cuanto a dinero, yo tengo: por tanto, ven con nosotros. Vas a conocer la vida de París.

Mergy se dejó llevar. Su hermano le presentó a todos sus amigos uno tras otro: el barón de Vaudreuil, el caballero de Rheinicy, el vizeconde de Beville, etc. Colmaron de halagos al recién venido, que se vió precisado a abrazar a todos uno tras otro. El último que le abrazó fué Beville.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó.—¡Dios me condene! Percibo olor a hereje. Apostaría cualquiera cosa a que pertenecéis a la religión.

—Verdad es, caballero, yo no soy tan religioso como debiera.

—¡Ya véis si distingo un hugonote entre mil! ¡Pardiez! ¡qué serios se ponen los hugonotes cuando hablan de su religión!

—Creo que nunca se debiera reír al hablar de tal asunto.

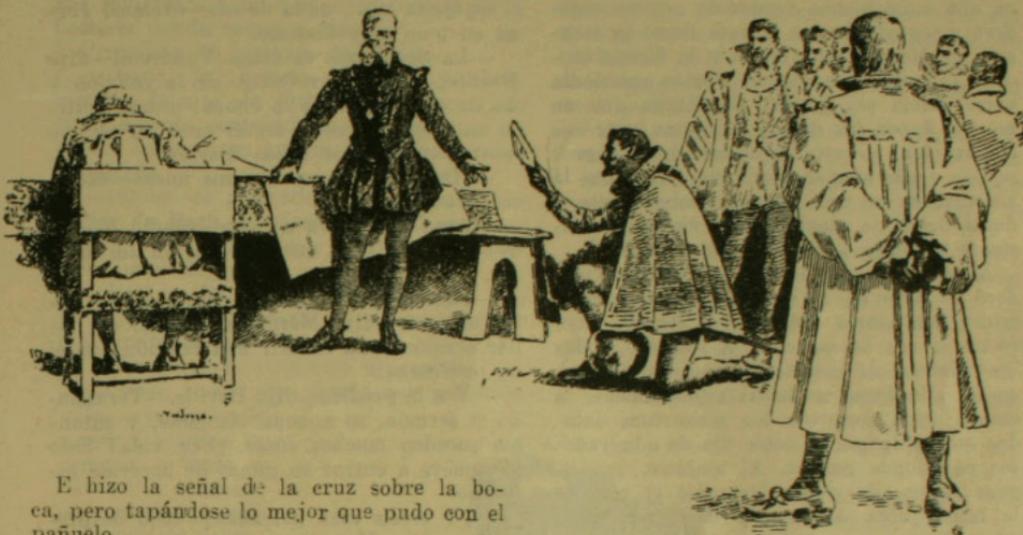
—Tiene razón el señor Mergy—dijo el barón Vaudreuil;—y vos, Beville, os llevaréis algún disgusto por vuestras pesadas burlas a las cosas sagradas.

—¡Mirad ese de la cara de santo!—dijo Beville a Mergy.—Es el libertino más empedernido de todos nosotros, y, sin embargo, de vez en cuando, se le ocurre predicarnos.

—Dejadme como soy, Beville—dijo Vaudreuil.—Si soy libertino, es que no puedo dominar la carne; pero cuando menos, respeto lo que es respetable.

—En cuanto a mí, yo respeto mucho... a mi madre; es la única mujer honrada que he conocido. Por lo demás, querido, católico, hugonotes, papistas, judíos o turcos, para mí es todo uno; tanto me preocupa sus querellas como una espuela rota.

—¡Impío!—murmuró Vaudreuil.



E hizo la señal de la cruz sobre la boca, pero tapándose lo mejor que pudo con el pañuelo.

—Has de saber, Bernardo—dijo el capitán Jorge,—que no hallarás entre nosotros polemistas como nuestro sabio maestro Teobaldo Wolfsteinnius. Hacemos poco caso de las conversaciones teológicas, y, gracias a Dios, empleamos mejor el tiempo.

—Tal vez—respondió Mergy con cierta acritud,—tal vez te hubiera valido más haber escuchado atentamente las doctas disertaciones del digno ministro que acabas de nombrar.

—¡Basta sobre este asunto, hermano! Más adelante, quizás vuelva a hablarte de él: sé que tienes formada tu opinión sobre mí... No importa... No estamos aquí para hablar de cosas de esa índole... Creo que soy un hombre honrado, y sin duda lo verás algún día... Dejemos esa conversación, y no pensemos ahora más que en divertirnos.

Pasóse la mano por la frente como para desterrar de ella una idea penosa.

—¡Hermano querido!—dijo en voz baja Mergy, estrechándole la mano.

Jorge respondió con otro apretón de manos, y ambos se apresuraron a unirse a sus compañeros, que les llevaban algunos pasos de delantera.

Al pasar por delante del Louvre, de donde salían muchas personas ricamente vestidas, el capitán y sus amigos saludaban o abrazaban a casi todos los caballeros. Al mismo

tiempo, presentaban al joven Mergy, quien, de este modo, conoció en un momento infinidad de personas célebres de aquella época. Y de paso aprendía sus apodos (porque a la sazón cada hombre notable tenía el suyo), como también las escandarras que se le atribuían.

—¿Véis—le decían—ese consejero tan pálido y amarillento? Pues el señor *Petrus de fribus*, o, por otro nombre, Pedro Segnier, el cual, en todo cuanto emprende, se mueve tanto y tan bien, que siempre logra sus fines. Ved ahí al *capitancillo Quemabancos* Thoré de Montmorency; ved al arzobispo Botellas (1), que se mantiene tan derecho en su mula a pesar de no haber comido aún. He ahí un héroe de nuestro partido, el bizarro conde de la Rochefoucauld, apodado el enemigo de las coles. En la última guerra, mandó acerbillar a arcabuzos un desdichado cuadro de coles, al que su mala vista le hizo tomar por lansquenets.

En menos de un cuarto de hora supo Mergy el nombre de los amantes de casi todas las damas de la corte, y el número de duelos motivados por su belleza. Vió que la reputación de una dama era proporcionada al número de muertes que había causado, así, la señora de Courtanel, cuyo actual aman-

(1) El Arzobispo de Guisa.

te había muerto a dos rivales suyos, tenía mucho más renombre que la pobre condesa de Pomeranda, que sólo había originado un pequeño desafío y una ligera herida.

Una mujer de elevada estatura, montada en una mula blanca conducida por un escudero y seguida de dos lacayos llamó la atención de Mergy; iba vestida a la última moda y cargada de bordados. Por lo que podía verse, debía ser guapa. Sabido es que en aquella época las damas no satían más que con antifaz; el suyo era de terciopelo negro: se veía o más bien se adivinaba, por lo que la abertura de los ojos, dejaba traslucir, que la dama debía de tener el cutis de resplandeciente blancura y los ojos azules oscuros.

Al pasar por delante de los jóvenes moderó el paso de la mula; y hasta pareció mirar con cierta atención a Mergy, cuyo rostro le era desconocido. A su paso, todas las plumas de los sombreros barriaron el suelo, y la dama inclinaba graciosamente la cabeza para devolver los numerosos saludos que le dirigía la doble fila de admiradores por donde pasaba. Al alejarse, una ligera ráfaga de viento levantó el velo de la larga falda de raso, y dejó ver, como un relámpago, un zapatito de terciopelo blanco y algunas pulgadas de una media de seda de color de rosa.

—¿Quién es esa dama a quien saluda todo el mundo? — preguntó con curiosidad Mergy.

—¡Enamorado ya! — exclamó Beville.— Después de todo, siempre sucede lo mismo: hugonotes y papistas, todos se enamoran de la condesa Diana de Turgis.

—Es una de las bellezas de la corte—añadió Jorge,—una de las Circeas más peligrosas para nuestros jóvenes galantes. Pero ¡demonio! no es ciudadela fácil de tomar.

—¿Cuántos duelos cuenta? — preguntó riendo Mergy.

—¡Oh! los cuenta por veintenas—respondió el barón de Vaudreuil;—pero lo bueno es que ha querido batirse ella misma: desafío en toda regla a una dama de la corte que le había tomado la delantera.

—¡Vaya un cuento!—exclamó Mergy.

—No sería la primera que se hubiese batido en nuestro tiempo—respondió Jorge;—ha desafiado muy en regla y con buen estilo a la Sainte Foix, retándola a muerte, a espada y puñal, y en camisa, como haría un espadachín de profesión.

—Me hubiera gustado ser padrino de una de esas damas para verlas a las dos en camisa—dijo el caballero de Rheincy.

—¿Y se efectuó el duelo? — preguntó Mergy.

—No—respondió Jorge,—las reconciliaron.

—El fué quien las reconcilió—objetó Vaudreuil;—a la sazón era amante de la Sainte-Foix.

—¡Quita allá!, nada de eso—exclamó Jorge en tono muy discreto.

—La de Turgis es como Vaudreuil—dijo Beville;—hace un revoltijo de la religión y de las costumbres de la época; quiere batirse en duelo, lo cual, según creo, es pecado mortal, y oye dos misas diarias.

—¡Déjame en paz con mis misas—exclamó Vaudreuil.

—Sí, esa señora va a misa—añadió Rheincy;—pero es para que la vean allí sin antifaz.

—Por eso es por lo que van a misa tantas mujeres—dijo Mergy, satisfecho de hallar ocasión para zaherir una religión que él no profesaba.

—Y a la prédica—dijo Beville.—Terminado el sermón, se apagan las luces, y entonces suceden muchas cosas. ¡Por vida! Esto me mueve a entrar en ganas de hacerme luterano.

—¿Y creéis esas patrañas?—dijo despreciativamente Mergy.

—¿Si las creo?... Ferrand, a quien todos conocemos, iba a la prédica de Orleans para ver la mujer de un notario, una mujer bellísima, por cierto; se me hacía la boca agua en cuanto me hablaba de ella. Ferrand no podía verla más que allí; por fortuna, un hugonote amigo suyo le había dado el santo y seña.

—Eso es imposible—replicó secamente Mergy.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque un protestante nunca cometería la baja de llevar a un papista a un sermón.

Esa respuesta fué seguida de sonoras carcajadas.

—¡Ah ¡ah!—exclamó el barón de Vaudreuil;—¿creéis que porque un hombre sea hugonote no puede ser ladrón, ni traidor, ni corredor de galanterías?

—¡Este se ha caído de un nido! — dijo Rheincy.

—Yo—dijo Beville,—si tuviera que entregar una cartita amorosa a una hugonote, me valdría de su ministro.

—Eso será tal vez porque estaréis acostumbrado a dar semejantes encargos a vuestros sacerdotes—respondió Mergy.

—Nuestros sacerdotes...—dijo Vaudreuil sonrojándose de cólera.

—¡Acabad con fastidiosas discusiones!—repuso Jorge, al notar la ofensiva acritud

de cada réplica;—dejemos a los gazmoños de todas las sectas. Propongo que el primero que pronuncie la palabra hugonote, papista, protestante o católico, pague prenda.

—¡Aprobado!—exclamó Beville;—tendré que invitarnos a buen vino de Cahors en la hostería donde vamos a cenar.

Prodújose un instante de silencio.

—Desde la muerte del pobre Lannoy, muerto delante de Orleans, la Turgis no tiene amante conocido—dijo Jorge, que no quería dejar a sus amigos con pensamientos teológicos.

—¿Quién se atrevería a afirmar que una mujer de París no tiene amante?—exclamó Beville;—lo cierto es que Comminges la persigue muy de cerca.

—Por eso ha saltado presa el joven Navarre—dijo Vaudreuil;—le ha asustado tan terrible rival.

—¿Es celoso?—preguntó el capitán.

—Celoso como un tigre—respondió Beville,—y pretende matar a cuantos se atreven a amar a la bella condesa; de manera que, por no estar sin amante, se verá obligada a aceptar a Comminges.

—¿Quién es, pues, ese hombre tan temible?—preguntó Mergy, que sin enterarse, sentía gran curiosidad por todo cuanto concernía de cerca o de lejos a la condesa de Turgis.

—Es—respondió Rheney,—uno de nuestros más célebres *refinaños*; y, como venís de provincias, quiero explicaros el buen lenguaje. Un refinado es un hombre perfectamente galante, un hombre que se bate cuando la capa de otro roza la suya, cuando uno escupe a cuatro pasos de él, o por cualquier otro motivo tan legítimo como éstos.

—Comminges llevó un día a un hombre al Pré-aux-Clercs (1)—dijo Vaudreuil;—ambos se quitan los jubones y desenvainan la espada. ¿No eres tú Berny de Auvernia?—le preguntó Comminges. No, nada de eso—respondió el otro: me llamo Villequier y soy de Normandía.—Lo siento—repuso Comminges;—te he tomado por otro; pero, pues, que te he llamado, tenemos que batirnos". Y le mató valientemente.

(1) Lugar próximo al Louvre, en donde a la sazón solían verificarse los duelos.

Cada cual contó algún rasgo de la destreza y el humor pendenciero de Comminges. El tema era rico, y la conversación los llevó a las afueras de la ciudad, a la hostería del Moro, situada en medio de un jardín cercano al punto en donde se edificaba el Palacio de las Tullerías, comenzado en 1564. Allí había varios hidalgos conocidos de Jorge y de sus amigos, y sentáronse a la mesa en numerosa compañía.

Mergy, que estaba sentado al lado del barón de Vautreuil, notó que, al sentarse éste a la mesa, hacía la señal de la cruz y rezaba en voz baja y con los ojos cerrados esta oración singular:

Laus Deo, paz, vivis, salutem defunctis, et beata viscera virginis Mariæ que portaverunt Aeterni Patris Filium!

—¿Sabéis latín, señor barón?—le preguntó Mergy.

—¿Habéis oído mi oración?

—Sí; pero os confieso que no la he entendido.

—A decirs verdad, no sé latín ni tampoco estoy muy seguro de lo que quiere decir esta oración; pero la aprendí de una tía mía que siempre estaba satisfecha de ella, y, desde que yo la rezo, sólo he visto buenos efectos.

—Supongo que será un latín católico, y por consiguiente, nosotros, los hugonotes, no podemos comprenderlo.

—¡Prenda! ¡Prenda!—exclamaron a una Beville y el capitán Jorge.

Mergy obedeció gustoso, y llenóse la mesa de nuevas botellas, que no tardaron en poner de buen humor a los allí reunidos.

La conversación se tornó pronto más ruidosa, y Mergy se aprovechó del tumulto para hablar con su hermano sin atender a lo que pasaba en derredor suyo.

Al fin del segundo plato, sacóles de su aislamiento el ruido de una violenta discusión entablada entre dos de los invitados.

—¿Eso es falso!—exclamaba el caballero de Rheiney.

—¿Falso!—dijo Vaudreuil.

Y su rostro pálido por naturaleza, se tornó cadavérico.

—Es la más virtuosa, la más casta de todas las mujeres—prosiguió el caballero.

Vaudreuil sonrióse amargamente y se en-



cogió de hombros. Todas las miradas se encaminaban a los actores de esa escena, y cada cual parecía esperar con silenciosa neutralidad el resultado de la disputa.

—¿De qué se trata, señores, y a qué viene ese barullo?—preguntó el capitán, pronto, según su costumbre, a oponerse a toda infracción a la paz.

—Es que nuestro amigo el caballero—respondió tranquilamente Beville,—quiere que su amante, la Silery, sea casta, mientras que el amigo Vaudreuil pretende que no lo es y que él puede decirlo.

Una carcajada general que sonó al pronto, aumentó el furor de Rheiney, que miraba con ojos llenos de rabia a Vaudreuil y a Beville.

—Yo podría enseñar cartas de ella—dijo Vaudreuil.

—¡Te reto a hacerlo!—exclamó el caballero.

—Pues bien—dijo Vaudreuil con pérfida sorna,—voy a leer una carta suya a estos señores. Tal vez conozca su letra tan bien como yo, porque no tengo la pretensión de ser el único honrado con sus cartitas y sus favores. He aquí una esquelita que me ha mandado hoy mismo.

Y pareció registrarse el bolsillo como para sacar de él una carta.

—¡Mientes por esa boca!

La mesa era demasiado ancha para que la mano del barón pudiera tocar a su adversario, sentado frente a él.

—Te hará tragar el mentís hasta que te ahogue!—exclamó.

Y acompañó esas palabras de una botella que le arrojó a la cabeza. Rheiney esquivó el golpe, y, derribando la silla en su precipitación, corrió a la pared para tomar la espada, que había colgado de ella.

Levantáronse todos, algunos para entrometerse en la querrela, la mayoría para evitar hallarse demasiado cerca.

—¡Alto, locos!—exclamó Jorge, poniéndose delante del barón, que era quien más cerca de él estaba.—¿Deben batirse dos amigos por una miserable mujercuela?

—¡Juego limpio! ¡Juego limpio! ¡Paso! ¡Paso!—gritaron casi todos los convidados.

—¡Eh! Juanillo, cierra la puerta—dijo indolente el hotelero, habituado a ver escenas semejantes;—si pasasen los arqueros, podrían interrumpir a estos señores y perjudicar a mi casa.

—¡Váis a batiros en un comedor, como lansquenetes borrachos?—prosiguió Jorge, que deseaba ganar tiempo;—esperad a mañana.

—¡Bueno, queda para mañana!—dijo Rheiney.

E hizo además de volver a envainar la espada.

—El caballerito tiene miedo—dijo Vaudreuil.

Al momento, Rheiney, apartando a los que se hallaban al paso, se precipitó sobre su enemigo. Ambos se atacaron con furor; pero Vaudreuil había tenido tiempo de enroscarse una servilleta en el brazo izquierdo, y servíase de ella con destreza para parar los tajos; mientras que Rheiney, que había descuidado semejante precaución, recibió a los primeros pases una herida en la mano izquierda. No obstante, no dejaba de combatir con valor, llamando a su lacayo y pidiéndole el puñal. Beville detuvo al lacayo, diciendo que como Vaudreuil no tenía puñal, tampoco debería tenerlo su adversario. Algunos amigos del caballero protestaron; cruzáronse palabras muy amargas, y seguramente el duelo hubiérase trocado en una escaramuza, si a ello no hubiera puesto fin Vaudreuil, derribando a su adversario con una estocada peligrosa en el pecho. Rápidamente pisó la espada de Rheiney, a fin de que éste no pudiera cogerla, y levantó la suya para darle el golpe de gracia. Las leyes del duelo permitían esa atrocidad.

—¡Un enemigo desarmado!—exclamó Jorge.

Y arrebató a Vaudreuil la espada.

La herida del caballero no era mortal, pero manaba abundante sangre. Se le vendó lo mejor que se pudo con servilletas, en tanto que con forzada risa decía entre dientes que no estaba terminada la cosa.

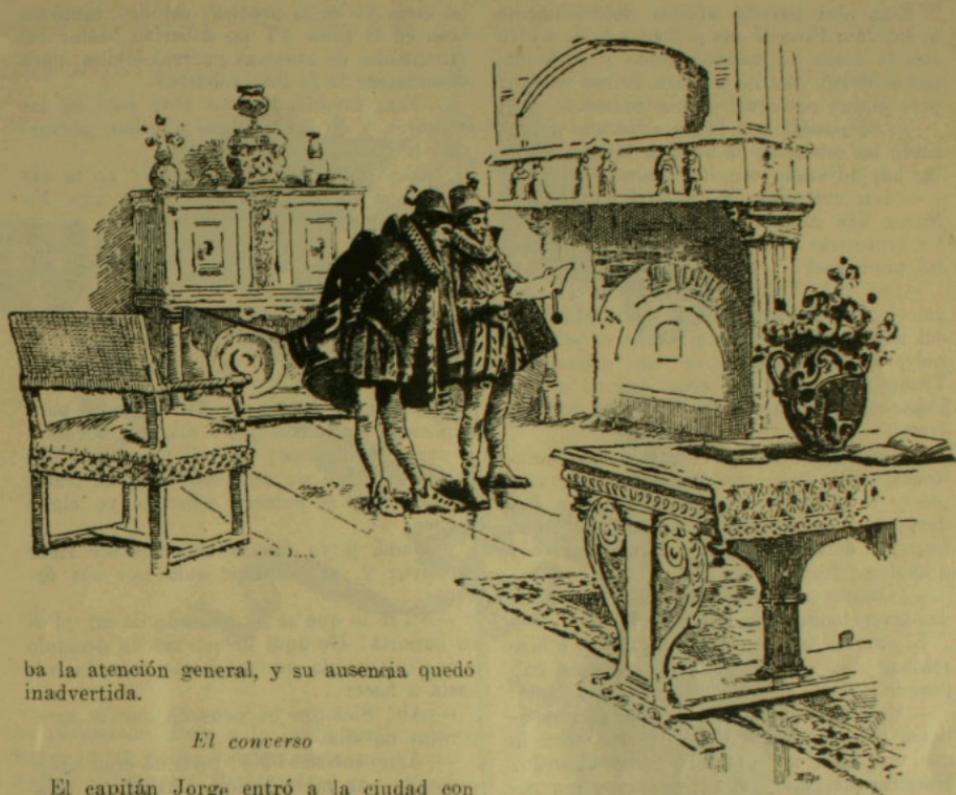
Pronto aparecieron un fraile y un cirujano, que se disputaron un rato el herido. Sin embargo, tuvo la preferencia el cirujano, y después de mandar transportar al paciente a la orilla del Sena, lo llevó en lancha hasta su casa.

En tanto que unos criados se llevaban las servilletas ensangrentadas y lavaban el suelo teñido de rojo, otros colocaban más botellas sobre la mesa. Vaudreuil, después de lavar cuidadosamente la espada, volvió a envainarla, hizo la señal de la cruz, y, tras esto, con imperturbable sangre fría, sacó del bolsillo una carta, pidió silencio, y leyó la primera línea, que motivó sonoras carcajadas:

"Amado mío, ese fastidioso caballero que me acosa..."

—Vámonos de aquí—dijo Mergy a su hermano, con expresión de repugnancia.

El capitán le acompañó. La carta ocupa-



ba la atención general, y su ausencia quedó inadvertida.

El converso

El capitán Jorge entró a la ciudad con su hermano, y le condujo a su domicilio. Durante el trayecto cruzaron muy pocas palabras: la escena que acababan de presenciar habíales dejado una penosa impresión que los inducía a guardar silencio involuntariamente.

Aquella disputa y el combate irregular que fué consecuencia de ella, nada tenían de particular en aquella época. De extremo a extremo de Francia, la quisquillosa índole de la nobleza daba lugar a los más funestos acontecimientos, hasta el punto de que, según un cálculo moderno, el furor de los duelos habidos durante los reinados de Enrique III y Enrique IV costó la vida a más nobles que diez años de guerras civiles.

La casa del capitán estaba amueblada elegantemente. Lo primero que atrajo las miradas de Mergy, acostumbradas a más sencillez, fueron los tapices de colores vistosos y las cortinas de seda con flores. Entró en un gabinete que su hermano llamaba *oratorio*, pues aún no se había inventado la palabra *boudoir* (1). Un reclinatorio de en-

cina admirablemente esculpido, una virgen pintada por un artista italiano y una pila de agua bendita adornada con una gran rama de boj parecían justificar la piadosa designación de aquel cuarto, al tiempo que una camilla cubierta de damasco negro, una luna de Venecia, un retrato de mujer, instrumentos de música y armas indicaban las costumbres mundanas de su propietario.

Mergy dirigió una mirada desdeñosa a la pila y a la rama de boj, que le recordaba tristemente la apostasía de su hermano. Un lacayo sirvió dulces, grajeas y vino blanco: aún no estaban en uso el café y el te, y, para nuestros antepasados, el vino reemplazaba a todas las bebidas elegantes.

Mergy, con una copa en la mano, seguía llevando sus miradas a la virgen a la pila y de ésta al reclinatorio. Suspiró profundamente y mirando a su hermano, que estaba tendido indolentemente en la camilla, le dijo:

—¡Hete ya completamente papista!...
¿Qué diría nuestra madre, si estuviera aquí?

(1) *Boudoir* equivale a retiro o gabinete de confianza.

Esta idea pareció afectar dolorosamente al capitán. Frunció sus pobladas cejas e hizo con la mano un ademán como para suplicar a Mergy que no hablara de ese asunto; pero Mergy prosiguió despiadadamente:

—¿Es posible que hayas adjurado de co-razón las creencias de nuestra familia, como las has adjurado con los labios?

—¡Las creencias de nuestra familia!... Nunca han sido las mías... ¿Yo, creer en los hipócritas sermones de vuestros gangosos ministros?... ¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Valdrá más creer en el purgatorio, en la confesión, en la infalibilidad del papa! ¡Valdrá más arrodillarse ante las polvorientas sandalias de un capuchino! Tiempo vendrá en que creas que no puedes comer sin rezar la oración del barón de Vaudreuil.

—Escucha, Bernardo: detesto las discusiones, sobre todo cuando se trata de religión; pero, tarde o temprano, tengo que darte una explicación, y, puesto que ahora tratamos de esto, acabemos de una vez: voy a hablarte francamente

—¿Conque no crees en todas las absurdas invenciones de los papistas?

El capitán se encogió de hombros e hizo resonar una de sus grandes espuelas golpeando con el tacón en el suelo, y exclamó:

—¡Papistas! ¡Hugonotes! Todo es superstición por ambas partes. No puedo creer lo que mi razón me presenta como absurdo. Nuestras letanías y vuestros salmos son necedades por el estilo. Sin embargo—añadió sonriendo.—a veces se oye una buena música en nuestras iglesias, mientras que en las vuestras declaran la guerra a muerte a los oídos delicados.

—¡Buena superioridad para tu religión y gran motivo para ganarle prosélitos!

—No lo llames mi religión, porque tan poco creo en ella como en la tuya. Desde que sé pensar por mí mismo, desde que mi razón me pertenece...

—Pero...

—¡Ah! Basta de sermones. Sé de memoria cuanto va a decirme. También yo he tenido mis esperanzas, mis temores. ¿Crees que no he realizado poderosos esfuerzos para conservar las felices disposiciones de mi infancia? He leído a todos los doctores, para buscar en ellos consuelos contra las dudas que me espantaban; no he hecho sino aumentarlas. En resumen, no he podido ni puedo creer. Creer es don precioso que me ha sido negado; pero, por nada del mundo, intentaría yo privar de ese don a los demás.

—Te compadezco.

—¡Y tienes razón!... Siendo protestante,

no creía yo en la prédica; católico, tampoco creo en la misa. ¿Y no deberían bastar las atrocidades de nuestras guerras civiles, para desarraigar la fe más robusta?

—Esas atrocidades son obra sólo de los hombres, y de los hombres que han pervertido la palabra de Dios.

—Esa respuesta no es tuya; y no te extrañe que no me haya convencido aún. No puedo comprender a nuestros Dios, no lo comprendo... Y, si yo creyera, sería—como dice nuestro amigo Jodelle,—*e beneficio de inventario*.

—Ya que ambas religiones te son indiferentes, ¿a qué ha venido esa abjuración que tanto ha afligido a tu familia y a tus amigos?

—He escrito veinte veces a mi padre para explicarle las causas que a ello me movieron y para justificarme; pero él ha echado mis cartas al fuego sin abrirlas, y me ha tratado peor que si hubiera cometido yo algún crimen.

—Mamá y yo desaprobábamos ese rigor excesivo; y, a no haber sido por sus órdenes...

—No sé lo que se ha pensado de mí. ¡Poco importa! He aquí lo que me ha decidido a una calaverada, que seguramente no la volvería a hacer...

—¡Ah! Siempre he pensado que te arrepentías de ella...

—¡Arrepentirme! No; pues no creo haber cometido una mala acción. Cuando tú estabas aún en el colegio, estudiando griego y latín, yo me había endosado la coraza, ceñido la escarapela blanca y combatía en las primeras guerras civiles. Vuestro príncipe de Condé, que tantas faltas ha hecho cometer a nuestro partido, se cuidaba de vuestros asuntos; cuando sus amores le dejaban tiempo para ello. Amábame una dama; el príncipe me la pidió; yo se la negué, y tornóse él mi enemigo mortal. Entonces se decidió a mortificarme de todos modos.

Ese príncipe tan lindo
que a su bella siempre besa

me designaba a los fanáticos del partido como un monstruo de libertinaje y de irreligión. Yo no tenía más que una amante, y la amaba... En cuanto a la irreligión... yo dejaba a los demás tranquilos: ¿por qué, pues, declararme la guerra?

—Nunca hubiera creído al príncipe capaz de tan negra acción.

—Ha muerto, y le habéis convertido en héroe. Así va el mundo. Tenía algunas buenas cualidades: ha muerto como valiente, y



le he perdonado. Pero a la sazón era poderoso, y un pobre hidalgo como yo le parecía criminal si se atrevía a resistirle.

El capitán se paseó un rato por el cuarto, y continuó diciendo, con voz que denotaba una emoción siempre en aumento:

—No tardaron en desencadenarse contra mí todos los ministros, todos los beatos del ejército. Tan sin cuidado me tenían sus ladridos como sus sermones. Un gentilhombre del príncipe, para halagar a éste, me llamó *perdido* delante de todos nuestros capitanes. Se ganó una bofetada y luego le maté. Lo menos se efectuaban doce duelos diarios en nuestro ejército, y los generales parecían no enterarse. Sin embargo, de mí hicieron una excepción, y el príncipe me destinó a servir de ejemplo a todo el ejército. De nada sirvieron para mí indulto las súplicas de todos los señores, ni las del Almirante, no puedo menos de reconocerlo. Mas no quedé satisfecho el odio del príncipe. En la batalla de Jazeneuil, mandaba yo una compañía de cazadores; fui uno de los primeros en la escaramuza: mi coraza abollada por dos arcabuzos y mi brazo izquierdo atravesado por una lanzada demostraban que no huí

del peligro. No tenía más que veinte hombres a mi alrededor, y contra nosotros venía un batallón de suizos del rey. El príncipe de Condé me ordenaba dar una carga... Yo le pido dos compañías de reitres... ¡Y me llama cobarde!

Levantóse Mergy y dió la mano al capitán; quien, con los ojos fulgurantes de cólera y paseándose por la habitación, prosiguió:

—Me llamó cobarde delante de todos aquellos caballeros con armaduras doradas que, a los pocos meses, le abandonaron en Jarnac y dejaron que le mataran. Yo creí que había que morir: me precipité contra los suizos jurando que, si por fortuna llegaba a salir sano, nunca más volvería a desenvai-

nar la espada por un príncipe tan injusto. Gravemente herido, desmontado del caballo, iban ya a matarme, cuando uno de los caballeros del duque de Anjou, Beville, ese loco con quien hemos cenado, me salvó la vida y presentóme al duque. Me trataron bien. Yo tenía sed de venganza. Cuidáronme cariñosamente, me instaron a entrar al servicio de mi bienhechor, el duque de Anjou; me citaron este verso:

Omne solum forti patria est, ut piscibus requor,

Yo veía indignado que los protestantes llamaban a nuestra patria a extranjeros... Mas, ¿por qué no decirte la única razón que me decidió? Quería vengarme, y me hice católico, con la esperanza de encontrar al príncipe de Condé en un campo de batalla y matarle. Un cobarde se ha encargado de pagarme mi deuda... El modo de matarle me ha hecho casi olvidar mi odio... Le vi ensangrentado, víctima de las ofensas de la tropa; arrebaté de manos de ésta el cadáver y lo tapé con mi capa.—Yo estaba comprometido con los católicos; mandaba un escuadrón de caballería, y ya no podía dejarlos. Por fortuna creo haber prestado algunos servicios a mi antiguo partido; he procurado suavizar todo lo posible el furor de una guerra de religión, y he tenido la suerte de salvar a varios de mis antiguos amigos.

—Oliverio de Busseville pregona por doquiera que te debe a ti la vida.

—Heme, pues católico — dijo Jorge con voz más tranquila.—Esta religión es lo mismo que otra cualquiera; ¡pues es tan fácil entenderse con sus adentos! Ves esta bella virgen; es el retrato de una cortesana italiana; los beatos admiran mi piedad y persignarse ante la supuesta virgen. Créeme, más saco de ellos que de nuestros ministros. Puedo vivir como quiero, haciendo ligeros sacrificios a la opinión de la gentuza... Hay que ir a misa; pues bien, yo voy de vez en cuando, a contemplar allí las mujeres guapas. Hace falta un confesor; ¡pardiez! Tengo un buen capuchino, antiguo arcabucero de caballería, el cual, por un escudo, me da una papeleta de confesión y, eneiña, se cuida de entregar mis amorosas misivas a sus lindas penitentes. ¡Viva la misa!

Mergy no pudo menos de sonreirse.

—Mira—prosiguió el capitán,—he aquí mi libro de misa.—Y le arrojó un libro ricamente encuadernado, en un estuche de terciopelo y guarnecido con broches de plata.—Este libro de Horas vale tanto como los vuestros de oraciones.

Mergy leyó en el lomo: *Horas de la Corte.*

—La pasta es buena—dijo desdenosamente devolviéndole el libro.

El capitán lo abrió y se lo devolvió sonriendo. Mergy leyó en la primera página: *La muy horrenda vida del gran Gargantúa, padre de Pantagruel, compuesta por el señor Alcofibras, abstractor de Quintaesencia.*

—¿Qué me dices de este libro? Más caso hago de él que de todos los volúmenes de teología de la biblioteca de Ginebra.

Jorge se encojió de hombros.

—Lee ese tomo, Bernardo, y ya me hablarás luego de él.

Tomó Mergy el libro, y, tras breve pausa, respondió:

—Lamento que un despecho, aunque legítimo, te haya impulsado a un acto del que sin duda te arrepentirás algún día.

El capitán bajaba la cabeza, y sus ojos, clavados en la alfombra extendida a sus pies, parecían examinar detenidamente los dibujos.

—Lo hecho, hecho está—dijo al fin tras un suspiro ahogado.—Tal vez vuelva algún día a la capilla evangélica. Pero terminemos con esto, y prométeme no volver a hablarme nunca de cosas tan enojosas.

—Espero que tus propias reflexiones hagan más que mis sermones o consejos.

¡Bueno! Ahora hablemos de tus asuntos. ¿Qué te propones al venir a la corte?

—Espero ser suficientemente recomendado al Almirante para que se digne admitirme en el número de sus nobles en la campaña que va a emprender por los Países Bajos.

—Mal plan. No conviene que un hidalgo que se siente con valor y que lleva espada al cinto, acepte de buen grado el papel de lacayo. Entra como voluntario en las guardias del rey; en mi compañía de caballería ligera, si quieres. Harás la campaña a las órdenes del Almirante, como todos nosotros; pero, cuando menos, no serás criado de nadie.

—No tengo el menor deseo de ingresar en la guardia del rey; y hasta me repugna un tanto. Mucho me gustaría ser soldado en tu compañía; pero mi padre quiere que haga mi primera campaña a las órdenes inmediatas del Almirante.

—¿Qué propio de los hugonotes es eso! Predicáis la unión, y os dominan más que a nosotros los resentimientos antiguos.

—¿Cómo?

—Sí, a vuestros ojos, el rey sigue siendo siempre un tirano, un *Acabac*, como le llaman vuestros ministros. ¿Qué digo? Ni siquiera es rey, sino un usurpador, y desde

la muerte de Luis XIII, el rey de Francia es Gaspar I (1).

—¡Vaya una broma pesada!

—Por lo demás, tanto da que entres al servicio del viejo Gaspar como al del duque de Guisa; el señor de Chatillón es un gran capitán, y, a sus órdenes, aprenderás la guerra.

—Hasta sus mismos enemigos le aprecian.

—Sin embargo, hay cierto pistoletazo que le ha perjudicado.

—Ha demostrado su inocencia, y su vida entera desmiente el cobarde asesinato de Poltrot.

—¿Conoces el axioma latino: *Fecit cui profuit?* A no ser por aquel pistoletazo, hubieras: llevado a cabo la toma de Orleans.

Después de todo, aquello no fué sino un hombre menos en el ejército católico.

—Sí; pero ¡qué hombre! ¿No has oído nunca estos malos versos que valen tanto como los de vuestros salmos?

Autant que sont de Guisards demeurés,
Autant a-t-il en France de Merés (2).

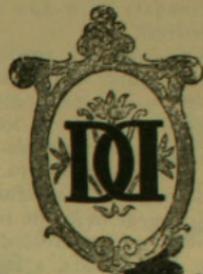
—¡Pueriles amenazas y nada más! Fuera larga la lista si tuviese yo que contar todos los crímenes de los partidarios del duque de Guisa. Por otra parte, si yo fuera rey, lo primero que haría para restablecer la paz en Francia, es encerrar a los Guisa y a los Chatillones en un buen saco de piel, bien cosido y atado, y arrojarlos al agua con cien mil libras de hierro, por miedo a que se escapase alguno.

—Es una gran suerte que no seas rey de Francia.

Luego tomó la conversación un sesgo más alegre: dejaron la política y la teología, y ambos hermanos contáronse cuéntas aventuras habían corrido desde su separación. Mergy fué lo bastante franco para no callar lo que le aconteció en la hostería del León de Oro; su hermano se rió de buena gana, y se guasó mucho de la pérdida de los dieciocho escudos y del buen caballo alazán.

En esto se oyó el tañido de las campanas de una iglesia próxima.

—¡Pardiez!—exclamó el capitán,—vamos al sermón esta tarde; estoy seguro de que te divertirás.



(1) Coligny.

(2) Tanto como sean los partidarios del duque de Guisa que hayan quedado, otros tantos son los Merés que en Francia existen.

Poltrot de Meré fué quien asesinó al duque de Guisa durante el sitio de Orleans.

—Gracias; pero aún no tengo ganas de convertirme.

—Ven, que hoy predica fray Lubin. Es un franciscano que hace tan agradable la religión, que siempre acude gran gentío a oírle. Además, hoy va toda la corte a Santiago; es un espectáculo que merece verse.

—¿Y estará la señora condesa de Turgis y se despojará del antifaz?

—No puede dejar de ir. Si quieres entrar en acción, no te olvides de colocarte a la puerta de la iglesia, a la salida del sermón, para ofrecerle agua bendita. Esa es otra de las bellas ceremonias de la religión católica. ¡Dios mío! ¡Cuántas lindas manos he estrechado y qué de cartas amorosas he remitido al ofrecer agua bendita!

—No sé; pero me repugna de tal modo esa agua bendita, que creo que por nada del mundo introduciría los dedos en ella.

El capitán le interrumpió con una carcajada. Ambos cogieron las capas y fueron a la iglesia de Santiago, en donde había ya numerosa y selecta concurrencia.

El sermón

Quando el capitán y su hermano cruzaban la iglesia para buscar sitio cómodo y próximo al predicador, llamáronles la atención unas carcajadas que salían de la sacristía; entraron en ella y vieron un hombre grueso, con cara gozosa y satisfecha, vestido con el hábito de San Francisco, y que sostenía animadísima conversación con media docena de jóvenes ricamente trajeados.

—Vaya, muchachos—decía,—daos prisa, que las damas se impacientan; indicadme el tema del sermón.

—Habladnos de las jugarretas que hacen las señoras a sus maridos—dijo uno de los jóvenes, que Jorge reconoció al punto ser Beville.

—Rico es el asunto, lo reconozco; pero ¿qué podría yo decir que valiera lo que el sermón del predicador de Pontoise?

—¡Oh! padre Lubin—exclamó otro,—sólo he venido al sermón por veros: contadnos hoy algo bueno; habladnos del pecado de amor, que tan de moda está hoy.

—¿De moda! sí, para vosotros, que no tenéis más que venticinco años; pero yo tengo ya cincuenta muy cumplidos. A mi edad ya no puede hablarse de amor. Ya no recuerdo lo que es ese pecado.

—No os hagáis el mojigato, padre Lubin, que ahora podríais hablar mejor que nunca sobre tal asunto; os conocemos.

—Sí, predicad sobre la lujuria—añadió

Beville;—todas las señoras dirán que conocéis a fondo la materia.

El franciscano contestó a ésa broma guiñando maliciosamente el ojo, dejando traslucir el orgullo y la satisfacción que sentía al oírse reprochar un vicio de su juventud.

—No, no quiero predicar acerca de eso, porque luego no querrían volver a confesarse conmigo las bellas de la corte, si me mostrase muy severo respecto de semejante artículo; y, en consecuencia, si de él hablase, sería para demostrar cómo se condena uno para siempre jamás...

—Pues bien... ¡Ah! ¡He aquí al capitán! ¡Ea! danos un tema de sermón. Jorge. El padre Lubin se ha comprometido predicar sobre el primer asunto que le suministremos.

—Sí—dijo el fraile;—pero daos prisa, ¡Por vida!... pues ya debiera estar yo en el púlpito.

—¡Cáspita, padre Lubin! ¡Juráis tan bien como el rey!—exclamó el capitán.

—Apuesto a que no juraría en el sermón.

—¿Y por qué no, si me vinieran ganas de hacerlo?—respondió atrevidamente el padre Lubin.

—Apuesto diez pistolas a que no os atreveríais.

—¡Diez pistolas! ¡Van!

—Yo llevo la mitad, Beville—dijo el capitán.

—No, no—replicó Beville;—quiero ganar yo solo el dinero del buen padre; y a fe mía que si jura no osaré de menos las diez pistolas: juramentos de predicador bien valen diez pistolas.

—Pues os advierto que ya he ganado—dijo el padre Lubin;—empezaré el sermón con un juramento. ¡Ah! ¡Creéis, señores hidalgos, que porque lleváis espada al cinto y pluma en el sombrero sois los únicos que tenéis derecho a jurar? ¡Vamos a verlo!

Dijo, y salió de la sacristía y en un momento subió al púlpito. Inmediatamente reinó en la iglesia el más profundo silencio.

El predicador recorrió con la mirada la multitud que agolpábase en torno del púlpito, como para buscar al que había cruzado la apuesta con él; y así que le hubo visto recostado contra un pilar que frente a sí tenía frunció el ceño, núsose un puño en la cadera, y con el acento de un hombre encolerizado, empezó de este modo:

“Queridos hermanos: ¡Por los clavos de Cristo!...”

Un murmullo de sorpresa e indignación interrumpió al predicador, o, más bien, colmó la pausa que él dejaba expofeso.



“...y por su muerte —continuó diciendo el franciscano con voz devota y gangosa— fuimos redimidos y librados del infierno”.

Una carcajada universal le interrumpió por segunda vez. Beville sacó del cinturón la bolsa, y sacudióla fuertemente con cierta afectación ante el predicador, confesando así que había perdido.

—Pues bien, hermanos míos —prosiguió imperturbable fray Lubín, — ¿ya estáis contentos, verdad? *Estamos salvados y libres del infierno.* Hermosas palabras, pensáis; no tenemos más que cruzarnos de brazos y regocijarnos. Estamos libres del horrible fuego del infierno.

“¡Ah! ¡Cuán empedernidos pecadores sois! ¡Contáis con eso! Pues bien, fray Lubin os dice que no contáis con la huéspedada.

“¿Creéis acaso, señores herejes, hugonotes que *hugonotizáis*, creéis acaso que nuestro Salvador tuvo a bien dejarse crucificar para librarnos del infierno? ¡Qué necedad! Sí, sí, por semejante canalla iba El a derramar su preciosísima sangre! Eso hubiera sido, y dicho sea con perdón, echar *margaritas* a los *cerdos*; y fué todo lo contrario. Nuestro Señor arrojaba los *puercos* a las *margaritas*; porque las *margaritas* están en la mar, y Nuestro Señor echó dos mil *cerdos* al mar. *Et ecce impetu abiit totus grex præceps in mare.* ¡Buen viaje señores cerdos, y ojalá tomasen el mismo camino todos los herejes!”

Al llegar ahí, el orador tosió y se detuvo un momento para mirar a los concurrentes y gozar del efecto que su elocuencia producía a los fieles.

Luego prosiguió:

—Por tanto, señores hugonotes, convertíos y daos prisa; de lo contrario, ¡pobres de vosotros! Ni os salváis ni os libráis del infierno; por consiguiente, volved la espalda a la capilla evangélica, ¡y viva la misa!

“Y vosotros, mis queridos hermanos los católicos, os frotáis ya las manos y os elupáis los dedos, pensando en los arrabales del paraíso... Francamente os digo, hermanos, que de la corte en que vivís al paraíso, hay más distancia (aún tomando por el atajo), que de San Lázaro a la Puerta de San Dionisio.

“*La virtud, la pasión, los clavos de la Cruz os han salvado y os han librado del infierno...* Sí, librándoos del pecado original, conforme; pero ¡ay de vosotros, si os vuelve a eger Satanás! Y en verdad os digo: *Circuit querens quem devoret.*

“¡Oh hermanos queridos! Satanás es un tirador que daría quince y raya a Gran Jean, a Jean Petit y al Inglés; y en verdad os digo que rudos son los asaltos que nos da.

“Porque, en cuanto nos quitamos las chaquetas para ponernos calzones, es decir, en cuanto nos hallamos en edad de pecar *mortalmente*, el señor Satanás nos llama al *Préaux-Clercs* de la vida. Las armas que nosotros llevamos son los divinos sacramentos; él trae todo un arsenal: lo forman nuestros pecados, armas ofensivas y defensivas a la vez.

“Me parece estar viéndole entrar en campo cercado con la *Gula* en el vientre: ésa es su coraza; la *Pereza* le sirve de espuelas; lleva al cinto la *Lujuria*, que es un estoque peligroso; la *Envidia* es su daga; lleva la *Soberbia* en la cabeza, como un gendarme en almete; guarda en el bolsillo la *Avaricia*,

para utilizarla en caso necesario, y en cuanto a la *Ira*, con las injurias y demás, las tiene en la boca: lo cual os hace ver que viene armado hasta los dientes.

“Al dar Dios la señal, Satanás no os dice, como los duelistas corteses: ¡Estáis en guardia, caballero? Sino que se echa a fondo contra el cristiano, sin decir nada. El cristiano que advierte que va a recibir una estocada de *Gula* en medio del estómago, la para con el *Ayuno*”.

Al decir esto, y a fin de hacerse comprender mejor, el predicador descolgó un crucifijo y comenzó a esgrimirlo dándose estocadas y haciendo quites, como haría un profesor de esgrima con el florete para enseñar una estocada difícil, y prosiguió:

—Satan, al retirarse, le descarga un fendiente de *Ira*; luego, con una finta de *Hivocresía*, da en cuarta una estocada de *Soberbia*. El cristiano se cubre primero con la *Paciencia*; después, contesta a la *Soberbia* con un mandoble de *Humildad*. Irritado Satan, empieza dándole un pinchazo de *Lujuria*; pero, al ver que éste queda sin efecto por una parada de *Mortificaciones*, se tira a fondo, echando al adversario la zancadilla de la *Pereza* y dándole al mismo tiempo una puñalada de *Envidia*, en tanto que intenta hundirle la *Avaricia* en el escrazón. Entonces es cuando hay que tener pie firme y buena vista. Por el *Trabajo* nos libramos de la zancadilla de *Pereza*; de la daga de *Envidia* libramos el *Amor al prójimo* (parada muy difícil, hermanos); y en cuanto a la estocada de *Avaricia*, sólo puede desviarla la *Caridad*.

“Pero, ¡cuántos de vosotros, atacados en tercera y cuarta, hallarían siempre una pronta parada a las estocadas del *enemigo*? He visto más de un campeón rodar por tierra, y en ese caso, si no reurre a escape a la *Contrición*, está perdido; y este remedio debe usarse a tiempo. Vosotros, cortesanos, creéis que un *peccavi* no es largo de decir; ¡Av! hermanos, ¡a cuántos moribundos que auieren decir *peccavi* les falta la voz al decir *pec!* y entonces, he ahí una alma que se la lleva el demonio; ¡vaya a buscarla quién quiera!”

Fray Lubin continuó aún buen rato dando libre curso a su elocuencia, y cuando dejó el púlpito, un amante del buen decir observó que el sermón, que no había durado sino una hora, contenía treinta y siete agudezas e innumerables rasgos de ingenio por el estilo de los que acabamos de citar. Católicos y protestantes aplaudieron igualmente al predicador, que permaneció largo rato al pie del púlpito, rodeado de una mul-

titud solícita que acudía a todos los rincones del templo para darle la enhorabuena.

Durante el sermón, Mergy había preguntado repetidas veces dónde estaba la condesa de Turgis; su hermano la buscaba inútilmente con la vista. O la bella condesa no se hallaba en la iglesia, o bien se ocultaba de sus admiradores en algún rincón obscuro.

—Quisiera—decía Mergy al salir,—que todas las personas que acaban de asistir a tan absurdo sermón, oyesen ahora mismo las sencillas exhortaciones de cualquier ministro nuestro...

—Aquí está la condesa de Turgis—le dijo en voz baja el capitán, apretándole el brazo.

Mergy volvió la cabeza, y vió pasar por el obscuro portalón, con la rapidez del relámpago, a una mujer riquísimamente engalanada, a la cual llevaba de la mano un joven rubio, delgado, ^{ondoble}, de faz afeminada, y cuyo vestido ofrecía una negligencia acaso estudiada. La muchumbre se apartaba ante ellos con diligencia mezclada de terror. Aquel caballero era el terrible Comminges.

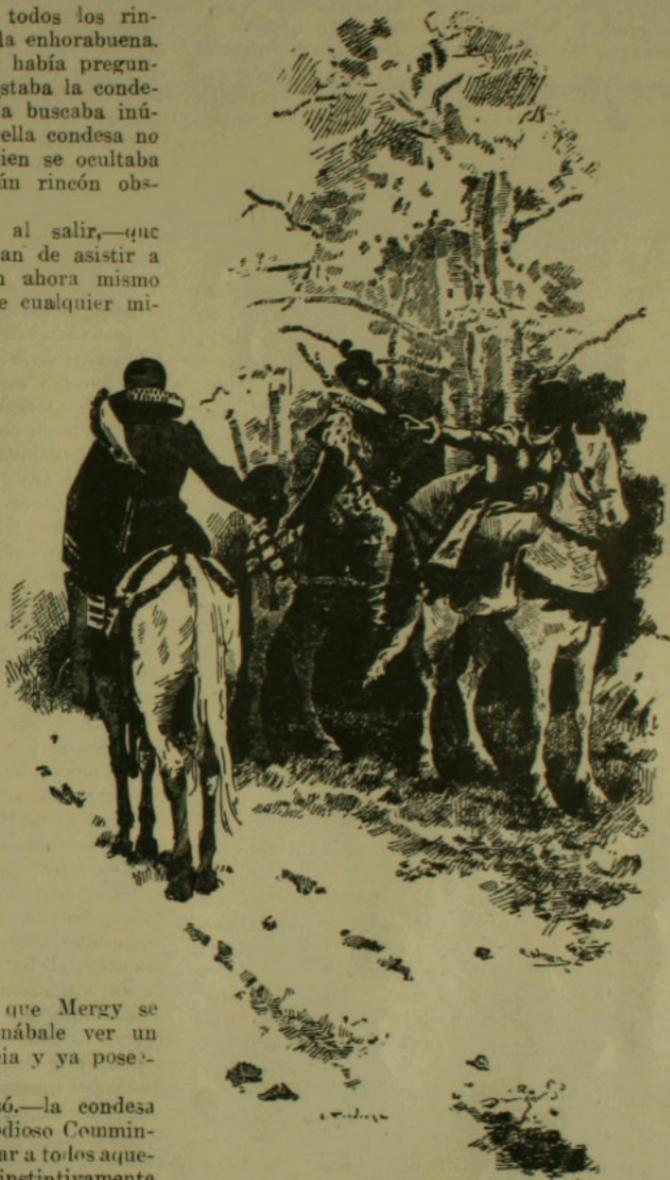
Mergy no tuvo casi tiempo de dirigir una ojeada a la condesa. No pudo ver bien sus facciones, y no obstante, produjéronle ésta profunda impresión.

Comminges le había desagradoado sobremanera, sin que Mergy se explicase el por qué. Indignábale ver un hombre tan débil en apariencia y ya poseedor de tanta fama.

—Si por casualidad—pensó,—la condesa amara a alguno de estos, ese odioso Comminges lo mataría. Ha jurado matar a todos aquellos a quienes ella ame.—E instintivamente puso la mano en la guarda de la espada; más al punto se avergonzó de ese movimiento.—¿Qué me importa, después de todo? No le envió su conquista que, por otra parte, casi no he visto.

Hallaron la cena servida. Mergy comió poco; y así que quitaron la mesa, quiso regresar a su hostería.

El capitán consintió en dejarle salir; pero con la promesa de que al día siguiente



viniera a instalarse definitivamente en su casa.

Obvia decir que Mergy halló en casa de su hermano, dinero, caballo, etc., y además trabó relaciones con el sastre de la corte y con la única tienda en donde un hidalgo deseoso de ser bien visto de las damas podía comprar guantes y calzado.

Por último, ya muy entrada la noche, re

gresó a la hostería acompañado de dos lacayos de su hermano, armados de pistolas y espadas: porque en cuanto daban las ocho de la noche, las calles de París eran más peligrosas de lo que es hoy en Granada la carretera de Sevilla.

Un jefe de partido

De vuelta a su humilde albergue, Bernardo de Mergy dirigió una triste mirada al mueblaje usado y sucio. Cuando comparó mentalmente las paredes de su cuarto, en otro tiempo blanqueadas con cal y ahora ennegrecidas y ahumadas, con los brillantes tapices de seda que acababa de dejar; cuando se acordó de aquella linda Virgen pintada, y no vió en la pared que ante sí tenía más que una vieja imagen de santo, invadióle el alma una idea sobrado vil. Aquel lujo, aquella elegancia, los favores de las damas, las simpatías del rey, tantas cosas no habían costado a Jorge más que una sola palabra, una sola, palabra muy fácil de pronunciar, pues bastaba que saliera de los labios, porque nadie interrogaba el fondo de los corazones. Al momento acudieron a su memoria los nombres de varios protestantes que, abjurando de su religión, habíanse colmado de honores; y como al diablo cualquiera cosa le sirve de arma, presentóse a su imaginación la parábola del Hijo pródigo; pero con la extraña moraleja de que se festejaría más a un hugonote convertido que a un católico perseverante.

Esas ideas, que se reproducían en todas formas y como a pesar suyo, le hostigaban, al tiempo que le inspiraban repugnancia. Cogió una Biblia de Ginebra que había pertenecido a su madre, y leyó un rato. Luego, más sereno, dejó el libro, y antes de cerrar los ojos juró para sus adentros vivir y morir en la religión de sus padres.

A pesar del juramento y de la lectura, sus sueños resintieronse de las aventuras del día. Soñó con cortinas de seda de color púrpura, con vajilla de oro; luego vió mesas derribadas, espadas relucientes y sangre que corría con el vino. Después, la Virgen pintada se animaba; salía del marco y bailaba ante él. Procuraba precisar en la memoria sus facciones, y sólo entonces se percataba de que llevaba un antifaz negro. Pero, ¿qué ojos azules oscuros y qué líneas aquellas dos de piel blanca que se veían al través de las aberturas de la máscara!... Caían los cordones del antifaz, y aparecía un rostro celestial, pero sin contornos fijos; era como la imagen de una ninfa en

agua turbia. Involuntariamente, bajaba Mergy los ojos; pronto tornaba a levantarlos, y ya no veía más que al terrible Comminges, con una espada ensangrentada en la mano.

Levantóse temprano, mandó trasladar su ligero equipaje a casa de su hermano, y, negándose a visitar con él las cosas interesantes de la ciudad, fué solo al palacio de Chatillón, para presentar al Almirante la carta que su padre le diera.

Halló el patio del palacio atestado de criados y caballos, entre los cuales le costó trabajo abrirse paso hasta una vasta antecámara llena de escuderos y pajes, quienes, aunque no tenían más armas que sus espadas, no dejaban de formar una guardia imponente en torno del Almirante. Un ugiar, al ver la valona de encaje de Mergy y una cadena de oro que le había prestado su hermano, le introdujo inmediatamente en la galería en que se hallaba su señor.

Rodeaban el Almirante caballeros, gentileshombres, ministros del Evangelio, en número de más de cuarenta, todos con la cabeza descubierta y en respetuosa actitud. El Almirante estaba vestido con sencillez, todo de negro. Era de elevada estatura, pero algo encorvado, y las fatigas de la guerra habían impreso en su calva frente más arrugas que los años. Cafale por el pecho larga barba blanca. Sus mejillas, hundidas por naturaleza, parecían aún más a causa de una herida cuya cicatriz no ocultaban casi sus largos bigotes; en la batalla de Monecontour un pistoletazo habíale perforado el carrillo y roto varios dientes. La expresión de su fisonomía era más bien triste que severa, y se decía que desde la muerte del baliante Dandelot (1) nadie le había visto sonreír. Estaba de pie, con la mano apoyada en una mesa empajada de planos y mapas, en medio de los cuales se alzaba una enorme Biblia en cuarto. Mondadientes diseminados entre los mapas y papeles recordaban una costumbre que le ridiculizaban con frecuencia. Sentado al extremo de la mesa, el secretario parecía muy ocupado escribiendo cartas que daba luego al Almirante para que las firmase.

Al ver a aquel gran hombre que para sus correligionarios era más que un rey, pues reunía en una sola persona el héroe y el santo, Mergy sintióse invadido de tal respeto que, al acercarse a él, puso involuntariamente una rodilla en tierra.

(Continuará).

(1) Hermano de Coligny.

Junio 1316

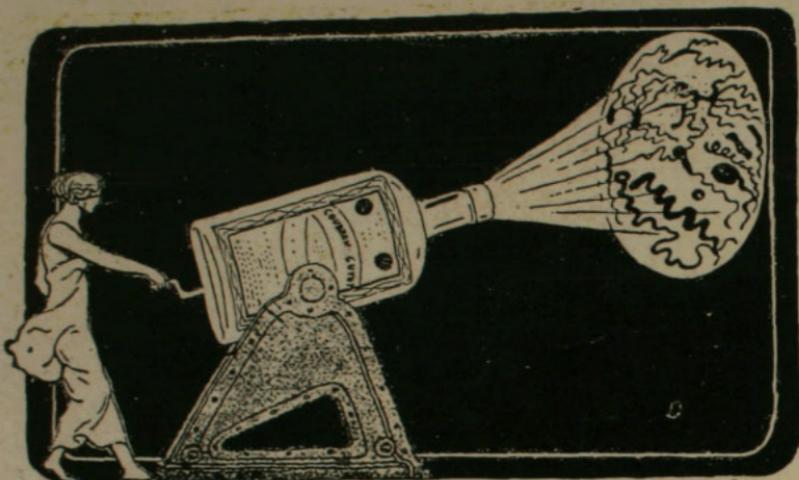
PACIFICO

Preo UN P

MAGAZINE



La Artillería de la Higiene



Lo mismo que el cañón mata a los enemigos de la Patria, mata el **ALQUITRAN GUYOT** a todos los malos microbios, que son **LOS ENEMIGOS DE NUESTRA SALUD** y aún de nuestra vida.

Nadie ignora hoy que los microbios son la causa de la mayor parte de las enfermedades graves. Pues bien, el **Alquitrán Guyot** mata a la mayoría de esos microbios, por lo cual el mejor modo de preservarse de las enfermedades epidémicas es tomar a las comidas **Alquitrán Guyot**. Y es que el **Alquitrán** es, en primer término, un antiséptico y, al matar a los microbios dañinos, nos preserva y nos cura de multitud de enfermedades, aunque más particularmente está recomendado contra las enfermedades de los bronquios y del pecho.

El uso del **Alquitrán Guyot**, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aún la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el **Alquitrán** detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

¡Desconfiad del consejo, realmente interesado, si en lugar del verdadero **Alquitrán Guyot**, os propusiesen tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el verdadero **Alquitrán Guyot**. Aunque

lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero **Alquitrán Guyot**, lleva el nombre de **Guyot** impreso en grandes letras y su firma en tres colores; violeta, verde y rojo, al bies, así como las señas: **Maison L. FRE-RE, 19, rue Jacob, Paris**.

El tratamiento sólo cuesta unos 10 céntimos al día—y cura.

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de breja no es agradable, podrán reemplazar con las cápsulas **Guyot** de **Alquitrán** de Noruega (de pino marítimo puro) y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. Las verdaderas **Cápsulas Guyot** son blancas, y la firma de **Guyot** va impresa en negro sobre cada cápsula.



Carlos van der Stappen

Por _____

MIGUEL CHMYZOWSKI

Con ilustraciones fotográficas

En las familias, en las sociedades y hasta en las naciones existen hombres de los cuales, a pesar de su gran misión y responsabilidad, a la simple vista se puede decir que pasan desapercibidos.

A tales modestos, casi desconocidos artistas pertenecía Van der Stappen.

A pesar del éxito material, a pesar de grandes distinciones obtenidas en su camino artístico (miembro de la Academia Real en Bélgica, miembro-corresponsal de la Academia Veneciana, profesor, en seguida director de la Academia de Pintura en Bruselas, poseedor de muchas condecoraciones, varias veces premiado con medallas de oro, etc.), no se preocuparon de él seriamente.

La crítica sería parecía no acordarse que fué precisamente él el que adornó la mayor parte de las plazas de la capital, que creó las fachadas de los más importantes y bellos

edificios públicos (la estación ferroviaria del sur, el Conservatorio, la Municipalidad, el Correo, el Teatro Alhambra, el Palaeio de la Independencia, etc.).

Van der Stappen ha trabajado toda su vida (1843-1910) en Bruselas. En el período desde 1876, es decir, después de su viaje por Italia, en las creaciones de Van der Stappen se dejan notar una admirable armonía y pleno conocimiento de sus propósitos, que lo distinguen de los demás artistas flamencos, propios a una análisis exagerada.

Un grande y profundo amor a su patria y a la ciudad natal, Bruselas, hizo de Van der Stappen un hombre lleno de fe en la pureza y fuerza de lo bello, obediente a todo llamado y siempre dispuesto al trabajo. El número de sus obras es sorprendente, más si se toma en consideración su igualmente fructifera labor como profesor de la Academia.

SUMARIO

	Páginas
EL "QUIJOTE" Y LA FOTOGRAFIA. <i>Luis F. Heredia.</i>	565
<small>Con ilustraciones fotográficas</small>	
BREVE RESEÑA HISTORICA DE LA POLITICA CHILENA. <i>Alberto Edwards.</i>	569
<small>Con fotografías</small>	
LA PRIMERA EXPOSICION DE LOS DIEZ.	583
LA EPOPEYA DE MOÑI. <i>Mariano Latorre.</i>	585
<small>Dibujo de Coke</small>	
CARMEN SYLVA. <i>Ginés de Alcántara.</i>	599
<small>Con fotografías</small>	
WHISKY AND SODA.—EPISODIO MILITAR. <i>Raymond.</i>	607
DE BOGOTA A LA PATAGONIA Y A LA TIERRA DEL FUEGO. <i>R. Reyes.</i>	611
<small>Con fotografías</small>	
LOS PIURES. <i>Carlos Acuña.</i>	621
<small>Dibujo de R. Simón</small>	
LA SANTA RUSIA. <i>Mínimo Español.</i>	625
<small>Con ilustraciones fotográficas</small>	
DOS FRANCESCAS, DOS PECADORAS DE AMOR. <i>Manuel J. Vega.</i>	629
<small>Ilustraciones fotográficas</small>	
DISFRACES PERFECTOS <i>Carmen de Burgos.</i>	637
UNA NOCHE DE TEMPESTAD EN AUTOMOVIL. <i>G. Tl.</i>	639
<small>Con ilustraciones fotográficas</small>	
LA PRISION DE UNA REINA MARTIR. <i>Juan Bala-guer</i>	649
<small>Ilustraciones fotográficas</small>	
EDUARDO MARQUINA. <i>El caballero audaz.</i>	653
<small>Con ilustraciones fotográficas</small>	
NUESTRO FOLLETIN.—LA HISTORIA DE UN HUGONOTE.	657
<small>Con ilustraciones</small>	

—La mejor manera de estimular y propender a lprogreso de una publicación es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—El PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

AGENTES Y COMERCIANTES GANAN DINERO



negociando con nuestro extenso surtido de Amplificaciones de Retratos al Cleo, Acuarela, Pastel, Crayon, Sepia, Miniatures, Convexas, etc., etc. Así como con nuestras Oleografías, Acuarelas tomadas de Natural, Crucifijos Luminosos, Estereoscopios, Vistas, Targetas Postales, Molduras, Marcos, Obgetos de Arte y varias otras Novedades.

Deseamos agentes para diferentes puntos de ese país. Concedemos agencia exclusiva á agentes activos.

Solicite Vd. nuestro catálogo español el cual enviamos gratis. Correspondencia en Español. Garantizamos nuestro trabajo y mercancías. Rapidez y prontitud en el servicio. Grandes descuentos á agentes y comerciantes.

CONSOLIDATED PORTRAIT AND FRAME CO.

1029—Dept. K. 9

W. Adams St., Chicago, Ill., E. U. A.



"SEPAMOS AGORA, SANCHO HERMANO, A DONDE VA VUESTRA MERCED". — COMPOSICION FOTOGRAFICA DE DON LUIS DE OCHARAN. — ("Don Quijote", parte segunda, capítulo X).



El "Quijote" y la Fotografía

Por

LUIS F. HEREDIA

Con ilustraciones fotográficas

Milagro es este de la fotografía y de su hijo el cinematógrafo que nos resucita los hombres de otros siglos, con la misma traza, iguales ademanes e idénticas actitudes en la repetición de los hechos que realizaron cuando vida propia tenían!

Límites tiene la fantasía y lindes infranqueables halla la imaginación con el subido goce de encontrar los propios modelos y los ambientes incambiables.

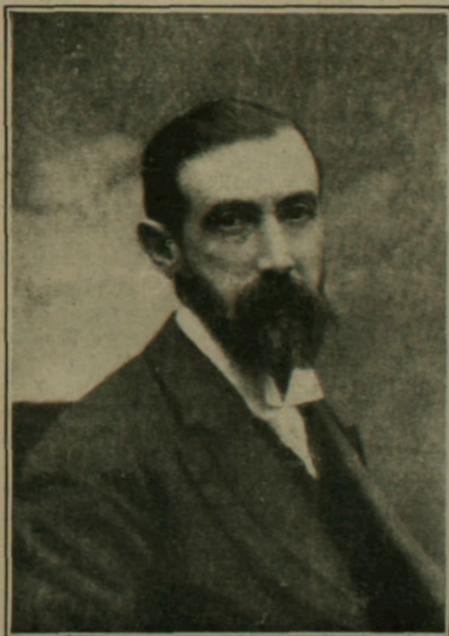
Incluso más veraz que la pintura y que la escultura es esta arte mecánica en los procedimientos, pero tan exigente de la misma sensibilidad, del mismo sentido de la selección y de fraterno concepto de la armonía compositiva que las otras artes, hijas del color y de la línea, sobre todo en nuestra época.

Ha ido la fotografía ennobleciéndose, depurándose a sí misma, ampliando su campo de acción, asomándose—y aún entrando—a lugares que antes parecían vedados y que en definitiva no lo estaban sino a los rutinarios

y a los encogidos de ánimo. No matará nunca la fotografía al cuadro; pero si es mortal peligro del teatro la cinematografía, porque su potencia evocadora es más fuerte y más verídica y está más impregnada de sugeridores realismos. Da a los personajes resucitados por la imaginación del compositor de películas no sólo aquella semejanza carnal y aquella exactitud de indumentaria entre los

modelos de hoy y las figuras de ayer, sino que desarrolla sus aventuras y muestra sus conflictos espirituales lejos de la mentira convencional de los escenarios y en medio de la efectiva realidad de la naturaleza.

Podrán los rostros disfrazarse con postizas barbas y pelucas; estar cubiertos de afeites y ocultar entre ficteas arrugas o falsas tristezas, juveniles tersuras y alegrías cotidianas. Podrá éste que en la blanca pantalla viste regios ropones, ser en la vida un pobre diablo y esta doncellita tan ingenua, tan estremecida por



Don Luis de Ocharan, notable aficionado a la fotografía.



"HUMILLOME, PUES, A SU PRESENCIA, DIJO EL LABRADOR; Y PONIENDOSE DE RODILLAS, LE PIDIO LA MANO PARA BESARSELA".—(Parte segunda, capítulo XLVII).

sensitivos pudores, rivalizar con la impúdica Mesalina, cuando no ha de colocarse ante el objetivo, y levantarse sonrientes y parlanchines los que vimos caer muertos en una bien compuesta batalla; pero este jardín bañado de sol y acariciado de viento, aquellas olas que saltaban espumosas, desfleándose en los lustrosos lomos de las rocas, y aquellas ruinas abrumadoras de polvo y de años por las que vimos pasar lentamente un guerrero, no debían nada a la teatral maquinaria de telones, bastidores, bambalinas y eléctricas combinaciones de luz. ¡Qué florido y natural espacio de jardín, verdadera visión de mar y castillo derrumbado, eran realmente!

Así, pues, resucitan y viven para los hombres de hoy las grandes figuras pretéritas. Ahora mismo, en los días sagrados en que se escribe este artículo, surge la Pasión de Cristo con una poderosa sugestión humana y sobre los fondos mismos que la presenciaron hace veinte siglos, y al lado de las trágicas escenas de la guerra actual, tan desprovista de poesía, tan reintegrada a primitivos y troglodíticos tiempos, se exalta el valor de los respectivos países, evocando episodios patrióticos de Napoleón y de Federico el Grande o los más remotos de las helénicas luchas...

Viendo las maravillosas fotografías de don Luis de Ocharan, imaginamos hasta qué punto la labor del dibujante queda empujada y relegada únicamente al valor de la fantasía.

En cambio, estas ilustraciones fotográficas han exigido algo más que sentarse ante un tablero de dibujo, luego de documentarse en libros y museos y de pedirle a la inspiración el modo de componer la escena.

A la manera de ilustres escritores ha seguido el señor Ocharan la misma ruta que hizo seguir Miguel de Cervantes a **Don Quijote** y a su escudero. Eligiéronse los modelos, vistiéronse con ropas de la época y en los lugares en donde pudieron acaecer los quijotescos episodios, agrupó las figuras tal como el clarísimo libro las describe.

✽

Y son realmente el flaco hidalgo de rostro de aseta y el barrigudo Sancho de las hirsutas barbas, y el ama y la sobrina y la rústica Dulcinea y el ventero "que por ser muy gordo era muy pacífico" y Teresa y Sanchica Panza, las que vemos surgir a nuestros ojos como antiguos conocidos y sin que nada en ellos desencante el imaginario concepto que de ellos teníamos formado.



"DICHOSA EDAD..." COMPOSICIONES FOTOGRAFICAS DE
DON LUIS DE OCHARAN. — (Parte primera, capitulo XI).



"POR EL OTRO LE IBA ECHANDO EL VINO"
(Parte primera, capítulo II).



La abdicación del Director O'Higgins en 1823

Breve reseña histórica de la Política chilena

Por

ALBERTO EDWARDS

Con fotografías

I

Independencia

Es sabido que la independencia de las colonias españolas tuvo por resultado la formación, en el continente americano, de diversas naciones nuevas que, casi sin excepción, quedaron entregadas a la más deplorable anarquía. Sabemos también que Chile,

nuestra patria, fué la primera de esas Repúblicas que logró organizarse regularmente, muy pocos años después de haber sacudido el yugo español.

Las causas del desorden eran las mismas en todas partes. Sometidas al régimen monárquico absoluto, sus gobernantes eran, por lo regular, españoles y los criollos carecían, por lo tanto, de toda experiencia política. Las masas populares, compuestas de indios y



Don Diego Portales, el organizador de la República

mestizos semi-bárbaros e ignorantes, no estaban en estado de practicar el régimen republicano. Además, las comunicaciones eran difíciles y los territorios extensos y poco poblados, lo que hacía casi imposible la unión y acuerdo de las fuerzas sociales, dispersas y empapadas en odios y rivalidades lugareñas. Por último, en muchos de estos países, las familias más ricas e influyentes habían sido partidarias del régimen colonial y después de la Independencia se encontraron arruinadas, perdieron su situación o se expatriaron, como sucedió en México y en el Perú.

Resultado de esto fué que el poder cayó en América en manos de militares ambiciosos y aventureros de todo género, sin más prestigio que la fuerza o el charlatanismo. La revuelta armada fué el medio usual de transmisión del mando, y bajo el nombre de Repúblicas, estos países no tuvieron otro Gobierno que el despotismo militar, moderado por la insurrección.

II

Ventajas materiales y sociales de Chile

La más pobre y atrasada de las colonias españolas de América fué muy luego la más or-

denada y por lo tanto la más próspera y feliz de las nuevas Repúblicas.

Chile era un país muy pequeño, que se extendía en angosta faja entre los Andes y el Pacífico, desde Copiapó por el norte hasta el Bío-Bío, que formaba la frontera araucana, por el sur. El mar facilita las comunicaciones. Eso era importante, sobre todo en aquel tiempo, cuando no había aún ferrocarriles y nos proporcionó muy luego una gran unidad de intereses y afectos.

Además, el territorio chileno, situado por entero dentro de la zona templada, presentaba una gran homogeneidad en su clima y producciones. La raza era en todas partes la misma. El elemento europeo puro, predominaba en las clases elevadas de la sociedad y el pueblo, aunque formado de mestizos, hablaba el español y se había asimilado en parte las costumbres y la religión de los conquistadores. Su ignorancia, con todo, era extrema y ruda su incipiente civilización, y, sin duda, no era tampoco capaz de gobernarse a sí mismo, según la teoría del régimen republicano.

No había en Chile entonces sino una ciudad que mereciera el nombre de tal: Santiago. Las demás no eran sino aldeas o pequeños pueblos de cuatro o cinco mil habitantes, como La Serena y Concepción.

Santiago encerraba casi toda la gente culta y prestigiosa del país, la que constituía una especie de sociedad aristocrática, unida por los lazos de la sangre, por la amistad y por intereses comunes, y cuya influencia era inmensa en la parte más poblada del territorio, llena de valiosas propiedades, cuyos dueños residían en la capital o estaban ligados a la clase dirigente.

La organización política de nuestro país fué un hecho el día en que la alta sociedad chilena, cuyo centro era Santiago, logró dominar a los elementos de desorden.

III

La dictadura de O'Higgins

En casi todas las Repúblicas hispano americanas el poder cayó primeramente en manos de los generales que habían dirigido las campañas de la Independencia.

El más ilustre de éstos era en Chile don Bernardo O'Higgins, a cuyo esfuerzo se debió, en parte principal, la victoria de Chacabuco.

que el 12 de febrero de 1817, libertó al país del dominio español. Pocos días después O'Higgins fué investido del mando supremo, que conservó por seis años casi completos.

El Gobierno de O'Higgins fué absoluto, a pesar de algunas fórmulas republicanas de aparato con que se pretendió adornarlo.

La dictadura ha sido una de las peores plagas en el nuevo continente. La falta de preparación de estos pueblos para gobernarse por sí mismos, les ha obligado a entregar con frecuencia sus destinos en manos de un solo hombre. El régimen ha producido en varias ocasiones buenos resultados aparentes y hasta pueden citarse casos en que no ha sido posible adoptar otro. Pero la dictadura personal tiene un grave inconveniente: el de no estar fundada sino en el prestigio y el valor de un individuo. Muerto o derrocado éste, no queda sino el caos y el desorden. Lo que ocurre actualmente en México es una elocuente prueba práctica de lo dicho. Algo por el estilo sucedió también en Chile cuando en 1823 fué obligado a dimitir O'Higgins.

IV

La era de los pípiolos

La demagogía es peor aún que la dictadura. Por hermosas que resulten en los libros y como tema de frases las doctrinas de la democracia pura, el hecho es que en la América española no se ha construído todavía nada sólido fundado en ellas.

Por supuesto que en Chile, como en los países vecinos no han faltado filósofos y pensadores que hayan presentado como un abuso y una usurpación todo Gobierno, que no sea el del pueblo por el pueblo. Pero cada vez que se han querido llevar a la práctica estas ilusiones seductoras, el resultado ha sido una merienda de negros, y a la postre se ha concluído por caer en el otro extremo, que es la dictadura.

La república pura exige para ser correctamente practicada, pueblos muy respetuosos del derecho ajeno y de la ley, capaces de comprender sus verdaderos intereses, bastante cul-



Asesinato de don Diego Portales en 1837



El Presidente don Manuel Montt

tos para no caer fácilmente en las redes del primer charlatán ambicioso, que lo seduzca con frases sin sentido o con promesas irrealizables, y bastante conscientes de sus derechos para impedir que ellos sean atropellados por la fuerza o el dolo.

No adornan, por desgracia, estas virtudes a las masas populares del nuevo mundo español y de allí el constante fracaso práctico de las muchas tentativas democráticas que en él se han ensayado.

Este fué el caso de Chile en 1823. El pueblo se creía libre porque vociferando en las calles contribuía a derribar Gobiernos, pero nunca fué más incierta y precaria su situación. El poder no estaba en ninguna parte, y los Presidentes caían como ahora los Ministros, no por los votos parlamentarios, sino a impulsos de una poblada gritona o de un motín militar. Estó último era lo más frecuente, porque cuando los Gobiernos no se fundan en nada sólido y respetable, cualquier coronel o general al frente de unas cuantas bayonetas se cree con derecho a imponer su voluntad.

La soberanía popular será bonita como carátula de una constitución, pero cuando el

pueblo no es capaz de ejercerla, toma su sitio y su nombre el más audaz, el que más alto vocifera, el que manda más soldados o dispone de mayor número de pesos. Esta es en síntesis la historia de las calamidades hispano-americanas, y Chile parecía ir por igual camino.

La alta sociedad de Santiago permanecía, en general, ajena a todos aquellos desórdenes. Ni su educación ni sus hábitos la disponían a mezclarse en alborotos. Es cierto que algunas personas cultas y de elevado rango hacían también aquella desordenada política, pero sus procedimientos eran los mismos que los de los demás. Se entendía gobernar con el pueblo, porque todos trataban de adularlo y de hacerlo servir a sus intereses, creyendo equivocadamente que la masa inculta, por el hecho de ser la más numerosa, era la gran fuerza de la nación.

Ese funesto régimen fué llamado el de los pipiolos. Algunas personas ignorantes creen que los liberales de hoy día proceden en línea recta de esos peligrosos charlatanes que vivían de la revuelta diaria, sometidos a los caprichos de la muchedumbre y de la soldadesca. Esto es hacer grave injuria al liberalismo moderno, que, si bien es cierto ha mostrado más de una vez cierta tendencia a apoyarse en las pasiones de la gente ignorante de las provincias, ha sido de ordinario un partido mucho más serio en sus procedimientos y más ordenado en su conducta política. Estudiaremos después el origen del liberalismo de ahora.

El desquiciamiento pipiolo llegó a su colmo con el triunfo de los federales, que querían que cada provincia formara una especie de Estado independiente. Como era difícil constituir un solo Gobierno, creyeron que era más sencillo organizar varios. Los seducía el progreso de los Estados Unidos bajo el sistema federal, pero olvidaron que en Chile las provincias eran absolutamente incapaces de dirigirse por sí mismas, y el nuevo régimen no fué sino la consagración de la anarquía.

V

Don Diego Portales

Don Diego Portales es el más ilustre de los políticos chilenos.

Muchos preguntarán por los libros que pro-

dujo y por las doctrinas que profesó, porque existe en los países de origen español la manía de creer que son grandes hombres los que difunden o inventan principios teóricos... aunque hayan resultado en la práctica un calamitoso fiasco.

Portales fué ante todo "c: terrible hombre de los hechos".

Su acción puede dividirse en dos períodos.

En el primero dedicó sus esfuerzos a unir la alta clase social de Santiago, infundiéndole valor y la conciencia de su fuerza, hasta lograr organizarla en una oposición formidable contra el régimen de los pipiolo.

Tal fué el origen de la revolución de 1829, que dió el triunfo a los "pelucones", esto es el conjunto de los hombres de más arraigo, juicio e instrucción que había en el país. Ante el tremendo empuje de Portales, que dirigía cuanto en Chile tenía verdadera fuerza y prestigio, los jefes de Gobierno, pelucones en el fondo, se entregaron sin combatir; el poder cayó en manos de subalternos oscuros e ineptos y el régimen pipiolo acabó por desplomarse como un castillo de naipes. La batalla de Lircay, el 17 de abril de 1830, fué el sepulcro de la anarquía.

Dueño del Poder, Portales se dedicó a hacerlo fuerte y temible, a organizar la administración pública sobre bases de moralidad y de respeto, y a reprimir con mano severa el menor intento de transtorno armado o de bulanga popular.

Para consolidar el nuevo régimen era necesario restablecer la disciplina en el Ejército, que había sido el cómplice del mayor número de los escándalos que caracterizaron la era pipiolo. Con este mismo objeto armó al ciudadano, organizando la guardia nacional, esto es, cuerpos civiles que mandaban las personas más distinguidas de cada población. Esta genial creación fué la muerte del militarismo.

Pero el grande hombre hubo de sellar con su sangre en 1837 el triunfo de su política. En circunstancias que revistaba en Quillota un regimiento destinado a combatir por su país contra un enemigo extranjero, fué alevosamente hecho prisionero por la tropa sublevada al mando del ambicioso y desleal coronel Vidaurre, amigo íntimo de la ilustre víctima. Los cívicos de Valparaíso salieron al encuentro de los rebeldes y los derrotaron vergonzosamente en las alturas del Barón, pero

al sonar los primeros disparos del combate, un oficial beodo y corrompido, hizo fusilar al gran Ministro.

Su obra le sobrevivió, sin embargo. Portales no había cometido el error de O'Higgins. No quiso la dictadura ni para sí ni para otros. El Gobierno, en su concepto, debía ser muy poderoso, pero impersonal. Su fuerza no iba a reposar en el prestigio de un individuo, sino en el apoyo de las clases dirigentes del país, cuyo interés era el orden, el progreso, la existencia de un Gobierno sólido, garantía de la paz pública.

Por eso la muerte de Portales, lejos de transmutar su sistema, contribuyó a consolidarlo en el futuro.

La Constitución de 1833 tuvo por objeto dar forma a aquel gran pensamiento. Casi todas las facultades quedaron concentradas en el Presidente de la República, pero éste debía ejercitarlas de acuerdo con el Congreso que, en el pensamiento de los pelucones, iba a ser la reunión de todo lo más notable y prestigioso del país.

Como el poder de los Presidentes era tan grande, en la práctica fueron ellos mismos los



Don Domingo Santa María en su juventud

que eligieron los Congresos, pero nuestros hombres de Estado tuvieron, por lo general, el buen sentido de no buscar para diputados y senadores a simples instrumentos de su capricho, sino a individuos respetables, del más elevado rango social, de fortuna independiente y que merecían la confianza de sus conciudadanos.

Como se ve, el régimen pelucón no estaba fundado en ninguna doctrina abstracta. Era ante todo una buena práctica política, sin la cual el país no habría podido organizarse.

Muchos encontrarán más hermoso y decorativo un sistema en que el pueblo hubiera elegido libremente a sus gobernantes. Sin duda... Pero ¿qué habría hecho el pueblo con un derecho que no era capaz de ejercitar? Poner en subasta su voto como en el día o entregarlo gratis al charlatán más audaz y que mejor supiera adularlo. Las instituciones no pueden adelantarse al progreso de las costumbres. El olvido de esta verdad ha sido fatal a los hispano-americanos, y a nosotros mismos nos ha proporcionado más de un quebradero de cabeza.

VI

Régimen de los Pelucones

La experiencia y el éxito vienen en apoyo del régimen triunfante en 1830. Chile se levantó sobre todos los países de la América Latina. Asegurada la paz pública, afianzada la administración sobre sólidas bases, la riqueza y los progresos en todo orden de cosas fueron la recompensa de nuestra cordura.

Por largos años el sistema de Portales y de los pelucones se mantuvo casi intacto; hoy mismo lo que de él nos queda, es lo que también nos queda de orden.

“El espíritu que se encarnó en ese hombre poderoso, dice don Isidro Errázuriz, logró infiltrarse profundamente en el Estado y en la sociedad, en las costumbres y en los caracteres. Lo que él condenó y persiguió no volvió a levantar cabeza. Lo que él fundó pudo desafiarse impasible la fuerza de los sucesos y la fuerza del tiempo”.

A los hechos siguió la doctrina política. El inmenso éxito obtenido por el sistema pelucón fué el origen de un partido cuyo ideal político era la conservación de ese sistema.

Los viejos conservadores no estaban inspi-

rados en un ideal religioso como los de ahora. En sus filas militaban hombres de todas las creencias. Portales tenía de todo menos de devoto, y si se le juzga por su correspondencia, era más bien inclinado a librepensador. Los elérgicos solían mezclarse en la política, pero alistándose indiferentemente en las filas pipiolas y en los pelucones. Lo mismo sucedió más tarde, cuando en 1849 se organizó el partido liberal, fundado en el seno del peluconismo.

VII

La disidencia de 1849 y origen del partido liberal

Hacia 1845 ya apenas se hablaba de pipiolos.

Don José Victorino Lastarria, que no era sino medianamente hostil a ellos, los pinta como un pequeño grupo de aventureros desacreditados, reducidos a la impotencia, y sin apoyo en la opinión pública, que los miraba con horror. El recuerdo del estupendo fracaso de su sistema y el éxito de sus adversarios, acabó por dispersarlos completamente. Entre ellos había, sin embargo, uno que otro ideólogo de buena fe, como Infante, propagandista de los principios federales, y don Pedro Félix Vicuña, eterno soñador que vivía escribiendo artículos que nadie entendía, y fraguando conspiraciones más o menos absurdas e inofensivas.

Los pipiolos, a pesar de su insignificancia social y de su desprestigio, continuaban, sin embargo, inspirando un miedo cerval. La gente temía sobre todas las cosas que lograran trantornar el orden y que el país cayera nuevamente en la anarquía, como las demás Repúblicas españolas. El Gobierno, inspirándose en esos temores, era, por lo regular, no sólo implacable ante la menor tentativa de trantorno, sino que solía extender su sistema represivo aun a las manifestaciones no sediciosas de la opinión.

Muchos conservadores creían llegada la hora en que el Gobierno, sin perjuicio de mantenerse fuerte y apoyado en los mismos principios que le sirvieran de norma hasta entonces, se manifestara más tolerante y magnánimo con sus adversarios. Estos anhelos dieron origen, aún en vida de Portales, al grupo que se llamó filopelita, y en nombre de ellos fué de-

signado don Manuel Bulnes Presidente de la República en 1841.

Todos los conservadores se unían, sin embargo, cada vez que los pipiolo intentaban la menor agitación.

Pero la paz pública aparecía más y más sólida y la corriente, que pudiéramos llamar liberal, fué tomando mayor fuerza.

En la segunda mitad del Gobierno de Bulnes se produjo una verdadera escisión en el partido dominante. El Ministro del Interior, don Manuel Camilo Vial, comenzó a formarse un grupo de amigos personales, entre los cuales había algunos de tendencias moderadas o progresistas, como se decía entonces. En las elecciones de 1849 este grupo alcanzó la mayoría en la Cámara de Diputados.

Los ultra conservadores se alarmaron y el Presidente Bulnes decidió cambiar de Ministerio.

Los partidos políticos se acentuaron mejor entonces. De una parte Vial y sus amigos y de la otra el peluconismo más intransigente, que reconocía como jefe a un ilustre estadista, heredero de las tradiciones de Portales, don Manuel Montt. Un tercer grupo, encabezado por don Manuel Antonio Tocornal, deseaba la conciliación de ambas tendencias. El Presidente recomendó a estos últimos la organización del Gabinete, que fué presidido por don José Joaquín Pérez.

Los montistas prestaron su apoyo al nuevo Ministerio, al que el grupo de Vial no tardó en hacer una violenta oposición en la Cámara de Diputados.

Entretanto, algunos agitadores, empapados en las máximas revolucionarias, intentaron agitar a las masas contra el sistema político

dominante. Aunque los vialistas estaban muy lejos de participar de tales opiniones subversivas, creyeron que podían aprovechar del entusiasmo popular, como de una arma de combate en contra del Gobierno, y muy luego aparecieron amparando y aun alentando los progresos de la demagogía.

Esto acabó por desconcepcionarlos ante el grueso de la opinión, que antes que nada quería sosiego, y no tardaron en perder la mayoría de la Cámara de Diputados, que era su verdadera fuerza. Los moderados, a su vez, fueron inclinándose al partido de Montt, y el Presidente puso el Gobierno en manos de don Antonio Varas, lugarteniente de aquel político.

Don Manuel Montt fué elegido Presidente de la República, y la oposición se lanzó a la revuelta. Después de 4 meses de guerra civil, la batalla de Loncomilla decidió el triunfo del Gobierno.

Los vencidos de 1851 fueron la base del futuro partido liberal. Estaba éste compuesto de elementos heterogéneos, aunque predominaban en él los conservadores, que sólo se distinguían de los partidarios de Montt por ligeros matices de opinión, sin desear en el fondo un cambio radical del orden de cosas existentes. El pequeño grupo reformista y revolucionario continuó, sin embargo, acompañándoles por algún tiempo. Después veremos que acabaron por organizarse en un partido separado.

VIII

Don Manuel Montt.—Los Nacionales y la fusión Liberal-Conservadora

El primer período del Gobierno de Montt



El Ministerio fusionista de 1866.—Sentados: Don Alvaro Covarrubias y don Guillermo Blest Gana.—De pie: Don Alejandro Reyes y don Federico Errázuriz.

(1851-1856) fué próspero, tranquilo y fecundo en grandes reformas materiales y morales. La opinión pública, según lo afirma el propio Lastarria, nunca como entonces se manifestó más adicta al régimen conservador.

Pero estos mismos progresos ocasionaron muy luego nuevas perturbaciones políticas. El prestigio del Gobierno había agregado a su alrededor a muchos hombres nuevos que no pertenecían propiamente al viejo grupo conservador. Estos elementos eran adictos principalmente a don Antonio Varas, el gran Mi-

estuviesen confundidos los hombres de diversas creencias, como ocurría con el partido conservador de entonces. Don Antonio Varas, que era considerado como el principal consejero del Presidente en su política de resistencia al ultramontanismo y cuyas opiniones católicas no eran muy decididas, fué el principal blanco de los ataques de los clericales.

Unieronse éstos al fin con otro grupo conservador, que también resistía a Varas, no tanto por sus creencias religiosas, sino porque era provinciano, y porque, como hemos ya dicho, se rodeaba de gente nueva.

El Presidente hizo grandes esfuerzos por conciliar a los grupos que se organizaban poco a poco dentro del partido conservador, pero nada consiguió. Los unos pretendían el completo alejamiento de Varas y el abandono de su probable candidatura presidencial; pero los otros, fuertes en la Cámara de Diputados y en las provincias, resistían a todo trance esta pretensión.

En 1857 los conservadores más devotos y un fuerte grupo aristocrático de la capital, se separaron bruscamente del Gobierno. Este movimiento político fué el origen del actual partido conservador.

Como los nuevos opositores tenían mayoría en el Senado, don Manuel Montt tuvo que cambiar de Ministerio y organizó uno formado de todos los partidos.

Entretanto los conservadores separados del Gobierno celebraron un pacto de alianza con los liberales de 1849. El acuerdo no fué difícil, porque, como hemos dicho, no existían verdaderas diferencias de doctrina entre unos y otros. Aun los reformistas se adhirieron momentáneamente a esta alianza, en odio al Gobierno.

Este fué el primer origen de la fusión liberal conservadora. Como su nombre lo indica, no se trataba de una alianza accidental entre los dos partidos, sino que había el propósito de formar un partido único, echando al olvido las disidencias de 1849.

Por su parte los conservadores que se habían mantenido fieles a Montt y a Varas organizaron el Partido Nacional, cuya doctrina es libertad civil y tolerancia dentro del respeto del principio de autoridad y de las tradiciones constitucionales del antiguo partido conservador.

En las elecciones parlamentarias de 1858 los nacionales obtuvieron la mayoría en las dos



Don Antonio Varas, Ministro de don Manuel Montt.

nistro de don Manuel Montt, y deseaban llevarlo a la Presidencia.

Al mismo tiempo se diseñaba el conflicto religioso. El Arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso, profesaba las doctrinas ultramontanas, es decir, quería la absoluta independencia de la Iglesia del poder civil, sin perjuicio de que aquella conservara su situación privilegiada dentro del Estado.

Don Manuel Montt, aunque buen católico, no podía acceder a todas las exigencias de los ultramontanos, porque en su concepto ellas iban contra la Constitución de la República y las libertades civiles que ella consagra.

Estas resistencias acabaron por desagradar al clero, y el Arzobispo deseó la formación de un partido esencialmente católico, en que no

ramas del Congreso y desde entonces los partidos opositores se prepararon para la revolución. Estalló esta a principios de 1859, pero después de cuatro meses de lucha fué vencida.

Don Antonio Varas no fué, sin embargo, Presidente. Tuvo la grandeza de alma de comprender que el país necesitaba conciliación, y que no era él, jefe de un partido vencedor en una guerra civil, quien podía traerla.

Fué, pues, elegido en reemplazo de don Manuel Montt, en 1861, un nacional estrechamente vinculado a los conservadores de oposición, don José Joaquín Pérez.

IX

Gobierno de la Fusión Liberal Conservadora Radicales y Reformistas

El Presidente Pérez nombró primeramente un Ministerio nacional de tendencias conservadoras. Quería el acercamiento de los grupos separados durante el Gobierno anterior. Pero no pudo conseguir su objeto. La Fusión Liberal Conservadora nada quería con nacionales. Los rencores estaban demasiado frescos.

Entonces Pérez se entregó a la Fusión, porque, en su concepto, este era el deseo de la mayoría del país.

El Gobierno de la Fusión fué de tendencias conservadoras en el sentido de que no se realizaran reformas constitucionales o legales que modificaran el antiguo sistema político.

En cambio Pérez fué tolerante y conciliador con sus adversarios, pues comprendía que la paz pública era ya bastante sólida, y que se habían hecho innecesarias las medidas de represión violenta.

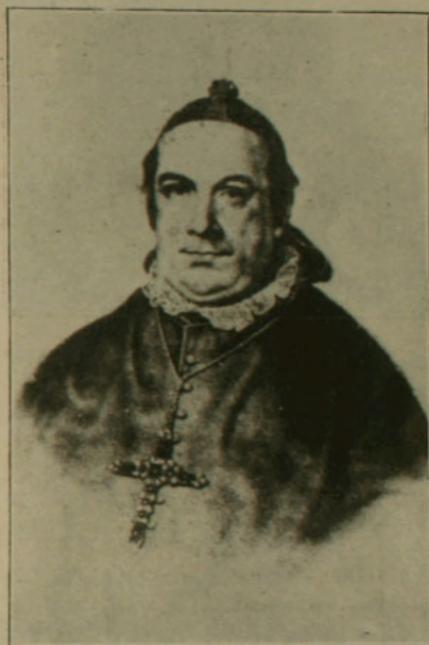
Los nacionales no estuvieron solos en la oposición. Se recordará que en el partido liberal conservador existía un grupo de verdaderos reformistas, que deseaban sinceramente un cambio del régimen constitucional a cuya sombra se había organizado el país. Los hombres que así pensaban, no aceptaron la Fusión conservadora y fueron el primitivo núcleo del partido radical, que comenzó a organizarse en 1863.

Pocos años más tarde este movimiento de reforma fué acentuándose impulsado por los ideólogos.

Qué son los ideólogos?

Son unos hombres que profesan doctrinas o

porque las leen en los libros o las forjan en su imaginación, pero que desdeñan observar a su país, y darse cuenta de si son o no aplicables a sus costumbres y a su adelanto social. La práctica no vale nada para ellos. Los hechos se estréllan contra el cerebro del ideólogo. Fracasan sus sistemas y no piensan por un momento en que pueden haberse equivocado y atribuyen todo el mal a que los hombres se les han echado a perder de repente, se han



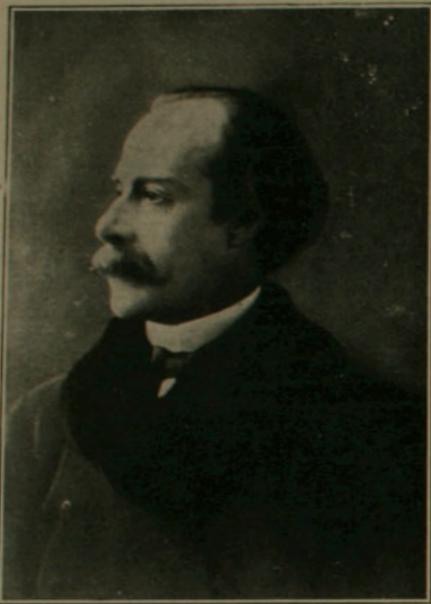
El arzobispo de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso.

vuelto malos y egoístas, porque las cosas no funcionan como ellos se habían imaginado.

Con un ideólogo es inútil discurrir. Lo mejor es dejarlo. Es un hombre de fe, que cree estar en posesión de la verdad absoluta. Lo menos malo que le puede ocurrir al que se mete con ideólogos, es oír palabras de efecto, dichas con admirable seguridad.

Le llamarán a un retrógrado, hombre de espíritu estrecho, sin ideales, refractario al progreso... En fin, su vocabulario es inagotable.

Pues bien, estos ideólogos, sin comprender que la prosperidad y el orden reposaban en Chile en la fuerza de la autoridad, y despre-



El Presidente don José Manuel Balmaceda

ciendo las lecciones de los hechos y de la experiencia, sostenían que la grandeza futura del país y su felicidad consistían en el debilitamiento del Gobierno, en quitarle su poder y en hacer al pueblo soberano, árbitro de sus destinos.

La juventud educada en estos principios, los adoptó con entusiasmo, y el reformismo se hizo poderoso en la opinión ilustrada. Una buena parte de la juventud nacional se separó del grueso de su partido y fué a formar con los radicales en lo que se llamó el Club de la Reforma. Algunos fusionistas siguieron el mismo camino.

Al terminar el período de Pérez, en 1871, la oposición reformista, unida a los nacionales, se encontró bastante fuerte para presentar batalla en las urnas a don Federico Errázuriz, el candidato de la Fusión Conservadora. Pero Errázuriz, ayudado por el Gobierno, triunfó.

X

Fin de la Fusión.—La Alianza Liberal

La Fusión no iba tardar en disolverse. En su seno existían tres corrientes: una clerical, otra laica conservadora, que se denominó des-

pues liberal de Gobierno y una tercera que simpatizaba en parte con los reformistas.

Errázuriz rompió con los conservadores en 1873. La causa principal de esta ruptura fué la cuestión de enseñanza. El Ministro conservador don Abdón Cifuentes, quiso hacer válidos los exámenes de los colegios particulares para optar a títulos universitarios. Errázuriz accedió al principio a efectuar esta reforma, pero hubo de retroceder ante la protesta de los liberales. El señor Cifuentes se retiró entonces del Ministerio y los conservadores pasaron a la oposición.

El Presidente buscó entonces el apoyo de reformistas y radicales y en 1875 quedó constituida la Alianza Liberal.

Por desgracia, entre las reformas que exigieron a Errázuriz sus nuevos aliados, se encontraban algunas que tendían a destruir la autoridad del Gobierno y la fuerza de las mayorías. La que más funestos resultados produjo fué el voto acumulativo, ensayado por primera vez en las elecciones parlamentarias de 1876. Sin tomar en cuenta que el objeto del Gobierno es gobernar, los ideólogos del reformismo querían dar fuerte representación en el Congreso a las minorías, que están interesadas en perturbar el Gobierno.

Además, este sistema del voto acumulativo permite que cualquier grupo, por débil que sea, pueda elegir representantes. La cosa estaba, pues, mandada hacer para destruir la disciplina política y multiplicar las fracciones y, por tanto, la anarquía.

Fué lo que sucedió.

XI

Desquiciamiento del Partido Liberal

La Alianza Liberal apenas tuvo luna de miel. En marzo de 1876 se ensayó el voto acumulativo y en septiembre del mismo año entró a la Presidencia don Aníbal Pinto.

Se encontró el nuevo mandatario con un Congreso en que campeaban seis partidos liberales además del conservador: liberales de Gobierno, reformistas, errázuristas, vionistas, nacionales y radicales.

Se inauguró el sistema de las crisis ministeriales, la gran conquista práctica del reformismo.

Pinto tuvo 7 ministerios en 5 años. Para

comenzar no era malo... Ya después nos las darían de perlas.

El gran anhelo de los estadistas honrados de entonces fué procurar la unión de todos los liberales. Y es lo que estamos esperando desde hace cuarenta años.

Es que los partidos liberales carecían de verdadera unidad doctrinaria. Su criterio no era el mismo para resolver las cuestiones de Estado. Los liberales de Gobierno en sus diversos matices y los nacionales querían evitar reformas bruscas del sistema establecido cuarenta años atrás por la Constitución de 1833. Los reformistas y radicales, por el contrario, deseaban el cumplimiento más o menos íntegro del programa del Club de la Reforma, y una sincera libertad electoral.

En el sentido científico había, pues, dentro de la común acepción de liberales, conservadores y progresistas. Era, pues, bastante difícil que se entendieran.

El partido conservador, separado del Gobierno en 1873, adoptó a su vez en política las doctrinas reformistas más radicales. Como era minoría y sus adversarios estaban en el poder, deseaba el debilitamiento de este último.

Todo esto traía gran confusión, y como hemos dicho el período de Pinto transcurrió en continuas crisis ministeriales.

Sucedió a Pinto don Domingo Santa María, distinguido político de tendencias autoritarias. El nuevo Presidente se separó de los radicales y no hizo caso alguno de los reformistas. Ambos partidos se lanzaron muy luego a una cruda oposición, apoyados por los conservadores.

De la época de Santa María datan las reformas teológicas. El Gobierno logró, mediante ellas atraerse a algunos de sus adversarios, o por lo menos alejarlos de una alianza con el partido conservador.

Pero apenas hubo pasado el período de los debates religiosos, la oposición se desencadenó más poderosa que nunca.

El país no comprendía sino a medias lo que estaba ocurriendo. Incapaz de profesar verdaderas doctrinas políticas, el liberalismo de la mayoría no era sino una manifestación de indiferencia religiosa y de antipatía al clericalismo. Estos sentimientos, muy fuertes en la masa ignorante de las provincias, no son bastante poderosos en las clases dirigentes para unirlos y disciplinarlos. El liberalismo así entendido es, pues, una excelente bandera electoral, pero no un sólido instrumento de Gobierno.

XII

Balmaceda y la revolución de 1891

Los liberales de Gobierno y los nacionales eligieron sucesor de Santa María a don José Manuel Balmaceda, antiguo liberal reformista, que había apoyado, sin embargo, a Santa María y desempeñado por cerca de cuatro años el Ministerio del Interior.

Balmaceda resistía ahora las reformas radicales que fueron el sueño de su juventud. Estaba ahora convencido como la mayoría de los liberales de Gobierno y los nacionales, de que era, por el contrario, útil robustecer el principio de autoridad.

Por desgracia, su Gobierno transcurrió en medio de una serie no interrumpida de crisis ministeriales. Gobernó al principio con los dos partidos que lo habían elevado...



Entrevista de Balmaceda con los jefes de la oposición, en que anunció que estaba resuelto a "llegar hasta el fin".

Llamó en seguida a los liberales de oposición, que se llamaban entonces sueltos... y después, habiendo éstos chocado con los nacionales, formó un Ministerio sólo con liberales de Gobierno... Más adelante rompió con los nacionales, y entonces vino un nuevo Gabinete formado de los otros dos grupos liberales y en que tuvo cabida un radical. Pero la nueva combinación no fué más duradera que las anteriores. El Presidente se disgustó con los sueltos y quiso volver a la combinación de gobiernistas y nacionales con que inició su Gobierno.

Estos frecuentes cambios habían destruido la confianza de los partidos en el Presidente, y los nacionales, con algunos liberales de Gobierno afectos a ellos, se unieron con sueltos y radicales e impusieron a Balmaceda en octubre de 1899 un Ministerio, en que estaban representadas todas las fracciones liberales.

El Ministerio de octubre cayó en enero de 1890, a causa de un voto de la Cámara que fué interpretado como hostil a los liberales de Gobierno. Balmaceda formó entonces un Gabinete presidencial, que no contaba con mayoría en el Congreso. Así iba encendiéndose el conflicto que tuvo al año siguiente tan terrible desenlace.

Los conservadores se habían mantenido como simples espectadores de la contienda de los liberales. Tanto el Presidente como los partidos de oposición procuraron entonces atraérselos.

Los conservadores exigieron en cambio de su adhesión radicales reformas políticas, tendientes a debilitar la autoridad del Gobierno. Era este su interés como partido de minoría.

Querían los conservadores la ampliación del voto acumulativo, la independencia de las Municipalidades y una ley de elecciones que quitase toda influencia al Presidente.

Balmaceda no quiso subscribir a estas reformas y los conservadores se plegaron a la oposición.

Al abrirse el Congreso en junio de 1890, el Presidente anunció que iba a presentar un proyecto de reforma de la Constitución de 1833. En su concepto, la anarquía de los años anteriores era ocasionada por el sistema parlamentario, que obliga al Presidente a nombrar sus Ministros de acuerdo con las Cámaras. Según la reforma en proyecto las Cámaras tendrían la facultad de hacer las leyes,

y el Presidente la de ponerlas en ejecución con independencia del Congreso.

Los partidos de oposición, lejos de aprobar estas ideas, apenas comenzaron las sesiones ordinarias, declararon que el Ministerio no merecía la confianza de las Cámaras y que no despacharían la ley que autoriza el cobro de las contribuciones (ley que según la Constitución debe dictarse cada dieciocho meses) mientras el Presidente de la República no nombrara un Ministerio parlamentario.

Este conflicto apasionó extraordinariamente los ánimos, sobre todo cuando algunos días después, vencido el plazo de la ley de contribuciones, el Gobierno quedó sin autorización para cobrarlas.

Al fin Balmaceda pareció ceder, y fué organizado un Ministerio formado por personalidades tranquilas de todos los partidos, el cual obtuvo el despacho de la ley de contribuciones.

Dos meses más tarde se produjo un desacuerdo entre el Presidente y sus Ministros, renunciaron éstos, y fueron reemplazados por otros, hostiles a la mayoría parlamentaria.

El conflicto se hizo más agudo que antes. El Presidente no convocó al Congreso para que discutiera la ley de presupuestos, y el 1.º de enero de 1891 declaró que efectuaría los gastos públicos sin estar legalmente autorizado para ello.

La agitación pública fué inmensa y el 7 de enero la escuadra nacional se sublevó, autorizada por la mayoría del Congreso, con el objeto de restablecer el régimen constitucional. Balmaceda contestó a la revolución, asumiendo la dictadura.

La guerra civil duró más de siete meses. Las batallas de Concón y la Placilla le pusieron término. La revolución había triunfado, por primera vez en Chile después de 1830.

XIII

La era contemporánea

Los vencedores, cumpliendo las promesas hechas al partido conservador, realizaron la reforma del régimen municipal. Desde el año anterior había sido también reformada la ley electoral y ampliado el voto acumulativo.

El poder del Presidente de la República quedó con ello muy quebrantado, y el Go-

bierno pasó a la mayoría de las Cámaras.

Conocida es la monótona y aburrida historia de nuestra política contemporánea. Seis partidos, además de los grupos que se forman momentáneamente, se disputan la dirección del Gobierno.

Todas las combinaciones han sido ensayadas sin resultado.

El país continúa llamándose liberal, pero ya hemos dicho que este liberalismo no responde a ninguna doctrina política, sino que es un modo de expresar las creencias religiosas de la gente.

En provincias se es liberal, como se es católico, pero no va unida a aquella expresión ningún criterio de Gobierno.

¿Será capaz el país de llegar a formarse alguno? De temer es que nó...

De tiempo en tiempo, cuando se aproximan las elecciones, salen las banderas, las doctrinas y las frases a entusiasmar a las multitudes... y luego después todo vuelve a quedar como antes... dándonos vuelta alrededor del círculo vicioso, en que tiene encerrados a los partidos la escasa cultura del mayor número...

Y si alguien se levanta en nombre de un verdadero principio político... por ejemplo, el de la restauración de la autoridad, dicen que ese alguien no tiene doctrinas...

Lo he oído decir de mi partido a personas que saben leer y hasta se ponen sombrero de pelo...

Estamos en el período teológico... pero aun dentro de él... hay mucho ruido y pocas nueces...

La teología misma no es sino un recurso

electoral. Para ser diputado o senador hay que entusiasmar con algo a los candorosos provincianos.

Al grueso público le agrada la carne de cura y los asuntos de religión... y se le da gusto: se entiende que con discursos y bambolla y nada más...

Las ideas políticas y constitucionales del viejo liberalismo se encuentran olvidadas y perdidas en el polvo de su estupendo fracaso.

Además, ¿qué haríamos hoy con ellas? Destruir la autoridad? ¿Cuál? si ya no queda ninguna...

No queda de todas esas ilusiones desvanecidas sino frases, palabras y en el corazón de la plebe un sentimiento obscuro, grosero, un odio, una idea infeecunda, negativa, como la muerte, el mal, la obscuridad, la noche y el frío.

.....

Sin embargo, el país se ilustra más de día en día... ¿No será llegado el momento en que se agite e interese por cosa de más substancia, por un objetivo nacional?

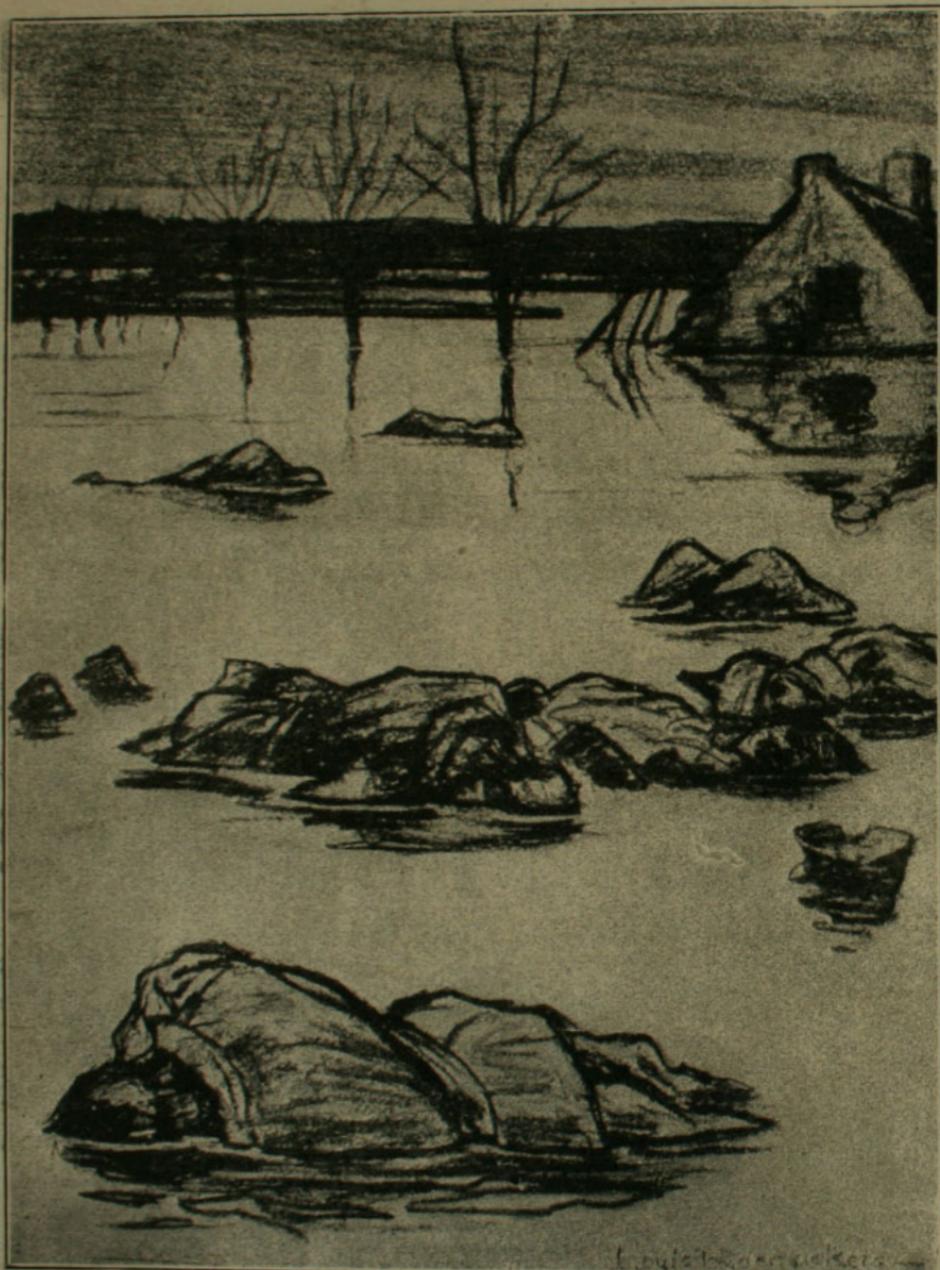
¿No sería ese objetivo el de poner término a la anarquía?

Sin Gobierno ninguna reforma puede ser realizada.

Hay que principiar por el principio, o al menos tener la cordura de comprender que puede haber doctrinas políticas fuera de las gastadas y apollilladas, que en ruido y en frases han dejado transcurrir treinta años de nuestra historia, dando simples vueltas alrededor de una misma dificultad sin resolverla.



EL YSER.



EL CAMINO DE CALAIS



Don Pedro Prado, don Manuel Magallanes Mou'e y don Alberto Ried, cuya exposición se ha inaugurado en los salones de "El Mercurio"

La Primera Exposición DE LOS DIEZ

La inauguración de la primera Exposición Artística de los Diez tuvo un completo buen éxito. Durante toda la tarde del viernes 19 se vió repleto de una concurrencia muy distinguida el salón de "El Mercurio", y al numeroso entusiasmo ambiente se sucedió bien pronto el interés del público por adquirir las telas de Alberto Ried, Manuel Magallanes y Pedro Prado. En las primeras tres horas que permaneció abierta la Exposición las adquisiciones alcanzaron a sumar una cuarta parte de los cuadros expuestos; ello da la medida del interés inteligente que ha acogido este bello esfuerzo artístico realizado por tres laboriosos, que si han tenido buena fortuna

con su pluma no la han alcanzado menor con los pinceles y el cincel.

La Exposición ha sido cuanto de más variado puede darse: el emperamento brusco, recio y enérgico de Alberto Ried ha dado en sus dibujos una nota singular de originalidad: es el mismo poeta de "El hombre que anda" quien ha compuesto ese admirable "Cementerio de Aldea" y ese "Muelle de Coronel", adquirido por un artista de fino gusto como es Francisco Echeverría. ¿Qué decir también de sus esculturas, de esa sugerente cabeza de indio y de la no menos admirable de don Diego Barros Arana?

Magallanes, por la inversa de Alberto-

Ried, pinta con suavidad, poniendo en cada una de sus telas un calor de emoción eglógico. Un rincón de paisaje, una puesta tranquila de sol sobre el mar, le bastan para hacernos sentir un poema. Ved, por ejemplo, esas "Nieves altas", o sus Marinas, o aquella tranquila sinfonía de nieves azules bajo la luna, y os sentiréis encendidos en una pura emoción de transparente belleza. Es la obra de un poeta que, al pintar, siente muy hondo.

Las fuertes impresiones de naturaleza de Pedro Prado: "Boldos", "Parrón", "Lomas de la costa", "Perales"; el color, la sobriedad del dibujo, la sensación de intensa realidad y de poesía que traen a la retina, nos recuerdan el carácter de los poemas en el autor de los pájaros errantes": pintar las co-

sas en sus rasgos característicos, en cuanto va directamente del ojo al espíritu. Recordemos solamente esa "Casa del tiempo de la Colonia" y en ella se advertirá todo lo que hay de evocativo en sus muros patinados, que reproducen la luz con tanta intensidad y color. ¡Cuánta diferencia va de esta casa colonial a la que, en una exposición reciente, presentó Alfredo Lobos: ¡aquella era una casa nueva, sin el sabio lustre que los años han puesto en la que ha visto y sentido Pedro Prado!

En fin, en estas líneas volanderas, sólo hemos querido recoger una palpitación del éxito alcanzado por estos tres artistas originales, sobrios y laboriosos. El público inteligente les ha pagado con entusiasmo su labor silenciosa y concienzuda.



Pórtada del catálogo de la primera exposición de "Los Diez".

La Epopeya de Moñi

Por _____

MARIANO LATORRE

Ilustraciones de Jorge Délano.

—Si viene algún mozo 'el plan l'icis qu'ian, do rastroando el guey aguané que se salió del cajón.

—Gueno, paire.

—Si te preunta por el ganao, l'icis que se perdieron dos ovejas, de las brutas.

—Gueno, paire.

—Si te trae azúcar y yerba, la guarday en esa risquera, al lao el puelche.

—Gueno, paire.

—Si viene el buitire, ya sabís: llamarlo, y tirarle cerca. Sabís qu'ienda espereció.

—Sí, paire.

Mientras decía estas palabras. Juan Maulén apretaba la cincha de su caballo mulato, sin mirar a su hijo, el pequeño Moñi, que, metido dentro de una vieja manta de Castilla, presenciaba la operación en miedosa actitud de respeto.

Su padre y él habían llegado a aquel paraje de la sierra a fines de diciembre con el ganado del patrón: mil ovejas y un centenar de vacunos esparcidos en las faldas del cajón, vestidas de espigados coirones y verdoso maullín.

Maulén era el tipo del viejo puestero cordillerano: de rostro cobrizo y huesudo, cerrado por una barbaza rala de pelos lacios, incoloros, que colgaban sin fuerza de sus mandíbulas; el contraste del tupido matorral de un negro sucio que cubría su cráneo, arrancando casi de las cejas, y salía en mechones pertinaces, tiesos, por delante de las orejas. Sobrio, avaro, amontonaba pacienzudamente monedas, desecho de realizar la ardiente aspiración de su vida, y de la vida de la mayoría de los puesteros e inquilinos de nuestros fundos: poseer el terrenillo para siembras y chaeras y la miserable casuca primitiva de nuestros rotos.

Maulén consideraba un buen negocio esta permanencia en la sierra que, además de la

soldada y la pitanza, asegurábale un cierto número de corderos en las pariciones de junio.

Maulén estaba contento y trataba de cumplir sus deberes de pastor con un celo de bestia agradecida, levantándose con las estrellas a vigilar el ganado, que se repartía perezosamente por las hondonadas en busca del coirón de las serranías.

Había escogido esa pequeña meseta saliente donde dormía con misteriosa quietud una laguna diminuta y desde donde dominaba el cajón en toda su amplitud.

El paisaje serrano, uniforme y descolorido en la región de las altas cumbres, tenía en aquel paraje un pintoresco tinte de vida, iluminado por el sol mañanero, que espejeaba ya en los picos más altos del oriente.

Desde la pequeña meseta del pastor, resguardada del puelche por un amontonamiento abrupto de rocas grises que amenazaban caer eternamente sobre las cabezas de Maulén y su hijo, divisábanse los dentellados perfiles de las cumbres que bajaban hacia el valle, rematando en espolones interminables; y por encima de ellas, como para turbar su grandiosa monotonía, la masa trunca del Descabezado, veteada con irregulares regueros de nieve. En su base, y por encima de amontonadas masas de montes pelados, blanquea la nieve inhallada de planchones y ventisqueros que deshace el sol, convirtiéndose un poco más abajo en madejas espumosas, en blancos brazos de agua que corren por los altibajos de los cerros, se juntan en regatos y cascadas y concluyen por engrosar su caudal en el fondo de la hondonada, formando un riachuelo bullanguero que abandona el cajón y busca, como una interminable serpiente, las quiebras y relieves de la sierra en un loco deseo de huir de su cuna de nieve.

Concluyó Maulén sus preparativos de via-

je y subió al caballo. Antes de ponerse en marcha, mientras cogía las riendas del dócil caballejo mulato de largas crines y cola lacia, hizo nuevas recomendaciones al muchacho, que seguía inmóvil, suciamente vestido como el espantajo de las viñas en febrero, asomando por debajo de la manta desteñida sus piececillos morenos, curtidos, a los cuales se pegaban las ojotas, aún con rastros de pelaje, como si fueran parte del mismo pie.

—L'escopeta está cargá, allí en la risquera. ¿Te quean piciras pa l'honda?

—Sí, paire.

Y Moñi, para confirmar su respuesta, sacó con un ademán brusco, forzado, su mano de debajo de la manta, en la que apretaba, junto con la honda de cuero, cuatro o cinco pedruscos puntiagudos, partidos de una roca granítica con grandes esfuerzos.

Maulén padre pareció ya satisfecho, y sin volver la cabeza, se alejó subiendo y bajando lentamente por el enorme flanco de la montaña, fijos los ojos en los rastros que deja el ganado en la pacienzuda rebusca del pasto cordillerano.

Al alejarse su padre, pareció el muchacho recobrar su personalidad. Su actitud hierética de estatuilla de barro cocido, cambió por completo. Corrió hacia el borde la meseta, echadas hacia atrás las puntas de la manta, mirando ávidamente el profundo abismo hacia donde el agua bajaba en sonora cantilena, como anunciando su viaje a las nieves de las cumbres y al agua quieta de las lagunas.

En el fondo, pasaba el riachuelo y en ambas orillas crecían flores rojas y azules amontonadas en las partes protuberantes como en una verde maceta rústica.

De cuando en cuando, espaciábanse los flancos de las cumbres, y entonces el pasto, de un intenso verdor de terciopelo que el viento de la altura parecía rizar como una laguna de esmeralda, refulgía al sol con tonalidades de oro, ribeteadas de sangre en las proximidades del arroyo. Desde la meseta, y a través de la transparente lejanía, el enorme rebaño de ovejas semejaba una cinta de un blanco sucio que al subir y descender por los senderos de la falda, parecía colgar a merced del viento: sólo los vivos ojos de Moñi eran capaces de percibir desde lo alto las evoluciones de la cinta blanca que se movía en lentas ondulaciones por los peñascos salientes y los apretujados racimos de los *mit chayes* serranos, levantando nubes de polvo

en las partes blandas. A las vacas y bueyes era un poco más difícil de resguardar, porque solían separarse y buscar cada uno el sitio más pastoso o el remanso más apropiado.

Moñi volvió a divisar, desde la punta de la meseta, muy lejos, acercado por la diafanidad de la mañana de la sierra, el perfil de su padre que faldeaba la base del volcán para seguir al otro cajón a donde, seguramente, había pasado el buey perdido. Moñi no quería a su padre y el viejo tampoco parecía quererlo mucho. Tratábalo como a un perro, creyéndose dueño absoluto de él, por haberlo engendrado y por darle el alimento; pero, así como el perro cuida la casa y sirve de compañía, el muchacho le ayudaba en sus tareas y en la soledad de las noches cordilleranas era un sér humano que respiraba a su lado; y esto sólo los hacía sentir menos horrendo el misterioso palpitar de la enorme noche de la sierra. El estar juntos, como un germen del instinto de conservación puede ser la base de la familia en la salvaje primitividad de nuestros campesinos. Delante del viejo, Moñi sentíase cortado, como si hubiese cometido un misterioso delito que se manifestaba con un movimiento histérico de las pequeñas manos nudosas y resquebrajadas como patas de aguilucho y algunas palabras ininteligibles, articuladas en una especie de ronquera que llenaba su boca de saliva. Cuando el rudo viejo se marchaba en busca de un buey extraviado o una oveja desbarancada que quería librar del puma o de los cóndores, Moñi se sentía a sus anchas. Creíase otro, un hombre valeroso que tenía una honda y una escopeta, y aunque a través de las consejas que había escuchado a su madre en el fundo, experimentaba un supersticioso terror por pumas y cóndores. habilitados animales que burlan con mil tretas la vigilancia de los pastores cordilleranos, sentía un vehemente deseo, una mezcla de miedo y de audacia, de encontrarse cara a cara con la cabeza de gato de un puma o la cabeza de jote de un buitre. Y al evocar la negra silueta del cóndor, manchando la azulina claridad del cielo de la altura o el flexible cuerpo flavo del león agazapado entre las peñas y los manojos de michayes, apretaba los pedruscos en sus manos morenas, estriadas de blancas resquebrajaduras callosas y brillaban sus ojos negros y lustrosos como dos granos de uva en su carilla de aguilucho.

coronada de greñas sucias, que salían por debajo de un sombrerillo seboso, desteñido, como las púas de los cardos de su redonda cápsula coriácea.

Al cerciorarse que su padre ya no volvería la cabeza, ni lograría verlo desde el otro extremo del valle, Moñi entregóse a una alegría insensata. Corrió a la orilla de la meseta, agitando la honda de cuero, en cuyo extremo el pedrusco granítico se redondeaba con el impulso que le imprimía el pequeño brazo musculoso, se detuvo bruscamente en el mismo borde del abismo y largó la piedra que atravesó silbando el cajón y fué a caer cerca del rebaño, levantando una nubecilla de polvo. La cinta blanca pareció ajitada por una brusca ráfaga de viento, hinchándose un instante para adelgazarse después, al segundo peñascazo que cayó justamente cerca de esa parte. Moñi quedábase con el cuerpo arqueado, en la misma actitud de esfuerzo que al lanzar la piedra, siguiendo con los ojos vivos, incendiados por invisible fuego de placer, el silbido de la piedra a la cual su brazo había animado de una oculta y terrible vitalidad.

Era para él un goce insuperable, sobrehumano, más que hundir al medio día sus pequeños dientes blancos en la jugosa carne recién asada, percibir el característico silbido del proyectil en medio de la voz grandiosa, imponente, sobrenatural del viento cordillerano.

Cuando no sentía el silbido de la piedra

imaginábase que el viento lo había vencido, que su brazo elástico y delgado como el cuerpo de una culebra no había tenido la fuerza necesaria, y una melancolía negra, enfurruñada, hacía caer su labio inferior en un rictus repulsivo y sus ojuelos brillantes como un trozo de ébano, miraban rencorosamente la honda, un colgajo de cuero retorcido que pendía sin vida de su brazo, como



Maulén era el tipo del viejo puestero cordillerano...

culpándola de su mala suerte. No era igual su expresión cuando el silbido agudísimo rasgaba el aire e iba a dar en el blanco. Entonces saltaba como un energúmeno, presa de una extraña locura, dando gritos inarticulados, inarmónicos, salvajes, que terminaban, sin embargo, en una completa inacción. Tendíase entonces al abrigo de un peñasco, y dormía profundamente des-

pertándose sólo para ir en busca de la harina del ulpo que su padre guardaba en un saquito, en el interior de la cueva.

A esa hora, el sol parecía entablar una lucha desesperada con el viento, hasta que conseguía vencerlo por espacio de algunas horas, y la fuerza de sus rayos envolvía la sierra en una red de fuego, inmóvil, abrumadora, infernal, en que el canto de los arroyos tenía un cálido burbujeo de agua en ebullición.

Entonces era cuando temía al viejo que, siempre desconfiado, recorría cotidianamente el cajón, contaba las ovejas y los bueyes, y miraba con sus agudos ojillos de viejo baqueano de las cumbres hacia la meseta; y no percibiéndolo, comenzaba a gritar prolongando las últimas sílabas: Moñii, Moñiii, Monifaaacio, chiquillo maldecio; y cuando el muchacho no le respondía empezaba a lanzar piedras con su honda hasta que se asomaba a la meseta, disimulando su azoramiento con gritos al ganado o carreras precipitadas por la orilla.

A veces, en las continuas ausencias del viejo, cansado de inspeccionar en el amplio cielo de la altura, al éondor que su padre no olvidaba de recomendarle al marcharse, o de observar a los zorros que suelen asomar su cabeza temerosa de ladrón por debajo de una piedra, bajaba a grandes saltos la prolongada falda de la meseta, e iba hacia el arroyo: allí tendíase sobre el pasto como un animalito, y oculto tras las ramas espinudas del michai, (el testarudo enemigo del viento y del agua) clavaba sus ojillos montaraces en las corraleras que viven en la orilla del agua. Miraba fijamente hasta que percibía a la pequeña perdiz de la sierra, confiada, en medio del exuberante césped, de la infinita soledad de la altura, poníase de pie de un salto, lanzando gritos agudos que saltaban locamente de quebrada en quebrada como si una misteriosa divinidad se burlara de esas voces inarticuladas, movía las puntas de la mantá en la actitud de un extraño pajarraco que ensayara el vuelo, y al lanzar la corralera su cornetazo característico, arrojaba el pedrusco con cuatro rotaciones de la honda, repitiendo como en tono de burla las dos notas estridentes: corral!, corral!, que, según la gente serrana, pronuncia la corralera. En la mayoría de los casos el pájaro caía herido; y Moñi, placenteramente, cogía

el cuerpecillo sedoso, aún caliente, con una extraña alegría diabólica en los ojillos color de uva.

Y cuando las corraleras escaldadas huían de las cercanías del cajón hacia otro paraje más solitario, Moñi interesábase por los tunducos, pequeño roedor que vive en complicadas galerías como los topos, y cuya cabezuela erizada de pelos tiesos suele asomarse por encima de su escondrijo, inspeccionando hacia todos lados. Moñi tendíase junto a la cueva, en la mano el cuchillo que usaba su padre para carnear algún buey o alguna oveja que se muriera en la altura; y como el desconfiado animalillo no asomase así no más su cabeza para recibir la certera cuchillada de Moñi, llenaba de piedras la boca de la cueva, remedando por las narices el característico tun tun del roedor, especie de estornudo que se siente debajo de la tierra.

Aburrido, tendíase de espaldas en el suelo, estiraba brazos y piernas a compás, en ridículas contorsiones simiescas, tratando de imitar a los sapos que atraviesan la cristalina pupila de un meneco, nadando en actitud casi humana. Aparecía así, pegado a la tierra morena, dura, pelada, como un extraño animal salvaje que, a fuerza de vivir entre aquellos peñascos rojizos, despellejados por el sol y la nieve, hubiese tomado su mismo color: tal aparecía el pequeño Moñi, piojoso, desastado, envuelto su ágil cuerpecillo en los terrosos pingos grasientos que se caían a pedazos. No hubiera sido mucha su sorpresa, si el calzón, que por el milagro de una correa se sostenía al hombro, hubiese caído al suelo con un esfuerzo cualquiera: de seguro que se habría sentido más ágil y más fuerte si hubiera soportado el latigazo de hielo del viento de la sierra sobre la ruda epidermis resquebrajada y endurecida por el sol o por el aire.

Al ponerse el sol, un sol de sangre que hace aparecer los conos puntiagudos o las masas dentelladas, como inmensas moles de hierro incandescente, Moñi juntaba a hondazos el ganado haciéndolo bajar al valle. La cinta, a medida que se acercaba, era un rosario de copos blancos que, a esa hora, destacaban pertinazmente su blancura sobre la sombra que parecía cubrir la montaña como un invisible polvo tenebroso. Las vacas bajaban por sí solas al abrigo del cajón.

A medida que el sol descendía, enrojeciéndose cada vez más, hasta convertirse en un

violeta purpúreo, el pequeño serrano comenzaba a sentirse inquieto, un sobresalto animal que atarazaba sus miembros y lo hacía tiritar de frío, invadía su cuerpecillo menudo.

Entonces, deseaba la compañía de su pa-

en la sombra cenicienta de la noche, queriendo distinguir en el caracoleante sendero la conocida silueta del viejo Maulén, con sus grandes calzas de cuero de cabra y su barba rala de mestizo. Esa borrachera de movi-



Miraba desesperadamente hacia las faldas de los inmensos farellones.

dre, y hacía nacer en el fondo obscuro de su conciencia primitiva, una chispa de arrepentimiento. Miraba desesperadamente hacia las faldas de los inmensos farellones que encerraban el cajón, envueltos ya pesadamente

miento, de fuerza, de alegría que, en plena luz, envolvía su pequeño cuerpo endurecido de habitante de las sierras, cambiábase por una inmovilidad terrorífica, a medida que la ceniza crepuscular iba ahogando el mar de

cumbres, y los torrentes plateados, y los copos grises del ganado, y hasta la albura inmaculada de los planchones de nieve. La sombra enorme, fantasmagórica, misteriosa, que parecía espesarse en el fondo del cajón, poniendo una lápida de impenetrable tiniebla sobre el verdor del pasto y las aguas espumosas, lo hacía vacilar, tiritando de frío, encoger sus pequeños miembros que palpitaban en un estremecimiento instintivo, pavoroso; agrandábanse sus ojos asustados y a través de ese velo de terror, las moles sombrías y las aguas blancas, aparecían como seres portentosos sin forma ni tamaño, en medio del nevado blancor del cuarto creciente. Des-pavorido, imaginándose que de todas las rocas brotaban manos monstruosas que querían aprisionarlo, corría de golpe hacia la cueva, cerrados los ojos, para no percibir el pestañeo argentino de las estrellas en el agua purísima de la laguna, rizada por el vienteccillo de la noche serrana, o las jorobas sombrías de las rocas semejantes, en la penumbra lunar, a descomunales cabezas de titanes.

Arrinconábase entonces el pequeño Moñi en el interior sobre su pellejo, envuelto en su manta de Castilla; y se adormecía así, tembloroso, desesperado, ansiando vislumbrar en la boca de la cueva el trémulo albor del nuevo día que, junto con la frescura del amanecer, traía a su alma de hombre de las cavernas, la calma y la seguridad de vivir.

II

Apenas el blancor del día apagaba las estrellas; y perfilaba el paisajé serrano en la claridad límpida del cielo, Moñi sacudíase como un pajarillo y corría falda abajo, con pasmosa ligereza y agilidad para desentumecer el cuerpecillo helado de miedo y de frío. A grandes saltos, sin descansar, tomábasele por un mono que habitase en las peladas escarpaduras de aquel desierto de granito, por un milagro de la naturaleza.

A esa hora, el rebaño de ovejas comenzaba a corretear por entre los manchones de verdura; y se apretujaba desesperado al sentir la proximidad del pastorcillo que levantando sus brazos, envueltos en la manta, a modo de alas, parecía dar al rebaño cordiales buenos días de camarada. En las faldas de las montañas, medio ocultas a veces por las manchas verde oscuras de los michayes, las

vacas cuyanas de variados pelajes, levantaban su pequeña cabeza corni abierta como en fiera actitud de desafío, contrastando su aspecto montaraz con la tranquila indiferencia del enorme toro overo.

La claridad matinal que se espaciaba con su lechosa indiferencia por encima de los picos agudos, adquiría a cada instante un blanco más pronunciado. El negror tenebroso de las cumbres que recortaban, poco antes, en la claridad del cielo sus conos y sus jorobas, tomaba un azul ceniciento, especie de gasa vaporosa que caía en grandes desgarrones a los abismos y despeñaderos; poco después, y como por arte de magia, un abrazo de púrpura rodeó la sierra y como si en el fondo de esa oleada carmínea palpitara la luz del sol, el nebuloso despezo del alba serrana tuvo dos notas vivas: oyóse el canto del agua que la sombra parece adormecer y el cornetazo de las corraleras en los floridos jardinillos de las márgenes; luego, el disco del sol espejó fulgurante detrás del Descabezado, despertando al viento que movió, mansamente, como un gigante cansado, las copas chatas de los michayes y la rozagante crespatura de los verdes manchones de pasto.

Calmado el viento, la voz del agua tomaba un tono de admirable armonía: era una nota susurrante, como el ruido de los eucaliptus al pasar una ráfaga de aire, que resonaba en las oquedades de los cajoles con melódica y prolongada repercusión; una nota invariable, de reconfortante frescura, que parecía subir en otras ocasiones hacia el cielo límpido, como si cada una de las gotitas cristalinas que, en forma de una niebla de espuma, brotaba de todos los costados de los macizos, llevase también una alada chispa armónica. Moñi seguía su loca carrera por la orilla del arroyo, gritando frente a las partes en que, arremansada el agua por un accidente del terreno, permitía a las corraleras vivir en los huecos de las peñas azulosas entre cuyas junturas brotaban los robustos tallos de las flores serranas; al llegar a una parte angosta, saltó ágilmente al otro lado; y apenas había puesto el pie en la margen contraria, quedó inmóvil de placentera sorpresa: parecía tener aún las piernas dobladas, porque, perdido en la manta terrosa veíase más pequeño, brillando con inusitado chispeo sus negros ojos zorrunos. Una vaca negra mirábalo fijamen-

te con hosca acometividad: a sus ubres aegruceas pegábase un ternerrillo friolento, del mismo color de la vaca, pero con una manchita blanca en la frente. Moñi comenzó a saltar dando gritos, acereándose cada vez más a la vaca; alegre, como si le hubiera llegado un amigo o hubiese muerto un tundeco, pero la fijeza retadora del animal destacábase en la claridad matutina, con intenso negror en la orilla de la montaña, impediánle tomar, como era su deseo, al ternerrillo entre sus brazos y jugar con él sin hacerle daño. Sentía hasta un movimiento de despecho al observar que el becerro no venía en su busca como un perrillo cariñoso: hubiera querido indicarle que él sabía muy bien que a los corderillos y recenales no se les molesta porque son del patrón y porque son del padre, porque los primeros se venden muy caros y los segundos se convierten en bueyes que sirven para arar el campo que da el trigo, la harina y el pan. Sus gritos fueron aún más sonoros, más alegres, al divisar otro ternerrillo overo que con graciosa actitud infantil, balaba levantando la cabezuela menuda e inocente.

—Este salió al toro, pensó Moñi, como si esto se lo dijera a alguien, a su padre, a las corraleras, a la misma vaca, quizá si a la sierra entera que, a no dudarle, le respondía con el esplendor de su grandeza, las cumbres y el agua, que resonaban en todo el cuerpe-

cillo de Moñi, como en las copas de los michayes y en la negra oquedad de las grutas y cavernas.

Casi todas las vacas habían parido en aquella ruidosa mañana de la sierra, llena de la fuerza formidable de las tierras en formación.

Moñi corría por el prado lleno de gozosa



Las greñas sucias salían por debajo de un sombrerillo desteñido como las púas de los cardos de su redonda cápsula coriácea.

salud. Al ver los ternerrillos entumidos que buscaban con mimo querendón el calor de la vaca, sentía la misma curiosa alegría que al ver a su madre de la noche a la mañana con un nuevo mamón pegado a su seno. Entonces volvía a sentir una chispa de cariño por su padre. De buena gana hubiera querido salir en su busca, para comunicarle la gran no-

ticia, el acontecimiento tan ansiosamente esperado por el viejo Maulén.

Sentíase en la cristalina transparencia del aire cordillerano, el balar de los terneros y el mugido suave, cariñoso de las vacas; y a intervalos, el balido de las ovejas que se habían encaramado ya a los riscosos contrafuertes repletos de coirones tostados y crespos romerillos. Aún el viento no soplabá. Sentíase un hielo penetrante, una frialdad impregnada de la dorada luz naciente y a intervalos, una ráfaga helada, un aletazo de nieve que hacía estremecer el cuerpecillo de Moñi debajo de su manta pelada, y a los húmedos recientes que sus madres lamían solícitamente.

De pronto, pareció turbarse la serenidad grandiosa, lenta, enorme, de aquel paisaje de la sierra: sin saber cómo las ovejas que subían por la falda de la montaña se apretaron atolondradamente, formando un óvalo blanco que se descolgaba de las peñas, presa de un pánico inusitado; las vacas que, a primera vista, es difícil distinguir en la vaga nota grisácea de las multiformes colinas y montes, juntáronse en círculo defendiendo a sus crías friolentas; y el pequeño Moñi sintió en su sangre primitiva el primer escalofrío del terror, el mismo que experimentaba cuando la inmensa noche cordillerana caía sobre las cumbres. Las vacas, al mugir, levantaban su cabeza hacia el cielo como si el peligro viniese de lo alto, y Moñi, instintivamente, dirigió sus ojos a la celeste vaguedad de las alturas, que se dilataba sobre los picos en desvanecedora transparencia, y sintió un estremecimiento rápido, un palpar violento del corazón, muy distinto de ese terror desconocido que parecía introducirse por todos los poros de la piel, enemigo invisible que estaba en todas partes y en ninguna, a la vez muy cerca y muy lejos. Un cóndor manchaba con un borrón negro la incolora diafanidad del aire serrano. Volaba a mucha altura, lentamente, tan lentamente que parecía detenido como una nubecilla crepuscular por encima de los picos más elevados; pero las vacas de las pampas conocían el peligro y lo olfateaban cuando el audaz merodeador de la sierra apenas era visible a las miradas humanas.

Moñi recordó, entonces, todas las consejas que, como un halo de terror, rodean al cóndor y también la caza de éstos por hombres

valerosos y astutos, y sintió que un hábito de fuerza y de audacia, brotaba, al mismo tiempo, de toda su sangre y lo impelía hacia adelante. Olvidó, por ensalmo, a los tunducos y corraleras para no pensar sino en, el ave que su imaginación se representaba con un corvo pico, tan grande y agudo como el cuchillo de su padre, y unas alas negras como boca de cueva que hacían sombra sobre los valles.

Subió ágilmente a la planicie para cargar la vieja escopeta de fulminante, y atraer al cóndor como le había enseñado su padre tantas veces. Sacó de la cueva una pierna de cordero que colocó encima de una piedra; y él, acurrucado en la manta, movía las puntas como si fuera el lento aleteo de otro cóndor que invitase al primero a compartir la pitanza. El cóndor, engañado, suele bajar cautelosamente y entonces un perdigonazo certero lo derriba; y se le remata a palos.

Moñi, en medio de la meseta, para hacerse más visible al mover las puntas de la manta, miraba fijamente a lo alto, tratando de cerciorarse si el alado carnívoro lo había divisado desde la azul lejanía, donde la pequeña nubecilla parecía navegar con adormecedora lentitud. Sin embargo, el punto vagamente gris se ennegreció en medio de la luz dorada de las horas cercanas al medio día, y en largas, estelares espirales, el cóndor bajaba, bajaba, atraído por el trémulo balar de terneros y ovejas, estremecidos de un espanto terrorífico.

Moñi no sentía ya miedo. Había dejado de oír el palpar del corazón que golpeaba antes el pecho con martilleo desesperante; sus movimientos eran ahora fríos, ágiles, automáticos. Sus ojos, únicamente, miraban con firmeza fría hacia lo alto o hacia la vieja escopeta de sucia culata y prolongado cañón apoyada en un trozo de granito, al alcance de la mano. Moñi no tenía gran fe en ese instrumento que su padre, sin embargo, guardaba y cuidaba como inapreciable reliquia. El, en el fondo, creía más eficaz su honda de cuero que parecía conocerlo, sobada por su mano, reluciente y endurecida por el uso: aquel silbido de la piedra al soltarse uno de los cabos parecía arma más terrible que el golpe seco del fulminante al caer el gatillo de hierro sobre él.

Moñi no había visto nunca un cóndor de cerca. Siempre los había divisado como aquel que bajaba lentamente al valle, perdido casi

en la lejanía, no mayores a la simple vista que el jote de los campos chilenos. Su padre asegurábale que el cóndor atacaba rara vez al hombre; pero que el hambre volvía alevado y valiente como a los pumas serranos. Antes había muchos; en cada peñasco hueco veíase su silueta perezosa, inmóvil, montando guardia a la salida, mientras en la negra concavidad de la cueva la hembra empollaba sobre cuatro palos los enormes huevos azulosos.

Atacaban entonces en bandadas a los terneros, dando gritos terribles, agrandados por la seriedad de la sierra, y las vacas huían miedosas abandonando sus crías, y en el tranquilo paisaje de la altura, en los cajones verdeguantes, veíase al aterrorizado ternero correr baltando angustiosamente, abandonado por su madre, mientras dos cóndores volaban a la altura de su cabeza, para picarle los ojos, o a la altura de la cola para despedazarle el ano. Poco a poco, fueron desapareciendo. Los va-

lles eran cuidados por muchos pastores que a todas horas del día vigilaban las vacas paridas y los corderillos indefensos; y los cóndores caían a millares, atraídos por medio de animales muertos a lugares apropiados, en que se les remataba a palos cuando corrían infructuosamente, hartos, repugnantes, agitando sus grandes alas con torpes movimientos. No volvió a verse su silueta pesada, estatuaria, montando guardia en las risqueras abruptas, ni la sombra lenta de sus enormes

alas en las proximidades de los cajones, ni la orlada cabeza calva metida con deleite en la sangre pálida de corderos y recentales. Debíó alejarse a las inaccesibles cumbres de los volcanes o hacia cajones solitarios donde perseguía a los guanacillos montaraces o a los pudúes o huemules legendarios. De cuando en cuando, en una temporada, solía bajar el calvo señor de las montañas, y llevarse, aprovechándose de un descuido, un corderillo o un recental, o la

carne oculta por los pumas; pero huía rápido de la certera escopeta de los puesteros para devorar su presa tranquilo, en la oquedad de un peñasco altísimo, observado solamente por un águila, cuya cabeza de vivísimos ojos altaneros, que miran por encima de las cumbres, dice muy claro el desprecio por aquellas repugnantes aficiones de su rival.

Mosí miraba asombrado esa silueta que venía directamente hacia la planicie; percibía ahora detalles que había oído sin darse cuenta;



Arrojaba el pedrusco con cuatro rotaciones de la honda.

ta; las rígidas alas negras, la cabeza rojiza del mismo color de las cumbres peladas, llenas de luz, la gorguera blanca y crespa destacándose sobre la negrura del cuerpo al inclinarse el cóndor, como una mancha de nieve sobre la joroba sombría de un contrafuerte.

El cóndor prefería aquel pedazo de carne rojiza que Mosí había puesto en medio de la meseta, a la carne viva, y bajaba atraído por esas alas negras que se movían junto a la la-

guna. Moñi seguía con los ojos, casi sin mover la cabeza; ahora el cóndor estaba dentro del cajón, y en la negra silueta de las cumbres, a pesar de la luz de la mañana que lo inundaba todo con su diáfana luz de oro, apenas se distinguía, volando vertiginosamente, si no era por su cuello blanco que corría en línea recta como una exhalación. Moñi sentía flaquear su fuerza, la intensa pertinacia con que seguía el vuelo del ave, al perderlo de vista. En ese momento sentíase para el enorme pájaro un adversario muy poco temible.

Comenzaba a soplar el viento de la sierra, ese viento terrible, desesperado, que no se sabe de dónde viene o que viene de todas partes a la vez: de la evaporación de los ventisqueros o de las lagunas, hijo predilecto de las cumbres peladas; mezcla de sol y de nieve, que pasa por los escarpados y los cajones con furia despiadada, inacabable, inmensa, aplastante. En el suelo obliga a los michayes a pegarse a los resquicios sujetándose con mil brazos a las piedras, forma a los arroyos una melena blanca que se sostiene sobre el agua como irisado polvo de espuma; y en lo alto, sin embargo, desfeca pacienzadamente las eternas nubes de la cumbre, formando graciosos arabescos de leve crespatura que cubren el cielo como flotantes gasas o monstruos espeluznantes de lomos erizados que amenazan con sus mandíbulas abiertas.

Esta repentina llegada del viento desconcertó un poco a Moñi, aunque estuviera acostumbrado a las rachas heladas del medio día y de la siesta.

Por instantes, perdía de vista al cóndor, y entonces una desesperación terrible retorecía sus músculos; pensaba que en ese momento el buitre había bajado al cajón y devoraba al ternero negro con una manchita blanca en la frente; y su orgullo de muchacho muy hombre quedaba por tierra. Si eso sucediera, su padre era capaz de echarlo a rodar por el abismo, en la desesperación de haber dejado perderse al ternero.

Silbaba el viento en sus oídos con tal furor que apagaba todos los otros ruidos de la sierra. Ordinariamente, cuando soplabla el viento, él y su padre esperaban en esa forma la calma del medio día, al abrigo de la cueva. Ahora tenía que resistirlo en medio de la meseta, aunque sus ojos lagrimeasen doloro-

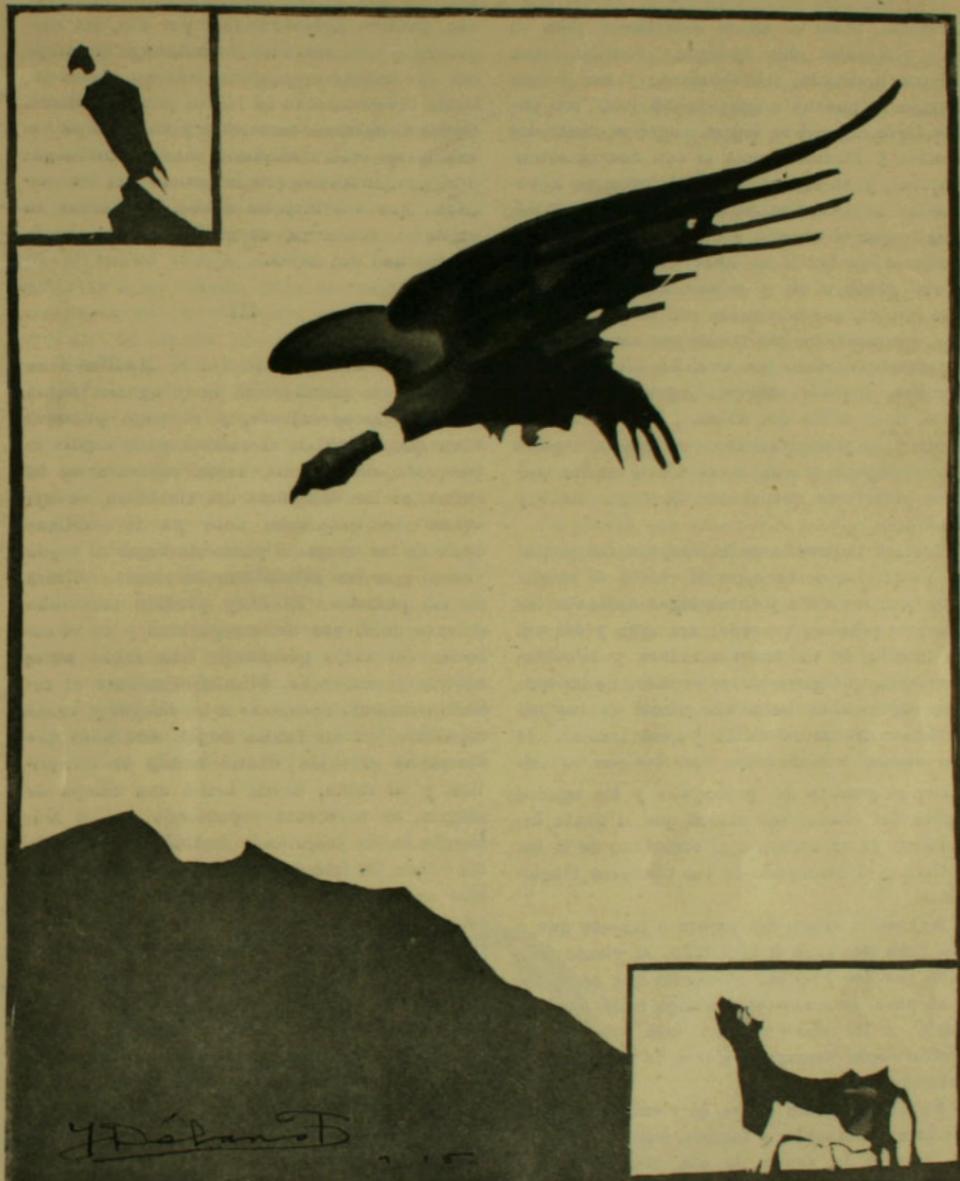
samente. A esta hora, el viento parecía barrer la luz del sol, desmenuzarla, deshacerla, llevarla lejos como polvo; tomando el aire una limpieza descolorida, una frialdad de esmalte ceratante y anonadadora.

La inquietud de Moñi aumentaba. El maldito viento parecía impedirle ver al cóndor, y el balido de terneros y ovejas no se oía. Iba a levantarse para correr a la orilla de la meseta, cuando una sombra negra, con un terrible ruido seco, sordo, como el zumbar de los colihues de las quillas al pasar el huracán, lo hizo coger de golpe con instintivo movimiento, su escopeta y apoyarla en su hombro echando hacia atrás las puntas de la manta de Castilla.

El cóndor parecía no hacer caso de él. Iba directamente hacia el pedazo de carne sangui-nolenta puesto encima de las piedras. Su cabeza, de un rojo de sangre coagulada, formaba contraste con la gorguera de encrespada blancura que rodeaba su cuello. Era un soberbio ejemplar de la raza. Enormes las alas, rígidas, negras y brillantes, desafiaba el desfreno del vendaval y descendía lento y majestuoso, fijos sus ojos vítreos en el pedazo de carne que lo atraía como un imán.

Moñi seguía su lento descenso con el cañón de la escopeta; y en el momento en que el cóndor iba a poner el pie en tierra, apretó el gatillo y soltó la perdigonada. En medio del fogueo vió inclinarse al pájaro en un brusco movimiento de costado, rehacerse en seguida y tratar de volar sin conseguirlo y luego correr un trecho abriendo desmesuradamente su corto pico recto. Corrió entonces hacia él empuñando la escopeta por el cañón. Una alegría infinita asomaba a sus ojos: veía ya el cuerpo del cóndor tendido en medio de la planicie y a su padre mirándolo con ojos de asombro y de agradecimiento.

Pero al llegar cerca de él, el ave furiosa, desesperada, alarga su cuello orlado de blanco, y su cabeza llameante, sangrienta, en la que, como dos rubíes, brillaban sus ojillos mortecinos, moviendo una de sus enormes alas y arrastrando la otra, se precipita sobre Moñi; y el muchacho, presa de inusitado terror, suelta el arma que tenía empuñada y corre hacia la laguna, seguido de cerca por el desgarrado trote del cóndor, cuya ala rota cuelga de su cuerpo como una rama desgajada del árbol y que todavía un manojo de fibras sostiene al tronco;



...el cóndor bajaba, bajaba, atraído por el trémulo balar de ternerrillos y ovejas, estremecidos de un espanto terrorífico.

y en su terror, Moñi, se aprieta en el extremo de la meseta, a las rocas de la montaña, mirando aterrorizado, castañeantes los dientes, la carrera del cóndor y el inmenso abismo en cuyo fondo, sobre alfombra de verdura, platea el agua espumosa del estero.

En la desesperación del terror, inconscien-

te, ciego, se precipita sobre el pájaro, queriendo estrangular aquella cabeza repugnante que se alarga como una serpiente color de sangre, esquivando los dedos crispados del pastorcillo, y cuyo pico se hunde en la espalda del muchacho, arrancando trapos sucios y trozos de carne chorreantes de sangre viva y

ardiente. Moñi se siente desfallecer, pero en la violencia del peligro, recobra una fuerza inusitada, sobrehumana; y sus manos que, en la punzante agudeza del dolor, son como férreos ganchos, logran coger el cuello del cóndor y atraerlo hacia sí con fuerza sobrenatural; y en este esfuerzo violento, en la ceguedad de esta desesperación de vivir, no advierte que el abismo está muy cerca, que la inmensa quebrada se abre indiferente y risueña junto a él; y sujeto ahora al cuerpo del cóndor, que se remece con todas sus fuerzas, estirando las puntas de sus alas abiertas rígidamente como un abanico, el ave y el hombre, heridos ambos, llegan, sin advertirlo, a la orilla del abismo, vacilan un instante y se precipitan con vertiginosa rapidez por el espacio y van a estrellarse en las piedras pizarrosas que cubren la vega riente y sonora.

Testigo impasible de la epopeya del pequeño pastorcillo serrano, es el viento de la sierra, que, invisible y fatal, sigue azotando las cumbres peladas, vencedor del agua y del sol. En medio de su voz aterradora y silbante, horripilante, que gime en los colihues de las quillas, ruge en la boca misteriosa de las cavernas o murmura en la pupila incolora de las aguas, ondulándolas con crespos escalofríos, el gemido del pastorcillo y los agudos gritos del cóndor son menos que el canto armonioso de un arroyo o el cornetazo de la corralera o el estornudo de los tunducos trogloditas.

Ay! de la rama, del pájaro o insecto que a esa hora descanse inadvertido; el viento irritado por ese pequeño obstáculo que se opone a su paso, lo arrastrará consigo e irá a estrellarlo en los picos y escarpados, como si su misión fuera limpiar la sierra de impurezas y debilidades.

En el fondo del cajón, el viento ha encontrado un obstáculo, y furioso, impotente, quiere limpiar la sierra de esa mancha negra, inerte que, al pasar el vendaval, se mueve, azotando el suelo con apariencias de vida. No es tranquilo el sueño de Moñi: su piececito aegruzo, resquebrajado, con la ojota de cuero, sobresale por debajo del ala móvil que cubre enteramente su cuerpo destrozado, como si al unirse en épico abrazo, el cóndor hubiese querido protegerlo, después de la muerte, del sacrilego furor del huracán.

Al calmarse el viento, las ovejas descarria-

das, pasaron aglomerándose por allí, sin sospechar que su salvador dormía bajo el cuerpo del ave atañera que, con solo su presencia, había revolucionado la idílica paz del rebaño. Oyóse el balar de terneros y mugidos de vacas. Estos eran tranquilos, sonoros, prolongados, semi-envueltos por la armonía de las cascadas que volvían, de nuevo, a entonar su salmodia cristalina al abrigo de la sonora concavidad del cajón.

III

A las 2 de la tarde volvió Maulén a su cueva de la planicie. El buey aguane había cruzado varios cajones, y el viejo puestero tuvo que alojar en el camino para seguir la búsqueda del animal, hasta encontrarlo. Al enfrentar las cabeceras del riachuelo, su ojo avizor de baqueano, notó ya la desbandada de las ovejas a punto de bajar al cajón vecino que las atraía con la riente verdura de los pastales. El buey perdido marchaba delante de él con lenta seguridad y en el corazón del viejo germinaba una rabia sorda contra el muchacho. Miraba fijamente el rebaño, tratando de buscar a los bueyes y vacas repartidos en las faldas de las montañas que formaban el cajón. Sintió balido de terneros, y su rabia, donde brilló una chispa de alegría, se acrecentó suponiendo que el muchacho había descuidado también las crías de las vacas. Se imaginó que el cóndor y los pumas se habían llevado ya, hambrientos como estaban, la mitad de los terneros y una buena parte de las ovejas más nuevas. No esperó llegar a la meseta, para empezar a gritar formando bocina con sus manos:

—Moñi, Moñifaaacío! y agregar, en seguida para sí mismo, con reconcentrado furor:—¡Chiquillo maldecío, flojo sinvergüenzal y levantar nuevamente la voz y más alto aún: —Moñi! Moñifaaacío!

Pero en la tranquilidad de la siesta serrana, ya calmado el viento, sólo le respondía el eco sonoro de sus propias palabras al pasar de quebrada en quebrada, debilitándose gradualmente hasta concluir en un baluceo amortiguado, que se confundía con el canto de las aguas. No subió a la meseta, bajó directamente al cajón para flanquear al rebaño de ovejas, que, detenido en la cima, quebrábase como si fuera una monstruosa serpiente blanca colgada del espinazo irregular de la sierra.

El buey aguané quedaba tranquilo, pastando en un manchón de verdura cercano al riachuelo.

Iba el viejo murmurando en voz baja, rabioso, impaciente, cuando el caballero de resignada cabezuela se paró en seco, asustado por algo que él no había visto antes en la sierra. El viejo clavó inconscientemente sus espuelas, agitando al mismo tiempo las riendas para hacer avanzar a su caballo, pero su rostro cambió de improviso: a dos pasos estaba el cóndor con una de sus alas abiertas, la que cubría el cuerpecillo de su hijo; los rayos del sol hacían brillar el negror de esas plumas, en cuyo extremo la crespá gorguera blanqueaba como la espuma del riachuelo en las placas pizarrosas de sus riberas. El ojo certero del viejo lo comprendió todo al ver el piececillo tieso, terroso, destacándose como una mancha en la negrura brillante del ala. Bajóse del caballo torpemente, casi conmovido. Su tronco que aparecía muy pequeño, doblábase como en ángulo sobre las tiesas calzas de cuero blanco, y su mano negruzca levantaba temblorosamente el ala como temiendo mirar el rostro de su hijo. El pequeño Moñi, en el amasijo sangriento de sus facciones, conservaba intacto el brillo de sus ojillos montaraces, vivos ojos de águila

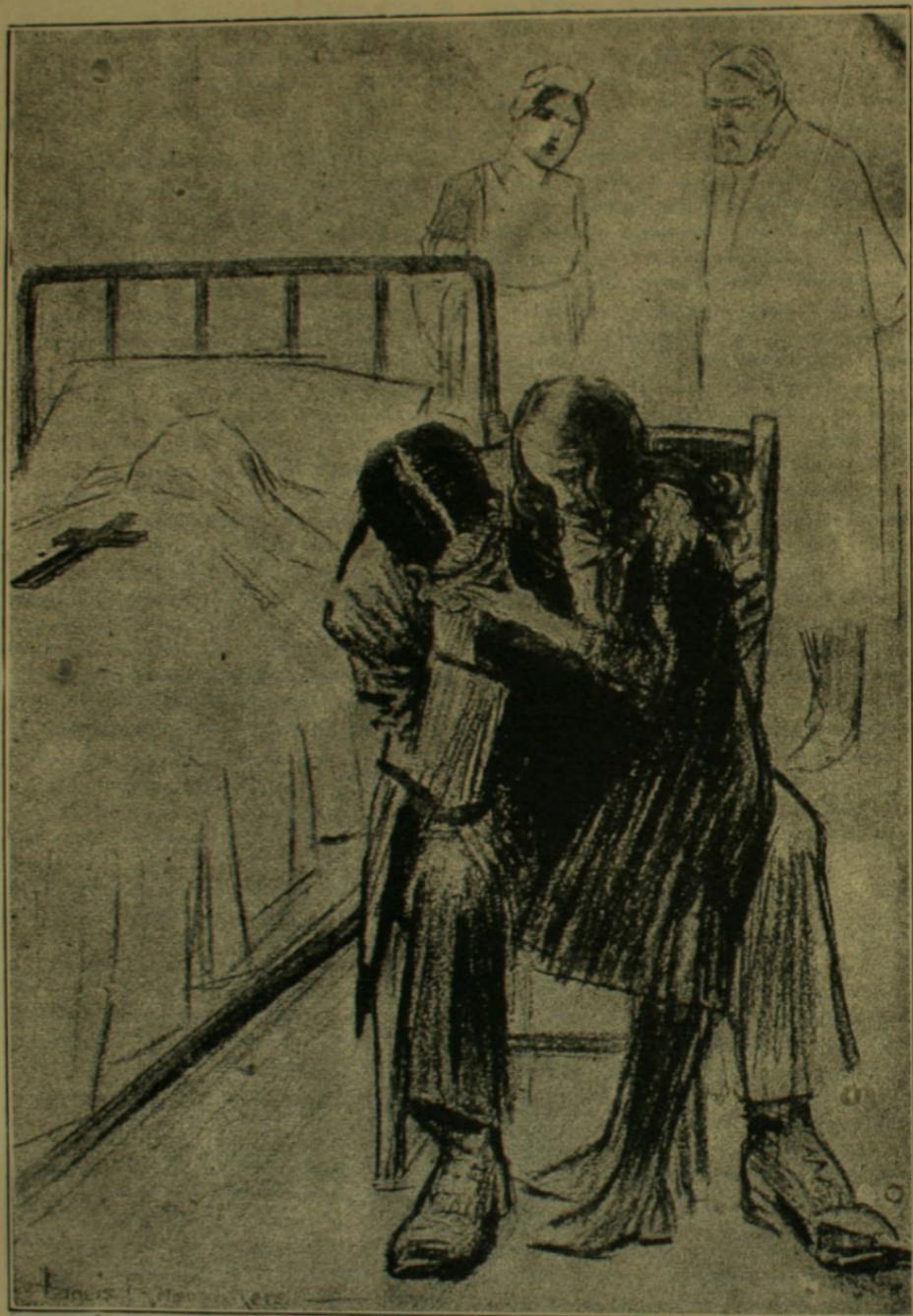
acerados y lustrosos; en ellos dormía la salvaje inmensidad de las montañas como en las pupilas del cóndor, gotas de sangre donde tiene su alma sanguinaria el rey de las sierras andinas.

Un supersticioso terror inmovilizaba al viejo frente al cadáver de su hijo. ¿Era conmovida ternura de padre ante ese pedazo de su vida, muerto por culpa suya en medio de la sierra? ¿Era miedo ante el misterio de la muerte que, en la soledad de las montañas, presentábase como un terror desesperante, como un escalofrío que helaba su sangre y donde se hubiesen fundido todas las nieves de las cumbres?

Maulén seguía inmóvil, petrificado, mirando con ojos de terror el épico sueño de su hijo, bajo el cuerpo del cóndor.

De pronto, con automático movimiento, temblorosamente, sin despegar los ojos del suelo, sacóse la sucia chupalla, encasquetada en la maraña de su cabeza, siguió mirando interminablemente a su hijo, cuyos ojos de uva, brillantes y redondos, parecían dirigidos a las cumbres puntiagudas e invencibles. El caballero, entre tanto, medio enredado en las sueltas bridas, pacía descuidadosamente, mordiendo ansioso la fresca yerba de las sierras.





"PERO LA MAMA NO HABIA HE-
CHO NADA MALO. ¿NO ES VER-
DAD, PAPÁ?"

CARMEN SYLVA

(Leído en la sesión extraordinaria que el *Círculo de Lectura de Señoras*, consagró a la *Reina de Rumania*).

Por

GINES DE ALCANTARA

Con fotografías

Tanto gentile e tanto onesta pare.
La donna m'ía, quand' ella altrui saluta,
Ch' ogni lingua divien tremando muta,
E gli occhi non l' ardiscon di guardare.

Ella sen va, sentendosí laudare,
Benignamente d' umiltá vestuta
E par' che sia una cosa venuta
Di cielo in terra a miracol mostrar.

Mostrasi sí piacente a chi la mira,
Che dá per gli occhi una dolcezza al core,
Ché 'ntender non la può, chi non la prova.

E par' che della sua labbia sí muova
Un spirito soave pien d'amore,
Che va dicendo all' anima: sospira...

Dante me presta un soneto inmortal para que yo inicie la alabanza de una mujer, muerta en milagro de virtud y en aroma de belleza.

Y sobra mi palabra y sobran vuestros sentidos para la exposición y la penetración íntima de esta vida de mujer. "Son de tierra los ojos y son menguadas sus certezas", que dijo un esteta.

Son falaces nuestros oídos e incapaces de percibir el coloquio de las almas que están en el gran silencio.

Es premiosa nuestra lengua, inarmónica nuestra expresión, sólidas cual martillazos las palabras más leves, cuando se dejan caer sobre la urna frágil de una vida casta.

"Las palabras son humildes como la vida. Pobres ánforas de barro contienen la experiencia derivada de los afanes cotidianos, nunca lo inefable de las alusiones eternas" que dijo un artista.

Y, ¿qué queréis que haga yo, al teneros delante, confiados vosotros en mi palabra, esperándolo yo todo de vuestros sentidos, cuando recuerdo que la tempestad más armónica de la pauta la desencadenó un sordo; que la visión más clara del paraíso la tuvo un ciego; y cuando aún me encadena el simbolismo de una escultura, que no es

de tiempo sino de eternidad, donde el conocimiento cíclico de la vida y de la muerte, de la lucha y del dolor, de la angustia y del ensueño, estaba todo, dentro de los ojos sin pupilas del divino Homero!

Pero hay, sin embargo, vidas tan hermosas, que aún aprisionadas en palabras resultan bellas.

Vidas que parecen sueños.

Sueños de un cuatrocentista: de Leonardo, de Boticelli, que debieron soñar muy alto y muy puro, cuando lograron que hasta la materialización de su ensueño nos produzca éxtasis.

Un biógrafo diría que Carmen Sylva nació en el año tantos; que era alemana; que se casó en tal fecha por amor, con un príncipe que la amaba; que sin esperarlo ni quererlo fué reina; que murió hace muy poco.

Pero, ¿qué nos importa todo eso, cuando hay tantas almas que no dejan huella espiritual alguna en el mundo, y nacen, y se casan, y viven y mueren?

Yo no sé hacer biografías.

No prometo ni esperéis, por tanto, detalles biográficos minuciosos.

Quiero únicamente, intentar mostraros un gran corazón, que mereció como el nombre de Carmen Sylva estar en los nobiliarios. Pero gracias a Dios, el corazón no entiende de castas, y todos, hasta el más humilde, exhiben en un bello proceder su rancia ejecutoria.

Muchos hemos suspirado en nuestra infancia con la ingenua pastorcita de los cuentos, que sueña con ser reina al contemplarse en los estuarios.

La vida, (que algunas veces va más allá de los más inverosímiles cuentos) nos dice que la reina de Rumania murió con la añoranza de no haber sido pastora.

Sus íntimos nos la presentan de niña, co-

mo poseedora de una naturaleza en extremo sensible, rica, desbordante de ternura, ávida de afecto, hasta el punto de cubrir de besos apasionados las almohadas de su cama virginal.

Una vivacidad extraordinaria de carácter que le mereció el sobrenombre de **Torbellino** debía neutralizarse en opinión de sus padres con una educación, que Carmen Sylva, ya reina, denominaría espartana.

Instituciones rígidas y crueles atemorizaron con castigos imprudentes su alma infantil; y lo que es más doloroso, la Princesa de Wied su madre, alentó con la mejor de las intenciones esta formación espiritual, que tenía por idea básica el temor al castigo y a la muerte, sin recordar que si es muy verdad el aforismo de que "la letra entra con sangre", la sangre derramada no tigne que ser la del alumno, sino la del maestro.

La infancia de Carmen Sylva no fué de las que hacen pensar en una ensenada de tranquilidad y de paz, sino por el contrario, un preludio del majestuoso tema elegíaco que el dolor iba a desorrollar en su vida más tarde.

Pero como el sufrimiento es un purgatorio del que salen purificadas las almas generosas, y un infierno en el que se debaten como condenados las almas mezquinas, Carmen Sylva extrajo de estos sufrimientos de juventud la esencia vigorizante de su espíritu, que ya desde jovezuelo, luchó contra la melancolía (esa melancolía innata en los artistas, eternos añoradores de lo inefable) ocultándola bajo una máscara de alegría desbordante, que hubiera sido muy fácil de arrancar a una madre penetrativa, y conoedora de que en el corazón del niño, donde está potencial el corazón del hombre, los entusiasmos excesivos son el telón que oculta los íntimos desencantos.

Esta madre inflexible, veía un gran enemigo para la felicidad de su hija en la imaginación, a quien siempre denominó la loca de la casa; y para someterla, para podarla y disciplinarla, hizo que Carmen Sylva se dedicara con preferencia a las ciencias áridas y precisas; y entre matemáticas y declinaciones, entre números y gramática, aprisionó esa fantasía, ondulante cual el ropaje de una danzarina. Carmen Sylva a fuer de poeta, debió sentirse muy mal entre los verbos irregulares, y la verdad inamovible (que hasta ahora no han podido alterar los pícaros

iconoclastas de los artistas) de que igual suma arrojan dos y dos alabanzas, que dos y dos feroces críticas.

Y como si la venganza es el manjar de los dioses, bien puede ser el de las damas, la reina se vengó de los números declarando que: "A no ser que se nazca Newton o Pitágoras, las ciencias exactas no dan nunca alas para salir de los laberintos de la existencia.

Después de largos viajes que no fueron sino una peregrinación a climas mejores en busca de la salud de quienes amaba, de su padre, de su hermano, de su amiga predilecta, arrebatados los tres casi simultáneamente, toma rumbo definitivo la existencia de la reina, y la vemos unida a un príncipe, que, la víspera del matrimonio, escribe estas bellas frases en el álbum de su prometida: "El amor es el premio del amor. Ven a tu pueblo con la misma confianza que has venido a mí; entonces no será un solo corazón el que haga latir la fidelidad, sino millones que se unirán al tuyo, para demostrarme que no sólo eres mía, sino que un pueblo entero tiene derecho a contemplarte esperanzado, y a exigirte que le devuelvas amor por amor".

Carmen Sylva abandona su tierra natal para ir a Rumania y ese pueblo montaños, que habla con modulaciones que tienen algunos puntos de contacto con las nuestras, respetó los recuerdos de esa princesa de 25 años, que retribuyó el amor de su pueblo, como lo retribuyen siempre los poetas: cantando. Cantos vibrantes a la belleza salvaje de los Cárpatos, batidos por todos los vientos, y en cuyos parajes rocosos se me imagina que viejos de barbas floridas narran a los pastores jovezuelos consejas guerreras y misteriosas, dignas de ser alumbradas por el gran cómplice de todos los románticos: la luna.

¡Qué emoción le produjo a Carmen Sylva su entrada triunfal en Bukarest, que, prendida de flores y de flámulas, contempló a la vera de un príncipe apuesto!

Las líneas de una carta escrita momentos después de su entrada triunfal nos lo revelan: "Sólo me queda un deseo por realizar. (escribía), un deseo amable sobre todos: "que el día de mi muerte todos los pobres sigan mi féretro".

Carmen Sylva tuvo una hija, una princesa a quien ella llamaba "Hija del Sol", acaso porque representó para la reina toda la

dulzura de un día de verano.

El espíritu poético y exquisito de la madre se había vaciado en esta criatura extraordinaria, que bañaba su alma precozmente artista, en todas las fuentes de poesía de la naturaleza.

Una chiquita de rara precocidad, que a los dos años y medio le decía a la reina: "Cómo colorean tus mejillas, mamá! ¿Será porque el sol las ha besado?" Y se arrodillaba en la alfombra, pretendiendo atrapar los hacecillos de luz que penetraban.

La muerte de esta princesa niña, ensombreció para siempre la vida de Carmen Sylva, que no pudo gozar de nuevo de las alegrías de la maternidad.

A Carmen Sylva escritora, se le puede aplicar la frase de que "en el fondo de todo talento de mujer hay una felicidad frustrada". El dolor la hizo cantar, y ella creyó que fué el inspirador de sus mejores cantos: "hombre, si no has llorado no te llames poeta. De tus lágrimas de sangre, de tus dolores íntimos, de tus luchas titánicas, de los días angustiosos de un vivir de tristeza, saca flores, canciones y rayos de sol.

"De la cruz que te oprime haz una lira que cante. Que la miseria ajena sea tu propia miseria; que tu corazón sangre por el ajeno dolor. Y sólo cuando hayas llorado todas las lágrimas de tus ojos, podrás decirte a ti mismo que eres un poeta".

Desde 1880 a 1904 la reina publicó cerca de 50 volúmenes en los que tentó todos los géneros: la poesía, el cuento, la novela his-

tórica, los estudios biográficos, la tragedia, el drama lírico y hasta la metafísica y la psicología.

Es muy hermoso y abre horizontes infinitos un trabajo de Edmond Haraucourt publicado en "Le Gaulois" del 24 de diciembre de 1903, del que extracto un párrafo:

"Nos encontramos ante una princesa que " a pesar de su nacimiento encumbrado, y " a pesar del aislamiento que crea el trono, " traduce e interpreta, en la segunda mitad





Las dos mayores familias de Europa. (Según una antigua fotografía).

“ del siglo XIX las ideas que serán la esencia del XX:

“Lo que los pueblos apenas empiezan a poner en práctica, lo que los gobiernos se aprestan a concebir, lo que los tribunos están en actitud de declamar, una voz tierna de muchacha, de mujer, de reina, nos lo ha anticipado hace tiempo. Porque esta mujer reina es un espíritu obsesionado por las cuatro necesidades primordiales de la época actual: ansia de volver hacia la naturaleza; intensa fiebre de trabajo; constante preocupación de mejorar la condición de los humildes; declamación perpetua por la fraternidad de los pueblos y por el apaciguamiento de los odios nacionales. Carmen Sylva dice lo que piensa, porque lo piensa. Nunca ha mentado, nunca ha engañado. Sabe lo que cree y lo que ama, sin transacciones de conciencia, considerando que su vocación de poeta y su papel en el mundo le han conferido la misión de un doble apostolado”.

Muchos han creído que el pseudónimo de Carmen Sylva, que suena a tierra andaluza

y a arte velazqueño, está compuesto de dos palabras hispánicas.

Son dos locuciones rumanas que quieren decir “canto de la selva”. La reina misma nos lo cuenta:

“Carmen, le Chant; Sylva, la Forêt;—Elle [même

“Elle chante son chant, la superbe forêt;
 “Et si je n'étais née au fond des bois que [j' aime,
 “Pour redire ce chant mon luth serait muet!
 “Je le tiens des oiseaux et des vertes ra- [mures
 “Dont mon oreille a su recueillir les propos;
 “J' y mis aussi mon âme, et dans leurs doux [murmures
 “La Forêt et le Chant m' invitent au re- [pos!”

Si es cierto lo del escritor hispano “que el ideal está siempre dentro de nosotros mismos y cada cual eleva su ideal con materiales extraídos de su propia substancia” reconozcamos que en lo íntimo de esa alma de mujer, plasmada por el dolor, inflamada de renunciamento, ahita de sacrificio, había una

estatua que, cual la maravillosa de que nos hablan, tenía los pies de arcilla forzosamente adheridos a la tierra, y la cabeza de oro perdida entre las nubes.

Carmen Sylva fué una personalidad tan rica en matices, de tan vigoroso relieve, que adunó en su corazón, todos los ideales de la gran mujer y de la gran reina, que forzosamente me veo obligada a callar: su discreta actuación en la política; sus heroicidades en la guerra; sus estéticas actitudes en el mecenado literario; sus obras de ternura para los pobrecitos ciegos. Pero, sobre todo, en lo que más siento no poder insistir, es en la poesía de su crepúsculo, de su "Tramonto", como dicen poética y eufónicamente los italianos.

Años crueles que han merecido a Benavente esta frase exactísima: "Así como la tarde es la verdadera piedra de toque de la elegancia, la tarde de la vida lo es del saber vivir".

La edad poética e ingrata que refleja toda nuestra existencia al decir de Rosetti: "Todo el pasado de nuestra vida se parece al cielo cuando el sol se pone; mucho más claro cuanto más lejano".

Carmen Sylva acogió su ancianidad con esta hermosa página:

"Pocas personas se habrán alegrado tan-

" to como yo, al ver llegar sus 60 años. Desde que tuve 20, me preparé para la aurora de este día. Esta edad era para mi como un punto de paz y de reposo; apaciguada por fin la tormenta, que había soportado desde mi infancia. Y, sin embargo, ¿por qué la vida permanecerá para mi obscura y misteriosa? Si no he visto encalmarse la vida, he visto, en cambio, apaciguármeme el alma. La vida no muda de aspecto, pero en cambio nuestros ojos la perciben mejor. Cesa el encarnizamiento de la lucha contra el destino; ya no queremos domarlo. Nos sorprendemos indulgentes, tal vez menos accesibles a la piedad, pero es porque comprendemos que el dolor es la ley que rige al mundo. Yo he experimentado, desde el comenzar de mi existencia, todos los sufrimientos, todas las pruebas, todas las vicisitudes, que alma humana puede soportar. La segunda mitad de mi vida la han llenado un trabajo incesante y enormes preocupaciones. El resto transcurrirá suavemente, ¡Dios lo quiera! ante la puerta misteriosa por la que he visto desaparecer a todos los que amaba. Yo conservo una fuerza tan grande de alegría, que me complazco como un niño en el presente, sin que el porvenir me inquiete.



Las dos mayores familias de Europa. (Según una antigua fotografía).

" Una flor, un rayo de sol, un rostro juve-
 " nil que sonría, una figura de anciano, una
 " palabra, un eco, una nota, una hoja, un
 " pájaro, una luz, una acción levantada y
 " generosa, me producen pasmo, arrobo, de-
 " liquio, éxtasis. Yo no he tenido decep-
 " ciones, porque jamás pedí a los hombres,
 " algo que no me podían dar. Para mí no ha
 " habido enemigos. ni extraños, sino almas.
 " Dos palabras he borrado de mi dicciona-
 " rio: la palabra familia y la palabra aje-
 " ño. Yo renuncié a mi hogar para adoptar
 " una raza. Yo dejé mi familia y no acerté
 " a fundarla sobre esta tierra. No puede ha-
 " ber por lo tanto hombres extraños a mis
 " ojos. Todos los hombres son mis herma-
 " nos, todos pueden estar seguros de mi
 " afecto: los que tienen hambre, los enfer-
 " mos tienen más derecho a sentarse a nues-
 " tro hogar, y a alumbrarse con nuestra luz
 " interior. Esta luz puede parecernos lumbré
 " de llama, fuego artificial, lámpara que ti-
 " tila en una capilla misteriosa, rayo de lu-
 " na, fuego fatuo, antorcha, faro... ¡Bien-
 " aventurados aquellos cuya alma irradie
 " como el sol! ¡Bienaventurados aquellos que
 " poseen un corazón luminoso, que deshace
 " el hielo y que hace granar los frutos del
 " alma!

" En mi infancia, yo fui un día a ver a
 " una mujer anciana. Estaba sentada le-
 " yendo la Biblia a la luz de un sol nacie-
 " te. Yo me acerqué y ella se quitó sus an-
 " teojos y se volvió a mí con una sonrisa de
 " paz. Esta sonrisa delatora de la paz de un
 " alma ha esclarecido toda mi existencia,
 " como la única cosa digna de envidia en
 " esta tierra. Espero en Dios que tal sonreír
 " prenda en mis labios para siempre. ¡Que
 " Dios bendiga a los que llegan a los 60
 " años en paz, con el corazón iluminado por
 " la bondad y la paciencia!"

Carmen Sylva no ha muerto, porque pode-
 mos decir con el poeta "que sólo puede decir-
 se que se van o que se mueren los que no
 supieron hacerse amar". Carmen Sylva ha
 desaparecido únicamente.

Así como en nuestras meditaciones cuando
 sentimos la necesidad de reposarnos mirando
 al cielo, la luz que nos conforta, es muchas
 veces la luz de una estrella que ya no existe,

que se ha perdido en lo infinito, dejando ese
 temblor luminoso, ¿por qué hemos de pensar
 que las almas sean inferiores a las estrellas,
 y no dejen también una huella de luz, que es
 más fuerte que la vida, y que se mete pecho
 adentro para iluminar las almas?

La vida entera de Carmen Sylva está llena
 de evocación, de misterio y de milagro. El
 estremecimiento de su alma queda en sus
 libros. El rumor de su corazón está en sus
 obras. Y su vida entera, su vida entera de
 reina, de escritora, de mujer, de esposa y de
 madre podría contarse a la luz meridiana de
 un día estival, bajo un vuelo de palomas
 blancas.

Fué una mujer que llevó un nombre de
 fatalidad y de ensueño; el que llevaron San-
 ta Isabel de Hungría y Santa Isabel de Por-
 tugal, e Isabel la Católica y la Emperatriz
 Isabel esposa de Carlos V, e Isabel de Valois
 mujer de Felipe II, e Isabel de Borbón hon-
 nesta y hermosísima mujer del rey poeta, que
 fué en España el cuarto Felipe. El nombre
 que han llevado en nuestros días la Empe-
 ratriz fugitiva de Austria y el que lleva ese
 lirio brotado entre sangre, aureolado de sa-
 crificio, que es la reina Isabel de Bélgica; la
 del triste sonreír; la del suave mirar; la de la
 voz argentada; la del corazón de oro; la de
 las manos marfilinas y milagrosas.

Y en este homenaje a Carmen Sylva de
 un círculo de mujeres va envuelto también
 un homenaje a todos los corazones femeninos
 que tuvieron algún punto de contacto con
 este gran corazón de mujer, que pudo ser sín-
 tesis de la feminidad en todos sus matices
 impalpables.

Los corazones humildes, los corazones mo-
 destes, que pasaron por el mundo no dando
 luz sino dando calor.

Los corazones atormentados, que fueron
 capaces de ver la vida a través del llanto.

Los corazones fuertes, palancas que sostie-
 nen al mundo, al decir de Brunetière: "Lo
 que nos salva, no son los progresos de las ma-
 temáticas, de la química, de la erudición ni
 de la historia, sino las virtudes activas, el
 espíritu de abnegación, de sacrificio y de vo-
 luntad".

Los corazones artistas, que sangraron siem-
 pre y "cuya sangre fué chorro de luz, que, al
 ser resplandor para todos, fué en el corazón
 del poeta herida dolorosa". (1)

(1) Benavente.

Para todos esos corazones de mujer, corazones anónimos, humildes, desconocidos, atermentados, artistas, que se consumieron ante Dios, que lloraron entre los hombres, que dudaron, que temieron, que creyeron, que lucharon... En una palabra: que vivieron; para todos vaya un recuerdo, y para todos sea este homenaje.

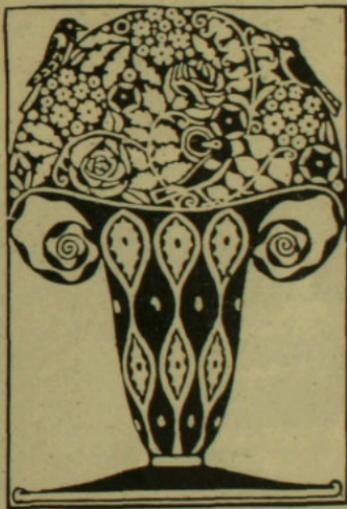
Carmen Sylva, a vivir, lo hubiera aplaudido.

Ella tuvo un corazón que lo amó todo, que

lo perdonó todo, a quien se pudo aplicar la frase de un esteta: "El corazón que supiera amar todas las cosas sería un universo".

Y dentro de este universo de amor, que pide amor para todas las vidas, resuena como verdad lo que escribió un poeta:

"Aunque otra cosa pretendan algunos sabios autores, hay dos clases de mujeres: las buenas... y las mejores".





EXHUMACION DE LOS MARTIRES DE AERSCHOT



WHISKY AND SODA

EPISODIO MILITAR.

Repercutían aún por el aire los últimos sonidos de la corneta tocando llamada a oficiales en el cuartel de Húsares de la Princesa, cuando acudían éstos presurosos al cuarto de banderas del regimiento. La mañana era cruda y lluviosa, y a medida que cada oficial iba por riguroso turno de antigüedad pasando por delante

de la mesa del coronel, cuadrándose un momento para saludar, iba formándose sobre la alfombra un charco de agua, que caía de los empapados uniformes.

Todos estaban ya presentes, menos el teniente Barrios, pero en el mismo momento que el coronel tendía por la sala su mirada investigadora, aparecía Jorge Barrios. Llegaba saludando y casi sin aliento, y apenas si tuvo tiempo de hacer un saludo antes de que comenzara la tarea de costumbre.

No pasó inadvertida para el coronel la repentina y precipitada irrupción del teniente Jorge; el hecho no podía, por tanto, quedar sin su correspondiente reprimenda.

—Es necesario presentarse con tiempo, señor Barrios, le dijo. No es propio de mis oficiales entrar de ese modo al cuarto de banderas; esa precipitación es improcedente y espero que en lo sucesivo no se volverá a repetir.

—A l-l-l-a orden, mi co-o-o-oronel, contestó Jorge, que estaba aún sin aliento y tartamudeaba siempre en tales circunstancias.

El coronel empezó después a imponerse de los partes contra los infractores de las ordenanzas militares y uno por uno iba a cada cual dando su castigo, como severo juez.

—Luis Márquez,—dijo el ayudante, poniendo ante los ojos del coronel el parte correspondiente.

Este miró al infractor. El ayudante fijó su vista distraidamente en el techo, mientras Márquez daba a su rostro compungido, una expresión de víctima inocente.

El coronel tosió sonoramente e hizo al prisionero la terrible pregunta:

—¿Quiére Ud. ser juzgado por mí o por el juez militar que se le designe?

Siguió un momento de silencio y cuando ya el interrogado iba a contestar a aquella pregunta, salió una voz chillona de entre el grupo de oficiales que estaban junto a la puerta:

—¿Qué va a ser, querido, whisky and soda o whisky puro?

El coronel saltó de su asiento, el ayudante cesó en su estudio contemplativo del decorado del techo, mientras el mayor del regimiento indignado por tan insólito desmán, cogió al punto del brazo al arrestado oficial y salió con él del cuarto a toda prisa.

Un joven oficial, tentado de la risa, iba a dar a esta su expansión natural; pero la fulminante mirada del coronel ahogó la risa en su garganta, y la risa se convirtió en ligera carraspera.

—Señores, exclamó el coronel, veinte años llevo al servicio de S. M. en el Ejército y jamás he presenciado un hecho tan escandaloso como el que acaba de ocurrir. Exijo que el oficial que tan lastimosamente se ha olvidado de lo que es y del respeto que a todos debe, dé dos pasos al frente y explique su incalefiable conducta.

Siguióse el más intenso silencio, interrumpido sólo por el monótono tictac del reloj del cuarto de banderas. Después hubo un movimiento entre el grupo de los oficiales más jóvenes y adelantóse el segundo teniente Barrios, colocándose ante la mesa del coronel

sobre la alfombra que tan precipitadamente dejara Márquez.

—Ud., señor! gritó el coronel con voz iracunda. ¿Cómo explica Ud. su indigna conducta?

Jorge estaba encendido como la grana, movía los labios y se veía que era objeto de una excitación vivísima.

—¿Q - q - q - qué va ser, whisky and soda o whisky puro?

Las palabras salían ahora claras, energías tras del preliminar tartamudeo.

—¿Cómo es eso, señor? masculló el coronel. Qué se ha propuesto Ud. con...

Pero interrumpióse la palabra del coronel, pues Jorge agitaba incesante los labios, y por tercera vez resonó en los oídos de todos los oficiales estupefactos el grito extraño:

—¿Whisky and soda o whisky puro?

—Teniente Barrios, gritó el coronel fuera de sí, inmediatamente se va Ud. arrestado a su habitación y queda Ud. allí hasta nueva orden. Su conducta es increíble en un oficial y un caballero, y la gravedad de su falta es tal que tendré que ponerla en conocimiento del general gobernador.

El sudor corría a grandes gotas por el rostro del oficial, que estaba como petrificado.

—P-p-p-pero s-s-s-señor, comencé a decir, y de nuevo sus labios se negaron a hablar; volvió otra vez a gritar la voz de antes, a continuación de una ruidosa carcajada.

—Una copita de whisky, amigo!

—Llévenselo, gritó el coronel; llévenselo.

Dos oficiales dieron un paso adelante.

—Mi coronel, no es la voz del teniente Barrios esa, dijo el más joven.

—¿Que no es su voz?

—No, señor, mi coronel, no es mi voz.

—¿Quién es entonces el que grita?

Otra vez pretendió hablar Jorge, hasta que ya, en un movimiento de desesperación, desabrochóse el capote.

—¿Whisky and soda o whisky puro?—chilló la voz mientras, escapando del pecho del teniente, saltaba libre a la mesa del coronel el lorito del regimiento.

Hubo un momento de espectación y de silencio entre el grupo de oficiales, que de pronto rompieron en estrepitosa carcajada.

El ayudante ordenó silencio, poniendo el índice en los labios. El coronel miró primero a Jorge, después al grupo de sus subordinados y por último fijó su vista en el loro.

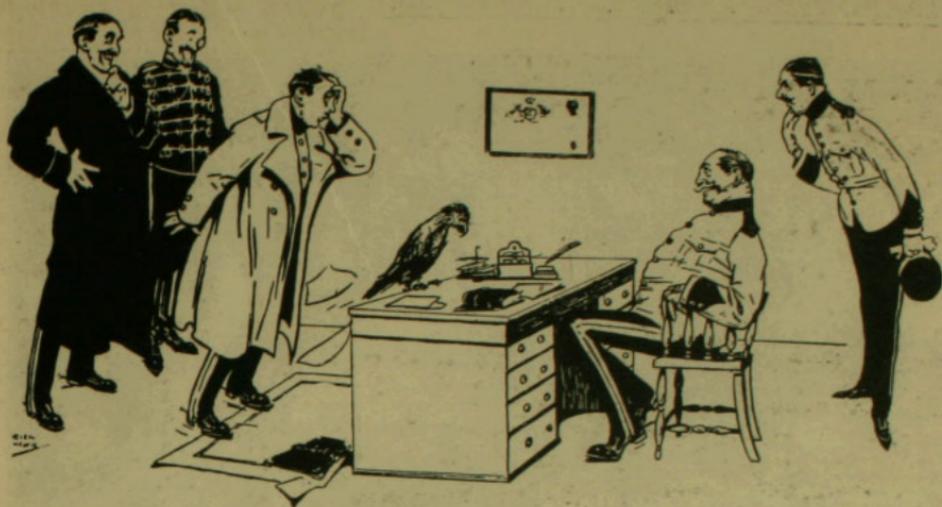
—Bravo amigo, ¿qué va a ser? Whisky puro o con soda?—chilló el pájaro malvado.

—Capitán Vargas, exclamó el coronel haciendo esfuerzos por contener la risa, haga retirar ese pájaro. Después, esforzándose siempre por conservar su seriedad, dijo a Barrios: Ha cometido Ud. una grave falta de disciplina, que yo no puedo dejar sin su castigo.

Pero al llevarse el loro, Jorge recobró su tranquilidad y el dominio de sí mismo y habló. Habló explicando al coronel todo lo ocurrido.

Sucedió que al venir él presuroso a presentarse al cuarto de banderas, en el camino, sobre un balcón, vió a Polly, el lorito del regimiento, tan querido y cuidado por oficiales





y soldados. El loro, al verlo, voló hacia él, posándose cariñosamente en el hombro. Al ver que se había escapado del cuartel, lo tomó para dejarlo en su puesto, pero antes de llegar al cuartel le sorprendió el toque de la corneta.

Si iba a dejar el loro llegaba tarde a su presentación; al animal no iba a dejarle en medio de la calle para que se perdiera; determinó entonces esconderlo debajo del capote y acudir con él al cuarto de banderas.

No podía él prever lo que después aconte-

ció, y que el pájaro iba a ponerle en el mayor de los apuros, repitiendo aquellas frases que él mismo precisamente le enseñara.

Ante tan franca explicación, soltó entonces el coronel la risa a todo trapo, rieron todos de nuevo a coro y con gusto y Barrios echó por fin fuera aquel susto que medio le había muerto.

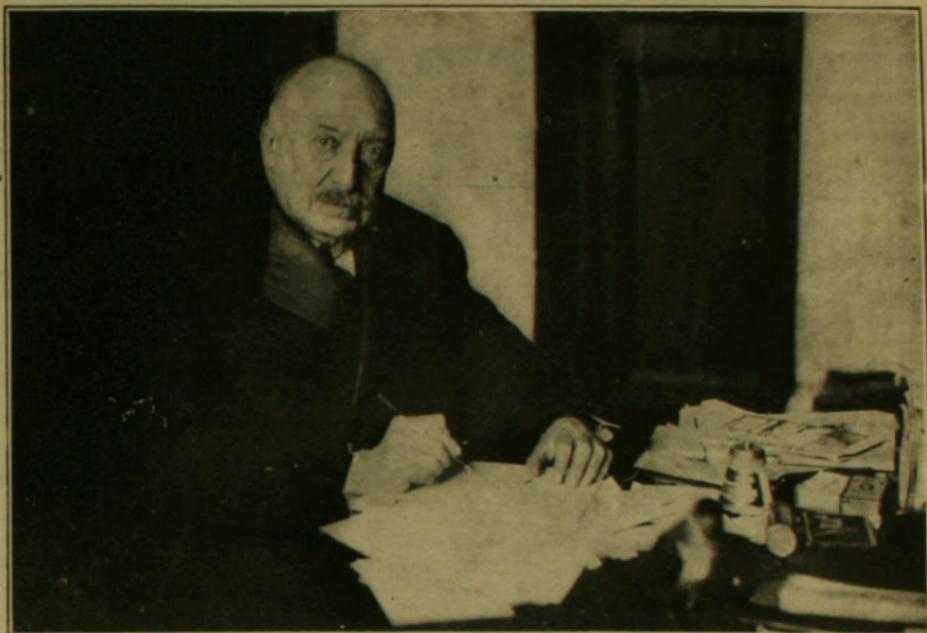
Pero desde entonces el teniente Jorge Barrios fué conocido entre todos sus camaradas del regimiento por el mote de "Whisky and soda".

RAYMOND





ANTES DE QUE CAIGAN LAS
HOJAS TENDREMOS LA PAZ.



El general Reyes en su gabinete de trabajo

De Bogota a la Patagonia y a la Tierra del Fuego

Por

R. REYES

Con fotografías

De Bogotá a Cartagena

Desde que en el colegio estudiábamos geografía, nos formamos el propósito de visitar y estudiar lo más que pudiéramos del Globo terrestre; no sólo por curiosidad sino por ilustrarnos, por comparar países y por ayudar a hacer conocer los inexplorados, a fin de que nuestra patria, los pueblos de nuestra raza y también los de otras, conociendo sus recursos, se beneficien de ellos.

A los 17 años de edad salimos de nuestra ciudad natal, en el corazón de las montañas de Colombia, hacia el norte, y recorrimos sus territorios hasta el Carehí, límite con el Ecuador, durante 4 años. Con nuestro hermano Enrique exploramos las vírgenes montañas selváticas de la cordillera oriental: de Santa

Rosa, Curiaco, de Tajumbina, de Potosí y de Tasajeras y en la occidental las de Patia y Munchique, en las que descubrimos ricos bosques de quina, que produjeron al país y a los que la explotaron, millones de dólares. Estas exploraciones las hicimos a pie, abriéndonos paso con el machete por en medio de la exuberante flora tropical; las lianas, espinos y bejuco, hacen una especie de espesa red que impide el paso del hombre; subimos a los páramos helados, descendimos por las abruptas paredes de las rocas, a las veces valiéndonos de cuerdas, como hacen los alpinistas; atravesamos los arroyos y torrentes, sirviéndonos de puente los árboles, que arrojábamos de una margen a otra. En 1874 atravesamos el Continente por la hoya amazónica, del Pacífico al Atlántico, y durante diez años ex-

ploramos, con nuestros hermanos Enrique y Néstor, los ríos colombianos Putumayo y Caquetá, cuyo curso hasta el Amazonas es de 2,000 y 3,000 kilómetros respectivamente; el Amazonas y la mayor parte de sus afluentes, que riegan los territorios del Ecuador, del Perú, de Bolivia, del Brasil y de Venezuela. Mi hermano Enrique rindió la vida, víctima de la fiebre amarilla, explorando el río Yuruá. Navegaba en un vaporcito, que él mismo comandaba y era tan esforzado de ánimo que el día de su muerte se hizo vestir de negro por su sirviente, rehusó acostarse en una cama, se sentó y allí expiró; las autoridades peruanas de Iquitos, adonde llegó el vapor el día siguiente, le hicieron solemnes exequias, le levantaron un mausoleo, en donde depositaron sus restos.

Mi hermano Néstor se perdió en las selvas de las márgenes del Putumayo, haciendo exploraciones; los indios antropófagos Huitotes, que habitan en ellas, lo devoraron. Nosotros lo buscamos por varios días, vagando por aquellas soledades y haciendo descargas con nuestro rifle con la esperanza de que nos oyera y nos contestara; después de diez días de luchar contra la corriente del río, encontramos en una playa restos de sus vestidos y sus huesos calcinados los recogimos, los depositamos al pie de un árbol secular en una tosca caja que labramos con los dos salvajes que nos acompañaban; después los unimos con los de Enrique y los depositamos en la Catedral de Bogotá. Estas exploraciones están relatadas en el libro "A través de la América del Sur", presentado a la Segunda Conferencia Pan-Americana reunida en México en 1902, la que decretó una placa de bronce a la memoria de estos dos exploradores, con la siguiente leyenda:

"La Segunda Conferencia Pan-Americana. — A Enrique y Néstor Reyes, muertos en servicio de la civilización de América."

De 1909 a 1912, recorrimos con mi hijo Rafael, la mayor parte de Europa, el Asia europea, los Balkanes, Turquía, Arabia y la Africa del Nilo hasta las cercanías de sus fuentes. En 1913 recorrimos con mi segundo hijo, Pedro Ignacio: los Estados Unidos, Cuba, Brasil, las Repúblicas del río de la Plata, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. En el libro con ilustraciones, "Las dos Américas", publicado en español y en inglés, se encuentra la relación de este viaje y del que hicimos por tierra, de Río de Janeiro a Montevideo, atravesando las pampas y selvas del Paraná, de Santa Catalina y de Río Grande del Sur. En nuestro libro "Por España y Portugal", y en las conferencias en la Sorbona, que presidió nuestro amigo Mr. Paul Doumer, relatamos con proyecciones estos últimos viajes y exploraciones.

La apertura del Canal de Panamá y el saneamiento de los trópicos abren la América del Sur y especialmente las costas del Pacífico a la humanidad; la actual guerra europea arrojará a esta a nuestro Continente, que en este siglo es su porvenir, como en el

pasado lo fué la América del Norte. Las naciones que la componen tienen hoy nuevas obligaciones para recibir y utilizar convenientemente la onda de inmigración, y se impone la necesidad de aproximarse unas a otras, de conocerse mejor y de unir sus fuerzas con la madre patria, en salvaguardia de sus propios intereses, de los de raza y de los ideales latinos en este hemisferio. Con el objeto de ayudar a la realización de estos ideales y también deseando completar nuestro conocimiento de la América del Sur, en donde habíamos explorado su extremo boreal desde el Orinoco y Río Negro, emprendimos viaje con mi hijo menor Enrique, a visitar el extremo austral, la Patagonia y Tierra del Fuego, que es el que narramos brevemente en este artículo.

De Bogotá a Panamá

Está situada la capital de Colombia, llamada por los indios Chibchas Bacatá, en la cima de los Andes, a 2,600 metros sobre el nivel del mar; con un clima de 12° a 18° C.; en una extensa planicie llamada la Sábana, de fertilísima tierra, abundante en aguas y en la cual hay varias poblaciones importantes: Zipaquirá, Facativá, Funza, Madrid, etc., etc.; la capital tiene 120,000 habitantes y toda la altiplanicie 200,000. Su clima es muy sano y agradable; la flora es primaveral. Es proverbial la hospitalidad y cortesía de sus habitantes, así como su ilustración y amor por el estudio. Fué en este lugar que se reunieron, a principios de 1500, los tres grandes conquistadores: Jiménez de Quesada, Granadino, quien partió de Santa Marta por el río Magdalena y durante largos meses, en malas y pequeñas embarcaciones, luchando contra la corriente, atacado por las fiebres de aquellas mortíferas regiones y por las flechas envenenadas de los indios, subió por 1,200 kilómetros los ríos Magdalena y Opón hasta Bacatá, al mismo tiempo que por el sur llegaba allí, un día después, Balalcazar, teniente de Pizarro; partió éste del Cuzco por la cima de la Cordillera, a través de volcanes de nieve perpetua, enmarañados bosques y profundos valles, en una extensión de 2,000 kilómetros. Un día después de Balalcazar apareció por el Norte el alemán Fredeman, que estaba al servicio de Carlos V; había salido de las costas septentrionales de Venezuela y atravesado con una escolta de 100 hombres, entre los cuales la mayoría era de alemanes, (Carlos V había dado a una poderosa casa comercial de Haugsburgo la explotación de lo que hoy es Venezuela); los inmensos páramos de Mogorondoque, Cilos, etc., etc., de Santander y las montañas de Boyacá en Cundinamarca. El primero tuvo que luchar con los intrépidos indios de Muzo, quienes desde tiempo inmemorial explotaban las minas de esmeraldas, las únicas finas del mundo, y comerciaban con ellas con los Aztecas de México, como lo prueba las que había en el tesoro de Moctezuma. El segundo tuvo que abrirse paso por el me-



El general Reyes con dos "huasos"

dio de los bravos Pijaos, los que nunca fueron sometidos, en las montañas de Guanacas. Los clarines de estos conquistadores de hierro, debieron sorprenderlos recíprocamente, pues que ignoraban su encuentro; estuvieron a punto de irse a las manos, disputándose el derecho de conquista, el que le fué acordado a Jiménez de Quesada, como primer ocupante. Mediante convenciones que celebraron, Belalcázar y Fredeman se retiraron por la misma ruta por donde habían llegado, y dejaron algunos de sus soldados a Jiménez de Quesada; entre éstos había varios alemanes, que se establecieron en las poblaciones de la Sábana de Bogotá y que hoy se llaman: Tabío, Tenjo y Subachoque; es fácil reconocer en sus habitantes—altos, rubios, barbados y esforzados—su origen teutón.

De Bogotá parte un ferrocarril que recorre la altiplanicie y que se une al de Girardot, que avanza hacia el Pacífico, a Buenaventura y que tuvimos el placer de hacer terminar, durante la administración nacional que presidimos, en 1909. Este ferrocarril es reconocido como uno de los más difíciles y atrevidos. Se recorre en seis horas, durante las cuales se contemplan hermosos y variados panoramas: ya son los elevados volcanes cubiertos de perpetua nieve y la gigantesca masa de los Andes, que limitan al sur el horizonte; ya extensos valles cubiertos de árboles seculares o de inmensas praderías, que parecen cobijadas

con un manto de verde esmeralda, por el medio de los cuales se desliza el río Magdalena, que parece una ancha cinta de plata; ya pequeños valles, en donde se exhibe en todo su esplendor la flora tropical; y ya cataratas como la imponente del Tequendama, arroyos y torrentes, que brotan de las altas montañas y se precipitan turbulentos y espumosos por sus faldas. A distancia de dos y tres horas de marcha, se encuentran hoteles confortables, en donde se puede escoger el clima y la altura que se quiera, como el de La Esperanza, en medio de flores y de torrentes a una altura de 1.200 metros y temperatura de 18° C. a 22° C., de allí se domina un inmenso horizonte; el Hotel de San Javier, altura 800 metros y temperatura de 22° a 28° C.; el de Apulo es un hotel moderno con capacidad para más de 100 huéspedes, a una altura de 600 metros y de 25° a 30° C., está situado en la confluencia de dos ríos, uno de estos de agua medicinales; este lugar es reconocido como el más sano de toda esa región; en Girardot hay varios hoteles, próspera población, sobre la margen derecha del río Magdalena, a 500 metros de altura y de temperatura de 24° a 32° C.; de allí parte un ferrocarril, por la ciudad de Ibagué, que va a unirse con el del puerto de Buenaventura. Está ya construido, al Valle del Cauca.

El viajero que desciende de la Sábana de Bogotá por el ferrocarril, de una altura de

2,600 metros en un trayecto de 130 kilómetros, goza de uno de los paisajes más hermoso del globo: después de atravesar el pequeño túnel de Zipacón, se extiende a su vista un océano de verdura, de luz y de colores; el tren avanza como una inmensa serpiente haciendo increíbles ondulaciones, por entre plantaciones de café, las que en el tiempo de florescencia, parecen cubiertas de copos de nieve, y en el de madurez, de granos de coral—este es el color de la fruta madura—sombreadas por elevados y vistosos árboles vestidos de rojas flores, de cuyas ramas se desprenden variadas y bellas orquídeas y en donde cantan pájaros de variados plumajes; en otras partes se aperciben árboles de vivos colores: el gualanday cubierto de flores moradas, el guayacán de otras que parecen de oro, y todos tienen la forma de grandes ramilletes; las aguas abundantes y puras, formando espumas, como el champaña, al chocar contra los guijárros, se precipitan en torrentes y cascadas y su estrepitoso rumor parece querer ahogar el ruido del tren y el silbido de la locomotora; al llegar a Girardot, el viajero vuelve la mirada hacia las altas montañas en donde hace pocas horas se encontra-

ba, y alcanza a ver la línea férrea confundándose con las nubes; puede decirse de este ferrocarril lo que de La Oroya, (The railroad among the clouds); igualmente atrevidos son los dos.

De Girardot se toma un vapor pequeño y en pocas horas se descende a la ciudad de Ambalema, contemplando en las dos márgenes del río extensas praderías cubiertas de millares de animales vacunos y caballares, limitadas por bosques seculares; allí se toma un tren, que atravesando iguales praderías, va en seis horas al puerto de La Dorada, sobre el río Magdalena, de donde parten vapores cómodos, con luz y ventiladores eléctricos, en los cuales se recorren en tres días, bajando el río, y en el doble subiéndolo, los 900 kilómetros, que hay a Cartagena o a Puerto Colombia.

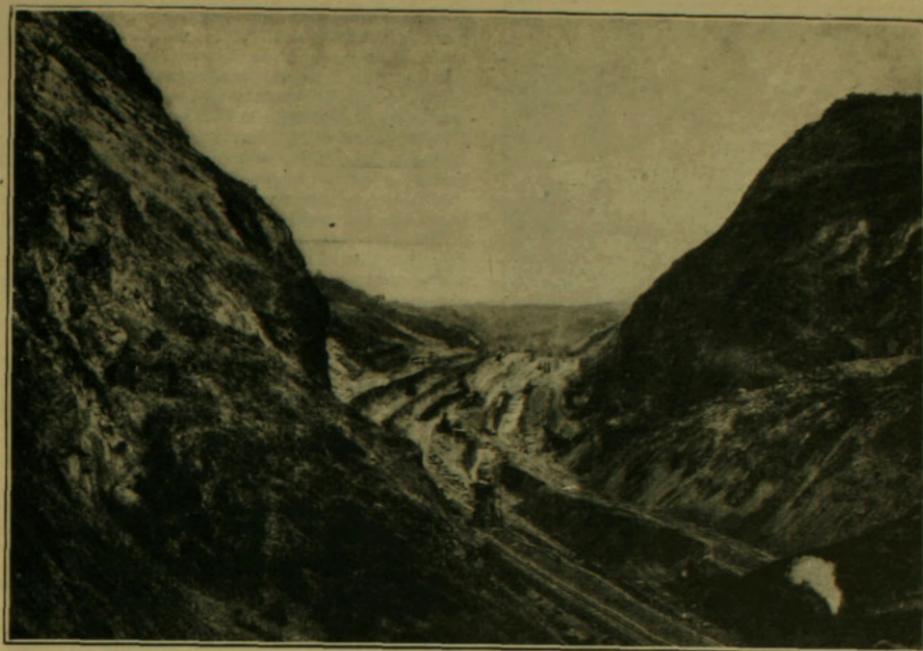
Este viaje por el río Magdalena y por en medio de la lujuriosa y bella flora tropical y de las haciendas y potreros del alto Magdalena y de la gigantesca cordillera de los Andes, tiene un grande atractivo para los turistas y para los amantes de la naturaleza. Las selvas de las dos márgenes del río están pobladas de diversidad de pájaros canoros y de vistosos plumajes; de monos o micos de varias clases; en el bosque se levantan y dominan las airoas palmeras, y en los troncos de los árboles se enredan las lianas, que han servido de modelo a los artificiales festones; en el suelo se agrupan helechos de diferentes clases; en las inmensas playas se ven multitud de grandes caimanes, que se cazan desde a bordo; a las veces los tigres atraviesan el río, lo mismo que los tapires o dantas y los puercos salvajes. En las márgenes del río hay las importantes poblaciones de Puerto Berrio, de donde parte un ferrocarril, que va en ocho horas a la rica ciudad de Medellín, cuya población es de 60,000 habitantes; hay, además, las poblaciones de El Banco, Mompós, que tuvo grande importancia comercial y es cuna de hombres notables, Magangué, Calamar, etc., etc. Por los viajes que hemos hecho en diferentes países, tenemos la impresión que los turistas gozarían haciendo este, el del Valle del Cauca, del Ecuador, del Perú, de Bolivia, de Chile, etc., etc., tanto o más que en las excursiones de Suiza, del Tírol, del Nilo, etc., etc.

De las costas atlánticas de Colombia, son dignas de visitarse:

Cartagena.—Llamada con justicia la "Heroica", por el bloqueo que sostuvo contra una poderosa escuadra inglesa comandada por el almirante Vernon, quien tenía tal seguridad de vencer y ocupar la ciudad, que al salir de Inglaterra hizo fabricar gran cantidad de medallas de bronce, que llevaba consigo, en las cuales aparece el comandante español, el valeroso don Blas de Leso, arrodillado a los pies del almirante, entregándole las llaves de la ciudad; en el reverso se ven la bahía con la flota inglesa, los fuertes, las murallas y el Castillo de la Popa. La derrota que el jefe español dió al inglés fué tan monumental—así



Lavadero de Esmeralda.—Colombia



El gran corte de la Culebra

la calificó S. M. don Alfonso XIII, cuando le referimos lo de las medallas, de las cuales le obsequiamos dos—que estas habrían servido para celebrar lo contrario de lo que ellas representan. La otra acción de gran valor de Cartagena fué el sitio que sostuvo durante la guerra de la Independencia, y últimamente el de 1885, el cual ayudamos a levantar, cuando la ciudad estaba sufriendo los rigores del hambre. Esta ciudad es hoy notable por la laboriosidad de sus hijos, quienes hacen un importante comercio en el río Atrato productor de platino, y en el Sinú.

Barranquilla.—Ciudad moderna, muy comercial e industrial, que tiene 60,000 habitantes; está unida a Puerto Colombia por un ferrocarril que se recorre en dos horas y es el término de la navegación del río Magdalena, así es que en su puerto se ven numerosos vapores, que hacen este servicio. Esta ciudad, lo mismo que Cartagena, están en condiciones, por su riqueza y por la laboriosidad e inteligencia de sus hijos, de ser las que más se beneficien de la nueva ruta del Canal de Panamá, para negociar con el Pacífico y para explotar las grandes riquezas del Valle del Cauca, sin que se perjudique la navegación del Magdalena, que por ser más barata que los transportes ferrocarrileros, servirá siempre a los pueblos ribereños de este río y al centro de Colombia.

Santa Marta.—La primera ciudad fundada por los españoles en territorio Granadino, desde entonces hasta hace 40 años, tuvo grande

importancia como centro comercial; hoy la tiene por la industria de plátanos o bananos que se exportan en gran cantidad por valor de varios millones de pesos al año; este comercio ayudó eficaz y oportunamente, por la entrada de oro al país, a dar firmeza al valor legal y comercial del papel moneda colombiano, de tal suerte, que desde 1905, fecha en que tomó grande incremento esa industria, el valor del papel moneda ha sido fijo, y no ha oscilado sino en 1 o 2%, a pesar de la guerra europea.

De Cartagena a Panamá

De Cartagena se va a Colón en 12 horas, en vapores de marcha de 12 millas y de Colón a Panamá en dos horas por el ferrocarril y en seis por el Canal. Tanto Colón como Panamá, que antes eran de los lugares más malsanos y mortíferos, son hoy de tan buen clima como Londres o París, debido al saneamiento de los trópicos, inmenso bien que se debe al cubano Dr. Finlay, quien descubrió el mosquito estegomia fasciata, que produce la fiebre amarilla, y el medio de destruirla, y a los americanos del Norte que lo aplicaron en el Istmo y en Cuba, como también se ha hecho en Río de Janeiro y en Santos. Al pisar Panamá, esta tierra colombiana arrebatada violentamente a nuestra patria, recordamos, por lo que a esta interesa y no por nuestra personalidad, nuestra actuación en los asuntos de Panamá, la que brevemente



Observatorio Astronómico de Bogotá.—Colombia

narramos, porque consideramos que es conveniente que el público conozca la historia de la desmembración de Colombia.

En 1885, cuando el incendio de Colón, desembarcaron en el Istmo fuerzas americanas de mar y de tierra, comandadas por el almirante Jewet y por el coronel Mackella, y ocuparon a Colón y Panamá. Colombia estaba incendiada en una guerra civil; el Presidente Núñez nos ordenó que acudiéramos del puerto de Buenaventura a recuperar el Istmo de Panamá; en aquel puerto no había sino la pequeña cañonera "La Boyacá" y el viejo casco del vapor "Guayaquil", que servía de pontón para carbón; en él nos embarcamos con 400 hombres remolcados por la cañonera, y aunque el pontón hacía agua y había peligro de que se hundiera, no sucedió así porque el mar estuvo en perfecta calma; tres días gastamos en este viaje, pero en los dos últimos carecimos de agua; al llegar a Panamá se nos notificó por un oficial del almirante americano, que no podíamos desembarcar en el muelle, lo que simplemente significaba que se nos condenaba a perecer de sed; no contestamos la nota del almirante, sino que nos dirigimos al muelle, que estaba defendido por cañones y ametralladoras; nuestro vestido estaba sucio y hasta desgarrado, era el mismo con que habíamos hecho una penosa campaña en Antioquía y Cauca, lo que hacía que nuestro aspecto engañara al almirante, quien nos tomó por jefe de una montonera y nos notifi-

có en inglés que no permitía el desembarque; le contestamos que tal notificación equivalía a una sentencia de muerte, porque hacía dos días que no tomábamos agua; que el territorio que él ocupaba era colombiano; que conforme al Tratado de 1846 el Gobierno americano tenía la obligación de garantizar el tránsito del Istmo, mientras llegaban fuerzas colombianas a reemplazar las suyas y que preferíamos morir con nuestros compañeros atacando sus cañones y defendiendo el honor y los derechos de Colombia, que perecer de sed. El almirante debió comprender que no éramos salvajes, nos tendió la mano y convenimos que desembarcaríamos inmediatamente, lo que hicimos al compás de la música de la banda americana, que tocó el himno colombiano y saludó nuestra bandera. En pocos días las fuerzas de los Estados Unidos desocuparon el Istmo y restablecieron las autoridades civiles y militares colombianas. En 1903 trabajamos porque fuera aprobado el tratado Herrán-Hay, que hubiera salvado Panamá a Colombia; el Senado de este país no lo pudo aprobar por inconvenientes constitucionales relativos a la cesión de territorio. Propuso al Gobierno de Washington que diera tiempo que se convocara una Constituyente, que considerara la reforma de la Constitución; este Gobierno no accedió, fomentó e hizo la revolución de Panamá; esta afirmación está plenamente probada con documentos oficiales, en la nota que pasamos el 23 de diciembre de 1903 al Gobierno de Mr. Roosevelt. El Gobierno americano celebró con un francés, el señor Buneau Varilla, el tratado Hay-Buneau Varilla, por el cual la nueva República cedió a los Estados Unidos la zona del Canal.

La revolución de cuartel de Panamá tuvo lugar el 3 de noviembre de 1903; nosotros estábamos en Bogotá cuando se recibió el cable que la anunciaba. Fuimos comisionados por el Gobierno de Colombia para trasladarnos inmediatamente al Istmo y para, si no lográbamos dominar la revolución y recuperarlo, seguir a Washington en misión especial. No perdimos tiempo; llegamos a Colón el 10 de noviembre, después de organizar en la costa atlántica las fuerzas que debían seguirnos. Cuando íbamos a desembarcar, se nos notificó por el comandante norte-americano de la escuadra, que estaba allí fondeada, que no se nos permitía hacerlo, esto está probado en la citada nota; se nos dijo que el prestigio que nosotros teníamos en la guarnición de Panamá, compuesta de soldados del interior, que habían militado bajo nuestras órdenes, nos haría vencer la revolución y restablecer la soberanía de Colombia, como había sucedido en 1885. Nos vimos obligados a someternos a la brutal imposición de la fuerza. Continuamos viaje a Washington, después de haber cableografiado a todos los Gobiernos de la América española, denunciando el atentado que se cometía con Colombia, llamando su atención de que este era solidario para toda ella y solicitando su apoyo, aunque fuera mo-

ral; el del Ecuador protestó contra él. En Washington fueron inútiles todos nuestros esfuerzos ante el Gobierno de Mr. Roosevelt para obtener justicia.

Durante el tiempo en que tuvimos el honor de presidir la Administración Nacional de Colombia, de 1904 a 1909, trabajamos por salvar su honor y lo que se pudiera de sus intereses materiales en relación con Panamá. Cuando estaba en el poder en los Estados Unidos el Partido Republicano, autor del arrebato de Panamá, se celebró entre este Gobierno y el de Colombia el Tratado Root-Cortés, por el cual se daban al comercio y a la marina de guerra de Colombia, en el uso del Canal de Panamá, los mismos derechos y ventajas que a los Estados Unidos. Dicho Tratado tenía por objeto obtener la justicia que asiste a Colombia y aunque no se le daba gran cantidad de dinero, sí se le reconocían sus derechos en el Canal. Se supo en Bogotá el triunfo probable de la candidatura demócrata de Mr. Wilson para la Presidencia, lo que hizo que el Gobierno de Colombia suspendiera la consideración del Tratado Root-Cortés.

Después de que renunciamos la Presidencia, nos dedicamos en el exterior y especialmente en los Estados Unidos a ilustrar al público para que se le hiciera justicia a nuestra patria en la cuestión de Panamá; la opinión del pueblo norte-americano se pronunció claramente en este sentido, lo que facilitó que se hiciera en Bogotá por el Ministro de los Es-

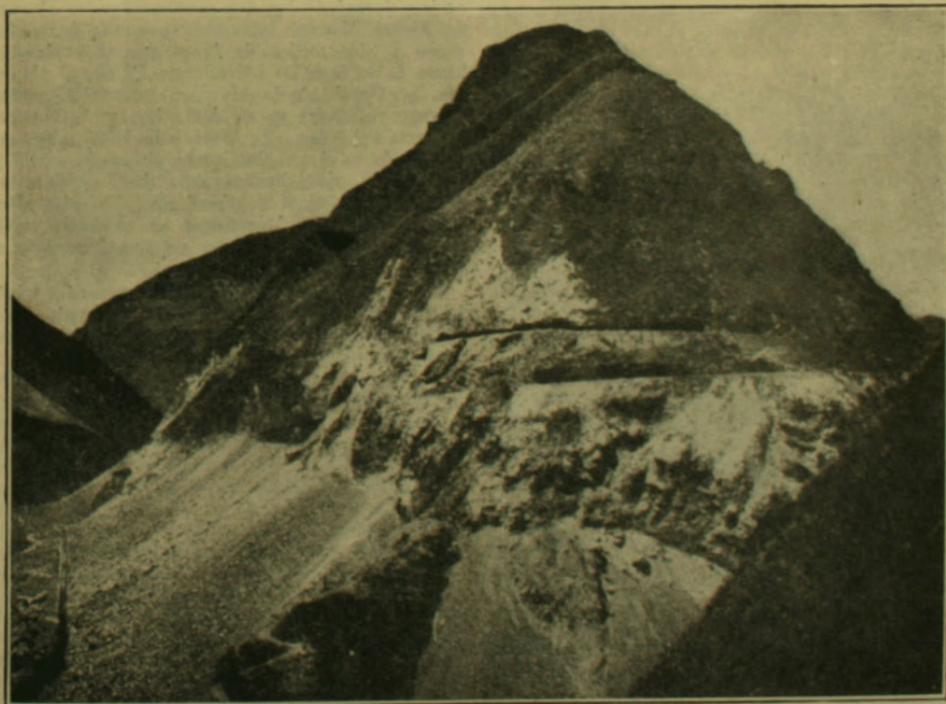
tados Unidos, Mr. Thomson, con el jefe de la Cancillería colombiana, el Tratado que lleva sus nombres, de 6 de abril de 1915, el cual ha sido aprobado por el Parlamento colombiano y está en consideración en el de Washington. Es de esperarse que también lo aprobará.

Reconocemos que la apertura del Canal es una necesidad mundial; que a los países que más directamente favorece es al nuestro y a todos los del Pacífico y que esta obra gigantesca, la mayor que la humanidad ha acometido, no habría sido hecha actualmente, sino por el Gobierno de los Estados Unidos; pero protestamos, como siempre lo hemos hecho, contra la manera cómo se desmembró a nuestra patria y se le arrebató el Istmo de Panamá.

La benéfica revolución que el Canal hace en las distancias marítimas, puede apreciarse, entre otros datos, con los siguientes:

La distancia entre Nueva York y el Oriente y todos los puertos occidentales del norte de Panamá, se reducirá con este Canal en 8,415 millas, y el viaje entre Nueva York y los puertos de la América sobre el Pacífico, hasta en 5,000 millas. Substituyendo Liverpool a Nueva York en estos dos casos, la disminución será, respectivamente, de 6,046 y de 2,600 millas.

Antes de 1869, que se abrió el Canal de Suez, la ruta para Asia y Australia de Nueva York y de Liverpool era por la vía del Cabo



Camino de zig-zag que recorre la línea de F. C. de Guayaquil a Quito

de Buena Esperanza, la que daba a Liverpool una ventaja de 480 millas para los puertos asiáticos, australianos y africanos del Este. Cuando el Canal de Suez se abrió, esta ventaja se aumentó en 1,924 millas y en 1,444 respecto de los pueblos asiáticos. Con respecto a Australia, Liverpool obtuvo una ventaja neta de 1,142 millas. ¿Cuál será el efecto para estos puertos con el Canal de Panamá? Por lo que respecta a la costa atlántica del sur de América, África y puertos asiáticos al sur de Shanghai, las distancias relativas a Liverpool y a Nueva York quedan inalteradas; pero Nueva York se acerca más que Liverpool a Yokohama, Sidney, Melbourne y Nueva Zelandia, como lo demuestra el Dr. Vhaughan Cornich en su libro "The Panama Canal and its makers". Estas distancias se alteran así:

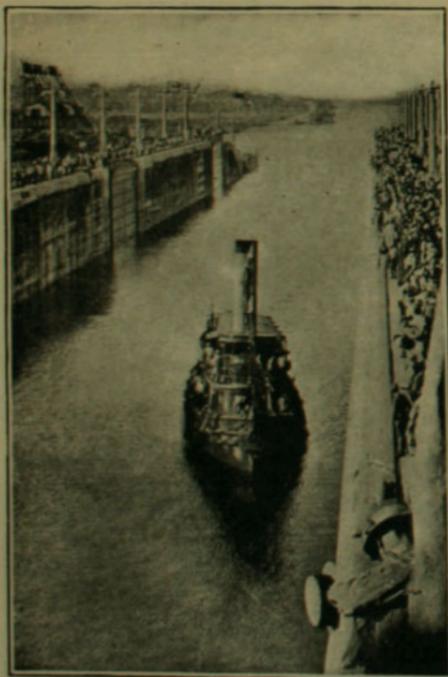
New York, vía Panamá, San Francisco y Great Circle, 9,835 millas; Liverpool, vía Suez, Aden, Colombo, Singapore Hong-Kong y Shanghai, 11,640 millas, lo que da una diferencia en favor de Nueva York de 1,835 millas. De Sidney a New York, vía Panamá y Taiti, 9,352 millas; a Liverpool, vía Suez, Aden, Colombo King Georges Sound, Adelaide y Melbourne 12,234 millas. De Wellington (Nueva Zelandia) a Nueva York, vía Panamá y Taiti, 8,875 millas; a Liverpool, vía Panamá y Taiti, 11,631 millas.

Es difícil calificar los resultados económicos, pero es claro que con la ventaja de la enorme distancia en favor de Nueva York

y de todos los puertos de las dos Américas y con los lagos interiores de la del Norte y la inmensa red de ríos navegables de la del Sur (el Amazonas, el Orinoco, el Plata y sus afluentes, que tienen una navegación combinada y continua de 18,000 millas, de estas 3,000 para vapores del Océano), podrá hacerse la navegación directa no sólo con los puertos marítimos sino con los fluviales y con los de los lagos, lo que producirá sorprendentes resultados en el aumento de progreso de esos dos continentes.

La extensión del Canal es de 49 a 50 millas, de las cuales 15 son al nivel del mar, 7 del lado de Colón y 8 del de Panamá; las restantes consisten en dos elevados lagos, de los cuales el más extenso, el que existe entre las esclusas de Gatún y Pedro Miguel, tiene cerca de 32 millas de largo y una elevación normal sobre el nivel del mar de 85 pies, mientras que el más corto entre las esclusas de Pedro Miguel y de Miraflores es de cerca de 2 millas y debe tener un nivel de menos de 20 pies que el otro. De Gatún a Bas Obispo, en una extensión de 24 millas, el Canal sigue el curso del río Chagres, en donde se ha hecho un gran lago de un área de 164 millas cuadradas, que sirve como un depósito para recibir las violentas inundaciones a que dicho río está sujeto, y también como fuente de provisión de las aguas que se necesitan para hacer trabajar las esclusas. Entre Obispo y Pedro Miguel, el Canal pasa a través del famoso cerro de Culebra—que es como la espina dorsal de los dos continentes—y al sur de Pedro Miguel hay otro pequeño lago de cerca de dos millas de área, que se extiende hasta la esclusa de Miraflores. El Canal tiene una profundidad de 41 pies; su ancho, entre el mar y Gatún, es de 500 pies, y de Gatún al través del lago de Bohío, de 1,000 pies. A partir de aquí se disminuye su ancho a 800, 700 y 500 pies, hasta cerca de 8 millas; a través de Culebra no tiene sino 300 pies. De Pedro Miguel a Miraflores se ensancha 500 pies y este mismo ancho se mantiene hasta llegar al Pacífico.

De los territorios al sur de Panamá, es el Valle del Cauca en Colombia, llamado por Humboldt, el Paraíso de la América, el que será más pronto e intensamente beneficiado. Está situado sobre el Pacífico y unido a él por un ferrocarril, que parte del puerto de Buena Ventura, el cual dista un día de Panamá y tiene una extensión de 180 kilómetros; lo separa del Pacífico la cordillera occidental de los Andes, la que ha impedido que se conozca y explote este rico territorio. Por el oriente está limitado por la cordillera central, que se eleva hasta 3,000 metros. De las dos cordilleras descienden sobre el valle numerosos y abundantes ríos y arroyos, que facilitan grandemente la irrigación. Por la mitad corre el río Cauca, navegable por vapores de poco calado. La extensión completamente plana de este valle es de 250 kilómetros de largo por 30 de ancho; el terreno es tan fértil, que la caña de azúcar es allí secular y todos los pro-



Las Esclusas de Gatun



Vista general de la ciudad de Lima

ductos tropicales se dan en abundancia y de superior calidad; tiene grandes bosques y extensas praderas de ricas gramíneas; el clima es sano e igual durante todo el año, la temperatura varía entre 18° y 26° C. Tiene ciudades: Cali, Palmira, Buga, etc., etc., de 20, 10 y 6,000 habitantes, respectivamente; su población, contando con las de Pereira y el Quindío, que son su prolongación al norte, es de más de 300,000 habitantes. Con la apertura del Canal de Panamá y la construcción del ferrocarril de Buenaventura, esta región será pronto una Argentina tropical, porque en los valles de Popayán y del Patía, que se extienden al sur, y en el mismo del Cauca se pueden alimentar millones de cabezas de ganado vacuno y caballar. En las haciendas o fundos del Valle del Cauca se tienen en una misma, todos los productos de la zona tórrida en la parte plana y ardiente y de la zona templada, como el trigo, la papa, la cebada, etc., etc., en las faldas de la cordillera, a una altura de 1,500 a 2,000 metros sobre el nivel del mar y en una temperatura, muy sana y fortificante, de 10° a 16° C., y sobre la cordillera se extienden inmensos campos de pajonales semejantes a los de la Patagonia, con una temperatura de 0° a 10° C., que miden varios millares de kilómetros cuadrados. En la cordillera occidental, entre el valle y el mar, por donde atraviesa la línea férrea, se han descubierto abundantes minas de carbón mineral, que en el futuro podrán ser las proveedoras del combustible para los vapores que

naveguen por el Canal. Se sabe que en el litoral y en el interior de Colombia la riqueza del petróleo iguala a la de México. Actualmente el precio de los terrenos en el Valle del Cauca es relativamente bajo, pero por las razones dichas, se decuplicará en pocos años, como sucedió en la Argentina. Consideramos que este valle es el complemento tropical de Chile, especialmente para la provisión de azúcar moseobado para sus refinerías, que pueden obtenerlo en mejores condiciones que en cualquier otra parte, debido a la fertilidad del suelo y al clima, que hacen que allí dé cosecha o corte la caña en la mitad del tiempo que en otras partes y que no haya necesidad de resembrarla; en cambio Chile es el complemento de zona templada de las poblaciones de Colombia en el Pacífico, que se proveerían de sus excelentes vinos y trigo.

Interesados en estudiar sobre el terreno la solidez del Canal y la gravedad de los últimos derrumbes de Culebra, visitamos ese lugar; re-producimos el reportaje siguiente:

“Repórter.—¿Cuál es la opinión del Gobierno y del pueblo de Colombia y la de los demás países de la América Latina en relación con las modificaciones al Tratado de Panamá o con su improbación?”

General.—En mi opinión ese Tratado lo aceptó Colombia como un gran sacrificio en favor de la armonía con el pueblo norte-americano y para ayudar a la portentosa obra del Canal, pues su dignidad estaba justa y hondamente herida por la desmembración de su

territorio. La modificación de dicho Tratado significa su improbación, como ya lo ha notificado el Gobierno de Colombia al de los Estados Unidos, interpretando así el sentimiento del pueblo colombiano.

El fracaso que en el Congreso de Washington pueda tener dicho Tratado, será seguramente recibido por las 19 naciones de la América Ibero, por sus Gobiernos y por sus 75 millones de habitantes, como un desconocimiento que los Estados Unidos hacen de los derechos de Colombia, reconocidos ya por su actual Gobierno; y como una declaración del pueblo americano a los del resto del Continente, encaminada a establecer que el respeto de los Tratados o los derechos de estos, queda sometido a las eventualidades del capricho de su imperialismo ciego, o a las modificaciones dictadas por los intereses de aquellos. Deducción lógica de esta aserción será el que como un medio de salvaguardar su dignidad y sus propios intereses, los pueblos de la América Ibero se unan comercial y políticamente, a la vez que, en ejercicio de sus libertades y para proteger su integridad, busquen, donde quiera que sea, las amistades y las alianzas que más les convengan y que mayor confianza les inspiren. Por su parte, Colombia, ante el fracaso del Tratado Urrutia Thomson, considerará, como es lógico, dentro del Tratado de 1846, que queda subsistente y que le garantiza expresamente en toda vigencia sus derechos indiscutibles e imprescriptibles sobre el Istmo de Panamá, y estará en libertad de disponer de ellos, como mejor le conviniere.

Desde hace más de treinta años vengo trabajando por la unión de los pueblos ibero-americanos, para que en el terreno de la paz, de la justicia y de la civilización, lleguen a formar una entidad grande y poderosa, capaz de mantener y hacer respetar la soberanía de cada uno de ellos, y el predominio en este hemisferio, de sus ideales latinos; entidad que por su fuerza y cordura, sea capaz de ofrecer leal y franca amistad a los anglo-sajones, sin temer las manifestaciones de su imperialismo o de su espíritu de predominio, que nacen de la conciencia de su fuerza económica y de nuestro fraccionamiento. Hace tres años viajé, durante uno, por Europa y las dos Américas y entonces escribí mi libro "Las dos Américas", publicado en inglés y en español, en que están los pormenores de esta campaña, que ahora continúo.

Es de esperarse que el buen juicio de los estadistas norte-americanos, de la Escuela de Washington, a que pertenece el Presidente Mr. Wilson, salvará el citado Tratado y con él la confianza que en los Estados Unidos conviene que tengan sus vecinos del sur.

El imperialismo absorbente de los Estados Unidos desconoce en absoluto las condiciones de los pueblos de la América Latina, hasta el extremo, que ayer los diarios de Panamá publicaron un informe de una comisión del Congreso de Obras Cristianas, en el que se insulta y calumnia a una de estas naciones, comparándola en su moralidad y en las malas cos-

tumbres de sus hogares, a los musulmanes e indúes; este insulto grosero y brutal, es no sólo para dicha nación, en que son proverbiales la moralidad y la piedad evangélicas, sino para todos sus hermanos de la América.

Repórter.—¿Qué opina Ud. de los derrumbes de Culebra y del estado actual del Canal?

General.—Ayer lo visitamos expresa y minuciosamente en toda su extensión con el Encargado de Negocios de Chile, señor Risopatrón, con el Cónsul General del Perú, señor Barrenechea, con el Agente de Colombia, señor Espinosa Guzmán, y con mi hijo Enrique, y nos formamos la idea de que los derrumbes serán dominados definitivamente dentro de poco tiempo; vimos pasar por el lugar de estos un buque de guerra de los Estados Unidos, que hacía su viaje regular, como en tiempos normales, del Pacífico al Atlántico. Los ingenieros del Canal han resuelto cuerda y seguramente no abrirlo al tráfico comercial, sino cuando estén seguros de que los derrumbes futuros no perjudicarán al tráfico, y que este a su vez no dificulte los trabajos que, con carácter definitivo, se hacen para eliminar las partes que lo originan, de Gold Hill y de Contrator Hill. Lo que se ha publicado relativo a fuegos subterráneos y cráteres de volcanes, es una fábula.

El Canal, al divorciar las dos Américas, unió definitivamente a los dos Océanos y los convirtió en uno sólo.

Aunque a Colombia se pretenda arrebatarse el Istmo, negándole la compensación establecida en el citado Tratado, el Canal es y será siempre geográficamente colombiano, porque uno los extensos litorales de este país sobre los dos mares que arrancan de las dos bocas del Canal."

Este Canal dividió en dos partes casi iguales la zona tórrida de este hemisferio y abrió amplio y duradero paso a la Humanidad para penetrar en la muy poco conocida América del Pacífico del sur; para buscar en ella bienestar y riquezas y para convertir en grandes emporios de comercio y de populosas ciudades, las regiones que hoy son poco habitadas o selvas primitivas, como sucedió a la América del Norte en el pasado siglo. Si a todos los pueblos de la tierra beneficia este Canal, son los ibero-americanos los que serán más favorecidos, si saben aprovecharse de él, aproximándose y uniéndose entre sí, a fin de conservar y hacer respetar su autonomía y sus intereses de todo orden y de hacer reinar en la América Latina los generosos ideales de esta raza. Entre estos pueblos son especialmente favorecidos, Colombia, porque sus litorales, sobre ambos mares hacen que el Canal sea geográficamente colombiano; y Chile, porque sus puertos serán término de la línea de vapores que hagan el tráfico por él y porque, en cierto modo, dicho Canal es como un complemento del Estrecho de Magallanes para la comunicación directa marítima de todas las costas de la América del Sur.

(Continuará).



Trágicas historias de naufragios...

LOS PIURES

Por

CARLOS ACUÑA

Dibujo de R. Simon

¿Fué una pequeña piedad o el choque eléctrico que produce en los nervios refinados todo desgarramiento?

Como una humorada de veraneo, nos habíamos metido al mar en busca de mariscos, con los pantalones remangados hasta más arriba de la rodilla los hombres, y ellas con las blancas piernas desnudas. Era un encanto para nosotros, gentes de ciudad, aquel abandono al aire libre, al pleno sol, chapoteando en el agua salada y milagrosa con sano olor a yodo. La playa aparecía bellísima, dorada por una luminaria de tarde estival, en una baja marea que había recogido el mar muy adentro, dejando entre los huecos de las peñas pequeños remansos, que ofre-

cían a nuestros ojos, en el fondo transparente, un mundo extraño de algas, moluscos, diminutas jaivas, como arañas acuáticas, minúsculos animales que mostraban a flor de la arena mojada un círculo de tentáculos blancos o róseos como extrañas corolas y que parpadeaban como pestañas.

Fué en aquella rebusca por las rocas, que de súbito bañaba una ola baja y tranquila, salpiéndonos el rostro de espuma, cuando el pequeño piure me produjo un sentimiento de piedad. No había podido arrancar la peña, a fuerza de brazo, y quise entonces valerme de mi cortaplumas. Hundí la hoja acerada y en un corte circular, quedó al descubierto en su alvéolo el minúsculo ma-

risco desgarrado. Colgaba la piel roja como un jirón de carne después de una puñalada, y el color encendido del molusco se prestaba para aquella ilusión de una herida y de una crueldad...

Me pareció entonces que el mar recogido tras de las peñas más lejanas por las influencias astrales de la marea y que rugía como una jauría presta a morder, me enviaba en el estruendo de su cólera sorda una voz tenue y mínima, que restallaba sin embargo con graves sonoridades en mi interior:

—¿Por qué, hijo de la ciudad, has herido al pequeño ser nacido de mi seno? ¿Por qué has desgarrado su carne tierna y roja como labios de mujer? ¿Tu alma basta no ha sentido el dolor de su agonía?

La jauría avanzaba enrespada y soberbia cuando huí a la orilla perseguido por el apóstrofe del mar iracundo. La baja marea terminaba y volvían las olas al asalto de la playa.

¿Por qué llevaba en el alma como el retintín de un remordimiento, de una acción atroz y punible?

»

Recuerdo que después de aquella fiesta a plena playa, cuando la alegre cabalgata de turistas se recogía a su alojamiento, nos detuvo al pasar un grupo curioso. Ella, una vieja arrugada como un pergamino y vestida de harapos, de cuclillas en la arena, se ocupaba de extraer piures de las peñas que un muchacho desnudo, de simpático rostro indígena, sacaba del mar. Usaba un punzón y tenía cierto arte para rasgar la peña y mostrar a la luz el raro marisco rojo como una bolsa de sangre, con dos pequeños tentáculos que, no sé por qué magia, parecían diminutos pezones. La vieja me saludó al pasar, y como no encontrara mejor manera de hacer un homenaje al patrón, me ofreció uno de aquellos mariscos vivos ensartado en el punzón, chorreando agua salada, apetitoso a pesar de todo por su bello tinte de carne recién cortada.

Mientras yo engullía aquel extraño presente, que por un sentimiento de novedad y de cortesía, no me había atrevido a rehu-

sar, uno de los mozos de la hacienda me advirtió con sorna:

—¡Guarda! patrón, que la Medalia es bruja...

Partí al galope espoleando mi caballo y lanzando una carcajada. Bueno para brujas estaba yo, que no creía en nada.

Muy bella la hora. Como nos demoráramos en la playa, el sol se entró y encendieron el faro. Brilló la luz del fanal, breve como una estrella ante el resplandor glorioso del atardecer. Después brilló más a medida que la luz del crepúsculo se iba atenuando; y, más tarde, cuando emprendimos el regreso, era un chorro luminoso que alumbraba con intermitencias el camino, destacando la silueta de los jinetes en sombras alargadas y movibles, que nos precedían haciendo caprichosos cambiantes de luz y sombra.

Ya en el hogar, después de la comida, se hizo tertulia y baile. Oímos alegres canciones del terruño en el corredor iluminado por la luna; y alguien—con la manía de contar algo nuevo—habló de la playa misteriosa que tenía una larga historia de trágicos siniestros marítimos; de naufragos que habían sido arrebatados, uno por uno, por la violencia del mar de las rocas en que se habían refugiado, sin que fuera posible prestarles auxilio, y cuyas ánimas atormentadas solían vagar en las noches por la playa solitaria.

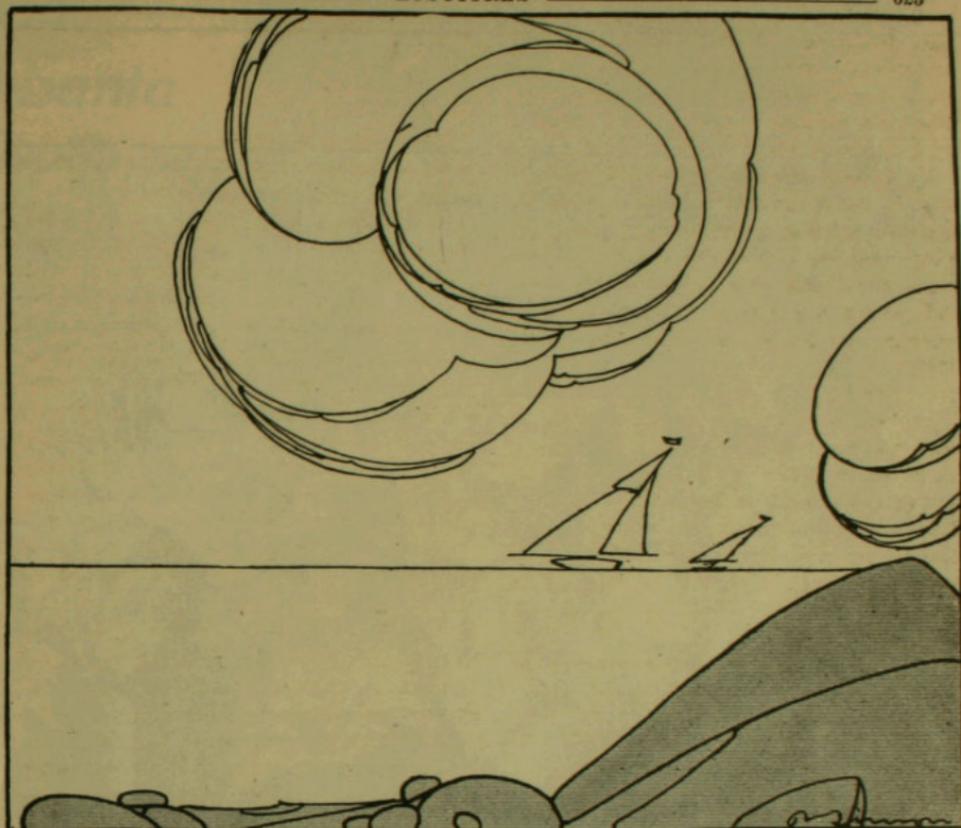
—Cuentan de aparecidos y brujos y miles de extrañas historias, afirmó mi hermano mayor, que administraba la hacienda y conocía al dedillo la fantasmagoría de aquellas tradiciones.

Hubo un estremecimiento en las muchachas ingenuas que todo lo creen, y se tocó recogida.

El sinnúmero de alojados, nuestros huéspedes, que nos obligó a ceder hasta los dormitorios habituales, me obligó a ocupar como alocha, en aquella ocasión, un pequeño cuarto oscuro vecino al comedor.

Recuerdo que mi hermano, mientras comíamos, hizo vaciar junto a un trínche un saco de mariscos extraídos del mar por los sirvientes. Deseaba que los comensales admiraran la rareza de la fauna marítima de sus dominios. La mayoría de los mariscos eran piures.

Me acosté tranquilamente, y después de



La playa, dorada por una luminaria de tarde estival...

un sueño, un ruido extraño me despertó. En la pieza vecina, que como he dicho era el comedor de la hacienda, un coro de raras voces me hirió los oídos. Al comienzo, me pareció un cuchicheo, como de gentes que conversaran en voz baja; en seguida el cracrac de mandíbulas que hicieran erujir huesos entre poderosas dentaduras.

Quise continuar mi sueño interrumpido, y no pude. La curiosidad, y—por qué no decirlo—el miedo me hicieron sentarme en el lecho, encender la luz y decidirme a pasar a la pieza vecina, armado de revólver y con la palmatoria en la mano.

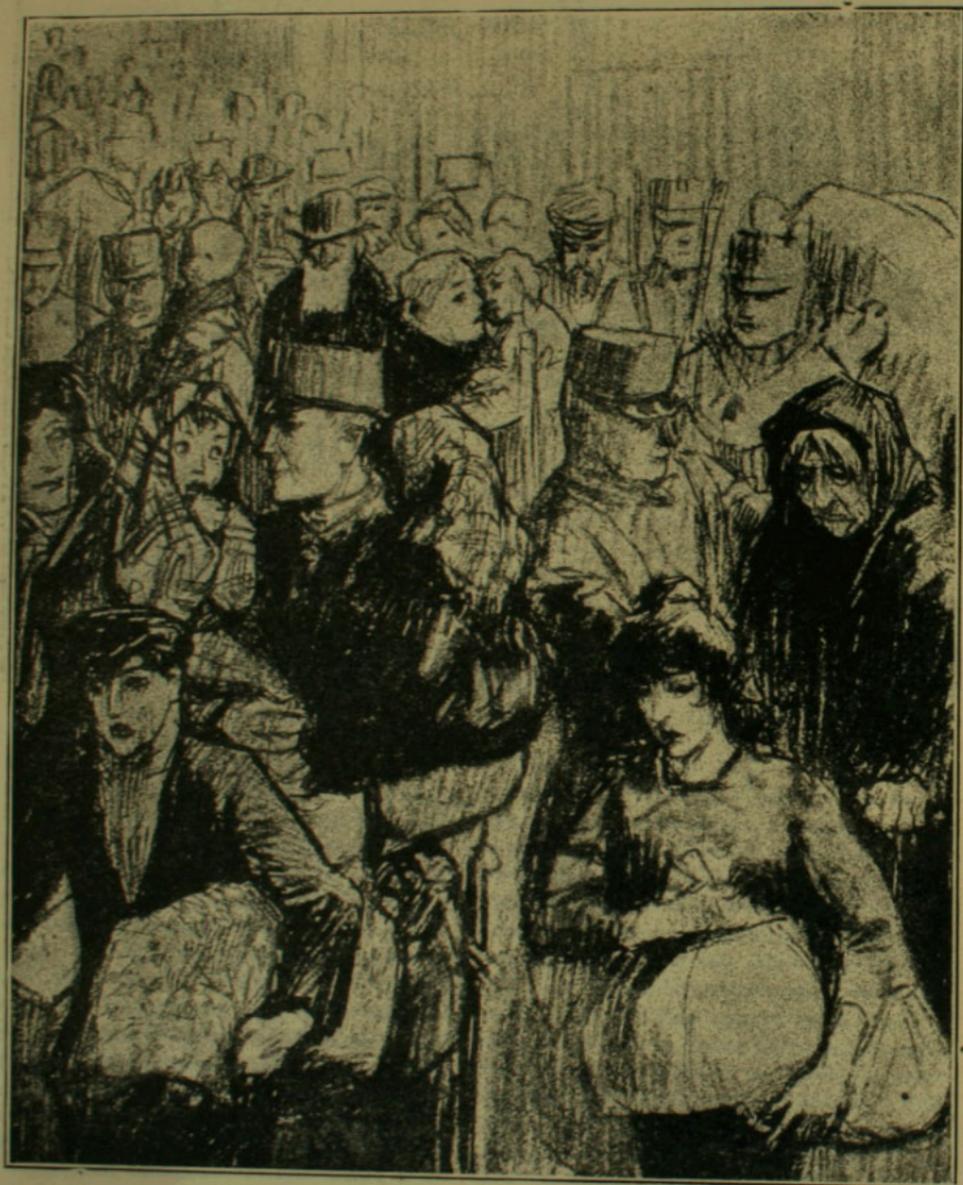
Nadie había en la estancia. Sobre la mesa el desorden de la última comida.

Pero, en seguida de un minuto que permanecí en expectación, me atrajo, de súbito,

el ruido que me había despertado. Parecía salir de los pies del trinche a los pies del cual habían depositado el mariseo. Allí me encaminé. El agua salada mojaba el piso y evaporaba un olor a algas y a espuma salobre. El mundo extraño de los mariseos, vivos aún, se agitaba bajo el cerco de sombra que arrojaba en el suelo la palmatoria. Iba a acercar la luz para observarlos a mi sabor cuando un extraño adormecimiento se apoderó de mis sentidos y desde aquel instante no me di cuenta de más.

A la mañana siguiente, los servidores me hallaron sin conocimiento, de espaldas en el pavimento, con la cabeza casi cubierta por las peñas húmedas y las sienes amoratadas y hundidas entre los piures adheridos como vampiros...





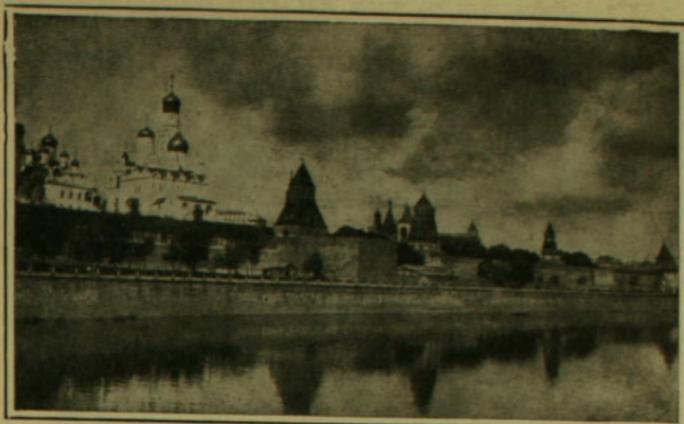
LA HUIDA DE AMBERES

La Santa Rusia

Por

MINIMO ESPAÑOL.

Con ilustraciones
fotográficas



El Palacio y Templo del Kremlin, en Moscou.

Cruzábamos la enorme avenida, la Perspectiva Newsky, con sus hermosos edificios, sus amplias aceras, su tráfico ruidoso de innumerables coches, su vario y pintoresco ir y venir de gentes, entre las que se mezclaban los brillantes uniformes de los oficiales del Zar con los pintorescos trajes regionales, los campesinos de Perm y de Viatka, los moujiks de Smolensk, las mujeres de Kouba con sus altas tiaras y los turcomanos y los cosacos de las orillas del mar Caspio. Mirábamos asombrados el espectáculo de aquella grandeza que nada tenía que envidiar a la de París o Londres, Berlín o Viena. Y mi amigo me preguntó:

—¿Concibe usted el alma de esta raza? ¿Parece posible ni lógico que esta gran urbe, esta inmensa nación esté sometida a un régimen absoluto, dependa de la voluntad de un Czar?

Mi amigo quedóse perplejo — me repuso:

—No; no lo concibo... Y, sin embargo, el absolutismo es la única fuerza de cohesión que puede sustentar al imperio. Las guerras, con adversa suerte, podrán ir arrebátandole territorios. El Japón podrá darle una nueva dentellada en la Manchuria; llegará China a liberar la Mongolia; Persia redimirá el Turquestán; Alemania reconstituirá a Polonia; Suecia hará resucitar a Finlandia; pero con todas estas desmembraciones, Rusia seguirá siendo la

Santa Rusia, que guía el Czar como a un rebaño. Lo único que la destrozará, que la desbarará en sabe Dios cuántas nuevas nacionalidades, es la libertad.

El día en que el moujik no sienta ante la visión del Zar, que las piernas le flaquean y las rodillas se le doblan, habrá acabado la historia de Rusia.

Esto sólo explica el que muchos hombres cultos, verdaderos sabios de este país, sean absolutistas y cierren los ojos tercamente ante los males de este régimen.

Prefieren una patria grande a una libertad chica, que no hay democracia en el mundo donde la libertad no sea una cosa convencional, aparente y arbitraria.

Así, en nuestra España, como se ha enseñado a las gentes a creer que absolutismo es sinónimo de barbarie, se tiene de Rusia un concepto equivocado. Porque, ¿podríamos comparar a nuestro Madrid o nuestro Barcelona con San Petersburgo o Moscou?

Esta urbanización, esta vida social, este tráfico, ¿no corresponde a un tipo de cultura que está por encima del nuestro? ¿Hay nadie entre los universitarios de nuestra tierra que crea en la Universidad española igual a la rusa en organización, en intensidad de trabajo, en abundancia y madurez de frutos? ¿Y se querrá, acaso, que comparemos la libertad de la mujer en aquel nuestro país y en este? Por-



La Iglesia de la Ascensión, en Moscou.

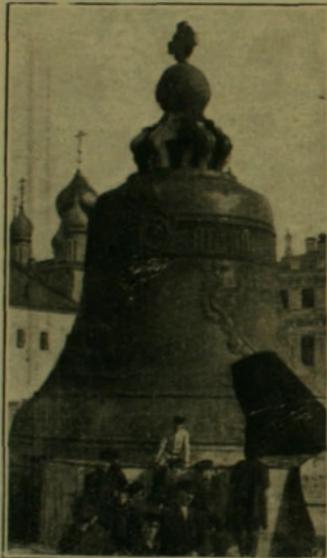
que, en suma, cuando se viaja mucho es cuando siente uno vacilar sus convicciones y sus creencias. Y una de las ideas que en mí se ve asaltada por las más tremendas dudas, es esta: ¿Qué es la civilización? ¿Es cultura? ¿Es justicia? ¿Es bienestar? ¿Es derecho? ¿Es todo eso junto y amalgamado en un apacible y gustoso y abundoso vivir en que el hombre ve todas sus necesidades satisfechas? Todo ello es muy discutible porque, ¿qué diferencia hay entre el miserable y corrompido vecino de los suburbios de Londres y el labriego súbdito del Zar? Y si aceptamos la idea de que

la exaltación mística llega a extremos inconcebibles. Se concibe viendo sus iglesias suntuosas llenas de riquezas. El mismo nihilismo es un retroceso a las primeras sectas cristianas que luchan contra los poderes tiranos... Así, cuando la fe falte a ese pueblo, se desbará como espuma la espantable fortaleza de este gran imperio...

— Apenas se concebía este diálogo cuando mi amigo y yo nos encaminábamos al famoso museo que llaman del Ermitage, y que los castellanos debemos llamar, a mi parecer, del Ermitorio o Eremitorio, y donde habíamos de ver buen número de cuadros es-



La Iglesia de la Resurrección, en Petrogrado.



La gran campana del Kremlin, en Moscou. (Pesa 200 toneladas.)

la civilización en sus aspectos de bienestar y de cultura no ha podido llegar todavía a las capas sociales inferiores, y es preciso limitarla a ser el régimen de libertad de las clases medias, ¿cómo se concibe que sea posible alcanzar todas las formas exteriores de la cultura y de la riqueza en una organización de esclavitud política?

—Se concibe—reuniese poniendo término a la cháchara de mi amigo—teniendo en cuenta que lo que sujeta a este pueblo no es una cadena material, ni una ley cruel, sino una fe en la que se mezclan las creencias religiosas con las supersticiones políticas. Se concibe leyendo a sus escritores, en los que

pañoles que no conocíamos—Velázquez, Murillos, Herreras, Riberas, Ribaltas, Roelas y otros muchos—si en las largas horas de tren, caminando desde Varsovia hacia el norte, no hubiésemos leído un artículo publicado en una revista francesa, por nadie menos que por Onésimo Reclus, en el que se hacían reiteradas comparaciones entre Alemania y Rusia. Esto era en los primeros días de julio de 1914. Más que su calidad de geógrafo nos inducía a deducciones en el trabajo de Onésimo Reclus su respetada fama de anarquista. No comprendíamos, no entendíamos bien, aunque pocos días antes se había consumado el asesinato de los príncipes aus-

triacos en Sarajevo, que un anarquista como Reclus analizara friamente los músculos de la Santa Rusia como si su fuerza anonadadora fuera el secreto y la seguridad de la guerra que se deseaba.

Nosotros, españoles, que habíamos visto cómo a España se la llevó a la guerra con los Estados Unidos, diciéndole que éstos no tenían escuadra, ni tradiciones militares, ni espíritu de honor, y que era un pueblo de despreciables tocineros de Chicago, no podíamos concebir que con Francia, en el más extremado grado de civilización, se hiciera lo mismo. Se nos autojaba que toda la autoridad científica de un Reclus, aunque no fuese Elíseo, sino Onésimo, no podía ponerse al servicio de un patriotismo engañoso, porque todo el artículo venía a decir entre líneas: "La Santa Rusia aplastará a Alemania". Así no se elogiaban a Rusia precisamente aquellas apariencias de grande y libre y culta nación que nosotros, viajeros, admirábamos en la grandiosa Perspectiva Newsky y en sus universidades y escuelas y museos y bibliotecas y hasta en sus iglesias, que para mí la fe, tener fe, poder sentir una fe, es signo de grandeza de alma y de cultivado espíritu.

Lo que Reclus admira en Rusia es las proporciones de su natalidad: "Alemania—decía el sabio anarquista—no cesa de proclamar, de vociferar su eflorescencia de vida: 700,000; 800,000 ó 900,000 alemanes más cada año. A cada censo decenal comprueba que ha adquirido dos veces más millones de almas que Francia ha ganado de pobres centenas de millar. Desde los días de Sedán ha pasado de 40 a 56 millones, y entretanto nosotros no hemos reforzado nuestra población más que con algo menos de cuatro millones. Es verdad, pero del lado allá tiene Alemania a su enemigo hereditario, al Imperio de todas las Rusias, que cada año da al Zar de dos a tres millones de rusitos. La natalidad germá-



La iglesia del Salvador, en
Moscou.

nica está en descenso, mientras que la rusa no decrece. De cuarenta nacimientos por mil habitantes que los alemanes tenían, han bajado a treinta. Los tiempos exuberantes que precedieron y siguieron a la guerra victoriosa parecen destinados a convertirse, en dos o tres generaciones, en los tiempos de la esterilidad. Pero los rusos conservan bravamente su cifra de 45 nacimientos por cada 1,000 habitantes. Frente a frente—así escribe un anarquista—de los 65 millones de hijos e hijas del Deutschland (Alemania), la Santa Rusia alinea próximamente 170 millones, con una potencia de crecimiento bastante rápida. En 1859 no contaba más que con 24 millones y en 1897 tenía ya 129 millones...

Y todo el artículo sigue siendo un tenaz paralelo entre las dos naciones enemigas tradicionales... ¡Y esto cuando la guerra ruge, cuando ronda las cancillerías y exalta a los populachos!...

En Rusia aquellos días todo estaba en paz. La censura impedía que las noticias de la contienda diplomática perturbaran la alegría de la Perspectiva Newsky. En cambio París vociferaba, cantaba... Así Rusia fué llevada a la guerra como una manada ciega.

...Y nosotros vemos esto ahora en la preocupación que comienza a apoderarse de las clases directoras de la Santa Rusia. No hay en el imperio absolutista otra opinión más que la de ellas; el pueblo no piensa, no siente, no quiere; tiene su fe puesta en el Zar, en el *Padrecito*, a quien Dios ampara y aconseja; la clase media, aun perdida su fe, conserva el hábito de la disciplina a que estuvo sometida durante muchos siglos. Nada encarna tan bien el alma rusa como la doctrina de Tolstoy de no resistir al mal, de no combatirlo, de aceptarlo y padecerlo como la prueba en que el alma humana se purifica y se prepara para entrar en el cielo.



El Museo histórico y la estatua de Gorod, en Moscou.



Dante y Virgilio contemplando en el infierno una ola de condenados arrastrada por el viento

Dos Francescas, pecadoras de amor

Por

MANUEL J. VEGA

Ilustraciones fotográficas

Son universalmente conocidas las pocas estrofas, saturadas de la más penetrante ternura, con que el Dante cuenta, al final del canto quinto de su *Inferno*, la desgraciada pasión que arrastró a la muerte a Francesca de Rimini y a su amante Paolo. A pesar de su melancolía, aquel episodio sentimental es un soplo de rocío lanzado en medio de aquella pesada atmósfera de amargura y de horror de que está impregnada esta parte del misterioso poema que con tanta razón ha sido considerado como la imagen del espíritu de la Edad Media.

Recordemos los personajes de este triste drama, los cuales fueron contemporáneos del gran cantor de la Divina Comedia, pues vivieron como él a fines del siglo XIII:

Francesca de Rimini, hija de Juan de Polenta, señor de Ravena, llamada así acaso por haber sido Rimini el lugar de su martirio, "mujer de rara hermosura y de corazón ardiente", dicen las crónicas de su época.

Los hermanos Juan y Paolo Malatesta, hijos de Malatesta de Verruchio, señor o tirano de Rimini. El primero de ellos era cojo (sciancato) y feo hasta la deformidad; pero estaba dotado de una alma fogosa e impulsiva, que hizo de él un soldado intrépido y valiente. Su hermano Paolo, menor que él, era de temperamento suave y tranquilo y hermoso como Adonis.

Juan Malatesta había ganado la mano de Francesca por útiles servicios de *condottiere* prestados a Juan de Polenta en la guerra; pero su hermano Paolo había conquistado, antes que él se uniese a ella, el corazón de la hermosa muchacha por su arrogante figu-

ra. Así Francesca amaba a Paolo y no al marido que le había impuesto la voluntad paterna. Todas estas circunstancias explican, sino justifican, la pasión que devoró a los dos amantes.

Estos tres personajes que figuran en la melancólica historia contada por el Dante vivían en la misma ciudad, acaso en el mismo palacio, en la estrecha intimidad a que se prestaba el parentesco que existía entre ellos.

Paolo y Francesca amaban la lectura, y leían juntos las novelas de caballería, que en aquellas románticas edades eran casi el único alimento intelectual de las personas de rango en Italia y en algunas otras partes de Europa. En esta ocasión, Francesca leía a Paolo, sentado a su derecha, los amores de Lanzarote con Geneveva, uno de los romances del ciclo del rey Arthus. Al llegar a cierto tierno pasaje, peligroso en el estado de exaltación en que aquellas dos almas se encontraban, Paolo, arrastrado por un movimiento de pasión, imprimió un beso en los labios de su amada, la cual dejó caer el libro para no volver a levantarlo más. Su esposo que, oculto detrás de ellos, observaba a los dos amantes, penetró de sorpresa en aquel momento en el salón en que se hallaban, espada en mano, y con su arma les arrebató a ambos la vida.

Gustavo Doré ha representado esta escena en uno de esos admirables grabados con que iluminó la "Divina Comedia", en el cual se ve en el fondo de un hermoso salón suntuosamente amoblado a Francesca, sentada en un sillón al lado de Paolo, también sentado, en los momentos en que éste

se dispone a darle el beso fatal y ella deja caer el libro que sostiene en las manos. En la sombra, a poca distancia detrás de Paolo, se ve al ofendido esposo atisbando ansiosamente, desenvainada la espada. Los tres personajes están ricamente vestidos.

Veamos ahora cómo Francesca contó ella misma al Dante en el Infierno las peripecias de este drama de amor.

En su peregrinación por aquella lúgubre comarca, el ilustre poeta florentino, guiado por Virgilio, llega a un lugar en que se ve una inmensa ola de seres humanos que es arrastrada violentamente en el espacio por una violenta tempestad. Aquel es el sitio en que penan los que han cometido pecados de amor. "El altísimo poeta" le señala, nombrándolos, a algunos de aquellos pecadores célebres, Elena, Cleopatra, Paris, entre otros. Después de escuchar aquellos nombres, Dante se siente como perdido, y dice a su guía que hablaría con gusto a dos cuerpos entrelazados que el viento arrastra ligeramente en el vacío. Virgilio le dice que para hacerles aquella súplica aguarde a que se hallen más cerca, asegurándole que si los llama en nombre del amor escucharán su ruego. Tan pronto como el viento hubo llevado a aquellos cuerpos a proximidad del lugar en que se han detenido los dos poetas, Dante les grita:

"Oh! almas que penáis, venid a hablarnos, si nada os lo impide."

"Como palomas atraídas por el deseo con las alas abiertas e inmóviles vuelan a su dulce nido, cruzando el aire llevadas de un solo impulso, así estas dos almas salieron de aquel tropel en donde está Dido y vinieron hacia nosotros a través del aire maléfico; tan grande influencia ejerció sobre ellas mi afectuoso llamamiento."

Francesca, después de agradecer al poeta el interés que por ellos tiene y de asegurarle que si sus oraciones pudieran ser escuchadas por el Rey del Universo le rogarían que, en recompensa de su piedad, le acordase el reposo, le refiere en estos términos su historia:

"La ciudad en que nací está situada al borde del mar en donde desemboca el Po con sus afluentes.

"El amor, que tan rápidamente se apodera de los nobles corazones, fué causa de que el mío se ligase a aquel hermoso cuerpo que

me fué arrebatado en tal manera que todavía me hace sufrir.

"El amor que a ningún sér amado dispensa de amar me unió a éste con tan vigorosa pasión que, como tú lo ves, no me ha abandonado más.

"El amor nos llevó a morir juntos. El círculo de Caín espera a aquel que nos arrebató la vida."

Escuchadas por Dante estas palabras, se sumergió en una profunda meditación. "¿En qué piensas?"—le preguntó Virgilio; y él contestó exclamando:—"Ah! cuántos dulces pensamientos, qué inmenso anhelo han conducido a esta pareja a su fin desgraciado!"

En seguida, volviendo el rostro hacia los dos amantes, les habló de este modo:—"Tus dolores me atormentan y me conmueven hasta derramar lágrimas. Pero, dime, en el momento de los dulces suspiros, ¿en qué y cómo os dió a conocer el amor los deseos embriagadores". Francesca respondió:—"No hay dolor más grande que recordar el tiempo feliz en la miseria, y tu maestro lo sabe; pero si con tanto afecto te interesas por saber la primera causa de nuestro amor haré como el que al mismo tiempo habla y llora. Leíamos un día por pasatiempo en las aventuras de Lanzarote cómo se apoderó de él el amor. Estábamos solos y no teníamos ningún recelo. Muchas veces dió ocasión aquella lectura para que cambiásemos miradas y palidiciesen nuestros rostros; pero un pasaje fué causa de nuestra ruina. Cuando leímos que el amante había depositado un beso sobre aquella sonrisa adorada, éste, que nunca se separará ya de mí, me besó temblando la boca. El libro y su autor hicieron para nosotros las veces de Galeoto. Aquel día no volvimos ya a leer."

El Dante agrega:—"Mientras una de las almas hablaba así, la otra lloraba con tal fuerza que mi piedad me hizo desfallecer y caí como cuerpo sin vida."

Otra Francisca pecadora de amor, cuyo nombre ha ligado la leyenda a una horrible venganza marital, recuerda también la historia. Nos referimos a Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, que por algunos años fué dueña del corazón de Francisco I, uno de los monarcas más galantes que en pasadas épocas gobernaron la Francia.



Francesca y Paolo girando por el aire infernal

Todos aquellos que en su tiempo escribieron sobre este Rey—embajadores, historiadores, cronistas y su propia hermana, sobre todo, Margarita de Valois, que le adoraba—están contestes en afirmar que, como hombre y como príncipe, estuvo dotado de las más brillantes cualidades físicas y morales, incluso una notable belleza personal. Era valiente, intrépido, adiestrado a los ejercicios corporales y guerreros, un poco temerario e imprevisor en sus campañas, pero valeroso a toda prueba; elegante, fastuoso, de alma generosa y magnánima, amigo de las artes y de las letras,—todo ello realizado por cierta exaltación caballeresca, que fué, sin duda, el más acentuado de sus distintivos individuales. Por lo que respecta a sus inclinaciones galantes, no hay duda que las tuvo muy sobresalientes; pero no se acuerdan los historiadores al apreciar la intensidad con que sintió el amor ni en el número de sus afecciones serias.

Guillermo de Saules, señor de Tavannes, que fué su contemporáneo, dice en sus Memorias, poniendo en parangón el celo de Alejandro por el interés público con la negligencia que a este respecto demostró Francisco I, que “Alejandro veía las mujeres cuando no había asuntos de Estado de que ocuparse, mientras que Francisco I veía los negocios públicos cuando no había mujeres de por medio”.

He aquí dos juicios que no se compadecen sobre las disposiciones amatorias del brillante monarca francés emitidos por historiadores de mérito, que han escrito en este comienzo de centuria. Hablando de sus inclinaciones a la poesía, Mr. Henry Lemmonier, en el estudio que de su gobierno ha hecho en la “Historia de Francia”, que dirige Mr. Lavissee, dijo en 1903:—“Las mujeres, sobre todo, sirvieron de inspiración a su poesía. Ellas ocupan no sólo en su existencia privada sino también en su vida monárquica, un lugar prominente, de lo cual no se había visto que se hubiese hecho alarde en Francia sino en tiempo de Carlos VII con Agnes Sorrel. Esta introducción de “queridas oficiales” (maitreses en titre) hay que atribuir, sin duda, a las costumbres italianas, pero en mucha parte también al carácter del Rey. Cifró en su galantería una parte de su gloria, lo que prueba la gran dosis de niñería, que entra en los juicios de la posteridad.”

Mr. Luis Battifol, en su “Siglo del Renacimiento”, publicado hace sólo dos años, hace notar que las dos esposas de Francisco I, la Reina Claudia, que murió joven, y la hermana de Carlos V, Leonor de Austria, aunque tratadas por él como reinas, no representaron en público, ningún papel, y agrega: “Las amigas del Soberano tuvieron, al contrario, una situación mas prominente. Francisco I ha adquirido la reputación de haber sido uno de los príncipes más vivarachos y más inconstantes que han reinado en Francia. Ha habido en esto exageración. Tal vez cuando joven dió muestras de viveza de sentimientos muy pasajeros. No tuvo, en realidad de verdad, sino tres afecciones principales, que ocuparon, es cierto, toda su vida, lo cual es demasiado”.

Mr. Battifol enumera en seguida las queridas del Rey que, por orden de sucesión, fueron: Ana de Graville, Francisca de Foix y Ana de Pisseleu.

Francisca de Foix pertenecía a una de las ramas de los condes de Foix, que emparentaron con la familia real de Francia, y era hermana de dos de los generales que mandaron los ejércitos franceses en el reinado de su amante: Gastón de Foix, vizconde de Lautrec, que fué herido veinte veces en la batalla de Ravena, y Andrés de Foix, señor de Lesparre, cegado por un disparo de fusil. Muy joven, en 1509, Francisca de Foix se había casado con Juan de Laval, bretón de nacimiento, conde de Chateaubriand Montmorency, a quien no amaba. Sin calificarla ni de bella ni de hermosa, como es de costumbre con las damas galantes, Mr. Battifol dice que era alta, sólida, metida en carnes, robusta y morena, falta de distinción, de maneras poco reservadas, que poseía viva e ilustrada inteligencia, que escribía poesías más abundantes que delicadas y que era coqueta de nacimiento. Mr. Lemmonier dice, a su turno, que por sus retratos se ve que era de fisonomía fina y de color blanco, de ojos azules, con cabellos rubios, que tendían a rojos.

El lector puede escoger el que más le agrade entre ambos retratos.

Sus relaciones con Francisco I, que duraron siete años, desde 1516 a 1523, estuvieron lejos de ser apacibles. Los caracteres de los



Francesca y Paolo leyendo las "Aventuras de Lanzarote" atisbados por Juan Malatesta.

amantes no se avenían. El rey era indolente y burlón; Francisca viva, imperiosa, víctima de los celos. Muchos reproches y muchas expresiones duras y amargas se hallan en las cartas en verso, que ambos se escribieron, siguiendo la moda de aquella corte letrada en que Ronsard y la reina de Navarra eran los árbitros del gusto.

Se ha dicho que las relaciones entre Francisco I y Madame de Chateaubriand terminaron bruscamente, y aun en forma brutal por parte del rey. Hay pruebas de que él expresó hastío; pero cuesta admitir que un príncipe de su temple no fuese siempre cortés con una dama, que le había sacrificado su honor, acaso hasta la tranquilidad de su vida.

Se ha dicho también que la ruptura de los dos amantes había sido obra del espíritu maquiavélico de la madre de Francisco I, que era, como se sabe, italiana.

Luisa de Saboya, mujer notable por su inteligencia, su sentido político y la firmeza de su carácter, y también por otras cualidades menos levantadas, como su avaricia, su apasionamiento, la ligereza de sus costumbres, ejerció influencia ilimitada sobre el corazón de su hijo y tuvo gran participación en el Gobierno del Estado. Durante el cautiverio de Francisco I en Madrid, su actitud como regente de la monarquía francesa fué firme, previsor, digna del mas experto de los hombres de Gobierno. Pero si fuese cierto lo que se afirma respecto de su intervención en los amores del Rey, el papel que en este asunto representó la colocaría al lado de Madame Dubarry. Se dice, en efecto, que, celosa del dominio que Madame de Chateaubriand tenía sobre Francisco I, para separarlo de ella, estimuló cierta inclinación que había notado en su hijo por una de sus señoritas de honor llamada Ana Heilly, de diecisiete años de edad entonces, "rubia, pávida, encantadora, distinguida, delgada y graciosa", el contraste, por lo que se ve, de Francisca de Foix. De este modo la Reina madre habría contribuido a la caída de la "querida oficial" en funciones y a la exaltación de una nueva.

Ana Heilly fué la última de este carácter en el reinado de Francisco I. Conservó su situación por espacio de veintidós años, hasta la muerte del Rey. Se distinguió por su habilidad y por su carácter; tuvo grande influencia sobre el monarca y mucha participación benéfica, como la que se atribuye a

Agnes Sorel, en los negocios de Estado. "Francisco I—dice Mr. Henry Martín—la hizo duquesa de Etampes casándola nominalmente con Juan de Brosse, descendiente de Penthievre, que estuvo comprometido en la conspiración de Borbón (el condestable) y que compró con su honor su vuelta al favor real."

Valiéndonos de los datos de la historia auténtica, hemos contado sumariamente los amores de Francisco I con Madame de Chateaubriand. Vamos a recordar ahora que existe en Bretaña una vieja tradición, según la cual esta otra Francisca pecadora de amor habría sido víctima de una venganza marital mucho más conmovedora y dramática que la que costó la vida a la desgraciada Francisca de Rimini.

Según esta leyenda, el marido de Francisca de Foix habría sido un hombre de temperamento duro y siniestro, cuya residencia habitual, mientras su esposa vivió en la Corte de Francia, habría sido el castillo de Chateaubriand, edificado en el siglo XI por Briant, conde de Penthievre, a la orilla izquierda del río Chère en el actual departamento francés del Loira inferior.

Su casamiento se presenta con caracteres misteriosos. A aquel castillo habría sido conducida la futura condesa de Chateaubriand cuando sólo tenía doce años para desposarse con aquel lúgubre señor feudal, el cual habría resultado un mal marido. Juan de Laval habría tratado duramente a su esposa desde que se unió a ella. Tan celoso como adusto y cruel, en las épocas en que se ausentaba del castillo tenía la costumbre de dejar encerrada en una pieza oscura de la torre de aquella fortaleza a la desgraciada Francisca, la cual gozaba, por lo demás, de libertad muy limitada cuando su amo se hallaba a su lado. Del matrimonio había resultado una niña, que era el único consuelo y seguramente el único amor de aquella malhadada esposa.

Pero un buen día, ablandado, a lo que parece, el corazón de aquel tirano marido, habría consentido en que su mujer fuese llevada a la Corte de Francisco de Valois para que sirviera a la Reina como dama de honor.

Terminado el romance que el lector conoce, habría sido devuelta pocos años después



Los condenados por amor en el infierno

al castillo de Chateaubriand, y habría sido allí recibida con todos los honores debidos a su rango y sin que se notase en el esposo la menor muestra de resentimiento.

Pero el tétrico Juan de Laval meditaba una venganza diabólica de su honor mancillado por su mujer y por su Soberano.

Al día siguiente de la llegada de Francisca al castillo la hizo conducir a la pieza de la torre a que se ha hecho ya alusión, la cual se hallaba esta vez convertida en una sala funeraria, cubiertas las paredes con colgaduras negras y dejando ver en torno de un pobre amueblado de sillas un ataúd sobre la tapa del cual estaban inscritos el nombre y los títulos de la desgraciada condesa. Allí fué ésta abandonada en compañía de su hija, que falleció pocos días después, mientras llegaba la hora de su martirio.

Seis meses vivió en aquella lúgubre habitación la pobre pecadora consumida por las más crueles angustias e ignorante de los designios de su esposo.

El momento fatal llegó al fin la noche del 16 de octubre de 1536. Despertando Francisca de sorpresa, después de un sueño pesado, se vió rodeada de hombres armados. Dos cirujanos situados a ambos lados de su lecho, inclinados hacia su cuerpo, la sangraron de pies a cabeza hasta dejarla sin vida. Colocada en el ataúd de antemano dispuesto, fué llevada a la iglesia del convento de las trinitarias de la aldea de Chateaubriand y sepultada al lado de su hija. Más tarde, a los horrorosos detalles de su suplicio se agregó el rumor de que había sido enterrada viva, pues, cuando su tumba fué saqueada en los días de la revolución francesa, se vió que su cabellera había crecido hasta formar una gran red alrededor de las paredes del ataúd.

Pero si ha de darse crédito a la leyenda bretona, la suerte reservada en la otra vida a Francisca de Foix fué bien distinta de la que, según el Dante, correspondió a Francesca de Rimini. Las gentes de Bretaña cuentan aún hoy día que las ruinas del castillo de Chateaubriand se ven todos los años en la media noche del 16 de octubre rondadas por los espectros de los actores principales en el drama de la vida de Francisca de Foix: el de su esposo, Juan de Laval, ceñida la cabeza con una corona incandescente y cubierto el cuerpo con un manto color de azufre, perseguido por los demonios, y los de Francisco I

y su amante, vestidos con blancas túnicas, marchando tomados de la mano en medio de un coro de ángeles. "Una leyenda muy significativa del modo con que se miran en Francia los pecados del género de aquel que cometió la hermosa castellana"—dice maliciosamente la escritora inglesa en el libro del cual hemos extractado los detalles de esta curiosa tradición bretona.

Gracias a la ardiente fantasía del Dante, la más poderosa tal vez de cuantas han estado hasta hoy al servicio de un poeta, los cuerpos entrelazados de Paolo y de Francesca, vigorosamente dibujados por Gustavo Doré en el hermoso grabado con que ha iluminado la escena infernal de la "Divina Comedia", girarán eternamente por el espacio en el Infierno. Merced a la imaginación de la raza celta, tan propensa a lo misterioso, las almas de Francisco de Valois y de Francisca de Chateaubriand resucitarán a lo menos una vez cada año mientras exista la Bretaña.

La historia no presta, como es de suponerlo, crédito alguno a esta leyenda popular. El largo espacio de tiempo que medió entre la época del alejamiento de Francisca de Foix de la Corte de Francia y el día de su muerte—cerca de diez años—desautorizaría por sí solo la historia de la venganza horripilante que habría tomado de las faltas de su esposa Juan de Laval, si, por otra parte, no se supiese que, aún después de haber despedido a su favorita con el famoso dístico:

"Donc pour le temps qu'avec toi j'ai passé
Je peux bien-dire: **Requiescat in pace**".

Francisco I continuó dando muestras de su regia munificencia a los castellanos de Chateaubriand.

Pero es digno de notarse que un historiador tan grave y cuidadoso como Henri Martín, que hace alusión a la leyenda bretona en una nota del tomo 8.º de su "Historia de Francia", se exprese respecto de ella en estos términos: "Persisten con todo ciertas obscuridades respecto al fin de la bella condesa, las cuales no permiten rechazar la tradición con certidumbre absoluta; algunos indicios que habrían concebido al Rey y los contemporáneos."



"María Antonieta", cuadro de Mme. Vigée
le Brun.



"El cántaro roto", cuadro de Greuze.

Disfraces perfectos

El disfraz se ha envejecido y ha perdido su distinción en el sentido de la elegancia. Con la decadencia del Carnaval los disfraces se han hecho chabacanos, se han vuelto canallas y fáciles, cuando precisamente las decadencias deben ser las más preciosistas y las de más puras fórmulas.

El traje de Carnaval debía ser cuidado con esa atención que se le presta al traje de la estación, en vez de ser una desquiciada improvisación, un traje que se alquila, que le está bien a todos.

El traje de Carnaval podía ser el más perfecto, porque se presta a realizar los ideales más pintorescos de cada uno.

La elección de estos trajes tiene dos campos inmensos: todo el pasado y todo el presente. Así es que la mayor fantasía puede triunfar en ellos y convertirse en realidad. Sobre las modas un poco grises y un poco sometidas a una general discreción, sobre las modas de todo un



"La Tirana", cuadro de Goya.

año, el traje de Carnaval podía ser, por un momento, el triunfo de lo pintoresco, lo coloreado, lo optimista en las ciudades apocadas y aplanadas bajo el peso de ese tono morigerado y general.

Las siluetas vivas y libres, despejadas, pondrían algo de fiesta en la calle; pero no esa fiesta vulgar de martones y ridículos colorines, sino de buen gusto, pudiendo llevar los trajes diversos cuyo uso no está permitido fuera de ese momento.

Porque en el Carnaval debían triunfar de nuevo todos los grandes aciertos de la moda universal, y debían resucitar las mujeres de todas las épocas. El Carnaval debía ser una historia del traje y de la mujer, llena de viveza y de fantasía, una obra de renovación en la que resucitase la gracia, que

no debió morir, de las mujeres del pasado.

Así yo me he imaginado con antifaces esos cuadros de mujeres de los museos, los

más femeninos y los de una moda más acertada.

Con antifaces esas mujeres tienen un valor de arquetipos para la moda del Carnaval. Son como ejemplos maravillosos para un baile de trajes perfecto, como figuras que llenarían de gracia y distinción las calles repletas de máscaras sucias, monótonas y ramplonas.

Darían distinción al Carnaval esas máscaras escogidas, elevándolo y dignificándolo con el arte que hay en ellas.

En esas figuras con antifaz el encanto se redobla y se sobrepasa; aunque sabemos quiénes son, un nuevo secreto se ampara de ellas; el secreto aristocrático y distinguido; el fondo delicado y turbador que debe haber dentro de cada máscara.

Imitando la estructura reservada y espiritual de esos cuadros, se contendría la vulgaridad plebeya que ha contagiado al Car-

naval; porque el Carnaval merece una mayor consideración, más ensayos generales, más estudios lentos y apasionados, como los que se dedican a la ejecución laboriosa de un cuadro o al poner en escena una comedia complicada y preciosa. Sin este concepto de arte, no merece vivir el Carnaval.

Viendo estas siluetas misteriosas y admirables de los cuadros, que todos conocemos, se comprenderá cómo pueden servir de ejemplo para dar un mayor realce y una mejor dirección al arte del Carnaval, alejándole de la pobreza y de las monstruosas complicaciones de esos vestidos charros, de esos eternos mantones de Manila, de esos bebés estúpidos, esas percalinas detonantes, toda esa mezcla abigarrada que toma aspecto de engranaje de fábrica o de esas mesas revueltas de la más espantosa garrulería.

El Carnaval, con estos modelos, tendría un doble valor de arte y de evocación.

CARMEN DE BURGOS.



Una noche de tempestad en automovil

De Santiago a "Las Condes"

Por G. C. T.

Con ilustraciones fotográficas

En la tarde del sábado 21 de enero me encontraba tranquilamente en el Club de la Unión, dedicado a gozar de la legítima y deliciosa ociosidad en que me había dejado la clausura de los Tribunales. No por ello dejaba de continuar, sin embargo, peleando, pues el amigo Pepe, que hacía en ese momento esfuerzos desesperados para tomar la revancha de la primera mesa de piyuyos que le había colocado, me obligaba a defenderme enérgicamente, no sólo con el taco, sino también con un alegato interminable sobre nuestra respectiva destreza en el juego de la villa. Afortunadamente, entre la barra de los amigos invitados a tomar un cock-tail a cuenta del perdidoso, y que, contagiados por mi contendor, habían formado una baranda fenomenal, se encontraba el gringo Enrique, que, con una flema británica, iba apuntando en una esquina del tablero cada una de las villas que nos resultaban por casualidad, pues a no haber mediado esta feliz circunstancia, el joven Pepe hubiera convencido a todo el mundo, con sus gritos de flautín desafiado, que yo lo había ganado a fuerza de puros sapos.

Concluíamos de jugar y no hallaba a qué santo encomendarme para escapar de las iras del perdidoso, que me iba derrotando a su vez en lo que a discursos y epítetos concernía, cuando llegó el amigo Siete Lenguas, conocido ya de nuestros lectores como el chauffeur insignie que hizo el primer viaje en automóvil a Concepción y me invitó a estrenar su nuevo automóvil "Maxwell" en una carrera rápida a Apoquindo.

Acepté gustoso la partida y en compañía

del popular "Cachudo" y del indispensable "Pelado", que, a pesar de la inutilidad que le achaca el Siete Lenguas, es en estas excursiones "l'homme a tout faire", nos lanzamos a revienta máquina, después de despedirnos a la ligera de los amigos de la villa, que tomaron abnegadamente sobre sí la tarea de calmar a mi furioso adversario.

La tarde estaba bastante avanzada y la luz decrecía más rápidamente que de ordinario, pues los negros nubarrones, que corrían velozmente impulsados por un fuerte viento norte, interceptaban los rayos del sol poniente.

Se sentía un calor húmedo en la atmósfera que presagiaba una tempestad cercana. Aprehuramos la carrera con la intención de regresar antes de la descarga del chubasco, pero no tuvimos tiempo para ello, pues antes de llegar a los Baños empezaban ya a caer gruesos goterones, que, a la velocidad del auto, nos hacían el efecto de granizos, al azotar en nuestras caras.

No acierto a explicarme la causa de la atracción que tiene la lluvia, pero es un hecho que, cuando niños, uno de nuestros grandes placeres ha sido el de vagabundear por las calles durante la mayor violencia de aquélla, y que, cuando grandes, nos sucede igual cosa en lugares o en épocas en que las lluvias no son frecuentes.

Una lluvia de diez minutos que tuve oportunidad de presenciar hace años en Iquique, y que fué una ruina para los mobiliarios de las casas,—las que carecen de tejados y cuyas azoteas se pasan fácilmente,—trajo más concurrencia a las calles que la que pudiera

haber acudido a la arribada del Presidente de la República.

Pues bien, análoga sensación sufrimos nosotros cuando, encontrándonos ya en Apoquindo, se descargó la lluvia con toda la violencia que suelen tener las tempestades del verano. Nos sentíamos nerviosos y experimentábamos la necesidad de aprovecharla.

Una claridad azuleja seguida de un trueno, que retumbó como un cañonazo, vino a precipitar nuestros nacientes deseos de cometer un disparate.

Celebramos consejo y acordamos, tras corta discusión, que era preciso aprovechar esta extemporánea lluvia para efectuar alguna excursión que saliera de lo común. Y acor-



damos ascender inmediatamente hasta llegar hasta el punto en que la lluvia se convirtiera en nevazón.

El camino más cercano y accesible que se nos presentaba era el de Las Condes, que conduce a los minerales de cobre de "Los Bronces" y "San Francisco", y hacia allá nos dirigimos después de subir la capota del auto y esconder en sus rincones un paquete de sandwiches y algunas botellas de cerveza, que por cierto nos sirvieron como el mejor de los equipajes.

A poco de ascender por el camino que lleva a "La Puerta de Las Condes", el que se desvía del camino de Providencia, como unos dos kilómetros antes de llegar a los Baños, empezamos a darnos cuenta de la dificultad que presentaba la realización de una empresa tan ligeramente acordada.

Efectivamente, a medida que subíamos, re-

doblabla la violencia del temporal y el camino se convertía en un torrente, tanto más impetuoso cuanto mayor era la gradiente.

El agua llegaba hasta cerca de los ejes del auto y formaba como dos alas de cisne al ser cortada por las ruedas. Sentíamos la sensación de ir remontando un río en crece, y esperábamos nerviosos el momento en que el agua inundara los compartimentos del motor, apagando las energías de la máquina.

La idea de pasar la noche anclados en un camino convertido en río, a pesar de ser nueva y original, no nos reconfortaba del todo, pues sentíamos llegar el momento en que, concluidos los sandwiches, íbamos a sentir hambre; en que concluida la cerveza, apenas suficiente para lubricar la garganta de "Siete Lenguas", íbamos a tener sed; y en que, teniendo sueño, no íbamos a poder dormir, tanto por el poco confort de las camas, como por encontrarse entre nosotros uno de los roncadores mundiales...

Espoleados con este temor, nos lanzamos, pues, a toda máquina, en primera velocidad, acordándonos de aquello de que "el camino malo hay que pasarlo pronto... y el bueno hay que aprovecharlo" y de este modo, después de innumerables peripecias, llegamos a la "Puerta de Las Condes", donde empieza el camino de la montaña, tallado en talud, en la misma falda de los cerros que sirven de gigantescas laderas al torrente del Mapocho, que corre en el fondo con estrépito digno de un gran río.

Antes de recorrer un par de cuadras de esta nueva vía, ya estábamos recordando con deleite el camino-río que acabábamos de dejar, con sus peñascos, hoyos y zanjas resultaba siempre una maravilla comparado con el por que nos habíamos imprudentemente lanzado.

Efectivamente, sin bien aquí no corría el agua por el centro del camino, pues siendo éste muy angosto, se deslizaba por la pendiente del cerro, corría sin embargo la arcilla de los desmoronamientos que produce la lluvia, y que lo cubría con una capa fofa en la que el auto se enterraba hasta el eje, y enormes peñascos, que se desprendían del talud después de haberse soltado con el agua la arena y la tierra que los sujetaba.

A pesar de toda la potencia de la máquina, demoramos cerca de una hora para avanzar los primeros kilómetros.

La noche nos envolvía en su manto obscurísimo y el temporal redoblaba en violencia por momentos.

Nos era imposible retroceder porque la angostura del camino no permitía en parte alguna dar vueltas al auto, y volver en marcha atrás sin luz posterior que alumbrara la estrechísima vía, hubiera sido una temeridad parecida a un suicidio. Donde no había rodados, las ruedas, que ninguna de ellas tenía neumáticos anti-derapant, patinaban libremente sin obedecer a la dirección, llevando constantemente el carro hasta la misma orilla del precipicio; y donde los había, era preciso pasar a toda velocidad para salvar el escollo, y esto era imposible hacerlo retrocediendo.

No teníamos, en consecuencia, otra opción, que avanzar, haciendo "de tripas corazón".

Inútil me parece decir que estábamos calados hasta los huesos, pues entre los dos peligros que se nos presentaban inminentes: por una parte, una pulmonía posible, y por la otra un despeñamiento casi cierto, naturalmente optamos por el primero; así es que, so pretexto de ayudar a empujar cuando llegábamos a los rodados de arena, que presentaban vallas formidables, nos íbamos en la pisadera del lado del cerro, recibiendo una ducha que no nos dejaba ni respirar.

Al llegar a éstos nos era preciso bajar, para alivianar el peso del vehículo y para ayudar con todas nuestras fuerzas—que no eran muchas—en el momento preciso en que pasaba para atravesar el escollo, emparejando la arena y el barro con los ejes.

A pesar de la bondad del automóvil, que demostró en esa ocasión ser una máquina de primer orden, no obstante su reducido precio, no siempre se conseguía franquearlo a la primera tentativa, pues en algunos casos la altura de los rodados era tan grande que alcanzaban hasta la carrocería, de modo que se hacían necesarios empujones hechos a toda máquina para abrir camino con el eje y el radiador.

El mayor peligro estaba en el espacio que era preciso recorrer en marcha atrás para tomar impulso, pues en la obscuridad profunda no podía ver el chauffeur desde el asiento delantero el camino que retrocedía.

De esta manera, hubo un momento en que nos helamos de espanto: el obstáculo se presentaba frente a uno de los tantos rodados

del camino, que sigue las sinuosidades del cerro, y la dirección, mal guiada por el chauffeur, llevó el coche directamente al precipicio. Fuera de este, los demás estábamos en el camino y sólo nos apercebimos del peligro cuando ya una de las ruedas posteriores giraba en el vacío y el auto se inclinaba hacia el abismo. Corrimos a sujetarlo y alcanzamos felizmente a hacerlo mientras aquel cambiaba de velocidad y daba marcha adelante.

Por lo demás, no fué esta la única vez que se presentó igual peligro, pues siendo preciso marchar muy ligero para evitar de empantanarnos, era imposible, a pesar de la destreza del chauffeur, evitar que los patinajes



repentinos no llevaran constantemente el auto a la misma orilla del precipicio.

Como si éstos fueran pocos sobresaltos, nos cruzamos a poco andar con un jinete que bajaba escapándose de la tormenta, y que nos dió por único consuelo la noticia de que más arriba el camino estaba hecho pedazos por los enormes peñascos que rodaban del cerro y que a él casi lo habían despeñado en varias ocasiones.

Continuamos, sin embargo, haciendo repetidos zig-zags para evitar las piedras recién caídas que obstruían el paso, muchas de las cuales teníamos que remover a mano para dejarlo expedito, y con el recelo consiguiente de ser aplastados por alguna de las muchas que rodaban a cada instante en todo sentido.

En esto sentimos unos gritos distantes y



cuyos ecos nos llegaban apagados por el ruido de la lluvia. Nos detuvimos para averiguar de lo que se trataba, cuando vimos llegar trotando a nuestro buen Cachudo, empapado no ya en agua, sino en puro barro. Resulta que pasándose de ladino, y por ponerse más en seguridad de saltar a tiempo en caso de desbarrancarnos, se había trepado sobre el eje posterior afirmándose en el toldo, y que en un barquinazo violento fué a dar con su humanidad en el barro, exponiéndose a quedar perdido en aquella serranía si no hubiera sido por su oportuna gritería.

Aún cuando parezca raro y a nadie le pareció más que a nosotros mismos, el hecho es que llegamos después de tres horas de trabajo, sin ninguna degracia que lamentar, al puente de Ñilhue, donde hay una mísera posada para las carretas que hacen el acarreo de minerales.

Cuando nos encontramos dentro del rancho, nos sentimos tan bien, que transcurrió mucho tiempo antes de que nos apercibiéramos de la pestilencia de la atmósfera que nos rodeaba y del escasisimo confort con que vivía aquella pobre gente.

Y si nos preocupamos de este detalle fué porque parecía inevitable que tendríamos que alojar en este punto, ya que continuar la ascensión en tales condiciones resultaba una imprudencia temeraria.

Y, sin embargo, cómo nos sentiríamos de incómodos en aquel sitio, que antes de un cuarto de hora ya estábamos instalados nuevamente en el automóvil y continuábamos nuestro viaje de recreo.

Efectivamente, haciendo balance de las incomodidades que nos iba a presentar nuestro improvisado alojamiento, fuimos colocando al haber, y aceptándolas sin protestas: 1.º el dormir todos en una sola cama, lo que mirado con buen humor presentaba la ventaja de que así nos abrigáramos del frío glacial que sentíamos; 2.º la colección completísima de bichos que se producen en Chile, todos domesticados y que vivían en muy cordiales relaciones con nuestros huéspedes. Pensábamos que, por poca habilidad que éstos tuvieran, habrían de preferir entrar en relación con el Pelado, que dispone de una soberbia humanidad, muy superior en carnes a la nuestra, y ello nos consolaba egoístamente de esta partida; y 3.º la turca cariñosa que venía atrapando el dueño de casa, y que nos amenazaba con inundarnos en cerveza, después de encontrarnos inundados en agua.

Hasta aquí todo era soportable, pero cuando supimos que tendríamos que cohabitar con un muerto, comprendimos que el Debe superaba al Haber y que era preferible continuar, a riesgo de rompernos la crisma.

La noticia del nuevo alojado nos la dió un arriero que, por empinar botella tras botella de cerveza, de la docena que empezó abriendo el posadero en nuestro honor, no había desplegado los labios antes de ser interpellado.

Preguntámosle quién era, de dónde venía y a dónde iba, porque necesitábamos saber, antes de que concluyera de emborracharse, qué clase de amigos nos rodeaban y si no había peligro de que nos dieran una puñalada mientras dormíamos.

Nos dijo que venía bajando de las minas



de "Los Bronces" y que traía en una acémila a dos niños machucados.

Como el amigo estaba ya como convino y no se explicara muy claramente, le indiqué me fuera a mostrar su carga, lo que hizo rezongando.

Esto de los "niños machucados", que bien podía ser un terminacho de minero, me había preocupado, sin embargo, y con razón, pues a poco andar, y bajo un sauce llorón, que lloraba a lágrima viva por cada una de sus hojas, inundando en vez de proteger lo que bajo su amparo se colocaba, encontré una mula con dos cargas un poco más largas que las que se usan de ordinario para la bajada de los minerales.

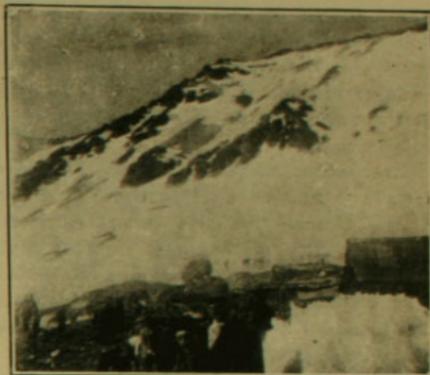
Me acerqué a examinarla, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con un hombre a cada lado, empaquetados como momias y cubiertos con sacos que les cubrían la parte inferior, dejando el pecho y la cara al descubierto.

La lívida palidez de sus semblantes me demostró, sin necesidad de mayores preguntas, de lo que se trataba, de modo que, volvíame ya al rancho mohino y cabizbajo, cuando un lamento partido de la acémila me hizo dar un salto, como si hubiera tocado una víbora.

Me volví, creyendo que el ánima de alguno de los muertos rondaba alrededor de su cadáver, pero mi compañero me dijo:

—Güena cosa, ñor, con el chiquillo bien duro pa morir. Hace media hora que lo traigo boqueando, y entodavía se lamenta.

Era inútil hacer comentarios. Hicimos desempaquetar la carga y entrar en la casa a muerto y moribundo.



A primera vista nos dimos cuenta de que éste no tenía remedio, pues amén de varias quebraduras, el golpe recibido en la caída a uno de los piques debía haberle producido contusiones internas mortales.

Y si estas no lo hubieran sido, es evidente que el viaje, efectuado en tan primitivo sistema de asistencia pública, se hubiera encargado de matarlo, de lo cual debía estar bien seguro el arriero, a juzgar por su exclamación.

Partimos, pues, después de ceder nuestro único lecho al moribundo y de recomendarlo a los cuidados del posadero, a quien medio se le había espantado la mona con la tétrica aparición de las cargas del arriero.

El camino continuaba, a partir del Silhue, más empinado y con mayor pendiente que en la sección recorrida, pero con piso más firme y menos rodados; lo que nos permitió aumentar la velocidad.

Continuaban, sin embargo, nuestras zóo-bras, pues el temporal no disminuía, y a la luz de los relámpagos podíamos divisar la enorme altura a que nos encontrábamos sobre el río, la estrechez cada vez más pronunciada de la vía, y la abrupta pendiente del cerro, que nos hubiera permitido caer, rozando apenas el faldeo.

Resignados ya a la suerte que nos deparaba el destino, habíamos vuelto a ocupar nuestros asientos dentro del auto, pero llevábamos los nervios en tal tensión que a cada patinada que el coche hacía en los continuos virajes, sentíamos que nos recorría un escalofrío, que estaba muy lejos de provenir del frío de nuestros mojados cuerpos.



Pasamos de esta manera frente a la "Ermita" edificada en la cumbre de una colina que ocupa pintorescamente el punto céntrico de la reunión de varios cajones de la cordillera, y cuya luz nos hizo el efecto de un faro salvador.

Atravesamos luego el angosto desfiladero llamado "Estrecho de Magallanes", en que el camino corre haciendo curvas entre dos farellones altísimos de rocas cortadas prolijamente en vertical, y que si a la luz del día presentaban un espectáculo bellissimo, en aquella noche de tempestad eran verdaderamente imponentes.

Habíamos recorrido la mitad de este, cuando el auto se detuvo en una frenada rápida y violenta.

No fué necesario preguntar al chauffeur



qué nuevo obstáculo se oponía a nuestra marcha, pues al asomarnos fuera del coche, pudimos observar a media altura del acantilado izquierdo, donde no podía llegar la luz de los faros, cuatro puntos brillantes que se movían en un pequeño círculo, arrojando una vaga claridad en sus contornos, pero insuficiente para indicarnos de qué provenía la luz.

Salió a relucir el único revólver que viajaba con nosotros, y celebramos consejo acerca de lo que era preciso hacer.

Quién opinó porque respetáramos la aparición, seguro de que las luces no podían provenir sino de las ánimas de algunos desgraciados fallecidos allí trágicamente; otro, que se estaba acordando de "Mefistófeles", aseguró que eran fuegos fatuos; otro más escéptico opinó por disparar, observando con sana lógica que al ser fantasmas nada les haría el disparo, y al ser enemigos peligro-

so preferible sería ganarles la delantera.

Dominó esta opinión, y comisionado el mejor tirador para ponerla en práctica, sentimos conjuntamente con la salida del tiro un "Cuag" y la caída de un cuerpo pesado que fué rodando por la peña hasta caer al agua, mientras se apagaban las otras luminarias, que no podían ser sino las de la compañera del zorro tan inesperadamente fusilado.

Sin mayores dificultades ni accidentes llegamos sanos y salvos al establecimiento de "Maitenes" a las 10 P. M., donde fuimos cariñosamente atendidos por los administradores del depósito que ahí tiene establecido la "Compañía San Francisco de Las Condes".

Inútil me parece asegurar que hice cumplido honor a la suculenta cazuela y demás guisos que con increíble rapidez preparó la señora administradora.

Con decir que no tuvimos tiempo ni siquiera para reírnos de las fachas que hacíamos vestidos todos de señoras, con las ropas que aquella nos proporcionó para que no le inundáramos el comedor, creo que queda suficientemente explicado nuestro apetito.

Cierto es también que, cuando concluía la comida, observaba con mayor detención al Siete Lenguas, pensaba con horror en la aversión que hubiera tomado al bello sexo si éste hubiera pertenecido efectivamente a él.

Antes de levantarnos de la mesa, entonces, subidos sobre las sillas para mayor formalidad, un "For his a jolli good feloo" en honor... del "Maxwell" que tan admirablemente se había conducido hasta entonces.

Pongo efectivamente en duda que otro auto de su precio y condiciones hubiera sido capaz de realizar este verdadero record sin sufrir el más ligero accidente, tomando en consideración que no sólo habíamos tenido que subir constantemente una fuerte gradiente, sino que remontar verdaderos ríos, aplanar múltiples rodados y subir con el piso resbaladizo y fofo algunos zig-zags que normalmente presentan infranqueables obstáculos para otros autos.

Un sol esplendoroso que se colaba hasta nuestros lechos por las mal cerradas ventanas, inundándonos de vida y alegría, en contraposición a las inquietudes de la noche, nos impulsó a continuar en el acto nuestra excursión hasta realizar el propósito de nuestro viaje.

El placer con que nos colocamos nuevamente nuestras legítimas indumentarias, un poco encogidas por el chaparrón, pero sequitas y abrigadoras, sólo fué comparable al con que engullimos sendas tazas de café con leche de cabra, cuya suculencia recomendamos a los buenos gastronómos.

Después de despedirnos de nuestros cariñosos huéspedes, continuamos viaje en medio del paisaje más hermoso que me haya sido dado contemplar.

La purísima atmósfera de la cordillera, más diáfana aún que de ordinario por efectos de la recién pasada lluvia, hacía resaltar los vivos colores de los árboles floridos del angosto valle que recorriamos, mientras la nieve recién caída, cubriendo hasta media falda los cerros que lo encerraban, producía con ellos el contraste más encantador.

Después de media hora de ascensión nos detuvimos en la quinta de Abraham, el hombrécito que surte de pan a los establecimientos mineros, trabajándolo en su casa con todos los miembros de su familia, entre los que se cuentan dos curiosidades: una señora de 115 años cumplidos y en un estado de salud envidiable, y un perro, que, acompañando a su amo, un hijo de aquel, a la bajada de las minas, en un día de invierno, fué enterrado bajo un rodado de nieve que les cayó encima a la pasada.

Ocho días después, cuando mejoró el tiempo y pudieron dar con el punto en que debían estar los perdidos, cavaron la nieve en una profundidad de diez metros y encontraron el perrito vivo acurrucado entre las piernas del cadáver de su amo.

“Los Ultimos Lumes”, distante otra media hora de camino, marca el punto donde concluye la vegetación y donde se entra en plena cordillera, de altísimos cerros, donde crece apenas un ligero musgo, de que se alimentan los guanacos. Divisamos una pequeña manada en la arista de un boquete, destacando sus orgullosas siluetas en el horizonte, pero sólo por un momento, pues a un relincho del macho jefe escapó toda la tropilla corriendo por el cordón a una velocidad con que nosotros querríamos poder correr por el plan.

El camino estaba expedito, pues la poca nieve caída en la noche se había derretido bajo la acción de los rayos del sol de la mañana y, en consecuencia, cruzamos el cajón del Plomo, donde hay pequeña gradiente,

a una velocidad constante de 30 kilómetros, admirando la bondad del auto, que funcionaba maravillosamente en tercera velocidad, cosa extraordinaria dada la altura de más de 3,000 metros a que allí nos encontrábamos.

A la entrada del cajón de “Los Bronces”, a cuyo fondo se encuentra este mineral, y el de la Compañía San Francisco de Las Condes, pudimos observar las ruinas de la residencia principesca levantada en época no muy lejana por la loca fantasía del hijo de uno de los descubridores de estos minerales, don Angel Sassi, que, creyéndose poderoso como un Nabab e inagotables los filones de sus vetas, se dió a llevar una existencia de fausto y de jolgorio, en el fondo de aquellas serranías holladas sólo por las



pezuñas de los guanacos y de las escasas mulas en que se aventuraban a internarse los atrevidos cateadores de minas.

Nada faltaba en aquella mansión, para que el hombre menos imaginativo pudiera creerse al vivir en ella, transportado a uno de los cuentos de “Las mil y una noches” por las alas de oro de la fantasía oriental, cuyos héroes improvisaban en islas desiertas palacios dorados, servidos con exquisitos manjares y néctares de ambrosía, en medio de hermosísimas bayaderas.

Efectivamente, levantados los muros con piedras mineralizadas de rica ley de las mismas vetas que se explotaban, podía decirse que el palacete tenía murallas de cobre, y por lo que respecta a néctares y bayaderas, con muy poco que se ayudara a la imaginación, por tales podían pasar los ríos de espumoso champagne, en que se bañaba el afor-

tunado Sassi con todo su harem de doncellas arrancadas a la capital.

Pasados los años vino la decadencia, y así como al despuntar el día se esfumaba la virtud de la lámpara maravillosa de Aladino, desapareciendo sus palacios, sus héroes y sus bayaderas, así se extinguieron también las orgías de Sassi que se vió obligado a abandonar su mansión con todo lo que contenía.

Y hasta hace pocos años los mineros, bailaban sobre el piano, que tan difícil había sido transportar allí, y encontraban con poco esfuerzo nuevos muebles y riquezas que destruir.

Empezamos nuevamente a ascender por el zigzagado camino que sube por la ladera derecha de este cajón hasta llegar a los 4,200 metros a que se encuentran las mencionadas minas.

A cada momento nos era preciso detenernos, colocando el auto pegado al cerro, y oculto tras nuestros cuerpos, para dejar paso a las numerosas recuas de mulas que bajaban cargadas con minerales, y que corrían peligro de despeñarse si se espantaban al verlo.

En esta última etapa del viaje pudimos comprobar que nuestro chauffeur no exageraba al asegurarnos que el tan ponderado automóvil "White", en que hicimos el viaje a Concepción y cuya loa constante nos cantó durante aquella larga excursión, no era bajo ningún concepto superior a éste, a pesar de ser cerca de tres veces superior su precio.

Era, efectivamente, extraordinaria la velocidad con que ascendíamos los empinados zigzags, de vueltas tan estrechas y difíciles, que varias veces nos vimos obligados a subir retrocediendo, pues no había cómo ni dónde voltearlo.

Se comprende fácilmente la energía extraordinaria que necesita desplegar la máquina para subir en ángulo agudo dos planos de muy diferente nivel, y tanto mejor después de haber visto fallar en tales circunstancias a los mejores motores.

Pues bien, en este caso podemos certificar con entera veracidad que el "Maxwell" subió siempre sin la menor dificultad las cuestas más difíciles y empinadas, lo que era para nosotros una gran tranquilidad, pues al mirar los precipicios por que íbamos, la idea de que por falta de fuerza o debilidad de

los frenos, pudiéramos retroceder, aún cuando fuera unos pocos metros, era lo suficiente para producirnos escalofríos.

Luego llegamos a la región de las nieves eternas, en que el camino se despliega como una cinta azulada, destacándose de la albísima blancura de la nieve recién caída y que cubría todo el valle como en un enorme sudario.

Corrimos todavía cerca de una hora, encajonados entre dos farellones de hielo duro de una altura media de 3 a 7 metros, con sus muros suaves y compactos como la superficie de un espejo, por efectos del deshielo.

En las pocas partes en que éste se interrumpía, podíamos admirar los bellísimos efectos que producía la luz en la nieve recién caída, desparramando los colores irisados del iris sobre las caprichosas figuras que se formaban con el derretimiento de la superficie.

Desparramados en todo el largo de esta costosa vía había cuadrillas de trabajadores ocupados en despejarla de la nieve fresca y en efectuar su ensanche, pues en partes apenas había trecho para el ancho del automóvil.

A la 1 P. M. llegábamos al establecimiento de la Compañía de San Francisco, donde éramos atendidos solícitamente por su administrador e invitados en el acto a almorzar, lo que aceptamos gustosos, pues veníamos muertos de hambre.

Poco consumo le hicimos, sin embargo; pues, a pesar del aspecto tentador de las frutas y de las viandas, que se conservan en esa altura en estado perpetuo de lozanía, sentíamos una extraordinaria agitación al corazón al hacer funcionar el estómago, por efectos de la puna, que ataca muy sensiblemente en esa región.

Lamento que el tono de este artículo y el espacio de que dispongo no concuerden con cosas más serias, pues de mucho mayor interés sería para el público el conocer datos sobre estos riquísimos minerales que leer las inocentes aventurillas de viaje que relato, pero eso debe quedar necesariamente para otra ocasión, pues al hacerlo aquí me expondría a presentar un biftec alemán... con compota de mermelada.

A las 5 P. M. emprendimos el regreso, acompañados hasta la distancia del chivateo con que nos despedían los mineros.

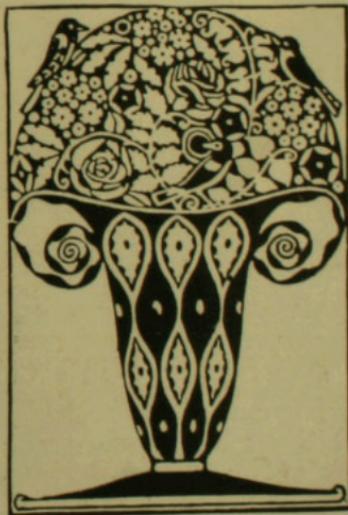
Inútil me parece asegurar que, contando con buenos frenos, el descenso es más fácil y rápido que la subida, de manera que no es de extrañar que llegáramos a Maitenes, alumbrados todavía por los últimos rayos del sol poniente.

Libres ya de la opresión desagradable de la puna, nos desquitamos de nuestra debilidad estomacal de las cumbres, haciendo amplio honor a la comida de la señora administradora, y continuamos el regreso a la luz de los faros eléctricos, afortunadamente bastante poderosos, pues dada la estrechez del camino y los continuos virajes que es preciso efectuar en rápida pendiente, la menor va-

lución del chauffeur, impotente para moderar la velocidad, puede ocasionar un despeñamiento horrible.

Pasado el puente del Nilhue, pudimos darnos cuenta de la gravedad de los rodados que allí habíamos franqueado al tener que poner la máquina en primera velocidad para atravesarlos, siendo que en el resto del camino era preciso venir frenando constantemente para detener el coche en la bajada.

A las 10 P. M. estábamos en nuestras legítimas camas, y es bien seguro que más de alguno despertaría al día siguiente interrogándose sobre si no sería más que una pesadilla la improvisada excursión del día anterior





La prisión de una reina mártir

Por

JUAN BALAGUER

Ilustraciones fotográficas

Es mucho y muy interesante lo que puede absorber la atención del curioso viajero que, al llegar a la vieja ciudad, se proponga conocer los tesoros que encierra entre sus murallas ruinosas.

En cuanto dispuesto a ello emprenda una excursión por las calles en acentuada pendiente y por las tortuosas travesías de la ciudad alta, habrá de percibir el carácter añejo que ofrece el caserío opaco y severo, desnudo de arquitectónicos detalles que lo embellezcan.

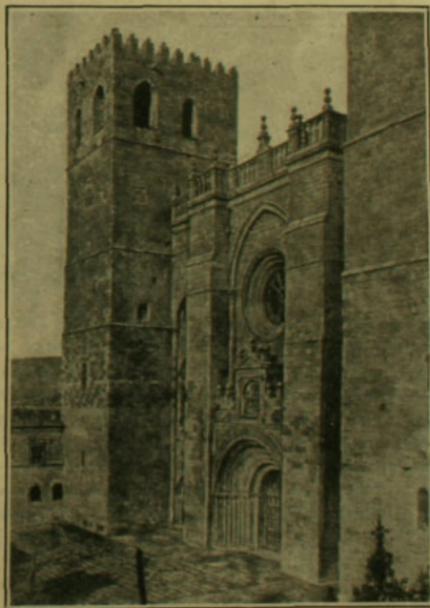
Llamarán su atención, en torno de la iglesia de San Vicente, las antiguas casas cuyos arcos semicirculares les dan un sabor bizantino; la plaza creada de soportales, en la que estuvo la residencia del Consistorio. En la espaciosa plaza de la Catedral produciránle admiración, las fachadas de la decadencia gótica o plateresca, levantadas sobre arqueado pórtico que fueron fabricadas en su mayor parte por el opulento cabildo y entre las que se distingue la del Ayuntamiento. Descendiendo a la parte baja de la población, observará un aspecto más nuevo y más alegre; sus casas, de carácter moderno, fueron levantadas a fines del siglo XVIII por el obispo don Juan Díaz de la Guerra, quien generosamente cedió al hospital la propiedad, y aunque no son muy suntuosas, no tienen el carácter sombrío que da a las otras la vetustez.

Siguiendo por la frondosa alameda que tienen sus umbrías calles hacia las márgenes del río, verá la ermita de Nuestra Señora de los Huertos, con su portada de estilo Renacimiento, y cuya fábrica del siglo XV, es reedificación de otra que perteneció a la vieja catedral.

El Humilladero, es otra ermita gótica contemporánea de la de los Huertos, que habrá de merecer su atención. Y otras de las edificaciones que sin duda le interesarán, son: el Convento de Franciscanos con su convexa fachada churriguéresca, el de Ursulinas, instalado en la casa que fué de los Infantes de Coro, el Hospicio y el Cuartel de Milicias, ambas debidas a la iniciativa episcopal; el renovado colegio de Jerónimos y el de San Antonio, que en 1477 fundó el arcediano de Almazán, Juan López Medina, criado del cardenal Mendoza, en los que residió durante tres siglos la Universidad de estudios.

La Catedral, situada en uno de los frentes de la plaza Mayor, conseguirá causarle asombro. Es un sólido edificio de estilo gótico construido con piedra de sillería, cuya fachada principal tiene tres puertas de gran mérito, a las que precede un amplio atrio envorjado y con adornos de figuras en piedra. Corona la puerta central un precioso medallón bajo relieve, representando la aparición de la Virgen a San Ildefonso. A los lados de la fachada elevanse dos torres cuadradas y macizas con almenas terminadas en gruesas bolas, que se comunican por una balaustrada de piedra sobre la fachada. El interior del templo, de amplias y severas naves, de suntuosas proporcio-

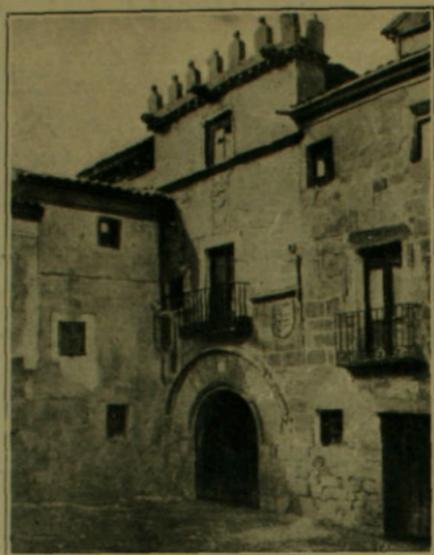
nes, de amplias y severas naves, de suntuosas proporcio-



Fachada principal de la Catedral de Salamanca.



Una calle típica de Sigüenza, viéndose al fondo la torre de la Catedral.



Una antigua casa señorial de la ciudad de Sigüenza.

nes, ofrece gran interés arquitectónico y artístico, tanto en lo que se refiere a su ornamentación general como en lo que atañe a los altares y sepulcros. En la capilla de Santa Librada, patrona de la ciudad, consérvanse las reliquias de la santa, cuya imagen ofrécese en el centro de un hermoso retablo. El coro, situado en el centro de la iglesia, es valioso por las preciosas tallas de la sillería, así como el altar de Nuestra Señora la Mayor, construido en jaspes negros y rojos.

También es digno de atención el claustro de estilo gótico florido, en el que se admiran dibujos tan bellos como sutiles, con menudos y exquisitos calados en todas sus ventanas cubiertas de cristales. En el sagrario existen notables esculturas y mascarones labrados en piedra arenisca, de gran mérito artístico, así como la bóveda, en la que se ofrecen a la contemplación primorosos labrados. En la sala capitular consérvanse hermosas pinturas de tanto mérito como las que enriquecen las capillas. Este hermoso templo, comenzado a construir en el siglo XII, debe muchas de sus obras de reforma y embellecimiento al cardenal Mendoza. La efígie de Santa María la Mayor, que fué la titular, es una obra interesantísima del siglo XI...

Y todas estas cosas y muchas más que podrían citarse, son sin duda dignas de la escrupulosa atención, del minucioso examen

de todo aquel que se extasia ante las manifestaciones del arte de otros tiempos.

Pero existe fuera de la ciudad algo que reclama de manera más imperiosa la atención del que al contemplar la obra de otras edades, relaciona con las viejas edificaciones que han respetado los siglos, los sucesos históricos de que fueron testigos mudos. Y en este aspecto, ¿qué puede ofrecer mayor interés en toda Sigüenza que las ruinas de su alcázar?

Fué ese viejo castillo, que aún se yergue con altivez sobre la ciudad, la residencia de los obispos que fueron sus gobernadores y a muchos de los que en él moraron débeseles el engrandecimiento de Sigüenza. Membruno construyó las iglesias de Santiago y de San Vicente y dió comienzo a la fábrica de la catedral. Muchos de los ilustres prelados que le sucedieron cubriéronse con la púrpura cardenalicia, siendo los más promovidos a las principales sillas metropolitanas.

En las guerras civiles de los siglos XIII y XIV, el castillo de Sigüenza figuró como escenario de numerosos hechos, y en 1297 los partidarios de los de La Cerda escalaron sus murallas e introdujéronse en el recinto, siendo preciso a los ciudadanos recurrir al fuego para conseguir expulsarlos.

Más intensamente que ninguna otra figura histórica, evocan aquellos muros el recuerdo de la infortunada reina doña Blanca de

Borbón, primera esposa del trágico rey D. Pedro I de Castilla, cuyo reinado ha sido objeto de tan largas polémicas y ha dado lugar a muchos romances y leyendas.

Muy poco después de su matrimonio, el cruel monarca, que sólo permaneció dos días al lado de su esposa, impaciente por volver a los brazos de María de Padilla, su amante entonces, hizo encerrar en una de sus alme-

nadas torres a la reina, que más tarde, y siguiendo la penosa y larga odisea del cautiverio impuesto por el odio inexplicable del Soberano, había de morir traidoramente asesinada en Medina-Sidonia.

¡Quién, al recordar aquellas históricas ruinas, no pospondrá a toda otra emoción la que produce el recuerdo de aquella pobre reina mártir!



Plaza de la Constitución y torre del Santísimo.



LAS MADRES

(Raemaekers)



Eduardo Marquina

Por

EL CABALLERO AUDAZ

Se ha anunciado ya la próxima venta de María Guerrero a Chile para esta temporada de invierno y anuncia el cable que acompañando a los distinguidos artistas vendrá también Eduardo Marquina, el poeta autor de "En Flandes se ha puesto el Sol". Con este motivo hemos creído oportuno reproducir la hermosa entrevista que, hace poco, ha tenido un conocido periodista madrileño con el célebre poeta.

Con ilustraciones fotográficas

Yo tenía unos deseos inmensos de venir a Madrid para probar aquí mi suerte y ver si podía nadar en este mar de luchas, pasiones y triunfos. En Barcelona escribía crónicas en "La Publicidad" y ganaba al mes dieciséis duros...

Le interrumpí:

—¿Escribía usted en catalán?

—No, señor; siempre en castellano; yo apenas he sabido manejar con la pluma el catalán.

—Siga usted—le invité.

—Pues bien: tendría yo diecinueve años, cuando, con el producto de mi primer libro, "Odas", me planté en Madrid. No conocía a nadie a quien recurrir; pero aquí encontré a dos hombres que me ayudaron, dándome alientos: Bernardo Rodríguez Serra y D. Juan Valera. Me fui a vivir a una casita de huéspedes de la calle de la Montera, donde, por cierto, también estaban Corominas, Delgado y otros camaradas, y allí recuerdo que se organizaban muy interesantes tertulias, donde concurrían Baroja, Valle Inclán, Di-

centa y otros buenos amigos. Ocho meses estuve en Madrid, pasados los cuales, me volví a Barcelona.

—¿Fracasado?



Eduardo Marquina, ilustre poeta y autor dramático.

—No; con el propósito de hacer allí alguna obra de consistencia para volver con ella... Pero mi vida en Barcelona no era posible. Yo he sido siempre anticatalanista furibundo... No agradaban estas ideas mías a muchos paisanos, y, entonces, ún poco triste, abandoné por segunda vez Barcelona, con varias obras teatrales en mi cartera y muchas ilusiones en el alma. Y me encontré, por segunda vez, en la Puerta del Sol. Entonces conocí a Chapí... Usted sabe lo fraternal y lo simpático que era Chapí... A sus influencias, que eran enormes, me acogí para estrenar. "Don Ruperto—le dije un día:—Yo tengo un drama, usted puede ayudarme. Si usted se lo recomienda a Berriatua—mi drama será estrenado..." A las pocas noches siguientes, yo, ante Chapí, Thuillier, Dicenta y Barriatua, leía, en una mesa de Fornos, mi drama "El Pastor". Tres o cuatro meses más tarde, se estrenaba en el teatro Español.

—¿Gustó?—le pregunté.

Marquina hizo un signo de negación con la cabeza; después lo ratificó.

Ni gustó, ni no gustó. Le pasó lo más espantoso que puede pasarle a una obra teatral: ni pena ni gloria. Aquello fué una tentativa y un libro que ha quedado ahí...

Marquina hizo un silencio... Estábamos en su despacho... Una habitación amueblada con exquisito lujo, y que está más cerca del cielo que de la tierra... Por los ventanales se veía la terraza inundada del sol abriéndole que sobre Madrid caía aquella mañana.

Desde esta magnífica terraza se domina toda la población y da la sensación de ir volando dentro de la barquilla de un globo que pasa sobre la Carrera de San Jerónimo... Los automóviles y los trenes que constantemente llegan al Palacio, que está al lado, desde aquellas alturas parecen de juguete. A Marquina y a mí nos separa una mesa castellana sobre la cual el dramaturgo escribe sus obras... En nuestra indiscreta inspección, hemos descubierto cuartillas de su próxima comedia "Don Diego, de noche"... A mí, antes de tratar a Marquina, me era sumamente antipático... Lo creía todo fatuidad y soberbia... En mi visita he rectificado. Marquina es simpático y su charla muy amena. Tiene algo de acento catalán que le da más gracia y hace más insinuante su conversación... Cuando habla un poco declamando se acompaña de los movimientos de sus manos, que ayudan a traer la visión de lo

que expresa. Físicamente, es joven, sano y de una absoluta corrección de facciones...

Hemos encendido un cigarrillo y tras sus primeras bocanadas de humo, hemos proseguido nuestro interrogatorio:

—¿En qué estado de espíritu quedó usted después del estreno de "El Pastor"?...

—Abatido; reventado. Y en vista de que lo que yo sentía no sabía hacerlo, varié de camino... Hice "Agua mansa", una zarzuela muy mala, un melodrama de cartón, al estilo de entonces y al cual puso música mi pariente el maestro Gay. La obra se estrenó en la Zarzuela y fué un éxito; mi primer éxito... Yo, en vista de esto, me hinché, me deslumbré y me dije: "Uf... La vida es mía. ¿Cobrar yo seis mil pesetas al año? Pues a casarme..." Y, claro, vino la realidad serena, fría, convertida en un calvario de tropiezos. Aquello fué una llamarada, pasada la cual, tuvieron que ayudarme a vivir mis suegros, tuve que refugiarme en casa de mis parientes en París... En fin... ¡qué sé yo!...

—¿No fué usted Director de "España Nueva"?...

—Sí, señor; llegamos ahora a ese momento. Tenía yo la corresponsalía de "España Nueva" en París; enviaba crónicas casi a diario.

—Las recuerdo.

—Un día, Rodrigo Soriano me mandó llamar y me dijo que si quería yo encargarme de la redacción del periódico. Acepté, encantado. Y allí me estuve sosteniendo hasta que estrené "Las Hijas del Cid".

—¿Le costó a usted mucho trabajo conseguir el estreno de esta obra?...

—Regular. Fernando, a quien yo había presentado muchas obras, que rechazó, mirábase ya con un poco de terror ¿no?... Bien. Pues yo fuí a verle con "Las Hijas del Cid" en el bolsillo. "Usted—le dije con una audacia hija de mi misma timidez—tiene que terminar por estrenar algo mío; pues mientras antes mejor. Vamos a leer esta, a ver si es la obra que nos va a unir." A regañadientes aceptó la lectura; logré interesarle con la obra y desde aquel momento mi vida varió... Tras de ésta, estrené "Doña María la Brava"; después, "En Flandes se ha puesto el Sol", y todas las demás...

—¿Siempre ha estrenado usted en la Princesa?

—Fuera de allí sólo he estrenado "La Yedra".



Marquina, en su gabinete de trabajo, acompañado de su hijo.

—¿Cuál de sus obras ha obtenido más éxito?...

—“En Flandes se ha puesto el Sol”... Es la que más dinero me ha dado.

—¿Por cuál tiene usted preferencia?

—Si le hablo a usted con sinceridad, por ninguna. “Doña María la Brava”, fué la obra que yo he escrito con más ilusión; y le diré a usted el por qué en seguida. Yo, que había escrito “Las Hijas del Cid” sin gran detenimiento y a pesar de esto resultó un éxito, supuse que al hacer una obra con más cariño, sería mayor mi triunfo...

Desgraciadamente, no fué así...

—¿Vive usted exclusivamente del teatro?

—No, señor. Yo he tenido que preocuparme para sacar adelante este vivir decoroso que llevo. Yo no tengo dinero... Entre los ingresos del teatro y de la librería cobro poco: unas doce mil pesetas al año... Y necesito para vivir casi el doble. ¿Cómo me las arreglo?... Pues tabajando enormemente. No he abandonado la colaboración de los periódicos y continúo haciendo traducciones. No crea usted, que laboro todo: días por lo menos seis horas. Me levanto a las cinco de la ma-

ñana, me coloco mi taza de café al lado y estoy escribiendo hasta las nueve; por la tarde, después de almorzar, otras dos o tres horas... Yo escribo siempre ayudado con el café.

—¿Y le cuesta a usted gran trabajo producir?

—No, señor. Escribo con mucha facilidad... Mire usted...

Y Marquina fué pasando ante mis ojos un puñado de cuartillas de su obra “Don Diego, de noche”. Apenas había tachaduras denunciadoras de premiosidad o indecisiones...

—¿Esa obra es para la Princesa?

—Para Lara; la estrenará en la actual temporada Emilio Thuillier. En la Princesa he leído “El Gran Capitán...” Una obra de amor caballeresco que será el próximo estreno de allí.

—¿Y por lo que veo histórico?

—Sí. Yo quiero siempre recoger de la Historia las almas aderezando con cierta libertad los asuntos de manera que puedan interesar a los tiempos de hoy...

—¿Qué escribe usted con más facilidad, el verso o la prosa?...

—El teatro en verso. Lo he practicado tanto, que me son familiares sus secretos, y lo único que temo, es que también le sean familiares al público. Por eso, naturalmente, procuro abrirme paso con la prosa, que me gusta más...

—¿Experimenta usted miedo en los estrenos?

—¡Enormemente!... ¡Cada vez más! El día más angustioso para mí es el de mi último estreno... ¡Horrible! Me pasa una cosa curiosa. Cuando llego al estreno, sé perfectamente, o creo saberlo en aquel momento, todos los flacos de la obra. Ponga usted, además, que el público, sobre los que veo yo, ve ocho o diez más, y suponga usted cuál será mi tortura. La característica del miedo durante la representación, es que las obras me parecen interminables... Y lo más terrible, es cuando indaga uno y el actor que entra del escenario nos dice para tranquilizarnos: "Escuchan... Escuchan muy bien; como en misa..." Esta piadosa tranquilidad es una hiel: obra de la que se dice esto, obra que va al foso. ¡En cambio cuando se escucha ese aplauso insubstituible e inimitable que es como una pedreal... Ese aplauso que sólo recibe Benavente al aparecer en el escenario y que yo he escuchado una sola vez en "En Flan-des...", cuando aquella frase de "¡España y yo somos así, señora!"

—¿Le interesa a usted el juicio de la crítica?

—Sí, señor; hago mucho caso de ella y me impresiona hondamente.

—¿Dónde gustan más sus obras: en Madrid, en provincias o en América?

—Hasta ahora, los éxitos de Madrid se han reproducido con demasiada exactitud en provincias y en América. En Barcelona me parece que interesan poco, y, naturalmente, es pa-

ra mi dolor muy grande, porque yo he nacido allí...

—¿Cree usted que España atraviesa por un momento de esplendor teatral?

—¡Con toda mi alma!—exclamó con vehemencia de actor francés.—Es más: yo creo que hoy día no hay ninguna nación de Europa con una plétora de autores como España. ¡Eso, ciegamente!

—¿Cuál es su autor contemporáneo preferido?

—Jacinto y muchos después; pero Jacinto Benavente antes y siempre. De los jóvenes hay una hornada interesantísima: Pinillos, Sassone, que será un autor enorme, Ardavin y otros... Adviértote a usted que yo voy muy poco al teatro, porque me acuesto muy temprano; es un defecto del cual pienso corregirme.

Callamos; yo me puse a contemplar los cuadros que había en la habitación y al mismo tiempo le dije:

—¿Sabe usted, Eduardo, que me he equivocado al juzgarle?... Le creía un vanidoso antipático, y no es así...

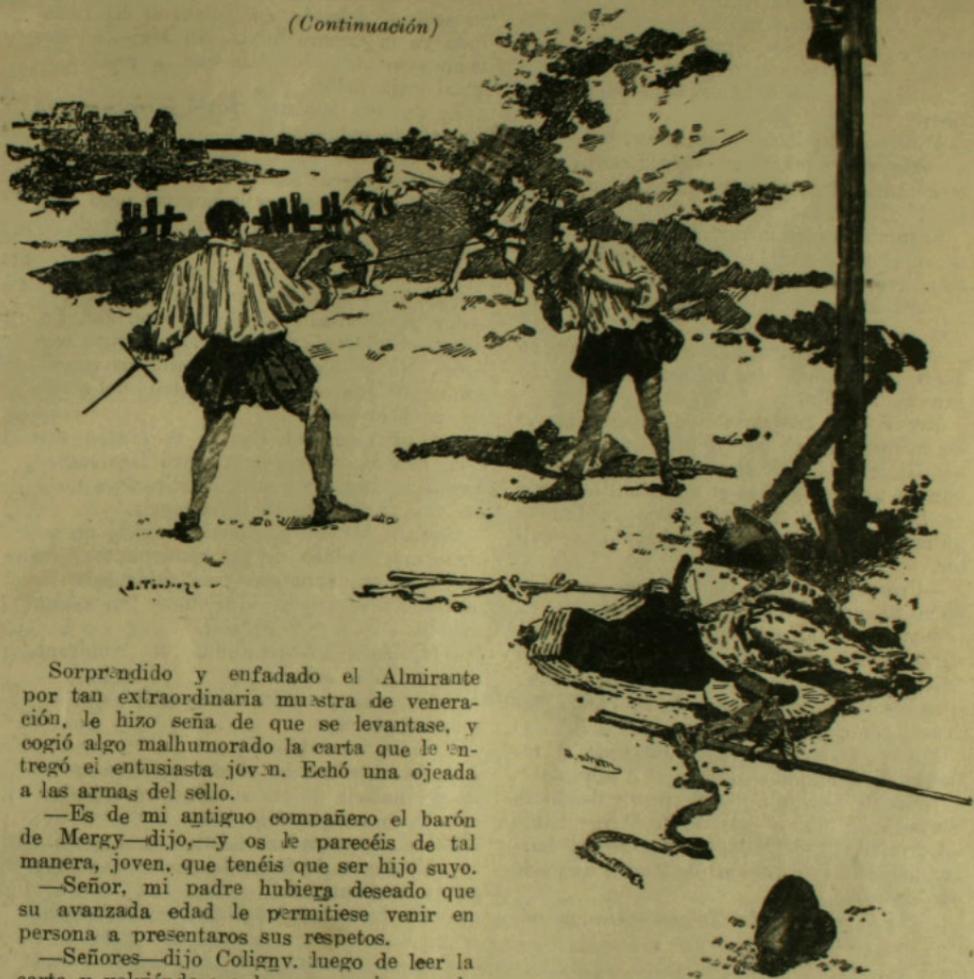
—No me sorprende—murmuró el poeta lamentándose.—Ese juicio de usted es general y yo tengo la culpa. Hubo un momento en mi vida en que yo me sentí un triunfador, tenía una fe ciega en mi talento, creía que los dioses me habían besado y que era un elegido...; entonces me ensoberbecí. Saludaba protegiendo, vivía encerrado en mi torre de marfil... me creía con derecho a despreciar... ¡Sí, sí! La vida me dió después la lección y ahora estoy avergonzado. Yo, en un momento determinado, he cometido el error de envanecerme y ya toda mi vida de modestia no sé si será bastante a borrar este error...

Sus palabras eran sinceras.
el cen...



La Historia de un Hugonote

(Continuación)



Sorprendido y enfadado el Almirante por tan extraordinaria muestra de veneración, le hizo seña de que se levantase, y cogió algo malhumorado la carta que le entregó el entusiasta joven. Echó una ojeada a las armas del sello.

—Es de mi antiguo compañero el barón de Mergy—dijo,—y os le parecéis de tal manera, joven, que tenéis que ser hijo suyo.

—Señor, mi padre hubiera deseado que su avanzada edad le permitiese venir en persona a presentaros sus respetos.

—Señores—dijo Coligny, luego de leer la carta y volviéndose a los personajes que le rodeaban,—os presento al hijo del barón de Mergy, que ha recorrido más de doscientas leguas para ser de los nuestros. Parece ser que no nos faltan voluntarios para Flandes. Señores, os ruego que concedáis vuestra amistad a este joven; todos tenéis en gran estima a su padre.

Al punto recibió Mergy veinte abrazos a la vez y otros tantos ofrecimientos.

—¿Habéis hecho la guerra, Bernardo amigo?—preguntóle el Almirante.—¿Habéis oído alguna vez el disparo de los arcabuces?

Mergy respondió sonrojándose que aún no había tenido nunca la dicha de pelear por la religión.

—Más bien os habéis de felicitar, joven, de no haber tenido que derramar la sangre de vuestros conciudadanos—dijo con grave acento Coligny;—¡gracias a Dios—añadió tras hondo suspiro—ha terminado la guerra civil! La religión respira, y, vos, más que nosotros, no sacaréis la espada más que contra los enemigos de vuestro rey y vuestra patria.

Y posando la mano en el hombro del joven, añadió:

—Seguro estoy de que no desmentiréis la sangre de donde salís. Según los deseos de vuestro padre, serviréis primero con mis

nobles; y cuando encontremos a los españoles, tomadles una bandera, y al momento seréis oficial de mi regimiento.

—¡Os juro—exclamó Mergy con tono resuelto,—que en el primer encuentro seré oficial, o mi padre se quedará sin hijo!

—Bien, muchacho, hablas como hablaba tu padre.

Y dicho esto, llamó a su intendente.

—He aquí a mi intendente mace Samuel; si necesitas dinero para equiparte, acude a él.

El intendente se inclinó ante Mergy, quien se apresuró a dar las gracias negándose a aceptar el ofrecimiento.

—Mi madre y mi hermano—dijo,—proveen a mi sostenimiento.

—¿Vuestro hermano?... ¿Es el capitán Jorge Mergy, que a las primeras guerras abjuró su religión.

Mergy bajó tristemente la cabeza; movió los labios; mas no se oyó su respuesta.

—Es un soldado valiente—prosiguió el Almirante; pero ¿qué es el valor sin el temor de Dios? Joven, tenéis en vuestra familia un modelo que seguir, y un ejemplo que evitar.

—Procuraré imitar las acciones gloriosas de mi hermano... y no su variación.

—¡Ea! Venid a verme a menudo, Bernardo, y tratadme como amigo. No os halláis en un lugar de muy buenas costumbres; pero espero sacaros pronto de aquí para llevaros a donde puede ganarse gloria.

Mergy se inclinó respetuosamente y retiróse del círculo que rodeaba al Almirante.

—Señores—dijo Coligny, prosiguiendo la conversación que la llegada de Mergy había interrumpido,—de todas partes recibo buenas noticias. Los asesinos de Rouen han sido castigados...

—No lo son los de Tolosa—dijo un mi-

nistro anciano de fisonomía triste y fanática.

—Os engañáis, caballero. Acabo de recibir la noticia. Además, en Tolosa se ha instalado ya la cámara mixta. Su Majestad nos demuestra todos los días que la justicia es igual para todos.

El anciano ministro movió la cabeza con aire de incredulidad.

Un viejo de barba blanca y vestido de terciopelo negro, exclamó:

—¡Sí, su justicia es la misma! pero Carlos y su digna madre querrían matar de un solo golpe a los Chatillones, los Montmorency y los Guisas, todos juntos.

—Hablad más respetuosamente del rey, señor de Bonissan—dijo con severidad Coligny.—Olvidemos de una vez antiguos rencores. No se diga que los católicos practican mejor que nosotros el precepto del olvido de las injurias.

—¡Por vida de! Eso le es mucho más fácil que a nosotros—murmuró Bonissan.—Veintitrés parientes míos martirizados no se me van fácilmente de la memoria.

Hablaba así con acrimonia, cuando un anciano muy caduco, de faz repugnante y envuelto en una capa gris muy raída entró en la galería y entregó a Coligny un pliego sellado.

—¿Quién sois?—preguntó el Almirante sin romper el sello.

—Un amigo vuestro—respondió con voz ronca el anciano.

Y salió inmediatamente.

—Esta mañana he visto a ese hombre salir del palacio de Guisa—dijo un caballero.

—Es un mago—dijo otro.

—Un envenenador—añadió un tercero.

—El duque de Guisa le envía para envenenar al Almirante.

—Envenenarme! — dijo el Almirante



encogiéndose de hombros.—
¡Envenenarme con una carta!

—Acordáos de los guantes de la reina de Navarra!— exclamó Bonissan.

—Tampoco creo en el veneno de los guantes como el de la carta; pero sí creo que el duque de Guisa no puede cometer una cobardía.

Iba a abrir la carta, cuando Bonissan se precipitó sobre él y le asió las manos, gritando:

—¡No la abráis, que vais a respirar un veneno mortal!

Todos los concurrentes se agruparon en torno del Almirante, que se esforzaba en desembarazarse de Bonissan.

—¡Veo salir de la carta un vapor negro— exclamó una voz.

—¡Tiradla! ¡Tiradla!— fué el grito general.

—Dejadme, locos—decía el Almirante, desasiéndose.

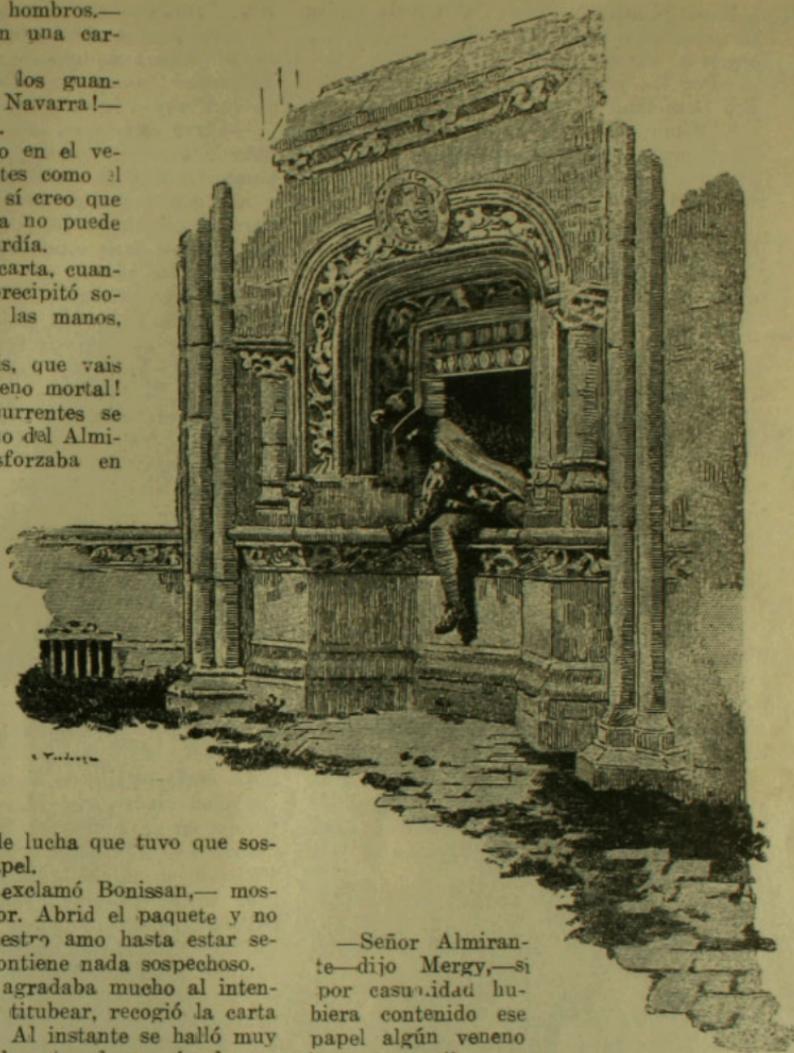
En la especie de lucha que tuvo que sostener, cayó el papel.

—¡Samuel!— exclamó Bonissan,— mostraos buen servidor. Abrid el paquete y no lo devolváis a vuestro amo hasta estar seguro de que no contiene nada sospechoso.

El encargo no agradaba mucho al intendente. Mergy, sin titubear, recogió la carta y rompió el sello. Al instante se halló muy cómodamente en el centro de un círculo vacío, pues todos habían retrocedido como si fuese a estallar una mina en medio de la habitación. Y sin embargo, no salió vapor alguno, ni siquiera estornadó nadie. Todo cuanto contenía el terrible sobre era un papel bastante sucio, con algunas líneas escritas.

Las mismas personas que habían sido las primeras en apartarse fueron también las primeras en volver a acercarse riendo, así que hubo desaparecido todo amago de peligro.

—¡Qué significa esta impertinencia?— exclamó Coligny enfadado y deshaciéndose al fin de Bonissan; ¡abrir una carta que viene dirigida a mí!



—Señor Almirante—dijo Mergy,—si por casualidad hubiera contenido ese papel algún veneno bastante sutil para mataros al respirarlo, fuera preferible que la víctima fuese un joven como yo, que no vos, cuya existencia es tan preciosa para la religión.

Un murmullo de admiración se elevó a su alrededor. Coligny le estrechó la mano con ternura; y, tras una pausa, le dijo bondadosamente:

—Pues ya que la has abierto, léenos tu contenido:

Mergy leyó lo que sigue:

“A occidente, hay en el cielo resplandores sangrientos. Han desaparecido estrellas en el firmamento, y se han visto por los aires espadas inflamadas. ¡Hay que estar ciego para no comprender lo que presagian esas

señales. ¡Gaspar! Cíñete la espada, calza las espuelas, o bien, dentro de pocos días los *grajos* se alimentarán con tu carne”.

—Por los *grajos* designa a los Guisais— dijo Bonissan.

El Almirante se encogió de hombros desdenosamente, y todos guardaron silencio; pero era evidente que la profecía había impresionado a los reunidos.

—¡Cuánta gente hay en París que se ocupa en tonterías!—dijo fríamente Coligny.—¿No dicen que hay en París cerca de diez pillos que sólo viven de predecir lo porvenir?

—El aviso en sí no es de despreciar—dijo un capitán de infantería.—El duque de Guisa ha dicho bastante públicamente que no dormiría tranquilo hasta que os atravesase con la espada.

—¡Es tan fácil a un asesino llegar hasta vos!—añadió Bonissan.—Si yo estuviera en vuestro lugar, no iría al Louvre a no ser acorazado.

—¡Vaya!—dijo el Almirante.—Los asesinos no se llegan a veteranos como nosotros. Nos tienen más que nosotros a ellos.

Habló luego un rato de la campaña de Flandes y de los asuntos de la religión. Varias personas le entregaron memoriales para que los presentase al rey; él los recibía bondadosamente, dirigiendo afables palabras a cada solicitante. Dieron las diez, y pidió el sombrero y los guantes para ir al Louvre. Algunos de los presentes despidieronse de él; muchos le acompañaron para servirle de comitiva y de guardia a la vez.

Un jefe de partido

De cuan lejos divisó el capitán a su hermano, gritó:

—¿Qué tal? ¿Has visto a Gaspar I? ¿Cómo te ha recibido?

—Con una bondad que nunca olvidaré.

—Me alegro infinito.

—¡Oh, Jorge! ¡Qué hombre!...

—¡Qué hombre! Un hombre poco más o menos como otro cualquiera; un hombre que tiene un poco más de ambición y de paciencia que mi lacayo, esto no hablando de la diferencia de origen. El nacimiento del señor de Chatillón ha hecho mucho por él.

—¿Es su cuna quien le ha enseñado el arte de la guerra y quien le ha convertido en el primer capitán de nuestro tiempo?

—Claro que no; pero su mérito no le ha librado de ser venado siempre... Hoy has visto al Almirante, está muy bien; a tal señor tal honor, y había que comenzar por hacer la corte al señor de Chatillón. Aho-

ra... ¿quieres venir mañana de caza? Ahí te presentaré a alguien que merece la pena de ser visto; me refiero a Carlos, rey de Francia.

—¡Y voy a ir yo a la cacería del rey!

—Claro está, y en ella verás las mujeres más hermosas y los mejores caballos de la corte. La cita es en el castillo de Madrid, y allí debemos estar mañana temprano. Te daré el caballo tordo y te aseguro que no tendrás que darle espolazos para estar siempre tras los perros.

Un lacayo entregó a Mergy una carta que acababa de llevar un paje del rey. Mergy la abrió, y su sorpresa fué igual a la de su hermano al hallar en ella su nombramiento de oficial. El documento llevaba el sello real y estaba en regla.

—¡Caramba!—exclamó Jorge.—¡Qué favor tan repentino! Pero, ¿cómo demonios te nombra oficial Carlos IX, que no sabe que existes en el mundo?

—Creo débérsele al señor Almirante—respondió Mergy.

Y entonces contó a su hermano la historia de la carta misteriosa que con tanto valor había abierto. Al capitán le hizo mucha gracia el final de la aventura, y se burló de ella despiadadamente.

El guante

La corte estaba en el palacio de Madrid. La reina madre, rodeada de sus damas, esperaba en su cuarto que el rey fuera a almorzar con ella antes de montar a caballo; y el rey, acompañado de los príncipes, cruzaba lentamente una galería en donde se hallaban cuantos hombres habían de acompañarle. Escuchaba distraídamente las frases que le decían los cortesanos, y a veces les contestaba con brusquedad. Al pasar por delante de los dos hermanos, el capitán dobló la rodilla y presentó al nuevo oficial. Mergy, inclinándose profundamente, dió gracias a Su Majestad por el honor que acababa de recibir sin merecerlo.

—¡Ah! ¿Luego sois vos el de quien me ha hablado el Almirante? ¿Sois hermano del capitán Jorge?

—Sí, señor.

—¿Sois católico o hugonote?

—Señor, soy protestante.

—Os lo pregunto sólo por curiosidad; pues poco me importa la religión de los que me sirven.

Luego de pronunciar tan memorables palabras, el rey entró en el cuarto de la reina.

Momentos después, diseminábase por la galería un enjambre de mujeres, y parecía

enviado para que tuvieran paciencia los caballeros. No hablaré más que de una de las bellezas de aquella corte tan fértil en bellezas; me refiero a la condesa de Turgis, que representa un gran papel en esta historia. Lucía un traje de amazona vistoso y galante a la vez, y aún no se había puesto el antifaz. El cutis, de deslumbradora blancura y uniformemente pálido hacía resaltar

expresión de desdenosa arrogancia; pero en una conversación animada pronto se vía dilatarse las pupilas como las de un gato; sus miras se torcían ardientes y era difícil, aún para un fatuo consumado, sostener un rato su acción mágica.—¡La condesa de Turgis!—balbucieron los cortesanos.—¡Qué hermosa está hoy!

Y todos se acercaban para verla mejor. Mergy, que se hallaba a su paso, quedó tan sorprendido de su belleza, que permaneció inmóvil y no pensó en alinearse para dejarla pasar hasta que las anchas mangas de seda de la condesa le rozaron el jubón. Notó la dama su emoción, que acaso le halagara, y dignóse posar un momento sus ojos en los de Mergy, que se bajaron al punto, al tiempo que las mejillas se le teñían de carmín. La condesa sonrió, y, al pasar, dejó caer ante nuestro héroe un guante. Mergy inmóvil aún y fuera de sí, no pensó tan só-

más sus cabellos, negros como el azabache; las cejas bien arqueadas y que se tocaban ligeramente por su extremo daban a la fisonomía cierto matiz de dureza, o más bien de orgullo, sin aminorar en nada la gracia del conjunto de sus facciones. Al principio, en sus ojazos azules, no se distinguía sino una



lo en recogerlo. Al momento, un joven rubio (que no era sino Comminges) que se hallaba detrás de Mergy, le empujó rudamente para pasar delante de él, se apoderó del guante y, después de besarlo con respeto, entregóselo a la señora de Turgis. Esta, sin darle gracias, se volvió hacia Mergy, a quien miró un buen rato, aunque con expresión de fulminante desprecio, y luego, al ver junto a él al capitán Jorge, preguntó a éste, en voz alta:

—Decídmelo, capitán, ¿de dónde ha salido ese solemne pazguato? Seguramente será algún hugonote, a juzgar por su cortesía.

Una carcajada general acabó por desconcertar al desdichado que era objeto de ella.

—Es mi hermano, señora—contestó Jorge algo más bajo;—hace tres días que está en París, y os aseguro por mi honor que no es más torpe de lo que era Lannoy antes de que vos cuidaseis de formarlo.

La condesa se puso algo colorada.

—Capitán—le dijo,—esas son bromas pesadas. No habléis mal de los muertos. Dadme la mano; tengo que hablaros de una señora que no está muy contenta de vos.

El capitán le dió respetuosamente la mano y la condujo al hueco de una ventana apartada; pero, al andar, la condesa se volvió una vez más para mirar a Mergy.

Completamente deslumbrado aún por la aparición de la bella condesa, a quien ardía en deseos de mirar y sobre la cual no se atrevía a alzar los ojos, Mergy notó que le golpeaban suavemente en el hombro. Volvióse y vió al barón de Vaudrenil que, cogiéndole de la mano, le condujo aparte para hablarle sin temor de ser interrumpido, según decía:

—Querido amigo—díjole el barón,—sois nuevo en este país, y quizá no sepáis cómo portaros.

Mergy le miró con extrañeza.

—Vuestro hermano está ocupado y no puedo daros consejos; si permitís, yo le reemplazaré.

—No sé, señor, lo que...

—Os han ofendido gravemente, y al veros en esa actitud meditabunda, no dudo de que estaréis pensando en los medios de vengaros.

—¿Vengarme? ¿Y de quién?—preguntó Mergy sonrojándose hasta lo blanco de los ojos.

—¿No os ha empujado rudamente ha poco Comminges? Toda la corte ha visto la cosa, y espera que vais a tomarla muy a pecho.

—Pero—dijo Mergy,—en un salón en donde hay tanta gente, nada tiene de extraño

que alguno me haya empujado sin querer.

—Señor Mergy, no tengo el honor de ser muy conocido de vos; pero vuestro hermano es íntimo amigo mío, y puede deciros que practico cuanto puedo el divino precepto de olvidar las ofensas. No quisiera embarcaros en una mala querrela; pero, al mismo tiempo, creo que es mi deber deciros que Comminges no os ha empujado por *descuido*. Os ha empujado porque quería afrontaros; y aunque no os hubiera tropezado, habríais ofendido igualmente; porque, al recoger el guante de la Turgis, ha usurpado un derecho que os pertenecía. El guante estaba a vuestros pies, *ergo* sólo vos teníais derecho a recogerlo y devolverlo... Además, mirad, volvéos y veréis al extremo de la galería a Comminges, que os señala con el dedo y se burla de vos.

Mergy se tornó y vió a Comminges rodeado de cinco o seis jóvenes, a quienes contaba riendo algo que ellos parecían esuchar con curiosidad. Nadá probaba que en aquel grupo se hablase de él; pero, ante las palabras de su caritativo consejero, Mergy sintió el corazón invadido por violenta cólera.

—Después de la cacería iré a verle—dijo;—y por él sabré...

—¡Oh! no aplacéis nunca una resolución tan buena como ésa; además, ofendéis mucho menos a Dios llamando a vuestro adversario inmediatamente después de la ofensa, que después de haber tenido tiempo de reflexionar. En un momento de vivacidad, lo cual no es más que pecado venial, os dais cita para batiros; y si luego os batis, es por no cometer un pecado mucho mayor, cual sería el faltar a la palabra dada. Pero me olvido de que estoy hablando a un protestante. Sea como fuere, citáos con él al momento; yo voy a ponerlos al habla inmediatamente.

—Supongo que no se negará a darme las satisfacciones que me debe.

—En cuanto a eso, desengañaos, compañero, Comminges nunca ha dicho: *He obrado mal*. Por lo demás es hombre muy galante, y os dará completa satisfacción.

Mergy hizo un esfuerzo para calmar su emoción y apartar indiferencia.

—Si me ha insultado—dijo—necesito una satisfacción. Sea cual fuere, sabré exigirla.

—¡Albricias, amigo! Me gusta ver vuestra audacia, pues no ignoráis que Comminges es una de nuestras mejores espadas. A fe mía, es un hidalgo que domina las armas. En Roma fué discípulo de Brambilla, y Petit-Jean no quiere ya tirar contra él.

Al hablar así miraba atentamente el ros-

tro pálido de Mergy, que, no obstante, parecía más emocionado por la ofensa que es-

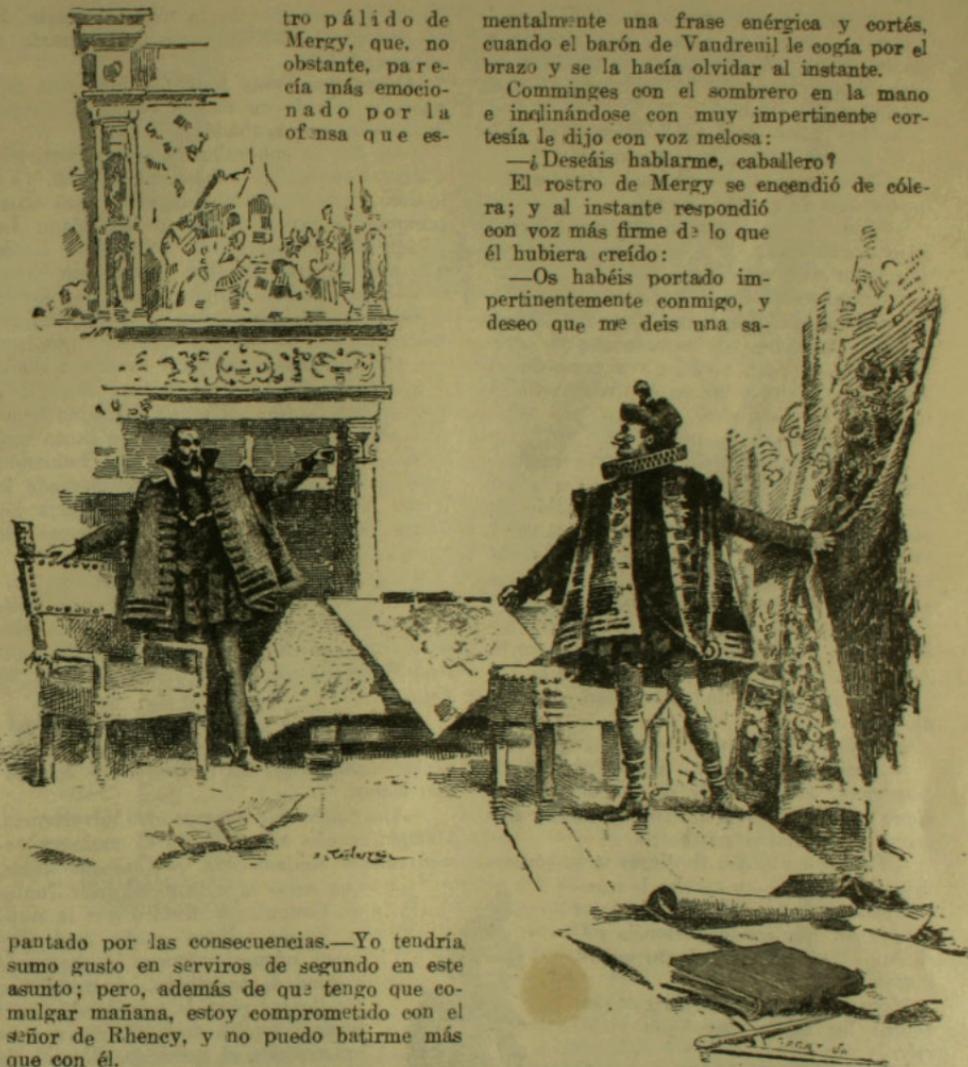
mentalmente una frase energética y cortés, cuando el barón de Vaudreuil le cogía por el brazo y se la hacía olvidar al instante.

Comminges con el sombrero en la mano e inclinándose con muy impertinente cortesía le dijo con voz melosa:

—¿Deseáis hablarme, caballero?

El rostro de Mergy se encendió de cólera; y al instante respondió con voz más firme de lo que él hubiera creído:

—Os habéis portado impertinentemente conmigo, y deseo que me deis una sa-



pantado por las consecuencias.—Yo tendría sumo gusto en servirlos de segundo en este asunto; pero, además de que tengo que comulgar mañana, estoy comprometido con el señor de Rhency, y no puedo batirme más que con él.

—Gracias, caballero; pero si llegamos a extremar las cosas, mi hermano me servirá de segundo.

Mergy se inclinó, y volviéndose de cara a la pared, se cuidó de preparar los términos de su desafío y de poner el rostro en armonía con las circunstancias.

Para desafiar, hay cierta gracia, que, como en otras muchas, adquiérese por la costumbre. Nuestro héroe era la primera vez que se veía en tales andanzas, y por consiguiente, estaba algo turbado; pero en aquel momento, temía menos recibir una estocada que decir una cosa impropia de un caballero. No bien había conseguido redactar

tisfacción.—Vaudreuil hizo con la cabeza un movimiento de aprobación; Comminges se irguió y poniendo un brazo en jarra, postura a la sazón en rigor en semejantes casos, dijo con mucha gravedad:

—Venís como *demandante*, y yo tengo la elección de armas, a fuer de *demandado*.

—Decid las que os convienen.

Comminges pareció meditar un momento, tras el cual repuso:

—La espada de dos filos es una buena arma; pero sus heridas pueden desfigurar.

y, a nuestra edad—añadió sonriendo,—nadie quiere enseñar a su amante una cicatriz en medio del rostro. El estoque no produce más que un agujerito, que va basta, Elijo, pues, el estoque y el puñal.

—Muy bien—respondió Mergy.

Y dió un paso para marcharse.

—¡Un momento!—exclamó Vaudreuil,—os olvidáis de quedar citados.

—Toda la corte va al Pré-aux-Cleres—dijo Comminges;—y si el señor no tiene algún otro sitio predilecto...

—¡Conforme! En el Pré-aux-Cleres.

—En cuanto a la hora... no me levanto antes de las ocho, por razones que yo sé... ¿Me oís?... Esta noche no duermo en mi casa, y no podré estar en el Pré-aux-Cleres hasta eso de las nueve.

—Hasta las nueve, pues.

Al desviar Mergy los ojos, vió bastante cerca de él a la condesa de Turgis, que acababa de dejar al capitán en conversación con otra dama. Como puede suponerse, al ver a la bella autora de tan mal asunto, nuestro héroe reforzó la gravedad de sus facciones y su fingida desocupación.

—Desde hace algún tiempo—dijo Vaudreuil,—es moda batirse con calzón rojo. Así no se ve la sangre y es más limpio.

—Eso me parece una puerilidad—respondió Comminges.

Mergy sonrió de bastante mala gana.

—Pues bien, amigos—dijo el barón de Vaudreuil, que parecía en su elemento,—ahora sólo se trata de buscar segundos y terceros para vuestro encuentro.

—Este señor acaba de llegar a la corte—dijo Comminges,—y tal vez le cueste trabajo hallar un tercero; por esta razón, por condescendencia para con él, me contentaré con un segundo nada más.

Mergy contrajo con algún esfuerzo los labios para sonreír.

—No se puede ser más cortés—dijo el barón.—Y en verdad que da gusto entenderse con un caballero tan acomodaticio como el señor de Comminges.

—Como necesitáis un espetón de igual longitud que el mío—prosiguió Comminges,—os recomiendo la tienda de Laurent, el Sol de Oro, calle

de la Ferronnerie; es la mejor armería de la ciudad. Decidme que vais de mi parte, y os servirá bien.

Al terminar esas palabras hizo una pirueta y volvió con mucha calma al grupo de jóvenes que acababa de dejar.

—Os doy la enhorabuena, señor Bernardo—dijo Vaudreuil;—habéis salido bien. ¡Ya lo creo, muy bien! Comminges no está acostumbrado a que le hablen de ese modo. Le temen más que al fuego, sobre todo desde que mató al gran Canillac; porque en cuanto a Saint-Michel, a quien mató dos meses atrás, no sacó de ello gran honor. Saint-Michel no era de los más diestros, mientras que Canillac había ya dado muerte a cinco o más. Estudió en Nápoles con Borelli, y decidase que Lansac, al morir, le había legado la estocada secreta con que tanto mal causó. En verdad—prosiguió como hablando consigo mismo,—Canillac había saqueado la iglesia de Auxerre y echado por tierra las hostias consagradas; nada tiene, pues, de extraño, que fuese castigado por ello.

Mergy, a quien esos detalles distaban mucho de divertir, creíase, sin embargo, obligado a continuar la conversación, por miedo a que acudiera a la imaginación de Vaudreuil alguna sospecha ofensiva para su valor.

—Por fortuna—dijo—yo no he saqueado ninguna iglesia ni he tocado en mi vida una hostia consagrada; así es que corro un peligro menor.

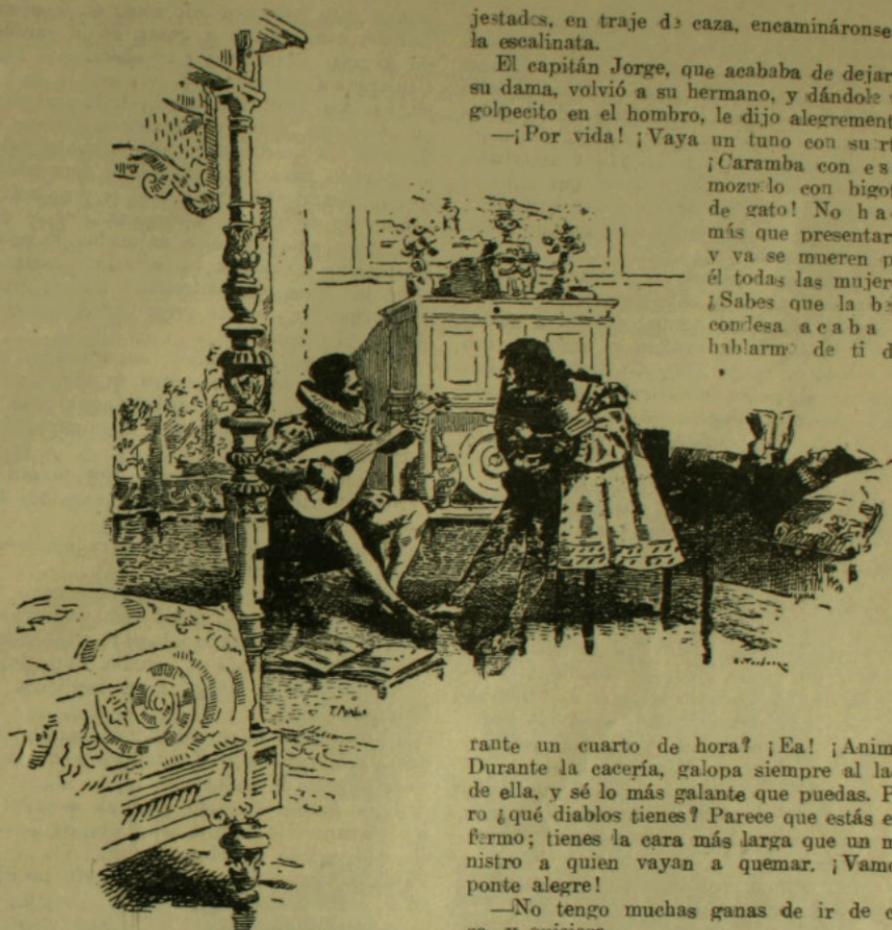
—Aún tengo que haceros otra advertencia. Cuando cruéis el acero con Comminges, tened mucho cuidado con una de sus fintas.

que costó la vida al capitán Tomaso. Comminges declaró que la punta de su espada estaba rota. Tomaso púsose entonces la suya por encima de la cabeza, esperando un fundiente; pero la espada de Comminges estaba muy entera, porque entró hasta el pomo en el pecho de Tomaso, pecho que éste descubría por no esperar una estocada de punta... Mas vosotros os batís con espetones, y no hav tanto peligro.

—Haré lo mejor que pueda.

—¡Ah! otra cosa: Escoged un puñal de cazoleta sólida; esto es muy útil para parar. ¿Veis esta cicatriz de mi mano izquierda? La tengo por haber salido un día sin puñal. El joven Tallard y yo nos peleamos, y por no llevar yo puñal, creí perder la mano.





—¿Y él quedó herido?—preguntó distraídamente Mergy.

—Le maté, gracias a una promesa que hice a San Mauricio, mi patrón. Llevad también encima trapos e hilas, eso nunca está de más. No siempre queda un muerto en el acto. También haríais bien en mandar que pongan vuestra espada en el altar durante la misa... Pero sois protestante... Una palabra más: no toméis a puntillo el no empezar el ataque; al contrario, fatigad al adversario; si le falta aliento, ahogadle, y cuando veáis la cosa bien, una buena estocada en el pecho, y hombre por tierra.

Aún hubiera continuado largo rato dando buenos consejos, si un gran ruido de trompas que se oía no anunciase que el rey iba a montar a caballo. Abrieron las puertas de las habitaciones de la reina, y Sus Ma-

jestades, en traje de caza, encamináronse a la escalinata.

El capitán Jorge, que acababa de dejar a su dama, volvió a su hermano, y dándole un golpecito en el hombro, le dijo alegremente:

—¡Por vida! ¡Vaya un tuno con su arte!

¡Caramba con esto mozo! Lo con bigotes de gato! No hace más que presentarse, y va se mueren por él todas las mujeres. ¡Sabes que la bella condesa acaba de hablarme de ti du-

rante un cuarto de hora? ¡Ea! ¡Animo! Durante la cacería, galopa siempre al lado de ella, y sé lo más galante que puedas. Pero ¿qué diablos tienes? Parece que estás enfermo; tienes la cara más larga que un ministro a quien vayan a quemar. ¡Vamos, ponte alegre!

—No tengo muchas ganas de ir de caza, y quisiera...

—Si no asistís a la cacería—dijo con voz baja el barón de Vandrenuil.—Comminges creerá que teméis encontrarle.

—Vamos—dijo Mergy, pasándose la mano por su ardiente frente.

Juzgó que era preferible esperar el fin de la cacería para confiar la aventura a su hermano. ¡Qué vergüenza, pensó, si la señora de Turgis llegase a creer que tengo miedo... si pensase que la idea de un duelo próximo me impide recrearme en la caza!

La cacería

Buen número de damas y caballeros ricamente vestidos, montados en caballos soberbios, agitábanse en todas direcciones en el patio del palacio. El sonido de las trompas, los ladridos de los perros, las ruidosas bromas de los jinetes, formaban un estrépito

delicioso para los oídos de un cazador y execrable para cualquier otro oído humano.

Mergy siguió maquinalmente a su hermano al patio y, sin saber cómo, hallóse al lado de la bella condesa, ya enmascarada y montada en un fogoso caballo andaluz que mordea con impaciencia el bocado y escarbaba el suelo; pero en aquel caballo, que hubiera llamado la atención de un jinete ordinario, ella parecía tan tranquila como en una butaca de su cuarto.

El capitán se acercó, so pretexto de apretar la barbada de la cabalgadura.

—Ved ahí a mi hermano—dijo a media voz a la amazona, aunque lo bastante alto para que le oyera Mergy.—Tratad cariñosamente al pobre muchacho; está chiflado desde cierto día que os vió en el Louvre.

—Ya he olvidado su nombre—contestó bastante bruscamente la condesa.—¿Cómo se llama?

—Bernardo. Observad, señora, que su banda es de los mismos colores que vuestros cintas.

—¿Sabe montar a caballo?

—Vos juzgaréis.

La saludó y corrió tras de una dama de honor de la reina, a la cual llevaba algún tiempo cortejando. Medio inclinado en el arzón de la silla y con la mano en la brida del caballo de la dama, pronto se olvidó de su hermano y de su bella y arrogante compañera.

—¿Conque conocéis a Comminges, señor de Mergy?—preguntó la condesa de Turgis.

—¿Yo, señora?... Muy poco—respondió balbuciendo.

—¿Pero no le hablabais hace un rato?

—Es la primera vez.

Creo haber adivinado lo que le habéis dicho.

Y bajo su antifaz, parecía querer leer con los ojos hasta el fondo del alma de Mergy.

Una dama se acercó a la condesa, interrumpiendo la conversación, con gran alegría de Mergy, a quien ésta empezaba a turbar sobremanera. No obstante, continuó siguiendo a la condesa, sin saber a ciencia cierta por qué; acaso creyese molestar así algo a Comminges, que le miraba de lejos.

Salieron del palacio. Soltaron un ciervo, que se internó en el bosque; toda la comitiva corrió tras él, y Mergy notó, no sin cierto asombro, la destreza de la señora de Turgis en el manejo del caballo, y la intrepidez con que le hacía salvar todos los obstáculos que se le presentaban al paso. Mergy debió a la bondad del caballo árabe en que cabalgaba el no separarse de ella; pero, para gran mortificación suya, el conde de Com-

minges, tan bien montado como él, la acompañaba asimismo, y a pesar de la rapidez de un golpe impetuoso, y no obstante la particularísima atención con que seguía la carrera, hablaba frecuentemente con la amazona, en tanto que Mergy envidiaba en silencio su ligereza, su despreocupación y, sobre todo, su talento para decir monadas agradables, que a juzgar por lo que a él le desplazaban, debían de divertir a la condesa. Por lo demás, para ambos rivales, animados de noble emulación, no había empalizadas bastante altas ni fosos suficientemente anchos para detenerlos, y veinte veces expusieronse a abrirse la cabeza.

De pronto, la condesa, separándose del grueso de la comitiva, entró en una alameda del bosque, que formaba ángulo con el camino por donde el rey y la reina habían entrado.

—¿Qué hacéis?—preguntó Comminges.—Perdéis el camino; ¿no oís por este lado las trompas y los perros?

—Bueno. Tomad, pues, la otra alameda... ¿Quién os detiene?

Comminges no contestó y la siguió. Lo mismo hizo Mergy, y así que anduvieron unos cien pasos por la alameda, la condesa refrenó la marcha de su caballo. Comminges a su derecha, y Mergy a su izquierda, la imitaron.

—Lleváis un buen caballo de batalla, señor de Mergy—dijo Comminges;—no se le ve una gota de sudor.

—Es árabe, vendido por un español a mi hermano. He aquí la señal de una estocada que recibió en Moncontour.

—¿Habéis estado en la guerra?—preguntó la condesa a Mergy.

—No, señora.

—¿De modo que nunca habéis recibido un arcabuzazo?

—No, señora.

—¿Ni una estocada?

—Tampoco.

Mergy creyó ver que la condesa sonreía. Comminges se atusaba el bigote con aire de guasa.

—Nada sienta mejor a un caballero—dijo.—que una buena herida; ¿qué os parece, señora?

—Sí, si está bien ganada.

—¿Qué entendéis por bien ganada?

—Sí, una herida es gloriosa en un campo de batalla; pero no sucede lo mismo con las recibidas en duelo; no conozco nada más despreciable.

—Supongo que el señor de Mergy os habrá hablado antes de montar a caballo...

—No—dijo secamente la condesa.

Mergy guió su caballo cerca de Comminges, y dijo a éste en voz baja:

—Caballero, así que nos hayamos unido al resto de los cazadores, podremos entrar en un soto elevado, y allí espero demostrar que no quiero hacer nada para evitar nuestro encuentro.

Comminges le miró con una cara en que había una mezcla de compasión y de placer.

—¡Enhorabuena!—respondió,—no lo dudo; pero, en cuanto a la proposición que me hacéis, no puedo aceptarla; no somos bandidos, para batirnos solos; y nuestros amigos, que deben ser parte en la fiesta, nunca nos perdonarían el no haberlos esparado.

—Como gustéis, señor—dijo Mergy.

Y colocóse de nuevo al lado de la señora de Turgis, cuyo caballo había tomado unos pasos de delantera al suyo. La condesa caminaba con la cabeza inclinada contra el pecho y parecía muy embebida en sus pensamientos. Llegaron los tres en silencio hasta una encrucijada que ponía fin a la alameda en donde se habían internado.

—¿No es la trompa eso que oímos?—preguntó Comminges.

—Páreceme que el sonido viene de ese soto que está a nuestra izquierda—respondió Mergy.

—Sí, la trompa es; ahora estoy seguro, y es un cuerno de Boloña. ¡Que me aspen, si no es el de mi amigo Pompignon! No podríais creer, señor de Mergy, la diferencia que hay entre un cuerno de Boloña y los que fabrican nuestros miserables artesanos de París.

—Ese se oye de lejos.

—¡Y qué sonido! ¡Qué nutrido es! Al oírlo, los perros no se acordarían de que han corrido diez leguas. Mirad, a decir verdad, creo que las cosas sólo se hacen bien en Italia y en Flandes. ¿Qué pensáis de este cuello a la valona? Esto sienta bien en un traje de caza; tengo profusión de cuellos y gorzueras para ir al baile; pero este cuello, con ser tan sencillo, ¿creéis que podrían bordarlo en París? Nada de eso. Procede de Breda. Si

queréis, mandaré a un amigo mío que está en Flandes que os los traiga... Pero... (Se interrumpió con una carcajada). ¡Qué distraído soy! ¡Ya no me acordaba!

La condesa paró el caballo.

—Comminges, tenéis la caza ante vos, y a juzgar por el cuerno, el ciervo está acorralado.

—Creo que tenéis razón, hermosa dama.

—¿Y no queréis asistir al triunfo?

—Claro que sí; de lo contrario, perderíamos nuestra fama de cazadores y corredores.

—Pues bien, hay que darse prisa.

—Sí, ahora ya han respirado nuestros caballos. ¡Ea! Dadnos la señal.



—Yo estoy cansada, y me quedo aquí. El señor de Mergy me hará compañía. ¡Ea! Marchaos.

—Es que...

—¡Pero será preciso decirlo dos veces? Picad espuelas.

Comminges permanecía inmóvil; sonrojábasele el rostro, y miraba alternativamente y enfurecido a Mergy y a la condesa.

—¿Necesita la señora de Turgis una conversación a solas?—preguntó con amarga sonrisa.

La condesa tendió la mano hacia el soto de donde venía el sonido de la trompa, y le hizo con los dedos una seña muy significativa.

Pero Comminges no parecía muy dispuesto a dejar campo libre a su rival.

—Por lo visto hay que explicarse claramente con vos. ¡Dejadnos, señor de Comminges; vuestra presencia me molesta! ¿Me entendéis ahora?

—Perfectamente, señora—respondió furioso. Y más bajo, añadió:—En cuanto a ese mozalbate... no podrá entreteneros mucho tiempo. ¡Adiós, señor de Mergy, hasta la vista!

Pronunció las últimas palabras con particular énfasis, y picando espuelas partió a galope.

La condesa detuvo su caballo, que quería imitar a su compañero, volvió a ponerlo al paso, y caminó primeramente en silencio, levantando de cuando en cuando la cabeza para mirar a Mergy, como si fuera a hablarle, y desviando luego los ojos, avergonzada de no hallar una frase para entrar en materia.

Mergy se creyó obligado a empezar.

—Me enorgullece la preferencia que me concedéis, señora.

—¿Sabéis tirar a las armas... señor Bernardo?

—Sí, señora—respondió extrañado.

—Pero quiero decir si sabéis tirar muy bien.

—Bastante bien para un hidalgo, y sin duda mal para un profesor de esgrima.

—Es que en el país en que vivimos, los hidalgos saben más de armas que los maestros de profesión.

—En efecto, he oído decir que muchos de ellos pierden en las salas de armas un tiempo que podrían emplear mejor en otro sitio.

—¿Mejor?

—Sin duda. ¿No vale más hablar con las damas—dijo riéndose,—que derretirse de sudor en una sala de esgrima?

—Decidme, ¿os habéis batido a menudo?

—¡Nunca, gracias a Dios, señora! Pero ¿a qué vienen esas preguntas?

—Sabed, para vuestro gobierno, que nunca se debe preguntar a una mujer por qué hace tal o cual cosa; a lo menos esa es la costumbre de los caballeros bien educados.

—Me amoldaré a ella—dijo Mergy sonriendo ligeramente e inclinándose contra el cuello de su caballo.

—En ese caso... ¿cómo os arreglaréis mañana?

—¿Mañana?

—Sí, no os hagáis de nuevas.

—Señora...

—Contestadme, lo sé todo; ¡contestad!—exclamó tendiendo la mano hacia él con ademán de reina.

Rozó con el dedo la manga de Mergy, y éste se estremeció.

—Haré todo lo que pueda—dijo Bernardo.

—Me gusta vuestra respuesta; no es ni de cobarde ni de espadachín. Pero sabed que para estrenaros tenéis que habéroselas con un hombre muy temible.

—¿Qué queréis? Sin duda me veré muy turbado, como lo estoy ahora—añadió sonriendo;—nunca he visto más que campesinas, y para mi estreno en la corte me hallo a solas con la más hermosa dama de la corte de Francia.

—Hablemos seriamente. Comminges es la mejor espada de la corte, tan fértil en espadachines. Es el rey de los refinados.

—Así dicen.

—¿Y no estáis intranquilo?

—Repito que haré lo más que pueda. Nunca se debe desesperar con una buena espada, y sobre todo con la ayuda de Dios...

—¿La ayuda de Dios?—interrumpió la condesa desdichosamente;—¿no sois hugonote, señor de Mergy?

—Sí, señora—respondió gravemente Bernardo, como solía responder a semejante pregunta.

—Entonces corréis más peligro que otros.

—¿Y por qué?

—Exponer la vida nada es; pero vos exponéis más que vuestra vida: el alma.

—Razonáis con las ideas de vuestra religión, señora; las mías son más tranquilizadoras.

—Vais a jugar mal juego. Una eternidad de padecimientos a una jugada de dados; y los seises están contra vos.

—En todos los casos sucedería lo mismo; porque, si mañana muriera yo católico, moriría en *pecado mortal*.

—Habría mucho que decir; y es muy grande la diferencia—dijo la condesa ofendida de que Mergy le opusiera un argumento sacado de su propia creencia; nuestros doctores os explicarán...

—¡Oh! desde luego, porque lo explican todo, señora; se toman la libertad de variar a su capricho el Evangelio. Por ejemplo...

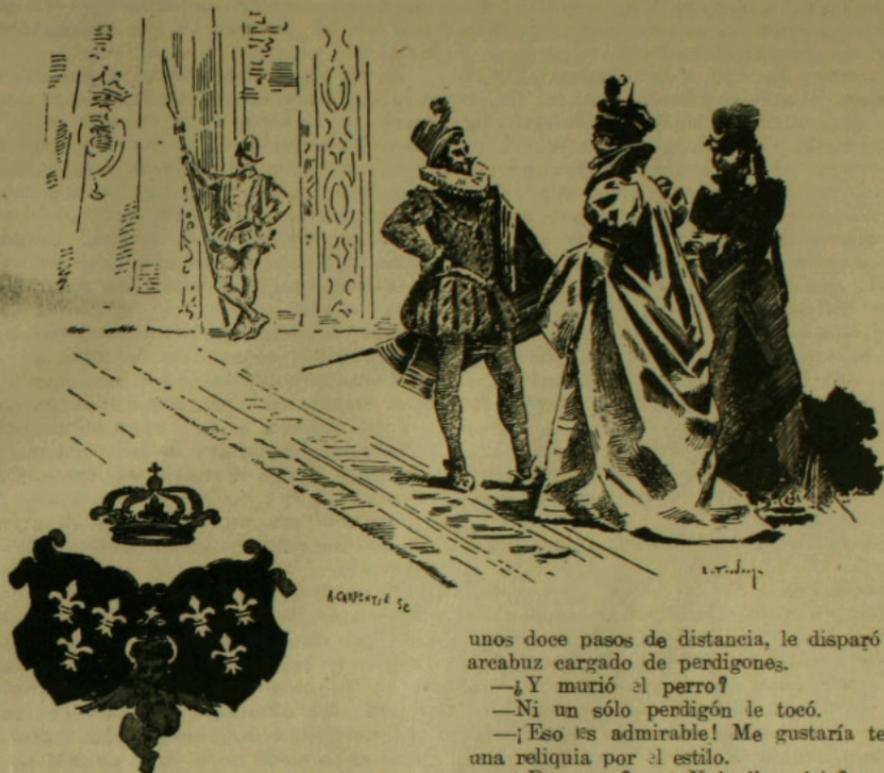
—Dejemos eso... No se puede hablar ni un momento con un hugonote, sin que cite a todo paso la Sagrada Escritura.

—Es que nosotros la leemos, mientras que ni vuestros mismos sacerdotes la conocen. Pero variemos de conversación. ¿Creéis que esté ya cocido el ciervo a estas horas?

—¿Con que estáis muy apegado a vuestra religión?

—Vos sois quien comienza, señora.

—¿La creéis buena?



—Más aún, la creo la mejor, la única buena; de no ser así, la trocaría por otra.

—Vuestro hermano la ha trocado.

—Tenía sus razones para hacerse católico; yo tengo las mías para seguir siendo protestante.

—¡Todos son obstinados y sordos a la voz de la razón! — exclamó encolerizada la Turgis.

—Mañana va a llover—dijo Mergy mirando al cielo.

—Señor de Mergy, la amistad que tengo con vuestro hermano y el peligro que vais a correr me inspiran interés por vos...

Mergy se inclinó respetuosamente.

—¿No tenéis fe en las reliquias vosotros, los herejes?

Bernardo se sonrió.

—¿Y os creeríais mancillados al tocarlas? —prosiguió la condesa.—¿Os negaríais a llevarlas, como solemos hacer los católicos romanos?

—A nosotros ese uso nos parece cuando menos inútil.

—Escuchad. Un primo mío ató una vez una reliquia a un perro de caza; luego, a

unos doce pasos de distancia, le disparó un arcabuz cargado de perdigones.

—¿Y murió el perro?

—Ni un sólo perdigón le tocó.

—¡Eso es admirable! Me gustaría tener una reliquia por el estilo.

—¿De veras?... ¿Y la llevaríais?

—Sin duda; ya que la reliquia protegía a un perro, con mayor razón... Pero, un momento, ¿estáis segura de que un hereje valga tanto como el perro... de un católico?

Sin responder, la señora de Turgis se desabrochó rápidamente la parte superior del estrecho corpiño y sacó de su seno una cajita de oro muy plana atada con una cinta negra.

—Tened—dijo,—me habéis prometido llevarla. Algún día me la devolveréis.

—Si puedo, seguramente.

—Pero escuchad, la necesitaréis. ¡Nada de sacrilegio! ¡Os hará suma falta!

—¡Viene de vos, señora!

La condesa le dió la reliquia, que él cogió y se la colgó del cuello.

—Un católico hubiera dado gracias a la mano que le entrega este talismán.

Mergy se apoderó de su mano y quiso llevarsela a los labios.

—No, no, es demasiado tarde.

—Pensadlo bien; ¡acaso no tenga nunca esa suerte!

—Quitadme el guante—dijo la señora de Turgis, tendiendo la mano.

Al quitar el guante, Mergy creyó sentir una ligera presión, e imprimió un ardiente beso en aquella mano blanca.

—Señor Bernardo—dijo emocionada la condesa,—¿seréis obstinado hasta el fin, y no habrá ningún medio de conmoveros? ¿Os convertiréis, por último, gracias a mí?

—No lo sé—respondió Mergy riendo;—suplicarme mucho y por gran espacio. Lo único seguro es que no me convertirá ninguna otra sino vos.

—Decíme con franqueza... si una mujer... que hubiera sabido...

S; detuvo.

—¿Que hubiera sabido qué?

—Sí... es que... el amor, por ejemplo... Pero, sed franco... habladme en serio.

—¿En serio?—Y procuraba cogerle de nuevo la mano.

—Sí... ¿No os haría mudar el amor que tuvieséis a una mujer... de distinta religión que la vuestra?... Dios emplea toda clase de medios.

—Y queréis que os responda franca y seriamente?

—Lo exijo.

Mergy bajó la cabeza y titubeando para contestar. En realidad, buscaba una respuesta evasiva. La señora de Turgis le hacía declaraciones que él no rechazaba. Por otra parte, como llevaba pocas horas en la corte, su conciencia provinciana era sumamente quisquillosa.

—¡Oigo el toque de triunfo!—exclamó de pronto la condesa, sin esperar tan difícil respuesta.

Dió un fustazo al caballo, y partió al galop; siguióla Mergy; pero sin poder obtener ni una mirada ni una palabra.

En un momento alcanzaron a los cazadores.

El ciervo había entrado primero en medio de un estanque, de donde costó gran trabajo hacerle salir. Varios caballeros echaron pie a tierra, y armados de largos palos, obligaron al animal a emprender de nuevo la carrera. Pero la frescura del agua había acabado de agotar sus fuerzas. Salió del estanque jadeante, con la lengua fuera, y corriendo con brinco irregular. Los perros, al contrario, parecían redoblar su ardor. A poca distancia del estanque, el ciervo, sintiendo que le era imposible salir huyendo, pareció realizar un postrer esfuerzo, y recostándose contra una vieja encina, hizo frente a los perros. Los primeros que le atacaron fueron arrojados al aire despanzurados. Un caballo y su jinete fueron rudamente repelidos. Hombres, caballos y perros, vueltos a la prudencia, formaban un gran

círculo en derredor del ciervo, pero sin osar ponerse al alcance de sus amenazadoras astas.

El rey se apeó ágilmente, y cuchillo de caza en mano, dió con maña la vuelta por detrás de la cima, y de un tajo cortó al ciervo el corvejón. El animal dejó oír una especie de lamentable silbido y cayó en el acto. Inmediatamente se precipitaron sobre él veinte perros. Cogido del cuello, del hocico, de la lengua, quedó inmóvil. Grandes lágrimas le caían de los ojos.

—¡Decid que se acerquen las señoras!—ordenó el rey.

Aproximáronse las damas; casi todas se habían apado de sus cabalgaduras.

—¡Ten *parpaillot!*—dijo el rey, hundiendo el cuchillo en el costado del ciervo.

Y dió vuelta a la hoja en la herida para agrandarla. La sangre brotaba abundante y manchó al rey el rostro, las manos y el vestido.

Parpaillot era un término de desprecio con que los católicos solían designar a los calvinistas.

Esa palabra y la forma en que el rey la había empleado, desagradaron a algunos, en tanto que otros la acogieron con aplausos.

—El rey parece un carnicero—dijo bastante alto y con expresión de repugnancia, el yerno del Almirant; el joven Treligny.

Almas caritativas, como abundan especialmente en la corte, no dejaron de comunicar la reflexión al monarca quien no la echó en olvido.

Después de gozar del agradable espectáculo que ofrecían los perros al devorar las entrañas del ciervo, la corte emprendió el regreso a París. Durante el camino, Mergy contó a su hermano el insulto que había recibido y la provocación que le siguió. Obviaban consejos y reprimendas, y el capitán le prometió acompañarle al día siguiente.

El espadachín y el Pré-aux-Clercs

A pesar del cansancio de la cacería, Mergy pasó gran parte de la noche sin dormir. Ardiente fiebre le agitaba en el lecho y daba a su imaginación una actividad desesperante. Asaltábanle y le transformaban el seso mil pensamientos accesorios y aún extraños al acontecimiento que se preparaba; más de una vez se figuró que el movimiento febril que sentía no era sino el preludio de una enfermedad grave que se le iba a declarar en pocas horas y a tenerle postrado en cama. ¿Qué sería entonces de su honor? ¿Qué diría la gente? Y sobre todo, ¿qué dirían Comminges y la señora de Turgis? Mergy

hubiera desado anticipar la hora señalada para el duelo.

Por fortuna, al salir el sol, notó que se le calmaba la sangre y pensó con menos emoción en el encuentro que iba a efectuarse. Vistióse tranquilamente y hasta se esmeró algo en su tocado. Se imaginó que la bella condesa acudiría al campo del honor y que, hallándole herido, le curaba por sus propias manos, sin disimular ya su amor. El reloj del Louvre, que daba las ocho, le sacó de sus pensamientos, y casi en el mismo instante entraba en su cuarto su hermano.

Profunda tristeza se le dibujaba en el rostro, y hasta se veía que tampoco había pasado buena noche. No obstante, afanóse por adoptar una expresión de buen humor y por sonreír al dar la mano a Mergy.

—He aquí una espada—le dijo—y un puñal de cazoleta, ambos de Luno, de Toledo; ve si te conviene el peso de la espada.

Y echó sobre la cama de Mergy una larga espada y un puñal.

Mergy desenvainó la primera, la dobló, miró la punta y pareció satisfecho. Luego le llamó la atención el puñal: la cazoleta estaba perforada por infinidad de agujerillos destinados a detener la punta de la espada enemiga y a engancharla en ellos de manera que no pudiera salir fácilmente.—Creo que con tan buenas armas podré defendirme.

Luego, enseñando la reliquia que le había dado la condesa de Turgis y que él guardaba en su seno, añadió sonriendo:

He aquí además un talismán que preserva de las estocadas mejor que una cota de malla.—¿De dónde ha salido eso juguete?

—Adivínalo.

Y la vanidad de parecer un favorito de las damas le hacía olvidar en aquel momento a Comminges y la espada de combate que tenía ante sí.

—¡Apostaría a que te lo ha dado la loca de la condesa! ¡Llévese el diablo a ella y su caja!

—¿No sabes que es un talismán que me ha dado expresamente para que lo lleve hoy?

—¿Más le hubiera valido mostrarse enguantada, en vez de procurar lucir su blanca mano!

—Libreme Dios—dijo Mergy sonroján-

dose mucho,—de creer en estas reliquias de papista; pero si he de perecer hoy, quiero que ella sepa que, al caer, llevaba yo en el pecho esta prenda.

—¡Qué fatuidad! — exclamó el capitán, encogiéndose de hombros.

—He aquí una carta para mamá—dijo Mergy con voz algo temblorosa.

Jorge la cogió sin decir nada, y, acercándose a una mesa, abrió una pequeña Biblia y leyó por hacer algo, en tanto, que su hermano, terminando de vestirse, se dedicaba a atar la infinidad de cordones que entonces se llevaban en los vestidos.

En la primera página que se presentó a sus ojos, leyó estas palabras, escritas de



mano de su madre: "El 1.º de mayo de 1547 nació mi hijo Bernardo. ¡Señor, condúcele por el buen camino! Señor, presérvale de todo mal!" Mordióse fuertemente los labios y arrojó el libro sobre la mesa. Mergy, que vio el ademán, creyó que le había pasado por la imaginación algún pensamiento impío; cogió de nuevo la Biblia, y guardóla respetuosamente en un armario.

—Es la Biblia de mi madre dijo.

El capitán se paseó por el cuarto sin responder.—¿No sería la hora de partir?—dijo Mergy, abrochándose el cinturón de la espada.

—Aún no y tenemos tiempo de desayunar.

Sentáronse ambos a una mesa llena de

pastas de varias clases, acompañadas de una gran jarra de plata llena de vino. Mientras comían discutieron detenidamente, y al parecer con interés, el mérito de aquel vino comparado con otros de las bodegas del capitán, afanándose cada cual por ocultar con tan fútil conversación los verdaderos sentimientos de su alma.

El primero que se levantó fué el capitán.

—Partamos—dijo con voz ronca.

Se caló el sombrero hasta los ojos y bajó precipitadamente.

Cruzaron al Sena en lancha. Al abordar a la otra orilla, vieron otra lancha con dos hombres que cruzaba el río a unos cien pasos de distancia.

—Ahí viene nuestra gente—dijo el capitán.—Quédate aquí.

Y salió al encuentro de la barca que traía a Comminges y al vizconde de Beville.

—¡Hola! ¿Tú aquí?—exclamó el último.

—¿Eres tú el a quien va a matar Comminges o es tu hermano?

Al hablar así le abrazaba riendo.

El capitán y Comminges se saludaron gravemente.

—Caballero—dijo el capitán a Comminges tan pronto como se hubo desembarazado de Beville,—creo que es mi deber hacer un esfuerzo más para impedir las funestas consecuencias de una querrela que no está fundada en motivos concernientes al honor; seguro estoy de que mi amigo (mostraba a Beville) unirá sus esfuerzos a los míos.

Beville hizo un mohín negativo.

—Mi hermano es muy joven,—prosiguió Jorge;—sin nombre como sin experiencia en las armas, se ve, por consiguiente, obligado a mostrarse más sensible que los otros. Vos, al contrario, tenéis ya adquirida vuestra fama, y vuestro honor no hará sino ganar, si os dignáis reconocer ante el señor Beville y ante mí que ha sido por descuido...

Comminges le interrumpió con una sonora carcajada.

—¿Estáis de buen humor, capitán, y me creéis hombre capaz de dejar tan temprano la cama de mi amante... de cruzar el Sena... y todo para presentar excusas a un mocoso?

—Olvidáis que la persona de quien habláis es mi hermano, y eso es insultar...

—¿Qué me importa, aunque fuera vuestro padre? Poco se me da toda la familia.

—Pues bien, con vuestro permiso, tendréis que habéroselas con toda la familia. Y como yo soy el mayor, empezáis por mí, si gustáis.

—Dispensadme, señor capitán; según todas las reglas del duelo, estoy obligado a batirme con la persona que primero me ha provocado. Vuestro hermano tiene derechos de prioridad *imprescriptibles*, como dicen en el Palacio de Justicia; en cuanto termino con él, estaré a vuestras órdenes.

—¡Eso es muy justo!—exclamó Beville, y, por mi parte, no toleraré que se proceda de otro modo.

Mergy, sorprendido de la larga duración del coloquio, se había acercado a ellos lentamente. Llegó en el preciso momento para oír a su hermano colmar de insultos a Comminges, hasta el punto de llamarle cobarde, en tanto que éste respondía con imperturbable sangre fría:

—Después de acabar con vuestro hermano, me quedaré de vos.

Mergy cogió el brazo del capitán:

—Jorge—le dijo—¡así es como me sirves, y te gustaría que hiciera yo por ti lo que tú pretendes hacer por mí? Caballero—añadió dirigiéndose a Comminges,—estoy a vuestra disposición; comenzaremos cuando gustéis.

—Ahora mismo—respondió Comminges.

—Admirablemente—dijo Beville estrechando a Mergy la mano.—Si no tengo hoy el disgusto de enterrarte aquí, irás muy lejos, muchacho.

Comminges se quitó el jubón y se desató las cintas de los zapatos, para hacer ver con ello que su intención era no retroceder un solo paso. Eso era moda entre los duelistas de profesión. Lo mismo hicieron Mergy y Beville. El capitán, por su parte, ni siquiera se quitó la capa.

—¿Qué haces Jorge?—dijo Beville.—¿No sabes que tienes que batirte conmigo? Nosotros no somos de esos segundos que se cruzan de brazos mientras se baten sus amigos, y practicamos la costumbre de Andalucía.

El capitán se encogió de hombros.

—¿Pero crees que hablo en broma—Te juro que es menester que te batas conmigo. ¡Que me lleve el diablo si no te bates!

—Eres un loco y un necio—dijo fríamente el capitán.

—¡Pardiez! me darás satisfacción por esas palabras, o me obligarás a alguna...

Y blandía la espada, envainada aún, como si quisiera pegar a Jorge.

—Tú lo quieres—dijo el capitán;—pues sea.

En un momento quedó en mangas de camisa.

(Continuará).